Obras completas
de
José Sánchez Rojas

Tomo III

Edición de
Gerardo Nieto Arias y
Jesús María García García

Es quizá este tercer tomo de las Obras Completas de José Sánchez Rojas el más periodístico por dedicarlo exclusivamente a su tarea de cronista y quizá también el que más le distinga dentro de su valía como escritor. Los artículos que en él se compilan son crónicas; artículos del momento, de las circunstancias sociales que está viviendo el escritor, de los hechos políticos y parlamentarios, de los sucesos extranjeros, sobre todo de los italianos tan caros a Sánchez Rojas. Su estancia en Bolonia le enamoró de Italia y por su mediación los españoles conocieron la literatura italiana, sus acontecimientos más notables, sus costumbres, sus monumentos, su política... Y también a la inversa: dejó contactos en Italia a los que hizo conocer los mismos aconteceres de la vida y literatura españolas.

Sus crónicas son ágiles, pero no superficiales; son ligeras, de agradable y fácil lectura, pero no vacías. Vierte en ellas su espíritu observador, sus ideas sobre la vida, sobre la política, sobre la sociedad, intentando captar el alma de los acontecimientos y de los momentos que le toca vivir.

José Sánchez Rojas, en definitiva, plasma en la crónica su mejor pluma: el arte de un maestro periodista. Por esta misma razón la biografía de Julián Moreiro llevó por título Crónica de un cronista, porque en la crónica está la esencia de su vida por la que pasó atropelladamente.

Obras completas
de
José Sánchez Rojas
Tomo III

Obras completas de José Sánchez Rojas

Tomo III

Edición de Gerardo Nieto Arias
y Jesús María García García

Edición digital

Alba de Tormes (Salamanca), 2025
Publicación no venal

Diseño de la cubierta: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
Maquetación: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
© Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García.
Licencia CC BY-NC-SA 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

José Sánchez Rojas.
Huesca, 1926

ÍNDICE

CRÓNICA DE SOCIEDAD 17
Nuestro derecho 19
El Centenario del Quijote 20
Crónica ligera 21
Los niños viejos 21
Pola di Torino 22
Paz a los muertos 23
Ocurren cosas... 23
En la audiencia 24
Crónica ligera 24
Crónica ligera 25
Crónica ligera 25
Crónica ligera 26
Crónica ligera 26
Crónica ligera 27
Crónica ligera 28
Crónica ligera 28
Crónica ligera 29
Crónica ligera 30
Crónica ligera 30
Crónica ligera 31
Crónica ligera 31
Crónica ligera 32
Menos crímenes 32
Crónica ligera 33
Crónica ligera 34
Crónica ligera 34
Crónica ligera 35
El culto a la verdad 36
El Rey en París 37
Defendiendo a España 38
Huéspedes ilustres 39
La visita de los estudiantes portugueses 40
Una velada de música charra 40
"Un fallo popular" 40
El culto a los abuelos 41
El aniversario de Carducci 42
En casa de Franzen 43
Víctor Manuel III 44

Del crimen de Guadarrama 45
Más del crimen de Guadarrama 47
En casa del presidente 48
Los niños y los juguetes 49
El resbalón de Canalejas 49
El centenario de Arapiles 50
Los amores de Pastora 50
El día en Jetafe [sic] 52
Divagando por Getafe 53
El ferrocarril de Peñaranda 54
El centenario de Arapiles 55
Pobres y ricos 55
Hasta que nos cansemos 56
Venganza de mujer 57
Al pasar 58
Emilia y Emilio 58
Celos 59
El retablo de maese Pedro 60
El retablo de Maese Pedro 61
El retablo de Maese Pedro 64
El centenario de Arapiles 67
El segundo golpe 68
Del crimen de Cespedosa 68
Benavente, académico 69
La muerte de Canalejas 70
Después del entierro 71
El piano en la escuela 72
Honor y dinero 73
Síntomas 75
El retablo de Maese Pedro 76
El retablo de Maese Pedro 77
Sobre las escuelas de la Merced 78
El retablo de Maese Pedro 79
El retablo de Maese Pedro 80
La candidatura de “Azorín” 81
Armonías universitarias (I) 83
Armonías universitarias (II) 85
Los niños de Francia 86
La piedra 88
Tanguistas 88
Maragall en el Ateneo 90
“¡Hagan juego, señores!” 91
El Rey a las Hurdes 92
Más sobre el adulterio 93
Palacio Valdés y el Ateneo 94
Páginas de un diario 96
Cataluña y Pío Baroja 96
La resaca del crimen 98
La Fiesta del Trabajo 99
Paco el Fonda 100
Siluetas del día 101
Víctor Manuel y el duque de Alba 102
El “Velívolo” 103
La visita de Víctor Manuel 104
La verbena de la Paloma 105
Tríptico 106
El mes de agosto en Madrid 107

La verbena de la Paloma 109
Las sobrinas de doña Perfecta 110
Bretón y Salamanca 111
Cabeza y corazón 112
El impuesto de soltería 114
Pantanos y escuelas 115
Sobre la claridad 116
La verbena de la Paloma 117
Los amantes del Campillo 118
El final de un sueño 119
Desde el Campillo a Teruel 120
El rapto de Virginia Wilson 121
Una impresión del acto 122
Un admirable discurso de Sánchez Rojas 123
Del amor tardío 124
El homenaje a D. Ventura 125
Nuestro homenaje 125
Fuego en la Plaza 126
El primer pasacalle 127
Los tunos y Sánchez Rojas 128
Crónica de tunos 128
De la belleza o de Eugenia Zúffoli 130
Burgos, la gentil 130
El vuelo y la orientación 131
Modistas y tunos 132
La Tuna Escolar en Vitoria 133
El hechizo de Burgos 133
En el monumento de Usandizaga 134
La Tuna Escolar Salmantina en San Sebastián 134
Despedida melancólica 135
Mayu 135
El grandioso recibimiento del gran pueblo de Éibar 136
Campesinos en el Juzgado 137
Quien es Bibiana 137
Consolación 139
Reconstrucción del crimen 140
Psicología campesina 141
Andrea Núñez Rivas 141
Los hoteles y el turismo 142
Dos minutos de silencio 143
Concurso infantil 144
"Tres días con los endemoniados" 145
El sillón vacante 146
El Museo Romero de Torres 147
En el Palacio de Oriente 148
Un gesto, un hombre, un partido 150
11 de diciembre de 1931 151

CRÓNICA PARLAMENTARIA 157
Expectación parlamentaria 159
Principio de temporada 159
El señor Vázquez de Mella 160
Comienzo de temporada 161
Cuerpo a cuerpo 161
Vacaciones 162
Se abre la sesión 162
Los oradores 163

Se atasca el carro ... 164
Los dos parlamentarios ... 165
Psicología de una interrupción ... 167
El tinglado electoral, o aquí no ha pasado nada… ... 168
En el salón de sesiones ... 169
La jornada del 14 de julio ... 171
Otras gentes, otros procedimientos ... 172
El banco del Olimpo ... 173
El rulo socialista ... 174
El banco azul ... 175
Los agrarios ... 176
Las paradojas españolas ... 178
El banco de los trigueros ... 179
El debut de Clara Campoamor ... 180
El primer Parlamento ... 182
Los francotiradores ... 183

CRÓNICA POLÍTICA ... 185
Crónica alegre ... 187
El Rey y los estudiantes ... 188
Periodistas y Alcaldes ... 188
La dignidad en la frase ... 189
La lucha religiosa ... 190
¡¡Que viene Maura!! ... 191
Republicaneando ... 192
El ingenio madrileño ... 192
Letras y política ... 193
Los candidatos ... 194
Recuerdos de Ledesma ... 196
Crónica ... 198
Del bloque y de otras cosas ... 200
Hablando con Arjona ... 200
El discurso de Maura ... 201
Contestando a Mantegazza ... 201
En el Congreso ... 203
De momento ... 203
La crisis ... 204
La indignación de Salaverría ... 204
Lerroux y Vitigudino ... 205
El ferrocarril de Ávila ... 206
La pillería civil ... 206
Las avanzadas salmantinas ... 207
El Vaticano y la democracia ... 208
"Azorín" y Canalejas ... 211
El Señor Duque ... 212
De política ... 212
El señor Urzáiz ... 213
El nuevo gobernador ... 214
Carlistas pintorescos ... 214
El señor Cobián ... 215
La claque ... 216
El discurso de Soriano ... 216
Socialismo y obrerismo ... 217
Melquíades Álvarez ... 218
La situación ... 219
El señor La Cierva ... 219
El folleto de Bertrán ... 221

Balance 222
El primer acto 222
El señor director 223
Crisis 224
La situación política 225
Bofetadas 225
Entre bastidores 226
Las “cosas de Francia” 226
Vuelta al concejo 227
Lo de siempre 228
La memez ambiente 228
De los suplicatorios 229
Habla Mella 231
La crisis de Morote 231
La crisis y sus misterios 232
Una campaña 233
El espíritu de Sancho 233
Lo que no puede decirse 234
En palacio 235
La dimisión de Pepe Ávila 236
La cuestión de la frontera 237
Los franceses 238
Calendarios 239
El señor candidato 239
Manual del candidato 240
La candidatura del Sr. Oliva 248
Manual del diputado 249
Apéndice al Manual del diputado 263
El retablo de Maese Pedro 263
Las dietas a los diputados 264
El dolor de vivir 265
El retablo de Maese Pedro 266
Neutros, boches y peludos 267
Comentarios de actualidad 269
La tabla de salvación 271
Una orgía de disparates 272
Dos conversaciones 273
El hombre civil 275
La sombra de Larra 276
Mi tatarabuelo 278
La ciudad y el ruralismo 279
Idiosincrasia germanófila 281
El Ejército y el Parlamento 283
Los verbos parlamentarios 284
El discurso del Ritz 287
El inexistente Dato 288
Horas de vacación 289
Liquidación de un debate 291
De la inconsciencia a la abyección 293
La batida contra el espionaje 295
Horas de vacación 296
Hay que insistir 299
La concepción alemana 300
Coincidencias fatales 301
El rebrote 303
El germanismo español 304
Elogio del industrial y diatriba contra el terrateniente 306

El aniversario de la huelga 308
Más sobre el germanismo 309
Dos arias 311
Crónica de la semana 312
Todavía más sobre el germanismo 313
Glosas de la semana 314
La trayectoria americana 315
El momento de la paz 316
Glosas de la semana 318
La alborada 319
Glosas de la semana 320
Glosas de la semana 322
La Garduña 323
Un gran discurso de Unamuno 324
Glosas de la semana 325
Glosas de la semana 327
Comuneros de hogaño 328
Glosas de la semana 330
Una nueva burla 330
Tempestad en un vaso de agua 332
Una carretera y un diputado 333
Los luchadores de Murias de Paredes 333
La tragedia del telegrafista de estación limitada 335
Las elecciones en Castilla 336
La lucha electoral 337
Divagaciones 338
Comunicaciones secuestradas 339
Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (I) 339
Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (II) 341
Notas del camino 342
Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (III) 343
Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (IV) 344
Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (V) 346
El bolchevismo en castilla 347
La política de ganzúa 349
Un "Te Deum" 351
Balance trimestral de Boñigas de Abajo 351
Interesante conversación con el señor ministro de Fomento 352
El decret de dissolució a Castella 354
El decreto de disolución en Castilla (TRADUCCIÓN) 356
El nou Parlament 357
El nuevo Parlamento (TRADUCCIÓN) 358
El banquete de los liberales 359
El crisol de España 360
Nuevo régimen y viejo régimen 362
Patriotismo 363
Políticos y administradores 364
Los rabassaires 366
Del Parlamento, de Azorín y de otras bagatelas 367
Revisión de valores 368
Polémica sobre el liberalismo 368
Profesión de fe 369
El proyecto de Constitución 371
Portugueses y españoles 372
Calla, pero vibra… 374
Política 375
Emboscados 376

¿Qué dirá Sánchez Guerra? ... 377
Nuevos diálogos de actualidad ... 378
A nadie obliga un contrato roto ... 379
Otro alto en la marcha ... 380
Monólogo de agosto ... 381
En el Ateneo y en la calle ... 383
Un gran discurso de don Melquiades Álvarez ... 384
El nuevo concepto de la patria ... 385
Crónica de la semana ... 386
Lo que el África española espera de la República ... 387
El peligro localista ... 388
La semana roja ... 389
España y el Vaticano ... 391
Los disidentes ... 392
A un mi amigo, conspirador ... 394
Rumbo a la izquierda ... 395
Elecciones en Madrid ... 396
Las elecciones en provincias ... 398
Los nuevos diputados gallegos ... 399
Mientras se crea el derecho nuevo ... 399
A un diputado constituyente ... 400
Castilla, madre ... 402
Patria y religión ... 403
El nuevo Presidente y el nuevo Ministro ... 405
El Jefe del Estado ... 406
Año de nieves, año de bienes ... 407
Balance de 1931 ... 408

CRÓNICA EXTRANJERA ... 411
Los estudiantes ... 413
A minha prima ... 414
Portugal ... 414
El gesto de Teodoro Roosevell ... 415
Política realista ... 415
La crisis de la industria lanera ... 417
¿Papam habemus? ... 418
Fascismo, Gavillismo, Mazorquismo ... 420
El mariscal Hindenburg ... 421
Las fiestas de Juana de Arco ... 422
El problema es de orden interior ... 423
El decreto presidencial del 14 de junio ... 424
Glosas a una carta de Clemenceau ... 425
Victorias ajenas ... 425
La sombra de Luis XVI ... 427

CRÓNICA ITALIANA ... 429
La reina Elena ... 431
Italia ... 432
Italia ... 433
Saludos desde el frente ... 434
Pascual Estanislao Mancini ... 435
El interés por España ... 437
El problema del adriático ... 438
La tragedia de Silvio Pellico ... 440
Carnavales en Venecia ... 441
La defensa de los monumentos ... 443
Humberto y Liliana ... 444

Italia en España ... 445
«Evviva l'Italia!» ... 446
Hoy llegan a Madrid los Reyes de Italia ... 447
Las torres inclinadas ... 448
Los españoles en Italia ... 450
La muerte de Matteotti ... 451
Una carta y una glosa ... 452
La resaca social del crimen ... 453
La crisis del Fascismo ... 454
Cinco minutos de silencio ... 456
Su excelencia el ministro Federzoni ... 456
Un ambiente fascista ... 458
La Italia política y su vuelta al "Risorgimento" ... 458
Del sábado al lunes ... 459
La solución de la crisis ... 460
¿Qué es el fascismo? ... 461
A manera de epílogo ... 463
Cuadros fascistas ... 464
Su excelencia Mussolini ... 465
Dumini, el honorable asesino ... 467
Otra carta del conde Vittorio ... 468
El momento político en Italia ... 469
La inteligencia contra el fascio ... 471
El subsecretario Finzi ... 472
El sindicalismo fascista ... 473
El parlamento italiano ... 474
El caballero Filippelli ... 475
La apertura del Parlamento italiano ... 476
Parlamento sin parlamentarios ... 477
En el Parlamento italiano ... 478
Las oposiciones y Mussolini ... 480
El desgarrón de Aldo Finzi ... 481
Legalidad fascista ... 482
Movilización de la sexta legión de los "camisas negras" ... 483
La Tcheka ... 484
Mussolini y el Vaticano ... 485
El casero de Giolitti ... 486
¡Acuérdate del pobre hornero…! ... 487
Profecías sobre el fascismo ... 487
Italia y el Vaticano ... 489
En el prólogo de un drama ... 490
Seis años de fascismo ... 491
De la tercera a la cuarta Italia ... 492
El Parlamento fascista ... 494
La casa de Cervantes ... 496
Bodas de príncipes ... 496
El colegio ... 497
El altar de la patria ... 498

CRÓNICA DE SOCIEDAD

Nuestro derecho

La idea de rendir un tributo de admiración a Galán y a Unamuno, en un sólo acto, de una sola vez, va tomando cuerpo. Y en la hermosa carta que Maldonado dirigía al Director de El Adelanto, no ha mucho, se hacía notar la conveniencia de celebrar el banquete a primeros de Octubre, para que la grey estudiantil alegrase con su presencia la mesa y se educase en el culto de los que honran a la patria grande y chica.

Entendido maestro. Yo recojo la alusión. Y conmigo la inmensa mayoría de los escolares salmantinos. Aunque disto mucho de creerme cabeza de motín o jefe de bandería, tengo para mí que la parte *sana* de la Universidad, la no educada en prejuicios y convencionalismos, acudirá gustosa, a tributar homenaje al gran pensador español y al más salmantino de nuestros poetas.

¿Que Galán tira a neo[1] y Unamuno se pasa de la raya? Nada importa. Allí no vamos a politiquear, no vamos a recontarnos, blancos y negros, azules y amarillos; acudimos sencillamente, los admiradores de Unamuno y de Galán, a decirles que no creemos en colores, ni se nos da una higa de los encasillamientos.

Tiene el banquete una significación especialísima. Vale más que otros actos de la misma índole con declaraciones políticas y brindis embotellados. Vamos a educarnos todos en la tolerancia y la concordia.

Yo admiro a Galán, admiro a Unamuno. Pero no creo en los que quieren hacer del primero un poeta sectario, beatón e intransigente ni en los que le llevan a su redil, le bautizan pomposamente y le llaman nuestro, nuestro sólo, alejándole del mundo y evitándole todo rozamiento impuro. Ni tan poco celebro a los que hacen de Unamuno el campeón de todo lo radical y el definidor *ex cáthedra* de nuestras dolencias nacionales.

El concurso estudiantil dará mucho realce a la fiesta y tendremos de ella, todos, tirios y troyanos, un recuerdo que jamás se borrará. Pasarán las luchas de hoy como pasaron las de ayer, y los estudiantes salmantinos demostrarán que, saben ser tolerantes, que saben despreciar las ideas y amar lo bello, venga de donde viniere, de la derecha o de la izquierda, atentos solo a no ser el tambor de la discordia en el pacífico campo del amor y la alegría...

De tal palo, tal astilla. Del cerebro hermoso, bueno, del ilustre autor de *Dios alma*[2], ha salido la idea. Bien se conoce que no es obra de un talento adocenado, sino de un corazón de niño.

Y al amigo Cándido R. Pinilla debemos agradecer los estudiantes la ocasión que nos brinda de educarnos en la admiración recíproca, sin abdicar, por eso, de nuestras ideas ni de entregar nuestras posiciones.

El Adelanto (06-10-1903)

[1] Neocatólico.
[2] Poema de Cándido Rodríguez Pinilla.

El Centenario del Quijote

Los literatos todos quieren honrar el Centenario del Quijote. Esto de honrar a Cervantes es una idea feliz. Pero unos quieren lujosas ediciones y ediciones baratas; otras estatuas; algunos fiestas públicas y holgorio popular. Y no faltará, en esta procesión de opiniones, quien salga a la defensa de torneos, academias y veladas, como obligado cortejo de tal linaje de espectáculo.

Todo me parece bien. Todo me parece poco, tratándose de Cervantes. Y ya que, efecto de nuestras recientes pérdidas coloniales, venimos cayendo en toda suerte de sancho-panzadas, esperándolo todo de algún tenor con cartera que cante la prosa burda en proyectos de ley, en canales de riego y pantanos, en escuelas de ingeniería o en nuevos acorazados, no está de más que sea el suspirado año de 1905, año de paz, para deleitarnos en las aventuras del ingenioso hidalgo, mandando al cuerno todo lo que sea crisis y discursos parlamentarios, elecciones y administración.

España necesita soñar; ya ha vivido y sufrido bastante. No ha sido nuestra estupenda historia nacional más que una sarta de frases para la lengua, frases que jamás han llegado al corazón. Y como mejor nos honramos, es honrando a Cervantes, dedicando parte del día a su lectura, y viviendo la vida de su héroe. Tenemos, sí, que rompernos la cabeza con los molinos de viento, que sufrir pedradas de gente burda, pero, al fin y al cabo, vencerá la razón contra el ideal, nos convertiremos en Alonsos Quijanos y entraremos en el concierto intelectual de los pueblos europeos.

Pero yo me temo que nuestra maldita pereza y nuestra total carencia de fe, no nos dejará salir de casa. Y entonces, en vez de correr aventuras, nos comeremos la sopa boba del segundón, y en vez de cortejar a famosas Dulcineas, correremos en busca de herederas ricas, y lejos de morir bendecidos y entre lágrimas de la sobrina, del cura y del barbero, nos pudriremos en casa y nuestro entierro, ni será llorado ni reído.

El mejor centenario para honrar a Cervantes, sería este. El salir al campo, armarnos andantes caballeros, desfacer entuertos, y con la vista del alma en la señora Dulcinea, disciplinarnos en Sierra Morena, escribir versos en la arena o en la corteza de los árboles, y charlar, alguna vez que otra, con el buen escudero Sancho, ejemplar el más insigne de sentido común.

Con nuestra vida uniforme y monótona, con nuestra excesiva prudencia y calculados remilgos, no se va a parte alguna. Hay quien propone que para salir del lugar manchego es preciso vestirse de bachiller Carrasco, pero es peor el remedio que la enfermedad. Jamás el amor corrió parejas con el egoísmo, ni el sentimiento fuerte con la razón encasillada. Jamás se entendió don Quijote con el bachiller de marras.

Porque estos bachilleres tan fríos, tan correctos, tan vulgares, no tienen corazón ni son por dentro más que sepulcros. En España padecemos una plaga de ellos, ya en forma de regeneradores, ya de cantores de industria sin fe en los negocios, ya de redentores en materia de enseñanza. Son los que vomitan fórmulas a todas horas, los viejos de espíritu, los que menean tristemente la cabeza porque la gente se ríe de sus específicos salvadores.

Las fiestas que, en honor de Cervantes, empiezan a prepararse ahora, me parecen poca cosa tratándose de quien se trata. En vez de holgorios públicos y fiestas oficialescas y ministeriales, donde vaya el pueblo a admirar uniformes y casacas, deben los directores de la opinión hacer lo que puedan para que el pueblo todo lea el Quijote, corra las aventuras, sienta las ilusiones y se regenere después de la peregrinación. Convenientes son, sin duda, las ediciones populares, pero sigo creyendo que en España sobran libros; lo que faltan son lectores.

¿Y la estatua al libro inmortal? También conviene. Pero que no sea como las otras, que sea más grande, más hermosa, que no se confundan con las que llenan las plazas de la villa y Corte.

Aquí, en España, las estatuas siguen en vulgaridad a las comilonas con embotellamientos finales. Elduayen[3] tiene también su estatua.

Que haya veladas, que se abran concursos, que se celebren torneos. Que canten los poetas las aventuras del ingenioso hidalgo, y que el pueblo, entusiasmado, las repita de memoria. Que analicen los críticos el hermoso decir de Cervantes y no lo juzguen a lo Clemencin[4]. Pero

[3] Se refiere sin duda a José Elduayen Gorriti, político conservador español, varias veces ministro con Cánovas. La ironía que parece traslucirse de las palabras de Sánchez Rojas tal vez se refiera a que fue Ministro de Estado en 1896 en plena guerra de Cuba y próximo a la pérdida de las colonias.

[4] Diego Clemencín (1765-1834) llevó a cabo una edición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* profusamente anotada que se publicó tras su muerte.

¡por Dios! que no sean los Carrascos quienes se encarguen de los sermones que nos preparan nuestros ingenios actuales.

El Adelanto (13-12-1903)

Crónica ligera[5]

Emborronando unas cuartillas, llega hasta mí el rumor de canciones de la tierra, jipidos de mozos y el rasguear de una guitarra vieja. "Son los reclutas disponibles", me digo y ya encuentro asunto para esta crónica.

Y pensando en esos quintos, que dejan de besuquear a sus novias en los pueblos, de ver a sus padres que trabajan en las faenas del campo y a sus madres que rebuscan en las faltriqueras unas monedas para los que se van, me acuerdo no sé cómo de las últimas guerras coloniales, de aquellos repatriados que volvían, flacuchos y pálidos a su patria.

Por mi pueblo, pasaba todos los días el tren militar, que conducía los repatriados, a las cinco de la tarde. La estación está lejos del pueblo pero yo me las componía para verlos llegar y aún hubo días que emprendías dos o tres veces la caminata, acompañando a los dependientes del Concejo, que llevaban caldos y leche, vino confortante y cigarros, para los enfermos y tristes.

Cantaban los viajeros aires de Cuba, con notas arrancadas al dolor. Dos veces llegó el tren en silencio... En un coche de primera, arrebujado en una manta, calenturiento, venía un general al que señalaba la gente con el dedo...

Otro día, en un furgón, las hermanas de la caridad velaban un cadáver...

Y ahora cuando veo estos mozos fornidos vocear en las calles, me alegro, porque ya no hay guerras, ni entrarán en batallas, ni el maestro del pueblo, ni el señor cura con *El Imparcial* en la mano buscarán en las listas de los muertos en tal o cual escaramuza los nombres de los hijos del pueblo, que fueron a pagar el tributo de la sangre.

¡Quién sabe si al volver al pueblo con licencia, después de cuatro años, alegres y decidores, como niños con zapatos nuevos, no tendrán que llorar la volubilidad de la novia, y que al día siguiente, volviendo a trabajar en las labores campestres, con las ilusiones rotas, no encuentren hermosura en la naturaleza, ni harmonía en las charradas, ni amor en las rondas, ni gusto en el trabajo!

Ahora van alegres a soportar las bofetadas del cabo, del que ya tendrán noticias terroríficas, y las impertinencias del oficial.

Pero quizá al año que viene veamos también los niños ricos y las madres pobres [que] no llorarán tanto. Acaso no escuchemos guitarras y panderetas, sino violines e instrumentos finos.

Pero mientras los pobres piensen en sus pueblos y en las delicias del hogar, los otros se divertirán de lo lindo, y a pesar de la severa disciplina del ejército, subsistirán las clases.

Y la obligación de prestar servicio será para unos carga pesada y para los otros un medio de matar el tiempo.

Pero ni habrá tantas lágrimas en los desheredados, ni tantas maldiciones en los hogares pobres.

En fin, que no creo, amigo Millán, que el servicio obligatorio ha de traernos la fusión, ni el compañerismo, ni la democracia, ni nada.

¡Dios sabe lo que traerá!

El Diario (03-03-1904)

Los niños viejos

Yo me he levantado esta mañana temprano.

Yo me he levantado triste. Y he oído, desde la cama, los golpetazos de la lluvia sobre el suelo, y el vocear de los vendedores de periódicos con crímenes horribles, discursos de diputados y otras calamidades por el estilo.

[5] Firmado como Jorge de Alba, seudónimo ocasional de José Sánchez Rojas.

Y yo salgo a la calle. Veo unas viejecitas que caminan lentamente, y detrás de ellas, dos jovencitas morenas, muy lindas, extremadamente hermosas; que me hacen pensar en ilusiones grandes, en sueños sanos de juventud robusta. Las muchachas y las viejas salen de una iglesia grande, fría, donde las vírgenes del Señor cantan plegarias y donde hay un órgano que ríe. Y sus trompetas me recuerdan no sé qué melodías olvidadas, no sé qué añoranzas tristes que me ponen furioso.

Yo sigo a las jóvenes, no porque las siga, sino porque van delante de mí. En una calle recta, de casas uniformes, donde un coche va tambaleándose como borracho, saludo a un amigo. Me paro con otro. Un tercero me cuenta impresiones sabrosas, cuentos de vecindad, los comentarios de la noche anterior. Y un niño hermoso, rubio, con cara de hambre pregona un periódico. Es su voz quejumbrosa, voz de sollozos. Le cojo su barata mercancía y entablo con él una conversación amistosa. Y es la charla del niño un rosario de tormentos, un cuento inacabable de desventuras y de penas. Aquel golfito ¡pobres golfos! Es un niño viejo que conoce la vida por el lado triste.

Y luego encuentro dos jovencitos curtidos en amores, o lo que es igual, curtidos en desgracias. Su charla es apagada, tristona, fúnebre. El amor se les fue para siempre y yo me pregunto qué cosa es una existencia sin amores, una vida donde monótonamente se estampan besos, se crean ilusiones y se realizan aventuras grandes. Y ellos, los niños viejos, me replican que viven solamente, y que el fin de una aventura, es el principio de otra mayor. Y al replicarles yo, me contestan que sus esposas les dejaron en el mundo niños hermosos, ¡y es de verlos charlar, de sus muecas, de sus gestos y palabras!

Y yo medito que esta vida es una porquería, que el vivirla es una indignidad, y mi espíritu se abre a toda suerte de presentimientos tristes. Pero veo cruzar por la calle a dos seres que juegan al amor, y la carita redonda de la mujercita dulce, se me cuela en e1 alma, con un enjambre de presentimientos misteriosos.

Y yo me decido a no meditar nunca; ¡yo vivo con la figurita de la calle!

El Diario (10-03-1904)

Pola di Torino[6]

¿Y quién es este señor italiano? Yo no le conocía; vosotros, seguramente, tampoco. Yo supe ayer que es un juez y lo supe por un artículo de Acebal, en uno de los últimos números de "Alma Española". Yo quiero hablar hoy de esto, porque es un juez, nada terrible, nada riguroso. Es un buen señor este Pola di Torino que no toma muy a pechos la estúpida rigidez de los Códigos, ni cree en el horrible símbolo de la balanza.

Una ramera, desgraciada belleza de burdel barato, fue procesada por seducción de transeúntes en la vía pública. ¡Qué horror! me dirán los discretos padres de familia, los hombres formales, toda esa legión de gente sensata. ¡Qué horror! es el grito que sale de todas las conciencias honradas.

Este Pola di Torino no se asusta, ni hace aspavientos. Pola di Torino me la pone de patitas en la calle. ¡Pero qué hombre tan singular!

Y yo no me he asustado; yo diré a las personas sencillas, humildes, que todo eso es muy justo, que de castigarse la seducción, debe castigarse en todas sus formas, en todos sus matices. Pola di Torino trunca los artículos de la ley para cometer una justicia, y eso vale más que encajonar los crímenes en los artículos correspondientes para consagrar las barbaridades de una legislación general y abstracta.

Pola di Torino es suavemente irónico. «¿Por qué he de castigar yo –dice– por qué he de castigar yo a esta desventurada? ¿Porque sus miradas y sus sonrisas eran provocadoras? Entonces, ¿por qué no traéis ante mí a todas las señoritas, a todas las señoras que prodigan sus miradas, sus sonrisas en los salones, en los teatros, en los paseos? ¿Por qué no me traéis a todos los *gomosos* de todas las clases sociales que ojean a las mujeres y las atraen con palabras provocadoras? La justicia debe ser igual para todos y no servir para condenar a las pobres que hacen por necesidad lo que las ricas hacen por vicio.»

[6] Firmado como Jorge de Alba.

Tiene razón Pola di Torino; ¿por qué no se ha de castigar a estas ricas que seducen por vicio? ¡Qué atrocidad! –replicarán los burgueses.

El Diario (08-04-1904)

Paz a los muertos

Mi querido amigo, el Director de este periódico, me pide algo para hoy[7].

Yo, en estos funerales, lloro, pero no maldigo.

A los jóvenes nos conviene perdonar todo, pero no olvidar nada, para que nos aleccionemos en la vida.

¡Perdón para los hombres injustos!

Sea nuestro dolor silencioso y humilde.

Lloremos a los muertos.

«De humo non oritur dolor»[8], dijo Job; pero mandemos a paseo a las causas que producen el día triste de hoy, y tengamos una frase de amor para todos.

El Diario (13-04-1904)

Ocurren cosas...[9]

La vida en este poblachón castellano no es ordenada, ni lenta, ni tranquila. Ocurren cosas en Salamanca. Se lucha, se discute, se vocea, se perora; los escolares andan divididos por cuestión de ideas y de educación. Andan divididos, sí, y todo ello es signo de salud y de vigor.

Antes, metidos en sus cátedras, tomando apuntes, cotejando textos y procurando repetir, al día siguiente, lo que el profesor, este o aquel, los insuflase el día anterior, vivían metidos en sus conchas, sin contacto, apenas, con la vida social, con las luchas de la calle. Todo lo más, se permitían dirigir telegramas a los compañeros de otras Universidades, tratando de *colar* del mejor modo posible y de arreglar las dificultades que un riguroso plan de enseñanza les crease. Esta ha sido, de algunos años acá, la vida escolar en Salamanca... como en todas partes.

Ahora, no. Suceden las cosas de otro modo. A pretexto de una política chica, de cismas (chismes) de comadres, han comenzado los escolares salmantinos a hacer una política, política de educación y de alientos juveniles. Y precisa encauzar estos sentimientos, para que no se preocupen de bandos determinados, sino para que estén siempre al lado de la libertad y de la tolerancia.

En Salamanca ocurren cosas... Déjense escolares por ahora, de ideas. Procuren sentir primero y sientan fuerte y hondo, con los radicalismos de los veinte años.

Se dijo mil veces de otros tiempos, que todo joven había sido republicano. Múdese esta palabra por la de liberal, tolerante, culto, etc., y dejemos que los apuros de la vida y las sensateces de la edad madura, les hagan cambiar de sentimientos, para amoldarse al destino y a las conveniencias.

Ahora, ocurren cosas en Salamanca... Que sigan preocupándose de algo los escolares salmantinos, si con ello nos traen un ambiente de tolerancia y de compañerismo.

El Diario (17-04-1904)

[7] El día 12, anterior a la publicación de este artículo, los reyes asistieron a los funerales en Barcelona de Isabel II de Borbón –muerta el día 9 en París– tras los cuales sufrió un atentado el presidente Maura por un anarquista sin consecuencias graves. El agresor murió por la tarde de un garrotazo en la cabeza, asestado por un policía al huir.
El artículo resulta confuso y no se entiende a qué se refiere, si a la reina, al anarquista o a quién.

[8] El versículo 6º completo del capítulo V de Job dice:
Nihil in terra sine causa fit, Porque la aflicción no sale del polvo
et de humo non oritur dolor. ni la fatiga brota de la tierra.

[9] Firmado como Jorge de Alba.

En la audiencia

A Pepe Sánchez Gómez[10]

Yo me he sentado en la mesa de los periodistas; a mi derecha, tú tomas notas de declaraciones de testigos. El asunto que allí se ventila es serio, muy serio.

Aquellos señores formales, de negras togas, graves y taciturnos, discuten si se ha dado o no se ha dado una bofetada a un presidente de un Colegio Electoral.

Los procesados son tres; los tres son amables, los tres son simpáticos, los tres son risueños. El letrado que se encarga de la defensa y el representante del Ministerio público, están enfrente. Los medallones de los señores magistrados y las puntillas de sus mangas, jugueteando con el severo color del uniforme; el retrato de Alfonso XII, en rojo dosel de terciopelo, por cima del sillón presidencial; las sillas de los señores jurados, vacías, de tonos rojos también, porque es esto un asunto especialísimo que no necesita del concurso del tribunal del pueblo; un secretario que escribe, que escribe ligeramente; una lápida de mármol blanco que consagra una visita regia, en la pared derecha de la sala; la valla de testigos; una fila larga de hombres serios sentados en los bancos; la muchedumbre de pie, que ríe, que ruge, que se emociona, sintiendo las palpitaciones de la justicia que en el local se respira.

¡Qué grave –amigo Pepe– qué serio, qué taciturno es todo ello! Yo me acuerdo de Magnaud[11], el buen juez, de sentencias sencillas y cortas sin ceremonias ni aparatos. Y luego me parece escuchar lamentos de condenados, ruidos de cadenas, presos que saltan, pausadamente, aprisionados con grilletes, todos esos vestigios de los antiguos tormentos de los azotes del "*dens pro dente* y *lingua pro lingua*". La Justicia se viste de otro modo más serio hoy. Ayer, era una horrible alcahueta, brutal y ridícula; hoy se transforma en una viuda llorosa, que viste de luto. Quizá sea mañana una bella muchacha, alegre y desenvuelta, que enseñe los dientes a los códigos y a los legisladores.

La justicia evoluciona también... todo evoluciona en este mundo...

Yo quiero que los locales donde se administre justicia sean también alegres y risueños. Que se supriman testigos, y vallas, y lápidas, y retratos, y defensores, y fiscales. También son inútiles las leyes.

El día que seamos buenos, las leyes serán malas. Y hoy, que somos malos, en que brutalmente, con abstracciones leguleyescas mide un código con el mismo rasero a todo el mundo, tenemos que soportar, con paciencia evangélica, toda suerte de trabas y molestias exteriores.

Yo pienso en la justicia.

Y tú, Pepe, pequeño periodista, tomas notas de discursos, declaraciones y nombres.

El Adelanto (21-04-1904)

Crónica ligera[12]

Anoche salía de mi casa; una porción de gentes, caminaban por la calle de la Rúa.

Formaban aquellos obreros los coros de un orfeón.

Yo supe que cantaron aquellos obreros después. Cantaron himnos, olvidando las penas de su casa. Lejos de murmurar en Círculos y de arreglar candidaturas personales, cantan, y con el canto les vienen los alientos y entusiasmos para trabajar.

Los Círculos de obreros deben dedicar atención preferente al cultivo de las bellas artes; al cultivo de la música y de la poesía.

El presente les parece chico, antójaseles repleto de injusticias e iniquidades. Pero un presente con Víctor Hugo, con Beethoven, con Grieg, es, ciertamente, ameno y simpático. Mucho mejor es esto que no pensar en cosas furibundas. Vicente Medina propagando su hermoso

[10] José Sánchez Gómez, redactor de *El Adelanto*, más conocido por su pseudónimo de *El Timbalero* utilizado en sus críticas taurinas.

[11] Paul Magnaud (1848 – 1926). Magistrado francés conocido como el «buen juez» por la equidad y benevolencia de sus sentencias.

[12] Artículo firmado como Jorge de Alba.

anarquismo es más simpático que el concienzudo Juan Grave[13] con sus disquisiciones honradas y sus ataques violentos a los socialistas.

Hágase el alma de los obreros españoles, que está aún por hacer; fórjesela al fuego de los grandes ideales. Eduquémosla en el drama, en la novela, en la poesía. No les enseñemos a llorar. Alegrémosles con las creaciones de los hombres que piensan en un mañana feliz: Por eso, anoche, contemplando aquellos obreros que cantaban, me llené de gozo y entusiasmo.

El Diario (26-04-1904)

Crónica ligera[14]

Escuchaba el orfeón obrero de Salamanca. Cantaban los coros en el templete de la Alamedilla. Notas toscas, notas rudas, notas salvajes; arte y sentimiento. Escuchad el *Amanecer* de Eslava, por ejemplo: hay en él arte, arte delicado, sí, pero los cantores no lo sienten. Si hubierais oído, como yo, la masa coral obrera salmantina, por vuestras venas hubieran corrido los escalofríos de lo sublime. Entonces sentís que estos hombres que hoy se conforman con cantar, son capaces de arrimar mecha a un cañón y prenderle fuego, para destruir lo existente.

Para que te formes idea de lo que puede ser esto, –me decía un gran amigo mío–, imagínate que te encuentras solo por un camino, que cuarenta obreros tiznados, de estos obreros de la Estación, cantan y que ponen toda su alma en estas palabras terribles *lucha, revolución* etc. El espectáculo es imponente. Te sobrecoges de miedo, de miedo y de frío.

Exacto. Entre las notas simpáticas de ayer, sobresale esta del orfeón. Y no se cantaba a la paz, a la alegría del día holgadote. Himnos guerreros, de lucha encarnizada son. Yo me creía en uno de esos días sangrientos en que aprieta el hambre, días de descargas, de humo, de gritos, de cadáveres arrastrados por las calles. También las revoluciones callejeras tienen su lado estético.

Y luego, los discursos ¡Y qué discursos! Hablan los oradores de leyes científicas que no conocen, pero que ven, que vislumbran, que sienten con el alma entera.

En ellos vive la fe en el ideal.

¡Que Dios se la conserve!

Y que a mí me dé un año más de vida, para gozar con los nervios, con la cabeza, con el corazón, como en el día de anteayer.

El Diario (03-05-1904)

Crónica ligera[15]

He dicho alguna vez que los asuntos de las crónicas tienen mucha relación con el termómetro. Es el mejor recurso esto de hacer crónicas a todos los meses del año. La de hoy conviene hacerla en mangas de camisa.

Hablemos del mes de Mayo con sus toldos, sus sillas para los señores formales en la Plaza Mayor, las flores, los pájaros y los apuros de los escolares.

Pero este mes ha empezado con pujos de intelectual. Mosquitos de Pittaluga[16]; certámenes médicos y «cosas» del Rector. Y por último, discursos de los hijos del Trabajo y un mitin de los jóvenes republicanos para propagar sus ideales.

También los estudiantes de Fisiología han tenido una buena digestión: banquetearon a su salud y en loor del señor Gómez Ocaña.

En Salamanca ha habido movimiento estos días.

Con el sol de Mayo hemos discurseado, manifestado, politicado, y banqueteado. ¡Son muchos ados! Con el calor, que empieza apretando de veras, nos sentimos fecundos.

[13] Jean Grave (1854 - 1939). Anarquista francés.
[14] Firmado como Jorge de Alba.
[15] Firmado como Jorge de Alba
[16] Gustavo Pittaluga Fattorini, médico italiano que se nacionalizó en España en 1904, ayudante y discípulo de Grassi el que descubrió la transmisión de algunas enfermedades a través de contagio por mosquitos del género Anopheles.

Durante el invierno nos aletargamos. Pero ahora, hacemos corros, charlamos en el café, en el cinematógrafo y a la expansión de la naturaleza, ha seguido la expansión de los hombres.

Las muchachas, con sus trajecitos claros y chillones, me gustan ahora más que en el invierno.

¡Oh, divino mes de Mayo! ¡Excitas la verborrea, el amor a la naturaleza y el amor a las muchachas!

El Diario (06-05-1904)

Crónica ligera[17]

Ha vuelto a ser de actualidad, desgraciadamente, el tema del salvajismo en las costumbres españolas.

Las descargas de los migueletes el domingo último, en San Sebastián; el bárbaro espectáculo, causa ocasional de las mismas, han llenado de espanto a muchas gentes. Pero se censura la conducta del jefe que ordenó las descargas y pocos se acuerdan de censurar a los que acudieron a la plaza[18].

Por muy sensible que sea, hay que ser duro, muchas veces, con las víctimas. Son estas culpables de sus propios actos. El presenciar una lucha entre dos fieras no revela los mejores sentimientos humanitarios. Y la estética queda también en peor lugar.

Y hubo en la fiesta desgraciada, una nota esencialmente española: el disparo del Mausser…

Si yo fuera poeta, cantaría el dichoso fusil en cantos llenos de ironía y de amargura. Es nuestro compañero fatal en las fiestas tristes, en las fiestas alegres. Su sonido seco, de trueno lejano, de madera que se rompe, se oye en todas partes. Utilizamos el Mausser todos: para atacar a Maura los unos, para reírse del sufragio universal los otros. Ahora hemos descubierto que con él se matan fieras. Y con las fieras a la gente.

No se puede llamar a España el país de la *castañeta* desde que Valera se burló tan donosamente de aquel yanquee M. Taylor.

Ni tampoco el país de los bandidos.

De *Carmen* no queda ya más que la música de Bizet. De lo otro, del asunto, ni el rabo.

El mote más apropiado es el de *país del mausser*.

El Castellano (29-07-1904)

Crónica ligera[19]

Hoy parece el día de las actualidades.

El asesinato de Plewe[20], el ministro del Interior de Rusia; al *cocimiento* del Sr. Maura, en Villalba, cuando se dirigía a Santander; la huelga de panaderos en Madrid, y como tema local, las conferencias del Sr. Torre Villanueva con los concejales republicanos para recibir dignamente a D. Alfonso XIII.

Es decir, que tenemos cuatro asuntos, que se hinchan de un modo espantoso, gracias a la temporada.

El asesinato de Plewe, es una venganza horrible, una barbaridad enorme. Pero los rusos no protestan, ni lloran.

[17] Sánchez Rojas utilizó su seudónimo, Jorge de Alba, para firmar este artículo.

[18] Espectáculo desarrollado en la plaza de toros de San Sebastián el 24 de julio de 1904 consistente en el enfrentamiento, dentro de una jaula de hierro, de un tigre y un toro. Un derrote del astado arrancó varios barrotes de la jaula y posisbilitó la salida al exterior del tigre lo que provocó el pánico entre los espectadores, su huida en desbandada, y una cerrada descarga de fusilería para abatir al animal de los migueletes (milicia foral guipuzcoana) que hirió a algunos de los asistentes al coso taurino donostiarra.

[19] Firmado como Jorge de Alba

[20] Viacheslav Konstantínovich von Pleve (1846–1904). Político ruso que desempeñó el cargo de Ministro del Interior desde septiembre de 1902 hasta su asesinato por la Organización de Combate Socialrevolucionaria en junio de 1904.

En sus adentros, no sienten gran cosa el asesinato de su Ministro del Interior. La Rusia nueva, la de Tolstoi, la de Gorky, ha enterrado a su enemigo más encarnizado. Encarnación de todas las tiranías, símbolo de las violencias que están desparramando, en el imperio moscovita, una revolución sorda. Plewe era universalmente odiado. Yo tengo grandes simpatías por la Rusia joven, la que forman los estudiantes, los artistas, los literatos, los hombres que viven con el siglo. A la vieja la odio.

Pero es lástima grande que estos atentados se cometan.

A los enemigos como Plewe, hubiera sido mejor enterrarlos en vida. Vaya, por de pronto, mi oración cristiana por el infeliz asmático.

El *cocimiento* del Sr. Maura no ha tenido más que una consecuencia cursi. ¿No adivinan ustedes qué consecuencia es ésta? Una frase. ¡Yo soy muy duro de cocer!, ha dicho el fresquísimo abogado. Claro está que el Sr. Presidente llegó bien a Santander. Buscad por esos periódicos de la redacción, queridos amigos de EL CASTELLANO, buscad por esos periódicos de la redacción, algún papelito neo, donde atribuyan la salvación a un milagro. Buscadlo, que lo encontraréis.

La huelga de los panaderos no me interesa. Solo se destaca la plancha del Sr. Marqués de Lema. Lo de aligerar el pan no debe extrañar a los madrileños; aquí nos aligeran de todo, hasta del bolsillo, del *Alma Mater*.

Las conferencias del Sr. Torre Villanueva, nuestro digno Gobernador civil, con los republicanos del Concejo, han turbado mi espíritu infantil y candoroso. ¿Con que los recibimientos del Jefe del Estado se preparan? ¿Con que no son espontáneos ni salen del corazón de las masas?

¿Con que todo se arregla con cabildeos y conferencias?

¡Vaya todo por Dios! De todos modos, si viene *Fuentes*, iremos a la corrida.

Que más difíciles son esos toreos que los del Sr. Gobernador a los republicanos de tanda.

Como taurómaco, aplaudo a Fuentes; como amigo de los entusiasmos populares, la prosa del Sr. Torre Villanueva, ha dado al traste con todas mis inocencias y niñerías.

Y aquí paz y después gloria.

Gloria a los Gobernadores.

El Castellano (04-08-1904)

Crónica ligera[21]

Hablemos de Alcalá del Valle.

Hay algo más criminal que el aborto de María Dorado, que los bárbaros sufrimientos a que sometieron la virilidad de Salvador Mulero[22], que la terrible inquisición de la aldea andaluza. Y es la conducta de esa bestia pasiva que llaman *honradez*.

¿Que un periódico de Madrid denuncia los sucesos, que abre una información detallada que firman los mártires? Duro con el periódico. Los hombres honrados exclaman *dura est lex sed lex*[23].

¿Que los socialistas reunidos en Ámsterdam se comprometen, con un acuerdo que jamás me cansaré de aplaudir, a no descargar ninguna mercancía de barco español hasta que no se depuren los hechos? No hagamos caso de cuatro locos. Nuestra sensatez nos prohíbe hacerles caso. ¡Al agua los socialistas!

¿Que nos llaman brutos, inquisidores, cafres? ¿Y quiénes son los extranjeritos que se meten en ello?

Son unos impíos que no tienen religión. Y los periódicos neos explotan la ñoñez de las beatas. El meterse con los guardias de Alcalá, constituye una deshonra para la benemérita. Así se entienden, por acá, las cosas.

[21] Crónica de Sánchez Rojas firmada con su seudónimo, habitual por estas fechas en este medio, de Jorge de Alba

[22] El periódico *El Grafico* publicó unas cartas de obreros que declaraban haber recibido malos tratos por parte de la Guardia Civil en sus detenciones. María Dorado y Salvador Mulero, ambos naturales de Alcalá del Valle, declararon haber abortado y quedado inútil respectivamente a consecuencia de esos malos tratos. La prensa se hizo eco de las denuncias y se convirtió en asunto nacional sobre todo por las manifestaciones de la prensa internacional.

[23] Sentencia de derecho romano que viene a decir en español: *la ley es dura, pero es la ley.*

Y dice don Alfonso XIII, generosamente, con palabras de juventud, con amor a España, «no quiero sombras en mi reinado». Pero las sombras continúan. Ya dice el ministro de la Gobernación que se abra una información en todos los juzgados de España. Es como si preguntáramos por mi conducta al juez de Málaga.

Todo quedará en la sombra. Nos volverán a insultar fuera. Confundirán España con la cafetería.

Y la guardia civil seguirá asegurando las digestiones de los ciudadanos pacíficos...

El Castellano (19-08-1904)

Crónica ligera[24]

Ya se fue don Alfonso[25], se largaron también los generales, se fueron los diputados con la música a otra parte y Salamanca, sin carrozas, ni tribunas, ni galas, ha vuelto a quedar con su modorra provinciana, solitaria y triste.

A nosotros, a los que nos preocupamos de otras cosas, nos hubiera tenido sin cuidado la regia visita, si Maldonado no nos hubiera deleitado con una loa y Galán con unos versos.

Todos nuestros festejos eran de baratillo.

La tribuna de las charras en la calle de Zamora, parecía mismamente la entrada de un cinematógrafo que yo he visto en la calle Volantín, de Bilbao. La marquesina de la estación consistía en un tendedero de ropa. Y los arcos, follajes y demás zarandajas estaban hechos para entusiasmar charros.

Pero Maldonado nos habló con el castizo decir de nuestra tierra austera y nos conmovió el alma y oímos el trotar brioso del caballo que llevaba al mozo a la alquería de su novia. Y Galán volvió a cantar como una alondra por milésima vez la poesía del campo salamanquino.

No estamos descontentos, porque si el viaje ha de producir, a la larga, ayunos y abstinencias en el Ayuntamiento y en la Diputación, también nos ha dado buena prosa y versos bonitos.

¡Y en otras poblaciones desventuradas el joven Rey solamente escucha el brutal discurso del cacique y la lata leguleyesca de las exposiciones tontas!

Aquí hemos expuesto poco, no hemos pedido nada y hemos producido algo.

Sí, algo que, acaso, no haya sido del gusto de los cortesanos, pero sí del agrado de los aficionados a las letras.

El Castellano (05-10-1904)

Crónica ligera[26]

Amo la ley Municipal y soy amigo de los concejales de mi pueblo, unos muchachos despiertos y avisados, que discuten la subida de aguas o un informe de la comisión de obras, con los artículos de la constitución en la mano.

Entre mis lecturas favoritas figura el Alcubilla.

Me deleitan las disposiciones que recoge el eminente jurisconsulto. Con hombres como Alcubilla, se impondría la regeneración.

Mis entusiasmos me llevaron ayer a la casa del Concejo de Atenas la chica, de Roma la mediana y de Salamanca la sucia.

Allí hablaba el señor Abarca, un señor no feo, de cuidada barba, chaleco blanco, botas limpias y voz meliflua con suaves inflexiones. Hablaba con corrección y elegancia. Sentía disentir de un informe que leía el Secretario. De este Secretario no veía yo más que una calva.

[24] Crónica de Sánchez Rojas firmada como Jorge de Alba.

[25] La visita de Alfonso XIII a Salamanca tuvo lugar el 29 de setiembre de este año. En el teatro Bretón se leyó una poesía de Gabriel y Galán y se representó la Loa Charruna de Luis Maldonado a las que se refiere más adelante.

[26] Firmado como Jorge de Alba.

El señor Abarca, sentado en un sillón rojo, fumando un cigarrillo, confesaba que él, Abarca, no era suspicaz. Luego confesó que sus proposiciones tenían algo de concreto. Hizo una imponderable descripción del volcán que arroja lava ardiente por el consabido cráter; pidió que se hicieran orificios por medios racionales, y se sentó.

Pero el señor Martín Benito, miembro de la Comisión, contesta al señor Abarca. Es un anciano simpático, de hermosa voz. Su imaginación es enorme y su facilidad de palabra extraordinaria. ¡Lástima que no sea joven el señor Martín Benito! Este hombre, de historia política intachable, de honradez acrisolada, habla luego de un asunto que tiene historia lamentable en el Municipio. ¿Qué asunto es este? No lo sé. Contemplo al inquieto señor Veira que bosteza en aquel instante y al señor Núñez Izquierdo que tiene una pierna sobre otra, en cómoda posición burguesa, en amable pachorra.

Luego habla otro orador *solemne* subrayadamente. Se llama el señor Martín Conde. Dice que no se ha enterado bien y entiende él («entiendo yo» es la frase municipal corriente), una porción de cosas de que no me doy cuenta por observar al Sr. Romano Zugarrondo que preside y por recordar su oratoria leguleyesca, incisiva, mortificadora, sangrienta, punzante y cortante.

¡Ah! Estos buenos señores hablan de malos olores, de substancias descompuestas. Ya voy cayendo.

Abarca vuelve a decirnos que tiene buenos propósitos, interviene Martin Benito, se discursea sobre un lago, lee el Secretario otro larguísimo informe donde se cita nutrida y empalagosa jurisprudencia contencioso-administrativa.

Llega el señor Barco al salón, a paso quedo, con sus gafas azules, le saludo y me largo, diciéndole: ahí queda eso.

El Castellano (07-10-1904)

Crónica ligera[27]

Dicen los periódicos que la tristísima muerte del señor marqués de Pickman ha producido penosa impresión en Sevilla[28].

Este es un eufemismo bestial, una mentira convencional de la Prensa.

Los sevillanos querían jaleo. Era una diversión para las gentes eso de batirse dos hombres, *tête á tête* con condiciones terribles.

Un redactor de *El Lábaro* recordaba oportunamente aquella fiesta de San Sebastián entre el toro y el tigre. Y trinaba contra el público. Contra las gentes de Sevilla trueno yo ahora.

El duelo es un disparate. Dejémonos de entroncar el desafío con esas martingalas del catolicismo clásico. El hecho es que Sevilla se ha divertido y que, ahora, cuando el marqués de Pickman muere, truena contra la pasividad de las autoridades.

Estos que hoy se quejan hablarían a Paredes y al Marqués del terreno del honor, de lavar manchas y de saltar sesos. Los culpables son estos amigos oficiosos, cobardes, que se divierten con las tragedias íntimas ajenas.

Yo siento el percance y lo lloro. Y si es cierto que «las ofensas de la sangre con sangre se pagan», como oí a un abogado vulgar en otra no menos vulgar Audiencia, es cierto también que deben pagarse al instante, espontáneamente, y no en frío, con premeditación, y en la presencia de unos mamarrachos que se llaman padrinos.

Un aspecto político ofrece el duelo de Sevilla.

El señor García de Paredes, militar, matador del señor Pickman, ha cometido un delito penado por las leyes. A ver si se atreve el señor Maura con los militares...

El Castellano (13-10-1904)

[27] Firmado como Jorge de Alba.

[28] El 10 de octubre de este 1904 tuvo lugar el duelo que conmocionó a Sevilla entre Rafael de León y Primo de Rivera, marqués de Pickman y el capitán de la guardia civil, Vicente García de Paredes con la muerte del primero.

Crónica ligera[29]

Para mi amigo el redactor de «El Lábaro» señor Íscar.

Leo tus cosas a diario, querido «Sirkassir»[30], leo tus cosas a diario y te felicito. No has nacido para monago. Pegas y pegas con gracia. A pesar de tu admiración por Maura, eres un muchacho tremendamente progresista. Don Antonio usa la lengua y tú manejas el látigo. Y con el látigo, van entrando los borregos en el redil.

Eres un muchacho de veras, y de muchachos están necesitados los periódicos, siquiera para hacer la guerra a todos los viejos que emborronan cuartillas.

Aquí se aburguesan los chiquillos enseguida, se hacen amigos de los diputados, lacayos de los concejales, admiradores de todo bicho viviente y da lástima verlos con tanto equilibrio, mental por esas calles de Dios.

Nuestros periódicos locales, los que son pensados y dirigidos *en viejo*, no pueden aguantarse. Se caen de las manos. Están carcomidos de reúma y de templanza. Son demasiado correctos. Ya estamos hasta la cabeza de tanta corrección; todos los chicos que nacen son robustos y todas las mujeres bellas y todos los concejales ilustrados.

Somos empresarios de bombos mutuos que concluimos por tomar en serio.

Ya debes conocer, querido «Sirkassir», a los amables periodistas. Es gente lista, correcta, algo burlona; se ríe de todo. ¡Es de ver las cuchufletas que gastan en casa y que serio, qué formal sacan, luego, el periódico!

Los encargados de ser un poco sinceros, de llevar ese aire jovial a la calle, de conservar las burlas, son los muchachos. Por eso me gusta tu *Menudeo*.

Te llamarán soberbio, tonto, cuando te metas con los respetables. Te sacarán a relucir tus años. ¡Ríete! Te hablarán de la experiencia, de la vida, de unas cosas tremendas. Sigue con tu labor. Hay que desinflar los perros, estos perros de Salamanca que tienen congestión de orgullo.

El Castellano (26-10-1904)

Crónica ligera[31]

El Adelanto me divierte estos días con su concurso.

Hay personas que han tomado seriamente su papel de regeneradores locales. Y allí dicen pestes contra los clérigos, unas buenas personas que no se meten con nadie, o dan palos furibundos a los políticos, unos señores que tendrán muchos defectos, pero no el de charlatanes, digan lo que quieran los señores del concurso.

El alcantarillado tiene una legión de admiradores. Otros quieren beber pronto el agua de la Golpejera[32]. Los de más allá, filarmónicos decididos, esperan la regeneración de nuestra vieja ciudad triste, en la fundación de una buena banda provincial.

Con todo, *El Adelanto* hace unas preguntas difíciles de veras. Yo votaría que no se reformase nada. Está bien como está, con sus calles sucias, con sus divertidos estudiantes, con sus niñas bellas y admirables.

Lo que más me molesta es que la quieran convertir en una ciudad moderna, de hermosas avenidas, buenos teatros y elegantes paseos.

Para mí no tienen encantos esas urbes con su bestial monotonía. Me gustan las callejuelas obscuras, los zig-zag, los rincones solitarios fabricados para el amor.

Hay en Salamanca sitios que no serán higiénicos, ni hablarán bien de la cultura de una ciudad; pero son bellos y melancólicos. Esas casonas viejas, de puertas claveteadas, con letreros rojos de antiguos Licenciados; esas plazoletas silenciosas, a menudo profanadas por las notas de un organillo; esos conventos apartados en cuyas torrecillas se posan las golondrinas.

[29] Artículo firmado como Jorge de Alba, seudónimo utilizado en escasas ocasiones –aunque habitual por estas fechas en este medio– por Sánchez Rojas.

[30] Seudónimo con el que Fernando Íscar-Peyra firmaba las secciones "De Sociedad" y "Menudeo" del diario salmantino *El Lábaro*.

[31] Firmado como Jorge de Alba.

[32] Se trataba de un proyecto de subida de aguas desde el manantial de La Golpejera –en la población del mismo nombre– a 6 kilómetros de Salamanca.

Pegad al Concejo, pegad a los diputados provinciales, entusiasmaos con el alcantarillado o con la Golpejera, soñad con volver a los tiempos de esplendor de nuestra Escuela, pero dejad a Salamanca, con su vejez y su tristeza, que así la querremos más.

Y sería ridículo quitarla sus arrugas y chocheces con los polvillos de arroz, que usan las mujerzuelas de baja estofa.

Pero me he puesto serio y la verdad es que todo eso del concurso me parece una guasa *o lo que haga sus veces* y acaso un medio de tomarnos el pelo a todos.

La gente de Salamanca, queridos amigos de *El Adelanto*, es muy socarrona, a fuer de castellana.

El Castellano (28-10-1904)

Crónica ligera[33]

Tengo que protestar enérgicamente, desde este sitio, de los conceptos emitidos por el señor Unamuno, en el Paraninfo de la Universidad, con motivo de la inauguración de la Academia médico farmacéutica.

«Tienen que vivir en comunión constante los jóvenes con los viejos», ha dicho el querido maestro, como si se tratase de una alocución de los socios de la Juventud Republicana en estos calamitosos tiempos de Adsuar, Aznar o Adsuagar.

«Tienen que vivir en comunión constante –ha dicho don Miguel– unos y otros para que los viejos remocen su espíritu y los jóvenes se pongan en contacto con la tradición».

La vida desmiente estas apreciaciones del que más ha trabajado por la juventud española.

Los jóvenes que se ponen al habla con los viejos se envejecen enseguida. Y los viejos que se rodean de un ambiente de juventud, sano y fresco, se remozan poco o no se remozan nunca.

Yo no creo que el ilustre Rector de nuestra Escuela pusiera hiel en sus palabras, ni puedo sospechar tampoco –como me decía un joven de veras– que don Miguel quiera darnos un adiós de despedida, aburguesando su espíritu con esos tufillos de una tradición circunstancial, tan del gusto de los señores médicos y de los señores boticarios.

La vejez tiene un poder de sugestión enorme. Se comunica con una rapidez extraordinaria, en razón al cuadrado, lo menos. Es decir, que un joven inocula a un viejo, no muy viejo, 5 gramos de juventud, mientras este comunica a un muchacho, muy muchacho, 25 gramos de su chochez. Y no tenemos que ir a buscar comprobación muy lejos. En nuestra misma urbe abundan los ejemplos por docenas.

Así lo creo sinceramente, ilustre maestro, y por creerlo, no sigo su consejo y me declaro en rebeldía.

¡Y luego dicen los que rinden culto a los idoletes del foro y la sotana que el señor Unamuno es el fetiche de los muchachos!

¡No es fetiche, no, señores míos!

El Castellano (01-11-1904)

Crónica ligera[34]

El asunto de las cruces que van a concederse a nuestros eximios, con motivo de la visita de don Alfonso XIII a esta Capital trae revuelta a mucha gente que quiere crucificarse. Y eso que los eximios de marras no han redimido a nadie, que yo sepa.

No me extraña esta inquietud. Gentes hay que no teniendo fe en sí mismas, ni méritos intrínsecos, acuden a cintajos para convencer a los demás. «Las cruces –he oído decir a un aristócrata–, son los signos que distinguen a un lacayo de un señor».

Advierto que apenas conozco a los presuntos condecorados; no hago más que charlar del caso.

[33] Sánchez Rojas firmó esta crónica con su seudónimo Jorge de Alba.
[34] Firmado como Jorge de Alba.

La distinción de mi amable amigo, el aristócrata, carece de valor. Una cruz supone mil genuflexiones, mil embustes, doscientas mil trapacerías. Y para adquirir esas cintas suele tenerse que lacayear antes.

Los nombres que hasta ahora suenan son respetables. Uno de ellos es un popular alcalde. El otro un arquitecto distinguido. Y el último un político que ha servido a todos los Gobiernos y que debe ser listo, cuando tantos temores suscita por ahí, entre los alcaldes de monterilla[35]. Ha publicado un folleto, preside la diputación, dirige el Instituto, anduvo en aquellas cosas tan agrícolas de antaño y estuvo a punto de ser diputado a Cortes por una Cámara más o menos agrícola, ya suprimida[36].

Lo que parece anormal, dado el criterio de todo el mundo en estas zarandajas, es que no sean crucificados los catedráticos de la Universidad. Con ese pretexto vino el Rey a Salamanca. Y conste que yo deseo a su ilustre jefe y a sus decanos, que no les cuelguen cintajos. Sería hacerles un flojo favor.

Para otros, está bien.

El Castellano (04-11-1904)

Crónica ligera[37]

¡Qué hermosa esta Salamanca en estos días de lluvia!

Las gentes van por las calles, a prisa, cruzando los paraguas abiertos, con las botas chapoteadas. Las mujeres, con las faldas recogidas, nos enseñan los tacones y algo más. En los portales de la Plaza vocean los chiquillos los sucesos de que hablan los periódicos y los ciegos los décimos de la lotería. En las barracas de las castañeras se agazapan algunos muchachos; en los cafés se animan las tertulias y el hogar celebra sus fiestas, de honda alegría, alrededor del brasero.

¡Yo os saludo, días de lluvia, heraldos del invierno!

Con el calor del braserillo lleváis fuego a mi corazón e incubáis tibias ilusiones en mi espíritu. Metido en mi cuarto, escucho los golpetazos de las gotas gruesas de agua que caen en el suelo. Me acuerdo un rato de los que sufren. Y vuelvo, enseguida, a sumergirme en las alegres narraciones de mis libros favoritos.

Mi afán de aventuras se desvanece entonces y sueño con los idilios caseros de nuestros burgueses, con el amor de la compañera leal, con el cariño a los hijos que vuelven del colegio, con su carita rígida y sus narices encarnadas.

Mis recuerdos, entonces, se remontan a la niñez, a mis sueños tranquilos y puros. No me preocupaba entonces la imbecilidad de mis prójimos. Y acurrucado en la cama, gozaba con el sonsonete monótono de la lluvia y con la voz tiritona del viejo sereno que esparcía, por el aire, ondas de melancolía, invitando a las caricias del hogar.

Más encanto tienen aún, para mí, los días lluviosos de mi pueblo tranquilo. Los regatos de las calles se desbocan. Nadie sale de casa.

Solo, por la tarde, se comenta en el Casino las cuestiones sociales, sobre la muerte de Fulano y el casamiento de Zutano. Y, de cuando en cuando, mantienen las esperanzas del próximo gordo que ha de traerles una legión de bienandanzas y comodidades.

Me siento burgués, prudente, correcto, en estos días tristes, de inmensa poesía. Me concentro en mí mismo y sueño, al amor de la lumbre.

El Castellano (07-11-1904)

Menos crímenes

Harto difícil es hacer, en ciertas épocas del año, aquí en Salamanca, crónicas de asunto interesante, como exige una de las condiciones del concurso.

[35] Alcaldes de aldea, sobre todo si es labriego rústico, usado en sentido despectivo.

[36] Fueron propuestos, efectivamente, Antonio Díaz, alcalde de Salamanca, Cecilio González Domingo, presidente de la Diputación y Joaquín Vargas, arquitecto de la provincia.

[37] Firmado como Jorge de Alba.

En las modernas urbes, hay más hechos importantes que cronistas pero en estas viejas ciudades castellanas, donde vegetamos sin remover impresiones, posando las viejas en los rincones del caletre, mentimos de veras, cuando estalla el trueno, nos dejamos llevar de la corriente e hinchamos el perro[38] de una manera prodigiosa. También es frecuente que los cronistas se ocupen de lo que menos les importa. He observado, recientemente, que los que más han jaleado eso del descanso dominical, han sido unos pobres diablos que no trabajan nunca.

Salamanca nos ofrece, ahora, páginas sangrientas de un matonismo repugnante; tiros, palos, puñaladas. Nosotros, charros de buena ley, que sentimos emociones trágicas en los informes de la Audiencia, permanecemos impasibles y quietos ante las salvajadas recientes.

Los periódicos contribuyen también a este amodorramiento moral del respetable público. Saben que las emociones fuertes alelan la curiosidad, y le dejan contento, para contarle, al día siguiente, los partos de las distinguidas señoras y las enhorabuenas de los queridos amigos. Sí, la prensa local abulta los crímenes como cualquier rotativo, y le rodea de cierto interés misterioso con torpe candidez, aquí donde nos conocemos todos.

Los periódicos no deben ser ecos de la opinión, cuando la opinión es mala. Su misión no es satisfacer curiosidades, sino corregirlas cuando son descompasadas. Deben servir de freno, no de espuela. Es irracional meterse con los vicios tradicionales de la raza, y codear con las de los políticos literatos y artistas, las figuras de la Fornarina, de *Bombita Chico* o de Cecilia Aznar.

No es cosa de disertar aquí acerca de las causas de los crímenes recientes; sería ridículo. Pero ya que han sido continuados, y quizá engendrados los segundos por la imitación de los primeros, bien puede nuestra prensa salmantina no abultar estas expansiones del matonismo y aquellos informes de la Audiencia, con los incidentes abogadilescos de vigor.

Trabajen por Salamanca, y dejen de cantar la canción de los matones.

El Lábaro (26-11-1904)

Crónica ligera[39]

La nota de actualidad es hoy la aparición de dos periódicos redactados por gente joven. El hecho merece la pena de ser comentado.

Un periódico «joven» quiere decir que no tiene ídolos más que por temporadas, que no es periódico de empresas ni de chismes, ni de bombos familiares. Quiere decir que no se entusiasma con los discursos que a diario nos sueltan, ni gusta de las sesiones del municipio, ni se preocupa de la salud pública. Quiere decir, en fin, un periódico joven, que arremete contra todo y que pasa por encima de todo.

Un periódico de esta laya tiene que vivir luchando y luchando al descubierto, sin pasteles de ninguna clase. Debe aborrecer el compadrazgo, la discusión académica. Yo prefiero y preferiré siempre una riña de verduleras a trompazo e insulto limpios, que una polémica ñoña entre amigos que se entienden y que pelean porque sí, porque hay que sostener el papel de luchadores.

Sinceridad y valentía, gran cantidad de espíritu necesitan los redactores de *Gente Joven* y de *Quo vadis?* si quieren atraer sobre sus trabajos las miradas del público. Para ser jóvenes hay que ser fuertes, espontáneos. Necesitan una brutalidad salvaje. Tendrán el honor de contar con enemigos irreconciliables.

Yo espero mucho de los nuevos periodistas. Creo que no van a lucirse, sino a empujar a las gentes para que vayan a prisa.

Y si no quieren estropear digestiones, ni levantar ampollas, deben retirarse por el foro.

Veremos si saben o no saben hacerlo, porque todavía no se han revelado.

Bien es verdad que solamente han publicado el primer número.

El Castellano (07-12-1904)

[38] Exagerar lo que se dice o escribe desmesuradamente.
[39] Firmado como Jorge de Alba

Crónica ligera[40]

Cayó Maura. Se acabó el reinado de los leguleyos. ¡Bendito sea Dios!

Se fue Maura con su música de tambor, con su diarrea parlamentaria, con su galería de frases cursis, con todo el repertorio chabacano de sus desplantes.

España debe alegrarse. Nosotros, los liberales, cantaremos nuestra victoria en todos los tonos, alegremente, juvenilmente, ya que los cirios se apagan y la soberbia se humilla y la oratoria ramplona no sirve más que de pobre recuerdo a los que estudiaron figuras retóricas en Coll y Vehí[41].

Los sensatos que se hacen escuchar en las tertulias y en los casinos, los hombres *de principios* que son firmes católicos aunque desprecian el clericalismo, afirman, en sus caseros discursos, que Maura, a pesar de sus equivocaciones, era todo un político y todo un estadista. Los republicanos, esos señores de espíritu conservador tan parecidos a Maura, alaban al pobre muerto, mientras le acompañan al camposanto, donde reposarán sus gallardías y sus gestos griegos.

Maura, –su espíritu reaccionario no viene a cuento–, es todo un leguleyo, sin pizca de moderna cultura.

Su oratoria parlamentaria, sutil, casuística, empedernidamente escolástica, era y es la admiración de los intelectuales de cabeza de partido, de los padres prudentes, de los canónigos gordos, de los curas que andan disgustados con Nocedal, de las mujeres que jamás han temblado de amor ante una reja. Maura representaba y representa la mentalidad media de la nación, el espíritu de prepotencia y de sequedad, el orgullo del ignorante, el desdén del abogado hacia las cosas que no conoce. ¡Que la crisis no simbolice la derrota de los medianos y España estará de enhorabuena!

Silvela era odiado. Ya comprendía aquel hombre insigne por qué le odiaba su pueblo. Silvela es un hombre del siglo, un espíritu fino, burlón, complejo, inteligente y cultísimo.

No podía codearse con el vulgo y despreció al vulgo. Y su lugar fue ocupado por el cómico mallorquín, un sujeto que no es sociólogo, ni estadista, ni literato, ni político, ni nada, sino un pobre diablo que termina los párrafos en *ente* para que suenen bien, que se riza el bigote para que le contemplen esas lindas cabecitas huecas que veranean en San Sebastián y que cobra crecidos honorarios por tocar el teclado del artículo tantos de la Ley Hipotecaria o el cuantos del Enjuiciamiento criminal.

Alguna revolución, sin embargo, ha hecho Maura. El espíritu público va reaccionando contra las sutilezas y los tiquis-miquis, y los acoge, el día de la derrota, con burlas y rechiflas.

¡Que nos sea *casi* leve, si es que puede serlo, el abdomen de don Marcelo Azcárraga!

El tipo del general, de adocenado comerciante de ultramarinos, es más soportable que todos los gestos de guapo y que todas las marmóreas actitudes.

¡Que en paz descanse don Antonio II como le llaman en mi pueblo!

El Castellano (20-12-1904)

Crónica ligera[42]

Decididamente, queridos amigos de EL CASTELLANO, presento mi dimisión de cronista con carácter irrevocable. No quiero seguir atemorizando a los buenos salmantinos con esas leyendas de libertinaje que ha levantado el bueno de *Sirkassir*, que es el chico encargado, como saben ustedes, de suministrar gracias y donaires, con arreglo a la moral y a las buenas costumbres. Quiero seguir a todos aquellos que me dan consejos a diario. "Gasto mi juventud –me dicen– en peligrosas informalidades" y yo prometo, de hoy en adelante, a mis queridísimos y gotosos consejeros, escribir tan solo largas exégesis sobre las novelas de Justiniano o algún proyecto de reforma del Código Civil. *Crotontilo* tiene que resignarse por fuerza a que no siga propalando mi pluma esas deshonestidades de bailarinas. No puedo hacerlo, porque me

[40] Crónica firmada por Jorge de Alba, seudónimo de Sánchez Rojas.
[41] José Coll y Vehí (1823 – 1876). Escritor, crítico literario y afamado cervantista español.
[42] Firmado como Jorge de Alba

condenaría eternamente. Y *Nicanor* el de "La Semana Católica" ha de saber que me tiene a sus órdenes para todo.

Propagaré, con él, las sabias doctrinas cristianas de nuestros castos abuelos y solo me permitiré, de vez en cuando, alguna ligera discrepancia con mi amigo. *In dubis libertas*, dijo el águila de Hipona y repiten, a diario, en todas sus pláticas, los predicadores de mi querido pueblo, donde tuvo a bien morirse, como enseña la historia, Santa Teresa de Jesús.

Confieso que ha sido todo pura broma.

Yo, que soy de una timidez extraordinaria en asuntos mujeriles, no podía disertar, en serio, sobre tales danzas cancanescas y criminales, que serían reprobadas, seguramente, por el doctor Cobos en citas greco-clásicas, y, más tarde, por el Gabinete del panzudo Azcárraga y del angelical don Alejandro.

Yo cantaré las glorias de mi Escuela en arranques varoniles. Diré con don Cecilio que el alma debe ser antigua y desenterraré, con él, los saberes salmantinos que nos dieron tanto renombre en pasadas centurias.

Esto, en mi vida pública. En mi vida privada diré horrores de la Nicuesa, por corruptora de la juventud sirkassiana, rezaré el rosario, asistiré a las pláticas devotas donde se habla del nefasto liberalismo, copiando unas cuantas sentencias del libro *de oro* del señor Sardá y Salvany[43] y jugaré a la lotería, todas las noches, como juegan las personas honradas y decentes.

El Castellano (23-12-1904)

Crónica ligera[44]

La facultad de Letras de esta Universidad, accediendo a las excitaciones del señor Ministro de Instrucción Pública, piensa solemnizar con festejos literarios, el centenario de la publicación del Quijote.

Claro está que si yo fuera profesor de letras, propondría al claustro que lo mejor para honrar la memoria del hidalgo manchego sería hacer una quijotada enorme, en pleno Paraninfo, renegando de la literatura oficial, haciendo piruetas que supiesen a locuras. No es cosa de escribir unos discursos prudentes donde, a la larga, se zurrase al de la Triste Figura y se alabase al escudero que tiene, según es sabido, estrecho parentesco espiritual con las escuelas oficiales.

Yo no sé si algún doctor piensa en algún espectáculo gratuito, donde salgan a relucir casacones y plumajes, del cual nos habíamos de reír los espectadores con toda el alma.

Don Quijote no fue un cómico, ni arremetió contra el rebaño de ovejas por hacer el bobo, sino porque las confundía con vistosos ejércitos enemigos a quienes quería desbaratar para honrar y glorificar a la señora Dulcinea.

Como el pandero está en las mejores manos, quiero decir que los señores de la ponencia no son tontos, es de presumir que el festejo literario ha de ser movidito, ligero. Para fiestas estiradas ya tenemos bastante con la apertura anual.

Yo agradecería que el caballero andante del Claustro de Letras, señor Unamuno, arremetiese, lanza en ristre, contra todos los bachilleres, curas y sobrinas de los modernos tiempos, que fingen admirar a don Quijote, cuando sus entusiasmos van con Panza.

Nuestra Universidad debe rehuir todo lo que huela a funciones como eso de hacer un grado del siglo XVI, porque entre otras cosas, no habrá ninguno que quisiera actuar de víctima, digo, de graduando.

El festejo ha de ser de nuestra época, completamente moderno, que no están incapacitados los hombres del siglo para sentirse Quijotes.

Lancemos pocas tesis sesudas y proclamemos nuestra admiración por el rendido amante de Dulcinea.

Así sacaremos algo.

[43] Famoso escritor neocatólico que escribió *El liberalismo es pecado*. Sirkassir –Fernando Íscar – escribe en *El Lábaro*, periódico episcopal, manteniendo duras polémicas con Jorge de Alba.

[44] Artículo firmado como Jorge de alba, seudónimo que en ocasiones utilizó Sánchez Rojas

Desde que le torcieron a Mariano de Cavia[45] sus propósitos los Académicos de la Española, los Alcaldes de los Municipios manchegos y los eruditos, tenemos que ponernos en guardia contra ciertas cosas que van derechas al ridículo.

El Castellano (26-01-1905)

El culto a la verdad

Os digo, lectores, que estoy a mis anchas, cuando llueven protestas y contra-protestas, cuando se arman zipizapes, cuando se levantan polvaredas, cuando nos encontramos con un conocido que ya no nos saluda. El tropezarse, en la vida, con enemigos irreconciliables, es un placer que no pueden gustar todos los hombres. Decididamente, es bello el escándalo. Refresca la sangre y quita los malos humores.

Nuestros pasados disgustillos, ya del todo olvidados han hecho temblar, por ahí, a las personas rectas, que nos atiborran de consejos prudentes. Nos decían que jugábamos con fuego, que nuestra misión se reducía a fabricar literatura, y que un semanario ilustrado no podía entretenerse en dimes y diretes, sin menoscabo de su reputación. Nos hablaban de la intangibilidad de las togas, de las ventajas del compañerismo escolar, y nos repetían, por centésima vez, el viejo y apolillado estribillo de que hay verdades que no pueden decirse, y cosas que no es conveniente remover bajo ningún pretexto.

Un periódico redactado por jóvenes, era, para ellos, un escaparate de artículos amorosos para contentar a las novias, unas disertaciones copiadas del libro de texto para echárnoslas de buenos estudiantes, una galería de memadas reseñando los bailes del Casino, los *trousseaus*[46] de las muchachas casaderas, y los informes elocuentes en los juicios orales. De complacer a nuestros consejeros, todos viviríamos contentos. Prodigaríamos alabanzas sin ton ni son, y ya nos ayudarían para cazar un destino o una dote, y, acaso, acaso, saliésemos mañana, con su influencia, diputados provinciales o cosa por el estilo.

Los redactores de GENTE JOVEN, que desconocemos toda clase de tinglados y componendas, iremos de fracaso en fracaso, pero rendiremos fogoso culto a la verdad en nuestro espíritu. Sufriremos descalabros con frecuencia, pero no tendremos tormentos interiores, porque iremos echando fuera lo que nos estorbe. Acaso nos haga daño cualquier pedrada certera, pero no moriremos de cólico, que es la muerte más antipática y repugnante que conocemos.

GENTE JOVEN nació porque tenía que nacer, porque la juventud rebulle en Salamanca, porque su moscardoneo rezumbaba en muchos oídos. Y como los tiros sonaban por los cuatro costados de la ciudad, decidimos juntarnos unos cuantos, mandando a paseo diferencias doctrinales, para dar, juntos, la gran batalla, la que nos ha de costar la vida o dar la victoria; la que nos ha de dar fuerzas para no soportar lo que nos disguste, o la que nos ha de proporcionar un manteamiento que nos deje molidas las espaldas, entre las carcajadas de los arrieros y las burlas enconadas de las mozas alegres.

Hemos salido por el mundo a desfacer entuertos, a proteger doncellas, a rompernos la crisma con los follones que se burlen de la Dulcinea de nuestro corazón, del ensueño de nuestra juventud, la señora Verdad. Procedemos, a derechas, de Alonso Quijano el Bueno. Caminaremos de tumbo en tumbo, entre la rechifla de cualquier ventero, pero nos habremos desahogado con los bachilleres, con los envidiosos y hasta con los duques, más o menos eximios, que por aquí nos gastamos.

Es posible que concluyamos por morir en la cama, de muerte natural, haciendo testamento y dando consejos a la sobrina para que no case con cualquier locuelo que la corteje, pero habremos estropeado indigestiones de los hartos, y deshinchado la soberbia de los intangibles. Y todo por la Verdad, que es nuestro lema y nuestro culto.

Gente Joven (25-02-1905)

[45] La iniciativa de celebrar el centenario de la obra de Cervantes partió de Mariano de Cavia –y de José Ortega y Munilla– proponiendo que la celebración viniera a ser "un gran acto de resurgimiento español" tras el abatimiento sobrevenido por la pérdida de las colonias en 1898.

[46] Trouseaux: Ajuares, en francés.

El Rey en París

Todos los periódicos españoles, sin distinción de matices ni de colores, aseguran que el recibimiento hecho al Monarca español en París, ha sido verdaderamente espléndido. Descartemos la juventud de nuestro soberano; pasemos por alto las frases ingeniosas y discretas que este ha prodigado a un personaje socialista y a un veterano del ejército francés; prescindamos también de las simpatías universales que rodean de prestigio y autoridad a nuestro embajador señor León y Castillo. Siempre quedarán los besos que una bellísima muchacha, Mlle. Jeanne Boucher, ha estampado en el rostro de don Alfonso y la naturalidad, la gracia, el leve estremecimiento de gusto con que recibió la muchacha un delicado presente. Jamás podrá borrarse esa aureola de simpatía y de popularidad con que un pueblo refinado, por sensaciones un tanto complejas y estragadas acaso, corona a don Alfonso después de las consecuencias de un atentado imbécil.

No quiero atribuir el éxito de España a desvelos y exigencias de los respectivos gobiernos, a combinaciones políticas, a tejes-manejes de los que, en estos casos, se estilan. Cierto es que los franceses no tienen por cosa despreciable una alianza amistosa con nosotros, ¡verdad es también que no están ellos para desdeñar a un pueblo que apoya sus pretensiones sobre Marruecos!; no cabe negar, por último, que Francia está ya cansada de sus buenas relaciones con el pueblo ruso y que la derrota naval del almirante Rojenwesky, ha dejado a nuestros amigos en una posición falsa, en una situación insoportable y ridícula. Sobre todas las razones de conveniencia y de alta política, que son ciertamente muy atendibles, está el éxito más bien simbólico que personal de la juventud de don Alfonso.

Don Alfonso no tiene historia; he aquí su fuerza personal, su prestigio sólido. Ha paseado las calles de París el Czar de Rusia, que tiene que ser odiado forzosamente por un pueblo espiritual y culto; ha paseado las calles de París también Víctor Manuel, el Rey de Italia, un sujeto del todo insignificante, a pesar de su fingida tolerancia y a despecho de su abolengo revolucionario. Y llega don Alfonso, un mozo de esperanzas, un *garçón* que admira las bellezas de la primera ciudad del mundo, que sostiene una conversación en el Elíseo con sus hombres más insignes, que saluda con la mano, cariñoso y afable, a los buenos burgueses que van a contemplar las carrozas de una linda comitiva, que se pone levemente colorado y piropea con donaire a la señorita Boucher, que se despide de su vida de soltero y se dispone a saludar a su novia, allá, en Londres donde le esperan los clásicos *gentlemens* [sic], de actitudes gallardas, de saludos automáticos.

Y no se olvida que las muchachas parisienses –estas muchachas deliciosas que nos han hecho amar Daudet y Zola, Flaubert y Sardou– han tomado parte muy directa en la cariñosa acogida dispensada a don Alfonso. Así lo consignan, entre otros, el cronista de *El Imparcial*, Eduardo Muñoz. Es un detalle menudo este que explica suficientemente el éxito popular.

Don Alfonso era el símbolo de la España romántica, de esa España legendaria de los franceses. Admiraban, por debajo de todo ello, el sentimiento caballeresco, la donosa galantería, el amor exaltado, las pasiones a ratos sublimes, eróticas a ratos, de nuestro pueblo. Veían en nuestro soberano las gallardas capas andaluzas, las quebradas callejuelas de nuestros poblachones viejos, la España de Don Juan Tenorio con sus monjitas apasionadas, con sus escapatorias por las tapias de los conventos, con las acartonadas celestinas, con las busconas de ojazos negros, con los rateros y vagabundos. Las muchachas parisienses, que, según todas las elucubraciones de aquellos psicólogos y literatos son muy superiores a los hombres de la nación vecina, pensaban en las rejas cubiertas de flores y en los mozos que las ocupan, en el rasguear de los clásicos tocadores de guitarra, en las casonas de Toledo, en las risueñas rías de Galicia, en los paisajes fuertes de Valencia, en el cielo azulado de Sevilla y en los cármenes de Granada. Ha sido nuestro pueblo de gitanos y de bandoleros generosos el que ha triunfado en París. Y esto no disminuye el triunfo de don Alfonso; lo acrecienta más bien, porque ha sabido ser ingenioso y discreto.

Y luego está el boato, la etiqueta, los casacones y plumajes, lo que maravilla y emboba el espíritu francés, un poco femenino. No sé, como aseguran, si los nacionalistas o los descontentos de la República han trabajado para hacer más brillante el recibimiento. Lo que sí me atrevo a sospechar es que este lo ha sido por tratarse precisamente de un Monarca. La democracia llanota, un poquito chabacana y ordinaria de monsieur Roosevelt no encaja en las modas parisienses; acaso, de *sprit*. Los uniformes de los acompañantes de don Alfonso no disuenan al lado

del elegante frac. El Toisón de oro es pariente de la Legión de Honor. El boato monárquico español y la elegancia republicana de nuestros vecinos no tienen nada que echarse en cara. El Palacio de Oriente es vecino también del Elíseo.

Por ello tenemos que felicitar a nuestros amigos. El Cid ha saludado sonriente, al caballero Roldán. La tosca Dulcinea del Toboso, amada de Don Quijote, y la encantadora Roxana, el ídolo rubio de Cyrano, se han hecho buenas amigas.

El Castellano (06-06-1905)

Defendiendo a España

Toda la prensa rotativa y local, sin distinción de matices y de colores, aplaude un notable artículo del catedrático de Teoría de la Literatura y de Bellas Artes de esta Escuela, Sr. Nombela Campos. El artículo se ha publicado en un importante periódico de Lisboa, *Las Noticias*, y en él se defiende a nuestro pueblo de las imputaciones calumniosas de los masones madrileños, los cuales afirmaron, en un congreso celebrado en la capital del vecino reino, que España carecía de Registro civil, y que en nuestras escuelas de primera enseñanza se comen los pedagogos niños crudos y cometen otra porción de desmanes que ponen, verdaderamente, los pelos de punta, y dejan el corazón lleno de angustias y de zozobras. El artículo del Sr. Nombela –el cual, dicho sea de paso, se dedica a estudiar, desde el año pasado, una literatura tan hermosa y tan poco conocida entre nosotros como la lusitana–, no ha sido traducido todavía al castellano, y sólo conocemos las afirmaciones de más bulto y de más resonancia que en el mismo se contienen.

El trabajo del Sr. Nombela es, ciertamente, digno de la más alta estimación, y por él debemos estar de enhorabuena todos sus paisanos. De vez en cuando leemos torpezas, exageraciones, tonterías, de los extranjeros que se dan una vuelta por Córdoba y Sevilla en Semana Santa, y tales cosas se quedan sin la debida réplica y sin el mentís correspondiente. A veces son también españoles, como estos ridículos anticlericales del Congreso lisbonense, los que se empeñan en calumniar a su patria y en rodearla de una atmósfera de odios injustos y de infundadas antipatías.

De todos los escritores extranjeros, los franceses han sido los que más han descollado en esta odiosa campaña de difamación nacional. Los libros de Gautier, Merimée y Verhaeren –estos grandes fabricadores de la España fantástica–, han sido devorados por los públicos de otras razas. En torno a ellos se ha desarrollado esa leyenda singular que ve dentro de cada español un clérigo y un torero, y dentro de cada española una hembra llena de pasiones eróticas o una histérica llena de místicos caprichos y de fanáticas excitaciones. Con tales zarandajas, no comprenden los extranjeros amoríos en nuestro suelo sin puñaladas y suicidios, ni clérigos sin patillas, ni mujer casada sin amante, ni fiestas populares sin olés estrepitosos y canciones lánguidas, ni monjas que no hayan sido raptadas por algún atrevido Tenorio, ni ofensas a la Religión sin hogueras y otros absurdos disparates.

Como ha observado con dolorosa perspicacia el Sr. Gómez Carrillo, nuestro prestigio estriba precisamente en esa leyenda que circula más arriba de los Pirineos. Sin ella, es incomprensible nuestro pueblo. No hace muchos años que el insigne Valera se burlaba de un escritor norte-americano, M. Chatfield-Taylor, el cual había publicado un libro titulado *The land of the castanet*, (El país de la castañeta). Del artículo de Valera extracto estas afirmaciones para que se vea hasta qué punto fantasean los escritores de fuera cuando escriben de nosotros: "Las señoras, –dice el Sr. Taylor–, van a paseo en coche elegantemente vestidas de mediocuerpo arriba, y de medio cuerpo abajo muy andrajosas, cubriendo con una manta aquella miseria. Para lucirse, andar en coche y tener palco en el Real, se tratan muy mal en casa, la cual suele ser inconfortable y mal amueblada. En invierno se mueren de frío, y en todas las estaciones remedan al camaleón, alimentándose casi del aire".

La prensa extranjera ha batido, casi siempre el *record*, en punto a ignorancia en todo lo que se relaciona con los españoles. Un periódico francés aseguraba, que, en cierto Jueves de Corpus, se había retrasado una procesión para que el arzobispo asistiera, con todo su séquito, a una corrida de toros. Y en otro se aseguraba que los toreros tomaban la alternativa en la Puerta del Sol. Los ingleses son más cautos, casi nos admiran sinceramente y jamás escriben de nosotros sin enterarse de antemano.

Quien nos ha tratado mejor, ha sido el genialísimo escritor italiano Edmundo de Amicis, en su libro *España*, fruto de las impresiones recogidas en un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo de Saboya. Canta Amicis un himno al trabajo contemplando a Barcelona. Burgos le "parece una ciudad pintada expresamente para fiestas de Carnaval, con el intento de blanquearla después"... "Es verdad que todo aquello mueve, porque se ven colores nunca pintados en las paredes; de salsa, de pastillaje, de ropas de baile. Si hubiera en Burgos un manicomio de pintores se podría decir que estos habían pintado la ciudad, a su antojo, un día que escaparon del establecimiento". A pesar de estas exclamaciones cómicas delante de la pintura extraña que entonces, en el año 1873, como ahora, embadurna y estropea la mayor parte de las fachadas de la vieja ciudad castellana, se encantaba con la hidalguía de sus hombres y con la belleza de las burgalesas, sobre todo. En Valladolid hizo gran amistad con dos estudiantes; asistió a las corridas de toros en Madrid sin renegar de ellas cosa mayor. Visitó también Toledo, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Granada y Valencia. Se despidió de la bella ciudad levantina una noche hermosa pero triste.

"Valencia desapareció muy pronto de mis ojos, –dice– pensé que acaso no volviera a ver España y lloré".

Copio esta frase de Amicis, y dejo otras más significativas, porque GENTE JOVEN ha de publicar, en breve, en la sección de literatura extranjera, un bellísimo trabajo del escritor italiano sobre Castelar y el Congreso español de diputados. Conviene que conozcamos lo que piensan de nuestra casa los huéspedes de extrañas tierras. Y necesitamos también que se nos ensanche el corazón con alabanzas sinceras.

Como se ve, la mayor parte de los escritores y periodistas extranjeros han fantaseado lindamente sobre nuestras costumbres. Por eso es digno de alabanza el artículo del Sr. Nombela Campos, que tanta admiración ha causado en Lisboa, y que tan mal paradas ha dejado las afirmaciones ridículas de los Congresistas masónicos españoles que acudieron a aquella hermosa ciudad con el propósito de injuriar a su madre.

Gente Joven (08-07-1905)

Huéspedes ilustres

Salamanca ha de ver desfilar en estos días, si las crónicas no mienten, a una colección de personajes, de esos que se han sentado en las altas poltronas ministeriales y que han sido alguna vez los cómicos de más fuste en las tablas politiqueras. El espectáculo ha de ser divertido. Después de los villaverdistas, oiremos al verbo republicano, al asturiano Melquíades Álvarez, que ha de traernos brillantes metáforas, espuma oratoria y declaraciones políticas, ¡las declaraciones políticas no pueden faltar en estos actos! y más tarde al diablillo que no deja dormir a los burgueses de mayor cuantía, a los pájaros gordos de la Bolsa. Rodrigo Soriano, amparador de las gentes honradas, ha de alegrar también, con sus apostrofes viriles, con sus alegres cascabeles, a la vieja ciudad salmantina.

Pero estos acontecimientos políticos que se preparan en nuestra ciudad, no son el motivo principal de la visita de tantos políticos. Todos ellos vienen, ante todo y, sobre todo, a hacer cultura, lo cual equivale a hacer patria. No vienen a dirimir contiendas caseras, discordias familiares sino a plantear y a resolver, si a resolverse atreven, problemas de la más honda transcendencia. Y así todos, blancos y negros, republicanos y villaverdistas, impulsados por el más noble patriotismo, alentados por el ansia de llegar a días mejores, han de entonar un himno a nuestra madre común, la Patria, tratando de remediar sus desdichas con el elixir, con la receta correspondiente de la farmacopea política en que militan.

¡Sean bienvenidos a nuestra ciudad los señores políticos si vienen a hacer cultura!

Y que la indiferencia más aplastante les recoja si tratan de dividirnos un poquito más de lo que estamos divididos.

El Castellano (27-01-1906)

La visita de los estudiantes portugueses

Desearía que la visita de los escolares lusitanos a Salamanca, fuese un acto simbólico, y que a la fusión cariñosa, pero momentánea, de los escolares de los dos pueblos hermanos, siguiera la fusión honda y perenne del espíritu de las dos naciones.

Solamente los que se conocen pueden amarse. Ni los españoles conocemos a los portugueses, ni estos nos conocen a nosotros. Vivimos frente por frente, pero vivimos vueltos de espaldas, como esposos reñidos.

Entusiastas nosotros de los colores rabiosos y de las tonalidades concentradas y fuertes, amigos ellos de las tintas medias y de los matices delicados que han creado *Constança*, el genial poema de Castro, pueden traer a nuestra tierra, ambiente de auroras y de atardeceres, luz de poesía. Resignadamente irónicos, amables escépticos del vivir, nuestros vecinos colarán en nuestra alma española, mansedumbre e ironía, apagando nuestras lágrimas con sonrisas que redimen de la vulgaridad y que han sentido un millón de veces los devotos del maravilloso escritor portugués Eça de Queiroz.

Mientras llega ese momento de fusión espiritual, aplaudamos estas simpáticas fiestas estudiantiles y hagamos votos para que la visita de los escolares, y, sobre todo, de las señoritas del vecino Reino a nuestra ciudad, sea fecunda en dulcísimos idilios internacionales.

El Microbio (26-02-1906)

Una velada de música charra

Supongo, que a pesar de ser casi de la casa, me dejarán ustedes tomar parte en el concurso que han abierto.

A últimos de Febrero o principios de Marzo hablé en estas columnas de EL CASTELLANO precisamente, de lo bonita que sería una fiesta donde se hiciera música charra y donde el gran público escuchase los cantares salmantinos que ha coleccionado el benemérito señor Ledesma. Hoy insisto nuevamente en ello.

Como una fiesta de esta naturaleza requiere gastos de alguna consideración, a ella pudiera destinarse el dinero que dé la Tómbola.

Brindo la idea a la Comisión de Festejos.

Ella se encargará, si la encuentra aceptable, de llevarla a la práctica.

El Castellano (11-07-1906)

"Un fallo popular"

"El que roba a un ladrón, tiene cien días de perdón", reza el castizo refrán del pueblo. Pero las costumbres se han dulcificado bastante; solamente los más atrasados en el arte se atreven a robar con violencia; la guardia civil es más temida que nunca. Por eso, muy pocos son los que extraen el reloj, el porta monedas o la cartera del bolsillo del prójimo, cuya fortuna reconoce un origen obscuro. Más cómodo es aprender caligrafía, pasar por un hábil pendolista, por un falsificador insigne y valerse de estas naturales condiciones para "dar el golpe". Y así, el apotegma antiguo debe ser cambiado por este otro: "el que estafa a un usurero, sale absuelto". El que haya examinado con alguna atención los incidentes a que ha dado lugar el juicio oral de la estafa del *Cantinero*, habrá encontrado singular repulsión a la figura de este hombre. *El Cantinero* es un hombre vulgar, sin ilustración alguna, que apenas sabe hablar, tosco de facciones abultadas e innobles y de mirada fría. Con la explotación de una cantina, primero, y con la de la usura después, se ha visto millonario de la noche a la mañana. Últimamente, se dejó estafar bonitamente 254.000 pesetas. Y para tal estafa, origen del juicio oral reciente, los señores del Jurado han encontrado una fórmula benigna, absolviendo a todos, menos a uno de los complicados en la estafa.

Y yo veo, yo quiero ver, en el veredicto del jurado madrileño un alto sentido de justicia, que acaso choque violentamente contra nuestra ley escrita, pero que representa y significa, en

medio de la indiferencia de las costumbres públicas nacionales, una protesta genuinamente popular contra el individualismo y localismo que nos rige en la vida social. El robo es un delito, la estafa también lo es, pero la usura no... y debiera serlo. La sociedad no tiene defensa contra el usurero; los pobres tampoco la tienen. Se puede robar impunemente si se tiene osadía para ello, y si el ladrón no ha sido cazado entre las mallas del Código. La fortuna es para nuestra legislación amparadora de todos esos absurdos "hechos consumados", perfectamente legítima. Todo consiste en dar un salto ágil, cuanto más ágil mejor y en escalar de una vez para siempre, una actitud conservadora, defensiva, alejadora del escándalo, del calabozo y de la curia.

Y en estos ejercicios, donde suelen caer los menos inteligentes, los más desvalidos e infelices, muestran su desdichada habilidad, su gallardía de garras, los hombres de más escasa mentalidad, los de sentido ético más primitivo. Y vemos en todas partes, en las capitales de provincia, en las cabezas de partido y en las aldeas pequeñas, estos poseedores de fortunas misteriosas, amasadas en el ahorro con las artimañas del tanto por ciento y los pactos de retro venta. Los dueños de estas dramáticas fortunas son, como es sabido, el azote del aldeano y del señoritismo vergonzante, de la agricultura y de la pequeña industria, y parecen insultar estos miserables, con su embrutecimiento, con el filo de sus uñas siempre en acecho, la pequeña recompensa que aquí concedemos al trabajar continuo y a la labor honrada.

Desde el último monterilla de aldea hasta el más encopetado personaje de pergaminos añejos, rinden al usurero homenaje y pleitesía; siempre han vivido, en la mayor intimidad posible, las talegas venidas sabe Dios de dónde, con los títulos heráldicos concedidos sabe Dios por qué. Y no sabe olvidar tampoco que el usurero, el orondo y repulsivo "*Don Fulano*" de los pueblos chicos, –todos los usureros tienen don– es el alcalde y el juez, el diputado provincial y el cacique. Y cada repugnante sujeto de estos, desde su esfera de acción correspondiente, monta su compleja maquinaria de explotaciones sin cuento, de rapacerías escandalosas, de desahucios, de tremendos disparates, que hacen germinar el rencor y la ira en el corazón popular.

Por naturalísima reacción social, por el instinto colectivo del vivir, debe ser exterminada a sangre y fuego esta maldita casta. Por esto, el pueblo certero siempre, este pueblo que repite a sus hijos en las veladas invernales, la castiza leyenda del bandido generoso, que a los pobres socorría, ha consignado por determinación libérrima de sus jueces populares, que la estafa de que ha sido victima *El Cantinero*, censurable, altamente censurable, no vale la pena de mandar a presidio a una comparsa tan consumada de artistas como Mariano Conde, Aurelio Borruel y María Reina.

El Castellano (19-07-1906)

El culto a los abuelos

Mi amigo, este buen amigo mío que ha preguntado al Registrador de su pueblo las hectáreas que poseen sus futuros papás políticos, que es miembro de la Juventud tradicionalista de la Corte, que confiesa y que comulga con inusitada frecuencia, y que, filialmente, prepara en el Ateneo una memoria para el Doctorado de Derecho sobre el principio de autoridad, ha comenzado a charlarme esta tarde del proyecto de ley sobre Asociaciones. Me ha dicho citas de Laynez, de Victoria, de Suárez, de Gil Robles. Y como recurso supremo, como bella terminación retórica, ha querido conmoverme haciéndome ver, en robustos y bien cimentados silogismos, que ese desgraciado proyecto legislativo de don Bernabé Dávila atenta al culto de nuestros antepasados.

– Ya ves, –ha proseguido–, aprobarle sería tanto como profanar las cenizas de nuestros abuelos.

¡Profanar las cenizas de nuestros abuelos! He aquí una frase que no comprendo en los labios de un muchacho, aunque sea tradicionalista, y de un joven, aunque recuente los terrones que su mujer haya de aportarle al matrimonio. ¡Los abuelos, las momias, los muertos! ¿Por qué no hemos de proclamar nosotros, frente a ese manoseado culto otro más vivo, más humano, el culto a los descendientes, a los seres que no han visto la luz todavía? Nosotros somos el producto fatal de mil generaciones que nos han precedido y que han moldeado toda nuestra psicología y todo nuestro carácter, pero a la vez, influimos en nuestros descendientes. Nos debemos a los abuelos, es cierto, pero nos debemos, mucho más, infinitamente más, a nuestros nietos.

Somos la conclusión de una raza, de sus prejuicios, de sus concepciones, que no casan del todo, con las necesidades modernas y somos también el comienzo de una generación nueva, de ideales que aún no comprendemos, pero que triunfarán algún día.

Debemos retirar el tronco viejo de la savia nueva, adelantarnos en vez de retrasarnos a nuestra época. Y todo esto, por una ley biológica, que no solamente debemos comprender con el cerebro, sino sentirla con todas nuestras entrañas.

¡Ah viejos, que habéis dado todo el fruto a la madre tierra! ¡Que os retiren del escenario de la retórica, para sustituiros, en el altar del corazón, con los niños, con los jóvenes, con la legión incógnita de los seres futuros que han de heredar nuestra alma, y a los que nos debemos totalmente desde que existimos!

El Castellano (16-01-1907)

El aniversario de Carducci

Hoy, 15 de Febrero, una tarde lluviosa, triste y malhumorada, con visajes de suegra herpética, andan los estudiantes por las calles con sus banderas; estandartes y gorros estudiantiles. Mañana se celebra, en el aula magna de la Real Universidad, la conmemoración del primer aniversario de la muerte de Giosué Carducci.

Los estudiantes, llenos de barro salpicado con el fango de las callejas, no cesan de gritar. Pasan ahora por la calle de la Independencia, y al llegar frente al Seminario Arzobispal, un compañero de barba descuidada, grueso, alto, ha dado al aire un clamoroso *«¡A basso i preti!»*[47] que ha sido coreado con furor.

A mí me desagradan estas manifestaciones callejeras, donde un ideal se encierra en un grito salvaje. Y pienso que Carducci, si viviera, sería de mi opinión. Los padres de estos escolares que hoy gritan, para favorecer la digestión, un estentóreo «*¡A basso i preti!*» les precedieron con aquel otro grito de «¡*A basso il Carducci*!». Las muchedumbres son así siempre: ruidosas, inconscientes, ligeras.

El hombre más equilibrado y sensato pierde su serenidad en un circo taurino, en un espectáculo pornográfico, en unas elecciones políticas. El alma de la colectividad no es una suma, sino una cantidad negativa resultante de las almas individuales que la componen. Yo conozco a muchos de estos estudiantes que, separadamente, son buenos, tolerantes e inteligentes, y que hoy, juntos, hubieran sido capaces de no dejar un cristal sano de los balcones del Seminario. La manifestación, luego, ha seguido su carrera por la Plaza de Neptuno y la de Víctor Manuel, hasta el patio del Palacio Comunal. He oído vivas contradictorios, pero siempre entusiastas y radicales. Ha dominado, en todos, el amor a la unidad de la patria. Carducci, oyéndoles sus *«¡Viva l'Italia!»* les hubiera perdonado su furor anticlerical del principio.

La ciudad se prepara a la conmemoración universitaria de mañana. El orador es Giovanni Pascoli, gran poeta y sucesor de Carducci en la cátedra de Literatura Italiana. Hay gran expectación por oírle.

En las librerías, en los despachos y puestos de tarjetas postales, en los estancos, en los comercios de objeto de arte, se exhiben todos los libros y ediciones de Carducci, bustos de yeso a cinco liras, de bronce a veinte, fotografías diversas, autógrafos, tarjetas postales con el último retrato del gran poeta. En los cafés, en los restaurants, en todas partes se habla hoy de la labor poética y política del gran Carducci. A las nueve de la noche, un amigo mío ha asistido finalmente, a una reunión mundana. Una dama leía las *Odas Bárbaras* y el bello y femenino auditorio, comentaba el vigor, la rudeza, la integridad de inspiración de aquel hombre-león, que mañana –hará un año– cayó rendido del peso de sus garras y de sus melenas.

Empujando, abriéndome paso como puedo, llego a la Universidad. Estudiantes, profesores, señoritas, campesinos, militares, linajudas damas, todo el mundo aguanta de pie en el aula magna. Ha de hablar Pascoli. Y comienza su oración.

[47] «¡Abajo los curas!»

Apenas entiendo; Pascoli habla despacio. Llegan contadas palabras a mis oídos: «magnífico rector», «queridos estudiantes», «ciudadanos». Está en el prólogo, saludando a la concurrencia. Se hace un silencio profundo. Consigo ver la cara satisfecha y campesina de Giovanni Pascoli, su gesto de hombre primitivo y honrado, sus ojos bondadosos y tímidos. Recuerda Pascoli el amor entrañable de Carducci por Bolonia.

«Nosotros hemos paseado todo el año –dice– por estas calles porticadas que parecen escenarios clásicos, y por las plazas austeras, fantásticas, solitarias de esta Bolonia, que el poeta amó inmediatamente después de su Italia. Él quiso, ante todo, por todo y sobre todo, a Italia, a toda la Italia.»

Pascoli piensa en los sitios amados de Carducci, en las dos torres inclinadas, en la severa fachada de San Petronio, en la Plaza estupenda, monumental de Víctor Manuel. Pero baja la voz y sospecho, sospecho nada más, que está haciendo una digresión lírica. Estoy unos diez minutos aproximadamente sin recoger de sus labios más que unas frases sueltas.

En esto, me dicen que una señora enlutada, que ocupa un puesto junto al Alcalde, es una hija de Carducci, Libertad.

Viste de riguroso luto. A su lado, de luto también, está el nieto del poeta, Maulio Bevilacqua, pálido, un poco emocionado, pero sereno. Y cuando Pascoli se deja de nuevo oír, oigo que habla del Dante, a quien llama el poeta de la Italia esclava y de Carducci, el vate, el hacedor de la Italia libre. Y Pascoli, subiendo de tono al lado de las simas, habla de Roma, de Garibaldi, de su país. Pero bien pronto noto que la epopeya no se ha hecho para el orador-poeta. Le falta la recia vitalidad, la médula de Carducci. En el terreno lírico está bien, muy bien, pero cuando quiere reconstruir la historia de todo un pueblo, le falta el calor del apóstol, el sacrificio del mártir, la rabia del tirano...

Y ha concluido Pascoli. He creído ahogarme en aquella aula magna. Al salir por la Vía Zamboni, respiro. Los estudiantes, con sus gorros blancos, verdes, azules, con sus banderas y estandartes, esperan a Pascoli. Aparece el orador risueño, cariñoso, con el sombrero de copa en la diestra, saludando. Se oyen vítores y bravos, donde se escuchan timbres femeninos. La manifestación de simpatía a Pascoli arrecia, y parte de los escolares republicanos y masones. Los clericales, los *codinos* dejan hacer. Y Pascoli, al sentirse cercado, ahogado, rodeado de aquella muchedumbre de jóvenes entusiastas y fogosos, monta en un coche que corre velozmente hacia las dos Torres. Y en la vieja calle universitaria, que ha recibido hoy las caricias de unos gritos de juventud y la luz de un buen sol de domingo, me parece ver la figura pequeñita, un poco contrahecha, del gran Carducci que camina, avinagrado y hosco, a su cátedra, y que luego, bondadosamente, ya en su sitial, habla a los estudiantes de los dulces poetas del seiscientos.

El Castellano (03-03-1908)

En casa de Franzen

Este ingenuo pueblo de Madrid es siempre el mismo. Los Reyes han ido a retratarse a casa de Franzen: una multitud, ansiosa de verles, espera en las aceras, impidiendo el tránsito. Yo he tardado en cruzar la calle del Príncipe diez minutos largos; era imposible circular; mujeres hermosas, impecables, monárquicas, estaban apostadas en sus sitios, aguantando los encontronazos, piropos y donaires. Los polizontes decían groserías al pueblo soberano, y el pueblo soberano, contento de ver a sus Reyes, a su soberana, sobre todo, decía que sí a los polizontes y les dejaba hacer...

Y al llegar a la Comedia, casi frente al estudio de Cristian Franzen[48], he visto subir a los Reyes en su coche. La multitud contiene el aliento. Primero sube Don Alfonso triste, indiferente, rígido, cansado de ser siempre el centro de todas las miradas, acostumbrado ya a su papel de Monarca.

Luego ella, la princesa rubia, coloradota y tímida, avergonzada y deferente con la multitud. Sus cabellos de espiga de oro, tendida en el campo de Junio, relucen y despiertan la admiración de las mujeres, casi tanto como sus joyas y sus *boàs*.

[48] Christian Franzen y Nisser (1864-1923). Fotógrafo danés que desarrolló su labor fotográfica en Madrid siendo uno de los preferidos por la familia real y la aristocracia española.

Y al ver a don Alfonso, ha sentido frío el cronista. De una vez, brutalmente, he comprendido cómo encarna en la masa el inocente dogma de la inviolabilidad soberana. El Rey está por encima de todo. Alfonso es bueno, intangible. Además es madrileño. Los malos –dice una chulilla vivaracha a mi lado– son los ministros, ese Lacierva, sobre todo, ese patoso de Lacierva.

Y la multitud gritará, vitoreará tal vez. Yo aprieto el paso. No deja gritar la sangre, ni voy creyendo en dogmas, como las chulillas.

El Castellano (18-01-1909)

Víctor Manuel III

Salimos de paseo por San Miniato in Monte, en Florencia, una tarde de Mayo, antes de la puesta del sol. Queremos gozar del espectáculo desde la explanada de San Miniato, en aquella hermosa plazoleta, enclavada en una de las faldas más graciosas de los montes toscanos. Allí, donde una copia perfecta del *David*, de Miguel Ángel, luce su busto bizarro de mocetón prepotente, y subimos la empinada cuesta dantesca de San Miniato, y las flores huelen mejor que nunca, y el Arno está callado y reluciente, y la ciudad, fieramente sencilla, nos deslumbra más cuanto más la contemplamos. La conversación rueda sobre el Dante, sobre Beatriz, ¡es claro!, sobre Maquiavelo, sobre los Médicis y hasta sobre D'Annunzio, cuyo *villino*[49], perdido en la lejanía cuajada de rosas, descubrimos a medias.

Y el Sol comienza a ponerse, monte abajo, y la ciudad aparece ya roja, ya azul, ya verde, de todos los colores y de todos los tonos. Es un espectáculo que no puede describirse sino de conjunto, con un cuadro, si pintor alguno fuese capaz de trazarlo. La puesta de sol desde San Miniato, en Florencia, como un paseo en el canal Grande de Venecia, es cosa de color, y el escritor no sabe más que dibujar nerviosamente. Si pinta, no escribe, y carga de colores chillones la fantasía del leyente. Ello es que, a la hora del crepúsculo, se oye un órgano de un convento de frailes, perdido en un bosque próximo; que hasta los vendedores de postales callan, y que el hombre más beocio saborea, calladamente su cuarto de hora de ideal. Lejos del Ateneo de Madrid nos sentimos, efectivamente poetas, y somos capaces de temblar ante una Beatriz al pasar por el puente viejo de la vida, cuando reconocemos su figura soberana y sus ojos azules, hermosos y parados.

Y calle abajo vamos mi compañero, un duque socialista, y yo, entregados a nuestros propios pensares. De vez en cuando mi amigo me recita un terceto dantesco, ¡Oh, y cómo flota la sombra de Beatriz! Y continuamos la marcha por la cuidad divina.

Una casucha empotrada en un callejón oscuro nos recuerda al Dante; una plazoleta severa, a Maquiavelo; una mujer que pasa, un brochazo sólido y plástico de Rafael; un palacio con almenas gibelinas, una lucha de la ciudad republicana; una casona hosca y desafiante, los Médicis; una estatua, a Donnatello; a Savonarola, una fuente y un gigante.

Y entramos en el café. Los cafés, en Florencia, son amplios, hermosos. Recuerdan los de España. Se hacen tertulias de mesa a mesa, se tutea al camarero, se habla de mujeres, se murmura y, finalmente, se leen periódicos. Los golfillos que vocean *La Nazione* nos meten los ejemplares por las narices.

– *Signore, un soldado. Mi raccomando. La Nazione con il re Vittorio in Firenze*.

El Rey Víctor Manuel, en efecto, ha llegado a Florencia sin ruido. Se fue derecho a su palacio Pitti. En la estación lo recibieron un coronel, el jefe de la estación y el prefecto; nada más. El alcalde se abstuvo, porque el presidente del Concejo de Florencia es un abogado rabiosamente socialista. Sin embargo, el abogado Sangiorgi mantiene buenas relaciones con su Rey.

Y se murmura de Sangiorgi con tanto encarecimiento; pero con bastante más gracia de la que por aquí acostumbran para reírse del prohombre de Mula[50]. Cuestión de temperamentos. Los murmuradores de café, cultos, han leído en Italia a Dante, a Virgilio, a Homero. Aquí leen los libros de los amigos para maltratarlos en privado y loarlos en público.

Y se habla de Víctor Manuel. Yo tiro de la lengua al duque socialista. En Italia hay tantos duques como aquí abogados, y más socialistas que duques. Aquí, con el señor Maura, las dos cosas son incompatibles. En Italia, con el señor Giolitti, las dos palabrea se confunden.

[49] Chalet
[50] Juan de la Cierva, nacido en Mula (Murcia).

– Víctor Manuel –dice mi duque– es un buen Rey. ¡Señores, bebamos a su salud! ¡Vivan los Saboyas!

– ¡Demonio! –grito yo un poco espantado de esos duques, tan exóticos para un castellano de la llanura.

– Es que, antes de todo, soy italiano, caro Royas. ¿*Hai capito*?

Sí, he comprendido. Y yo también llevo a mis labios el rubio licor y choco mi cristal con el de los amigos. ¡Vivan los Saboyas! Mi duque está en lo justo, y es tan inteligente como duque. Los Saboyas son Italia e Italia son los Saboyas. El abuelo del Rey actual, el padre de la tercera Italia, el pastor de la Unidad, da un abrazo en los campos de batalla a Garibaldi peleando con el enemigo común. Y el enemigo común es Austria y es el Papado.

¡Vivan los Saboyas! Con su cruz se hizo una bandera, y con la bandera se hizo un pueblo. Los despojados se hicieron fuertes, y de un pueblo asalariado para guerrear con los bárbaros se hizo una nación manca y recortada por brutalidad de la fuerza; pero vigorosa y llena de coraje. *¡Eviva Saboia!* no importa que el nombre carezca de contenido material cuando sirve de símbolo a la orientación civil de un pueblo.

Y ellos, italianos, y yo español, duques unos, revolucionarios todos, republicanos con Víctor Manuel y maurista sin Maura alguno, nos sentimos conmovidos un momento, en un café de la plaza de Cavour, invocando ese nombre mágico de Saboya, que hizo poeta a Carducci. ¡Ah, los cuatro corceles de la tercera Italia –que dijo, con literatura municipal, Nathan, el alcalde de Roma–, Mazzini, Cavour, Víctor Manuel II, Garibaldi! Que se rían los estetas de las camisas rojas de los garibaldinos, de la cabellera larga de Mazzini, de las infinitas tristezas del ministro Cavour, de la figura regordeta y aburguesada del libertador. Con ironías no se hace patria. La ironía es una calidad femenina de gata casera. Los poetas civiles –aquí no los hemos tenido tal vez porque no los hemos necesitado– insultan o aplauden sin reserva mental. La pluma en sus manos es fusil o escoba, pero jamás ungüento. El ungüento es de pueblos decadentes, de Imperios que se desmoronan. Dante, el primer italiano, insulta y condena, pega, mata, maldice. Cada terceto es un trallazo. Es un bárbaro, un primitivo, un fuerte, que no ha pisado una redacción de un periódico. De Florencia lo expulsan, y va a cantar al *Paraíso* a la mansión de los Scaligeros, sus amigos, en Verona. Y en Verona se desentiende de todo afecto. Y muere en Ravena odiado, pero solo, solo siempre en su grandeza y en su ímpetu.

Y los que son duques y los que no lo somos nos damos a soñar despiertos saboreando la cerveza embriagadora. Pero siguen chillando los golfillos de *La Nazione* la visita de Víctor Manuel.

– Víctor Manuel es socialista –dice uno.

– ¿Y cómo es eso? –replico yo, harto de descubrir socialistas en los salones elegantes.

– Giolitti no se atreve a contar eso –agrega un escritor vivaracho, con lentes, en *tenue* elegantísima–. Hoy, no. Es como Millerand, como ese guasón de Ferri, como todos cuando son ministros o se les contrata para América con diez mil francos por sesión. Pues Giolitti dijo al Rey que temía encargarse del Gabinete porque era, en el fondo, socialista y cuentan los del *entourage*[51] del Quirinal que Víctor Manuel le replicó, poniéndole, democráticamente, la mano en la espalda:

– Bueno, hombre. No te apures por eso. Yo también.

– ¡Vivan los Saboyas! –torna a repetir el coro de duques y de bohemios.

Y vamos cantando el himno garibaldino por la plaza de la Señoría hasta separarnos. El pueblo y la Revolución y la Monarquía son tres nombres distintos y una sola cosa verdadera. El *gigante* de Gian-Bologna[52] sonríe en la noche serena, prometiéndonos su puño y su tórax para pelear con los de siempre, con los austriacos y con los *otros*.

El Castellano (09-02-1909)

Del crimen de Guadarrama

Cada día creo menos en la opinión española. Para mí es cosa axiomática que no existe. Parece lo natural, en todo pueblo civilizado y culto, que sea la Prensa la que refleje el sentir de

[51] Séquito

[52] Giambologna: Jean Boulogne (1529 – 1608). Escultor flamenco que desarrolló su carrera durante el final del renacimiento italiano.

la opinión. Pero aquí se fabrican opiniones desde los periódicos, patrañas absurdas y juicios inverosímiles, de las que tenemos que protestar los que podemos leer entre renglones a todas horas. Yo protesto de esa campaña infamante que se burla de un hombre que ha jugado su honor a tiros y que se hubiera burlado de él si hubiera sido complaciente. Por un momento, quiero llamar la atención de los lectores sobre el crimen de Guadarrama.

Un inspector de policía, el señor Coll, sorprendió a su mujer en amorosa intimidad con un hombre. Y como era lógico según la moral corriente en esta materia, lo mató. Lo mató y ha sido procesado el inspector de policía. La Prensa –cierta parte de la Prensa– está explotando la odiosa curiosidad del público, profanando los secretos de un hogar, del corazón de un hombre y de las complacencias de una mujer.

La Prensa –cierta parte de la Prensa– conserva firme la cabeza en esta contradanza de locos y de explotadores del perro chico[53], reduciendo el drama a sus vulgares proporciones.

El articulista conoce el drama como todo el mundo: por impresión refleja. Se le escapa el motivo psicológico, la verdad interior del caso. Parece que se trata de un hombre enamorado de su mujer –de una mujer arrogante y hermosa–, de una hembra harto complaciente y ligera, y de un ex amigo del marido, buena persona en el fondo, juguete de su amante y de los caprichos y veleidades de ella. No hay que alzar el grito; la cosa no puede ser más natural; no condenemos a nadie, sino [sic] queremos condenarnos a nosotros mismos. Eso pasa todos los días en nuestra propia calle y nadie se escandaliza de ello. La insólita gravedad del caso está en su aplastante vulgaridad, en la frecuencia abrumadora con que se repite. El drama ya no es tan ordinario; no hay personas que se jueguen la vida a todas horas. Aquí todos son víctimas, el matador, el muerto, la mujer del matador.

Del amor los dos hombres; acaso del amor también, la misma doña Nieves Hermida. El proceso que se instruye a un hombre, es el proceso que se instruye a toda la sociedad contemporánea, a la moral corriente. Quiero insistir en este punto de vista.

El señor Coll según todas las apariencias, es un sujeto honradísimo. Sus jefes dicen que es un excelente funcionario. La Prensa, a pesar de sus tendencias favorables a la acusación particular o a la defensa del procesado, ha reconstruido la historia de sus amores con Nieves Hermida. Esta señora es de Pontevedra. Su padre, don Luis, fue rico durante la adolescencia de Nieves; la vida fue dura con él y tuvo que vender una finca de recreo. Nieves fue guapa de soltera; con la finca de recreo y su palmito, tuvo muchos adoradores la muchacha; sin la finca, escasearon y la familia se trasladó a Madrid para luchar a brazo partido con la vida. Nieves obtuvo una plaza en el Conservatorio y una lista, bastante numerosa, de novios. Coll la conoció en un baile de máscaras y se prendó ciegamente de su hermosura. Y como estaba enamorado, como todo enamorado padece de daltonismo, Coll no quiso oír, no pudo oír lo que se decía *sotto voce* sobre la ligereza de la muchacha. No hay que acusarle por ello, sino compadecerle sinceramente.

Se casó con Nieves, que, a su vez, acaso, era víctima de las propias vicisitudes de la familia, del ambiente nada serio de Madrid, de su propia vanidad y del pícaro espejo. No seamos tampoco duros con ella; es muy triste soñar a los quince años en una finca de recreo para despertar en un cuarto piso a los veinte; es muy triste soñar con un príncipe cuando la mayor parte de los maridos tienen que ganar el garbanzo y apechugar con la vida, para vestir a la mujer amada. Y fueron felices o no lo fueron en su matrimonio los protagonistas de este suceso; eso ni los *repórters* pueden saberlo. Los rayos X no pueden penetrar todavía en los entresijos del corazón. La mujer de Coll –dicen los periódicos– vestía demasiado bien para ser la mujer de un empleado de 4.000 pesetas. Pero esa reticencia no supone nada o supone demasiado. Prueba, a lo sumo, que Coll, como buen enamorado, no regateaba ningún capricho a su mujer; prueba que si contraía deudas, las contraía por amor; no prueba, sino [sic] se demuestra seriamente, que esos vestidos fueran el precio del honor de un hombre. La amistad de Lara, fatal para todos, es también un incidente vulgar.

Como lo es también la ignorancia de Coll, sobre la significación de esa amistad. No pueden maravillarse los señores periodistas de cosas tan naturales.

En las lides del amor, el que pierde, pierde el último. Antes gana un tercero. En este caso, donde todo lo explica el amor de un hombre y los infinitos recursos de una mujer coqueta,

[53] Se refiere a una moneda de poco valor que llevaba en su reverso un león. Posteriormente se convirtió en "perra chica" y en la actualidad ha desaparecido del habla común.

¿para qué van a sacarse las cosas de quicio explicando con la fantasía algo que tan claramente se explica con el mero sentido común?

De todos modos, sea la que sea la verdad *verdadera* del caso, no pueden tolerarse campañas como las que hace cierta parte de la Prensa, a falta de la escasez de asuntos de este verano. Repare el lector que todos los grandes crímenes ocurren durante el verano. Los disparos de Coll han abierto una fosa en el camposanto, un calabozo en la cárcel, una situación difícil para unos niños. Sobre las tumbas se dicen plegarias o se arrojan flores. Por lo menos, se descubre uno con respeto. Y para el dolor de un hombre y para la difícil situación de unos niños, no hay más bálsamo que la piedad y el silencio.

El Adelanto (20-09-1910)

Más del crimen de Guadarrama.

Alguno de los lectores de mi artículo anterior me ha preguntado: ¿Por qué no mató Coll a su esposa?

¿Por qué no remató a tiros la causa de su deshonra? ¿Por qué, sobre todo, se casó con Nieves Hermida, sabiendo que se murmuraba de su honestidad, de su recato, de su lista interminable de novios, de la protección que disfrutó Nieves en el Conservatorio?

Para mí, vuelvo a repetirlo, las contradicciones aparentes que envuelven este misterio las explica el amor de Coll a su mujer.

¿Por qué no la mató? La Prensa está conforme en afirmar que los hijos del infortunado inspector de policía se interpusieron entre este y su esposa. Coll acababa de saber su deshonra; Coll había cazado al viejo amigo en amorosa intimidad con Nieves; Coll finalmente, no había, no podía haber reaccionado aún en su pasión para trocar el amor en desprecio. Quizás amaba a Nieves todavía; quizás, por un fenómeno harto explicable en achaques de pasión, la amaba más que antes. La revelación, la odiosa revelación de unas cartas y de unos versos de Sánchez de Lara, encontrados en el *secretaire* de Nieves, engendraron forzosamente en el esposo ultrajado un odio feroz al amigo, y acaso, acaso, una piedad infinita hacía la mujer, a quien supondría Coll víctima de las traiciones del falso amigo.

La misma presencia de los hijos del matador en la trágica escena desarmaron las iras del esposo, que, a la vez, era padre. De todos modos –bien puede caminarse de suposición en suposición aquí donde se ha acumulado infundio sobre infundio– el que no matase Coll a su esposa no prueba su deshonor, ni mucho menos. Los señores *repórters* han perdido la cabeza a fuerza de disparates, de *canards*, de hipótesis gratuitas y de reticencias que traspasan los límites del Código penal, para convertirse en burdos delitos de injuria y de calumnia.

¿Por qué Coll se casó con su esposa, sabiendo por amigos suyos lo que se decía sobre la muchacha?

Pero ¿los señores periodistas viven en Madrid o en La Vellés? Si viven en Madrid, si se han casado en Madrid, si han amado durante su juventud en Madrid a alguna mujer que les ha hecho perder para siempre el ritmo interior de la vida, ¿no saben la dificultad de las informaciones de esta laya en la villa de Carlos III?

Apenas hay pueblo donde más se desate la maledicencia, apenas hay pueblo donde sea más falsa, desconocida y misteriosa la base económica de las familias. Acuda, todo el que conozca Madrid en sus adentros, a su propia experiencia; cuente el número de las muchachas, que se visten en París y se caen de anémicas y descoloridas; recuerde las dificultades que ofrece el examen directo de las personas que conoce; reconozca sinceramente que, por una idea de pudor que yo aplaudo de todas veras, estamos tratando, durante años y años en Madrid, a personas con quienes nos une cierto afecto y cuya familia –mujeres, hijas– nos es en absoluto desconocida.

Luego Madrid es el sumidero de provincias.

En él viven a la sombra vencidos de la vida que encuentran para sus llagas silencio, paz y reposo. Los antiguos ricos de provincias, que disiparon fortunas en el juego o en el amor, viven en Madrid a costa del Estado, empotrados en Ministerios, con sueldos vergonzantes. Muchachas, cuya reputación dio lugar a dudas y querellas, atrapan los maridos en aquel pueblo tan

grande y tan candoroso. Sobre todo, para un enamorado no hay obstáculos. Si a Coll le hablaran de Nieves, reputaría –como es lógico– de infamias y calumnias las sospechas más razonables y sensatas. Ha pagado tarde su error, pero lo ha pagado con creces.

Y concluyo. He querido protestar de una campaña absurda. Los Tribunales hablarán en su día. Desde luego, no han de reforzar con su fallo una campaña que viola la santidad del hogar, el secreto de las conciencias y del corazón de las gentes.

El Adelanto (24-09-1910)

En casa del presidente

Llego a casa del señor Canalejas, con mi amigo Luis Morote, en el momento preciso en que el señor presidente del Consejo recibe a los periodistas. Y me dispongo a escuchar al señor Canalejas, que entra sonriente en la antesala de su despacho, repartiendo efusivos apretones de manos, palabras cariñosas, palmaditas en el hombro. Y comienza la entrevista. Todos conocéis al presidente. Es un hombre de una movilidad extraordinaria. Habla con la boca, con el tórax, con los ojos y con los quevedos. Su palabra despierta todas sus energías y sacude todas sus pasiones. Habla con llaneza, al desgaire, a salga lo que saliere, sin latiguillos. Conoce demasiado a los periodistas, él que ha sido del oficio, para temer el comento desdeñoso de la Prensa, que desde lejos parece una palanca, la palanca de la opinión, y desde cerca es un juguete tan divertido. Dos *repórters* toman notas; otros escuchan; un periodista italiano, *Capisco* familiarmente, de largas melenas y ojillos vivos, pone una cara espantosa para beber el néctar oratorio del señor presidente.

– Sí, *Capísco*; sí, amigos míos –dice el señor Canalejas–. Va a llegar el día en que yo me prive del gratísimo placer de conversar con ustedes estos minutos diarios. ¡Esa Prensa! A Cambó lo convierten los diarios en embajador del Gobierno en el Vaticano. No necesito indicarles que eso es una patraña. ¡Como lo de la ley de Asociaciones! ¡Si sabré yo que los diarios no pueden saber nada de ella! Además, que no es discreto ocuparse de eso hasta que el proyecto tenga estado parlamentario...

Y sigue disertando, charlando familiarmente el presidente. Canalejas acaba de llegar de palacio; el desfile, en honor de los archiduques, lucido; aunque la mañana lluviosa, lo [sic] ha quitado color y brillantez. El príncipe de Asturias, algo acatarradillo, presenció el desfile, entre cristales, con su mamá y su abuela. Las archiduquesas son muy ilustradas.

– ¿Y el Consejo, don José? –interrumpe un periodista.

– A las cuatro. En casa de Cobián.

Cobián sigue mejor. Los médicos le han aconsejado que no salga por la tarde. Nos da the y pastas y hay que quitar esa costumbre. Porque estamos para trabajar mejor que para interrumpirnos con las pastas y el the.

Y no hay noticias. La felicidad reina en el corazón de los españoles. Don José sonríe, moviendo los quevedos. No pasa nada, cosa que a él le agrada, aunque, a la larga, mejor sería decir a la corta, esta carencia de noticias obliga a los periódicos a hinchar infundios sensacionales.

Don José se despide amablemente de todos. A *Capisco* le despide en italiano.

– ¡*A rivederci, Capisco*! ¿*Lei tornerá domani, non e vero*?

Sí. *Tornerá Capisco* y tornarán todos a oír al presidente. Su charla amena y risueña, tan sencilla, tan elocuente, tan de camarada jovial y simpático. Reparte los apretones de manos del principio.

– Los elegantes –dice don José– estamos ocupadísimos. Esta noche bailaremos no sé dónde; mañana también.

Zancadita, nuestro amigo Zancadita, secretario de don José, le aborda al salir del despacho. Los rezagados encienden un cigarrito en la casa presidencial. Yo salgo con Morote, por la calle del Príncipe. *Capisco*, lanza a los aires un sonoro *addio*, que correspondemos con efusión.

El Adelanto (14-01-1911)

Los niños y los juguetes

Pocos días ha acompañé a unas señoritas al Bazar X. He dicho mal; acompañaba también a una mamá joven. Iban a comprar pelotas, muñecas, juguetes para los nenes. A la entrada del Bazar, una mujeruca, que llevaba una niña famélica y miserable entre los brazos, pidió una limosna. Le di las perrillas que llevaba. La mendiga, musitando agradecimiento, me dijo:

– Gracias, señorito. Que esas señoras guapas tengan siempre para muñecas.

Yo no sé qué grados de emoción tienen los registros de voz en estos castizos hampones madrileños. El augurio de la mendiga, con todo, me impresionó hondamente. El niño no vive tampoco solamente de pan. Los juguetes son el sueño, el ideal, el pan del alma. ¿No habéis visto dos muñequitas –una de carne, otra de cartón– arrullarse, acariciarse, besarse? Y en estos anticipos de maternidad prematura de la niña de carne, ¿no es el juguete, la muñequita plebeya y achulada, la cariboba de sombrero ancho y vestido de seda, la burguesita de falda negra y blusa blanca, el simulacro del amor, el pretexto de la dulzura, el mayorcito de otros nenes verdaderos que serán mañana apretujados por la muñeca de carne en las horas santas del amor?

He presenciado el reparto de juguetes a los niños pobres, en el magnifico patio de máquinas de *ABC*. Hacía un calor asfixiante; los invitados se contaban por millares; las muchachas –estas espigaditas y menudas muchachas de Madrid– daban ese tono claro, alegre, franco, optimista, risueño, que presentan estos teatros, estas calles, estos amores. La banda de San Bernardino daba a los aires esas notas tan poco infantiles del "¡Ay va!", de *La corte de Faraón*, pero allí lo parecían.

No sé cuántos niños pobres desfilaron por el patio; cuatro, seis, ocho mil. Las nenas besaban sus muñequitas y las [sic] contaban al oído sus secretos pretéritos. Ellos, los nenes, los futuros obreros, que sabrán de venganzas, de odios y de miserias, recogían, seriecitos, el pelotón y subían las escaleras corriendo, deseosos de aire, de luz, de juegos. Y yo pedía a Dios que se confirmara el augurio de la mendiga. Que nuestros hijos tengan pan y pelotones, que nuestras hijas tengan pan y muñecas.

El Adelanto (16-01-1911)

El resbalón de Canalejas

Es tan pequeño el casino de Alicante, y fueron tan numerosas las parejas que estuvieron en aquella sociedad con motivo de la visita del Monarca, que el señor Canalejas, circundado de lindas muchachas, se marchó a bailar a un salón cercano de aquel en que bailaba don Alfonso XIII. El telégrafo nos dijo que el señor presidente resbaló, cayendo al suelo. Un conservador alicantino –algún elector suelto del señor Canals– levantó al señor Canalejas.

– Mi presidente –dijo el oportuno señor– no tema caer, que siempre ha caído bien en Alicante.

– Felicito a usted –replicó Canalejas– porque sabe hacer lindas frases como su jefe.

Habrá algún irónico que convierta en símbolo el resbalón presidencial. Nos dirá que los demócratas de hogaño caen por el suelo encerado de un casino de provincias, no en el hemiciclo defendiendo una bandera hasta la hora última. No faltará duende de la corte que deje de atribuir importancia al diálogo sostenido por el aprovechado discípulo del señor Maura y el señor Canalejas. Los republicanos reirán despectivamente de este demócrata de palacio que resbala, vestido de frac, acaso entre los brazos –nada dijo el telégrafo– en los lindos brazos de una moza de raza.

El señor Canalejas resultó, naturalmente, ileso. Es hombre de suerte. Resbala, no cae y encima le levantan los conservadores con retórica. Eso le pasa con toda suerte de conflictos. Se resuelven por sí solos. El tiempo, gran maestro de la vida, le hace no amedrentarse nunca a las tontas y a las locas. Con serenidad. Canalejas va quitando, uno por uno, los guijarros del sendero, y de vez en cuando hecha piltrafas a los gozquecillos que le ladran al pasar...

Así, hoy por ejemplo, no hay más problema que el de la cuantía y el de la calidad de las piltrafas, que, según cuentan, trae de cabeza a don Amós Salvador.

El Adelanto (18-02-1911)

El centenario de Arapiles

Y al llegar al Congreso, me encuentro con la comisión. El señor Pérez Oliva, sonriente, atareado por no perder la costumbre, platica con el alcalde de Arapiles, que viste la clásica chaquetilla, la camisola rizada, los calzones airosos. Nuestro director dialoga con Villalobos. Don Francisco Núñez y el señor Bartolomé, sentados en un banco oyen, embelesados, a este señor Ortega Munilla, tan diligente, tan donoso escritor, a quien Salamanca, en estos momentos, debe mostrar su aprecio y su entusiasmo por el cariño, por el interés, por el celo con que nos ayuda en nuestro deseo de celebrar el 12 de Julio de 1912, con esplendor inusitado, el centenario de la batalla de los Arapiles.

Aquellos pelados cerros, teatro regado por nuestra sangre generosa, han de ser, como los dulces altozanos de la Flecha, donde el agustino cantara el sosiego de la vida campestre, parajes donde nuestro espíritu se oree y sueñe.

Esperamos al señor Canalejas. Su secretario, el señor Zancada, procura complacernos. Pasa, vestido de uniforme, el señor Gasset, que leerá en la Cámara sus proyectos. Nos promete estar a nuestra disposición en seguida. Y sin antesalas se nos anuncia que nos espera el señor presidente del Consejo de ministros.

Ya os he presentado la figura del señor Canalejas en estas entrevistas. El señor Canalejas es hombre de una amabilidad extraordinaria. Luego, tiene el don de hacerse cargo. Habla con dejadez, con abandono, con intimidad, como hombre que quiere escapar, a cada hora, del oficial empaque. Sin olvidar un detalle, estrecha la mano de cada uno. El señor Pérez Oliva habla:

– Queremos, señor Canalejas –dice el diputado– celebrar la batalla de Arapiles. El señor Gasset nos ha ofrecido una carretera en los gloriosos cerros y el señor Salvador una escuela, que la de Arapiles está harto pobre y desmantelada. Y ahora, solicitamos de usted dinero para, celebrar el centenario de la batalla donde los ingleses y nuestras tropas abatieron al ejército invasor.

Canalejas subraya las frases del señor Pérez Oliva con significativas cabezadas. No es que sea hombre impaciente el primer ministro, no; es que necesita, a toda hora, en todo momento, decir con el gesto su opinión autorizada. Y su gesto es de completo entusiasmo.

El señor Ortega Munilla expone también los pensamientos de la comisión salmantina. Y Canalejas replica con viveza: –¡Sí, sí, desde luego! Cuenten ustedes con la alta protección del Gobierno y con el pobre concurso personal mío. Sin ambages ni rodeos, sin eufemismos, de una manera categórica, oficial, el Gobierno patrocina la idea del centenario. Y díganlo. Les autorizo para todo.

– Hay un acuerdo en las Cortes de Cádiz –interrumpen Pérez Oliva y Ortega Munilla– para que se elevase un monumento en el teatro de la guerra, señor Canalejas.

– Y el Gobierno hará algo grande en obsequio de Arapiles –replica el presidente.

Y se habla del programa de festejos. No está concluido, naturalmente. Vendrán a Salamanca los escolares de Oxford, de Cambridge, de Coimbra. Habrá una revista militar en los cerros. La Escuela celebrará un acto literario de enorme trascendencia... Canalejas asiente.

Y la entrevista ha concluido. Las palabras de Canalejas han sido terminantes. Terminantes y efusivas. Ellas significan un triunfo para la figura literaria del señor Ortega Munilla y para el incansable celo de este señor Pérez Oliva. Felicito a los dos sinceramente.

Canalejas se despide de todos. Zancadita, haciendo una graciosa inclinación de cabeza, saluda a la comisión, después de fijarse en la vestimenta castiza del señor alcalde.

Los comisionados se quedan en el Congreso para hablar con el señor Gasset. Yo, salgo a la calle pensando en lo bien que se pasará una tarde de sol, cabe los cerros, aliviando el peso de un zaque y yantando una buena tortilla con jamón, allí donde lord Wellington hermanó el sentido de la libertad inglesa con el recio denuedo de las gentes castellanas holladas por el gabacho.

El Adelanto (11-03-1911)

Los amores de Pastora

De Pastora Imperio, la señora de Gallito, conservo un vago pero dulce recuerdo de aquellos tiempos en que la ilustre bailarina se daba pataditas en el escenario del Central Kursaal. El libro

de Gallito que acaba de aparecer, obteniendo mayor éxito que los libros de Leibritz[54], a pesar de las citas de Maeztu, me refresca aquel recuerdo. La carita expresiva de la gentil sevillana, sus magníficos ojos misteriosos y tristes, su cuerpo ágil, su boquita fresca, aquella gracia salada y castiza de Pastora, han sido parte para que yo buscase con delectación anticipada en el libro de Alejandro Pérez Lugín el capítulo de los amores de la mejor de nuestras bailarinas con un torero... que no sé cómo será, pues tengo una ignorancia inexcusable, para mi fortuna, en achaques de cuernos.

También la gente del pueblo tiene su corazoncito. ¡Y Pastora lo tenía!

Rafael es un asaura callado y soso, a quien hacían tilín los ojos bribones de Pastora, pero los toreros "corríos y tó" –según la frase de la bailarina– tengo para mí que son dulces palomas cuando el amorcillo les venda los ojos.

En Méjico, en el teatro Principal de Méjico, cuenta Pastora, "fue el buen señor –el buen señor era Gallito– a saludarnos, y a mí se me metió en la cabeza". Pero de pronto, ... "se me enamora de la tiple de la compañía". Y comenta Pastora: "Yo creía que eran achares, pero la procesión iba por dentro, todos los pasos de la Semana Santa, con nazarenos y soldados romanos, me andaban a mi bailando por la cabeza".

Para salir del atolladero, a Pastora le ocurre lo que ocurriría a una señorita romántica cuyo novio es inconstante como cualquiera tenorio de partido judicial; intimar con la novia de su... novio. El amor estéril ama el dolor. Ya los místicos se deleitaban en el dolor de amar.

También nuestros horteras de la corte que aspiran a una señorita fina, se aprenden a Bécquer de memoria. Sigamos oyendo a la gentil narradora:

"La novia de este –ya sabemos quién es este– se había hecho muy amiga mía y yo de ella, para estar al tanto de lo que pasaba. Ella tenía muchos enamorados que la escribían cartas, que venía a leer a mi cuarto, y rompía luego en pedacitos, que tiraba debajo de la mesa. Yo, así que se iba, los cogía, y luego, con alfileres y una paciencia de cartujo, los iba reuniendo hasta poder leer la misiva. Yo esperaba encontrar alguna carta de este asesino, pero o no le escribió ninguna, o no las quiso leer en mi cuarto".

Pastora se enamora definitivamente del asesino, murrioso y callado. Y aspira, naturalmente, a unirse con el diestro ante el altar. "Si se casa con otra– exclama Pastora– me meto en el convento"... Ya sabéis que todas las mujeres tienen un momento de su vida añoranzas monjiles. Pastora, de monja, hubiera estado soberbia. Hasta Cristóbal de Castro nos hubiera cantado sus precursoras María de Magdala, Santa María Egipciaca –bies– espigando la literatura extranjera y los diccionarios enciclopédicos sobre el particular.

Pero Pastora no se mete monja. El Gallo sigue con su sistema: "mucha miradita, mucha azúcar en la conversación, pero de lo otro, nada." Y Pastora y Rafael tornan a verse en Córdoba. Y Pastora, que también saca coplas de su cabeza, endilga a su amado la que verá el discreto lector:

Ar Gallo no hay quien le iguale
en capote ni en muleta.
¡Cuarquiera le quita al Gallo
la cresta que tiene puesta!

Lo de la cresta conmueve a Rafael. Y ¡¡¡por fin!!! el torero rompe. El 7 de Febrero –fecha memorable en el calendario amoroso de los recién casados– Rafael escribe una carta a Pastora. El torero es positivo. Nada del amor me mata, señorita, nada de dulzuras, ni de ternezas. Esas para después. ¿Tú me quieres? –preguntó Rafael a Pastora, de sopetón. A la infeliz se le salía el cariño por los ojos. El atrevido insinuó esta pregunta: ¿Tú eres capaz de venirte conmigo a Madrid? Y Pastora replicó –¡qué había de replicar la pobre!– que sí, que se iba.

Y se realizó la fuga sensacional. El hotel Inglés fue el nido de amor de la pareja, que ¡ay! no han podido explotar Próspero Merimée, Teófilo Gautier y compañeros mártires. Luego se casaron los tórtolos.

Pastora Imperio justifica su conducta. El cronista declara en un otro sí que la ha visto con gusto y con benevolencia. ¡No faltaba más! El amor no puede proceder de otro modo.

"Quien no sepa lo que es querer con fatigas –dice Pastora para justificarse– que se abstenga de juzgarme." Tiene razón la infeliz. Los murmuradores que la critican, no saben querer con fatigas y por eso no se escapan.

[54] Sin duda se refiere a Leibniz, filósofo, matemático y político alemán

El admirable relato de los amores de Pastora se lo envío a mi amigo Gilberto Beccari para que lo ponga en circulación por Italia. Antes me ofendían un poco los garrotines de nuestras bailarinas y las estocadas de nuestros toreros. Hoy, no. Hoy tengo cierta fruición en declararme paisano de Cisneros y de Machaquito, dos figuras nacionales. En todo caso, prefiero el garrotín al lúbrico can-can de las francesas y la estocada del Machaco a esos antipáticos voladores que, además, no vuelan.

El Adelanto (22-04-1911)

El día en Jetafe[55]

¿Y qué hacer si no marcharse a Jetafe? El viaje es rapidísimo, la tarde espléndida, la hora oportuna. Luego, si no [sic] se estrellan los aviadores por las alturas de Cabrera o de Orduña, el cronista tendrá ocasión de contar incidentes épicos a sus lectores.

Y salgo para Jetafe. Al apearme, contemplo el aeródromo, una vastísima dehesa del pueblo, donde se han levantado varias tribunas. Un globo cautivo señala el punto del *aterrisage* para los voladores. Y no pasa nada. Quince, veinte mil personas, diseminadas por los alrededores del pueblo, comen, fuman, se tienden a la larga del césped, leen, se aburren, juegan a los barquillos, se empeñan en coloquios amorosos.

El pueblo es muy escéptico en cosas celestes. El año pasado el cometa Halley se burló de los pobres que no pegaron los ojos en toda la noche. Ahora, las seis de la tarde, nada se sabe de Vedrines, de Garros, de Gibert[56]. Se habla, de una lucha del último con un águila furiosa, de dos metros y medio. A lo largo del camino, hacia el Guadarrama, lucen hogueras que señalan su ruta a los aviadores.

Pero nadie llega. Yo me dedico a ver el pueblo. Es muy bonito. Tiene una hermosa iglesia y un jardinico, lleno de pensamientos, de violetas y de rosas, en la plaza. Descubro una casa señorial agazapada en una callejuela. En una terraza que mira al campo de aviación, varias señoras charlan amigablemente con un cura grueso y alegre. En otra, un fonógrafo reproduce los tangos de la Soler y las marianas de Amalia Molina. En un cafetucho dialogo con la dueña, apetitosa y blanca mujer, de mollera despierta y de brazos carnosos. En otra plazoleta, descubro un cuadro de costumbres. Un caballero espolea un caballo de bonita estampa; una muchacha, desde el portón, le despide solícita.

Y el caballo trota y un amigo detiene al caballero:

– ¿Pero la has pedido ya?

– Sí, hombre, ya.

En el pueblo, nadie. Todos se han echado al campo. Los aviadores no llegan. Gozo de un crepúsculo lento, majestuoso, en la llanura que solamente recorta el montecillo de la ermita de los Ángeles. Los gorriones revolotean alrededor de la iglesia, cerrada. Gozo de un grato sosiego, de una dulce paz, en el silencio del pueblo castellano. ¿Por qué no quedarse a vivir en Jetafe? Habrá muchachas, candorosas y lindas muchachas que se ataviarán con la mantilla por la mañana y pedirán a Dios que el novio guarde la fidelidad jurada. Habrá casino en el pueblo, un casino donde se jugará a la subasta, se leerán los fondos de *El Imparcial*, se admirará a Carlos Arniches y se contarán los terrones o Juanita, la hija del cacique. Habrá estudiantes, opositores terribles que sabrán al dedillo la ley hipotecaria, un registrador que admirará a los redactores del preámbulo, un juez familiarizado con Uncio Scévola[57], un juez municipal que leerá el diario de sesiones, un escribiente del Juzgado que llevará la prosa forense a los deliquios del hogar, un señorito que entretenga sus ocios en los cafés de camareras, un comité republicano. Habrá, tal vez, tapete verde. Y las fuerzas vivas de Jetafe consumirán en él sus energías y sus pesetas.

Y yo siento unos deseos enormes de vivir en Jetafe. Hay unos árboles que dan grata sombra a la entrada del pueblo, unas calles anchas, llenas de luz, unas villas ocultas entre jardines tupidos, unas muchachas rubias, un enamorado que dice a una muchachuela precoz en trenza,

[55] Así en el original. La ortografía de esta localidad sigue siendo insegura en estos años. Se encuentra indistintamente Jetafe y Getafe incluso en publicaciones oficiales. En el artículo del día siguiente "Divagando por Getafe" lo escribe con G.

[56] Los tres ganadores por el orden escrito de la carrera aérea París-Madrid este mismo año.

[57] Parece referirse a Publio Mucio Escévola, jurista romano del siglo II.

"por usted me muero". Y divagando, atravieso unas tierras, hurto dos espigas de cebada, y desde una terraza oigo "ahí está…" Anochece. Un aeroplano, a cien metros de altura, vuela alrededor del campanario. La muchedumbre palmotea jocunda. El chisme aterriza en el sitio fijado, bajo un globo cautivo. ¿Será Vedrines? ¿Será Garros? Luego sabemos que es un aparato de los ingenieros y que los aviadores no entrarán, si entran, hasta mañana.

Cada cual monta en su caballo, carro, simón, mañuela o automóvil. Marcho a la estación. Ocho, diez mil personas aguardan en el andén. Una fila doble de doscientos guardias, que están a pie firme desde las cuatro de la mañana, contienen el ímpetu de la gente que quiere asaltar los trenes. Monto donde Dios me da a entender y media hora después escribo estas impresiones...

El Adelanto (29-05-1911)

Divagando por Getafe...

¿Y por qué no tornar a Getafe?

Ha llegado Vedrines esta mañana; don Alfonso XIII ha felicitado al *Petit Parisien*, iniciador del raid; nuestros periodistas han contado, en prosa amazacotada y pueril, esta enorme barbaridad de la carrera. La aviación –no hay para qué decirlo– no se funda en principios científicos. Se trata, a veces, de la lucha de dos marcas industriales, de un chisme Morane y de un chisme Bleriot. Los hombres pájaros son unos profesionales que van a ganarse sus cuartos, como nuestros toreros, exponiendo su pellejo. Si se matan, no serán víctimas de la ciencia, sino de su locura, y de la codicia de unos industriales, y del formidable reclamo que tan de quicio saca a nuestros queridos amigos, los franceses, que son cien mil veces más vanidosos y hueros que nosotros, los hidalgos. Pero vamos a Getafe. Hay que conocer a Pepita, a Manuela, a Isabel, a Concha, a José Rodríguez, a Luis Gómez, a don Basilio.

Y en Getafe estoy ¡oh mis queridos lectores de EL ADELANTO! Llueve rabiosamente. En un cafetucho, donde me han servido un par de huevos fritos a las ocho de la mañana, hablo con un labriego de Algodor y con un terrateniente de Pastrana.

Yantamos los tres sobre una mesita de pino; un blanco mantel envuelve las patas de la mesita; unas sillas fuertes de madera decoran la habitación enjabelgada [sic][58]. Como los huevos nos apetecen, pedimos luego queso, y una taza de café de color terroso con una copita de anisado.

El labriego espera una cosecha espléndida y el terrateniente maldice de Madrid. Habla un castellano denso, admirable, castizo, en tono grave, con gesto reposado y señoril. Y le escucho embobado, y cuando la lluvia ha cesado un poco en su gotear monótono y triste, me despido de mis amigos.

A la Iglesia. Un sacerdote dice una misa rezada; los devotos, de pie, hacen la señal de la cruz rápidamente. ¿Qué dirá el Evangelio del día? Y medito, y recuerdo, y añoro que en estas iglesias castellanas nadie es forastero ni profano. Me encuentro en la iglesia de Getafe como si en ella hubiera estado toda mi vida, como si en ella mi adolescencia hubiera gozado las primeras caricias de amor, como si en ella mi infancia hubiera trazado, como en la iglesia del colegio, sueños de santidad. ¡Dios mío, Dios mío! Luego nos separan de ti los afanes de la tierra, los espolazos de la vanidad, la intransigencia de los que quieren monopolizarte, nuestras luchas y nuestros dolores.

Pero cuando volvemos a tu casa, asistimos al espectáculo de las horas puras, de los ensueños nobles, de los balbuceos infantiles de nuestra vida. Y nos sentimos extraños a nosotros mismos y te pedimos que torne a nuestro espíritu la paz de antes, los viejos amores, las fiebres adolescentes. Y tú, Señor, nos devuelves todo eso, ya que nos recreas con su visión limpia y cimentas en nosotros el deseo de caminar por el sendero que abandonamos.

Y salimos de la iglesia. ¡He aquí la devota de mantilla! Tiene carita pálida, ojos negros, una boquita descolorida, una mirada triste y errabunda. Examina el forastero rápidamente y espera una vieja que la acompaña con gravedad. ¿Quién es? ¿Manolita, Isabel, Concha, Pepita? ¿Es hija del registrador, del juez, del capitán de la Guardia civil? ¿Tiene novio la gentil desconocida de Getafe? ¿Estudia Derecho en la Central o es algún señorito vago, algún indígena de los que

[58] Por enjalbegada.

discuten en el casino, buscan mujer que tenga y que convenga y tiene el alma cerrada a toda suerte de ilusiones?

¡Pobres muchachas las de estos pueblos castellanos! Casi nunca encarnan en la realidad sus ensueños. Casi nunca los muchachos son dignos de ellas. A los treinta años, cuando tienen dos o tres pequeños, se arrastran en la vida, ocultando su dolor en los ángulos de estas iglesias obscuras, donde resuenan los pasos y parece que el tiempo se detiene. Y son devotas porque no son amadas. Y descuidan su atavío porque nadie las mira con solicitud amante. E inventan novenas. Y se hacen graves y taciturnas. ¿Cual será el destino de la desconocida de Getafe?

Y sigo divagando por las calles, que ya me son familiares, de este pueblo. Salgo a las afueras. En el campo de aviación veo la facha vulgar, prosaica, francesa, de Vedrines, Garros y Gilbert no llegarán. Los socios del Aéreo Club, los periodistas, las barbas venerables del señor Fernández Latorre, envuelven al héroe del día. Las francesitas se lo comerán cuando regrese a París. Luego almorzará en el Ritz. Le martirizan a preguntas, y él, un poco aburrido y un poco cansado, responde como puede.

El *raid* ha estrechado los lazos de unión entre Francia y España –según el cliché consabido– y yo he conocido este lindo pueblo de Getafe, tan lindo, tan castellano, tan silencioso rincón de paz en medio de este ajetreo cortesano que va dibujando una mueca de amargura –de ironía– en nuestros labios.

El Adelanto (30-05-1911)

El ferrocarril de Peñaranda

Y hace algunas tardes, mientras el cronista disolvía sus ocios en el agua de malvas de la charla congresil, oye la voz del señor Ávila que, radiante de júbilo, nos comunicaba que el Congreso había votado el proyecto de ley del ferrocarril de Peñaranda-Ávila.

– ¿Pero no aprobó el Senado esta ley hace dos o tres días?

– Sí –contesta el diputado por Peñaranda– pero nuestro deseo, el deseo de todos mis compañeros, así diputados como senadores, era tan grande, que la impaciencia ha originado esta rapidez, verdaderamente asombrosa en el país de las dilaciones.

Realmente, la provincia estaba de enhorabuena. Estreché efusivamente la mano de mi querido amigo el señor Ávila.

Los liberales han conseguido un triunfo tan enorme como no se recuerda en cincuenta años. Todos los políticos salmantinos han colaborado en esta empresa, verdaderamente digna de las mayores alabanzas. El señor Pérez Oliva, el señor Rodríguez Arias, el señor Palacios, el señor Bullón, el señor Velasco, el marqués de Puerto Seguro, el señor Maldonado, todos, deben repartirse proporcionalmente la gloria del éxito. Las subastas se efectuarán con rapidez. El plazo de seis años que se toma el Estado para construir el ferrocarril en el casó de no haber postor, comenzará a contarse desde la fecha misma de la última subasta.

Alguna noticia grata he de comunicaros a este respecto. El Rey tiene un interés muy grande en que el ferrocarril quede terminado cuanto antes. Así puedo afirmarlo sin temor a rectificaciones. Habrá ferrocarril en el plazo señalado por la ley, y aunque hubiera compañías interesadas en que las obras se llevaran con lentitud, su resistencia tropezaría con tan graves obstáculos, que se quebraría inmediatamente.

Buena parte de gloria cabe en la empresa a la noble ciudad de Peñaranda. Hay pueblos despiertos en Salamanca; como Peñaranda ninguno. Ella cedió terrenos gratis cuando se tendió el ramal existente; su Ayuntamiento costeó la estación; pide sacrificios al Estado, por el autorizado conducto de su representante en Cortes cuando ella se ha sacrificado de antemano. Para abreviar trámites, para gestiones relacionadas con la ley que acaban de votar las Cortes, se trasladó a Madrid el alcalde señor Ávila Partearroyo. Me complazco en tributar un aplauso a su celo y actividad.

Y ahora, cuando la obra magna empiece a realizarse, cuando el Parlamento ha compensado con su solicitud el olvido en que nos tienen los poderes públicos por nuestra apatía, vaya también la enhorabuena del cronista a la ciudad de Peñaranda.

El Adelanto (31-05-1911)

El centenario de Arapiles

A última hora, alcanzamos un pobre pellizco del presupuesto.

A nuestro favor teníamos la palabra formal del señor Canalejas. El presidente del Consejo prometió solemnemente la protección oficial. En contra nuestra está la actitud de los conservadores de no tolerar más subvenciones que aquellas que sean imprescindibles y estén debidamente justificadas.

Se pide para el centenario de la Constitución española de 1812. Se pide para el centenario de Jovellanos. Se pide para el compromiso de Caspe, para Arapiles, para Bailén. Estas cinco cosas, entre otras mil, no pueden ser más justificadas. Ahora, a la sombra de tales peticiones, los diputados de otras partes, de rincones más o menos gloriosos, quieren repartir pródigamente en sus distritos el dinero del Estado. Gerona ha sacado ya 60.000 pesetas y pocas glorias más españolas que las de la noble ciudad catalana.

Está bien que se discuta lo de Cádiz, donde hay una vida artificial, donde se gastó a manos llenas el dinero el año pasado con motivo de las Cortes de la Isla de León, donde continuamente se vive del dinero de todos. Mas no es ese el caso de los Arapiles. Salamanca no ha gozado nunca de la benevolencia oficial. No pedimos nunca, y cuando pedimos, pedimos tarde. Pero lo de Arapiles se ha preparado a tiempo. Vino una comisión a Madrid y el señor Canalejas prometió cumplidamente, con todo linaje de garantías, la protección oficial.

Y he aquí que las frases altisonantes y las promesas vehementes, y los ardorosos entusiasmos del presidente del Consejo, expresados delante del ministro de Fomento y de numerosa comisión salmantina, se han traducido a la realidad en la suma de treinta mil pesetas.

El Adelanto (17-06-1911)

Pobres y ricos

Quiero hacer un alto en el breve reposo que ha impuesto a mi pluma esta semana de fiestas del pueblo donde habito accidentalmente, para hablar del orador encargado del novenario de Santa Teresa. El padre Ludovico, carmelita descalzo, que así se llama el orador, ha llevado al púlpito viento de pelea, fronda de la calle, para disertar, no de temas místicos, sino del problema social, de lo tuyo y de lo mío, del concepto clásico de la propiedad que se está desmoronando por momentos.

Yo no conocía al padre Ludovico. Pocos días antes de venir a predicar, oí hablar con elogio del orador al señor Unamuno, y ya sabéis todos lo parco que es en elogios el rector.

Y los merece ciertamente el orador sagrado. Habla con limpieza y con seguridad de dicción; tiene una inteligencia clara y un espíritu sagaz; me parece que tiene, sobre todo, una vida intensa de meditación y de estudio. Añadiendo que posee un ardiente amor a la verdad, que es sincero y que reúne un gran caudal de experiencia, está hecho el elogio del reverendo prior de Carmelitas Descalzos de Tarragona.

Está hablando el elocuente carmelita del problema social. Hasta ahora no ha hecho más que plantear los términos, las premisas que dicen los escolásticos de la cuestión. Fácil es adivinar que la solución se ajustará a la encíclica *De Conditione epificiun*[59], de León XIII; a la consabida caridad de los de arriba y a la no menos consabida resignación de los de abajo.

Sospecho que el padre Ludovico no se atreverá a llamar a la esfera del derecho lo que se viene considerando torpemente por las escuelas conservadoras una simple cuestión de beneficencia. Pero, así y todo, es sencillo, es claro, es sincero, es humano. Claramente ha dicho que las polémicas políticas sobre la forma de régimen son ridículas cuestiones bizantinas y que la lucha está planteada entre los que tienen demasiado y los que tienen demasiado poco; hasta creo que estas han sido sus palabras textuales.

[59] Se refiere a la encíclica *De Conditione Opificum*.

Y en la exposición, ha tenido palabras de sinceridad que son siempre palabras de valentía.

Los más ortodoxos se han maravillado que desde el púlpito se fustigue a las clases altas y que no se confunda al pueblo con la plebe y con la chusma.

El orador, con certero instinto, ha separado a la iglesia de nuestras contiendas, no para ponerla a la cabeza de las izquierdas, sino sobre las izquierdas y las derechas, que es donde debe estar.

El padre Ludovico, que ha tenido palabras de rudeza contra la usura, contra las fortunas improvisadas, contra los *parvenus* que después de quedarse con los bienes de la Iglesia, son hoy sus más celosos defensores, ha sabido a novedad y hasta puede ser que haya causado enojo. Es hora de que se hable por el clero español el lenguaje de los Ireland, de los Gibbons, de los Ketteler, de los obispos de Cremona, del cardenal Newman. Pero ¿no será, acaso, demasiado tarde?

El Adelanto (20-10-1911)

Hasta que nos cansemos

Como sospechaba en mi comentario anterior, el padre Ludovico no se ha atrevido a abordar de frente el problema social. Sin apasionamientos, con la misma serenidad con que elogié sus condiciones de orador, debo decir ahora que sus últimos sermones han rectificado completamente los primeros, sin que entre ellos haya habido otra nota común que la de la impetuosidad oratoria.

El padre Ludovico desconoce, entre otras cosas, la psicología de estos pueblos castellanos donde ninguna pasión sale al exterior porque todas realmente se agitan dentro del espíritu, allí donde decía San Pablo que habita la verdad. En este rincón castellano –como en todos los rincones– no hay un problema social, pero duermen mil problemas sociales. Las grandes cuestiones que agitan a la humanidad llegan siempre encanalladas por el papelucho sectario, llámese *El Siglo Futuro* o *El Radical*. Uno aprende que Lerroux es un santo y pide hogueras para los frailes. Otro –es el caso más frecuente– aprende en la revista nea que moldea su pobre cultura, que Pablo Iglesias es un ladrón que tiene dos hoteles en el Escorial y otras paparruchas semejantes. Y mientras *El Radical* afirma que los ricos son unos desvergonzados, el conservador –el conservador de pueblo chico– cree que el pueblo no sirve sino de carne de cañón.

Yo creía que el padre Ludovico había de elevar un poco el tono de estas cuestiones, vidriosas y quebradizas de propio linaje, para descubrir los tesoros de altruismo, de abnegación, de sacrificio, de amor, que puede aportar el catolicismo a la resolución de tales problemas. Declaro rotundamente que me he equivocado. Desafío al más agudo de los oyentes del elocuente carmelita para que me haga saber su orientación frente a tales problemas.

Confieso, en lo que a mi toca, que he seguido con profunda atención el hilo de sus razonamientos todas las noches.

Y es que conoce fragmentariamente la génesis del problema. Para él el socialismo ha nacido cuando las gentes han apartado los ojos de la religión. No parece sino que no hubo socialismo antes de Jesucristo, que las predicaciones cristianas no produjeron ante todo un grave trastorno del derecho de la propiedad concebido a la romana –el *jus abutendi*– que el Imperio Romano no fue una perfecta organización socialista donde el Estado absorbía completamente al individuo y que las épocas históricas –todas ellas– se han distinguido perfectamente por su distinto carácter económico: el feudalismo en la Edad Media, el patrimonio absoluto del soberano es la nación durante las monarquías absolutas y personales, el triunfo de la clase media desde la revolución francesa.

El socialismo, por lo tanto, no marca un nuevo problema, sino que sigue el eterno problema histórico de la lucha de castas. Venció al pueblo el señor feudal; luego el monarca a los señores feudales; después la clase media al monarca. ¿Ha de decirse que, históricamente, sean un disparate las actuales reivindicaciones del proletariado?

¿Por qué, padre Ludovico? ¿Qué dice León XIII? ¿No sostiene Ireland que el pueblo conoce demasiado sus deberes, pero que nadie le ha enseñado sus derechos? ¿No escribe el cardenal Manning que, en último término, para reparar una violenta conmoción social, no se opondría al cristianismo la declaración de que la propiedad puede ser comunal?

¿No ha hecho Ketteler declaraciones semejantes? ¿No alentó el mismo León XIII las aspiraciones socialistas de los jóvenes italianos?

Y ese punto de vista sectario del elocuente orador le ha llevado, naturalmente, a extremos de una violencia inusitada. Comenzó halagando al pueblo para herirle después. Comenzó fulminando las más atroces censuras que yo he oído desde el púlpito contra la burguesía, para afirmar, al final de sus conferencias, que el "orden actual estaba sancionado por la Providencia" a renglón seguido de haber dicho al pueblo "que no se detuviera ante el espantajo del orden social".

En lo que ha sido constante el padre Ludovico ha sido en cantar las excelencias del Ejército una noche y otra noche, diez, ciento y mil veces. Hasta anoche... Sí, anoche el padre Ludovico se escandalizaba de que el Gobierno parlamentase con las izquierdas.

Y rogaba a los militares que no tolerasen tales parlamentos y que dirigiesen su acción contra el Gobierno. "Hasta que os canséis, podrá tolerarse esto." Y yo pensaba que eso no era precisamente acatar "el orden sancionado por la Providencia", y que si una pluma liberal hubiera escrito lo que afirmaban unos labios católicos, no hubieran estado ociosas seguramente las resmas de papel de oficio.

El Adelanto (25-10-1911)

Venganza de mujer

Los Sucesos están de enhorabuena, y con el periódico de colmados y mancebías, los chulos enamorados, las hembras sentimentales y los que declaman en achaques de honra como un héroe de Tirso, de Rojas o de Calderón. Ha caído otro crimen de los sentimentales.

El dueño de una fábrica abusó de una muchacha monísima, operaria suya. La muchacha, en un momento de obcecación, mató a su amo y se mató ella después.

De tal modo se están poniendo las cosas, desde la villa y corte hasta el lugarejo más ruin, que se va haciendo imposible creer en los seductores y Tenorios de menor cuantía. Un escritor italiano, que ha escrito páginas muy agudas sobre la leyenda de don Juan, supone que el burlador sevillano, después de quebrar la honestidad de muchas doncellas y de forzar los reparos de las viudas, casó vulgarmente con su doméstica al perder su juventud. Unamuno ha dicho que don Juan era un solemne mamarracho y que dejó todos sus bienes para misas. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la experiencia se va poniendo del lado de los detractores de don Juan. Sus nietos, los seductores de hogaño, son casi siempre seducidos, y de las bodas de sorpresa que acertadamente prohibió la Iglesia, había que decir como se dijo de un matrimonio de sorpresa malagueño, que el más sorprendido había sido el novio.

Hoy, el que no corre vuela, y los que viven de repartir sonrisas, concluyen haciendo gracia únicamente a su cocinera.

Tengo por apotegma que el que no se casa a tiempo con una mujer decente se casa a destiempo con otra que no lo es.

Todo esto viene a parar en que el doble crimen de Madrid, a pesar de los relatos de los periódicos, es una tragedia vulgarísima. Los amantes riñeron, no por cosas de celos, sino por dinero, contante y sonante.

El burlador era rico y la burlada pobre. Un espíritu romántico diría al llegar a este punto mil perrerías de esos patronos obesos que abusan de las operarias guapas, pero la realidad, que nada tiene de romántica, nos dice que las operarias guapas explotan divinamente su beldad sin que las tiente el diablo por amar a sus compañeros, honrados pero pobres. La enorme, la mayúscula vanidad masculina, nos lleva a hilar dramas donde solo se tejen sainetes. La moza de autos explotaba dulcemente al burlador y sobrevino la tragedia cuando el amo de la fábrica se puso a liquidar definitivamente.

El crimen de Madrid dará lugar, sin embargo, a bellas disertaciones líricas de esos buenos escritores que lloran cuitas de amor porque la novia que ellos adoraban casó con el fiscal municipal o con el secretario del casino del pueblo de su infancia. Que no sean bobos.

Sus novias son felices con el secretario y con el fiscal respectivamente y el crimen de la plaza de Santa Cruz, no hubiera tenido lugar si la pobre víctima se hubiera dejado seguir explotando con dulzura por la operaria bonita, que se suicidó plebeyamente al lado del seductor que era patrono de su fábrica.

El Adelanto (27-10-1911)

Al pasar

El Ministerio de Instrucción pública ha adquirido libros para las bibliotecas populares. En la lista figuran libros agotados. Se adquieren las obras de Pérez Zúñiga. En cambio falta *Azorín* en la lista. Y Baroja. Y Unamuno.

De don Amalio Jimeno se adquieren discursos.

¡Y que nadie diga nada! Hay una junta de sabios encargada de la selección de volúmenes. Y los sabios ¡ya se sabe! son gentes muy serias y muy ocupadas. ¡Como que cobran siete sueldos y diez y ocho gratificaciones!

Se fundó la Escuela del Hogar. Y se nombraron profesores. Almela, del *Heraldo*, profesor. Milego, radical del ídem, profesor. Catalina Burgos, la hermana de *Colombine*, mecanógrafa.

Don Amalio Jimeno ha procedido con exquisita corrección. Ha nombrado verdaderas lumbreras. Burell ideó la escuela y Jimeno los catedráticos.

Nada de sueldos: gratificaciones. Y la señora Prensa, contentísima. La fama se hace así: con recortes de periódicos.

¡Claro es que basta una cerilla para que ardan! A veces sin cerilla, con humo, como los globos.

A Benavente se le acercó un marido cuitado:

– Don Jacinto ¿qué hago? Mi mujer y Fulano estaban sentados en el sofá, muy juntos. Mi situación es desesperada. ¿Qué me aconseja usted?

– ¿Yo? ¡Venda usted el sofá!

Va a salir *La Tribuna*. Es cosa de Cambó. Viene a Madrid a hacer campaña regionalista. En un estupendo *hall*, en la calle de Sevilla, servirán al público cuatro hermosas muchachas.

Nos parece muy bien. Las especulaciones de alta política son compatibles con las caras bonitas.

Eso es hacer propaganda.

Las fuerzas vivas de Salamanca deben apuntar las señas: Sevilla 11, cerca del Suizo.

Entrada gratis.

He visto serio, muy serio, por la calle, a don Guillermo Hernández.

Iba por la calle del Barquillo.

¿Habrá encontrado solución al empréstito municipal junto al circo de Price?

Porque ciertas soluciones no se dan más que en ciertos sitios. Acaso, contratando a los concejales... Yo me abono si cuentan con el amigo Diez Ambrosio.

Dos senadores, uno de ellos exministro, hablan en un rincón con, vamos, sí, con prosopopeya. Parece que tratan de algo interesante para la marcha de la nación. Uno de ellos acciona como si pronunciara uno de aquellos viejos discursos castelarinos terminados en *ente*.

– Como la Chelito, diga usted que no –dice un respetable–. ¡Vaya un molinete!

– Bueno, no me opongo. ¿Cree usted que Angelita?

La respuesta se pierde.

– Bueno, a las once en Eslava, querido amigo.

Y se estrechan la mano. Y adoptan su aire reservado, ministrable, enérgico, como si hubieran discutido sobre aranceles.

El Adelanto (12-01-1912)

Emilia y Emilio

– Te digo que ha sido Ricardo.

– Pues no; que ha sido Emilio.

– ¡Mira la información de *La Corres*!

– ¡Aquí tienes en cambio la de *La Noche*!

El fugado es Emilio, el casado, el padre de los seis hijos, el esposo modelo. Ricardo, el soltero, el amigo de la Goya, el amigo de la Fornarina, el torero señorito que se extasía con la *Rima eterna*, de los Álvarez Quintero, ese no se ha fugado. Y comienzan los comentarios entre los contertulios. ¡Ese Emilio no tiene perdón de Dios! De pronto pega tres patadas a los soportes en que descansa toda sociedad bien organizada, burla la mujer, burla los hijos y se prepara un substancioso idilio entre la indignación de las gentes...

Yo sostengo, por sostener una paradoja, que tanto monta, que lo mismo da Emilio que Ricardo y que la eterna cuestión estriba en pasar el rato. Es curioso. Se perdona el pecado en nuestra moral, pero no se perdona la publicidad.

En nuestro código ético es preferible ser ladrón a pasar por tal. La forma, ante todo y sobre todo. No, no importa el pecado; lo intolerable, lo inaudito, es el escándalo. Téngase un apaño en silencio, ronde una mocita un varón venerable, corteje y quiebre la honestidad de una doncella un honrado papá. Eso está bien. Lo que está mal es el rapto, el automóvil, el aceptar las consecuencias de un desliz, el ser perseguido por la policía, eso vale la pena que estudiemos el caso, desde este punto de vista.

Realmente, toda fuga es una tontería. Hoy no se fugan más que los majaderos. La poesía amorosa está reñida con el telégrafo y con el benemérito instituto de la Guardia civil. La que otorga sus favores escapándose, los otorga también sin escaparse. La mujer tolera mejor una deslealtad que una indiscreción. Y la fuga es el comentario poco piadoso de las íntimas, el revuelo local, el que flota a la superficie lo que vivía a gusto en el fondo, todo eso. Claro es que escaparse con el Bomba no es lo mismo que escaparse con Juan Pérez.

Claro es también que lo que en el Bomba pudo ser cobardía inicialmente, fue valor en la señorita malagueña. Más que rendir a un hombre importa a la hembra enamorada desbancar a otra mujer. Nuestra vanidad nos hace, a las veces, llamar amor lo que no es más que rivalidad entre dos mujeres.

Si quieres que tu novia te quiera, si estás aburrido con un idilio monótono, lector amigo, corteja a otra mujer. Cuando esté en punto, no la persigas más para que te persiga ella. Y, de esta suerte, encelarás a tu novia. Cuando esta vea que te disputan, reparará en ti. Como tú empiezas a reparar en tu novia, en tu mujer, cuando te das cata de que es codiciada por tus amigos.

La fuga de Emilia y de Emilio es un incidente vulgar de nuestra aburrida época.

Yo no condeno a ninguno. Si el Bomba está enamorado, peor para él... No cabe amar eternamente más que a aquellas mujeres que no han sido nuestras, porque se interpuso el destino fatal. Gustadas ¡valen todas tan poco! En cuanto a ella... ¡pobrecito! Un torero en la plaza no es un torero en mangas de camisa, como el orador en el Parlamento no es el prosaico señor que discute una factura de sombreros con la mujer, en el seno del hogar. Para ¿qué ponerse serio, hablando en nombre de la moral, dando palmetazos, ahuecando la voz, subiendo a un púlpito, poniendo cátedra? Nosotros somos las primeras víctimas de nuestras tonterías. Ningún pecado vale la penitencia que se nos impone. ¡Ni siquiera el del amor!

Y eso que cuando los señores graves hablan de la fuga sensacional que ahora comento, mi diablejo familiar me hace ver en ellos la pobrecita envidia, esa envidia inconfesada que sienten los estudiantes buenos por los malos, las modistillas morales por las cómicas de cartel, las señoras románticas por Cleopatra, por Lucrecia Borgia, por la Valliere, por la Pompadour, por todas las grandes pecadoras que han dejado huella en los pueblos.

El Adelanto (01-02-1912)

Celos

Llego al Gran café –antes Fornos– y me sueltan esta noticia:

– El juez de guardia está arriba. Un caballero encontró a su mujer con otro caballero y... una tragedia calderoniana. Arriba está el cadáver de la pobre mujer.

Se comenta el lance. Domina, naturalmente, la general opinión de que el marido ha vengado su honra. Esta noche los periódicos publicarán su retrato, nos dirán cosas que no nos importan de la liviandad de la víctima y cosas del honor que tampoco nos importan del asesino. Y la literatura del adulterio, que comenzaba a vivir de prestado desde el asunto del policía Coll, recibe, de tan singular manera, un refuerzo considerable.

Pero la opinión común no me satisface. No se me antoja un medio decoroso de borrar un delito para cometer un delito nuevo; el vengador será siempre un vulgar asesino. El vengador ha sido, cuando menos, bastante torpe. Una señora que secretea a las doce del día con un amigo en el reservado de un café conocido, goza de una libertad poco compatible con el celo de todo marido cuidadoso de su nombre. Cuando la crónica sangrienta lanza un hecho de esta índole a la curiosidad pública, es que la causa que sirvió de ocasión o pretexto se ha repetido hasta la saciedad. Todos conocemos unas cuantas Nieves en agraz, de las que esperamos el día menos pensado la consabida bomba.

Sí: este buen señor, que ventila su honra a tiros, es, a su vez, una víctima de la literatura ambiente, del falso concepto del honor, de la teatralería social que ha logrado contagiarnos por completo. Buena parte de culpa le cabe a la prensa. Los periódicos no debieran hablar de crímenes ni explotar los bajos fondos de animalidad que todos llevamos dentro. Esas letras gordas, esas columnas truculentas, esos retratos, hacen que las gentes se sientan héroes de Calderón, que tratando casos de honra, era un perfecto imbécil.

Claro está que no quiero decir con estos comentarios que se deba perdonar a la adúltera, aunque bien pensadas las cosas, todos los humanos somos unos infelices por dentro. Pero del perdón al asesinato, media un abismo. El desprecio es más cómodo y más lícito. Una mujer que nos jura amor y que luego nos vende canallescamente, no merece ni una mala patada.

El Adelanto (15-02-1912)

El retablo de maese Pedro[60]

Doña Emilia.- Diego Corrientes (versión francesa) 3,50 francos.- Rafaelito está indignado.- Republicanos de casa y boca

Doña Emilia Pardo Bazán, la sabrosa novelista de *La quimera*, de *Los novios*, de *Dulce dueño*, no ingresa ahora en la Real Academia Española.

Ni ahora ni nunca.

Si algo hay lamentable en el pleito este, ha sido la ansiedad de doña Emilia por pertenecer a tan anodina corporación.

Fuera de las dietas, no hay nada serio entre los académicos.

Es una sociedad galante de viejecillos bien peinados, algo tan irresponsable como el Consejo de Estado, algo que nada pesa sobre la vida intelectual española.

Porque su espíritu, el de la Academia, es el espíritu de don Mariano Catalina el bilioso, de Codera el desconocido, de Pidal el retórico; del P. Mir el rimbombante, de todos estos señores que nadie se ha tomado nunca la molestia de tomar en serio.

Esas vacantes están esperando a Ricardo León, que escribe un castellano falso y frío, a Besada, que ha sido ministro.

Razón poderosa por la que es académico Maura, por la que es académico Moret, por la que fue inmortal Villaverde.

¡Curioso el incidente del bandido Bonnot, extraordinariamente curioso y dramático! Dan ganas de escribir un libro *La Francia pintoresca* o *Cosas de la Francia*.

El valiente apache eclipsa a las glorias de José María el tempranillo, de Monsieur Vivillo, de Diego Corrientes, el ladrón generoso… Francia resulta *pittoresque*.

Y mientras la policía caza los apaches en el *garage* del pueblecillo parisién, su ejército cuela la civilización en África, donde, como es sabido, no hay seguridad personal posible.

¡Deliciosos estos franceses siempre fuertemente deliciosos! París está como Fez, amigos míos, peor que Fez todavía. El grito de *la bolsa o la vida* se ha trasladado desde las carreteras andaluzas a los bulevares parisinos.

[60] Con este título Sánchez Rojas publicaría varios artículos en *La Ciudad* (O.C. Tomo I, página 405; O.C. Tomo III, páginas 60, 61, 64, 76, 77, 79, 80; O.C. Tomo V, paginas 42 y 383), *La Vanguardia* (O.C. Tomo III, página 263) y *La Nación* (O.C. Tomo III, página 266) todos ellos de distinto contenido.

Conquistaremos, pues, a París, en nombre de Europa o de la civilización
La ville Lumiere se va trocando en un aduar rifeño.
¡Cosas de Francia!

Rafaelito, Rafaelito Gasset, hará declaraciones sensacionales en el Parlamento. Lástima que esté un poco afónico el chico. Allí donde no llegue la voz vibrante, llegará el gesto dramático… Esto es una cueva de bandoleros… Campos yermos, chicos escuálidos, escuelas cerradas. ¡Ah, bien triste cosa este país! Y no hay agua, no hay riegos, no hay vergüenza.

Rafaelito dirá todas estas novedades ¡Pobre Barroso! Hasta que no salió del ministerio, Rafaelito no se enteró de que su grueso y panzudo colega era un despreciable amañador electoral.

Rafaelito no quería la guerra, pero le pareció su opinión una futesa para dejar la cartera. Ahora que apenas se llama Rafael, lo denuncia todo y lo descubre todo. Ahora no quiere ser ministro. Porque a él no le echaron; él se salió.

Si; se salió de cauce.

Nos habla Rafaelito de los políticos europeos que han denunciado al país temibles cosas al dejar las carteras. ¡Estos chicos del *trust*[61] son de una modestia encantadora!

Y de un amor a la verdad que conmueve.

Lo que pasa es que siempre se enteran tarde.

Melquiades es jefe de un nuevo partido de la derecha. Lerroux, del otro. Soriano, de otro. Y no hablemos de los federales, de los progresistas, de los independientes, de los retraídos, de los escépticos, de los que no hacen nada, de los que todo lo meten a barullo.

Merece alabanzas la unión de los republicanos.

Trabajan contra la monarquía como un solo hombre.

Se diría que cobran subvenciones para semejante táctica.

Hoy el ser republicano –a lo Altamira, por ejemplo– es la manera más elegante de estar al lado del rey.

Porque estos republicanos de hogaño parecen republicanos de casa y boca por lo mal que lo hacen, por las tonterías, por las piruetas, por las inconveniencias que cometen a cada momento.

Mientras escribo estas líneas, está reunida la conjunción.

¿Para qué se reúne la conjunción?

¿Qué importancia tiene la conjunción en la vida del país?

Es esa conjunción de las copulativas. Que lo diga el país.

Ahora van a hacerse eco, a la *faz* del país, de las terribles denuncias de Rafaelito, pues mañana comienza el sainete parlamentario y hay que repartirse los papeles.

La Ciudad (04-05-1912)

El retablo de Maese Pedro[62]

Primavera.– San Isidro y los «isidros».– Los toros.– La política.– La reprisse de nuestros buenos amigos.– Los franceses.– Se fue Lyda Borelli.

Y ¿quién no espera la primavera para su corazón? Vosotros, hombres escépticos y amargados, ¿no la esperáis también? ¿No oís, allá dentro, en las capas más íntimas de vuestro corazón una canción extraña de resurgimiento, de renovación, de anhelos? ¿No advertís que la vida es hermosa, porque la vida es esperanza? ¿No escucháis, en estas noches serenas a la hora de

[61] *La Sociedad Editorial Española* conocida como el Trust (Concentración de varios periódicos en una sola editorial), fue fundada en 1906. A ella pertenecieron los tres principales diarios de España: *El Liber*al, *El Imparcial* y el *Heraldo de Madrid. El Imparcial* fue fundado por Eduardo Gasset Artime, padre de Rafael, al que se refiere el artículo.

[62] Véase nota 60.

trasponerse el sol, en estas mañanitas de mayo –mes de las flores y de María– ese ritmo de toda la tierra, que nos invita al contento, al bien obrar, a la caricia, al deber, a la alegría contenida, santa, que no sabe de muecas, que no estalla en exaltaciones violentas? ¿No advertís, amigos, la primavera en vuestro corazón?

Que la vida sea para todos, amigas y amigos, una primavera eterna. Que florezca la rama florida en el tronco viejo. Que por las tierras grietosas y sedientas de las tristezas pasadas corra el agua del riego primaveral. Que a la vera de vuestra ventana, mozas, haya siempre flores, y suspiros, y guitarras, y promesas. Que soñéis estas noches, junto al rendido galán, el hijo que mañana os hará fuertes y buenas. Que vosotros, muchachos advirtáis que todo vuestro tesoro de juventud es un depósito sagrado que el buen Dios de mayo os entrega para administrarlo codiciosamente.

«El que pierde la mañana, pierde el día; el que pierde la juventud, pierde la vida», dicen los libros sagrados del cristianismo que es eternamente alegre y eternamente joven.

Saludemos todos a la señora primavera, que es fecundidad, y besos, y ritmo, y perfume, y sueño…

Saludemos todos a la señora primavera, que es fecundidad, y besos, y ritmo, y perfume, y sueño… saludemos a la señora primavera que en estos días el buen Dios roza sus alas con las nuestras, en las horas solemnes de la puesta del sol, en la frescura de las mañanitas plácidas, en la majestad de las noches serenas en este mes de las flores y de María.

Este buen Madrid está lleno de Isidros. La muchacha provinciana que se topa al andar, encogida, mirando en los escaparates de las tiendas las chucherías de bazar; el severo padre de familia –terrateniente, diputado provincial, cuando menos alcalde de su pueblo– que camina despacio, con desconfianza, con los resobados billetes en el interior del chaleco, creyendo ver en todo hombre bien vestido un timador vulgar; los rebaños ingenuos que creen en las cartas de los diputados, en la sonrisa de Julita Fons, en la democracia de don Pepe Canalejas y en los bailes de la Bombilla.

¡Sed bienvenidos, Isidros del pueblo quieto y cominero! No creáis en la maldad de Madrid, ni en los timadores, ni en los randas, ni en el abrazo del diputado; no bebáis el amor en la tercera de Apolo, ni en la tercera de Eslava… Defended vuestros cuartos de Mosquera, de los revendedores, de los placeres fáciles.

Y tú, doncellica encogida, que oyes con entusiasmo cuatro gorgoritos en un teatro cualquiera, que tienes de Madrid la visión que te da el *Blanco y Negro*, el *Mundo Gráfico*, no comprometas tu corazón al primer piropo callejero. No salgas de tu sendero oculto, que te trazo el destino. Vete pronto a tu pueblo y que no tengas que llorar en la traición de un novio que no conociste.

Este año no he bajado por la pradera. Se trata de una feria vulgar, barracones sucios, ambiente apestoso de buñuelos, los vivos de todas clases, hampa repugnante de mendigos tendidos al sol que muestran sus llagas con quejidos que son blasfemias.

Y luego, a lo largo de la pradera del Santo, esa turba inconsciente que ríe, que vocea por vocear, que juega a estar contenta, que juega a estar alegre. Y simones desvencijados, y autos de alquiler, y chulapas de mantón, y gitanas cobrizas que te dicen la buenaventura y que te aseguran por una moneda de cobre que una morena se está muriendo por tus pedazos, y los churumbeles negros como la pez, en los brazos de los gitanos, y los organilleros insolentes con el pingajo del cigarrillo colgado a los labios, y la vieja pintada comiendo avellanas, y el guindilla con la pereza de un moro en día de zoco, y el estudiante que concluye dignamente el día en la Delegación…

El pobre San Isidro recibe en su ermita las plegarias de los devotos.

En Madrid todos son devotos de San Isidro. En lugar de ser patrón de Madrid, debiera ser el patrón de toda España. Cuenta la tradición que cuando el santo labrador no araba para consagrarse a la oración, bajaban dos ángeles del cielo que le sustituían. No cabe tradición más netamente española. Aplicada a la vida corriente, es fecunda en resultados prácticos. Pon vagancia donde dice oración, y advierte como en este país, todos piden ángeles del cielo que se molesten por lo que nosotros no queremos hacer.

En el matrimonio, la conquista de la hembra rica. En la imprevisión de la vida económica, el ingreso de la lotería. En las muchachas del pueblo de Madrid, el afán de darse dos pataditas en el tablado de un teatrucho, y así hay más copleras desconocidas, más Fornarinas en agraz que

estrellas en el cielo. En el hombre del pueblo el anhelo de ser torero; cunde el ejemplo de Vicente Pastor que da grima. Porque la cosa es llegar, dejar los bueyes solos en las tierras, esperar los ángeles del cielo que aren por uno, soñar con el tío en la Habana, dejarnos brezar por ese romanticismo ñoño que nos envilece en estos momentos de graves preocupaciones nacionales.

El pobre San Isidro debe estar un poco escamado de la devoción de sus fieles. Y nosotros pensamos que la tradición es cierta, pero que los ángeles bajan a la tierra únicamente cuando los hombres viven en el cielo.

La política está en calma y los toros en un momento de apogeo. Los toreros, que fuera de la plaza son perfectamente inaguantables, gozan las caricias de la idolatría.

Hace pocas noches pasé por la Puerta del sol. Vicente Pastor cruzó con un grupo de amigos, donde yo iba. No se me ocurrió extasiarme ante el ídolo. Pasé sin mirar a la gloria de Madrid. Un señor gordo que iba con el torero me lanzó una mirada de desprecio por no haberme parado con aquella muchedumbre que admiraba a ese Pastor tan inexpresivo, tan seco, tan extraordinariamente soso.

Y ese señor gordo, que hubiera deseado como castigo de mi culpa que hubiera dormido aquella noche en la prevención, dijo en voz alta:

– ¡Será bombista!

Y la manía cunde. Ayer tarde, me dijo un espectador que, al concluir el Gallo la faena de su último toro, unos entusiastas bajaron al redondel y le besaron. La policía no cumplió con su deber. ¿Para cuándo se deja la Cárcel Modelo?

El toreo, que como deporte es despreciable, puede tener sus principios.

Cabe hablar del toreo discutiendo procedimientos contra procedimientos, escuela contra escuela, faena y faena.

Pero ha llegado a su decadencia. Se dice que Bombita sonríe, se arman enormes discusiones sobre si el Gallo ha hecho bien o mal separándose de su mujer. Se discute el hombre y no el valor del hombre. Del libre examen se ha pasado al fanatismo.

Démoslo todo por bien empleado, si los toros mueren, aunque aparentemente, parecen en su mayor apogeo. Se trata, por las muestras, del delirio de la calentura.

Segundo asalto dramático de bandidos. La policía francesa ha vuelto a emplear la dinamita para cazar a sus apaches que son bastante más exactos que los ladrones que pintaba Alejandro Dumas en los montes de Toledo.

Da vergüenza que eso se haga en Francia. Y Francia, que ha calumniado sistemáticamente a sus hermanas menores, a España, a Italia, que dijo mil perrerías cuando el proceso de Linda Murri, cuando la ejecución de Ferrer, siempre que ha querido y sin freno alguno, debe resistir un poco los comentarios de indignación que despierta el estado de indefensión en que se halla.

Quinientos hombres para cazar dos bandidos. Eso es grotesco. Aquí lo hace una pareja de la guardia civil, sin que nadie se lo agradezca. Además, el empleo de la dinamita que hoy no puede justificarse en ningún caso, es de una torpeza insigne.

Condenamos la bomba por estúpida y por ineficaz y, sin embargo, la policía francesa hace uso de la melinita para exterminar dos bandoleros, después de no sé cuántas horas de fuego encarnizado y nutrido. ¿Tiraba con pólvora la policía francesa?

La novelería exagerada de estos grandes amigos nuestros, los franceses, esos medios de represión, que de aplicarse en España, todavía estaríamos oyendo los gritos de indignación de los humanitarios de los bulevares, ese salvajismo de la melinita digno del Riff, y peor que el Riff, que entre civilizados deben regir otras leyes que entre las fieras, aumentarán cada vez más las listas de los señores apaches.

Se les rodea de un aparato externo, se da a su represión el valor de un incidente dramático, se les adula. El alma criminal es siempre un alma vanidosa y solo por dejar su nombre en la historia, en la historia de los crímenes, repetirán estas salvajadas, dignas de China y de Marruecos.

Ya Bonnot –ya lo sabéis– le han llorado bellas damas que han ido a llevar flores a su tumba. Esas damas, ¿eran las mujeres de los magistrados, las mujeres de los policías?

Nosotros concluimos con las bombas de Barcelona. ¿Cómo? No haciendo caso. Saliendo el noble pueblo barcelonés a la calle, exhibiéndose continuamente, sin consentir que el miedo colectivo se enseñorease de la población. Solamente con esto pasó la fiebre anarquista en la

primera ciudad española. Y hoy se puede caminar impunemente por Barcelona, no hablemos de Madrid, a cualquier hora de la noche. Lo que no pasa en Lyón, ni en París, ni en Versalles, ni en Burdeos.

Marchó Lyda Borelli…

Con perdón de Le Bargy, con perdón de Jules Lemaître, con perdón de Racine y de Moliere, nos gusta mucho más, infinitamente más que todas las actrices francesas. No es más vieja que Matusalén como Sarah[63]. No es afectada, petulantemente afectada, como… cualquiera de las francesas que gustéis. No está endiosada con su arte, ni con su labor.

No cobra miles de francos por su trabajo. Es bonita. Es inteligente. Tiene una variedad de talento que sorprende. Sabe reír ingenuamente con Goldoni, vibrar, estremecerse con la pasión en Oscar Wilde, quitar toda su broza, toda su falsedad estirada a ese despreciable teatro de cartón que hacen en París.

Lyda Borelli ha dejado entre nosotros una huella que no había dejado ninguna compañía francesa.

Marcha a Barcelona. Allí tendremos ocasión de confirmar los talentos de la lindísima actriz. Seguramente los catalanes se pondrán de acuerdo con los madrileños.

Después de la Duse, la Borelly[64]. Y la Borelly comenzó ayer. No tiene todavía veintidós años.

¡Cuando lleve la práctica de Sarah!

La Ciudad (18-05-1912)

El retablo de Maese Pedro[65]

Murió don Marcelino.- La exposición de Bellas Artes.- El Gran Guignol.- Contradanzas políticas.

Murió don Marcelino[66], pero don Marcelino vive. Vive y vivirá eternamente en la cultura de España. Con su claro y luminoso entendimiento, con su extraordinaria sagacidad crítica, con ese grato calor de la convicción que se pega a todo leyente, con esa ansia enorme de saber más, siempre más, insaciablemente y absolutamente.

Sintió morirse, porque le quedaban muchos libros que leer. Esa frase, que todos los periodistas han comentado con su oquedad acostumbrada, a mí, muchacho, me desconcierta un poco. No comprendo que se viva para leer, ni que se lea para vivir. No me parece sensible la muerte porque nos esperen unos cuantos libros, sin cortar, con la tinta fresca, en nuestro cuarto de estudio.

Puede molestarnos la muerte cuando hemos vivido poco, cuando hemos pasado por la tierra sin amor, cuando hemos vivido aislados, sin brazos amigos que nos hayan ayudado a sobrellevar la carga.

Admiré y leí mucho a don Marcelino. Hasta fui su amigo. En otro lugar he rendido mi pobre tributo a su memoria. Pero esta sequedad afectiva de don Marcelino, ese vivir aislado del siglo y de nosotros, ese temor a la muerte porque no saciaba su gula intelectual, tengo que olvidarlo yo, para empaparme adrede en la frescura, en el donaire, en el hechizo singular de los libros del maestro.

Amar un poco más, vivir un poco más y leer un poco menos debe ser la divisa de los sabios. Cultivar un poco más el corazón, y la mollera con él, puede ser y debe ser el aforismo de los hombres prácticos, que jamás han levantado sus ojos hasta el cielo. Don Marcelino no nos dijo nunca si hubiera dado la mitad de sus libros por un hijo; acaso nos hubiera contestado afirmativamente. De muchos hombres prácticos sabemos nosotros que darían algún milloncejo por

[63] Se refiere a la famosa actriz francesa Sarah Bernhardt (1844-1923).
[64] En el original alterna Borelli y Borelly, siendo el primero el correcto.
[65] Véase nota 60.
[66] Marcelino Menéndez Pelayo (1856 - 1912). Escritor, filólogo y crítico literario.

un cuadro, un soneto o un discurso. Y la vida plena, completa, debe ser la que nos señaló el clásico: tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol.

Menéndez y Pelayo, a pesar de amar tanto a los poetas del Renacimiento, de tanto vivir en los siglos pasados, vivió poco en el nuestro. Equilibrado, sensato, analítico, abierto siempre a la contemplación intelectual, no tuvo tiempo de echar una cana al aire. Con su capa parda, con el sombrero siempre encasquetado, con su rostro bondadoso de soñador, cuando nos tendía la mano, cuando charlaba con nosotros, parecía decirnos: «La vida, pollo, toda la vida es el estudio»

Y ya habrás visto, maestro, que no es el estudio lo que redime, ni los libros los que fabrican la felicidad; ya habrás reconocido tu engaño, observando que un hombre vulgar cualquiera puede codearse contigo más allá de la muerte. Fuiste humilde y bueno. Lo supiste y lo adivinaste todo, pero el peor estudiante de Medicina te daba cruz y raya en la ciencia de la vida.

Los periódicos, ya lo ves, maestro, dicen de ti cosas que tú mismo ignorabas. Habrás observado que no todos los que te ensalzan te leyeron. Esas hipérboles necias, ese error de perspectiva del que todo lo ignora, ese afán de cantar con regocijo valores que no tuviste, ocultando en cambio tu verdadero valor de guía, de comentarista genial, de abridor de horizontes a la juventud amadora de España, te hubieran hecho tartamudear como nunca de indignación.

Porque no dejas huella, maestro no dejas escuela, tu labor fue personal, de curioso removedor.

Yo guardo con amor un libro viejo,

Decías. Nosotros guardamos con más amor los libros nuevos, la juventud, el siglo, la libertad del siglo. La estética tuya te llevó a admirar cosas que nosotros enterraremos cuidadosamente. Y de tus libros quedará el perfume, la fragancia moza que desprendes con prodigalidad. Y eso te debemos y de eso perfumaremos las flores que llevemos a tu tumba, a ese Santander tuyo, y de Amós Escalante, y de José María de Pereda, y de Jesús de Monasterio, y de Augusto de Linares…

Se inauguró la exposición de Bellas Artes, con una hermosa tarde de sol, con los vistosos uniformes de los Reyes y de los príncipes, con las bandas y espadines de los ministros, con el piafar de los caballos cortesanos a los acordes de la Marcha Real. Admiramos todo este aparato, nos agrada la pompa de las Monarquías y, galantes, nos descubrimos siempre con respeto al paso de los Soberanos.

Un derroche de luz, de color; de alegría, de juventud fue la fiesta. Las muchachas más hermosas acudieron a ver los cuadros y a admirar el traje negro de doña Victoria.

En las apreturas, tuvimos que defendernos bravamente de los pasadores.

Dentro del palacio del Retiro, recorriendo las salas con un calor de bochorno, de asfixia, estábamos atontados, locos, en aquellas danzas de añiles, de violetas, de verdes, de amarillos, de rojos.

Hablaremos detenidamente de los cuadros. Hoy diremos que dejando aparte unos cuantos lienzos de Hermoso, de Romero de Torres, de los hermanos Zubiaurre, de Pepe Rodríguez Acosta de Salaverria, la primera impresión no puede ser más desagradable.

Para que la vista descansara de aquella borrachera, de aquella bacanal de colores agrios y duros, reposamos lentamente nuestros ojos en las visitantes. ¡Qué modelos más hermosos! La chica del embajador de… con un vestido blanco, de gasa, con los ojos azules, felinos, admirable de gracia y de seducción, hablando un francés de alta comedia.

Las niñas del senador maurista señor… alegres, locuelas, con hambre de personas reales, de títulos de la Restauración acá por lo menos, buscando el saludo de Romanones, visita de casa, de Santiago Alba, visita de casa, del efusivo conde de Santa Engracia, visita de casa también.

La jamona ducha en soltaros un abanicazo sin que nadie lo perciba, en deciros *¡ingrato!* con tono de vaudeville, en aseguraros que sois su último amor, como si el último amor no fuera siempre el primero; la mamá provinciana, encorsetada, sudorosa, aburriéndose dulcemente y poniendo cara de pascuas –¡la pobre señora!– al novio de la niña mayor; el crítico de mirada hosca que mira un lienzo agresivamente, mordiéndose los labios en un esfuerzo de comprensión; el petimetre que dice «es un cuadro bien» o un «cuadro mal»; el embajador de Portugal solemne, mayestático, sublime, entre una pandilla de ateneístas, explicando el salón de su República al auditorio atento y levemente irónico; Moreno Carbonero, sudoroso en su tubo, entre un corrillo de marquesas guapas. Y el pasador, el pasador de los sombreros, largo, desnudo, dispuesto al arañazo inclemente, brillando con la amenaza constante de vaciarnos un ojo.

Y las mujeres –¡que si quieres!– adorablemente frívolas, como un dibujo de elegantes, haciéndose las sordas ante nuestras protestas, con la sonrisa eterna en los labios, Lucrecias Borgias que envenenan con licores dulzarrones. ¿Será por aquello de «si te quedas tuerto, contigo me caso»?

¡Dios mío, el Grand Guignol! Si sois impresionables, nerviosos, si tenéis una vida apacible sin grandes complicaciones, no vayáis a la comedia. Apaches, prostitutas, locos, epilépticos, imbéciles, degenerados; una lista adorable. Aquí donde el argumento de las piezas teatrales es un terrón de azúcar que se deshace ricamente en un vaso de agua, esas truculencias de la compañía Sainati tienen la virtud de enfurecernos un poco. Además las señoras se salen del teatro, horrorizadas, al llegar a las escenas culminantes.

Aquí vamos al teatro –aunque otra cosa crean los autores, que son el pretexto– a ver, no lo que pasa en el escenario, si no [sic] fuera de él. Y como las señoras se marchan…

Anoche –mirad qué cosas más dulces– representaron dos piezas ligeritas, calmantes: *Un salto di buon costume* y *Sabotage*. En el primero, un magistrado alegre pasa sus noches entre risas y alborozos de mujeres fáciles, alquilando el amor a fuerza de Luises.

El señor es un austero, un respetable papá de día; el modelo corriente, vaya. En un juicio oral, el magistrado austero condena a una cocota, y una noche tropieza con la cocota en cuestión, que le arma tal escándalo, que por miedo a él, muere el varón íntegro en un ataque epiléptico.

El hijo tropieza con el cadáver del padre, que sale de la reunión licenciosa, para evitar el escándalo, diciendo a las gentes que se trata de un borracho que llevan a casa.

Sabotage es otro *hors d'oeuvre* por el estilo. Un obrero sale de casa un día de huelga general. La mujer se queda llorando, porque un niño está gravemente enfermo. Llega el médico y dice que el niño se muere sin remedio sino le hace la traqueotomía en el acto.

Bella Starace está soberbia, aúlla, llora, ruge como una leona en celo enjaulada. Preparase el doctor. Cuando se dispone a abrir la laringe al chico, se apaga la luz en el momento preciso, crítico en que tiene que colocar la cánula y renovar el aire para que el chico respire artificialmente. Y el niño muere, no por la impericia del doctor, sino por la falta de luz. Y en aquel momento los huelguistas cantan la Internacional. Y el padre entra orgulloso, él ha sido quien ha cortado los cables eléctricos.

Este Grand Guignol es más que una ducha, un cinturón eléctrico, para los nervios agostados. Todo aquello es repugnante, odioso… Salimos a la calle, oprimidos, con la cabeza pesada, extrañando que haya ruido, alegría, juventud en ella.

Dejemos para el final la política, que la política es lo último de todo. Días de agitación en los pasillos, de conversaciones a media voz, de rumores vagos. Honor. Dinero. Cartas misteriosas, Travesuras de Soriano. Y humo y ganas de hablar, en resumen.

Este Gobierno del señor Canalejas es perfectamente bufo. Dicen los de la mayoría que todos los que no son amigos políticos del presidente están en el poder ahora. Primero Gasset. Después Fernández. Ayer Gómez de la Serna. Hoy Silvela. Son los liberales los que crean conflictos a los liberales, y las oposiciones ríen. ¿Qué van a hacer?

Y luego las conjuras. Gasset cabildea que ya tiene ganas de tornar a ser ministro. Silvela está furioso porque no le hicieron senador vitalicio.

La perilla de Gómez de la Serna tiembla como hoja que mueve la Providencia en colaboración con el viento, desde que Barroso le quita los jueces municipales en su feudo.

Y Canalejas, con aire de no ceder, cede. Y Canalejas, caballero del ideal, es muñeco de feria que se disputan dos niños que tiran del hilo, cada cual por su lado.

A mí, cronista imparcial, levemente desinteresado, contemplador de los muñecos del retablo de maese Pedro, me regocija todo esto. Maura, como una esfinge, calla. Cobián, como tenorio de damas tapadas, hace conjuras nocherniegas. El *trust* nos habla de su probado amor al pueblo, haciéndolo resaltar en cada artículo, como si los españoles fuéramos tan negados que no nos hubiéramos dado cata de ello hasta ahora.

Y ¿qué va a pasar aquí? Nada. No pasará nada; quedará todo. Del 68 para acá no ha pasado nada. Siguen gobernándonos los ineptos, los torpes, los fracasados, los ancianos. Montero Ríos, sudando en una manta, es un símbolo. Canalejas, impresionable, miedoso, fecundo y facundio-

so, otro símbolo. Gasset, con el pelito pringado de cosmético, el símbolo tercero, cabeza visible de gacetilleros procaces y de prosa desmayada. Y nos dan ganas de exclamar con el sainete:

– *Aquí jase farta un hombre.*

Los conservadores dicen que los tienen a pares. Los radicales se hacen lenguas de la humanidad de este orondo, satisfecho, aburguesado y brillante Alejandro Lerroux, con cara de tendero, que acaba de coronar con el acierto un bonito negocio. Donde no lo encuentra ni Diógenes, es en el partido liberal, al que nadie ataca, porque nadie dispara cañonazos contra las pulgas.

La Ciudad (25-05-1912)

El centenario de Arapiles

Recordará mi querido amigo don Francisco Bernis el gesto de extrañeza, de duda, de asombro, con que acogía yo inevitablemente cualquiera promesa concreta que nos hacían Canalejas, Romanones u otro político al pedir nosotros, en nombre de Salamanca, una subvención decorosa para la celebración del centenario de los Arapiles. Me hablaba el señor Bernis de razón, y yo le daba toda la razón a él. Me decía que se pedía relativamente poco dinero, y yo asentía también. Canalejas nos dio una promesa formal, y seguí dudando. Fuimos a ver los reyes; nos encantó don Alfonso por su llaneza y talento; tuvimos el alto honor de saludar a la hermosa soberana. Y sin embargo... Y sin embargo, continuamente, ahí está mi amigo el marqués del Vado del Maestre que no podrá desmentirme, continuamente, comentando con él los incidentes diarios de la comisión, decía: –No nos dan una peseta. Ya lo verá usted.

¿Por qué? Sería muy largo de contar ahora. El que vive en Madrid, asiste y frecuenta los círculos políticos, encontrará perfectamente razonable lo que nos ocurre. Pecamos un poco de imprevisión. Se acudió tarde, muy tarde, a solicitar el favor de los poderes públicos. Todos los créditos estaban agotados. Apenas había blanca en los Ministerios. El proyecto era tan hermoso como el sueño de un adolescente. El programa primitivo, con los autos sacramentales, con las fiestas militares en el cerro, con los embajadores extraordinarios, hubiera costado millones de pesetas. Además, nuestro carácter es demasiado complaciente. Acudimos a la tremenda cuando no hace falta, y cuando es llegada la sazón de hacer una pirueta, permanecemos sentados.

Hace pocos días, unos labradores de Peñaranda, de Ledesma y de Vitigudino visitaron al señor Barroso para que les protegiese; había descargado un pedrisco; el fantasma de la miseria les atraía, desde lejos, y fueron las del Ministro palabras vagas, imprecisas. Me dio pena del viaje de aquellos pobres hombres. No sabían que se les oía con indiferencia; que en Madrid no se cree en nada; que no llevaban más que esperanzas en las alforjas, carga harto liviana por cierto, y continuamente se repite la historia eterna.

Se ha gastado mucho dinero, mal invertido generalmente, en centenarios y otros festejos patrióticos. Aquí se murmura, se habla en voz baja de ciertas irregularidades. Con estos antecedentes, teníamos el pleito perdido. La buena fe del señor Bernis se estrellaba en la contienda con la mala fe del ambiente. No aludo a los políticos de la provincia; don Nicolás Oliva, primero, y los demás senadores y diputados después, echaron a un lado la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir y de lo que todos preveíamos. Luego, nos perdió nuestra seriedad, nuestra modestia. Debimos haber pedido millones, imitar a los gitanos en sus cambalaches y misteriosas combinaciones. Para rebajar siempre había tiempo.

Se nos ofreció todo, sin regatear, porque no se pensaba seriamente en otorgarnos nada. Era todo juego convenido. El Gobierno se parapetó detrás del Parlamento. Si nuestros diputados hubieran presentado una proposición de ley, hubieran salido seguramente mal parados. Los conservadores tenían un criterio perfectamente cerrado.

Abierta la espita para nosotros, se hubiera abierto para todo linaje de acontecimientos locales, de gloria más o menos discutible. Y no se me replique que lo de Arapiles fue una de las jornadas más gloriosas de la guerra de la Independencia, ese es un argumento de fuste en un país que no sea España. Aquí nos corroe el escepticismo, el desdén; nuestra oligarquía no se rompe así como así; estamos desamparados, no porque nuestros diputados valgan más o menos que los de otras provincias, sino porque carecemos en absoluto de una fuerte corriente de opinión que se imponga a todos, en Salamanca y fuera de Salamanca.

Ahí está el caso vergonzoso del ferrocarril de Ávila a Peñaranda. Se trata sencillamente de cumplir una ley, pero la ley no se cumplirá.

La bolsa pública, bolsa de estudiante, bolsa de poeta, tiene que sortear el mal tiempo milagrosamente. Luego –la verdad ante todo– allí, donde debiera haber unidad de miras, se observa pronto que cada cual hace su juego, que nadie sabe contener sus preferencias o antipatías personales, que el acuerdo es puramente convencional. Tenemos, junto a una gran apatía, harto desarrollado el espíritu crítico con vistas a la sátira. Y nuestra ciudad, como nuestra provincia, no es algo orgánico, sino montón de granitos en un arenal.

Sabemos rebelarnos contra las pequeñas cosas y no tenemos un bravo gesto ante las grandes. Y así vamos de tumbo en tumbo, con el ferrocarril, con el centenario, con otros sueños que forjemos para mañana y que el tiempo se encargará de borrar discretamente.

El Adelanto (10-07-1912)

El segundo golpe

Han tornado a reunirse las autoridades salmantinas con objeto de preparar festejos para Octubre, y con motivo de la celebración del Congreso del Turismo. El señor Pérez Cardenal, batiendo el *record* de la candidez, propuso a los reunidos que se pidiera una subvención decorosa al gobierno y se aprobó la fórmula del gobernador para que fuera el Delegado Regio del Turismo en España, nuestro amigo el marqués de Vega-Inclán, el encargado de solicitar esa subvención de los poderes públicos.

Celebraríamos que se consiguiera esa subvención. Salamanca es una de las ciudades españolas más dignas de ser conocidas. Se escribe continuamente sobre su historia, sobre su riqueza artística, sobre sus costumbres. El editor Calvet ha consagrado una de sus más bellas monografías artísticas a Salamanca.

El escenario del más grande lírico español, está en nuestras llanuras. Garcilaso cantó la paz de nuestro claro Tormes. Salmantino es el sepulcro de Teresa. La novela picaresca no puede prescindir del inquieto Lázaro de Tejares, de la chanflona doña Tomasa de Vitigudino, del licenciado Vidriera. Tenemos cerros gloriosos en la historia: los del Carpio, los Arapiles.

Es indiscutible el interés artístico e histórico de nuestra provincia, y su derecho para atraer las miradas de los viajeros cultos. Pero ¿hemos formado una opinión en torno a estos problemas? ¿Tiene Salamanca conciencia de su tesoro artístico? ¿Tenemos siquiera una higiene elemental? ¿Hemos de seguir protestando porque Pedro de Repide dijera que el Zurguén estaba muy sucio? ¿No están emplazados nuestros admirables monumentos en un aduar africano? ¿No es nuestra psicología, con relación a los forasteros, una psicología perfectamente rural?

Es de suponer que el Gobierno dejará de oírnos por segunda vez. Es lamentable, pero es mucho más lamentable todavía que nos forjemos ilusiones. Podemos rogar al Estado que nos mande forasteros, pero debe correr de nuestra cuenta el revocar la fachada, el barrer el zaguán a escobazos, el limpiar de chinches los catres viejos. ¿Por qué antes de acudir al Estado en busca de unas pesetas, no obligamos al Ayuntamiento a que Salamanca deje de ser una de las ciudades más sucias de España?

La Ciudad (03-08-1912)

Del crimen de Cespedosa

El asesinato de Leopoldo Soler en Cespedosa de Tormes[67] ha puesto, delante de los ojos, una serie de problemas que nos incumbe resolver. ¿Es lícito acusar a un pueblo entero de complicidad pasiva con los ocultos autores de la tragedia? ¿Hacen bien los médicos españoles en

[67] El médico de Cespedosa (Salamanca) fue asesinado y en las diligencias que siguió el juzgado el pueblo tuvo un comportamiento similar al de Fuenteovejuna, protegiendo al asesino o asesinos con el silencio. Parece ser que el médico se servía de su posición profesional para aprovecharse de las mujeres, de modo que algún marido o novio celoso acabó con su vida con el beneplácito de todo el pueblo. La clase médica se puso a favor de su compañero muerto con actos como los que denuncia Sánchez Rojas. Sí hubo sospechosos, pero no con pruebas concluyentes.

mostrarse parte en una causa que, hasta la hora de ahora, se funda sólo en obscuros indicios y en sospechas vagas? ¿Qué alcance puede tener esa acusación, para que el espíritu de clase, siempre suspicaz y mezquino, no levante la cabeza en un crimen, que, según todas las trazas, nada tiene que ver con la calidad profesional de la víctima? ¿Puede aislarse a un pueblo de la asistencia médica por una mera hipótesis de complicidad?

La Sanidad Civil contesta todas estas preguntas afirmativamente. El doctor Albiñana ha venido a Salamanca a provocar una reunión de médicos. Los médicos han tenido un hermoso rasgo amparando a la hija de la víctima, cumpliendo con un elemental deber humano. Pero puesta la cuestión en un plano razonable y sereno, lógico, esas preguntas tienen que ser resueltas negativamente, para no incurrir en hábitos de apasionamiento y de venganza.

No puede afirmarse que el pueblo de Cespedosa sea cómplice del asesinato de Soler. Es muy posible que esa complicidad no exista más que en la imaginación levantina del doctor Albiñana. La razón humana, por una curiosa paradoja que en balde tratan de explicarse los psicólogos, razona los enigmas de un modo enigmático. En lugar de aclarar los problemas, los sutiliza y embrolla. Para que la complicidad existiera, tendrían que ser varios los autores del crimen. Ahora bien, es posible que haya sido uno solo. Es más que posible. Los abogados, los jueces, saben perfectamente que en todo crimen, en el que han intervenido varias personas, siempre hay una que, por miedo, por desconfianza de los cómplices, por torpeza de la suerte, por carencia de serenidad, descubre inmediatamente el juego. Esta es una hipótesis, ya lo sé, pero es la más sencilla y la más probable. Tiene el mismo valor que la hipótesis contraria, pero mientras las actuaciones judiciales no dejen de ser secretas, tiene la ventaja de ser la más sencilla. En la sospecha de la complicidad pasiva, se une al error probable –ya que no conocemos los elementos de la cuestión– la injuria.

Si los médicos se unen para aclarar el crimen, para excitar el celo de los jueces, para evitar que un crimen de tamaña magnitud quede impune, hacen perfectamente y cumplen con un sagrado deber de compañerismo. Si su intervención en los debates judiciales obedece a la creencia de que en el caso de Cespedosa se trata de una ofensa contra la clase, deben antes pulsar la opinión pública, que ha fallado a su modo, condenando el crimen, pero explicando su alcance puramente personal.

Y, hoy por hoy, deben suspender todo juicio. Si a él se une la venganza, dejan de proceder con lealtad. Al pueblo no puede condenársele por un exceso de sensibilidad malsana. No creemos que ese acuerdo de aislar médicamente a Cespedosa se consume, porque no es un procedimiento digno. Si se tomó en un momento de vacilación, apresúrense a rectificarlo, porque si la venganza es el medio de defensa de los acusadores, mañana le invocarán los acusados. Y las cañas se tornarán en lanzas y el acuerdo rebotará contra sus autores.

El Adelanto (22-08-1912)

Benavente, académico

El ingreso en la Real Academia Española de Jacinto Benavente ha hecho olvidar a unos cuantos, por esta vez, las censuras y los ataques que se le dirigen casi siempre, cuando, frente a candidatos que tienen un valor positivo en el mundo de las letras, vencen políticos que apenas escribieron sino cartas de recomendación y especialistas que nadie conoce y que nadie ha leído. Jacinto Benavente nada pierde ni nada gana con esa consagración oficial y definitiva de su talento. Apenas se trata sino de un trámite. La noticia sorprende porque no es el temperamento del insigne dramaturgo el que mejor encaja en el consabido seno de la docta Corporación. Ni su espíritu, anticonservador y personalísimo por excelencia; ni su estilo vivo, plástico, contemporáneo, tan alejado de los falsos rebuscamientos y de las relamidas imitaciones muertas que tanto gustan y saborean en aquella casa; ni su desenfado y donaire, tan opuesto a la gravedad acartonada de los señores académicos, hacían presumible la grata noticia que todos festejamos y que nos hace pensar que también en la Academia los espíritus que saben recoger los valores vivos y corrientes de las letras, están en mayoría.

Si el ingreso de Jacinto Benavente en la Academia, supone, y Dios quiera que lo suponga, un cambio de conducta, el remozamiento de un organismo que vive apartado completamente de la vida espiritual de la nación, la Academia se tornará prontamente, tapando con discreción los huecos que vayan llegando, en algo así como el Estado Mayor de las letras, dejando su tris-

te papel de cuerpo de inválidos, en situación permanente y forzosa de reserva. Si el caso de Benavente va a ser un caso aislado, suelto, no es cosa de echar las campanas a vuelo porque el ilustre dramaturgo reciba unas dietas por contribuir a redactar las nuevas ediciones del Diccionario.

Si después de Benavente, van a la Academia *Azorín*, Unamuno, Baroja, este, el otro, los nombres que se cotizan y que se leen, los escritores que influyen más directamente en el público, la Academia ganará en prestigio, comenzará a vivir, y en lugar de ser una oficina administrativa muerta, se convertirá en un núcleo vivo de ingenios, que dejarán seguramente huella de su paso.

El homenaje que se quiere rendir a Benavente y al que muy de veras se asocia EL ADELANTO, demostrará a la Academia que debe cambiar de rumbo, y que si los aciertos se repiten, comenzará a orearse, y las gentes a hablar de ella con simpatía, y los periódicos a tomarla en serio. En estos tiempos de llaneza y de curiosidad, más que peligro, es ridículo marcar distancias. El que no vive en el pueblo, vive contra él. Los organismos que se disocian y aíslan, convirtiéndose en castas, corren el riesgo que ha venido corriendo la Academia: el de que muchos de sus numerarios ni han leído el discurso de recepción, ni han aparecido por la casa, ni han hecho dentro de ella sino a pesar de ella, obra cultural, dando el tono a la Corporación gentes que no se distinguen precisamente por su generosidad de espíritu, sino por sus pasioncejas profesionales, que a lo mejor salen a la superficie... como cuando se habló de la candidatura de la señora Pardo Bazán, que debió aceptarse, aun cuando se hubiera roto el pícaro reglamento.

La Academia Española ha sido hasta ahora una institución perfectamente inofensiva, una rueda del mecanismo oficial que no molestaba a nadie, algo así como una orden de caballeros civiles, decorativa, a la que íbamos alguna vez a contemplar las hermosas barbas del señor Pidal, la noble cabeza romántica del señor Cavestany, el público de viejos pulcros y de damas guapas que allí se citaban, de tarde en tarde, para admirar, más o menos sinceramente, un discurso dicho con solemnidad y con énfasis. Ahora, al menos, con Jacinto Benavente, entra en la Academia la pelea de la calle, el pueblo, el donaire, la gracia y –¿porqué no decirlo?– algo que allí se echaba de menos, el *espíritu*, la emoción...

El Adelanto (24-10-1912)

La muerte de Canalejas

En estos momentos, cuando todo el mundo conoce la trágica muerte del señor Canalejas, cuando se sabe que el asesino era un anarquista peligroso fichado por la policía, reacciona la opinión pública, dejándose guiar del miedo. En los pasillos del Congreso –donde escribo– no se puede dar un paso. En todas las conversaciones y en todos los grupos se dice que la libertad ha traído estos excesos. Los radicales y los socialistas no se ven por la Cámara; los conservadores, indignados, prorrumpen en justísimas protestas.

El crimen sería imposible en un país donde las cosas no estuvieran trastocadas como en este. Un anarquista peligroso puede caminar impunemente por la Puerta del Sol con la pistola en los bolsillos y hacer blanco. Claro está que hay atentados que no pueden evitarse y que vivir socialmente supone vivir con buena fe. Si se tratara de un perturbado, de un loco, de un indocumentado, nadie podría protestar de los servicios policíacos. Pero... pero el anarquista Serrato, conocido por la policía, fichado, expulsado de la Argentina llegado de Marsella y de Barcelona, requería una vigilancia constante. Y no ha sido vigilado. Y ha podido matar tranquilamente al señor Canalejas, dispararle los tiros que ha tenido por conveniente, en el sitio más céntrico de Madrid, a la hora de mayor animación.

Que no se imponga el miedo. La condición elemental del valor del civismo, es la serenidad. Un gabinete de fuerza no tendría razón de ser en estos momentos. El señor Canalejas, noblemente, ha muerto, sin haber perseguido a nadie, procurando regular todas las conmociones sociales con normas puramente jurídicas. No se diga que esa política ha traído esas consecuencias; no, no.

El anarquismo se hubiera cebado lo mismo con una política contraria.

Pero sus crímenes estúpidos no deben traernos encogimiento ni timidez. Con todo el dolor que provoca el estúpido crimen en una conciencia honrada, con toda la pena que produce el

acabamiento de un hombre tan inteligente, tan dúctil, tan simpático como el señor Canalejas, no pueden, no deben los poderes públicos iniciar una represión.

Una represión que sería palo de ciego en un país donde Morral puede matar a los Reyes, donde Serrato asesina al señor Canalejas, en plena Puerta del Sol, a las once y cuarto de la mañana.

Pablo Iglesias exaltaba el domingo una política "de odio, de odio y de odio". Seguramente habrá rectificado hoy sus ideas de violencia. En España, todo lenguaje descompuesto, aunque se mantenga dentro de un derecho tan elemental como el de la libertad de la tribuna, produce estas mentes angostas, duras, canallescas, de los anarquistas jóvenes, que no tienen más alimento que esa crítica negativa, productora de crímenes. Un crimen, por el hecho de serlo, no puede ampararse bajo el pabellón de una idea.

No han matado las ideas al señor Canalejas. Un brazo asesino no logró descomponer la serenidad de su semblante, que yace para siempre en el Ministerio de la Gobernación, al lado de la librería del señor San Martín, donde fue agredido.

¡Descanse en paz el señor Canalejas! Su muerte ha de señalar una nueva orientación a nuestro pueblo.

El crimen lo produce la incultura, el hambre, el odio. Con política de amor, de paz y de cultura, cesará esta desorganización, esta imprevisión, esta ignorancia de las cosas que han matado a Canalejas, en un pueblo desdichado, que no tiene policía, que deja libres por las calles a sujetos peligrosos, que nos impone el deber de ir armados hasta los dientes para rechazar agresiones posibles.

¡Y desdichados los que no hayan sentido en su alma la muerte de Canalejas, los que sonrían con sonrisa escéptica ante su cadáver, los que no hayan sabido tejer una plegaria por un hombre que sirvió a su pueblo y que soñó en redimirle!

El Adelanto (14-11-1912)

Después del entierro

Acaba de terminarse, en estos momentos el entierro del señor Canalejas. El Rey, que ha tenido la feliz ocurrencia de asistir personalmente al entierro de su primer ministro, ha sido ovacionado con delirio, a lo largo de la carrera.

Junto a la pena unánime que embarga al pueblo de Madrid, ha querido manifestarse reciamente el sentimiento de la protesta por la estupidez de los crímenes del anarquismo.

Unánime ha sido el sentimiento. Lo explican la sorpresa y la torpeza de elección en la víctima. Pérez Oliva, al llegar a Gobernación, creyendo que el atentado era cosa liviana y encontrarse con el cadáver de Canalejas, no pudo reprimirse y lloró con llanto que le honra. Navarro Reverter, al escuchar en el teléfono la voz de la señora de Canalejas que preguntaba con ansiedad terrible, fue víctima de un desvanecimiento. Villanueva, en el coche, al disponerse a marchar a Gobernación para celebrar consejo, sufrió como un mazazo en la nuca la triste nueva. Maura, lívido, más blanco que el papel en que escribo tristemente estas impresiones, contempló el cadáver de Canalejas con abatimiento. Anoche, cincuenta, sesenta mil personas desfilamos por Gobernación, a cumplir un sagrado deber: el de firmar la protesta más enérgica contra el crimen.

Más tarde, a las once y media de la noche, vine al Congreso con Eustaquio Ávila y Cipriano R. Arias a presenciar el traslado del cadáver al salón de conferencias. Se empezaban a conocer detalles del terrible día. La víctima había pasado la noche anterior, la del lunes, charlando alegremente con Cristóbal de Castro, con Pérez Arenas, con R. Lázaro, contando anécdotas ocurrentes y hablando –¡singular coincidencia– contra el general Prim. Cristóbal de Castro nos refería pormenores de la entrevista amistosa que se prolongó desde las diez hasta la una de la madrugada. Habló en gallego, en andaluz, en francés, en italiano, el presidente; él sostuvo la charla con su palabra acariciadora, flexible, dúctil, picaresca e inagotable.

Y... Canalejas no deja fortuna. La casa donde vivía, a pesar de las injurias y trapacerías que habían vomitado contra él los neos, no era suya, sino de su hermana. La finca de Otero –que yo he visto, al paso del tren– es un caserón feo y grande, en medio de una llanura, sin árboles. La participación que le había tocado, cuando se vendió el *Heraldo* a la Editorial, la había gastado en el sustento de los suyos. Canalejas, como Cánovas, como Sagasta, como Pí, como Castelar,

como las grandes figuras de la política española, ha muerto pobre. La política, que es una diversión harto cara para los grandes hombres, solamente es negocio para los [se]gundones y pícaros que con ella trafican y negocian.

El atentado seguía pareciendo inexplicable. La torpeza de la policía era comentada con indignación. La frase del Rey:

– Pero ¿y esa policía?, hacía suponer que la destitución de Fernández Llano era cosa inevitable y segura.

Hagamos honor a los políticos. Nadie habló anoche de las contingencias futuras de la herencia. Se hablaba, para execrarlo, del crimen. El asesino se ha llevado a la tumba el secreto del complot. Se sabe que este existía por continuas referencias de la policía de Barcelona, de París, de Marsella, de Burdeos y de Valencia.

Canalejas habló del caso, el viernes pasado, en el Nuevo Club, al marqués de Portago, diciéndole que habían cazado al anarquista que quería asesinar al general Echagüe, pero que el suyo había escapado de las garras policíacas. Siendo esto así, ¿para qué no se redoblaron las precauciones? ¿Porqué se dejaba salir a la calle al señor Canalejas, solo, rozándose con la multitud? Si a él le gustaba el caminar llanamente por la calle a todas horas, ¿por qué no se hizo ver al señor Canalejas que su capricho era peligroso?

La policía no tiene defensa posible. Un ciudadano pacífico, en un momento de exaltación, puede asesinar a cualquiera; en este caso, ni la policía, ni nadie, puede evitar una acometida súbita, imprevista. Pero es muy fuerte que un anarquista fichado, cuyo retrato lleva el polizonte en el bolsillo, cuya captura se persigue, pueda estar cinco días tranquilamente en Madrid, por los sitios céntricos, preparando a mansalva la ejecución de su crimen. Pudo el asesino bajar tranquilamente de la estación de Atocha, pasear por la Puerta del Sol, acechando a Canalejas a placer. Ahora se dice que la policía tuvo conocimiento de la llegada del asesino, hora y media después de muerto Canalejas.

Aunque así sea: ¿excusa esto su torpeza, su falta de vigilancia, anunciado el complot? ¿Es que no podemos vivir sin permiso de esos bárbaros, sin el visto bueno de la canalla ácrata, sin la benevolencia de los anarquistas de acción?

Los comentarios cesaron al llegar el cadáver del señor Canalejas al Congreso. Un clérigo rezó un responso al descubrir el féretro. El señor Canalejas vestía uniforme. Una pena inmensa se reflejaba en los semblantes. La contemplación de la muerte, del misterio, acalló todos los rumores y comentos. Las manos ágiles, inquietas, que jugaban con el bastón en la calle, que estrujaban papeles en el banco azul nerviosamente, estaban cruzadas sobre el pecho.

Canalejas parecía dormido. No tenía el gesto fiero, alterado, de sus momentos oratorios; sonreía plácido, tranquilo. Seguramente murió acordándose de sus hijos, pensando –¡él, tan padrazo!– que no podía jugar con ellos nunca. Eustaquio Ávila contempló el cadáver con emoción. ¡Ea, dos lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas del diputado de Peñaranda! Y por las mías también. No dijimos nada, no pudimos decir nada. Salimos a la calle. El pueblo esperaba el momento de ver el cadáver. Ni un ruido, ni una protesta: nada. La actitud muda, estoica, tranquila, de mi gran pueblo español. Luego, en la cama apenas pude conciliar el sueño. Me horrorizaba la estupidez del crimen: trazaba el cuadro en el silencio de mi alcoba.

Y pensaba que esto no puede, ni debe aterrarnos. Que la serenidad es la madre de la justicia. Que España, en la cabeza de este pobre Canalejas, asesinado, debe aprender a ser cauta y valiente, librando, de una vez, la batalla contra esta canalla, embrutecida por el odio, por las malas pasiones, por la actitud indiferente, por la agilidad mental ante el crimen, ante el atentado, ante las transgresiones jurídicas.

La libertad –dijo Unamuno con frase que no olvidaré nunca– es la conciencia de la ley. Acaso la ley es también la conciencia de la libertad.

El Adelanto (15-11-1912)

El piano en la escuela

La idea de la señorita Calvo Montealegre, pidiendo al pueblo salmantino un piano, una máquina de coser y una máquina de escribir para las alumnas de la escuela de la Merced, recientemente inaugurada, merece las más vivas y ardientes simpatías del cronista. Porque se

trata de una idea muy hermosa, henchida de ternura y de profunda inquietud por el porvenir de nuestras niñas, porque se trata, digo, de una idea reveladora de una gran finura de espíritu, reclamo sobre ella la atención de los lectores de este periódico.

La señorita Calvo es una inteligente y adorable criatura. Tiene una gran agilidad mental y un amor muy grande por la niñez.

Recuerdo, con gusto, la visita de Jacinto Benavente, otro niño grande, a la escuela de la Merced. La señorita Calvo hizo los honores al dramaturgo con tal desenvoltura, con tanta gracia, con palabras tan atinadas y oportunas, que, momentos después, Benavente no nos ocultaba la agradable sorpresa que había recibido en la Merced.

La señorita Calvo, enseñando con orgullo al autor de *Los intereses creados* aquellas aulas, limpias, amplias, llenas de luz y de alegría, supo poner en sus palabras acentos de gracia, de exquisitez, de gusto, que contrastaban con el encogimiento provinciano de otras ilustres fuerzas vivas que mascullaban torpemente algunas palabras sin coherencia al encontrarse ante los ojos de acero de Jacinto Benavente y al estrechar su mano señoril y aristocrática.

Pues la señorita Calvo Montealegre pide un piano para las niñas de la Escuela de la Merced. Nada más necesario para una niña que un piano. Ninguna necesidad más urgente que la de suavizar, poetizar el espíritu de las niñas por el ejercicio y el cultivo de la música. El arte, sublime redentor, iguala a niñas pobres y a niñas ricas. Por él, satisfacen exigencias tan altas como las de escapar al dolor de la miseria las pobres y las de gustar las ricas placeres que no pueden comprarse. Por el arte es bella la vida y la vida sin arte no es verdaderamente tal. Y luego ¡la música! La música se amolda a todos los momentos, recoge todos los ecos, no escapa a ninguna modalidad espiritual.

Y es el arte femenino por excelencia, que la música suaviza el corazón y le da agilidad ante el ensueño, supremas alegrías que rumiar en la hora dura, cierta vaga tristeza cuando llega la frivolidad. ¡Cuántas veces dicen sus amores las niñas al piano!

Y luego, una máquina de escribir pide la señorita Calvo. Nada más justo. La vida va siendo más dura cada día. La maldición bíblica que nos ató al trabajo recae también sobre las mujeres. Y ahora más que nunca. El matrimonio va siendo más difícil cada vez. Las mujeres pobres, sin grandes encantos físicos, tienen que trabajar para comer. La mecanografía va siendo un arte femenino, que se encomienda, cada vez más a las mujeres, en Madrid, en Barcelona, en los grandes centros de población de España.

El trabajo puede redimir a la mujer de su desgracia ante el amor y hasta de una grave falta. La señorita Calvo, con excelente buen sentido, quiere preparar a sus niñas en las futuras luchas.

¿Y la máquina de coser? Seguramente no habrá que señalar su necesidad en la escuela; sería robar el tiempo a los lectores.

De creer es que el pueblo de Salamanca recoja la idea de la señorita Calvo. Los niños ricos debieran figurar –todos ellos– en esa suscripción y cubrir inmediatamente las dos mil quinientas o tres mil pesetas a que puede ascender. Dinero mejor empleado, nunca. Con el piano satisfarán de momento anhelos del espíritu; con las máquinas de coser y de escribir les prepararán para la lucha de mañana.

Niños que tenéis juguetes, niños que tenéis dinero; bien vale un sacrificio la alegría de otros niños, pobres, que viven mal y que no gozan de los placeres vuestros. Y las bendiciones de esos pobres serán tan gratas a vuestros papás como el estallido de un beso, como el perfume de una caricia en vuestra cara de rosa.

El Adelanto (27-11-1912)

Honor y dinero

Ayer tarde se discutió en el Supremo el famoso pleito de *El Liberal*. Seguramente, recordarán los lectores los antecedentes del famoso asunto. *El Liberal* publicó, tomándola de *España Nueva*, una noticia que daba cuenta de la fuga de una señorita con un fraile. La noticia fue desmentida inmediatamente; *El Liberal* contó en sus columnas, a los pocos días, que habían sorprendido su buena fe arteramente; igual declaración hizo *España Nueva*.

El señor Cierva, defendiendo los derechos de la señorita aludida, demandó ante los tribunales una indemnización de ciento cincuenta mil pesetas. Prosperó su petición en el Juzgado y en la Audiencia; recurre hoy el demandado ante el Supremo.

Los abogados no están conformes, en su inmensa mayoría, con el planteamiento de la cuestión jurídica por el señor La Cierva. Se dice que ha debido preceder una querella de injurias, que ha debido ser condenado previamente *El Liberal*, que hasta ese momento no ha debido plantearse la acción civil. Como verá el discreto lector, la polémica gira sobre el procedimiento. Se hace además otra observación: se dice que no se sabe realmente, sin previa condenación, si la imputación del hecho falso de la fuga de la señorita la hizo real y verdaderamente el periódico del *trust*. Y se añade que se ha debido proceder, en primer término, contra *España Nueva*.

A nosotros no nos importa el procedimiento, sino el fondo moral-social, si se quiere, del asunto. El abogado de *El Liberal*, don Melquíades Álvarez, sostiene que el honor es inmaterial, que no está sujeto a peso y medida, que no caben indemnizaciones contra la honra. El señor Cierva dice que la honra tiene una equivalencia metálica. ¿Quién de los dos ilustres abogados está en lo firme?

Melquíades Álvarez tiene una noción calderoniana del honor. La fama no se paga con puñados de metal, de ese metal que todos buscamos y que llamamos estúpidamente vil.

La Cierva tiene una concepción corriente, británica, del honor; sus heridas se curan a golpe de cheques y de billetes de Banco.

Melquíades Álvarez, a pesar de su calderonismo, reconoce que "sólo en el caso de probar que la señorita había perdido, a causa de la falsa noticia, algún matrimonio ventajoso", cabría la indemnización, es decir reconoce que el honor puede tasarse en equivalencia metálica. Cierva tasa el daño inferido a su cliente en treinta mil duros, y justifica lo crecido de la suma, por la enorme tirada de *El Liberal*, o lo que es igual, por la extensión de la zona en que se ha propagado la noticia.

Decir que el honor es inmaterial, es hacer una frase bonita, pero nada más que bonita. Acaso la aplaudimos en un drama de Echegaray, pero nos burlamos de su oquedad en la vida corriente. La fama, socialmente, se traduce en dinero, en una posición ventajosa, en la estimación pública que facilita la acción indispensable del que goza de ese buen nombre. Melquíades Álvarez, no es un abogado cualquiera, sino un abogado famoso; precisamente por su fama, goza de una estimación que se traduce en una clientela numerosa; esa clientela numerosa le proporciona rendimientos, que son la compensación, el precio, el beneficio de su ilustre renombre como abogado:

He aquí cómo la fama tiene una equivalencia material, metálica. Se gana dinero porque se es famoso y se es famoso por que se gana dinero, es decir, porque se goza de una excelente clientela donde es indiscutible la pericia de la persona a la que se confía la gestión de nuestros derechos e intereses.

Una injuria, una calumnia, la imputación de un hecho falso, al herir nuestra buena fama, perjudica, por consiguiente, nuestros intereses materiales. No se trata de que pruebe concretamente el dañado la molestia que se le ha inferido. Basta con que la calumnia exista. No se trata, a las veces, de un daño positivo, sino de un ambiente colectivo de hostilidad, de recelo, de abandono, de desconfianza, que anula la eficacia de la lucha individual. Procuro, como verá el lector, hablar sin apasionamiento alguno.

Pero el pleito que ventila *El Liberal* tiene además otro aspecto público, el más seguro para estudiar la cuestión. De hecho, la gran prensa goza de la mayor impunidad.

Los directores son diputados a Cortes. Muchos periódicos –no es *El Liberal* precisamente el que debe figurar en la lista– se distinguen por su tono violento al hablar de las personas, descubriendo hasta defectos privados que pugnan con la corrección más elemental. Hace falta poner un correctivo enérgico a tal estado de cosas. Ningún correctivo mejor que el que se dirige contra el bolsillo; ninguna pena más eficaz. Con el destierro no se consigue cosa alguna; el periódico continúa con una sustitución sencilla, en el caso de que el director no goce de las ventajas de su situación de diputado. El ataque a la bolsa impone –tal es su eficacia– la mayor cautela.

Azcarate dijo en una ocasión que en España se calumnia mucho porque se censura poco. Exacto. Periódicos que no se atreven a deshacer las mentiras convencionales, no tienen reparo, por cualquier linaje de fanatismos, en atacar agria y violentamente el buen nombre de las gentes.

En el caso concreto que ayer se discutió en las Salesas, harto se advierte, en lo que a *España Nueva* se refiere, que no se iba contra la liviandad de una señorita, sino contra la travesura supuesta de un fraile. Ese modo de hacer anticlericalismo es sencillamente primitivo y grosero. Como el modo de hacer parecido clericalismo otros señores de la derecha. Urge poner

remedio a este tono agresivo, indiscreto, irrespetuoso, digno de las kábilas. Sensible es que *El Liberal* pague acaso culpas ajenas, pero servirá de cabeza de turco.

El Adelanto (29-11-1912)

Síntomas

En Barcelona se siente uno ausente, más ausente de España que en población alguna de la península. Se advierte que el moro no ha dejado residuos por estas latitudes; hay mayor formalidad, mayor cautela, más sentado reposo en las costumbres; en los teatros escapa el matiz picaresco del *couplet*, la frase de doble llave del libertino, la mueca burlona que hace el débil ante la vida que le vence. No sé, amigos míos, no sé. Soy todo ojos y todo oídos para verlo y curiosearlo todo. Y no advierto más que una cosa: un cierto romanticismo de sabor peculiar, cierta ingenuidad catalana, una menor edad –muy simpática– para ver las cosas. Y de paso me doy cata de que afirmo mi castellanismo ante la grata aspereza del ambiente.

En Barcelona apasiona y subyuga Raquel Meller.

Raquel Meller es una artista que pasó, sin pena ni gloria, por los teatros de Madrid; naturalmente, he visto a la Raquel. Es una pobre muchacha que debió haberse casado a tiempo con un honrado mancebo de farmacia. Eran ñoñitos sus cantares; de colegio provinciano, de monja maliciosilla. Comprendí.

Se aplaude en ella su ausencia de madrileñismo, de doblez, de picardía humana. Ahora gusta la Goya; la Goya es de Bilbao; digo que gusta porque la aplauden mucho. ¿Comprendéis a Pérez Zúñiga, nacido en Bilbao, allí donde la gente es de granito y donde los hombres nos dan la impresión de grandes, estupendas esculturas, pero informes y sin concluir, Zuloaga, Baroja, Unamuno? Tampoco por la Goya ha pasado Madrid; todo eso de su derivación del gran pintor aragonés –ella se lo cree muy seria–, es una pura broma para pasar el rato...

Bien; cambiemos de vistas; enfoquemos mejor el anteojo. Miremos la fachada exterior de los edificios, la traza de la arquitectura barcelonesa. Las Ramblas, el paseo de Gracia, el Ensanche. Nada más pintoresco ni variado. Aquí un acierto discreto; allí, al lado, una monstruosa congestión de fealdad. Profusión de detalles cargados, un marco de la contemplación del conjunto como resultado final; algo de titubeo, de vacilación, de no comprender exactamente estos gustos, esta escuela de ornamentación. Todas las sortijas en el dedo; todos los billetes en la cartera; cierto amor al aparato, a la exhibición. Parecen los dueños de las casas, hermanos del *Duende de la Colegiata* por este prurito. Pero, a pesar de estos detalles, una ciudad espaciosa, limpia, grande, bonita; comodidad en las viviendas, higiene, confort, un sentido de armonía, de belleza, de buen gusto. Una paradoja que todavía no comprendo esta hermosa Barcelona.

¿El ambiente espiritual? He conocido a Santos Oliver, un hombre equilibrado, sereno, lleno de jugo y de substancia. Oigo a Diego Ruiz en el Ateneo que se dedica a la tarea de adular a los catalanes, creyendo en una cultura de aquí, como si la tradición catalana no fuera la latina, la misma que nutre, en el fondo a Castilla; empeñado en descubrir una *mens mediterránea*, que no existe, porque Verdaguer apenas se diferencia de San Francisco, y Maragall se forma con alemanes e italianos, y Rusiñol es a ratos místico, y a ratos pícaro, como un buen hidalgo de Castilla. Y este muchacho pálido, el otro, el de más allá, que leen Homero, y Garcilaso, y Virgilio, y Fray Luis. Y el caso del querido poeta y amigo Joaquín Montaner, castellano que siente el mar y conoce su ritmo.

Otra cosa. La política. No conozco la política catalana todavía. Advierto un rasgo; cazo un perfil; me doy cuenta de un movimiento parcial, pero no tengo idea del conjunto. Del catalanismo agresivo nadie habla; pasaron los tiempos del doctor Robert; un antiguo separatista me ha dicho que todo el mundo está convencido de la torpeza de aquella acometida; advierto –lo advierte cualquiera– que Alejandro Lerroux pierde sensiblemente terreno. Ahora, aburguesado y tranquilo ya, el caudillo radical trata de fundar un Banco teniendo como socio al marqués de Marianao.

Viejos republicanos, como Roca y Roca, me dicen que esto pasa con la desaparición del catalanismo cerrado que le dio pretexto Santos Oliver –siempre acertado– me dicen que lo difícil en Lerroux era lo difícil en Guerrita; no coger, sino soltar la cola del toro de la demagogia. Esto cambia. ¿Cómo? Acaso de vivir Canalejas, se hubiera hecho un fuerte partido liberal en Cataluña; ahora es un momento de espera y de expectación.

Y otras cosas... Pero esto va siendo largo y no concluirá durante muchos días. Continuaré mañana.

El Adelanto (01-01-1913)

El retablo de Maese Pedro[68]

Barcelona me parece, en algunos momentos, una feria bizarra de locuras. Se ha convertido, en su facha exterior, en algo así como el templo de la burguesía. ¡Qué casas y que palacios las casas y los palacios de los adinerados! Una ausencia total, absoluta, de arte; un mal gusto extraordinario; una exhibición chocarrera, agresiva, molesta, de los millones.

Todos los anillos en el dedo gordo, todos los anillos, sin dejar uno en el joyero, debajo del frac, el *smockin* [sic], y más abajo la levita, y más abajo aún, el *chaquet.* Todos los billetes en la cartera, enorme, con tres libros de cheques encima.

El gusto no es eso, ni la elegancia, ni el decoro. La sencillez no se conoce. Hay gente que se ha arruinado por construir su casa, de gusto sueco, o nipón, o bizantino, o turco, que está más de moda. El supremo encanto, el de ocultarse, el de velarse, el de no darse por entero nunca, no quieren saborearlo estos buenos señores, dueños de las bancas, de los paños, de los tejidos. Vivirían en su afán decorativo, en casas de cristal, para que les vieran a todas horas.

Nada, ni un buen cuadro, ni la compañía de un libro, ni un mueble evocador. El alma del tapicero, del decorador, pero alma de almacén, de sociedad anónima, de a tanto la pieza, alma del "Siglo" (*Comercio de*), del Printemps (*Magazín de*), de Pirnoli (*Uffirio di*). La del dueño, la noción estética del dueño, no aparece.

Y así… Así, hay un reaccionarismo de vanidad, espectaculoso, ridículo, cursi, que anda a caza de títulos pontificios, de nobleza de Castilla, de uniformes, de decoraciones, de percalina. Una burguesía, que dice odiar a Madrid, pero que le imita, falseando un poco los modelos, confundiendo la Ivanrey con una señora rústica, de buenas libras y de Extremadura, marquesa del Vaticano, a doce mil liras marquesado.

Y así aquí viven algunos lindos payasos como el pez en el agua. Paseando el auto de un fabricante. Riendo las gracias de la niña de un fabricante. Anhelando una casa de estas… niponas como ellos.

¡Ah! Voy dándome cuenta. Tartarín anda muy cerca, querido Unamuno.

Pero Tartarín anda muy lejos otras veces. Barcelona no es, naturalmente, tres manzanas de casas regocijadas, absurdas, pintorescas como arquitectura imaginaria de cinematógrafo. No. Barcelona es una *ciudad*, acaso la única ciudad española. En esta casa todos sabéis el montón de cosas que meto en esa palabra. Hay policía. No huele mal. Mateo Alemán, si no daba una vuelta por el Paralelo, se marcharía aburrido. La gente trabaja. El hampón sale cuando se larga el sol. No pasean desocupados. Se ve un Ayuntamiento, se siente una policía, hay noción del respeto, de la ley. La reciprocidad vive, discretamente, sin darnos cuenta de su grata presencia. El catalán es honrado, laborioso, tímido, respetuoso, bueno. E infantil. Por eso le gustan los juegos; ¡cosas de la edad!

A la larga, se vive grata, dulcemente en esta Barcelona. No se advierte el desquiciamiento, como en Madrid. Una pasión recia de artista florece en esta tierra: la de la música. ¡Cosa digna de estudio! La literatura no tiene ambiente, como en Castilla; la música, en cambio, sí, y en la tierra nuestra apenas si la gustan verdaderamente media docena de espíritus refinados y sagaces. Cataluña, Barcelona, más bien, tiene su *Palau*, su palacio para la música catalana y no catalana. No cabe –bien lo advierte– regionalismo para el arte, que es el universo de todos los corazones y el corazón de todos los universos.

Y acaso por el arte venga la transformación completa de esta región, a la que estoy muy lejos de mirar con prejuicios de castellano. Los castellanos podemos advertir el desdén del catalán, pero justo es confesar que hay otro desdén del castellano por el catalán, más hondo, si cabe, pero más velado y recio.

Inconvenientes de no conocernos unos y otros. El catalán dice desdeñosamente *hidalgo*

[68] Véase nota 60.

donde el castellano dice *mercader*. Y en el fondo –todo esto del tono regional es cosa baladí– es que los unos vivimos aislados en nuestras mesetas y los otros encarados en su mar. De mí sé decir que la patria será algo viva cuando haya un intercambio regional fecundo, y vengan a las Ramblas los castellanos a leer a Maragall, y vayan los catalanes a Salamanca a la Flecha, a ver como orea el huerto la suavidad del aire y que dulcemente se mueven los árboles con el silencio del campo.

Acaso tan absurdas como las patrias regionales son las patrias nacionales también. El mundo –todo el mundo– será nuestra patria futura. España será el hogar sentimental, pero serán todos nuestros hermanos y el viejo solar tan solo una cosa que se desprende del rancio patrimonio de la familia. Y diremos.

Adeu Espanya,

como decía Maragall, sin pena, poniendo amor en la despedida, como si despidiéramos a la novia la víspera de la boda, para formar con ella, al día siguiente, el ideal, reformando, pero purificando el nuestro.

La Ciudad (06-01-1913)

El retablo de Maese Pedro[69]

¿De qué hablar sino de la retirada de Maura de la vida política como don Enrique de Aragón, como D. Juan de Austria, como el Conde-Duque de Olivares, como el Duque de Lerma, con un gesto hermoso de tan español como es? ¿Se dedicará como don Carlos V a labrarse su muerte, lejos del estruendo del mundo? ¿Tomará a su Mallorca, lejos de la farándula, a tertuliar con los viejos condiscípulos en un rincón del casino? ¿Marchará al campo a pintar acuarelas, a curtir su flamante rostro de campesino, de hombre fuerte y alegre? ¡Y como resalta, amigos míos este soberbio gesto, junto a la pequeñez de ambiciones, de propósitos, de sed de mando, de un Melquíades Álvarez o de un Conde de Romanones!

En otra parte de la propia casa, ya he dicho las causas que, en mi sentir, han determinado la retirada de don Antonio Maura de la política española. Dejadme ahora que aplauda la belleza, la majestad del gesto.

Y junto a Romanones, sincerándose, diciendo que ha de comprar un marco de buenos cientos de pesetas para encuadrar la fotografía de la reunión de los personajillos liberales en su hotel de la Castellana, creyendo que reanuda la historia política del país; ¡qué bajo, qué pequeño, qué de sainetes resulta!

Joaquín Montaner canta, en otro lugar de este número, los ojos de un perro y la muerte de Maragall. Y seguirá enviándonos sus mejores versos. Y LA CIUDAD está de fiesta con un regalo tan señorial.

Joaquín Montaner –que en Salamanca apenas si conoce más que [a] Miguel de Unamuno– llamará muy pronto la atención de las gentes. Castellano educado en Cataluña, acostumbrado al espectáculo del mar, de la montaña, viviendo las palpitaciones de una ciudad cosmopolita y grande, lejos de las viejas catedrales, de los jardines abandonados, del silencio de tumba de su Castilla, lleva en su sangre la gentileza y señorío de Garcilaso, la castellanía de fray Luis, y al mismo tiempo, envolviendo la ancestral corteza, el sello de fervor, de majestad de personalismo que Juan Maragall, en su expansión franciscana, llevaba a todas las cosas. Montaner se abrazará con la Gloria; mientras, nos es grato descubrirle aquí, comprenderle aquí, en Salamanca, juntando sus intimidades a las nuestras y sus sueños a nuestros sueños.

Joaquín Montaner, en una palabra, ha hermanado en el suyo el espíritu de Cataluña con el de Castilla. Suena su rima a cosa vieja; a contemporáneo fervor su letra. Siéntese fruto de una tradición y principio de otro. Hijo de su siglo, de los pasados no se avergüenza y sabe vislumbrar los venideros.

---

[69] Véase nota 60.

Desde la ventana donde escribo, del Ateneo de Barcelona, veo un jardín muy cuco, muy cuidado, como por manos de mujer. Las salas de lectura tienen poca luz; nadie habla; siéntese el rasgueo de las plumas de acero sobre el papel. Y cuando la lectura fatiga, cuando abruma el pensar, cuando el espíritu hace un pequeño descanso, placen la verdura del jardín, y la alegría del agua que cae del surtidor y las hojas duras y fuertes de una palmera, ya crecidita.

Necesita belleza el espíritu en sus horas de trabajo para intensificar su vida. En una vivienda fea no pueden surgir más que pensamientos feos. De no haber vivido el Dante en Florencia no hubiera sido el Dante, de no haber paseado en la Flecha fray Luis las tardes de sol, no hubiese compuesto *Los Nombres de Cristo*. Y así, nuestra misión consiste en buscar hogar para el corazón y la mente, para que ambos den frutos de plenitud, gozosos de expansión en un ambiente que les es grato y querido. Corazón es cabeza y cabeza corazón para los que saben unir su pensar a su sentir y el sentimiento mana de la propia vida como el agua de la fuente de este jardín que contemplo ahora.

La Ciudad (11-01-1913)

Sobre las escuelas de la Merced[70]

A los excelentísimos señores don Isidro Pérez Oliva, don Nicolás Oliva y don Luis Maldonado.

Desde que EL ADELANTO, elogiándola, hizo pública la noticia de que un generoso señor anónimo había regalado un piano al grupo escolar de la Merced, creí cosa de pocos días y de escaso empeño la aparición de otro generoso donante que regalase así la máquina de escribir como la de coser que necesitan las niñas de aquellas escuelas. En mi optimismo natural, creí que los Reyes Magos colmarían los lindos zapatos de la señorita Calvo Montealegre, realizando, con los sueños de las niñas, sus propios sueños. Pero, lejos de eso, se ha estancado la suscripción abierta.

El anónimo ejemplo del donante, lejos de animar a los suscriptores, parece que ha desmayado la opinión pública, y como siempre, como siempre, no parecen los más espléndidos y dadivosos aquellos que han sido acariciados con más insistencia por la fortuna y por la suerte.

Pero... yo no desmayo ni cejo en la empresa de ayudar los sueños de la gentil señorita Calvo Montealegre y de sus alumnas de la escuela de la Merced. Mejor ocasión que esta para solicitar el favor del Estado no puede pintarse. Constantemente, por el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, se están concediendo subvenciones y más subvenciones; casi todos conocemos el mecanismo de su reparto. Se subvencionan a lo mejor sociedades de cultura que no existen; se reparte pródigamente el dinero atendiendo a la calidad de los representantes que lo piden; por exigencias naturales en nuestro mecanismo parlamentario no suele inclinarse siempre la balanza al lado de la justicia. Lejos de mi ánimo denunciar estos abusos a un hombre tan activo como el subsecretario de Hacienda, mi querido amigo Isidro Pérez Oliva; a un espíritu tan sutil y complejo como Nicolás Oliva Rodríguez; a un senador tan castizo y tan *lígrimo* como Luis Maldonado, una de mis admiraciones literarias más fervientes.

Lo que me atrevo a solicitar de ellos, con todo empeño, por no tratarse de negocio propio, es que colmen las aspiraciones de la opinión salmantina pidiendo al señor López Muñoz... muy poco, dos mil pesetas, para las escuelas de la Merced. El Ayuntamiento de Salamanca ha construido y pagado ese grupo de escuelas; distinguióse por el entusiasmo en llevar a la práctica tan nobles iniciativas mi amigo Filiberto Villalobos; no se pidió al Estado una sola peseta para que Salamanca tuviera unas escuelas modelo que son su mayor orgullo. La justicia está de nuestra parte; no es muy exagerada la pretensión; el nuevo ministro –para quien tuvo tantos aplausos Salamanca cuando fue mantenedor de los Juegos florales que presidió Su Alteza Real la infanta doña Isabel– ha de encontrar muy razonable nuestra solicitud.

Del amor a Salamanca del señor Pérez Oliva, del espíritu de hombres como los señores Oliva Rodríguez y Maldonado, espero, que en esta ocasión, como en todas, han de trabajar para dar gusto a las ambiciones de unas niñas, que son las más legítimas y santas de todas las ambiciones

El Adelanto (20-01-1913)

[70] Dos meses antes había dado a la prensa un artículo apoyando la idea: "El piano en la escuela", *El Adelanto*, 27 de noviembre de 1912 (O.C. Tomo III, página 72).

El retablo de Maese Pedro[71]

Sarriá. El convento de Escolapios. Un edificio grande, moderno, elegante, asentado sobre la falda de la montaña. Detrás, un bosque de pinos y de abetos. Delante, las torres, los *chalets,* los hotelitos de Barcelona. La línea azul, purísima del mar, envolviendo la ciudad y arrullando la montaña. Tarde de limpidez diáfana, clara, fría.

Vemos a los colegialillos envueltos en su americana obscura, severos, con su camisola inmaculada y su lacito negro, tímidos, asustados, que se dejan besuquear por las familias, contentos de la visita dominguera. Y los Padres, con su hablar gutural, con las manos metidas en las mangas, caminando a pasitos quedos.

Veo al Padre Rector. El Padre Rector es un alma de cántaro, un buen señor, que tiene el balcón con la perspectiva más linda que puede soñarse. La ciudad, como los hoteles cercanos, están llenos de matices azules, añiles, rosas. El mar es una cinta azul primero y luego una rayita blanca, de espuma, que se deshace en el horizonte que abarcan mis ojos, en una paletada argentina, escamosa, gris. El Padre Rector está entusiasmado con el paisaje que descubren sus ojos al levantarse todas las mañanas, asomado al balcón. Y como este buen Padre será artista, allí rezará su breviario y allí cantará alabanzas al Señor, que sabe crear tan bellas cosas para que los mortales las contemplen.

Quiero simpatizar con el Rector, y le hablo del Padre Arolas. El Padre Arolas, todos lo sabéis, es el poeta de los Escolapios. Al presentarme al buen Rector, le dicen mi calidad de literato. Y cuando le hablo del Padre Arolas, parece sonreírse y decirme quedo: «Vaya: tú eres de los buenos, tú eres de los míos: a ti no te contamina Rubén, ni otros modernistas de la cuerda. Amas la amplitud de los periodos, la sonoridad, lo rotundo y lo que retumba». Yo no sé si soy de los buenos y si soy de los suyos; no sé si el Padre Rector hace al mirarme, con sus ojos claros, llenos de bondad, estas reflexiones, pero me siento feliz y contento de haber pasado la tarde en Sarriá.

Salimos del colegio. A las cinco, se retiran los chicos al estudio. En la Bonanova entramos en una chocolatería. El cielo es rabiosamente añil. Si Darío de Regoyos pintara este cielo en uno de sus cuadros, diríamos que estaba loco y que aquella sinfonía en azul era una soberana broma. Y sin embargo…

Barcelona es la ciudad de los cines. En Sans, en Sarriá, así en los barrios aristocráticos como en los plebeyos, en el centro como en la periferia, por todas partes, cines y más cines. Y todos saben distinguir una película Pathé de una película Nordy. Y el espectáculo es muy barato. Por cincuenta céntimos os pasáis toda la tarde, cuatro horas, sentados en una silla de preferencia, viendo películas y más películas. Los teatros, en cambio, desiertos. No sé si no hay compañías de primera en Barcelona, porque no va la gente al teatro, o si no va la gente porque no les dan funciones que valgan la pena. El teatro donde yo estrenaré mi comedia, *La mujer*, es el más favorecido. Pero el público es frío, no entra de lleno en la farándula; Benavente no gusta…

Barcelona demuestra su fisonomía espiritual, completamente opuesta a la de Madrid, en los teatros, en los conciertos, en los cines. Pude ver, hace pocas noches, a la Raquel Meller –un temperamento *catalán* de artista, aunque ella no sea catalana– haciendo nada menos que *La gatita blanca.* Hubiera llevado a mis hermanas al teatro. El catalán no subraya nada; no entiende la picardía, el retruécano madrileño, la maliciosa ingenuidad de los artistas de Eslava. La Fornarina pasó por estos teatros sin pena ni gloria; yo hubiera tenido que escribir para ella una elegía. Es inocente, candoroso, infantil, aniñado el catalán, dichosamente para él. El hombre que pasa todo el día haciendo facturas, ganando dinero, combinando ventajas en un negocio, tiene por el arte –el teatro, la poesía, los escritores, los poetas– una tolerancia, como por una debilidad simpática del chico más travieso de la casa. «Fulano, escribe.» ¡Ah, sí! Y eso, ¿cuánto da? En el fondo tienen razón.

No debe soñar un ideal quien no sabe vivirlo; el idealismo que no surja de las canteras de la realidad, es un pobre idealismo. Ganar dinero y amar al Dante, no son dos cosas incompatibles. Si yo soy rico algún día, escribiré un poema épico para vengarme de la «torpe» realidad.

Y así, el cine en Barcelona. Y los juegos florales, muchos juegos florales. Conejo Alaguero –nuestro simpático y querido amigo– sería una personalidad en Barcelona, y las derechas se

[71] Véase nota 60.

hubieran reunido para hacerle un homenaje. Sería presidente de la sociedad de atracción de forasteros. Y figuraría en las guías al lado de Maragall, el poeta catalán; la Barrientos, la contralto catalana; Borrás, el actor catalán, y Cambó, el dueño verdadero del retablo, el que maneja los hilos de las *Manccomunitats* y demás inocentadas regionales.

Los intelectuales catalanes aman a Castilla. Sí, señores; aman a Castilla. Ayer me hablaba Santos Oliver con arrobamiento de Fray Luis de León, *Azorín*, es un escritor que ha entrado de lleno en la gente; léase la plana literaria de *La Vanguardia* por lo que tiene de no regional, de no exclusiva. Veo continuamente la colección de clásicos de *La Lectura* sobre las mesas de trabajo del Ateneo. En el fondo, advierten los avisados que el Mediterráneo es latino; aunque las gallinas vinieran de la madre Italia, cacarearán en Castilla con Garcilaso, con Fray Luis, con Cervantes, con Fernando de Rojas.

Pero el misticismo es distinto. Castilla produjo a Teresa de Jesús, y de no haber nacido San Francisco en Asís, hubiera podido nacer en Cataluña. Nuestro misticismo castellano es teresiano; las *Moradas* o el *Canto Espiritual* de San Juan de la Cruz son nuestro manual; aquí no; aquí es franciscano.

Verdaguer fue otro *poverello* del Señor. Sufrió persecuciones como las sufrió el hijo de Bernardone; por infeliz, por candoroso, por prestar su espíritu a todas las cosas, con pureza de intención, en una época como la nuestra que tanto se paga de la ironía. Cuando le persiguió el Obispo, el Cardenal y doctor Morgades por vida licenciosa, yo sé de un testigo presencial –algún día lo contaré con todo lujo de detalles– que Mossen Cinto se dedicaba a atraer al rebaño a una cabra descarriada; el vulgo supuso relaciones íntimas en lo que era misión sacerdotal, simplemente, contienda del deber. Teresa, que permaneció impasible ante la Princesa de Éboli, no hubiera visto más que su propia contaminación ante el virus del pecado; un franciscano siente la solidaridad moral y advierte como su salvación depende de la ajena. Entiende al pie de la letra el pasaje del Evangelio: «Quien quiera ganar su alma, la perderá», su alma sola.

Nosotros somos individualistas. Vemos tan solo el negocio personal de nuestra salvación. El franciscano, no; para ganarse el alma, tiene que repartirse en las almas ajenas. El teresiano tiene que separarla y amurallarla, esconderla en su castillo interior. Uno es el catolicismo social de cooperación, de ayuda, de trata de blancas, de los salesianos, de aquel don Bosco, que recogía golfillos en las calles de Turín; el teresianismo no va más allá del monólogo con Dios, del éxtasis, de la plegaria, de la meditación. Y produce conventos y carmelitas.

La Ciudad (25-01-1913)

El retablo de Maese Pedro[72]

Como fiesta del corazón recordaré siempre la tarde del domingo, amigos míos.

Conocí a Margarita Xirgu en el teatro de Novedades.

Margarita Xirgu es la actriz más portentosa que he visto: mejor que la Guerrero, mejor que la Pino, mejor que todas las mujeres que figuran a la cabeza de la farándula, en los teatros de Madrid.

Entré castellano y salí catalán del teatro. El arte nos renueva y nos hace vivir en comunión íntima con las cosas que creemos más extrañas a nosotros. El conflicto pasional de la *Reyna Jove* también lo vivimos nosotros en la llanura. ¿Pero a qué mar y a qué llanura con los dominios del Arte? ¿Tiene el Arte, por ventura, carabineros, aduanas, fronteras y hasta lenguas? ¿No es solo la lengua de la emoción y la lengua del amor?

Margarita Xirgu hablaba en catalán, pero, por eso mismo, por hablar en catalán, en una lengua que es la suya y donde sabe expresarse y sentir con todo desembarazo, la comprendí mejor, y la sentí mejor, y llegó todo lo adentro a mi espíritu, sediento de belleza.

¡Qué gesto, qué soberano gesto el de Margarita!

[72] Véase nota 60.

¡Y que decir el suyo! Vibrante, armonioso, sugestivo, dulce, voz de recuerdo lejano, voz de nena que canta un romance en una plaza silenciosa, voz de novia en momento de mimo.

Salí como sugestionado de Novedades.

Y cuando el pueblo gritaba ¡*Visca la nostra Margarida*! En la manifestación más espontánea y clamorosa que he oído nunca, también yo grite ¡*visca*! Y aplaudí a Guimerá y me sentí pedazo de esta hermosa ciudad, que de tal suerte atrae mi espíritu.

Y advertí que la lengua es el hogar de la expresión personal, algo inefable que se pierde siempre al traducirse, al verterse a otra lengua… que es otro sentir.

Con honda penetración de artista advirtió Benedicto Croce como es imposible, estéticamente, toda traducción.

Pero fue Goethe el que dijo que el que no sabe lenguas extrañas a la suya, ni su lengua sabe.

Así, era mi castellanismo, mi rincón de patria espiritual, el que me hacía aplaudir a Margarita.

Por ser yo tan de mi tierra, tan Castellano, me gustaba ver a este público tan catalán.

¡Ea, en el fondo todo somos iguales! Lo que creemos que más nos separa, nos une, ata y aprieta más.

Y mientras ahí os voy diciendo, sinceramente, mis impresiones catalanas, aquí, en Barcelona, en algunos periódicos de Barcelona, donde colaboro muy asiduamente –*La Vanguardia, La Actualidad*– escribo de Castilla y de "sus grises lontananzas muertas".

¿Quién sabe? Como a mí me atrajo Margarita, hasta fundirme con su raza, con el sentir de su raza, acaso haya algún castellano perdido en las Ramblas –empleado, comerciante, jovenzuelo descentrado– que, al leer mis artículos, recuerde su Castilla, y los cantos guturales de los mozos de su Castilla y la visión de su llanura, inmensa como el mar y como el mar infinita.

¿Petulancia de artista? ¿Orgullo?

¿Qué sabéis de amores regionales los que no salís de vuestro pueblo, y de amor a la patria los que de ella nunca salisteis?

Porque las cosas, de lejos, se quieren más, mucho más… Se pierde el ángulo esquinoso, se apaga con la distancia la estridencia enojosa, embellece la luz del recuerdo el rincón más apartado y obscuro; hasta las imbecilidades de los figurones locales que de cuando en cuando nos irritan, vistas a la larga, nos hacen sonreír. Nada más que sonreír.

Sea para ti, Margarita Xirgu, esta dulce añoranza de mi Castilla, que ahora me invade en horas de apretada alegría, de contento íntimo, en momentos en que lejos de asustarme la Esfinge, la cuento los pelos del rabo, riendo como un loco, encargando mi porvenir con serenidad y alegría.

¡Castilla, Cataluña! ¡Salamanca, Barcelona! Castellanos mis abuelos paternos, los de mi madre, los ascendientes de mi madre eran, todos ellos, de un pueblucо blanco y luminoso de Tarragona: de Morell.

Y advierto que el Mediterráneo no es extraño a mi sangre, y se me antoja que hace muchos años, cuando yo era niño, paseaba por estas playas blancas, ante un mar azul, con un cielo diáfano.

Sean para ti, para tu Arte, para tu Cataluña, ¡oh Margarita Xirgu! Las confidencias de un muchacho que cree en la gloria, y en el Arte, y en el Amor ¡que como un peregrino, viene a tu tierra, dejando a la suya, en busca de calma y de sosiego, de sueños robustos que no le hagan fatigosa la jornada! que aprenderá tu lengua, que será mañana la de… ¡Oh Margarita, oh Castilla, oh Barcelona, oh Salamanca, mi Salamanca!

La Ciudad (01-02-1913)
Catalunya[73] (08-03-1913)
Catalunya Nova (16-03-1913)
Bages Ciutat (18-03-1913)

La candidatura de "Azorín"

"Mi candidatura ha fracasado" –me escribe el autor de *Los pueblos*–. El fracaso de *Azorín* quiere decir que, por lo visto, no gusta la Academia de su tendencia literaria. Los periódicos,

[73] Poco después de su publicación en *La Ciudad*, lo haría, traducido al catalán, en *Catalunya*, *Catalunya Nova* y *Bages Ciutat* con el título "Sánchez Rojas i la Xirgu".

por su parte, nos dicen que el señor don Mariano Catalina– ¿quien es don Mariano Catalina?– se opone con todas sus fuerzas –¿cuáles son sus fuerzas?– a que ingrese *Azorín* en la Academia porque su estilo es deplorable.

Todo esto sería extraordinariamente cómico si no fuera, además, extraordinariamente triste.

Una de dos: o la Academia Española se resigna a ser lo que ha venido siendo hasta ahora, una cosa tan inofensiva como el Consejo de Estado, que nada tiene que ver con la cultura del país, una cosa frívola y galante, hospicio de oradores vacuos y de escritores anodinos, o se propone salir vigorosamente de su aislamiento y se renueva para no morir ridículamente con la indiferencia del público.

Dígase en el primer caso que para ser académico hay que ser ministro y hay que tener un uniforme de buen tono y no se engañe a nadie. Refórmese el reglamento de la casa. Dígase también que el candidato necesita una barba bonita, unos ricitos seductores y ser, cuando menos, caballero del Santo Sepulcro. Añádase que ha de escribir forzosamente mal el elegido, como ese rabioso don Mariano Catalina, como el pobre conde de Cheste, que ha subido seguramente al cielo, pero no al Parnaso, como don Juan Navarro Reverter. Conviértanse los actos de la docta corporación –valga la ironía– en rigodones y en polkas de honor. O mejor todavía, que no ha de escribir nada el candidato, ni bueno ni malo, como algún academiquillo que no ha dado a las letras ni el bagaje de un folleto. No se engañe a nadie. Y aunque se escriba en el Diccionario que el cuchillo "es un instrumento de hierro acerado... con mango de metal, madera u otra cosa" –por ejemplo, de académico–, o como se decía en anteriores ediciones "una lámina de metal larga, pero ancha", todos nos reiremos porque estamos en el secreto y dejaremos solos a los maestrillos que leen el epítome para la tarea de leer semejantes inocentadas.

La idea que tienen los Catalina, pongo por caso, de la Academia y de la lengua –si es que en realidad tienen alguna idea– pugna con la que nosotros, los muchachos educados por Unamuno, por Baroja, por *Azorín*, tenemos de la lengua y de la Academia. Para un Catalina ser académico, vale tanto como ser carabinero. Para nosotros, todo contrabando es legítimo. Para un Catalina la lengua es algo quieto y escribe mejor el que más se aproxima a un modelo glorioso; para nuestra generación, que sabe más que Catalina, la lengua es agua corriente de río y el estilo la personal expresión de un temperamento.

Los académicos admiran a Ricardo León y nosotros sostenemos con textos que escribe un castellano manido, falso, muerto y que tiene a la vista los modelos, no mejores ciertamente, del siglo XVII. Para un académico, escribir bien es ser arcaico o ser primoroso, ser acicalado o ser preciosista; para nosotros escribir bien es ser fresco, espontáneo, naturalísimo y personal. Y así, en la hora de decirlo todo, decimos que la prosa de Pi y Margall nos gusta más que la prosa de Pedro Antonio de Alarcón, y que al lado de *Azorín*, por ejemplo, Vicente Blasco Ibáñez nos parece muy mal. Admiramos lo preciso, lo claro, lo sobrio, lo sencillo; la fijeza del dibujo más que la paletada desbordante del color.

Hacemos de Teresa de Jesús una hablista tan peregrina que no tenemos el menor reparo en ponerla al lado de Cervantes, y al escribir, entre una palabra literaria y muerta, y otra gráfica, popular y viva, nos vamos con la última. Afirmamos que habla mejor un labriego de Salamanca que don Mariano Catalina. Vamos a buscar en la plática del pueblo lo que no nos dan los libros: vida, vida y vida.

A la mayoría de los académicos no les gusta *Azorín*. Le desdeñan, esta es la palabra. Como desdeñaban en el fondo a don Marcelino, como desdeñan a Galdós, como desdeñan a Benavente, aunque el glorioso dramaturgo entró en la Academia –ya me detendré a probarlo algún día– por sus concesiones al sentimentalismo burgués de las masas, más que por sus acometidas a la ñoñez ambiente; más se ha tenido en cuenta en la Academia para elegir le *La fuerza bruta* que *Los intereses creados*. La contextura mental del académico español está reñida con ciertas complejidades y sutilezas. *Azorín*, ciertamente, es un académico griego y nada más de distante de Atenas que Madrid.

La tristeza que la derrota de *Azorín* nos causa, nos obliga, hoy más que nunca, a sostener en lo alto nuestra bandera y a responder a la acometida con el zarpazo.

Porque nosotros tenemos una idea tan pobre de la generación de los Catalina, como la generación de los Catalina la tiene de nosotros; el *cogüelmo* de la idea pobre, o para que lo entiendan en la Academia, el colmo de la idea pobre. Y en la hora en que se cierra la puerta de la Academia a nuestro maestro, al sutil, exquisito, limpio, claro y diáfano *Azorín*, decimos que el Greco nos gusta más que Mengs y más que Moreno Carbonero, el ramplón Moreno

Carbonero, Velázquez. Y tenemos una seguridad, una firmeza en nuestro triunfo tan grandes, tal entusiasmo por nuestra vocación; tan orgullosos estamos, no de lo que hemos hecho–nadie más modesto y conocedor de sí mismo que el articulista–sino de lo que haremos algún día, que convertimos en triunfo la derrota, en alegría la rabia y hasta creemos que Navarro Reverter no será tan inmortal como *Azorín*.

Para concluir. Un día, en una reunión de sociedad, presentáronme en Bolonia –región de la Emilia, en la nación italiana, señor Catalina– a un guapo mozo, inteligente, donairoso y de fácil y abundante ingenio.

No oí bien el nombre del presentado. Como todos son marqueses, y duques, y condes, en la ciudad de los pórticos y de Carducci –Carducci era un poeta, señor Catalina– le despedí distraídamente.

– ¡Buona sera, signor comte!

– No soy conde –me repuso el mozo–; en Bolonia es distinguido no ser nada.

De tal modo se van poniendo las cosas, que el escritor que se estime deberá presentar en la portada de sus libros, un certificado que diga así: "No ha sido premiado en ningún concurso público ni cobra las dietas de la Real Academia Española".

Nota bene. "El señor Catalina afirma que el autor de este libro escribe desastrosamente, *Laus Deo*". Y aquí la razón editorial y el pie de imprenta.

El Adelanto (17-02-1913)

Armonías universitarias (I)[74]

Por un decreto de Burell...

Por un decreto de Burell, refrendado hace seis o siete años, si la memoria no nos es infiel, fue nombrado catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes de la Facultad de Letras de la Universidad de Zaragoza un auxiliar que es hoy vicerrector de esta Escuela: D. Enrique Esperabé y Arteaga. El señor Esperabé era hijo de aquel respetado y respetable D. Mamés, que fue rector de esta Universidad desde la Revolución de Septiembre hasta Octubre de 1900, en que fue nombrado, por jubilación de D. Mamés, jefe de la Escuela D. Miguel de Unamuno.

El flamante profesor de Zaragoza marchó con sus bártulos a la capital aragonesa. Pero... Don Enrique Esperabé era del Comité romanonista, llevaba en su *auto* en períodos electorales al diputado romanonista de Salamanca, D. Isidro Pérez Oliva; D. Enrique Esperabé, finalmente, además de sus quehaceres automovilísticos y electorales, poseía hermosas fincas en esta provincia, que reclamaban su presencia aquí. Y el señor Esperabé pensó en un traslado a la histórica Universidad que, durante tanto tiempo, regentase su padre.

Y no hubo medios hábiles, por el momento, para una traslación. Se pensó en una permuta. Tampoco pudo hacerse la permuta.

Pero entonces...

Pero entonces –hará cosa de cuatro o cinco años– apareció por Salamanca de mantenedor de unos Juegos Florales D. Antonio López Muñoz. Los Sres. López Muñoz y Esperabé, además de buenos correligionarios que ya eran, se hicieron excelentes amigos. López Muñoz fue nombrado, poco tiempo después en un Gabinete Romanones, ministro de Instrucción pública. Desde que D. Antonio se instaló en el flamante caserón de la plaza de Atocha, fueron incontables los viajes que hizo a Madrid el Sr. Esperabé. Saludos a Fernandito López Monís, apremios a Pérez Oliva que tocaba el cielo con las manos, cartas a Romanones para que el catedrático de Zaragoza pudiera vivir en Salamanca.

Y todo se arregló. D. Antonio agregó el catedrático zaragozano a la Universidad salmantina. ¡Alea jacta est! El agregado se dedicaría a estudios históricos. Publicaría la Historia de la Universidad de Salamanca. Las glorias de la Escuela serían purificadas en el crisol del futuro investigador.

[74] Firmado por Un doctor del Claustro; seudónimo que Sánchez Rojas utilizó para este artículo publicado en dos entregas por la revista *España*.

D. Enrique logró su permuta, por fin. Marchó a Zaragoza a explicar Teoría de la Literatura y de las Artes el catedrático de Literatura griega de Salamanca, D. Domingo Míral y López; aquí quedó explicando Griego el flamante D. Enrique, que recibió, con el cambio de asignatura y de residencia oficiales, la investidura de Presidente del Comité Liberal de Salamanca, membrete que figura religiosamente en todas sus cartas...

En el año 1917

Como la historia es muy larga y no estamos seguros de que ESPAÑA nos conceda un espacio igualmente largo para nuestros recuerdos, digamos que el Sr. Esperabé fue nombrado vicerrector de la Universidad en Agosto de 1914, cuando Unamuno, fue lanzado de la Rectoral por el Sr. Bergamín; que entre el rector actual, Sr. Cuesta, y el vicerrector, Sr. Esperabé, reinan las mejores corrientes de afecto y de armonía; que el Sr. Esperabé es algo así como rector sin plaza o como rector *in partibus infidelium*, pues está encargado del despacho de los asuntos de enseñanza primaria, desglosados por un decreto de las atribuciones del Sr. Cuesta y que...

Y que al Sr. Esperabé le ha dado el naipe por ser rector. De acuerdo con el Sr. Cuesta, por lo visto, que está ya viejo y achacoso, y que no siente grandes estímulos para la pelea. Allá por Enero del año de gracia y de germanofilia que disfrutamos, el Sr. Esperabé vino con la dimisión del Sr. Cuesta a Madrid a ver al señor conde de Romanones, pero el señor conde no pudo recibir al caudillo salmantino de sus huestes. Entonces el Sr. Esperabé visitó al primogénito de los Figueroas, señor marqués de Villabrágima. Sacó los papeles el candidato a la sucesión de Unamuno; el marqués se rascó la oreja:

–Amigo Esperabé –dicen que le dijo– estos son malos momentos para llamar la atención de papá sobre la Rectoral. Con estas cosas de los aliados, el nombrado pudiera muy bien no serlo usted y serlo el Sr. Unamuno...

El Sr. Esperabé, que es tenaz, no se dio por vencido y siguió paseando por los Madriles con la dimisión del Sr. Cuesta en el bolsillo. Pero el Sr. Cuesta, al saber la respuesta del retoño mayor del señor presidente del Consejo, cuentan que rugió como un león herido. Y pidió la dimisión que él había entregado a su amigo el Sr. Esperabé. Y el Sr. Esperabé, hecho un pillín, dijo que la había roto.

La gente se enteró en Salamanca de tales manejos que –¡vive Dios!– no eran precisamente edificantes. Se susurró entonces si el Claustro debía pedir cuentas a los que traían y llevaban la Rectoral como pelota en raqueta. Hasta los periódicos locales dedicaron, a la cosa esta, coplas festivas...

D. Enrique, historiador

Desde entonces, los Sres. Esperabé y Cuesta se han juramentado para hacer la vida imposible al Sr. Unamuno. Claro está que el señor Unamuno no les hace mucho caso, pero ellos, testarudotes, no se dan por vencidos. Dispone el Sr. Cuesta para la batalla de una prosa ordenancista, maciza y pétrea, llena de afirmaciones indubitables y de aserciones que no tienen vuelta de hoja. Y con esa prosa se dedica a aporrear, a triturar, a «pulverizar», como él dice, en los periódicos locales, la labor administrativa de su antecesor en el Rectorado. El autor *de Paz en la guerra* y de *Ensayos* va ya camino, caminito de la desaparición, porque el señor Cuesta es terrible, tan terrible, que no se deja seducir por paradojas. Al Sr. Cuesta nadie se la da con queso. Se discurre con sorites, con dilemas y con silogismos. Si a él no le niegan la mayor, ¡zas!, en seguida coge a su adversario en las redes del proceso dialéctico. Y un hombre como Unamuno, que no sabe Derecho administrativo como su sucesor, que no ha ganado pleitos contenciosos como su sucesor, está irremisiblemente perdido en la contienda.

Pero las armas del Sr. Esperabé son todavía más bruñidas y peligrosas que las del Sr. Cuesta. Y más eternas, porque pasarán a la posteridad, en pilares intactos, desde los sótanos de su casa. Estas armas se compendian en la *Historia de la Universidad de Salamanca*, que está publicando el Sr. Esperabé. Consta ya de dos tomos de más de mil páginas cada tomo; tirando un volumen de estos a la cabeza de cualquiera se le produce seguramente una lesión de gravedad.

El segundo tomo, recién salido de la imprenta, estudia la gestión de D. Mamés Esperabé y Lozano en el Rectorado; el historiador, hijo del biografiado, posee las más dulces cualidades filiales, con ser de justicia el elogio a D. Mamés. Además, ese tomo enumera los alumnos distinguidos de la Universidad en el siglo XIX; entre esos alumnos figura modestamente el mismo autor del libro con algunos de sus parientes, deudos y allegados vivos. ¡Y tan vivos! Y la gestión

de Unamuno está allí analizada para siempre. Unamuno es un escritor de dudoso mérito. Unamuno ha sido un mal rector. Unamuno tiene chaleco cerrado. Unamuno no tiene *auto*. Unamuno es tan ligero que hace pajaritas de papel. Unamuno no figura en comités electorales. Unamuno, a lo sumo, será concejal pero nunca senador. Unamuno, en fin, ha producido una juventud salmantina desequilibrada e inquieta, de la que nada bueno puede esperarse...

Con los *comunicados* del rector en *El Adelanto* y las historias del vicerrector incorporadas a la mentalidad española, claro está que el señor Unamuno no volverá a ser rector jamás y que la obra de cultura que, según dicen, el Sr. Unamuno ha realizado en España, se reduce a unas cuantas paradojas, de estas que hacen sonreír al Sr. Cuesta y mover, no de indignación, sino de lástima, la borla de su birrete. Y nosotros, que tanto queremos a nuestro rector y que militamos en las huestes políticas de nuestro vicerrector, temiendo que su obra reparadora se pierda en el espacio comprendido entre la Puerta del Río y la Puerta de Zamora, la lanzamos a la publicidad, seguro de prestarles una ayuda que no tienen que incorporar a nuestra hoja de servicios.

Seguiremos

Y ya contaremos algo más otro día, que está sin agotar el tema. No esperamos que nos rectifiquen.

España (17-05-1917)

Armonías universitarias (II)

Hemos dado tiempo al tiempo, deliberadamente, esperando que los señores Cuesta y Esperabé –rector y vicerrector de la Universidad de Salamanca– contestasen las afirmaciones que dejamos sentadas en el número de ESPAÑA correspondiente al 17 de Mayo último. Los señores Cuesta y Esperabé no han juzgado oportuno decir una palabra. Y no porque el asunto deje de interesarles, que les interesa muy de veras. Es que consideran algo plebeyo y de mal gusto eso de polemiquear en los periódicos que no sean locales y de circulación limitada. Es que quieren que no se hable mucho de su pleito que sigue en pie. Es que desean silencio y paz en torno al cadáver de sus aspiraciones. Es que...

Pero nosotros no podemos hacerles el juego. Sobre nosotros han llovido estos días algunos anónimos y algunas amenazas encubiertas que nos regocijan mucho. Si los deseos del Sr. Esperabé de ser rector de la Universidad de Salamanca no afectasen a un problema de decoro profesional, veríamos con gusto que los colmase en realidades. Si el Sr. Cuesta dejase la Rectoral sin condicionar la herencia, celebraríamos mucho que reposase tranquilamente, después de largos años consagrados a la exégesis de Pérsico y de Santa María de Paredes. Pero ambos señores han planteado un problema, pura y esencialmente universitario. Del que hablaremos ahora en serio, dejando a un lado las menudencias anecdóticas.

La perchelada de Bergamín

Cuando el Sr. Bergamín arrojó de la Rectoral al Sr. Unamuno en Agosto de 1914, fue nombrado rector de la Escuela D. Salvador Cuesta y Martín. El Sr. Cuesta era vicerrector, a propuesta del Sr. Unamuno; el Sr. Cuesta era también secretario de la Junta de Colegios Universitarios. La manera descortés de tratar el ministro, no al Sr. Unamuno personalmente, sino a un profesor, debía de herir profundamente la fibra de la dignidad colectiva del Profesorado. No es un rector una criada a la que se le da la cuenta y un puntapié. Pero... todos estos profesores que se han colado en la enseñanza por la puerta falsa, aquellos cuyo radio de prestigio apenas si llega a Calvarrasa de Abajo, los fracasados, los impotentes, se regocijaron de lo lindo. Creyeron que con el cargo quitaban también el apellido al Sr. Unamuno. Protestaron de la *perchelada* de Bergamín obreros, estudiantes, profesores; entre ellos –digámoslo en honor suyo– el Sr. Dorado Montero, uno de los pocos que, entonces y ahora, podrá recibir la herencia y continuar, con su prestigio científico, la gloriosa carga del Rectorado, alejado, hasta entonces, de las zalagardas politiqueras...

Nombrado el rector, se reunió el Claustro para elegir vice. Y salió de vice el Sr. Esperabé.

Se respetaba en el designado el nombre de su padre; así se dijo y así lo agradeció públicamente el elegido. Con este mismo bagaje, fundamenta ahora el Sr. Esperabé sus anhelos de ser rector a toda costa, pero a toda costa…

Un testamento moral

Al Sr. Esperabé nos une, entre otros vínculos, el grandísimo tributo de cariño que debemos a la memoria de su padre, D. Mamés Esperabé y Lozano. No le queremos mal. Nos duele mucho verle en una pendiente resbaladiza y peligrosa. Deseamos que desista de su empeño. Pues a su padre oímos a todas horas enseñanzas harto saludables alrededor de las armonías universitarias salmantinas.

Cuando Unamuno fue nombrado Rector, algunos profesores de esos perfectamente indocumentados organizaron –¡oh, lo recordamos muy bien!– una protesta estudiantil contra el nombrado y de adhesión al Rector viejo –como se llamaba a D. Mamés Esperabé– que cesó en el cargo por jubilación. D. Mamés Esperabé protestó asqueado contra la indigna maniobra. Y quiso con amor de padre al Sr. Unamuno. Y le regaló el magnífico bastón rectoral.

Este regalo y aquel afecto han debido tener la eficacia de un testamento moral para el señor Esperabé. Alejado de ciertas aspiraciones, su nombre modesto sería acogido con toda suerte de simpatías por todo el mundo. Que el Rectorado no es un patrimonio material, de estos que están sujetos al pago de derechos reales.

Y en fin de cuentas

Y en fin de cuentas, ni nos importa ni nos preocupa nada que se nombre de nuevo Rector o que se deje de nombrar al Sr. Unamuno. Lo que hacemos es protestar de ciertas maniobras y consignar que de veras nos molesta que los Sres. Cuesta y Esperabé crean inutilizar, con comunicados y con libros gordos, la labor mental del Sr. Unamuno. Todavía, si la inocente campaña obedeciere a una pasión y no a una vanidad inconfesable o a un cambalache mercadero, podría ser perfectamente disculpada. Así, con estos móviles, ni lo es, ni puede serlo.

Finalmente, Sr. Cuesta; finalmente, Sr. Esperabé... hago a vuesas mercedes el honor de no dar crédito a ciertos rumores que han circulado y que circulan todavía con insistencia sobre el legado recíproco que ustedes se hicieran con el cambio del carguito. Una renuncia formal, explícita, rotunda, de sus destinos al frente de la Escuela, les pondría a cubierto de toda maledicencia cominera. Porque, ¡cuidado que los doctores se parecen a las comadres! Y ante esa herencia vacante, el Claustro resolvería sin lesionar los derechos ni los anhelos de nadie.

Muchos catedráticos tiene la Universidad, novatos y machuchos, que podrían llevar su dirección administrativa. En cualquiera de ellos –de los que han ingresado por oposición y han sabido rodearse de un prestigio científico– vendría la Rectoral como anillo al dedo.

Lo que no puede hacerse es convertir eso en una cosa electorera y partidista. Lo que no puede hacerse es fundar aspiraciones de tal género en antecedentes y méritos familiares. Lo que no puede hacerse es legar cargos públicos y amparar herederos, a ciencia y paciencia de un público que percibe ciertos manejos subterráneos, en los que yo personalmente no creo, pero en los que afila su puñal la gente con ciertas razones de pura apariencia formal.

Marche el Sr. Esperabé por otros caminos; vaya el Sr. Cuesta por otros derroteros. Nosotros nombraríamos, por ejemplo, marqués a don Enrique Esperabé y Arteaga; fomenta el automovilismo de la provincia, recibe magníficamente en su casa palacio, su apellido es obligado en toda referencia de buena sociedad. Y al Sr. Cuesta –nosotros lo celebraríamos mucho– podía dársele, pongo por caso, la Gran Cruz de Carlos III, la de Isabel la Católica, o la del Elefante Blanco del Japón. Ama las instituciones del país, conoce la complicada máquina de nuestras leyes administrativas, escribe libros de texto, y con tales méritos –que somos los primeros en reconocer– una cruz sentaría muy bien en la severa y rectoral toga.

España (07-06-1917)

Los niños de Francia

El saco de piñas

Me preguntan muchas personas por cartas particulares de qué modo pueden colaborar al envío de los huerfanitos franceses a nuestra ciudad. Y yo respondo que todas las iniciativas son igualmente bellas y generosas. Ropas, dinero, juguetes, golosinas: todo estará bien. Nadie es tan pobre que no pueda desprenderse de algo; nadie es tan rico que pueda hacer olvidar el calor de los besos paternales en los hijos de los «poihos»[sic][75].

[75] Por *poilus*.

Mirad lo sucedido en Sabadell. Al llegar a la gran ciudad catalana la primera colonia de niños franceses, el Alcalde dirigió a los vecinos un llamamiento tan lleno de emoción, que los pobres y los ricos, todos, colmaron de presentes a los pequeñuelos. Al día siguiente, un pobre hombre se presentó en casa del Alcalde cargado con un saco.

– Ayer nos dijo usted, señor Alcalde –exclamó para sincerarse– que todos los vecinos trajésemos algo a los niños franceses. Pero yo, señor, no tengo nada. Eso sí; con estos brazos me gano la vida. Pues se me ocurrió ir al bosque y llené este saco de piñas. Las criaturas gozan mucho abriendo las piñas y cogiendo los piñones; las piñas... pues las piñas son un juguete y una golosina...

Y el hombre dejó el saco y se marchó. El Alcalde quiso saber su nombre: todo fue inútil. Aquel hombre no era del pueblo; tal vez era un vagabundo errante, un mendigo que merodeaba por las masías.

Imitad al hombre del saco de las piñas

Con esto basta para secundar nuestros propósitos. Francia merece ser amada así: devotamente y en silencio.

Que los niños jueguen, y corran, y rían entre nosotros: basta.

Dinero, ropas, un saco de piñas ¿qué más da?

La caridad...

«La caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Nosotros tenemos también niños pobres». Así me han dicho que han comentado algunas gentes el deseo de Salamanca de albergar, entre nosotros una colonia de niños franceses de la guerra.

Pero ese refrán sanchopancesco no es precisamente un texto evangélico. Lean los comentaristas –se lo recomendamos eficazmente– el sermón de la Montaña.

Y si no quieren leer, recuerden.

En nuestras inundaciones, en nuestras catástrofes, ha corrido a manos llenas el oro francés aunque en Francia se desbordan los ríos y descarrilan los ferrocarriles. Acuérdense también de nuestras guerras civiles.

Nuestros emigrados carlistas, hambrientos, rotos, deshechos, atravesaban la frontera, se refugiaban en los pueblos vasco-franceses y en las ciudades del mediodía. Nunca les faltó hogar. Las memorias de todos los caudillos están llenas de reconocimiento a Francia. Los franceses no veían en los carlistas a facciosos, sino a desventurados.

Huerfanitos vemos nosotros en los niños franceses. Pensamos en los de Francia porque no podemos pensar simultáneamente en los alemanes. Pensamos en la comunidad de raza, de espíritu, hasta de religión que les atan a nuestros niños.

La caridad ordenada debe empezar por el que más la necesita. Pero esa palabra está de sobra aquí. Son ellos, los niños, los que nos hacen la limosna de su presencia; es Francia la que nos entrega, en depósito, la semilla de su porvenir.

Al Sr. Santa Cecilia

Amigo Santa Cecilia: Leo con placer, que figura su nombre entre los de aquellas personas que se han apresurado a poner a la disposición del Comité Franco Español; enhorabuena. En su modesto hogar obrero florece la emoción; un niño francés pide usted, sin ser un potentado, sino un hijo del pueblo que ofrece sin reservas lo que tiene.

Y usted es concejal también. Y el Ayuntamiento está obligado a patrocinar esta idea, que lejos de oponerse a la neutralidad, la dignifica y ennoblece. Imiten ustedes, dentro de las distancias consiguientes, el acuerdo unánime del Ayuntamiento de Barcelona, que destina 2.000 pesetas mensuales a la educación de veinte niños franceses en los colegios catalanes.

Imiten ustedes esa conducta de los catalanes, con las limitaciones naturales que imponen las condiciones del presupuesto y de la ciudad. La idea se abrirá paso. Ningún concejal podrá oponerse.

Y si se opone... ¡pobre de él! No será ni digno de censura siquiera. De lástima acaso...

El Adelanto (20-08-1918)

La piedra

Y cayó la piedra empezando Agosto; cuando aprietan los calores y se celebran las ferias de los mozos, en Sotoserrano. Se encapotó el cielo, sonó el estampido de dos truenos terribles, se iluminó la llanura con la pajiza lividez de dos relámpagos, cayeron unas gotas duras como cantos, del tamaño de bellotas, durante cinco minutos, y se arrasaron las cosechas para todo el año.

¡Aquéllos cinco minutos de piedra en Sotoserrano! Llegamos al pueblo dos días después. Los trigales estaban pisoteados, aplastados y laminados. Los guisantes, rojizos, separados de las matas, alfombraban el piso del camino vecinal. Las espigas tronchadas y huecas, sobre los surcos, indicaban, grotescamente lisiadas, la dirección del viento que las llevó los troncones.

Todos contaban la misma desgracia por aquellos aledaños donde no se refresca jamás el cuerpo con la sombra de un negrillo ni el gaznate con el agua correntona de un regato: «La piedra fue cosa de *menutos,* señor. Los güeyes marchaban a la querencia de las tenás, apenas encapotado el cielo, y los ganados, desde el campo, tornaban asustadizos al pesebre de la aldea. ¡Y de pronto señor, de pronto, la mesma maldición! Hasta piedras como huevos cogió el tío Ramón, camino de la Fuente de Abajo, al cruce de las veredas.»

«De los trigos que estaban más foreros –agregaba llorando el viejo señor Juan Manuel– no quedaron ni los troncones. Pus no digamos ná de los cebadales; regato abajo se marchaba toa aquella riqueza, dejándonos hasta sin paja. Los guisantes y garbanzos perecieron y las viñas quedaron estroncás.»

Recuerdo el trágico viaje –ahora hace exactamente un año– por Sotoserrano y toda su comarca. Las fotografías que ilustran esta impresión tornan a remozármela y a revivírmela en el recuerdo. Salimos de la ciudad temprano, que era fatigosa y dura la caminata. Durante todo el día hirió nuestros ojos el mismo espectáculo aterrador. En Arcediano no quedaba un solo chocho de simiente. En Palencia de Negrilla los campos tenían un matiz entre pajizo y amoratado, y no se distinguían los barbechos de las tierras sembradas. Dos aires distintos y furiosos segaron las cosechas en otro pueblecito de escudos muy historiados y de magnífica iglesia de piedra de sillería. Hasta La Vellés, durante horas y horas, no había gradaciones en la catástrofe, porque esta no podía ser mayor.

Contamos las quejas campesinas, el dolor de unos pobres hombres pasto de los usureros, del Fisco y de las rentas. Los diputadotes se reunieron y tornaron a reunirse. Frases huecas, garrulería del que no tiene corazón, consuelo de abogados: nada. No les oyó el Estado. Con el otoño vinieron los desahucios. En el Juzgado pidieron las rentas los señoritos. Los más fuertes marcharon para Francia; los débiles aquí quedaron y volvieron ya de las Extremaduras, con treinta duros libres, a pedir pan y carne durante la siega. Los usureros afilaron su hoz…

Y ahora vuelve a tronar.

Terribles goterones golpean sobre los cristales del balcón de mi despacho. Torna la piedra al año justo… Los pegujales no quieren resignarse; los braceros, con los puños crispados, exigen el abono de "toa la temporá"; los colonos no quieren saber nada del pago de rentas en Agosto. Las entrañas de Castilla fermentan ya, y para solemnizar el estampido del trueno y los golpetazos de la piedra sobre los cristales, los abogados y los señoritos celebrarán esta noche en la sala del bacarrat del casinejo una reunión con objeto de organizarse en somatén con un orden que le permita seguir abatiendo, con ochos y con nueves, sobre la mesa grande, hasta las cinco de la madrugada.

La Esfera (23-08-1919)

Tanguistas

En el café nos asaltan como unos cordones. Son las tanguistas de nuevo cuño, que han comenzado a invadir a Madrid después de haber invadido completamente a Barcelona.

A civilización de cocido, mujeres de fregadero. Las pobres, con sus trapitos, con sus sombreros, dan la sensación de que acaban de abandonar la colada, y que se han escapado de casa al café vistiendo los trajes de la señorita.

La tanguista española es la cosa más absurdamente pintoresca que puede describirse. No sabe hablar. No sabe reírse. No sabe moverse. No está iniciada en los secretos del "*flirt"* ni de la más vulgar galantería. Adopta, la pobre, entre palabras ordinarias, una actitud plebeya. Nos

tutea a las primeras de cambio. Se apodera de nuestros objetos, de nuestros papeles, de nuestro bastón, de nuestros guantes. Nos mete las manos en los bolsillos. Nos pide cinco pesetas. Nos sonríe con las miradas de siempre, y por un café con tostada, o por la promesa de una cena que se aplaza "*sine die*", agota todo su repertorio de lavadero. Es indiscreta y agresiva, habla en voz alta, manotea como se manotea en la plaza de la Cebada, y sabe los trucos, los "*timos*", las memeces y los colmos del día. Nos abruma con su facundia insoportable. Descubre la hilera de su parentesco con Maritornes. Lleva la capa como si fueran percha sus hombros; parece que el sombrero o el gorro se han caído a su cabeza desde un quinto piso; prefiere los colores chillones, las joyas falsas; es toda de talco y de estopa esta pobre tanguista que ha comenzado a invadir Madrid para recreo de los niños mal de las casas bien, de los botarates que nos envía la provincia, de los hombres civilizados y de los obreros chulillos que han ganado cinco duros a cinco pases en el bacarrat.

Y estas pobres muchachas, engañadas por un empresario sórdido o por un sinvergüenza que vive de explotar una timba, tienen una vida trágica. Apenas comen. Andan, de café en café, hasta las ocho de la mañana y luego se meten en tabucos sórdidos sin aire, sin luz y sin respiración. Duermen hasta el anochecer las pobres chicas, y con la luz eléctrica, salen ya terriblemente pintadas a la calle estos abejorros del amor. Cuando yo hacía vida nocherniega, os confieso que me apartaban las ex lavanderas de toda tentación de carnalidad y que me recogía pensando en lo discreto que era San Luis Gonzaga. Hace falta el mal gusto de hogaño para tomar en serio a las tanguistas.

Esta vida galante madrileña es grotescamente trágica. Con ninguna mujer galante se puede charlar amablemente más de cinco minutos. Calladas, no están mal, pero así que sueltan la sin hueso, descubren inmediatamente la fregona que todas llevan dentro. Absolutamente todas. La Bella Encarna y la Adorable Paquita, la ideal Coquito y la pálida Camelia: todas. Sacerdotisas del pecado en un pueblo que huele a aceite frito y a bacalao recalentado, nos traen en seguida a la imaginación la necesidad absoluta de un reconstituyente. Todas están pálidas, cloróticas y anémicas. Carne de hospital y de galera, ahora les da por el éter y por la morfina. Con eso, el peleón, la patata sin grasa, la carne con hueso y la pescadilla de patrona madrileña, cuando nos piden una copita, nos parece más cristiano ofrecerlas un rosbif. ¡Y con qué apetito lo devoran estas pobres ninfas de fregadero!

Tales mujeres para tales muchachos. No hay estudiantillo marchoso, hortera de buen ver o poeta sin editor que no las tome en serio. ¡Hay que ver estas parejas en el Colonial, en el Universal, en Fornos, en Levante o en Puerto-Rico! Las hay románticas que engullen el pasto del Caballero Audaz, o de Belda, o de Trigo, o de Alejo Hernández. Las hay positivistas que prefieren al tabernero del Avapiés[76], al croupier de nómina en la Parisina o en el Círculo Andaluz, o al policía castizo que nada maravillosamente entre tantas aguas, a pesar del don Millán ese. Las hay densamente brutas, de una brutalidad maciza, sin trampa ni cartón, que ríen a carcajadas, fuman como chimeneas, hablan a gritos, gesticulan en jarras y están pidiendo a voces una azotaina piadosa.

El Madrid del nuevo rico nos ha traído esta novedad. Todavía, en Barcelona, el "cabaret" puede pasar algunas veces. ¡Pero en Madrid, en esta capital de la Mancha, la de los churros, y el aceite hirviendo, y las pitangas, y las cuestas, y las blasfemias, y los carreteros, y los coches de punto!... París no entra por nosotros ni en nosotros. Lo que penetra es Tarascón con Tartarín. Se hace político y surge un Sánchez Guerra. Se mete a policía y aparece un D. Millán. Se da por escribir y sale una Belda. Se convierte en tanguista, y nos tropezamos con una Camelia, una Rosita o una Encarna que están pidiendo a gritos el cuidado de la cocina, de la colada y de la policía de los vasos de noche.

La Publicidad (05-05-1922)
Buen Humor[77] (02-07-1922)

[76] Antiguo nombre del actual barrio madrileño de Lavapies.
[77] En *Buen Humor* se omitieron los párrafos 4º, 5º y 6º.

Maragall en el Ateneo

Se ha celebrado recientemente, en el Ateneo, una velada-homenaje en honor del puro y alto y limpio poeta de Cataluña, Juan Maragall. Tres escritores han tomado parte en el acto: Ramiro de Maeztu, Miguel de Unamuno y Salvador Albert. Maeztu ha destacado y realzado el profundo y hondo sentido religioso que hay en la obra de Juan Maragall; González Blanco ha leído unas cuartillas fervorosas y muy bellas de Miguel de Unamuno; Salvador Albert, catalán, amigo y devoto del cantor de «La vaca cega», ha llevado el peso de la fiesta, con un discurso lleno de emoción, de gracia y de sentido ponderado y discreto, acerca de la persona y de la obra de Juan Maragall. Un poeta que nos habla de otro poeta, un catalán que nos habla de su Cataluña en Madrid, un hombre fervoroso y bueno que pone raudales de emoción en lo que escribe, el discurso del diputado a Cortes por La Bisbal ha de ser glosado brevemente por nosotros en estas páginas.

El señor Albert no se maravilla del homenaje que se tributa a Maragall, porque «Maragall –exclama– que amó a Cataluña sobre todas las cosas, amó también a España». Recogiendo conceptos del artículo «Catalunya avant» nos recuerda Albert cómo el excelso poeta era partidario de un «exclusivismo, que no sea hostilidad entre hermanos, sino ejercicio de intima independencia, de dejarse en paz unos a otros, tratando sólo de entenderse en aquello más necesario a la convivencia con el Estado común». Así Maragall que era español, no a la usanza del día «basta –como él decía– con cruzarse de brazos y dejar que España se hunda al son de los retruécanos», sabía que para serlo, tenía que trocarse, sencillamente en héroe, venciendo desde Cataluña el impulso de apartamiento con que nació la política catalana a la vida española.

El señor Albert ha sorteado y vencido maravillosamente las dificultades de presentar las facetas más características de este espíritu luminoso e incoercible que es el espíritu de Maragall. Un bello y gráfico trasunto de la estética maragalliana ha sido su hermosísimo trabajo. Atinada y discretamente ha glosado el señor Albert lo que no consiente más que ese hondo y saludable ejercicio espiritual. Maragall dijo su palabra viva a los hombres, dejó entre ellos regueros de luz. El señor Albert, con temblores íntimos, ha enfocado esta luz de estrellas y de amaneceres y nos ha ido diciendo, con justeza, con sobriedad y con belleza siempre, cómo se reflejó, o mejor aún, cómo se refractó en él esta luz viva y perenne de su amigo y de su maestro.

Ese breviario, ese Kempis de la poesía que se llama «Elogios», ha sido comentado franciscanamente y poéticamente por Albert, sin dejo alguno de pedantería, sin el andamiaje molesto de la condición al uso, comentario vivo de poeta y no resonamiento mudo y cargante de exegeta que se pone sobre un pedestal para residenciar y aquilatar la obra del glosado. En el señor Albert estas delicadezas, estos matices, estas «nuances», son congénitas, así en sus versos como en sus comentarios a Ibsen y a Enrique Federico Amiel.

Los conceptos que nos da Maragall de la belleza, de la forma de la poesía, de la palabra, del amor, del ritmo, se han trocado al tamizarse dentro del espíritu del señor Albert, en sensaciones, y el Ateneo las ha recogido ávidamente, golosamente, obteniendo el poeta y el político de Cataluña un resonante éxito personal, del que yo me complazco en dar fe en esta querida Prensa de Barcelona.

La empresa, repito, era difícil. Hay en Maragall un hombre ponderado junto a un niño ingenuo que admira las estrellas en la noche; hay en Maragall, junto al poeta que balbucea su ritmo, el que ha logrado la plena expresión de la forma que en poesía es fondo, poesía de su poesía; hay en Maragall –no lo olvidemos– junto al discípulo de Goethe, el padrino de Gabriel y Galán. Todas estas facetas han sido debidamente glosadas, todos estos hilillos han sido sujetos por el señor Albert a un pensamiento central, el del poeta muerto, que haciendo doctrina, le supera y le disuelve en la música y en la eternidad del ritmo creador, que, muchas veces, aprisiona y hace plástico, vivo y lleno de polvo y de agua de luz a sus hermanos.

Y así como en la poesía de Maragall no hay ripios, tampoco los ha habido en la ofrenda del señor Albert a su hermano mayor en poesía y en Cataluña. La fiesta de hoy en el Ateneo debe regocijarnos, catalanes, de todo corazón. El pueblo que parió a Juan de la Cruz y a Teresa de Jesús, las almas vivas de la mística de Castilla, ha descubierto, a través de la emoción de un poeta vivo, que la mística contemporánea se refugiaba, hasta hace pocos años, en aquel hotelito de San Gervasio. Y hará, cuando todos nosotros –catalanes, castellanos, vascos, andaluces– nos

entendamos, excursiones a Barcelona para descubrir lo que hoy ha sospechado que el corazón de Juan Maragall, como el de Teresa, está taladrado de punta a punta, por el dardo de fuego de un serafín.

El Programa (20-05-1922)
La Publicidad (16-05-1922)

"¡Hagan juego, señores!"

¿Cuántos garitos, tascas, timbirimbas, hay en Madrid? ¿Veinte como afirma el señor García Molinas? ¿Ciento cuarenta como dice otro senador de cuyo nombre no me acuerdo? Veinte son muy pocas. Ciento cuarenta son, acaso, demasiadas. Pongamos 75, 80 para no equivocarnos. Cada tasca, cada garito, tiene, por término medio, 30 empleados; ¿hay, pues, 2.100 croupiers en Madrid? Cada tasca tiene 100 devotos: ¿hay 8.000 infelices en Madrid? Y la docena de timbas-cabarets tienen 40 tanguistas[78]: ¿hay 480 tanguistas en Madrid? Y cada tasca tiene, entre periodistas hampones, sinvergüenzas, arruinados al juego y niñas ganchos, 80 parásitos a su costa: ¿hay, pues, 6.200 pillos en Madrid mantenidos por las tascas?

Vamos a una timba, lector. Aristocrática, mesocrática, plebeya; como gustes. ¡Ea, ya estamos! Se llama el Centro Maragato; los escudos de los concejos de la Maragata en las paredes. Un señor, gordo, con anillos falsos en los dedos, irreprochablemente vestido de negro, te saluda sonriente y melifluo; un ujier te llama señor; otro ujier te despoja del gabán.

El tapete verde. Aquí está. Se juega al treinta y cuarenta. Lilí te sonríe; ese muchacho cambia afanosamente unas fichas; ese otro, tuberculoso, muerde nerviosamente su cigarro; ese otro –periodista que ha hecho una campaña contra el juego, recientemente, desde las páginas de un diario de la noche– juega fichas de cien pesetas a color. El ruido metálico del rastrillo; la voz monótona del croupier; caras anhelantes y asustadas en torno a la mesa.

– ¡Hagan juego, señores!

Los señores hacen juego. Unos son matemáticos, científicos, y pierden; otros ilógicos, absurdos, paradójicos, y pierden; otros gangueros apañaditos, modestos y pierden también. Lilí enciende un egipcio; el periodista apostólico suelta un taco; el tuberculoso ha mordido ya todo su cigarro. El hombre gordo de los anillos falsos te da una palmadita:

– ¿No juega el señor? ¡Se da juego claro!

Juega cinco duros. Pero nada más que cinco duros. Veo que te decides:

– ¡Un duro a color!

– ¡Va!

Juegas el duro y ganas. ¡Deja los dos duros! Has ganado también. Deja los cuatro. ¿Ganaste? ¡Sí, hombre! Ya tienes siete duros de la banca. ¿Cerveza? ¡Bien! ¡Venga cerveza! ¿Los siete? Bueno. Perdiste. Estás en paz.

Tienes tu dinero, sólo tu dinero, amigo mío. ¿Vuelta con el duro? Bueno. Perdiste. Ya no tienes un duro. Ahora dos. Perdiste. Ya sólo tienes dos duros de los cinco que sacaste.

Ahora, otro durito, el cuarto. Eres prudente; ya lo veo. Ganaste. Uno que hacen dos, dos que hacen cuatro, cuatro que se quedan porque has hecho treinta y una, cuatro que te llevan, y ya no te queda más que un duro sólo.

¡Bueno: a jugarlo, a perderlo y a marcharnos! Has ganado, tornaste a ganar: ya no pierdes más que un duro. ¿Doblas? Ya ganas tres. ¿Juegas tres? Ya tienes seis. ¿Seis? ¡Qué suerte: tienes doce! ¡Vámonos! Está buena noche. ¡Va por un auto y a la Bombilla!

¿Te quedas? ¡Majadero! Esperaré. Veré cómo te desvalijan estos caballeros. ¿Que no...? Sigue la buena racha. ¡Ganas, chico, ganas siempre! Enhorabuena... ¿Ochenta duros ganas? ¿Vamos? ¿Pierdes? ¡Sí, hombre sí! Te llevaron dos posturas de cien pesetas cada una: ya no tienes más que cuarenta duros. ¿Otras cien pesetas que se fueron? ¿Las cien finales de ganancia? ¿En paz? ¡Vamos, hombre, vamos!

---

[78] Mujer que actúa en un cabaré o alterna con sus clientes.

– Yo no juego porque si pierdo estoy de mal humor, y si gano me llevan la ganancia, y si me conformo con poco –con seis, con ocho, con diez duros– me cuesta seis, ocho o diez días de ejercicio. Escribiendo gano más. El juego es idiota y solamente los idiotas juegan. Un día ganas cuatro, seis, ocho mil pesetas. Bueno ¿y qué? "Te las vuelven a llevar". De un golpe o lentamente: es lo mismo. Y vives para jugar, y estás pendiente del juego, y acabas reblandeciendo tu mollera a fuerza de estudiar combinaciones, y te acuestas de madrugada, y tienes que soportar a Lilí, y al periodista, y al tuberculoso del puro, y al señor gordo de los anillos falsos.

No juegues. Yo llevaría a todos los jugadores a un sanatorio y les sometería a una curación de fosfatos. Ya sé que muchos no curarían ni en un sanatorio, pero con uno sólo que curase, me daría por harto satisfecho...

Todos los vicios –el tabaco, las mujeres, la literatura, la política, el vino– nos hacen bestias accidentalmente, pero el juego nos bestializa por completo y para siempre. Un mujeriego puede ser caballero, y un borrachín, y un literato, y hasta un político. ¡Pero un jugador, no! Acaba siempre de pingajo: se torna siempre en un ex hombre. Y aunque gesticule, y diga bellas frases y tenga amplios gestos, se le conoce en que soporta, sin vergüenza íntima, sin rubor, la compañía de Lilí, del periodista, del tuberculoso del puro que tiene mirada oblicua y del hombre gordo y dulzarrón de los anillos falsos... que acaba de llegar de San Miguel de los Reyes, según acaba de contarme don Rafael Salillas en secreto.

El Día *(Terrasa)* (01-06-1922)
La Publicidad [79] (31-05-1922)

El Rey a las Hurdes

El proceso de la visita de S. M. el Rey a Las Hurdes ha sido muy sencillo. Se discutía una memoria sobre medicina y matrimonio del doctor Navarro Fernández en el Ateneo; se habló de los matrimonios precoces; yo me consideré obligado a intervenir. "Hay una región en España, la de Las Hurdes –le dije– donde se casan niñas de ocho años con hombrecitos de diez. El incesto es cosa corriente y normal en aquel territorio. Yo he conocido un matrimonio de un padre con una hija. ¿Sabéis la atención que los Poderes públicos han consagrado a esta vergüenza? Mostrar al Rey en Salamanca, en 1904 o 1905, esas parejas de niños jurdanos como cosa pintoresca. Allí no hay escuelas, ni carreteras, ni boticas, ni médicos. Aquello es la barbarie. Pero aquellos hombres figuran en el censo electoral y aquellos hombres son colonos y pagan rentas a propietarios desalmados. Porque la despoblación de Las Hurdes, ya muy vieja, se remonta al siglo XVI, fue despoblación por latifundio. Allí hubo civilización, higiene –higiene relativa– comunicaciones. La codicia de la tierra bestializó a aquellos hombres..."

Como consecuencia de mis palabras, pidió el Ateneo al Gobierno que se enviara una inspección médica a Las Hurdes. A Las Hurdes fueron inmediatamente los doctores Goyanes y Marañón y volvieron horrorizados. Posteriormente, habló el conde de Romanones con el Rey y pasado mañana, martes, sale el Rey para Las Hurdes.

Y ¿a qué va el Rey a Las Hurdes? ¿A ordenar a su Gobierno que se haga inmediatamente un expediente de expropiación forzosa de aquel territorio? ¿A decir a los españoles los nombres de los caciques conservadores y ciervistas que, dueños de aquellas tierras y de aquellos tabucos, han consentido que, durante años y años, hayan dormido en repugnante promiscuidad ganados, mujeres, niños y hombres al cobijo de la misma pieza? ¿A destituir a las Diputaciones provinciales de Salamanca y de Cáceres que incluyen como nota pintoresca de los viajes regios, las danzas de los precoces matrimonios? ¿A rogar al Parlamento que expulse del seno de la representación nacional al señor conde de Romilla, diputado por Hoyos y vocero de los jurdanos? ¿A excitar a la opinión para que abandone Marruecos y conquiste el desventurado territorio de Las Hurdes? ¿A qué va Las Hurdes don Alfonso?

Porque si va a esto, a algo rápido, concreto, redentor, humano, españolísimo, si el jefe del Estado no va a Las Hurdes a indignarse, y a llorar, y a patear de rabia, y a ver la obra de sus ca-

[79] En *La Publicidad* el título no aparece entrecomillado.

ciques, y de sus ministros, y de sus diputados, y de sus aristócratas ¿a qué puede ir don Alfonso a Las Hurdes? Aquellos hombres son raquíticos; tienen el cuerpo comido por la miseria fisiológica y el espíritu por la superstición. Caminos de cabras son sus naturales medios de comunicación; el lenguaje, que no expresa ningún anhelo espiritual, se ha estacionado en un balbuceo infantil y primitivo. Y no comen los jurdanos sino frutos naturales de la tierra. Y no beben más que ácidos repugnantes. Y no conocen el pan de trigo.

¡Pobrecitos jurdanos, hijos de un Estado que va a África, teniéndola bien cerca, dentro de sus entrañas, porque así conviene al "statu quo" en que vivimos! ¡Triste parto montaraz de un centralismo estúpido y estéril! Estos jurdanos que deben declararse menores hasta que no conozcan el jabón, el agua limpia, la química y el mercurio, hasta que no aprendan que el amor es más que el deseo y el hijo motivo de torturas más que de bestiales ayuntamientos, son el estigma con que nos estrellan nuestros botarates del Parlamento y de la civilización

---

Y yo, desde un periódico, digo al Rey con los mayores respetos, pero sin el menor asomo de cortesanía:

– ¡Señor: hasta que no borréis esta gusanera de vuestra Monarquía, no podéis reinar verdaderamente en el corazón de vuestros españoles! No se reina sobre la ignorancia, sino sobre la sabiduría; ¡no sobre la bestia, sino sobre el hombre! Borrad Las Hurdes, Señor, de vuestra España; borrad el jurdanismo del corazón de vuestros estadistas. Dad pan de trigo al campesino, pan de esperanza al joven, pan de amor a todos. Llevad médicos, ingenieros, sacerdotes, misioneros del ideal a ese territorio que es nuestra vergüenza. ¡Y que no se gaste, Señor, en pólvora, fuera, lo que hace falta, dentro, en jabón y en agua limpia!

La Publicidad (22-06-1922)

Más sobre el adulterio

(Juanita, veinticinco años, rubia, llamativa, ex tanguista, triste, amiga de Paco; Paco, sportman, socio del Nuevo Club, marqués de Cotolargo, diputado de la mayoría, amigo de Juanita. Veladores de Fornos-Palace. Madrugada del mes de Julio.)

Juanita. – ¿Has visto, Paco? El pobre Ferraro[80] estará todavía unos meses en la cárcel. El fiscal ha pedido revisión de causa por nuevo Jurado.

Paco (con indiferencia). –¿Sí?

Juanita. – ¡Pero tú no te enteras de nada, hijo!

Paco. – ¡Con tanto quehacer! ¡Luego, en ese Congreso, se pierde tanto tiempo!

Juanita. – ¡Pues, sí, hijo! El pobre Ferraro...

Paco. – Pues el barón no ha estado mal..., ¡no digas! Negó como los caballeros.

Juanita. – ¡Y se divirtió con la mujer del otro... como los caballeros!

Paco. – ¿Desde cuándo te han entrado escrúpulos morales, nena?

Juanita. – No tolero bromas; la figura del marido es simpatiquísima.

Paco. – ¡Tal vez! Yo no discuto. Un poco ordinaria; hay que convenir en ello. Matar por celos es un poco "demodée", querida.

Juanita. – ¿Por qué se va a matar entonces? ¿Di...?

Paco. – ¡No te pongas así! ¿Qué dirías tú si mi mujer, que me cree en Madrid muy atareado con los asuntos del distrito, te diera una azotaina?

Juanita. – ¡No seas vulgar, chico! ¡No es el caso igual!

Paco. – El mismo...

Juanita (con un gesto de flamenquería, despechada). – ¡Que te crees tú eso! Toda mujer que sea de talento ya comprende que no es ella sola la que...

Paco. – ¿Por qué no extiendes tu salvadora teoría a los hombres?

[80] Sebastián Ferraro Celoría tras una discusión sobre la infidelidad su mujer Margarita Hilbert Dufony con el Barón Athos de San Malato, la asesinó el 27 de octubre de 1920. El juicio tuvo lugar en 1922. El barón publicó entonces un folleto explicando los hechos que corrió por Madrid, lugar de los hechos y del juicio.

Juanita (dudando). – ¿Crees tú...? De todos modos, Ferraro hizo bien en liquidar su honra con sangre...

Paco. – ¡Estás lírica, muchacha! Estarías bien en los escaños del Congreso, junto a Niceto Alcalá Zamora. ¡Honra, sangre! Anda, repite...

Juanita. – ¡Claro! Tú no serías capaz de eso, de matarme, si yo...

Paco. – ¡No, hija, no! ¡Menudo censo me quitabas de encima! Por tenerte que llevar a San Sebastián tengo que elevar mis rentas este agosto. Al valiente que se atreva contigo, le endoso las facturas de la modista, del tapicero, del coche, de las flores, del casero, del...

Juanita. – ¡Ordinario! ¡Tú nunca tendrás un gesto!

Paco. – ¿Cómo quieres que un diputado de la mayoría tenga un bello gesto?

Juanita. – ¡Pues yo, como diera con un hombre..., le jugaba una partida serrana, por el gusto de ver lo que hacía!

Paco. – Nada. Los crímenes se han hecho para la clase media. O para el pueblo. Tú eres pueblo...

Juanita. – ¡Y que lo digas, señor marqués!

Paco. – … Y amas lo novelesco...

Juanita (con una extraordinaria ductilidad). – Sí, mucho. Ahora leo "La bien pagada", del "Caballero Audaz". ¡Ese hombre me enamora! ¡Qué conflictos, qué soluciones! Él comprende, sólo él, el fondo de honor que hay en el alma de toda pecadora. Vosotros, en cambio no la estimáis. Ocupa un puesto medio, entre vuestro coche y vuestra acta…

Paco. – ¡No digas tonterías! (Con desgana) Ya sabes tú que yo…

Juanita (burlonamente). – Sí, ya sé yo que tú...

(PAUSA)

(Lulú, veintidós años, morena cobriza, ojos grandes, hermoso cabello, cordobesa, del teatro; Rodríguez, diputado, sportman, ex director general, amigo de Lulú...).

Lulú. – Hija. (Besos.)

Juanita. – ¡Lulú! ¡Dichosos los ojos! Bien, y usted, ¿Rodríguez?

Paco. – ¡Hola, Joaquín!

Lulú. – ¿Has visto Paco? Ese fiscal ha pedido revisión ¡Pobre Ferraro, tan hombre!

Paco. – Eso decía esta...

Lulú. – Y decía bien...

Rodríguez. – A mí solamente me ha convencido el barón.

Paco. – ¡Y a mí!

Lulú. – ¡No! ¡Si el barón no ha estado mal! Pero no me negarás que el marido...

Rodríguez. – El marido es un celoso ordinario.

Paco. – ¡Eso digo yo!

Juanita. – Eso dicen éstos. Y tú ¿qué dices, Lulú?

Lulú. – Que ellos son incapaces de matar a nadie por celos... Verdad es que de nada les serviría.

Juanita. – ¡Ja, ja, ja...! (Pausa.) Paco: pide un coche al Casino.

Paco. – ¿Dónde queréis ir?

Lulú y Juanita (a coro). – ¡A la Cuesta!

Paco. – ¡Vamos a la Cuesta! ¡Y allí seguiremos oyendo las lecciones de moral de estas...

Juanita (furiosa). – De estas... ¿qué?

Paco. – De estas románticas. ¡Ni el diablo que os entienda! Ferraro, San Malato, el fiscal... ¡Andar a puñaladas donde sólo basta con los azotes...!

La Publicidad (14-07-1922)

Palacio Valdés y el Ateneo

Nuestros revoltosos e inquietos ateneístas, que han dado en la flor de pretender que las revoluciones se hacen discutiendo memorias en el salón de actos y sosteniendo frecuentes querellas con la Dirección General de Seguridad, acaban de elegir presidente de la docta casa a D. Armando Palacio Valdés. Aplausos muy sinceros merecen los ateneístas por el acierto en el sufragio. El novelista admirable de *La hermana San Sulpicio*, de *Maximina*, de *Marta y María*,

de *El idilio de un enfermo* y de *La alegría del capitán Ribot*, reverdece sus laureles publicando estos días *La hija de Natalia*. Silenciosamente, conquistando sus lectores uno a uno, desdeñando la lisonja fácil y volviendo la espalda al elogio insincero, la tarea literaria de este viejecito de barba blanca y de ojos azules empañados en niebla es un modelo de gracia, irónica y delicadeza espirituales. Los hombres de mi generación que nutrimos las ilusiones mozas soñando con Sanjurjo ante los ojos negros y la reja sevillana de Gloria, amando con Riverita el candor de las niñas vacas de Pasajes y deleitándonos con el verdor y la frescura de la aldeana Demetria, guardamos gratitud perenne hacia este magnífico escritor que supo pintar a la vera del velado paisaje natal –pomaradas, nieblas, castaños, montes y valles– el hechizo del Guadalquivir y la luz cruda y el resol de los pueblos levantinos.

Pero el señor Presidente del Ateneo Científico, literario y artístico, ha sido también un cronista sutil y ameno de los anales de la casa, cuando establecida en el número 22 de la calle de la Montera, escribía la crítica deliciosa y zumbona de los aires que por allí soplaban y que siguen hoy soplando por la calle del Prado. El Padre Sánchez, el facundioso Moreno Nieto y D. Rafael María de Labra, han dejado su semilla en el Ateneo. En 1882, en compañía de su cofrade *Clarín*, si la memoria no me engaña, discurre D. Armando socarronamente de los chicos que confunden los libros con las ametralladoras. Los González Bueno, los Ciria y Escalante y Dubois de hace cuarenta y dos años, jamás inspiraron serias sospechas a los sabuesos de la policía de aquel entonces. Todo sabio lírico, épico o dramático es inofensivo para la autoridad constituida. El ateneísta es un perfecto ministerial, salvo el mejor parecer de los poetas o de los cronistas de Palencia y de Badajoz. Los pasillos de retratos y la cacharrería de la casa de la calle del Prado, son casi siempre una antesala de espera del salón de conferencias. Casi todos nuestros ingenios han pasado de la discusión de las memorias de las secciones a disparar los ruegos y preguntas contra el ministro de turno en el banco azul. Bravos ateneístas como Elorrieta, como Zancada, como el marqués de Selva-Alegre, nutrieron el estado mayor, de los partidos políticos y es de creer que el futuro Parlamento cuente en sus escaños con Diez Tendero, Dubois, García Martí, León de las Casas, Pérez Díaz, Galarza, Ovejero y demás sabrosos discutidores de las memorias. A la inversa, el Ateneo sirve también de refugio a los exparlamentarios desengañados del aplauso popular y cansados de la fidelidad de las masas; ahí están Rodrigo Soriano, Barriobero y otros buenos amigos que no me dejarán mentir.

¿Qué hará D. Armando Palacio Valdés, en la presidencia del Ateneo? ¿Cerrará la cacharrería? ¿Suprimirá la discusión de las memorias, los turnos en pro y los turnos en contra, las veladas conmemorativas y las alusiones personales? ¿Ampliará la magnífica biblioteca? D. Armando ama, sobre todas las cosas, la biblioteca, sus sillones anchos y cómodos, la luz discreta y velada de sus salas, el silencio denso y fecundo, las albas cuartillas, las ringleras de volúmenes, los libros de Platón y de Spinoza, de Shakespeare y de Cervantes. Uno de los personajes más simpáticos del ilustre novelista, Riverita, oye con desdén el bullicio de los oradores pero se refugia amorosamente entre los libros. Abajo quedan los mosquitos líricos, los abejorros descriptivos, los moscardones épicos; arriba sueñan, escribiendo a sus novias con el papel de relieve, o llenando con sus imaginerías o meditaciones las blancas y originales cuartillas, muchachitos que saben oír, en aquel ambiente, tranquilo y callado, armonías inefables con que deleitar el espíritu.

La presidencia de Palacio Valdés, señala además un progreso indiscutible en las costumbres del Ateneo. D. Armando reemplaza al conde de Romanones, el Maquiavelo de la Alcarria, y Ossorio y Gallardo, el abogado que viste de toga como un hábito sacerdotal. A la gramática parda del travieso excolegial de San Clemente de Bolonia, a la rudeza, al brío y a la masculinidad del exdiputado por Caspe, opone D. Armando las armas bien bruñidas y pulimentadas de su ironía.

¿Y quién de los tres será –¡oh le gros mot!– el más revolucionario? La gramática parda; es una fuerza que suele quebrarse, mellarse y declinar en su rozamiento con la franqueza. Pero la franqueza no debe llevarse íntegramente a los ejercicios de la inteligencia. La ironía en cambio; es diamante que sabe siempre rayar los cuerpos más duros. Acaso Romanones ha sido un inocente de tomo y lomo que se ha ocultado en el nidal a la hora de peligro. Tal vez, Ossorio, verbo, anteayer de aquel maurismo callejero y simpático, ayer de los populares y hoy de su movido pensamiento personal, un tanto confuso y alcubillesco –democracia y dictadura, Parlamento e imposición de leyes por el Poder ejecutivo desde la Gaceta, masas populares y coro de

elegidos– a fuerza de caminar sin tropiezos y en línea recta, llena de sombras especulativas sus divagaciones tal vez por alumbrarlas demasiado. D. Armando gana a sus predecesores porque es un astur socarrón, familiarizado con la niebla y con el calabobos. Hombre de montañas, prefiere los rodeos, y los tajos porque son los parajes que mejor conocen los besos inflamados y los abrazos largos de las rapazas. ¡Caminitos de Covadonga, atajos de Pravia, nieblas del Nalón y del Sella! La ironía de don Armando, es una lección en estos momentos para el Ateneo. Y pudiera ser mejor que una lección, un programa.

El Pueblo Gallego (02-02-1924)

Páginas de un diario

Si yo tuviera la costumbre de escribir mi "Diario íntimo", hoy –día 28 de febrero del año de gracia de 1924– hubiera llevado a sus páginas estas impresiones:

Teresita y las peripatéticas.

El encuentro, el choque en la vida de una mujer que es honrada y de otras mujeres que no lo son, es algo desconcertante e inaudito. La peripatética pierde su equilibrio, su control moral, y la honrada se encuentra con él. En el choque, la peripatética se hace tímida; no da pie con bola; tiene vergüenza de su deshonestidad; recata y vela su intención. La chica decente, por el contrario, se adueña de la situación desde el primer momento, aguza sus entendederas, bruñe y afila y pule sus uñitas para el combate y se echa sobre su víctima, segura de la victoria. Y pone en el gesto su poso de piedad y de comprensión infinitas.

Y sucede algo más. Sucede que la honrada adopta un gesto levemente libertino. Sucede que la libertina para ponerse a tono, copia las actitudes y las posturas que "no la van". En el escamoteo recíproco, en la inversión y ficción mutuas de los dos papeles, la falsa libertina, esto es, la chica decente, rompe el cascarón de los convencionalismos sin hacerlos olvidar a los demás. Pero la otra, la pobre peripatética, al trocarse en honrada de ficción y de broma, dejó olvidados los gestos y mueve a compasión y a risa.

A Lanzarote.

Sale D. Miguel de Unamuno, embarcado en Cádiz, esta tarde para Lanzarote, el islote canario. No discutimos la resolución del Directorio porque no podemos discutirla; por eso nos limitamos a lamentarla.

A lamentarla, queridos amigos míos de Galicia, liberales y buenos, con toda nuestra alma. ¡Ay, que mi Salamanca, desposada espiritualmente con D. Miguel, queda viuda! ¡Ah, que don Miguel, lejos de los suyos, de sus libros, del ambiente plácido y quieto de la ciudad que él creara, solo, en un islote inhóspito y lejano, puede saturarse de amargura, de melancolía!

¡Venga el indulto, señores del Directorio, venga el indulto pronto! Lo pedimos con respeto, lo pedimos en actitud de súplica, lo pedimos en nombre de la cultura nacional. Porque él, Unamuno, señores del Directorio, ama también a España y enamorado brusco, en los momentos de fiebre pasional, la castiga con sus denuestos que silban como una tralla.

¡Ay, Salamanca está viuda! Yo no concibo mi ciudad sin don Miguel, sin este Padre Miguel de Unamuno, de la orden de predicadores, como yo le llamaba en mis años de estudiante. Que torne a su Tormes, a su Plaza Mayor, a su casino, a su cátedra, a su despacho conventual. Que torne pronto a sus lares este buen amigo, a quien España le duele dentro del corazón como una llaga abierta.

El Pueblo Gallego (05-03-1924)

Cataluña y Pío Baroja

Pío Baroja ha estado unos días en Barcelona, de regreso de París y en su calidad espiritual de Dostoyewsky de Vera del Bidasoa y de Gorki de las Peñuelas y de Chamberí, se ha dejado intervievar [sic] por un redactor de "El Progreso". Y el hombre, arbitrario, atrabiliario y paradójico,

el vasco-navarro primitivo y cerril que hay en Baroja, ha disertado largamente sobre el espíritu catalán que desconoce y sobre la lengua catalana que no ha aprendido nunca. Sus declaraciones puede firmarlas sin rubor, Jacinto Benavente, Juan Antonio Cavestany o Torcuato Luca de Tena. Y así lo primero que nos asegura formalmente don Pío es que Barcelona "es una ciudad eminentemente hispánica y esencialmente española".

Lo malo es que afirmar eso es mentir a sabiendas de que se miente. El que está un poco familiarizado con Barcelona sabe que eso es una mentira. Hay la Barcelona vieja, la de la Catedral y la de la casa del Canonxe, las del Archivo de la Coronilla y la de la plaza del Pino, la de la calle del Obispo y la de la portada de S. Jaume, la de Santa María del Mar, la que comienza en la Merced, cerca del Puerto, y desemboca en la Plaza de Cataluña ¿Dónde está el españolismo de esa urbe? Y hay la Barcelona porteña y cosmopolita, la de las bandas de pistoleros y del arco del Teatro, la rumorosa de las calles del Conde del Asalto y de Lancaster, que recuerda Marsella, que recuerda Génova, pero que nada tiene de común con los otros puertos, mediterráneos u oceánicos, de nuestra España. Y hay la Barcelona burguesa lliguera[81]: Paseo de Gracia, Rambla de Cataluña, calles del consejo de Ciento, de Aragón, de Valencia, de Mallorca, chalets presuntuosos, fachadas, "el peñón de Gibraltar" de Milá y Camps, la del Tibidabo y la del Parque de Güell, caótica, incongruente, presumida y sin carácter. Y la dulce Barcelona obrera, la del menestral y la de la modista, la de las Rondas, la del Paralelo y pueblos agregados, llana, cordial, sencilla y preñada de sabor. La que oye las caramellas en las Auroras de Abril y baila las sardanas en las plazas recogidas y silenciosas. De la suma, que no de la fusión, de estos cuatro elementos, se compone la Barcelona "encisera", bruja que amaba Maragall, y que es también la del "senyor Esteve" de Rusiñol, la que tira bombas, la que acude a besar el anillo del señor Obispo en el patio de la Catedral, la cosmopolita y la provinciana, que Barcelona tiene muchos matices que no pueden ser sorprendidos por un vasco elemental que se jacta de no saber la lengua catalana, cosa que le ocurre también con la castellana en que habitualmente escribe.

Afirma también Baroja que Cataluña no tiene escritores, y que el catalán, al cual es extraño, le sabe a reminiscencias noruegas, bulevardieras [sic] y hasta tártaras. Pero un pueblo que ha parido a Maragall, a Verdaguer, a Milá y Fontanals, a López Picó, a Carner, a Víctor Catalá, a Narciso Oller, a Serafín Pitarra, puede jactarse de no haber parido a Baroja. No se puede herir así el sentimiento íntimo de un pueblo. No se puede hablar tan de memoria como Baroja habla. No se pueden lanzar acusaciones contra el vigor mental de un pueblo que se confiesa desconocer en absoluto.

No desbarra menos Baroja hablando de la lengua. A mí, castellano, me produce vergüenza el que en castellano, un escritor que goza de cierto prestigio y que sostiene una casa editorial en colaboración con una pornografía hedionda y pagada con tacañería hebraica, sostenga que el catalán no tiene derecho a manifestarse pública y privadamente en su propia lengua, que es su razón de ser. Sus mismos juicios sobre la burguesía catalana, que a mí personalmente no me gusta porque la conozco y he convivido con ella, serían más exactos si los extendiese a toda la burguesía española.

Yo quisiera creer que esas declaraciones de Pío Baroja son apócrifas y que se rectificasen asegurando que un viajante de comercio castellano, lector de Royo Vilanova y admirador de Abilio Calderón, había jugado esta partida serrana al médico anticlerical y ex-lerrouxista, hoy del Somatén y del Comité Patronal de Panaderos, que firmó las novelas de "Mala hierba" y "La busca". Es vergonzoso que los hombres que en España debieran representar los fueros de la inteligencia, se pongan a desbarrar, a tontas y a locas, haciendo gala de un provincianismo insobornable. Baroja, un aldeano relleno de tosquedad, no puede comprender jamás las complicidades ciudadanas, como su colega Benavente, un esteta, un decadente henchido de amaneramiento y de malignidad, no puede sentir la pasión. Y Baroja es un paleto que niega lo que no sabe ver, y el otro, un bufón de corte, un payaso a sueldo, que se queja de la falta de libertad porque sabe que el Santo Oficio no tuesta en sus hogueras y quemaderos a los hombrecillos de su calaña.

El Pueblo Gallego (11-04-1924)

[81] Relativa o perteneciente a la Lliga Regionalista, partido político de ámbito catalán e ideología conservadora dirigida, durante buena parte de su historia por Francisco Cambó.

La resaca del crimen

Lo monstruoso del crimen es la resaca, la perspectiva social del ambiente, muy de Madrid y muy del siglo XX, en que se ha cometido. Señoritos invertidos y ociosos, croupiers descolocados, tahúres de las más bajas y soeces condición y naturaleza, tipos cursis y siniestros, enjoyados con un quintal de oro y antiguos pensionados de señoritas dadivosas y peripatéticas. Todos estos tipos accionan, se preparan, se mueven, gesticulan, danzan en Fornos y en Maxim's, cuentan con amistades, se reúnen en estudios y emplazamientos equívocos, se envenenan con drogas, disponen de dinero, hacen negocios de contrabando, gozan de un crédito personal y pueden hombrearse y codearse con personas prestigiosas e intachables. Lo terrible del crimen es la luz que proyecta sobre los bajos fondos, tan a la vista de nuestro medio social. Quedan muchos "albañiles", muchos "Pildoritas", muchos "Honorios" molestándonos con sus billetes de procedencia dudosa, con sus amiguitas de alquiler, con sus cigarrillos egipcios, y sus motos, y sus juergas a la Cuesta y a San Fernando del Jarama. Y para que vivan tendrá que explotar, más tarde, o más temprano, otro crimen bárbaro; que tampoco será el último de la serie.

El crimen no ha sido hijo del hambre, sino del vicio, de la ostentación y de lo que en la jerga madrileña se llama, brutalmente, macarronería. Se impone una batida policíaca en regla contra estos caballeros del lupanar y de la tapicería. Todos les conocen. No hay más que penetrar en un café céntrico, en un cabaret, en un restaurant para topar con ellos y percibir su aliento. Les delata su gracia, su incultura enciclopédica, su lujuria de micos y su ostentación de "parvenus". Recientemente, el que escribe estas líneas ha tenido que privarse de acudir a un café de la Gran Vía porque en él, de un modo descarado y ostensible, se citan y conciertan sus amorosas reuniones hasta doce o catorce invertidos profesionales. Si mi querido amigo, el honradísimo y competente señor jefe superior de la Policía, don Valeriano del Valle, quiere antecedentes y testimonios, yo se los daré con el mayor gusto. Y el pistolero que sirvió a sueldo en el Libre o en el Único –tanto monta– y que no dispone hoy de sus ingresos regulares, el estudiante bonito que hace gala del pingüe arrendamiento de sus gracias personales, el parásito que vive de sus combinaciones tenebrosas, el "croupier" que no tiene arrestos para soportar la ola de miseria que se le viene encima, el empleado de poco pelo que gasta al mes el sueldo de todo el año; ¿no son, por ventura, probables actores de tragedias futuras que se están incubando ante nuestras narices, a ciencia y paciencia de nuestro silencio, y de nuestra complicidad?

Estamos en un momento de suspensión constitucional que a mí, personalmente, no me es grata, pero que puede ser útil socialmente si sabe extirpar los gérmenes y síntomas del relajamiento en que vivimos. París y Roma acabaron con sus "apaches" gracias a la gran guerra, y si Madrid acabara con los suyos mediante la intervención de la dictadura militar, no seremos nosotros los últimos en aplaudir al señor Primo de Rivera que ha sabido acabar con los asaltos a los Bancos, con las partidas de pistoleros, con las bandas de delincuentes mozos que eran una gran vergüenza y un peligro en los pueblos fabriles e industriosos.

Función preventiva la policiaca y la gubernativa en general, su campo de acción tiene hoy una extensión y una amplitud enormes. La defensa social requiere hoy una eficacia urgente porque no sólo está amenazada sino castigada sin piedad y enferma sin esperanza de curación. A las izquierdas conviene, sobre todo, que las medidas de profilaxis y de higiene sociales sean brutalmente aplicadas para que no usufructúen la bandera de su pabellón, procedimientos que nada tienen que ver con ninguna ideología. Acaso la insensibilidad política de hogaño tiene su raíz en la siembra de equívocos y de tolerancias que se ha venido permitiendo, y hay que decir muy alto que ni el ladrón ni el asesino sirven a ninguna idea, sino a sus instintos de rapiña y su sed de sangre.

Los cómplices de los asesinatos del correo de Andalucía se cuentan por centenares en este Madrid de la postguerra –motos, tanguistas, chulos de trabilla y de smocking, cabarets, morfina, champagne falsificado–. La Policía les conoce y puede acabar con ellos sin dificultad alguna. De otro modo, el éxito que acaba de lograr, ahora cazando a esos cínicos en sus guaridas, se borrará con presteza ante posibles y seguras impunidades que se proyectan en la sombra. Y no hay que salir de la Puerta del Sol y de dos o tres calles céntricas para organizar la partida de caza y cobrar las piezas, abundantes y suculentas.

El Pueblo Gallego (29-04-1924)

La Fiesta del Trabajo[82]

Este día, Primero de Mayo, que es uno de esos deliciosos días que tienen su perfume, como diría Maragall, debiera ser para todos nosotros, por su fuerza simbólica, una fiesta permanente y eterna. Porque el trabajo es siempre una fiesta, y hasta que no libertemos nuestro cerebro y nuestros músculos de la servidumbre y del dolor del esfuerzo mecánico, no empezaremos a trabajar verdaderamente. Y a la inversa, no viviremos fiestas grandes, placeres callados y sabrosos, hasta que todos los días, silenciosa y abnegadamente, no aportemos nuestro granito de esfuerzo al patrimonio común humano.

El verdadero, el fecundo y abnegado trabajo, ha de ser ocio y recreo de nuestro cerebro, de nuestro corazón. Hasta que no trabajemos por gusto, por naturales inclinación y necesidad, hasta que no convirtamos la labor en fiesta, no comenzaremos a ser hombres. La maldición bíblica de ganar el pan con el sudor de la frente es una mala pasada que los judíos quisieron jugar a Jehová. Lo que el señor dijo a nuestros padres en el Paraíso fue precisamente lo contrario, y yo lo sé de buena tinta. Bendijo a Eva porque pariría con dolor al hijo del hombre, y porque, para parirlo, conocería antes las ternuras, y los mimos y los sacrificios del varón, y bendijo a Adán, porque no comería aquel pan regalado, "pan de sangre" que tanto amargaba a nuestro Vélez de Guevara[83], sino precisamente, porque le sudaría la frente antes de partirlo a la mesa con su compañera, abicúdole[84] a cosa tierna y sabrosa.

¡Fiesta del trabajo! ¡Y que fiesta más humana, más viril y más preñada de sugestiones es la fiesta de hoy, amigos! Hoy somos semejantes a nuestro Padre celestial, que está en los cielos. Dios hace el mundo y nosotros se lo devolvemos arreglado. Completamos y perfeccionamos la obra divina. Nos entrega el mundo desierto y se lo damos poblado. Nos lo da inhabitable y se lo devolvemos curioso y ajustado a nuestra vida. En unos siglos los hombres nos comunicamos, sin movernos, en unos minutos, desde los extremos confines del planeta, nos apoderamos de la tierra, de las aguas y del aire, nos apoderamos de las fuerzas del Cosmos, conquistamos, poco a poco, con el sudor bendito de la frente, el cetro y la corona de nuestra soberanía. Y después de sudar aún tenemos tiempo para soñar con las quimeras del amor y de la gloria, para levantar en el santuario de nuestra libertad insobornable, un pequeño reino de los cielos. A cambio del pan que nos dé el Señor, traemos su reino a la tierra. Reino de esfuerzo, de sacrificio, de dolor, con su calle de la Amargura, y su oración del Huerto, y su Monte Calvario, sí, pero con el cortejo de las Marías, con la ayuda piadosa de los Cirineos, y con la segura y esperada Resurrección.

No debiera ser –y ya no lo va siendo– esta fiesta de castas, sino esencial y profundamente humana. Todos cabemos bien en las filas nutridas del proletariado: Todos. Hasta el pobrecito rico, que no puede desear nada, porque todo lo consigue sin esfuerzo. ¡Terrible condición la del rico! Las cosas no tienen valor para él. De espaldas al sacrificio, se debate en el ocio y en la inacción. Desconoce la santa continuidad del esfuerzo, y pugna por libertarse de su opulencia, sin saberlo, como nosotros nos peleamos por salir de nuestra servidumbre, que es, sin embargo, la sal de nuestro pan y el motivo secreto de nuestra alegría.

Como hoy debiera ser toda nuestra vida de esfuerzos, trabajadores. Cada día una fiesta nueva con un sentido siempre renovado. Si a diario entregásemos a los demás lo que nos sobra, lo que podemos darles, pan de trigo, pan de ilusiones, seríamos siempre dichosos y libres. Sin el trabajo, no tendríamos noción del descanso, y descansamos a nuestras anchas, y logramos que el Universo sea para nosotros un bello espectáculo, porque lo sentimos un poco como obra nuestra y porque antes lo hemos engendrado con dolor en nuestras entrañas, ávidas de novedad.

Y ahora, después de la fiesta, ¡a trabajar, es decir, a gozar de nuevo! Nos espera la azada, la yunta, el pico, el lápiz, la pluma. No perdamos la mañana para no perder el día, como temen los Libros santos. No perdamos la mocedad para no perder la vida. No perdamos la vida efíme-

[82] Existen otros artículos con este mismo título y distintos contenidos publicados en *El Diario, La Publicidad* y *El Pueblo* (O.C. Tomo I, páginas 383, 420 y 430).

[83] Luis Vélez de Guevara (1579 – 1644). Dramaturgo y novelista español del Siglo de Oro autor, entre otras, de *El diablo cojuelo*.

[84] Término de rara interpretación que se encuentra así en el original. Forzando su significado podría tratarse de un portuguesismo o galleguismo: abicudar=empuntar. Bicudo= puntiagudo.

ra, pasajera, para ganar la eternidad, al lado de Dios, que nos espera a su lado porque nos sabe, de antemano, los continuadores y colaboradores de su trabajo.

El Pueblo Gallego (01-05-1924)

Paco el Fonda

Seguimos todos preocupados, obsesionados con el crimen[85]. La sociedad actual se ve, en el fondo, reflejada en los autores: tal es la verdad. Navarrete no es hijo del "Noy del Sucre"[86], sino de un coronel –dignísimo, al que envío desde aquí un saludo emocionado– de la Guardia civil. Honorio, maurista, hombre de derechas, dueño de una pensión, propietario, podría presidir muy bien una comisión de fuerzas vivas ante las que se descubre rendidamente "El Debate". El mismo "Pildorita" es socio de los Casinos que frecuentamos, amigo de las muchachas que conocemos y correveidile y zascandil corriente por estas latitudes.

¿Y "Paco el Fonda"?... ¡Ah!, queridos amigos, "Paco el Fonda" ha sido, y sigue siendo, el personaje más importante de esta pobre España de hogaño. "Los Pacos Fondas" que yo conozco y que tú, lector, conoces, son legión. Son los caciques de las aldeas, los agentes electorales. Tienen una timba en el Casino del Pueblo y un proceso, siempre pendiente, en una Audiencia lejana. Y llegan a diputados y hasta yo no sé si los "Pacos Fondas" han sido ministros; sospecho que sí.

"Paco el Fonda", protector y protegido a la vez de los Navarretes, de los Honorios y de los Pildoritas que aún nos quedan, el "Paco Fonda" representativo y típico, es una mezcla de picador, de croupier y de sacristán. Es muy serio, pero muy serio, en sus negocios. Paga puntualmente al casero y al sastre y no se trata con pelanas. Loa y canta esos tres pilares básicos en que descansa toda sociedad bien organizada: la religión, la familia, la propiedad. No comprende "Paco el Fonda" el ateísmo, es tan amante de la familia que suele tener dos o tres y la propiedad le emociona, porque la bolita de la ruleta le permite la posesión de títulos de la Deuda y hasta de bienes raíces. Y ya propietario "Paco el Fonda", ya hombre con cédula y al corriente de sus recibos trimestrales, con el negocio bien montado, amigado con los de la Directiva y los del Ayuntamiento, "Paco el Fonda" campa por sus respetos. Hiere, mata o roba; es igual, porque lo hace a mansalva y dentro del Código, que "Paco" conoce muy bien.

Sin eufemismos, que estoy asqueado de la ola de pus que ha brotado del crimen: "Paco el Fonda", el "Paco Fonda" representativo y castizo, corriente y moliente a todo medio entre nosotros, no ese pobre de Piqueras, convicto del crimen del expreso, es todo un personaje de campanillas. Había que preguntarse hasta qué punto puede enjuiciarle una sociedad de la que Paco es columna y coronamento, y hay que agradecer a la situación militar que preside nuestros destinos políticos que se atreva y acabe con él… Porque "Paco el Fonda" ...al que solo se atrevió a combatir con alguna flaqueza el duque de Almodóvar, el "Paco Fonda" de los centros regionales, de los cabarets, de las juergas, de los contrabandos, de las joyas falsas, amigo de las dueñas de las mancebías, nos ha llenado de pus, nos lo ha tirado a la frente y al corazón un día y otro día, nos ha bestializado años y años con su grosería y nos ha hecho desfallecer, a las veces, en nuestras tareas y renegar de nuestros sueños.

"Paco el Fonda" es la concreción de toda la podre, de toda la avariosis espiritual, que padecemos. Simboliza esta etapa de insensibilidad, de abulia y de cerrazón colectivas. "Paco el Fonda" es el espíritu aldeano y montaraz, simplista, cazurro, hipócrita y primitivo que es de tan buen tono hogaño. "Paco el Fonda"...

Hijo de la Mancha. Paco, de la que fue patria de Alonso Quijano y de Dulcinea, el lugar de nacimiento de varón tan esclarecido puede disputárselo media España central. Es el hombre de pro en ambas Castillas, en Extremadura y en Andalucía. Yo no temo que rebrote, porque vive y colea; lo que pido es que se le extirpe, aunque la meseta quede despoblada de mandarines.

[85] Asalto al tren expreso de Andalucía, perpetrado el 11 de abril de 1924, en que fueron asesinados a golpes, con tenazas de marchamar, dos ambulantes de Correos.

[86] "Chico del Azúcar", apodo por el que fue conocido Salvador Seguí Rubinat (1886 – 1923), uno de los anarquistas más destacados de los primeros años del siglo XX.

Luego, desinfectaremos la horca y limpiaremos la cuchilla por haberlas jugado el feo papel de haber servido de soporte para el cuello boyuno de esos miserables, leprosos de nuestra España.

El Pueblo Gallego (09-05-1924)

Siluetas del día

Vidal y Planas[87]

Enfermizo. Enclenque. Paliducho. Ojos desorbitados, palabras atropelladas, raciocinio lento, infantil. Las ideas mueren en su cerebro antes de plasmarse, las sensaciones se borran en su corazón a la cabecera de su misma cuna. Ha conocido el hambre, la miseria, el despego de los compañeros. Familiarizado con el terrible pesar dantesco, con aquel *nessun maggior dolore*[88], consigue un día un triunfo fácil y se resarce con el Palace de casa de Pascual, de la ración de bacalao, con el suculento menú, y del amor torvo de la ramera, con los fáciles amores en los brazos de las mozas que alquilan los duques, a tanto la hora, como los "simones". Y aquel día, Alfonso se cree intelectualmente un Shakespeare y financieramente un conde de Romanones.

Rompe Vidal toda solidaridad con el pasado, todo recuerdo de su ascensión por la terrible cuesta. El bohemio de siempre se torna niño y se convierte en el ombligo central del mundo. Busca la compañía de los muchachos ricos, se provee de un talonario de cheques; regala una colección de bastones a los cómicos de Eslava, rescata un cuadro de Romero de Torres, disipa veinte, veinticinco mil duros en un año. Martínez Sierra y Artemio Precioso le sirven de escabel. El literato de *Primavera en otoño* hace su sórdida otoñada con los gritos desarticulados del mancebo irreflexivo. Inaugura e industrializa Artemio una literatura de alcantarilla, por cuyos aledaños puede uno caminar con desenfado si no se fumiga previamente. De la Dama de las Camelias a la francesa pasamos a la Santa de Ceres a la española. A Vidal y Planas se le empuja por el despeñadero. Hasta el final. Antes y después del crimen. Antes, porque al pobre muchacho no se le deja meditar un instante en la facilidad de su triunfo; y, por ende, en la fatalidad de la caída. Después, porque las exigencias editoriales se truecan en cuervos de carroña muerta.

Hasta se colabora con él en un drama que se llama, por más señas, *No matarás*, convirtiendo la tutela sagrada de la defensa judicial en reprobable camaradería a cuenta de la vida de un hombre, que debe ser envuelto en el sudario de la piedad.

¿Es bueno, es malo Vidal y Planas? ¿Es culpable, no es culpable de una muerte que hoy le tiene sujeto en el banquillo? Vidal y Planas vivía en pleno infantilismo. Sugestionable, fácil a las más tenues impresiones externas, aturdido, vanidoso, no es, desde luego, un hombre normal, sino un chico. ¿Es culpable? Hasta donde puede serlo un menor de edad, tal vez. Probablemente, la verdad cruda será la de que disparó sin saber que disparaba. Pero, luego, el neurótico que hay en él, después de su disparo, reacciona contra la propia inconsciencia, y cuando los editores le obligan a que explique un gesto que debe ser olvidado, Alfonso, queriendo pensar, lanza gritos, se envuelve en una confusión de mente enferma y de corazón deshecho.

Vidal y Planas no es, en último término, el único labrador de su desgracia. Detrás de su pistola se agachan unos cuantos inductores que debieran responder de su inducción ante los jueces del Tribunal de Derecho.

Antón del Olmet[89]

Fuerte. Sanguino, musculoso. *Bonvivant*. Muy simpático al primer golpe de vista; luego, al segundo, se advierte que tiene el pico pronto, la palabra rica, el gesto amplio, la inteligencia disciplinada, la garra fácil; después, al tercero, que os gana rápidamente el terreno, que os utiliza y que os quiere domar.

[87] Alfonso Vidal y Planas (1891 – 1965). Periodista, poeta y dramaturgo español de vida bohemia y de carácter inestable y violento. El 2 de marzo de 1923 asesinó de un disparo a su amigo, y también escritor, Luis Antón del Olmet en el salón del teatro Eslava por acostarse con Elena Manzanares de la que estaba enamorado.

[88] Los versos completos de Dante, Inferno Canto V dicen así: "Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice / nella miseria" ("No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz / en la miseria").

[89] Luis Antón del Olmet (1886 – 1923). Abogado, dramaturgo, periodista, político y escritor español, fundador del periódico *El Parlamentario*.

Muy inteligente, el ex diputado Antón del Olmet, aquel ex amigo de Sánchez Guerra, con el sombrero de media copa y con el chaquet impecable, hubiera hecho, por el camino recto, una carrera sorprendente. El afán de lo inmediato ciega en él la visión de lo remoto. Llega la guerra, y de la germanofilia más exaltada pasa rápida y bruscamente al aliadofilismo más incondicional. Luce en *El Parlamentario* los penachos de su estilo multicolor. Y a los dos años de haber rendido toda suerte de galanterías a la sombra de doña Amelia en el Palacio de las Necesidades desde las columnas de *A B C*, loa el viaje de Lenin en vagones precintados hasta la frontera ruso-germana. Antón del Olmet es el hombre cauteloso y despreocupado que finge la vehemencia para andar por el mundo. Vidal y Planas, el pobre chico, tímido, pero vanidoso que buscando desechar toda tutela, siente, en el fondo, una amplia simpatía por los temperamentos dominadores y absorbentes. No creo que el amor haya tenido que ver gran cosa en este crimen. Fue que el niño hizo un día una hombrada y que el domador castigó un día en la jaula a la fierecilla domada de tal modo, que el leoncillo, resuelto, le partió el corazón. Porque estos hombres tímidos no tienen la noción de la medida y se desmandan de veras cuando se desmandan.

Antón no era, precisamente, un ser cordial y afectivo, como él se imaginaba ser; pero no estaba cerrado del todo a la emoción. Eso sí, era siempre un cohete cargado. Y una vez que comunicó su fulminante a la pólvora húmeda y enfermiza que había en el cartucho del espíritu de su amigo y colaborador, surgió, fatalmente, la tragedia. Se mató a sí mismo con la intervención física de Alfonso.

Antón del Olmet no dio nunca importancia a su amigo. Ese fue su error. Acentuaba con él el tono desdeñoso y de superioridad en que se debatía con los débiles. Vidal, editado por Artemio, actor de cámara de Eslava, hubiera tolerado un insulto, pero nunca un desconocimiento de su valor. Sin la codicia de un empresario que necesitaba llenar su teatro de cualquier modo, hoy no seríamos nosotros los trovadores de dos siluetas que reclama la curiosidad del público.

El Pueblo Gallego (22-05-1924)
La Noche[90] (23-05-1924)

Víctor Manuel y el duque de Alba

En el palacio que en la calle de la Princesa habita D. Jacobo Fitz James Stuart Falcó y Álvarez de Toledo, duque de Berwich, de Alba, de Arjona, conde-duque de Olivares, conde de Monterrey y de Miranda, etc., etc., se celebra mientras escribo estas líneas un baile de gala en honor de los reyes de Italia, Víctor Manuel III y Elena de Montenegro. ¡Vivir para ver, amigos liberales!... El descendiente del gran duque D. Fernando Álvarez de Toledo, un mozo lleno de ingenio, correcto, simpático e inteligente, reconoce esta noche, con un baile de etiqueta, el hecho glorioso de la unidad italiana, de la Monarquía italiana, y el descendiente del hombre terrible de Flandes y del Milanesado, danza un rigodón con Elena de Montenegro, mientras el buen nieto del Libertador, Víctor Manuel, cambia unos compases de vals con la gentil y preciosa marquesita de San Vicente del Barco, hoy duquesita de Alba de Tormes y de Berwich.

¡Vivir para ver, amigos liberales!... La sombra del gran duque, de D. Fernando, cruzará esta noche por los salones del palacio de su nieto, con su enorme barba blanca, sus cabellos crespos y ensortijados, su toisón de oro –es decir, su borreguillo de oro–, sus recias botas de montar y su vocabulario imperativo y terrible. Le veo a D. Fernando esta noche en el bello retrato del Ticiano, invadiendo a Italia, según el torpe consejo de los franceses y según las inocentes amonestaciones estratégicas de Leyva.

Siguen al gran duque en su odioso empeño sus colonos de Alba, llenos de piojos y de liendres; los escopeteros de Piedrahita y del Barco, los huertanos de Alcira, los catalanes de Centellas y de Pons, las damas galantes y errabundas y los cantineros escapados del remo de las galeras. Italia tiembla, tiembla y se regodea ante la llegada de las huestes del gran duque. El vocabulario italiano se enriquece entonces con el aporte de algunas palabras nuestras, peninsulares. Toma carta de naturaleza una palabra de sólo cuatro letras, que se aplica a las mozas

[90] *La Noche* únicamente recoge la silueta de Vidal y Planas.

de partido. A los soldados se les llama llanamente «rubba-cappe» (roba capas), porque suelen quedarse, en un santiamén, con las de los aldeanos que las dejan colgadas en los clavos de las tabernas y trattorias milanesas. «Dineros llegados de España», quiere decir en italiano, desde la época de D. Fernando, los dineros que no llegan nunca. «Pariente del rey», caballero de Calatrava, de Alcántara, de Montesa o de Santiago, equivale a decir cabeza llena de humo y bolsillo horro de blanca. Y la sombra de don Juan, el hijo de D. Diego, el comendador sevillano, trae de cabeza a todas las doncellicas tempraneras de Génova, Milán, Nápoles, Bolonia y Roma.

Circulan más palabras en Italia –que son toda una epopeya– desde los tiempos del gran duque. Circula la palabra «peccadiglio», pecadillo, porque un capitán, al confesarse con un clérigo, reconoce en la intimidad del tribunal de la penitencia que es autor de un leve pecadillo, consistente en no creer en Dios. Circulan los términos «Fieramoscas», «Raja-broqueles», «Tempestades», «Huzacanas», «Terremotos», aplicadas a los invasores. Se habla del «sosiego», y de la «pompa», de la «gravedad» castellanas. Y el «Don Juan» se llama en italiano «Don Diego»; el Don Diego, que llega de Vitigudino o de Sepúlveda a las ciudades italianas, pasea las ventanas de las bellas, las escribe largas epístolas sentimentales y cuenta que no acaba de las intimidades que le atan con las bellas, a las que ha declarado su amor.

En la misma época en que el gran duque invade el territorio italiano, se celebra en Roma, y en la plaza de San Pedro por más señas, la primera corrida de toros. El duque Valentino; es decir, César Borgia, hijo del Papa Alejandro VI, mata dos soberbios toros de dos magníficas estocadas en la misma cruz. Las damas baten palmas, los hombres celebran la apostura y el garbo de «toreadore». El propio Pontífice, de sangre levantina y española, recibe complaciente el brindis de su hijo.

Tres siglos más tarde, la casa de Alba sostiene relaciones muy cordiales con los carbonarios, liberales y francmasones de Italia; indudablemente, el donoso duque de Alba de hogaño ha querido renovarlas esta noche.

La duquesita maja, la maja desnuda, doña María Cayetana de Silva, mujer de aquel pobre hombre que se llamó D. José Álvarez de Toledo, sostuvo amistades estrechas con los revolucionarios italianos. Pepe Pignatelli, esposo primero de la pobre condesita de Aranda y amante oficial después de madeimoselle Julie de Lespinasse, es amigo de Alfieri[91], y hasta corre alguna juerguecita en el barrio del Avapiés con el caballero Casanova. Y los dos amigos, Pepe y María Cayetana, leen en toscano a Alfieri, a Giusti[92] y a Leopardi[93]. Y gracias a Maruja y a Pepito, mi tatarabuelo, aquel liberalote que se llamó Francisco Sánchez Barbero, Iglesias de la Casa, José María Calatrava, Juan Meléndez Valdés y Francisco Martínez de la Rosa –años después presidente del Consejo de ministros–, aprendieron italiano y supieron de Laura, de Leonor y de Beatriz.

Esta noche, en el baile de los señores duques de Alba se evocarán estos recuerdos y se añorarán estas historias. Ante el gesto gentil que el duque ha tenido ante los Saboyas, yo, liberal español, saludo a uno de los pocos próceres españoles que saben serlo y ponerse siempre a tono con el matiz espiritual de la época en que viven.

El Liberal (11-06-1924)

El "Velívolo"

Año de 1908; se publica la novela del futuro aviador, del futuro comandante de las escuadrillas aéreas, del futuro príncipe de Montenivosso[94], *Forse che si, forse che no...* Duda al hombre que ha conocido los secretos del alma de la mujer; que ha bajado al fondo de los mares, y que ha paseado, insolentemente, por todo el mundo, su concepto de la gracia, de la belleza y de la libertad. *Forse che si, forse che no*; puede que sí, puede que no. El mago de *Il piacere*,

[91] Vittorio Amadeo Alfieri (1749 – 1803). Dramaturgo, poeta y escritor italiano
[92] Giuseppe Giusti (1809 – 1850). Poeta y satírico italiano.
[93] Giacomo Leopardi (1798 – 1837). Poeta, filósofo, filólogo y erudito italiano del Romanticismo.
[94] Gabriele D'Annunzio (1863–1938), príncipe de Montenevoso y duque de Gallese. Novelista, poeta, militar y político italiano cuyas ideas sirvieron de inspiración para el movimiento fascista encabezado por Benito Mussolini.

que ha paseado sus amores, en góndola, por el Canal Grande; el lujo de *La Gioconda*; que ha descubierto, al través de la lujuria de una modelito de pintor, un alma de rosa y de nieve que sabe interrogar a la esfinge; el poeta de *La Nave*, nacido en las aguas verdes del Adriático, una buena mañana de abril, se pregunta, lleno de tristeza: ¿Será el cielo mío como la tierra? ¿Podré volar como puedo escribir? ¿Por qué he de tener los pies sujetos a la tierra, tan pequeña, tan minúscula para mis sueños?

Forse che si, forse che no... Indudablemente, sí. Acaban las vacilaciones, los recelos. Un día, D'Annunzio pasea sobre Roma, sobre las Siete Colinas, sobre el Foro, sobre el Capitolio y sobre las Catacumbas... El espectáculo es de una sugestión inenarrable. El lecho de los cielos es blanco y regalado como el del hogar. El ascenso tiene una majestad augusta, y el descenso, con el aterrizaje, es triste, como el final de un sueño en la vida. Desde las alturas, los hombres son puntos en el espacio; ringleras de hormigas que, afanosamente, buscan su pan. Desde los cielos, solamente los montes, esqueletos y vértebras, tienen grandeza y tienen sentido. Los ríos son cintas de cristal. Solamente el mar es grande y es bello, porque sus mimos y sus rugidos llegan a lo alto y conmueven el corazón de los que hienden los aires.

El futuro príncipe de Montenivosso vuela, vuela desde entonces. Conoce toda su Italia desde el cielo; y le parece tan bella, tan ideal, que no la consiente podada ni fragmentaria. Entonces, del aviador surge el patriota. Italia tiene sus límites naturales impuestos por la Geografía, que, desde el cielo, se perciben con claridad. Tierra del Trentino, irredenta; tierra de Trieste, embutida en la boca del mar; tierra de Fiume, que eres la llave de las aguas verdes, y su tapón natural... Vosotras sois Italia, y yo viviré por vosotras y para vosotras, hasta que seáis libres. Desde el cielo aprende a amar a la tierra, a su tierra, el poeta y el aviador.

Año de 1917... El aviador, el señor comandante, dirige una escuadrilla aérea. Ha perdido ya un ojo; ha bautizado ya su aparato: *Il velívolo!* No hay palabra más sutil, más elegante, más aérea que esta palabra: *velívolo*.

Vuelo de alas, vuelo de velas, vuelo de plumas: vuelo blando, vuelo suave, vuelo de alas, vuelo al lado de una mujer-ángel que nos lleva al cielo del ensueño, vuelo entre los serafines de Fray Angélico, desde Fiésole, en Primavera, al cielo. ¡El *velívolo*!...

Y las alas de paz son, desde entonces, alas de guerra. No lleva mensajes de paz, sino metralla. Y otras veces ni metralla: alocuciones, manifiestos, versos. A los de Trieste, a los de Trento y a los de Fiume, les habla de la madre común y lejana. Y a los de Viena, del día terrible de la derrota, con los espectros del hambre y los hogares sin calor...

El *velívolo* d'annunziano, a ratos oficina de la muerte, a ratos forja de poesía, es el pájaro, lleno de luz, de plumas multicolores y brillantes, que algún día –muy pronto– no podrá servir más que de lazo de unión entre los hombres. Será el mensajero celeste encargado de cruzar toda suerte de despachos entre los hombres de buena voluntad.

Alas (01-07-1924)

La visita de Víctor Manuel

La visita de Víctor Manuel III de Saboya a don Alfonso XIII de Borbón no ha sido, pese a nuestros badulaques, beocios y reaccionarios de sacristía, un "ricambio" de saludos y de plácemes entre la Italia del "signor" Benito Mussolini y la España de don Miguel Primo de Rivera. Los "fasci" no han tenido que hacer zalemas ni reverencias a los somatenes, ni los dictadores respectivos han podido entrevistarse. La prensa madrileña –toda ella– ha tenido el buen cuidado de acentuar su saludo a la Italia de ayer y a la Italia de mañana, pasando como sobre ascuas por la Italia de hoy. Dura lección que no habrá pasado inadvertida para el nieto del forjador de la "terza Italia", para su augusta esposa y para el simpatiquísimo príncipe del Piamonte, que ha sido aclamado por todas las madrileñas en la calle.

El recibimiento ha sido verdaderamente cordial, y hasta hubiéramos podido calificarlo de efusivo, si la policía española, auxiliada por cincuenta agentes que llegaron de Roma, no hubiera tomado excesivas, infinitas precauciones.

Muy bonita la excursión a Aranjuez. Seguramente, Víctor Manuel III, que sabe mucha historia, recordaría, viendo los jardines y la casa del Labrador, que su último morador, Carlos IV, mendigó durante su vejez, en Roma, al lado de María Luisa y del inseparable Manuel Godoy.

Interesante, pero triste, la visita al Escorial. Es de suponer que, al contemplar los reyes el panteón y al advertir que no queda más que una tumba vacante, la de Don Alfonso XIII, se preguntasen si la Nación Española va a construir nuevos panteones para los monarcas que vendrán después.

Y oportuna la visita a Toledo, con su Zocodover, su Cristo de la Vega, su Santa María la Blanca, sus puertas y sus cigarrales. Víctor Manuel recordaría aquellas palabras del "Tesoretto" italiano: "En España se yergue la ciudad de Toledo, donde las mujeres son hermosas y los hombres ásperos, graves y caballeros."

Festejos, los protocolares y oficiales. Dos Tedeums, una carrera de caballos en Aranjuez, donde, naturalmente, ganó la Copa de los Reyes de Italia el caballo "Ruban", del duque de Toledo, o, lo que es igual, de Don Alfonso XIII. Comidas en palacios y embajadas. Una fiesta en el Teatro Real, donde se cantó música española. Y un baile, muy gentil y muy bello, que ofreció el señor duque de Alba a los huéspedes soberanos, para corresponder, sin duda, a la atención que con él ha guardado el Directorio, rompiendo su nombramiento de Grande de España a las órdenes de Víctor Manuel y nombrando en su lugar a un hombre muy grato en las tertulias militaristas y reaccionarias: el marqués de Hoyos, hermano de ese novelita tan querido por los tanguistas, que se llama Antonio de Hoyos y Vinent, marqués de Vinent.

Se susurra cual pueda ser la consecuencia política del viaje. Nosotros creemos, sinceramente, que ninguna. Se habla de concertar bodas, pero no creemos que Humberto de Saboya, que sabe elegir muchachas de su gusto, se someta a las decisiones de las viejas urracas de la diplomacia. Se susurra, también, que, como los reyes de Italia vienen de Londres, se concertará una alianza angloitalohispana para la posesión pacífica del Mediterráneo. Pero esta versión tampoco nos convence. No es muy firme actualmente la situación de los gobernantes españoles para concertar alianzas de este fuste. La visita –tornemos a repetirlo– ha sido un mero y gentil "ricambio" de saludos, una devolución de la visita a Roma de Don Alfonso y de Doña Victoria, sin más aditamento y sin más complicaciones.

Esta noche han salido los soberanos italianos para Barcelona. Serán recibidos muy bien por los catalanes. El resumen de la actitud de los españoles ante la visita ha sido este: los reaccionarios, aunque están encantados con Mussolini, no quieren olvidar que Víctor Manuel es nieto del que quitó el dominio temporal de Roma a los Papas. Los liberales, a los que personalmente es muy grata la gloriosa dinastía de los Saboyas, no han querido que sus aplausos significaran, en estos momentos, un acatamiento a la figura de Mussolini. Los políticos no han aparecido por Palacio; el pueblo tampoco. Los intelectuales han cantado la Italia del "Risorgimento". Y Primo de Rivera, que soñaba con apoteosis a su persona, se ha quedado, por esta vez, a dos velas y con dos palmos de narices.

El Hogar (01-08-1924)

La verbena de la Paloma[95]

Señoras y señores[96]: El teatro de la Latina debiera llamarse el teatro de la Paloma. Este nombre, que evoca bodas ducales, amores de los Medinaceli, andanzas de doña María Cayetana de Silva, la Maja Desnuda, por la calle de Don Pedro con aquel bragazas de su marido, don José Álvarez de Toledo; este nombre, grato a las manolas que desgarran con las tijeras los caballos de los franceses en la calle de Toledo, debiera ser la advocación de este teatro tan castizo, tan popular y tan madrileño. Yo he visto muchas veces a sus puertas, esperando aplaudir a la Loreto

[95] Existen, al menos, tres artículos de Sánchez Rojas con este mismo título, aunque distinto contenido, publicados en la revista argentina *El Hogar* y en *El Adelanto* (O.C. Tomo III, páginas 109 y 117), y también en *El Pueblo Gallego* (O.C. Tomo IV, página 238).

[96] En el festival que se celebró en el teatro de La Latina en honor a las reinas y damas de fiestas Sánchez Rojas pronunció este discurso.

–a esta Loreto que nunca tiene tiempo de casarse con Chicote–, a Julián esperando la Susana, y a la Susana coqueteando con un motorista y a Don Hilarión bebiendo los vientos por una morena chulapa del barrio. Tradición españolísima la de este barrio. Porque en la plaza de San Andrés pone Cervantes celosías en la ventana de aquella linda Clarita, la hija del oidor, a la que sigue su novio, el estudiante Don Luis, disfrazado de mozo de mulas, hasta Sevilla; porque en la calle de Toledo baila preciosa, la gitanilla, sus contrapuntos y contradanzas, levantando la admiración en los mozos y los deseos en los viejos, porque, en fin, a las puertas de este teatro convienen las mujeres del barrio en que Pepe Botellas es tuerto, en que Napoleón no debe reinar en los Madriles, años después de dar un disgusto, en la calle de Cuchilleros, a aquel marqués de Squilache por el quítame allá esas pajas de las capas y de los sombreros.

Vamos a llamar desde ahora en adelante a este teatro el teatro de la Paloma. La nomenclatura de la Latina –estoy en el secreto– huele a Salamanca, a una doctora, a una intelectual, que no llevaba lentes porque no se gastaban en sus tiempos, a muceta, a birrete, a latín, y a griego, y a polvo de siglos.

Y doña Beatriz Galindo de Carvajal, que era salmantina, como yo, no valía lo que una chica del barrio. En cambio, la Virgen de la Paloma, ¡qué castiza y que madrileña es! Es como la Central telefónica, la dulce Virgen de los amores, de los celos y de los desdenes del barrio.

Y a estas muchachas, aunque se enfaden ciertos concejales, más taurófilos que galantes, las nombramos reinas y princesas, y a mí, que soy una especie de tío universal y honorario de todas ellas, de las seis, de Marichu y de Visita, las majestades, y Angelita, Sabina, Pepita y Juanita, las princesas, me encargan que les extienda el nombramiento. Desde luego, cuento con vuestro fallo, que es legítimo, porque es el popular, el mejor, el más desinteresado y el más puro, que el pueblo es así.

Y ahora, cumplido este encargo, permitidme que me retire por el foro, señoras y señores, y que os pida un aplauso, lleno de emoción y de respeto, para estas señoritas, y que digáis una salve ante el altar de la Virgen de la Paloma por el alma charra de Tomás Bretón y por la memoria de Ricardo de la Vega.

La Libertad (27-08-1924)
El Adelanto[97] (29-08-1924)

Tríptico

Maruja

Maruja –Marujilla Guridi–, reina del barrio de la Latina, es una nena de quince años, menuda, primorosa, con una melenita recortada y cuidadosa. De origen guipuzcoano por ambas líneas, pero madrileña de nacimiento y de planta, Marujilla lleva el pañolón de Manila como una maja y conoce los modismos de los barrios bajos. Marujilla es candorosa, ingenua, formalita. Cuando supo su ascensión al trono, Marujilla no supo apartar sus ojos del suelo, y al levantarlos, ante el estruendo de los compases de la Marcha Real, estaban iluminados por un lagrimón que se deshizo súbitamente para dejar paso a la alegría.

Marujilla Guridi, reinita de toda mi devoción, es hija de un mayordomo de los condes de Vilana. Vive junto a la iglesia de San Francisco el Grande, en la carrera de este nombre. No tiene novio aún Marujilla. Los vecinos han celebrado el triunfo de la nena con grandes manifestaciones de contento, y el portal de su casa es una romería cuando el duque de Canalejas y yo subimos a notificarla el programa del día.

Pepito Canalejas

Pepito Canalejas, digo, el excelentísimo señor duque de Canalejas, grande de España de primera clase, es un muchacho encantador y simpatiquísimo. Tiene los gestos de su padre, el llorado don José, hurtado estúpidamente de la democracia española, y el aire llano, sencillo, natural, corriente y moliente de todos los Canalejas. Tocado con un traje claro, y con un sombrero de paja, el señor duque, estos días vive transportado a los séptimos cielos…

[97] En *El Adelanto* su título fue «Salamanca en Madrid»

El Señor duque, que se pasa la mañana estudiando lenguas clásicas y muertas, deja deslizar la tarde y buena parte de la noche en gratos quehaceres verbeneros y mujeriles. Le gustan las rubias y las morenas, las castizas, las marchosas, las ingenuas y las complicadas; todas le gustan al señor duque, y el señor duque, en un taxis [sic], en un simón, acompaña del mejor humor una cabalgata y asiste, ahíto de placer a los yantares y condumios castellanos del castizo mesón del Segoviano.

Yo confieso, sin remordimiento alguno, que he sacado un poco de sus casillas al joven duque; estudia demasiado, sabe griego demasiado bien, maneja demasiados libros. Futuro alumno de Oxford, para donde marchará el mes que viene, Pepito había olvidado que tiene veinte años y que unas manos ducales y juveniles son siempre acogidas diestramente por las mozas… Mi consejo, por lo demás es completamente bíblico: «Quien pierde la mañana –se lee en los libros santos–, pierde el día; quien pierde la juventud, la vida pierde».

Angelita

Angelita, por una de esas aberraciones disculpables en la vista de ciertos sesudos varones, no es más que Alteza, pero es algo más que Majestad porque es hasta emperatriz de belleza radiante y esplendorosa. El hechizo de Angelita es de conjunto y de detalle a la vez. La figura, espléndida y de soberana; los dientes, menudos, finos y apretados; la boquita, breve y graciosa; la cabecita, pequeña y llena de donairosa petulancia, y los ojos… ¡Ay! los ojos de Angelita son grandes, son luminosos, dan luz, y no pueden recibirla. Ojos son los que Angelita que hablan y que callan, que acarician y que castigan, que prometen y que niegan.

Si angelita fuera muda, no necesitaría de otros medios de expresión que la belleza de sus ojos. Los ojos de su Alteza, habladores, parlanchines, encharmes, serranos, son más bellos que este cielo de Castilla y más inquietos que la superficie negra del mar en una noche de galerna.

¡Dios te salve, Angelita, que te ha ungido de esta suerte; Dios te salve!, y bendita seas siempre, entre todas las madrileñas, porque en tus ojos los hombres leen de corrido el amor y los poetas oteamos en ellos las lejanías y perspectivas de la gracia infinita y de la infinita belleza…

La Noche (02-09-1924)

El mes de agosto en Madrid

Una de estas noches maravillosas de agosto, cuando consumíamos nuestro refresco a las altas horas de la madrugada en la terraza del café "Saboya" con Julio Romero de Torres, con Tovar el caricaturista de *La Voz*, con *Sirio* y con otros amigos, un buen teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid, nombrado por el Directorio, se acercó a nosotros y nos dijo con la más fina y menos municipal sonrisa de su repertorio:

– ¡Van a ser ustedes los jurados del concurso de belleza de la verbena de la Paloma!

– *Yezo ¿qué ez?* –exclamó Romero de Torres con su grato ceceo cordobés.

– Pasar el rato, beber champaña, dar unos premios a las nenas guapas y tener pretexto para pasar una velada deliciosa.

– *Aceptao, ¿verdá, tú?* –me dijo Julio, encarándose conmigo.

– ¡Aceptado! –exclamé.

– ¡Aceptado! –dijeron todos.

Hemos sido nosotros, con Benlliure, con Fresno, con Antonio de Lezama, con el alcalde de Madrid y con otros claros y nobles varones, queridos amigos de EL HOGAR, los jueces, y como los bíblicos, casi hubiéramos preferido pecar a sentar plaza de justos, austeros e inflexibles. ¡Dios mío: que criaturas! Pañolones de Manila, echarpas españolas, piececitos madrileños, peinados madrileños, cabecita rubias, morenas y castañas; una pura gloria. Romero de Torres estaba como atontado y quería premiar a todas. *Sirio* y Tovar se llevaron sus turbias combinaciones al seno del jurado, fracasando rabiosamente en el empeño por su parcialidad descarada. El señor ex director general de Bellas Artes don Mariano Benlliure y el señor alcalde de Madrid cumplieron a conciencia con su misión de investigadores serenos de la belleza femenina. Lezama, el querido redactor jefe de *La Libertad* y excelente dramaturgo y amigo, se atusaba el bigote nerviosamente y en silencio. Yo mismo, que estoy comprometido con una muchacha salada, y como española, celosa, voté maquinalmente, entre sorbo y sorbo de champaña de la viuda de

Clicquot, pensando en las rabietas amorosas que habían de ser secuela natural de mi fiero e independiente papel de miembro de un respetable jurado.

Aunque la Prensa ha jugado con nuestros nombres, yo os aseguro que casi hemos hecho justicia. Si no la hemos hecho del todo, cúlpese a nuestro concepto –un tanto ecléctico– de la belleza mujeril, que no a la rectitud y buena intención de nuestros propósitos. ¡No faltaba más! Yo recordaba, ante las madrileñitas concursantes, el delicioso cuento de aquel pícaro de Voltaire. Un monarca francés, catador de buenos vinos de la dulce Francia y de algo más que de los buenos vinos, encargó a un pobre diablo que le buscara mocitas para su serrallo, con arreglo a determinados cánones estéticos. ¡Ay! La chica de los ojos bonitos, tenía la boca grande. La de boquita de clavel, manos grandes y bastas. La de las manitas deliciosas, pies de sargento. No había modo de complacer al monarca, y el pobre diablo sudaba tinta. En vano recorrió los mercados turcos, las ciudades de Italia, de Andalucía; en vano se internó por la Bretaña y por los condados ingleses. Y el monarca, enfurecido, le dijo:

– ¡Majadero: cuando alguna te sobresalte, elige aquella!

Eso hemos hecho nosotros, desde el alcalde hasta mí, que soy el último vecino de la villa y corte, desde Romero de Torres, el mago del pincel, hasta *Sírio*, el lápiz de peor intención de los Madriles. Hemos procedido doblemente bien: como si fuéramos monarcas y como si fuéramos franceses…

¡Estas noches agosteñas de Madrid! ¡Noches de verbenas y de churros, de pláticas de amor a la reja, de becerradas, de *kermesses*[98], de bailoteos al aire libre, noche de autos que nos llevan velozmente a la Cuesta de las Perdices,

noches para el amor
para la rumia de las grandes ideas,

que dijo Gabriel y Galán: qué hermosas sois!

Decía don Francisco Silvela que Madrid en verano, sin familia y con dinero, puede compararse a Baden Baden.

Nosotros tenemos la familia fuera; dinero no nos falta, a Dios gracias, que nuestros sudores nos cuesta arrancárselo a las empresas periodísticas y editoriales. Podemos, pues, comprobar la exactitud de la frase de Silvela… ¡Ríanse ustedes de Trouville, de Deauville, de San Sebastián, de Santander, del Directorio y de los peces de colores!

Escribió una vez la condesa de Pardo Bazán que Barcelona es un *sleeping-car* con viajeros de tercera. Pues bien: Madrid es un coche destartalado y roto, con viajeros de *sleeping*. Sobre todo, con viajeras. Con viajeras amables y reidoras que os aceptan el envite en la cantina de la primera estación de tránsito. Y no se enfurecen nunca demasiado con vosotros si perdéis los estribos de la cortesía porque se dedican a prodigar sus sonrisas a otro viajero más amable. Y siempre, siempre, recordarán gratamente las horas de solaz que pasaron con vosotros, sin echaros en cara, con un mohín plebeyo, la eternidad de dos minutos, de dos horas o de dos días que soléis consagrar al amor más duradero.

Los reclutas que juraron en abril, marchan, a los cuatro meses y medio justos de haber jurado las banderas hispanas, a las tierras inhóspitas del Rif… El Directorio, y su cabeza visible, vamos a decir, Miguelito Primo de Rivera y Orbaneja, sobrino de su tío, marqués de Estella y grande de España, no hacen más que apuntarse tantos en contra. Juegan a color y se dan negros, se dan moros; Santiago no ha hecho caso maldito de la ofrenda del dictador.

Decían nuestros juglares del Romancero que era cosa necia pelear fuera de casa cuando no gozábamos de paz en ella.

Si el general Primo de Rivera se consagrase a la lectura de los clásicos en los momentos en que reposa sus amores tempestuosos con las cortesanas de buen palmito, comprendería, un poco tarde quizá, que si España no acaba con el Rif, el Rif va a concluir con España, y con él y con sus notas oficiosas, sobre todo.

El Hogar (17-10-1924)

[98] Fiesta de barrio o de vecindario, generalmente al aire libre, con bailes, rifas, concursos, atracciones mecánicas…

La verbena de la Paloma[99]

Domingo, plaza de San Andrés, kermesse de la Latina, los señores jurados: Antonio de Lezama, Alcaide de Zafra, Tecglen, el duque de Canalejas, Rafael Solís, el teniente de alcalde, el presidente de la comisión de festejos… Esperamos a Julio y a Rafael Romero de Torres, que llegan siempre tarde a todas partes. Esperamos también los señores jurados a Mariano Benlliure, que se ha hecho un taco con la hora, como de costumbre. Cohetes, charanga madrileña, plantel de mujeres bonitas. Allá, en la calle del Duque de Alba, vislumbro –¡al fin! – a los dos Romero de Torres, padre e hijo, Julio y Rafael, que vienen en un simón castizo tirado por un caballo cojo. Refresco de limón y cerveza en el clásico café del Pilar, y el jurado que toma posiciones y se reúne.

El teniente de alcalde, simpático, castizo, marchoso, el verdadero teniente de alcalde que está pidiendo a voces letra de Ricardo de la Vega y música de Tomás Bretón, inicia la fiesta con un "speech": todo lo espera el amigo de la sensatez del vecindario… Aplausos… La plaza de San Andrés, tan simpática y tan madrileña, está literalmente llena de gentío… No cabe una persona más. Desfile de nenas. Alcaide de Zafra, de un mordisco, tira el cigarro habano; Rafael Solís, el distinguidísimo redactor de "Heraldo de Madrid", inteligentísimo, simpático y leal compañero, ensaya posturas homicidas; Antonio de Lezama mira de un lado para otro nerviosamente detrás de los quevedos, tratando de coaccionarme, porque ha visto a la derecha, entre las filas apretadas, en el atrio de San Andrés, una morenaza que literalmente "quita la cabeza".

Detrás de las nenas subimos los miembros del jurado al templete. Deliberación seria, obstinada y terrible.

De las veinte chicas que se presentan al certamen hay doce o catorce verdaderamente extraordinarias. Mis ojos andan de acá para allá, en pleno deleite, en graciosa fiesta de luz, buceando ojos, admirando boquitas, contemplando bustos, sin decidirse nunca. Porque hay una Angelita que tiene unos ojos claros, luminosos, habladores, indiscretos, parlanchines, que miman, que saltan, que brincan, que juegan… con el corazón. ¡Mi reina es Angelita! Pero, luego, hay una Marichu con una cabecita, una melena, una elegancia natural, una aristocracia innata y una distinción maravillosa, que subyuga y enhechiza… Porque hay una chulapa desgarrona, pesadilla de todos los "morenos" del barrio, con un hermoso busto lleno y redondo, con una piel que tiene coloraciones y matices de terracota, con unos ojos castaños que se cuelan los muy ladrones por las ventanas del alma sin avisar. Hay también una Conchita, y una Marieta, y una rubita, amasadas con pétalos de clavel, y una morena cetrina que no nos deciden ni a tres tirones. Nos gustan todas.

El jurado delibera, y el organizador, ese terrible melquidista del distrito que se llama don Eustaquio Martín y Martín, nos recomienda prisa, como si estuviéramos votando en un comité cualquiera. ¡Ira de Dios! Tampoco Julio Romero de Torres se decide. Consulto con el maravilloso pintor cordobés.

– ¿Angelita?

– ¡Zi! ¡E una chavala d'una vé!

– ¿Votamos?

– ¡Zi! Usté, maeztro, y yo, votamoz. ¿Y tú, *"peque"?* –le dice a su hijo.

– ¡Lo mizmo!

Y Julio, tristemente, recordando gestas de amor y de juego, me añade al oído, quedamente:

– ¡*Ezto*, amigo Pepe, *e ma difícil que acertar con ziete colorez zeguíoz!*

El teniente de alcalde mira de un lado para otro, de un juez para otro juez, con el fin de emitir honradamente el sufragio municipal. Pero Marichu, la niña Marichu, la niña de la melena, de los ojos negros, de la piel de rosa, de la aristocracia innata, de la dulzura y de la distinción, obtiene los sufragios de la mayoría; Julio y yo hacemos constar nuestro parecer opuesto y nos sumamos a la corriente.

Faltando al secreto del fallo, doy por anticipado, en un aparte, la noticia a Su Majestad. Marichu recibe la noticia como la hija de Ana y de Joaquín las palabras del ángel. Tiene los ojos humedecidos por el llanto de la sorpresa y de la gratitud la dulce nena. La morenita de los ojos de luz, la perla del barrio, la chavala de los ojos más bellos que yo he visto en mi vida –en Italia, en

[99] También publicado, con el mismo título, aunque distinto contenido, en *La Libertad*, *El Adelanto* (O.C. Tomo III, páginas 105 y 117) y *El Pueblo Gallego* (O.C. Tomo IV, página 238).

Galicia– desarruga el ceño de los jueces. Y Julio, este terrible catador cordobés de nenas bonitas, se fija obstinadamente en un tipito madrileño, delicioso, moreno, castizo –Sabina Morales– capaz de dar achares a todos los Julianes que buscan en las verbenas mocitas para quererlas calladamente. Y la elección está hecha.

Al día siguiente, lunes, en el mismo escenario, con el mismo público, elegimos la reina de los mercados. Es una angelical, deliciosa niña morena, de diez y siete años con ojos negros, rellenos de ensueño, de idealidad y de picardía. Se llama Visitación Nieto. Sus padres unos vendedores que tienen su puestito de verduras en la calle de Toledo, son estimadísimos en la barriada. Y Visita es adorada en ella por su honestidad, por su decoro y por su donaire. Cuando la llevamos en automóvil a casa, después de la proclamación, la calle entera –la del Mediodía Grande, uno de los rincones más castizos del Madrid obrero y popular– la barriada entera nos aclama y nos bendice.

Muy bonitas también sus damas de honor: Pepita y Juanita. Juanita, de padres españoles, nació en la Argentina, y ha vivido su niñez en Buenos Aires.

– *Vos* me *tenís* medio loco –digo a Juanita, tarareando vuestra bellísima canción popular de la *sanjuanina*, que tanto gusta en España.

La otra, Pepita, es una rubia lindísima, muy madrileña, arrancada de un cuadro de Ricardo de la Vega, de la propia "Verbena de la Paloma".

El pueblo entero de Madrid ha refrendado nuestro fallo. Ocho días hemos paseado triunfalmente por el Ateneo, por la Castellana, por los teatros, por la Plaza de Toros, a estas bellísimas hijas de Madrid

Encontrarse por acá con reinas y princesas a cada esquina es cosa corriente y moliente en este buen pueblo de Madrid, en este Madrid que también yo llamo mío, porque, ¡diablo!, es el escenario de mis luchas pasadas y de mis santas alegrías presentes…

El Hogar (24-10-1924)
El Liberal[100] (19-08-1924)

Las sobrinas de doña Perfecta

La opinión, engañada o no, comienza a descubrir en el fondo de ciertas desapariciones misteriosas que se comentan estos días la reaparición de "Doña Perfecta" y de su dilatada sobrinería.

Estos días comienzan a surgir de los atrios parroquiales, de los internados piadosos, de la catequesis y de las obras pías las excelentes sobrinas de doña Perfecta[101]. Por las trazas y por los informes que nos suministran esos diarios y esos mentideros de Satanás, estas sobrinas, además de machuchas, acartonadas, pergaminosas y de edad indefinible, son también de cierta fingida ingenuidad, de experiencia bastante sabrosa, de candor artificioso y estudiado, de suaves maneras, de vestidos de tonos discretos y opacos y de dulce y refinada hipocresía…

Las sobrinas de doña Perfecta son estos días también herederas y discípulas predilectas de doña Virtudes. De conciliábulos y cuchicheos con sacristanes, teólogos, confesores; casuistas; brujas, proxenetas, acólitos y zapes; ocupadas desde que nace el día en secretos arreglos con fieles servidoras, mendicantas flexibles y comadres suspirosas, estas sobrinas de doña Perfecta vuelven a llamar nuestra atención con todo detenimiento y la mayor diligencia.

Las sobrinas, muy hechas a las medias palabras, al dengue de los confesionarios, a las cartas de doble fondo y con inicial por toda firma, y al trato de varones poco peligrosos, aunque muy acaramelados, no aciertan a explicarse que sus pasitos quedos y que sus palabras de tonillo apagado y monjil muevan nuestra curiosidad y despierten nuestro recelo. Ellas son unas pobres doncellas –¡uf, que peste de hombres! –, que sólo se cuidan de buenas obras de piedad, de propaganda y de catequesis. Si un día reciben quinientas pesetas es para cristianar a las de Pérez;

[100] En *El Liberal* se publicó bajo el título «Indiscreciones de un miembro del Jurado» y en él Sánchez Rojas describe, con ligeras variaciones, las mismas vicisitudes en la elección de la reina de las madrileñas fiestas de la Paloma, si bien ofrece un final distinto omitiendo la elección de la reina de los mercados que en este se consigna y por cuya razón, y por parecernos más completo, hemos seleccionado.

[101] Protagonista de la novela, del mismo título, de Benito Pérez Galdós, símbolo de la intolerancia religiosa y civil.

si reciben mil, son íntegramente para pagar la dote de una señorita que trata de emular en la soledad del claustro las virtudes de sor Teresa de Jesús, de sor María del Sacramento o de sor Ana de San Bartolomé; si las cantidades son más abundantes, serán para casar ante la iglesia a dos amantes que han descuidado ese pequeño trámite para más oportuna coyuntura.

¡Bah, bah! ¿Qué hacen ellas, las sobrinas de tía Perfecta, que no sea correcto, extraordinariamente correcto? Si las apariencias acusan, las sobrinas gozan de santa calma en el santuario de su conciencia. Si la plebe vocifera, las chicas estas se recrean con la contemplación inefable de sus virtudes. Estas solteronas, que llevan gafas y una sencilla blusa de merino, están por encima de las suspicacias y de los recelos de la canalla liberal.

Pero ahora no han sabido cubrir del todo las apariencias consabidas, y el escándalo que han armado estas solteronas, de cuarenta para arriba, es de los que hacen época. Por un momento estas catequistas, mezcla de postulantas, pedagogas, y urracas, nos retrotraen a los tiempos de sor Patrocinio, la virgen llegada de la Alcarria, y del padre Claret y a los más cercanos de la señorita Ubau, a los escándalos de Vigo cuando el juez don Gumersindo Buján hacía abrir violentamente los portones conventuales ante la vara de la justicia y a la sospecha de que los trasgos de íncubos subterráneos y clericales tornan a tejer su tela de araña en torno a una sociedad modorra y abúlica como la nuestra.

Leed las respuestas que dan estas sobrinas a los cargos que les hacen a propósito de ciertos misterios que tratamos de descubrir estos días. Ellas son muy dueñas de romper papeles que se refieran a catequesis reservadas. No tienen que dar cuenta sino a Dios de sus actos y a sus vicegerentes delegados y mandatarios en la tierra. No hay modo de sacar de quicio a estas urracas de mansa condición y de maneras apacibles, que no se inmutan jamás.

Conciencia, para la moral de estas señoritas, es clandestinidad, secreto; casuismo, imperio de la propia opinión y desdén olímpico de la opinión ajena. Prácticamente son de un anarquismo encantador las sobrinas de doña Perfecta. Y así como el contrabando no figura como delito de robo en los tratados de Teología moral en que abrevan estas rapazas, del mismo modo la opinión pública no cuenta en el alma de estas sabihondas muchachas y añosas, que saben sortear y saltar a la torera todos los riesgos imaginables.

La opinión, engañada o no, comienza a descubrir en el fondo de ciertas desapariciones misteriosas que se comentan estos días la reaparición de doña Perfecta y de su dilatada sobrinería –hay quien cree que las sobrinas son hijas naturales de la buena señora– en la tutela, dolencia y edificación de nuestras pobres niñas abandonadas. En derredor de estos misterios hay sombras de beatas lacrimosas, urracas lastimeras, frailes silogísticos, maridos ciegos y obedientes, niños mentirosos y consejeros áulicos entre cortinas. Volvemos a las anécdotas viejas, porque no hemos solucionado los viejos problemas que las provocaban, que las provocan y que las provocarán. El de más urgencia consiste en someter al derecho común a este espeso mundo clerical, que usa y abusa de sus fueros y prerrogativas como en los buenos tiempos de doña Ana de Austria o de sor Patrocinio, la virgen de las correrías nocturnas y de las apariciones goyescas.

El Pueblo (12-11-1924)
El Liberal (28-10-1924)

Bretón y Salamanca

Diríase que Salamanca tiene ahora prisa por liquidar cuanto antes sus deudas de honor para con sus hijos más preclaros. Y cuando Juan Cristóbal[102] no ha tenido tiempo de embalar todavía las cuatro figuras que han de componer el gracioso monumento a José María Gabriel y Galán, la ciudad se prepara a rendir otro homenaje de filial afecto a D. Tomás Bretón, con un busto o con una estatua que se colocará en la plaza de San Justo, una plaza castellanísima de porches y casitas achaparradas, paraje el más castizo, o como allí dicen, el más «lígrimo», de la dorada ciudad del Tormes, junto a la morada humilde donde vio la luz aquel pobre violín segundo del teatro del Hospital, que llegó a ser, con los años, el autor ilustre de «La Dolores» y de «La verbena de la Paloma».

[102] Juan Cristóbal González Quesada, (1897 – 1961). Escultor español, autor, entre otras obras, del monumento dedicado a Gabriel y Galán erigido en la ciudad de Salamanca.

Al monumento contribuyen con ardor las clases populares y obreras, sobre todo. Abundan las monedas de cobre en las recaudaciones diarias que publican los periódicos locales. «Un obrero sin trabajo», «un pobre hombre que pide limosna», «una modista muy salmantina», «un músico que gana poco», son los suscriptores más asiduos de estas listas. El pueblo devuelve a Bretón en monedas de cobre sus monedas, los raudales de emoción y de armonía que Bretón arrancara, en sus horas sazonadas de madurez, del tesoro de la música popular. La seña Rita, Julián, que no olvida que tiene madre ni ante los «achares» de la novia; Casta, Susana, Dolores, Don Hilarión, están seriamente empeñados en que se levante en Salamanca un monumento a Bretón, y al justificar sus admiraciones y sus entusiasmos, sostienen que el gran músico fue un carácter, todo un hombre, y que, ni en sus horas de gloria y de triunfo, desertó jamás de su puesto, al lado de los humildes y de los desvalidos.

En el fondo, Salamanca evoca melancólicamente el recuerdo de Bretón, no porque se formara fuera de la ciudad y fuera de la ciudad labrara el pedestal de su renombre, sino porque murió en el momento preciso en que había comenzado a conocer los sabrosos cantos que, a pulmón abierto, dicen los charros en la paz solemne de los campos y a la vera de las alquerías. Es muy instructivo, en este respecto, el prólogo con que encabezó Bretón los «Cantos salmantinos», del benemérito D. Dámaso Ledesma. Bretón, autor de la jota de «La Dolores», de «La sardana de Garín», de «La serenata de la Alhambra», buceador y devoto en sus momentos más inspirados de los temas y motivos populares, ignoraba que Salamanca tuviera cantares del delicioso humor de «El burro de Villarino», del vigor emotivo y trágico de «La charrascona», del candor amoroso de las coplas que se dicen por los pueblos de la ribera del Duero en la recolección de aceitunas:

Apañando aceitunas
se hacen las bodas,
que el que no va a aceitunas
no se enamora,
no se enamora...

y cuando había descubierto las canteras inagotables de la emoción de su pueblo, Bretón moría lejos de los suyos.

El espectáculo que estos días ofrece Salamanca es verdaderamente conmovedor. Al lado de la pasividad de los ricachos y de los cortacupones, para los cuales un trovero no merece más que una sonrisa desdeñosa, resalta mucho más el entusiasmo de los pobres, que se han propuesto levantar un monumento, céntimo a céntimo, y que lo conseguirán. Esta Castilla que, al decir del canciller Pero López de Ayala, hacía sus hombres para gastarlos, no los olvida, al menos, después que les ha secado en la lucha el cerebro y el corazón.

Y hay, además, en la Salamanca de hogaño el prurito de reivindicarse un poco. Quiere seguir siendo la sede del pensamiento castellano, y cuando se la recuerda que lleva trazas de convertirse en una panera o en un alhóndiga, vuelve los ojos, no a las glorias casi extintas de su escuela, sino a sus hombres actuales, a Gabriel y Galán, a Tomás Bretón, a Ruiz Aguilera, a Miguel de Unamuno –que ha prohijado– y siente la necesidad del bronce y del mármol para contemplarlos a todas horas en sus plazoletas sustentadas en porches y en sus jardines melancólicos y solitarios, que inundan el corazón de paz y, a la vez, de inquietudes infinitas...

Heraldo de Madrid (12-12-1924)
El Adelanto (18-12-1924)

Cabeza y corazón[103]

Señoras y señores:

Las tunas escolares imprimen, por dos veces, su huella en nuestra literatura salmantina, dejando oír, a través de los siglos, el rasgueo de las bandurrias y el grato y grave sonido de los

[103] Discurso de José Sánchez Rojas leído por el estudiante Luis García Blanco en la velada organizada por la Tuna Escolar Salmantina en el teatro Liceo de Salamanca en la tarde noche del 13 de febrero de 1925.

bordones. ¿Recordáis las andanzas de «La tía fingida» y de su sobrina la extremeña? Cuando aquella Esperancica venía de Plasencia a Salamanca, pasando por Zamora, a enamorar corazones de muchachos y de estudiantes, y se hace acompañar por el gran parecer de una dama o señora de compañía de mangas arrocadas y de jubón acuchillado, los tunos de entonces, más tunos que los de ahora, no la dejan en paz un momento. En la casa donde vive Esperancica arman un estrépito de dos mil pares de demonios, hasta que los corchetes cortan por lo sano y acaban con la zarabanda. No lejos de la Universidad está la casa de Esperancica, de un sólo piso y de asequible entrada. Es tan guapa la chiquilla, que cuenta con los pretendientes y novios a docenas. En el fondo, ella es una mosquita muerta, entre picara y reservona, que tira solamente a casarse pronto y a casarse bien.

La tía –¡y qué tía la suya, aquella doña Claudia de Meneses, de feliz recordación, a la que empluman los alguaciles por alcahueta en una jaula de la Plaza Mayor!– consigue traspasar mercancía en pasables y un tanto equivocadas condiciones, a un estudiante manchego, nada asustadizo, rijoso y crédulo como todos los manchegos. Y cuando los novios se fugan por las viejas calles de nuestra ciudad, la de los Moros, la de Cervantes, la de Serranos, la de Traviesa, tan mal alumbradas antaño como hogaño, les acompaña siempre el ruido de las guitarras y de las bandurrias, cantando romances de amor y de ventura.

Ya fines del siglo XVIII, cuando la duquesa maja vive en el palacio de Monterrey, Iglesias de la Casa se enamora de la sobrina de un cura, y mi tatarabuelo don Francisco Sánchez Barbero llama narizotas a aquel brutote de Fernando VII, las tunas vuelven a alegrar nuestra ciudad con la jarana y con la alegría de sus pasacalles.

Don Diego de Torres Villarroel, catedrático y todo, sabe tonar una guitarra, torear un novillo, cortejar a una mujer y fabricar aguas milagrosas que proporcionan consuelo y paz a los corazones melancólicos y enfermos. Por los patios escolares resuenan a todas horas, entonces, instrumentos músicos de cuerda y de viento. Se canta el madrigal: «¡Ojos claros, serenos...!», se componen versos en alabanza de las salmantinas guapas y resuenan coplas y villancicos, desde la puerta de Aníbal hasta la puerta de Toro. El mismo don Diego de Torres es el «tuno» mayor de nuestra Escuela. Hombre discreto, sabe que a los veinte años, importa más el resplandor de unos ojos que una digresión jurídica a propósito de las panderetas. Y nuestra Escuela tiene el gesto amable de la casa de unos mozos más avanzados al amor que a la ciencia y con más ganas de plática a la reja que de actuar de sabihondos en el aula.

Hoy mismo, las tunas son la expresión y el índice de nuestra mocedad y de nuestra confianza en la vida. «Quien pierde la mañana –ha dicho el «eclesiastés»– pierde el día; quien pierde la juventud, la vida pierde». No perdáis vosotros, estudiantes de Salamanca, la mañana de sed de vuestra vida. La ciencia más asequible y más pura es la que nace del amor de una mujer. Don Miguel, este caballero vasco de don Miguel de Unamuno, que oye seguramente, ahora mismo, desde los bulevares los compases alegres de vuestras guitarras y de vuestras bandurrias, ha dicho, hablando de vuestros amores, que el manantial de la ciencia brota siempre de los labios de una mujer.

Cuando yo era estudiante como vosotros, y como vosotros me preocupaba más de las mujeres que de los regaños de Cañizo, de Sáez o de Requejo, compuso don Miguel su oda a Salamanca. Y en ella nos dio el breviario del perfecto estudiante:

Nombres que fueron miel para los labios, brasa en el pecho,

canta don Miguel, que son para vosotros los de Blanca, los de Pura, los de Concha. Porque nuestra boca se hizo para que los paladearais en silencio, sin temor a los ruidos indiscretos que rompen el ritmo de vuestro corazón, y en vuestro pecho, anheloso de eternidad, queman con dulce fuego unas palabras que sólo fueron dichas para que vosotros las recogieseis y las saboreaseis como el más delicioso y grato de los manjares.

Las tradiciones caballerescas hubieran desaparecido, ya hace tiempo, de la tierra si no hubiera sido por vosotros, los estudiantes. No las dejéis marchar del todo, que es un deber sagrado el conservarlas. En Salamanca florecen las tunas, yo os lo aseguro, como en los prados las flores tempranas y abrileñas. Nuestras calles llenas están de vítores rojos, que son el recuerdo de una fecha. El recuerdo de una fecha que es siempre el nombre de una mujer. En los bancos de la cátedra de Fray Luis, grabados a navaja, aún quedan, palpitantes y frescos, nombres que fueron luz para el espíritu y deliciosa inquietud para la vida. Si nuestras nobles piedras rojas,

encendidas al beso del sol hablasen, tened por seguro que dirían madrigales. ¡Estudiantes y tunos: Un soñador, paisano vuestro, que ha dejado prendidos y bien prendidos en los muros de Salamanca, los mejores y más sutiles hilos de sus sueños, os pide, por Dios, porque os desea una juventud eterna, que, al mismo tiempo que nutrís el cerebro de toda suerte de doctrinas, reguéis el corazón con el agua fresca y abundante de la poesía!

En la vida –ya lo veréis después– hay que discurrir a veces con el corazón y hay que sentir a veces con la cabeza. Un corazón que no siente no puede asentarse nunca, y cabeza que piensa derechamente y con hondura. Vuestro deber, a nuestros años, es, estudiantes, vuestro amor. Cantad a las bellas, regaladlas el oído del corazón y de la esperanza con vuestras mejores canciones; sed mozos y muchachos ahora, que tiempo os quedará después de sentar plaza de hombres. Y yo os aseguro que de las emociones de hoy nacerán las ideas de mañana, y que más de una vez, cuando la vida os imponga un camino, lo encontraréis lleno y asequible, porque en vuestra mañana estudiantil bebisteis sin tasa de la fuente del amor, que se convierte luego en sabiduría, en la sabiduría única que podemos hallar los humanos, cuando ahuyentamos las sombras del dolor con los dos recursos que tenemos a mano: el del recuerdo que no se borra y el de la esperanza que no se pierde.

He dicho.

El Adelanto (14-02-1925)

El impuesto de soltería[104]

– ¿Ha leído usted el Estatuto provincial? –me dice una linda amiga–. Usted y todos los coscones van a tener que pagar un impuesto. ¿Qué opina usted?

Digo a mi linda amiga que yo no opino, y que, hoy por hoy, me limito a sonreír ante la inocente medida fiscal... Por fuertes impuestos que se establezcan, el matrimonio que debiera ser racionalmente un artículo de primera necesidad, es, en España un artículo de lujo. Solamente los pobres que sean muy pobres, y los ricos que sean muy ricos, pueden casarse cuando les venga en gana. A la clase media no la es siempre posible. Hay problemas, como el de la habitación, completamente insolubles en poblaciones de alguna densidad. Hay, además, un problema de buen gusto. El amor es incompatible con la estrechez, y requiere cuidados muy serios y cultivo muy asiduo, para que no desaparezca de nuestra realidad espiritual. El enamorado que no es previsor es un botarate.

En poblaciones importantes (Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla), que son aquellas donde los solteros campan por sus respetos y por su número, el matrimonio es prácticamente imposible mientras no se mejoren las condiciones materiales de la vida. Más que un problema sentimental, el matrimonio es un problema económico. Temo mucho que las sabias disposiciones del señor Calvo Sotelo no logren el fin que persiguen.

En Madrid, sobre todo, depende del casero, del mueblista y del tapicero.

No se casa el que quiere; se casa el que puede. Las habitaciones, o son zahurdas, o son palacios. Demasiado baratas, no invitan a la intimidad hogareña, y demasiado caras, no las resiste el bolsillo. Eso, cuando se encuentran. Y casarse viene de casa. Yo tengo un amigo que ha retrasado su boda nueve meses porque no encontraba piso decoroso para su mujer. Conozco otros que están esperando turno. El impuesto no es razonable tal como se plantea. En todo caso, y como medida más lógica y humana, que se establezca otro para los que se casan con demasiada facilidad, sin darse cuenta de las cargas que se echan estúpidamente encima.

El amor santificado por el sacramento se ha convertido en una incógnita de cuarto grado, desde que han encarecido los medios de vida. A los aficionados les cabe el recurso de ensayar con alianzas transitorias y pasajeras, su capacidad y su espíritu de sacrificio para las indisolubles y permanentes; todos estos bravos es injusto que carguen con los enojos del flamante impuesto. Quedan esos otros que han fracasado una y mil veces en sus escarceos y exploraciones sentimentales, que tampoco deben tributar. Lo justo sería que pagasen únicamente los solteros que

[104] El Directorio de Primo de Rivera decretó en el Estatuto Provincial un recargo progresivo sobre algunos impuestos a los solteros entre un 10% y 50%. En realidad, dicho recargo suponía para las rentas bajas o medias cantidades irrisorias al año, pero despertó una furiosa polémica en todos los periódicos.

tienen rentas suficientes para hacer la felicidad de la primera muchacha bonita y pobre que les saliese al paso.

Muchos de mis colegas, por ejemplo, se de buena tinta, que no se casan sencillamente porque no pueden.

Pero así que se ha visto que «la ciudad jardín» para periodistas y escritores va a ser muy pronto una venturosa realidad, se han renovado idilios viejos o han florecido otros nuevecitos y flamantes. Para el idilio de un escritor, un jardín o una casa silenciosa y apartada son absoluta y completamente necesarios.

Hasta que tengamos nuestra casa, vamos a pedir todos nosotros al Directorio que nos exima del impuesto. Los que tenemos la manía de soñar, necesitamos, antes de criar hijos para el cielo, conquistar un pedazo de tierra donde podamos asentar las plantas y elevar la vista a ese cielo que tenemos que conquistar para los que han de compartir con nosotros esta casa tan incongruente, pintoresca, arbitraria y contradictoria que llamamos vida.

El Adelanto (24-03-1925)

Pantanos y escuelas

El pantano

Clemente de Velasco no ha podido presenciar los festejos con motivo de la inauguración del pantano del Águeda: una enfermedad le ha tenido postrado en el sanatorio del Rosario. Una enfermedad ha tenido alejado a Velasco de su pueblo; contrariedades, chinchorrerías, pequeñeces de poca monta no me han consentido a mí tampoco tornar al pueblo donde transcurrieron plácidamente las mejores horas de mi niñez. El destino tiene esas bromas y no queda más bálsamo, ante la contrariedad, que el del recuerdo.

¡Ciudad Rodrigo! Le veo con sus murallas, con su castillo, con su Catedral abollada por las granadas francesas, desde mi celda de colegial, una tarde soleada de Enero. Salimos los colegiales con nuestras becas y manteos por la plaza del Conde. Algunos profesores han muerto ya. Don Perfecto, el de francés, con sus ojos negros y expresivos y con su charla inteligente e infantil; don Casiano con sus terribles versos geográficos, su hongo color café y su barbita puntiaguda. Murió también aquel buen obispo Mazarrasa que me tiraba de las orejas y me llevaba almendras de las Benitas de Alba, y quedan otros: López Toribio, el profesor de Historia Natural, con su odio encarnizado a Darwin, don Mateo Hernández Vega, expresivo, listo como una ardilla y menudo, explicando sus binomios y sus logaritmos, don Paco Vals en una lejana catedral de Cataluña.

Ciudad Rodrigo estaba sediento; un pantano calmará su sed. Velasco, Cascón y el conde de Ardales del Río, han iniciado estas obras que llenarán de vigor y de riqueza toda la dulce vega del Águeda. Un poco tarde ha hecho justicia Miróbriga a estos tres hijos suyos. Y Velasco que ha soñado siempre con esta obra, con esta presa de aguas, ha tenido que vivir ausente de su pueblo, cuando su pueblo ha comenzado a latir con su optimismo, con su esperanza y con su fe.

Las escuelas

Después de Robliza, Sepulcro Hilario. Y Fernando Íscar, discurseando por esas aldeas, y Villalobos saturándose de esperanza en el pueblo entre sus charros. ¡Muy bien, amigos! Ayer sembrasteis; hoy recogéis. Ayer les hablabais de los placeres del pensamiento y hoy les lleváis la escuela clara, soleada, llena de luz, la escuela que deja de ser calabozo y que empieza a ser hogar.

A los diez años de nuestras predicaciones agrarias, dos hombres, Villalobos y Fernando Íscar, tornan a las alquerías, en obra de paz y de amor. Un día logran que la Caja de Previsión subvencione una biblioteca al aire libre en el Campo de San Francisco; otros siembran de escuelas el páramo; mañana… Y yo que sé la emoción, la pureza, la alteza de miras que esos amigos, y otros como Sánchez Bustos, Santa Cecilia y Sáez han puesto en la empresa, me limito fervorosamente a enviarles un apretón de manos.

¡«Intelligenti pauca…»![105] Otro de los sembradores está lejos, pero su espíritu, hoy más que nunca, vive entre nosotros[106]. Este pantano del Águeda, estas escuelas de Robliza y Sepulcro Hilario, son el primer regalo que hace la ciudad al campo. Los que tememos a todas horas lo contrario, la invasión del espíritu rural hasta en la Plaza Mayor, hasta en el patio de Escuelas Menores, hasta dentro de los claustros y de las aulas de nuestra Universidad, respiramos, por esta vez, gracias a cinco hombres que nos tienen ganados el corazón desde que comenzamos a luchar por un ideal que parece cada día más lejano y cada día más borroso.

El Adelanto (28-06-1925)

Sobre la claridad

Hace pocas noches, disertó, en la Federación Obrera, nuestro amigo Guillermo Sáez sobre las leyes protectoras del retiro obrero, en su calidad de inspector regional del Instituto de Previsión. El mayor elogio que puede hacerse del catedrático Sáez[107], es que no parece catedrático para fortuna suya. Prefiere el flexible[108] al birrete, la chaqueta a la toga, y la mesa de la terraza del café al sillón del aula solemne y silenciosa. Somos, a la vez, hasta los más humildes y modestos, discípulos y maestros de todo el mundo y todos los días recibimos en aprendizaje lo que inconscientemente regalamos en magisterio. Sáez pone cátedra, sin proponérselo, allí donde se encuentra, y la otra noche, en la Casa del Pueblo, explicó una de sus lecciones más concretas, más precisas, más bellas y más claras.

En el diálogo, como en la conferencia y como en la carta –que dicho sea entre paréntesis, es el género literario más difícil, gustoso y delicado, para mí– pensamos, más que en nosotros mismos, en las personas que nos escuchan o que nos leen.

Si pensamos con claridad, nuestras palabras son precisas. Toda confusión de mente lleva siempre aparejada una confusión verbal. En cambio, todo pensamiento robusto se embellece y hermosea a flor de labios, y sale de ellos con la misma lozanía y con la misma seguridad con que fue concebido en el cerebro.

Sáez, con su hermosa conferencia sobre el retiro, logró hacerse entender por los obreros que le escuchaban. Ni una sombra en la exposición, ni la más pequeña laguna en el comentario. Era el mismo Sáez de la intimidad que habla, con el gesto y con la actitud tanto como con la palabra y que pone todo su espíritu en lo que dice. Olvidó que era catedrático, y por olvidarlo, su lección fue perfecta. Jugó con las leyes obreras de previsión, poniéndolas al alcance de todos los oyentes, como juega con los números y con las ideas en las mesas de Novelty. No era un catedrático que enseña a los alumnos, sino un hombre que habla a otros hombres. Y la misma justeza de sus palabras las henchía de emoción y de sugestiones ricas en posibilidades para el porvenir de la clase obrera española.

Al salir de la conferencia de Sáez, volví a pensar de nuevo en la quiebra de las clasificaciones retóricas con que nos envenenaron el cerebro y el corazón en nuestros años universitarios. No hay fondo ni forma en la exposición. Las palabras son el vestido de las ideas y las ideas las que dan el contenido a la palabra. Hablamos como pensamos y pensamos como somos. Sáez, hombre de su época habla siempre lisa, llana, sencillamente, que es el único modo discreto y elegante de charlar en los tiempos que corremos.

El Adelanto (16-08-1925)

[105] Locución latina que significa literalmente "al inteligente pocas cosas". En castellano equivaldría a la expresión "a buen entendedor, pocas palabras bastan".

[106] Obviamente se refiere a Miguel de Unamuno, desterrado por la dictadura.

[107] Guillermo Sáez Muñoz, (1879 - 1932). Catedrático de análisis matemático en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Salamanca entre 1903 y 1932.

[108] Tipo de sombrero, generalmente de fieltro y ala ancha.

La verbena de la Paloma[109]

Para Pepe Canalejas y para Nicasio León

Imaginemos el cuadro desde aquí. La plaza de San Andrés llena de muchachas morenas, de pañolones de Manila, de peinetas altas, de chulos postineros y de comadres habladoras. Charanga catarrosa, tocando la mazurca de «La verbena», El teniente alcalde, con el paja[110] ladeado, chicoleando a una brava moza que pisa fuerte y que mira con descaro. Romero de Torres, en un simón desvencijado, acudiendo tarde a la cita del Jurado en el café del Pilar. Montero Alonso –mi suplente de este año– con las gafas caladas y el rostro aniñado, entre la princesa Charito y la princesa Pepita, Díaz, el fotógrafo de «Prensa Gráfica», bebiendo los vientos por una rubia que ya tiene acomodo en los pliegues del corazón de algún honrado motorista. Carmen Cobeña, la gentil presidenta del Jurado de este año, saboreando el garbo, la gracia y el donaire de tantas rubias y de tantas morenas

hijas del pueblo de Madrid.

¡La verbena de la Paloma! Los churros y los farolillos venecianos en la Cava Baja y en la Carrera de San Francisco; el Segoviano, pacífico y ventrudo, y su lindísima hija Consuelo, alegre y socarrona, preparando el lacón para el sabrosísimo yantar; las coristas y las tanguistas, y las chulapas desgarronas del barrio, aplaudiendo y envidiando a las majestades y altezas de unas horas; los autos con los taponazos del champaña, el magnesio de los aparatos fotográficos y los paquetes de saladillas a guisa de proyectiles. Y las bandurrias, y las guitarras, y los acordeones, y los donaires que restallan como fustas, y los tocamientos pecaminosos que se castigan con soplamocos, y las insinuaciones que se devuelven con desdenes mujeriles, y los discretos galanteos que se premian con miradas llenas de luz.

Y, luego, después de media noche, las reinas y princesas que suben a sus autos, y la barriada que espera con su tinto y sus roscas a la puerta, y los concejales diciendo madrigales al contacto de las bellas, y las bellas encantadas de su grata camaradería de unas horas con literatos y pintores, y el teatro de la Latina engalanado con mantones de Manila, y la kermesse en dispersión con el humo de la fritanga de los churros, y los tupis llorando tangos cobardones en las pianolas.

Fume, compadre
fume y soñemos,

y el sueño de Agosto –que se extingue– de seis lindas chiquillas, convertidas en soberanas del pueblo de Madrid, en gracia a su hermosura y gentileza.

Muy pocos amigos han faltado este año a la verbena de la Paloma. Pero la reina del año pasado, la linda muchachita vasca, Maruja Guridi, hoy huérfana, llora la muerte reciente de su padre. Y Pepe Canalejas, que la corrió en grande el año pasado, como un verdadero crio que es, estudia este verano en un austero colegio de Oxford. Y Nicasio León Bencomo está fuera de la corte, porque acaba de sufrir las estrecheces del destierro en el silencio de Segovia, donde ha pasado un veranito poco risueño. En cuanto a mí, el destino que manda, ha querido que recuerde desde las playas del Tormes, la portada goyesca de San Andrés y el pórtico barroco y pesadote de San Francisco el Grande. Todos los demás amigos han permanecido en sus puestos.

Veo a Julio Romero de Torres, con su gracioso y cerrado ceceo cordobés, entre chicas lindísimas, ofreciéndolas los honores de un cuadro suyo y el aroma de una taza de café en las penumbras del estudio de la calle de Pelayo. Imagino a Marianito Benlliure tarareando tangos y chotis antes de decidirse por Pepita o por Ramonita. Y advierto a distancia que los ojos inquietos y burlones de la reina Ramoncita Jócano, se han colado este año alma adentro de los jueces, como se colaron en los de mis compañeros del año pasado los parlanchines y burlones de aquella Angelita Gómez, de grato recuerdo, en unas horas embrujadas y verbeneras bajo el cielo cobalto de Madrid.

[109] Con este mismo título, y distinto contenido, existen, al menos, otros dos artículos publicados por Sánchez Rojas en *El Pueblo Gallego* (O.C. Tomo IV, página 238) y en la revista argentina *El Hogar* (O.C. Tomo III, página 109), y otro, publicado en *La Libertad* (O.C. Tomo III, página 105) en el que se recoge un discurso pronunciado por él en el teatro de La Latina.

[110] Sombrero de ese material

Nicasio León Bencomo, el duque de Canalejas y yo, que nos constituimos el año pasado en comité permanente al lado de las reinas, descansamos este año. Y también Maruja Guridi, la linda niña guipuzcoana que ciñó la banda de reina, no habrá salido estas noches al escenario de sus triunfos. Sea para la huérfana Marujita, antes que para mis amigos ausentes, el recuerdo más delicado y el saludo más cordial.

Aquella nena que leyó el año pasado con voz de cristal, unas palabras mías de amor a Salamanca y de amor a Madrid en la posada del segoviano, lleva este una blusita negra que da un matiz más sombrío a su tez morena de terracota y mayor gravedad a sus ojos norteños, pardos y melancólicos. Y el dolor presente habrá borrado del recuerdo de la dulce niña, nacida en Pasajes –como aquella Maximina de Palacio Valdés– la apoteosis pasada, cuando, a los acordes de la Marcha Real, unos artistas ingenuos la proclamamos reina.

La preciosa niña guipuzcoana conservará su banda de reina todavía, sabe Dios entre qué recuerdos íntimos y personales, y no se atreverá a ceñirla ahora encima de sus trapitos caseros y enlutados mientras oye el estampido de los cohetes y las alegres y bulliciosas notas de los pasacalles de la verbena desde su tranquila y modesta estancia de la Carrera de San Francisco.

El Adelanto (25-08-1925)

Los amantes del Campillo

Si hemos de creer a nuestro activo corresponsal en El Guijuelo, Romeo y Julieta, los amantes de Verona, o Isabel de Segura y Diego de Mancilla, los amantes de Teruel, han tenido una brillante continuación en Diego Nieto Corredera y en Visitación González Castro, a los que llamaremos en adelante por estas tierras de pan llevar, tan poco propensas a toda suerte de romanticismos, los amantes del Campillo[111]. El cronista del sensacional suceso en nuestro diario, afirma que se trata sencillamente de una tragedia amorosa. El amor de Diego y de Visitación –sigue contándonos el corresponsal– era un amor eterno, «pero un amor sin mezcla de concupiscencia, ni de ese platonismo propio de personas anormales». Y sus cuerpos –añade quejumbrosamente el mismo corresponsal– «descansarán sobre el mismo suelo, como ahora quedan separados por un tabique de diez centímetros y sus almas llevarán el mismo destino».

Romeo y Julieta mueren porque no pueden vivir el uno sin el otro y porque los dos retoños de los Montescos y de los Capuletos saben, a pesar de sus pocos años, que no vale vivir la vida sin oír a todas horas el canto del ruiseñor dentro de nuestros corazones. Isabel muere porque no la han dejado casar con su Diego, y Diego, digan lo que quieran los de Teruel, que siempre exageran un poco tratándose de glorias locales, muere tal vez de la terrible caminata, caballero en su caballo alazán porque el suegro no sabe esperarle ni cinco minutos más después de la fecha convenida. En la tragedia de Shakespeare, el amor lucha contra preocupaciones de familia, que hoy llamaríamos burguesas –«¡Mi Romeo! ¿Por qué te llamas Romeo?»– y contra la cazurrería de Verona, que no puede tolerar idilios que tal vez hieren intereses locales. En el episodio aragonés, lo que nos conmueve, en cambio, tanto como el amor de Isabel al infeliz guerrero, es la buena pasta de su marido de la víspera, tolerando que el cuerpo de Isabelita descanse junto al del infeliz guerrero, a cuyo amor concede todos los derechos de prioridad sobre los suyos de editor responsable.

Pero en este episodio del Campillo no comprendemos absolutamente nada. Diego tiene veintitrés años, y veinte Visitación. Los dos son ricos, y el novio huérfano. Visita es adorada por sus padres, que ven con los mejores ojos los galanteos de Diego. El suicidio aparece completamente inexplicable. No se sabe que los novios frecuentasen con exceso los cines, ni que leyeran novelas truculentas. ¿Para qué la muerte, cuando la vida se les ofrecía tan bella? Como la fatalidad no asoma su innoble jeta por ninguna parte, no acertamos a ver la tragedia de los amantes del Campillo, ¿Lecturas de ella, lecturas de él? ¿E chi lo sá? ¿Una ola de calor, acaso, que lleva siempre consigo todos los veranos, estos inútiles crimenes pasionales? ¿Histerismo de ella, neurastenia de él? Parece que Diego hace testamento el día de Santiago, disposición perfectamente inútil, porque instituye heredera a su hermana, que sin el testamento había de heredarle también. Todo nos hace creer que se trata de dos pobres muchachos perturbados.

[111] Ambos novios se suicidaron arrojándose al pozo de la casa de Diego en Campillo de Salvatierra. Dejaron una carta en la que se decía que se les buscara en dicho pozo.

Es, después del todo, el comentario más respetuoso que podemos rendir a su memoria. La juventud que se ha excitado un tanto con el relato de este episodio ocurrido casi a la puerta de nuestra propia casa debe buscar otras sugestiones más bellas para cantar las excelencias del amor humano. Acaso la única pasión digna de ser compartida con un hombre o con una mujer, según los casos, es la que sabe sobrellevarse con el ánimo tranquilo y con la faz serena. Uno de los temperamentos más hondamente trágicos de nuestro tiempo, el exquisito mejicano Amado Nervo, calma todos sus dolores de amor con la santa virtud de la esperanza. Aspira a merecer en el silencio y se le da siempre una higa de la contrariedad del instante. Sintiéndose olvidado y solo, acaricia una vez la culata de una pistola. Un sudor frío baña sus sienes, aparta de sí el arma de los cobardes y rima en voz baja solo para él aquella estrofa:

Por esa puerta has de volver un día,[112]

Verdad es que antes de abrirse la puerta que espera tantos años, queda dormido infantilmente el pobre luchador, que no sabe suicidarse, en el regazo, siempre amoroso, de la muerte.

El Adelanto (22-08-1925)

El final de un sueño

Fue anoche la última fiesta de la verbena de la paloma; anoche las reinas dejaron de ser reinas y las princesas de despidieron, seguramente para siempre, de su principado. No sé cómo habrá sido la apoteosis de este año; apenas si tengo tiempo de hojear los periódicos. La del año pasado fue nada menos que una procesión cívica con dos reinas, seis princesas, un joven duque auténtico de veinte años y un exdiputado a Cortes, no menos auténtico de veintiocho. Los formales seguíamos en un auto y el teniente alcalde –castizo y marchoso él– en una manuela[113].

Detrás de la manuela, charangas y luego luces de bengala, antorchas, guitarras, bandurrias y plebe municipal y espesa. A la cabeza de la plebe, sonriente y gordinflón, Santiago González (a)[114]el Segoviano, con su blusilla y su gorra. Atravesamos la carrera de San Francisco, y llegamos a una pradera –no sé cuál– frente al telón velazqueño del Guadarrama y a los míseros de la barriada de Segovia.

Lucía a la derecha la mole ingente y un poco pesadota del palacio real y guiñaban los focos de la Plaza de Oriente en la majestad de la noche agosteña.

Un refresco, unas palabras galantes y la «commedia e finita». La reina de los mercados dejó de ser majestad para volver al día siguiente a su puestecito de verduras de la calle de Toledo. La soberana de la verbena abandonó su banda y su trono para pedir una plaza de paquetera en un almacén. Algo muy triste. Una desilusión de muchachas lindas que han conocido unas horas las exquisiteces del madrigal y los fogonazos de magnesio de los fotógrafos. Durante unos días, la estela de popularidad y de simpatía que flotaba en torno a ellas por el barrio de la Latina y luego ¡nada! La monotonía del puesto y la pesadez de empaquetar encargos en un gran almacén de mercería.

La popularidad es una ficción estúpida que no satisface, no ya a los hombres, pero ni siquiera a las mujeres. Pasa, como se va: de golpe y sin dejar más rastro que el de las letras impresas que se devoran con avidez un minuto, pero que luego apenas si valen para otra cosa que para forrar un libro, para guardar una chuchería o para otros menesteres más subalternos y nunca bien olorosos ni aromáticos. El desgraciado que cifra sus sueños en la popularidad despierta siempre en lo mejor de su sueño, advirtiendo que no ha podido descansar y que la luz de la mañana es bastante más cruda y valiosa que la discreta y velada de sus imaginerías, que se han disipado repentinamente.

Yo me he acordado esta noche, con pena, de estas reinas y de estas princesas que han dejado de serlo para siempre y que tal vez tomaron demasiado en serio su papel, provocando la ira, la envidia o la maledicencia de otras chicas que no tuvieron su fortuna, tragedia menuda y creciente que es la de todos, la tuya, lectora, si eres linda, y la tuya, lector, si eres inteligente y avisado. Pocas veces se tolera la belleza de las mujeres y el talento de los hombres. Proporcio-

[112] *Por esa puerta*. Amado Nervo.
[113] Carruaje tirado por caballerías, también conocido como Birlocho, Cabriolet.. Es la evolución del carruaje Victoria.
[114] Alias

nan a lo sumo, un recuerdo efímero y fugaz, de verbena, que dura lo que la luz de las estrellitas saltonas en el cielo. Sobre la belleza de las mujeres, se ceba siempre la petulancia masculina; sobre la inteligencia de los hombres, la incomprensión del mediocre y la anécdota chocarrera que pocas veces se ajusta y acuerda con el original. Acaso el mayor placer de la vida estriba en que pasemos del todo inadvertidos entre nuestros semejantes, sin elogios que nos llenen de vanidad, pero también sin diatribas ni censuras que no pueden tolerar los que viven en las alturas cuando son proferidos por gentes que siempre han vivido a ras de tierra, con sus pasioncejas de topos y sus movimientos de ratones pendientes siempre del queso.

El Adelanto (27-08-1925)

Desde el Campillo a Teruel

Una persona que parece muy discreta y juiciosa, don Leandro S. Gómez, que afirma haber conocido mucho a los novios del Campillo, tiene la bondad de rectificar algunas apreciaciones mías que aparecieron en este diario[115]. La cortesía me obliga a contestar brevemente. En realidad, yo no hacía otra cosa que ajustarme a la información que de la tragedia daba el corresponsal del Guijuelo. Pero con estos elementos, mi juicio no difería en nada del atinado y discreto de don Leandro S. Gómez. Sospechaba ya por anticipado que el amor nada tenía que ver con esta tragedia de dos muchachos infortunados y asustadizos. Y desde luego, solo a guisa de broma y de burla burlando, comparaba la tragedia el Campillo con la legendaria y hermosísima de Teruel.

Lo que ya no puede aceptarse es la versión que de los amores de Isabel de Segura y de Diego de Marcilla nos suministra nuestro amable contradictor. El drama de Hartzenbusch se aparta grandemente de la sencilla y conmovedora verdad histórica. Isabel y Diego mueren, pero no se matan. Isabel muere la misma noche de bodas con Azagra, porque la repugna no ser de su Diego, y Diego muere de la impresión que le causa la muerte de Isabel. En la ciudad aragonesa, aún se conserva la puerta por donde entró, como alma que lleva el diablo, en un caballo sudoroso y jadeante, el infeliz amador. Y así Isabel cumple la promesa de esperarle, viva o muerta; Diego cumple también su palabra porque no se retrasa –y eso por azares de guerra– más que veinticuatro horas a la cita. El obstáculo de la nobleza de la sangre en Diego, que tanto preocupa al padre de Isabel, don Pedro, queda superado por Diego al conquistar grados y honores militares.

En la tragedia de Teruel, el conflicto arranca del mismo amor, es decir, de la fatalidad que va siempre aneja a nuestros grandes conflictos sentimentales. Estos son siempre como son, porque no pueden ser de otro modo. Lo trágico es abandonarse al destino, pero no desviarlo con un pistoletazo o con un veneno. Es el final de los amantes de Salamanca, Calixto y Melibea, y posiblemente el de los de Verona también. Y la muerte aparece en ellos como una consecuencia obligada del amor y no como una solución impuesta y obligada por acontecimientos extraños a la misma naturaleza de la pasión.

Por eso, todos los grandes amadores han sido inevitablemente trágicos. Enrique Heine, ante el abandono de la amada, sueña vivir con ella el sueño eterno en la misma sepultura. El conde Leopardi exalta a la muerte cada vez que su amada, la condesita Pepoli, le emborracha con la luz de sus ojos y con la magia de su sonrisa, Julia de Lespinasse fallece de atroces remordimientos, en casa del matemático D'Alambert, al conocer el final desastroso de Pignatelli. Y aquella dulce monjita portuguesa, María Alcaforado, enferma y muere también de pasional excitación ante la ausencia de él. En todos estos casos y en otros que la vida nos suministra abundantemente, la tragedia surge de la pasión pero no –repitámoslo– de causas extrañas a ella.

Creo que ya respondo a las apreciaciones de don Leandro S. Gómez, y que, en el fondo, estamos íntimamente de acuerdo. Ya falta de otros temas más sabrosos, pero nada fáciles de tocar en estos momentos de excepción, recuerdo la leyenda de Diego y de Isabel, tal como me la

[115] En artículo de *El Adelanto* de 26 de agosto de 1925 con el título «Los amantes del Campillo». Véase el artículo de Sánchez Rojas con igual título en *El Adelanto*, 22-08-1925 (O.C. Tomo III, página 118).

enseñaron en la vieja ciudad aragonesa, mientras contemplaba las momias de los dos amantes en la penumbra de una iglesia humilde, durante una mañana lluviosa y huracanada.

El Adelanto (28-08-1925)

El rapto de Virginia Wilson

Nos lo cuentan los periódicos extranjeros estos días, con titulares de muy gruesos caracteres. La señorita Virginia Wilson, es una rubia espiritual y muy yanquee[116]. Juega al tennis [sic], fuma Murattis, dirige automóviles y se emborracha muy graciosamente con wisky [sic] y con ginebra.

La señorita Virginia ha tenido además, un novio: el señor Ayde Ford. Pero el señor Ayde, el pícaro, se casó a espaldas de Virginia, y Virginia, al saber la defección de su prometido, lo raptó y secuestró bonitamente, encerrándole en un automóvil a culatazos de revólver. La policía descubrió el paradero del señor Ayde Ford y el juez del departamento ha multado a la brava señorita Wilson con la multa de mil dólares, por el delito consumado de rapto,

Hasta aquí el hecho, muy yanquee y muy siglo XX. El rapto ha ocurrido en Baltimore y la señorita Wilson es verdaderamente guapa. Ayde Ford es, en cambio, un muchacho un tanto viejo y agotado. Los comentarios y apostillas del rapto tienen más interés que el mismo delito, completamente vulgar.

Se indignan los americanos de la osadía de la muchacha y nosotros, los europeos, nos reímos de la indignación de los americanos. En la vieja Europa estamos al cabo de la calle. La señorita Wilson es una discípula completamente adocenada de nuestras escuelas italianas o francesas. Corina, la amiga de Lord Nelville –la heroína de Madama de Stael– o la misma Madame Bovavy [sic], la mujer del boticario francés, hubieran cumplido su misión bastante mejor que la señorita Wilson, sin caer en manos de la policía, con derecho a una indemnización que hubiera pagado la misma víctima del rapto.

Nuestras lindas europeas saben perfectamente que la iniciativa amorosa es siempre achaque de su incumbencia. Los hombres no dicen nunca que quieren si ellas no envidan de antemano. En Europa son siempre mujeres las conquistadas y los Donjuanes los contestados. Don Juan, ya sin plumas en su chambergo, es un pobre hombre catarroso y tranquilo que se deja llevar por las alternativas del viento, camino de la vicaría, completamente decidido a soportarlo todo, desde los ataques importunos de jaqueca a las cuentas excesivas de la modista. Escéptico y huraño, sabe que nada puede contra unos ojos bonitos o contra un mohín burlón y desdeñoso. Y para que no la rapten, paga de muy buena gana el taxis [sic] al chauffeur[117] complaciente y hasta se empeña con él, a espaldas de la dama, a fuerza de repetir excursiones gratas y completamente íntimas.

La señora Venus, rubia, gordinflona y complaciente, y el pequeño Cupido, siempre arbitrario con el arco de sus flechas, que unas veces pasan del blanco y otras, no llegan a él, se han hecho de una vulgaridad aterradora.

En las sorpresas amorosas, los sorprendidos son siempre los machos, pero nunca las hembras. Estas han puesto, desde luego, todos los incidentes que pueden acaecer y no caen estúpidamente, como la señorita Wilson, en manos de la policía ni pagan mil dólares de multa por sus excitaciones nerviosas.

En Europa, el rapto de Baltimore apenas si nos merece un comentario desdeñoso, burlón y levemente irónico.

Estamos muy lejos de los tiempos paradisiacos de Pablo y Virginia; hemos aprendido mucho en lo que va de siglo. Hemos pasado por las experiencias de Flaubert, de France, de D'Annunzio, de Eça de Queirós. Hemos conocido a Eça en la provincia francesa, en los canales venecianos, en los bulevares parisinos y en las silenciosas calles lisboetas. Nos sonreímos, pero no nos indignamos jamás. ¿Para qué? La señorita Wilson, en París, hubiera raptado no a Ayde Ford, sino a su esposa, y a la, larga, los tres se hubieran entendido perfectamente.

[116] En inglés, aún sin españolizar en *yanqui*.
[117] En francés, aún sin españolizar en *chófer*.

En Italia hubiera entrado de camarera al servicio del flamante matrimonio. En España... ¡ah!, en España se hubiera consolado fácilmente con el primer transeúnte que hubiera surgido a la vuelta de la esquina.

Los cronistas yanques se asustan demasiado ante la osadía de la mujer que no se detiene ante los mayores obstáculos. Pero aquí, en Europa, estamos cansados, de saber que las mujeres mueven siempre los hilos de los muñecos que aparecen en la escena, y que los hombres apenas si actuamos de otra cosa que de míseros comparsas en este sainete trágico cómico que llamamos la existencia. Si no nos mueven ellas, los hombres preferimos el reposo y la quietud.

El Adelanto (29-08-1925)

Una impresión del acto

Modesto y sencillo el monumento que se ha inaugurado hoy, cuya inauguración es, por lo demás, puramente provisional y transitoria. Ni la colocación del busto es definitiva, porque aún no ha podido montarse sobre la peana, ni el monumento está completo, porque faltan los bajo-relieves con las figuras centrales de «La verbena» y de «La Dolores». Realmente no ha podido hacerse más con las doce mil pesetas recaudadas, ni se hubiera hecho tanto a no ser por el desinterés ejemplar del arquitecto señor No y del escultor señor Ortells.

El monumento, susceptible siempre de ampliación y de mejoría, irá transformándose lentamente, hasta, que sirva –que bien puede servir– de sarcófago para las cenizas de Bretón, del mismo modo que las cenizas de Ganivet descansan para siempre al cobijo del monumento que los granadinos le consagraron esta primavera.

El acto sencillo, conmovedor, austero, serio. Flotaba por allí, en toda aquella organización del acto, el espíritu bueno y generoso de Pepe Sánchez Gómez, que tiene, como tenía también Bretón, un temperamento democrático y sin complicaciones.

Ha sido un día triunfal para Pepe. Su idea se hizo piedra y su prosa, corriente y sutil, facilísima, rascó el bolsillo de la modista, de la empleadita, de la obrera, del estudiante, del menestral, para levantar este monumento. Monumento del pueblo, hecho para él, no podía ser ideado más que por Pepe, hijo del artesano liberal que regalara a Bretón el primer violín con el que se ganara la vida. Bretón era todo un «artesano» también, en el sentido más charro y más salmantino de la palabra. Se me antojaba ver hoy en la plaza de San Justo muertos conocidos, algunos de mi sangre, liberales, además, como Bretón e hijos, como el pueblo, de sus obras. Esta Salamanca de hogaño es un poco extraña al monumento. No así la falange artesana de hace cuarenta años, ni Sánchez Gómez que ya un poco maduro, como yo, pasó su primera mocedad luchando por Salamanca y por los ideales de la democracia y de la libertad.

¡Querido Pepe: Somos nosotros, los de nuestra edad, un poco desengañada y triste ya, los últimos retoños de la Salamanca ideal que fue y que volverá a ser! Los últimos. Bretón forma cuadro con Mamés Esperabé Lozano, con Arsenio Huebra, con el doctor Riesco, con Juan Lafuente, con Mariano Arés, con Sons y Castelví[118], con aquellos abuelitos que conocimos de niños, yendo al instituto, mientras nuestros padres, el tuyo y el mío, nos contaban aquellos episodios electorales de la gloriosa con la muerte de Joseito en la Plaza Mayor y las conspiraciones en el Rollo.

Y yo veía en el monumento, no sólo la consagración del músico, sino la del ciudadano ejemplar que nunca se doblegó al compadrazgo ni al favor oficiales y que vivió siempre entre inquietudes y estrecheces, por carecer de lomos serviles y de lengua lisonjera. Y muy bonitas las palabras del hijo, de Abelardo Bretón, a quien saludamos hoy henchidos de cordialidad emocionada. Por las trazas este hijo ha sido una de las mejores obras del maestro. Estuvo discreto y estuvo digno. Sus palabras eran sollozos entrecortados, como los del padre cuando añoraba sus días de muchacho en los de lucha y de vacilación. Veíamos en su gravedad bonachona la silueta moral del padre, y en su exigua y simpática figura, las facciones de la compañera de Bretón.

Estas palabras, con las de Sánchez Gómez, eran oro de ley, que nos evocaron otra Salamanca más pequeñita que la de hogaño, más familiar, más pintoresca, si queréis, pero menos cominera y descarrilada y absurda que la que ahora vivo.

[118] Se refiere a Enrique Soms y Castelín, catedrático de lengua griega en Salamanca (1890) y a partir de 1898 de la Universidad Central. Director de *La Libertad* y *La Democracia*, periódicos republicanos de Salamanca.

El monumento es altamente patriótico y ejemplar en estos momentos. Aunque la lección no se aproveche, ahí queda la lección. Sánchez Gómez bien puede ver que algunas veces los puntos de esta pluma, que es nuestra única arma de combate, no son del todo estériles y que a lo mejor viven fuera de nosotros mismos. Abelardo Bretón se habrá dado cuenta de que su padre, hijo de Salamanca, es nuestro orgullo y nuestra retrasada justificación. Y el pueblo todo, ya sabe que la voluntad de hacer las cosas, es el camino más derecho para realizarlas bien y para realizarlas pronto.

El Adelanto (10-09-1925)

Un admirable discurso de Sánchez Rojas[119]

A continuación, nuestro camarada Pepe Sánchez Rojas, el exquisito cronista, el prosista inimitable y el ático glosador de la actualidad, leyó, de modo magistral, el siguiente bellísimo y admirable discurso, que provocó las más formidables y entusiastas ovaciones, teniendo que salir su autor por dos veces al escenario.

«Esta es la tercera vez, señoras y señores, que en el transcurso de poco más de un año, he tenido que hablar en otros tantos sitios públicos, en escenarios de teatros populares y en castizos patios de mesones madrileños, de la figura excelsa de nuestro Tomás Bretón.

Fue en Madrid, en la Cava Baja, una noche de Agosto y verbenera, entre alcaldes de barrio achulapados y artistas y escritores de excelente buen humor, entre muchachas bonitas y frescas como una rosa temprana, donde uní por vez primera el nombre del músico al de esta ciudad que lo pariera.

Fue la segunda en ese teatro de Novedades, en el corazón del barrio de la Latina, no lejos de la calle de Toledo, donde las manolas abrían con sus tijeras de costura los vientres de los caballos de Pepe Botellas, al lado de la casa donde la maja desnuda chicoleaba con donaires a todas horas a los mozos petrimetres [sic] de principios del siglo XIX, y en la misma faz complaciente de su marido don José, donde Julián sigue chicoleando a Susana todas las noches; don Hilarión, con el hongo canario, continúa el picaronazo oliendo, como buen gavilán, la carne fresca de las palomas, y donde la «señá» Rita tiene un puesto de buñuelos para que desayunen los señoritos cuando regresan a sus casas, a la hora del alba, de sus juergas y correrías nocturnas.

Y es la tercera aquí, entre vosotros, accediendo al requerimiento de una bella dama y de una excelente cantante, donde menesteres de este triste oficio de escribir a todas horas impresiones y glosas a la realidad que me rodea, me fuerzan a hablar en este instante para haceros resaltar la figura de este hombre que se educó entre nosotros y entre nosotros vivió sus momentos más intensos de dolor y de desesperanza.

Tomás Bretón, cuyos últimos años hemos conocido todos, pertenece al último y simpático brote de aquella Salamanca artesana, liberal y trabajadora, que desapareció con nuestros padres y que hemos conocido, en su crepúsculo, allá en los remotos días de nuestra niñez dorada.

Bretón era un mozalbete de diez y ocho años durante aquellos días septembrinos de la Gloriosa, de aquella Gloriosa que se inauguró con vítores y cohetes, en el atrio de la Clerecía y culminó con la famosa paliza electorera que propinaron a los reaccionarios los carboneros de Matilla de los Caños, y los ídolos de nuestros padres– Álvaro Gil Sanz, Tomás Rodríguez Pinilla, Julián Sánchez Ruano– fueron sus ídolos y sus esperanzas las de aquellos hombres, que, al querer cambiar la estructura de nuestra patria, modificaron sólo los rótulos de los frascos quedando intacto el líquido que colmaba en ellos. Pero de la Gloriosa, y de sus pintorescas luchas en Salamanca, y de la ideología un poco candorosa y primitiva que aquí quedó, grabóse para siempre en el músico insigne un hondo amor al pueblo y un sincero fervor por la democracia y por la libertad, las dos Dulcineas que continuamente ocuparán el corazón y el pensamiento de los artistas verdaderamente artistas, y de los hombres verdaderamente hombres.

Bretón no fue jamás –y esa es la lección más grata que la estela de su memoria nos deja a los salmantinos– uno de esos artistas melenudos, encerrados en su torre de marfil, que consideran

[119] Un breve discurso que leyó en el homenaje a Bretón en el teatro Liceo de Salamanca aprovechando la despedida de la compañía de teatro Gómez-Llovet que interpretó "La Verbena de la Paloma". *El Adelanto*, al dar noticia del acto, reprodujo el discurso con el título "Un estreno y un nuevo homenaje al maestro Bretón".

su pentagrama plato de dioses, sino un hombre que puso su arte al servicio de sus pasiones y de sus ideas y que supo traducir la fisonomía espiritual de este querido pueblo nuestro, que a ratos pugna por ser academia, aunque siempre se quede en granero poco repleto de grano maduro y sazonado. Por eso, cuando los salmantinos queremos contar a veces las estrellitas de la noche clara, no pasamos de estar pendientes de los tejemanejes, manipulaciones y faenas de los medidores poco escrupulosos.

Salamanca, más que la madre, fue siempre la madrastra para Bretón y, en general, para todos los ingenios salmantinos que culminaron en la segunda mitad y en las postrimerías del siglo XIX. Cuando acabemos de glorificar la memoria de Tomás Bretón, tenemos que cantar las huellas que dejó en la lírica española un salmantino que, encerrado en su medicato rural de Montemayor, llegó a las más altas cumbres de la inspiración y de la ternura: hablo de don Ventura Ruiz Aguilera, artesano como Bretón e hijo, como él, del pueblo más humilde de nuestra ciudad. También tenemos deudas pendientes con Boladares, con el doctor Riesco, con Arés, con Sánchez Ruano y con todos los liberales salmantinos, en cuyas huestes figuró siempre Bretón como un soldado más de fila, porque ellos hicieron resaltar la supremacía de la toga sobre los cuernos y de las ciudades sobre los cotos de caza.

Y permitidme que acabe ya. En estas breves líneas, no he querido fijarme en el aspecto en que más sobresalió Bretón fuera de Salamanca, sino en considerar sus calidades de ciudadano y de hombre, destacando las ideas que nutrían su espíritu cuando salió fuera de nosotros a ganarse la vida con su violín.

El secreto de la eternidad de «La Verbena de la Paloma», está en que ni por un instante convierte al pueblo en chacota, ni se burla de los sentimientos espontáneos de su raza. Julián, aunque enamorado y celoso, es uno de esos tipógrafos madrileños que ya preconizan las luchas sociales de nuestros días, y las muchachas que acuden a la verbena a oír requiebros y chicoleos, son, andando los años, las madrazas de este buen pueblo de Madrid, cuya psicología han logrado fijar, mejor que los indígenas, los provincianos que han ido a luchar a la corte con las ideas y con las emociones que fueron patrimonio de su juventud.»

El Adelanto (08-10-1925)

Del amor tardío

Hacía ya varios meses, acaso años, que no leía ningún periódico veneciano. Y hoy llega a mi poder la «Gazzetta del Veneto», con una noticia que su corresponsal señala con el trazo de dos rayas rojas. «El señor doctor Marcus de Sanctis –reza esa noticia– suicidóse anoche en sus habitaciones del hotel Baner, sobre el Canal Grande. Aunque se desconocen las causas de tan fatal resolución, se habla para explicarlo de contrariedades de orden íntimo, amoroso o sentimental que afectaban al suicida». Nada más.

Yo trato de recordar. ¿Marcus de Sanctis? Indudablemente, sí... Era aquel muchacho alto, moreno, napolitano, sobrino del gran pensador, que almorzaba conmigo en un restaurant de Padua, y, que, al anochecer, regresaba conmigo a Venecia, en la buena compañía de nuestros camaradas –mujeres y hombres– de la Universidad. El buen Marcos era acaso el más alegre y dicharachero de todos nosotros. Las mujeres le buscaban porque no hacía caso de ellas.

Los compañeros le admiraban por su serenidad y por su inteligencia. De sus amores nadie supo jamás palabra alguna. Se susurraba no sé qué, pero él combatía siempre los chismes universitarios con una sonrisa, y ante la maledicencia, o simplemente ante la curiosidad oficiosa, se encogía gratamente de hombros y dejaba decir.

Era el único de nuestros camaradas que no sentía preferencia por ninguna compañera, y que ante las expansiones bobamente sensibleras de los veinte años, variaba siempre de tema, como si aquellas cosas no rezasen con su edad ni con su temperamento.

Y ahora, al cabo de los años, muere vulgarmente en la habitación de un hotel, ante contrariedades de orden íntimo, amoroso o sentimental. Imagino la tragedia.

Es la tragedia universal del amor tardío. Llegó tarde, cuando ya estorbaba, al gran banquete, y los invitados le desdeñaron y no le dejaron sitio. No supo ser joven en sazón, y cuando quiso serlo, le dijeron, acaso, que su mocedad había pasado ya. Acaso ante una confidencia oyó una mueca de burla. Tal vez ante una efusión sufrió el latigazo del desdén o de la indiferencia. Y el buen doctor, que no había conocido a tiempo las mujeres, muere como un mal discípulo de Werther, haciendo renuncia de una vida que no le sirve para nada.

Pero el buen doctor se ha castigado demasiado. Hoy sólo se suicidan los enfermos. Lo más sencillo es emplear con las mujeres la misma arma que ellas se ufanan en emplear contra los hombres. Lo difícil –ya lo sé– es graduar y matizar esta indiferencia, haciéndola tan refinada, exquisita y compleja, que las mujeres no sepan jamás a qué carta quedarse.

Lo interesante en estos menesteres es no tener nunca prisa y dormirse en la suerte como los buenos diestros. Es inexplicable que a los doctores que no han vivido les pueda aleccionar cualquier mozalbete que haya puesto un poco de corazón, de astucia o simplemente de picardía en su comercio y trato asiduo con las mujeres.

El Adelanto (10-10-1925)

El homenaje a D. Ventura

Agradezco muy de veras a mi compañero y tocayo Sánchez Gómez, que recuerde a los salmantinos que yo aprovecho siempre todas las coyunturas que me depara la suerte para enaltecer la memoria de Ruiz Aguilera.

Como salmantino, como liberal, y si no fuera inmodestia la pretensión, como artista, siento vergüenza del olvido en que le tiene Salamanca. Apenas si un callejón modesto, a la entrada del Doctor Riesco, recuerda su nombre, glorioso y exquisito a la vez. El pobre médico de Montemayor, el hijo del boletero del Concejo, el poeta errabundo y bohemio que hasta los umbrales de su vejez no quiso o no pudo hacer su hogar, que Dios deshizo con la muerte prematura de su esposa y de su nena, Elisa, merece un recuerdo perenne en nuestro corazón.

Y no pedimos estatuas para don Ventura. Nuestro homenaje ha de ser más exquisito, más callado y más cordial. Pedimos solamente que se le recuerde y se le conozca.

A Fernando Íscar, a Cándido Pinilla, a Luis Romano, a Filiberto Villalobos, a Mariano Núñez, al mismo Sánchez Gómez, requiero amistosamente, desde este sitio, para que hagan algo por la memoria del poeta de las «Elegías» y de los «Cantares». Si el Concejo quiere poner una lápida en el palacio de San Boal, donde don Ventura naciera, viviremos muy agradecidos al Concejo. Si esos cientos de pesetas que cuesta una sencilla lápida de mármol no pueden salir por ahora de las arcas municipales, hagamos un acto literario de pago para sufragar los gastos de este sencillo recuerdo. Y hagámoslo cuanto antes, con el concurso de los estudiantes y de la Federación Obrera que solicitamos, y con el de las muchachas, para las que tan bellas frases de respeto hondo y decoroso tuvo siempre el poeta que murió de pena por no poder sobrevivir la muerte de su hija.

Hagamos ese homenaje ahora, en estos días de otoño, cuando las figuras parecen de porcelana y el paisaje, tiene, como los versos de Ruiz Aguilera, transparencia de cristal.

Todos los años, por esta fecha, Salamanca, coincidiendo con las primicias de su curso académico, ha inaugurado su vida espiritual con algún acto de cultura. Pidamos a don Miguel de Unamuno que desde lejos, que es desde donde mejor destacan las ciudades y las personas que amamos, nos envíe unas cuantas palabras, llenas de unción, para este recuerdo que es a la vez la cancelación de la deuda más urgente y más vergonzosa que Salamanca tiene contraída con uno de sus hijos más ilustres, y desde luego, con el más inspirado, delicado y cordial.

Amigos míos: recordemos, o mejor aún, descubramos en Salamanca acaso el mejor poeta lírico del siglo XIX que nació en esta ciudad, formando su espíritu en esta Facultad de Medicina y su corazón en las rejas del barrio de San Justo, junto al viejo Hospital.

Concejales de Salamanca: unas pesetas para un recuerdo, o cuando menos, vuestra participación entusiasta para un acto literario que nos ayude a recaudarlas sin suscripciones, juntas, fuerzas vivas y retrasos vergonzosos y lamentables. Proponemos algo muy sencillo. Ruiz Aguilera, forma con Rosalía de Castro y con Vicente Wenceslao Querol, la trinidad más excelsa y delicada de la poesía puramente lírica del siglo XIX, y aquí la ciudad desconoce esa figura y hasta se ha olvidado de su muerte.

Y vosotros, Íscar, Pinilla, Villalobos, Núñez, Romano, Sánchez Gómez, y vosotros, alcalde y concejales, tenéis la palabra para elegir una fecha, buscar un teatro y preparar un homenaje que repare esta ignorancia y aquel olvido.

El Adelanto (17-10-1925)

Nuestro homenaje

Creo que debemos dar por concluido lo que pudiéramos llamar periodo preparatorio del homenaje a Ventura Ruiz Aguilera. Estos días, en artículos sucesivos, hablaré con sencillez y con emoción de la obra del poeta, de su vida inquieta y errabunda, de sus versos, de su hogar, de su nena, Elisa, alma y amor de sus amores. Pero no quiero dejar de liquidar en público una deuda de gratitud con mi noble y caballeroso amigo el marqués de Flores-Dávila.

Desde muy mozos somos el marqués y yo buenos amigos. Allá, en Madrid, en los pasillos del Congreso y en la grata compañía del pobre Fernando Sánchez Arjona, hablábamos los tres de lo divino y de lo humano: de las sensaciones de lectura de los grandes libros, de las maravillas de las viejas ciudades –Florencia sobre el Arno, Venecia con el verdor de sus canales y la blancura de sus mármoles, Ginebra y su Monte Rosa– de la belleza de las lindas mujeres. El gesto de hoy del marqués de Flores-Dávila de cedernos su palacio de San Boal, donde nació Aguilera, y de contribuir al homenaje con un decoroso puñado de pesetas, no me ha sorprendido. Lo esperaba y le doy las gracias más efusivas por su hidalguía.

Y ahora, al homenaje. Más que al homenaje, como dice muy bien Cándido Rodríguez Pinilla, a la reparación y al desagravio. Queremos una edición popular de los mejores versos del poeta, y ya ponemos los medios para lograr nuestro propósito. Queremos esculpir una lápida, y de una velada nos prometemos que han de salir los dineros suficientes para ella. El cuándo y el cómo lo dirán otros. Los que hemos iniciado esta idea no debemos mezclarnos demasiado en la organización. Salamanca es la que ha de contestar, y estoy seguro de que sabrá hacerlo muy bien y con el mayor decoro.

Hemos pensado en unos cuantos nombres prestigiosos de nuestra ciudad: Villalobos, Íscar Peyra (Miguel y Fernando), Romano, Díez Ambrosio, para que, en unión del presidente de la Federación Obrera, señor Castro, y del presidente de la Asociación general de Estudiantes, señor Santos Mirat, cambien con nosotros impresiones acerca del alcance que ha de tener el homenaje y de la participación que en él han de tomar los elementos oficiales salmantinos. Un día de estos les citaremos en el Palacio de San Boal. Queremos algo sencillo, factible y rápido.

Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Porque nosotros –hablo también en nombre de Pepe Sánchez Gómez– nos retiraremos del foro, sin más intervención que la puramente literaria que se nos asigne, porque nuestra misión no es la de organizar homenajes, sino la de proponerlos al ambiente, un poco olvidadizo y amodorrado de esta ciudad, que se ha pasado durante todo este cuarto de siglo, hinchando fantasmones y olvidando a sus hijos más insignes y preclaros.

El Adelanto (25-10-1925)

Fuego en la Plaza

Las diez y cuarto de la mañana. Los habituales de primera hora en Novelty –Juanito Partearroyo, el maestro Pinedo, los camareros– a la puerta del café, contemplan una columna de humo, densa y parda, que surge de los tejadillos de la casa de Correos: Fuego en la Plaza.

Ni el reloj del Consistorio da el toque de alarma, ni nadie adopta las precauciones más elementales de aislamiento en estos casos. La casa de Hernando y el comercio de Jesús Rodríguez López, corren un serio peligro.

Aumentan los grupos de curiosos. Nuestro amigo Pablo García corre en busca de extintores, intenta penetrar en la Casa de Correos y no le dejan. Mañana húmeda, gris, meona. Fuego en la Plaza. Nuestro bombero mayor, nuestro único bombero en Salamanca, la divina Providencia, no se encuentra asistido por ninguna colaboración oficiosa. Muebles, sábanas por los balcones; a tejazos unos hombres, desde las alturas, intentan apagar las llamas.

Las diez y media. Continuamos como antes. Puede arder, es posible que arda todo un lado de la Plaza Mayor, el más salmantino, el de la Casa de Postas, el del Parador de los Toros, el que da vista a la bellísima portada de San Martín. Vagamente, en la farmacia de Urbina, oigo que se envía por una bomba a la fábrica de los Hijos de Mirat; ahí, al lado. Unos soldaditos tratan de acordonar la acera; las llamas, seguras de que nadie se cuidará de extinguirlas, juegan de un lado para otro, retozan alegres, sobre la Casa de Postas, sobre la de Hernando, sobre la de Rodríguez López. Sigue el sistema de evitar el fuego a tejazos y con vasos de agua.

Más curiosos. Es imponente ya la masa de ellos en la Plaza. Una bomba, dos, tres... Ascienden las mangas, no enchufan, no funcionan. Veinte minutos mortales. Sentimos verdadera angustia: ¿nos quedaremos sin la Plaza? Movimiento en las casas vecinas. Más sábanas, más colchones, más enseres en los balcones. No se domina el fuego; no funcionan todavía las bombas ¿qué va a ser esto?

Y así siempre, y eternamente así. Cuando se queme la ciudad, organizaremos un servicio decoroso de incendios. Y tocaremos entonces las campanas a rebato. Y sonarán los pitos de alarma. Y los concejales se decidirán a dotarnos de un servicio de incendios. El espectáculo de esta mañana es sencillamente vergonzoso.

Por lo que a correos toca, se han quemado los pequeños paquetes postales certificados, unos libros y unas prendas modestas de algunos carteros. Se ha retrasado el servicio postal unas horas. Las maderas viejas y podridas de nuestra Real Casa de Correos y Postas, han sido pasto del fuego.

Así es posible que el Estado se decida de una vez a construir una nueva y flamante vivienda para el servicio de comunicaciones. Y hasta el fuego que viene, nuestro bombero mayor, la divina Providencia, que ha estado, como siempre, a la altura de su divina misión. Gracias a ella no nos hemos quedado todavía sin Plaza ni tenemos que lamentar desgracias personales.

El Adelanto (28-11-1925)

El primer pasacalle

Estos excelentes muchachos que componen la Tuna Escolar Salmantina me han hecho el honor de invitarme a escuchar sus primeros conciertos. La habitación en que ensayan mis amigos, los escolares, no puede ser más castizamente estudiantil; parece una sucursal de la Casa de la Troya. En una alcoba, no muy amplia, ruedan los puños y los cuellos sobre las camas; un frasco de agua, con la etiqueta inquietante de «uso externo», preside, sobre una mesa, unos vasucos; maletas y baúles se apelotonan sobre los rincones de la habitación. El que no encuentra asiento, se acomoda sobre los lechos apabullados o democráticamente, a la moruna usanza, sobre el suelo. Un vaho azulenco de tabaco lanza sus espirales en la alcoba, haciendo la atmósfera irrespirable.

El primer pasacalle va a empezar. Un pequeño, del Instituto, que ya fuma y tiene novia, rasguea su guitarra primorosamente; los violines inician sus suspirillos, leves, como los idilios de los tunos; las bandurrias preludian sus sonidos claros y metálicos. ¡El primer pasacalle! Ya está... El maestro lleva el compás con ambas manos; los violines dicen sus esperanzas y sus amores; los tunos, muy serios, lanzan al aire sus notas alegres y juveniles... ¡El primer pasacalle! Allá, en Carnavales, después de la Candelaria, este pasacalle, ensayado, demasiadamente ensayado tal vez, será escuchado anhelosamente por unas muchachas, que bordarán sus cintas para estos estudiantes. Florecerán los idilios de invierno en mi ciudad, para ser deshechos en Junio, los días trágicos de fin de curso y de la prueba de examen. Y este pasacalle tendrá el perfume de una declaración amorosa y en muchos dejará el sabor amargo de unos amores que interrumpió la fatalidad.

Con este pasacalle, los tunos de Salamanca, este pequeño de ojos inteligentes y pillos que rasguea su guitarra, aquel moreno serio y melancólico que tañe su bandurria, este mocito de ojos azules y soñadores, que coge con fervor el arco de su violín, entrarán en las ciudades de Castilla, de Galicia, ufanos y orgullosos, codiciados por los ojos –negros o castaños– de unas mujeres que sueñan con los ojos abiertos en el balcón. Son los estudiantes de Salamanca que pasan... ¿Dónde está don Félix de Montemar? ¿Quién será el Calixto, de entre los tunos, que encuentre la muerte cuando persigue una cabellera rubia y unos ojos verdes? ¿Quién dará a España el recio temple del espíritu de los Unamuno, de los Dorado, de los González de la Calle, de los maestros que hogaño llenan de esplendor las sombras, un poco densas, de su gloriosa escuela?

Este primer pasacalle de los escolares me ha puesto un poco melancólico y un poco triste. Los años pasan para no volver. Cuando nosotros los oíamos, Unamuno era un hombre que no tenía canas. En su juventud plena estaban los profesores que empiezan a jubilarse hoy. Éramos

niños los que hoy tenemos el triste privilegio de ser hombres. También nosotros recogíamos las miradas de los balcones y en nuestra boca florecía un perpetuo madrigal. Y las matronas y las mamás de hoy, eran las muchachas lozanas y frescas de entonces, las presidentas de las tunas y las que bordaban las cintas de aquellos sueños y de aquellas esperanzas.

¡El primer pasacalle! Amigo Julio: ¡qué diferentemente suena en nuestros oídos! Y eso que nosotros también seguimos con nuestra muchachez, con nuestro candor, con nuestro entusiasmo de siempre, y eso que todavía –¡todavía!– continuamos oyendo el canto del ruiseñor en la alborada, en espera de la mañana radiante y azul, que no llega nunca, nunca...

El Adelanto (06-12-1925)

Los tunos y Sánchez Rojas

Señor Director de EL ADELANTO.

Muy señor mío: Agradeceré dé inserción en el periódico de su digna dirección a las cuartillas que adjunto le remito, juntamente con la carta del señor don José Sánchez Rojas.

Gracias anticipadas de su afectísimo, Natalio Sánchez, presidente de la Tuna.

Ayer mañana recibí una carta del insigne y culto escritor don José Sánchez Rojas, nombrado por unanimidad «cronista honorario» de la Tuna Escolar Salmantina, y es en mi deber ineludible contestar a dicho señor agradeciendo infinito las muestras de simpatía de que somos objeto por su parte.

El señor Sánchez Rojas, amigo y paisano mío, era, es y será siempre imprescindible en los actos que traten de cosas estudiantiles; porque él, como muy bien expone en su carta, es estudiante y lo será siempre. Nosotros, los «tunos», necesitamos los sabios consejos de una mano amiga, o, mejor aún, compañera, que dirija nuestros pasos por un camino recto y seguro; para esto, nadie más indicado que el señor Sánchez Rojas.

Como quiero que todos, absolutamente todos los escolares, conozcan la ayuda espontánea y desinteresada de tan ameno periodista, copio a continuación su carta:

«Salamanca, 19 Enero 1926.

Señor presidente de la Tuna Escolar Salmantina.

Mi querido amigo y compañero: Acepto complacidísimo y honradísimo, el cargo de «cronista honorario» que ustedes me adjudican en un rato de buen humor, víspera de los carnavales. Les doy sinceramente las gracias más expresivas por el honor que me hacen. ¿Cronista de tunos, cronista de estudiantes de mi Salamanca? Eso equivale un poco a ser el cronista de mi mismo, porque yo no he dejado nunca y pido a los dioses que no deje nunca de ser estudiante.

Acompañaré a ustedes en esa excursión que proyectan por Burgos y las nobles provincias vascongadas, en las que tengo muchos y muy buenos amigos, a los que trasladaré mi deseo ferviente de que nos traten con arreglo a lo que ellos son y a lo que nosotros somos.

A Burgos, que ha venido representando en el Parlamento tantos años uno de los amigos que más estimo, el bilbaíno señor marqués de Buniel, me dirijo hoy con la misma pretensión. Y cuando lleguemos a Irún, sólo os pediré que me relevéis por unas horas de mi cargo para largarme a la ciudad francesa de Hendaya y dar un abrazo, en vuestro nombre, a don Miguel de Unamuno.

Contad conmigo siempre y para todo. Un abrazo de vuestro amigo y compañero, J. Sánchez Rojas.»

El Adelanto (20-01-1926)

Crónica de tunos[120]

Tunos somos, señoras y señores; tunos seremos. En estos tiempos tristes que corren de trincheras, y de trabillas, y de corbatas microscópicas, y de pantalones anchos para los menesteres del fox, el título de tuno nos aleja para siempre de la bobería y de la sandez ambientes. Nos gustan mucho los libros, pero nos deleitan más las mujeres. Nos place el silencio de las aulas, pero nos enhechiza más el corazón el quedo rumor de pasos a la vera de una ventana.

Entre los sabios y las bellas, a las bellas preferimos, que tunos somos y tunos seremos, hoy y mañana, ahora con nuestras capas airosas y nuestros sombreros de cuchara, mañana con nuestras mucetas doctorales, con nuestras blusas y guantes de operadores o con nuestras togas fúnebres de leguleyos.

Somos estudiantes, es decir: cucharones de la ciencia, sopistas del sabroso condumio del saber, aprendices de la vida que tiene más complejidades que el amor tardío de una jamona crepuscular. Seremos estudiantes siempre. Nos importa más aprender las cosas, familiarizarnos con ellas, arañar sus secretos y descubrir sus encantos ocultos, que creemos en posesión de la verdad, predicarla «ex cathedra» y no tolerar polémicas ni contradicciones en derredor de nuestros asertos.

No aspiramos a ser maestros, porque, en verdad, en verdad os digo, que no conocemos otro que aquel que arrancó su Ciencia descubriendo fariseos en los templos y cantando las bienaventuranzas de los humildes y pobres de corazón en el sermón de la Montaña.

La ciencia, toda la ciencia del hombre que es hombre, y del muchacho que es muchacho, arranca de la fuente inagotable del corazón, del manantial eterno de nuestros sueños, de nuestras ilusiones y de nuestras esperanzas.

Ya nos lo dijo el otro maestro, el querido maestro ausente, cuyo espíritu está presente y bien presente en la fiesta de esta noche.

Cuando canta el Padre Espiritual de nuestra Escuela sus amores con la ciudad, entre cuyas piedras de oro,

> aprendieron a amar los estudiantes,[121]

y evoca los nombres de Teresa, y de Soledad, y de Mercedes, y de Concha, y de Pura, y de Lola,

> nombres que fueron miel para los labios,
> brasa en el pecho,[122]

brasa encendida que quema y enardece, sí, pero que refresca el espíritu, cuando después del sueño, unimos a la primera luz del alba el fulgor de los ojos que nos alumbran el sendero de la vida, el maestro nos dice que la fuente de la sabiduría es la mujer.

Y es natural que así sea, señoras y señores, porque ella es la vida, toda la vida, la que nos perpetúa y nos mata, la que nos da la eternidad y nos familiariza con lo contingente y con lo efímero. Él mismo Jesús, con ser hijo de Dios, quiere nacer del vientre de una mujer, de María, santificando y consagrando el amor de hombre a mujer y de mujer a hombre. Y es ella, la mujer, la que dicta a los hombres de pensamientos, que son los hijos temblorosos y emocionados del dolor, padre de las ideas fecundas que agitan a los seres.

Tunos somos, señoras y señores; tunos seremos. Tunos seremos siempre, siempre, antes que bobos, antes que arrivistas y antes que aliados de la frescura, de la desvergüenza, de la impostura y de la falsa cordialidad que se han apoderado y adueñado del mundo. Nuestra juventud no entiende, no quiere ni puede entender de respetos a escalafones y a jerarquías.

Hijos de nuestro siglo, a él nos abandonamos enteramente y por completo. Si no seguimos una senda, es porque no queremos renunciar a todas las demás; si no nos aferramos a una sola idea, es porque nos place gustarlas todas, que todas, como he dicho antes, son hijas del dolor. Y para concluir yo, tuno viejo, un poco melancólico y añoso ya, gustador de todos los placeres, devoto de todos los cultos y catador ¡ay! de dolores escondidos y callados que solo Dios y yo

[120] Discurso de José Sánchez Rojas leído en la noche del 4 de febrero de 1926 en el transcurso de la velada organizada por la Tuna Escolar Salmantina en su despedida de la ciudad de Salamanca, justo antes de iniciar su gira por el norte de España.

[121] Miguel de Unamuno. *Oda a Salamanca*, "Mi Salamanca"

[122] Ibidem.

sabemos, quiero dirigir unas palabras de emoción velada y discreta, la que corresponde a mis años, a las lindísimas muchachas que hoy nos honran presidiendo esta fiesta.

Preferid, niñas, los tunos a los bobos. Los bobos son siempre groseros y se entienden mejor que con vuestros ojos y vuestro palmito, con las gavetas de vuestros padres y con el número y la calidad de vuestros terrores.

Buscad en vuestro compañero de mañana antes la inexperiencia del mazo que la fría reflexión del cazurro. No les consintáis que pierdan con el cálculo la frescura de la mañana de su vida. «El que pierde la mañana– y ya termino con esta bella sentencia de los Libros Sagrados– pierde el día; quién pierde la juventud, pierde la vida».

He dicho.

El Adelanto (05-02-1926)

De la belleza o de Eugenia Zúffoli

No puede quejarse la hermosísima señora Zúffoli de la asistencia espiritual que la está prestando la ciudad de Salamanca; se encuentran por llenos las entradas del teatro del Liceo. Si los espectadores son sinceros y les preguntamos que a qué asisten, nos dirán que al espectáculo hechicero de la contemplación y de la presencia de una mujer. Explicación trivial, tal vez para los orangutanes que viven en las selvas, pero llena de sugestiones y de consecuencias para el hombre que sabe definir y analizar sus impresiones íntimas.

Una mujer bella, cuando es bella del todo como la señora Zúffoli, hermosea todo cuanto toca y cuanto mira. Maragall nos describe sobriamente la impresión que en su espíritu deja la silueta de una niña hermosa que ve todas las mañanas, asomada a un ventanuco, cuando se dirige temprano a sus quehaceres. «Ya soy feliz para todo el día –dice el gran poeta franciscano de Cataluña–. La mujer hermosa que contemplo a la ventana, deja en mi espíritu frescura para todo el día y una luz de calma y de serenidad que ya no se apaga durante todo el día.» Esto quieren decir, seguramente, los que aseguran que van al teatro de Liceo a contemplar la belleza de la hermosísima señora Zúffoli.

Esto sienten, sin duda alguna. Y si no lo expresan, es porque no son poetas, y porque los poetas son los niños que dicen inconscientemente lo que el vulgo sin expresión sospecha, calla y sueña. Se había dicho, antes de llegar la bellísima romana a Salamanca, que la señora Zúffoli era una mujer procaz, que bordeaba pecaminosamente los linderos de la indecencia y de la lascivia. Esta es una afirmación que han dejado volar por ahí esos orangutanes de la selva a que antes aludía y que manchan y llenan de lodo cuanto tocan y cuanto piensan. La señora Zúffoli, por el contrario, se mantiene discretísima y atemperada siempre, porque es bella y precisamente porque es señora –toda una señora de nuestra devoción y de todo nuestro afecto–. Una mujer verdaderamente bella no puede ser procaz aunque se lo proponga. Hasta ese punto llegan las prerrogativas de la belleza de la mujer.

Nos parece muy bien que el público de Salamanca no se haya dejado llevar de la falsa alarma de los orangutanes, que, en todas partes, por lo visto, declaran guerra sin cuartel a Eugenia Zúffoli, sin lograr nunca lo que se proponen.

Nos parece excesivo que haya quien no pueda suponer jamás pureza de contemplación en los ojos que miran y en los oídos que escuchan.

La belleza de la mujer fue creada por Dios para que los hombres gustasen de ella y se deleitasen en su contemplación y en su presencia.

Y hay en esta hermosura tan italiana, tan expresiva, tan gráfica, tan graciosa, de Eugenia Zúffoli, como un sello divino que nos hace sentir, en su presencia, ante la realeza de su figura, el fulgor de sus ojos, el ébano de sus cabellos, la corrección de sus facciones y la armonía de su conjunto, aquel estado de eufonía y de optimismo que cantaba Juan Maragall en «La presencia de la dona hermosa».

El Adelanto (06-02-1926)

Burgos, la gentil

¡Y cómo nos ha recibido Burgos, amigos, cómo nos ha recibido a los muchachos y al «machucho» que se honra acompañándoles! En la estación, la colonia salmantina en pleno; en la estación, las autoridades, los presidentes de los centros, los estudiantes del Instituto con sus profesores; en la estación, este querido Rafael Dorado, que nos trae el saludo del marqués de Buniel; Román Álvarez, que representa a su ilustre hermano don Melquíades, profesor antes que político y buena persona antes que profesor; Federico Camarasa, Pepe Villafáfila, Dieguito Saavedra, de uniforme; Antonio Zumárraga, perfumado y guapetón; los condiscípulos, los amigos, los compañeros del periódico... Burgos, gentilmente, abraza, y saluda, y reverencia en nosotros a Salamanca... Y nosotros, orgullosos y conscientes de nuestra representación, estamos un poco emocionados. Las agujas de las torres de Juan de Colonia, presiden el lienzo velado y neblinoso de la ciudad, y las muchachas, y las modistillas, y las señoritas de calidad, contemplan a los peques, que ya preludian su fado:

– ¡Míralos! ¡Son los estudiantes de Salamanca!

No sé qué tiene esta palabra divina de Salamanca; qué fuerza de evocación, qué gracia de prestigio, qué sonoridad para el corazón y para la juventud, que todos sonríen y todos nos aclaman. Yo, que voy con mi bilbaína, mi gabán, mi capa sobre el gabán, mis guantes estudiantiles y mis dos chalecos, porque el frío es imponente, entre las autoridades y las personas formalotas y sesudas, estropeo un poco el cuadro con mi carota adormilada y mis ojos irritados y ávidos de cerrarse. Para unos soy un estudiante harto de perder cursos y de ganar suspensos; para otros, un señor profesor... Como profesor de italiano, como profesor «in partibus infidelium», me presentan estos chicos. Pero mis amigos, los burgaleses, me reconocen. Y suelto a unos para coger a otros. Estoy como los «tunos», realmente, visiblemente emocionado...

En el Consistorio de la «caput castellae», de la capital castellana, unos momentos. Discursos. Las inevitables instantáneas al magnesio. Jesús Esperabé, dormido, lleva el compás de los hierros; Téllez dormita también; el heredero del buen Pepe Ávila abre la boca desmesuradamente; los chicos de Blas Santos vitorean a Burgos; Julito Santiago Mirat, que ya no puede resistir, inicia un sueñecito, separado en un escaño de munícipe burgalés; Amézaga, el alcalde, habla en una emoción sorprendente. Preguntamos. Tuvo un hijo estudiante; falleció este verano, dejándole solo con su compañera. Sus palabras son como lágrimas: conmueven y refrescan a la vez.

A la Catedral, después, les llevó a ver la Magdalena en la capilla de los Fernández Velasco. El pertiguero me reconoce. También yo. También yo, hace años, como si fuera un estudiante más, llevaba por las tardes a la capilla a una bella muchacha, que tuvo el talento de abandonarme, la pícara, por otro. Recuerdo tantas cosas a la vez, que tengo que sentarme para recoger impresiones desperdigadas que la capilla me hace tornar a vivir. Pero aparecen nuestras guapas presidentas, con la señora de Plaza, y con la bellísima hija del banquero señor Villa, Anita, y el rostro hechicero y fresco de las niñas me sirve de reacción para despertar del todo.

El casino, la velada con dos llenos formidables, excelentes noticias del recibimiento que se nos prepara en Vitoria.

Aquí estaremos hasta el miércoles. En el hotel, estoy junto a los peques. Este señor Ávila, se multiplica y desvive por atendernos. Los chicos comen con un apetito formidable, y duermen como los ángeles, de un tirón. Al levantarse, tengo para mí que el recuerdo de María Teresa Plaza –nuestra paisanita– de Mary Barbadillo, de Amparito Pérez Herce, de Anita Villa, de Elenita Casado, les hace prorrumpir en cantos de alegría y de juventud. Los violines y los laúdes y los guitarricos ya tocan solos. En este concierto de juventud, yo sólo disiento bastante. Y eso que... ¿Pero vas a perder el ritmo de tu esperanza, corazón?

El Adelanto (10-02-1926)

El vuelo y la orientación

Las águilas enseñan muchas veces a los hombres; ahora, con motivo de la hazañosa proeza de los señores Franco y Ruiz de Alda, son estos preciosos animales, hechos a rozarse con las cumbres de los montes altos y a volar sobre las nubes, los que aparecen como sectores direc-

tores de la humanidad consciente. Para orientarse, hay que volar primero. Inician las águilas, ante todo, sus ascensiones sobre el bello espacio azul y toman, después de haber volado, la orientación que mejor cuadre a sus intereses. Y en este «raid» magnífico, que está siendo el asombro y la admiración del mundo, los señores Franco y Ruiz de Alda, con espíritu de águilas, inician una nueva política española en Sud América de cordialidad, de comprensión abierta, de efusión franca y atractiva, porque vuelan antes, y después de volar, piensan en la renta espiritual que puedan cobrar a sus osados vuelos.

Guía en su peregrinación a través de los montes y sobre los mares a estos dos muchachos, no la ciencia de la aviación, a pesar de lo que dicen ellos, sino la fantasía que no decae y el entusiasmo que no desmaya. Su vuelo es práctico sencillamente porque es osado, porque es optimista, y, sobre todo, porque es ideal. Les guía una esperanza, la gloria de los destinos futuros de nuestra España, y por esa esperanza solamente no se precipitan ellos en los abismos. No buscan ningún provecho material, y por descontado, todas las ventajas espirituales se les dará a estos aeronautas por añadidura. Inician, sin quererlo, sin saberlo y sin proponérselo quizás, nuevos rumbos de vida esplendorosa para el pueblo. Su quijotismo les hará ver la faz de la nueva Dulcinea– esperanza en el porvenir– que todos soñamos y anhelamos.

¡Lección hermosa la que brindan los señores Franco y Ruiz de Alda a los españoles todos, y, singularmente, a los muchachos! Orientarse, ¿para qué? Volemos, soñemos, ascendamos por el espacio azul: las orientaciones, los resultados vienen después del vuelo, después que nos hemos cruzado con las águilas por las cumbres de los montes altos, y sobre las nubes que van a cobrar sus aguas del lecho de los ríos y del infinito e insondable seno de los mares todos.

El Adelanto (11-02-1926)

Modistas y tunos

Para mi novia Carmencita Samaniego, modista.

Dormito, como un sonámbulo, por las calles de la noble, limpia y decorosa ciudad de Vitoria, que no conocía. Me baño, paseo, almuerzo... Los tunos llegarán a las tres de la tarde. Almorzamos de prisa. Y ya muy cerca de las tres de la tarde, por la calle de Dato, a la estación. Grupos de estudiantes, de obreros; comisiones; alegres y encantadores racimos de modistillas alavesas. ¡Qué lindas, qué guapas, Dios mío, son estas muchachas! Grupos y más grupos; la calle de Dato comienza a cuajarse de gente; en los andenes de la estación no podemos dar un solo paso; Elvira, Carmen y Lola –modistas del taller de la señora Viteri, calle de San Antonio, 11, 1º– me preguntan si son guapos, si son morenos, si son rubios, si son alegres los estudiantes de Salamanca. A su vez, me demandan los particulares de mi cédula personal. Con mi capa de tuno, con mi boina vasca a la cabeza, me siento rejuvenecido. ¿Tendrá mi cuerpo, como tiene mi espíritu, sus veinte años mal contados? Me aventuro en el mar del piropo y de la galantería.

– ¡Sois preciosas, muchachas!
– ¡Y usted, muy simpático!
– Y usted ¿qué es?
– Escritor.
– ¡Ah, sí! El de la «Perfecta novia» –exclama una súbita sabihonda. Le leo en «La Libertad».
– ¿Por qué viene usted con los estudiantes?
– Pues... porque me quieren y porque les quiero
– ¿Es usted profesor?
– Casi, casi...
– Y ¿qué enseña?
– Italiano.
– Es una lengua muy bonita, ¿verdad?
– Casi tanto como la tuya.

Me encuentro rodeado de un grupo encantador de modistillas. Una lindísima morena, de inquietadores y grandes ojos negros, alta, delgadita, primorosa, –un delicioso tipo vasco– sonríe con dulzura.

– ¿Quieres casarte conmigo, muchacha?
– Si.

– ¿Cómo te llamas?
– Carmenchu.
– ¿Me amas?
– ¡Sí!

– Ríe, río. Reímos todos. El tren llega. Juanito Arroyo exhibe la gloriosa bandera desde las ventanillas. Vítores, aclamaciones, parabienes. Los chicos de Salamanca y las lindas modistas de Vitoria se saludan con llaneza, con afecto, con exquisita y noblota cordialidad. Yo estoy en los andenes esperándoles, rodeado de ocho muchachas preciosas. Presento a mi novia al presidente, al abanderado... Jesús Esperabé, que tiene una verdadera cara de tuno, me guiña maliciosamente. Con los estudiantes y las modistillas que se han descolgado en masa a la estación a esperarnos, vamos al Ayuntamiento. Racimos de chicas en los balcones, alegría, juventud.

Y yo no sé, amigos míos, yo no sé si reír o llorar. ¡Ay! También yo, como el querido poeta Antonio Machado, dentro del corazón siempre renovado,

también yo tengo mis rejas,
mis rejas y mis rosales!

El Adelanto (13-02-1926)

La Tuna Escolar en Vitoria[123]
Discurso de Sánchez Rojas

…

Con vosotras, muchachas, tenemos contraída una deuda los «tunos» de Salamanca.

Vamos sinceramente encantados de vuestra hermosura y llaneza, de la efusión y delicadeza con que nos ha acogido vuestra ciudad.

Tiene vuestra Álava no sé qué de castellana, con sus valles, llanos, juegos de pelota y bolos. Tenéis, como en Castilla, tambor, gaita, y bailes populares.

Tenéis también el Aurresku, y las alavesas de la vera Rioja llevan el pañuelo a la cabeza, como las aldeanas de nuestra Salamanca.

Habláis el castellano, salvo el norte de la provincia, y sois paso natural al valle y encartaciones del condado de Treviño, Castilla y Vasconia, que los salmantinos tanto amamos.

Nuestros poetas hablan de vuestro señorío y cantan a la Virgen, vuestra patrona.

…

Los «tunos» van encantados de vosotras y de vuestra belleza, por la cual algún estudiante suspirará.

Ya, yo mismo, oigo, Vitoria, el canto de alondra dentro del corazón.

Somos caballeros, herederos de don Quijote, que abrazamos a los caballeros vascongados, cortos de palabras y largos de obras, como dijo vuestro Ercilla.

…

El Adelanto (14-02-1926)

El hechizo de Burgos

Para Anita Villa

Hoy, último día de nuestra estancia en el glorioso y noble solar del Cid, la Tuna anda por esas calles de Dios mohína y melancólica. No quiere irse de aquí. Los pequeños, sobre todo, están inconsolables. Y esta noche se nos han escapado del hotel, dando serenatas a unas mocitas tempranas con las que se han entendido muy bien ayer y hoy en los casinos y en los paseos.

La Tuna está mohína y melancólica; no quiere marcharse. Con la mayor formalidad han pedido al presidente que rompa el programa de excursión y que se líe aquí hasta Carnavales. A las muchachas, a estas guapísimas y encantadoras muchachas de Burgos, las pasa lo mismo.

[123] Crónica de Luis Dorado, redactor de *La Libertad*.

Un precioso retoño de un bravo general de artillería, me ha rogado que los tunos se queden aquí también mañana; una morena desconcertante y expresiva, me ha formulado idéntica súplica; muchos amigos burgaleses han tenido la bondad y gentileza de expresarse en el mismo sentido. Los salmantinos han caído en Burgos de pie. Y de cara con las burgalesas. Sé de muchos idilios que han empezado y que van a morir en Vitoria o en Bilbao y hasta de alguna calabaza –no daré el nombre del cuitadiño– que se ha despechado esta tarde en el magnífico lunch que nos han ofrecido nuestras madrinas. Los tunos y las lindas burgalesas se han entendido del todo.

Estas han vibrado de emoción –¡Dios me asista!– ante la estudiantina, que pasa con sus guitarras, sus violines, sus laudes, sus hierros y sus panderetas.

Tendremos fiestas, muchas fiestas, en esas nobles provincias vascongadas que nos esperan. Pero las de Burgos, tan nobles, tan íntimas, tan delicadas, tan selectas, tan distinguidas, no las podremos olvidar jamás. El nombre de Salamanca ha sido la varita mágica que ha realizado el milagro. Este nombre ha sido nuestro secreto. Sólo este nombre. Salamanca quiere decir, para Burgos, academia, y ciencia, y estudiante pícaro y enamorado, y reja iluminada, y madrigal eterno, y trigales dorados, y juventud, y arte, y ensueño.

Y como Burgos es también una ciudad ensoñadora, con las dos agujas caladas de Juan de Colonia, que se espejan sobre el Arlanzón, con la maravilla de la sonrisa y de la trenza de la Magdalena de la capilla de los Condestables, con el encanto de sus cubos y del enterramiento de su Cartuja, y del silencio de sus Huelgas, ha sabido adivinar, por instinto, que Salamanca es su hermana, un poco más doctoral y estirada, pero igualmente bella y seductora. Y la ha besado fraternalmente en sus estudiantes y en sus tunos.

¡Curioso espectáculo el de estos días! Una sola palabra ha estado pendiente en todos los labios y en todos los corazones: Salamanca.

A mí, como tuno mayor y más viejo, me ha cabido el honor de representarla de modo más ostensible. En verdad, en verdad os digo, que he sentido la responsabilidad del momento y la majestad de mi embajada. Y estoy –modestia aparte– satisfecho.

Me marcho de Burgos dentro de unos minutos. Escribo en las primeras horas de la mañana, esperando el coche del hotel que ha de llevarme a la estación, para tomar el primer expreso. Siempre que he marchado de esta ciudad, he llevado la misma sensación de gracia, de nobleza, de hidalguía, de artesana y de exquisita distinción. No es de hoy este juicio; los burgaleses lo saben. En «El Sol», en «La Vanguardia», y en «La Publicidad», he consignado mil veces esta impresión placentera y delicada de la tierra de los condes y de Rodrigo.

Hoy llevo algo más; llevo, como si tuviera veinte años, la dulzura de muchos ojos, la esbeltez de muchos palmitos, la gracia y la majestad de algunas figuras encantadoras. Y ¡ay!, el corazón no vibra.

Cuando todos estos chicos puedan esperar, yo me refugio en mis recuerdos, luminosos y plácidos a distancia, que aún queda sol de primavera en los bordes de mi corazón de tuno, despreocupado y paradójico.

Diario de Burgos (16-02-1926)
El Adelanto (12-02-1926)

En el monumento de Usandizaga[124]
Discurso de Sánchez Rojas

José María, te traigo flores de estudiantes, flores mías, flores de ellos. Fuiste nuestro poeta. Cantaste «Las golondrinas», los amores fugitivos, las muchachas vascas, sosas y buenas… Aquí estamos José Mary… Te queremos y callamos… Quiero recordar tu alma pura y buena y rezar con estos muchachos por tu memoria. ¡Bendita sea!

El Adelanto (16-02-1926)

[124] Crónica desde San Sebastián firmada por Etuarte

La Tuna Escolar Salmantina en San Sebastián[125]
Discurso de Sánchez Rojas

…

Queremos a Guipúzcoa, alcalde y señores concejales de San Sebastián, porque Guipúzcoa tiene pasado, tradición, y, lo que vale más, futuro.

Hombres del día nosotros, sabemos que los hombres del día son guipuzcoanos; Éibar hace a Ignacio Zuloaga, el pintor más grande que ha tenido España desde Goya; de San Sebastián es ese inquieto, errabundo y paradójico Pío Baroja, que nosotros amamos tanto; de San Sebastián fue mi pobre amigo Usandizaga[126], ante cuyo monumento colocamos ahora una corona de flores…

Os queremos porque os estimamos, y porque os conocemos, señores: el rector de Salamanca nos encarga que os saludemos, y orgullosos del mandato lo cumplimos llanamente.

Y hay más, vasco el Unamuno. Dejemos a un lado pasiones del momento; es maestro y es padre de todos nosotros. El vasco ha formado a Salamanca y lo mejor de nuestro espíritu y de nuestro corazón, a él se lo debemos.

…

El Adelanto (16-02-1926)

Despedida melancólica

¡Adiós, Vitoria, adiós! Pero no adiós para siempre; hasta luego; acaso hasta mañana. ¡Adiós, Vitoria mía! Llevo tu decoro, tu efusión, tu llaneza, tu cordialidad dentro de mi espíritu. Y en tu recinto he oído –nuevo jardín de Verona– el canto de la alondra dentro de mi corazón de tuno y de estudiante.

¡Adiós, Vitoria; te he visto al través del resplandor de unos ojos negros y pícaros, con tu sonrisa de mujer casta y un poco sosa! He visto tus jardines, tus parques, tus paisajes, tus caseríos, como si yo fuese niño y te contemplase por primera vez. Y los niños son como los poetas, Vitoria. Al nombrar una cosa, la cantan, y al cantarla, la glorifican.

¡Qué hermosa eres, Vitoria mía, mía ya para siempre, mía porque te he gozado con plenitud de gozo y en completa emoción! Los tunos dicen que estoy remozado, que apenas tengo veinte años, que canto y juego como ellos, que mi despertar es dulce como el de los pájaros del campo, que mi sueño es profundo y tranquilo como el de los ángeles del cielo. Milagros de tu belleza, ciudad del señorío, ciudad de los fueros, ciudad de las modistas más bellas y encantadoras de España. Traje boina a tu seno y me voy con el alma –infantil y primitiva– de tus hijos. Me voy para volver a tus calles, a tus plazas, para bailar el «aurresku» debajo de tus arquillos, para rezar una salve en San Miguel, para pasear en el valle delicioso donde descansa tu Virgencita de Estívaliz [sic][127], Vitoria mía.

¡Vitoria! Yo compondré versos para ti; yo te diré palabras puras y llenas de juventud; mi lira se ha remozado, en los bardales de mi segunda mocedad, cansada y solitaria, han rebrotado los claveles. ¡Qué plenamente te he gozado, ciudad bonita y buena! ¡Volveré, Vitoria! Me has dejado preso en los hechizos de tu belleza. Seré, en adelante –desde hoy– tu hijo, tu cantor y tu poeta.

El Adelanto (16-02-1926)

Mayu

– ¿Y se llama usted Mayu, madrina?
– ¡Si, hijo!

[125] Ibidem.
[126] José María Usandizaga Soraluce (1887 – 1915) Compositor y pianista español, nacido en San Sebastián, considerado, junto con Jesús Guridi, el padre de la ópera vasca.
[127] Por Estíbaliz

– Mal llamada. Estaría mejor Abril. Es usted, nena, demasiado temprana para llamarse Mayu todavía. Su presencia de usted refresca como las primeras lluvias abrileñas que acaban con arco iris en la placidez de la tarde. Y es usted tan fresca y tan bonita como los primeros claveles.

Mi linda amiga Mayu –Mayu Elósegui– se pone un poquito roja. Sonríe con dulzura.

La pícara y deliciosa Carmenchu Caro, lindo retoño de los marqueses de Villamayor, me mira burlonamente con sus grandes ojos azules:

– ¡Usted es poeta, Sánchez Rojas! ¿No?

– ¿Quién no es poeta ante Mayu y ante usted, Carmencita?

Pero Mayu, la hija del alcalde de San Sebastián, quiere decirme algo. ¿Estaría incomodada Mayu ante mis piropos de tuno? La observo con deleite y con amor, paternalmente. ¡Es tan linda Mayu!

– Mayu –sonríe y musita al fin este precioso angelito donostiarra– no quiere decir Mayo. Quiere decir María. A mí me llamaría usted en castellano, por lo tanto, María o Mary o Marusita.

– No lo sabía, madrina –contesto– pero prefiero llamarla en su lengua milenaria Mayu. Mayu siempre. Prefiero que me evoque usted, con su dulce nombre, la primavera, madrina... ¿Qué edad tiene usted?

– Voy a cumplir pronto diez y ocho años –responde con una voz de cristal la más pequeña de las madrinas de mis tunos.

No sé por qué recuerdo a Clarita, la novia del estudiante Don Luis, ante esta delicada figurita de nuestra madrina Mayu.

Dorotea pregunta a Clarita, cuando todos duermen, menos el enmascarado Luis, que se disfraza, como recordaréis, de mozo de mulas para seguir a su lucero, por los años que ha de cumplir. «Dice mi padre, puntualiza Cervantes, que para San Miguel, por las vendimias, cumplo los diez y seis». Y torna a dormirse Clarita, arrullada por el romance de su novio. Mayu es como Clarita: un lucero. Un lucero que sabe sonreír –¡divina piedad femenina!– y que sabe enrojecer cuando oye una galantería.

Sigue la danza en el Majestic Palace. Marquesitas, duquesitas, lindas muchachas de Francia, de Inglaterra, sonríen contentas, a mis tunos. Natalio, un poco entrecortado –el salto del casino de Alba de Tormes al Majestic, suele ser mortal de necesidad– no se atreve a pedir unos sandvichs [sic]; Carmencita Caro, que está en todo, le sirve pródigamente las suculentas golosinas.

Carmencita Alonso Zabala, de la estirpe de los Torres, de los Tovar, de los Romanones, nieta del ilustre Alonso Martínez y heredera de su ingenio y de su gracia, se empeña conmigo en un diálogo travieso para hacerme incurrir en un leso pecado de falta de galantería, pero gano, por votos, la partida a Carmencita.

Baby Buena Esperanza charla en inglés con una miss acartonada y añosa que me elogia la fachada salmantina de San Esteban y la gracia vienesa de los porches de nuestra Plaza Mayor.

La fiesta concluye. Marcho solo a ver a un amigo, y todavía llevo dentro de mi corazón la gracia humilde, risueña, candorosa, de este clavel donostiarra que se llama Mayu Elósegui y Martínez de Aparicio.

El Adelanto (18-02-1926)
El Liberal[128] (26-02-1926)

El grandioso recibimiento del gran pueblo de Éibar[129]
Discurso de Sánchez Rojas[130]

Ciudadanos y compañeros de Éibar:

La hidalguía en esta casa no me extraña, os conozco y os quiero. Me conocéis y me queréis vosotros. ¿Para qué más palabras de gratitud? Y es que cuando vuelvo al pueblo, me parece que

[128] En *El Liber*al se publicó, con ligeras variaciones, en un artículo titulado «Por el norte» en el que, además de este, incluía otro, también con alguna variación, previamente publicado en *El Adelanto* bajo el título «Mi excursión a Hendaya».

[129] Crónica de Luis Calvo, redactor de *La Voz de Guipúzcoa*.

[130] Discurso pronunciado el día 17 de febrero de 1926 en la Casa del Pueblo de Éibar y desencadenante del destierro de José Sánchez Rojas a la localidad de Huesca.

vuelvo a mi corazón, a mi conciencia civil, a mi dolor ciudadano, excitado por llagas de nuestros males, que vuestra presencia solo sabe calmarme y aliviarme.

Aquí tenéis los estudiantes de Salamanca. Desde hace muchos años conviven con los obreros de allí. Cuando yo era estudiante, los obreros nos honraban visitando el Paraninfo, y nosotros, los estudiantes, les animábamos acudiendo a la fiesta del 1º de Mayo, a la santa, a la noble fiesta del trabajo, que es la fiesta del descanso, de la fuerza consciente y de la esperanza en los destinos de nuestra España civil futura.

No gozamos de normalidad, y hasta nos han dicho que pongamos sordina a nuestros entusiasmos. ¡Bueno! Vamos a ser respetuosos. Poned en el corazón los nombres que ni estos chicos ni yo podemos poner en la lengua; esperad días mejores, y si estos muchachos, como yo creo y aseguro, son jóvenes, y son buenos y son inteligentes, contad con ellos para que todos juntos intentemos dar a España el decoro y la dignidad que anhelamos para ella.

He dicho.

El Adelanto (20-02-1926)

Campesinos en el Juzgado

Unas horas en Alba de Tormes, en busca de unas huellas más o menos leves, de unos indicios más o menos lógicos, que nos permitan una hipótesis decorosa en torno al crimen del Guijuelo. Alba de Tormes, dehesas de Pelagarcía, y Valdesantiago; sotos de los Arapiles en la tarde bochornosa; altozano del Carpio, y La Maza, y la fuente teresiana, y el pueblo de Alba, silencioso y soleado.

En el Casino, Aguirre –nuestro compañero– en plena fiebre informativa, conoce a los señorones del Juzgado, pero los señorones del Juzgado no saben nada…

¡Pero nada! Ni los nombres de los procesados saben los señorones del Juzgado, ni las señas del muerto, ni la fecha exacta en que Pedro García Martín aparece en las eras del Guijuelo con la cabeza aplastada y los ojos cerrados para siempre, ni la edad de la madre de Pedro, ni las aficiones amorosas del que perdió la vida sin explicación posible[131]…

El crimen no se explica por consideraciones de codicia: Pedro no llevaba dinero. No faltó un celemín del trigo que había en la era. Sus hermanos le estimaban porque era afanoso, y era trabajador. ¿Pasó tal vez algún vagabundo por aquel paraje? Hasta cuatro perros custodiaban aquella noche las inmediaciones del molino y los perros no ladran ahuyentando los intrusos.

Y los testigos, estos testigos campesinos del Guijo, que oyeron de niños los comentarios del crimen del médico de Cespedosa, y los de la muerte de Abdón Rodilla en el Guijuelo, y más tarde los de la guardesa, no saben nada de nada, ni han visto cosa alguna, ni han oído el más liviano comentario en el lugar.

Saben, sí, que el muerto tuvo una novia, que la novia casó con otro, que ese otro se encuentra hoy envuelto en las molestias de un proceso y en la cárcel. Pero nada más.

Dos muchachitas esperan el momento de prestar declaración en el Juzgado; Aguirre lucha en vano para que le den una impresión personal; las muchachitas permanecen mudas. Recelosas, atemorizadas, nos aseguran que han vestido de luto, que no han salido de casa y que en el pueblo no se habla de la responsabilidad de ningún vecino.

Horas después, el Juzgado abandona la sala de audiencia. Se advierte claramente que se trata de un día más perdido por completo para el esclarecimiento del terrible crimen… Paseamos por las ruinas de San Leonardo, vega adelante, a la caída de la tarde. Urdimos una hipótesis para explicarnos el crimen campesino en toda su bestialidad. Solamente por el amor de una mujer se mata sin dejar el menor rastro, de noche, en despoblado, con alevosía, en la más cabal impunidad.

Los campesinos dan cruz y raya a los civilizados en estos menesteres turbios de burlar a la justicia más avisada. Nos encontramos ante el primer capítulo de un folletín truculento. ¿Con-

[131] En primera instancia fueron detenidos como sospechosos los padres y un hermano del muerto y Pedro Jaén y Jaén, marido de Bibiana Rodríguez, antigua novia del fallecido. En octubre salieron todos en libertad. Por el silencio de los testigos tenía visos de convertirse en una nueva versión del Crimen de Cespedosa, en que no aparecieron los asesinos.

tinuara? ¿Acabará con el prólogo? ¿Quién lo sabe tratándose de una comarca que nada tiene que envidiar a la cordobesa de Fuenteovejuna?

El Adelanto (23-08-1927)

Quien es Bibiana

En los pasillos –alegres y claros– del Juzgado de instrucción. Primeras horas de la tarde. Un serrano ladino, de pocas palabras, ponderado, discreto, demasiado discreto. Una chiquilla morena, alegre, sonriente, pero atenta, demasiado atenta, a lo que se la pregunta. Quince años formalitos y reposados, vividos, día a día, en la aldea. Otra mocita –diez y ocho, veinte años– que se aturde adrede para no contestar a derechas.

– ¿Quién es Bibiana? –pregunto al serrano.
– La mujer de Pedro Jaén.
– ¡Ya lo sé!
– ¿Que fue novia del muerto?
– Eso dicen.
– ¿Usted les vio hablar alguna vez?
– No me acuerdo.
– ¿La quiso mucho el muerto?
– Eso era cosa de él.
– ¿Y ella?
– Eso era cosa de ella.
– ¿Estaban en amores en Febrero?
– No lo sé.
– ¿Usted puede precisar la fecha de la riña?
– No, señor.

Después del campesino, la niña. Las mismas preguntas:

– ¿Quién es Bibiana?
– La mujer de Pedro, el viudo.
– Pedro el viudo, ¿se trataba con el muerto?
– Una vez le vi con un hermano.
– ¿Bailaste con él algún domingo?
– No era del mismo pueblo.
– ¿Tenía fama de trabajador?
– Yo estaba de luto.
– ¿Conoces a Bibiana?
– Salgo poco de casa.
– Pero en el Guijo, cuando riñen unos novios se comenta, seguramente, la ruptura. Tú verías algo. ¿Qué viste cuando riñeron?
– Nada.
– Vamos a ver... Pedro está aquí en la cárcel, detenido, incomunicado. En el Guijo, se dirá alguna cosa, favorable o adversa para él.
– En el Guijo no se dice nada.
– ¿Bibiana ha declarado aquí, en Alba?
– ¡Claro que habrá declarado!

No hay modo de orientarse entre estos testigos sonrientes, que no pierden la calma, que contestan lo que les parece y que no saben aturdirse. Me dirijo a la otra mozallona, guapa y agradable como su vecina.

– ¿A quién se echa en el pueblo la culpa de la muerte de Pedro?
– Nadie lo sabe.
– No pregunto lo que se ignora, sino lo que se dice.
– Pero yo no hablo con nadie.
– ¡Cosa extraña! ¿Conoces a Pedro, el viudo?
– Es del pueblo.
– ¿Y el muerto?
– Iba mucho por el Guijo.

– ¿Cuándo?
– Cuando tenía novia. Después no.
– Pues aquí –digo por decir algo– echan la culpa al hermano.
– ¡Cualquiera sabe!
– Y otros a tu paisano.
– Pedro es bueno.
– ¿Tú le tratas mucho?
– ¡No!
– ¿Por qué has venido a declarar?
– ¡Cualquiera sabe! Me avisó el otro día un guardia que viniera hoy, y aquí estoy.
– ¿Qué has oído del crimen?
– Poca cosa.
– ¿Cuándo se casó Bibiana?
– No recuerdo.
– ¿En seguida de cortar sus relaciones con el mocito?
– No llevo la cuenta.
– ¿Es guapa Bibiana?
– Según...
– ¿Eran buenos amigos los dos Pedros?
– Ellos lo sabían.

En el Guijo no saben quién era Bibiana. En el Guijo no se habla, ni se oye, ni se cuenta, ni se fantasea sobre cosa alguna, ni aparece la sombra del menor indicio, ni el eco del más lejano rumor, ni la ligereza comadresca que en otros lugares se desata en seguida contra cualquiera.

Un juez que lucha a brazo partido contra todo un pueblo. He aquí, seguramente, el escollo del sumario. ¿Por qué se obstina todo el mundo en callar las anécdotas más alejadas del crimen y más inocentes en apariencia? El juez parece marearse en un dédalo de indicios. Este exceso de recelo, de cautela, de ignorancia estudiada y sistemática, ¿no es el mejor síntoma de que todo el mundo teme comprometerse? Y si temen comprometerse estos mudos y sordos de profesión, ¿no es acaso porque ya se lo han hablado y se lo han oído todo?

El Adelanto (24-08-1927)

Consolación

Al anochecer, por esta carretera de Cespedosa, que, como la calle Mayor de Guijuelo, debería llamarse de Filiberto Villalobos, es escenario de esta tragedia campesina… Primero, las ruinas de una ermita, en un altozano, y luego, los muros blancos del cementerio, y después, a un lado y a otro de la carretera, tierras paniegas, y rastrojos, y manchas grises de alcornoques y algunos chopos y fresnos que denuncian la proximidad del Tormes. El terreno se va quebrando poco a poco y forma graciosos montículos y oteros en las proximidades de Cespedosa y del Guijo.

Unas casucas de adobes a la derecha, y a la vera del rio, rompen la soledad del sitio. Separa el Tormes las tierras de Alba de las bejaranas tierras. A noventa metros de las casucas –un pajar, unas habitaciones–. Eras recién barridas, y en la parte más alta, y más soleada, y más airosa, entre matas de lentiscos, y un corral abandonado, y unos chopos, un cerco de tierra removida, que estuvo empapado de sangre y que sirvió de lecho de Pedro García Martín en la última noche de su vida.

Un enorme perrazo de presa –uno de los testigos mudos de la tragedia– nos ladra al paso y nos recibe enfurruñado para alejarse después. El aire ensancha nuestros pulmones y respiramos ávidamente en aquella planicie alta que domina la visión de todo el contorno.

Ocupamos exactamente el lugar donde estaban los montículos y peces de grano que acaba de embargar la curia, y desde la carretera, desde las dehesas próximas, cualquier transeúnte puede advertir nuestra presencia. Con las parvas, detrás de ellas, se oculta la visión de las casucas, sin embargo. Pero es imposible penetrar en la finca, en cualquier momento, sin que nos sorprendan sus habituales moradores. Consolación, hermana del muerto, una muchacha morena, enlutada, de color terrosa y grandes ojos negros, huidizos y atemorizados, reservona, nos sale al encuentro y dialoga brevemente con nosotros.

Consolación puede tener veinte años. Es bajita, y desde el primer instante, se pone en guardia para recibirnos. Sus padres siguen en la cárcel desde el día del crimen. Con los padres, el hermano de Consolación continúa incomunicado.

Los pequeños Esteban y Teodoro, discurren por la finca guardando y encerrando los ganados. Consolación comparte sus soledades y la dirección accidental de la casa con una tía que ha ido a compartir con ella los días tristes. Estamos más atentos a lo que calla que a lo que dice y pendientes más que de sus palabras de sus gestos y actitudes. Ni un solo momento nos mira fijamente a los ojos; pero habla sin vacilar, como mujer que se ha hecho cargo anticipadamente de cuantas preguntas puedan dirigírsela. Ni vacila ni acentúa sus afirmaciones. Y no llora. Ni por un momento se desata indignada y violenta contra un posible asesino, ni señala probables maquinaciones contra su hermano Pedro, ni se da a soñar con sabrosas revanchas cuando el misterio del sumario se haya esclarecido por completo.

Una acusación vaga contra Pedro Jaén y nada más. Las palabras y sobre todo el gesto cansado, estoico, musulmán, de esta muchacha, que parece no tener conciencia de la situación de los suyos, nos sume a nosotros en cavilaciones e hipótesis sin cuento.

Hipótesis, cavilaciones que, con todo reposo, desgranaremos mañana cuando el lector pueda darse cata de las incidencias de nuestra información. Adelantaremos que ni Romeo ni Julieta tienen nada que ver con este crimen. Por otros senderos bien distintos tenemos que escrudiñar ahora. En estos pueblos; el amor es una pequeña preocupación puramente fisiológica que no deja huellas en el carácter ni en la conducta. ¡En cambio, el interés…!

El Adelanto (26-08-1927)

Reconstrucción del crimen

Y después de cambiar impresiones con estos queridos amigos de Guijuelo y de tomar el aire en el otero de las eras, y de charlar con Bibiana en el Guijo, he quedado profundamente dormido en el auto, camino de Salamanca. Antes de llegar a La Maya, estaba dormido, y hasta el puente de Enrique Estevan no me han despertado mis compañeros. Y he soñado…

He soñado que Pedro, el muerto, y su hermano Domingo, el procesado, con los pequeños Teodoro y Esteban, y con los padres, y con Vicentico, el simpático guarrero, han cenado a las diez.

Los padres y los pequeños se han acostado pronto; Vicentico estaba un poco indispuesto; Consolación ha ayudado a los mayores en las faenas de echar la paja en el pajar. Hasta cerca de las dos de la madrugada, hora en que, poco más o menos, se ha ocultado la luna en la mañana del martes, 9 de Agosto, ha durado la faena. Domingo se ha acostado en casa y Pedro, como de costumbre, detrás de la parva grande, en el sitio más alto de la era, a noventa metros del pajar.

Se oye muy de cerca el murmullo del río. La noche está fresca. Pedro se ha refugiado encima de un costal que le ha servido de almohada, ha colocado dos mantas sobre el suelo y otras dos le han servido para cubrir el cuerpo y ocultar en ellas la cabeza.

Y así ha dormido tres, cuatro horas, intensamente, sin cambiar de postura, de un tirón. Las tres, las tres y media… Una tenue neblina azul envuelve los encinares de Cespedosa. Ni un rumor. Los perros no ladran esta noche… Las cuatro… Una sombra se aproxima a Pedro. Con gran cuidado procura no tocar ni dejar huella alguna en los peces de grano que tapan el cuerpo de Pedro. Pasea tal vez a la sobra unos minutos; de punto se ha arrodillado ante Pedro, dormido, ha cogido una piedra cualquiera de las muchas que hay en la era, y con ella, brutalmente, ha golpeado el cráneo de Pedro. Ni un grito… La sombra se aleja despacito, despacito, de las parvas.

¿Dónde? Amanece. Poco más de cien metros separan el lecho de Pedro del sendero del rio. La sombra ha tomado este sendero y ha bajado a las orillas del Tormes. ¿Qué otro camino puede seguir la sombra? Por la carretera circulan los primeros madrugadores; «antes de salir el sol» han marchado con los guarros, Vicentico y los pequeños de la casa. Los cuatro perrazos de la finca vigilan la entrada del paisaje… Hacia el Guijo, a campo traviesa, no puede caminar la sombra, nadie la percibe. Consolación va a lavar al río con otras mujeres y no se da cata de la presencia de ningún extraño. Domingo se levanta a las seis; poco después de las siete, Daniel, el padre…

Y hacia el Guijuelo, hacia Cespedosa, ¿puede caminar la sombra? La casa tiene tres puertas: la del pajar, la de las habitaciones de los colonos, la de una cochiquera… Desde el río a la cochiquera puede haber treinta metros. Los padres de la víctima duermen detrás de la puerta del medio; el pajar ha sido abandonado hace unos instantes por los pequeños que han salido al campo. En la cochiquera hemos soñado nosotros que la sombra se ha disipado por completo…

Y nada más. Abro los ojos. Aguirre, con el codo, pensando en unas buenas mozas del Guijo que han refrescado con él en el poyo de una casita aldeana me ha despertado violentamente. Los consumeros nos han detenido un momento. No he vuelto a saber nada más de esta sombra que no he visto huir, ni a campo traviesa hacia el Guijo, ni por la carretera de la izquierda hacia el Guijuelo; o a la derecha, por el puente, con rumbo a Cespedosa. Cuando los carros de mieses ganaban la carretera. Cuando cantaban las codornices con sus golpes secos y metálicos y algún gañan entona las primeras notas de la alborada.

El Adelanto (27-08-1927)

Psicología campesina

Muy pocas palabras para concluir. El crimen ocurre de madrugada. De dos a seis parece que asegura el forense; después de las cuatro, se dice que precisa con gran copia de datos el médico del Guijuelo, señor Rodríguez Bondía. El arma –y en este extremo capitalísimo parece que coinciden los facultativos que intervienen en la autopsia– es una piedra.

Estos dos detalles –la hora, el arma– arrojan, psicológicamente, gran luz sobre esta tragedia. El autor «no se previene» para matar. Asesina con lo que encuentra a mano. Lo tiene a su alcance en la misma era. Es posible que «no premedite el crimen», si por premeditación se entiende el análisis sereno, frío, reflexivo, del acto que ha de cometer después.

Cabe sostener la hipótesis de un crimen freudiano. El asesino acaso no piensa en el crimen hasta no ver dormido a Pedro. Más aún: aun viéndole, no concibe el asesinato hasta que no se da cuenta de que basta un canto, un guijarro del río para realizar su fin.

Lo mata con una piedra y lo mata a la hora del Alba. Estas dos convicciones personales traemos del lugar del crimen, de las conversaciones con los testigos y con los probables o mejor a aún, posibles protagonistas de este suceso. Nuestra misión se reduce a informar; allá los jueces para deducir las consecuencias.

El Adelanto (28-08-1927)

Andrea Núñez Rivas

Realmente, cuando se ha merendado bien, como yo he merendado esta tarde, hay demasiada distancia desde Novelty al Stadium. Luego, estos buenos amigos de Julio Santiago, el médico novato, y de Santiago Sánchez Rico, el prestigioso ganadero, caminan demasiado a priesa. Como mozos, no saben de los placeres reposados y lentos del espíritu y de los sentidos.

Calle de Toro y calle de Sánchez Ruano, el de los quemaderos inquisitoriales de la Moncloa, el "amigo" de don José Echegaray, que no le perdonó la pesada broma parlamentaria nunca, mi buen tío, al que Unamuno le achaçaba unos latiguillos que luego ha empleado él con menos fortuna... El Stadium... Fernando Iscar, modelo de escritores y de hombres, al que quiero y admiro tanto desde nuestros comunes tiempos escolares, y mi director, que tiene siempre destapado y libre el inagotable chorro de sus ocurrencias peregrinas, me nombran nada menos que asesor del jurado de belleza. Acepto, modestia aparte. Para esta credencial tengo mis papeles en regla. Soy nada menos que vicepresidente nato –el presidente es Romero de Torres y el secretario Marianito Benlliure y Tuero– del jurado permanente de la verbena madrileñísima de la Virgen de la Paloma; humildemente digo que entiendo algo de morenas y algo de rubias. Bebemos una copita de coñac. El jurado está un poquito nervioso y preocupado: la falta de práctica, sin duda. Pero pasa una morena estupenda, una real moza, a nuestra vera. Mariano y Fernando se conmueven; yo también. Morena, finísima, de grandes ojos negros, dulces y tranquilos, de precioso busto, de soberbia cabecita enmarcada en cabellos de azabache, An-

drea Núñez Rivas –que así se llama la que ya podemos llamar nuestra soberana–, más que una belleza salmantina es una belleza castellana. Tiene la placidez de nuestros valles, la gracia de los álamos que crecen a la orilla del Tomes. Sus ojos, aunque son negros, se parecen a los castaños que loaba nuestro José María,

con un mirar sin engaños,
que infunden tranquilidades.

Andreita tiene una belleza hogareña, de futura madraza salmantina. ¡Es Salamanca, Castilla, nuestra Reina, hecha mujer y trocada en niña de diez y siete años, que muy pronto cumplirá la Majestad! Y el fallo ya está resuelto por anticipado. Estos casados –Fernando Íscar, Mariano Núñez, Ricardo Lobato– son de una simplicidad encantadora. Pero los chicos solteros de nuestra Prensa, Paco Bravo, Gabriel Hernández –que maneja muy bien el altavoz– y Luciano Sánchez Fraile, son, en cambio, de una complejidad desesperante:

– Advertid, caballeros –vienen a decirnos con su actitud– que hay una Dorita, esbelta como una palma; notad, cofrades, que por aquí se pasea una Pilarcita Paniagua, linda y rubia como un "amoretto" de Rafael o de Luini. Estos menesteres del jurado son una cosa muy seria, pero muy seria, compañeros... No os precipitéis...

¡Sí, sí! El presidente de la Asociación de la Prensa y el director de EL ADELANTO, y este asesor, se dan cata entonces de que algunos respetables miembros de la Peña de los Brujos están ejerciendo coacciones tremendas sobre estos chicos. Aunque tarde, vaya mi denuncia pública con mi protesta al Juzgado de guardia. Pero la belleza suave y tranquila de Andreita se impone a todos. La deliberación es rapidísima. Pasa la muñeca a los brazos de la nena, que sonríe. La mamá, en cambio, se muestra feliz ante las rivales. El público subraya unánimemente nuestro fallo con una ovación estruendosa. Así, democráticamente, se legitima en el acto la soberanía de Andrea Núñez y Rivas, modistilla salmantina. Y yo recuerdo que el apellido Núñez –y no lo digo por el director ni por el administrador de nuestro diario, que son casi tan feos como el cronista– y yo recuerdo que el apellido Núñez no es la primera vez que va unido a las bellas de nuestra ciudad. Núñez se llama aquella Cecilita, hija del bibliotecario de la Universidad, don Toribio, que representando la ciudad fue a las Cortes del 30 y del 48 del siglo pasado, ahijada y después único amor, tiernísimo y constante, del solitario de Piedrahita, don José Somoza y Carvajal. Todas las delicadezas de este hombre, gloria de nuestras letras y el mejor prosista acaso del siglo XIX, son para Cecilia, que vive con el padrino, porque don Toribio anda de cárcel en cárcel y de destierro en destierro, peleando por la Libertad. Núñez se apellida también la reina que han elegido los chicos de la Prensa esta hermosa noche del 6 de Julio de 1929.

¿Qué diremos nosotros en elogio de la Majestad? Por de pronto, aseguraremos que la hemos votado valientemente, conscientemente, sin vacilaciones de ninguna clase. Somos monárquicos decididos de este Trono y de esta Soberana. Pero deseamos también que nuestra Reina reine, en verdad, con dulce despotismo, en el corazón de un hombre, de un sólo hombre, salmantino y muchacho como ella, y en la alegría de unos bebés rollizos, frescos, sanos y angelicales. ¡Andrea, para usted este Trono y esta Soberanía permanentes! ¡Pídale esa gracia al Santo Cristo –tan salmantino– de los Milagros, que es el Cristo de su barrio, señorita!

El Adelanto (09-07-1929)

Los hoteles y el turismo

El Hotel que se está levantando en la plazuela del Poeta Iglesias[132], confieso que me gusta mucho. Bien sabe el ilustre arquitecto, señor López Otero, lo que se hace. El edificio sencillo, sobrio, claro, no puede encajar mejor con el tono de la plazuela y con el ambiente general de la ciudad. Creo que cuando esté concluido y por las trazas que lleva, será, sencillamente, uno de los mejores hoteles de provincias en España, salvando, como es natural, el de Alfonso XIII, en Sevilla. Conviene hacer resaltar la sencillez y la gracia de este Hotel en un pueblo como el nuestro, donde muchas gentes padecen de daltonismo artístico salmantino. Aquí se concibe un rascacielos con edificios que contengan ocho palacios superpuestos como el de Monterrey.

[132] El famoso Gran Hotel, hace poco desaparecido.

Aquí se hace un cuartel imitando las famosas torres y las no menos famosas cornisas[133], como si aquí no tuviéramos el arquetipo de los palacios plateresco. Creo, en fin, que si a uno de nuestros castizos, el Ayuntamiento encargase el plano de una Gran Vía salmantina, saldrían del atasco tan tranquilos imaginando una recta, donde hubiera de un lado y de otro tres docenas del Torreón del Clavero, otras tres de la Torre del Gallo con andamio exterior y todo para que tuviera más carácter y hasta quince campaniles más como los de la Universidad y Santo Domingo.

Pero este Hotel en construcción no puede ser más salmantino, precisamente porque encaja en la ciudad y porque no recuerda nada de ella. La arquitectura moderna atiende a todos los sentidos, incluso al de la vista. Ahora, que su punto de referencia es principalmente la higiene y la comodidad. En una plazoleta como la del Poeta Iglesias, de horizontes limitados, conocidos, no hay que resolver problema alguno de perspectiva. Son otros los problemas que hay que resolver en un hotel salmantino, antes higiénicos que estéticos, ya que éstos están previamente resueltos. No vamos a echar de menos en un "hall" el sepulcro de un Obispo o la estatua de un Comendador. Los muros, por lo demás, están más limpios sin vítores ni inscripciones. Ese Hotel se incorpora a la vida de la ciudad en el siglo XX y no en el XVIII. El problema más agudo arquitectónico es siempre de distribución, de proporción y de composición; problemas que resuelve bellamente el Hotel que se está construyendo ahora. Un Hotel no es una hospedería pseudo-artística de aquellas que tanto deleitaban al Marqués de Vega-Inclán, ni tampoco un parador típico como el de los Toros de Salamanca, el de la Sangre en Toledo o el de las Almas en Zaragoza. Los extranjeros no vienen nunca a estos paradores. Necesitan bañarse, descansar, reposar los sentidos. La visión de los monumentos nada tiene que ver con la falta de "confort".

Aunque no tengan vítores los muros de este Hotel, yo pienso venir a él cuando cambie de fortuna. Ya me preparo con este artículo a que me pongan una factura arregladita; no todo va a ser romanticismo, hablando de toreros y de cupletistas. "Cagancho" dice, por ejemplo, que hay chinches en los mesones clásicos. Yo sé también que los vítores son buenos amigos de las liendres; harto lo sabemos los que vivimos de estudiantes en el Patio de Escuelas Menores, con retretes al lado de la cocina y barreñones en las salas, en compensación del "Omnia scientiarum princeps Salmantica docet"[134].

Salamanca debe aprender a vivir un poco mejor si quiere ser admirada y visitada. Menos doctores y más mangas de riego. Menos escudos y más "water-closset". El Hotel va a corregir eso. Yo prefiero para pasear, la calle de Sánchez Ruano a la de Raspagatos. Y viviría mejor en un hotel de nueva planta que en la casa de Fray Luis de León, que debe estar llena de ratas. Todo lo demás es hacer literatura salmantina, ochocentista y pintoresca.

El Adelanto (11-07-1929)

Dos minutos de silencio

Mañana, lunes, a las once en punto, lector, ten dos minutos de silencio; de silencio y de oración. Piensa en la tragedia terrible que acabó en aquella hora hace ya algunos años[135]. En los millares y en los millones de víctimas. En los millones de huérfanos, de viudas, de madres que lloraron el gesto de un Emperador loco, y de un militarismo desatado y de una civilización caduca, y de una ausencia de sentido moral que pesa todavía, como losa de plomo, sobre nuestro espíritu. Los estudiantes españoles han sido invitados muy especialmente, por sus colegas de Europa, a aguardar esos dos minutos de silencio. Yo ruego muy especialmente a mis amigos y compañeros, los de Salamanca, que mañana, lunes, a las once, y donde les coja, en el aula, en la calle, piensen, por un momento, en la Paz y en la Justicia del Mundo, que serán las resultantes de su Justicia y de su Paz de corazón.

¡Dos minutos de silencio, estudiante! Por ti, por la que sea madre de tus hijos, por tus hijos de mañana, dos minutos de silencio y de oración. Para que no presencien una guerra nueva. Para que el Cuartel no se troque al Aula, dos minutos. Forma la resolución de no disipar estúpidamente tu vida, entre trincheras, viviendo como un topo y como un cafre, a la cara de

[133] Referencia al cuartel de Caballería (hoy de Ingenieros) "General Arroquia", situado en la salmantina calle del doctor Torres Villarroel, que comenzó a construirse en el año 1926.

[134] "Los principios de todas las ciencias se enseñan en la Universidad de Salamanca".

[135] El 11 de noviembre de 1918 entró en vigor el armisticio de la Primera Guerra Mundial (1914).

otros hombres, que son tan víctimas como tú, de la sugestión de unos cuantos que sólo saben de la gloria de los pueblos ante el ruido atronador de los cañones y el seco y opaco del maüser [sic][136]. Los pueblos se labran, con la Justicia y con la Paz. El ciudadano tipo es el sabio obscuro que trabaja, el médico humilde que cura, el sacerdote que consuela, la mujer que hace hijos sanos, el artista que sueña en voz alta para que su pueblo sea bendito entre todos los pueblos de la tierra. Cuando decimos España, pensamos menos en el Gran Capitán que en Miguel de Cervantes o en Teresa de Jesús. Cuando decimos Inglaterra, más que en Pitt o en Nelson, pensamos en Milton o en Shakespeare. Leonardo y Miguel Angel, hicieron más por Italia que César Borgia o que Garibaldi. Los pueblos como Rusia, que soñaron con guerras, en las guerras murieron. Lo que llaman por ahí nuestro pasado esplendoroso –nuestras Conquistas– es todavía el motivo de nuestro abatimiento. Suiza no necesita guerrear para ser un gran pueblo. Bélgica, que se defendió como un pueblo inerme, es hoy respetado y querido, porque cumplió con su deber, sin literatura.

"Se habla demasiado de paz en el mundo", glosa Mussolini en este aniversario del armisticio. Puede decirse esto ante una Europa que tiene demasiado en qué pensar, para dar oídos a bravatas puramente líricas. Es lo mismo que si nosotros amenazamos con un coco a niños de alguna edad que acogen, discretamente y entre sonrisas nuestra amenaza. Si los pueblos no se preparan para la paz, ¿para qué se preparan? ¿Hemos de arrojar a la metralla nuestra juventud? ¿Vamos de nuevo a destruir las ciudades por el placer de destruirlas? ¿Vamos a dejar truncados de dolor nuestros hijos, con las mismas taras de egoísmo, de brutalidad, de estupidez, que hemos heredado nosotros de una época que ha quebrado definitivamente?

Dos minutos de silencio. Y de contrición. Y de fortaleza. Y de patriotismo. No es la fuerza, la que manda, sino el espíritu. Los alemanes ganaron las batallas pero perdieron la guerra. Los aliados ganaron la guerra, pero perdieron la paz. Todos los combatientes perdieron. Hasta los neutrales perdimos en la contienda, porque no atendimos la única virtud que traen los tiempos malos: la de la sobriedad. Vivimos de explotar muertos y el dinero se marchó como había venido: entre maldiciones. Ahora mismo estamos resolviendo problemas que otros pueblos superaron ante la brutalidad bélica. Hasta el dinero se deshace en las Bolsas como pompas de jabón. Todo quiebra menos el espíritu. Se disipa todo menos la verdad.

Haz mañana de tu aula un altar, estudiante. Dos minutos de silencio. Sé ciudadano de tu Escuela y sé soldado de la cultura, que une a los pueblos y que no sabe deshacerlos estúpidamente con plomo y con metralla. ¡No tendrás derecho a mirar frente a frente los ojos de la mujer que amas, si has de tirar tus hijos, por incuria, a la carnaza de las trincheras, en las que todavía sueñan cuatro locos, para amontonar tesoros sobre la vida de unos incautos que creen defender un ideal, donde sólo se esconde un apetito de oro o un delirio de grandezas!

El Adelanto (10-11-1929)

Concurso infantil

Siete, ocho mil cartas; siete, ocho mil soluciones a este primer concurso-rompecabezas de "Crónica", al que han de contestar los niños colocando de tal suerte unos pedacitos fotográficos que, con ellos, han de componer la perspectiva de una ciudad. Niños de todas partes; niños de esta ciudad, de Béjar, de Matilla de los Caños, entre los que han aparecido hoy. He empezado a leer esas cartas en broma y he concluido en serio. Cada niño deja el reflejo de su imagen en la solución y en la manera de enviarla.

Hay cartas dictadas por los papás, por las mamás, por los hermanitos mayores; hay cartas graciosamente espontáneas y personales. Unos salen del paso con toda suerte de trucos y de habilidades; hay unos que mandan anticipadamente la fotografía, por si salen vencedores; hay otros que acusan a sus progenitores de no tomarles en serio y de no ayudarles; hay otros, finalmente, que reconociendo su incapacidad como escritores, muestran, en cambio, sus habilidades como dibujantes y afirman que de Toledo –que es la ciudad que representan los pedacitos de la fotografía hábilmente preparados y compuestos– no conocen otra cosa más que el riquísimo mazapán.

[136] Por máuser

¡Deliciosos, en verdad, estos concursos infantiles! Claro está que sea preciso intervenir en ellos con una imparcialidad absoluta. Se requiere, en esta labor previa de selección de trabajos, que la colocación de los fragmentos fotográficos sea perfecta y que en la descripción de las maravillas toledanas haya una nota personal. Una señorita es la encargada de precisar la perfección gráfica; nosotros de señalar la calidad literaria. Y cuando nos aficionamos a una caligrafía, a la confidencia de una pequeña, a la confesión de un bebé que desea que le toque la maquina Kodak, oímos la voz inexorable que rechaza fríamente los originales. "¡Pas bon, Monsieur!". O duramente: "Tres mal". En cambio, cuando afirma "¡C'est just!" descansamos y unimos la literatura al gráfico entre los candidatos a vencedores del concurso…

Niños de toda España acuden a él. Por brazadas, por sacos, han traído del apartado las contestaciones. Niños vascos, estudiosos y tenaces; pequeños catalanes, que con el auxilio de los diccionarios y de las enciclopedias, han compuesto su graciosa retahíla; nenes y nenas andaluces, perezosos y vagos, que, en lugar de escribir, dibujan y piden los premios sin rebozo; mocosuelos castellanos, formalotes y graves, que ponen un exquisito cuidado en el envío para triunfar. Y las larvas de los futuros hombres y de las mujeres tutoras en ellos y en ellas. Los hay vanidosos. Los hay dignos. Los hay pícaros. Y pequeñas coquetas que envían su retrato para que el Jurado se incline por la negrura de unos ojos o por el oro de una cabellera rubia.

Tres premios destina "Crónica" a los nenes. Una preciosa Kodak. Una magnifica pluma Watermann. Una caja de pinturas. A mí me apena que no haya, por lo menos, seis mil… Me encantan todos los trabajos y me seducen todas las confidencias de estos pequeños concursantes. Pero tengo que ser justo. Preferiría, sin embargo, ser amable. No queda más justicia que la comprensión y que la tolerancia cuando hemos vivido mucho y cuando la vida nos ha jugado alguna mala partida. Y en las dulces lengüecitas de trapo aprendemos mejor a ver a Dios que en los discursos y en las peroraciones serias de los hombres maduros. Estos nenes de España nos inspiran un lindo respeto que, francamente, no saben inspirarnos los hombres de nuestro país.

El Adelanto (30-01-1930)

"Tres días con los endemoniados"

¡Obsesionante y terrible reportaje este que publica ahora –*Editorial Cénit*– el periodista don Alardo Prats y Beltrán sobre los endemoniados que van a curar sus dolencias a la cueva o Balma de Zorita en el Maestrazgo, allá en la provincia de Castellón! El expreso de Valencia. En la noche fría, la claridad de Alcázar de San Juan; llanuras manchegas. Játiva, con sus huertos, y flores, y jardines, hacia el alba. Valencia y el Mediterráneo en la lejanía. A Castellón en el tren. Un breve descanso e internamiento en el Maestrazgo. Carretera surcada de relejes; huertos de naranjos, limoneros; colinas lavadas por la lluvia, en la región de la Plana. Castillo de Borriol sobre una roca. Montañas, y pinares, y musgos. Llanura de Gabanes. Maestrazgo. El monte de Peñagolosa que se recorta en la azulez del cielo. Molinos, balsas, chopos, aceñas. Viñedos...

Morella, al fin, en un promontorio. Carros, cientos de carros, con los «endemoniados», hacia la Virgen de la Cueva o de la Balma. Diálogos con los campesinos en la marcha. Vinillo ralo y avinagrado, vinillo puro, que va desde los zoques o botas a humedecer las resecas gargantas. Más pueblos: Palanques, las rocas de Ortells... Una posesa de los demonios. «Una masa negruzca –escribe Prats y Beltrán– que aúlla roncamente, que se queja y blasfema, que reza en voz alta y torna a blasfemar.» La doliente lleva los pies en carne viva. La cara está cubierta de sudor y polvo. Es bizca como Maritornes la infeliz. Y brama como vaca que está pariendo. Dos brujas de una masía de Villafanés la metieron los malignos en el cuerpo va para tres años. Hipa de cuando en cuando. Y aúlla en salvaje salmodia:

– ¡Pobra de mí! ¡Cúreume, mare de Deu![137]

Danzan las primeras sombras de la noche. La cueva milagrera, al remate de la jornada. El techo es una roca desnuda y negra de humo de hachones y de cirios. Sobre la peña se alzan unos altaritos. En el retablo, la imagen que liberta a los posesos de la influencia del Malo. Canturía desacorde de las comadres. Lazos exorcistas, azules, en las manos y en los pies. Superstición. Crueldad. Embrutecimiento campesino. Potingues de agua bendita y tierra sagrada. La

[137] En *El Adelanto* "¡Pobre de mí! ¡Cúrenme, mare de Deu!"

mixtura ha de tragarla el doliente. Se cantan los gozos. Las brujas y las *caspolinas*[138] meten sus manos huesudas y sarmentosas entre las ropas de las posesas, hasta ahuyentar los diablos. Pero estos son tenaces, y no se van de buenas a primeras. El reportero, con admirable prolijidad, relata algunos casos. Estas brujas o *caspolinas* están en el secreto de la farsa y cobran sus buenas utilidades por la odiosa mixtificación. Los enfermos, casos clínicos de verdadero interés, son pobres paranoicos, infelices histéricas, que reclaman a gritos baños de sol y duchas.

No es esta zona la única donde tales reminiscencias medievales se manifiestan en nuestra Península. No solamente es en la cueva de Zorita del Maestrazgo donde se celebran los espantosos aquelarres. Recuérdense ciertos relatos de Baroja sobre pueblos vasconavarros cercanos a Vera del Bidasoa. Tengamos en cuenta la terrible procesión de los espiritados que se celebra en Jaca durante el mes de Junio todos los años, y la exhibición de las reliquias de Santa Orosia para alejar los Malos de los enfermos. Otros casos larvados de superstición se dan en otros parajes... Es hora de limpiar esta lepra que se sostiene por debilidad, por abandono y por pereza.

Crónica[139] (02-02-1930)
El Adelanto (25-01-1930)

El sillón vacante

Dígase lo que se quiera, aquel Antonio de Valbuena, o Miguel de Escalada, el autor de los *Ripios académicos*, y de los *Aristocráticos* y de los académicos, y de la fe de erratas del *Diccionario de la lengua* con todos sus tiquismiquis y minucias, es mucho más actual de lo que puede suponerse. Doy en la flor de sospechar –y me dan ganas de preguntarlo en casa de Victoriano Suárez– si sus libros se piden todavía por nuestro público. Sospecho, fundadamente, que sí. Todavía más: hasta nuestras clases llamadas intelectuales se me antoja que tienen de la Academia el mismo concepto que el señor Valbuena tenía y que todas ellas padecen la superstición del tipo académico, inmortal, para muchos, así que consigue abrir, de par en par, las puertas de la casona de la calle de Felipe IV[140]. Derechas e izquierdas discuten estos días si el elegido debe ser un botánico del lustre del señor Bolívar o un aficionado a las letras tan discreto y tan modesto como el ingenio conquense señor Martínez Kleiser. La solución la ha dado Dionisio Pérez que tuvo la humorada de presentar espontáneamente su candidatura y que se ha retirado antes de luchar porque los inmortales le han participado que ya tienen su voto comprometido, no solamente para esta elección, sino para otras cuatro o cinco. Si Dionisio Pérez se resigna a esperar que surjan esas vacantes, que suponen otros tantos fallecimientos precisos, es posible que sus anhelos lleguen a cuajar para entonces. Mientras tanto... Los académicos no tienen para qué hablar al notable periodista de sus merecimientos propios, ni de los que puedan oponerle, en buena balanza, sus adversarios respectivos. No es esa la cuestión que se plantea. La Academia no es ni puede ser un vivero de inquietudes intelectuales, ni tampoco una forja del buen decir; es solamente un organismo oficial. A las recepciones académicas asisten hermosas damas y los académicos que están en determinadas condiciones presiden los tribunales de cátedras. Se trata de un puesto que da prestigio, y a su sombra, si se brujulea bien, un mísero puñado de pesetas. Se requieren, por ende, algunos requisitos que no pueden llevarse a la «Gaceta». Buena ropa, por ejemplo. Unas barbas blancas, no están mal. Por cuidar estas preciosas excrecencias capilares, derrotó un día en la Presidencia don Alejandro Pidal a don Marcelino Menéndez Pelayo, que era un buen ciudadano muy a la pata la llana. Por llevar el uniforme con gracia, ganó otro sillón aquel espejo de fieles silvelistas que se llamó don Juan Antonio Cavestany. Por actuar de candidato maurista en unas elecciones generales por Madrid, ocupó otra vacante don Ricardo León. De otros académicos no sabemos siquiera por qué lo han sido. Y todo eso ¿qué tiene que ver con las letras?

Se dice por decir algo, que la Academia limpia, fija y da esplendor al idioma patrio, pero es el caso que la lengua va por los cauces, más seguros, que la imprimen la estética espontánea del pueblo y las leyes mismas de su evolución fonética. Toda lengua tiende siempre a manifestarse

[138] Brujas o hechiceras llegadas a la cueva de Zorita del Maestrazgo desde la localidad zaragozana de Caspe.
[139] En la revista *Crónica*, este artículo salió a luz firmado con las iniciales J.S.R.
[140] Calle madrileña en la que, desde 1894, se asienta la sede de la Real Academia Española de la Lengua.

con naturalidad y con precisión. Los inmortales imponen unas normas pero el pueblo sigue otras. Se escribe de un modo y se habla de otro, ahora y siempre. Ejemplo de lengua escrita en el siglo de oro de nuestras letras: Fray Luis de León y don Francisco de Quevedo. Ejemplo de lengua hablada: Cervantes y Santa Teresa. Y ¿qué es lo que se ha incorporado de hecho a nuestro patrimonio lingüístico? ¿La dicción sutil y consciente del agustino y la expresión académica de Quevedo? ¿O los modismos y giros populares del ingenio de Alcalá y de la monja de Ávila? Decididamente, éstos. Hoy mismo, un aldeano se vería perplejo para apechugar con la prosa burocrática del señor Cotarelo y con la lengua algebraica del señor León (don Ricardo.)

Porque nuestra Academia es como una Arcadia apolillada, donde fingidos Batilos y Filis igualmente fingidas hablan lengua de trapo en sus inocentes escarceos líricos. La Academia Francesa, por ejemplo, ya es otra cosa. Allí se tiene la puerta abierta a todas las modalidades estéticas que gocen del favor popular. Y al pie de un Anatole France, que escribía como un ángel, podía estar un Paul Bourguet, que escribe como un rinoceronte. Aquí los académicos del temple del llorado Andrenio, cuya herencia se discuten estos días, y de Pérez de Ayala, son precisamente la excepción. El contingente de la corporación lo dan con preferencia ingenios oscuros de segundo y tercer orden, que son completamente desconocidos para el vulgo. La excepción es que haya literarios puros y que haya filólogos como el señor Menéndez Pidal. No sé por qué tengo para mi capote que tales señores están allí en flagrante minoría. La Real Academia Española no pretende, yo creo, realizar ninguna misión popular. Como corporación aristocrática, se cree intangible. Ella se reúne periódicamente a cumplir con sus fines de beneficencia domiciliaria y a señalar temas absurdos para premios absurdos que se reparten siempre a la sordina. Lo de la caza de vocablos para las ediciones sucesivas del Diccionario también lo lleva en silencio porque aquello no tiene transcendencia mayor que la percepción de unas dietas no muy abundantes para los estragos que causan en el idioma. Pero sus fallos no tienen jamás carácter ejecutivo. El pueblo sigue hablando con la elegancia y con la economía que Dios le da a entender, y los epitomes y las gramáticas apenas tienen otra misión que la de marear a los pobres párvulos de nuestras escuelas públicas.

He dicho recientemente en otra parte y lo vuelvo a repetir aquí ahora, que los pleitos académicos no deben preocupar a nadie y que deben resolverse siempre a gusto de los manipuladores que andan en tales escaramuzas. ¡Tanto monta! Lo mismo el señor Bolívar que el señor Martínez Kleiser son igualmente aptos para que luzcan las palmas académicas. Bolívar seguramente, tendrá que seguir estudiando mucho y el examen de sus plantas, de ser elegido, no le permitiría perder mucho el tiempo en sus quehaceres académicos. El señor Martínez Kleiser que es un hombre que vive de sus rentas, que escribe por puro pasatiempo esas descripciones tan conocidas de las bellezas naturales de Cuenca y de su región será, por el contrario, un académico de los que no perderán jamás una sesión. Y hasta es posible que se encariñe con el cargo, que redacte un montón razonable de papelotes trimestrales, que presida con gran puntualidad oposiciones a cátedras y que vista bien el cargo en las solemnidades y recepciones de toda laya. No debemos jamás perder de vista que el cargo de académico entre nosotros es puramente decorativo y espectacular. Pero hablar en serio de candidaturas, lanzarlas a los periódicos, discutirlas, azuzarlas, tiene la inocencia de querer dar vida a un cadáver, ya momificado, que no debe inspirar repulsión, sino risa. Si Andrenio presenciara las polémicas que ha originado su herencia yacente en la docta Corporación, hubiera sonreído con su sutileza de costumbre. Académico en el sentido griego, no supo, ni pudo, ni quiso serlo en el sentido español. Prefirió siempre la chaqueta a la casaca. Y estaba tan acostumbrado al flexible civil, que el bicornio administrativo no le sentaba. Positivamente, no le sentaba.

La Mañana (06-02-1930)
El Luchador (03-02-1930)
El Pueblo Gallego (01-02-1930)

El Museo Romero de Torres

Se ha nombrado en Córdoba una Comisión preparatoria para erigir, en la bellísima plaza barroca de Jerónimo Páez, una estatua en memoria de Romero de Torres.

El emplazamiento es acaso uno de los más indicados para el monumento que se proyecta. Esta Comisión preparatoria quiere que se designe inmediatamente una Junta nacional que nombre las provinciales, para que el monumento sea costeado por España y por las Repúblicas todas de lengua española.

Pocos artistas más populares que Romero de Torres.

Su persona y su obra eran bien gratas a los ojos del pueblo, que una vez más, y como siempre, sabrá honrar la memoria de uno de sus hijos más ilustres y queridos.

Y a la vez que se piensa en la erección del monumento, Córdoba quiere convertir los salones de su Academia en el Museo de Romero de Torres. Cuarenta y tantos cuadros de todas las épocas del pintor constituirán la colección del Museo...

Toda esta obra, que la familia del glorioso pintor quiere legar mañana a la ciudad de los califas, necesita, naturalmente, un cuadro típicamente cordobés.

En la plaza del Potro, adosado a la casa donde nació y murió Romero de Torres, separado y a la vez unido al Museo Provincial que han dirigido hasta la fecha los dos espíritus más íntimamente unidos al del autor de *La musa gitana*, su padre y hermano don Enrique, el Museo Romero de Torres guardará, con los cuadros, las mejores réplicas de este.

Su estudio de la calle de Pelayo va a ser reproducido exactamente en su nueva morada cordobesa de la plaza del Potro.

En las vitrinas se guardarán religiosamente cuantos apuntes y objetos pertenecieron al pintor.

Y habrá, además, al lado de la reproducción fotográfica de toda su copiosísima y fecunda labor pictórica, una hemeroteca con todo cuanto se ha escrito sobre Romero de Torres.

En el estudio continuarán los objetos que pertenecieron a Lagartijo y al bandido Pacheco, que Romero –de alma tan racialmente cordobesa– había reunido fatigosamente a través del tiempo.

Esta idea de consagrar la memoria del pintor insigne honra verdaderamente a Córdoba.

No basta el bronce para perpetuar la gloria del artista; hace falta amor y comprensión.

El nuevo Museo cordobés será pronto un lugar sagrado en el itinerario artístico de la nueva España.

Y el viajero que gane, por San Francisco, la calle de la Feria y enfile la de Romero de Torres para detenerse en el Potro, centro clásico de la vieja picardía, encontrará, junto a los viejos mesones de la plazuela que albergaron en su día las andanzas miserables de Colón y de Cervantes, un refugio de paz y de poesía.

Las viejas arcadas del que fue ruinoso Hospital de los Reyes Católicos detendrán el paso del viajero.

Ganará este la cancela y entre arrayanes, naranjos, fuentes y estatuas, penetrará en el que fue glorioso estudio del pintor.

Al lado de los libros, *La muerte de Santa Inés*.

Colgando de un muro el autógrafo de unos bellos versos de Bécquer. El caballete, los pinceles ociosos. En seguida, el nuevo Museo, ese Museo que la ciudad de Córdoba, tan justiciera en honrar la memoria de sus hijos ilustres, levantará con orgullo de madre amantísima; ese Museo, oreado por ráfagas de jazmines y por el perfume de los naranjos. Y una vieja fuente dirá su limpia canción, la misma que oyese Romero en los días radiantes de la niñez, esa niñez florida y jubilosa transcurrida entre los aladares de la plaza del Potro y el soleado paseo del Gran Capitán. El Museo Romero de Torres será como un hito de peregrinación para todos los que fueron amigos y admiradores del gran pintor.

Nuevo Mundo (15-08-1930)
Diario de Córdoba (16-08-1930)

En el Palacio de Oriente

Mi querido amigo Juan Cueto ha tenido la bondad de enseñarme dos veces, con las Cámaras oficiales del Palacio de Oriente, uno de los más ricos, lujosos y elegantes de Europa, las habitaciones privadas de los ex reyes de España, doña Victoria de Battemberg y don Alfonso

de Borbón de Hapsburgo[141] y Lorena. La biblioteca particular y la alcoba de los dos ex reyes revelan más de una faceta del carácter personal de la pareja que abandonó, hace unos meses, el alcázar real por un hotel extranjero, donde han comenzado ya esa vida pintoresca de los Príncipes desterrados que no aciertan a vivir de realidades y que sueñan con fantásticas restauraciones que nadie agradece y que nadie acierta a explicar y que tan maravillosamente supo describir Alfonso Daudet en su novela "Los reyes en el destierro". La biblioteca particular de doña Victoria nos dice harto elocuentemente quién es esta señora: amaba las novelas blancas y los libros de memorias secretas de las cortes europeas. Al azar abrimos alguno. En éste se estudian las relaciones hoy mismo desconocidas del famoso Rasputín y de la zarina su prima. En otro, un autor inglés de segunda categoría diserta sobre "Los secretos de la corte de España desde 1906 hasta 1927". Dickens solaza también la soledad de doña Victoria. Un alegre librito de pasta blanca diserta sobre las alegres aventuras de su pariente el rey Carol. Como se ve, doña Victoria ama las murmuraciones alegres y un tanto descocadas de la gente palaciega. Otros libros, regiamente encuadernados, rompen la uniformidad de su librería de señorita inglesa, poco austera. Así, aparece un tomo, encuadernado en pergamino, de don Gabriel Maura, "La Corte de Carlos II" y unos estudios históricos del señor Sánchez Albornoz. Muy pocos escritores españoles figuran entre los favoritos de la ex reina. No veo más que algunas novelas de Pedro Mata y de Vicente Blasco Ibáñez. Poetas, ninguno. Su biblioteca particular, de 600 a 700 volúmenes, no contiene otras sorpresas.

La de don Alfonso, en cambio, es todo un poema. La decoran unos cascos de caballo y unas balas de cañón. Se compone exclusivamente de reglamentos, de anuarios militares y navales. Una obra en ocho o diez volúmenes, aparecida en los días aciagos de la Dictadura con el título de "Los progresos de España" (1823 1923), campa por sus respetos en los estantes reales. Nada más. Nos recuerda la biblioteca de don Alfonso aquellas otras de ciertos señoritos andaluces que no contienen más que la colección de "Sol y Sombra" y los retratos de Reverte y del Espartero, tirándose a matar. En cambio, en las aparatosas encuadernaciones oficiales que todavía se apilan en la mesa de su despacho particular y en la de la habitación donde celebraba Consejo con sus ministros, sobresale siempre en letras de oro, el escudo real y su inicial cifrada. El mismo motivo decora sus pliegos de cartas particulares, alternando con las cruces de las órdenes militares y con emblemas de mando militar y marítimo. Hasta los lápices que descansan sobre los bloques para notas aparecen, retadores y monótonos, con los mismos emblemas. Don Alfonso no quería olvidar él mismo ni que olvidasen los demás, su calidad jerárquica. Era rey hasta en los momentos más íntimos de su vida. Rey y militar: a fuerza de llevar uniforme, de arrastrar sable, de calzar espuelas, había llegado a creer que era un general efectivo, con mando real sobre sus soldados, y estoy seguro, contemplando estos motivos de ornamentación de sus objetos íntimos, que no cruzó jamás por su mente la idea de que sus grados militares eran puramente simbólicos y honorarios.

Las alcobas se prestan a otras reflexiones que rozan más con la estética que la ética de ambos personajes. La de doña Victoria es muy linda: Un magnífico oratorio, sin cruces ni velas, ocupa un hueco a la derecha del lecho, blanco y dorado. Dominan las "chaise-longues" rosadas y los butacones cómodos y muelles. Harto se advierte que aquella estancia es poco frecuentada solamente por su dueña natural; la huella del hombre no se advierte nunca. Comunica con el baño y con el tocador, que es la pieza más solícitamente frecuentada, aunque los tarros, y los perfumes, y los ungüentos, tomaron el camino de Fontainebleau en estuches magníficamente preparados. La alcoba del ex rey sobresale por su mal gusto. Está demasiado lejos de la de su consorte. Hay un baño disimulado por un sofá que es toda una revelación sobre su estilo íntimo y personal de señorito rastacuero. También figura una chimenea, construida sin duda por exigencias del dueño y que sobra en aquella estancia. La cama sencillísima, una cama de hierro comprada hace tres años en la calle de la Cabeza –costó 440 pesetas–, es cómoda, sencillísima y simplemente burguesa. No se ve ni un estante para libros íntimos. No hay un simple detalle de gusto personal: un rincón familiar, un ángulo que rompa la uniformidad. La cámara donde descansaba el último monarca de los españoles es sencillamente el cuarto tantos del hotel confortable: nada más. Los retratos familiares que colgaban de las paredes han tomado el camino del destierro de su señor y no quedan más que los clavos que soportaban los marcos. Pero la cámara nos hace, a grandes voces, la confidencia de que su inquilino carecía de vida interior.

[141] Así escrito en *La Voz de Guipúzcoa* y en *La Voz de Menorca*. En *El Luchador* aparece como 'Hansburgo'.

Un criado nos cuenta, mientras tanto, que don Alfonso era muy madrugador y que siempre se bañaba de noche, momentos antes de reunirse a comer con su familia.

Estas habitaciones tienen hoy un carácter histórico. Vemos ya muy lejanas las figuras de don Alfonso y de doña Victoria: tan lejanas como las de don Ramiro el Monje o don Alfonso el Casto. Pero comprendemos, en descargo de sus moradores, que el palacio crea una fisonomía espiritual en los que viven en él. Está demasiado lejos del dolor del pueblo; aquellos muros de granito aíslan y engañan: en aquella sala de tapices, en aquel comedor de gala –el más elegante y amplio de Europa– en aquella inefable cámara Gasparini, donde el melancólico Felipe V oía las dulces notas de Farinelli para acallar su dolor de padre y su nostalgia de príncipe parisino, se corre siempre el riesgo de creerse un poco de derecho divino y de un barro mortal distinto del que están hechos los demás mortales.

La Voz de Menorca (14-10-1931)
La Voz de Guipúzcoa (30-09-1931)
El Luchador (29-09-1931)

Un gesto, un hombre, un partido[142]

Magnífico discurso el pronunciado el domingo pasado por el insigne pensador don José Ortega y Gasset en el Cinema de la Ópera; magnífico de gesto, de palabra –de palabra precisa y sobria–, de nobleza política y de entusiasmo patriótico. Magnífico también por la ambición del propósito. Don José Ortega quiere organizar la alegría colectiva bajo la República naciente, dando las normas y las líneas generales para la creación de un gran partido donde la Nación se funda con el Estado, dando de lado a los partidos partidistas. Magnífico el discurso, como pieza oratoria, como modelo de expresión moderna y rápida, eficaz.

El orador insinuó advertencias y dio consejos a la República. Pide una rectificación, porque se ha creado en ella una posición triste y agria para ciertas gentes. Los errores, en su concepto, han sido inevitables e hijos de la mejor buena fe. Estos gobernantes, a los que pide esta pública rectificación, son, sin embargo, unos gobernantes inmejorables, que han de dar su rendimiento en el futuro. El comité revolucionario que trajo la República se vio convertido, de la noche a la mañana, en Gobierno nacional, y fiel a los compromisos contraídos, no quiso advertir que estaba relevado de muchos de ellos ante la explosión pública y ejemplar de ciudadanía que trajo el régimen. Les faltaba además a esos hombres, hechos en la oposición, según el parecer de don José Ortega y Gasset, la óptica y el manejo de los acostumbrados a empuñar en tiempo normal las riendas del Poder público. Pero los errores no han sido ni mucho menos irreparables, y este es el momento de iniciar el cambio. Ni república burguesa ni república conservadora. República, a secas, con tono y estilos españoles, respetando la formidable marcha ascensional de las huestes obreras, fenómeno que se advierte, con rara y sorprendente unanimidad, bajo todos los climas y en todos los pueblos de Europa.

Hemos cambiado, no sólo de nomenclatura, sino de estructura del Estado, en los siete meses que llevamos de República; hay que reconocerlo así, saliendo al paso de pesimismos no siempre sinceros, de determinadas clases que no saben vivir sin los privilegios de toda laya con los que vivieron durante los sesenta años de la Monarquía de Sagunto. Por ser absoluta y completa la renovación del personal político, advertimos, como es de rigor, deficiencias que se borran siempre con el ejercicio del Poder. Ellos pueden rectificarse –seguimos siempre la línea del discurso del señor Ortega y Gasset– con la creación de ese Partido Nacional que preconiza, en el que fundidos los intereses materiales y morales del Estado y de la Nación, pueda asegurarse la alegría colectiva y el usufructo de los grandes sueños en el porvenir.

Interesantísimo el acto del Cinema de la Ópera, hemos querido dedicarle, a pesar de los apremios de espacio y de tiempo, esta breve nota, donde pretendemos reflejar, bien que muy sintéticamente, el pensamiento del sabio catedrático de Metafísica de la Universidad Central, que es además uno de los cerebros más sólidos y elegantes de la España republicana. En lo que ya no creemos del todo es en la eficacia política del acto. Para insinuar consejos, advertencias y discretos y velados reproches, pero reproches a la postre, a los gobernantes de la República;

[142] Artículo firmado como Jorge de Alba.

para preconizar un nuevo partido nacional, donde puedan convivir temperamentos políticos tan poco semejantes como los señores Azaña y Maura, hubiera sido preciso que el orador, separando todos los problemas políticos, hoy en revisión, adelantase sus puntos de vista en torno a ellos. Con discursos de cumbres no se llega con el eco a los valles. El intento es noble y generoso, y el señor Ortega y Gasset añade a su historia intelectual nuevos timbres de prestigio inmaculado.

Mundo Gráfico (15-12-1931)

11 de diciembre de 1931[143]

Mañana de día de Fiesta

Mañana limpia; soleada y alegre la del 11 de Diciembre; el pueblo de Madrid –capital de la República– celebra su primera fiesta ciudadana. Recorremos algunas calles. En la Plaza de las Cortes –frente al Parlamento– los primeros curiosos ganan las aceras, contemplando cómo se alza una tribuna en la escalinata de la fachada principal. La calle de Alcalá, vista desde el Banco de Bilbao, muestra una zona amarillenta de arena sobre la que puede maniobrar la caballería que ha de dar escolta al Presidente, a los Ministros y a los Diputados. En los balcones lucen las franjas tricolores de la bandera republicana, que ondea al viento, desde lo alto de los edificios oficiales y de los bancos públicos. Los tranvías, engalanados, tañen vigorosamente sus campanillas. Los miqueletes vascos lucen al sol sus boinas rojas y sus levitas azules. Forasteros endomingados pasean en nutridos grupos por la Puerta del Sol y la Carrera. Los comercios y tiendas han cerrado sus escaparates, asociándose al júbilo general.

Porque hay una alegría serena y tranquila, comedida y ecuánime –muy de la meseta y muy de Castilla– en esta mañana memorable. El pueblo presiente, sin que nadie se lo diga, por una de estas intuiciones rápidas en las que se vuelca y asoma el alma popular, que la promesa de esta tarde la recibe él, directamente, y que es él también, no el testigo receloso y desentendido de una ceremonia pía que no le interesa, sino el mismo soberano que delega en un hombre ejemplar y virtuoso los atributos de su soberanía, indiscutible y plena. Se habla de don Niceto como de un viejo amigo al que todos han saludado y estrechado la diestra. Se dicen, en voz baja, familiarmente, los nombres de los Ministros con esa llaneza señoril que pone el pueblo en sus devociones sentimentales.

Las calles, desde media mañana, comienzan a cuajarse de gentes de toda condición y estado. Hoy se corona y se remata un edificio, con la sencillez y celeridad de las cosas que vienen cuajando y formándose, subterráneamente, a lo largo de los siglos. Liquidamos sencilla y elegantemente cerca de cuatro siglos y medio de dinastías forasteras y extranjerizadas, que no gozaron jamás del fervor de las muchedumbres. Nos limpiamos a la vez de la lepra flamenca de Carlos V con sus ejércitos rapaces, presididos por Xeios [sic][144], de los primeros Austrias, y de la frivolidad gala y del libertinaje italiano de los primeros Borbones. El pueblo gana hoy la escalinata del Palacio de Oriente, para asentarse y entronizarse en él, y todo eso se dice en esa expresión que repite el burgués, y el empleado, y el menestral, y el estudiante, y la muchedumbre, de ¡Viva la República!, exclamación gozosa en la mañana transparente y soleada.

Avanzadas de la alegría

Las primeras son estas bandas juveniles de las Armas de Infantería, de Caballería y de Intendencia, de la Academia general de Toledo, que forman, desde la estación de Atocha, ganando los parajes céntricos. Después, los altavoces, los gramófonos y las gramolas de los bares y colmados que, en alegre algarabía, dan al aire las notas mezcladas de "la Marsellesa" y del "Himno de

[143] Crónica de la promesa del Presidente de la República Española que le fue encargada a José Sánchez Rojas por el Gobierno de la nación para su inclusión en el álbum conmemorativo de aquel día y de cuya edición hubo que desistir como consecuencia de la repentina muerte de su autor.

Posteriormente *El Adelanto* procedería a su publicación, y, más tarde, su redactor-jefe, José Sánchez-Gómez –quien, a su vez, las había recibido de manos del entonces Ministro de Obras Púbicas, Indalecio Prieto–, haría entrega de las cuartillas originales de esta crónica al Ayuntamiento de Alba de Tormes, de donde, lamentablemente, han desaparecido.

[144] Por Xebrés

Riego". Más tarde, los coros espontáneos de las gentes que cantan su esperanza en el porvenir. Después, los agudos clarines de las tropas que, al mediodía, comienzan a cubrir la carrera. En el Patio de la Armería de Palacio, se reanuda, desde el 13 de Abril, el castizo espectáculo de la parada. Frente al Congreso, poco después de la una, hacia abajo, por el Paseo del Prado en dirección al Banco de España, vemos brillar un momento, a lo lejos, los uniformes de los Regulares de Ceuta y de Larache, y los chambergos de los soldados del Tercio. Apenas si podemos circular cuando la Mesa de las Cortes Constituyentes y la Comisión de Diputados salen a buscar al Presidente electo de la República. Advertimos que los soldados ponen las armas sobre el hombro, y que las músicas, y las cornetas, y los clarines, y los tambores, comienzan a batir marcha, saludando.

En la Plaza de Neptuno, en el Paseo del Prado, en derredor de la Cibeles, a lo largo de la Castellana, la muchedumbre saluda, aplaude y vitorea, al paso de sus representantes. Frente al domicilio particular del señor Alcalá Zamora, en la calle de Martínez Campos, las fuerzas de Seguridad apenas si pueden contener el entusiasmo de los grupos estacionados que desean presenciar la salida del primer Magistrado de la República. Al fin, aparece el rostro, velado por la emoción, pero sonriente y tranquilo, del señor Alcalá Zamora. Cuatro batidores de caballería preceden a un landó, a la Grand Daumont[145], tirado por cuatro caballos y servido por caballerizos. Dos vehículos palaciegos. Una carretela. En el estribo de la carroza final, un jefe de caballerizos. Se inicia la marcha hacia el Parlamento lentamente; los grupos, estacionados, vitorean sin cesar. En la tercera carroza, junto al señor Barnés, ocupa la derecha el Presidente. Es una carrera triunfal la suya. En el rostro se acentúan más agudamente el júbilo y la satisfacción. Miles y miles de almas, desde el paseo de Martínez Campos hasta la plaza de las Cortes, presencian el cortejo de la democracia, y de la libertad hispanas. Las carrozas avanzaron por la plaza de las Cortes. Sobre las escaleras que custodian los leones, el repostero bordado en oro de los diputados portorriqueños. Uniformes militares, fracs, chaquetas negras, en pintoresco abigarramiento, esperan la llegada del Presidente. El salón de sesiones tiene repletas las tribunas de damas guapísimas, de moros notables con sus albornoces, de uniformes vistosos del cuerpo diplomático. En el estrado presidencial, un sillón vacío aguarda al presidente. Frente a él, hay una mesita con sillas preparadas para el señor Besteiro y los secretarios.

La promesa

Los timbres comienzan a sonar, exactamente, a las dos y cuarto de la tarde, llamando a sesión a los señores Diputados. Los escaños rojos están ocupados por completo. Fracs en la minoría radical y en la progresista; Alba, Ossorio, Álvarez (don Melquíades), Pórtela, Lladó, Maciá, también visten de frac. En los bancos socialistas, americanas negras. Los señores de la Mesa ocupan sus puestos. El señor Ansó lee el artículo 32 de la Constitución, relativo a la promesa, el decreto del Gobierno fijando el ceremonial del acto, la lista de Diputados que acompañan al Presidente. Las dos y media; diez minutos más de espera; los Diputados que han sido comisionados por las Cortes para traer al señor Alcalá Zamora, se sitúan, de pie, detrás de la Mesa presidencial. Precedido de cuatro maceros, entra el primer Magistrado, seguido del Gobierno. Los diputados y los invitados de las tribunas se ponen de pie. Reina un profundo, un maravilloso silencio. Ni un aplauso, ni un gesto, ni una palabra. La emoción embarga los ánimos. El Presidente electo hace tres profundas y graciosas reverencias, al centro, a la derecha y a la izquierda de la Cámara. El señor Besteiro, con la voz un poco velada, pronuncia las palabras de ritual:

– "Se reanuda la sesión. Señores Diputados; el Presidente electo de la República va a prestar la promesa que prescribe el artículo 32 de la Constitución".

El señor Alcalá Zamora avanza hacia la mesa presidencial, y con la mano derecha sobre su pecho leal; con voz donde también se matiza y advierte la solemnidad del momento, responde:

– "Prometo solemnemente por mi honor, ante las Cortes Constituyentes, como órgano de la soberanía nacional, servir fielmente a la República, guardar y hacer cumplir la Constitución, observar las leyes y consagrar mi actividad como Jefe del Estado, a servir a la Justicia y a España".

El señor Besteiro añade:

– "En nombre de las Cortes Constituyentes que os eligieron y ahora os invisten, os digo que si así lo hiciereis, la nación os lo premie, y si no, os lo demande".

[145] Coche tirado por caballos utilizado en actos oficiales por soberanos y jefes de Estado.

Y la sencilla ceremonia ha concluido. Se mezclan los vivas a España con las aclamaciones al Presidente y a la República. Los invitados de las tribunas contestan entusiásticamente. Unos minutos de expansión cordial, de entusiasmo republicano, de plenitud del pueblo que así sabe apoderarse de su soberanía, que ya no compartirá nunca más con otras potestades a él ajenas y a él extrañas.

En la calle

El Presidente abandona el salón de sesiones de la Cámara, escoltado por los maceros, por el Presidente, por la Comisión de Diputados. En la escalinata, ante el entusiasmo popular, que no cede un instante, se pone penosamente en marcha la comitiva. Abre paso la escuadra de batidores del Regimiento de Caballería, siguen los coches del gobernador, del alcalde, del director de Seguridad, de los ayudantes del Cuarto Militar del Presidente de la República, luego, luego los automóviles de los ministros. En el último ya el Presidente del Consejo con sus ayudantes.

Las tres de la tarde. La Plaza de las Cortes es pequeña para la muchedumbre. Un ruido infernal, desde lo alto, rompe la música de las charangas y fanfarrias militares. Sobre el Palacio del Congreso evolucionan varias escuadrillas de aviones, correctamente formados. Hay a mi lado quien los cuenta: 48. Arranca a duras penas el carruaje del Presidente, acompañado del de las Cortes Constituyentes, señor Besteiro, siguiendo los batidores de la guardia presidencial y llevando a su estribo al jefe de la escolta y al jefe de las fuerzas.

Se advierte las ringleras de tropas plaza abajo, hacia la Cibeles, para ganar el Paseo del Prado y dar acceso, por la fontana de Neptuno, a la calle de Alcalá. Madrid entero presencia las fiestas, y con Madrid, miles y miles de provincianos endomingados atisbando detrás de las filas de los uniformes o poblando los balcones y las ventanas de los hoteles y de las pensiones del trayecto. Por todas partes, galas de la bandera tricolor. En la Plaza de Cánovas las tropas rinden los primeros honores reglamentarios a la majestad del pueblo simbolizada en los dos Presidentes, presentando armas y entonando el himno nacional. Con los guiones en alto saludan pintorescamente las tropas del Tercio. El Prado es una mancha negra que se agita, que vitorea, que aplaude, que clama sin cesar al Jefe del Estado; el señor Alcalá Zamora, sonriente, no sabe ni quiere ocultar su emoción. Estamos muy lejos de esos gestos protocolarios, de esas sonrisas frías, de los Monarcas que no saben fundirse nunca con el pueblo; en la fiesta republicana, el Magistrado que ha recibido hace un momento la más alta investidura de la democracia; y el pueblo que acaba de otorgársela, se dan cuenta cabal de la trascendencia de la hora. Se abren los cauces jurídicos del nuevo régimen; hay ya planta firme sobre la que asentar el pie; la República española se confirma, al consolidarse en el corazón del pueblo. En los vítores y en las exclamaciones hay más que un deseo y una esperanza; hay la cesación de una angustia, la comprobación de un anhelo, el final de un ciclo histórico. La República, en siete meses, gana su mayor edad.

Frente al Obelisco del Dos de Mayo interrumpimos nuestras reflexiones, henchidas de alegría civil, porque el Presidente se incorpora en su coche. Es un movimiento espontáneo, naturalísimo, graciosamente cordobés; la solera civil de España rezuma en ese Obelisco mientras el nombre de España se pronuncia en los labios de los hombres. Madrid defiende en aquel paraje, hace exactamente ciento veinte y tres años, su propia soberanía hollada. Movimiento análogo en su origen al del 12 de Abril, tiene otra vitola histórica, porque un príncipe abyecto encharca su puro manantial. Pero desde el Palacio del Viejo Obispado de Bayona al Palacio de Oriente de Madrid se abre, desde entonces una interrogación que todos hemos cerrado, contestándola afirmativamente ante la aparición de tanto espectro. Fernando VII, redivivo, él que felicitaba a Bonaparte por las gestas de Zaragoza, de Bailén y de Arapiles, el hombre doble que cedía a sus ministros las colillas de los cigarros reales para que las apurasen como un honor, ha seguido gobernándonos desde entonces. ¿En qué pensaba el Presidente de la República española incorporándose ante el Obelisco?

Desde la Cibeles, es de maravilla y de ensueño la visión de la calle de Alcalá. El pueblo de Madrid no es hoy espectador, sino actor y héroe de nuestra primera fiesta de dignidad civil. Las mujeres agitan los pañuelos en el aire; suenan los himnos patrióticos; el saludo a la República es unánimemente fervoroso y cordial. Desde la calle de Sevilla se arrojan flores sobre el coche presidencial. El mismo desbordamiento gozoso en la Puerta del Sol. Y así hasta Palacio de Oriente. La plaza también aparece henchida y repleta de multitud. Todo el pueblo de Madrid está, literalmente, en la calle. Las tribunas destinadas a las familias de los diputados no pueden contener una persona más. Algunos rezagados tienen que situarse en la Plaza de la Armería.

En Palacio

A las tres y media va ganando la comitiva presidencial la Plaza de la Armería. Los coches ganan la puerta central y pasan ante las filas de tropas allí estacionadas para rendir honores. La escolta se sitúa a ambos lados de la puerta principal del Alcázar, deteniéndose, frente a la magnífica escalera de honor. El Jefe del Estado desciende para subir a las estancias del piso principal, cerrado siempre a los clamores populares. Por primera vez, el pueblo español, en la persona de su Magistrado, atraviesa el zaguán de alabarderos, la sala de columnas, las cámaras y los despachos de los Borbones, para asomarse al balcón principal, que mira a la calle de Bailén, y notificar de modo tan sencillo, que el Alcázar es definitivamente de los españoles. Acto más trascendental, realizado con menos aparato, no hemos conocido jamás en nuestra historia. Los atributos monárquicos se truecan de esta laya en meros achiperres de arqueología. El ex rey Alfonso XIII pasa a ser, como Carlos III, el cazador melancólico, y como Carlos IV, el marido infortunado, y como Fernando VII, el príncipe abyecto, y como Isabel II, la reina de sainete y de bufonada, un nombre más que se pierde en las páginas de una historia lejana. Desde el 14 de Abril hemos vivido, no unos meses, sino unos siglos de historia española. Estamos presenciando acaecimientos de tal relieve, que este acto de posesión del Alcázar, nos parece un sueño, cuando es una colmada realidad. La Saleta, la Cámara Gasparini, la Sala del Trono, las estancias donde murieron Carlos III y Fernando VII, dejan de ser un arcano, para convertirse en un museo, alegre y soleado. "¡Delenda est Monarchia!"[146] En el despacho privado del ex rey, coronado de astas de ciervos y venados, sobre una chimenea, hay un curioso "porte-bonheur"[147]. Se trata de una herradura sobre la que aparece incrustada una moneda o medalla de cobre. España contesta hoy virilmente los miedosos presagios del recelo y de la ignorancia. La herradura del "porte-bonheur" ha dejado de ser un amuleto y es hoy un documento de prueba y una pieza de convicción. Para el museo de la República, la herradura es también un hallazgo y hasta un símbolo.

El Presidente, con el Gobierno, con las autoridades, con la Mesa de las Cortes Constituyentes, saluda a la multitud, desde el balcón central del Alcázar. En él está también la figura quijotesca y reciamente castellana del Jefe de su Cuarto Militar y el secretario general de la Presidencia. El desfile militar se inicia a continuación. El público retrocede con lentitud para que evolucionen las tropas. Desfilan primero, componiendo una estampa españolísima, los Milicianos Nacionales. Evocamos, viéndoles desfilar, las barricadas de los barrios populares, las logias y la Fontana de Oro, el café de San Sebastián, los diputados del 48, del 56 y del 62, Rivero, Castelar, Prim, Topete; el rostro de Galdós sonríe, evocando una casa bajo los porches o puntales de la calle de Ciudad Rodrigo. Siguen, marciales y rapidísimos, los alumnos de la Escuela Naval. Luego, los alumnos de la Academia General, que ya no pueden, que ya no quieren ser una casta, porque se han fundido con el pueblo y no han de defender, en el porvenir, intereses de dinastías. Los muchachos se llevan, en el desfile, el corazón de la multitud. Son los Miqueletes de Guipúzcoa, y los Forales de Álava, y los Miñones de Vizcaya, los que desfilan luego. Después, los Mozos de Escuadra de la noble Cataluña, las fuerzas de infantería de Marina, una compañía del Batallón Ciclista, los regimientos de Infantería 1 y 6, los de Ingenieros, Zapadores, Ferrocarriles y Transmisiones. Más zapadores y más infantes. Aviación, Intendencia, Sanidad, Guardia Civil, Carabineros… Finalmente, el Tercio y los Regulares. Toda la fuerza al servicio del pueblo, devuelta a su misión escueta de brazo ejecutor. Detrás de la primera brigada, la segunda. El desfile es distinto según los cuerpos: en fila de a tres, en columna de tres, en columna de batallón, en columna de línea doble, en columna de sección. Las fuerzas de Artillería van en columna con carros al costado; las de Caballería aparecen formadas en escuadrones de a cuatro; van en columna doble, los soldados de la compañía de Ametralladoras.

El desfile se prolonga pasadas las primeras horas de la noche. Hasta las seis y media no se retira el Presidente con su comitiva del balcón central del Alcázar. Una atronadora ovación final les acompaña cuando se retiran. La descongestión de los alrededores del Alcázar es lenta, muy lenta en la noche clara y tibia. En la calle Mayor, en la del Arenal, en la Puerta del Sol, en los edificios públicos, en los bancos, en los hoteles, en la mayoría de las casas, lucen iluminacio-

[146] "Destruida está la monarquía", en latín, parodiando de la sentencia de Catón el Viejo, "Delenda est Cartago" (Destruida está Cartago), con que José Ortega y Gasset finalizaba uno de sus más contundentes artículos, "El error Berenguer", publicado en El Sol el 15 de noviembre de 1930.

[147] Objeto al que se atribuye el poder de atraer la buena suerte, en francés.

nes. El público, con alegría contenida y sobria, comenta y glosa los detalles de la jornada. A la expresión de entusiasmo de la tarde ha sucedido, naturalmente, un paréntesis reflexivo en la noche. Cada uno quiere retener los detalles, los pormenores, los actos de las fiestas de la promesa presidencial. Advierte que en ella apenas hay resabios de rito y de protocolo; comienza a darse cata que ha vivido un día de historia española, cuyo prólogo ciudadano fue el 14 de Abril. Año cuajado de bienandanzas el año en que vivimos, desplaza para el futuro una cantera de reflexiones y de esperanzas mayor que muchas centurias de nuestros anales. Fiesta de otoño y de primavera, a la vez, ha sido nuestra fiesta. De otoño, porque el fruto está cuajado; de primavera, porque abre el espíritu español a todas las ventanas de la esperanza. Hoy cerramos una época de vergüenzas para abrir otra de posibilidades infinitas.

Hoy hemos consagrado, hemos comenzado la obra de la República. Tenemos Constitución; el Presidente ha recibido del pueblo, representado en las Cortes, la plenitud de funciones soberanas. Acaba la interinidad y empieza la obra constructiva, de elaboración, de acoplamiento de piezas nuevas, de repulsión de las muertas e inservibles. La República española será lo que les españoles queramos que sea.

Cuando descansamos un momento de las emociones de la jornada, pensamos que nuestra Patria ya no es una proyección del pasado, sino un anticipo, un ensueño y una ilusión de porvenir. Nos sentimos atados levemente al peso de una tradición, pero sujetos con firmeza a la elaboración de un futuro. Al recoger nuestra soberanía detentada por unos príncipes extranjeros, tarados con las lacras de toda suerte de anacronismos, advertimos que comenzamos a ser parte viva e integrante de España. España nos pertenece. Mejor que como madre, la concebimos, desde hoy, como hija. Vamos a instruirla, a educarla, a iniciar sus primeros pasos firmes por el sendero de la justicia y de la libertad. El destino ponga tiento en nuestras manos, limpieza en nuestro corazón y claridad en nuestra frente para revivir con frecuencia, en nuestra vida civil, las horas inolvidables que hemos vivido hoy.

El Adelanto (19-02-1932)

CRÓNICA PARLAMENTARIA

Expectación parlamentaria

El pasillo central del Congreso se encuentra completamente vacío a las cinco de la tarde. Óyense hacia adentro, fuertes campanillazos, vozarrones ásperas, rumores sordos. Una oleada de pasión agita los espíritus de estos apacibles papás de la patria.

Existen indicios seguros de que ocurre algo extraño y anormal en la Cámara. Los ujieres atraviesan presurosos. Fuera, en los pasillos, no se encuentra un diputado para un remedio. Cinco o seis papás jóvenes, de las huestes de la mayoría, salen del salón a escribir un papelito que contiene un voto de confianza para el Gobierno.

El señor Suárez Inclán, dando brincos como cualquier chicuelo travieso, torna a entrar en el salón de sesiones.

Continúan los rumores, las interrupciones, los desórdenes. Canalejas no da paz a la campanilla. Y Moret, este magnífico Moret que ayer tuvo la inocencia de enseñarnos a interpretar *La Bergense* de Beethoven en el Ateneo, está a punto de recibir expresivas muestras de hostilidad y de disgusto de la mayor parte de los diputados de significación liberal.

Media hora después, los pasillos se pueblan de chisteras y de levitas. Entonces nos enteramos perfectamente de todo lo ocurrido. Moret siente de nuevo la nostalgia del sillón presidencial; ha querido derribar a Canalejas y el derribado, el fracasado ha sido él, con gran contentamiento de tirios y troyanos. Los liberales no ocultan su disgusto, porque son partidarios de la pacificación de los espíritus y temen el espectro de las futuras elecciones, porque con la muerte de este Gobierno, Maura sería el llamado a los altos consejos de la Corona.

De todas maneras, se han percatado de la mala jornada de hoy. Esto se lo lleva la trampa y sería sensible. Se asegura que la ley de Asociaciones no será aprobada porque tropieza con una formidable hostilidad de las más altas voluntades.

Todo será posible en un pueblo como éste, donde la concupiscencia, la vanidad y los deseos inmoderados de exhibición estrellan los más bellos propósitos y los más generosos ideales de libertad y de progreso.

El Castellano (28-11-1906)

Principio de temporada

Y comenzará el primer acto de la comedía parlamentaria. Las tribunas estarán llenas de público y los escaños de diputados. Romanones, con su marcialidad y apostura, escoltado por dos maceros, abrirá la sesión. Un secretario leerá una cosa monótona y pesada. Jurarán los nuevos diputados; las bellas y elegantes señoras de los sombreros grandes y de las faldas plegadas, se levantarán de su asiento durante la jura. Circularán los caramelos, las sonrisas, las palmaditas al hombro, las cartas, los telegramas en las bandejas de plata, comenzará la temporada de invierno.

Y en los pasillos, la decoración de siempre.

Junto a la puerta, frente al *buffet*, estarán Galdós mascando un puro, Melquíades charlando, Lerroux sonriendo irónicamente, Pablo Iglesias con la mirada triste, Soriano con un terno claro y las narices respingonas y coloraditas.

Más lejos, en otro grupo, Dato, con la levita impecable hablará al oído con La Cierva que sonreirá, escéptico y burlón. García Alix, arrimado plebeyamente a la pared, recomendará un asunto del distrito al primer director que se le ponga a tiro. Vadillo contara algún cuento verde a los chicos de la mayoría. Burell, sonriente, contento, satisfecho de la vida, dirá metáforas a los chicos de la Prensa, que le rodearán risueños.

Y cerca del correo, en el pasillo de la izquierda, tomarán posiciones los facciosos. Dalmacio, renegando del parlamentarismo gracias al cual viaja gratis y confortablemente, revelará el secreto, número ochenta y siete, de Juan Rull. Se arreglará la corbata a cada movimiento. Salaverry comunicará a la asamblea que Canalejas sostiene dos opiniones distintas: el 3 de julio de 1880 y el 22 de Agosto de 1900, y esgrimirá, por anticipado, algún silogismo contundente. ¡Pobre señor Cembrano, tiemble vuestra excelencia! Los facciosos adoptarán actitudes terribles y el mundo crujirá de espanto.

Y en el salón de conferencias, Azorín departirá amablemente con algún senador epicúreo sobre la buena vida y los ricos manjares. López Ballesteros, sorteará un sueñecillo sobre una butaca cómoda. Repartirá sonrisas el buen Zancada. La enorme mole de Calbetón, avanzará un momento, perdiéndose en el espacio.

Y sonarán los timbres. Saldrán tres mil cartas del Congreso, tres mil abrazos que el tren llevará a los pueblos más apartados de la península, para que el peatón los distribuya equitativamente. Y el pueblo, este buen pueblo español, se hará lenguas de la elocuencia de sus diputados. En el casino, en todos los casinos, discutiremos mañana la habilidad de Romanones, la astucia de Lerroux, la franqueza pintoresca de Canalejas, la austeridad de Azcárate. Las procesiones recientes serán defendidas y censuradas con ardor. Y en este pueblo, donde se hace la reputación de los políticos en una tarde como la de los toreros, seguiremos elogiando nuestros oradores.

Mientras, en esas aldeas donde el peatón reparte los abrazos de los diputados, los labriegos siguen viviendo miserablemente, unidos a la madre tierra que les nutre. Mientras, en esos pueblos, donde se discute la ley del Candado, hay chozos por escuelas, usureros que comen a los labriegos, fisco que come a los usureros, diputados que comen al fisco.

Pero todos somos muy felices. La temporada de invierno ha comenzado. No tenemos dinero para comer, pero nos quedan diez céntimos para asistir a la función. ¡Se abre la sesión, caballeros! ¡Pasen, pasen a ver la sorprendente barraca! ¡Oyendo cosas bonitas, mi buen pueblo español, entretienes el hambre!

El Adelanto (07-10-1910)

El señor Vázquez de Mella

Hablando este verano el señor Mella con el famoso diputado italiano Murri, de la cuestión religiosa, dijo:

– Me parece que los católicos de Francia no han cumplido con su deber. Cantaban el *Magníficat* cuando expulsaban a sus religiosos. Aquí hubiéramos salido a su defensa a tiro limpio.

– Usted ¿está a la derecha o a la izquierda? –le preguntó Murri.

– Yo estoy de frente –replicó el facundoso, el inagotable orador tradicionalista.

Ayer tuve ocasión de oírle. Había extraordinaria expectación en la Cámara. Los escaños estaban llenos de diputados; la tribuna de la Prensa, de periodistas; las otras, de jamonas de buen ver. Un prelado tomaba asiento en la tribuna de exdiputados. Comenzó con su requisitoria el señor Mella. El orador, que no es hombre de su siglo, dice cosas bizantinas en una retórica vieja, donde hay hilos de lágrimas, augustos desterrados, fidelidad al trono, doctrinarismo ecléctico. Nos acordamos de los *Reyes en el destierro*, de Daudet. Y del *Derecho político*, del señor Gil Robles. Y cuenta el episodio del pretendido golpe de estado el señor Mella. No convence a nadie. Se trata de una investigación a lo Cotarelo, menuda, fatigosa, pequeña, de sabueso de archivo. El señor cardenal Cascajares quiso casar a la princesa Mercedes con don Jaime de Borbón el año 96, cuando llegó a temerse por la salud de don Alfonso. Y nada más. Escribió sobre el particular al cardenal Rampola, a León XIII, a doña María Cristina. Y todo aquello fue

al monte. El señor Mella, leyendo cartas perfectamente nimias, dejó en mal lugar al difunto señor arzobispo de Valladolid. Nos demostró que el buen príncipe de la Iglesia era dado a toda suerte de fantasías, y respecto a la intervención concreta del señor Canalejas en tales negocios de camarilla, no apareció por ninguna parte.

He de decir mi opinión sobre el discurso. No me agradan los oradores a la usanza del señor Mella. Es un orador de academias, de academias de Santo Tomás de Aquino. Baraja las grandes síntesis históricas que están al alcance de todas las fortunas mentales. Quiso molestar a Canalejas: nada más. Para esto puso a contribución su facundia extraordinaria el orador carlista.

Canalejas fue breve y rápido en la réplica. Fue, sobre todo, muy humano.

"El señor Mella –exclamó– se distingue en esta casa por su elocuencia y por su falta de veracidad." Y al justificar su estancia en Loyola, cuando murió su primera mujer, doña Carmen Saint-Aubin, habló con emoción honda de hombre dolorido.

Mal día para los carlistas el día de ayer. Detrás de ellos, no hay nada. La tradición de los carlistas no tiene contenido alguno.

El Adelanto (24-12-1910)

Comienzo de temporada

Y esta tarde, con entera exactitud, a las tres en punto, han comenzado los señores diputados a fabricar de nuevo la felicidad del país. ¡Gente admirable! A las tres han comenzado las votaciones. Romanones ha sido reelegido presidente; luego, nuestros legisladores han votado los distintos cargos de la Mesa. El buen conde ha pronunciado un discurso. "El honor que me dispensáis, la gloriosa tribuna española, mi modestia". Aplausos fragorosos han coronado el discurso. Y a la entrada del Parlamento, mucha gente esperando, haciendo la cola inevitable. Atestadas las tribunas. La temporada comienza bien. Oiremos dos mil discursos. Habrá escaramuzas entre Lerroux y Soriano. Los conservadores afilarán las armas. Los integristas combatirán ese nefando proyecto de la ley de Asociaciones. Ferrer no resucitará, que en la casa no se levantan muertos. Gasset nos regará. El lento general don Ángel, vulgo ministro de la Guerra, pronunciará tres palabras en tres minutos. Y el sol, para Junio, disolverá la pintoresca farándula.

¡Oh, el Parlamento! Es tan inútil como todas las conquistas democráticas de los tiempos que corremos. No sirve para nada ni ha hecho nunca nada. La mayoría es el número, no la calidad; las minorías son minorías en el salón, y fuera de él, viven tan satisfechas dentro del ambiente que combaten.

Y suenan los timbres mientras escribo la última cuartilla. El señor Cembrano nos detiene un momento. Nuestros políticos ministeriales han votado una vez más, fieles a la disciplina del partido. Ya se sabe que la disciplina es necesaria, el caballo noble, la mula falsa y la mujer compendio de apariencias engañosas.

Saboreo un caramelo. El Congreso se cuida de refrescar nuestro gaznate. ¡Menos mal! La gente desfila lentamente hacia la calle. En la calle pugna por llover. El sol no se ha tomado la molestia de alumbrar el espectáculo.

El Adelanto (08-03-1911)

Cuerpo a cuerpo

Ayer tarde se pelearon con rudeza, acometiéndose, el jefe del Gobierno y el del partido socialista. Pablo Iglesias, que aparenta pasión y violencia, es en el fondo mesurado y frío. Don José Canalejas, que aparenta calma y serenidad es arrebatado, impulsivo y pasional. Y a la larga, en las luchas estratégicas, vence siempre el sereno y el frío sobre el violento y apasionado.

¿Tenía razón ayer Iglesias? ¿La tenía Canalejas? Es posible que ninguno de los dos. El obrero madrileño se inclina con bastante facilidad a la bulla y al alboroto; promueve huelgas sin

estudiarlas antes; se ha comprometido en una aventura política de la que saldrá con las manos a la cabeza. El socialismo español no quiere expansiones necesarias; tiene un carácter marcadamente exclusivista, de casta. Aborrece, o parece aborrecer al menos, no ya a la clase patronal, sino a la media. En su disciplina rígida, mucho más rígida que la del partido conservador, no caben discrepancias con los cabecillas. Pablo Iglesias, seguramente –que no en balde es un temperamento ético el *leader* español del socialismo obrero– contendrá los ímpetus de las masas. Pero las masas son bullangueras y cargantes.

Tampoco creo que esté en lo firme Canalejas. Canalejas no ha dado pruebas de ser un demócrata sincero. La sustitución del impuesto de consumos ya se verá cómo no remedia el mal de la calidad de los alimentos y de la facilidad de la vida material. El proyecto de asociaciones agrada a los clericales; los conservadores sienten un profundo regocijo. Además, no se aprobará. Con la ley de consumos se buscó lo que se quería: una plataforma para el porvenir. Además, Pablo Iglesias no puede elogiar la labor del presidente, ni el presidente puede consentir alborotos.

Gestos de amenaza tuvo Pablo Iglesias ayer tarde. Canalejas atacó allí donde pedía armas al adversario para la defensa. Aprovechólas Pablo Iglesias, obteniendo, no un triunfo parlamentario, porque estaba harto enfermo, sino un éxito de hombre austero y noble.

El Adelanto (08-06-1911)

Vacaciones

Comenzarán las dulces e imperiosas vacaciones del estío, cuando estas líneas salgan al público. Prepárase el cerrojazo para el viernes. Y desfilarán los diputados y desfilarán los senadores, en alegre desbandada, hacia sus pueblos respectivos.

La Prensa que pedía a Maura que no cerrara las Cortes cuando las operaciones de Melilla hace dos años, no advierte lo mismo a Canalejas en estos momentos en que es notoria la tirantez diplomática con Francia e imposibles de preveer [sic], por el momento, las derivaciones de la cuestión marroquí.

Porque el pleito sigue lo mismo. Francia, a pretexto de favorecer a unos militares franceses que no son franceses, porque viven a sueldo del sultán, nacionalizados en Marruecos, con jurisdicción en potencia extranjera, mira con malos ojos nuestros movimientos en torno a Larache y Alcázar. Hasta ahora, la Prensa francesa se despacha a su gusto contra nosotros si bien sus planes no son aprobados en la práctica por el Gobierno de la vecina República. Y en esta situación se cierran las Cortes.

¡Dulces e imperiosas vacaciones las del estío! Los diputados se repartirán por los puertos del Norte, por las playas francesas, por los balnearios elegantes, disfrutando el kilométrico. Viviremos así hasta Octubre. En Octubre comenzará la discusión de asociaciones y la obstrucción conservadora, hoy disimulada, se hará luego manifiesta y patente. Los neos reforzarán la actitud conservadora. Y comenzará la eterna, la acostumbrada sustitución cinematográfica de los prohombres liberales, al frente del Poder.

La política interior, en cambio, aparece llena de calma. No hay temor de desórdenes por ahora. La gente vive muy quietecita sin ánimos de molestar a nadie. Cataluña dormita y los bizkaitarras comen. La cosecha promete ser buena y veremos a Machaquito por Septiembre.

Y aquí no pasará nada, ni ocurrirá nada. Luego, en Octubre, cuando las hojas de los árboles comienzan a dorarse y el sol besa oblicuamente los parques del Retiro, se abrirán las sesiones.

Y seguirán los caramelos. Y las oposiciones seguirán la alegre farsa arlequinesca. ¡Pobre pueblo español!

El Adelanto (23-06-1911)

Se abre la sesión

Se abren las Cortes. Llego al Congreso a las tres; al llegar a la puerta desciende de su automóvil el señor Lerroux. Su coche lleva esta marca: –M–1087. El *chaufeur* saluda al señorito. Yo me quito el sombrero ante el gran hombre.

– ¡Hola! –me dice con su voz torrente y protectora.

Dentro, las caras de siempre. Llegaron los rurales de sus pueblos y tornan a verse todos, a darse la mano, a comentar, alegremente, el regocijado *vaudeville* de la última crisis. La mayoría parece descontenta de Canalejas. Es sabido que don José sacrifica un amigo por un chiste y la moda cunde entre los suyos.

– ¡Ese Canalejas está como una cabra! –dice uno.

– Y no hace caso a nadie –observa otro.

– Y estos ministros nos hacen menos caso que a una criada –subraya el tercero.

– Y yo no he sacado más que un peón a Armiñán; estoy harto –dice Pepito que ha llegado de mal humor del casino a cumplir sus deberes políticos.

– Desde mañana, cuento el número –dice Moral Sanjurjo. – Que se chinche la mayoría y que venga como todo hijo de vecino.

– No me revientes –objeta uno del conde.

Aparece Luisito Morote. Lerroux le abraza paternalmente.

– Hola, querido Luisito.

Barral, con un sombrero ancho, americano, forma grupo con Salillas, con Albornoz. Está más rojo y crecido que nunca. Gasset, repartiendo abrazos, lleva el peinado impecable de siempre.

¡Qué chico más guapo! Así, tan peinado, tan relamido, con un vago aire voluptuoso...

Comienza la función. ¡Pasen, señores, pasen! Se abre la tertulia nacional. No pasará nada. Los fuegos que se quemen serán de artificio.

Ni esa corriente de piedad que ha pasado por Madrid, ha conmovido a estos hombres. La cabeza del *Chato* se juzga un éxito de Lerroux. Y el hombre está visiblemente satisfecho, contento. Ya dijo a los obreros de Barcelona que no cometieran diabluras.

¡Pasen, señores, pasen! Exhibición de ministros. Los lentes de Pepe Cejas; el peinado de Rafaelito; la pausa de Barroso, el bigote estirado del marqués de las Alhucemas.

Detrás los chicos: Albertín Requejo, el muchacho de Cobián, los de Amós, Fernandito el de Weyler.

Unos periodistas contentos y unos gabanes de pieles en la minoría con servadora. Detrás, el pueblo esperando los billetes para las tribunas, sin advertir que se han acabado, que hace tiempo que se han acabado...

El Adelanto (20-01-1912)

Los oradores

Apenas oigo orador que me guste. Cuando oigo elogios a un orador determinado, procuro callar. Está tan maleado el espíritu de las gentes, es tan suspicaz, que muchas veces atribuye una censura al enojo, a la envidia o a cualquiera otra pasión inconfesable.

Y lo repito. No me agradan los oradores que hoy privan. Lo que ellos dicen en dos horas largas, puede decirse mejor y más ceñidamente en diez minutos escasos. Realmente sobra todo, o casi todo, de lo que dicen nuestros oradores. Encierran en un máximum de palabras un mínimum de ideas. Es todo hojarasca, broza, retórica estridente de tamboril. Y allí, donde más nos indignamos nosotros, es donde resuenan los aplausos del buen público. Oímos un discurso vulgar y al día siguiente nos enteramos que "aquello" que nos había dejado perfectamente tranquilos, era una pieza oratoria que contemplarán con asombro las generaciones futuras.

El mismo tono oratorio es un expediente para que huelgue la inteligencia mientras trabaja la sin hueso. Generalmente se expresa una oración de dos o tres maneras distintas, acudiendo a los sinónimos, para que el pensamiento pueda enlazarse con otra oración futura, con otro periodo que está a punto de llegar. Háblese en campanudo, en hueco y se verá como es mucho más fácil que charlar con amenidad y con ingenio de un asunto determinado.

Nuestra oratoria parlamentaria que es a la que más directamente me refiero, está cambiando sin embargo. Creo que si naciese el mismo Castelar, sería oído hoy con menos entusiasmo que antaño. El caso Alcalá Zamora, que ha estado sobre la mesa, despierta menos interés a medida que pasan los días. Todos convienen que se trataba de una lección muy bien aprendida. No tuvo un arranque genial, un momento de inspiración. Flaqueó muy mucho en las rectificaciones allí donde la polémica convidaba más. Hablan hoy más los hechos que las palabras.

Un silencio, un gesto, una insinuación fugaz, son hoy más elocuentes que los periodos más rotundos y sonoros.

Canalejas es un orador moderno. Él forma, con Cambó, el tipo de orador que ahora comienza a dibujarse. El presidente del Consejo adopta siempre, o casi siempre, un tono discreto medio, de plática familiar y casera. No he llegado a comprender del todo si ama la sencillez o si la finge. Pero si la finge, la finge bien. No da voces; no se descompone más que allí, donde mandan los cánones que se descomponga; sus discursos son amables *causeries*.

Sabe ser mordaz y matizar sus frases de la más fina ironía.

Mejor que convencer, atrae. Mejor que entusiasmar seduce. Y seduce precisamente porque advirtiendo todos que puede acudir a los recursos gastados, acude a ellos nada más que cuando es preciso sacar la caja de los truenos.

De Cambó pudiéramos decir que es una anguila. Se escurre, se escurre siempre. Es el amable sofista que nos hace pensar que las cosas no son lo que son, sino lo que nosotros queremos que sean. Y sabe ser siempre ceñido, ajustado, sobrio. No sobra ni falta ninguna palabra. Dice siempre lo que quiere decir y nada más que lo que quiere. Cuando aparece amarrado, se desata él mismo las cadenas con un brinco ágil. Elige siempre la posición que más le conviene, y cuando parece abandonarla, es que está guardando las murallas para que no las escale algún enemigo peligroso.

Canalejas y Cambó son los oradores que más me agradan, porque se separan del tipo común que aquí entusiasma y enloquece a las muchedumbres.

El Adelanto (08-07-1912)

Se atasca el carro

En el Congreso. Seis de la tarde de hoy, 7 de enero de 1918. Inusitada animación en los pasillos. Ya no hay decreto de disolución; la Corona parece que quiere consultar a los consabidos prohombres de la política. Marejada. Bulos en la tertulia perenne que forman unos desocupados en el salón de conferencias.

En un grupo:

– Lo que pasa es bien sencillo.

Ayer, en el ministerio de la Guerra, no llegaron a firmarse ni dos carillas en los pliegos. ¿A qué no da la Prensa oficiosa los nombres de los oficiales que fueron a Buenavista[148] a exteriorizar un homenaje de simpatía al señor La Cierva? Dos cuartos de lo mismo pasó en la Presidencia con el señor García Prieto. Adviertan ustedes cómo ha habido empeño en la Prensa palatina de hoy de hacer resaltar la animación de estas fórmulas de cortesía y cómo también la reseña de la fiesta de Reyes en la capilla de Palacio es más extensa, y más oficiosa, y más expresiva que de ordinario.

Nos vamos orientando. Oímos en otro grupo:

– Se atribuye a una alta personalidad la frase de que hay tres cosas que le cargan en su país: Maura, Unamuno y las Juntas.

– Pues la actitud de los sargentos –interrumpe otro– parece que estaba apoyada eficazmente en ciertas alturas. Lo que es posible después de todo. En el documento publicado de las clases de tropa se hace constar harto gráficamente cierta devoción al primer soldado del país. Eso se sabe ya en el ministerio, y rábula ha habido en él que ha torcido el morro al saber la noticia de fuente autorizada.

– La gente está con los sargentos –asevera otro–. Ese cuento del complot está demasiado mal urdido; por algo es bolonio el señor La Cierva. Además, la complicación de ciertos elementos de la extrema izquierda en el supuesto complot es otra mentira. Nadie ha ido a la cárcel que sepamos. Pues la opinión, repito, está con los sargentos. Que disuelvan a todos o que no disuelvan a ninguno. Estamos todos hartos de oír de que la indisciplina superior se llama patriotismo y rebeldía la indisciplina del subalterno. En Palacio se saben los vientos de la calle.

Nos sentamos. Encendemos un pitillo. Escribimos unas cartas. Los periodistas salen en busca de nuevas a casa del señor García Prieto. Nadie sabe nada de nada. Unos ciervistas sudan

[148] Palacio madrileño situado en la Plaza de Cibeles, sede, en su momento, del Ministerio de la Guerra y, actualmente, Cuartel General del Ejército de Tierra.

que se las pelan para redactar un suelto oficioso tratando de explicar el atasco del carro con un aplazamiento sencillísimo del decreto de disolución. No aciertan a redactar una noticia tan sencilla con lo fácil que resulta decir las cosas derechamente. Luego, en Murcia, no se maneja demasiado bien el castellano, a pesar de la influencia de "Azorín".

A la Biblioteca a deshojar los periódicos. Saludamos a un diputado izquierdista.

– ¿Qué hay? –le preguntamos.

– ¿No crea usted que alguien que puede y debe hacerlo ampare por ahí fuera la actitud de los sargentos?

– Eso dicen por ahí fuera, en los pasillos.

– Es lógico. Además, García Prieto debe estar harto de tan enojosas tutelas.

– ¿Cree usted? –le pregunto.

– Sí, hombre. Esto es ya el supremo acto de locura. Vamos rodando, rodando, por la pendiente, con marcha más acelerada cada vez. Hay su complot ciervista. Cuando Maura decía gallardamente que él no recibiría el Poder más que de manos del Rey apoyado en la opinión, ese Cierva se ofrecía con alma, vida y bufete a los que han subvertido desde junio la maquinaria constitucional. El otro día, al inventar sobre la mesa su complot revolucionario de los pobres sargentos, creyó que le había llegado la hora. Rodés, Ventosa, García Prieto, alguno más, están que echan las muelas. Niceto, Prida, Bahamonde hacen carantoñas y monerías al hombre del 909. Y se piensa en una solución mauro-ciervista, con Cierva a la cabeza, para preparar un gabinete militar. Veremos qué sale esta noche.

Nos despedimos del diputado ameno como pocos, amable y enterado de las cosas. Siguen voceando periodistas, cesantes y diputados en los pasillos. Los amigos de Cierva no han acabado aún de redactar el suelto.

Bueno. Yo no he estado en el Congreso esta tarde. Ni he oído nada a nadie. Es que me quedé dormido sobre un butacón del Ateneo. Y medio dormido he escrito estas cuartillas; harto lo habrá advertido el lector. La verdad absoluta es que no sé si estas cosas son realidad o fantasía.

La Publicidad (10-01-1918)

Los dos parlamentarios

El dichoso morbo izquierdista que se ha apoderado de mi ánimo desde agosto, hasta el punto de que me interesan única y exclusivamente las cuestiones políticas y todas las demás me parecen estériles y antipatrióticas en esta hora suprema, me ha llevado muchas tardes a presenciar las sesiones del Congreso desde la tribuna de la Prensa. Desde esa atalaya se divisan horizontes muy pintorescos. Poco a poco, se va familiarizando uno con los gestos, con los ademanes, con las frases de nuestros hombres públicos. Se conocen desde luego en seguida. No sorprenden nunca por su complejidad. García Prieto no se diferencia en nada de cualquier vicepresidente de una Diputación provincial manchega o andaluza. El señor Dato –un pobre diablo– parece que ha estudiado el derecho político jugando solos con las damas en la mesa del tresillo. Burell[149] es un hombre solemne y anticuado, de voz recia, que lleva con cierta gallardía, su falta de contenido espiritual.

Los hombres de estas Cortes formaron parte de las otras, y de las otras, y de las otras. Nacieron diputados ya del claustro maternal. No llega al cinco por ciento la proporción de diputados nuevos en este Parlamento "renovador". Se trata de los mismos perros –perdonen los perros– no con otros collares, sino con los mismos vueltos del revés. En algunos distritos rurales –tanto monta– Pérez ha substituido a López y Fernández a García. Pero piensan lo mismo y pertenecen al mismo grupo que sus antecesores. La convulsión de agosto no pasó más allá de las ciudades populosas. Lo que explica la existencia de algunos representantes nuevos en los bancos de las izquierdas: Pi y Sunyer, Marraco, Prieto, Tejero, Villalobos y otros que no recuerdo.

[149] Julio Burell y Cuéllar (1859 – 1919). Periodista y político conservador español, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y ministro de la Gobernación durante el reinado de Alfonso XIII

En los bancos carlistas tampoco ha habido substituciones. El espíritu de vacuidad del señor Vázquez de Mella ha retoñado en la cabeza visible del grupito don Víctor Pradera: Una cabeza calva, amarillenta, una bola de marfil, ribeteada por unos flequillos a guisa de rodete carmelitano.

Este señor Pradera es uno de los valores nuevos del Parlamento actual. Según decía el hombre la otra tarde a un grupo de conservadores que le hacían coro en los pasillos, se ha estudiado toda la "Summa Theologica" de Tomás de Aquino. Con la "Suma" combate el nacionalismo vasco y el catalanismo. Es de una candidez mental que da grima. Cree de buen grado que los sentimientos se deshacen con silogismos y con dilemas. Acostumbrado a la verdad revelada como primera materia para las posteriores manipulaciones dialécticas como se hace en la teología, el diputado por Pamplona habla ex-cathedra, definiendo la verdad a cada paso, anatematizando; condenando, aplaudiendo, excomulgando a diestra y a siniestra. Lleva la exclusiva del patriotismo y es lástima que en la Cámara no haya una charanga para tocar la marcha de Cádiz cada vez que concluye sus períodos rizaditos, ñoños, vacíos, ¡ay!, más que vacíos.

Tres o cuatro veces ha intervenido en las discusiones de la Cámara el señor don Víctor Pradera. Discutiéndose el acta de Baracaldo, nos habló de las tres clases de patriotismo que él ha descubierto. (Aquel día ya sacó a relucir "sus" doctrinas en torno a las nacionalidades). Estos tres patriotismos eran el geográfico, el contributivo y el romántico o sentimental. El geográfico es el del español que por vivir en España tiene un lazo material con el del territorio. El contributivo es el del industrial español que, por vivir en una comunidad política tiene que contribuir a las cargas del Estado. El sentimental o romántico es el que brota de los corazones jaimistas y de las cabezas calvas como una bienhechora erupción. Todas estas sandeces, jaleadas por Gasset, Burell y demás patriotas que vieron la medida de su patriotismo en los periódicos cuando nuestra catástrofe colonial, estaban enderezadas a demostrar que los nacionalistas vascos no son españoles, porque sus sentimientos en torno a la patria no son los que define el señor Pradera. Y no es lo triste que un diputado diga tanta vaciedad entre metáforas manidas, ademanes descompuestos y voz engolada. Lo triste es que todavía hoy tengan público tales flatulencias y que la memez reinante, por conducto de sus órganos más autorizados, "El Correo Español" y "A B C", se entusiasme con este "flatus vocis"[150], muy del gusto, naturalmente, de los curas y de los fabricantes de jabón.

Los bancos de la izquierda acusan cambiar la existencia de un parlamentario flamante: hablo de Indalecio Prieto, socialista, diputado a Cortes por Bilbao. Prieto es un hombre joven –no llega a los treinta y cinco años– gordo, apacible, sonriente y callado en el trato de la amistad y vehemente, donairoso e intencionado en sus recursos parlamentarios. No conozco un caso más rápido de adaptación al ambiente de la Cámara que el de este diputado novel. Así que se sentó en los escaños rojos, estuvo al cabo de la calle. Dice lo que quiere y como quiere. A fuerza de no curarse de la forma, es el más espontáneo, natural y sencillo de nuestros oradores. A puro desconocer los hilos que mueven los muñecos del retablo –o de fingir que ignora la tramoya, que en los asturianos la ficción tiene trazas de realidad y al contrario– los santones le han confundido con un pequeño Maquiavelo. Y se le oye y se le escucha con placer.

¡Lástima que le haya dado el espaldarazo Julio Burell! Pero Prieto puede consolarse pensando que a Don Quijote le armó caballero el ventero con la calaña de arrieros que en el mesón estaban.

Indalecio Prieto interviene con frecuencia en los debates del Congreso. Cuando no habla, interrumpe. Y sus discursos y sus interrupciones, pese a la modestia del orador, figurarán en las antologías de las pláticas jugosas y callejeras. Dos momentos culminantes pueden señalarse en los comienzos de la labor parlamentaria del diputado por Bilbao: la discusión sobre el nacionalismo vasco y su intervención en el debate del Mensaje. A los nacionalistas vascos les dijo cosas llenas de gracia y de donaire, recordándoles la substancia liberal de los fueros.

En la discusión del Mensaje, Prieto alcanzó las más altas cumbres de la elocuencia y de la oratoria combatiendo la intervención de las Juntas de Defensa en la vida pública a partir del primero de junio. La inhabilidad de los interruptores –el conde de San Luis, el general Marina y don Eduardo Dato– dio más realce a las condiciones polemísticas del orador.

Pradera y Prieto representan las dos Españas que se están combatiendo sin cuartel desde hace algunos meses. La retórica vieja que lucha con la idea, el artificio con la realidad, las finas

[150] Palabras carentes de sentido.

cortesías de salón contra la espontaneidad callejera. No hay más que un instinto reaccionario contra un espíritu liberal; los abogados representan aquel; este, los hombres libres de prejuicios. La "Summa Theologica" no sirve ya para los menesteres de la vida ciudadana; créanos el señor Pradera. Las vaciedades sintéticas están ya cayéndose con esos muros que sostienen los jaboneros, los periodistas "ancien régime" y los trogloditas de todas suertes y calañas.

La Publicidad (06-05-1918)

Psicología de una interrupción

Cuando el noble diputado por Madrid, señor Besteiro, leía un relato de "El Imparcial" del 14 de agosto del año pasado, hablando de la agitación de las mujeres por el encarecimiento de las subsistencias y del miedo de algunos que se visten como hombres, el señor Sánchez Guerra, puesto en jarras, con sus ojos saltones fuera de las órbitas, con una sonrisilla de conejo helado que dejaba al descubierto su dentadura de roedor que tanto recuerda la del señor Romero Robledo, replicó al diputado socialista:

– ¡Eso lo diría por los correligionarios de S. S.!

Y el señor Besteiro, sin piedad alguna, colocó la ceniza en la frente del jándalo andaluz, contestándole de este modo la impertinencia:

– Estos desplantes tenían antes su razón de ser en los presidios; pero ahora, ni en esos lugares.

En esa interrupción, mejor que en el discurso deslavazado, incongruente, que en la tarde de ayer pronunció el señor Sánchez Guerra tratando en vano, de sacudir su responsabilidad de los sucesos de agosto, está viva y latente la psicología, no ya solo del ex ministro de la Gobernación, sino del partido idóneo en que milita ese desgraciado. Los movimientos políticos se reducen, para el señor Sánchez Guerra, a meros motines populares, y los motines populares son, para él y para el seráfico señor Dato, lisa y llanamente, una simple cuestión de criadillas. Con esa concepción de cabo de guardia civil, no queda más terapéutica gubernamental que el palo. Y con el palo, ayudado de la infamia, y de la mentira, y de la calumnia, y del confusionismo, y de la provocación y del jandalismo, y del chiste fácil, se resuelven todos los problemas de orden público, desde el ministerio de la Gobernación.

En esa provocadora e insultante interrupción del señor Sánchez Guerra, no a juicios expuestos por el señor Besteiro, sino al relato de un periódico que perdió definitivamente en el pasado mes de agosto su abolengo liberal, se encierra todo el espíritu conservador de las que en España se llaman a sí mismas clases directoras. El orden es para ellas algo inseparable de las bayonetas. Se ven odiadas pero se sienten fuertes. Habituadas a la coacción, no saben prescindir jamás de ella, porque si prescindieran alguna vez, se vendría abajo todo el podrido andamiaje en que le sustentan sus pobres prestigios. Y reducen todos los problemas a simples contrastes de fuerza, porque la suya, está organizada y es la que ha de decidir a su favor siempre, aun en el peor de los casos.

Con esa interrupción al señor Besteiro, el señor Sánchez Guerra ha juzgado desfavorablemente su pleito. Y se ha definido para los que no le conocían sino como un pobre botarate, y como más botarate que él todavía el señor Dato, y como inconsciente en absoluto el partido conservador, ya que este y aquel pusieron en las manos pecadoras del abogado cordobés la dirección de las fuerzas políticas del partido. Provocación. Falta de serenidad. Tendencia al insulto inoportuno y estéril. Amor a la maledicencia. Desconocimiento de las fuerzas propias. Jandalismo. Chulapería. Y un hombre así, chulapón, jándalo, débil de energías mentales, maledicente, importuno, provocador y falto de serenidad, era el que encarnó esos principios de autoridad en el mes de agosto del año pasado, concibiendo la huelga, que no era sino una derivación de la Asamblea de Parlamentarios, como la Asamblea de Parlamentarios era una consecuencia del acto de 1º de junio, y todos síntomas de un necio malestar que aún continúa y que no ha logrado disiparse a la hora presente, como una simple algarada alimentada y mantenida por el socialismo español, que venía dando la voz de alarma desde el mes de diciembre de 1916 en sucesivos manifiestos.

Y esa interrupción, esa desdichada interrupción que será la losa de plomo donde descansarán para siempre los restos políticos de un caballista metido a gobernante, muestra bien a las claras que la mente del señor Sánchez Guerra está pasando, precisamente en los momentos

que necesitaba de mayor lucidez, por un raro proceso patológico, difícil de definir. Se queja en la interrupción de la ausencia de virilidad de los revolucionarios y después, en su defensa, trata de demostrar que el empuje revolucionario fue de tal eficacia que necesitó, desde su iniciación, de la más saludable energía del poder público. Y se olvida a renglón seguido de que el partido conservador cayó en octubre por una imposición de las Juntas militares de Defensa que tenían que vengar en el señor Sánchez Guerra públicos y notorios ultrajes. ¿En qué quedamos? Esa falta absoluta de gallardía que revela la interrupción es, al mismo tiempo, la prueba evidente de que la represión fue ciega. El caballista, liándose la manta a la cabeza y cargando el pistolón de perdigones, añoró las leyendas cordobesas de los majos que limpiaron los cortijos de la presencia de los bandoleros y aturdido, convirtió el ministerio en Sierra Morena, y ofreciendo repartir el botín entre los policías honorarios que le seguían –¡y qué policías, santo cielo!– corrió una carrera loca en el potro de sus malas pasiones, para ejercer de tutor en el miedo de Dato y para dar en Palacio la sensación de que él se bastaba y se sobraba para reducir la fiera a su cubil.

Nunca ha llegado la literatura conservadora a más bajos desplantes, a léxico más soez y plebeyo, que durante la represión de los sucesos de agosto. Sánchez Guerra habló a los periodistas de las "borricadas" del pueblo, lamentándose que los individuos del Comité de Huelga no se pusieran al frente de las turbas, como si los ministros de la Gobernación acaudillasen a los guardias de orden público cuando estos riñen con las verduleras en los mercados. Y lo peor del caso es que las lamentaciones del señor Sánchez Guerra en aquellos momentos eran completamente sinceras, porque sintiéndose el ministro a la altura de su misión, esto es, aflorando la categoría de un cabo de vigilancia que es lo que le corresponde en una sociedad bien organizada sentía realmente la necesidad de dar palos a troche y moche, dando salida por los músculos a una energía que no podía revelarse por conducto del cerebro.

Este debate sobre los sucesos de agosto ha sido singularmente fecundo en provechosas enseñanzas. La inutilidad del partido conservador ha saltado a la vista, desde que el señor Saborit comenzó a enumerar sus tremendas acusaciones concretas. El señor Dato personifica en nuestro país el anarquismo de la gente "bien", que es el más peligroso de todos los anarquismos. Un partido compuesto de impulsivos y de enfermos, de gentes que se lían la manta a la cabeza, que interrumpen para insultar, que insultan por simple desahogo, que patean al presidente de la Cámara como chicos mal educados acostumbrados a burlar la vigilancia de la institutriz, es un peligro para la Monarquía y el mejor aliado de las izquierdas el día que estas se sientan verdaderamente revolucionarias. Según el señor Sánchez Guerra, y según el señor Burguete, el oro inglés corrió a raudales entre los huelguistas de agosto. Un periódico italiano ha supuesto que el señor Sánchez Guerra ha estado en nuestro país al servicio de la Casa del Pueblo, ya que solamente su gestión ha podido traer una minoría socialista a nuestra Cámara. Imputaciones calumniosas ambas, la primera de ellas desmentida por su propalador, la verosimilitud de la segunda se deshace por el aturdimiento y por la falta de tacto del que hasta ayer era considerado como experto parlamentario por los redactores de "La Época" que hacen su información en la tribuna de la Prensa.

La Publicidad (03-06-1918)

El tinglado electoral, o aquí no ha pasado nada…

Aunque este magnífico reloj del salón de visitas de nuestra Cámara popular me indica que estamos a 20 de Agosto de 1930, cuatro y media de la tarde, yo quiero creer anda equivocado, y que no puede acusar, a lo sumo, otra fecha que la del 20 de Abril de 1923, o cosa por el estilo. El censo electoral está ya concluido, en espera de las correspondientes reclamaciones. Las elecciones generales parece que van a ser convocadas antes de San Andrés, y que la discusión de las primeras actas coincidirá con las fiestas navideñas. El mapa electoral está ya trazado y bien trazado. Romanones sigue de santón en la Alcarria, y Cierva en Mula, y Bugallal en Orense, y March en las Baleares, y Alba en Valladolid, y Sánchez Guerra en Córdoba, y Melquíades Álvarez en Asturias, y Lachica en Granada, y Yanguas en Jaén. Algunos retoños de jefes aspiran al acta doble, como el marqués de Villabrágima en Martos y en Castuera. Los doscientos diputados, hijos, yernos, cuñados, sobrinos, pasantes y familiares de todas las situaciones se preparan a representar los mismos distritos que han venido representando desde la Restauración, y con

la lista de los diputados de 1923 en la mano, discurro por los pasillos de la Cámara solitaria, admitiendo que todos han de volver inexorablemente a estos escaños rojos, a la cantina de la rotonda, a los escritorios, a los butacones del salón de conferencias, píos, felices, triunfadores, como Trajano, con la tierra muda postrada a sus pies, soberanos y electivos.

No, no vivimos en 1930. Aquí no ha pasado nada; aquí no han quedado huellas de nada. Bugallal, impunemente, puede disertar sobre el orden público, que para él es un problema de tránsito y de circulación callejeros. Romanones puede dedicarse con la mayor tranquilidad a la caza de codornices sobre los rastrojos de Sigüenza y de Guadalajara. Cierva sigue reuniendo sus huestes en la hacienda murciana de El Pino. A Cambó, mientras hace un viaje de placer por el Adriático, le dan armado su andamiaje electoral de Cataluña, con su obligada colonia de Boltaña en el Alto Aragón. Sí; estamos en 1923. Las mismas izquierdas ni han perdido ni han ganado aparentemente puesto alguno en el botín. Bilbao mandará a Prieto al Congreso, y Tortosa a Domingo, y Barcelona, Madrid, Valencia y otras capitales seguirán nutriendo, sin mudanzas notorias, los escaños de la oposición. Y en los distritos rurales hay como siempre, más que ayer y menos que mañana, apetencia de cuartos de muchos cuartos, y los señores muñidores de actas salen a la superficie como en sus mejores días. No es, por ejemplo, que Vitórica renuncie a Cáceres, sino que Cáceres no renuncia a Vitórica. El pueblo no ha cambiado. Algún revuelo produjo la Dictadura en las grandes ciudades; pero las aldeas manchegas y murcianas, gallegas y andaluzas, que de hecho la han padecido siempre, hoy no quieren, ante los anuncios electorales, otra cosa que billetes y un amplio trato de favor, dándoseles una higa de las ventajas colectivas, que aquí se posponen siempre a las personales.

El Congreso pasa de Asamblea a Congreso con el cambio de un simple rótulo, sin que hayan temblado las esferas. De nuevo preparan su ingreso por una temporada aquellos huéspedes indeseables que provocaron la Dictadura, y que pueden provocar otra nueva, por las trazas. No hay redención para esta Casa que conserva la mesa donde nuestros abuelos juraron en Cádiz la Constitución de 1812, y la hermosa carta del general Torrijos ratificando sus ideales frente a los fusiles que han de encañonarle y rematarle en la ejecución. En el salón de sesiones tornarán a lucir las mismas placas de metal y las mismas tarjetas de visita que han lucido siempre los escaños rojos. El hemiciclo, a estas alturas, no guarda ya sorpresas para nadie. El pueblo permanece ausente de todas estas maniobras. Parlamento de nombre, que no de hecho, seguirá siendo un casinejo más con sus mesnadas y grupitos, que se irá debatiendo, día a día, en el artificio y en la arbitrariedad.

Seguimos en 1923. Pero no se diga para lo sucesivo que el Parlamento tiene la culpa de tales o cuales cosas, porque en 1930 tampoco queremos tener Parlamento. En este salón no lo hubo más que en 1869. Otra vez que pudo serlo, a pesar de sus vicios de origen, fue depuesto con violencia. Ahora que debía serlo, ahora que tenía que serlo, quiere vivir una vida atropellada y efímera, porque no podrá resistir los vicios de su propia contextura orgánica. Si cerrado ha sido una última esperanza, abierto y renovado va a ser, por las trazas, una burla y una desilusión.

Crónica (24-08-1930)

En el salón de sesiones

He llevado a unos amigos forasteros al salón de sesiones del Congreso, en el momento preciso en que comienzan a circular por los pasillos de la casa, a entregar sus actas los primeros diputados a Cortes Constituyentes. En el salón han desaparecido los atributos de la monarquía: del centro del banco azul han arrancado el escudo real; las coronas murales decoran las cristaleras; sobre el dosel presidencial no luce ya la flor de lis tradicional. Muy pocas modificaciones en los escaños; nuevas coronas murales en las carpetas de piel de Rusia: los bancos ministeriales y los de extrema izquierda se han unido cerrando el paso o los escapes o puertas laterales. Se advierte también desde el salón que se ha ampliado notablemente la tribuna de prensa.

Lucen ya las primeras tarjetas en los respaldos de los escaños rojos. Luis de Tapia ocupa el puesto de Indalecio Prieto en las últimas Cortes de la monarquía y que fue después, en los días tragicómicos de la dictadura del señor Gandásegui, arzobispo de Valladolid. Veo también, a la vera de Luis de Tapia, las tarjetas de Eugenio Araoz y de Álvarez Angulo. Don Santiago Alba se sitúa visiblemente en el centro, debajo del reloj, entre la derecha y la izquierda, nadando siem-

pre entre dos aguas, de tal suerte que dos pasos más acá o dos pasos más allá podrá dialogar con los incondicionales de la mayoría o con los bullangueros de la oposición. He buscado, sin encontrarla, por aquella zona, la tarjeta del señor Conde de Romanones. No me he preocupado cosa mayor de la de Ossorio y Gallardo, porque don Ángel ha sido, es y será siempre un verso suelto que no tendrá ningún puesto fijo y que ocupará seguramente los bancos de la Comisión, detrás del banco azul, cuando se discuta el Estatuto. Los agrarios, los indefinidos, los independientes, no han señalado todavía su sitio en el salón. La docena y media de tarjetas, ya bien encuadradas en el marquito metálico que hace juego con la chapa que descubre el botón eléctrico y el tintero, no indican suficientemente la fisonomía que ha de presentar el salón a partir del martes próximo.

En lo que he puesto especial interés, mientras divago con estos amigos por el salón de conferencias y por la cantina de donde ha desaparecido una estatua notoriamente mediocre de doña Isabel II, es en el pergeño y en el atuendo de estos diputados constituyentes pueblerinos que vienen a entregar sus actas al señor Gamoneda. No tienen nada de común con los diputados de hace ocho años, y mucho menos con aquellos pintorescos asambleístas de los tiempos dictatoriales. Aquellos eran unos señoritos bien, que solamente se movían con desembarazo en los cabarets, y estos unos sacristanes encubiertos, que pisaban quedito sobre las alfombras, y tenían gusto..., pío, y al mismo tiempo untuoso y falsamente cordial, que ha sido entre nosotros patrimonio exclusivo del mundillo clerical. Los de ahora son gentes agresivas y abiertas que ya pasean por la Cámara como por terreno conquistado. Se adivina en ellas a gente humilde, que come de su trabajo y que se ha movido siempre resolviendo a diario las dificultades de la vida. Son obreros, pequeños oficinistas, médicos, catedráticos, descuidados, y soñadores. Se diría que vienen a una Convención y que no están, dispuestos a dejarse engañar por sensiblerías de poco más o menos. El pueblo toma, en una palabra, posesión de una finca que es suya y bien suya pero de la que ha vivido siempre ausente, para ceder el paso a unas clientelas que pagaban bien caro el derecho a usar cartas con membretes de relieve y a ocupar el escaño rojo en torno al jefe o santón de la tertulia respectiva.

En la biblioteca se han hecho también modificaciones de alguna importancia. El salón exterior lo utilizan para sus menesteres los empleados y en el de dentro se ha colocado una mesa central para que se sienten en su torno los amigos del estudio y de la meditación.

En el viejo régimen la biblioteca parecía una pieza de puro lujo. Eran muy raros los diputados que tenían comercio y familiaridad con los libros. En cambio, ahora se supone fundadamente que los bibliotecarios no van a permanecer ociosos ni mucho menos. Hay ya diputados que han tomado posesión de las cuartillas y de los libros de consulta. Yo les he visto esta tarde consultando las interesantes actas de las Cortes de Cádiz y las primeras sesiones de las Constituyentes de 1869. La cantina, en cambio estaba vacía, aunque ya empezaban a servirse licores y refrescos.

El Congreso va cobrando a diario mayor animación y aún los que hemos asistido a él durante muchos años encontramos no pocos cambios y sorpresas. La tertulia de las cornejas ha desaparecido, tal vez por fallecimiento de sus componentes; el que menos había asistido a la clase de Sanz del Río con Don Emilio Castelar y tuteado al general López Domínguez en sus años mozos. Aquellas clientelas de ex-gobernadores cesantes, que llevaban al dedillo la provisión diaria de todos los cargos, y de gacetilleros desenvueltos y alegres, que daban palmaditas en el hombro a los ministros y les urdían en un santiamén declaraciones eutrapélicas, han sido igualmente tragadas por la tierra. El cambio de clientela parece completo y definitivo.

Por mí parte, después de unos años de ausencia, he vuelto esta tarde a la vieja casa donde he contemplado la política monárquica de mi país, llena de gitaneos, zancadillas, cambalaches, cabildeos, sofismas y cambio de frente, y donde me preparo a presenciar la republicana, que se me antoja va a ser fecunda en estridencias y rebeldías y salidas de tono. El Congreso era fatal para los que ingresaban en él: recortaba las alas de la ambición de las gentes y las hacía demasiado discretas y razonables. Allí se comenzaba un escalafón, donde se premiaban las calidades de domesticidad y adaptación del que entraba en el cotarro de la cofradía. No había partidos, sino tertulias. Cuatro o cinco santones se guisaban solitos el condumio y el diputado modesto era puramente un elemento decorativo.

El Congreso era una filial del Casino del Madrid o de la Gran Peña, cuya cuota de entrada, dejando a un lado la excepción de una docena de diputados de la oposición era un sueño para los bolsillos corrientes. Diputado conservador conozco yo que pagó cada billete de escaño a

quince mil pesetas por sesión. Vienen otros hombres y surgen otros problemas. El Congreso, de casino de clases, va a ser de nuevo, después de muchos años, la casa de todos, cuyo derecho de entrada no se limita al que sepa ganarlo delante del pueblo.

La Voz de Guipúzcoa (10-07-1931)
El Luchador (11-07-1931)
República (10-07-1931)
El Pueblo Gallego (09-07-1931)

La jornada del 14 de julio

Desde las primeras horas de la tarde, animación en las inmediaciones del Congreso. Grupos de obreros aguardan sentados en los bordes de las aceras el paso de los diputados. A las cinco y media de la tarde, los pasillos de la Cámara están ya poblados totalmente. Un grupo de catalanes, en la cantina, discute la suerte que puede correr el «Estatut»; Ramón Franco, con muletas, contempla, en el salón de conferencias el flujo y reflujo de los nuevos constituyentes: cuatro o cinco sacerdotes diputados escriben plácidamente en los pupitres; periodistas extranjeros –un ruso, un holandés, un checoeslovaco– inquieren por los corrillos; don Miguel de Unamuno cuenta sus impresiones electorales a unos amigos. Muchas caras jóvenes, plácemes y abrazos; Rodrigo Soriano, en una palabra, anda un poco desplazado ante la gente nueva. Marañón, alegre como un chiquillo, corre de acá para allá, tratando de auscultar a la concurrencia; Besteiro oye los plácemes de los amigos, sonriendo con un amplio gesto de bondad.

Las seis y cuarto. El salón de sesiones comienza poblarse: los diputados más perezosos se quedan sin asiento. En las tribunas, lindas damas atacando los impertinentes para contemplar los diputados más guapetones. Pocos chaquets en la Cámara. Pocos chalecos también. En la tribuna diplomática asoma su faz el Nuncio. Y poco después, el embajador de Portugal. Repique horrísono de timbres. La calle es un hervidero. Una masa de muchos miles de personas ocupa la Carrera de San Jerónimo, la Plaza de las Cortes, la calle de Florida Blanca. El Gobierno llega.

Ovaciones delirantes. Vítores. Una sola estridencia –de Soriano– subraya mejor la hora sentimental y cordialísima. El señor Alcalá Zamora comienza a hablar. Justeza y sobriedad en la palabra limpia, fluida, segura y henchida de emoción. Recuerda don Niceto los años indignos. Enseguida enumera nuestras luchas por la Libertad. ¿Cómo olvidarnos de aquellos ingenuos doceañistas que imponían a nuestros abuelos el deber constitucional de ser justos y benéficos? ¿Por qué no recordar a aquellos constitucionales del trienio que ya discutían la vesania fernandina? ¿Y las Cortes del 55, donde ya surgió la doctrina republicana? ¿Y a nuestros queridos demócratas del 69, y a los jacobinos del 73? Así hemos llegado, pasando por la amputación colonial, por las vergüenzas africanas, por la Dictadura militar, a la hora actual, a esta República sin empresario, sin banquero y sin capitalista, a esta República plena y absolutamente civil. «El sabio extranjero –decía el señor Alcalá Zamora– que quiera definir la política española por diccionario, tendrá ya que olvidar la palabra que decía «Pronunciamiento: voz anticuada, despectiva y militar y española sin traducción posible» y tendrá que decir: «Pronunciamiento: voz moderna, civil, militar, popular, de comicio legal, republicana, típica de España, sin traducción posible»

La Cámara, el Gobierno, las tribunas en pie aclamaban a don Niceto, que tornó a subrayar cómo vivimos dichosamente sin protectores con uniforme. Su discurso fue digno de la hora. Lo glosaba momentos después el pueblo, en la Plaza de las Cortes, aplaudiendo el acatamiento obligado de las armas a la soberanía de la nación. La división entera de Madrid desfiló ante el Gobierno, apostado a pie firme en la escalinata de la Cámara, asistido de los diputados. Unamuno y Marañón saludaban el paso de las banderas tricolores de los regimientos. Los oficiales vitoreaban a la República, que se consolida con el amor y en el acatamiento populares antes que en el voto de las Cortes soberanas que hoy comienza a funcionar. El espectáculo era de una gran belleza. El pueblo, todo el pueblo de Madrid, con su fino instinto de capitalidad natural de la naciente República española, se anticipaba al fallo del Parlamento. Dos horas duraba el desfile. Y enseguida continuaba la sesión para elegir el Presidente.

Votación nutrida y ejemplar; Besteiro es elegido Presidente por la casi aclamación de la Cámara. Hasta las once se suspende la sesión y ésta prosigue hasta las primeras horas de la madrugada. A las dos acaba esta gloriosa jornada donde el pueblo español ha ganado también

su Bastilla. Continúa la animación inusitada en la calle. Los ministros, acompañados de los diputados y de los periodistas, con la noción de haberse ganado bien su descanso, se retiran, alegres y emocionados, de la Cámara popular. Se oyen cantos republicanos y saludos llenos de respeto y de cariño. La República, libre de tutelas, limpia de extremismos, es el premio de los que saben esperar. Recordamos la frase de Costa: «¡Para que España viva, viva la República!»

Crónica (19-07-1931)

Otras gentes, otros procedimientos

Tornamos al Congreso por las tardes, después de ocho años de ausencia, entre rostros completamente nuevos y con gentes que han arribado al puerto de la política, después de haber sorteado toda suerte de temporales. Las antiguas clientelas han desaparecido totalmente de estos salones y de estos pasillos. Cinco o seis caras conocidas nos han dicho su asombro al pasar. Sánchez Guerra camina solo hacia el salón. Santiago Alba desciende de su escaño, sin aquel grupo de jóvenes bilbaínos que le hacían la obligada tertulia. Don Abilio Calderón, el conde de Romanones y don Ángel Ossorio y Gallardo se acogen sonrientes a los recién llegados para decirles su esperanza en los destinos futuros del país. No vemos otros rostros destacados de la época anterior a la Dictadura. ¡Ah, sí! El gran Eduardo Ortega, con su cabeza de león. El buen Ayuso, un poco más viejo, nos da un cordial abrazo y nos desea salud y República federal. Rodrigo Soriano, prepara chistes, sin darse cata de que han pasado ya para siempre aquellos solos de cornetín del empastre pintoresco que era, hace años, la minoría republicana. Barriobero, más cauto, calla y sonríe ante las gentes nuevas.

Desde el mismo hemiciclo, tendemos la vista por los escaños, mientras Besteiro, terminada la ceremonia de la promesa, va diciendo con voz firme y tranquila su discurso magistral. Cinco o seis sacerdotes destacan sus sotanas sobre los escaños rojos. Clarita Campoamor se sienta detrás del banco azul con los radicales; Victoria Kent, en los bancos del centro, adopta un ademán hierático y sereno. Don Miguel de Unamuno, allí en las alturas, mira de soslayo a un grupo de catalanes –Companys, Xirau, Torrellas, Ayguadé–, que escucha con atención el discurso del presidente de la Cámara. En el banco azul todo el Gobierno: Indalecio Prieto, medita; Marcelino Domingo, cruza las manos con amplio gesto clerical, de frailecito iluminado, y Fernando de los Ríos mueve sus ojos inquietos y duros detrás de los cristales de los lentes. Muchas caras jóvenes; algunos chiquillos. Pepín Díaz Fernández nos envía un saludo desde lejos; los integristas agrarios de Salamanca y otros agrarios disfrazados se agazapan en los últimos bancos desde los que han de dar no poco que reír. Poco a poco, cuando se van encendiendo las luces, vamos reconociendo a tantos y tantos compañeros de lucha: Martín del Arco, Viñas, Hidalgo, Sánchez Gallego, entre los socialistas; a Gabrielito Franco, Matías Peñalba, Luis Bello, Gabriel Alomar, Luis de Zulueta...

Al día siguiente, ya vemos la sesión desde la tribuna de la Prensa. La junta de diputados se va definiendo más. El discurso de don Niceto es acogido calurosamente en todos los sectores de la Cámara. Unas palabras precipitadas de no sé qué extremista, ponen más al descubierto el sentimiento unánime de todos. No es lícito a nadie regatear al presidente del Consejo la más leal de las adhesiones y el más fervoroso de los aplausos. Podrá discutirse mañana su doctrina pero, de momento, todos han de aplaudir su conducta ejemplar de varón leal y consecuente. Este sentido de formalidad, de franco desvío por el extremismo importuno, de apartamiento sistemático de toda estridencia estéril, es la nota saliente de estas primeras jornadas parlamentarias. Harto lo ve, entre otros, el comandante Franco, condenado al ostracismo entre sus muletas, sentado en un rincón del salón de conferencias, mientras el Gobierno recibe la adhesión de todos. Y bien se da cuenta también del sentimiento general Soriano, que camina errante, como el alma de Garibay, por los pasillos, dando explicaciones que nadie escucha y explicando el sentido oculto de reticencias que a nadie le importa puntualizar.

Conviene decir en seguida que el pueblo de Madrid ha acompañado en su generosa actitud a los diputados, no solo en el día en que se abrieron las Cortes, sino también en los siguientes, aguardando en grupos compactos frente a las puertas del Congreso para aplaudir a los ministros en cuanto los ve aparecer. El pueblo sabe muy bien que hasta que se consolide la República, nadie tiene derecho a extremar, ni siquiera a exteriorizar sus discrepancias, que

deben dejarse para después, cuando todos podamos matizar y definir concretamente nuestras aspiraciones.

Realmente, no puede ser más consolador ni más optimista el espectáculo de estas primeras sesiones en las Cortes. El coro de energúmenos que pretendió descubrir el señor Ossorio y Gallardo no aparece por ninguna parte. Esta gente modesta que llegó con sus actas de las provincias españolas, viene a trabajar y a no perder el tiempo. Malas tardes se preparan para los graciosos que quieran derrochar su ingenio o para los impacientes que quieran resucitar el régimen de las zancadillas. La Cámara sabe que es hoy el poder moderador y que el secreto de su eficacia estriba precisamente en la serenidad. Otras gentes, otras caras, otros procedimientos... El Congreso ya no es una tertulia de santones, ni una clientela de yernos de mala cabeza y de buena ropa. El pueblo se ha colado en él, y ha desdeñado los viejos prestigios. Mi impresión personal es que irá derecho, rápidamente, a su tarea de aprobar la nueva Constitución y a fijar las normas provisionales que mejoren el malestar de las gentes campesinas.

La Voz de Guipúzcoa (01-08-1931)
El Luchador (03-08-1931)

El banco del Olimpo

En el centro izquierda de la Cámara, en el cuarto o quinto escaño a contar desde el hemiciclo, está el banco del Olimpo. Lo habitan y ocupan los dioses mayores: don Felipe Sánchez Román es la norma jurídica fría y severa, la razón serena sin ninguna concesión a la flexibilidad, la categoría acogotando a la anécdota; don Miguel de Unamuno, henchido del sentido de la responsabilidad, consciente de su papel de artista, no emplea sus ocios como antaño construyendo lindas pajaritas de papel; don José Ortega y Gasset –*il pensieroso* de la España nueva– anatemiza, en nombre de la estética, al payaso, al tenor y al jabalí; don Gregorio Marañón, sonriente y comprensivo, espera la hora de su intervención, para dejar en buen lugar a los sayagueses, toresanos y zamoranos que le han traído al Parlamento de las Constituyentes.

Desde la tribuna de la Prensa, este banco atrae –sin saber por qué– toda mi curiosidad. La tarde que Unamuno habla, Sánchez Román toma notas en unas cuartillas y oye, sin mover un músculo de la cara, los sofismas de Gil Robles, el agrario del integrismo y de los administradores salamanquinos. Cuando Ortega y Gasset define, con limpieza de dicción no superada nunca en este sitio, la posición de sus amigos, don Miguel de Unamuno le oye sin un gesto y sólo parece alegrarse cuando Ortega dice sus quejas a los catalanes. Casi siempre Sánchez Román parece ausente del salón; don Miguel, en cambio, está como abstraído; Ortega oye con diligencia y con efusión; don Gregorio, el médico insigne, sonríe, y al oído dice algo a don Miguel, que éste subraya con un movimiento afirmativo de cabeza.

Estos cuatro diputados –diputados de Castilla– parecen el poder moderador de la Cámara; de la Cámara y del banco azul. No tienen los votos, pero tienen la inteligencia; ha bastado que Unamuno y Ortega hayan dicho unas palabras, para que la Asamblea, recogida y entusiasmada al mismo tiempo, haya recobrado su aplomo y su ecuanimidad. Sin ser jefes de grupo, estos cuatro hombres son los Caudillos naturales de la España actual. No han sido las armas de la Revolución, pero han sido sus razones: Unamuno, un año y otro año, en tozudo y tenaz machaqueo vasco, ha venido mostrando a las gentes cómo el problema de España no era otro que la incompatibilidad del pueblo con aquel rey, huésped actual de Fontainebleau; Ortega y Gasset anunciaba con precisión las etapas del cambio de régimen a parir del error de más bulto, del error Berenguer; Sánchez Román, en la Academia de Jurisprudencia, demostraba como la Monarquía estaba fuera de la ley y la necesidad de la revolución para restaurar su imperio; Marañón, con su influencia, con su pluma, con sus relaciones sociales, incorporaba la burguesía al movimiento liberador y actuaba desde su clínica con más eficacia acaso que los díscolos en el cuartel y que los periodistas en las redacciones.

No es cosa de describir todavía los matices que puede presentar al comentarista la Cámara Constituyente; pero sí puede anticiparse la impresión de que su mayor eficacia depende de lo que se diga o de lo que se calle desde este banco del Olimpo. En ella no se advierten todavía personalidades, sino masas. El socialismo es un juguete de alta precisión mecánica, que se mueve todo él con un solo resorte; la vieja guardia radical, atenta a los posibles asaltos que puedan

presentarse en la contienda, tiene el buen cuidado de no desafinar y de dar la sensación de que la mueve una sola voluntad y de que acata una sola jefatura; los guerrilleros del partido radicalsocialista, fértiles y duchos en escaramuzas de toda laya, acaban siempre dándose cuenta de que tienen dos compañeros en el banco azul; los catalanes cultivan el equívoco y aman la estridencia, que corre siempre a cargo de los más indóciles y traviesos; los gallegos callan y sonríen, aprendiendo la lección de mañana en las incidencias de hoy; la derecha liberal republicana, finalmente, espera el momento de su disolución. En cambio, estos hombres son por sí mismos otros cuatro partidos. Por no ser políticos profesionales, dirigen virtualmente toda la política de la hora. Sus votos de calidad arrastrarán a los gregarios; y por no pensar en ello, ni quererlo, son los árbitros de la situación.

El banco azul es el muro de contención, donde se estrellan y rebotan los pelotazos de la discordia. El banco del Olimpo, en cambio, es el manantial de donde surgen las iniciativas y donde se otorgan las sanciones. Los payasos ya le miran con recelo; los tenores comienzan a advertir que reservan sus arias para mejor ocasión; los jabalíes advierten que el escaño ejemplar puede mellarles sus incisivos. La inteligencia recobra su imperio, y en el rostro de estos hombres hay llamaradas de esta luz nueva, con la que comenzamos a enjuiciar todas las cosas.

Crónica (16-08-1931)

El rulo socialista

El partido socialista, los primeros días que funciona con la Junta de diputados, cuando todavía no está la Cámara constituida definitivamente, es un verdadero rulo, una perfecta apisonadora. A su paso, lamina y tritura todos los obstáculos. Aparato y juguete del mecanismo más acabado, el partido socialista español no entiende de matices, ni de diferenciaciones, ni, para decirlo con una palabra pedante, de individuaciones. Siendo el partido más rico en cantidad y hasta en calidad de personas, parece una masa todo lo compacta que se quiera, pero amorfa. Dentro del partido no sobresale nadie, ni puede sobresalir nadie. En sus filas, Jiménez Asúa tanto monta como el diputado más humilde, y el último de los mandatarios llegado del más recóndito rincón de la provincia se codea con el parlamentario de más larga historia.

Se está discutiendo un dictamen sobre las actas de Pontevedra, por ejemplo. En el banco de las Comisiones actúan Cordero y Saborit. Los socialistas, como si les dieran cuerda, se levantan de su escaño para decir sí, o continúan sentados para votar que no. Ninguno se confunde; ninguno siente ansias de intervenir; ninguno tiene que manifestar un punto de vista especialísimo. El partido puede tener un criterio; pero nunca un diputado suelto. Un diputado suelto es un voto; pero nunca una voz. Cuando comienza la sesión, la minoría ha ensayado sus papeles. Sabe lo que tiene que decir y, sobre todo, lo que tiene que callar. Nadie desentona. Hasta cuando un diputado suelto hace un gesto o insinúa una mueca, está muy lejos de producirse espontáneamente. Es que el partido ha acordado que se exprese de ese modo. Así, el señor Unamuno, hablando de las elecciones de Salamanca, dice que sus hijos y su yerno se han divertido bastante en sus correrías electorales. Los socialistas acuerdan tácitamente que deben extrañarse. Y cuando los diputados de las otras minorías ríen y los periodistas de la tribuna de la Prensa dan en la flor de encontrar original aquella manera de conducirse en las elecciones, el partido socialista acuerda iniciar un leve mohín de disgusto. No sé si es Remigio Cabello el primero que lo dibuja en su rostro; no sé si son Cordero o Saborit los disgustados. Lo que advierto es que toda la minoría, simultáneamente, adopta el mismo gesto de sobresalto y de contrariedad.

La Cámara funciona normalmente gracias al rulo o a la apisonadora socialista. Tritura inmediatamente todo lo que hay en ella de personal, de rebelde y de desentonado. Vive de la disciplina y para la disciplina. A Rodrigo Soriano le reduce imperiosamente al silencio cuando apunta sus primeros escarceos; a Ramón Franco, el aviador, le muestra su disgusto cuando se enfurece y se distrae; a Samblancat le acorrala cuando enseña sus dientes afilados de jabalí; a los agrarios les acalla cuando tratan de envolverse en el mar de confusiones en que pretenden nadar a todas horas. Los socialistas no van a divertirse al Parlamento; tienen un jefe en la minoría y le respetan; toman sus acuerdos antes de comenzar la sesión y los cumplen denodadamente sin vacilaciones; persiguen una finalidad, con su mecánica perfecta, y logran salirse con la suya. Llaman la atención de la Cámara los socialistas precisamente porque no quieren llamarla. Se sientan en los sectores extremos, y el más miope se da cuenta en el acto de que

viven para sostener un Gobierno a ultranza y sin reparar en sacrificios. Acogotan lo que hay en ellos de personal para que el partido no aparezca descabezado e incompleto. El rulo socialista está para laminar, para triturar, para reducir a la nada todo intento de rebelión y de indisciplina. Comienza dando el ejemplo. No interpela a sus ministros ni les pregunta cosa alguna; no distingue con trato de favor o de enemistad a ninguno de los consejeros que se sientan en el banco azul, da señales de vida, de homogeneidad, de consistencia, del modo más sencillo y elemental, procurando a todas horas que no se le note demasiado. Mecánica la del rulo, que es, en definitiva, táctica sabia y maravillosa, y lo que vale más, ejemplo del más alto calibre. Porque cada diputado socialista es, de esta suerte, en todos los momentos, dentro de la Cámara, todo el partido. Y cada uno siente la responsabilidad de todos.

El rulo, como se ha dado en llamar al partido socialista en el argot de los pasillos, da la sensación perfecta de la política del grupo dentro de la Cámara y fuera de la Cámara, en la calle. Es hoy el partido ministerial por excelencia. Comienza colaborando con la República en tres ministerios, aún a sabiendas de que sus titulares, lejos de cobrar gloria, van a dejar harto discutido y menguado su prestigio por las circunstancias excepcionales que envuelven la economía del país. Luego lo supedita todo a la consolidación definitiva y completa del nuevo estado de cosas. No siente apetitos, ni se deja ganar por el apresuramiento. Vive cada momento con el sentido más cabal de la hora. Se aparta con recelo de las actitudes heroicas y acepta sencillamente su puesto, sin estridencias y sin lirismos. Se da cata de que actúa mejor callando que creando incidentes dilatorios que hacen perder el tiempo. Y el rulo es también muro de contención. Y se da el caso peregrino y paradójico en estas Cortes Constituyentes españolas de que los republicanos son los inquietos y los socialistas los sometidos, cuando, en un régimen normal, debiera suceder precisamente lo contrario. Pero la paradoja ahí está, al examen y a la vista del más miope. Los socialista son ahora los conservadores de la República, y en esta actitud persistirán hasta que retornen a sus viejas tiendas de la oposición. Los republicanos, en cambio, discuten a los jefes o representantes de sus grupos en el Gobierno provisional, sin advertir que les está vedada otra postura que no sea la de la sumisión y devoción más absolutas. El rulo socialista está dando el ejemplo, y es de esperar que dé el tono de ecuanimidad, de sensatez, de silencio que los españoles esperan de sus procuradores en Cortes en los momentos transcendentales que los españoles estamos viviendo ahora.

Crónica (23-08-1931)

El banco azul

En el transcurso de muy pocos años se ha alargado un tantico el banco azul, para que en su espacio quepan los orondos ministros titulares de Trabajo y de Previsión, y de Economía Nacional. Recientemente se ha borrado del terciopelo azul el escudo real que campaba por sus respetos en el centro del respaldo. También me ha parecido observar que hay un pupitre giratorio que permite el acceso al banco azul hacia la mitad de los asientos y sin necesidad de atravesar su cabecera o su lado posterior. También se me antoja que hay una suerte de bache que evitan cuidadosamente los ministros, acaso para no naufragar en él. Como sabe el lector, detrás del escaño del Gobierno está el de las Comisiones; y cuando las Comisiones no actúan, suelen ocuparlos los Subsecretarios y Directores generales, para estar de este modo más cerca de sus jefes y apuntarles datos y cifras y sugerirles observaciones y puntos de vista cuando dialogan con los diputados de la oposición.

El banco azul de la República se llena las tardes de sesión solemne y aparece despoblado y medio desierto cuando la plática parlamentaria decae en el sopor de la interminable tarde veraniega. El señor Lerroux es el único que se sienta en el banco con entera solemnidad; el ilustre jefe radical tiene todo el estilo y el indumento de un viejo ex ministro. Los demás, sin exceptuar al señor Alcalá Zamora, se diría que añoran los bancos de la oposición y que lamentan no combatir a la ofensiva, en lugar de permanecer en este paraje para aunar voluntades y templar ánimos díscolos y exaltables. Pero sería injusto negar que hacen cuanto les es posible para revestir su divino papel. Marcelino Domingo cruza las manos en actitud mística, y a ratos da la sensación cabal de un frailillo franciscano que se consagra a la meditación, después de haber rumiado, en la soledad de la huerta del convento, algún bello capítulo de *Las florecillas*. Indalecio Prieto deja caer toda su maciza persona sobre aquellas blanduras, y si pudiera, dor-

miría una de aquellas siestas que descabezaba el buenazo de don Julián Nougués en los bancos republicanos, durante los últimos Parlamentos de don Alfonso de Borbón. Azaña, inquieto, adopta, por de pronto, la posición más cómoda, y sus compañeros le miran con recelo, porque no aguanta estrecheces y se le da una higa del acomodamiento de la vecindad. Albornoz, con su figurita exigua e inteligente, se sitúa sin chistar donde le dejan. No ocupa más espacio que él Santiago Casares. El más extremoso y gestero es Miguel Maura, que antes de hablar, indefectiblemente, se abotona la americana, con actitud que recuerda mucho la de su buen padre, ganando así libertad de movimientos y de maneras. Largo Caballero, circunspecto, sonriente, sobrio siempre, hace lo posible por pasar inadvertido, manera la más elegante de destacarse más. Las barbas de Fernando de los Ríos, entre aquella colección de rostros afeitados y un tanto monacales, le dan todo el aspecto de un buen franciscano, pulcro y conciliador, que no alza la voz demasiado ni se permite un gesto familiar. Nicolau d'Olwer, con su facha de buen catedrático de griego, que está comentando a los alumnos un buen texto de Herodoto, es la tira de una corbata y una fisonomía ausente. Don Niceto Alcalá Zamora, a la cabeza de estos hombres, es siempre el bondadoso cordobés que sonríe a través de sus gafas y aparece contento del sitio y de la hora. Diego Martínez Barrios es el más considerable volumen después de Prieto, y Albornoz, Casares y Domingo, los tres juntos, pueden desplazarse físicamente hacia cualquier lado, sin que peligre la solidez física del banco azul.

Este Gobierno, que actuaba en la Cárcel Modelo, y en casa de Marañón, y en la presidencia del Ateneo –con aquel pretexto de la Comisión de responsabilidades de la docta Casa– se diferencia notablemente de aquellos Gabinetes monárquicos que conocimos, en que lo más interesante de los ministros eran sus prendas de vestir y la solemnidad gloriosa del empaque y del atuendo con que aparecían en el hemiciclo. La levita no sienta realmente bien más que a Lerroux y a Fernando de los Ríos. Los demás ministros necesitan absolutamente la americana. A Barrios y a Prieto, además, les estorba el chaleco. Con sombrero de copa serían exactamente unos mascarones. Gentes creadas en el club y en el mitin, no se avienen a que el banco azul sea el muro donde se descargan los pelotazos y no se pueden devolver al que los lanza. Más que para responder, parece que están en el banco azul para preguntar. Parlamentarios todos más o menos conspicuos, ante una Cámara de novatos que no ha sufrido todavía el entrenamiento ni conoce aún con todos sus matices el *argot* de los pasillos, se mueven con el desembarazo del abogado que gana todos sus pleitos y cuenta de antemano con la benevolencia del Tribunal. En estas Cortes Constituyentes, el Gobierno provisional de la República que se sienta en el banco azul da una sensación de seguridad que desconcierta a los francotiradores del viejo régimen, que no han sabido elevar ni modificar la puntería de sus flechazos. Gobierne como gobierne, siempre se defenderá bien, y la Cámara, en última instancia, tendrá para él un gesto de aplauso y de cordialidad. El banco azul ha dejado de ser el de la paciencia y también el de los malos ratos. Si no fuera por el bache de relleno de que adolece, sería preferible prácticamente a los escaños rojos. Los pupitres son también más amplios, y la puerta del centro, desquiciada con oportunidad, permite, en una discusión acalorada, huir el bulto, salir a los pasillos y refrescar en la cantina.

Crónica (30-08-1931)

Los agrarios

Los bancos agrarios de la Cámara son la más podrida supervivencia de la monarquía y el residuo más lastimoso de las viejas oligarquías que todos creíamos enterradas completamente. Hasta media docena de muchachos toman asiento en esos bancos. Al lado de un curita burgalés, el señor Gómez Rojí, que se exalta con facilidad y que acoge con muecas harto expresivas de desdén y aún de desprecio la opinión del adversario, hay dos mozalbetes paisanos míos, Gil Robles y Lamamié de Clairac, un notario, un catedrático tan voluble como Pedro Sáinz Rodríguez, el abogado Martínez de Velasco, don Antonio Royo el anticatalanista que no ha tenido el buen gusto de acompañar a don Santiago Alba en su soledad y otros cuantos más o menos anónimos, que no se han curado de otra cosa, al luchar en los comicios, que de ocultar su pasada ideología política para no desentonar. Para ser más exacto estaba por escribir que la han ocultado. Desde luego han acatado todos la República y han prometido servirla y reverenciarla como buenos chicos. Pero no se han atrevido a llamarse carlistas, integristas, reaccionarios, y se han refugiado al cobijo de un mote que a nada obliga y que nada dice. Y así se da el caso pere-

grino de que el agrarismo no aparece por ninguna parte y que la minoría agraria da señales de vida únicamente cuando se combate al clero o cuando se trata de romper, con una zancadilla [de] viejo régimen la normalidad de la vida parlamentaria.

La juridicidad del señor Ossorio y Gallardo fue el tema eminentemente agrícola que acogieron en su programa estos inefables y seráficos enmascarados del agrarismo. La supresión de periódicos en el Norte de España ha sido otra de las preocupaciones de este graciosísimo bloque agricultor. Al proyecto de Constitución están presentando a todas horas enmiendas inspiradas en el criterio más primitivo y troglodita estos buenos chicos, matrículas de honor de su Universidad, al dictado de los jesuitas de Deusto y de los agustinos del Escorial. Don Antonio Royo Villanova ha sostenido únicamente, como sabe el lector, un escarceo muy de la época del conde de Romanones para crear dificultades al Gobierno en su lucha contra las derechas cerriles y con las izquierdas extremas, que han perdido el sentido de la ponderación y de la medida. La vida del campesino les tiene muy sin cuidado. En estos momentos, estos hombres traman su último ataque a fondo contra lo existente. Están acabando de agrupar a todos los propietarios de España, que se distinguen por poseer un concepto demasiado romano de su predio y ya cuentan con varios millones de pesetas para promover campañas de Prensa de la más turbia e ilícita sinceridad. A fuerza de no representar nada estos agrarios, van dando el tono espiritual a todos los protestantes. Lo mismo les da Bullejos o Juan III, Fontainebleau o Moscú con tal de no perder sus últimas trincheras de privilegio y de excepción. Porque no son otra cosa sino mandatarios de los amos de Castilla y de los administradores y abogados de los amos de Castilla. Un poco abogados y un poco administradores ellos también, han descubierto el juego al mes justo de estar funcionando las Cortes Constituyentes y en varias provincias de Castilla se ha roto naturalmente el contacto artificial de estas masas agrarias, quedándose en el grupo media docena de propietarios y una legión de administradores y pasando francamente a sus partidos republicanos y socialistas los pequeños propietarios, los colonos y los jornaleros del campo que han visto con claridad su puesto en las agrupaciones extremas, únicas que pueden defender holgadamente sus reivindicaciones.

La presencia de los agrarios en las Cortes, al menos en las provincias que yo conozco ha sido una consecuencia natural de la clase de propagandas que han hecho ciertos socialistas de menor cuantía, ofreciendo tierras a los campesinos y señalándoles los lotes y parcelas que habrían de ocupar. Estos abogados, que no podían apoyarse en el sufragio, vieron el cielo abierto y ofrecieron vagamente otra serie de promesas, tan difíciles de cumplir, pero que contaban con la anuencia transitoria del cacique y del curial que se creían irremisiblemente todos perdidos. Con el escrutinio, con la proclamación de diputados, vino el desengaño de la masa campesina y los agrarios hace ya un mes que no tienen clientela de ninguna clase. Ellos lo saben muy bien y ya no pierden el tiempo haciendo aspavientos a las reformas agrarias que les tienen completamente sin cuidado. Lo urgente es defender al cardenal Segura, amparar el cerrilismo de los católicos vascongados, aportar dinero para una campaña derrotista, lamentar –ellos que se pasaron la vida suspendiendo periódicos durante la dictadura–, que el Gobierno contenga los más violentos ataques y las provocaciones más extemporáneas, intentar pequeñas escaramuzas para que se detenga la tarea parlamentaria, crear insidias en torno al adversario y dar la sensación de que detrás de ellos hay una opinión capaz de tomar la justicia por su mano, si se considera vejada y oprimida.

Lo más lamentable es que hombres como Royo Villanova y como algún otro, con tal de salir diputados, hayan ido del brazo de estos hombres que han jugado y han perdido su última carta en el país. Mucho más digna políticamente es la situación de estos solitarios como Romanones, Alba, Ossorio y Villanueva, que saben esperar callando y que no han tenido necesidad alguna de disimular sus ideas para ocupar unos escaños. El agrarismo es el saldo del Parlamento. El caciquismo palentino, representado por Calderón, va del brazo de los administradores de los terratenientes de Salamanca, de los curas que son confesores y albaceas de duquesas y de abogadillos traviesos que no tienen más pretensión que la de cobrar una minuta a las clases conservadoras españolas que no tienen el sentido elemental de la conservación. Todo esto está a punto de ser barrido, porque la bandera agraria encubre todas las mercancías de dudosa procedencia, que quieren escapar a la acción vigilante del fisco y de la higiene.

La Voz de Guipúzcoa (02-09-1931)
El Diario de Huesca (13-09-1931)
El Noroeste (05-09-1931)

Las paradojas españolas

En esta tarde del viernes 28 de Agosto de 1931 ha continuado en las Cortes Constituyentes de la República española, la discusión contra la totalidad del proyecto de la Constitución. En el debate han intervenido dos oradores: un clérigo, don Basilio Álvarez, y un laico, don Luis de Zulueta. El clérigo es ancho, musculoso, fuerte, recio. Los botones de la sotana aprisionan un enorme cuello, pletórico de sangre y de vida. La voz del clérigo es clara y llena; maneja la metáfora con singular maestría; su ademán es de tribuno de la plebe. He aquí la primera paradoja. Don Luis de Zulueta, laico, cuajado siempre de razones y henchido de espíritu liberal, tiene, en cambio, la traza y las maneras de un discípulo de Loyola. No se apasiona nunca. Los ojos, miopes, se mueven detrás de unas gafas clericales. Los argumentos parecen arrancados de un Tratado de Teología. Los ademanes son lentos y apacibles. Y he aquí la segunda paradoja. El diputado clérigo habla para combatir el dictamen y don Luis de Zulueta para apoyarlo y robustecerlo. (Y, sin embargo... y, sin embargo, el clérigo, perteneciente al partido radical, en cuyo nombre no habla, parece encantado de que triunfe lo que él finge combatir, y el señor Zulueta, que se levanta a defender el proyecto, lo deshace con sus distingos y sutilezas como se deshace un terrón de azúcar en un vaso de agua. No diréis que no caminamos de paradoja en paradoja.)

A Basilio Álvarez, tribuno de los campesinos de su natal Galicia, clérigo que si fuera un poco más bajito y achaparradete sería la misma estampa de aquel Arcipreste de Hita de feliz recordación, no le asusta, por ejemplo, la Constitución del Uruguay. Ni tampoco la de Méjico. Lo que teme es que a Méjico hayan ido los proyectistas españoles «de la manera que se va por medio de los libros, y a veces a impulso del plagio». Además. Méjico no es un pueblo que se distinga precisamente por su serenidad. La separación de la Iglesia y del Estado, en cambio, es de una evidente conveniencia. La disolución del vínculo matrimonial por voluntad de la mujer equivale a elevar a ley las taras del histerismo. En cuanto al problema clerical... «Decía –exclamaba el orador– que por esas sacristías, por esos templos, no desfilaban las gentes» que mandaba Cristo; eran damas linajudas; era la alta burguesía; era la aristocracia en su expresión más mundana; era la Monarquía en su aliento más hediondo y en sus declives más acentuados». En cuanto al problema clerical, pues, debe irse contra el sectarismo; pero jamás contra la fe, que tiene su santuario en la conciencia, pero jamás su sede en el Estado. Con razones de este calibre, el proyecto, lejos de resentirse, se vigoriza y cobra impulsos al iniciarse en su torno la polémica. Y para que la doctrina federal tome cuerpo en el articulado, quiere que el entusiasmo preste sus fulgores a este gran mosaico de la gran España que debe trocarse en la Iberia única. La oposición del clérigo, como se ve, está muy condicionada, y es muy relativa, y los escollos que señala son de los que se evitan con la más leve discreción.

En cambio, el apoyo de don Luis de Zulueta al proyecto es de muy otra naturaleza. «Aunque pienso hacer algunas objeciones que conceptúo de importancia –comenzó diciendo–; aunque pienso poner serios reparos a este proyecto constitucional, he pedido, sin embargo, la palabra para consumir un turno en pro y no en contra, no sólo porque para eso he encontrado más facilidades reglamentarias, ya que muchos diputados solicitan turnos en contra, sino porque con esa actitud mía quería yo manifestar claramente mi aprobación, mi adhesión en líneas generales a este dictamen de la Comisión de Constitución». Dos problemas, el religioso y el regional, atraen sobre todo la especiosa curiosidad del señor Zulueta. Alguna de las medidas de carácter excepcional y restrictivo contra las Órdenes religiosas cree el orador que no deben llevarse al articulado constitucional. Y no quiere persecuciones porque vislumbra para el porvenir una cordial convivencia entre creyentes y no creyentes, porque espera que se amiguen algún día estas dos palabras de Libertad y de Religión, hoy tan separadas y tan divorciadas, porque teme que esas medidas, aun siendo justificadas, resulten algún día ineficaces y contraproducentes. Él señor Zulueta, que hubiera hecho un magnífico embajador en el Vaticano: el señor Zulueta, que hubiera dialogado en un delicioso pie de igualdad con los cardenales más sagaces y casuísticos de la Curia Romana, quiere, en fin, limitar el número de asociaciones religiosas, someterlas a la ley común, vigilar su enseñanza y vigorizarlas y modernizarlas. Cauto, sabe muy bien que no se las deshace con una plumada desde la *Gaceta*; liberal, quiere que el Estado intervenga en su vida, trazándola reglas y normas de conducta «Soy partidario firme –exclama– de la separación de la Iglesia y el Estado, si por ello se entiende que la Iglesia no podrá intervenir en la actividad civil del Estado; pero no soy partidario del principio de separación de la Iglesia y el Estado, si por ello se entiende que el Estado no podrá intervenir en la actividad social de la Iglesia».

Y así, en esta sesión del 28 de Agosto de las Cortes Constituyentes Españolas, se perfilan con vigorosos trazos dos hombres harto representativos de la España de hoy. Basilio Álvarez, tribuno de las masas campesinas, hombre ingenuo, se desborda ante un ideal, y, en el fondo, se sitúa en la lucha con las armas que acaba de abandonarle el enemigo. Zulueta, sagaz como un cardenal del Renacimiento, un poco cardenal él mismo –y esta es la razón que tuvo el Vaticano para no admitirle a libre plática en los negocios diplomáticos–, está ya de vuelta en el momento culminante de la lucha, y sabe que las armas del disimulo y de la sutileza son las más peligrosas y contundentes. Y aunque debajo de la sotana del simpático cura gallego veamos la estampa de un caudillo de la Revolución, y sobre la americana del señor Zulueta pongamos la sotana roja de un príncipe de la Iglesia, al final de la jornada cada uno representa su papel en esta tremenda tragedia o en este pintoresco sainete de la vida política española.

Crónica (06-09-1931)

El banco de los trigueros

¿Agrarios en el banco de los agrarios? *Passez le mot*, queridos amigos, si gustáis. Agrario, según los académicos de la ex Real, es "lo perteneciente o relativo al campo", como agrícola es "lo concerniente a la agricultura o a quien la ejerce"; y como agreste es "lo campesino o perteneciente al campo", y también, y no es lo mismo, según la Academia, "lo áspero, inculto o lleno de maleza", y según la tercera acepción que al voquible le cuelgan los inmortales, lo "rudo, tosco, grosero o falto de urbanidad". No sabemos que pertenezcan al campo ni el señor Sáinz Rodríguez, que es un catedrático de la Central; ni el señor Casanueva, que es un notario madrileño; ni el señor Gil Robles, que es un propagandista facundioso y desparpajado al servicio de la Acción Nacional; ni el señor Calderón, que es un banquero palentino; ni el señor Royo Villanova, que es un catedrático de Valladolid; ni el señor Gómez Rojí, que es un buen canónigo de la Metropolitana de Burgos, etc., etc. Ninguno de ellos forma parte de un conjunto material o espiritual "perteneciente o relativo al campo". Agrícolas tampoco son, ni en sentido lato ni en sentido restringido, los señores a los que aludimos. Tampoco son agrestes en la primera de las acepciones académicas, aunque algunos son demasiado ásperos y, apurando un poco una metáfora al alcance de todas las fortunas, bien puede asegurarse que están llenos de malezas cuando les da el naipe por polémicas. Si no son agrarios, ni agrícolas, ni agrestes, estos diputados constituyentes, ¿no será mejor llamarlos intermediarios, trigueros, o, como dicen en muchos pueblos de Castilla, renoveros o mediadores?

Cada uno de estos señores procede de su campo y se han adosado ese mote para que los demás olviden su nomenclatura pasada. Pedro Sáinz, amigo de la Dictadura y asambleísta con ella, estuvo a pique de ser ministro con el general Berenguer, y finalmente concertó sus desposorios politicos con Cambó, hasta el mismo día del advenimiento de la República. El señor Casanueva ha sido ministerial de todos los gobiernos que ha tenido España desde 1913. Gil Robles es carlista, como su padre. Calderón no ha querido acompañar en su ostracismo a don José Sánchez Guerra, y como correcto conservador fue ministro del Trabajo y de Fomento en dos situaciones conservadoras. Don Antonio Royo Villanova no ha sentido tampoco la necesidad espiritual de hacer solitarios en esta hora con don Santiago Alba. Del señor Martínez de Velasco tengo la vaga sensación de que ha sido un liberal burgalés templado, amigo de las huestes que en aquella provincia acaudillaba el señor Arias de Miranda. Lo agrario y lo agrícola, por ende, les coge a todos ellos muy por fuera. Por de pronto, sus intereses son contrarios a los de los braceros, jornaleros y pequeños colonos del campo, que han dado sus votos a las huestes republicanas y socialistas. Para alguno de estos diputados, todo el problema del campo está en la revalorización del grano; es decir, en poner el pan caro y en que aumenten las rentas de los terratenientes. No se trata de un partido campesino, como en Rusia, en Hungría o en Checoslovaquia, ni siquiera de una concepción agraria, al modo del pequeño burgués francés, que nutre el partido radical socialista de la vecina República. El programa es una pega; o, para decirlo más correctamente, un *camouflage*.

En cambio ¡qué fruición sienten estos caballeros el día que pueden armar una pequeña zalagarda contra esta naciente República Española que todos estamos en el deber de sostener y de mimar! Un día, Royo, el catedrático de la consubstancialidad de la Patria con la Monarquía, no el de la admirable lección de Derecho administrativo cuando la Dictadura, siente unos

escrúpulos legales para nombrar interinamente al Jefe del Estado. El tema, eminentemente agrícola, como ves, no merece la consideración de la Cámara. Otro día, Gil Robles, fiel a las sugestiones de la clientela de la Acción Nacional, se duele de la suspensión de unos periódicos en el Norte. Otra tarde, don Abilio Calderón pide unas estadísticas. En una sesión, el señor Gómez Roji predica una homilía, y en otro el señor Madariaga lanza una insidia. No está de más advertir que en el proemio o prefacio del discurso, estos señores cantan himnos muy graciosos en loor de la prudencia y de la templanza. Eso sí, luego se disparan, y se olvidan de su procedencia agraria, y tornan a darles vuelta a los problemas urbanos, y se imaginan que todavía son posibles la simulación y la hipocresía políticas.

Y es que alienta una tragedia en el fondo del sainete, que a cuenta del campo y de sus aspiraciones están representando estos señores en el Parlamento. Al mes y medio justo de funcionar las Cortes, se han quedado sin masas ni electores. Aspiraban a cierta hegemonía y se ven en el apurado trance de servir de reserva, no siempre agradecida, a los vasconavarros. Por su gusto serían francotiradores, como Franco, como Sediles, como Samblancat o como los radicales socialistas más díscolos y extremados. Pero no se atreven a dar el do de pecho más que en el caso de que se manifieste la corriente contra aquellos por quienes abogan o a quienes administran.

En provincias, ya es otra cosa. En la mía, por ejemplo, en la de Salamanca, en los pueblos donde les está permitido el acceso, amenazan con obstruir la Constitución ante el temor de que desaparezcan los privilegios de sus verdaderos amos. Como en el Norte, quieren hacer de Castilla una nueva Vendée, actuando desembozadamente con su significación política correspondiente. Y cuando llegan los martes a Madrid, tornan a ponerse su motajo, haciendo de agrarios, sin provocar tempestades mayores, pero manteniendo sus pequeñas protestas para poder justificar su actitud ante los pequeños núcleos regresivos y cavernícolas que les han quedado.

Ni agrarios, ni agrícolas; son los vestigios que nos quedan de la Monarquía, sin la entereza ni la lealtad de la convicción sincera y públicamente mantenida. Vestigios peligrosos, porque en la hora de ahora se están agrupando y reuniendo los cuartos de los propietarios conservadores… sin el sentido de conservación, para oponerse a los avances más prudentes y avisados. No olvidemos una cosa: La fracción monárquica abandonará sus posiciones religiosas para defender, en el fondo, los privilegios de las clases terratenientes. Ante el fracaso de la alianza de Fontainebleau con los obispos y con los generales, se busca el consorcio con los latifundistas. Si la monarquía pudiera restaurarse, se apoyaría, en última instancia, sobre el hombro de los trigueros, renoveros o mediadores. Yo veo en ese bando agrario, no una flor de lis, sino sencillamente una medidora de fanegas, muy ajustada; la llave de una panera y un recibo, pringoso, de contribución territorial.

Crónica (20-09-1931)

El debut de Clara Campoamor la primera mujer española que habla ante unas Cortes legales, legalmente convocadas[151]

En la sesión del 1º de Septiembre habló por primera vez en unas Cortes legales legalmente convocadas –nada tenía que ver con el Parlamento aquella Asamblea Nacional de pintoresco recuerdo–, una mujer española, la señorita Clara Campoamor, diputado a Cortes radical por la provincia de Madrid. La señorita Campoamor ha ocupado más de una vez la atención de las gentes; ha informado varias ocasiones en el Foro; ha formado parte de la Junta directiva del Ateneo; ha disertado con tino y con discreción en los diferentes problemas sociales donde se ha requerido y solicitado su opinión. Su discurso de la Cámara versó sobre el divorcio y sobre la necesidad de conceder el sufragio a las mujeres españolas, y bien merece que CRÓNICA, sin los apremios a que está obligada en sus reseñas la Prensa diaria, dé a conocer en toda su extensión los argumentos de la señorita diputado en torno a estos dos problemas de tan viva actualidad en esta hora.

En cuanto al divorcio... Pero dejemos razonar con sus mismas palabras a la disertante: «¡Ah, el divorcio! ¡Y qué querellas, y qué lamentaciones suscita en la Cámara; unas, por el principio;

[151] Artículo firmado como Jorge de Alba.

otras, por el desenvolvimiento! ¡El divorcio! Debe recordarse por todos aquella frase irónica de Montesquieu: «He visto matrimonios: buenos, muy pocos; deliciosos, ninguno». Y bien: lo mismo la ley civil española que la ley canónica, están hechas para matrimonios deliciosos. Y ahora le digo al señor Álvarez, como representante por su ropa talar de todos sus iguales que en la Cámara se sientan –y los sacerdotes tan bien o mejor que nosotros, los abogados, lo saben– que hay una profunda piedad, que hay una profunda ternura al estatuir el divorcio en España, porque no hay matrimonios deliciosos. Y es insensato querer condenar a la indisolubilidad del vínculo cuando no hay manera de que se soporten dos en la vida, arrastrando uno de los cónyuges, o tal vez los dos, el peso de esa cadena, a la manera como arrastraban antiguamente los presidiarios aquellas bolas de hierro que marcaban la perpetuidad de sus penas.»

El voto de la señorita Campoamor no puede ser, como veis, más claro ni más explícito. Con el problema de los hijos del matrimonio que va a disolverse, no se afronta, sin embargo, la disertante. La distinción entre legítimos e ilegítimos, que, naturalmente, va a recibir muy serias innovaciones y a cobrar un nuevo sentido en el futuro Código civil de la República, nada tiene que ver con la dificultad de la carga económica y del cónyuge a quien haya de imponerse, después de la disolución del vínculo. Acaso por no ser el tema estrictamente constitucional, no quiso o no pudo abordarlo la señorita Campoamor, a pesar de sus buenos deseos.

En el voto de la mujer, tampoco pecan de obscuras las manifestaciones de la señorita Campoamor. «¡Ah! Es, se dice –exclamaba– el peligro del voto de la mujer, que puede dar el voto a la Iglesia. Yo les diría a estos seudoliberales que debieran tener más cuidado cuando durante el siglo XIX dejaban que sus mujeres frecuentaran el confesionario y que sus hijos poblaran los conventos de monjas y de frailes. Pero, además, les digo que eso no es cierto, porque basta examinar la opinión de diversos hombres, tratadistas u hombres vulgares, para ver que cada uno da la interpretación que le parece al voto de la mujer». La señorita Campoamor, más que de la legitimidad del voto, se siente preocupada por su conveniencia en el momento actual, y por eso contrasta el hecho de que la mujer inglesa vote a los laboristas en su país, con la afirmación del señor Ossorio y Gallardo de «que el voto de la mujer casada llevaría la perturbación a los hogares». Lo más probable es, como quiere Barthelemy, que la mujer votará en la mayor parte de los casos lo que quiera su marido, y el mismo argumento que esgrime la señorita Campoamor para probar su conveniencia, se vuelve contra ella, porque los distritos de las grandes ciudades ya son liberales sin el voto femenino, y en los rurales se corre el riesgo de acentuar el sentido regresivo y reaccionario de sus representantes con este aporte femenino a los comicios. Más decisivo es su argumento cuando resume los preceptos constitucionales de la nueva Europa en torno al voto de la mujer. «De las diez y siete Constituciones –dice– dadas después de la Guerra, tan sólo Rumania, Yugoeslavia, Grecia y Turquía niegan o aplazan el voto a la mujer; todas las demás lo reconocen. Es Turquía aquella que está más en paralelismo con ese voto particular.» Y reforzando su opinión con estos preceptos legales, añade: «Es que los hombres de esos países, en esas Constituciones han reconocido ya que no ganó nada Adán con ligarse, en vez de a la mujer independiente, de voluntad propia y de espíritu amplio, a la Eva claudicante, astuta y sumisa, para la sumisión de la carne y del espíritu».

El discurso de la señorita Campoamor fue escuchado atentamente por la Cámara e interrumpido por los aplausos. Dijo sus conceptos con frase sobria, acertada y feliz. Algunas veces llevó la defensa de su sexo hasta el extremo de combatir a estos pobres hijos de Adán, que no hemos cometido otro pecado que morder en un momento de ingenuidad la manzana que ya había señalado con sus blancos dientes la compañera Eva. Y sus ideas allí quedaron flotando con el propósito natural de que la nueva Constitución y la legislación orgánica que después se engendre a su cobijo, las recoja y articule en sus postulados.

La señorita Campoamor, abogado elocuente, ateneísta distinguido, diputado a Cortes por la provincia de Madrid, ha buceado, sin embargo, más en los libros que en la vida real.

Su magnífica soltería justifica sus afirmaciones rotundas y muchas veces mordaces contra el sentido de ponderación y de sagacidad que lucieron en torno al problema los menos extremosos.

Si la señorita Campoamor fuera una señora casada, llena de hijos, pendiente de la vida del hogar acaso hubiera disertado con argumentos un poco más convincentes en torno al divorcio, y con razones no tan descarnadas en lo que concierne al voto de la mujer española en estos tiempos de gracia y de República en que vivimos.

Crónica (20-19-1931)

El primer Parlamento

A medida que voy releyendo los diarios de sesiones de las distintas constituyentes que ha convocado España a lo largo del siglo XIX, se me antoja que puede afirmarse sin graves inexactitudes que las Constituyentes de 1931 son muy superiores a todas las demás. En esos Parlamentos, el del 12, el del 20, el del 37, el del 69, el del 73, entran todos los pesos y todas las medidas, como en la romana del diablo. Va lo mejor y lo peor de cada casa y de cada barrio. Recalan en la Cámara, como es natural, los talentos consagrados, los prestigios indiscutibles, a la vera de los osados y de los arribistas, y de los ineptos y de los cucos. La razón es obvia. En la conmoción social, en el cambio político que precede a la convocatoria, no hay modo de seleccionar los valores. Las clientelas antiguas se deshacen, y al formarse el censo de las nuevas por los elementos revolucionarios que han cooperado en la transformación, el filtro no funciona bien y el poso se cuela de rondón en el agua que quiere purificarse. Eso mismo acaece, por lo demás, no solo en la Cámara sino en los mismos organismos del Estado. Gobiernan a lo mejor los que no tienen aptitud y aun los que teniéndola, no poseen el hábito del mando, que produce la ecuanimidad y es amigo de la entereza.

Por lo que presumo, a través del mazorral, de tantas y tantas páginas de los Diarios de Cortes, las Cortes de 1820 y de 1873 fueron muy inferiores a las que hoy contemplamos en 1931. En las del 73, sobre todo, y no quiero citar nombres, la selección se hizo a la inversa, y así salieron ellas y la Constitución que cocieran en aquella olla de grillos.

Porque las actuales, digan lo que quieran los termómetros de la derecha, no son solamente aceptables, sino respetables. Los máximos prestigios intelectuales de España tienen su asiento por derecho propio en los escaños rojos. Ha sido necesaria la República para que hombres como Unamuno, Ortega y Gasset, Marañón, Sánchez Román, Sanchís Banús, Jiménez Asúa, Pérez de Ayala, Negrín, Bello, Araquistain, Giral, Azaña, Franco (Gabriel), Valdecasas, Vergara, Martín del Arco, Juarros, Ovejero, Castelao, Polanco, Xirau, Estelrich, Otero Pedrayo, Martínez Risco, fueran diputados por primera vez. La ciencia, la cátedra, el foro, las letras, tienen a sus príncipes en el Parlamento. Se pueden contar cuatro o cinco docenas de hombres eminentes en nuestro Parlamento. Todos los días se descubre algún nuevo valor. Lo que ocurre es que la oratoria de viejo estilo ha perdido todo su predicamento y que hay modos de actuar en la Cámara que no presintieron jamás nuestros ascendientes. Muchas tardes la nota de la sesión es simplemente un gesto y muchas tardes también un silencio bien administrado. La política de Lerroux es hoy, por ejemplo, la del silencio y la de la vigilancia. Azaña, con sus discursos, ha llegado a la Presidencia del Consejo. La frondosidad retórica del señor Alcalá Zamora ha sido la suprema razón de su alejamiento del Poder. Los socialistas, que lo traen siempre todo guisado de las secciones, actúan con una precisión de juguete mecánico que es su mayor eficacia. El Parlamento ha cambiado de psicología y así fue posible tramitar en él una crisis en media hora, sin que hubiera forcejeos en la sombra, ni diálogos de camarilla.

Lo que ocurre es que en nuestras Constituyentes, la anécdota mata la categoría. Los escándalos y las intemperancias del jabalí suelto son menos frecuentes que en cualquier otra Cámara de Europa. Aquí no andamos a tiros como en Méjico, ni a bofetada limpia como en los Balcanes, ni empleamos injurias personales, como en Montecitorio, en el Reichstag o en el Palacio Borbón. Lo que hay en el Parlamento es pasión, pasión noble, pasión santa, que se desborda a todas horas, que sube a la superficie, y que lo rebasa y anega todo. Pero en los momentos difíciles la Cámara se comporta maravillosamente. Posee una sensibilidad colectiva admirable. En cuanto otea el peligro, se rehace y forma el cuadro de defensa. Parlamento de muchachos que se han pasado la vida conspirando y haciendo la crítica de lo existente, no puede olvidar de pronto sus costumbres anteriores, pero en cuanto advierte que gobierna y que es efectivamente soberano, y que constituye el poder supremo de la nación, compone el ademán, sabe serenarse y no se deja deslumbrar por el equívoco ni engañar con el sofisma. Las mismas luchas entre los partidos dan buena experiencia de su vitalidad y de su amor a la República. Diréis, fiándoos únicamente de las apariencias, que es el Parlamento que más chilla, pero no podréis negarme que es el que más pronto se somete. El banco azul no tiene enemigo a la vista. Prieto puede ensayar una siesta y Nicolau una traducción del griego: no hay cuidado. En cuanto un troglodita, más o menos agrario o más o menos católico, se desmanda, recibe su correctivo en el momento. Sáinz Rodríguez produjo una desbandada y Madariaga (Dimas) una tempestad.

Las que son iguales en estas Cortes y en las anteriores son nuestras seráficas derechas. Por algo están nutridas de los residuos vergonzantes de los partidos monárquicos. Sus hombres son

harto conocidos del país para que nadie se llame a engaño. Pero la pobreza de sus recursos mentales es harto más notoria que hace una docena de años. En el debate sobre la cuestión religiosa, por ejemplo, la Iglesia ha quedado completamente indefensa. El señor Gil Robles, a pesar de su juventud, tiene la mentalidad de un presbítero ochentón que no ha pasado de la lectura del Perrone. Los argumentos del señor Leizaola no desmerecen en nada, aunque sean menos graciosos que los que emplea, por ejemplo, el marqués de Villaviciosa para defender lo que él llama orden y lo que él llama religión. El señor Estébanez, antiguo camarero secreto del cardenal arzobispo de Burgos, señor Benlloch, es, por su parte, un hombre pintoresco, que no ha saludado un libro jamás en los ratos de ocio. Se han retirado de la Cámara estos señores sencillamente porque se daban cuenta de su inferioridad personal. Sus mismas zancadillas políticas de viejo estilo no han tenido éxito alguno, y, prácticamente, se han cansado de representar una comedia en la que eran silbados unánimemente por el público.

El Parlamento actual es el mejor que ha tenido España. Es el primero, para ser más exactos. Antes, era sencillamente un casino, cuya cuota de entrada era demasiado alta, inasequible para bolsas poco repletas. Hoy, el pueblo ha irrumpido en el hemiciclo: el pueblo, con todas sus virtudes y todos sus defectos. Los gestos personales se borran ante las actitudes colectivas y los partidos juegan un deporte noble, claro y limpio. Sería una sandez negarlo, y no diríamos toda nuestra verdad si, imitando a los derrotistas de toda laya, achacásemos al Parlamento defecto que no tiene y le negásemos calidades que posee, harto abundantes y manifiestas.

La Voz de Guipúzcoa (30-10-1931)
El Pueblo Gallego (30-10-1931)

Los francotiradores

A los francotiradores los ha llamado el maestro Ortega los jabalíes. No pronuncian discursos como los tenores, ni dicen gracias de clavo pasado como los payasos, pero acometen a colmillazos. Los hay en todos los partidos y se sientan en todos los sectores de la Cámara. La verdad es que más que de impacientes y peligrosos, pecan, en realidad, de inadaptados. Los francotiradores son hombres de historia, que quieren resucitar a cada paso, sin advertir que el hombre se desvanece y el Parlamento queda. Son muy de su pueblo y de su barrio, y lamentan que se haya quitado el micrófono del salón de sesiones. Y anuncian, además, sus acometidas a la víctima, razón por la cual no acaban de asustarnos demasiado. Así, Samblancat no tiene inconveniente alguno en advertir, desde Barcelona, que va a hacer de jabalí en cuanto regrese a los madriles. Salvador Sediles, cuando se enfada, pretende tan sólo presentarnos una vez más la factura por la sublevación de Jaca. El ex comandante Jiménez, cuando acomete, nos exhibe la mesa de su despacho, la lista de su clientela y los éxitos profesionales que ha obtenido a lo largo de su vida. Ramón Franco, el día que torne a resollar, nos recordará las glorias del "Plus Ultra", sin advertir que los demás tenemos más cerca de la memoria el fracaso del Ministerio del Aire, que pasó a mejor vida. En la minoría agraria, descuella como francotirador el Sr. Madariaga. Entre sus compañeros, ya han hecho lo que han podido los señores Pildain y Leizaola. Egocheaga, el diputado sevillano, representa los francotiradores dentro del socialismo. Los trigueros tienen los suyos agazapados para cuando llegue la ocasión.

Con motivo de la discusión de los Estatutos, tengo para mí que va a aumentar, con el número, la calidad de los francotiradores. Procurarán cobrar dos buenas piezas en la lid, los señores Unamuno y don José Ortega y Gasset, pero no es fácil que se dejen atacar con estridencias. El señor Maciá es ni más ni menos que un francotirador que dispara con pólvora solamente. Companys, más zurrado por la vida, es un buen estratega de las Ramblas, que no encuentra el modo de acabar para siempre con la sonrisa del diputado de la meseta. Del señor Sbert conocemos solamente sus andanzas estudiantiles, y hasta por experiencia personal, sus turbias rectificaciones para sostener el espectáculo de la propia gloria: pero es un francotirador sofista, un poco lento, a quien se le quita del medio por lo que tarda en apuntar y en disparar. Xirau es reflexivo, y Grau impetuoso. Los francotiradores de Cataluña tendrán forzosamente que salir al campo y presentar todas las alas de su ejército en plan general de batalla grande. Más bizarros y pintorescos serán los francotiradores de Vasconia y de Navarra. El señor Pildain ya disparó su carabina afirmando que África comienza en el Parlamento y que ni a su abuela han convencido nunca los argumentos del adversario. El señor Beunza, en cambio, ya sabe que no le sirve dispa-

rar por elevación y que hay que rectificar la puntería a cada paso. Los galleguistas, en cambio, no sirven para francotiradores. Son demasiado socarrones y sonrientes para tales ardides.

Sin quererlo, ni saberlo, el francotirador no se ha dado cata de que su método ya no es acaso todo lo eficaz que fue en otro tiempo. Hoy el francotirador no es más que un voto del mismo modo que el redactor del editorial no representa más que a una Empresa. Nuestras opiniones, por valiosas que sean, no tienen ningún valor si no están refrendadas por el asentimiento de los que nos rodean. Se puede, ¿cómo no?, estar muy solitario en la Cámara y vivir muy asistido en la calle, pero este no suele ser el caso del francotirador. El francotirador cuenta con un adversario de consideración: el de la minoría socialista, que ha sabido ahogar toda espontaneidad en aras de la disciplina. Advirtamos que, a medida que el Parlamento adelanta en su labor, y se trueca en instrumento eficaz y necesario de colaboración ministerial, el francotirador pierde terreno. Aparece como desencajado del ambiente. Él mismo se da clara cuenta. Advierte que el ingenio es un arma de dos filos que se vuelve contra él a las primeras de cambio. Encuentra que las palabras no le llegan a la boca y que el terreno se le va debajo de los pies. Y así, las querellas, al ser personales, pierden su pretendido valor anecdótico y el arma se embota cuando se lanza sin dirección.

Al final de las Constituyentes, yo espero que los francotiradores se truequen en guerrilleros por lo menos, y si la musa del buen sentido les inspira, en héroes anónimos y modestos. El salón de sesiones tiene que perder todo aire espectacular y artificioso, el papel del diputado debe valorarse en el banco de las Comisiones. Los representantes que viven de su pasado, que pretenden resucitarlo o revivirlo, hurtan al presente lo mejor y más inefable de él: su inquietud, su afán, su angustia su alegría. El francotirador lleva siempre las de perder con los hombres que no tienen historia, pero que tienen porvenir. No recordemos lo que la patria nos debe; pensemos, en cambio, a todas horas, en aquello que podemos darla en silencio y sin usura. Ella es todo, y nosotros no somos nada. La política, como el arte, como la ciencia, como la industria, debe ser hoy un sacerdocio henchido de alegría y de esperanza íntimas. Nuestros gestos, nuestras palabras, se perderán para siempre en el mar del olvido, señores francotiradores, si no los sabemos administrar sobriamente, como se administra un sacramento o como se administra un revulsivo. El jabalí, hoy, cuenta menos que un payaso y mucho menos que un tenor.

La Voz de Guipúzcoa (06-11-1931)
Política (11-09-1931)
El Luchador (10-09-1931)

CRÓNICA POLÍTICA

Crónica alegre

La gente sólo se preocupa de política, y al decir de un predicador que es mi tormento, los que sólo hablan de esas cosas son unos pobres degenerados.

Pero vale más dar importancia al encasillado de las próximas elecciones, que no hablar de cosas tontas, ni de amores tristes, ni muchachas dulcemente románticas, ni de otras gaitas que por ahora privan.

Aunque no soy, aunque aspire a serlo, un respetable *pater-familias*, ni tenga chicos que colocar, ni amas de cría que proteger, suelo pensar algunas veces en estas cosas de las elecciones, porque tienen mucha miga, sobre todo en los pueblos chicos y dicharacheros, dados a la fantasía meridional, que es tan fecunda en amores y en odios, según sea la gente noble o bellaca.

Además, me interesan las elecciones, por su aspecto literario, porque lo tienen y muy grande. Dígalo sino aquel castizo escritor de la Montaña, mi tocayo Pereda, que dio vida a aquellos muñecos que se llaman Patricios, Rigüeltas, Lucas, Romanes, Gonzalos y Carpios.

No digo yo, precisamente, que en todas las elecciones se cumpla, al pie de letra, la tremendamente irónica acción de mi cuento; ni que en toda pasión política, escarbándola un poco, se descubran amoríos contrariados, como los de don Gonzalo y Magdalena; pero la vergüenza, la envidia, el despecho y el odio, juegan un gran papel en estos casos.

Se presentan por cualquier sitio, por Sobradillo de la Colmena, dos candidatos. Uno de ellos, el avanzado, es un chico muy tonto, muy necio, que es primo cuarto de un sobrino de un cuñado del Subsecretario del Ministerio donde se *fabrican* las actas y le apoya el Gobierno, es decir, cuatro militares sexagenarios, el alcalde si es de la situación y los agentes de la fuerza armada. Lanza un discurso, impreso en una imprenta vieja de Sobradillo, y se llama «hermano de sus electores» cuando sólo se acuerda de ejecutar a sus colonos si no pagan pronto y con usura.

El otro, el oposicionista, es un demócrata por fuera, pero un solemnísimo conservador por dentro. No tiene originalidad ninguna. Su oratoria es la oratoria de los tópicos, de los lugares comunes y de las ramplonerías; un perfecto charlatán, en fin. Lanza otro discurso y ordena a su criada que lo reparta en casa de las personas pudientes. Habla de la regeneración, de la santa democracia y de los ideales generosos y móviles desinteresados. Pero yo sé muy bien, porque para los que escriben en papeles *no hay na oculto* –como dice un estudiante que quiere mucho a los periodistas– que el tal candidato es un prosaico Sancho Panza, que va a convertir su acta en los garbanzos y en las brevas de a tres reales.

Figurémonos que ha empezado la lucha; que ha comenzado la gran semana de los pucherazos, trastornos y sorpresas…

Los apernadores, *cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos,* se dicen mil perrerías los unos a los otros.

Afirman los amigos del Gobierno, del demócrata, que estuvo vendiendo periódicos en la calle de Alcalá, que después estuvo de cochero en casa de la suegra de uno de ellos, y que gracias a sus aventuras y enredos, se ha atrevido a presentar su candidatura, apoyado tan solo por *una torpe cuan acéfala masa de haraganes* (literalmente copiado).

En cambio, los demócratas dicen del pollo que es un vivo, que es informal, que plantó a una novia y la dejo con tantas y que no sirve para el caso.

Triunfa el gomoso y pierde el demócrata los cuartos y el buen humor. En Sobradillo se recrudecen las antiguas divisiones, y la derrota *de tal* (del árbol caído todos hacen leña, aunque es peor no hacer nada) es el tema obligado de todas las tertulias. En efecto, el derrotado se lo merece.

En las elecciones venideras, la cosa variará de aspecto. Los electores votarán con arreglo a su leal saber y entender, no habrá pucherazos, y el Campo de Agramante del Colegio electoral se convertirá en feliz Arcadia de amoroso idilio. Así lo afirma el señor Maura.

¡Y luego dicen algunos predicadores que no es impropio de personas serias el hablar de política…!

Noticiero Salmantino (22-01-1903)

El Rey y los estudiantes

Dos líneas nada más.

La próxima visita de D. Alfonso XIII a Salamanca tiene intrigados a mis queridos compañeros los escolares; todo ello se me antoja inútil.

Hay que ser corteses antes que políticos.

Las opiniones no se demuestran con gritos ni con polémicas.

Don Alfonso es jefe del Estado y merece respeto. Es o será, además, forastero y tiene derecho a nuestra cortesía. Eso sin contar que su visita es para nosotros, los escolares, principalmente.

A recibirle todos y cuenta que yo no soy sospechoso de maurismo ni de nada de eso. Cuando se vaya, no estará mal seguir discutiendo esos temas infantiles de las ventajas de la monarquía o de los inconvenientes de la república.

La cuestión es pasar el rato.

El Adelanto (24-09-1904)

Periodistas y Alcaldes

El atropello de que ha sido víctima mi amigo el señor González Trilla, en Ledesma, de parte del Alcalde de aquella población señor Iglesias Inestal, merece, ciertamente, los más tristes comentarios. El señor González Trilla hizo un hermoso artículo lamentándose de un acuerdo concejil en virtud del cual se derribará muy pronto un arco de la villa de Ledesma. De pasada, el señor Trilla hablaba de inacción y de la carencia de gusto artístico de sus paisanos, sin aludir particularmente a persona alguna. Y después de publicado el artículo, a los ocho días, el Alcalde de Ledesma insultó al articulista y le expulsó violentamente del Casino.

Estos atropellos se repiten, con dolorosa constancia en los pueblos pequeños. Todos los que tienen un bastón de borlas, que deben al cacique o a la indiferencia de las gentes, se creen, sencillamente, inviolables. No toleran la más razonada e inofensiva censura a sus gestiones públicas, sobre todo, si la censura corre, de mano en mano, por medio de las hojas de los periódicos noticieros. Gustan los pobres tiranuelos de las poblaciones chicas, de las letras de molde; se conceden importancia a sí mismos, ¡ellos que no tienen ninguna! cuando los *reporters*, por escribir algo, escriben que han llegado los muy inocentes a la capital de la provincia, acompañados de su distinguida esposa y de sus bellísimos retoños; y se enfurruñan, se molestan, pierden la serenidad y sueltan palabras gordas, cuando alguna persona independiente, rompiendo la farándula y la comedia, se ríe con ingenio, de las tonterías que toman en serio las personas formales de su pueblo. En los pueblos se resiste todo, todo, menos el ingenio.

Han creído los aristócratas arrinconados en los pueblos chicos que todo aquel que por afición o por gusto, escribe en periódicos, ha nacido para elogiarles a ellos. Y a esas exigencias absurdas, hay que responder con el desdén y con el desprecio.

Otras observaciones pudieran ocurrírseme apropósito [sic] del atropello de que ha sido víctima Casimiro González Trilla. Por hoy me limito únicamente a protestar y a permitirme

dudar ligeramente de la inviolabilidad y de la serenidad de juicio de los señores Alcaldes, de esos Alcaldes de villa que presumen de ser una institución inviolable.

El Castellano (03-03-1906)

La dignidad en la frase

La Correspondencia Militar, uno de esos diarios de frase recia y desmedido comentario, publicó no ha muchos días, un artículo intitulado "Honor indefenso"[152], donde para quejarse de los diputados que no encuentran aceptable la ley de jurisdicciones, les endilga el ameno insulto de "boceras". Aquí tenemos una manera de argumentar castizamente española y a la que nos tiene muy acostumbrado el periódico militar, citado arriba. Contra la rabanera que se pone en jarras y desata la lengua en candente y pintoresca palabrería –suponiendo que algunos diputados adopten esa actitud–, ni un gesto señoril, ni un silencio respetuoso, ni un ataque enérgico por digno, sino otra rabanera, otras jarras y otras lindas expresiones del arroyo.

Cito este caso periodístico reciente, no porque me interese el pleito que se ventila entre los diputados antimilitaristas y un órgano militar de especial significación sino como caso típico de nuestras costumbres literarias. Apenas hay discusión posible que no adquiera inmediatamente un fuerte tinte personal. Confundimos las ideas con las personas que las sustentan. No sabemos de crítica impersonal, de comentarios dignos, de coger una idea en abstracto, y analizarla, prescindiendo de sus amparadores. La cosa es soltar palos, insultar al enemigo, hacer que se conmuevan las pasiones bajas de la galería; he aquí el manual del perfecto periodista: meter ruido.

El fenómeno es más hondo de lo que a primera vista parece. El periódico es al fin y al cabo, un reflejo del mismo lector. De sus defectos es representante y también de sus virtudes. Dime tu periódico favorito y te diré quién eres. En el mundo de la política, el más expuesto a susceptibilidades, resquemores, injurias y frases de mayoral, apenas si hay espacio reservado para las ideas. Todo se reduce a concupiscencias de grupos y de grupitos, a vanidades de personajillos, a rumores esparcidos a tiempo como en la Bolsa para que suban unos valores y disminuyan otros. Dentro de un mismo credo teórico, no hay tantos o cuantos matices intelectuales, sino cinco, seis o siete personajes, con su caterva de amigos, admiradores y yernos, que se disputan bravamente la tajada nacional, a pretexto de no se qué discrepancias de detalle sobre el color, el volumen, el peso y los efectos digestivos de la misma tajada. Dentro del partido liberal, por ejemplo, no hay partidarios de tendencias políticas definidas, perfectamente concretas, sino amigos de Moret, de Montero, de López Domínguez, de Romanones... es agrupación de compadres, reunión de rabadanes o consejo de familia.

Y por esto, todo lo que trasciende a política calienta la sangre, hace esgrimir a cintarazos la pluma mal educada, agita el poso de grosería mental que unas cuantas capas superpuestas de civilización, no han podido borrar todavía. Y por esto también, la prensa política no es palenque de serenas luchas, sino plazuela donde el populacho contiende, no con armas nobles, sino con el garrote de ley y la navaja de Albacete.

El que pase la vista en alguna redacción a los infinitos periódicos que de todas partes se reciben, habrá notado que los modales, la corrección y el tono de un periódico están en relación directa con el número efectivo de lectores que tenga. Esta es una proporción matemática que no puede fallar nunca.

Un periódico de gran circulación, es más impersonal que uno de provincias, y este siempre más discreto y razonable que el que redacten en cualquier cabeza de partido, en Arenales del Río o en Moraleda, los chicos talentosos de la población.

En los periódicos de las grandes urbes, son los sucesos, en apretada procesión, los que sirven de pasto al repórter y le estrujan hasta volverse loco. En Moraleda, es el repórter el que persigue al suceso y le aumenta y exagera para que el director esté contento de la actividad del

[152] "El Honor Indefenso". *La Correspondencia Militar* de 14 de agosto de 1906. La Ley de Jurisdicciones promovida por Moret colocaba bajo jurisdicción militar las ofensas contra la unidad de la patria, la bandera y el honor del ejército. El artículo de los militares va más allá poniendo en solfa una sentencia del Tribunal Supremo anulando una denuncia por insultos a una mujer contra su honor.

chico. Y como hay pocos sucesos, como "aquí no pasa nada", los lenguaraces celan la ocasión para que el insulto suene como un trallazo en la cabeza del enemigo y le anonade y aniquile.

Y nótese que en la acometividad y en la agresión, lo primero de todo es ponerse en guardia para cubrirse, para no perder la serenidad un momento. El insulto, la chabacanería, el dicterio de la canalla, no dan derecho sino al desprecio y al odio, o lo que es peor aún, a la indiferencia más absoluta. La frase gruesa, aún como elemento estratégico, no suele esconder sino un pensamiento inocente, y, al contrario, una forma caballeresca de expresión puede llevar en su seno una diatriba violenta, una acometividad feroz de las que descomponen al enemigo y le dejan inútil para el combate.

Hay que poner a raya, con el desprecio, a los que no disponen de florete, sino de puñal y garrote.

¡También existe el matonismo mental!

El Castellano (30-08-1906)

La lucha religiosa

Torpe será quien no haya visto, a través de estas revueltas y algaradas callejeras, que empieza a entablarse una lucha, donde los intereses políticos han encubierto una cuestión de aspecto puramente religioso.

Todos conocemos ya las verdaderas causas que engendraron la caída del gabinete de López Domínguez[153]. Sabemos perfectamente a qué atenernos. La discreción no ha sido, precisamente, la virtud que han hecho resaltar, en sus conversaciones, los señores políticos, las clases directoras, los que se dicen enterados de lo que ocurre en el Palacio de Oriente y de las orientaciones confesionales que allí gozan de mayor preponderancia. Todo ha salido a la luz pública, y ortodoxos y heterodoxos, radicales de la derecha y de la izquierda, se han peleado con encarnizamiento y pasión.

De todas maneras, –y la imparcialidad más absoluta me obliga a consignarlo claramente–, han sido los anti-católicos los menos leales en la contienda. No han tenido el valor de sus propias convicciones.

Quieren llamarse hijos devotos de la iglesia y no lo son. Aparentan respetar los dogmas y no creen en ellos. Ningún ministro ha tenido la fortaleza moral de declararse indiferente, ya que no hostil, en las cuestiones dogmáticas.

Y ellos tienen la obligación de ser veraces y de ser sinceros. Con la ley de Asociaciones, con la R. O. sobre el matrimonio civil, se trata, no ya de disminuir el número de las congregaciones religiosas, no ya de dejar a salvo de toda suerte de obstáculos legales la unión libre, sino de preparar el camino para la declaración constitucional de la neutralidad religiosa. Esto es lo que se dice y esto es lo que callan, cuidadosamente, los órganos de la opinión liberal del país. No se atreven a presentar la batalla en el terreno más delicado, ciertamente, pero en el único leal y franco.

Siquiera las señoras, los clérigos, los carlistas, Maura y Nocedal sostienen, sin tibiezas ni desmayos, su posición en la contienda. Comienzan por llamarse católicos. Pero sus adversarios, –si se exceptúa al señor Azcárate–, ocultan, con los motes de anti-clericalismo, su indiferencia católica.

Y como de motes nos pagamos tanto en los momentos actuales, porque por ellos, sin más averiguaciones escrupulosas, se nos condena o se nos aplaude, hay que censurar a nuestros bravos radicales sus tibiezas, su nadar entre dos aguas, sus vacilaciones mujeriles. Comiencen por afirmar que no están dentro del seno de la Iglesia. Y tengan, luego, el valor de soportar todas las consecuencias que de estas declaraciones se deriven.

Es muy cómodo para nuestros demócratas monárquicos, azuzar a las turbas contra los reaccionarios y cantar un himno a Cristo; chillar contra la gazmoñería cobarde y asustarse si se va más allá de lo que su conveniencia personal exige. "El que no está conmigo, –dice Cristo–, esta

[153] El programa del Gobierno de López Domínguez, había querido establecer la libertad de cultos –no ya solo la tolerancia prevista en la Constitución–, la ley de asociaciones, la secularización de los cementerios y la reforma de las condiciones para el matrimonio civil.

contra mí". El que no está con la Iglesia está contra ella. Si no se es católico, dígalo en buena hora, que el momento es precioso y no admite esperas.

Los contendientes no pueden adoptar un temperamento ecléctico. O a un lado o a otro; este es camino derecho. Y fuera mascarillas y disfraces, para que los enemigos se vean la cara y se conozcan y se peleen...

Los católicos se presentan tales como son por dentro. No así nuestros demócratas, nuestros radicales, nuestros republicanos, que, prescindiendo del matiz religioso, afirman que para ellos es intangible el dogma, ¡el dogma que no conocen y que no aman!, manchándose con la mentira y con la hipocresía.

O católicos o no católicos.

Este es el problema actual, el que bulle por debajo de las algaradas y de las contiendas últimas.

El Castellano (06-12-1906)

¡¡Que viene Maura!!

Tovar –el intencionado caricaturista de *España Nueva*– nos presentó al señor Maura, noches pasadas, paseando en una calle.

Los ciudadanos, muertos de terror, corrían, se atropellaban, se daban cabezones contra las puertas, al grito aterrador «¡que viene Maura!».

Claro está que esto no pasa de una finísima broma, puesta al servicio de los ideales de un diario de oposición constante. Ha venido Maura; ha paseado ufano en su carruaje presidencial y se ha puesto, gallardo y retórico, a gobernar esta pandilla de locos... a quienes se nos van quitando, con las tristezas y desengaños, todas las locuras que nos han hecho ingobernables.

Nadie ha saludado la entrada en el poder del señor Maura con vítores y exclamaciones; nadie, tampoco, ha corrido ni se ha dado cabezones al entrar en el portal de su casa al grito terrible del caricaturista.

A nadie le importa nada. El desaliento ha puesto un candado en la lengua del sentir colectivo; tenemos anestesiada la sensibilidad nacional.

Sube un político a empuñar las riendas del desvencijado carricoche por las torpezas del mayoral o de los mayorales que le han precedido. Baja un platillo de la balanza, porque está repleto del lastre despreciable de la vanidad, de la ambición y del arribismo, y sube el otro platillo. Es la vieja mecánica de nuestra política. Suba un platillo, baje el otro ¿qué más da?

Ni liberales, ni conservadores, ni republicanos, merecen ya la simpatía unánime del pueblo. Cuando alguna cosa le interesa de veras el corazón o el bolsillo –el proyecto de supresión de consumos, por ejemplo– ve muy pronto que se trata de una comedia burdamente tramada para hacerle pasar el rato, mientras entretiene el hambre. Y está ya tan desengañado, tan triste, que espera un remedio heroico, venga de donde viniere.

Y las películas del cinematógrafo político pasan sin interesarnos; ya conocemos el aparato por dentro. ¡Todos valen lo mismo, todos son iguales, todos son antiguos compadres que se reparten la túnica, harto desgarrada y maltrecha ya!

¿El honor, la patria, la conciencia, las glorias pasadas y las vergüenzas presentes? Todo esto es pasatiempo de chicos inexpertos. Es verdad. Merecemos todo lo que nos pasa.

A principios del siglo pasado, el pueblo llamaba patriotas a Daoiz, a Velarde, a Palafox, al Empecinado, a hombres que ametrallaban al enemigo, y tenían el honor en el brazo y una retórica varonil y briosa en la lengua. En los principios del siglo actual, llamamos patriotas a los que visten, en lindas ropas arcaicas, sus ambiciones personales y a los que nunca, nunca, han pensado en otra cosa, sino en colocar yernos y repartir prebendas.

Maura, Moret, Vega Armijo, Canalejas, Montero Ríos, el Bobo de Coria, el Preste Juan de las Indias o el Moro Muza, ¿qué más da? El que sacuda nuestra indiferencia, excitándonos con sus torpezas a la rebelión, o con sus aciertos al orden, ese será el mejor.

La cosa es que nos sacudan esta modorra que nos hace ser insensibles.

Somos un pueblo, si no de muertos, de dormidos.

El Castellano (27-01-1907)

Republicaneando

A Julio Rojo

En una de las mesitas del *buffet* del Congreso tertulean, frecuentemente, varios apreciables republicanos que son vocales de comités, presidentes de círculos, redactores de periódicos, o sencillamente, enamorados de la palabra y de la valentía de algún ilustre orador republicano. Discuten en alta voz y dicen con frases pintorescas, todo lo que piensan acerca de sus hombres y de sus ideales, por cuyas razones, este cronista, que es un tantico curioso, suele escucharles alguna tarde, cuando otros quehaceres más urgentes no reclaman ni su atención, ni su actividad.

Aquellos amables contertulios, entusiastas de la causa republicana, tarareadores de *La Marsellesa* y del *Himno de Riego*, suelen poner como no digan dueñas a los que llamamos, con exceso de benevolencia los grandes hombres de la Monarquía. Les pinchan certeramente, descubren sus flacos y sus inconsecuencias, y prosiguiendo por el camino de las censuras violentas, dirimen sus disgustos caseros atacando a sus propios correligionarios. Y de estos ataques quiero escribir hoy, porque revelan todo un estilo de opinión en las huestes republicanas.

Quieren los contertulios del *buffet* del Congreso, y con ellos la casi totalidad de la masa republicana española, que su minoría parlamentaria haga obstrucción sistemática a todos los proyectos legislativos, discursos etc. de los monárquicos. Contra estas estúpidas exigencias del analfabetismo del gorro, están Junoy, Álvarez (don Melquíades), Azcárate, y acaso, acaso, el mismo jefe de la Unión Republicana, don Nicolás Salmerón.

Y nótase bien que esta opinión unánime o casi unánime del vulgo republicano, está sostenida por ese despreciable jaleador de las pasiones y de las concupiscencias de la plebe díscola; ya saben ustedes a quien aludo. Y es el caso que la idea del obstruccionismo, cunde y encuentra eco entre los que no quieren saber que, dentro de cualquier campo, se puede laborar eficacísimamente por el bienestar supremo de la Patria.

La opinión sobre la forma de gobierno, que es una cosa completamente bizantina y que solo preocupa en los momentos actuales a los tratadistas inocentes, no puede separar a todos los liberales en la apreciación de mil problemas fundamentales, cuya solución urge. El bloque de las izquierdas, –y consiguientemente, y como reacción, el de las derechas–, es algo que se impone en estos momentos políticos. Y de su inconsistencia y de su ineficacia serán culpables estos analfabetos, este *infinitus número*s de necios cuya obra demoledora y republicana consiste en insultar a los curas, tararear la Marsellesa y escapar en los motines callejeros, de los esbirros del coronel Elías y de Millán Astray.

El Castellano (29-01-1907)

El ingenio madrileño

– ¿En qué se parece el tranvía del barrio de Salamanca a doña Emilia Pardo Bazán?
– Usted dirá, gracioso.
– En que pasa por lista (*Risas, carcajadas estrepitosas.)*
– ¿Cuál es el colmo de un ingeniero protestante?
– Tener un perito *neo*.
– ¿Cuál es el animal más perezoso de todos?
– El toro.
– ¿Por qué?
– Porque hace novillos.
– ¿Y el más jugador?
– La cabra.
– ¿Y por qué la cabra es jugadora?
– Porque tira al monte.
(*De una casa de huéspedes.*)

En el Congreso

Romanones (a Pérez Caballero).– Hijo, en cuanto formas parte de un Ministerio, sucumbe.
(*Risas, palmaditas al conde, bravos, admiraciones.*)

Navarro-Reverter (a los diputados).– Lo sé de tan buena tinta, ¡que es la reina de las tintas! (*Requejo se pone fuertemente colorado, los diputados ovacionan al Ministro.*)

Romeo (contestando a Romanones.) Ha llegado la ocasión de llamar, señor Ministro, al cuarto turno, al turno de las puertas falsas, el turno de Guadalajara. (*Risas, admiraciones, bravos.*)

El cronista, aburrido, cansado, se entristece como carreras en *La Mala Sombra* y exclama:
– ¡Vaya cardo!

El Castellano (31-01-1907)

Letras y política

Desde que he llegado a Madrid recientemente, tengo compromiso que quiero desempeñar, ante vosotros, con la mayor rectitud posible. He de hablaros de política, de las *próximas*, de los candidatos, de lo que se dice entre nosotros de vuestra política salmantina, de lo que se murmura y se miente. *Azorín*, me dijo días pasados, en una larga entrevista que publicará muy pronto EL CASTELLANO, que la política es una agradable cosa si se toma como deporte, únicamente como deporte. Y el cronista que ya os ha hablado de Costa y de la «Palou»; de Giner y de los *auto* y os ha colado en los pasillos del Congreso, en la cacharrería del Ateneo, en las butacas del Cómico, en las calles céntricas de la Corte, os descubrirá también el carácter de Pérez Oliva, la fisonomía de Maldonado, la altura mental de Eloy Bullón, las bellezas literarias de los dramas de Cavestany[154], los troncos del marqués de Ivanrey, el tono de voz de Udaeta y del automóvil de Palacios.

Les «intervieuvaré» muy pronto. «Espere usted –me han dicho casi todos los candidatos de las *próximas*– espere usted a que esto se repose». «Te hablaré dentro de unos días, me ha dicho el Benjamín de la Contienda, el señor Bullón».

Dentro de unos cuantos días, cuando el río se convierta en lago, pediré a nuestros futuros dueños su programa; y si, acaso no lo tienen, ya lo haremos tranquilamente entre los dos.

Lo que ya he posado y reposado, es la carta que han enviado los conservadores al señor Cavestany. Como esta epístola, famosa por más de un concepto, ha adquirido estado parlamentario, vamos al decir, ya podemos hacer algunos comentarios a su cuenta...

Perdonen el señor Marqués de Ivanrey, el señor Maldonado, el señor Cuesta, don Jesús, todos los políticos, de mayor o menor cuantía que, en uso de su perfecto derecho, han ofrecido el distrito al vate maurista, como quien ofrece un habano o una taza de café. Son muy dueños de mostrarle su adhesión, de ofrecerle real o nominalmente, como sea, todo el apoyo. Eso está muy bien. ¿Pero qué tiene que ver la fama literaria para una representación política, y, sobre todo señores míos, quiénes son ustedes para proclamarle literato famoso?

Maldonado, pase, pero hasta que don Torcuato no me enseñe una oda, y don Jesús un epigrama o siquiera un romance sobre las bellezas de cierto techo del palacio de la Salina, y el marqués de Ivanrey un soneto y don Paco Pascua un cuento literario, aunque sea en prosa, les llamaré a ustedes unos solemnes guasones. ¡Pobre Cavestany!

Además de Pidal y Mon y Maldonado, que toman completamente en serio los parlamentos de *Nerón* y de *La Duquesa de la Valliére*[155], ha salido la Diputación provincial –una parte de ella– a proclamarle poeta de la situación. Don Cecilio, don Torcuato, don Jesús y don Paco, seguramente, no han leído una sola línea del señor Cavestany. No son amigos de perder el tiempo.

[154] Juan Antonio de Cavestany, sevillano, ya había representado en las Cortes a Vitigudino y Sequeros, ambas circunscripciones de Salamanca. Se presentó al Senado por Salamanca en esta ocasión obteniendo acta como en 1905 y en otras sucesivas hasta obtener la senaduría vitalicia en 1914.

[155] Obras teatrales de Juan Antonio Cavestany.

Si yo fuera Pérez Oliva me peleaba a sonetazo limpio con Cavestany. Oliva, en lugar de votos, debe pedir sonetos a los desocupados para hacer la presentación a ripio limpio, ante su pueblo.

Y concluyo con unos versos que sabemos de memoria unos cuantos. Hablan de una figura literaria. Oído:

Se ven cruzar, cual sombras de otros tiempos,
reyes, juglares frailes y tapadas,
suenan los arcabuces y mosquetes
y se siente el chocar de las espadas.
Se escuchan, tras periodos desiguales,
«hijo, prolijo y fijo. Palma y alma».
«Padre, madre y Faladre». ¿Qué sucede?
¡Cavestany que pasa!

El Castellano (22-02-1907)

Los candidatos

Del señor Pérez Oliva[156] me cuesta trabajo hablar con imparcialidad absoluta. Ante todo y sobre todo, soy hombre de afectos y estos, primero que la lógica objetiva y mucho antes que la serena contemplación de las cosas exteriores, hacen mella en mis juicios y determinan mis comentarios. De todos modos, una cosa es el amigo cariñoso y otra harto distinta el político, el diputado. Y en este último sentido, no es difícil encontrarle desaciertos y lunares.

Al querer yo dedicar un artículo semanal a la política de nuestra provincia, claro es que no he intentado molestar a este, ni ensalzar a aquel. Quiero lanzar mi juicio, secamente, encubriéndome a ratos, ya con la ironía, ya con la farsa literaria. Y el que entienda, buen provecho le haga, y el que no entienda que se fastidie. Y sepan esos señores mauristas que mi propósito concreto es hacer política, no en el sentido suyo local y de venganzas y personalismos, sino en el más alto de hacer algo muchachesco, pueril si quieren, pero generoso; algo que redunde en beneficio de mi provincia. De las conversaciones de café, por lo demás, no necesito, ni quiero, ni debo defenderme. La política me ha servido de «juego» siempre. Me pareció chistoso jugar al maurismo y jugué. Y como hoy estos señores están en el Poder, ya no se me antojan divertidos. Maura me sigue pareciendo un Bismark del género chico, y sus correligionarios unos tiranuelos de pan llevar.

Y volviendo a mi tema diré que empiezo por apuntar los que yo estimo yerros del buen diputado a Cortes por Salamanca, señor Pérez Oliva. Es el primero su debut parlamentario, cuando se planteó en nuestra Cámara popular aquella vergonzosa, –para todos–, discusión del pleito de las Jurisdicciones. O mucho me equivoco, o Pérez Oliva ladeó, –porque no entró en él–, el problema, con un marcado tono de abogacía y de militarismo. Verdad es que todo lo que dijo es fácilmente suscribible, aún por los juristas, más liberalotes, porque sabido es que Oliva nutrió su cultura jurídica, no a los pechos secos y esmirriados de la pobre escolástica, sino al calor fecundo de las concepciones últimas de los sociólogos y juristas italianos. Fue un correcto ministerial y no otra cosa en aquella ocasión.

Yo lo lamento muy de veras, porque hubiera deseado ver en él un hombre más convencido, más independiente y hubiera gozado si hubiera adoptado una postura tan gallarda en el asunto como el propio señor Canals, maurista, pero político que huele y atisba lo que quiere.

Y el segundo de sus defectos, el más capital, sin duda, es él mismo, como dicen los moralistas, que el peor enemigo del hombre es la carne, porque no puede separarse del sujeto. Pérez Oliva, con un distrito tranquilo, representante de Navalcarnero o de Belchite, pudiera lucir más, –aunque no trabajar en cosas menudas tanto–, que en el distrito de su pueblo. Ha

[156] Cavestany retiró su candidatura en la ciudad, quedando prácticamente Oliva y Clairac en liza, ya que el conservador José Pedro Díaz Agero, tercer candidato, no les hacía sombra alguna. Oliva presentó una reclamación a la Junta Electoral por los amaños de Clairac y fue diputado hasta el 15 de noviembre en que la Comisión de Actas del Congreso se la retiró y concedió a Clairac que había obtenido 200 votos más. No se tuvieron en cuenta las compras de votos del integrista.

intervenido en Comisiones; en la de Consumos peleó bravamente frente al señor Riu; en la de Jurisdicciones tuvo la debilidad de no ser sincero...

Entre sus virtudes, está, ocupando lugar preferente, la lealtad. Esta le impide, –dichosamente para él–, ser un político al uso. Incapaz de una grosería, de una inmoralidad leve, rodeado de gentes que le impiden ver la realidad de las cosas, crédulo, confiado, amigo de sus amigos y de sus adversarios, atacado de la monomanía de las recomendaciones, sin pensar nunca que es cosa triste sembrar demasiado en tierras estériles y sin abonar, no sabe que, dado el mecanismo de nuestra política, recrudecida hoy con insoportables tintes farisaicos, lo mejor de todo es no hacer nada. La farándula se cotiza a más alto precio que el servicio callado y modesto. Invente el señor Pérez Oliva un tema pintoresco; sueñe con ensanchar la Universidad o la plaza de toros o el Hospicio, hinche su *salmantinismo* que un día agrupó, alrededor de su persona, un núcleo de gentes que ya no se acuerdan del tan decantado regionalismo chico, y, en fin, subvencione una Agencia donde se lleve lista detallada de los oficinistas colocados, y de las amas de cría recomendadas, y de las carreteras en proyecto, y de las interpelaciones gallardas que piense llevar al Congreso, para cuando yo sea tatarabuelo y... vencerá. Y eso que si no venciera, habría que pensar en que esto de la hidalguía y de la gratitud de los salmantinos es pura farándula o en que el Caballeroso gobernador de la provincia, señor Zapata, era un gobernador más hábil que su colega, el de Valencia...

El señor Cavestany me parece un intachable caballero. Un intachable caballero y un mal poeta.

Desde su pasada lucha con el señor Fernández Arias, tiene el candidato conservador todas las simpatías del articulista.

Después de todo, el señor Cavestany ha sido siempre víctima y para mí todas las víctimas tienen razón. Si luchan dos, y uno cae al suelo, el caído me proporciona el gusto de levantarle. Y si me siento con fuerzas, al más fuerte le proporciono sendos estacazos. Bien está toda contienda, pero no cuando se contiende con navaja de Albacete como antaño. Me agradaba, eso sí, la tendencia liberal del señor Fernández Arias, pero, personalmente, no me fue simpático, porque quiso convertir nuestra provincia en campo de Agramante.

El señor Cavestany, soñador, y como soñador y romántico, –ya que no poeta, aunque sea de la Academia, lugar a donde pronto le acompañará Eloy Bullón–, poco apto para la política de intrigas, cabildeos y pequeños o grandes renunciamientos éticos, ha tenido sucesivamente su persona, su bolsa y sus talentos a la disposición de los varios personajes políticos a cuyas órdenes ha militado. No ha sido, pues, la cuquería, sino el desengaño, lo que le ha lanzado a ese dinamismo constante, del cual no se puede hacer chacota, bajo ningún pretexto. Después de servir con abnegación, encontró almas ladinas y corazones desagradecidos, al final de la jornada. ¡Y aún sueña con una cartera!

Por eso yo decía, burla burlando, pero sin el menor asomo de mortificación días pasados, que el sitio de Cavestany es la Academia de los inmortales. En aquella inocente morada del buen decir, no hay desengaños ni engaños, segundas intenciones, ni primeras.

Alguien puede decirme que cuál es entonces el motivo de haber firmado yo una carta colectiva cuando la elección del señor Pidal. Yo no firmé; estamparon mi nombre creyendo contar con mi asentimiento. Nunca me he preocupado de la influencia de la docta casa sobre la lengua, la literatura y el país. Hacen bien los políticos en invadir un campo que es suyo enteramente.

¡Eso sí! Al señor Pérez Oliva he rogado que me proporcione una invitación para el primer acto que celebren los inmortales. Van unas mujeres lindas a aburrirse. Y los fracs, los uniformes, las reverencias y el tono de los académicos han de ser cosas, seguramente, pintorescas.

No conozco al señor Lamamié de Clairac. Me dicen que es un buen señor, beato, amigo de los jesuitas, viejito... Acaso sea tan buen jugador de tresillo como el señor Sánchez del Campo, ese meteoro luminoso, esa estrella fugaz, ese cohete sin chispas, ese venerable anciano que ha pasado sin pena ni gloria, por los anales de la política salmantina y del integrismo local, dejando un grato sonido a plata en los oídos de la plebe que le eligió a razón de tantas pesetas, sufragio.

El señor Clairac es, además, amigo de Nocedal, de ese buen señor sin ingenio que no ha logrado hacerme reír un minuto, con su sarta inacabable de chistes sosos de calendario. He aquí, lector, todas mis noticias.

Además dicen que el señor Clairac es rico. Si no lleva otras condiciones a la lucha, yo puedo también presentarme diputado... Diré que soy pobre. Si exigen rentas a los diputados, lo mismo les pueden exigir los bolsillos vacíos.

Lector: ahora, mi opinión, respecto al lógico resultado que debería tener esta lucha de tu Salamanca, si las elecciones tuvieran lógica alguna vez.

Pérez Oliva te ha servido; Cavestany no tiene tiempo de servirte; Clairac, ya que a ti no te compra, si compra a tus amigos, no tiene por qué servirles. Se establece un pacto, de «do ut des»[157] entre el candidato –aunque es de creer en un señor cristiano que no emplea tales recursos, así lo propaguen todas las malas lenguas–. Y este pacto concluye el día de las elecciones.

A otra cosa. Si eres neo, Clairac es amigo de Nocedal, del papa laico. Si eres de la acción social, ya sabes que los obispos miran con malos ojos al revoltoso mete-bulla, Soriano de la derecha. Si eres carlista, habrás oído decir al señor Gil Robles que, sin don Carlos, se cae insensiblemente en el nefasto liberalismo.

¿Vives en la parroquia de enfrente? Perfectamente, lector. Si eres republicano, tu misión es adelantar el derribo de Maura. Si eres liberal, tu posición es clara. Y si eres un viejo conservador amante de las glorias de tu partido cuando el jefe se llamó Cánovas, convendrás conmigo en que en ese robusto amontonamiento de hombres serios, ricos, callados y frescos que hoy acaudilla el soberbio cuñado de Gamazo, no son las orientaciones viejas las que hoy privan, sino otras novísimas, respiradas en colegios clericales elegantes y frívolos, sostenidas con la provocación y amparadas con la pasividad de un pueblo desengañado que sufre. Cánovas puso las peras a cuarto al difunto obispo de Plasencia. Maura, «el coronel Maura» –que decía *Le Journal* días pasados– quiere hacer de cada español un obispo, vestido de pontifical y todo.

¿Eres sincero? ¿También tú tomas en serio la teoría del *mal menor*? Tu senda está trazada, amigo. Con el integrismo no estés a mal; el *neo-liberalismo* te carga tanto como a mí.

¿Eres maurista, acaso? ¿Sí? Pues haz un favor a tu jefe. ¿No chilló él contra el forasterismo y no ha hecho política antiforasterista, en Barcelona? ¡Imita a tu caudillo! Él te ha hablado de que tu candidato debe ser un hombre afincado en tu terruño, hijo prestigioso de tu pueblo, nacido en tu mismo barrio y amamantado por la misma nodriza. El regionalismo de Maura es este, amplio y generoso. Y como te regala un cunero, que amanece en Grazalema, brilla en Vitigudino, se acuesta en Sequeros y reaparece sesudo senador, sin ahincarse en parte alguna, dile que eres amante del equilibrio y de la estabilidad, base de los *buenos* principios de la autoridad, de los apretados lazos de familia y de la suprema *salus populi*.

Y así, alrededor de este tema, puedes hacer un señalado servicio al Gran Retórico. Le das sabrosas notas para cuando ese diablo de Soriano le interpele acerca de los sucesos recientes de Valencia…

El Castellano (19-03-1907)

Recuerdos de Ledesma

Y ha llegado la hora de los brindis. En el simpático casino anti-duquista de Ledesma, abogados, procuradores, artesanos y obreros se levantan a brindar. Aquella reunión no es política precisamente; se trata de festejar a un joven literato; allí se habla de revoluciones del espíritu, de sacudimientos del corazón y de la necesidad de infiltrar en la vida pública una buena dosis de sinceridad y de independencia.

Oímos, encantados. Un joven catalán, Luis de Zulueta, está lleno de entusiasmo, espantado, completamente aturdido. Cándido Pinilla, emocionado, dice breves frases entrecortadas. Íscar, Onís y yo, ante aquellas buenas gentes que nos entienden del todo, descubrimos como nunca

[157] Locución latina: "Doy para que des".

los ideales de nuestros corazones mozos. Estamos entre hermanos espirituales, entre personas que sienten y piensan como nosotros pensamos y sentimos.

Ahí no hay liberales, republicanos y carlistas. Es política de tejados arriba la que hacen, por las trazas, nuestros anfitriones. Y de sobremesa hablamos de la política de la localidad:

– Y del Duque[158] ¿qué me dice usted, amigo? –pregunto a mi compañero de mesa, con el cual intimo tan rápidamente que es hoy uno de mis mejores amigos.

– ¿Del Duque? Del Duque, nada. El Duque no existe.

– ¿Cómo que no existe?

– No, señor. Aquí apenas le conocemos. Tamames es una sombra, un pretexto. Sentimos los efectos del lugar-teniente, del señor don Gaspar López Diez, pero no escuchamos la voz del jefe.

– ¿Y ustedes aplauden sus gestiones?

– No se ocupa de nosotros para nada. No le debemos ningún favor. Es diputado y va al Congreso muy de tarde en tarde. ¡Como que a veces no juró el cargo!

– ¿Y cómo sigue siendo diputado?

– Es rico, es propietario el Duque. Dispone de los gañanes, y la nobleza naturalmente, le ayuda. Nos prometió, por prometer algo, una carretera; llevamos un siglo con la promesa y nada. ¿Necesitamos algo? A don Gaspar con el cuento. ¿Se coloca o se decreta la cesantía de alguien? Es don Gaspar el de los amaños, el del nombramiento y el del cese. Y para que nada nos falte, casi todos o todos nuestros diputados provinciales sostienen y son sostenidos por ese cacicazgo absurdo.

– Ya comprendo por qué buena parte de la opinión liberal del distrito apoyó, hace un año (la conversación nuestra fue el pasado año de 1906, en el mes de Abril) la candidatura del señor García Revillo, carlista.

– Y apoyaremos siempre a otro, llámese como se llame. No venceremos, pero haremos un recuento de los ledesminos que tienen independencia de criterio y libertad de conducta. Nuestra situación es insoportable. Ni siquiera sentimos los latigazos del cacique indispensable, sino de su lugar-teniente y siempre los lugar-tenientes son peores.

– Eso creo.

Es día de mercado en Ledesma. Callejeamos a nuestro sabor por sus viejas calles, donde flota un ambiente de leyenda y de vejez.

Ya hemos visto el castillo de don Beltrán de la Cueva; en la iglesia de Santa María hemos admirado su hermosa fábrica arquitectónica; y charlando, fumando, haciendo tiempo para regresar a Salamanca, nos encaminamos a presenciar el típico mercado ledesmino.

– Y las muchachas ¿dónde se meten? –pregunta un compañero–. Ayer hemos ido a una novena y parece que huían de nosotros, los muchachos forasteros. Queremos verlas.

– Dificilillo es –nos dice un apreciable señor viejito–. Y las más guapas –añade picarescamente– las más bonitas y las más saladas son antiduquistas.

– ¡Hombre! ¡Es gracioso eso de la política femenina! ¡Nos declaramos enemigos de Tamames!

– Como ustedes lo oyen, amiguitos. Miren ustedes. Esa –y llama a una arrogante moza sana– esa es antiduquista.

¡Hermosa aparición! La brava moza, contusa y roja como las cerezas, enciende todavía más la sangre de su carita redonda y fresca. Tiene rasgados ojos negros, blanca y fuerte dentadura, colores sanos. Es una Ceres de 18 a 20 años y en su rostro hay esa ingenuidad, esa alegría desbordante de la jovencita que todavía no ama, pero que comienza a presentir el misterio de la vida.

Decimos una galantería amable. Nos dejan solos con el viejecito, porque los compañeros callejean sin guía. La muchacha nos habla recelosamente.

¡Somos forasteros! Vamos a profanar la quietud de la vieja villa con preguntas indiscretas y con curiosas miradas. Nos despedimos de la joven.

Y el viejito dos dice:

[158] Duque de Tamames: José Messía y Gayoso de los Cobos (1853 – 1917). Político español, diputado a Cortes por Ledesma (1886-1911) y senador por derecho propio (1911-1917).

– Hermosa niña, ¿verdad?

Cabeceamos afirmativamente.

– Estas muchachitas –prosigue–, artesanitas y de la clase media son muy divertidas, muy buenas, más jóvenes que las otras. No se cómo anoche no les dieron a ustedes un baile. ¡Ustedes son tan formalotes!

No somos formalotes, es, sencillamente, que no sabemos bailar. Y además, como hemos ido, desde Salamanca, actuando de *buenos chicos* escribidores y borrajeadores de cuartillas, hemos tenido que mantener una postura un tantico acartonada.

– Usted conoce la aristocracia de los pueblos ¿verdad? –me dice.

– ¡Ya lo creo! La soporto, pero no me rindo. Es inaguantable. Odio los escuditos mohosos de las casonas viejas de las villas.

– Hace usted bien. Aquí, esas casonas cerradas a la caridad, a la limosna y a la piedad son las sostenedoras del terrible caciquismo que aguantamos, muy a pesar nuestro. Cada señorón de estos se cree inviolable, las señoras hacen de la iglesia un pasatiempo frívolo y...

– ¡Sí! Lo de todas partes.

Estamos en la entrada de la villa, ante sus murallas donde parecen oírse aún ruidos de caballos, jinetes de leyendas, damas tapadas. Ríen las aguas del Tormes saltando por los peñascos. Es una bella mañana de Abril, alegre como el despertar de una mujer enamorada y feliz. El sol aprieta un tanto, y recubriendo nuestras cabezas con las alas de los sombreros flexibles, despojándonos de los gabanes que estorban ya, repartiendo cordiales y fuertes apretones de mano entre los amigos de Casimiro González Trilla[159], prometemos volver pronto a Ledesma. Y juramos, –y no por galanterías cursis a las que somos ajenos–, que guardamos gratos recuerdos de Ledesma y de sus buenos hijos.

– Se hace lo que se puede, –nos dice un obrero–, Casimiro, que es sincero, nos ha revuelto a todos. Tiene razón. Tenemos que vivir vida de espíritu para matar la de la carne.

Este es el tono de la charla de muchos ledesminos, lectores. Un muchacho ha llevado a su cuna auras de libertad y de verdadera vida, y no se ha perdido la semilla de su palabra evangélica y de su hermoso corazón revuelto. Tronó contra el duquismo y contra el anti-duquismo, dijo a sus paisanos que sus luchas son estériles, y que sin amor en el alma y sin ideas en el cerebro, era preferible pastar como los jumentos en las dehesas del procomún.

Y, lentamente, se va traduciendo en Ledesma y se va llevando a la vida pública un sentido de rebeldía y de sana independencia. Ayer se tradujo esa dirección, con timidez pero con entereza, en el simulacro de contienda entre el señor García Revillo y el indispensable duque. Hoy parece que está amortiguada, que los rebeldes se resignan...

¡No importa! Se ven ya las flores. Y el fruto, exuberante, repleto de vida, brillará, y se agarrará con fuerza al terruño, y de él brotaran gérmenes nuevos, más tarde o más temprano.

Y vaya mi saludo final a ese joven, que, desde América, sigue soñando con su pueblo, no para prender en él como diputado provincial futuro, sino para injertar, nuevamente, a su retorno, nuevas plantaciones fecundas.

El Castellano (25-03-1907)

Crónica

El señor Ferrer[160] ha sido absuelto.

Tenemos que alegrarnos por la libertad de conciencia que tan serios batacazos está sufriendo en este pobre país de toreros y de mauristas.

[159] Natural de Ledesma, alumno también de Unamuno, socialista, emigró a Argentina, posiblemente a Rosario, ya que se conserva una foto suya enviada a don Miguel sacada en esa ciudad.

[160] Francisco Ferrer Guardia fue detenido, y absuelto después, como inductor por la bomba que atentó contra Alfonso XIII en la calle Mayor de Madrid. José Nakens Pérez sería condenado a nueve años de prisión por encubrir a Mateo Morral, autor del atentado, aunque apenas dos años después de su ingreso en la cárcel Modelo de Madrid fue indultado por el gobierno de Antonio Maura.

Hemos de creer a los jueces bajo su palabra: si había indicios para el procesamiento no había pruebas para la condena. ¿Que era librepensador? Bien; todo el que piensa, piensa libremente. Solamente no piensan los galeotes sujetos a dogmas. ¿Que era amigo de Morral? ¡Demonio! ¿Es que estamos obligados a garantir la conducta de nuestras amistades? ¿Que tenía una amiga muy bonita, Soledad Villafranca? Envidiemos la suerte del director de la Escuela Moderna de Barcelona. Pero no pidamos que vaya a presidio, ni seamos estúpidos al juzgar por indicios que nada valen, ni prueban cosa alguna.

Nosotros hemos recordado estos días la imprecación de Zola: «Los hombres honrados... ¡qué canalla!» y hemos motejado tan duramente a los que estaban empeñados en que se condenara a Ferrer, atendiendo a su abolengo racionalista.

Nakens, en cambio, ha sido condenado. El artículo tantos del Código Penal está terminante. Al viejo y honorable republicano se le carga todo el peso de la ley. Para nuestra legislación, no hay delincuentes concretos, sino delitos abstractos. Hay encubrimientos, pero no hay encubridores. Nakens pecó en el sentido legal y todo pecado lleva consigo una penitencia determinada de antemano.

Decidle a un médico que si hay enfermedades y os responderá que, en realidad, lo que existen son enfermos, casos. Para la ciencia penal asimismo es evidente hoy, que intentar la concreción teórica de «delito» es un absurdo, porque este se manifiesta de distinto modo en un delincuente ocasional, por ejemplo, que en un profesional del robo. Si el delito «natural» en un encubridor corriente supone la corrupción del sentido jurídico, en el delito «legal» de Nakens existe una exaltación del instinto ético: todo lo contrario. Mas como el Código no distingue de colores, Nakens ha sido bien condenado, y los magistrados, aplicadores mecánicos del texto legal, han cumplido a maravilla con el oficio.

Así es, y harto lamentable es que así sea. Nakens ha sido víctima del espíritu de nuestras leyes –del espíritu y no del texto, a pesar de lo que ha dicho el señor Menéndez Pallarés–. Irá nueve años al calabozo y se codeará con asesinos, rateros, timadores, golfos y bandidos.

Yo he visto a su hija una mañana a la puerta de la cárcel Modelo, esperando la hora de audiencia. Llevaba cubierto su rostro por un velo; vestía de luto y estaba pálida.

Y, verdaderamente, si la suerte del padre no me aflige demasiado porque Dios le ha dado un gran temple de alma, el porvenir de su hija, joven, soltera, sola y sin madre, me ha llenado de pavor. ¡Pobre muchacha! Y cuando la veía cruzar los patios de la cárcel, momentos después que Soledad Villafranca, pensaba en la piedad... en el amor... en eso que llamamos cristianismo, que nos ha servido para hinchar discursos admirables, pero que no nos ha calado nunca los huesos.

Diario Universal está muy molestado porque ha dicho el joven diputado de Cataluña señor Hurtado (don Amadeo) que la Solidaridad es el único grupo que puede hablar en nombre de España.

Con el «fondo» del estimado colega están todos los que se llaman patriotas, entre ellos, el veterinario de en frente y el sastre de la esquina.

Yo he mostrado mi conformidad con la frase del señor Hurtado en uno de los cafés de mi pueblo, y a muy poco me devoran los susodichos «patriotas».

En efecto: ni Castilla, ni Andalucía, ni las Vascongadas, ni ninguna región española que no sea Cataluña, tiene su representación parlamentaria legítima; por cada persona consciente que sabe lo que hace al votar, hay mil corderos que se venden al mejor postor.

Aquí no entienden el catalán. Será eso. El «molt bé», «molt bé» y la ch de Salvatella son actos de separatismo. Nuestra falta de vigor colectivo, nuestra ineducación política, cosas demasiado españolas.

Por amor a Castilla, por amor cordial y cerebral a nuestra región, hay que descubrirles lo que se piensa en Cataluña. Nos la ocultan los rotativos madrileños, celosos únicamente de calumniar y de poner telarañas en los ojos de los patriotas.

Y así se unen dos cultos: el de la farsa y el del perro chico.

Mis amigos de esa han hablado varias veces de una aspiración noble y honrada: la de pensar en las bases de una Solidaridad salmantina.

Labor es esta de lentitud y de civismo que no puede ser improvisada todavía, porque su ambiente no pasa de esa ciudad.

Hay además otro peligro: los actuales políticos se harían todos solidarios, y sabido es que la renovación de procedimientos supone la renovación de personal.

Y no es de collares, sino de perros, de lo que hay urgencia de cambiar aquí.

Los de ahora aúllan y muerden que es un horror.

El Adelanto (24-06-1907)

Del bloque y de otras cosas

¿Me permite decir Cándido Pinilla que del bloque nadie hace caso? No cree en él Moret, no cree en él Canalejas, no cree en él nadie. Solamente Cándido, para justificar su nombre, tan en contradicción con sus coplas, cree en el bloque.

No creemos en él los radicales que estamos en el secreto; no nos conviene, no queremos el bloque. Nos conviene que siga Júpiter Maura al frente de la cosa pública. Con los liberales, no hay mozos alegres en las calles apartadas durante la noche, ni borrachos tumbados en las aceras, ni empleados dormilones, ni pastorales del Obispo de Tuy, ni cartitas de Santiago Alba, ni conciliábulos, ni conjuras en la Villa P, ni gobernadores frescos, ni tabernas abiertas, ni árnica en las delegaciones.

Los conservadores no consultan a Roma para reducir diócesis, para repartir prebendas, para otorgar sinecuras, para trasladar a jueces en conflictos eclesiásticos.

Moret es católico antes de comer y radical furioso después de almorzar con Romanones. Maura, con todos sus defectos, con todas sus intemperancias, con todo su pipiterismo[161], es uno de esos viejos herederos de los ministros regalistas del gran Rey Carlos III, amantes de la supremacía del poder civil y con hondo sentido liberal de su misión de gobernante.

Y Maura ha matado una prensa ridícula, mentirosa, cobarde, antipatriótica, populachera y sicalíptica. Esa prensa sostiene con sus silencios la memez mental de pueblo, su ansia de pantorrillas, sus malos instintos: ella sostiene también a los liberales.

¿Que Maura no corta por lo sano y se va a la acera de enfrente? Peor para él y peor para España. Por de pronto, ha sabido atraerse a Maeztu, a Martínez Ruiz, a otros muchos. Y atraerá a más. Todos nos decimos en voz baja que Júpiter está bien y solo añadimos a guisa de apostilla dolorosa:

– ¡Si no fuera neo!

Pero del bloque nadie hace caso.

Torea mal en provincias, entre golletazos y chanzonetas.

El Castellano (20-01-1909)

Hablando con Arjona

Charlamos en el *Buffet* del Congreso, Ferando Arjona, el Marqués de Flores Dávila y quién estas líneas escribe. Los tres estamos conformes en todo. Tal vez contribuye a ello la dorada cerveza que se nos ofrece, transparente, en los vasos claros...

Y Fernando Arjona habla. Fernando es ingeniero y estudioso. Ha pronunciado en la Cámara unos cuantos discursos, muy bien hechos, sobre cuestiones agrarias que afectan y preocupan al país. El Marques de Flores Dávila asiente también. El Marqués es un joven agradable y simpático; posee una estupenda movilidad de espíritu; es honrado y claro. No vive de política y por ello, indudablemente, es sincero en ella. Recuérdese la defensa de Pérez Oliva cuando se discutió el acta de Salamanca en el Congreso.

[161] Relativo a lo pequeño, tal vez derivado de pepita. Se usa en algunas regiones marineras para aquellos pescadores que se dedican a la pesca de peces de tamaño pequeño.

Y dice Fernando:

– Nuestro problema, amigo Rojas, es de cultura y de pan. Labremos nuestros campos y seguemos nuestro caletre. ¡He aquí la gran obra! El mineral ha de salir de nuestras propias canteras. Como ingeniero, gusto de las cosas concretas. Y lo concreto para nosotros es comer y estudiar. ¿Le parece?

Sí me parece. Tenemos que asegurar el garbanzo y el maestro de escuela. Tenemos que modificar nuestro subsuelo mineral y el otro.

Y sigue Fernando:

– Eso del problema religioso no me parece bien del todo. No tenemos ambiente para las cuestiones religiosas. Somos un país de indiferentes y de hambrientos. Y mientras no comamos, no podemos cavilar en la tonadilla, en el sonsonete del rezo.

Y aquí tenéis unas cosas bellas dichas sin énfasis, sin latiguillos ni retórica, mientras bebemos un vaso de cerveza.

Luego el Marqués, Fernando y el cronista pasean. Y hacen apreciaciones sobre el teatro de Benavente, mientras saborean unos caramelos.

El Castellano (03-02-1909)

El discurso de Maura

Acabo de oír el discurso de Maura. He salido de la tribuna de la prensa cuando Moret ha comenzado a rectificar. Y he sacado el convencimiento íntimo, profundo, al oír al presidente, que la España de farsa y de mentira se está deshaciendo con estrépito y que un montón de fábulas, de convenciones, de ridiculeces y de miserias han de caer a la vista del pueblo; inocente y cándido.

Maura, ha hecho, sin acusar concretamente, conservando siempre una corrección exquisita de forma, los funerales al partido liberal. La Cámara se daba cuenta de la solemnidad con que cumplía el enterrador su triste faena.

Los liberales, callados, vergonzosos, tímidos como chicuelos que gritan en la calle y son formalitos dentro de casa, escuchaban la diatriba de Maura, interrumpiendo porque eran incapaces de razonar.

Maura tendrá todo lo que quiera, pero es un hombre de buena fe y de voluntad perseverante.

Maura tropieza con el problema de Cataluña y tiene que resolverlo. Los liberales quieren ladearlo, como si las dolencias pudieran abandonarse para que se apoderen del cuerpo enfermo. Y olvidan –y con ellos una prensa artificial– que ellos hicieron estallar el conflicto, que hicieron una ley de jurisdicciones contra Cataluña, que acudieron a escamoteos de feriante para escalar el poder. Hoy en el fondo quieren repetir el asalto, pero tratan de encubrirlo con espejuelos para engañar a los bobos.

Los tópicos de patriotismo, libertad, nación y raza española no han servido para nada a Moret.

Y Maura, finalmente, ha visto hoy que la opinión neutra y la opinión clerical están con él; que los de la acera de enfrente mueren sin remedio de anemia y que el pueblo comienza a despreciar esas hojas volanderas que no hacen más que comprometer el crédito mental y material de nuestra España.

El Castellano (06-02-1909)

Contestando a Mantegazza

El ilustre senador italiano, Vico Mantegazza, ha tenido la cortesía, muy grata para NUEVO MUNDO y para el modesto articulista, de trabar polémica con él a propósito del artículo que publiqué, en estas mismas columnas, el 3 de Diciembre último, con el título de *Tristes comentarios*[162]. Comentaba yo en ese artículo las consideraciones que había merecido a un periodista italiano la actitud de nuestros flamantes ateneístas en frente del proyecto de ley que para la extirpación del terrorismo había presentado a las Cortes el Sr. Maura. Y ahora, Mantegazza,

[162] O.C. Tomo II, página 439.

desde las columnas de uno de los rotativos italianos más importantes, desde *La Nazione*, de Florencia, que él dirige, me hace el honor que me colma de orgullo de discutir conmigo, de no considerar atropelladas ni injustas mis afirmaciones y de disertar él mismo, como maestro que es de asuntos de política y derecho internacionales, sobre los problemas políticos recientemente planteados en España por el partido y la prensa que se llaman liberales.

Es de notar el empeño que tiene el diablo de amontonar problemas, aquí donde no existe más que uno, de inmediata urgencia: el de la cultura. Ahora que vivimos en España más contentos, satisfechos y felices que nunca, aparece una cosa formidable que se llama el bloque, un problema religioso y otra serie de zarandajas divertidas. Con el nombre de *bloque* se conoce, en el mundo político, a una agrupación bizarra formada de políticos, de periodistas despiertos y de oradores ateneístas que dan mítines en provincias y que convertidos en modernos Quijotes de la libertad, pronuncian unos magníficos discursos que aplauden las multitudes progresistas y que ensalzan con laudable constancia unos periódicos. Y ¿qué fin persigue el *bloque*? Liberalizar España. Ocurre preguntar si la liberaliza con discursos por provincias. Costa opina que no; Morote que sí. Azorín niega, don Melquíades Álvarez afirma.

Y hemos inventado también un problema religioso, aquí donde lo urgente es comer y estudiar luego. Don Miguel de Unamuno, mi querido maestro, acaba de afirmar, en Valladolid, que no hay más que un eterno problema: el religioso. Que debemos preocuparnos de él y entrañar en él, que todo lo demás de ello deriva y es simplemente subalterno y secundario. Para don Miguel, sí; para España, no. Cuando se vive en una quieta ciudad tranquila, y nos encerramos en un despacho claustral entre pergaminos y librotes, y no llega del estruendo de la vida más que un eco apagado al claustral despacho, podemos creer que las teologías han llegado a la calle y al cerebro de los ciudadanos. Cuando se vive dentro de la plaza, nuestras creencias cambian radicalmente. Aquí, en España, no hay problema religioso. Hay un problema de ser o no ser, de vivir o morirse. Y ya dijo Perogrullo en latín que primero se vive y después se filosofa. ¿Quiere decir el señor Unamuno que debemos hacer un ambiente religioso? Ese ya es otro cantar. ¡Pero si ya lo estamos preparando! ¿Cómo?

Insistiendo un día y otro día en cosas concretas de moral. Hablando un día contra la sicalipsis, y al siguiente contra el *chantage*, y luego contra los valores convencionales, y después contra la lujuria de nuestros mozos, y a renglón seguido contra la inconsistencia de nuestra cultura. Aquí hace Maeztu esa labor. Pero en un pueblo que necesita maestros de escuela, cartillas, catones, honradez, limpieza de intención en los que le dirigen, un pedazo de pan, una taza de caldo, un tutor que una la severidad a la dulzura, no hacen gran falta los idealistas. Y solamente así vendrán. Pero crea el Sr. Unamuno que ese momento no ha llegado todavía. Queremos, anhelamos que llegue, pero no ha llegado aún. No podemos cantar sin comer, y solo se canta a los postres briosamente.

Después, nuestro pueblo ha sido indiferente, escéptico. El mismo Sr. Unamuno ha escrito que si las cuestiones religiosas no han tenido aquí opinión es tal vez porque no hemos producido grandes herejes. Hasta llegar a él, la afirmación bien pudiera ser exacta.

El Sr. Mantegazza fustiga, desde un terreno puramente especulativo, al partido liberal por no haber renovado su programa con orientaciones definidas hacia el socialismo. El *rinnovarsi ó morire* d'anunziano es también aplicable a los partidos políticos, que no son momias de museo, sino organismos vivientes. Y también Mantegazza comenta con agudeza los procedimientos de algunos de nuestros periódicos que no saben ser lo suficientemente objetivos para entregarse al público. Ello pudiera muy bien depender del estado medio de la cultura. En Italia, en el Norte de Italia singularmente, es el público el que hace la opinión del periódico. En España tiene que ser el periodista quien dirija y se imponga al lector. Pero lo malo –sospecha Mantegazza y yo con él– es que se impone mal.

Crea el Sr. Mantegazza que NUEVO MUNDO –y yo, personalmente, con él– agradece de veras esta prueba de estimación que ha sabido conceder graciosamente a un modestísimo escritor español.

Nuevo Mundo (11-02-1909)

En el Congreso

– Hola, querido don Juan[163].
– Buenas tardes, estimado correligionario.
– Usted siempre tan puntual, sin perder ripio, oyéndose toda la sesión de cabo a rabo.
– Algo hay que hacer por la patria, mi distinguido. La religión y el honor me imponen este deber.
– Un poco pesado, no me lo negará usted. Porque usted se lleva oídos tres mil discursos y me quedo corto.
– Es que a mí me gusta la lid y la polémica.
– ¿Sí? Pues no lo había notado. La verdad es que como asentir, si asiente usted...
– Cuando hablan los míos, claro.
– Sí, cuando hablan los nuestros. Porque mire que esos liberales, don Juan...
– Peores son los mestizos[164], como Maura. Eso dice el P. Murillo. Se oyen aquí unas cosas contra nuestra Santa Madre la Iglesia y contra el sentido común...
– Más contra el último que contra la primera, don Juan...
– Y contra la iglesia también. Porque es lo que dice Arenillas[165]. Aquí no hay silogismos; aquí no hay base de lógica; bien se conoce que esta gente no ha estudiado con los Padres, con esos buenos Padres que se fuman en un santiamén a los liberales.
– Es que como están en pecado estos últimos, querido Clairac, les falta el auxilio de la Divina Gracia. En cambio Mella...
– Calle. Donde estaba don Ramón[166], que se quiten los demás. ¡Qué palabra más cervantina! ¡Qué gracioso! ¡Cómo se metía contra esos facinerosos! Los machacaba, los sentaba, una premisa. Y, claro, lo que dice Arenillas: les iba acorralando, acorralando.

(Suenan los timbres a votación nominal. Don Juan y su interlocutor se dirigen al salón de sesiones).

Un diputado del bloque, al pasar.– Este señor debe tener caliente el asiento.

Otro de la mayoría.– Anda, que su dinero le ha costado. ¡Como a mí! ¡La verdad es que nos resulta cara la broma! Y encima se nos pitorrean los periódicos del distrito.

El cronista.– Así es.

El Castellano (22-05-1909)

De momento

– ¿Has leído *El Salmantino*, amigo Rojas?
– ¿Qué es *El Salmantino*?
– El periódico de los montaraces de Clairac ¿no recuerdas?
– ¡Ah, sí!
– ¿Y qué dice?
– Se mete con Oliva y contigo.
– Pues no lo he visto, pero me honra la compañía.
– Os llama *isidros*[167].
– ¡Caramba, qué ingenio! Parece redactado por el mismo don Juan.
– Dice más cosas, pero, la verdad, no me acuerdo. Si lo quieres…
– No, gracias.

[163] Se refiere a Juan Lamamié de Clairac, carlista primero e integrista católico después, que consiguió en varias ocasiones un sillón en el Congreso de los Diputados por Salamanca (1907-1908, 1908-1909 y 1909-1910), localidad en la que fundó varios periódicos integristas como La Región, La Información y El Salmantino..

[164] Neocatólicos más transigentes que llegaron a admitir la monarquía constitucional. Don Juan pertenecía a los carlistas o ultramontanos más radicales y enfrentados ideológica y políticamente a los mestizos.

[165] Mariano Arenillas Sainz (1875 – 1941).

[166] Se refiere sin duda a Ramón de Nocedal, fundador del Partido Integrista y su famoso periódico *El Siglo Futuro*.

[167] Oliva, diputado salmantino, se llamaba Isidro Pérez Oliva. *El Salmantino* arremetió contra él y Sánchez Rojas en el número 82 de 8 de mayo.

– Es para que les contestes.
– Estoy muy ocupado.
– Es que son muy groseros…
– Peor para ellos. Nosotros no estamos para contestar insolencias de neos, ni para replicar a periodiquitos que defienden a un fanático. Además, esos integristas necesitan desahogar su bilis con los *rotativos* de la localidad: *El Adelanto*, *El Lábaro*, *El Castellano*. Observa que nadie les hace caso. Se meten con el Obispo, con los curas, con Maldonado, con Oliva, conmigo, con todos aquellos que no nos preocupamos de su existencia, sino para reírnos alguna vez que otra. Están más solos que Clairac, que se aburre paseando por los pasillos del Congreso, solitario como un hongo...
– Sí, pero son muy insolentes con los que no piensan como ellos.
– ¿Pero ellos piensan? Además, más insolentes son con la gramática.
– Pero si os calláis, ellos se crecerán.
– Contra eso hay siempre el recurso de la burla. Y el de los tribunales.
– ¡Vaya, adiós, amigo!
– Adiós. Buenas tardes.

El Castellano (29-05-1909)

La crisis

La crisis: he aquí el tema de actualidad. Saldrá Burell; saldrá Merino; saldrá Calderón. Otros dicen que saldrá Aznar. Otros quieren que salga Arias de Miranda. De Ruiz Valarino nadie se acuerda; de García Prieto, tampoco. Y suenan nombres para todos los gustos, fechas para todos los calendarios y derivaciones políticas para todos los discutidores de café.

Julito Burel es seguro que salga. No ha de lamentarlo mucho el propio interesado. La gente aspira, no a ser ministros, sino a ingresar en la masonería secreta de los exministros.

No se trata de cobrar, entre apuros y sobresaltos, seis mil duros; se tira a cobrar las siete mil quinientas pesetas en paz y gracia de Dios. Merino saldrá sin gloria ni provecho, como entró, siendo tan yerno de su suegro y tan conde de Sagasta y tan cacique de León como el primer día. Calbetón, fuera del banco azul, será la gallarda y amplia figura de otras veces. De Cobián se dice, finalmente, que saldrá del caserón de la calle de Alcalá[168], para reponer su quebrantada salud.

La gente *ministrable* se mueve que es un placer. Gasset, Alba y Fernández Latorre, cuentan hoy con grandes probabilidades de endosarse el uniforme y el incómodo sombrero. Francos Rodríguez también quiere dejar la pesada carga de la Alcaldía por la dulce poltrona de Instrucción pública. No falta quien quiera llevar a este Ministerio a nuestro buen amigo don Ángel Pulido. Hay más días que longanizas y más candidatos que poltronas vacantes. *Qui vivrá verrá*[169].

Y detrás de los ministrables zumba, coma abejas en colmena, el menudo mundo de los subsecretarios, directores generales, inspectores, jefes de negociado, gobernadores civiles y diputados novatos sin dietas. Los asaltos a la puchera nacional han de ser, seguramente, pintorescos. No nos regeneraremos, pero estrecharemos la mano de tantos y tantos ciudadanos que tienen como ideal el de disponer de cien empleos, el de dejarse llamar usías por mil porteros, el de dejarse sobar por todos los hampones castizos de la villa y corte.

¡Bien poca cosa, en efecto, pero todos somos contentadizos y modosos en este país!

El Adelanto (30-12-1910)

La indignación de Salaverría

El amigo Salaverría ha dejado los gestos irónicos y la postura melancólica. Y ha sentido por un momento la santa indignación. Le indigna que, en achaques de política, la verdad no pase

[168] Sede del Ministerio de Hacienda.
[169] Frase hecha francesa que significa "quien viva, lo verá" (sobran las tildes del artículo original).

de ciertos corrillos; que el pueblo pague y no se entere de la verdad: que soportemos un ministro que es un camello y al que llamamos ilustre a tambor batiente; que estemos convencidos de que A es un pillo, B un necio de tomo y lomo, C un borrico y digamos otra cosa al público. Salaverría cree llegado el momento de las acusaciones claras, concretas, categóricas.

Pero Salaverría no vive en Madrid. Hasta sus frases nobles y caballerescas son más bien pasatiempos retóricos que ansias fuertes de tirar por la borda el tenderete de dos convencionalismos. El pueblo no está capacitado para recibir la verdad, que hiere la vista como los rayos del sol. Lo tiene embrutecido la prensa de partido.

Cada cual tiene su opinión hecha, su patrimonio mental organizado, su programa de regeneración en el bolsillo. Es tan difícil deshacer sus puntos de vista, alejarle de los movimientos pasionales, hacerle saber la verdad desnudamente, objetivamente, que cualquiera campaña en alas del ideal despertaría las envidias, los rencores, las idolatrías, los bajos fondos de animalidad que todos llevamos dentro.

Personalmente, amigo Salaverría, vengo presenciando, desde hace algunos años, la comedia política de mi país. Y junto a la comedia política –más trágica que sainetesca– la literaria. Y sé cómo se mueven los hilos de los muñecos, quiénes los mueven y para qué los mueven. Y presencio un hecho y oigo luego los comentarios del hecho que he presenciado. Y ya no protesto. Ya no censuro. Las razones, lo que llamamos razones, son expedientes justificativos de nuestra conducta, las trincheras que levantamos inconscientemente para defendernos, los cables que tendemos del corazón al cerebro que ve poco y que ve mal. Y todos tienen razón. Y todos, al defenderse, cumplen con una imprescindible ley vital. Y todos los que actuamos de críticos vemos las cosas ajenas desde fuera, en nuestro plano y no en el suyo, con nuestras antojeras, desde nuestra posición. Y al juzgar, somos injustos, aunque no queramos serlo.

Nuestro maestro y amigo Unamuno me hablaba días ha del poco respeto al hombre. Y en plena espontaneidad efusiva se lamentaba de ello. Cuando no sepa perdonar nuestra cabeza... ¡qué diablo!..., que aprenda a perdonar el corazón. Que al actuar de jueces actuemos también de padres, no de carceleros. A veces nuestros verdugos son pobres almas que desearían acariciarnos en silencio, que nos acariciarían silenciosamente si nos conociesen.

Yo no conozco el rencor, y al presenciar, querido Salaverría el hecho que ha dado lugar a su comentario, sentí pena de que un hombre no pudiera defenderse. No pensé que pudiera ser malo; pensé solamente que era un pobre juguete de sus ambiciones desmedidas. Y con más piedad que yo –¡y la sentía infinita!– pensarían del acusado su mujer y sus hijos.

El Adelanto (02-01-1911)

Lerroux y Vitigudino

«Nosotros –ha dicho el señor Lerroux en el frontón Jai-Alai, de Valencia– nosotros representamos Zaragoza, Barcelona, Valencia, Castellón y Madrid, donde hay conciencia colectiva; no representamos a Vitigudino» ¡Otra vez Vitigudino! ¡Antes, Luis Taboada; ahora, Alejandro Lerroux! Mal hará el señor marqués de Puerto-Seguro, mal hará el señor Maldonado si no oponen, en las respectivas Cámaras, el debido y ejemplar castigo a las procacidades del jefe de los radicales.

Porque eso de decir que no hay conciencia colectiva en Vitigudino, eso de tomar a la agradable villa salmantina de cañamazo para tejer alabanzas en loor de otros pueblos, es una arbitrariedad y una injusticia. ¿Qué le ha hecho Vitigudino al señor Lerroux? ¿Conoce sus virtudes colectivas, su desinterés, su paciencia, su altruismo, su abnegación? ¿Conoce la filantropía de sus hijos, su hermoso partido judicial, su instinto sociable, su cultura? ¿Acaso ignora el jefe de los radicales españoles que, por tener conciencia colectiva, precisamente por eso Vitigudino se rebeló en masa contra el caciquismo ministerial?

Los vitigudinenses contestarán seguramente a don Alejandro Lerroux con una protesta general, que deben iniciar sus organismos más autorizados. El silencio sería ineficaz y estéril. Si es un pecado de lesa patria el atentar contra el decoro de una región determinada, también lo es el llevar el descrédito a un rincón español, por humilde y paciente que sea.

Los señores de la izquierda, Nougués antes, Lerroux ahora, hablan de memoria y con sensible ligereza de Vitigudino.

El ataque de Nougués obtuvo una réplica pronta y feliz del señor Maldonado en el Congreso; las palabras de Lerroux es de esperar que no quedarán incontestadas.

¿Es que los defectos de los pequeños centros de población, el aislamiento, la monotonía, son más fuertes en Vitigudino que en Belchite, Fuentesaúco, Viana del Bollo, Nájera y Alcañices?

El señor Lerroux debe retirar sus palabras, que hieren los sentimientos de una simpática villa salmantina.

El Adelanto (07-01-1911)

El ferrocarril de Ávila

La calle del Arenal es una de las más simpáticas de Madrid. A la hora del crepúsculo se tiñe este hermoso cielo madrileño de un matiz sonrosado. Allá a lo lejos, a la conclusión de la calle, sobre la plaza de Isabel II, hay festival de luz en el cielo. Y la calle se puebla de mujeres guapas, de desocupados, de estudiantillos, de automóviles, coches, camiones, bicicletas.

Eustaquio Ávila, el joven diputado por Peñaranda, vive en la calle del Arenal. Quiero saludarle y preguntarle por el ferrocarril de Peñaranda-Ávila. Al llegar a su casa, sale el joven diputado, calzándose los guantes. Me invita a subir a su casa. Pero es la hora grata del paseo y prefiero pasear. Vamos juntos hacia la Puerta del Sol. Pronto recae la conversación sobre el ferrocarril.

– ¿Cómo va eso? –le pregunto.

– Perfectamente –replica el diputado liberal, retorciéndose los negros bigotes. –En el Congreso pasó el proyecto como una seda. El Estado regala lo construido, de que se incautó, por haber perdido sus derechos la explotadora. Ahora, que hacen falta licitadores. Y ese es el hueso a roer.

– Y en el Senado, ¿pasará el proyecto? –torno a preguntar.

– Desde luego, no me parece aventurado afirmarlo. No creo que nadie se oponga a ello. Y si se caminase de acuerdo con la compañía del Norte...

La calle del Arenal está llena de transeúntes.

Suspendemos el diálogo de vez en cuando para defendernos de los vehículos y adoptar posiciones estratégicas. Las gentes marchan al *vermouth* de Eslava...

Seguimos hablando del ferrocarril.

El simpático diputado espera que las cosas se arreglen a gusto de todos. Para eso pone a contribución su exquisito celo, su voluntad inquebrantable y su absoluta buena fe.

En la Puerta del Sol nos despedimos. Eustaquio se dirige a un *cine* con sus pequeños. Yo gano la acera de Gobernación con presteza para que no concluya con mi preciosa vida un automóvil de Correos. Es un problema ese de caminar por estas calles como simples peones.

Los cocheros y los *chauffeurs* nos desdeñan olímpicamente desde lo alto...

El Adelanto (10-01-1911)

La pillería civil

Llegó el Rey de Melilla. Acompañábanle el señor Canalejas, el señor Arias de Miranda, el general Aznar, los señores del cuarto militar y los periodistas. Desde mi casa oí el galopar de los caballos, las estridencias de las cornetas militares. ¡Bien llegados sean los señores excursionistas!

Canalejas marchó a su casa y habló enseguida con los periodistas. Es incansable el presidente, venía furioso con los infundios de la Prensa, que de palanca de progreso que es para los políticos de la oposición, se torna luego, en un abrir y cerrar de ojos, en rémora peligrosa para la recta gobernación de los pueblos.

– No sé cómo ustedes –dijo don José a los periodistas– no sé cómo ustedes que me conocen han podido creer en mi indiscreción, yo no he podido nunca lanzar esa frase de la pillería civil. ¡No, no la he lanzado! Eso repugna a mis hábitos de seriedad, de tacto, de discreción.

Los chicos de la Prensa han sonreído. También sonrió el presidente que continuó de esta guisa:

– ... Como ese otro infundio de Arias. El general Puente es un bravo marino, amigo de la disciplina y de sus jefes. No ha habido carta, ni Puente que valga, señores...

Nueva sonrisa de los periodistas que ya conocen a su presidente. Nueva sonrisa del presidente que ya conoce a sus periodistas.

Vosotros, amigos míos, no entendéis acaso de sutilezas. El señor presidente dijo pillería civil y no dijo pillería civil. Las gentes se han enfadado un poco y el presidente rectifica, llamando sordos a sus oyentes. Hubiera la frase encontrado ambiente y el señor Canalejas la hubiera comentado en segunda edición espléndida.

Vosotros, amigos, no entendéis acaso estas logomaquias. El general Puente escribió al señor ministro de Marina, pero el señor ministro no recibió la carta del general Puente. Pasará a la escala de reserva el bravo marino; pasará también a la reserva el señor Arias de Miranda... ¡Misterios, señores, misterios!

Y así se forma la opinión pública en un régimen democrático, sonriendo el presidente, sonriendo los periodistas, escribiendo cartas los generales y dejando de recibirlas los ministros...

El Adelanto (20-01-1911)

Las avanzadas salmantinas

Y llegaron las avanzadas de la comisión que la noble ciudad de Salamanca envía a la Corte de los Milagros para que exponga sus duelos y quebrantos ante el Gobierno del señor Canalejas.

Anoche habló el cronista con los señores Villalobos y Santa Cecilia. Esta tarde –hace unos minutos– he visto al bondadoso alcalde, al humilde señor García Polo, al secretario señor Girón Severini, al ingenuo señor Santa Cecilia, al infatigable señor Villalobos, al apacible señor Marcos Martín... Y el lunes vendrá el grueso del ejército. El señor Pérez Oliva, deseoso de saludar a la comisión, regresó esta mañana de Cáceres.

¿Conseguirá sus deseos la ciudad de Salamanca?

Lo celebraría. Mas no olvidemos que está bien que el Gobierno atienda a Salamanca, pero está mejor que Salamanca se atienda a sí misma en aquellos menesteres que son de su propia incumbencia.

Nadie vea en estas líneas molestias, ni desdenes. El señor Pérez Oliva trabaja lo indecible por su distrito; los concejales salmantinos han tomado sobre sus hombros la ingrata tarea de confeccionar unos presupuestos serios y razonables, sin trampa ni cartón. Pero, ¿basta esto? Indudablemente, no.

Salamanca no cubrió su empréstito; las clases pudientes no aprovecharon la magnífica ocasión que se les presentaba de probar su amor a la ciudad.

Salamanca no se cuida tampoco de su higiene; Canalejas no va a poner diligencia en las escobas de los barrenderos. Salamanca, en fin, ha rendido culto a las farándulas. Recuérdese el sueño de la Universidad hispano-americana, lo del legado del señor conde del Val, etc., etcétera.

Y mientras, Salamanca es, como dijo Galbetón, *la Cenicienta de Castilla*. Al señor Pérez Oliva, menos que a nadie, puede culpársele de ese abandono. Que sus amigos sean sinceros, modestos, desinteresados. Que se preocupen menos de camineros, de carterías, de favores personales. Que se cuiden más de carreteras, de favores colectivos, de cosas de pública utilidad.

Salamanca necesita espíritu colectivo, Y ese hay que formarle con un poco de buena voluntad.

Que nadie se moleste de mi intervención. "No somos de donde nacemos, sino de donde parecemos[170]"; decía Belicado, el clérigo alegre de *La lozana andaluza*. Y mi patria espiritual, con orgullo lo digo, es la noble Salamanca, Salamanca *la Cenicienta*...

El Adelanto (30-01-1911)

[170] Así en el original, por *pacemos*.

El Vaticano y la democracia

No parece, por las trazas, que se limite a una cuestión puramente diplomática entre la Santa Sede y el Gobierno español el problema que acaba de plantearse entre nosotros. La expectación que la actitud del Sr. Canalejas ha producido en el extranjero, el lenguaje violento de los diarios de la derecha, las informaciones de procedencia vaticanista que tratan de tapar con empeños de etiqueta, claramente subalternos, la verdadera situación de protesta contra el Gobierno español, demuestran que lo que hay en el fondo de las algaradas de este verano, es algo que no se limita solamente a la situación legal de las Órdenes Religiosas. El Vaticano, conscientemente, trata de defenderse de la democracia que comienza a remozarse y vigorizarse en estas tierras de pan llevar. Nos encontramos ante el mismo problema que han tenido que resolver Italia y Francia, de frente a las posiciones vaticanistas. Recordemos brevemente, en este ensayo, cómo se ha planteado y resuelto el problema democrático en esos pueblos, para inducir el modo de plantearlo nosotros, y de resolverlo, si nos damos maña para asunto de tanta transcendencia.

Ante todo, el Vaticano ha dejado de ser una potencia temporal. Aunque León XIII pensara que la ocupación de Italia y la conquista de Roma por los Saboyas era un hecho transitorio, la experiencia ha venido a demostrarnos luego que la «terza Italia» tiene condiciones sobradas de vitalidad nacional. El sabio Pontífice hizo una política de acuerdo con sus soñadas reivindicaciones. Con el *non expedit,* los católicos vivieron, en protesta pasiva, alejados de la vida pública, en Italia. León XIII, que creía necesario el poder temporal de los Papas para que la Iglesia realizara su misión divina sobre la tierra, trató, sin embargo, como dice Monseñor Ireland, el ilustre Arzobispo de San Pablo, de los Estados Unidos[171], «de hablar al siglo en el lenguaje del siglo». Se preocupó de la cuestión social, de alentar las orientaciones democráticas de lo suyos, bendijo la obra de los congresos católicos italianos, e hizo una política oportunista, siendo republicano en Francia, demócrata en Norte-América, Alfonsino en España. León XIII alentó a Manning en Inglaterra, a Ketteler en Alemania, a Gibbons e Yreland en los Estados Unidos, acentuando, de esta suerte, sus simpatías democráticas y radicales. El famoso sacerdote italiano Rómulo Murri[172], que quería la autonomía de los católicos en su país, en todo aquello que no se relacionase con el dogma y la verdad revelada, no tropezó con dificultades, ni con León XIII, ni con Rampolla, fundando la Liga Democrática Nacional. A la muerte del Pontífice varió radicalmente el estado de cosas. El veto del viejo Emperador Francisco José, formulado en el Cónclave por el Arzobispo de Viena, Monseñor Grescha[173], echó por tierra la victoria que parecía asegurada, de Mariano Rampolla. Los Cardenales buscaron un colega que no excitara demasiado las iras de los colaboradores de León XIII, y que no fuera tampoco muy sospechoso a los reaccionarios del Vaticano. En estas condiciones no había más que dos candidatos *papabili:* el Cardenal Gotli, a la sazón General de los Carmelitas, y Monseñor Sarto, ex-Obispo de Mantua, Patriarca de Venecia. El futuro León XIV fue derrotado por Pío X. En el nombre probable del secretario de Estado de León XIII Monseñor Rampolla, y en el que adoptó el Patriarca de Venecia, había toda una política, de tolerancia por parte de Rampolla, de intransigencia por parte de Monseñor Sarto. Pío X se encontró con el americanismo, con la crítica religiosa, con el modernismo, con una crisis tremenda dentro del seno de la Iglesia, que quiso cortar de raíz. Varió la política de la Santa Sede con relación a Italia. Se prescindió del *non expedit* y se permitió a los católicos que acudiesen a las urnas electorales, cuando hubiese candidatos subversivos socialistas, anticlericales, radicales[174]. La autoridad eclesiástica imponía los candidatos. Los moderados hicieron causa común con los católicos. La Santa Sede se convirtió en una gran electora. Su política no era orgánica, ni obedecía a principios generales. Los Obispos, en el Mediodía de Italia, protegieron, por ejemplo, a Nasi, el famoso ministro siciliano[175]. Los profesionales de la política, que figuraban francamente en las logias francmasónicas, fueron aceptados por el Vaticano e impuestos a los católicos. Murri, a la cabeza de los jóvenes demócratas cristianos, seguía pidiendo la autonomía política de los católicos. Nacieron varias revistas orientadas en

[171] Mgr. Ireland.- La iglesia y el siglo.- Trad. esp. de B. Argente.- Beltran, editor.- Madrid, 1910 (Nota del autor)
[172] V.- La política clericale e la democrazia.- Il bivio de la política ecclesiústica.- Roma, 1908. (Nota del autor)
[173] V.- Pietro Orsl.- L'Italia Contemporánea.- Storia degli ultimi 150 anni.- Milano, 1910.- Hoepli, edittore. (Nota del autor)
[174] R. Murri. Ob. clt.- I primi cattolicl in Parlamento. (Nota del autor)
[175] Murri, id., id. (Nota del autor)

un sentido moderno; *Rinnovamento,* la *Rivista di Cultura,* etc. El Papa desaprobó la obra de los Congresos, disolvió la Liga Democrática Nacional donde figuraban los jóvenes demócratas y se opuso a la formación de un partido político, favoreciendo la presentación de candidatos sueltos únicamente. La secretaría de Estado del Vaticano tuvo entonces relaciones directas con el Ministerio del Interior, con el Palacio Braschi, y, acaso, acaso, con el Quirinal. Se acusó concretamente al Sr. Tittoni de que había recibido el apoyo de los católicos a cambio de conseguir que el Vaticano tuviera representación diplomática en el Congreso internacional de la Paz[176]. Suspendióse *a diviinis* al sacerdote Murri, se persiguió a Bonajuti, se prohibió la lectura de *Rinnovamento.* En una palabra, la Iglesia, en Italia, se divorció acaso para siempre, de su siglo, de la democracia, del progreso, conformándose con un papel bien triste: el de disponer de las fuerzas electorales de unos cuantos colegios políticos.

II

Bien puede afirmarse que, en sus líneas generales, la política del Pontífice actual, es más que distinta, opuesta a la de su glorioso antecesor. Es una política de distingos, de sutilezas, de pequeñas habilidades, la política actual de la Curia romana. El espíritu de Monseñor Antonelli, Secretario de Estado de Pío IX, resucita hoy en nuestro contemporáneo Merry del Val. El Cardenal español, que goza como ningún otro de la confianza del Pontífice, es uno de estos hombres tenaces, laboriosos, inteligentes, que han unido la castiza intransigencia española a la ductilidad, la mansedumbre postiza y el espíritu de estrategia que le presta el ambiente. También fuera de Italia, la Iglesia ha perdido terreno. Recuérdese lo sucedido en Francia. No es cosa de pararnos a dilucidar aquí si se excedió el jacobinismo de Briand, autor de la ley de separación –no Combes, como afirman a todas horas, *EL Siglo Futuro* y demás órganos de la *buena* prensa[177]–, o si la intransigencia de Merry del Val fue mucho más allá de donde hubiera sido conveniente y atinado. Tenemos dos hechos indiscutibles para que sirvan de base a nuestras observaciones. El primero es que León XIII aceptó la República, declarando la legitimidad de todas las formas de Gobierno, y aconsejando a los Obispos franceses que no fueran elementos de perturbación política. De este modo, Roma dio un golpe de muerte a los nacionalistas, bonapartistas, orleanistas, etc.; contribuyó a mantener las instituciones republicanas de Francia y los católicos no pudieron, como tales católicos, afirmar que la República era enemiga, ni teórica ni prácticamente, de la Iglesia. El *affaire* Dreyfus acabó de enterrar para siempre a *los facciosos* –que diría el Sr. Canalejas– de la nación vecina. El Vaticano bendecía, no la corona real de los viejos reyes de su fidelísima aliada, sino la levita democrática de sus Presidentes republicanos.

Otro hecho es el acaecido con motivo de la visita do Mr. Loubot a Roma. Sabido es que el Vaticano pone siempre su veto a los Jefes de las naciones católicas para que no visiten, en Roma, a los reyes de Italia[178]; Loubet visitó a Víctor-Manuel III, y el Vaticano protestó violentamente de la «incorrección» de Francia. La República vecina ante el dilema de transigir o de romper, rompió. Los esfuerzos de León XIII, para conservar la preciosa amistad de los franceses, y mediante esa amistad, la simpatía de Europa, han sido estériles, algunos años después, ante la posición de la Curia Romana, que considera detentadores a los reyes de Roma, y pacta, sin embargo, en silencio, combinaciones electorales con los Gobiernos de los tales «detentadores».

El Vaticano, en Francia, ha perdido del mismo modo, el prestigio que conservaba con la parte más sana y progresiva de los católicos[179]. Alfredo Loisy, a quien no quiso condenar León XIII, sufrió luego la condenación en la encíclica *Pascendi* –8 de Septiembre de 1907–. Contra el sereno historiador francés, se pronunció más tarde la excomunión mayor.

El Vaticano, en una palabra, se ha distanciado de Francia[180].

[176] El periódico socialista Vila formuló tales denuncias. (Nota del autor)

[177] Los periódicos de la derecha, plagiando una frase del diputado radical Sr. Soriano que llamó a Canalejas en el Congreso «Maura de rayadillo», vienen llamando al Presidente del Consejo el «Combes de rayadillo». (Nota del autor)

[178] Los radicales portugueses trabajaron para que el joven ex-rey D. Manuel visitase el Quirinal. Naturalmente, la campaña obtuvo un ruidoso fracaso. (Nota del autor)

[179] Recordemos también la carta que dirigieron los católicos de la Academia francesa al Sumo Pontífice, que produjo un grave disgusto al Vaticano. (Nota del autor)

[180] Escrito este artículo, leo la carta que el Vaticano dirige A los del «Sillón» y al jefe del grupo, Marcos Saguier, y la contestación de este al Sumo Pontífice, disolviendo el grupo. Con poco se conforma el joven Saguier, con ser católico y... republicano. (Nota del autor)

III

Quien acierte a leer entre líneas observará que el Vaticano no quiere transigir, en su política actual, con las conquistas democráticas y políticas de nuestra época. No quiere adaptarse a las condiciones actuales del siglo en que vivimos y no tendrá más solución que la de aislarse por completo.

Notemos, de paso, que la Iglesia, al perder su dominio temporal y librarse de los quebrantos y desasosiegos que ello trae consigo, puede realizar mejor su misión divina sobre el mundo. Al renunciar a los goces de la tierra, al desprenderse de ellos, aceptando los hechos consumados, puede, mejor que antes, ejercitar una acción pacificadora, tolerante, bienhechora, sobre los espíritus. León XIII, Jefe de la Cristiandad, sin más dominios que los del Vaticano, influyó más en los destinos de los veinte últimos años del siglo pasado que muchos monarcas europeos. Su encíclica, *De conditione epificun* [sic], influyó más en la marcha social de Europa que una larga correspondencia diplomática que sostengan los Gabinetes de las grandes potencias.

Nuestro siglo –no lo digo yo, lo dice un Arzobispo católico, Monseñor Ireland, ya citado[181]– ama la democracia, ama la libertad, ama la justicia. Resueltos provisionalmente con más o menos acierto los problemas políticos, comienzan a inquietarnos los económicos y sociales. La Iglesia, aislada de la vida actual, preocupada todavía con su ayer esplendoroso de dominio, cuando podía medir sus fuerzas con el Imperio, no piensa que los tiempos han cambiado radicalmente. Ha sido imperialista con los Emperadores, realista con los Reyes, republicana con América, Ecuador, Estados Unidos y en Europa y Francia. ¿Por qué no quiere ser democrática y socialista con los socialistas y con los demócratas del siglo XX?

No nos asusten las palabras. El socialismo, económicamente considerado, no se opone a ningún dogma cristiano. El Evangelio nada tiene que ver con las luchas actuales entre los patronos y los obreros. Lo que del Evangelio podrá desprenderse, en todo caso, es la condenación de aquellos y la simpatía hacia estos. La democracia tampoco tiene que ver cosa alguna con los fueros –fueros de conciencia– de la religión. Lo del liberalismo filosófico ya es otra cosa. Comprendo perfectamente que la Iglesia sea antiliberal, aunque en la práctica, el liberalismo político signifique lisa y llanamente, no una doctrina liberal, sino un acatamiento a las ideas de un político que se llamó ayer liberal, como antes se llamaba progresista o fusionista, y como hoy se llama demócrata[182]. En España, en Italia, el liberalismo no se lleva... entre los liberales. Pero volviendo a la democracia y al socialismo, la misión de la Iglesia estriba en cristianizarlos primero, en *catolizarlos* después. Y lo último es cuestión de organización y de jerarquía.

Fijémonos, por ejemplo, en lo que ocurre en cualquier conflicto del trabajo, en una huelga cualquiera. El clero, disciplinado, se pone inmediatamente a las órdenes de los patronos, tengan o no tengan razón. Parece que en el cielo no se entra más que con camisa limpia y la cartera abarrotada de billetes. Los clérigos más avanzados hacen problema de beneficencia lo que es, a secas, un problema jurídico. «La Caridad en los de arriba –como genérico deber moral, no como estricta obligación jurídica sujeta a sanción– y paciencia en los de abajo...» ¡para matar el hambre! Eso predican. Y cuando los trabajadores se organizan en círculos católicos ya sabemos de sobra lo que ocurre. Los utiliza la burguesía para las elecciones y los ponen en frente de otros obreros, como expediente para dar la victoria al capital. Son evidentes las tendencias conservadoras del clero, al menos en la vieja Europa. En América sucede todo lo contrario. En España, el clero fustiga más al socialista que al republicano, aunque el partido republicano ha sido siempre anticlerical y no lo ha sido, hasta época reciente, el partido socialista. Y los socialistas se han hecho anticlericales porque el clero no les ha ayudado nunca. La blusa huele mal, sin duda. Y cuenta que el clero hubiera ganado su batalla en nuestro país, sencillamente con haberse puesto en contacto con el pueblo, y haciendo suya la causa de este.

IV

Para terminar: las dificultades actuales entre la Santa Sede y España no significan otra cosa que el temor del Vaticano hacia una orientación social y política, fuerte y decidida, de las izquierdas españolas. El Vaticano desconoce nuestra situación actual. Perdida la esperanza en Francia, quiere redoblar su celo para con nosotros. No sabe que las fuerzas están muy divididas

[181] V.-Ireland. Ob. cit. (Nota del autor)

[182] No hace muchos meses que un cardenal romano hablando de la política española, expuso su creencia de que el Sr. Maura tenía un concepto más civilista del Estado que los liberales de este país. (Nota del autor)

en España. Ciertamente no toda España es Valencia, Madrid y Barcelona, pero tampoco es toda la nación Navarra y Vascongadas. Castilla, por ejemplo, se inclina más a Barcelona que a Bilbao.

El problema de las Órdenes Religiosas se ha convertido en un problema económico. Una asociación oficial, tan poco sospechosa de anticlericalismo como la Cámara de Comercio de Madrid, se quejaba, no ha mucho, de la competencia que hacían los religiosos de la corte a los comerciantes o industriales de ella. En este plano la cuestión, hay que reconocer que la invasión religiosa es excesiva. El Vaticano debe ser el primer interesado en cortarle de raíz para que los ríos no salgan de madre.

Pero todas estas cosas son escaramuzas, expedientes dilatorios del gran problema que se avecina. Las izquierdas quieren una reforma constitucional: esto es claro y evidente. El Sr. Canalejas no ha de conformarse con esa «ley del candado» inocente para un país donde la invasión ha tomado un carácter agudo. Se va a la libertad de cultos. La Iglesia puede tomar sus posiciones desde ahora. Si no sabe conquistar la democracia, perderá el pleito. Hasta ahora, al menos, las gentes han expresado sus preferencias anticlericales, pero no han hecho profesión de anticatolicismo.

Pero el estudio del problema clerical nos llevaría muy lejos. Nuestro trabajo se ha limitado exclusivamente a exponer las relaciones, no muy cordiales ni amistosas, entre el Vaticano y la democracia.

Prometeo (01-03-1911)

"Azorín" y Canalejas[183]

Azorín es frío y don José impetuoso; el ex diputado de Purchena no pierde la cabeza y don José es hombre de prontos. El periodista conservador es insidioso con su apariencia de ecuanimidad y... metidito en la farándula para hablar tan alto. Canalejas, quiere ocultarse de los enemigos como los calamares, bañándose en su propia tinta, y habla tan alto como el otro, porque sabe, que en último expediente, *Azorín* no puede ser su enemigo, lo que se llama su enemigo, sin tregua ni cuartel, ya que Maura terciará de arreglador. *Azorín* maneja el florete, que para achaques de duelo está siempre preparado el mozo, y Canalejas pega un varetazo para asustarse luego de su misma violencia.

Frente a frente ¿quién vencerá?

Porque es indudable que el Gobierno está preocupado, preocupadísimo. Se habla, se dice, se afirma, se asegura que... Y Canalejas desea limpiar el lodo que quieren arrojarle a los zapatos. ¿A él? A él, no, pero a sus amigos políticos, a alguno de sus colaboradores, sí.

Y quiero que se abran las Cortes para ver si alguna vez en el Parlamento resuena una palabra de pasión, de verdadera pasión, que es la verdad, la única verdad acaso. Maura, con gesto olímpico, desdeñará a *Azorín*, que ha tirado a los pies del buen abogado su gloria literaria de oro macizo por un acta pintoresca que hubiera obtenido lo mismo, de haber seguido en el plano en que empezó el autor de *La voluntad*.

Canalejas se dará por satisfecho. *Azorín* tornará a sus arremetidas, porque ha visto que no hay más que un procedimiento para derribar a Canalejas: aludirle personalmente. Y Canalejas es tan susceptible, que basta eso para descomponerle. A Maura, en cambio, no se le inquieta por un quítame allá esas pajas.

No sabemos nada de nada y el juego será como siempre entre cortinas. Entre cortinas, amigo *Azorín*, como jugaba Cierva. Esperaba yo con ardor, con fiebre, con dolorosa ansiedad el día de la caída del Gobierno de Maura, que su lugarteniente dijera toda la verdad de sus relaciones con esta Prensa. Y calló y no dijo lo que un hombre de civismo hubiera dicho, afrontándolo todo... Cuánto costaba el silencio y cuánto costaba el elogio.

Y ahora, querido *Azorín*, sucederá lo mismo. No vale la pena eso de hablar de una ética absoluta para referirse a la conservadora, ni es gallardo pellizcar para no herir mortalmente luego.

[183] Aunque la enemistad entre Azorín, conservador maurista, y el liberal Canalejas venía de lejos, en 1911 emprendió el primero una campaña sin cuartel contra Canalejas. Especial vitulencia alcanzá el artículo "Doce meses" –los que llevaba Canalejas como presidente del Gobierno– (ABC,18 de febrero de 1911) en que le acusaba de favoritismo en los nombramientos de cargos suculentos para sus amigos. Este es el momento que Sánchez Rojas aprovecha para hablar del asunto.

Y esto no es defender ni atacar a Canalejas, del que me separa la misma distancia que de los conservadores, de los republicanos o de los integristas. Quiero ver en cualquiera de los dos, en Canalejas, en *Azorín*, un hombre, y aquél ganará mi devoción por completo.

El Adelanto (02-03-1911)

El Señor Duque

El señor duque de Tamames se retira de la política y abandona el distrito de Ledesma, donde tiene el ilustre prócer la flor y nata de sus afectos. Bien quisiera enumerar el cronista los servicios prestados por el noble señor que tanto tiempo ha representado en Cortes a la hermosa villa castellana, pero son tantos aquellos, y de tal índole, y de importancia tanta, que no quiero que mueva la lisonja mi pluma. En dos cosas nos diferenciamos de Cervantes los escritorzuelos en agraz. La primera, en que no sabemos escribir como él escribía. La segunda, en que no dedicamos a los condes de Lemus de hogaño los partos de nuestra mente.

El señor duque de Tamames ya no usará en sus cartas el membrete de los que saben representar, con desgaire, como él lo hacía, las aspiraciones democráticas de nuestros labriegos, que pasan los inviernos sin lumbre, los veranos sin agua y sin dinero en toda sazón. Una corona ducal, el papel de la Peña o el entonado membrete del Senado ostentará ahora el señor duque cuando dirima, por escrito, alguna contienda de honor, invite a algún deudo a su mesa o interese a los poderosos por las suertes de Salamanca.

¡Y estaba bien el señor duque representando a Ledesma, doctor Pinilla! Ledesma es algo arcaica. Su alma murió con su pasado. Hasta aquel dichoso derecho de pontazgo que cobraba el duque de Sexto –¿era el duque de Sexto?– encajaba perfectamente con el tono, un poco feudal, de la villa evocadora y sugestiva.

¡Ledesma, el duque de Sexto, el duque de Tamames! Juntos estos tres nombres, invocan la historia vieja y la historia, algo más manoseada, de la Restauración. Ledesma nos recuerda las andanzas tumultuosas de don Beltrán de la Cueva. El señor del puente y Pepito Tamames –como lo llama Galdós– las andanzas de aquel rey barbián y simpático, de Alfonso XII, que ganó el Corazón del pueblo porque sabía hablar con su doña Mercedes a la reja cuando novio. Como su pueblo, chicoleaba las mozas guapas y metía el pico de la espuela en los hijares de los caballos andaluces, el gran amigo de Sexto y de Tamames.

El señor duque nos abandona. Un distrito es incompatible con el *toisón*[184]. Los reyes no se han fundido todavía con su pueblo, y entre las mercedes reales y los sufragios de la democracia, no puede ser dudosa la elección para un prócer. Pero su sombra seguirá flotando sobre Ledesma. Y Ledesma continuará –porque en la vida de los pueblos pesa más el pasado que el presente– prestando ahincada devoción al señor duque de Tamames y de Galisteo, grande de España, caballero santiaguista, que entrega a su hijo, como su mejor herencia en vida, el distrito salmantino. Ya veremos si Ledesma piensa que tales derechos se conquistan y no se heredan.

El Adelanto (10-03-1911)

De política

El señor conde de Romanones, tan amante de las castizas tradiciones parlamentarias, ha declarado que, por lo visto, no quieren discutir el asunto Ferrer[185] cuanto antes aquellos que más interés han tenido en *jalearlo*.

Subrayo la frase porque es la misma que empleó el señor conde. Perdonémosle la palabreja a quien tanto teme el desentono parlamentario, en gracia a que, por esta vez, el antiguo co-

[184] Se le había concedido el Toisón de Oro en febrero de este mismo año.

[185] Francisco Ferrer Guardia, anarquista, fue acusado de ser el promotor de la Semana Trágica de Barcelona (julio de 1909), condenado a muerte y ejecutado. Hubo protestas en el extranjero, comparando el caso con el francés Dreyfus. El caso salió a la palestra parlamentaria en España en julio de 1910 y en marzo y abril de 1911. Esta última ocasión es la que aprovecha Rojas para opinar sobre el asunto en este y posteriores artículos.

legial de Bolonia ha expresado, tan vivamente como suele, algo que está en la conciencia de todos.

Los republicanos, en efecto, no quieren discutir el asunto Ferrer, porque el éxito –diga lo [que] quiera la Prensa parcial, embustera y asalariada– será indiscutiblemente de los conservadores. Esto lo sabe todo el mundo y esto lo dice todo el mundo. Maura ganará uno de sus mayores éxitos personales con la discusión del asunto Ferrer. Y si Cierva aprieta como se dice, saldrán a la superficie todos los detritus hamponescos de nuestros políticos radicales. Es triste decirlo, pero yo, anticonservador, poco amigo del régimen, separado de la farándula, verso suelto de la copla de moda, debo seriamente declararlo.

De chasco en chasco caminaremos. No podemos seguir como seguimos. Es preciso que Canalejas modere sus nervios y que oiga los latidos de la opinión que se queja, que habla de inmoralidades, de dineros que no se emplean bien, de la no dotación de servicios, del excesivo aumento del parasitismo burocrático. No cree nadie en la Prensa. Ha comenzado a descubrir el secreto de sus entusiasmos y de sus rencores. Y en el coro, la figura íntegra del señor Canalejas, que nadie mancilla con la insinuación ni con la suspicacia, debe prepararse o al desgarramiento de ciertos personajillos o al abandono del poder.

Se opera una evolución enorme en los espíritus, porque la reacción contraria de la Prensa fue puramente artificial. Va a ser el pueblo quien imponga la vuelta de Maura, con Cierva al lado. Y el día que tornen los conservadores, más cercano de lo que muchos creen, no pasará nada en España. El *trust* se irá a pique, y con el *trust* otras cosas que maldita la falta que nos hacen.

El Adelanto (15-03-1911)

El señor Urzáiz

Continúa la Prensa republicana jaleando la feroz arremetida de don Ángel Urzáiz[186] a la política económica, lo mismo de los conservadores que de los liberales. Se trata, en efecto, de un discurso de violenta oposición al régimen. No ha dejado el señor Urzáiz, como suele decirse, títere con cabeza. Y gracias al cable generoso que tendió el señor González Besada al ministro de Hacienda, no ha quedado del todo mal el Gobierno, porque las metáforas del señor Canalejas no respondían concretamente al espíritu del discurso del disidente.

No sé si el señor Urzáiz tiene razón o no la tiene. Eso es lo de menos tratándose de políticos. Como el señor Urzáiz no dispone de rebaño, sus acusaciones no tendrán eficacia política. Todo se limitará a las dos sesiones sensacionales que ha reseñado la Prensa, y pasaremos a otra cosa.

Yo pienso, a las veces, cuando algún señor Urzáiz se levante en la Cámara, solitario y fiero, a decir con gesto de verdad lo que estima justo y pertinente, si vendrá, por este lado, la regeneración política. Y después de ponderar esto y lo otro, me contesto con dolor que no. El fracasado proyecto de las dietas a los diputados aplazó, por algún tiempo, el ingreso en el Parlamento de gente sana y briosa y aseguró, por una temporadita, el dulce usufructo de los marrulleros. La verdad disuena. Es además de mal tono.

Cuando el buen pueblo cree que alguno de sus caudillos se levanta en los escaños a defender una causa noble y justa, no sabe que detrás de aquello hay un tablado de Arlequín para recitar, con muecas de artificio, papeles de la vieja farsa.

Ayer tarde, en los pasillos, todo el mundo se preguntaba qué buscaba don Ángel Urzáiz. Y eso es lo triste. Que nadie crea en el desinterés de nadie. Que se pregunte, enseguida, a raíz de un libro, de un discurso, de un estreno, de una boda, de una visita, de un saludo cordial, de una carta efusiva, de un fuerte apretón de manos, qué pretende Fulano y cómo anda Fulano de dinero.

El *ABC,* esta mañana, comentando las incidencias parlamentarias, protesta contra la indefensión del Rey. En efecto, el sentimiento monárquico parece un mero pasatiempo retórico.

[186] El 13 de marzo el dos veces ex ministro de Hacienda Ángel Urzáiz, pronunció un discurso en las Cortes, haciendo responsable al rey de una propuesta de pago al 100% de la deuda pública exterior con el consiguiente beneficio de quienes la compraron a menor porcentaje. Fue la alusión a la responsabilidad real en su discurso lo que levantó una fuerte polémica.

Como el sentimiento republicano. La cuestión es vivir; luego se levanta el andamio para que nosotros podamos subir en él cómodamente y se estrelle el prójimo que no se ha dado cata de las dificultades de la ascensión.

El Adelanto (17-03-1911)

El nuevo gobernador

En los escritorios del Congreso he tenido el gusto de estrechar la diestra del nuevo gobernador de Salamanca, señor García Alonso. Cuatro palabras de cumplido, unos elogios a la franqueza del carácter castellano y la noticia de que dentro de cuatro o cinco días tomará posesión de la jefatura política de esa provincia, han constituido el tema de la entrevista.

El señor García Alonso es diputado a Cortes, en la actual legislatura, por el distrito de Yecla, provincia de Murcia. Ha sido siempre liberal. Esta noche marchará a Yecla a inaugurar unas escuelas. A la vuelta, marchará a Salamanca.

El señor García Alonso es un señor agradable, simpático... Parece un hombre de dulce y bondadoso carácter. Representa tener unos cuarenta y tantos años de edad. Su bigotillo entrecano, sus ojos vivos y despiertos, su figura exigua y atrayente, cautivan la voluntad desde el primer momento. Naturalmente, no he tratado de interviuvar [sic] al señor gobernador. Me hubiera expuesto un programa análogo al que exponen todos los funcionarios públicos. Hablar además de un pueblo que no se conoce todavía, de la política que en él conviene desarrollar, de los intereses que deben fomentarse con particular esmero, hablar en abstracto, sería una candorosa puerilidad.

Un detalle. Al presentarme al señor García Alonso, dijéronle que era colaborador de EL ADELANTO.

– Es muy antiguo ese periódico –me replicó.

– Sí, señor. Lleva veinte y tantos años de vida.

– Cuando yo era periodista...

El señor García Alonso ha sido, pues, periodista.

El Adelanto (21-03-1911)

Carlistas pintorescos

Días pasados, en los pasillos de la Cámara popular, el joven y simpático diputado carlista señor Salaverry, cuentan que dijo a su jefe, el bondadoso señor Feliú:

– Amigo don Bartolomé, no podemos consentir eso que quiere hacer Canalejas con el rey de Italia.

Y don Bartolomé, mirando al techo, sonriente, benévolo, amigo de dar gusto a los chicos en sus expansiones, dicen que replicó:

– Sí, Rafaelito, sí. ¡No podemos consentir eso!

Eso era protestar contra el nombramiento de coronel honorario del regimiento de Saboya a favor de Su Majestad Víctor Manuel III, rey de Italia.

La exigua figurita del nieto del libertador endosará, sin embargo, gallardamente, el uniforme de coronel español. En buena hora liquidan don Alfonso y Víctor Manuel la mutua, inevitable antipatía de sus abuelos, el patriarca de la tercera Italia y la reina de las mantillas de blonda.

El Palacio de Oriente y el Quirinal tienden un cable de inteligencia, sin pasar por Turín, donde el caballeroso don Amadeo llorara sus amarguras y las veleidades de este pueblo que no gusta de los macarrones y prefiere los callos.

Salaverry no debe asustarse del nombramiento. Es de suponer que todo ello quede en una fórmula. Más bien que para halagar al Quirinal, se habrá extendido ese nombramiento para asustar a los vaticanistas que no se asustan de nada. Antonelli ha resucitado con todas sus astucias en Merry del Val. Si el buen cardenal español cae en las redes, don José se frotará las manos de gustó. Ahora que don José empieza su viaje cuando la Curia del sacro colegio está ya de vuelta.

Por lo demás Italia existe, aunque proteste Rafaelito Salaverry. Por eso miraba al techo, compungido el bueno de don Bartolomé Feliú.

Y lo peor del caso, señores míos, lo peor del caso, es que el Quirinal se entiende, de vez en cuando, con el Vaticano.

Acabo de traducir un libro que diserta sobre esas inteligencias[187].

Se lo mandaré a Salaberry para si los azares de la suerte le llevan algún día a endosarse el rojo capelo y el anillo de amatista.

¡Estaría encantador el simpático diputado por Tolosa!

Sería digno, no de la grosera pluma de Zola, sino de los pinceles elegantes y espléndidos del gran Tiziano. La figura, roja, descansaría en un fondo de púrpura. Sobre un verde veronés, los cipreses, elegantes y esbeltos, pondrían una nota de sobriedad y buen gusto.

El Adelanto (23-03-1911)

El señor Cobián

Ese mozuelo irreverente de Manolo Bueno, diputado de la mayoría, escribió del señor Cobián que "es un viajero que sólo se detiene en las estaciones donde hay fonda". *Gedeón*, ese periódico que regocija a los espíritus frívolos y superficiales, ha dicho también del ministro de Hacienda, entre burlas y veras, una sarta de ferocidades. En los círculos políticos, el remoquete burlesco de *monsieur Combien* ha dado que hacer bastante a la sin hueso de toda suerte de desocupados. La palabra "peculado"[188], puesta en circulación por el señor Urzáiz, que la tomó de un libro inglés envuelto en una cubierta con los consabidos fosos de Montjuich, ha llegado a la Bombilla...

Y con todo eso, el señor Cobián no abandona su poltrona. Se apaga en los espíritus el eco del señor Urzáiz. Hubiera este político austero y solitario pronunciado su discurso en Inglaterra y se hubiera conmovido la opinión pública enormemente. Pero en este pobre pueblo mío no hay opinión. Comenta con viveza, discute a voz en cuello, juzga con el instinto la política de sus gobernantes, y vuelve, con la voz ronca, a su apartamiento, a su dejadez, a su escepticismo.

La fuerza de los Gobiernos en España estriba precisamente en la indiferencia pública. Algunos periódicos mienten, falsean la verdad, hacen campañas perfectamente canallescas porque la masa de lectores no sabe castigarles con su desvío. Y así vivimos. Nuestra hacienda es una banca nacional donde todo el mundo juega con fichas. Nuestra enseñanza es un simulacro de educación y una fábrica donde nos capacitan para la vida a costa de estropearnos y anquilosarnos el espíritu. Los presupuestos, como dijo Francisco Nitei, de los de Italia, son la lista civil de nuestra clase media, asustadiza, cominera, alejada de los ideales que ennoblecen y dignifican. Nuestra aristocracia no es espejo bruñido donde aprenda el pueblo la virtud ciudadana, sino desván de trastos viejos, donde se amontonan inútiles que descienden de héroes, burgueses enriquecidos de ascendencia hampona, astutos y hábiles, galeotes de la realidad, que llevan a gusto las cadenas de la cuquería, de la habilidad y del arribismo. Y en este pueblo mío estas conmociones rápidas se parecen a esos retorcimientos agónicos de los moribundos que no quieren marcharse de la vida.

El señor Cobián no deja su poltrona. Yo no censuro ni aplaudo ciertas preferencias. Bien estará el señor Cobián en el caserón de la calle de Alcalá cuando no sale de él ni a tres tirones. Si yo fuera monárquico, pediría la dimisión del ministro de Hacienda, porque debieran ser incompatibles la abogacía de la real casa y la cartera de Hacienda. Si fuera republicano reforzaría el argumento para hacer resaltar los inconvenientes de la monarquía. Y con esto no aplaudo, ni censuro, ni creo, ni dejo de creer cosa alguna.

Ha sido significativa la diatriba del señor Urzáiz, pero, ¿no os parece, lectores, mucho más significativa la permanencia del señor Cobián en el Ministerio?

Y luego dirán los senadores mauristas que son de mal tono ciertas insinuaciones de la Prensa radical...

El Adelanto (25-03-1911)

[187] Se refiere a la *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general* de Benedetto Croce publicada en 1912 con prólogo de Miguel de Unamuno.

[188] Palabra en desuso en Derecho que significa "malversación de fondos públicos" y que volvió a la vida el señor Urzáiz en un discurso del que ya trató Sánchez Rojas. Véase "El señor Urzáiz", *El Adelanto*, 17-03-1911 (O.C. Tomo III, página 213).

La claque

– Bien aplauden ustedes, los ministeriales, a Canalejas. Necesitan subrayar todos los párrafos para que nos enteremos los de las tribunas de su elocuencia.

– No, yo no aplaudo. ¡Fíjese usted bien en mí, hombre! ¡Para aplaudir, *este*!

Este, que se acerca al grupo, es hijo de un personaje de esta dichosa edad de los personajes. Es gordo, molletudo, risueño. Lleva un soberbio roten, regalo, sin duda, de su papá, cuando hizo la primera comunión.

– ¡Aplaudo de corazón a don José! No soy como tú de los tibios –contesta el hijo de Fulano.

– Quien debe tener las manos heridas –insisto yo– es Zancadita. ¡Adiós, Zancada!

Zancada, en efecto, es una institución en esta edad en que quieren tirarse todas por la borda. Es la sombra de don José, el apéndice, la cola. Toparse en los pasillos con las gafas inquietas del presidente, con su gesticulación pintoresca, con sus palmaditas, sin encontrar, luego, el chaquet, la sonrisa, el espinazo y el juego de bastón de Zancadita, es algo tan absurdo, tan interiormente contradictorio –que diría un filósofo tudesco– que no puede darse, ni acaso concebirse. Zancadita inicia siempre los aplausos. No importa que don José acierte o que vaya mal, que a ratos también dormita Homero, y Canalejas no es Homero precisamente. Zancadita rompe el hielo con una fe, con un entusiasmo, con una fuerza, con una convicción, que revela bien a las claras que el joven secretario no olvida las infinitas sinecuras –una plaza en Reformas sociales, un acta del Gobierno, la secretaría del presidente, un puesto en el *Heraldo*, etcétera, etc.– que le ha valido su democracia.

Faltan otros notables de la *claque*. Dos diputados rurales. Dos hijos de ministros. Un joven director general que acaba de dejar la teta del ama de cría. Tres periodistas del *trust* que han tomado en serio los conocimientos sociológicos de Merino. He aquí –empleemos la grave entonación de un artículo de fondo– las fuerzas parlamentarias con que cuenta la monarquía en este desventurado país nuestro. En la mayoría hay también intelectuales. Todos pertenecen a la categoría de los plumíferos: Dionisio Pérez, Manuel Bueno, Luis Morote, Fernando Soldevilla, etc... etc. Mas el intelectual, por antonomasia, es Luis Morote. No se puede sostener una tesis atrevida, no se puede citar un autor de extranjis, sin que don Luis afirme o niegue, como autoridad infalible, con la cabeza. También Zancada hace este linaje de gatos cuando habla don José, siempre afirmativos. Jamás ha existido la más pequeña discrepancia entre presidente y secretario.

De *claque*, de autoridades infalibles, de indiferentes y de vivos, con pequeñas, pequeñísimas excepciones, está compuesta la mayoría. Predominan los abogados, los hijos y los sobrinos luego; la prensa ostenta su legítima representación; siguen unos cuantos buenos chicos que vienen a pasar el rato en el *buffet*. Y así vamos tirando.

El Adelanto (27-03-1911)

El discurso de Soriano

Llego al Congreso cuando el señor Soriano ha terminado su discurso. Pregunto. Todos los conocidos, republicanos, liberales, conservadores, carlistas, convienen que aquello ha sido una decepción; ya os anticipaba yo esto mismo en uno de mis comentarios anteriores. Un senador de la mayoría, muy inteligente y muy amigo mío, resume su juicio en estas palabras:

– Se diría que el señor Soriano está de acuerdo con Canalejas, con los conservadores, con todos. Hay aquí algo que no entiendo y que huele a inteligencia.

Por lo demás, el efecto del discurso ha sido nulo. Soriano se ha convertido de actor cómico en leguleyo acartonado. Y no ha ganado, sino que ha perdido mucho con el cambio. La Cámara se ha distraído completamente. Moral de Calatrava tenía el encargo de telefonear a casa de Cierva si Soriano apretaba. Pero comenzó a divagar, una interrupción un poco agria del militar señor Amado le descompuso, y Moral... dormitó plácidamente en los escaños.

Confirmo plenamente la versión de mi amigo el senador, versión sincera y noble, porque el político en cuestión ni vive en la política, ni le ciega su partido, ni cree en agüeros ni cosas supersticiosas; además tiene opinión formada en el asunto.

Los radicales sonríen de este Soriano tan parlamentario, tan respetuoso, tan poco fiero. ¡Leeremos *España Nueva* por la noche para regocijarnos! Los conservadores, que estaban sombríos y cariacontecidos al principio de la sesión, sonríen y bromean, como lo que son, como buenos chicos. Maura, radiante y sereno, estrecha la mano de algunos colegas. Dato, tan impecable como siempre, tan correctamente vestido como siempre, entra en el *buffet* con cara de satisfacción plena. Hasta Canalejas, que también temía irse a pique con el chinarro del debate, aparece risueño y tranquilo, cortesano, como si bailase un rigodón en el casino de Alicante.

Salimos del Congreso. La primera de abono, como todas las corridas que subvenciona la Prensa, ha sido aburrida, plácida, poco interesante y monótona. La comparación es de un diputado de la mayoría que tiene un entusiasmo loco por Vicente Pastor. Os contaré mañana los incidentes de la segunda, si es que tiene incidentes. Me temo que no.

Y la razón es clara. Para pedir la revisión, no hay más que un solo camino: atacar al Ejército. Y a eso no se atreven los señores republicanos.

Y no cabe desglosar esa cuestión del debate. El Tribunal que condenó a Ferrer, tenía la convicción moral de su delincuencia. Y con el Tribunal, la opinión pública. Esa opinión pública, callada, mansa, de las reboticas, de los casinos, de los paseos solitarios y dulces de los pueblos chicos. Como Maura, como Dato, piensan en esta cuestión don Juan el boticario, don José el procurador, Manolita, doña Ramona, nuestro amigo Pepe. También he de escribir yo mi parecer en estos días en que todo el mundo lo encubre. Yo lo hubiera condenado, a secas, por su detestable labor de pedagogo. Y es triste vivir desenterrando a un muerto. Pero más que él vale España. Y España está en entredicho todavía por un fusilamiento, que de haberlo realizado Inglaterra, nadie hubiera tenido que oponer nada.

El Adelanto (30-03-1911)

Socialismo y obrerismo

El que examine los actos del partido socialista español, en los nueve meses escasos que lleva de vida parlamentaria, tendrá que lamentar, seguramente, de la ineficacia de su labor y, sobre todo, del carácter exclusivista, de casta, que tiene esa agrupación en nuestra vida pública. Quien estas líneas escribe tiene simpatías mentales por el socialismo; no se trata, pues, de un articulo de oposición sistemática.

El partido socialista español está representado por un solo hombre. Pablo Iglesias, no es, entre nosotros, el hombre del socialismo, sino el socialismo mismo. El carácter ofensivo de ese partido es obra de su jefe, como lo es también el carácter exclusivamente obrero que ostenta.

La conjunción republicano-socialista ha sido, y muchos lo creen así, aunque no tengan el valor de decirlo públicamente, una equivocación lamentable de Pablo Iglesias. Distinguíanse los socialistas por la pureza inmaculada de su credo y por la austeridad impecable de su conducta política. Estaban divorciados de los monárquicos y de los republicanos. Se trataba de una lucha de enconado carácter económico, y republicanos y monárquicos eran igualmente burgueses. El burgués: he aquí el enemigo. Pablo Iglesias tenía alejadas sus huestes de las disputas caseras de la política al menudeo. Y de pronto, tomando posiciones en la lucha, cae del lado del republicanismo, teniendo que posponer, por exigencias de la mecánica política, el problema económico al más accidental del régimen, como si este tapase a aquel, como si no fuera esta sospecha negativamente resuelta por la historia política de todos los pueblos.

Mas al unirse con el partido republicano, el socialista ha debido dejarse influir por aquel en el sentido de renovar su personal. El partido socialista no es hoy, en ninguna parte, el partido del proletariado. En Italia, en Francia, en Alemania, en Suiza, en todas partes donde las clases comienzan a tener conciencia política de su misión, es el partido de la clase media. Profesores, médicos, abogados, ingenieros, estudiantes, nutren sus filas, dándole alientos de ideal, sentido de colaboración social, carácter marcadamente pacifista, y, por ende, patriótico. La cuestión de régimen –cuestión completamente bizantina hoy para el derecho político– no preocupa grandemente a la clase media. El proletariado intelectual es mayor cada día. Sus derechos, en el fondo, no son opuestos, sino paralelos a los de la clase obrera. El empleado público –profesor, militar, juez o cura– es tan víctima del acaparador, del monopolio, como el obrero del patrono rígido e inhumano. No hay, pues, una cuestión para el pueblo y otra distinta para la mesocracia. Junto a la mezquindad del salario, está la pequeña del sueldo.

Pues Pablo Iglesias, en el Parlamento, se ha preocupado exclusivamente de dos cosas. La una, de definir, de marcar, de acentuar el carácter revolucionario, marcadamente antimonárquico, de su partido. La segunda, de acentuar también, con viril y serena elocuencia, la incompatibilidad del obrero, no ya con las clases altas, sino con la clase media. De ese modo, se condena a la esterilidad política. Con Pablo Iglesias no pueden codearse las profesiones liberales que padecen de un malestar hondo, las clases neutras que antes veían con simpatía el alejamiento de los obreros de la política menuda, el espíritu liberal del país que ve una amenaza constante en la existencia de un partido que no repugna el empleo del puñal y de la dinamita por una simple sustitución personal que, seguramente, no había de beneficiarle.

La política no puede hacerse con lógica abstracta, sino con la flexibilidad, amoldándose al momento, entre contradicciones, caídas y reparos. Maquiavelo se reiría de Bebel, como Sagasta, rascándose la barbilla, se reía de los teorizantes rabiosos de la oposición. Está bien que el partido socialista condene la guerra como procedimiento, pero está mal que se arrogue el monopolio de definir su licitud o ilicitud en un momento dado. Los socialistas alemanes, rabiosos enemigos de la guerra, no se oponen jamás a que se aumente el presupuesto militar cuando Inglaterra lo aumenta. El socialismo francés no es incompatible con la expansión colonial. Y para nosotros, Marruecos representa a la larga eso, un problema de expansión, no un negocio de minas de caballeros particulares.

Los socialistas españoles –triste es decirlo– son el caballo blanco de sus colegas europeos y España el teatro de ensayo de las andanzas internacionales. Unamuno decía recientemente en Oviedo que Jaurés, cuando visitó Berlín, se sintió profundamente francés, buen hijo de Tartarín; eso es lo humano y lo natural. Pablo Iglesias, en cambio, se siente cosmopolita en Stokolmo; esos son los inconvenientes de la rigidez mental.

Pero es que en España no hay socialismo. Hay un partido obrero revolucionario, que es otra cosa. Y mientras no se modifique, remueva y oreé su subsuelo, cambie de táctica y deje su carácter exclusivista, el *obrerismo* español irá de tumbo en tumbo, por no haber unido su suerte a la del proletariado intelectual, que tiene un amo que no le permite huelgas y que le despide para siempre…

Nuevo Mundo (30-03-1911)

Melquíades Álvarez

El discurso de Melquíades Álvarez ha sido un verdadero acontecimiento parlamentario. Los escaños y las tribunas hasta los topes. Ovación en los pasillos. El discurso del señor Alvarez fue coreado por una carcajada histérica, terrible, de don Antonio Maura, por una interrupción desdeñosa de Cierva y por los signos claros, manifiestos, evidentes de asentimiento en las filas ministeriales, que pusieron en grave aprieto al Gobierno, golpeando los pupitres para que callara el señor ministro de la Guerra.

Prescindo ahora del aspecto jurídico del proceso. Cuando termine estos artículos que la actualidad me impone, hablaré de esto. Lo interesante del discurso del señor Álvarez ha sido su aspecto político. En este terreno ha sentado sólidamente dos proposiciones. Primera, que el Ejército, constitucionalmente, no es inviolable. Segunda, que los liberales entraron en el poder, precisamente, como protesta a la política de Maura en la represión de los sucesos de Barcelona.

No tenemos para qué ocuparnos de la primera proposición. La soberanía reside en las Cortes con el Rey. El Ejército no debe molestarse porque se discuta una sentencia de un tribunal militar.

Nadie ha puesto en duda que los jueces tenían la convicción moral de la delincuencia de Ferrer. Nadie puede tampoco poner en duda que tales jueces, obrando rectamente, puedan equivocarse, que al fin son hombres de carne y hueso. El señor Álvarez, amante de la ley igualitarista, común para todos, declaró que a Ferrer se le había condenado con una débil prueba indiciada. Pero, ¿en qué quedamos? Si la ley suma es la suma injuria, según el aforismo romano, ¿para qué en nombre de la libertad, con objeto de precavernos contra la ley abstracta, dura, contra la *lex summa*, aplaudimos al Jurado, por ejemplo? Los jurados juzgan por impresión, por indicios. Por indicios y por impresión los magistrados que aplican los preceptos legales a la calificación impresionista de los jueces populares.

No puedo tener una opinión firme sobre el proceso Ferrer, porque si poseo la verdad documental, la que me da el sumario, carezco del conocimiento exacto, preciso, de la personalidad de Ferrer.

La segunda proposición política del discurso del señor Álvarez no puede ser refutada. Moret pedía el poder en el Parlamento para aquietar esta opinión, artificiosa o no de Europa. Los liberales subieron al poder a raíz de la muerte de Ferrer.

Canalejas, entre la espada y la pared, no tendrá más remedio que aplaudir la conducta de los conservadores, en cuyo caso reniega de su partida de bautismo, o que censurarla abiertamente, y entonces será imposible prevenir la gravedad de la situación. Este ha sido el resultado político del discurso del señor Álvarez. La tempestad está en el horizonte; no parece que se resuelva en lluvia bienhechora. Además, Pablo Iglesias intervendrá en el debate.

Y el momento culminante, emocional, trágico acaso, de las jornadas parlamentarias de estos días, llegará a su tensión máxima cuando se despeje la actitud del jefe de los socialistas españoles.

El Adelanto (01-04-1911)

La situación

He preferido callar estos días para no adelantar juicios que la realidad se encargaría luego de ir rectificando poco a poco. Nadie puede lanzarse a nadar en las aguas de la política española, porque en ella el arbitrio y la eventualidad son factores de harta importancia, y la lógica, la previsión racional de los acontecimientos y el mero buen sentido, elementos subalternos y borrosos.

El sábado estaba el horizonte anubarrado. La comunicación de la crisis al Congreso fue acogida con expresivos y fuertes rumores de protesta. La situación era gravísima. Todos se daban cuenta del peligro, y había una enorme expectación en todas partes. Cambió rápida la escena el domingo; los mismos republicanos no escatimaban sus aplausos al Rey.

Se hablaba de la vuelta de Canalejas con Moret; se aplaudía el proceder de Luque; se comentaba favorablemente la gallarda actitud de la Conjunción y la débil e inexpresiva de los radicales. Luego se formó el Gabinete: un Gabinete incoloro, débil, no muy simpático a las Cámaras, flojo. Volvió a temerse que la crisis puede volver a estallar mañana, pasado, dentro de quince días. Y en este momento se presenta el Gobierno flamante en el Congreso. La solución no satisface del todo. Será bueno esperar con cautela...

La interpelación del señor Azcárate ha sido decisiva y terminante. Prudente y cautelosa, aunque terminante y decisiva también, la réplica del señor Canalejas. "Yo no creo –decía el señor Azcárate– que el Ejército se haya conjurado para provocar la crisis. Pero si lo creyera, lo diría. El Parlamento puede discutir, no actos de este o de aquel militar, sino del Ejército. Recabo esa libertad que está escrita en nuestra Constitución." El señor Canalejas sancionó la doctrina del profesor republicano "si bien dentro de la mayor prudencia."

"Pero la prudencia –dijo después Azcárate– no debéis aconsejarla en este caso, sino en todos, discútase a quien se discuta, y no para estos escaños, sino para esos (los de los conservadores), y para los de enfrente."

La danza macabra del sábado se ha disipado con la luz. Poco, pero algo hemos ganado. Los conservadores, que querían amar ellos solos a ciertas instituciones, se han incapacitado, desde la zancadilla fracasada, porque son ineptos para gobernar un pueblo que poco a poco va reaccionando.

El Adelanto (07-04-1911)

El señor La Cierva

He de confesar honradamente que a medida que se va discutiendo el proceso Ferrer voy rectificando no pocos de mis juicios y apreciaciones sobre el asunto. Entonces me parecía

defendible la posición de los conservadores y hoy no me lo parece. La justicia no puede estar reñida con la obscuridad. Por encima de Ferrer, de su memoria, de los triunfos personales de Cierva, está el Parlamento. Y no se puede atacar su independencia como la ha atacado Cierva, queriendo arrastrar, para la satisfacción de un triunfo político, la libertad de pensamiento.

Odioso me ha parecido estos días Cierva. Está bien que se defienda, que ataque, que oponga arrogancias a procacidades, desplantes a mentiras, insidias a suposiciones. Lo que está mal, muy mal es que trate de envolverse en la bandera del Ejército, que convierta un capricho suyo en un peligro público, que contribuya con sus violencias y acometidas a que siga cargado de electricidad el ambiente político.

¿Qué voy a decir yo de sus discursos? El señor Cierva es pesado. Sostiénese siempre en el mismo tono, pone una gran cantidad de pasión en los ataques, es –el que acusaba a Melquíades Álvarez de curialesco– un abogado más, un abogado como otro cualquiera que a las veces, pocas, envuelto en las brumas del convencionalismo parlamentario, tiene un arranque de cruda sinceridad.

No sé quién ha comparado la faena de sus discursos al torero que, después de aburrir toda la tarde a un público benévolo, acierta, en la hora suprema del aburrimiento general, a matar al toro entrando por derecho, clavando el puñal en los mismos rubios[189], mojándose los dedos. ¿Se dice así, *Timbalero*?

El señor Cierva es agresivo. Comprendo que este hombre suscite tantos odios en torno a sí.

El señor Cierva es insidioso. Usa los mismos procedimientos polemísticos que sus enemigos, y allí donde la razón no llega, llega su perfidia.

Desgraciada ha sido su defensa.

Bien está que no arroje flores en la tumba de Ferrer –yo tampoco las arrojaría– pero tampoco deben echarse salivazos. La figura del pedagogo catalán gana con el ataque de Cierva. Puesto el exministro conservador a buscar responsabilidades a través de la vida errante de Ferrer, este parece un monstruo de perversidad. Y ni una cosa ni otra. Valen bien poco los hombres vistos de cerca. Y Ferrer era un apacible burgués racionalista, solitario, receloso, desconfiado, no muy sobrado de recursos cerebrales, pedante, amigo de las buenas mozas, víctima de las veleidades de Soledad Villafranca, caballo blanco de Portet, admirador del Max Nordau, espíritu práctico, organizador, farandulero de la tramoya anarquista. He visto claro en este hombre, después de leer un opúsculo de su incondicional admirador el anarquista Bertrán, opúsculo de cuarenta páginas que me ha enseñado más que los nutridos Diarios de sesiones de estos días. Ferrer, visto de cerca, a través de un admirador y de un amigo, es un declamador como todos los anarquistas. Alma de fanático la de Ferrer, fue el prototipo de lo que el doctor Simarro llama un revolucionario. Acaso no acertaría a jugarse la vida en las barricadas, pero daría dinero a los revoltosos; dinero y libritos racionalistas de su casa editorial.

A los republicanos les ha faltado el valor de reducir a sus justos límites la figura de Ferrer. Recordaréis que el discurso de Rafael Salillas de Junio del año pasado, no fue acogido con simpatía por los suyos.

Cierva ha engrandecido, en cambio, la figura del vulgar hombre siniestro.

Odia Cierva con toda su alma, no ya a Ferrer, que es el pretexto, sino a los radicales. Y este odio, que es su fuerza, será también su fracaso.

Hay una tremenda conjura conservadora contra Cierva y Maura. Estos hombres han tapado el histórico partido conservador, el liberalismo templado de los Dato, de los Toca, de los Bugallal, de los Besada, con la arrogancia de su figura y con el estallido de sus pasiones. El partido –eso se susurra– casi todo el partido les pedirá que se vayan al desierto, para que los amigos de Cánovas reanuden la tradición del glorioso jefe. Y es posible que en estos días se determinen actitudes nuevas, muy ocultas para el gran público y aun para el que presume de enterado.

Cierva, en conjunto, ha empleado en sus oraciones parlamentarias el recurso que en ciertos artículos emplean periodistas que viven defendiendo, contra viento y marea, así los aciertos como los yerros de las personas que les socorren en las horas negras de la calamidad. Donde no caben razones, se emplean las insidias; donde las insidias no bastan, se acude a las suposiciones fantásticas; donde se discute una cosa política, se acude al terreno personal e íntimo, que nadie debe violar nunca.

[189] Rubios: Centro de la cruz en el lomo del toro. *El Timbalero*, pseudónimo de José Sánchez Gómez, era un conocido cronista taurino de Salamanca y amigo personal de Sánchez Rojas.

A las veces se me antoja que no hay más que ciertas diferencias, aparentes tan sólo, entre Cierva y sus enemigos, los periodistas y políticos que él combate con saña. Allá se anda la dialéctica de unos y de otros. Ahora, que Cierva defiende el tinglado conservador y los otros el andamio republicano. Pero, en el fondo, se liquidan pobres cuestiones del amor propio herido.

El Adelanto (08-04-1911)

El folleto de Bertrán

Luis Bertrán, anarquista catalán, profesor de las escuelas de Ferrer, hombre rudo y sincero, acaba de escribir un folleto. El folleto da más luz sobre la personalidad de Ferrer que los recortes de Cierva, la interesada intervención de Emiliano Iglesias, la habilísima discreción de tira y afloja del banco azul y la Prensa de todos los matices con todo lo que viene escribiendo sobre el amigo de Soledad Villafranca. Deber moral de todo español, que sienta que al discutir a Ferrer se discute la cultura y la libertad de su patria, es divulgar las ideas de ese folleto. Está escrito en serio.

Luis Bertrán era amigo, admirador, discípulo, confidente de Ferrer. Bertrán, a pesar de ser anarquista, es inocente, candoroso, infantil. La defensa de su amigo, la acusación a sus testamentarios Soledad Villafranca y Portet, por no haber invertido el dinero que les legara Ferrer para escuelas en la divulgación de sus ideas pedagógicas, es el capítulo –¡hecho de buena fe por el apologista, además!– de cargos más feroces que pueden hacerse contra Ferrer, pedagogo, contra sus escuelas, que eran plantel de liviandades; contra sus colaboradores, gentuza que prostituía la infancia. Veámoslo.

Bertrán cree en la pedagogía de Ferrer, admira sus procedimientos, exalta sus declaraciones, elogia la holgura de la bolsa del fusilado de Octubre de 1909. Se lamenta de que Soledad esté en París, viviendo con lujo, espléndidamente, aprendiendo portugués y cortando los cupones de papel del Estado. Portet, otro testamentario, anarquista, viaja, se le ve en Roma, en París, en Londres, en Bolonia, en Ginebra, en grandes hoteles. Ambos, encargados de continuar la obra de Ferrer, de reabrir sus escuelas, viven ocupados en muy otros quehaceres. Bertrán, indignado, protesta, con hermética convicción de un fanático, con la pasión del recuerdo de la amistad de su maestro Ferrer, del olvido y de las dilaciones de sus testamentarios. Es el valor grande del folleto esa convicción de Bertrán, que chorrea sinceridad, crudeza, verdad por todos sus poros.

Ferrer, para Bertrán, no tiene peros. Es un hombre frío, razonable, lógico, esquivo, silencioso. Su bolsa se abre para todos los anarquistas. Dios es el mal para Ferrer. Descristianiza las gentes así, en bruto, con blasfemias baratas, con el ardor de un zapatero ácrata, con el lenguaje de aquel anarquista "fin de siecle" que quiere alimentarle de carne de obispos y de salchichón de banqueros. La cultura de Ferrer cabe en un papelito de fumar y aún sobra espacio. Estos son comentarios míos, derivados imparcialmente de la lectura del folleto; Bertrán, naturalmente, no dice eso.

Se enamora Ferrer de Soledad, cuando Mateo Morral es profesor de lenguas de la Escuela Moderna. Soledad es... mujer. Acepta las caricias del viejo que la ama con locura, porque el amor se traducirá en trajes, en joyas, en medias caladas, en dinero, en posición. No es el amor quien une a la guapa hembra con el hombre peligroso. De no haberse tropezado Soledad en su camino con Ferrer, Soledad hubiera casado, sin sobresaltos, fríamente, sin el menor adarme de pasión, con el primer hombre, macado o no, que la hubiera pretendido. Tan vulgar como la historia, es la inteligencia de la guapísima mujer. Dentro de ella hay una hembra de rompe y rasga, sensual, con tendencias a la chulería. Ferrer, que tiene la manía pedagógica, convierte a Soledad en profesora. Soledad, en sus clases, enseña el molinete de *La gatita blanca* –léase el folleto– a sus alumnas, las muestra, con la vanidad de la plebeya que ha logrado dominar la voluntad de un hombre rico, las facturas del modisto. Mateo Morral, voluntarioso, se enamora de Soledad. Y fíjese lector en una cosa. Tales ataques de Bertrán a la Villafranca proceden de la falta de respeto de la arrogante navarra a Francisco Ferrer. Morral es una víctima de los hechizos de Soledad que acepta hoy con una mirada ambigua y rechaza mañana con un gestecico de desagrado la devoción de Mateo. Parece que se piensa ya en la bomba; en elogio de Ferrer, insinúa Bertrán con el mayor candor, la sospecha. Como Ferrer es hombre que ante el fin no reparaba en medios como buen revolucionario –véase el libro de don Luis Simarro– con el acto

de Morral se deshace de un enemigo de su felicidad y logra, al mismo tiempo, una aspiración secreta de su espíritu. Muerto Morral y Ferrer en la cárcel, Soledad se olvida de éste, acogiendo las caricias de un abogado, diputado radical ahora, fogoso y joven.

Sabe Ferrer los desvíos de su amiga, niega esta y niega el abogado y Ferrer perdona y olvida.

Leyendo este folleto, nos damos perfecta cuenta de los personajes del anarquismo barcelonés. Vistos de cerca, son unos fanáticos ignorantes y malvados. Y el testimonio de Luis Bertrán no puede estimarse como sospechoso.

El Adelanto (10-04-1911)

Balance

Se han cerrado las Cortes al comenzar la semana de pasión. Brevemente, resumiremos el debate. Los conservadores han estado muy mal, a excepción de Ventosa, Lerroux no dijo nada de lo que la gente esperaba que dijese. Parecía desorientado. Atacó a sus enemigos atalayándose en una trinchera ultraconservadora. Corominas habló humanamente. Pablo Iglesias, sin sujetarse a los convencionalismos de rigor, tornó a las amenazas, descomponiendo a Canalejas, que por cualquiera cosa se descompone. Y se concluyó el debate.

Pero rebrotará. Rebrotará continuamente, no por el pleito personal de los fusilados en Septiembre y Octubre de 1909, sino porque la opinión liberal ansía la reforma del Código de justicia militar y la derogación de la ley de Jurisdicciones. Ya sabemos todos hasta dónde llega el liberalismo del señor Canalejas.

Canalejas subordinará todo su programa a la permanencia en el poder y enterrará sus palabras con sus actos. Su posición en este debate ha sido muy poco gallarda, mucho menos que la de los conservadores; estos, al fin y al cabo, se defendían con vehemencia de ataques durísimos y concretos. Es fácil predecir el fin del señor Canalejas. Presentará la ley de Asociaciones; la aprobará el Congreso, con un simulacro de oposición carlista.

En esta tarea sorprenderá Junio a nuestros legisladores. Luego, vendrán las vacaciones veraniegas. En las dulces tardes de Octubre, se abrirán de nuevo las Cortes. Discutirá el Senado el proyecto de ley. Canalejas morirá queriendo tremolar la bandera anticlerical. Aplaudirán los periódicos. Y volverá Maura o no volverá Maura; vendrá, de todos modos, el partido conservador.

Canalejas nos dirá en su agonía que le han matado los bonetes. Nos reiremos los liberales de las palabras del señor Canalejas. Nos reiremos porque ya conocemos el secreto de su debilidad.

El Adelanto (12-04-1911)

El primer acto

Y se han abierto las Cortes. ¿Para qué se han abierto las Cortes? ¿Qué más da que estén abiertas o cerradas? ¿Qué nos importa eso a los españoles? ¿Qué tiene que ver la opinión española con la farándula política, los intereses nacionales con el compadrazgo de unos cuantos, la opinión liberal con Canalejas, con éste o con aquél?

¿Representan algo los representantes? A excepción de Cataluña, con alguna salvedad más harto mezquina, ¿para qué vienen al Congreso todos esos diputados castellanos, leoneses, gallegos, andaluces? Miro por aquí por los pasillos. El hijo de Cobián, dos de Navarro Reverter, el hijo de Requejo, dos hijos de Alonso Castrillo, dos hijos –inteligentes, sí– de Salvador, un hijo de Maura; estos representan a su padre. ¿Y qué nexo tienen esas familias con el país? Miremos por otro lado; Vicenti, Gasset, Bueno, Ortega Gasset, López Ballesteros, Burell: esos representan una empresa: el *trust*. ¿Y qué tiene que ver el *trust* con España? La oposición: Lerroux, Giner, Albornoz. Entre los radicales, Lerroux impone candidaturas al pueblo: ejemplo, don Toribio Sánchez. Este, el otro, aquél, ¿qué representan? Fulano, representa a la servidumbre de don José Canalejas, el otro es diputado de un distrito que no ha visitado ni piensa visitar; Perencejo gastó un puñado de miles de duros en traer un acta.

¿Qué es esto, qué significa, qué quiere decir esto? Al pueblo, al albañil, al zapatero, al sastre, al abobado, al médico, al cura. ¿Quién le representa aquí? Fulano, periodista, viene

por una empresa que esquilma a los escritores Zutano, representante de un distrito rural, es terrateniente, usurero y desahucia pueblos enteros para normalizar sus rentas, Perencejo, republicano, debe su acta al Gobierno.

Y el pueblo, el buen pueblo, no come, no vive, no viste, no duerme de inquietud. Crecen las ventas; aumentan los tributos; da su sangre y su dinero a la Patria. Y es tan ingenuo y tan excelente mi buen pueblo español, que lejos de desdeñar a los que cree que le representan, admira sus discursos, grandes como un mongolfiere lleno de humo, hueros, insignificantes, anodinos, cuando el alfiler de la reflexión se atreve a pinchar la tela.

El globo es una percalina del rastro que se compra para que el pueblo vea la ascensión de los parásitos, que en otras partes pican y se rascan, y que aquí hacemos volar, volar, aplaudiendo con "ambas manos," como dice Pidal, el presidente de la Academia Española.

El Adelanto (10-05-1911)

El señor director[190]

Estudiaron en Deusto juntos el hijo del general Pérez y del ministro Gómez. El general Pérez perdió las colonias y el nombre del ministro Gómez figuró en la pizarra de la Bolsa de París en calidad de estafador.

Antonio se llama el hijo del general Pérez, y Pepe el del ministro Gómez. Antonio y Pepe eran los más brutos de la clase. Antonio confundía a Chindasvinto con Carlomagno, y Pepe no tenía más ocupación que la de emporcarse la cabeza con cosméticos. Antonio y Pepe eran tontos, tontos de remate, tontos del todo, tan tontos, que los buenos padres de la Compañía se asombraban de su tontería incurable. El hijo del caudillo no ganaba más batallas que las de los confetis en Carnaval.

El hijo del hacendista andaba siempre mal de numerario, no porque su padre se lo escasease, sino porque Pepito era una cabeza loca, amigo de las mozas guapas, de las juergas, de los toros y de otras cosas. Pepito paró en un correccional y Antoñito se hizo abogado.

Con los hijos de ambos genios estudiaba Luis, que no contaba caudillos ni hacendistas en su linaje. Su padre, sin pluma, ni espada, con la vara de medir, hizo una fortuna sana, sin agujeros ni hipotecas. Luis era el primero del grupo. Llenó su cabeza de silogismo dos años y luego se limpió de aquella herrumbre espiritual, así que tomó en serio el empeño de hacerse su cultura. Pepe, Luis y Antonio fueron muy amigos de los quince a los veinte años. Mas tarde, con la ruina de su padre, Luis se dedicó a estudiar. Pepito y Antoñito marcharon a la corte. Conocemos algunas de sus hazañas.

Una noche desarmaron al sereno. Otra, dejaron tendida en el suelo, de una paliza, a una pobre mujer de las que llamamos alegres, con ironía sangrienta. Otra, atropellaron a una vieja con un auto. Pepito fue diputado por el distrito de papá, y Antoñito, según malas lenguas, por el de su mamá. Como en Madrid los políticos que bullen son cariñosos, hicieron a Pepito director general y a Antoñito subsecretario. Se les hizo todo eso, en un régimen democrático, cuando gobernaban el país unos caballeros que se llamaban demócratas y vivían encaramados sobre las espaldas de los señores feudales, de los causantes de nuestras vergüenzas, de las momias de nuestros cementerios. Momia había de estas que comía del tesoro lo que tributaban tres provincias enteras, repartiendo el botín entre los suyos.

Pepito y Antoñito, que apenas leían de corrido el castellano, juzgaron luego exámenes, concursos, oposiciones, sin acordarse de que su hoja de estudios estaba manchada de suspensos. A Pepito le llamó "ilustre sociólogo" un reportero servil. Antoñito pagó quinientas pesetas a un escritor necesitado para que le compusiera un libro interesante sobre *El derecho de acrecer*, que le abrió las puertas de tres Academias.

Antoñito fue nombrado competente en las oposiciones a cátedras. Luego se casó y gastó la fortuna de su mujer; los demócratas, convencidos de su genio financiero, le nombraron ministro del Tribunal de Cuentas.

Luis, mientras sus amigos de Deusto se encumbraban en este país donde no se puede vivir más que trepando o arrastrándose, limpiando orinales o sirviendo de niñera a los hijos de

[190] Existe otro artículo, también publicado en *El Adelanto* (09-03-1912), con este mismo título y distinto contenido (O.C. Tomo II, página 97).

truchimanes y de picaros, tuvo que luchar para vivir, después de la ruina de su buen padre, que no le llevó el honor, pero le llevó el dinero. Y aprendió un programa terrible, y metió en su cabeza unas atrocidades pintorescas, y se presentó ante un tribunal presidido por Antoñito, que era subsecretario.

– Antonio –dijo Luis a su amigo– necesito tu ayuda. Ampárame.

– Se hará justicia, querido –replicó sonriendo Antoñito, que no estaba muy seguro de si justicia se escribía con j o con g.

– Gracias, Antonio –respondió efusivamente Luis.

Y Antonio suspendió a su amigo, que era mozo listo, pero inhábil.

– Lo siento –exclamó el director a su amigo, excusándose con ese tono de cruel indiferencia que domina en las grandes ciudades–. No has estado bien.

–Y ¿tú, qué sabes? –replicó Luis amostazado.– ¿Tú qué sabes ni de esto ni de, nada?

Y girando sobre sus talones, retorciéndose los rubios bigotes, y pensando en una rubia que le acompañaría a cenar aquella noche, el señor subsecretario se olvidó del dolor de su amigo, ante la perspectiva del deleite de la cena.

Los porteros saludaron reverentes al excelentísimo señor don Antonio Gómez, suspenso de Deusto primero, sabio de real orden después, autor de *El derecho de acrecer* más tarde, académico de la Lengua en puerta y amigo de la Paca, en síntesis.

Don Antonio, muy grave, subió al auto ministerial, calzó los guantes, paseó fiero la mirada de grande hombre por la calle y cenó en Lhardy, mientras su viejo amigo se preguntaba qué grado de vileza tiene un país que consiente todas esas familias tentaculares, que dijo Pujol; toda esa hiedra que tumba los árboles recios, toda esa podre que carcome la madera nueva, todo ese muladar de gusanos que son los amos, los compadres, los compinches en un pueblo hambriento, desnudo, triste y burlado.

El Adelanto (13-05-1911)

Crisis

(En el salón de conferencias. Sentado en un diván rojo, LÓPEZ, exministro liberal. De pie, GUTIÉRREZ, diputado de la mayoría, muchacho rico, afincado en su distrito, y el MARQUÉS DEL PERAL, exdirector general maurista, bien visto entre las damas, talludito, candidato a ministro de la fracción de Besada. Suenan los timbres para la sesión del 12 de Mayo de 1911).

López. – Y usted ¿qué sabe de crisis, marqués?

Marqués. – Nada; lo que todos. Que si Canalejas no quiere aventuras en África y el Rey sí las quiere; que si lo de consumos es un disparate; que eso de Asociaciones disgusta a unos y a otros. Que don Valeriano está aquí, a guisa de enterrador. ¿Usted sabe más, Gutiérrez?

Gutiérrez. – No; pero la crisis me tiene sin cuidado. Estos señores no sirven a nadie. No les importa que el distrito chille. Aquí no caciquean más que cuatro figurones. A todo tirar, he sacado a Armiñán un peón caminero.

Marqués.– La mayoría se las trae. Canalejas no ha conseguido traerles a ustedes de borregos. Esto está descompuesto.

Gutiérrez. – ¡Es natural!

López. – ¡Hombre, Canalejas...! Yo, por ejemplo, sirvo al partido liberal, mande quien mande. Pero este señor tiene mala mano izquierda. Cuando mi crisis, ya saben ustedes, yo salí porque sí y entró Fuentes por la misma razón. Y desde entonces, mantengo mi independencia.

Marqués. – Aquí, *inter nos*. Canalejas es un fresco. ¡Pues no dice *Le Matin* que la Prensa le maltrata, cuando aquí esos pelagatos se lo llevan todo!

Gutiérrez. – ¡Y dice usted bien! Aquí, para sacar peones o carreteras, o se hace uno periodista o republicano. Republicano, sobre todo. Ellos disponen de los empleos, sirven a sus amigos y luego hacen la comedia en el salón. Fíjese usted; los republicanos, en todas las cosas feas de personal, en la crisis aguda que ahora padecemos de yernocracia, callan. Y don Benito, que está haciendo el primo, lanza esos manifiestos hablando de nepotismo.

Marqués. – ¿Y de quién se habla? ¿De Weyler? ¿Con o sin?

López. – ¡Sin Cortes, hombre! Esa solución sería un disparate, pero...

Gutiérrez. – Pero aquí todo se resiste ¿verdad?

Marqués. – ¡No hay duda! Todo. ¡Hombre, mira a Zancada! ¡Pobre! Su interesante fisonomía revela preocupación!

Gutiérrez. – ¡Otro! ¡Y cualquiera le soporta al niño! Yo tardé en ver dos mañanas a Canalejas por ese pollo. Hasta que me cuadré. (Cambiando de tono y saludando a Zancada que pasa). ¡Adiós querido! ¿Y don José?

Zancada (sonriendo y deshaciéndose los bigotes kaiserianos). –Bien. ¡Hola, marqués! ¡Querido Gutiérrez!

López. – ¿Y esa crisis?

Zancada. – ¡Psé!

López. – ¡Usted conoce los secretos de Estado, pollo!

Zancada (íntimamente satisfecho). – ¡No tanto, no tanto! ¡Adiós!

López. – ¡Aquí no hay nadie! ¡Esa mayoría!

Gutiérrez. – En los cines, de paseo, hace bien. Yo he venido a escribir a mi cuñada y a que me den el billete de los toros. Se lo encargué al duque. Por el salón no pienso asomar.

Marqués. – ¿Y la disciplina?

Gutiérrez. – Eso, para ustedes, que les atienden más que a nosotros. Y luego que se sacrifique uno. ¡Demonio, con el sacrificio! Me costó siete mil duros la lucha del año pasado y todavía quiere el Gobierno que le obedezca. ¡Anda, que le obedezca Morote!

López. – ¡Hombre, el partido liberal! ¡Las ideas!

Gutiérrez. – Aquí no hay ideas. Canalejas lo está destrozando todo. ¡Vaya, señores! Voy a escribir unas cartas... ¡Adiós, marqués! ¡Adiós, señor López!

El Adelanto (16-05-1911)

La situación política

Nadie sabe a punto fijo qué es lo que ocurre en el mundo político, pero todos dicen y presienten que hay dificultades tan hondas y graves, que darán al traste con Canalejas y su programa redentor. A la superficie saltan la indisciplina de las huestes de la mayoría, la actitud intransigente de los conservadores, el recelo de los republicanos y la desconfianza de la opinión pública que está ya harta de liberales, de promesas incumplidas, de escalas y salteamientos, de prebendas, de yernos y de periodistas.

Canalejas ha resultado, de hecho, mucho más débil que Moret. El arboluco tísico de la democracia monárquica ha ido secándose con esas plantas trepadoras de los Burell, de los Gallego, de los Montero, de los Weyler, de los Zancada, de todos los que escriben o son hijos de algún ilustre fracasado. Por ahí se dice que Zancada ha sido el autor de la ley de Asociaciones y, en efecto, el engendro acusa al progenitor. Esta pseudo-intelectualidad nuestra, que se ha alistado bajo los pendones de la democracia, ha fracasado para siempre y para siempre se inutilizaría en un país donde la ineptitud no fuera un mérito.

¿Qué pasará? Y ¿quién lo sabe? A veces se dice que es cosa convenida el tirón canalejista hasta Octubre; otras que nos sorprenderán acontecimientos inmediatos. ¿Qué más da? Lo positivo es que asistimos al espectáculo de la disolución de un partido, donde caben Montero Ríos, Canalejas, Gasset, Romanones; de un partido que no tiene contenido doctrinal alguno y que debe de renovarse, de personas antes que de doctrinas, si quiere vivir una vida intensa.

El Adelanto (20-05-1911)

Bofetadas

¡Plan, plan! Dos magníficos bofetones de un periodista, cura violento, gallego y matón, a un pobre chiquillo que reportea en *España Nueva*.

Los periodistas se han alborotado y a la cabeza de los periodistas Soriano. Y se han alborotado con razón, y Rodrigo hablaba de andar a bofetadas con los periodistas y diputados neos, en los pasillos. Procedamos con orden. Hay que proceder con método en las cuestiones arduas. En efecto, hay carlistas –diputados y periodistas– que no tienen más argumento que el garrote. Llaman canallas, apaches, ladrones –véase *El Debate*– todos los días a los que no son neos y se

permiten ciertas dudas de mal gusto sobre las familias de los radicales. Luego, para coronar semejante labor, la emprenden a bofetadas a mansalva, valiéndose de sus puños de labriegos.

Lo del cura Álvarez es un símbolo. Estos neos son unos ineducados. Es imposible toda convivencia social con ellos, porque, amantes de las leyes divinas, no hacen caso mayor de las humanas. En la tribuna de la Prensa, faltan a los conserjes, en el Congreso hablan mal de todo el mundo. Se ha pedido a Romanones la expulsión del cura del Congreso. No puede ser otra la determinación del presidente, que ahora conferencia con los chicos de la Prensa.

La tolerancia, que es finura mental, no reza con los neos.

El Adelanto (02-06-1911)

Entre bastidores

Cada vez se afirma con más insistencia que el señor Maura se retira de la vida pública. No sé si será cierta la especie, pero lo que parece indudable es que el señor Maura vive alejado completamente de la política activa. No se le ve más que de tarde en tarde en el Congreso. A Madrid llegó anoche el jefe del partido conservador. Canalejas le ha telegrafiado para que asista a la interpelación del señor Villanueva sobre los asuntos de Marruecos. Y el interés de la sesión, que no trascenderá al gran público, estará en los pasillos, no en el salón.

Ved el problema. Maura aprovechará la primera coyuntura para retirarse. Parece que en palacio están muy fríos con él, que palacio quiere que se dé otra dirección a la política conservadora, que Dato, Besada, Sánchez Guerra, Bugallal y casi todo el partido quieren que se prescinda en absoluto del señor Cierva. Cierva, por su parte, cuenta con una corriente de opinión que le es favorable, cuenta con muchos militares, con algunos diputados, con el formidable reclamo de *ABC*. Tiene, en cambio, la hostilidad de la Prensa, de los republicanos, de los liberales, de la juventud. Cierva quiere apoderarse de la jefatura. Pero también quiere ser jefe don José Sánchez Guerra.

Sánchez Guerra es un pobre hombre. Tiene ambiciones, pero su inteligencia es harto vulgar. Sánchez Toca jugó con él hace dos años como un gato travieso juega con una pelota.

Cuando se indigna Sánchez Guerra, hace reír. Cuando bromea, hace llorar. Cuando argumenta, no se le ve la razón por ninguna parte. En el fondo, Sánchez Guerra es el Dalmacio del partido conservador.

Cierva… es Cierva. No cree en esto, ni en lo otro, ni en lo de más allá.

Es un escéptico, que ha tomado la defensa del orden, escondiendo en ella rencores personales. Es mezquino, frío, minucioso, vengativo. No tiene la fiereza del león, el brío de un toro, sino la astucia del zorro y la sangre fría del chacal. Acaso, no es ni vertebrado en la zoología política el señor Cierva. No pasa de insecto. Es molesto como una pulga, pesado como una mosca en verano. Y aspira a la jefatura. Sánchez y Cierva se han peleado estos días en el Congreso. Dato no ha aparecido por el salón, bañándose en agua de rosas. Besada afirma que sus pleitos le traen de cabeza y que no puede perder las tardes en el Congreso.

Y hoy Maura tiene que decidir. Yo no me atrevo a pronosticar la solución. El tiempo y Dios con todos.

El Adelanto (10-06-1911)

Las "cosas de Francia"

Una vez más, nuestros apreciables amigos, los franceses, nos obsequian con sus frases más despectivas a propósito del desembarco de 300 españoles en Larache[191]. La Prensa francesa nos llama ligeros, informales y otras mil lindezas. Nos hablan de que hemos violado la convención de Algeciras a raíz del hecho de haber penetrado 15.000 franceses en Fez. Y algún periódico,

[191] La Conferencia Internacional de Algeciras convierte Marruecos en protectorado bajo dos áreas de influencia: la española y la francesa. Las revueltas del Sultán fuerzan a la intervención militar francesa y España toma posiciones en la zona de su influencia.

con el tono tradicional de siempre, torna a la carga con nuestros toreadores, bailarinas y bandidos de Sierra Morena, descubriendo nuevos aspectos de la Andalucía de pandereta.

El momento es grave y Francia quiere que renunciemos a nuestra expansión legítima en Marruecos, amenazándonos con las más finas de sus sonrisas y con los desplantes más sutiles y franceses.

Francia, que está llena de oro, quiere emplearlo en Marruecos estorbando a la vecindad. Lo quiere todo para ella sólita. Y, como siempre, llama achaque de la civilización lo que es empeño de negocio, y vergüenza de Europa lo que es molestia de Francia.

A nosotros no nos intimida el lenguaje grosero de la Prensa parisina ni nos convencen los argumentos de talco de nuestros vecinos.

Sin desplantes, sin jactancias, seguiremos nuestra acción en África, con la misma razón, absolutamente con la misma, que los franceses. ¿Para qué queremos el Peñón, para qué queremos Ceuta, para qué queremos Melilla? ¿Para ver cómo pasean los barcos extranjeros? ¿Vamos como siempre a quedarnos con el hueso, dejando la carne para el vecino? Nuevamente, para dar razón a los escépticos, ¿vamos a cruzarnos de brazos renunciando a toda empresa de prolongamiento del cuerpo nacional?

Mirad lo que pasa. Francia ha entrado en Fez sin suscitar muchas protestas de la morería. En este momento preciso, a la chita callando, quería asegurar su hegemonía en el imperio, colándose con los medios de penetración que gasta siempre. Al sultán le mandaría una francesita para endulzarle las horas. Procuraría corromperlo, afrancesarlo, hacerle esclavo de las modas de París y de los placeres de París para que no se ocupara de política y fueran ellos, los franceses, los que en silencio manejasen las riendas del poder.

Y en este momento, España, desembarcando 300 soldados en Larache, descubre el juego de Francia, y Francia protesta de que se haya descubierto su juego, tan desleal como de costumbre.

Ya veremos cómo rueda la bola. Mal enemigo del chauvinismo francés es la testarudez española. Pero por las malas, magras, como dice un hispanófilo francés, amigo mío, que habla el caló con perfección académica.

El Adelanto (14-06-1911)

Vuelta al concejo

Cada día encuentro más plausible la vuelta al Concejo de los ediles, después de dos meses de retraimiento. El retraimiento no es protesta, ni la obstrucción campaña lícita, ni se deben formular cargos dejando el poder en manos del vecino, del adversario acaso, para que éste haga y deshaga lo que quiera, en ausencia del enemigo.

Los que no han secundado esta campaña han parecido mostrar más devoción a la vara que a la fuerza moral, más amor a la sorpresa de amanecer mandones que de aparecer retraídos. Y una vez fijada la línea divisoria ¿para qué seguir, estérilmente, fuera del Concejo, sin llevar a este los entusiasmos de una fe y los ardores de una convicción?

Ahora que ha pasado todo, que tornan los ríos a la madre y que se encauzan las pasiones que fueron desatadas y violentas, conviene advertir que, en el asunto de las inundaciones, no tuvo arte ni parte el Gobierno. La Junta formada por los señores Requejo, Merino y Azcárate, entre otros, no tenía nada que ver con los Ministerios, ni la frescura de esa Junta se relacionaba, de cerca ni de lejos, con el pesado expedienteo burocrático de los centros oficiales. En este asunto, si tiene que formular reclamaciones Salamanca, no puede formularlas contra los gobernantes. Esto no quiere decir que les deba agradecimiento; quiere decir que no debe sentir molestias en el caso concreto.

Y ahora, a trabajar todos por el bien común, cada cual por su vereda, cada cual con su estribillo, cada cual desde su campo de actividad. Vamos antes de trabajar, a ponernos de acuerdo sobre lo que queremos, porque Salamanca –ya he tenido ocasión de decirlo en estos comentarios– no sabe muchas veces lo que quiere, sino que quiere mucho. Convirtamos lo del empréstito en algo serio y formal para que deje de ser el cuento de la buena pipa. Preocupémonos de remozar y limpiar nuestra casa, cumplamos cada cual con nuestro deber, para que podamos exigir a los ajenos el cumplimiento de sus promesas.

Lo que ha soñado Salamanca no tiene nombre. Recuerdo así, de pronto, la fantasía hispanoamericana y la fantasía del legado del señor conde del Val. De Quijotes pasamos a Tartarines y

merecimos algún día marchar en bloque a Tarascón a depositar la ofrenda de nuestras locuras, ante el héroe de Daudet, el Quijote de Francia, la ligera, y de Cataluña, la eterna farandulera.

Para empezar a vivir conviene refrenar las fantasías.

El Adelanto (22-06-1911)

Lo de siempre[192]

Por lo que acierto a leer entre renglones, no parece muy despejada y segura la situación política. No está más firme ni menos firme que otras veces; lo que ocurre es, tratándose de liberales, que vuelven a agudizarse los síntomas de codicia y de afán de mando de sus prohombres. Romanones quiere ser presidente y Weyler también. Alrededor de estos dos políticos, andan Burell, que ya no saluda a Canalejas y que sabe por experiencia que un ministerio vale bien una conjura; Cobián, que siente deseos de ser presidente del Supremo, y esa nube de yernos, novios de las niñas, cuñados, pasantes y ex-gobernadores de menor circulación, atentos a cazar una dirección general para hacer frente a las exigencias del casero. Porque esta es, amigos míos, la política por dentro. Canalejas, aunque se enfada mucho cuando se lo dicen, no ha logrado elevar el nivel ético de sus apreciables correligionarios, y cada dos o tres meses, con perfecta periodicidad, antes del verano para asegurar el veraneo, o después del veraneo para tapar los huecos que ha dejado el Casino de San Sebastián o las caricias de una buena moza en Biarritz, surgen estas noticias en los periódicos.

Es posible que todo quede en agua de cerrajas[193]. Romanones tiene bien colocados a los suyos y de los méritos del hijo de Weyler está tan satisfecho el Gobierno, que no le ha dejado ir a Melilla, para que derrame su sangre generosa ante los *pacos* del Rif. Es posible que todo ello sean oficiosidades de los amigos del conde y de los amigos del general. Está bien probado el desinterés de aquél y el civismo de éste. Que Burell chille está ya más dentro de la realidad; que rezungue Cobián, no es tampoco inverosímil, ni que diserte Alonso Castrillo sobre la inconstancia de su jefe y amigo don José Canalejas. Pero estas protestas tienen fácil arreglo.

¿No anda por ahí vacante algún mal destinejo inamovible del tribunal de Cuentas o del Consejo de Estado? Pues a crearlo en los presupuestos que se avecinan y las aguas volverán a sus cauces.

El Adelanto (26-10-1911)

La memez ambiente

Pues señor, yo no leo nunca *La Hoja de Parra*[194], como no leo nunca a Felipe Trigo, ni a Luis Morote, ni a Colombine, que acaba de traducir, de profanar a Leopardi, sin saber italiano, ni castellano. Pero los mocosuelos de quince años, los empleados, los viejos verdes, las camareras, leen *La Hoja de Parra*. Y en mis manos ha caído el número último. Estaba en Nueva España, a la izquierda según se entra, en el turno de la Asunción.

Francamente, sin aspavientos, prefiero pecar a pasar por pecador. No conozco la literatura sicalíptica, ni pretendo conocerla.

Es una mercancía gruesa que me repugna por su mal gusto. Ni una chispa de arte, ni una línea bonita, nada. Cocotes gordas, de cien kilos. Danzas de vientre. Lo que priva. Lujuria de mozuelos que se inician y de viejos estragados. ¡Qué asco! He aquí el mundo de *La Hoja de Parra*…

[192] Con Igual título, aunque contenido diferente, existe otro artículo publicado en *Avante* (O.C. Tomo I, página 402).

[193] Pudiera pensarse en una errata por "agua de borrajas", más extendida en la actualidad, pero desde el siglo XVII hasta el XX alternan una y otra a partes iguales. Y anteriormente como infusiones medicinales. Tanto "cerrajas" como "borrajas" son plantas curativas, aunque por la deriva de su significado, debieron ser de poco efecto.

[194] Semanario madrileño –que inició su publicación en 1911– con el que, a pesar de su contenido frívolo, escabroso, picante e incluso obsceno en algunas ocasiones, colaboraron prestigiosas firmas de aquella época como Jacinto Benavente, Ramón Gómez de la Serna, los hermanos Álvarez Quintero, Luis Bello….

Podría considerarse como un antecedente remoto de lo que hoy denominamos prensa del corazón.

Y… leo el numerito. En caso de flagrante adulterio ¿cuál cree usted que debe ser la actitud del marido? Esta encuesta es el *clou*[195]del papelito. Hablan Burell –un exministro, casado–; Ferrándiz –un cura separado de los curas–; Pérez Zúñiga –castizo representante de la gracia fúnebre que impera–; Asensio Más, muy señor mío–; Zamacois –literato de kioskos, predecesor de don Felipe.

He aquí una cosa triste, muy triste, amigos míos. Debe haber una dignidad profesional, un pudor literario, para negarse de plano, a contestar estas preguntas. Es el colmo del cinismo preguntar eso a un casado, con mujer y con hijos. ¿Qué haría usted si su mujer...? ¡Vamos, hombre! Por de pronto, romper la cabeza al que me recordase la posibilidad del accidente.

Yo no sé, pero presumo que la encuesta se inició para defender a la Nieves y para amargarle la existencia al Coll. Y en esa encuesta, han desfilado, con sus opiniones, nuestros eminentes. ¡Qué tristeza y qué majadería! ¡Ah, no hay nada más fúnebre que la memez! ¡Si a mí me vinieran con esa pregunta, cosa nada difícil, porque es un recurso de las empresas periodísticas eso de las encuestas para no pagar los originales, con el pretexto de acudir a la galantería, diría!...

¡Ah, sí, el interpelante tendría que taparse los oídos! Unamuno me dicen que fue solicitado y que no respondió.

Algo más eficaz que el silencio hace falta: el asco por tales cosas, para que no insistan con pejigueras. Si yo fuera mujer y mi marido respondiese, le daba el gustazo, por indelicado, de ponerle en la precisión de practicar su teoría. Porque hay una falta de respeto a la mujer en esa encuesta que da grima.

Sin espavientos [sic], lector, torno a repetirte que prefiero pecar a pasar por pecador. El amor tiene sus fueros y no los tiene el mal gusto. Haz y calla. Como amante, como marido, como novio, piensa que la mujer tolera mejor una deslealtad, que una incorrección.

El toque está en que el beso no suene demasiado. La cautela es parienta del amor y la noche es dulce a los que aman. No opines en materia de amor; confórmate con amar. Si resbalas, no procures guardar el equilibrio; francamente, es preferible caer. Pero no razones tu caída que es tu victoria. No opines, en caso de flagrante adulterio, cuál deba ser la actitud del marido, como los señores de *La Hoja de Parra*. Si eres marido, da las gracias a tu mujer porque es sincera por primera vez contigo; si eres amante, escurre el bulto y cambia de posada; si eres mujer, renuncia a quedarte sin ninguno, que los hombres nos ponemos de acuerdo en censurarte siempre. Decimos ¡qué prójima! y no ¡qué prójimo! Nieves era mala y Lara un pobre hombre: habas contadas.

Y sobre todo, en estos casos, nadie es culpable y todos lo son. Víctima de su vanidad el amante; de su falta de sentido moral, de su amor, de su tristeza, la mujer; de las convenciones sociales el marido. Porque es un poco fuerte eso de que traslademos nuestro honor al casarnos. ¡Cuánto convencionalismo! Lo que hay de "hombre" en el hombre –dice campanudamente Burell– no "vacilará" nunca y "matará" siempre... No, ilustre señor, no. Eso es tan antipático como el sonido del consabido tirito. "Lo que hay de hombre en el hombre perdonará siempre." En eso está el sello de nuestra humanidad, que no es, precisamente, nuestra bestialidad. Perdón merecen los que aman, que amor es ley fatal de vida, la vida misma. ¿Y quién no ama? ¿Y quién no se justifica ante su amor de esposo ultrajado, de amante preferido, de mujer adúltera?

El Adelanto (19-12-1911)

De los suplicatorios[196]

El señor conde de Romanones ha declarado que se ventilará la cuestión de los suplicatorios una vez abierto el Parlamento. Y ha dicho más el señor conde: ha dicho que de no resolverse esa cuestión en los primeros quince días, él abandonará su presidencia de la Cámara popular.

[195] Idea principal, en inglés.

[196] Se pretendió aprobar una ley presentada por el Sr. Vincenti sobre procedimiento para conceder o denegar los suplicatorios contra los Diputados para proceder a su procesamiento. La intervención de Romanones (6 de marzo) con un discurso en su defensa fue muy discutido por los medios y diputados.

Esa cuestión, en efecto, debe ventilarse cuanto antes, ante la opinión que reclama con energía y que ya ha fallado, a su modo, en las elecciones municipales. Está bien la inmunidad parlamentaria, cuando quiere encubrir ideas, procedimientos políticos, manifestaciones colectivas de opinión; está muy mal cuando sirve de tapadera para delitos de lesa patria y para vulgares delitos comunes, que no pueden justificar la ética más acomodaticia, ni la política más violenta y pasional. Está bien que defiendan sus posiciones los blancos, los negros, los amarillos y los azules, que se disputen la presa en el terreno ideológico y que usen de sus derechos constitucionales para la propaganda; está muy mal que la investidura de diputado sirva para la injuria y para la calumnia, para la excitación al atentado, para el insulto salvaje y para el gesto grosero. Está muy mal que se vulneren las leyes por los que tienen la misión de confeccionarlas. Y urge, por el respeto al mismo espíritu liberal del país, la concesión de los suplicatorios para que los tribunales ordinarios no encuentren trabas en la administración de la justicia. El que irá ganando con la concesión de los suplicatorios será el partido republicano. Necesita para vivir la renovación personal de sus elementos. Los que ahora bullen han dado al traste con su organización, con su programa, con el entusiasmo de los veteranos. Hay que orearse una temporada fuera de Madrid para ver el desdén que sienten los republicanos provincianos por sus santones y corifeos. El partido republicano se ha encargado de afianzar la monarquía.

¿Se concederán los suplicatorios? Es de esperar que sí. Si el país estuviera en autos y supiera lo que sabemos los tres o cuatro centenares de personas que frecuentamos los centros políticos, se llenaría de indignación, porque la farsa política ha dejado el subido color sainetesco de antaño para entrar en pleno cuarto acto de tragedia. La opinión, que parecía adormilada, ha comenzado a reaccionar con lo de Cullera, y el juego ha comenzado a quebrarse; así era de peligroso y aventurado. Unos diputados españoles renuevan fuera de España la leyenda de la Inquisición, y la renuevan mal, porque no suelen andar muy fuertes en achaques eruditos, y no saben que el Tribunal del Santo Oficio, que surgió no tanto del espíritu reaccionario como de las entrañas mismas del pueblo, tuvo sus épocas de blandura y de benevolencia. No es un arma política la suya; es una ofensa nacional.

No se trata de quitar o poner a Canalejas; se trata de envalentonar a los apaches del borroso cosmopolitismo anarquizante. Se trata de una calumnia villana, de un atentado a la libertad, conciencia de la ley. Debemos sentir todos los españoles el apresuramiento del conde de Romanones. La libertad ante la ley fue una conquista de la Revolución que hoy tratan de borrar –¡extraña paradoja!– los que se llaman hijos y secuaces de ella. De no tener ese valor el Parlamento, vivirá siempre bajo el peso del matonismo achulado, bajo el imperio de la indignidad. Y pensar que si se hace la trepanación de estas algaradas, veremos en el fondo de ellas, lo de siempre: una gaveta, una cartera, un saco de monedas de cobre!

Acaso no se den cuenta de toda la gravedad de la infame campaña antiespañola que cunde ahora por el extranjero, los que no hayan vivido cierto período de su vida más allá de los Pirineos y de los Alpes. Basta salir a Portugal para darse cuenta de esta malquerencia. Esas campañas de hogaño son una consecuencia lógica de nuestra hegemonía política de pasadas centurias. Allí donde se dejó sentir más el azote español, en Flandes y en Italia, es tradicional al despego a nuestras cosas. No en balde es belga Emilio Verhaeren; no en balde es milanés Alejandro Manzoni, cuando nos pone en solfa en *Los novios*. Precisamente estos días leo las comedias napolitanas de Giambatistta della Porta, que escribió bajo la dominación española, y sus retratos españolistas son siempre caricaturas graciosas, sí –que se observa mejor de lejos que de cerca–, pero perfectamente exageradas y absurdas. Por algo lo que en la Puerta del Sol llamamos portuguesadas, llaman en la plaza del Rocío *hespanholadas*.

Lo canallesco es que el fuego se alimente dentro de casa y que sean manos españolas las que atizan el combustible de la hoguera. ¿Tolerarían Francia, Inglaterra, Italia, Suiza a sus diputados lo que España está tolerando a los suyos? Ferri se siente italiano cuando llega a Buenos Aires; Juan Jaurés advierte la hostilidad del medio en Berlín y se declara patriota. Solamente ciertos diputados españoles olvidan su deber. ¿No será oportuno recordárselo ahora concediendo los suplicatorios?

Mundo Gráfico (27-12-1911)

Habla Mella

Y en la entrada del salón de conferencias, aparece el doctor Vázquez Mella[197]. Ya he tenido ocasión de elogiar a este romántico. Cree en don Jaime con la misma fe que el cronista no cree en nada. No ha usufructuado sinecuras ni empleos. Con su hermosa palabra, hubiera sido mil veces ministro de la Corona. Pero él ha preferido ser leal a sus tradiciones, tradiciones de erudito y de estudioso. *Azorín* me descubrió que era admirador de Croce, y, en efecto, el señor Mella me habló largamente del insigne filósofo hegeliano. Canalejas, de seguro, no conoce a Croce.

Pues el señor Vázquez Mella aparece en el salón de Conferencias. Lleva un saco de noticias. Asegura que ha oído de labios muy autorizados algo profundamente inesperado entre la gente política. Y da rienda suelta a su verbo tan fácil y tan espontáneo.

– Ahora se lo contaré a Maestre, ese liberal ciervista o ese conservador de Canalejas; como ustedes prefieran.

Todo el mundo da por muerto al Gobierno; se dice que tirará hasta Carnaval y que basta de broma. Pues bien; no hay nada de esto. Maura no quiere, me consta que no quiere de ningún modo encargarse del poder. Y estos hombres, estos periodistas, estos famosos liberales seguirán chupando la breva un año o año y medio...

Se comenta la noticia. Unos la creen, otros, no. Mella asegura, muy serio, que no habla por boca de ganso, pero guarda el secreto. Hay quien se alegra y hay quien se entristece. La situación es desesperada. Marruecos, Cullera, los créditos, los desaires a Gasset, del Consejo de Estado. Pero en la política, como en el tapete verde, se levantan los muertos y todo es posible...

Luego, se forma la tertulia. Se habla de Portugal y se cuentan mil incidentes graciosísimos de los conspiradores portugueses. Del duque de Oporto, don Alfonso de Braganza, se cuentan horrores. Andaba este verano sableando por esos pueblos de la frontera. Llegó hasta pedir cuatro mil pesetas a don Miguel de Braganza, algo así como si don Jaime[198] pidiera dinero a don Alfonso XIII.

El duque, de excelente estómago, visitaba asiduamente a los párrocos, haciéndoles destrozos en el gallinero. Doña Amalia[199] se ha cerrado a la banda y no suelta una peseta. Este verano envió cuarenta mil duros a los terribles, que los gastaron... en celebrar no sé qué aniversario de la Monarquía, banqueteando.

– Yo creo –dice un carlista– que Portugal tornará a ser monárquico.

– Y yo –dice Mella– pienso que Portugal desaparece.

El Adelanto (15-01-1912)

La crisis de Morote

Los políticos que discurren lógicamente sobre su profesión, que tan cara cuesta al país, caminan de tropiezo en tropiezo. Acaba de plantearse la crisis más estupenda que registran los anales del partido liberal. Este partido liberal de las crisis epistolares y cinegéticas. Canalejas ha presentado al Rey la dimisión de todos sus ministros. Pero Canalejas será poder mañana. Acostumbrados a los motes, no llamaremos a esta crisis la crisis del *Chato* para que no se moleste el de la calle de Arlabán, sino la crisis de Morote.

Luisito es muy ligero, su ligereza corre parejas con la del presidente y se hace una crisis de un partido liberal porque Canalejas se ha molestado. Del Rey ha partido la iniciativa del indulto del *Chato de Cuqueta*[200] y Canalejas estima que la iniciativa regia, perfectamente constitucional, debe ir siempre precedida de la propuesta consiguiente de los consejeros responsables.

[197] Juan Vázquez de Mella y Fanjul (1861- 1928) escritor y político español ideólogo del carlismo

[198] Miguel de Bragança era el pretendiente al trono de los rebeldes tras el derrocamiento de Manuel II de Portugal, así como don Jaime de Borbón lo era de los carlistas españoles.

[199] En realidad, doña Amelia, madre de Manuel II.

[200] El Juez Jacobo López de Rueda acudió a Cullera a reprimir ciertos desórdenes públicos, actuando de modo desproporcionado; la multitud se abalanzó sobre él y sus subordinados dándoles muerte. Fueron condenados a muerte los autores en número de siete. Seis de ellos fueron indultados, quedando sólo condenado Juan Jover, el Chato de Cuqueta que lo sería más tarde. A consecuencia de estos hechos presentó la dimisión Canalejas.

Es decir, que Canalejas, partidario de la abolición de la pena de muerte, da más importancia a una simple etiqueta palaciega que a una cuestión teórica que ha pasado a ser dogmática dentro del derecho moderno.

Luisito marchó a palacio. Pidió al Rey el indulto. El Rey le dijo que lo concedería de buen grado si su Gobierno responsable se lo proponía. Luisito replicó nuevamente que Canalejas, Barroso y Luque, eran partidarios de él. El Rey pidió que le sometieran a la firma el indulto, y con ella ha presentado Canalejas la dimisión de su Gabinete.

De todo lo cual deduce el cronista que la mayor habilidad de todos es la de no tener ninguna, como la mejor regla de la retórica es tener oído y gusto, cerrando, como hacía Lope, a los preceptistas bajo siete llaves. Lo cristiano, lo democrático, lo valiente, lo humano y lo político hubiera sido la concesión del indulto desde el primer momento. Lo cristiano, porque el precepto del Decálogo dice sencillamente no matarás. Lo democrático, porque Canalejas ha dicho que la abolición de la pena de muerte forma parte orgánica de su programa de gobierno. Lo valiente, porque esta cuestión de Cullera ha dejado de ser política para convertirse en un sentimiento puro de humanidad. Y lo político, porque de esta suerte, el bueno de don José hubiera demostrado que sabe ser responsable y que acepta todas las consecuencias que pueden desprenderse de esos actos.

Afortunadamente todo esto es una comedia, don José Canalejas continuará siendo presidente. Y Luisito Morote[201] se habrá dado el gustazo de pasar a la Historia de España y de contarnos en prosa tan amplia como la de Rodríguez San Pedro, que sus sentimientos humanitarios están por encima de las convenciones políticas.

Por mi parte, he pedido el indulto. Si de Barral o de Azzati se hubiera tratado, también lo hubiera pedido. Más orgulloso está hoy mi españolismo por la concesión del indulto general que otras veces cuando gano en contiendas de amor propio.

Seamos españoles, pero seamos antes hombres.

Eso de que la tranquilidad se asegura con la tranca, es una estupidez burguesa digna del desprecio más soberano.

El Adelanto (17-01-1912)

La crisis y sus misterios

Cada cual construye fantasías a su gusto. Como el cronista no tiene el honor de almorzar y de charlar de sobremesa con el Rey, no conoce los misterios de la decantada crisis. Quién, dice que Canalejas está aburrido y quiere descansar; quién otro, que Maura es un impaciente, el de más allá, que el busilis está en el viaje de monsieur Geoffroy a París; aquél que la crisis la plantean Luque y el Consejo Supremo de Guerra y Marina visiblemente contrariados con la concesión de los indultos; hasta ingenio del salón de conferencias hay, que sustenta el peregrino argumento de que el hueso de roer es el de los suplicatorios, porque la charca está tan llena de cieno, que roto el dique, inundaría de porquerías a todo el país.

¿Efectos? Ninguno.

Los diputados juegan a las oposiciones y sus jefes están de acuerdo en todo. Rumor de hojas de periódicos, trompeta de Jericó de manifiestos republicanos, bien con el látigo levantado de don Melquíades, bien con la prosa un tanto republicana de don Benito. En los cafés discutiremos a voces y Cierva, desde la Puerta del Sol, debajo de la bola, contemplará desde los balcones las muchedumbres que pasan, con las manos en los bolsillos...

Y la crisis, la gran crisis del país entero, esa no la ven, ni la evitan. Antes de arrojar lava el Vesubio, meses antes, percíbese en Nápoles un hondo rumor subterráneo de la tierra que cruje, que se resquebraja. Antes de acostumbrarse nuestra naturaleza a una enfermedad terrible, a vivir en grata paz con microbios y lacras, perdemos la color, sentimos laxitud, flojedad, cansancio; somos incapaces de un trabajo normal, de una atención constante. El mal de España, la emigración, las huelgas, la miseria, la pereza, la cobardía, el compadrazgo, la semana trágica de ayer, los crímenes de Cullera de hoy, la barbaridad que se prepare para luego, son hijas de una enfermedad que nos aniquila y que nos devora: el hambre, la ignorancia. Y la enfermedad

[201] Luis Morote y Greus (1864 – 1913). Escritor, periodista y político español, estrecho colaborador de José Canalejas.

nos hará cambiar de postura, sin que la política tome arte ni parte en ello, sin que jueguen en ellos las primeras partes y los coros de esta comedia parlamentaria, que está a punto de concluir ¿con sainete?, ¿con tragedia? *Qui vivrá, verrá.*

El Adelanto (25-01-1912)

Una campaña[202]

– ¿Pero ha visto usted ese Castro?
– ¿Qué hace?
– Nada, hombre: esas cosas de justicia. Es para volverle a uno loco.
– ¿Sí, eh?
– ¡Ya lo creo! La cosa es que, literalmente, no dice nada. La procesión anda por dentro. Hace paralelos ¿sabe usted? y ¡como aquí somos tan susceptibles!
– Por supuesto, tonterías, don Manuel.
– ¡Claro, don Enrique! No parece sino que la justicia está a merced de cualquier ambicioso gacetillero. La cosa es que la toga no puede descender a ciertas polémicas, ¡que si no!
– Mire usted, don Enrique, esas son frases.
– ¡Cree usted!
– Sí, hombre, frases. Vivimos en una época de plena democracia, y lo que es peor, de plena crítica, que se atreve con todos y contra todos. Claro es que todo es criticable. Se han atrevido con la sotana, con el sable; justo es que la emprendan con la toga. Ya ve usted lo que han dicho Sol y Romeo en el Congreso, y ni Canalejas, ministro del ramo, que es tan charlatán y tan hablador, se ha atrevido a replicarles.
– ¡Pero ese Castro, ese *Juan Veras*, de *La Ciudad*, se atreve a decir unas cosas!
– Nada, hombre. Secretos a voces. No sé por qué no ha de decir un pregonero lo que usted me dice al oído, lo que todos nos decimos al oído. Que Fulano cobra demasiado; que el de la esquina es partidario del *laissez faire,* del *laissez passer*, tan salmantino, tan nuestro.
¡Si no se ofende a nadie! Es más: los mismos interesados no padecen gran cosa con la publicidad. Ciertas habilidades son méritos contantes y sonantes. Claro es que todo ello acusa una desviación ética, pero eso –no seamos moralistas– se observa en todas partes. En todas partes se cuecen habas.
– ¡Si ese es el argumento de *Juan Veras*, precisamente ese! Pero el condenado apunta y dispara.
¡Naturalmente! ¿Cómo va a gastar la pólvora en salvas?
– ¡Teorías, teorías, don Manuel!
– A ustedes, los hombres prácticos les ha llegado la hora. ¡Con que a resguardarse si apuntan, mi querido amigo!

El Adelanto (10-02-1912)

El espíritu de Sancho

Me parece que me voy a separar del socialismo hasta nueva orden. Realmente representan el espíritu de Sancho nuestros obreros, nuestros socialistas, nuestro Pablo Iglesias. Son incapaces de alimentar un ideal. Vivas tímidos y asustados. Con el estribillo de "nada de aventuras", con su incapacidad para soñar, quieren condenarnos a que se alargue este período tan empachoso de calma que estamos padeciendo.
Al *leader* le sobra talento, pero le falta cultura. Lejos de empujar a las masas, parece que son las masas las que le empujan a él. La "honrada blusa" se está convirtiendo en un tópico

[202] Se refiere a un artículo publicado por *La Ciudad* (Año I Número 9 – 3 de febrero de 1912) y firmado, como dice, por Juan de las Veras. Una de las personas juzgada es un hombre que ofrece al juez de su distrito 1.000 pesetas para que haga justicia sobre unos acusados de asesinato de un deudo suyo. El sujeto corruptor quedó absuelto al considerarlo solo desacato. En el otro caso se suspende el juicio porque se presentan nuevas pruebas que los funcionarios no hicieron.

insoportable. Los obreros quieren meterse a directores, cuando debieran ser los dirigidos. Se han empeñado en dogmatizar. Y cuando quieren representar los anhelos proletarios de todo el país, conspiran contra sus intereses, como sucede con todo este tinglado de oposición a la expansión de Marruecos.

El pueblo no quiere la guerra –se dice. Pero, ¿sabe el pueblo lo que quiere? Precisamente en saber querer, en querer una cosa cierta, concreta, está hoy todo el toque de la política española. Y no sabemos lo que queremos, ni lo hemos sabido nunca. El pueblo que no quiere la guerra se traga luego toda la literatura sobre el Gurugú. Aquí donde se mantiene culto por el valor personal, lo que queremos es hacer una *razzia* de moritos, con jata y todo.

Maura, que cuando fue a Melilla se encontró con la oposición sistemática de todos los periódicos que no cobraban del fondo de reptiles, fue auxiliado después por todos ellos cuando se dijo que peligraba nuestro honor transigiendo con aquellos brutos. Emocionalmente combatimos y emocionalmente defendemos.

El socialismo se opone a todo porque todo cuesta dinero. Y ello es natural. Si queremos cultura tenemos que pagarla muy cara; los barcos no se regalan tampoco; un Ejército no se mantiene con tres cuartos. El argumento económico no es nunca un argumento más que en la economía. El problema no está en gastar mucho dinero, sino en gastarlo bien.

Acaso, la vida del socialismo en España consiste en gravar el presupuesto, en que se pague mejor a los empleados, en atraerse la clase media y en tirar por la borda esa distinción entre la honrada blusa y la levita llena de hilachos. Mas no lo entienden así. Donde don Quijote ve aventuras que le llenan de gloria en los tiempos venideros, Sancho, miope, no ve más que palizas y manteamientos. Y con espíritu de cobardía, de mezquindad, no se asegura la vida a los individuos y a los pueblos.

El Adelanto (16-02-1912)

Lo que no puede decirse[203]

Realmente estoy asombrado de lo que dice un periódico, que únicamente por excepción he leído ahora, sobre una vulgar aventura carnavalesca que acaba de suceder en Salamanca. ¿A qué secretos? Todos saben a lo que me refiero, de lo que hablo, y salvando la cuestión que en sí es subalterna y de poca monta, hay en ella un problema de relaciones periodísticas que quiero afrontar desde luego.

Curtido como estoy en estas lides, no han de mellar mi espíritu las reticencias que por esta mi intervención pudieran venirme de cierta parte. Temo la daga, pero no el palo y nada en absoluto, el escobazo.

Todo puede decirse sabiéndolo decir; todo. La malicia que no vaya acompañada por el ingenio, es cosa torpe y deleznable. Un adversario que se descompone, que pierde los estribos y transparenta sus rencores, un adversario así, lleva el pleito perdido de antemano. Cuando estos rencores son de diferencias doctrinales, y esas cosas se llevan a un terreno íntimo, lo menos que podemos hacer, con quien así obra, es negarle toda personal consideración.

Hablemos claro. Las relaciones de los distintos bandos católicos de Salamanca son harto conocidas.

Los intransigentes no olvidan aquellas hermosas campañas de *El Lábaro*, aquellos Berruetas tan finos y tan sagaces, aquella famosa procesión de Octubre de 1910, aquella postura de Roma prohibiendo la publicación de aquel periódico tan lindamente cristiano en sus últimos días de espíritu tan profundamente religioso. Y aquellos rencores inconfesables han estallado ahora en la cabeza de un moro, que puede ser enemigo terrible por su lozano ingenio.

A mí, periodista, me parece que eso no puede ser y que si en la prensa local hubiera un ideal común de disciplina, de concepto profesional, se imponía una ruptura oficial de relaciones

[203] El tema más polémico de Salamanca en estas fechas fue la nutrida comisión que acudió a Madrid para obtener una subvención con que celebrar el centenario de la Batalla de Arapiles. Otras ciudades se llevaron un buen pellizco, como Cádiz, pero no Salamanca que resultó un fracaso. Los periódicos ultramontanos atacaron a la comisión y al mismo Rojas, alegando que en caso de haberla llevado a cabo gente de su ideología hubiera sido otro el resultado.

con los que lejos de defender un ideal, que no compartimos pero que respetamos, andan a dentelladas con sus odios y con sus rencores.

La Ciudad (02-03-1912)

En palacio

Un modesto simón me lleva a Palacio, cinco minutos antes de las doce, que es la hora de audiencia con los Reyes.

Al apearme, me encuentro con el alcalde, que llega retrasado. Y detrás Pérez Oliva, sonriente. Buscamos a la comisión.

Los salmantinos están en un salón rojo, soberbios, con el tubo en la diestra, oliendo a peluquero reciente, acabados de llegar del limpiabotas. El duque de Tamames, de coronel de infantería, luce el toisón y la cruz roja de Santiago. Entran gentes y más gentes. El ayudante de don Alfonso, muy simpático, charla con el duque. O'Doherty, un poco tímido, habla con Bernis. Nos anuncian que Su Majestad don Alfonso XIII se digna recibirnos en aquel momento.

El alcalde, instado por el duque, marcha a la cabecera de los comisionados.

Entramos en otro salón. Advierto que comienzan a entrar, uno por uno, en una salita de reducidas dimensiones. Y me doy cata de que el Rey, alto, firme, con su voz robusta, vestido de americana oscura, correcto e impecable, estrecha la mano de nuestros amigos. Llega mi turno; sepan en la botica de Alba que este humilde súbdito ha tenido el honor de estrechar entre sus manos plebeyas las augustas del Monarca. Van entrando todos, hasta cuarenta y tantos, y don Guillermo, con natural emoción, dice sus frases de gratitud.

El Rey dialoga con viveza. Parécele escasa la cantidad que de su Gobierno solicitamos. Habla de la batalla don Guillermo eruditamente. Portugal, Inglaterra, lord Wellington, los cerros. El Rey escucha con gran atención.

Pero falta Alemania. En aquellos cerros peleó –dice don Alfonso– un batallón alemán, el 13 de hulanos reales de Hannover. En el charcot lleva esta divisa española Garcihernández. Vino con este batallón de Rusia el marqués de las Romanas, pasó a Dinamarca, llegó a los Arapiles para pelear contra Napoleón I. El coronel es el emperador de Alemania.

El Rey habla con franqueza, en tono familiar, con admirable sencillez. Advierto que las "fuerzas" están en el mejor de los mundos. Este marqués de Puerto Seguro, tan expresivo, tan nervioso, tan movible, hace gestos de complacencia.

El Rey pregunta:

–¿Y ese ferrocarril de Ávila? Señores, bien están las fiestas. Dejemos lo que pasa y hablemos más de lo que queda. Ése trozo de cuarenta y nueve kilómetros, que está sin construir, entre Peñaranda y Ávila, debe construirse cuanto antes. Es la tercera subasta...

– Señor, la segunda –dice respetuosamente el señor Pérez Oliva.

– Bien –continúa el Rey– la segunda. Hay que hacer eso, que tiene una importancia grandísima, enorme. Y Salamanca es muy hermosa; con esa construcción adelanta cuatro horas el ferrocarril gallego. Preocúpense de eso; hablen al gobierno; yo no dejaré el asunto de la mano.

– Señor, el enemigo peligroso –interrumpe con su habitual franqueza el señor duque de Tamames– es la compañía del Norte.

– ¿Y qué importa? –agrega don Alfonso– A los enemigos o "se les vence o se prescinde de ellos."

– Llevamos mucho tiempo así –remacha el duque.

– Pero algún día triunfarán. Y no hablo mucho de esa con Roda el ingeniero.

– Tenía noticias, señor, de su interés –exclama Pérez Oliva con respeto

– Sí. Roda es muy amigo mío.

Estamos encantados de la sencillez del Monarca, de su interés, de su conocimiento directo del asunto. Hemos estado en la Cámara regia diez o quince minutos.

Nos despide don Alfonso. El alcalde recibe del señor Pérez Oliva paternales miradas de aliento, insinúa al Rey que tendría mucho gusto Salamanca en saludar a las Reinas.

El Rey inmediatamente accede a nuestra pretensión.

Atravesamos corredores, galerías, salones suntuosos. Saludamos unos momentos a la Reina madre, la cual nos acoge también con gran complacencia. El rector de los Irlandeses habla con

ella en inglés del colegio salmantino. Insiste en el ferrocarril como su hijo. Y nos dirigimos a la Cámara de la hermosa y dulce ex princesita de Battenberg.

En un salón admiro tres soberbios goyas. Doña María Luisa, con los ojillos de quien no se asusta, mira, desde su lienzo, a don Guillermo, infundiéndole valor. Don Paco de Goya, con un trazo vigoroso y castizo, dibuja en otro lienzo una figura muy nacional, un guardia de Corps, estupendo, con los pómulos levantados, de mirada dura y siniestra. Y Mengo, aquel pintor bohemio, que divagara por las vías de Roma, pensando en construir un concepto eterno de belleza, pinta, con su entonada policromía, el busto de don Carlos III. En un corredor, el retrato de López, de doña María Cristina, la cuarta mujer de Fernando VII, exhibe sus arrogancias físicas. Y admiramos el retrato que pintara Sorolla, de doña Victoria Eugenia. La mantilla negra; española, juega con el rojo de la cabellera. Y dentro de un marco tan nacional, el candoroso rostro de la Reina luce sus azules ojos, llenos de dulzura.

Penetramos en otra cámara. Sobre un caballete, un apunte de don Alfonso XIII. Contemplo, con el marqués de Puerto Seguro, una finísima arqueta de cristal y marfil. Detrás, un busto, creo que de Alberto Durero; sostiene una cajita de plata repujada.

Y… entra en la camara doña Victoria Eugenia, sencillamente vestida de terciopelo morado. El oro de paja de su cabello tan septentrional, pone una nota de interés exótico. La cámara tiene poca luz. Advierto que la reina está más gruesa. El duque advierte a la hermosa soberana que hay ingleses entre la comisión. Las fuerzas, con la rodilla en tierra, besan la mano de la majestad, enguantada. Fernando Íscar tiene un gesto de cortesano. Delante de mí están los más significados de la comisión, y espero a que ellos besen la bella mano. Advierto que la Reina, al mirarme, extiende su brazo; cree acaso que soy paisano suyo. Y con timidez, me adelanto, y arrodillándome, besando la fina piel de Suecia del guante, quisiera encontrar en mi pecho, como Garcilaso, una trova gentil.

Habla la Reina en Castellano:

–Si el Gobierno, como creo, les ayuda –dice– conviden, sí, a los ingleses. Yo no pude ir a Salamanca a ser reina de los Juegos[204]. Ya saben, la guerra. ¡Lo sentí tanto!

La voz de la Reina es dulce, cristalina, clara. Se diría que canta el surtidor de una fuente en un jardín de ensueño. Se diría que los pájaros saludan al sol por la mañana. Nos despedimos.

Alonso, de *Nuevo Mundo*, dispara su máquina al salir de palacio. Vamos a ofrecer nuestros respetos a la infanta doña María Teresa. Su Alteza tiene para todos palabras de aliento.

Y los salmantinos se diseminan al salir de la Cuesta de la Vega.

Mariano comenta la soltura de don Guillermo y la ausencia del gabán verde del alcalde. El señor Sanz, correcto y afable, nos dice toda su admiración por las personas reales. Y don Guillermo parece respirar...

El Adelanto (04-03-1912)

La dimisión de Pepe Ávila

Ha presentado el amigo Pepe Ávila, la dimisión de su cargo de alcalde de Peñaranda. Las elecciones provinciales están próximas. O mucho me equivoco o cambiará enteramente la nomenclatura de los actuales diputados provinciales por el distrito de Peñaranda-Alba, cuya política he de descubrir en una serie de artículos. Advierto desde ahora que no voy para diputado provincial y que si hablo de ello es porque me va doliendo demasiado la preterición de que va siendo objeto Alba de Tormes por culpas propias, y por ajenas culpas.

Por culpas propias, sí. En Alba no hay fuerzas políticas determinadas, ni siquiera personas que representen una dirección frente a las malas artes de la coacción, del soborno o del chanchullo. Alba tiene, naturalmente, sus caciques, pero de bajo vuelo. Como el perro del hortelano, ni comen ni dejan comer. Cuando se trató de que Alba tuviera su representación en el palacio de la Salina, se ofreció un puesto al celoso exalcalde de aquella localidad, señor Clavijo; este no aceptó por modestia, y ante la proposición de que se ofreciera el puesto a otras personas, la familia que cree tener allí el resorte del muñeco, no aceptó el nombre de mi pa-

[204] Estaba previsto que asistiera a los Juegos Florales de 1909, pero la guerra con Melilla lo impidió. En su lugar fue la infanta Isabel.

dre, que no piensa en estas danzas, porque se trataba –dijo– de un temperamento díscolo, el del señor Mosquete, porque tampoco les hacía juego, y el del inteligente y honradísimo juez municipal, don Manuel Campos, sencillamente porque consideraban que el puesto era por lo visto, patrimonio de la familia.

Llegaron las elecciones. El señor Pascua fue derrotado. Aquella derrota significaba simplemente que la familia no tenía fuerza dentro de la propia casa.

La plancha no merece otro comentario. Los señores Rodríguez Rubio, católicos fervorosos, apadrinaron la candidatura de Arenillas que salió triunfante. Yo no hubiera tenido inconveniente en aquellas circunstancias en votar a Arenillas porque entre dos males, había que optar –como los jesuitas– por el menor.

Don Cecilio González Domingo, ayudado por esa familia, impuso en la revuelta el nombre de su hijo, al que nada se le había perdido en aquella comarca, tratando de entronizar un antipático caciquismo. El mismo señor Pascua fue su más fervoroso aliado, y con tanto candor hizo caso de don Cecilio que sacrificó su derrota por la victoria del amigo. Paco Liaño tenía la fuerza, el prestigio y el nombre de su padre, más la simpatía de los elementos republicanos de Peñaranda.

Detrás de Fernando García Sánchez, estaban Sánchez de la Peña y el marqués de Ivanrey con las huestes organizadas para el ataque. Resultado: Alba, como siempre, fue decapitada en la cabeza visible del señor Pascua; los que dicen disponer de Alba, con paréntesis insignificantes, tan insignificantes como la escandalosa derrota de Isidro Oliva cuando Clairac, ayudaron a don Cecilio, que aprovecha toda suerte de factores para el éxito, comprometiendo imprudentemente palabras que es muy difícil recoger; Arenillas aparentemente dio la razón del triunfo a los integristas, a los amigos de Clairac y Pepe Ávila, que ha dado pruebas de una gran energía con la vara de alcalde de su pueblo en la mano, fue sacrificado en Alba por Rafael González Cobos, querido amigo mío y antiguo compañero de la Universidad, pero que en el terreno público no representa más que la política tentacular de su señor padre, cuya fuerza vive, en Sequeros, en Alba, en la misma casa de la Diputación, del miedo ajeno, de la fuerza de la tradición de sus habilidades que son bien pocas –creedme– y que declinará así que reciba la primera acometida seria de un enemigo, grande o pequeño.

El mismo Eloy Bullón no podrá detener este crepúsculo que se avecina visiblemente desde las elecciones senatoriales donde el señor González Domingo se puso al lado de su mayor y más encarnizado enemigo: del caballeroso vizconde de Garci-Grande, mi respetable amigo.

Pepe Ávila, con su retirada a tiempo de la alcaldía pone el tema de las elecciones, prematuramente, acaso, sobre el tapete.

Yo recojo su dimisión para anunciar una campaña que me propongo desarrollar a tiempo, en la que, pasando por los cadáveres de todas las convenciones políticas, diré la verdad, toda la verdad, con crudeza, sinceramente, sin faltar como es elemental en estas lides al sagrado fuero de la vida íntima, colocando sobre la mesa de disección política cuanto me parezca oportuno, porque, señores, el que sale a la plaza, sale para que le vean y aquí, en esta provincia, estamos viviendo de mentiras y de falsos prejuicios desde tiempo inmemorial.

Y hay que concluir con eso. Para eso hemos hecho LA CIUDAD. Y vengan palos que aquí hay espaldas y algo más. Sentido ético que va faltando ¡ay! más de la cuenta.

La Ciudad (16-03-1912)

La cuestión de la frontera

Me ha sorprendido enormemente la nota oficiosa del Gobierno portugués, quejándose del Gabinete de Madrid.

A la puerta de mi casa riñe una familia; el padre es impotente para contener el escándalo diario y pretende que yo, su vecino, separe a los contendientes y meta los revoltosos en mi casa para que me roben la paz. ¿Es esto serio? ¿No es mucho más lógico que yo disuelva los revoltosos a cintarazos o, por lo menos, con una manga de riego?

En Portugal se ha establecido, no digamos que se ha consolidado, la República. Pero hay gentes descontentas que quieren variar de régimen; allá el Gobierno y los revoltosos.

Estos revoltosos viven pacíficamente en nuestro país. El Gobierno portugués afirma que se trata de partidas sueltas, pero es el caso que estas partidas sueltas no le dejan vivir y que exige,

con modales un tanto descorteses, al vecino que procure la paz, que les hostilice, que no les deje vivir, que les interne y que ponga tierra de por medio.

La cuestión de la frontera no preocupa a nadie. En Orense y en Pontevedra, únicamente, los aldeanos están encantados del dinero que derraman los conspiradores. Lo más divertido del pleito es la actitud de los republicanos españoles. No se puede conspirar –gritan– y ellos, tan poco amantes del orden, quieren que a toda costa se restablezca en el país vecino. Resulta chistosísimo Soriano hablando de la autoridad legalmente constituida.

Me divierte extraordinariamente Pablo Iglesias negando el derecho de conspirar en el país vecino y proclamando la urgencia y la necesidad de la conspiración dentro de la propia casa.

Es un incidente lamentable para nuestros revolucionarios. Ellos están obligados a callar, cuando menos. A mí, personalmente, me tiene sin cuidado que en Portugal haya un presidente de república como un monarca constitucional; tanto monta lo uno como lo otro. Deploraría, si no me divirtiese grandemente, esa excitación de los diarios republicanos para que se persiga a los emigrados. Si vuestros políticos de la izquierda niegan la legitimidad de la revolución, ¿para qué la pregonan ellos a todas horas?

Bien es verdad que todos ellos son gentes de buen humor y que eso de levantar barricadas se quedaba para nuestros inocentes abuelos del 54 y del 68. Alguien ha dicho que la postura republicana, en España, es la manera más elegante de servir a la Monarquía.

El Adelanto (18-07-1912)

Los franceses

Maquiavelo estudió, en los primeros años del siglo XVI, la política francesa. El secretario florentino desdeñó bastante a los franceses; tiene para ellos toda suerte de desdenes, de ataques y de burlas. El que lea atentamente sus libros, puede darse cata inmediatamente del poco aprecio que hace Maquiavelo del genio francés. Andando los años, este menosprecio explica, a su vez, cabalmente, las injurias de que fue objeto el amigo de León X y de Lorenzo el Magnífico, de parte de Voltaire, de su protector Federico de Prusia y de casi todos los enciclopedistas.

En estos momentos, en que está a punto de firmarse un tratado internacional, resulta muy interesante la lectura de los libros de Maquiavelo.

Hácese poco aprecio de los libros viejos; apenas se conocen más que de oídas los grandes escritores clásicos; nutre su mollera la gente moza en bizarras y soporíferas sociologías; la agudeza y sagacidad de Luis Vives, de Saavedra Fajardo, por ejemplo, ha sido enterrada por la pedante vacuidad de Ramiro de Maeztu y por la insoportable prosa de Adolfo Posada.

Maquiavelo conoce a los franceses. "Lo primero que convengas con ellos, será siempre lo mejor". Y añade sagacísimamente: "Cuando no pueden hacerte bien, te lo prometen; cuando pueden hacerlo, lo realizan con dificultad o no lo realizan". Son de un genio desigual, incongruente. Parecen humildes en la fortuna adversa; cuando esta les sonríe, son insolentes. Aman el dinero sobre todas las cosas; son tacaños. Les importa muy poco todo cuanto pueda decirse o escribirse sobre ellos.

Son liberales "cínicamente en las audiencias." Odian a los italianos, sobre todo a los romanos; moléstales su plática dulce y galante, la fama de discretos y de listos de que gozan en Europa. Mal hace el italiano en acudir a la corte del rey de Francia; vaya únicamente el que no tenga nada que perder, el que lo tenga todo perdido. Poco a poco, sin que él se cure del cambio, perderá lentamente sus ideales. Se verá adulado, deprimido. Antes de luchar con él, le colmarán de sonrisas y de promesas. Son falsos los franceses.

Estas y otras muchas cosas dice Nicolás Maquiavelo de los franceses. Obsérvese que comienza el siglo XVI. El discurso sobre las cosas de la Francia y las observaciones sobre la naturaleza de los franceses están escritos en 1506. Nada puede echar en cara la política florentina a la política francesa.

Ninguna de las dos tienen tampoco que asustarse de la política española. Imperan el engaño, la falsedad, la astucia en París y en Ruan, en Roma y Florencia, en Toledo y en Valladolid. Los diplomáticos se engañan unos a otros lindamente.

En vísperas de aprobarse un tratado internacional, no deben echarse en saco roto las palabras de Maquiavelo. Francia ha compuesto toda una literatura para injuriarnos. Sus periódicos

nos denuestan todos los días. No ha procedido nunca de buena fe con nosotros. El señor marqués de las Alhucemas, que, a pesar de ser yerno del señor Montero Ríos, es una cándida paloma, debe repasar estos días, en la terraza del Gran Casino, las enseñanzas de la historia de las relaciones de Francia con nosotros y con los italianos.

El Adelanto (20-07-1912)

Calendarios

A falta de temas veraniegos en un verano tan soso como este, en que no podemos quejarnos siquiera de su calor, ya se habla, con insistencia, por los periódicos políticos, acerca de los cambios que se preparan para este otoño. Hay, naturalmente, versiones para todos los gustos. Clavado el señor Canalejas, contra su voluntad, en la poltrona de la presidencia, sin aprobar los presupuestos, sin estar todavía concluido el tratado con Francia, habrá que esperar a dar un nuevo marquesado al señor García Prieto, y a que nos saque de nuestra indigencia económica el señor Navarro Reverter.

El pleito de las mancomunidades se ha aplazado para que no se enfade seriamente con el Gobierno el señor Montero Ríos, y los liberales que han votado el proyecto de mala gana, no ocultan que, cuando en el Senado se comiencen a discutir de nuevo las aspiraciones de Cataluña, surgirá la crisis del partido con la llegada de los conservadores al poder.

Con las cartas sobre la mesa, parece, a primera vista, que la jugada no admite dificultades de ninguna clase.

Hay, sin embargo, factores con los que tiene que contarse necesariamente para fallar el pleito. Los conservadores se desvían de Canalejas y comienzan a tomar en serio la última disidencia parlamentaria. Se cuenta también con que los catalanes han de quedar burlados, sin parar mientes en que el partido conservador tendrá que volver a resucitar el pleito, por expresa declaración de su jefe. ¿Por qué no ha de pronosticarse que pasarán las mancomunidades en el Senado, como pasó la sustitución del impuesto de consumos y la ley del candado? ¿Es que hay una oposición tan grande en el proyecto por aprobar, como en los proyectos aprobados a regañadientes? Y si triunfa de nuevo el señor Canalejas en su empeño, ¡por qué han de venir tan pronto los conservadores al poder!

Verdad es que los acontecimientos políticos se desarrollan siempre de una manera absurda. Lejos de obedecer sus mudanzas a las de la opinión, obedecen a causas que casi nunca transcienden al público.

Y así la tarea de hacer calendarios es la más inútil de todas las tareas.

Cabe fijar actitudes, determinar fechas, señalar orientaciones, predecir fallos; el pueblo es de fuerte conciencia pública. En España, no. Todo se reduce a los dimes y diretes de los rabadanes, únicos árbitros de un país que tiene la pretensión inocente de gobernarse por sí mismo.

El Adelanto (30-07-1912)

El señor candidato

Estos pueblucos de Castilla, tendidos cara al sol en la llanura parda, presencian todos los días la misma escena. La cartera del correo viene llena de correspondencia; todos los pudientes del pueblo reciben la misma carta del señor candidato, un buen chico de Madrid, entregado al deporte, que va a hacerles el honor de representarles en el Congreso. Llegará de un momento a otro el señor candidato; tendrá el gusto de estrechar la mano a unos amigos a quienes no conoce todavía, pero a los que ya quiere con la efusión retórica que se usa en el período electoral, y tornará a Madrid el buen chico, amigo de los deportes, levantando nubes de polvo con su automóvil por esas carreteras silenciosas y polvorientas, largas...

Estos días ha andado de la ceca a la meca por estos pueblos de Dios. En el casino de una cabeza de distrito –una de las ciudades más ricas de Castilla– aguardaban al candidato. El candidato, educado en Lieja y en Nueva York, era hijo de un poderoso terrateniente de la comarca, que había matado, años atrás, el sentimiento de independencia de aquellas buenas gentes, a

fuerza de miles de duros y de sobornos escandalosos. Llegó el candidato, un muchacho alto, afeitado, correcto, con ese sello de prudente, de exquisita atención cortesana en la mirada que lleva envuelto el más profundo desprecio a todo lo que mira. En seguida se acercaron los pudientes a saludarle. Allí estaban los vencidos de hogaño fraternizando, con un pie de aparente igualdad, al lado del *sportman* educado en Lieja y en Nueva York. Solamente unos cuantos locos mirábamos con pena el espectáculo. Cuando desaparezcan los amos, los lacayos les sacarán de sus tumbas. Aquí brota de abajo, no de arriba, el caciquismo rural.

En otro distrito se ha planteado la lucha. Frente a un indígena ha salido uno de esos condesitos madrileños, que cuando no andan a caza de dotes andan a caza de distritos, a salga lo que saliere, revolviendo pueblos, encendiendo pasiones aviesas entre los pobres gañanes, burlando la ley, que aquí es un juguete que siempre maneja el más fuerte. Ese condesito hace protestas de amor a una provincia que no ha visitado hasta ahora y que, probablemente, no tornará a visitar jamás...

¿Que todo esto es muy sabido, que no debe insistirse en ello, que estamos hartos de saber que todo este tinglado de la política es una linda farsa? Sí, amigos míos, sí. Por eso mismo, dejando la ironía para esas plumas amablemente escépticas que no protestan de nada porque nada les importa, debemos protestar de todo aquellos a quienes todo nos importa. Esos candidatos, que serán mañana unos legisladores desaprensivos, frívolos, gárrulos, ignorantes como un pez, son, en realidad, enanos de la venta que explotan el miedo a los billetes o el miedo a esas combinaciones misteriosas que se fabrican en el Ministerio de la Gobernación, con su cohorte obligada de apernadores, muñidores, polizontes, esbirros, alcaldes de ocasión. Una conciencia colectiva les haría caer de un soplo. El retablo de maese Pedro se vendría abajo con estrépito, cuando un hidalgo manchego, solamente un hidalgo, se dedicará a dar tajos y mandobles a las figuritas de cartón.

Esta conciencia colectiva fuerte, que ha despertado en Cataluña, no tiene trazas de hacer su aparición por estos pobres, secos, yermos campos de Montiel. Se hacen mangas y capirotes porque se ha escamoteado bonitamente al pueblo de toda suerte de funciones ciudadanas. Surge el cacique del abono de indiferencia, de cuquería, de viveza, de anarquía mansa que han infiltrado los propios gobernantes en el alma campesina. Con una labor parecida a la que se ha hecho en Cataluña, aprenderíamos los castellanos que no son los distritos para los diputados, sino los diputados para los distritos. ¡Y pobre de maese Pedro el día que eso se sepa y se practique!

La Actualidad (28-12-1914)

Manual del candidato
Antes de las elecciones

I. De cómo ha de escribir a los caciques.

Familiarmente, cariñosamente, ha de escribir el candidato a los caciques. Encabece siempre las cartas llamándoles queridos. Si se llama José el cacique, llámele Pepe, querido Pepe. Si Francisco, Paco, querido Paco. O mejor, Curro, Curro, Currito viste más.

Sea difuso en las cartas el candidato. Mucha paja y poco trigo. Use frases sonoras, rimbombantes. Pepe y Curro, como caciques, leen la prensa. Tienen hasta ideas sobre la democracia y la reacción; leen los artículos de fondo; han leído u oído leer a Castelar o a Donoso Cortés. Van a la cabeza de partido a casa de un abogado enredador que les da órdenes; el abogado ama también lo rimbombante y lo sonoro. Cuando Pepe y Curro fueron al banquillo de la Audiencia, a la capital de la provincia, por raspar aquellas actas de aquellas elecciones, les hicieron también una defensa difusa. Dos líneas, con rúbrica y todo, tenía de longitud el delito; un volumen en folio había que llenar ahora para contar lo que el abogado contó sobre si Pepe y Curro raspaban o no raspaban.

Ame, pues, lo difuso el candidato. Copie párrafos del *Diario de Sesiones* de cuando en cuando. Escriba cartas largas, de dos pliegos. Emplee letra clara y grande. Firme con intimidad: Fernando, Manolo, Luis, Miguel. Dé siempre recuerdos a la familia. No se olvide del beso a los pequeños. Acuérdese de besar los pies a la señora de Curro y a la señora de Pepe. Dé afectos a los amigos, pero no así, en globo, cítelos nominalmente. Y apréndase la historia local, y admire la gloria local, y apechugue con las indigestiones locales.

Sobre todo, la patria chica de Pepe o la patria chica de Curro. El besa los pies, los besos a los pequeños, los afectos a los amigos. Sea difuso en sus cartas el candidato.

II. Cómo ha de viajar por los pueblos.

Ha de viajar por los pueblos el candidato –mientras se resuelve el problema de la navegación aérea– precisamente en automóvil, cuando las carreteras, las calzadas, los vericuetos y los atajos lo permitan.

No importa que el automóvil sea de la propiedad del candidato, de alquiler, o que se lo preste algún amigo generoso y de rumbo. Ha de llamar al *chauffeur* de tú, aunque no le conozca. Ha de hablar, como de cosa corriente y conocida –no de otra suerte que hablan los parlamentarios de todo lo que les viene a la boca– del mecanismo del auto. Ha de llevar el auto una bocina sonora como un programa de Gobierno novatillo. Si la bocina canta el *Himno de Riego*, la *Marcha Real* o la *Matchicha de don Procopio* –según las preferencias personales y políticas del candidato– mucho mejor.

Ha de parar el auto con gran solemnidad, a la entrada del pueblo. Es preciso que los notables del lugar se asombren de los portentos del vehículo; ha de estar limpio y fregoteado antes de la excursión electoral; ha de viajar en él el candidato con un distinguido aire de fastidio. Los amigos que le acompañen imitarán concienzudamente un gesto tan lindo.

Procure el candidato invitar así, como por distracción, sin dar importancia al convite, a los notables del pueblo a montar en el coche; toda la vida se lo agradecerán los notables. En los villorrios manchegos, castellanos, leoneses, andaluces y gallegos, no se tiene una noción muy clara del automóvil; sólo de cuando en cuando, sobre la polvorienta carretera, corre un auto levantando una nube gris, destripando una gallina, una oveja descarriada, un asnillo, a veces una vieja.

Los pueblerinos odian el auto; también le desprecian todos los galopines y pobretes que van a pie. Se desprecia siempre todo lo que no se conoce. Ponga en contacto el candidato a la aldea con el progreso; en el pueblo se hablará de la excursión en auto –corta, por supuesto, para que no aumente demasiado el coste de gasolina– toda la vida.

A veces no podrá visitar en auto los pueblos del distrito que ha de representar el candidato; alquile entonces, no un coche, sino varios coches. Invite a los amigos más salientes del partido. Llene de un aire de aparato, de grandeza, todos sus actos aunque después, no pague el alquiler de los coches. Y cuando las calzadas lugareñas no permitan el tránsito y rodaje de los coches, monte un caballo bonito, que los aldeanos entienden de toda suerte de animales.

III. Cómo ha de vestir el candidato.

El candidato ha de ser, mirado y remirado en los pueblos de su distrito. Será el blanco de todas las miradas; acaso del suspiro de alguna bella rústica. Como en el pícaro mundo se vive de apariencias, sea en los pueblos, ostentoso, deslumbrante, el candidato. Fíjese, sobre todo, en su manera de vestir.

Ame los trajes claros y las corbatas amplias; deje la rica perla para los pasillos de la Cámara; lleve una alfiler gorda y deslumbradora, el candidato a los pueblos; vista a la usanza de los indianos bobos.

Cuaje materialmente de anillos los dedos el candidato; no importa que sean de boro; mejor si son de boro, siempre que sean muchos y siempre que sean muy grandes. Sujete el reló de una cadena pesada, como la de un viejo presidiario; soporte en paz y gracia estos sacrificios del indumento; las mozas beberán los vientos por él; la esposa del alcalde, del veterinario, del juez de paz, de todos los «queridos amigos» del candidato, reprocharán a estos su dejadez y descuido, después que parta el candidato; de esta laya se convertirá el trotadistritos en un príncipe lindo de leyenda oriental.

Sea fastuoso. Fastuoso siempre. Si tiene moneda suelta, exhiba billetes; mejor si son de mil pesetas. Como en los pueblos no hay cambio, tornarán a su cartera. Dígase amigo de todo el mundo que suene en los diarios; diga que el alfiler de corbata es un regalo de Maura; afirme impertérrito –que en las aldeas no conocen a las gentes– que la cadena se la regaló el conde de Romanones; asegure que su linda petaca de piel de Suecia –con letras de oro– es un presente de la Casa Real. No se detenga en barras el candidato; los aldeanos creen las mentiras y no creen las verdades; tienen de la Corte una noción vaga y nebulosa; no conocen de los Mandriles sino la gala aparente que oculta tanta miseria positiva.

Lleve siempre varios trajes el candidato. Y tres kilos de joyas falsas. Y muchos billetes que den autoridad a sus metáforas. Y una linda petulancia en toda su persona.

Observe que si los hombres le miden por sus palabras, por sus trajes y joyas le medirán las mujeres. Y que lo mismo en los cortijos que en la corte mandan en los hombres las mujeres. Y que, al fin de razones y sutilezas que no están al alcance de los sociólogos definidores del sufragio universal, tanto como el voto del alcalde, por lo menos, vale el de la alcaldesa.

IV. Besará a los rapaces.

Besará a los rapaces el candidato; dirá que su emoción es grande; que la visita al pueblo es una página que ha de quedar grabada con letras de oro en el libro de su vida –libro en blanco–; dirá que el recibimiento que le han dispensado cordialmente sus amigos es de los que no se borran nunca y quedan siempre impresos con caracteres indelebles en el corazón... Acuda, en una palabra, el candidato a todas las metáforas manidas, huecas, acartonadas, de la retórica y de la cordialidad parlamentarias.

Bese a los chiquillos el candidato. Los padres, por muy caciques que sean, no se olvidan jamás de tales ternezas. Si van sucios, límpieles discretamente los mocos el candidato; aguante el chorro de habilidades infantiles que le exhiban ufanamente los papás; oiga a los niños prodigios que saben ya –¡pobrecitos!– la lista de los cuerpos simples, los partidos judiciales de Cataluña, la clasificación de los insectos y de los mamíferos y los errores en que descansa la teoría darviniana; dígales que son guapos aunque no lo sean, y listos, aunque sean torpes y negados; finja una gran emoción el candidato; cuando se distraiga en un flirteo con la boticaria, con la alcaldesa, con la jueza de paz, con la administradora de los consumos, medite el diputado en agraz que los niños son un excelente vehículo para llegar a una dulce y discreta inteligencia con las mujeres.

En la aldea, juzgarán de la calidad de los sentimientos del candidato por lo que sobe y resobe a los chiquillos. Si es rico el candidato, haga una visita a la escuela; reparta dulces y confites a los escolares; aguante el enredado discurso de salutación del humilde pedagogo; conteste también con énfasis, haciendo párrafos redondos que suenen a repique de tamboril.

No se olvide jamás –esto es muy importante– de los besos, mimos arrumacos y fiestas a los rapaces. Y déjese invadir de la dulce emoción que nos proporciona siempre el contacto con la niñez. ¡Niñez sagrada! Hasta los candidatos fueron niños, aunque hayan perdido –desgraciadamente para ellos– toda la niñez de su espíritu.

V. Piropos rústicos

Las hijas de los alcaldes y de los que no son alcaldes –sobre todo cuando son solteronas y machuchas– se arreglan y periponen cuando llega el candidato a la aldea, si es soltero. Y con las hijas de los alcaldes, los retoños femeninos de los terratenientes y todo el mujerío en calidad de merecer de las fuerzas vivas de la aldea. Antes de llegar el candidato, hace la pollería mil cábalas y conjeturas sobre su persona, se le cuentan los terrones y los billetes de Banco; se le atribuye toda suerte de hermosas cualidades para dorar el cuadro, hasta se habla de alguna aventura amorosa, más o menos fantástica, del candidato con alguna marquesa tísica de Madrid.

Si el candidato es ducho, observará, a las primeras de cambio, todo el remolino de la pollería. Las chicas son encogiditas: se ponen rojas cuando el candidato les dirige la palabra; le dirán: «no se guaseé usted, no diga usted esas cosas, no le podemos creer a usted», en realidad se lo creen todo, y se derriten en el agua de la lisonja como un terrón de azúcar.

Aprenda, por ende, el candidato, piropos rústicos. Use las frases como los anillos: de boro. A veces la discreción del hombre estriba en aparecer un poquito majadero. Con las mujeres necias conviene ser un tantico necio; con las chicas pueblerinas, un poquitín pueblerino. Elogie los ojos de las chicas guapas el candidato con frases gráficas y expresivas, diga, por ejemplo, que son tan negros como el betún.

No sea sutil en sus elogios el candidato; no le comprenderán. No saque a relucir el garbo y la apostura de Diana Cazadora, o la armonía de líneas de la Venus griega, o la dureza rosada y fresca de las carnes macizas de la duquesita de Ferrara, para loar la sana color de las carnes rústicas. Diga aquello que se entiende pronto y que se entiende bien. «¡Si yo tuviera una mujer como usted! ¡Yo por usted me muero etc., etc.!» Además, podrá encajar discretamente los chistes de Arniches, de Celso Lucio, de Francos Rodríguez u otro ingenio por el estilo que haya oído a la Loreto en el Cómico o a la Isaura en Apolo.

No elija el candidato favorito; manténgalas a todas –y con ellas, sus padres– en un discreto tira y afloja. No se comprometa locamente por el fulgor de unos ojos, por la tersura de una piel, por el ébano o el oro de unos cabellos, por la dulzura de una sonrisa, el candidato soltero. Mantenga la caña en ejercicio, sin cebar el anzuelo. Sonrisas, apretones fuertes de manos, palabras de doble sentido, retórica donjuanesca al uso; nada más.

Que todas se crean las preferidas; mantengan tan dulce embeleso hasta ganar el acta, por lo menos. Sea un recuerdo vago en la mocedad de las encogiditas hembras de los lugares de su distrito. Lleve, en su excursión electoral, además del apoyo de Sánchez Guerra, buena provisión de piropos rústicos el candidato.

VI. Promesas que debe hacer

Todas las promesas; nada le está vedado, en esta zona, al candidato. Si le piden un puente de cuatro ojos, ofrezca ocho ojos; si de ocho ojos, dígales que es más bonito y más grande un puente con diez y seis. Si le piden un cuartel, diga que mejor son dos y que su querido amigo el presidente del Consejo de Ministros, le ha dado carta blanca para todo lo que redunde en beneficio de su pueblo predilecto. (Lo del pueblo predilecto ha de repetirlo necesariamente en todos los del distrito que vaya recorriendo antes de la elección).

Prometa a troche y moche el candidato; no le detenga nunca el menor reparo, ante la magnitud de la promesa. Los pueblos son bobos y todo se lo tragan. Para las gentes de la aldea, el candidato está revestido de un poder sobrenatural; mantenga la leyenda dorada con sus palabras y promesas el candidato.

El morbo del escepticismo va infiltrando lentamente su veneno en algunas aldeas de Castilla. Algunos electores rústicos ya no quieren promesas y piden dinero. Dinero contante y sonante. Si el candidato es torpe, caerá en la trampa y se llenará de angustia; pero si es avisado y discreto el candidato, medios tendrá su discreción para salir del atolladero.

Como nuestro candidato goza del favor ministerial, de las tretas del gobernador de la provincia y de las habilidades rústicas de todos los alcaldes del distrito, saque la caja de los truenos y la trompeta de Jericó cuando vayan a sonsacarle las pesetas. Amenáceles. Dígales que su querido amigo Paco, esto es, el gobernador, tiene un piquete de la guardia civil a su disposición. Chille. Hable de la pureza del sufragio dos veces sacrosanto; no se deje convencer de los sofismas rústicos de los que no creen en la solidez de las promesas. Así, chillando, denostando, salió maravillosamente de un apuro mayúsculo un candidato amigo del cronista.

Ofrezca empleos, emolumentos, sinecuras. Si es liberal el candidato y el párroco del lugar se mantiene a respetuosa distancia, ofrézcale una canonjía y escriba al ministro de Gracia y Justicia para que tome nota preferente de los deseos de su recomendado el párroco, que son los deseos –bien lo sabe el candidato– del propio señor ministro. Exhiba con priesa la epístola ministerial al incauto presbítero. Y dígale, de paso, que sus convicciones, las de él, las del candidato, son arraigadamente católicas, castizamente ortodoxas, y que nunca la tradición –como afirman muy bien Gil Robles, Sánchez Mata, Revillo, Senantes, Dalmacio Iglesias y el lectoral de Coria– está reñida con el progreso.

No olvide nuestro amigo que así como la luz atrae a las mariposas, las promesas atraen a los electores, aunque en algunos pueblos de Castilla por desgracia –no vamos a dilucidar ahora las causas determinantes del fenómeno– el morbo del escepticismo vaya infiltrando lentamente su veneno en el alma campesina.

VII. Engaños en que ha de ser diestro

En toda suerte de engaños ha de ser diestro el candidato; en toda suerte.

Como su vida es una vida de farsa, de apariencia, de *parlamentarismo*, para decirlo de una vez, el candidato ha de ofrecer sinecuras que no ha de otorgar, favores futuros que no ha de rendir, amistades por las que no se ha de sacrificar, empleos que no ha de conceder... Prodigue sonrisas, apretones de manos, palmaditas en los hombros, muecas, gestos, palabras amables y lisonjeras, el candidato. Arregle, acomode sus facciones a la carencia de vida interior que le impone su futuro cargo. Engañe. Mienta. Que, a lo mejor, surgirá una crisis, marchará su amigo Sánchez Guerra a reponerse en Cabra y Dato no será más que el cuarto en la mesa de tresillo de la señora marquesa de Squilache y Antón del Olmet tornará a reverenciar, desde *ABC*, la austeridad semita y trágica del señor Maura; surgirá una crisis y la crisis servirá de escudo y malla a nuestro candidato para sus trapacerías, metáforas, enredos, embelecos y engaños.

Como si fueran moscas –ya lo hemos dicho más arriba– los electores rondarán en torno a la miel de las promesas del candidato. Átelos, cíñalos con esta miel. Si es discreto el legislador del mes que viene, ya sabrá que el carguito no sirve sino para escribir gratis cartas con membrete de relieve, para chupar caramelos –cada vez peores y más contados–, para gozar de libre acceso en los Ministerios y centros oficiales, para aburrirse todas las tardes en el Congreso, para tomar una taza de té en casa del presidente en la reunión de las mayorías, para asistir tal vez a Palacio en día de fiesta y contemplar de cerca el lindo rostro de la dulce Soberana, para mandar con imperio a los ujieres y porteros de la Cámara; nada más. «C... de la vela» llamaba don Antonio Cánovas del Castillo a los diputados de la mayoría. Sin compartir nosotros la opinión de Cánovas, apresurémonos a declarar, sin embargo, que un diputado de la mayoría –y un candidato *cava sans dire*[205]– nos merece menos respeto que un fuerte vendedor de bacalao, que una respetable firma comercial, que un torero ilustre, que un coplero famoso, que una bailarina castiza. Por más que tratemos de bucear en el misterio de las cosas, no acertamos a comprender del todo la transcendencia metafísica de un Práxedes Zancada, de un Dalmacio Iglesias, de un Albertito Requejo o de un Conde de Pinofiel.

El candidato suele ser leguleyo, por regla general. Ahora los médicos sienten cierta inclinación por la política, pero les vencen los leguleyos en la fuerza del número, que es, después de todo –no se asuste nadie– la fuerza de la ley. No se olvide de las artes de su profesión el candidato. Haga de lo blanco negro y de lo negro blanco. Mi escasa experiencia profesional me dice que los leguleyos, sobre todo los que vocean, dan puñetazos en el pupitre y repiten una oquedad con aire de suficiencia, son unos pobres diablos, a veces con alma de pícaro, que no saben nada de nada. Viva el candidato con prosopopeya, con énfasis, como si los diputados significaran algo en la vida *viva* del país. Sea diestro en toda clase de engaños el candidato, pero en toda suerte.

Cuando llegue la hora del vencimiento de la promesa, vendrá una crisis oportunamente a no dejar en el aire la formalidad de nuestro amigo.

VIII. Promesas que no comprometen.

No compromete ninguna promesa cuando se sabe prometer; no se olvide de este apotegma el candidato. Diga siempre «oportunamente», «cuando llegue la ocasión», «a su debido tiempo», «contando con la benevolencia de mi querido amigo el ministro», «si vienen bien dadas las cartas», «cuando haya menos compromisos», etc., etc. Haga entender al pedigüeño, al importuno, al cargante, que le ha ganado su voluntad, que le ha captado su afecto, pero que no basta para todo la voluntad del candidato y que el mundo depende de algo más que de la influencia y del voto de un futuro diputado de la mayoría.

Comprometiéndose siempre el candidato, no se comprometa nunca. No es paradójica tal afirmación; queremos decir sencillamente que el candidato ha de decir con solemnidad, con la retórica más vistosa de su exclusivo uso particular, que ha de empeñar toda su energía en el logro de la empresa que le encomienden –colocar un ama de cría, vigilar un díscolo hijo de familia que se divierte demasiado en los Madriles, comprar un abanico a la alcaldesa– cuando la empresa es fácilmente hacedera, pero que en otras de mayor calibre y calidad, dar una cartería, nombrar un empleado quinto de hacienda, trasladar un guardia municipal, evitar que yazga un expediente en el Negociado número tres de la sección sexta del Ministerio, llevar un camino vecinal del distrito al presupuesto de la nación, etcétera, etcétera, ha de contarse siempre, no con sus fuerzas, que son muchas, sino con la señora realidad que da sorpresas en todas partes, y, sobre todo, en la política descabellada de bandería, de familia, de tribu, de clan, de *jarka*[206] que nos gobierna en España.

Procure el candidato ser una especie de «ordinario» para todos los encargos de su distrito. Muchos diputados conservan el acta –y el carnet, la pechuga como dice nuestro querido Royo Villanova– por sus preciosas condiciones para desempeñar tal cometido. Tenga la bolsa abierta.

[205] Así en el original por *Ça va sans dire* ("no hace falta decir").

[206] Jarca, jarka, harka o harca: palabra de origen árabe con el significado de 'fuerza rebelde de Marruecos'. El término, si bien en esta época se utilizaba en su sentido original, dada la situación de rebeldía de la colonia y la guerra mantenida por España en aquel lugar, se comenzó a usar despectivamente con el sentido actual: grupo de gente en tropel y desorden, usado con frecuencia en sentido desdeñoso u ofensivo.

Convide a los paletos que en Mayo marchan a los madriles a entusiasmarse con la rumba de la Chelito, y de paso, a conferenciar con él para reventar al secretario.

Haga siempre promesas que no comprometan el candidato. Mejor dicho: comprométase siempre, buscando, sin embargo, el resquicio de una salida gallarda.

El arte de la política en España es una derivación del arte taurino; apunte la aserción *El Timbalero* para sus disertaciones futuras. Y así como decía Lagartijo que lo difícil en el coleo, no era coger la cola, sino soltarla, suelte la cola de la promesa el candidato, cuando una coyuntura favorable –crisis parcial, escisión en el seno de la mayoría, clausura de Cortes– venga a dejar en el aire y en suspenso su ofrecimiento verbal.

IX. Novias que ha de tomar.

Hemos escrito ya sobre las novias que no ha de tomar el candidato. Más arriba le hemos aconsejado desinteresadamente que no haga chiquilladas en el distrito, que no se decida por una linda flor silvestre; que mantenga a las hijas de los electores de más cuenta –si es soltero– en un discreto tira y afloja.

Cuando regrese a los madriles el candidato, el pleito del noviazgo cambiará completamente de aspecto. No se enamore jamás.

Hombre enamorado, hombre perdido. Entre los animales irracionales deben contarse siempre los enamorados. Un enamorado no razona, no piensa, no discurre, no da pie con bolo. Ha perdido su autonomía, lo que llamaría un fondo del *Heraldo self-govenment*[207], ante los ojos, entre los brazos, con las caricias de una bella que le uncirá al carro de sus triunfos.

El candidato ha de evitar cuidadosamente todo enamoramiento. Ha de conocer a los padres de las chicas que hayan sido ministros o que vayan a serlo pronto. Luego de conocerlas, procure orientarse sobre la cuantía del peculio de cada una, sobre la influencia positiva de la familia, sobre el puesto a que puede encaramarse, viviendo continuamente agarrado a la levita de papá.

Da la posición de la novia consistencia al acta. Asegure –miel sobre hojuelas– bien una subsecretaría decorativa, de poco fuste, que no infunda sospechas de ambición, para empezar, bien una direccioncilla de poca monta. Hay un escalafón cerrado en los altos cargos, lo mismo que en los bajos, y la cuestión estriba en empezar. Entrando una vez, se entra para todas.

La novia, en estos pícaros tiempos de novelas de Felipe Trigo y de madrigales de Martínez Sierra, sirve para todos estos apuros y ocurrencias. La listeza de los candidatos se tasa por los matrimonios de porvenir que sepan hacer estos queridos amigos nuestros. Sea diligente en tomar novia, y sobre todo, en tomar suegro, el candidato.

X. Sobre las actas en blanco.

No seamos bobos: el sufragio universal es una linda farsa, digna de los electores y de los elegidos. El artículo 29[208] es sincero porque ha venido a matarla en flor. Ocurre, sin embargo, una cosa, a cubierto de la cual queremos poner al candidato. Hay ciudadanos aprovechados que para jugar una mala partida al candidato ministerial y para robarle las dulzuras –muy sosas– del consabido artículo, se hacen proclamar también ellos candidatos con fútiles pretextos, pero sin ánimo decidido de terciar sus armas en la contienda. Hay reventadores del artículo 29 de buena fe; los socialistas que van en busca de su recuento de cinco votos, para asegurar la inviolabilidad de la blusa y para que don Pablo nos regale los oídos con sus violencias ásperas de hombre que se desayuna con bicarbonato; los candidatos republicanos que han leído en *El Radical* un artículo de Ricardo Fuente donde demuestra que el artículo 29 es una vergüenza para los ideales democráticos... Pero hay reventadores de mala fe. Son aquellos que van a la lucha a salga lo que saliere. Son los más peligrosos. En el fondo tratan de pedir dinero, de arramblar un destino, de vengar una promesa olvidada del candidato. Prevéngase contra los primeros este, y más todavía, contra los segundos.

No se enemiste, por nada del mundo, el candidato con el secretario del Ayuntamiento. Conserve siempre tan preciosa amistad. El secretario es *uña y carne* –más uña que carne– de los interventores, juega con ellos a su antojo, dispone –¡ahí es nada!– de las actas en blanco.

[207] Así escrito en el original por Selfgovernment ('autogobierno')

[208] Se refiere a la Ley electoral de 1907 por la que si en un distrito hay un solo candidato se le adjudica el acta sin necesidad de votar.

Allí donde no hay sentido cívico, el secretario simula proclamaciones y se hace intérprete de las fuerzas vivas –¡y tan vivas!– de los ganapanes que pescan en tarde de borrasca. Procúrese el candidato las actas de los pueblos de votación más numerosa. Téngalas firmadas en su poder ocho días antes de la elección; para eso es candidato ministerial nuestro amigo.

Haga consignar en ellas las dos terceras partes del censo. Enseñe la bolsa, de vez en cuando, con harto sentimiento suyo. Dedíquese a la busca y captura de tan preciosos documentos, sin perjuicio de bordar, más tarde, el día de la elección, cuando haya salido victorioso, las flores más lindas sobre el cañamazo del sufragio universal. Diga sobre el pueblo soberano esos tópicos corrientes de nuestros ilustres parlamentarios, que tienen el peregrino acierto de encerrar la menor cantidad de ideas en la mayor de palabras.

XI. Del estipendio para la corrobla.

Refresque el vino el gaznate de los electores; celebren los amigos del candidato una buena corrobla[209]; el triunfo del sufragio ya sabemos que es el triunfo del alcohol.

Encargue y pague por su cuenta, en todas las tabernas de la demarcación, unas cuantas cántaras de vino, proporcionalmente a la capacidad alcohólica del distrito. El alcohol, al pronto, excita el entusiasmo democrático de los electores. Procure el candidato que el vino sea de la comarca; los productos del país no deben despreciarse nunca, antes por el contrario, ha de elogiarlos debidamente el candidato. Además, los productos del país son siempre más baratos que los productos forasteros.

Beneficiará, al mismo tiempo, su bolsa el candidato e inflamará el patriotismo de los electores. En todos los pueblos hay un edificio notable del tiempo de los romanos, un producto de comer o beber excelente pero desconocido y una gloria local también excelente pero desconocida. Admire el edificio aunque no entienda palotada de cosas de piedras; beba o coma el producto indígena; tome en serio la gloria pueblerina –aunque desconocida– aunque, en el fondo, piense que se trata de un perfecto majadero.

Presida la corrobla el candidato. Apechugue con el plato indígena y con las salsas indígenas; hállelo todo de su gusto, por muy grasiento, pesadote y picante que sea, y dígalo de vez en cuando. Proponga un voto de gracias a la cocinera aldeana.

Negocie con la vanidad patriótica de los que han de proporcionarle las actas en blanco. Ponga a prueba de guisotes su estómago el candidato. Más pasó el Señor en el Desierto y al fin le crucificaron.

Que de la corrobla hablen los periódicos locales y provinciales; la letra impresa ejerce una sugestión enorme en los espíritus sencillos y aun en los que pasan por complicados en la tertulia del Casino. Los corresponsales, los periodistas indígenas son unos chicos muy accesibles; elógielos el candidato, siénteles a su vera, resérveles un puesto en el auto, pídales consejos en un trance difícil o poco corriente.

Halagados nuestros queridos colegas, inflarán el recibimiento del candidato y darán una importancia tan grande a la corrobla que las bodas de Camacho y los banquetes de Nerón serán una cosa despreciable al lado del convite en honor de nuestro amigo.

Haga buenas migas el candidato con el farmacéutico del lugar; el farmacéutico suele ser un hombre agradable que aprendió picardías en su mocedad, allá por la Rúa del Villar o por el paseo de la Herradura en Santiago, o persiguiendo gitanas por los descampados del Sacro Monte en Granada, o persiguiendo chulillas en la calle de Hortaleza al salir de clase en los Madriles, o yendo de bureo allá por los cafetines del Paralelo y por los vericuetos del Conde del Asalto en Barcelona.

Compre bicarbonato en abundancia el futuro legislador; tómelo resignadamente después de las corroblas. Haga que bebe vino y no lo beba en realidad; cuando todos estén distraídos, pendientes del latiguillo del brindis de la gloria local, vacíe el vaso en el suelo, debajo de la mesa; métase disimuladamente los dulces en los bolsillos. Procure aparentar, un estómago de gañán el candidato, aunque lo tenga de misinguín[210], estropeado y deleznable.

[209] Palabra clásica procedente de robra y corrobra que venía a ser un agasajo con que se cerraba un trato de compraventa. Vino a significar "jolgorio de comida y sobre todo bebida que generalmente paga alguien por algún motivo de celebración".

[210] Diminutivo derivado del salmanticismo 'mesingo' débil, delicado, melindroso, especialmente aplicado por los pueblerinos a la gente de la ciudad.

XII. Discursos que ha de decir

El día antes de la elección, hablará de esta manera el candidato:

– «Queridos correligionarios, amigos míos: En estos momentos solemnes me invade la emoción más extraña que he tenido en mi vida. Me encuentro en este pueblo querido, pueblo predilecto para mi corazón, donde he pasado horas agradabilísimas, poniéndome en contacto, para remediarlas enérgicamente, si vosotros me concedéis el honor de elegirme vuestro diputado, con las necesidades de este pueblo histórico, cuna de guerreros ilustres y de sabios profundos que dieron tantos días de gloria al patrio solar hidalgo».

Aquí hará un paréntesis el candidato para que le aplaudan y continuará de esta guisa en tono mayor:

– «¡Ah, señores! Yo no ofrezco nada, ni prometo nada; mis hechos serán mis promesas; yo no descansaré un minuto, poniendo buen precio a mi actividad en vuestro reconocimiento y en vuestra gratitud, luchando sin tregua, luchando sin descanso, luchando sin vacilaciones, ni desmayos porque nos concedan sobre todo el apeadero. ¡Ah, el apeadero! El apeadero es, señores, la primera de mis aspiraciones concretas. También trabajaré para que el Estado haga un nuevo puente[211], que en el que hay se confunden los animales con las personas, y es preciso que cada cual tenga su puente. Y contad con los nombramientos que me habéis pedido, así de peones camineros como de guardias de orden público, así de escribientes y porteros como de empleados quintos que esto será un pago, ¿qué digo un pago? que esto será una débil, una floja, una minúscula recompensa al entusiasmo con que luchareis mañana por mi candidatura.»

Al día siguiente de la elección, ya con el acta en el bolsillo, será más cauto el diputado electo –y dirá *plusminusbe*[212] como dice un abogadete[213] que *reasume*– lo siguiente:

«– Gracias, señores, gracias de todo corazón: por la brillante votación que me habéis concedido, y que demuestra bien a las claras que los elementos nuestros han derrocado para siempre el cacicazgo de los Rodríguez, que tanto daño han hecho a este pueblo querido. Contad conmigo para todo. Hoy con más entusiasmo que nunca.

En lo que de mí dependa, ya que yo no formo parte del Consejo de administración de la compañía ferroviaria, trabajaré para el emplazamiento del apeadero en la Alameda de Abajo, empeño arduo para el que no basta solamente mi voluntad, aunque es muy grande.

Igualmente me dedicaré también, con nuevos presupuestos, a [la] consignación del puente nuevo, aunque no debo ocultaros que son muchos los puentes que hoy embargan la atención de mi querido amigo el señor ministro.

Yo bien quisiera colocar a todos; trabajaré sin desmayo hasta conseguirlo; pero no debo ocultaros que cada vez son más limitados los puestos de que se disponen y que todos los días aumentan el número de solicitantes. Repito que yo no cejaré en la empresa. Contad, pues, conmigo, en todo y para todo, y dejadme concluir, que la emoción tiene su mejor elocuencia en el silencio».

XIII. Salga para Madrid.

Salga para Madrid el candidato; salga para Madrid a toda priesa. Ya se ha comprometido bastante. Y es prudente y discreto arreglar la maleta, coger los bártulos, no volver a pensar más en el distrito y tornar a la dulce, agradable, exquisita vida cortesana.

Y en Madrid, exagere el diputado electo los incidentes que a él mismo le han acaecido; sea ingenioso y levemente escéptico al narrar tales menudencias en el círculo; haga ver como que no concede gran importancia a la victoria. Finalmente, no se olvide de meter el censo en la maleta; se hará copiar algunos millares de cartas, así que abran la franquicia postal en el Congreso, y dirá invariablemente a todos los amigos que ha dejado en el lejano distrito.

[211] Seguramente esté pensando en Alba de Tormes, su pueblo natal. En estos años Alba precisaba de un apeadero de tren ya que la estación se encontraba a 3 kilómetros de la población, y un puente, consiguiendo al menos, pocos años más tarde, un ensanchamiento del existente.

[212] Así en el original por "plus minusve" ('más o menos')

[213] Es probable que en clave esté refiriéndose a Diego Mosquete Mata, abogado albense, que se presentó a diputado provincial con el que tuvo una polémica y acusó de la agresión que sufrió el padre de Sánchez Rojas.

El Diputado a Cortes
por Valdesoto.

Mi querido amigo: Muy agradecido a sus bondades, apenas llego a Madrid me apresuro a darle nuevamente las gracias por sus deferencias, que no podré olvidar fácilmente.

Con este motivo, y con respetos a Dª Petra (c. p. b.)[214] *queda de usted afectísimo y buen amigo q. b. s. m.»*

Y no se cuide –no sea tonto– y no se cuide más del apeadero, ni del puente nuevo, ni de los escribientes, ni de los guardias de orden público.

No pierda su tiempo el candidato.

XIV. Librito que ha de llevar.

A un senador amigo nuestro, se lo recomendó una persona discretísima y sagaz, también amiga nuestra.

El senador era harto desmemoriado y olvidadizo; no conocía de vista a sus electores; trastocaba sus nombres y apellidos lamentablemente al escribir. Se le dio un consejo. Que llevara siempre un librito en el bolsillo, por orden alfabético, con los nombres de los electores más conspicuos. Todas las apuntaciones eran de este jaez –y así podía darles referencias de la familia:

«Manuel Sánchez y Sánchez, alto, con un lobanillo.
Esposa, Juana Pérez, cincuenta años.
Hijo mayor, Juan. Algo calavera.
Luisa, casadera, veintidós años».

Y el senador, al escribir a don Manuel, buscaba la M, página 83 y podía decirle: «No se olvide de presentar mis respetos a doña Juana.

¿Sigue tan calavera el chico? ¡Cosas de la edad! Salude a Luisa y a ver cuándo me participa usted su enlace».

Don Manuel se quedaba turulato; enseñaba la epístola –con membrete, Senado. Particular– a Juanito y a Luisa y todos creían de buena fe que, a pesar de haberles saludado el senador un minuto de pié en el costurero, una tarde lluviosa les recordaba con detalles. Doña Juana lo achacaba a la importancia de don Manuel y don Manuel, Juanito y Luisa eran de la opinión de doña Juana.

¿Qué hombres, eh? ¡Con ese talento y esa memoria!

Acuda, pues, a ese expediente del librito el candidato. Apunte someramente, por orden alfabético, los nombres de los electores más conspicuos, los de sus señoras y retoños.

Y allá, en la aldea apartada, mientras dan un escarbón al brasero, mientras hace calceta doña Juana, mientras Luisita hace teléfono con un chico de tanto porvenir como el fiscal municipal suplente, mientras don Manuel da una vuelta por el casino, habrá corazones agradecidos que esperarán sus cartas con anhelo.

El Adelanto[215] (23, 24, 25, 26, 27, 28-02-1914 y 03, 04, 05, 06, 09-03-1914)

La candidatura del Sr. Oliva

A pesar de las rectificaciones diarias sobre el embrollado pleito senatorial, una candidatura, juntamente con las de otras personalidades muy respetables, ha cuajado en el ánimo de las gentes: la de don Nicolás Oliva y Rodríguez. El señor Oliva será senador, dice todo el mundo. Y el señor Oliva, que ya ha ganado los sufragios en la opinión, los ganará en las urnas y tornará al Senado, con el aplauso de Salamanca entera, a defender los intereses generales de nuestra provincia.

[214] Fórmulas de cortesía: *Cuyos Pies Besa y Que Besa Sus Manos.*
[215] Por la extensión del artículo, este se publicó en varias entregas.

Es ya muy larga la historia pública de este distinguido político liberal. Durante varias legislaturas fue diputado a Cortes por el distrito de Béjar, representando, antes de ir al Parlamento, este partido con el de Sequeros, en la Diputación provincial. El ingenio despierto, la dúctil sutileza, la franca y abierta inteligencia del señor Oliva y Rodríguez se desplegaron lozanamente en ambos momentos de su actuación política. Ha tenido ya dos veces asiento en el Senado. Sus campañas en la Cámara Alta son demasiado conocidas para que yo insista con pesadez en ellas. Baste decir que la creación de la Granja agrícola fue obra exclusiva del señor Oliva y Rodríguez y que tuvo la franqueza castellana de combatir al señor Navarro Reverter, aun siendo un correctísimo ministerial y un hombre de partido, al tratar de los aranceles, oponiéndose a las reformas tributarias gravosas a Castilla y siendo paladín, en toda sazón, de los intereses agrícolas de su tierra.

Dada la representación proporcional de los partidos turnantes en el Senado y descartada la cordialidad de relaciones entre el Gabinete que preside el señor Dato y el señor Conde de Romanones, la candidatura del señor Oliva, lejos de ser mirada con hostilidad en las alturas, obtiene el más cariñoso de los beneplácitos y la adhesión más firme y clara. Los elementos liberales de la provincia, representados parlamentariamente en la provincia por los señores Velasco y Pérez Oliva y las fuerzas idóneas conservadoras, que se han apoderado de los restantes distritos de la tierra y que viven con las liberales en la más leal y suave inteligencia, han de apoyar seguramente, saldados los deberes de disciplina, la pretensión legítima del señor Oliva, que no empieza precisamente ahora su carrera, sino que ha estado a punto de coronarla con una senaduría vitalicia. Senaduría vitalicia que no está lejana y que es la mejor ejecutoria de sus servicios en el partido liberal y del aprecio que merecen su talento y su celo a los magnates que reparten, a guisa de galardón y premio, estas mercedes.

No puede, ni debe vivir de sus laureles pasados el señor Oliva Rodríguez, que precisamente hoy –y ese es el secreto de la simpatía con que ha sido acogida otra candidatura, la del señor marqués de Albaida– se agita el problema agrario en toda su crudeza, buscando una fórmula legal de armonía que satisfaga provisionalmente los justos anhelos de los labradores y colonos de la tierra. El señor Oliva, que sabe de qué lado caen las pesas, que conoce perfectamente el fermento de malestar que reina en los pueblos de esta provincia, que está capacitado por su sólida cultura jurídica a resolver problemas tan enormes como el de la modificación legal de los contratos de arrendamiento, la desaparición lenta de las tierras de señorío, la liberación gradual del suelo, etcétera, etc., tiene el deber de asociar al estudio de estos problemas su instinto liberal y sus principios democráticos, que estos y aquel son los que le llevarán de nuevo al Senado a representar a los salmantinos.

El Adelanto (19-03-1914)

Manual del diputado

I. Cómo ha de presentarse al jefe

El candidato es ya diputado a Cortes; ha jurado el cargo delante de un Crucifijo y del presidente de la Cámara; ha estrenado un frac para el acto de la jura; ha saboreado –golosillo– los primeros caramelos; acaso ha lucido su erudición en una preguntita de primera hora; se ha presentado o está a punto de presentarse ante el jefe.

Preséntese ante el jefe el diputado, muy elegante, pero con elegancia cortesana, y no de baratillo, de esta que se luce únicamente en el distrito. No está la elegancia en el corte o en la calidad del vestido, en el renombre del sastre, en un dije aparatoso, en una cadena gruesa, en un brillante de valor; no. Está en la persona y dimana de la persona la elegancia. Elegante, naturalmente elegante, es don Antonio Maura; afectado, naturalmente afectado –perdónesenos la paradoja aparente– es don Manuel García Prieto, grande de España, Marqués de las Alhucemas y gran cruz del Pavo Verde de la Cochinchina.

A primera vista, ambos señores parecen impecables, pero hay una diferencia entre ambos. Don Antonio *iría bien* de cualquier manera –y aquí estriba el secreto de la elegancia–; don Manuel García Prieto se distingue porque su sastre es todavía más caro que el de don Eduardo Dato e Iradier. Es a don Antonio al que admiramos en el primer caso; es al sastre de don Manuel al que dirigimos todas nuestras loas en el segundo… Descuidado fue Canalejas; descuidado es el conde –no hay que decir qué conde– el conde por antonomasia; enemigo del cepillo y del agua limpia nuestro querido Fernando Soldevilla; Brocas, Argente y Alcalá Zamora

parecen mediquillos rurales. Otros –el vizconde de Eza, Fernandito López Monís, Dato– están demasiado retrecheros y preciosos...

Preséntese elegante el diputado; hable poco; no aparezca encogido, tímido, ni tampoco llano y familiar con exceso. No aparente demasiada importancia, ni tampoco demasiado desdén para con su propia persona el diputado ante el jefe. Los caudillos de los partidos turnantes acaso no tienen demasiada ciencia; acaso no puedan codearse con los estadistas de otros países; acaso como Romanones no chapurrean más que el francés o no conocen sino el castellano como don Felipe Sánchez Román o don Bernabé Dávila; acaso creen como Senantes que no hay más que la *Summa* y que Voltaire era un masón; acaso –y sin acaso– esos jefes han utilizado la intriga, la zancadilla, el disimulo, la habilidad, la viveza, la cuquería, la trampa, el miedo ajeno, la postración colectiva, la ausencia de valor cívico de las masas para escalar su posición respectiva; claro está que no queremos referirnos a don Álvaro de Figueroa y Torres. Pero, en España, tienen los caudillos ciencia del mundo, conocimiento de las personas, don de gentes. Se hacen cargo, al vuelo, de la calidad del interlocutor y saben adivinarle.

De esta casta de políticos fueron, en el período revolucionario, don Nicolás María Rivero, don Antonio Canovas del Castillo, don Estanislao Figueras, don Julián Sánchez Ruano, que, además del don de gentes, estaban bien orientados y conocían el terreno que pisaban. De esta casta de políticos fue también, en la época de la restauración, don Práxedes Mateo Sagasta, aquel ingeniero riojano que no tenía más que rascarse la sotabarba, sonreír burlonamente, mostrarse sorprendido o dar una palmadita en el hombro para dejar turulato y confuso al amigo oficioso que trataba de sonsacarle alguna cosa. De esta catadura espiritual, pero en rústica, completamente en rústica y sin encuadernar, era don Francisco Romero Robledo. Del árbol antequerano se ha desprendido la rama del conde de Romanones. Y hay caricaturas –*contre façons* del género– como don José Sánchez Guerra y don Emiliano Iglesias Ambrosio...

II. Qué ha de decir al jefe

Al caudillo ha de decirle muy pocas cosas el diputado novel. Póngase a su disposición. Háblele de su lealtad inconmovible. Hipoteque su voto en el Congreso a la orden del jefe. Prométale callar. No luzca mucho sus deseos de hablar, que a los Gobiernos lo que les importa es tener unas huestes tan disciplinadas como silenciosas y tan silenciosas como disciplinadas. El silencio es hermano carnal de la disciplina. No hable mal de ningún correligionario, que, a lo mejor, los que el novel diputado juzga como más distanciados del jefe, son sus mejores y más íntimos amigos. Deje que se produzca el diálogo naturalmente y sin embarazo de ninguna clase. No se muestre muy sumiso, ni muy rebelde. Si debe el acta a Gobernación, si representa un pueblo a donde ha ido por vez primera para no tornar jamás a él, si es un trotadistritos como Salvador Ganáis, esté sumisito y obediente el diputado; si por el contrario, es diputado por la familia, por el influjo bienhechor de la familia –Albertín Requejo, Fernandito Monis, Pepe Luis Torres– porque le han elegido sus paisanos –Urzáiz, Clemente de Velasco, González Besada, Pérez Oliva– ya no sea tan obediente ni sumisito; si el acta le ha costado buenos cuartos, no vea –si quiere– al jefe, porque no debemos agradecer a nadie lo que se compra por un precio muy sabido.

Nuestro diputado sabrá perfectamente en qué rango político le han colocado sus aventuras electorales. Aténgase, en todo caso, a los consejos de nuestro Manual. Y tenga en cuenta que si el jefe le conoce por su apellido, sin confundirle, habrá logrado lo que no todos logran. Don José Canalejas era, en este respecto, un desmemoriado; Zancadita, preocupado con llevar enhiestas las guías del bigote, no se cuidaba cosa mayor de la fisonomía de los legisladores patrios. Don Antonio Maura ya tiene más cuidado. El conde de Romanones –auxiliado por Brocas– conoce perfectamente a todos los parlamentarios, por muy del montón que sean.

Con el que más, con el que menos, ha estado o va estar en tratos de algún negocio particular, que, presentándose buenamente, no es cosa de desdeñar. Nada es desdeñable en el mundo de los negocios. Otro jefe, don Alejandro Lerroux, también tiene buena vista, no para conocer a sus diputados, que se cuentan por los dedos –Emilianito el *dandy* de la Bonanova, don Hermenegildo el seráfico, don Rafael el profundo, Santa Cruz el inquieto, Albornoz el tribuno– sino para conocer a los de las otras agrupaciones políticas. ¡Cuidado con la vista del hombre! ¡Y es de oírle, en los pasillos, cuando su figura plebeya y un poquitín taurina, tropieza con algún rollizo cuello cortesano! ¡Buenas tardes, querido conde! ¡Hasta la vista, querido marqués! En cambio, don Pablo Iglesias, abstraído con el revuelo de algún obscuro comité vizcaíno, no ve a nadie, ni conoce a nadie, ni saluda a nadie. Parece gallina en corral ajeno.

III. Ofrézcase para todo

Aún hablaremos, en este capítulo, de las relaciones del diputado novel con el jefe. Si le debe el distrito –repitamos– ofrézcase para todo, antes de que se lo exijan. Vote todo lo votable y calle todo lo callable. Guarde turno cuando le escriba el ministro de la Gobernación sobre la asistencia a las sesiones y tenga siempre dispuestas las palmas de las manos para aplaudir al Gobierno. Aguante, sin dormir, las sesiones permanentes. Condénese al ostracismo de los pasillos toda la tarde. Aplauda los párrafos cuando haga pausa, buscando el aplauso el orador. No sea pesado cuando el subsecretario, el yerno del ministro u otro querido amigo cualquiera le obligue a ir al salón porque Rodrigo Soriano se ha empeñado en contar el número, con el concurso de Nougués y del Círculo de los Luises, representado en la Cámara por Rafaelito Salaverry. Póngase detrás del banco azul. Llame admirable a un párrafo que no ha entendido; diga «¡muy bien!», a cada paso; procure que se entere el jefe de sus gestos y de sus ¡bravos! Le pagará con una sonrisa al principio y acaso –aunque hay muy pocos precedentes de ello– con una credencial después.

Modelo de diputado de la mayoría fue don Práxedes Zancada, nuestro querido compañero de la cacharrería del Ateneo (Prado 21). Siempre iniciaba los aplausos el distinguido ateneísta; cuando lograba –no siempre– encender el calor de las huestes, materialmente se despedazaba las manos el cuitado.

Siempre le oímos gritar –mientras chupábamos dulcemente un caramelo en la tribuna, los días de tempestad parlamentaria– «¡bravo!; ¡sublime!» juntamente con Albertito Requejo y otros ingenios del país. El gran Zancadita estaba pendiente de una mirada de don José, como Albertito vive pendiente de una mirada del conde, «tan amigo de papá.»

Podrán reírse los periodistas lo que gusten de tanto entusiasmo; seguramente se reirán. Pero ellos no son más que periodistas, y Zancadita ha sido ya subsecretario, un lindo subsecretario. Verdad es que ha pasado, fugazmente, como un meteoro, acaso para no lucir más. Pero de esta suerte, con disciplina, con adhesión, rompiéndose las manos y haciendo ejercicios con los pulmones, se conquistan muchas veces los mejores puestos en la desquiciada política española.

IV. Pida caramelos

Pida caramelos en el Congreso el diputado novel. Hay electores que medimos –no sin fundamento– la importancia de un diputado por el número de cajas de caramelos que obtiene de la mesa. En el fondo, esa caja es lo único que se saca en limpio del Congreso. A los diputados importantes les regala el presidente una caja; los diputados poco conocidos tienen [que] arramblarla de las bandejas de los ujieres. Cuando los paletos del distrito presencian una sesión y se enteran de que a su diputado no le ofrece caramelos el presidente de la Cámara, acaban por descubrir que tiene poca influencia, y sospechan con profunda, con admirable lógica que cuando no le dan caramelos, menos han de darle destinos y carreteras.

Siente fama de goloso el diputado novel. Dígale al presidente que lo es. Suba a saludarle a la tribuna de cuando en cuando –como nuestro amigo el barón de Velasco, diputado por Albarracín y Calamocha, en una pieza– y departa amigablemente con chicos tan agradables como Fernandito López Monis y el conde de Santa Engracia. Cultive también la papeleta para la tribuna; no deje nunca sin ella al elector que venga del distrito, en la seguridad de que si aguanta una sesión, no aguantará la segunda.

Pida, pida caramelos el diputado. Obsequie con ellos a los electores, a la portera, al cochero, al sereno y a la buena moza con la que tenga la costumbre de departir, entre dos luces, a la hora de la reunión de secciones o entre votación y votación. Tenga una buena provisión de caramelos en su domicilio, como un diputado que nosotros conocemos y hasta estimamos, que se tragaba cinco cajas diariamente y se llevaba otras cinco, de muestra, en los bolsillos del chaquet. Chupe, ya que no haga otra cosa de provecho, caramelos y más caramelos de la Pajarita[216].

V. Tenga secretario

Tenga secretario el diputado novel. Escriba cartas, muchas cartas. Haga grandes pedidos en el almacén de papel de la Cámara. No use B.L.M., que han caído en el mayor descrédito. Entréguese de lleno a un secretario.

Hay secretarios que desempeñan su cometido con la mayor seriedad. Son, los secretarios que no son del todo amigos de la sintaxis y de la ortografía. De la ortografía, ¡ea! Cuéntase de

[216] Bombonería madrileña fundada en 1852 y situada, inicialmente, en la madrileña Puerta del Sol nº 6

un antiguo secretario –que murió de diputado y fue gobernador, director general y hasta gobernador de Madrid– cuéntase de un secretario que escribió una A en la primera hoja de un expediente:

– ¿Qué quiere decir esa A? –le preguntó el jefe.

– Hombre, ¿y usted lo pregunta? –replicó con viveza el secretario.

– Sí, señor; lo pregunto.

– ¡Bien claro está!

– ¡Pues yo no lo veo claro!

– ¿No dice A...?

– En efecto.

– Pues A...; *hágase*, hombre; quiere decir *hágase*.

Los secretarios de tales personajes escriben lo que quieren. Es que ellos también se sienten diputados a su manera, al menos en esta zona de la correspondencia.

Tales secretarios –verbi gratia, los de Rafaelito Gasset– son perfectamente insoportables. Algunos toman el cargo del principal en solemne. Conocen los anales de la oratoria parlamentaria. Recuerdan una frase de Ríos Rosas, un latiguillo de Castelar, una chirigota de Romanones y una siestecita de Julián Nougués. Saben los ministerios que tuvo la República y los que hemos resistido, impávidos, desde la Restauración hasta el año de gracia en que vivimos de 1914. Conocen si una frase es parlamentaria o no es parlamentaria, y si una crisis es constitucional o no es constitucional. Tales secretarios son la peste de la fauna secretaril.

Hay otros puramente decorativos. O escriben pocas cartas o no escriben nunca. Como los caballos, son artículo de lujo. Los diputados jóvenes y ricos los eligen de este jaez. Tales secretarios, o son periodistas y van a escribir artículos al Congreso, o son sencillamente desgraciados azotacalles que charlan con su diputado de la Chelito o de otros temas tan parlamentarios como la Chelito. De esta suerte, actuando como secretarios, se agencian el pase de la Cámara.

Disfrutan, además, de un emolumento de 50, 75 o 100 pesetas mensuales. Es bastante para lo que hacen. Los diputados que se cobran bien –un empleo, un sueldo y una breva diaria– son los otros, porque sin ellos, sin su erudición parlamentaria, no podría dar pié con bolo el diputado.

Estos secretarios de los diputados forman con los periodistas, con los gobernadores cesantes, con las familias y clanes de los conspicuos, una especie de estado llano de las Cortes. Comen en el Congreso, duermen sus siestas en el Congreso, escriben con libre franquicia a todo el mundo desde el Congreso. Gozan de la buena amistad de empleados, ujieres y porteros. Dan el brazo a los diputados, sonríen a los ministros y hacen muecas y visajes como si realmente fueran representantes del país. Lo parecen y muchos de ellos lo serán. Hoy se necesita bien poco para ser diputado de la mayoría. Basta con quererlo ser. De tal suerte se van poniendo las cosas que va a ser un signo de buen gusto el no ser diputado. El nivel parlamentario es, en estos tiempos de Romanones y de Sánchez Guerra, tan bajo, que cualquiera lo pasa y sobrepuja.

Y en esta tarea de democratizar excesivamente la Cámara popular se han distinguido –naturalmente– mucho más los liberales que los conservadores Sánchez Guerra, Dato y Antón del Olmet –las tres cabezas visibles del Gobierno– han sido en este respecto más liberales, no ya que Canalejas y Romanones, sino que el mismísimo Riego.

VI. Abúrrase por los pasillos.

No se lo aconsejamos. No le aconsejamos a nadie que se aburra. Pero es el caso que en los pasillos del Congreso no cabe más dulce tarea que la de aburrirse completa, lamentablemente, desde que empieza hasta que acaba la sesión.

Se abre la sesión. Se aprueba el acta de la anterior. López Monis o el conde de Santa Engracia leen una cosa que no se entiende.

Dato, ajustándose los botones de la levita, penetra altivo en el salón. Sánchez Guerra, con sus ojillos saltones, sigue a su caudillo de ahora. Burell, con su voz de trueno, cuenta una anécdota periodística a Rodrigo Soriano que tiene el gesto cansado y roja la punta de la nariz; charlan ambos compadres animadamente en un rincón. *Azorín*, con su aire inexpresivo, infantil, con su carota de fraile casto y austero, toma asiento en los escaños de la mayoría con el conde de Pinofiel y con Pepe Maestre.

Eloy Bullón, con los lentes calados, saluda efusivamente a Rodríguez, el taquígrafo, apoya su diestra en el banco azul para rogar a Sánchez Guerra que Sequeros tenga agentes de orden público, se oye llamar «querido» por don Eduardo y sale hacia los pasillos, no sin encararse

antes con el salón y sin alargar dos dedos, perezosamente, a guisa de saludo, a Puerto Seguro y a Pepito Moral Sanjurjo que ascienden los escalones de la presidencia para conferenciar con Besada... Pérez Oliva viene con un montón de cartas. Clemente de Velasco con una epístola de un profesor japonés que le pregunta por un comentario de Rodríguez Marín al Quijote. Giner de los Ríos, sonriente, con toda su facha de profesor de Instituto y de hombre contento con la vida, se encarama, solitario, a los bancos radicales... Enseguida, unos diputaditos anónimos piden la palabra para cosas locales y caseras. Toma asiento Nougués para continuar el sueño interrumpido. Se inicia la desbandada y había catorce caballeros en el salón. Nuestro diputado se sienta en los escritorios y escribe unas cartas. Las tres, las tres y media, las cuatro, las cuatro y media, acaso las cinco... Un diputado, don Hermenegildo, corrigiendo unas pruebas, en los bancos de la izquierda. Antón del Olmet, retrechero, con su acta de Almería, una camisa retrechera de listas, encantado con su papel de sucesor de Zancadita, a la vera de don Pepe Sánchez Guerra, hijo adoptivo de Cabra, como todos sabéis.

Cuatro o cinco tiernos retoños del árbol frondoso de nuestra yernocracia imperturbables y dormiditos –se acostaron ayer al salir el sol– en los bancos ministeriales; un ujier que pasa con unas cartas, con una bandeja de caramelos, soñoliento.

Esta es una tarde gris, sin importancia, como así todas las tardes que se deslizan en el Parlamento. En los pasillos, como diputados carlistas hablan de Pastora Imperio; un exministro periodista hace unas declaraciones a cuatro o cinco exgobernadores cesantes... Demos otro vistazo al salón... Ahora, a presencia de cinco representantes bien contados, se discute el presupuesto de Marina. El ministro sin oír al orador, despacha con el secretario unas cartas, desde el banco azul; el orador, sin cuidarse del ministro, relee unas cifras para matar el tiempo; los taquígrafos escriben vertiginosamente. Desde lo alto de su sitial, don Augusto parece que dormita y que sueña dulcemente con el jerez; con las ruinas de San Francisco a la luz lunar, con Cambados, con el hechizo mimoso y femenino de sus dulces tierras nativas de Pontevedra; un diputadito secretario escribe una linda carta de amor. Las cinco y media. Pérez Oliva aparece por el salón con otro nuevo montón de cartas, vertiginoso, febril. Manolo Bueno pide caramelos a don Augusto, dos cartuchos, y torna raudo y veloz a los pasillos.

Zancadita, aprovechando la tolerancia presidencial, se cuela en el salón a pesar de no ser diputado, añora sus buenos tiempos, mide en una ojeada despectiva al gracioso de Olmet, que ya no se acuerda de sus ditirambos mauristas y de su pseudo-azorinismo de mala ley, ñoño y falso, y, galleguito sutil que de todo se da cata al vuelo, contesta con idéntica mirada al distinguido ateneísta y ex diputado por Villarcayo. Nuestro diputado bosteza. Sería su placer más grato escapar a un cine, oír alguna picardihuela a Consuelito Fornarina, presenciar tres pataditas de Pastora Imperio, pero una votación diabólica se ha enredado para el final, el diablo sabe a qué hora.

A la hora que acaban los oradores. Pero como los oradores no saben cuándo acabarán, aquella espera es una desesperación y un infierno.

Las siete. Nuestro diputado iría a la Biblioteca, pediría el *Quijote*, reiría las gracias del buen Sancho, y al contacto del espíritu del Caballero de la Triste Figura, acaso hiciese cuajar en su cerebro alguna idea caballeresca, tan reñida con los precedentes parlamentarios.

En la Biblioteca tres personas: Luis Zulueta leyendo un diario oficial, *Azorín* hojeando los periódicos, Nicolás Oliva releyendo el último crimen de *Le Temps*. ¡Bah! nuestro diputado se encamina al *buffet*. En el *buffet* unos desocupados hablan de crisis y circulan una especie a todas luces absurda; la de que Romanones ha aumentado el sueldo a Daniel López en el *Diario Universal*. Deja el *buffet* el diputado y en la sala de visitas –donde le han llamado– un galopín se apresta a pedirle cinco duros. Se desprende del billete nuestro amigo, a calidad de préstamo, muy problemático por lo demás...

Esos timbres... ¿Cuándo sonarán esos timbres? Pero los timbres no llaman a la votación todavía. El diputado bosteza villanamente, como cualquiera de sus electores que se aburre en el casino de la aldea, después de haber leído, por tercera vez, los anuncios de cuarta plana de los diarios.

Suenan los timbres. ¡Alabado sea Dios! Son las ocho y media. Lleva cinco horas de fastidio mortal por los pasillos el diputado. Es el calvario del acta.

VII. Cómo ha de circular por los ministerios.

Toda la mañana la ocupará el diputado en visitar los Ministerios. No están los Ministerios juntos, como sabe el lector. El Ministerio de Fomento está bastante lejos del de Marina; el de

Marina del de Gobernación; el de Gobernación del de Gracia y Justicia; el de Gracia y Justicia del Ministerio de la Guerra.

Si tiene un auto el diputado o un coche, ha de utilizarlo toda la mañana; de otra suerte, tendrá que servirse de un vehículo de plaza o de punto, o más democráticamente, de un tranvía. Pero los tranvías –advierte *Azorín* en su artículo *The time they lose in Spain*[217] (El tiempo que pierde[n] en España)– no van por los sitios donde los encajaría nuestro deseo; se pierde mucho tiempo en dejar uno y tomar otro; el tiempo vuela mucho, sobre todo en Madrid...

Luego, ha de conocerse la topografía de nuestros Ministerios; nada más absurdo que esta topografía, nada más complicado. El conocimiento completo de los Ministerios llevará unos meses a nuestro diputado.

Por ellos ha de circular el diputado valientemente, sin titubear. Déjese de ganar la voluntad del director general, del subsecretario o del ministro el representante en Cortes. Hágase querer por los empleados, esté a bien con los subalternos; el ministro no se entera –para eso es ministro– de las minucias de su departamento.

Imponga su autoridad. Muchas veces, los empleados discuten una faena de Belmonte; llega nuestro diputado a la oficina y los empleados, sin hacerle caso, continúan agotando el tema:

– ¡En los propios rubios, Fernández!

– ¡Colosal, chico! Después de aquel quiebro de banderillas! –observa López,

– ¡Ya te dije yo que Belmonte venía por lo suyo! ¡Olé los ñiños valientes!

Así, media hora...

Si el diputado es de buena pasta, observará con timidez:

– ¿Qué hay de los peones de Lugo?

– ¿Tiene usted mucha prisa, señor? –le dirá descaradamente Fernández.

Y añadirá dirigiéndose a López:

– ¿Irás a la corrida del domingo?

– ¡Sí, hombre!

– Es que el papel anda por las nubes. ¡Es la de beneficio!

– Bueno, pero al despacho del jefe viene uno del *Heraldo* que anda en busca de un momio. Ese panolis nos dará las entradas a precio de taquilla. Descuida, chico.

Y haciendo una pausa, dirigiéndose al diputado:

– ¿Usted quién es, señor?

– Diputado a Cortes.

– Perdone usía; haberlo dicho antes; aquí estamos todos a las órdenes de usía. Antonio, dile al señor lo que haya de los peones de Lugo y ponte a sus órdenes.

Si no hace valer su calidad de diputado los primeros días, estará perdido nuestro amigo. Pero le conocerán pronto si visita los Ministerios con frecuencia. Si quiere que sus visitas sean aprovechadas, procure el diputado ganar la consideración de López con una breva[218], la de Fernández con otra breva, la del portero con algún durillo, con alguna pesetilla.

«No se vaya nunca de vacío», como diría Belmonte, el ídolo del negociado. Luego, reparta en calderilla, toda suerte de apretones de manos, de sonrisas, de bromitas confidenciales y acortadoras de distancias, que en épocas de democracia todos somos unos. Los empleados son los Monarcas en esos antros obscuros, sucios, rellenos de colillas, de papeles y sobres rotos, de tazas de café, desperdigadas por los sillones y las mesas, que llamamos oficinas, negociados, secciones, secretarías particulares. Y no moleste nunca nuestro amigo al ministro, al subsecretario o al director general, más que en los casos de positiva importancia.

VIII. Cómo ha de escribir.

Sin comprometerse nunca, lo mismo que cuando era candidato. Déjelo todo en el aire. Cuando le acose un pedigüeño, diga que hará todo cuanto pueda; que pondrá en prensa su actividad; que tomará nota preferente, etc., etc. No suelte prenda jamás. Si tiene secretario el diputado, encárguele con mucho cuidado que sostenga las peticiones que se le dirijan. No olvide, que sino[sic] se agradecen los favores, en cambio jamás se olvidan los disfavores y con-

[217] La ruta de Don Quijote. Pequeña Guía para los extranjeros que nos visiten con motivo del Centenario. The time they lose in Spain. Se trata de una charla de Azorín con el inglés e hispanista doctor Dekker, de ahí el título sacado de la conversación con él.

[218] Variedad de cigarro-puro.

tratiempos. Que por cada favorecido hay cien descontentos. Que a un ministro se le escribe, no para que haga lo que en la carta se le pide, sino para que conteste con otra carta.

Que tan malos andan los tiempos de hogaño, que es más fácil alcanzar la luna que un modesto destinillo de seis mil reales. Que el dinero disminuye y las necesidades crecen.

Que se tiene del Estado absurdo concepto de un hospicio, que debe recoger a todos los lisiados de los trompazos y golpes de la vida perra.

Que quien más, quien menos, anda a caza de momios. Que somos un pueblo vergonzante de mendigos con necesidades de hidalgos y de hidalgos con estrecheces de mendigos. No se olvide de nada de esto, al despachar su correspondencia nuestro amigo el diputado.

El diputado –ténganlo en cuenta los electores– apenas es otra cosa sino un señor que finge gozar de una influencia que positivamente no tiene. Los electores –no se olvide de tan magna verdad el diputado– son unos coitados[219] que no tienen más ideal que el de apoderarse de la gran puchera, para tenderse a la bartola los días de sol. Ya se hunden en las miserias de la vida los que no saben, no quieren o no pueden luchar con ella. Y caen sin alas, desfallecidos, ocultando sus lágrimas con una sonrisa los poco fuertes, que es una suprema ley de vida. Y las leyes no se deshacen con las protestas, desgraciadamente para las protestas y para las leyes.

IX. Vaya poco al distrito.

Vaya poco al distrito el diputado; diga siempre, cuando sus amigos y correligionarios se empeñen en festejarle, que sus muchas ocupaciones no le permiten visitar tantas veces su pueblo predilecto como fuera su gusto. Y no vaya mucho al distrito por una razón sencillísima. Las cosas ganan siempre en perspectiva a distancia. No declaramos nunca, de buenas a primeras, genio a nuestro convecino: le observamos demasiado cerca para creerlo con toda sinceridad. Los ídolos no pueden perder nunca aquel polvillo dorado de que habla Gustavo Flaubert en su *Madame Bovary*.

El diputado, por ley de su naturaleza, debe ser algo brillante y rápido: estrella saltona en noche de Julio. Alumbre de lejos el diputado para no molestar. No se deje ver de todos, ni manosear de todos, ni importunar de todos el diputado, cuando vaya a su distrito, las poquísimas veces que le aconsejamos que vaya. Debe proceder como los obispos o como los generales, marcando convenientemente las distancias. Nombre su lugarteniente en el distrito el diputado; procure que el lugarteniente sea hombre de mundo, para despachar a los pedigüeños insistentes y contumaces.

Sea el diputado lo que es el jefe de la nación dentro del sistema constitucional: Algo que está por encima de los enconos y fragores de las banderías. No se exhiba jamás en mangas de camisa nuestro amigo el diputado.

Desde Madrid, dirija y organice sus huestes. Apechugue con las impurezas de la realidad. La política es una compuerta de apetitos; procure refrenarla, pero no limpiarla, que de apetitos vive el hombre.

Que no le vean nunca al diputado como es; que no nos vea nadie nunca como somos. Somos de espíritu y somos de barro, pero en lugar de envolver aquel a este hasta ocultarlo por completo, sucede precisamente al revés, y nadie nos juzga por lo que queremos hacer –juicio espiritual– sino por lo que hacemos, aunque no queramos –juicio sanchopancesco, pero el único juicio social posible–. ¡Nos equivocamos tanto! El que no sienta piedad, piedad ante todo y sobre todo, ante el espectáculo de las flaquezas de su prójimo, ni es hombre ni merece serlo.

No nos descompongamos. Realmente, los juicios personales sobre la piedad humana del autor de este Manual, no deben importarle una higa al diputado. Procure, solamente, visitar poco el distrito que representa en Cortes. De lejos nos quieren y de cerca se burlan de nosotros. ¡Que no sepan nunca los electores que el diputado, que parece dueño y señor, es todo un esclavo, un miserable esclavo de su vanidad!

X. De los párrafos que ha de aplaudir.

Ha de ser oportuno el diputado al aplaudir los discursos de los ministros, del jefe y de los grandes oradores de su partido. Fíjese –sobre todo– en el aspecto de la Cámara. Hay tardes, en las que sin saber por qué, está la Cámara fría, poco dispuesta al entusiasmo, cansada, perezosa, desatenta. No oye a los oradores, bromea, juega, ríe, es díscola y mal educada. Sea parco en

[219] Así en el original por "cuitados". O es una errata o influencia del portugués o castellano antiguo.

sus manifestaciones el diputado cuando lleguen tardes como esta. Un aplauso de una persona sola antes parece agravio de gratitud. Procure no quedarse solo con sus aplausos el diputado.

En otras ocasiones, por el contrario, la Cámara aparece animada y dispuesta al aplauso. Escucha a los oradores placenteramente; oye con benevolencia; está animada, risueña, contenta. Se oye a todo el mundo con agrado; iniciado un aplauso, repercute inmediatamente con todo estruendo. Entonces ha de ser diligente nuestro amigo el diputado; si quiere agradar al jefe, a un ministro con el que necesite congraciarse, aproveche la buena disposición de la Cámara y sea como un intérprete o portavoz de ella.

Aplauda los párrafos como quiera el orador que se aplaudan. Cuando se detiene el orador, es que busca el aplauso; tribútesele. Que no se advierta, sin embargo, que nuestro amigo es el primero en aplaudir; podrá llamársele acaso adulador por algún enemigo solapado. Teniendo discreción, nuestro amigo podrá ayudarse de todo linaje de coyunturas favorables.

Oradores ha tenido la Cámara española con una palabra realmente maravillosa; hablamos de don José Canalejas y Méndez. El señor Canalejas no era dueño de su palabra, sino esclavo de ella. Esclavo, porque ella le anulaba, porque ella le envolvía, porque ella le imponía, no solamente la majestad del periodo desembarazado y suelto, sino la misma esencia de la doctrina. Tarea grata era la de aplaudir al señor Canalejas. Reinaba el verbo en él con toda su plenitud.

Dúctil, flexible, ágil, acomodaticia la palabra, se sujetaba dócilmente a la impresión momentánea del orador primero, pero después, en su curso natural y elegante, se adueñaba de él y le llevaba donde convenía a su majestad y decoro.

En otros oradores domina, no la palabra, sino el gesto; hablamos de don Antonio Maura y Montaner. El señor Maura dice las cosas con los ojos, con los brazos, con la frente noble, con la testa altiva, con el tórax robusto y aldeano. Asombra la gallardía de este hombre. Hay en todas sus palabras una grata convicción moral. Se advierte pronto que este hombre es capaz de hacer todo cuanto dice; es más: que lo hace desde que lo dice, que lo haría aunque no lo dijese.

Tiene su gesto una belleza sobrehumana. La arrogancia y madurez de su figura, la armonía de su cuerpo mediterráneo, el tono cálido y vibrante de su dicción son de una clásica y majestuosa sencillez griega.

Procure nuestro amigo el diputado, si es maurista, aplaudir este gesto de belleza moral en su caudillo; apláudalo cuando advierta que ha sugestionado a la Cámara. No sea perezoso entonces en sus manifestaciones de entusiasmo. Déjese llevar de sus impulsos –el maurismo tiene algo de impulsivo– entonces nuestro dilecto diputado.

No aplauda nunca a los oradores de oposición; no existen precedentes. No les aplauda cuando formulen doctrinas y señalen disentimientos ideológicos con su grey política; tampoco existen precedentes. Caben aplausos, por ejemplo, en sesiones patrióticas y necrológicas; pero entonces, precisamente entonces sea cauto el diputado y no se deje engañar por el brillo de los sofismas de sus adversarios.

Ha variado la oratoria parlamentaria. Si resucitase don Emilio Castelar, no produciría, seguramente, el entusiasmo que produjo hace treinta, hace cuarenta años. Continúa siendo gárrula la oratoria parlamentaria, pero no es tan gárrula como antes.

Es más devota –sin serlo mucho– de la idea que antes. Oradores de la mentalidad y enjundia de Luis Zulueta, de Francisco Cambó y de Pedro Corominas son escuchados con admiración por la Cámara. Se aplaude menos que antes la sonoridad de los períodos.

El mismo don Melquíades Álvarez no logra, en su calidad de vivo, todos los efectos que quiere lograr. Sea vuestro amigo el diputado ducho y agudo para sorprender, con precisión, el momento en que se identifica el espíritu de la Cámara con el orador..., si es que los oradores y las Cámaras tienen espíritu.

XI. De los deberes de disciplina

La disciplina política es, a veces, tan férrea como la disciplina militar. El diputado ha de probar con sus actos, más que con sus palabras, la adhesión al Gobierno. Ha de intervenir en todas las votaciones; si es un parlamentario de viso o de altura nuestro amigo el diputado, ha de sacrificar sus opiniones personales a la conveniencia del Gabinete; ha de pedir pocas cosas; ha de aguantarse y esperar pacientemente si no se las otorgan; si se las conceden, ha de ser cauteloso y avisado, ocultándolas, para que sus amigos de la mayoría no importunen al Gobierno con peticiones análogas; ha de callar que, a la larga, mejor carrera política hacen los que callan que los que hablan; ha de saber resignarse en todo tiempo y sazón; ha de tolerar con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos los ministros, que son harto desmemoriados y falaces; ha de

saber tapar, con una sonrisa, con una frase ingeniosa o simplemente cortés, una amargura que haya abatido su espíritu.

En el mundo, muchos galopines adquieren los primeros puestos y muchos hombres de talento y de integridad moral son desdeñados y postergados. No se conturbe, ni amilane el diputado ante semejante espectáculo, tan frecuente en la vida. Haga como si realmente no se diera cata de todo esto. Sepa esperar, esperar, esperar siempre. Aprenda a ser orgulloso para consigo mismo, pero humilde para los demás. No se deje llevar nunca de la primera impresión; no diga nunca lo que siente; no sienta nunca lo que dice. Amóldese al ambiente; sea escéptico, irónico, frío, frívolo; si tiene una venganza que cobrar, no se la cobre o se la cobre con cautela; si tiene algún favor que agradecer, no lo agradezca demasiado que puede tomarse el agradecimiento como señal de humillación.

Los deberes de disciplina –todos los deberes de disciplina– pueden ofender a un hombre, pero a un diputado no le ofenden. No queremos decir que los políticos no sean hombres; decimos sencillamente que algunos de ellos no lo son. Han vendido su independencia por unos caramelos, por lucirse en el Parlamento, por motivos de vanidad y vanagloria; conformense, por lo tanto, con su suerte. Y cumplan siempre con sus deberes de disciplina, por ásperos y espinosos que ellos sean.

XII. Sea oveja de redil

Sea oveja de redil el diputado de la mayoría; aprenda a balar y a balar bien. Diga sí o no, como Cristo nos enseña y como el jefe le ordene. Encierre su ciencia en estas dos palabras nuestro amigo el diputado.

Así balan los diputados de la mayoría. Pero no balan de otra suerte los diputados de oposición, todos los diputados. No importa que el Gobierno declare libre una votación; vote, sin embargo con el Gobierno el diputado. No se ha hecho para los díscolos el reino de las subsecretarías, de las direcciones generales y de los ministerios. Piense siempre el jefe por el diputado; hágale, sin reservas mentales, el regalo de su inteligencia, ya que para nada le sirve.

Oveja de redil y nada más que oveja de redil; ¡pobre diputado! No se apure, no se apene demasiado nuestro amigo; todos los hombres somos ovejas a nuestro modo.

Y como buena oveja que es, siga siempre la trayectoria que le señale el cayado del pastor que se ha propuesto obedecer... Sin quejarse, serenamente –ya que nada pueden las quejas contra los designios del hado– diga sí cuando toquen a decir sí y diga no cuando toquen a decir no.

Los deberes de disciplina son muy amplios y complejos; más que un capítulo escribiríamos todo un tratado sobre ellos. Comprenden desde la fidelidad en votaciones, desde la hipoteca de la propia independencia y del personal criterio, hasta otros menesteres más subalternos y caseros: felicitar a la señora del jefe, hallar de su recreo las calaveradas de los chicos, piropear a la niña casadera, actuar de amigo oficioso, pagar facturas en los comercios, buscar un *chauffeur* de confianza para la damita, suscribirse al periódico que se inspira en la casa, etc., etc., etc. Las ovejas han de balar bien y han de seguir indefectiblemente la trayectoria que les señale el cayado del pastor para no descarnarse.

XIII. Donde tornamos a tratar de las votaciones.

Ya hemos señalado oportunamente este deber del diputado de la mayoría.

Acaso es el más importante de todos; por eso, volvemos a insistir sobre él en otro capítulo especial. Confesamos –sin requerimientos ni excitaciones de ninguna clase– confesamos espontánea, sinceramente que son muy aburridos los pasillos de la Cámara y que excede a toda ponderación el sacrificio de estarse cinco o seis horas en ellos toda la tarde, sin hacer otra cosa de provecho.

Declaramos que un hombre de talento, como nuestro amigo el diputado, tiene que rebelarse necesariamente contra las convenciones que impone, no la naturaleza, sino el artificio de las cosas. Pero espérese a las votaciones de la Cámara el diputado de la mayoría.

A lo mejor, estará soñando con la placidez de su hogar el diputado sobre las mesas de los escritorios, sobre los veladores del buffet, sobre los escaños de la mayoría, sobre las divanes rojos de los pasillos de los ministros. Entonces, se le acercará un director general o un subsecretario, le dará una palmadita en el hombro y le dirá sencillamente:

–¡Querido Rodríguez, a votar!

Vote el diputado. Procure que no le den el segundo aviso. No sea remolón, ni perezoso; descabece el sueñecito reparador con presteza. El subsecretario, el director general que le han

dado una palmadita en el hombro, llevan una lista secreta, que luego muestran al ministro del ramo –del ramo de la votación– y acaso, acaso, al jefe del partido. Muchas de las gestiones del diputado saldrán bien o saldrán mal, según que figure con mucha o poca asiduidad en estas votaciones.

Los Gobiernos liberales, sobre todo, constriñen de un modo alarmante a los diputados para que voten; los Gobiernos conservadores hacen lo mismo. Las mayorías conservadoras –perdónenos el descubrimiento el campeón de la moral, señor Sanz y Escartín– están compuestas de un gran número de señoritos ociosos y ricos; estos prefieren las delicias del *bridge*, las sorpresas del *poker* o acaso los brazos de una linda moza al ostracismo de los pasillos. Tales señoritos ociosos y ricos apenas hacen carrera por su frialdad en el cumplimiento de sus sagrados deberes ministeriales. Hay otros diputados –en las huestes liberales, generalmente– que son, por el contrario, asiduos y buenos chicos; son los pasantes de los ministros, los exsecretarios, algunos periodistas que buscan en los vericuetos de la política algún Gobierno civil. Estos suelen llevarse las mejores prebendas. Y se las llevan, lógicamente, porque antes falta la luz del sol en el horizonte que su nombre en las listas de las votaciones. Los Gobiernos, agradecidos, les recompensan con esplendidez.

El diputado que apetezca un cargo importante, aguárdese a las votaciones.

Que nadie cree en las excusas, en los catarros repentinos, en las ausencias imprevistas. En el mundo de la política el único que se acatarra con toda formalidad es ese megaterio, de la época prehistórica, que conocemos con el nombre de don Eugenio Montero Ríos.

XIV. Cómo ha de engañar a la novia o a la mujer con los deberes del cargo.

Los deberes políticos son una panacea para toda suerte de engaños; no se olviden las mujeres de ello. Muchas han compelido a sus novios, a sus amantes, a sus maridos a que salgan del silencio en que han vivido para figurar en la política. La vanidad femenina, el anhelo de ser alguien, un mohín gracioso de la novia, una reserva llena de sequedad de la amante, una amenaza encubierta de la esposa, han sido parte para que un hombre pacífico que odia la farándula y que no tiene otro placer que el de estar sentado en la mecedora del comedor, contemplando las espirales azules de su cigarro, se haya metido a representante de la nación. Justo es, en compensación, que nuestro amigo el diputado use de tretas, enredos y mentiras para jugar una mala pasada a la hembra que le robó su paz.

Muchas tardes, cuando en el Congreso no se procede a votar, no es precisamente necesaria la asistencia del diputado. Que la novia, que la amante, que la mujer no se enteren jamás. Así tendrá muchas tardes disponibles para esas juerguecitas silenciosas y calladas, en que tan diestros son los senadores del Reino. Las sesiones de este jaez tienen una duración ordinaria de cuatro horas. Aproveche esas cuatro horitas nuestro amigo para sus enredos.

Y tenga teléfono... Ahora diré por qué... De este modo, en combinación con otro representante jaranero, puede salir de casa, en un momento dado, sin infundir sospechas...

– ¿Quién te llama, Paco?

– El ministro, Lola. ¿Voy?

– ¡No faltaba más! ¡Vete, hombre, vete!

La mujer le empujará fuera de casa.

El diputado podrá trasnochar de cuando en cuando.

Algunos queridos amigos, diputados, así de la mayoría como de la oposición, han inventado los viajes imprevistos, urgentes al distrito. Hacen como que se van y no se van; permanecen en Madrid. Para que la mujer no se escame, acuden a varios expedientes. El más socorrido es que el lugarteniente del diputado telegrafíe, desde el distrito, a la esposa ausente, usando el mismo nombre del diputado; conocemos varios casos. Las pobres mujeres se quedan tan conformes. De este modo, nuestro amigo se prepara tres o cuatro días de asueto. Algunos han caído en la trampa, por una inadvertencia, por no atar bien los cabos, por no haber estudiado a conciencia un ligero detalle, al parecer insignificante; pero son muchos los que se han salvado.

Hay matices de discreción, de cautela, –que no puede aconsejar el autor de este *Manual*. Surgen esos matices del momento, y sería inútil y ocioso disertar sobre ellos. Nuestro amigo pesará lo favorable y lo adverso; medirá, con discreción, los peligros de su aventura; procurará escamotearlos, en una palabra, con toda limpieza. Y tendrá la clave de las tretas que ha de llevar a cabo para engañar a su novia, a su amante, a su esposa, con los deberes que le impone el cargo.

XV. No diga nunca nada

No dé su opinión sobre ningún asunto público nuestro amigo el diputado; un diputado de la mayoría no debe tener opinión. Si le piden concretamente su parecer, calle; dé a entender con el gesto que está al corriente de todo, aunque no lo esté, pero calle... A los jefes les molesta mucho las exhibiciones de los diputados; quieren todas las exhibiciones para ellos.

Los periodistas –ya les conocéis– todo lo enredan, sutilizan y tergiversan; decís una cosa cándida y ellos la sazonan maliciosa e intencionada; queréis probar de una manera indubitable vuestra lealtad, vuestra adhesión al Gabinete y os hacen salir a las candilejas como díscolos, rebeldes e indisciplinados; apuntáis levemente una sospecha que estáis dispuestos a rectificar, y ellos convierten vuestra sospecha tenue en una afirmación cerrada.

Finalmente, amigos míos, un día, en un corrillo de amigos, deslizáis vagamente una acusación contra un correligionario que no os ha servido bien en alguna cosa que le habéis pedido, y os encontráis, con gran sorpresa vuestra, con vuestro juicio estampado, corregido y aumentado, en un diario de oposición.

Las mayorías necesitan una fuerte cohesión. De otro modo, no hay vida posible para el Gobierno, ni freno para el mantenimiento del orden público, ni seguridad en el carnet que os regala el Congreso para viajar gratuitamente por toda España. Atended al supremo interés de la patria primero y a vuestros intereses particulares después.

Callad y callad siempre. No deis al traste con vuestra carrera política por una indiscreción. Y en este mundo son indiscretos los que, sin serlo, lo parecen.

Algunas veces, en los anales de la vida parlamentaria de estos últimos años, muchos diputados modestos han hecho alarde de independencia.

Ahí está el señor Fernández Jiménez, por ejemplo, que no será nunca más que el señor Fernández Jiménez –muy conocido en Córdoba– por haber lanzado la sin hueso a toda clase de cavilaciones y de hipótesis.

Ahí está también el señor Gómez de la Serna que no pasó de ser gran amigo del señor Canalejas, pero que, por hablar demasiado una tarde aciaga, no ha visto satisfechos sus anhelos legítimos de ser ministro. El mismo señor Gasset, que al día siguiente de abandonar la cartera de Fomento, disparó con perdigones a todos sus colegas de la víspera, a pesar de contar con el apoyo de *El Imparcial*, produce a los jefes la impresión de un chico ligero y algo aturdido, que no puede y sabe callarse las cosas.

No diga, pues, nunca nada nuestro amigo el diputado; huya de los periodistas como de la peste; no tenga opinión, no sea aturdido, hablador, ligero, impertinente, precipitado, indiscreto, el diputado de la mayoría.

XVI. No lea libros

No lea libros el diputado de la mayoría si quiere hacer carrera. No tenga más libro que el de su experiencia personal, que el de la vida que le circunda y rodea, que el del conocimiento exacto, profundo, preciso, vivido, de las personas con que se roza en el mundo de los pasillos del Congreso, de las galerías de los ministerios y de las escaleras del domicilio del jefe.

Los libros son una cosa inútil.

El diputado de la mayoría debe estar reñido con los libros. Los libros nos llenan de dudas, debilitan y aflojan los resortes de acción, nos hacen ver las cosas desde distintos puntos de vista.

El lector de libros vive una vida fantástica, imaginaria, no advierte que la vida va por una senda y que por otra senda van los libros; se imagina que las cosas son como le parece a él que son; no advierte que el hecho lleva ya su ley en sí mismo, que cada hecho lleva dentro su ley, que nada tiene que ver con una ley análoga y con un hecho análogo, porque la analogía no es la identidad y la identidad en el mundo de los fenómenos no se produce nunca.

No lea libros el diputado. Bastante le dará que hacer la lectura del libro de la vida, que es el más ameno, pintoresco y regocijado libro que existe. Pudiendo ver la luz cara a cara, no se valga de pantallas para ver la luz.

No estudie las ideas del jefe, sino las pasiones del jefe. En el fondo, las ideas son un corolario de las pasiones, y no al revés, como afirman los sabios que nos ha descubierto en Alemania el señor Ortega y Gasset. Nuestros pensamientos son un producto de nuestra vida; nuestra vida, un torneo, una lucha, con el ambiente que respiramos; las pasiones, como los microbios, viven y flotan en el ambiente. Recójalas del ambiente el diputado de la mayoría.

Los hombres de acción no necesitan saber demasiado. Siguen un camino que no es el del intelectual solitario. De aquí, el crasísimo error de pensadores como el señor Unamuno que juzga a políticos de acción desde el punto de vista del estilo; lo mismo sería juzgar los *couplets* de la Fornarina desde el punto de vista del sentimiento Cristiano de ultratumba. Cada cual sigue su vereda, y para columbrarla, hay que salir de la tierra de adobes, del orgullo personal.

El saber demasiado es, para un político, una carga odiosa, un lastre inútil, un fardo pesado que dificulta la acción. El señor Maura, que no es precisamente un sabio ni mucho menos, es un gran político. El señor Canalejas, que sabía y oteaba muchas cosas más por *dilettantismo* que por verdadera curiosidad, era un hombre torpe e indeciso, al tratar de encajar sus ideas en la realidad circundante.

Acuérdese el diputado, de la mayoría de don Francisco Silvela. Don Francisco Silvela era un escéptico, que había vivido mucho en los libros y muy poco en la realidad. Siempre estaba vacilante, indeciso; como sabía qué pensar, no sabía qué hacer. Le llevó a la política su mariposeo intelectual; le separó de ella –aparte sus amarguras personalísimas– el desencanto que le producía el contraste de sus ideas individuales con las ideas comunes.

En un hombre caben muchas veces dos hombres. En don Antonio Cánovas del Castillo había dos hombres; el intelectual y el político: el caudillo y el pensador. Pero don Antonio Cánovas, con su perspicacia malagueña, sabía perfectamente, para que no riñesen entre sí, los dos hombres que llevaba dentro. Nosotros no creemos, *a priori*, que en un diputado de la mayoría haya precisamente un Cánovas en capullo. Además, los vientos son favorables al conde de Romanones. El conde de Romanones conoce –y es el único secreto de su fortuna– conoce maravillosamente la vida. Conózcala el diputado; para conocerla, no hemos de recomendarle nosotros, que le queremos bien, que se encierre en las librerías como los cartujos.

XVII. Búrlese de los gacetilleros

El diputado ha de burlarse de los diaristas discretamente, sin que lo adviertan ellos. Por de pronto, no debe tomarlos demasiado en serio, sino cuando los necesite.

Los periodistas son una gentecilla alegre, desocupada, traviesa, que escribe artículos de fondo –que no tienen fondo, ni muchas veces, forma– entre cuchufletas y zaragatas. Los periodistas son una gentecilla inútil que no han sabido salir de periodistas, un oficio que apenas vale nada; que rinde menos que el agio, que la usura, que el *chantage*; que proporciona muy poco dinero y muy excelente humor. Una persona seria que se estime en algo, no debe codearse con periodistas. A los periodistas no les importan cosa mayor los diputados, les toman lindamente de cañamazo para bordar sus mejores y más bonitas ironías. En justa reciprocidad, los diputados no deben ocuparse de los periodistas.

En este mundo el que lleva la razón es el que tiene la fuerza. Es una verdad brutal, desconsoladora, trágica, pero es una verdad. Los diputados pesan más que los periodistas porque son más independientes que ellos. Entre una bravata y un sueldo, el periodista se quedará con el sueldo porque lo necesita, porque le hace falta para vivir. El diputado debe tener siempre a raya a los periodistas. Estos gacetilleros son como el diablo les hizo; no aprovechan de las gentes más que lo que tienen de cronicables, de articulables; son conejillos de Indias para sus experiencias periodísticas y viven a caza de noticias y de impresiones, porque las impresiones y las noticias son las que hacen que ellos vivan. Marque el diputado la distancia que debe existir necesariamente entre un gabán de pieles y una prenda modestísima de abrigo, de sesenta pesetas, comprada en los almacenes del Águila.

No les haga confidencias, y les tolere la familiaridad y la llaneza. Un diputado es un diputado, y un periodista es un periodista. Es cierto que unos y otros se auxilian y favorecen recíprocamente, Pero...

XVIII. Encarámese presto

Encarámese presto el diputado de la mayoría. Si hace caso de nuestros consejos, de nuestras advertencias, de las observaciones que hemos desparramado en este Manual, el diputado de la mayoría realizará pronto sus sueños. Para realizarlos, repase el diputado nuestros capítulos un día y otro día; acepte serenamente la postura en que las circunstancias le han colocado; saque partido de ella; tenga firmeza y voluntad; apure hasta la última gota de su cáliz. Al final será subsecretario, director general, acaso ministro.

Cásese. Cásese bien. Con una hembra rica. Viva con atuendo y lujo. Administre su patrimonio con cautela si es hacendado, y si no lo es, procure serlo con un entronque ventajoso. Vaya para yerno, teniendo un suegro ministrable. España es el país de los yernos. Unas cuantas familias han tendido sus tentáculos por todas partes; los Pidales en Asturias, los Montero en Galicia y aledaños, los Barroso en Córdoba, los Romanones en Guadalajara, los Lerroux en el Paralelo, aquél en Huesca, esotro en Orense, disponen a su antojo y arbitrio del país como de cosa propia. Siendo yerno, perteneciendo a los tentáculos de estas familias, admirables por su valor cívico, se llega a todo. Después... ya lo sabe el diputado de la mayoría. Vote siempre. Calle siempre. Venda su independencia, su voluntad, su inteligencia al jefe. Y él llegará; él, seguramente, llegará...

XIX. De las artes de encaramarse con presteza

Nombrado Subsecretario, Director general, acaso Ministro, el diputado de la mayoría sea cauto. Más difícil es conservar las cosas que alcanzarlas. Para conservarse Subsecretario, Director general, Ministro, haga una labor sencilla. Reparta sus credenciales a tiempo, después de pesar y medir sus compromisos, sin hacer maldito el caso de las cartas apremiantes, conminativas y sentimentales. Hágase inabordable. No prodigue favores, que así los pocos, los contados que haga, se los agradecerán de veras. Aunque haga pajaritas de papel con la equidad, aparente que es respetuoso, o por lo menos, galante con esta señora.

Reparta favores entre los enemigos, comenzando por los más peligrosos y encarnizados, para reducirles al silencio. Arréglese, de una vez, el distrito para siempre.

Si prefiere el Senado, hágase elegir vitalicio en la primera vacante. Si no lo consigue, procure que entre en su feudo el favor del Estado a manos llenas.

Procure encaramarse con presteza, ya que para eso vive. Se ha perdido la idea de las jerarquías en España. Todos podemos aspirar a todo. No se necesita sino gran dosis de voluntad, proponerse un camino y abrirse paso como sea; bien a empujones discretos y suaves, bien a navajazos. Vivimos pendientes del éxito material; así somos de groseros y de brutos. Nadie mira las desgarraduras que hemos dejado en la maleza o las flores de que nos hemos desprendido a lo largo de la senda. Se ve el éxito en bruto, el fracaso en bruto.

En una sociedad rellena de nociones éticas, no serían posibles tales desaprensiones. En la sociedad política de los profesionales, sí. Como entre los jesuitas, también entre los parlamentarios todos los medios son lícitos para llegar al fin.

XX. Consuelo para la caída

Muchos diputados de la mayoría se estrellarán; no llegarán a la meta, logro o cogüelmo de sus aspiraciones; la historia se ocupa de los vencedores, pero no de los vencidos. Cuando llegue la hora de la caída, consuélese el diputado, pensando que todo en el mundo declina, perece, se acaba. Y busque en la tranquilidad del hogar la quietud que no ha podido alcanzar en el tráfago parlamentario.

Y no se queje por la ingratitud de sus amigos. Y no se apesadumbre cuando vea a otros más torpes que él ocupar los primeros puestos. Resígnese y eleve serenamente su corazón a lo alto.

Después de todo, ¿qué ha sido? Bien pensado, nada o casi nada. Ha sido un señor que escribía cartas, muchas cartas, con membrete de relieve.

Ha sido un señor que se correspondía con los personajes al parecer más importantes de la nación. Ha sido un señor que chupaba caramelos todas las tardes. Ha sido un señor que oyó discursos sonoros y largos, gárrulos y difusos, cómodamente sentado en los escaños rojos del salón de sesiones. Ha sido un señor que recibió palmaditas en los hombros, sonrisas, felicitaciones todos los días, y muy de tarde en tarde, de higos a brevas, alguna credencial de peón caminero o de guardia de orden público. Por todo eso, a cambio de todo eso, comprometió, acaso, imprudentemente una fortuna; hipotecó, al menos, su tranquilidad, empeñó sus caricias de hogar para vivir en público; fue, en suma, un buen señor que dijo sí o no en las votaciones y que gozó un momento de una pequeña popularidad en un rincón del mundo, que era precisamente su distrito.

A la hora de la caída vuelva a la tertulia del café. Torne a mirarse en sus hijos con amor. Diga todas sus tristezas, todas sus amarguras, todos sus desencantos a la compañera de su vida. Resígnese. Acepte la vara de alcaide de su pueblo, la presidencia del casino, el Juzgado municipal; hágase amar del pueblo que es bien mil veces agradecido e hidalgo. Destronado nuestro

amigo, si sabe llevar su desgracia con entereza y con fervor, como la llevó el Conde Duque de Olivares, como la llevó don Rodrigo Calderón, como la llevó don Álvaro de Luna, será contemplado con cariño, con cariño que vale más que la admiración, con cariño que vale más que la servidumbre forzada de unos esclavos.

Viajaba yo, hace años, por el Mediodía de Francia. Cerca de Montpellier había una casita de campo al lado de una aldeuca risueña. Allí vivía el señor don Emilio Loubet. Al abandonar la presidencia de la República, el señor Loubet había ido a vivir a su pueblo, al lado del médico rural, que es hermano del expresidente. Y cultivaba el viejecillo de los ojos azules el huerto de la quinta, y plantaba coles, y el perrazo de la heredad era su mejor amigo, y había vendido los caballos que le regalara don Alfonso XIII, porque sus rentas particulares, diez mil francos, no daban para cuadras lujosas...

No vuelva jamás nuestro amigo por los pasillos. Si vive en la corte, piérdase por las avenidas silenciosas e íntimas del Retiro, allí donde discurren los enamorados y trazan sus proyectos de amor sin el permiso de Sánchez Guerra. Contemple también las puestas de sol –esas puestas de sol tan dulces, tan exquisitas, tan melancólicas– desde los paseos de la Moncloa o del Parque del Oeste. ¡Tardes de sol de la Moncloa, niñeras de mandil blanco, nenes rubios y caribobos, soldados, chulas, muchachas enlutadas al lado del novio petulante! Allí, frente al fondo velazqueño, grisáceo y transparente de los montes del Guadarrama, se disipará, como por encanto, la amargura de nuestro amigo.

Y si vive en un quieto, en un plácido lugarón de Castilla –Toro, Ciudad Rodrigo, Astorga, Ledesma, Benavente–; de Aragón –Caspe, Calatayud, Jaca, Barbastro–; de Galicia –Cambados, Tuy, Celanova, Lugo, Rivadavia–; de Extremadura –Plasencia, Coria, Mérida, Olivenza, Don Benito–; de Cataluña –Vich, Villanueva, Villafranca, Figueras–; de Asturias –Cangas de Onís, Ribadesella, Infiesto–; si vive en uno de estos quietos, de estos plácidos lugarones, torne a la subasta, al chamelo, al póker, a la murmuración fácil, a la digestión lenta y reposada, a la siestecilla reparadora, al placer callado y sencillo.

XXI. Dentro de cien años…

Dentro de cien años, nadie se acordará de nada. Se habrá perdido el nombre de los políticos en la memoria de las gentes; nadie hablará de Maura, de Melquíades Álvarez, de Vázquez Mella, del conde de Romanones. Solamente los eruditos recordarán las crisis con que hemos regocijado la vida pública en estos últimos años. Posiblemente habrá desaparecido hasta el edificio del Congreso.

Dentro de cien años, no habrá diputados de la mayoría, ni de la oposición; dentro de cien años no podrá hacerse una nueva edición de este *Manual*.

Acaso un bisnieto de Rodríguez Marín la tome con mi nombre pecador, emprenda una biografía de Zancadita diciendo con mi autoridad que se rapaba la barba en la peluquería del Ateneo, y que el señor conde de Pinofiel, Pepito, también bajo mi testimonio irrecusable, era un parlamentario disciplinado y silencioso. ¿Quién sabe? Dentro de cien años, los yernos no serán más que yernos. Dentro de cien años no podrá prosperar a la sombra del país ninguna familia conocida. Dentro de cien años, todos los ciudadanos aptos actuarán directamente en toda clase de funciones cívicas.

Hoy creemos que el sistema constitucional vivirá más tiempo que nosotros, pero no podemos afirmar que no sea convenientemente reemplazado por otro sistema político.

Dentro de cien años, no se tolerarán discursos largos. Juzgarán de los hombres por sus actos y no por sus palabras, aunque muchas veces los actos son palabras y nada más que palabras, y las palabras actos y nada menos que actos.

Dentro de cien años, finalmente, de existir el Parlamento, será una encarnación precisa de las necesidades reales del país, y no un casino donde consumen el ocio de su vida unos cuantos señores que no saben cómo emplear sus horas y que fingen creer en serio que se sacrifican por el bienestar del país, cuando el país está muy lejos de agradecerles este sacrificio. – FIN.

El Adelanto[220] (12, 13, 14, 16, 18, 20, 23, 25, 26, 27-03-1914 y 04, 07-04-1914)

[220] Por su extensión, este artículo se publico en varias entregas.

Apéndice al Manual del diputado

Señor don Tomás Elorrieta. Profesor de Derecho político.
Salamanca.

Mi querido Elorrieta: Si yo fuera hombre de influencia y si la organización de la enseñanza en España fuera algo racional y discreta, pediría que mi *Manual* fuese declarado obra de texto en las cátedras de *Derecho político español comparado con el extranjero*, que tal es, creo, el remoquete oficial de la asignatura. Hablo perfectamente en serio. ¿Qué tiene que ver, por ejemplo, el pacto de Rousseau con las elecciones de Benavente? ¿Qué pito toca la soberanía nacional en el pleito –ya resuelto– de Ledesma? ¿Qué es la Constitución más que un lindo papel mojado con el que hacen pajaritas todos los poderosos de la tierra? ¿A qué se reduce el sagrado sufragio ante un delegado de armas tomar ante las actas en blanco con esa pintoresca corte democrática de los Guindas, Piris, Pelaos, Torerines, Pascasios, Buris, Belmontes Chicos, Raspas y demás muñidores, apernadores, corchetes, socios, sangres gordas, aprovechados y cucitos que vemos a las puertas de los colegios *trabajando* por el candidato respectivo? ¿Qué tienen que ver, finalmente, estos o los otros postulados de la ciencia política contemporánea con la política real que no es más ni menos que un cuadro, pintoresco y lleno de color, de la vida picaresca española?

Amigo Elorrieta: usted sabe a maravilla que hoy se quiere hacer del derecho una ciencia experimental como la medicina o la fisiología. La fisiología, en verdad, tiene más relaciones con el derecho político de las que parece a primera y hasta a segunda vista. Voy, derechamente, a mi cuento. Usted tiene que explicar a sus alumnos el derecho electoral, el sufragio de primero y de segundo grado, el sistema unicameral o bicameral, las relaciones de las Cámaras, etc., todo según se escribe en las leyes y se razona por los señores tratadistas. ¿A qué conduce eso? Un alumno inteligente y estudioso tomará todas esas cosas en solemne, y le derrotarán, si llega el caso, cuando, al concluir la carrera, se presente concejal por su pueblo.

Otro más torpe y negado en apariencia, tomará las disertaciones a beneficio de inventario y será, si a mano viene, un excelente muñidor electoral.

Se impone que los alumnos de derecho político hagan estudios vivos de investigación electorera. Déjense de Hobbes, déjense de Rousseau, de Wilsson, de Todd, de Witt de Green, de Sansonetti, de Stalk, de Gladstone; más cerca están Romanones, Sánchez Guerra y el gobernador de la provincia respectiva. Déjense de ensueños y embelecos y aprendan a vivir. Y verán que más sabe de Derecho político Montero Ríos que Adolfo Posada y que el señor Santamaría de Paredes es un pobre hombre frente a don Alejandro Lerroux y García.

Y el Peli, y el Muri, y el Pascasio, y el Raspa, son los verdaderamente soberanos y el elector un pobre borrego que va perdiendo la poca lana que le queda. La investigación, amigo Elorrieta, la investigación personal, en vivo, que eso es lo que viste y lo que se lleva hogaño, se impone desde luego.

Disponga como guste de su amigo q. l. e. l. m.[221],

Día de la elección de senadores, en Salamanca, a 22 de Marzo; año constitucional y datista de 1914.

El Adelanto (08-04-1914)

El retablo de Maese Pedro[222]

Nadie sabe cómo anda este retablo de Maese Pedro que llamamos, con delicado eufemismo, la política española... Vengo al Congreso. Está como siempre. Rostros desconocidos y un poquito más vulgares en las Cortes españolas. El conde de Romanones, sonriente, del brazo de Brocas; Sánchez Guerra mirando con desdeñosa petulancia a los transeúntes; Dato impecable,

[221] Fórmula de cortesía: *que le estrecha la mano*.
[222] Véase nota 60.

correctísimo, con el aire de entender las cosas a primera vista. Y el mundillo de los ex diputados, diaristas y gacetilleros asaltando los pasillos, el salón de conferencias, el *buffet.*

Esto anda como siempre o peor que siempre. Hace dos años que no venía por Madrid; tengo el aire del pueblo y he visto el retablo desde fuera. Pero al llegar aquí, y pasar por aquí, y encontrarme con las sonrisas, con los abrazos y los apretones de siempre, al enterarme en la villa del oso y del madroño –más de oso que del madroño– al tornar a esta vida fácil y frívola por unos días, me advierto descentrado y perezoso, y añoro mi vida modesta y obscura, y pienso en el día de la liberación, cuando vuelva a mis llanuras castellanas.

La sombra de Maura flota sobre los espíritus. Es una pesadilla y una obsesión. Se comenta lo que dice y sobre todo, lo que calla. El silencio desdeñoso del hombre, glosa despectiva a lo que acontece, saca de quicio a los arrivistas[223] y profesionales. El pleito se ventila cara a cara. Puede haber paz si se echa a un lado a Sánchez Guerra. Y el ministro de la Gobernación, se bate a la desesperada y el Gobierno –aunque aparezca otra cosa en la superficie– guarda una actitud pasiva porque comprende que el sacrificio es inevitable.

El manto de las mayorías está deshecho y cosido deplorablemente. Se necesita todo el tacto de un estadista para que no estalle la tormenta por la causa más boba.

Dentro del impudor, ríanse, mayorías son triunfos. Si Maura vence, tendrá los diputados a su lado. Si perece, si no arremete con brío contra el retablo, si Maese Pedro convence al público de la venta de que los muñecos no lo son, entonces, a medida que Maura vaya perdiendo fuerza en el Parlamento, la ganará en el país, que todo el mundo está en el secreto, y los que discutimos las doctrinas de Maura estamos en espíritu con la persona.

Es deplorable todo esto. El Parlamento nada tiene que ver con el país. Lo que aquí se discute no se discute fuera; lo que preocupa a nuestros legisladores, al labrador, al abogado, al artesano, al industrial les tiene perfectamente sin cuidado. Hay una verdad por fuera y otra verdad por dentro; las farsas tienen aires de realidades y las realidades se esfuman en una sombra vaga de leyenda. No hay conservadores, ni liberales, ni carlistas, ni republicanos; juegan a reñir para que los de la plazuela se enfurezcan y conserven el fuego sagrado, y después, un tacto de codos, excesivamente familiar, demasiado familiar, que transciende a pesar de todo. Hay que ver el tono de compradazgo de las Cámaras.

Y Maura es el único que no se suma a la farsa, que aparece alejado de la tramoya, que se ríe de Maese Pedro, y que, como don Quijote, rompe a mandobles con los muñecos hasta hacer astillas el teatrillo.

Que nos dejen de artículos de fondo y de disertaciones doctrinales. Aquí no hay nada de eso ni las cosas están en ese plano. El arte de gobernar a los pueblos se aprende en un casino provinciano, no muy confortable, que llamamos el Congreso.

La política española es para cualquier desaprensivo, un capítulo de la novela picaresca. Mejores tratadistas que Maquiavelo, son, a buen seguro, Quevedo y Mateo Alemán.

La Vanguardia (12-05-1914)

Las dietas a los diputados

La prensa de Madrid ha comenzado a preocuparse de la cuestión de las dietas a los diputados. Mientras los periódicos de la izquierda consideran conveniente y acertada la subvención, los de la derecha la combaten a sangre y fuego. El diario *ABC* ha abierto sus columnas a la opinión de la calle, y la opinión de la calle, con rara unanimidad, dice, con muy buen acuerdo, que siendo la investidura parlamentaria escabel de ambiciones, y que tirando muchos señores su fortuna por la ventana para ser elegidos, no está bien que sean retribuidos con seis mil pesetas anuales. El estado de la Hacienda, es, además, deplorable, y sería de un cinismo aterrador el caso de que el Erario pagase dietas a los terratenientes y plutócratas que van al Congreso a la tarea bien sencilla y provechosa de defender sus intereses particulares.

En teoría, está muy bien pensada la subvención a los diputados a Cortes. Yo la defendería con gusto. No hace falta, no debe hacer falta ser rico para sentarse en los escaños de la Cámara

[223] El término arribista se aplica a las personas cuyo único interés es triunfar de forma rápida y sin escrúpulos. En castellano debe escribirse con b, aunque, en numerosas ocasiones, como esta, lo encontramos escrito con v debido a su procedencia francesa: arriviste (arriver, "llegar").

popular. Muchos jóvenes, de inteligencia, de cultura y de iniciativas, bien orientados y con sentido político, no pueden ser diputados si no se les subvenciona decentemente para que vivan en Madrid. En un plano puramente ideológico, la reforma sería necesaria para la renovación del personal parlamentario. Pero esto es pintar como querer. Las elecciones se subastan y se cotizan. Ahí está el distrito de Benavente, en la provincia de Zamora, en el que han quedado doscientos mil duros, profusamente repartidos entre los electores. En la lucha más pequeña, en un simple simulacro de contienda, necesita el candidato dos o tres mil duros para salir del paso y atender a los gastos más precisos de elección. El artículo 29 supone la hipoteca de la inteligencia al Gobierno, y el que ha de ser elegido de esta guisa, tiene ya cortadas las alas de la independencia para toda suerte de iniciativas. Así, de hecho, el que se lanza a la política, o va en busca de su medro personal en ella, u obedece a estímulos de vanidad. Y la nación no va a subvencionar a los que pescan en la charca revuelta de los destinos, ni ha de ayudar tampoco a los vanidosos que se imaginan que su dinero es el mejor título para actuar de procurador en Cortes y para servir los intereses generales del país.

Realmente, las capas intelectuales y productoras –si exceptuamos a Cataluña– están desterradas sistemáticamente del Congreso. El nivel de los diputados a Cortes es cada vez más bajo en España. Las mayorías están compuestas de clientelas, clanes y familias. Tentáculos de nombres conocidos; pasantes de despachos, bufetes y secretarías; periodistas de cuya complacencia necesitan los Gobiernos para vivir cómodamente; ricachones mudos cuyo nombre jamás aparece impreso en el *Diario de Sesiones*; sobrinos, cuñados, yernos de Fulano y de Zutano; nada más. Así, las Cortes no son Cortes, y viven de espaldas al país, y no se compenetran con éste, y son una linda farsa, y todos vivimos en el secreto.

El pleito de las dietas lleva todas las de perder. El fallo de la opinión es francamente adverso. El médico, el abogado, el estudiante, el productor, se hacen aspavientos y se contestan que algunas ventajas ha de tener el cargo cuando es tan solicitado y codiciado. Cuando los votos se pagan tan escandalosamente, es que algunas ventajas proporcionan. Cuando tan rudas batallas se riñen en los incidentes electoreros, es que la investidura de diputado es escalón indispensable para ocupar más sólidas posiciones. Y el pueblo no quiere oír hablar de dietas, de subvenciones y de retribuciones a los diputados, que si se consideran perjudicados, tienen en su mano el remedio heroico: el de dimitir, el de renunciar el acta.

La Actualidad (06-06-1914)

El dolor de vivir

Ahora que los alemanes parecen satisfechos de sus triunfos parciales, de su cultura y de sus previsiones, ahora que se empeñan en hacernos creer que no dudan ni vacilan, yo me pregunto aterrado:

– ¿Son de carne y hueso estos hombres? ¿Viven? Y si viven real y verdaderamente, ¿no sufren, no se duelen, no ven la mueca de lo irreparable en lo ya consumado? ¿Están contentos, enteramente contentos de sus éxitos? ¿Se satisfacen con los éxitos pasados? ¿No aspiran a uno más grande? Y conseguido éste, ¿se satisfarán de veras?

Juzgando humanamente, tomándome a guisa de hombre como caso de observación, advierto que soy insaciable. Ningún hombre de estas latitudes se satisface con nada. Alcanzada una meta, divisa un sendero nuevo cuando quiere reposar. No concibe una alegría pura, kantiana, ni una tristeza pura, también kantiana. Si somos malos, advertimos que podemos ser buenos. Siendo buenos, sospechamos que podemos ser mejores. Siempre hay un más allá. A este más allá no se llega nunca. En el seno del dolor más grande siempre hay un rayo de luz y en el seno del placer más puro hay también la mueca amarga, muy amarga, del que no ha gozado de ese placer siempre y el pensamiento de que si goza de él no lo merece del todo.

Yo no sé si los alemanes de hogaño, estos que no dudan, que tratan de matar las nacionalidades con guarismos, yo no sé si estos alemanes piensan y aman. Yo no sé si tienen alma. Al menos, no es como la nuestra. Hablo del alma latina, incluyendo en ella a los ingleses, no del alma germana de Lutero –todo fuego infernal– y de Kant –todo cabeza pagana –. Como ha dicho Chestterton [sic], en sus tres *Cartas a un viejo garibaldiño*, nosotros, los latinos, nos aterramos ante el éxito y nos excitamos, nos encabritamos ante el fracaso. Tenemos siempre delante de los ojos la imagen de la esfinge, y con la imagen la preocupación.

La confianza absoluta en uno mismo –pueblo o individuo– se nos antoja absurda. Sólo confiamos en Dios, en el prójimo, ¡pero en nuestras previsiones! La vida no es una fórmula, ni la guerra, ni el amor, ni la sabiduría, siempre hay algo vital que escapa de entre las mallas del raciocinio. Solo Letamendi, Mella o los alemanes pueden vivir, con una formulita, sin desasosiegos interiores. No se les ocurre que no puede imponerse el bien con malos modos, ni el mal con maneras suaves y gentiles.

Anoche me decía un grave catedrático:

– No lo dude usted. Vencerá Alemania, porque la ciencia vence siempre sobre el arte y sobre la imprevisión.

Me reí. Entendí lo que aquel señor quería decir, pero, realmente, no quería decir nada de verdadera enjundia. La ciencia es un fetiche tan respetable o tan irrespetable como cualquiera otro. La ciencia es el conocimiento de las cosas. Pero las cosas no se modifican, ni alteran su sustancia, ni aceptan nuestra servidumbre, porque nosotros las conozcamos. No, no se me hable de los inventos materiales. Ya sé que se quiere decir con eso. Utilizamos lo que conocemos, pero las cosas no reconocen nuestra superioridad. La fuerza eléctrica que me pone en relación telegráfica con un hombre mata a un desdichado con la mayor inconsciencia. Nos apoderamos de lo fatal y no de lo consciente. Decía que ese dominio no puede satisfacer nuestro orgullo, ni apagar nuestras dudas.

Y eso lo consiguen la fe, la religión, el amor, la amistad, el sacrificio. La ciencia no consuela, y en cambio, consuela un mocosuelo. A mayores problemas mayores dolores. A mayores afectos, calma más plena. Y la solución de un problema geométrico nos deja fríos –no hay en la realidad triángulos ni polígonos, todo eso es una abstracción– y Miguel Ángel, en la capilla Sixtina, por el contrario, nos vigoriza el alma con sacudidas tan fuertes, que la visión de sus creaciones nos hace sentir la humanidad mejor que todos los tratados de los sabios que en el mundo han sido.

No creo en la ciencia, cosa de cirujanos, de maestros y de alumnos de la institución libre de enseñanza; por eso, no creo en la previsión alemana, ni, naturalmente, en su victoria. Pero creo en la vida y por eso creo en Francia, Rusia y en Inglaterra. Pero creo en Dios y por eso sé que no morirá Bélgica. Y en el Arte, y espero un nuevo Alighieri que cante a la Beatriz que surgirá de todas estas locuras, allá arriba, en lo alto del romano Capitolio...

El Adelanto (15-10-1915)

El retablo de Maese Pedro[224]

Los que venimos a Madrid de tarde en tarde y olvidamos a fuerza de tiempo los hilillos de que penden los muñecos del retablo de Maese Pedro, apenas recibimos sorpresas al tornar a la corte de los milagros. Los actores siguen gestionando como antes. Nadie dirá que hay alteraciones en el reparto de los papeles. Mientras allá, en el pueblecito tendido en la llanura parda, nos hacemos la ilusión de que el mundo marcha, acá, en Madrid, las cosas se están quietecicas y parece que el tiempo no pasa por ciertas gentes.

El Congreso es uno de los observatorios preferidos por todo provinciano. El casino de nuestra Cámara popular no se renueva de parroquianos. Las mismas gentes, las mismas tertulias, los mismos infundios, las mismas aspiraciones de ayer y de hace un año y de hace cinco años. Y las decepciones de siempre, por añadidura. A parte de las familias tentaculares que viven dentro del presupuesto, para las cuales la Hacienda de la nación es de patrimonio familiar y hereditario, siguen por esos pasillos de Dios los eternos aspirantes a diputados, los cazadores de destinos y destinillos, los que creen y esperan en el santo descendimiento de Romanones y en la próxima elevación al poder de los azules o de los pajizos. Y sigue D. Melquíades, tan boyante, con su caricatura de partido, formado por los detritus de las peñas intelectuales. Y siguen los republicanos, dirigidos ahora por Nogués, desconcertados, errabundos, sobreviviendo al cadáver de un organismo doctrinal, completamente pasado de moda. Y continúan estos, y los otros, y los de más allá, recitando imperturbables la vieja lección que todos conocemos y que ya creíamos olvidada de los mismos que tanto tesón pusieron antaño en aprenderla.

[224] Véase nota 60.

En provincias nos figuramos, a ratos, que Madrid es algo así como una síntesis o resumen nacionales. Se nos antoja creer en los momentos de optimismo que todas las sacudidas del cuerpo nacional han de agitar necesariamente este viejo poblachón castellano, tan simpático y agradable en otros respectos, y que la Puerta del Sol es nada menos que el eje y centro circulatorio del pueblo español. Pero esta situación se desvanece al ponernos nuevamente en contacto con Madrid. No hay compenetración alguna entre la corte y las provincias. El país vive una vida y su centro oficial vive otra. Esto es cosa de acarreo, achaque de aluvión, fusión lenta de elementos harto heterogéneos y distintos, y aquello, lo que permanece vivo aún, ágil y despierto, y que sabe moverse cuando se le echa encima para ahogarle el peso de la rutina, de la farándula o del interés creado.

La primera impresión que recibimos al llegar a Madrid los que hemos vivido fuera de él algún tiempo, es la que la dirección política y ciudadana es una cosa irreal e inexistente, que se esfuerza poco a poco entre los contornos y vaguedades de la pesadilla. De esta suerte, a medida que vamos penetrando en los secretillos del «métier», nos damos cuenta, con harto dolor de nuestro ánimo, de que los políticos no son para el país, sino el país para los políticos. Hasta parece este muchas veces una invención de aquellos para manipularles sobre él como sobre un paciente conejillo de Indias. Y la impresión de angustia se acentúa al aproximarnos a las candilejas. Desde lejos, por lo menos, nos apasionamos alguna vez creyendo que la política comienza a encarrilarse, pero desde aquí, situados en ese casino de la Carrera de San Jerónimo, percibimos con entera claridad la voz cantante de Maese Pedro, que al ir tirando de los hilillos y bramantes del retablo, nos cuenta las andanzas de don Gaiferos y de la señora doña Megallora, sin que ningún caballero de la Mancha monte en cólera y la emprenda contras las ficciones y embelecos de la farsa posaderil.

Yo creía, escudado en mi candor pueblerino, que la guerra nos había de ir dando conciencia del momento actual, poniéndonos a tono, decorosamente, con las circunstancias. Suponía que para ciertas clases directoras el patriotismo habría de ser hogaño un dolor agudo que les quemase las entrañas y les llevase al arrepentimiento. Pero…

Pero no es así. Parece que no será así, que no podrá ser así en mucho tiempo. Los recelos que se van acumulando estos días sobre determinadas gentes, empeñadas en olvidar que la opinión se va enterando de ciertos manejos misteriosos y subterráneos que por su misma enormidad van saliendo a la superficie, marchitan y apagan la fe de todos los candores y optimismos provincianos.

Entre bobos que no se enteran y entre hábiles que explotan a los bobos, anda la pelota, harto maltrecha y destripada la pobrecita. Nuestra política, hoy como ayer, es un capítulo de la vida picaresca y hampona y Mateo Alemán, Cervantes o Quevedo, continúan siendo los textos clásicos de los muñidores, tirteafueras, faranduleros, negociantes y agiotistas de toda laya.

La Nación (20-03-1917)

Neutros, boches y peludos

Neutralistas

La camarera que me sirve el café oye la conversación sobre la guerra. Y da su parecer. Ella no es alemana, ni francesa. Todos los pueblos le parecen bien. Tiene que vivir de los parroquianos, y entre los parroquianos los hay de todas cataduras. La camarera es, pues, neutralista.

Y el hostelero gordinflón de Zamora, de Astorga, de Oviedo, de León –de todas partes– admira por igual al Kaiser y a Poincaré[225]. Las operaciones de Cadorna[226] le gustan tanto como las de Hindenburg[227]. Lo que hace falta es que España no intervenga en la contienda. Claro es que a mi hostelero no le importa cosa mayor que suba el precio de las subsistencias, pues para eso eleva él el precio del hospedaje y de la pensión. Pero la guerra paraliza el tráfico y disminuye el número de viajantes. Mi hostelero es neutralista.

[225] Raymond Poincaré (1860 – 1934). Presidente de la República Francesa durante la I Guerra Mundial.

[226] Luigi Cadorna (1850 – 1928). Mariscal de Campo y comandante en jefe de las tropas italianas durante la I Guerra Mundial.

[227] Paul von Beneckendorff und von Hindenburg (1847 – 1934). Militar, estadista y político alemán que dirigió, en gran parte, la política de Alemania durante la segunda mitad de la Primera Guerra Mundial y ejerció como presidente de Alemania desde 1925 hasta su muerte en 1934.

Y el cochero que me lleva esta tarde a cualquier parte, aunque en el fondo dice que es francófilo, se pronuncia también por la neutralidad y es adicto encubierto de esta neutralidad de cosmético que se llama el Sr. Dato. En primer lugar, lo mismo le pagan la carrera francófilos que germanófilos. Aunque los aliados le ganen el corazón, los germanófilos le dan buenas propinas los domingos de toros. Teme que requisen los vehículos si la cosa se pone fea. Es neutralista mi cochero.

Y el tendero, este tenderillo, extremeño, castellano, leonés, asturiano, que fue antaño republicano y admira hoy a Alcalá-Zamora, no siente simpatías por ningún bando. La cosa es que las pesetas suban, que los francos bajan, que él compra en francos y que él venda en pesetas. Es neutralista y es católico. Las guerras, las huelgas, la descomponen. Era amigo de Melquíades Álvarez y acaba de separarse del partido. No es que él no sea liberal –ser liberalismo[228] consiste en formar parte de un Comité así llamado– es que las huelgas le han estropeado ya dos veranos. El asco del tendero iría muy a gusto en el machito si toda Europa se rompiese el bautismo.

La paz le preocupa. Piensa como su hermano espiritual, el taimado y escéptico Sr. Dato, que la paz va a ser una función de turismo a beneficio de las tiendas españolas. Mi tenderillo es también neutralista...

Con Dato están las camareras, los hosteleros, los cocheros, los tenderos...

Germanófilos

Esta moza, alegre como una cabra, con la faz pintada de bermellón, tiene un asco terrible a los aliados. Los italianos son unos pintamonas, unos tíos lilas los ingleses, los belgas unos primos, y los rusos unos cobardes que no se hartan de correr. Todos estos epítetos son de la cosecha de la buena moza. Riñones, lo que se llama riñones, no tienen más que los alemanes. Son unos tíos. El mortero del 42 es un invento de una vez. Los gases asfixiantes son unos señores gases. La buena moza es germanófila.

Y este cura obeso que sube al tren se conmueve hablando de Alemania. Claro es que él no sabe lo que es Alemania –por algo es cura– pero Alemania es el pueblo de la organización. Él no sabe lo que es organización tampoco, pero Alemania es el pueblo de la técnica. También ignora lo que es técnica, pero Alemania es el país de la disciplina. En último término, así lo afirma Mella, y Mella –dice el cura obeso– es el hombre más sabio, más profundo, más elocuente y más listo de la tierra. Mi cura es germanófilo.

Este croupier habla de la guerra. Lo de Bélgica, la invasión de Bélgica por los ejércitos imperiales, le ha admirado profundamente, agitando todo su espíritu de croupier. En su concepción del mundo, Alemania es el banquero fuerte y los aliados los puntos de poco más o menos. Para él la guerra es un juego de cartas. La trompa, el cubileteo, el descarte, la señal, son obligados estratégicos. Mi croupier es germanófilo.

El torero dice su parecer sobre la guerra en tornos[229], a primera hora de la madrugada. Escupe por el colmillo. Los alemanes se atracan de toro. Nada de faroles con el bicho; recortan a tiempo, a tiempo pican, y a la hora suprema de la vergüenza, con el trapo rojo, dan el pase de la muerte tranquilamente. Hay que verles como acuden al peligro. Después de Guerrita, el hombre que más admira este torero es Hindenburg. Y después de *Don Pío*, que lo elogia, *Armando Guerra*. Mi torero es germanófilo.

Toreros, croupiers, curas obesos, mozas alegres engruesan las filas de Vázquez de Mella.

Francófilos

El médico rural –el boticario suele ser germanófilo– tiene sus clásicos, lee sus Revistas, otea curiosamente lo que pasa por el mundo. Es aliado. Suele llevar la contraria al cura y al alcalde. Es aliado o consciente o instintivamente; echa una ojeada al bando opuesto y… naturalmente, no quiere que le confundan.

Y es francófilo el estudiante que estudia cosas concretas –ciencias, físicas, naturales, químicas– frente a su compañero, el de Derecho, que todavía se ocupa de Taparelli, de refutar a Kant y de probar que la teoría del pacto de Rousseau no resiste al más ligero examen. Y es francófilo

[228] En este párrafo se encuentran formas lingüísticas dudosas, tal vez debidas al cajista. En "que las pesetas suban, que los francos bajan", sería más apropiado "que las pesetas suban, que los francos bajen". Para el pronombre la en "Las guerras, las huelgas, la descomponen" resulta difícil encontrar un antecedente. "Ser liberalismo..." exige para su comprensión "ser liberal..." o "el liberalismo..." La última frase también resulta incomprensible.

[229] Creemos que se trata de una errata de imprenta y que en realidad Sánchez Rojas pretendía aludir al famoso, por entonces, café madrileño Fornos.

el minero. Y el marino de baja graduación. Y el escritor. Y la mujer del pueblo. Y el catedrático de oposición –el 90 por 100– que el otro, el de la puerta falsa, vive, como es natural, en pleno trogloditismo. Y hasta hace poco lo fue el señorito aquel de mirada triste y cansada que jugaba al polo, al tenis y a las regatas...

Geográficamente

Geográficamente la germanofilia crece de un modo paralelo con el analfabetismo. Extremadura, Andalucía, Murcia, de un lado; Levante, la Andalucía costeña de otro. La meseta frente a la periferia. El mar luchando con tierra adentro. Dentro de Castilla, la germanofilia está en razón directa de la mayor distancia del centro cultural; así, Valladolid y Salamanca son mucho menos germanófilos que Zamora y que Ávila. Y Ávila y Zamora menos germanófilos que Padralista[230] o que Alcañices, por ejemplo. Entra mucho en esto de la germanofilia o aliadofilia la mayor o menor densidad de la población.

Otra cosa: pueblos trashumantes, en comunicación unos con otros, son más francófilos que los cerrados. Las reboticas son más germanófilas que las tertulias con tresillo en casa del cacique. Estas más germanófilas que las reuniones del casino.

Más. Pláticas de lujuria o de toros traen consigo elogios alemanes. No sé por qué, pero así lo he advertido siempre.

Anécdotas

Saludo a mi amigo en… Está rico, es maurista, bien casado; va para diputado provincial:

– Oye –le digo– tú serás germanófilo, ¿verdad?

– Te diré –me responde– hombre te diré: Debiera serlo. Todos mis parientes, los ganaderos, son germanófilos y por pudor me he pasado a vuestro bando.

En N… la tertulia del Casino. Dice el cacique:

– Aquí es fácil distinguir a unos de otros. Fuera de los inteligentes todos son germanófilos.

Curas jugando al tresillo

¿Ha visto usted, hombre, ha visto usted? ¡Ya se metieron los *nuestros* en Riga! A veinte kilómetros de París. ¡De un empujoncito más…!

Iberia (03-11-1917)

Comentarios de actualidad

Concentración, ¿de qué?

El Sr. Marqués de Alhucemas no se harta de decirnos, en toda clase de tonos, que ha formado un gabinete de concentración, con francas y plenas orientaciones izquierdistas. Confesamos que no acertamos a ver por ninguna parte esos caracteres que asigna al Gobierno el Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

¿Dónde está esa concentración y dónde están esas orientaciones francamente liberales?

Repasemos la lista de los nuevos consejeros responsables. El Sr. La Cierva... «El Sr. La Cierva no me representa a mí», ha declarado a los periodistas el Sr. Maura. No lleva, pues, la representación del maurismo. Las Juntas de Defensa, en un suelto oficioso que publicaba el día 3 de Noviembre *El Mundo,* aseguraban que eran ajenas en absoluto al nombramiento del nuevo ministro de la Guerra; no lleva, por ende, tampoco, el Sr. La Cierva la voz del Ejército en el seno del gabinete.

«El rey insistió tanto en mi designación –ha dicho con estas o parecidas palabras el señor La Cierva–, que no pude excusarme ante los requerimientos de la Corona, que son siempre mandatos para un monárquico fervoroso como yo.»

Si tan imprudentes palabras han sido realmente dichas, esa representación es nula ante el derecho constitucional, porque al rey no le representa nadie, ni siquiera se representa a sí mismo el poder moderador. Es, a secas, este, una fuerza histórica pasiva que se mueve mecánicamente, como una veleta que guía el viento de la opinión, o como un platillo que cede ante el peso de las mayorías. Y sí ha dicho eso el Sr. La Cierva –según el testimonio unánime de todos los diarios–, el Sr. Ministro de la Guerra ha expresado una temeridad pura y simplemente an-

[230] ¿Tal vez Piedrahíta (Ávila)?

tidinástica que con él comparten los Sres. Aparicio, *Azorín, Codorniú* y dos o tres amigos más. Aporta, pues, el Sr. La Cierva al gabinete la opinión de los seis u ocho amigos que con él se sientan en el mismo escaño del Congreso.

D. Niceto Alcalá Zamora ¿qué significa, qué representa, qué opinión izquierdista lleva al gabinete? ¿Irá como amigo de García Prieto? Pero García Prieto se ha quedado sin partido. Como amigo del Sr. Alba no parece que vaya al Gobierno, porque el ex ministro zamorano ha prometido combatir esta situación a sangre y fuego. Amigo de Romanones no es tampoco Alcalá Zamora; adeptos no sabemos que tenga todavía el rizadito y azucarado retórico andaluz, fuera de alguno que otro admirador platónico como el Sr. Barón de Velasco. Entonces, ¿qué diablos pinta el Sr. Alcalá Zamora en el Gobierno? Como gerente que es de *El Día,* ¿acaso representa en el nuevo tablado de Cambó los intereses alemanes de los hermanos Manesmann o del relojero de la calle de Fuencarral?

Y vamos con otro cualquiera. Con D. Joaquín Fernández Prida, por ejemplo, antiguo profesor nuestro, en la Universidad madrileña, de Historia del derecho internacional público y privado. El Sr. Maura ha dicho del Sr. Prida lo que acabamos de decir, hablando del señor La Cierva. Ahora bien: el Sr. Prida es senador de la Universidad de Valladolid, y la Universidad de Valladolid elige senador al que quiere D. Santiago Alba. Los doctores universitarios tienen derecho a una representación parlamentaria en el Senado, pero no a una intervención ministerial. De modo que el Sr. Prida tampoco representa cosa alguna.

Los Sres. Rodés y Ventosa, nacionalistas, amigos de esa anguila disecada que se llama el Sr. Cambó y que tan mala pasada acaba de jugar a las izquierdas españolas, no representan el espíritu de la Asamblea. No han logrado que las conclusiones de esta figuren, concreta y terminantemente, en la declaración ministerial. A Cataluña no puede decirse que la representan, ni a Barcelona siquiera. Ni al nacionalismo izquierdista tampoco. Representan al Sr. Cambó lisa y llanamente. Pero el Sr. Cambó, desde el día 3 de Noviembre, es algo que no era antes, o dejó de ser una cosa simbólica, al entregar con una mano ciertos compromisos que acababa de formular en el Ateneo el día 30 de Octubre y al coger con la otra, a guisa de cambalache, las riendas del Poder.

El Sr. Matamala ha ido al ministerio de la Bola en calidad de desinfectante. Es el inspector que ha puesto la dirección de la Escuela para que los chicos no se peguen y para aplicar a cada uno de ellos, cuando se extralimiten, el correctivo correspondiente.

De modo que solamente D. Amalio Gimeno representa a los liberales que siguen las inspiraciones del señor conde de Romanones.

¿Fusión? Tampoco

El Sr. Alcalá Zamora, en sus lentos, penosos, abrumadores ejercicios para ser ministro de cualquier departamento, con este o con el otro jefe, con un programa negro o con un programa rojo, entrando por la puerta grande o por la puerta de los carros, tiene en su haber parlamentario –me parece que es esta la palabra consagrada entre los cronistas políticos– aquel discurso perfumado, resobado, de lirismo de mancebo de botica, de patriotismo de marcha de Cádiz, contra las mancomunidades. Lo pronunció en las Cortes que hizo el malogrado Sr. Canalejas. La región –decía el señor Alcalá– es un producto artificioso en la manufactura constitucional. El estado debe pesar sobre los organismos políticos y administrativos de toda laya.

No se debe hablar, pensar, ni amar en catalán, que ese es un nefando delito que debe castigarse ante el altar de la Madre Patria, madre de todos, madre fecunda, madre de Lepanto y de San Quintín, de Otumba y de las Navas de Tolosa. De las Navas de Tolosa que está al lado de su distrito. Etcétera, etcétera, etcétera. Vestid este muñeco con metáforas maniditas, con párrafos de tamboril, tocad un poco los platillos y tendréis el discurso alcalaíno de las Mancomunidades. ¿Cómo fundimos ese precedente con los precedentes políticos de los señores Rodés y Ventosa? ¿Cómo se funde la nieve con el fuego? En un plano aritmético; ¿tres manzanas y dos guisantes son cinco guisantes o cinco manzanas? ¿Cómo se funde aquí La Carolina con las Ramblas?

Rodés, defensor de Marcelino Domingo, nuestro querido amigo. El Sr. Bahamonde, magistrado que aprobó un auto del mes de Agosto del Supremo, en que se devolvía al fuero militar la causa incoada contra el valiente diputado por Tortosa. Atad estos cabos para la fusión, si os place. Rodés, republicano; La Cierva dice con evidente malicia que debe haber sido muy mal visto en Palacio que represente al rey. Fundid, fundid, si os parece.

García Prieto, ex ministro de Moret. Moret, echando a Maura del poder en Octubre de 1909. Fernández Prida, amigo de Maura, aunque no lo represente ahora. Gimeno, con la mis-

ma significación antimaurista que Alhucemas. Novejarque no sabría descifrar esta charada con que ha querido divertirnos el Sr. Cambó, verdadero maese Pedro del retablo, etc.

Luego...

Luego esto no es un ministerio de concentración. Ni de fusión, ni de nada. Es una pura broma que coincide con la aparición de las castañas asadas y de los buñuelos de viento.

Un amigo mío diputado, me decía la otra noche:

– Esto es una sociedad anónima. Estos ministros son unos gerentes que aportaban a la fundación mercantil tantos o cuantos millones. Pero al llegar a casa del notario recibieron la orden de cesar en sus poderes, y como no era cosa de comunicarse la noticia y de que el notario perdiese sus honorarios, oyeron la redacción de la escritura y acordaron constituirse sin capital social.

Pura broma de abogados todo ello, asesorados por La Cierva. Que, por esta vez, se quedará sin cobrar la minuta.

España (08-11-1917)

La tabla de salvación

Este Gobierno, presidido por el señor García Prieto, comienza a no agradar a nadie. Tiene todo el tono de una conferencia de abogados que defienden intereses opuestos. Cada acto de Gobierno, cada declaración ministerial, se diluyen en un especioso y palabrero proceso lógico que nadie puede descifrar abiertamente. Ni como Gobierno de transición, que ha venido al Poder para hacer unas elecciones sinceras y formales, tiene autoridad moral bastante el Gabinete del señor marqués de Alhucemas.

La confusión es tan espantosa en lo que concierne a la significación política de cada uno de los consejeros responsables, que las personas enteradas del juego saben perfectamente que sobrevendrá inmediatamente un choque con el más leve pretexto, o sin pretexto alguno. La política internacional, con cualquiera de sus incidentes e imprevistos, puede dar al traste con la situación. El carácter acentuadamente germanófilo del señor Alcalá Zamora, ex gerente de "El Día", no puede conciliarse, que nosotros sepamos, con el tono aliado de los dos ministros catalanes, señores Ventosa y Rodés. La concesión inmediata, urgente de la amnistía, que entraba de lleno en las conclusiones de la segunda Asamblea de Parlamentarios, ha de chocar seguramente con la flema demasiado hábil del señor Cierva y con el temperamento reaccionario y militarista del señor Fernández Prada. Las mismas declaraciones políticas del señor García Prieto han dejado al señor Cambó en una situación bastante poco gallarda. Hasta la esperanza que los más optimistas tenían puesta en el ministro de la Gobernación, señor Bahamonde, se va disipando lentamente, al conocer las bufonadas que se le han ocurrido con motivo del viaje a Madrid del diputado radical señor Domingo.

Por mucho que agucemos el ingenio, no acertamos a topar con un punto de contacto –doctrinal o político– en el que puedan coincidir todos los ministros. En materia internacional todos conocemos las profundas e irreductibles diferencias que les separan. En lo que se refiere a la reforma constitucional, García Prieto ha manifestado ya que el país no la quiere, ni la necesita. En lo tocante al problema militar, advertimos que las Juntas de Defensa, que debieron disolverse automáticamente al solucionarse la crisis que ellas provocaron, continúan campando por sus respetos e imponiendo a todos sus decisiones. Las izquierdas catalanas que colaboran con el señor marqués de Alhucemas, no han tenido tiempo todavía –por consagrarlo, sin duda al estudio del mecanismo de los balduques– de definir su orientación en el orden cultural y en el orden financiero. Parece que el Gobierno está perfectamente convencido de su propia esterilidad. Y pasan los días sin que la buena fe haga acto de presencia, no ya en los actos ministeriales, sino en el anuncio de propósitos y de programas a realizar para lo futuro.

La designación de los altos cargos nos ha revelado que no hay equilibrio entre las fuerzas políticas que integran este Gabinete, sino manifiesta absorción de las derechas. El señor Martínez Ruiz, el sutilísimo "Azorín", ha tomado posesión del automóvil de la subsecretaría de Instrucción Pública en calidad de amigo devoto e incondicional del señor La Cierva. El señor Rivas Mateos, actual director general de primera enseñanza y antiguo concejal lerrouxista barcelonés, ha subido a ese alto cargo, no en calidad de amigo del señor Alba que combate esta

situación, no a título de correligionario del señor Presidente del Consejo de ministros que ha licenciado sus huestes, sino a guisa de amigote particular y de cliente de ese prehistórico señor Alcalá Zamora, que tiene un concepto del Estado semejante al de un policía de la secreta: un organismo superior coactivo encargado de ahogar por la tremenda las energías vitales de los organismos subalternos e inferiores. También como devoto del gerente de los Manesmann se ha encargado de la Inspección Suprema de la enseñanza elemental el distinguido cazador y traficante de ganado de cerda, señor barón de Velasco. El director general de Bellas Artes, don Mariano Benlliure, es –dentro del arte y fuera de él– un reaccionario de tono y lomo. En cambio, los romanonistas, que hoy tienen una significación concreta y bien acentuada, han sido apartados cuidadosamente de los puestos difíciles. El señor Argente se ha puesto a las órdenes del señor Prida de bastante mala gana, por pura disciplina, y el señor Pérez Oliva, también amigo del señor conde de Romanones, ha rechazado la Fiscalía del Tribunal de Cuentas con que se le obsequiaba al cantar bolas con los premios en la lista chica.

El traje del Gobierno está, por ende, deshilachado, agujereado, roto y convertido en una prenda poco estimable de trapería. Al menor descuido, con el roce más insignificante, con la más leve mojadura, se pudre el paño de que está formado.

Acaso...

Sí; acaso cobrará cierta vitalidad y cierto prestigio en el país este Gobierno si procediese discretamente, y, sobre todo, con rapidez. Convocando, por ejemplo, las Cortes para el asunto concreto de la concesión de la amnistía. Prescindiendo de ese tenebroso señor Alcalá Zamora, cuyos amigos andan ahora en el obscuro laboreo de infundir savia alemana a una publicación diaria que se ha nutrido hasta la fecha de papel mojado austriaco. Disolviendo por Real decreto, esas Juntas de defensa, que ya lograron, al parecer, sus propósitos, de substituir con un representante de las derechas a unos cuantos generales, perezosos o ineptos, que no supieron acallar el descontento de la oficialidad de todas las Armas. Iniciando una era de respeto a la Prensa y de absoluta y completa tolerancia a la manifestación pública de todas las ideas, que limpie el ambiente infectado por las mentiras, coacciones y verdaderos atropellos con que combatió al adversario el señor Sánchez Guerra. Acabando de deshinchar, en fin, el pobre globo de papel de las viejas oligarquías, que aún se mueven por ley de inercia.

Esta sería la tabla de salvación de los señores García Prieto, Cambó, Cierva y demás leguleyos que nos gobiernan. La masa neutra de opinión, que antes era conservadora, se ha hecho sincera y lealmente liberal. Si el Gobierno no se ha dado cuenta de este fenómeno, es que no tiene ojos en la cara, debiendo desaparecer como por encanto de un puesto que no sabe conservar ni aun interinamente.

La Publicidad (04-12-1917)

Una orgía de disparates

He conocido, por referencias orales de un detenido en agosto en Salamanca, y por referencias escritas de otro detenido, –aquel médico hijo de un penalista, Fustre, y profesor este distinguidísimo de la Facultad de Ciencias de la Universidad–, algunas menudencias relacionadas con la represión que se llevó a cabo en la clara y hermosa ciudad del Tormes, con motivo de la pasada huelga. Aquello es sencillamente vergonzoso. Más todavía: grotesco. Esperamos que las Juntas de Defensa, que se han empeñado en renovarnos, tomen nota de lo que voy a contar, de cuya veracidad respondo, para que exijan responsabilidades a los que anduvieron mezclados en aquello.

Hay en Salamanca un vicecónsul francés, M. Grassot, que es una persona perfectamente inofensiva. La noche antes del paro habló con un empleado de Consumos para que le recogiera unos valores declarados que tenía en la Administración de Correos. Oyó la conversación de los cuartos un idiota, que inmediatamente se presentó al señor gobernador militar asegurándole, a la vez que blandía un Cristo y juraba por sus hijos, que él sabía dónde estaban los millones para la revolución. Y acusó concretamente al bueno del vicecónsul que fue detenido. Al día siguiente la cantidad que tenía que recibir se limitaba a unas 50 modestas pesetas. Como ya estaba encarcelado M. Grassot, parece que se dijo por alguien que no convenía exteriorizar

la plancha cometida con un súbdito extranjero. Y para no exteriorizarla, se pasó el bueno del vicecónsul cuarenta y tantos días en la cárcel.

Otro caso. El doctor Giral es un distinguidísimo químico, profesor de Ciencias, que tiene su laboratorio en la Plaza Mayor. El doctor Giral es republicano. Se le acusó de fabricar bombas. Y –no hay que decirlo– de recibir dinero. El doctor Giral, casado con una hija de aquel austero filósofo y político que se llamó don Urbano González Serrano, estuvo también en la cárcel 32 días. En el fondo, se trataba de hacer una campaña por los boticarios neos contra el laboratorio del ilustre doctor.

Más miserias. También estuvo recluido el hijo del profesor de Derecho Penal don Pedro Dorado Montero, un buen muchacho que en junio había acabado brillantemente su carrera de Medicina. Se le acusó concretamente de repartir hojas sediciosas. Aquí, en Madrid, donde estudia el doctorado de su Facultad, sé yo por él mismo, que con su gratísima amistad y con la de su padre me honro mucho, que ha tratado de buscar, porque no las conocía, ciertas hojas que circularon mucho durante el mes de julio y que yo me encontré muchas veces por los trenes del Norte de España.

Para prender a esos señores y a otros muchos que fueron compañeros suyos de reclusión por aquellos días, se movilizó toda la guarnición de Salamanca, toda la guardia civil, todas las parejas de seguridad y de orden público. Rigurosamente exacto. Los llevaban de dos en dos, desposados, con más honores que fuera el Templo Luis XVI. Al pasar uno de los detenidos, el señor Santa Cecilia, concejal socialista de aquel Ayuntamiento, un obrero dijo simplemente:

– ¡Pobre Santa Cecilia!

Y se le detuvo. Y se le encausó por sedición –nada menos– y se le tuvo en la cárcel también treinta y tantos días.

Más botones de muestra. Un distinguido periodista de aquella ciudad, de convicciones muy honradas y sinceras, laborioso y buena persona, don Fernando Felipe, profesor de francés, de la Escuela Normal, es amigo de Virginia González, la propagandista. Esa amistad le valió el honor de ser encarcelado. Y le quitaron el sueldo que tenía en un periodicucho que allí vegeta –estercolero de malas pasiones– y le dimitieron en su destino de que gozaba en Obras públicas. La canalla conservadora no perdonó colmillazo alguno a sus víctimas.

¿Más casos? Otro de los detenidos fue el señor Morató. Pocas personas más austeras, más nobles, más limpias de corazón, más universalmente estimadas en Salamanca que el señor Morató. También fue detenido. ¿Otra conjura contra la procuraduría sólida del señor Morató?

Hay más. Quiero acabar. Realmente se irrita la pluma de narrar estas cosas. El Ayuntamiento de Salamanca se había adherido al acuerdo de la Asamblea de Parlamentarios, de esa ciudad, y hasta había invitado a esta para que celebrase sus sesiones en aquella Corporación. Encarcelados los ediles de las izquierdas, un concejal –¡qué concejal, Dios mío!– propuso en la sesión, a la que asistieron cinco conservadores, que se hiciera saber al señor Abadal el disgusto con que había visto aquel Concejo la participación de los asambleístas en aquella huelga criminal, que se revocase el acuerdo tomado de invitarle y que se hicieran saber tales determinaciones al señor Sánchez Guerra.

Aquel mismo concejal –¡qué concejal, Dios mío!– inició el homenaje al Ejército. Se inscribió también en las filas de la policía honoraria. El periodicucho, vilmente, sin dar la cara, hablaba de dinero recibido, y de bombas fabricadas, echando la baba de su vileza sobre los pobres recluidos que no podían ni defenderse porque estaban incomunicados. Y una burguesía abyecta, prostituida, de usureros, de profesores ineptos, de ganapanes zafios, croaba en la charquita concertando el terceto con el periodicucho ese y con el concejal aquel.

Y lo que ha pasado en Frades ha pasado en todos los lugares.

La Publicidad (19-12-1917)

Dos conversaciones

En la Castellana me encuentro, después de unos cuantos meses de no haberlo visto, con un terrateniente de mi país, conservador moliente y corriente a todo ruedo. Observo que mi hombre me mira como a un bicho raro, que me habla con cierto dejo de compasión morbosa,

que procura marcar bien la distancia que, en todo país bien organizado, debe existir entre sus terratenientes y un pobre escritorzuelo como yo. La charla se torna fría, insípida, incolora.

Mi terrateniente estalla, por fin:

– Realmente, desde que estuvo usted preso por lo de agosto, no sé sí...

Comprendo perfectamente a mi buen hombre. Está indignado con todos y contra todo. En el pueblo donde vive, unos pobres hombres trataron de asaltarle la panera y de robarle los rubios granos de oro. Se hizo policía honorario. Admira a Sánchez Guerra con todo su corazón. Besteiro, Largo Caballero, Saborit y Anguiano debieron ser fusilados sin contemplaciones. La huelga de agosto fue el saqueo organizado.

– ¿A cuánto repartieron ustedes? –me dice, por fin, con una buena fe que le liberta del bofetón seguro.

Por un momento, procuro ponerme en el caso cerebral y sentimental de este buen señor. Para él no hay cosa sagrada fuera de los contratos de arrendamiento. Infinidad de colonos se levantan a las tres de la madrugada para que él pasee su vulgaridad espiritual por la villa del oso y del madroño. No ha luchado jamás por la vida. Su visión mental se reduce a unas novelas de Pereda en lo literario, al Diccionario de los señores Montaner y Simón en lo enciclopédico y a unos comentarios de Manresa en la zona del derecho. Todo lo demás no lo comprende, y como no lo comprende, lo niega. Cacique en el pueblo, le molesta aquí ser uno de tantos. Acostumbrado a los tópicos de la rebotica de la plaza donde él lleva la voz cantante, la gimnasia espiritual le aturde y le descompone. Lector asiduo de "ABC", para él no existe otra Prensa, o todo lo que no sea "ABC" está contaminado y corrompido por solicitaciones de índole subalterna e inconfesable.

La gente para él es carne de galeras. Todos se mueven a impulsos del vil ochavo. Los socialistas son socialistas para comer, Pablo Iglesias tiene tres hoteles en el Escorial y Besteiro estaba pagado por el oro aliado...

No hay modo de contener a este buen hombre. Él sabe de ciencia cierta que más de cien millones han entrado en la Casa del Pueblo; me pregunta después, ingenuamente, que si me he redondeado.

Y yo, que estoy siempre de buen humor, le digo que sí. Entonces, ante mi afirmación, me mira con admiración, con respeto. Para mi terrateniente, el colmo del ingenio estriba en saber pescar a río revuelto barbos grandes y rollizos. Y temo que en la primera revuelta el hombre me llame a capítulo, y me pida una participación, y no pueda gozar de mis productos a la buena de Dios y sin torpes pedigüeñerías.

También en la Castellana una de estas hermosas, soleadas tardes de Madrid. Un pollo bien me hace un gesto risueño y me detiene. No me vio anoche en Fornos; hice mal en no ir porque fue la Juanita. Yo no sé quién es la Juanita, ni me importa, pero no hay modo de contener al pollo bien. Se divierte mucho. Maxim está un poco "fané", ¿no? ¿Que no conozco a esa rubia que pasa en el Panhard[231] detrás del coche de García Prieto? Pero ¿dónde vive usted, hombre? Es la duquesita de Valdesoto; ahora flirtea con Ponzano, el coronel. ¿Tampoco conozco a Ponzano? ¿Y escribo? ¿Y me las echo de conocer gente en Madrid?

La guerra. El pollo bien es germanófilo. Habla de Italia:

– Están ustedes buenos. La paliza a los italianos ha sido de órdago a la grande. Les está bien por traidores. "La Nación" venía esta mañana brutal, así, brutal, chico, La revolución en Milán. Venecia en poder de los austriacos. Siete mil cañones les han cogido en el Piave[232].

Sigue despotricando mi niño bien. Voy comprendiendo el odio de esta gente a Italia. Les molesta sobre todo que la nación latina haya formado su conciencia civil. Les molesta que Italia signifique la gracia, la inteligencia, el arte, en esta hora suprema. Les molesta que Italia se permita pensar por su cuenta, discurrir por su cuenta, merecer el sello de la distinción a sus actos y a sus palabras.

El niño bien –maurista, germanófilo, lector de Salaverría y devoto de la Juanita que va a Fornos todas las noches– me sigue diciendo sus impresiones.

[231] Marca francesa de automóviles fundada en 1887. En 1967se fusionó con la empresa Citroën, orientando su producción a la fabricación de vehículos militares.

[232] Río del norte de Italia con nacimiento en los Alpes Orientales y desembocadura en el mar Adriático y principal línea de defensa italiana entre 1917 y 1918.

La guerra se acaba. Lea usted, lea usted "Por la patria y por la verdad". El mundo entero no puede con los centrales. ¡Son unos tíos con toda la barba!

Apenas puedo escapar a los entusiasmos de mi amigo. Habla, saluda, remira sus botines, contempla con religiosa admiración su gabardina:

– Desengáñese usted: la germanofilia es propia de la gente bien. Tiene usted que pasarse a nuestro bando. Y luego pase Francia. ¡Pero Italia, pero Inglaterra!

Huyo, como puedo de la Castellana. Se vocean los primeros periódicos de la noche. Se encienden las luces del hermoso paseo. Flota una dulce madurez otoñal en el ambiente.

La Publicidad (02-01-1918)

El hombre civil

– Nuestros generales han fracasado en el ministerio de la Guerra –me dice un amigo mío, capitán, miembro de las consabidas Juntas y partidario entusiasta de ellas–. El general Luque ha sido la personificación de la intriga, del favor, del nepotismo y arribismo más vergonzosos. El general Aguilera es un pobre cerebro de Guadalajara, bravo tal vez, pero de una mentalidad primitiva. El viejo Primo de Rivera tiene su apellido mezclado en la historia de nuestros desastres coloniales. Marina... pues Marina, y Alfau, y Ampudia, y Borbón, y este, y el otro, tienen el inconveniente de ser generales, y este movimiento ya te habrás percatado de que va contra el Generalato. No cabía otro procedimiento a seguir que el que hemos seguido, esto es, llevar al ministerio de la Guerra a un hombre civil, a don Juan La Cierva. ¿No crees que hemos hecho bien?

– Te diré –le respondo–. Empezaremos por el principio, mi capitán. Hombre civil quiere decir hombre de la ciudad, "cives", o más concretamente, en el sentido romano de la palabra, hombre de ciudadanía, consciente de ella. "Cives romanus sum". Y entre los romanos el derecho civil es el derecho político, y estos derechos en Roma, por ser políticos, se convierten en ciudadanos. Pero la palabra, mi capitán, ha sufrido hoy una ligera evolución, llevada acaso desde Italia a todo el derecho constitucional europeo y americano de todos los pueblos modernos. El hombre civil, "Huomo civile", es el que cree en la eficacia y en la eternidad inmanentes del Estado, en la soberanía del pueblo, en la supremacía del Poder civil. Ahora bien, un hombre civil, o lo que es igual, un hombre para el que son dogmáticas esta supremacía, la soberanía popular, aquellas eficacia y permanencia del Estado como último escalón jerárquico de la ciudadanía, manantial vivo de todos, pero de todos los derechos, ese hombre no puede aceptar un Ministerio de manos de unas Juntas como las vuestras, que se truecan de hecho, subvirtiendo todo el mecanismo constitucional, en Poder moderador. Para un hombre civil, el Ejército es un brazo del Estado, como otro cualquiera, creado única y exclusivamente para defensa del territorio en época de guerra. Un hombre civil odia las asonadas, las cuarteladas, las grescas, los motines, los pronunciamientos. Un hombre civil respeta al Ejército, pero no le adula; le somete a la ley común, pero no le reconoce fueros por el hecho de usar de la fuerza y de amenazar con ella a los demás organismos nacionales; piensa libremente acerca de su organización pero no le utiliza de escabel para sus politiquerías; habla un lenguaje digno, pero no se ensaya para escalar, sobre vuestras bayonetas, una dictadura ridícula y toscota como la ciencia militar de un oficial de cuchara. Un hombre civil –y advierte cómo es el mismo señor La Cierva el encargado de desmentir tus apreciaciones sobre su civilismo– nos habla de cobrar substancia militar al posesionarse del Palacio de Buenavista, no de vigorizar lo otro, su substancia civil, o lo que tanto monta, su conciencia ciudadana. Concluyo, pues, afirmando que don Juan de La Cierva y Peñafiel no es un hombre civil precisamente.

– No me negarás, al menos –replica el capitán amigo– que La Cierva no es militar. Y no siendo militar, ¿quieres decirme qué diablos más que civil puede ser nuestro simpático ministro de la Guerra, con el que las izquierdas estáis a mal estar, porque La Cierva fue el restaurador del derecho lesionado en el mes de julio de 1909? Respóndeme.

– Cabe no ser militar, amigo capitán –respondo– y no ser tampoco civil. Puede ser eso que le ha llamado Unamuno, paisano, y paisano es todo lo malo que de militar y de civil puede reunir un hombre. El señor La Cierva ha venido con retraso a este mundo, a pesar de haber paseado su dramática mocedad republicana y masónica en las aulas boloñesas, bajo los pórticos de la ciudad universitaria italiana. En tiempos de Narváez, este hombre hubiera inventado

un pronunciamiento en Mula, a la cabeza de los arrendatarios de consumos, enarbolando los pinchos, al grito conmovedor de: "¡Abajo las caenas!" Este hombre, este mal abogado meticuloso, detallista, nimio, cazador de la infracción menuda del procedimiento, de la ley adjetiva, de lo anecdótico y de lo subalterno, incapaz de las síntesis abarcadoras, hubiera dejado chico en América al dictador Rosas, o en Méjico a cualquiera de esos ganapanes metidos a soldadotes que se meten con las haciendas de los extranjeros. Este Joao Franco de opereta murciana con calañés, faca, manta de colores y gregüescos, escopeta al hombro y puñal al cinto, es un militarote abortado de la reserva, de esos que se han pasado treinta y dos años de brigadas para cobrar la paga de segundos tenientes al llegar a los sesenta años. Lo que ocurre es –aunque las Juntas de Defensa no hayáis tenido la noble franqueza de confesarlo– que habéis buscado, en el hampa politiquera precisamente, lo que mejor simbolizaba y personificaba vuestra contextura mental de frente a los problemas políticos que la realidad ha planteado en España. Lo que ocurre es que este fantasmón, arrancado de una vieja estampa del "Semanario Pintoresco", de aquellas viejas estampas que representaban motines cuarteleros en los abyectos tiempos de Isabel II, de Sor Patrocinio y del Padre Claret, os está ganando mansamente la partida, haciéndoos creer que saluda militarmente a sus amistades en las paradas y pronunciándoos discursos chirles de dictadorzuelo de Haití o del Congo en las Academias. Lo que ocurre, finalmente, amigo capitán, es que este abogado grotesco que imagina ser cabo de varas y que nos reputa a los demás como quintos del pelotón de los torpes que tiene que meter él en cintura por misión y mandato providenciales, quiere hacer –en sus furores militaristas de antiguo caciquillo de Mula y de ex diputadete provincial de Murcia– de los Borbones unos Braganzas y del Palacio de Buenavista un nuevo Palaço dos Necessidaes[233].

– No se puede hablar con vosotros, que sois unos fanáticos –replica mi querido capitán de las Juntas de Defensa, dando las últimas chupadas al Henry Clay[234] y mirando marcialmente a una buena moza, que bebe, entre mohínes y carantoñas su taza de té, a nuestro lado, en el "Maxim". –¡No se puede hablar con vosotros, chico, ni de esto, ni de nada!

Y dejamos de dialogar. El capitán ha empezado a pegar la hebra con la buena moza. La buena moza, que ha oído la conversación que hemos sostenido un poco vivamente, se declara, naturalmente, ciervista. Y se exalta porque no han fusilado todavía a Julián Besteiro y nos notifica que el profesor Unamuno está completamente chiflado.

La buena moza sigue exponiendo todo su programa de terapéutica política:

– ¡Amigo capitán –digo al levantarme– que te sea leve ese hombre civil con el que estáis hablando! Mucho cuidado con sus lagoterías y con la temperatura.

Me levanto, me abrigo y recojo una mirada dulzarrona de la gentil enemiga de Besteiro y de Miguel de Unamuno.

La Publicidad (08-01-1918)
El Progreso (Santa Cruz de Tenerife) (25-01-1918)

La sombra de Larra

Aprovechando el sol de esta magnífica tarde electoral del 24 de febrero en que unos y otros vamos a jugarnos los destinos de España a cara o cruz, he venido a uno de los más viejos y bonitos cementerios de Madrid. El de San Nicolás es un cementerio abandonado. Viales de cipreses amarillentos, lápidas rotas, fechas ya borradas y comidas por la inclemencia de los tiempos, tierra apelmazada y musgosa; el páramo manchego a lo lejos. Bien cerca, el Jardín botánico. Un tren pita a lo lejos. Hileras de gentes se pierden por el altozano de Atocha. Sol; silencio; fragancia primaveral que se avecina.

Busco el nicho de Mariano José de Larra. Doy pronto con él. Me siento sobre una losa abandonada y pronto quedo, bien a solas, con mis inquietudes íntimas. Acaso, me adormezco. Pero al despertar; un joven pálido, alto, elegante, con los ojos negros y tristes, con manos delicadas

[233] Edifico lisboeta que en el siglo XVIII fue sede de la embajada de España y, actualmente, del Ministerio de Asuntos Exteriores de Portugal.

[234] Marca de cigarros, actualmente fabricados en la Republica Dominicana, que lleva el nombre del político estadounidense Henry Clay (1777-1852).

y frías de mujer, envuelto airosamente en los pliegues de una capa españolísima, con sombrero de copa, está sentado a mi vera. Fuma, sin cesar, cigarrillos y estruja con rabia entre los dedos de la diestra, una misiva de amor.

Nos miramos y nos saludamos en seguida. Es "Fígaro", Mariano José de Larra. Le ofrezco un pitillo Gener que tengo a mano. Lo acepta. Y con una voz muy triste, de enamorado esquivo, me pregunta:

– ¿Qué haces tú aquí hoy?

– ¡Ya he votado, "Fígaro"! –le respondo.

– ¿La candidatura republicana o de izquierdas naturalmente?

– ¡Naturalmente, "Fígaro"!

– ¿Y saldrá?

– Espero en Dios que salga. Y si no sale...

– ¡Cuidado que sois torpes, y brutos, y cursis; y hasta cortos de mollera y escasos de intención ahora, los gacetilleros! Da grima en vosotros. En mis tiempos había moderados, y censura previa constante, y una de limitaciones y compromisos para desfigurar la verdad como no os podéis dar cata hogaño los plumíferos. ¡Pues, hijo mío, yo aguzaba el ingenio, y con mi pluma un poco mejor tajada que la de Luca de Tena, escribía cuanto se me ocurría, dando palos de ciego a derecha e izquierda! Ahora no pueden leerse las gacetas. El optimismo de Salaverría en "ABC": ¿hay algo más trágicamente bufonesco? Y esos fondos acartonados, apelmazados, de cal y cemento con que empedráis los diarios, ¿por ventura puede tragarlos alguien que no sea un perfecto y cabal idiota?

Larra hizo un pequeño mutis. Sacó el pañuelo de la americana, tiró sobre la hierba el sombrero de copa, se limpió el sudor de la frente llena de arrugas y de tempestades y continuó diciendo:

– Y habéis llegado a un grado de abyección que nosotros, en 1830, no conocimos. Llamáis insigne a Maura, por ejemplo, a sabiendas de que es un pobre fantasmón henchido de ignorancia enciclopédica. Toleran las damas en sus salones a un pobre coplero chirle como Juan Antonio Cavestany, haciéndole zalemas y cortesías. Todo nuestro mundo oficial, todo él, académicos, obispos, consejeros, ministros, es perfectamente huero y no asciende a la atmósfera por el peso de las botas, del portamonedas, de la cadena y del reloj. Todo eso que llamáis derechas es, lisa y llanamente, la morralla. Antaño, tenía cierta tradición de elegancia, de decoro, de españolismo, de maneras sobrias y de gestos dignos y señoriles. Traía de fuera las ideas, los gustos, los coches, los cocineros y las institutrices. Hoy no importan ideas, sino, a lo sumo, impermeables cuando pasan tres días seguidos en Bayona. ¿No te parece, amigo mío?

Asiento a las palabras de Mariano José. Fumo otro cigarrillo para disipar la melancolía. Paseamos por el viejo cementerio. Aprovechando un descuido del guarda, salimos del camposanto. Paseamos en silencio por el Salón del Prado momentos después:

– ¡Aquí se respira "todavía" –me dice "Fígaro" – el perfume de la ingrata por la que me quite la vida!

Lindas mujeres pasean a nuestro lado. Un obrero vitorea a la República frente al Palace Hotel. Unos taberneros, gordos, borrachos y llenos de grasa y de pimiento, dicen elogios del gran muñidor electoral del Reino, señor conde de Santa Engracia, un mozo de mucho empaque y de más osadía que empaque todavía. Subimos Larra y yo al Ateneo por unas cartas. En la calle del Príncipe, los niños mauristas aplauden a Benavente:

– ¡Pelele! – oigo decir a Larra con voz baja.

Apesta la calle de cosmético. Noticias contradictorias. Un diarista nos dice en la Puerta del Sol que el triunfo de Besteiro está descontado. Hay inusitada animación en la plazoleta castiza. Descendemos por la calle de Alcalá. En la Casa del Pueblo, hay un enjambre de gentes demandando noticias de las votaciones parciales de los colegios.

Anochece.

– Se me hace tarde –me dice "Fígaro"–. Y el caso es que tengo que saltar las tapias para tornar a mi nicho.

Dice, se emboza la capa, me despide gentilmente, y minutos después se pierde y confunde su silueta con las de los "pollos bien" que vienen de dejar tarjeta en casa del acuarelista mallorquín de las visiones crepusculares.

La Publicidad (03-03-1918)

Mi tatarabuelo

Esta mañana, mientras leía en mi despacho un estudio de Carducci sobre el Dante y pensaba en la Beatriz Portinari de nuestros sueños, recibí la visita de mi tatarabuelo paterno. Mi tatarabuelo fue aquel recio humanista y poeta salmantino, Francisco Sánchez Barbero, censor de los teatros y bibliotecario de San Isidro, de Madrid. Por insultar a Fernando VII, perdió todos sus cargos. En Pamplona los franceses le condenaron a muerte. Logró escapar y apareció, meses después, en Cádiz, publicando aquella gaceta llamada "El Censor"[235] que propagó en España las primeras ideas revolucionarias y liberales. A la vuelta de Fernando VII, fue condenado a cadena temporal en el presidio de Melilla con Martínez de la Rosa, Maiquez el cómico y otros amigos suyos. En el presidio murió, lleno de juventud y de tristeza el año 1819.

El abuelo Paco vestía, naturalmente, de presidiario. Traía unos zapatorros de munición, una chaqueta gris de pana y el consabido gorrito. Con la familiaridad que da el parentesco, se sentó a mi vera, desde luego. Y me preguntó por las cosas de España en los 99 años transcurridos.

Le digo, en síntesis, lo que más podía interesarle. El abuelo Paco me miraba de hito en hito, sin pestañear. Oía y una tristeza dulce se apoderaba de su semblante rudo, moreno y gañanesco. Al fin, me dijo lentamente;

– Por lo que veo, esto anda lo mismo o peor todavía que el día de mi muerte. Todo el siglo XIX ha sido estéril para España. La revolución del 68 fue una linda comedia, en la que no intervino el pueblo. El golpe de Sagunto dejó las cosas peor de lo que estaban. La pérdida de las colonias tampoco ha logrado haceros más discretos. De los hombres del 98, "Azorín" se sostiene en Lacierva, y en último término, en la punta de los sables; a eso ha venido a parar su anarquismo de antaño. Benavente ha evolucionado de la sicalipsis al maurismo, fenómeno harto natural y muy explicable. A Unamuno no le hacen caso. Muertos Costa y Macías Picavea, por ahí anda ese Santiago Alba, echando la zancadilla a los santones y jefes de las partidas liberales. Y ahora ¿en qué pensáis?

Le digo que, realmente, no pensamos en nada. La gente oye a la Raquel Meller, o lo que tanto monta, a María Guerrero. Nos invade una ola de frivolidad y de memez. Somos insensibles y estamos como acorchados, No se vislumbra por ahí un ideal futuro que nos saque del marasmo.

– Oye –me dice el abuelo Paco–. ¿Es verdad que han elegido diputados a cuatro presidiarios?

– Sí

– Eso me ha contado Maiquez. ¿Y qué hicieron esos coitados?

– Pues dirigir una huelga.

– ¿Y por eso los condenaron?

– ¡Por eso!

– ¿Saldrán pronto del penal?

– Parece que sí, abuelo.

– Este síntoma no está mal. Hay, por lo visto, romanticismo en el pueblo. ¿Le molestará la salida del penal al biznieto de Fernando VII?

– Querido abuelito, andas en mantillas en achaques constitucionales. A los reyes no les molesta ni les satisface nada. Constitucionalmente, no gobiernan: reinan.

– ¡Sí, sí! ¿A otro can con ese hueso! Pues el bisabuelo era de otro temple.

– No digo que no, pero los tiempos han variado mucho. ¡Se acabó el absolutismo, abuelo!

– ¿Tú lo crees?

– Quiero creerlo. Verdad es que a veces pienso que todo es una farsa, porque el régimen de publicidad no aparece por ninguna parte. Todavía tenemos crisis orientales. No llegan al público los hilos de los muñecos que se mueven en las candilejas. Sabemos sólo lo que cuatro señores quieren que sepamos. ¿De modo…?

– Y las Cortes ¿funcionan?

– Cuando quieren los Gobiernos, abuelito. Las que acaban de nacer están amenazadas por un abogado de Murcia que se siente farruco.

– Pero los pueblos elegirán al que quieren ¿no?

[235] Creemos que se trata de un error de cajista y que, en realidad, Sánchez Rojas se refiere a *El Conciso*, periódico liberal impreso en Cádiz de cuya redacción formaba parte Francisco Sánchez Barbero.

– No seas cándido, abuelito. Las Cortes se fabrican como las pastas para sopa. Las tres cuartas partes del país son siempre ministeriales. Para todo buen español, el Estado es un asilo o un hospicio. Los gandules tienen su lista civil asegurada en los empleos púbicos. Pues tornando a eso de las Cortes, te diré que los caciques brotan por la sumisión borreguil de las masas. En cuanto sale un amo, hay ciento que se prestan a servirle de ayuda de cámara. Yo voy pensando que aquí el liberalismo tiene que ser antidemocrático, hasta que no haya demos, pueblo…

– ¡Nieto, nieto!

– ¡Lo que oyes, abuelo Paco, lo que oyes! El sufragio universal, por ejemplo, es la victoria de la incultura y del alcohol. Los que disponen de votos son, no los intelectuales, sino los taberneros. A Maura le han hecho ahora diputado en Madrid los colmados y garitos de menor circulación. Los pueblos se han vendido al mejor postor. En el tuyo, abuelito, en Moríñigo, al lado de Peñaranda, compró todo el censo el maurista en unos miles de pesetas; el liberal no obtuvo un solo sufragio. Y lo que veas en Frades, verás en todos los lugares. Las izquierdas, apoyadas en la ciudad, han sucumbido a manos de los zafios lugareños del campo, manejados por el cura y por el boticario. ¡El parlamentarismo va de capa caída, abuelo!

– ¡Pero las gacetas secundarán las ideas generosas del país!

– ¡Iluso! Mira; ayer ha publicado "El Sol" una información terrible. Los alemanes se dedican indudablemente a hacernos regocijada la vida con desmanes sindicalistas. Las denuncias eran concretas; los documentos los insertaba "El Sol" en facsímiles fotográficos. Por dignidad todos los periódicos debieran ayudar a su colega. ¡Que si quieres! Hoy lamentan el percance de la denuncia y el órgano de la incultura nacional, "ABC", afirma que no pueden ser verdad tales denuncias porque hay un marqués de Polavieja[236] que cuando hace campañas no piensa más que en el interés supremo de la patria, como si un marqués pudiera tener un concepto de la patria y del interés. ¡Un puro asquito la prensa, abuelito mío!

Como buen doceañista el abuelo Paco, como amigo de los árcades bobos de aquella estéril escuela salmantina de fines del siglo XVIII y de los albores del XIX, se deja seducir por las frases teatrales y de aparato. Le salva el hecho de haber convertido la retórica en substancia y de haber muerto en un presidio, en lugar de haber estallado de una indigestión en una poltrona ministerial, como le pasó luego a su tocayo y amigote don Francisco Martínez de la Rosa, que del presidio pasó a la Presidencia del Consejo de ministros. No puedo entenderme con el abuelito Paco. Y el caso es que le quiero bien, pero su liberalismo es retórica.

Y pienso, cuando me despide el hombre para volver a Melilla, que en las elecciones pasadas, ha muerto eso, el "flatus vocis", y, que, en cambio, la gente ha votado por instinto a los que conceptúa hombres de acción y separados de la farándula. Melquiades ha pagado un error, del que se corrigió en agosto, pero lo ha pagado. Lerroux ha conocido la derrota por sus excesos gubernamentales al frente de un partido que necesita nutrirse, para vivir, del Ayuntamiento de Barcelona. Los intelectuales han perecido a mano airada porque han vivido dentro de una torre de marfil, sin llenarse los pantalones del fango de la calle. En cambio Prieto en Vizcaya, Marcelino Domingo en Cataluña y Besteiro, Anguiano, Saborit y Largo Caballero en Madrid, Valencia, Asturias y Barcelona respectivamente, han encontrado compensación a sus persecuciones. ¡Único consuelo que nos queda, después de todo, de la jornada del domingo!

La Publicidad (14-03-1918)

La ciudad y el ruralismo

¡Ay, lector! Los médicos me han recomendado reposo, apartamiento temporal de quehaceres mentales, tute en el casino, campo, aire de pinares, leche tibia y mantecosa recién ordeñadita. Y me levanto temprano. Y en la tertulia me nutren el espíritu con los optimismos de Salaverría el gastrálgico, con los mazacotes de prosa de don Torcuato, el Cid Campeador de la honradez, con las regocijadas y pintorescas elucubraciones de Armando Guerra. Y a veces paseo por las

[236] El Marquesado de Polavieja es un título nobiliario pontificio creado por el papa León XIII a favor de Camilo García de Polavieja y del Castillo-Negrete, quien recibió autorización para su uso en España por la regente María Cristina de Habsburgo-Lorena. Camilo García de Polavieja fue gobernador general de Cuba (1890 – 1896) y capitán general de Filipinas (1896 – 1898).

orillas del Tormes, o a campo traviesa, o bien sobre la verde alfombra de los dulces prados, donde, a la sombra de los negrillos, platicaba de amor Garcilaso con aquella Isabel de Freyre, dama de los Duques de Alba. Y en estos remansos, lejos de Maura, lejos del Congreso, lejos de los papeles públicos "que dañan el intelecto" –como ha dicho muy bien predicando esta tarde en la novena Fr. Clemente– el ánimo se reposa en la Naturaleza, y de ella se satura, y el corazón, desorientado, recobra nuevo vigor para los combates futuros…

Esta tarde me he desviado un poco de mi viejo camino, el que hollara dos veces, con sus sandalias, Teresa de Jesús, fundando palomares místicos por estas altiplanicies. He llegado a un monte, donde se cobija gratamente un pueblecillo, y he entrado en él. Junto a la charca, en la plazoleta que forma la iglesia con la alhóndiga, he platicado largo y tendido con el tío Juan Pedro, el cacique del lugar:

– ¿Cómo van estos Madriles? –me ha preguntado el hombre, advirtiendo la palidez y demacración de mi rostro, sonriendo burlonamente.

– ¡Así, así, tío Juan Pedro!

– Pues usté no viene muy galano de la villa y Corte, conche. No atan, conche, con longaniza a los perros en los Madriles

– ¡No les atan, tío Juan Pedro, no les atan! Y… ¿por aquí? ¿La parienta y los críos, todos buenos?

– Lucíos y gordos como el mesmo sol de lo que relumbran. Por acá tuvimos eliciones. Ya sabrá usté, porque los trujeron esos papeles en los que anda metío, que saquemos deputao a don Fernando. Sus perras le costó como es cabal. A quince duros el voto ¡Y está tan malo el año! Contra don Fernando se puso otro, que nos trujo el señorito Pepe y que era mucho del señorito Pepe, un tal Povar, o Pover, o como demoches se diga ("Ricardo Power, albista") que también se trujo su buena ristra de moneas. Pero como don Fernando es de aquí, y le ha conocío uno como quien dice mamando, tie uno, aunque necesitao, sus querencias y se lo hemos hecho más barato pa que no digan.

– ¿Tuvieron ustedes aquí luchas, tío Juan Pedro?

– ¡Lucha, lucha! ¡Y que daos son ustés a voquibles! Vino el Pover con don Pepe, y ofreció doce duros, que son siempre doce duros, pero aluego llegó don Fernando a quince por barba. ¿Me paece que no era pa dudar, c…!

– Hombre ¿y vender el voto así, sin más ni más?

– Eso decía también el defunto de su padre, que Dios haya en su santa gloria. ¿Qué más nos da el uno que el otro? El caso es que paguen que es en definitiva lo que dejan. Porque –a mano lo tié usté, a su vera– ahí está la charca del pueblo sin cegar, y la escuela hecha una pocilga mejorando lo presente, y las rentas por las nubes que las suben tós los años, y las mujeres ca día más tontas, y las mozas que esta saya nueva, y los hijos que dos pesetas pa la romería y pa la merendola, y los tíos de la contrebución que no perdona ni a su padre. ¡Menudos enjuagues que harán ellos con los Menistros y con los Deputaos pa las repartiduras! Y a más, que nunca falta una dolencia en casa, y los boticarios han inventao ahora esos específicos de mil demonches pa cobrar cuartos, que son jarabe que da nauseas mesmamente como lo otro... ¡Vender, vender! Se vende lo que está pa la venta y se compra lo que a uno le hace falta. El voto pa na nos sirve y los cuartos nos sacan del atollo. ¡Total, pa na! Ellos a charlar de bobás que no le importan a uno, y tú, a las cuatro, con la helá, picando al "Generoso" y al "Gallardo", surco arriba, surco abajo, mientras ellos y ustés, y ustés y ellos, bien mullíos, holgacianean en la cama, escribiendo papeles que no nos sirven más que pa envolver.

– ¡Bueno, tío Juan Pedro! Quedamos en que usted no es ciudadano. ¡Si lo supiera Unamuno!

– ¡Don Unamuno, don Unamuno! ¡Otro que tal baila! Yo le vi en la ciudá por la feria, en la Plaza, con un sombrero raro y una garrota. El secretario dice que es mu leío y escribío don Unamuno. Ahora anduvo, en eso de los votos. Y pa na le ha servio to ello. ¿Dónde iba a ponerse con el señorito Isidro? ¿Que tié estrución? ¿Y qué? El secretario dice que anda a mal andar con el Rey y los Menistros, y que le quitaron de Retor, y un hombre así está pa pedir él, pero no pa sonsacar votos a nadie.

– ¡No es usted unamunista, tío Juan Pedro! ¿Qué les dijo don Fernando?

– ¡Decir, decir! Hombre de pocas palabras es, mu sentao y a lo suyo va por la vereda sin andarse con atajos. No me importa lo que piensa don Fernando. Pues sí: ¡que mos lo va a decir a mí o a usté! Los pensares de los hombres son recónditos como dice el señor cura, la verdad anda por drento y no hay puerta que la abra. ¡Pensares, pensares! ¿Qué más dá? Haya o no haya

Congreso, habrá hombres. Y en hubiendo hombres, los habrá de tos los pelajes. Y en hubiendolos de tos los pelajes, los malos tirarán de los buenos y los buenos tirarán de los malos. Y con ese tira y afloja, na andará por lo derecho, y tú, gañán, si viene mala cosecha, tendrás pelá la panera, y tú, zapatero, si la gente se calza con abarcas, te comerás los codos de hambre. ¡Estos señoritos, estos señoritos!

Tío Juan Pedro se ríe de los señoritos. Luego me lleva a su casa, me regala una lonja de jamón sabroso, con pan moreno y bebemos vinillo de la tierra. "Esto mata las ideas" –me dice el cacique. ¡Ay! Es escéptico y cazurro mi buen gañán. Por su cerebro no ha pasado una idea ni por su corazón un sentimiento, pero sus manos, callosas de la ahijada y de la esteva, cuentan por los dedos monedas de cobre. Y él solo entiende de monedas, y él sirve de peso muerto a las conmociones espirituales que alguna vez agitan las ciudades populosas.

Me despido del tío Juan. Llego a la villa, bordeando la dulce ribera del Tormes, decorada de chopos y negrillos. En plena expansión primaveral, brotan las amapolas, y es más intenso el cobalto del cielo, y más blancas las sierras de Béjar que se recortan allá, al Sur, separando la meseta de la Mancha y de las Extremaduras.

Antes de cenar, la consabida vuelta del casino. Los jugadores de siempre, con las combinaciones de siempre, juegan a la ruleta. El intelectual del lugar empolla las exquisiteces de "Blanco y Negro" en un rincón del casino. En otro rincón, el Registrador, Paco, el juez municipal, "una fiera al dominó", y Manolo, el abogado, que me vence siempre a silogismos hablando de la guerra y que no cree grandemente en mis aptitudes literarias porque no conozco a Carlos Arniches ni me entusiasman grandemente las peroratas del gran vacuo Vázquez de Mella, comentan entusiasmados las andanzas del nuevo cañón que no ha podido profanar la gracia eterna y mimosa de París:

– ¡Son unos tíos! ¡Eso es entender la mecánica! ¡La ciencia, señores, la organización vale para todo, diga lo que quiera este! –afirma Manolo.

– La guerra está ganada por Alemania –agrega el Registrador.

Y aquí había dejado este artículo cuando anoche, de vuelta a los Madriles, encuentro en la Puerta del Sol a unos señoritos que acompañaban a Jacinto Benavente, el diputado maurista.

– ¿Hemos avanzado? –decía uno a gritos.

– Sí, setenta kilómetros –respondió el Mefistófeles del Gato Negro.

Y pienso que estos pueblos y estas villas, y que estos focos de señoritos que avanzan, son el peso muerto que atolla el espíritu ciudadano. Pero se cuentan por miles de miles. Y al margen de la vida, unos cuantos chiflados, muy pocos, inventan unas entelequias sin raíz alguna en la realidad social.

Y el carro se atasca y no sale de los baches.

Y los caciques, y los señoritos de las villas, y los de Madrid que son también "aldea", no sienten en su corazón el dolor de España ni la conciencia de sus males.

La Publicidad (06-04-1918)
El Progreso (*Santa Cruz de Tenerife*) (24-04-1918)

Idiosincrasia germanófila

Para Luis Araquistain

Un amigo mío, muy discreto y agudo, me refería hace poco que un alemán, al que trata mucho, se quejaba amargamente de la calidad de las gentes que defienden a su país en el nuestro y de lo toscamente que lo defienden. Los amigos que mentalmente estima este alemán de carne y hueso son todos aliados, y aquellos otros a los que ha desdeñado siempre, se distinguen por sus preferencias hacia los Imperios centrales. Y el alemán reconocía, en efecto, que muchas de las cosas que defienden nuestros germanófilos, no se atreven, ellos, los alemanes, a defenderlas.

Un germanófilo de los nuestros es, en efecto, cien mil veces más exagerado, fanático, tosco e incondicional en su admiración que un alemán. A mí, al principio, me irritaban y cargaban las polémicas que necesariamente me salían al paso en la vida corriente, pero ahora ya no discuto con ellos, ni me irritan; al contrario, tengo para con los germanófilos una piadosa indulgencia y me producen la honda piedad que me causa siempre la presencia de lo fatal y

de lo inevitable. Nace uno germanófilo como puede nacer cojo o jorobado. Hay taras en el cuerpo como hay taras en el espíritu y persisten a lo largo de nuestra vida. La germanofilia es, entre nosotros, lisa y llanamente una tara mental. Hay hombres que no pueden concebir ideas y estos pertenecen a la primera categoría de nuestros germanófilos. La segunda está formada por aquellos que, aun discurriendo un poquitín, carecen del sentido del matiz y son toscos y groseros en sus elucubraciones; por eso son germanófilos a ultranza los eruditos, los curas, los notarios y otros seres de escasa espiritualidad. Los germanófilos de la tercera categoría –y son legión entre nosotros– son aquellos que tienden inevitablemente al confusionismo por pereza del intelecto y que confunden la semilla de las cosas con la capa protectora que les encubre. Se trata de un caso de pereza mental, y aprendido un clisé, ya no pueden soltarle en el resto de su existencia. Ellos forman la clientela de admiradores de Salaverria. Sus temas favoritos son: que la guerra es comercial, que Inglaterra es pérfida, que la neutralidad es un gran bien para nuestro país y Pradera[237], el diputado troglodita, el mejor y más elocuente de nuestros oradores parlamentarios.

El germanófilo no discurre de mala fe. Por la razón doble de que no discurre y de que la mala fe supone una calidad mental que él no puede poseer en absoluto. La cosa viva y concreta se le escapa; él no sabe más que de abstracciones, de chirimbolos lógicos y de escarceos puramente verbales cuyo valor estriban para él en la universalidad de su prestigio entre los tontos. He observado que los estudiosos de cosas objetivas son aliados y que caen hacia el imperialismo los que se nutren de cosas abstractas y problemáticas. Los estudiantes de medicina, los de ingenieros, los de ciencias, son aliados, mientras que sus compañeros, los de derecho, son germanófilos, demostrándonos además con silogismos que deben serlo. Se les escapa el matiz invariablemente. No aciertan a comprender, como no lo comprendía días pasados en el Congreso ese señor Pradera que se paga los elogios de los periódicos a tanto la línea, que, por debajo de toda cuestión política, hay una cuestión sentimental. La rigidez, el acartonamiento, la uniformidad intelectuales de estas gentes les hace trogloditas de nacimiento. La ciencia para ellos es lo incomprensible. Y admiran el cañón de largo alcance, y creen, aunque no lo digan, que hay trampa en el gramófono y que canta una voz invisible dentro del tubo de la caja.

Germanófilos son también los prácticos, desde los puramente candorosos a los cínicamente calculadores. Las cosas valen, para ellos, por su frialdad y el intento por el éxito de su realización. El que da primero da dos veces, las gentes se mueven por un interés puramente económico y la importancia de las ciencias se mide por la utilidad de sus aplicaciones a los menesteres de la vida inmediata. Para estos, como para el Canciller alemán, los compromisos son pedazos de papel, los ideales son pura palabrería y el éxito inmediato de las cosas no debe supeditarse jamás a un éxito más remoto y de mayor eficacia. Estos materialistas son germanófilos por los morteros del 42, por los submarinos, por el cañón de largo alcance y por el 606. Ayunos de piedad, incapaces de la menor emoción en su espíritu, están siempre al lado del fuerte, y en su concepción elemental de patriotismo desean que las gentes se maten para que nuestro pueblo aparezca fuerte después de la contienda. En política interior son ciervistas y admiradores de Belmonte en la tauromaquia. Conciben el Estado organizado a lo militar y suponen, como Cierva, que ellos son cabos y que los demás pertenecemos al pelotón de los torpes. Son los de la terapéutica del palo. Estos trogloditas, tan feroces como los otros, eran los patriotas de Cuba y de Filipinas y los que piensan que el orden es el mantenimiento del desafuero organizado.

Muchas de nuestras gentes, que creen admirar a los aliados, son también trogloditas y germanófilos sin saberlo. En las discusiones de los cafés, es frecuente el tipo de francófilo que dice aborrecer a Inglaterra. Ese troglodita enmascarado es el peor de ellos. En la vida provinciana, es liberal y usurero al mismo tiempo, en la Corte, un manso cazurrito que cae por los comités de los partidos de la izquierda para convertirse, andando el tiempo, en concejal. El germanófilo de esta clase no estima la ética, porque su aplicación a la vida no produce grandes rendimientos y el de la estimación pública no vale la serie de sacrificios que supone. Pero este germanófilo dejará de serlo o lo será con más firmeza a medida que, a su juicio, se aleje o se aproxime la victoria de su causa. Causa que él estudia caseramente y en sus relaciones con nuestro pleito nacional. Hoy aborrece a Romanones porque "está lejos" y hace carantoñas, por si acaso, a los germanófilos. Es el único germanófilo reprobable.

[237] Juan Víctor Pradera y Larumbe (1872 – 1936). Político tradicionalista navarro, diputado a Cortes en varias legislaturas y partidario, durante la Primera Guerra Mundial, de la neutralidad española.

Los otros –¡pobrecitos!– padecen de una enfermedad de nacimiento y hay que hacerles, para que discurran, el rapado de la matriz mental. Es inútil incomodarse con ellos como hacía Unamuno el otro día con los estudiantes, con los estudiantes que acaban de dirigir un mensaje a Pradera impulsados por los profesores neos, porque se opone a los avances del nacionalismo, como si el nacionalismo pudiera ser atajado con discursos. Son unos enfermos estos germanófilos a secas. La germanofilia es una idiosincrasia adiposa, un temperamento como otro cualquiera, una infección espiritual para la que no conocemos tratamiento terapéutico adecuado. A priori, podemos afirmar de uno cualquiera si es germanófilo o no lo es. Basta con echárnoslo a la cara. Tiene ya su marca espiritual, o como dicen los labriegos de mi tierra, "su pinta". Dice palabras sonoras y os muele a tópicos. Os hablará en seguida y a todas horas de la patria. Y a estos que la llevan en los labios no les ha dolido nunca en el corazón. Se parecen a esos hombres que os hablan continuamente de la mujer amada. No son amadores, son solamente chulos.

La Publicidad (24-04-1918)

El Ejército y el Parlamento[238]

Pocas tardes ha, contestando el señor ministro de la Guerra, general Marina, a unas insinuaciones del diputado socialista Indalecio Prieto, afirmó que él, como tal ministro, era representante de los militares en el seno del Gabinete. La insinuación no fue rechazada por ningún representante del país. Ayer tronó a la misma aseveración el citado general y en la tarde del martes, otro militar, el señor conde de San Luis, miembro de la Comisión de contestación al discurso de la Corona, se creyó obligado, como oficial del Ejército, a rechazar afirmaciones que se hacían sobre el mismo. Esta coincidencia de expresión en varios militares requiere, ciertamente, ciertos comentarios acerca de la única representación posible que tienen los ministros y los diputados, sean o no sean militares, dentro del derecho constitucional moderno y de nuestra española constitución.

Un ministro ni representa ni puede representar el espíritu colectivo de sus subordinados. Ni el de Gracia y Justicia representa a los magistrados, obispos, canónigos, jueces, etc., ni el de Instrucción a los rectores, inspectores, profesores, maestros, ni el de Hacienda a los delegados, ni el de la Gobernación a los gobernadores.

Por afirmar eso que afirmaba la otra tarde el señor general Marina suspenden a cualquier estudiante en derecho político. Un ministro representa nada más y nada menos que a la totalidad del país, en nombre del cual actúe, uniendo su firma a la del Jefe del Estado, pudiendo darse el caso de tener que ir frente a sus subordinados si los intereses de estos pugnan con los generales de la nación. Realmente no estarían de más unos rudimentos de derecho público en los planes de estudios de las Academias. Porque hasta lo subalterno en un ministro es el despacho de los asuntos anejos a su departamento. Su papel, como tal ministro, es el de consejero en los asuntos todos sometidos a deliberación y ejecución de sus compañeros. Sin este consejo, sin esa intervención del ministro en la esfera de acción de los demás, el cargo ministerial sería lisa y llanamente burocrático, sometido al más ciego automatismo. El cargo de ministro es político precisamente por la universalidad de las cosas públicas que están sometidas a su imperio.

Estaba pues, en un error el señor general Marina cuando creía hablar la otra tarde en nombre y representación del Ejército. El Ejército, que es un brazo del Estado como otro cualquiera y como otro cualquiera sujeto y subordinado a él, no tiene más representación que la parlamentaria que la constitución otorga a los capitanes generales. Y hasta esta representación expresada así, sin limitaciones y cortapisas de todo linaje se nos antoja harto discutible. Porque todo lo que puede afirmarse es que los capitanes generales son senadores por derecho propio en cuanto son príncipes de la Milicia. Y eso es una cosa y otra muy distinta que representen al Ejército, en buena doctrina constitucional. Pues la naturaleza especialísima de los institutos armados les priva realmente de todo derecho corporativo, y el de petición que se concede a todos los ciudadanos. De modo que, mientras el Clero, la Magistratura, el Profesorado, pueden tener sus representantes y encauzar a través de ellos, sus aspiraciones colectivas en el seno de

[238] Artículo firmado como J.S.R.

las Cámaras, el Ejército tiene que callar, porque se trata de un cuerpo técnico, pero mecánicamente técnico, de cuya finalidad política, no es él, sino el Estado, el llamado a decir la última palabra. Véase como erró varias veces el señor general Marina al atribuirse una representación, que lejos de concederle, la niegan expresamente las leyes fundamentales del país.

En un error análogo incurría el comandante de caballería y diputado a Cortes, señor conde de San Luis, individuo de la Comisión de contestación al Mensaje de la Corona. Un diputado, por el hecho de ser tal diputado, deja de ser comandante, profesor, abogado, juez, médico, o lo que sea. Un senador tal vez pueda hacerlo; pero jamás un diputado, que no representa intereses de clase, sino generales del distrito que le trae, no como mandatario expreso suyo, sino como representante de la nación. No hay ni siquiera diputados de distritos, sino mediante ellos, para abarcar intereses más generales y complejos. De donde puede darse, naturalmente el caso que antes decíamos de los ministros, esto es, que siendo los diputados representantes de toda la nación, enviados a las Cortes por los electores de un distrito, tengan que oponerse a las exigencias de este porque chocan con intereses más altos. Lo que no puede hacerse, sin darse de cachetes con la Constitución y con el buen sentido, es tomar la defensa de una clase por el hecho de pertenecer a ella de puertas afuera, ya que de puertas adentros del salón de sesiones el diputado no es más que diputado, esto es, mandatario de un grupo de gentes con una orientación política determinada, a la que hay que sujetarse en todo caso.

Todos estos males se evitarían sencillamente con el estudio obligatorio del derecho político y parlamentario a los señores jefes y oficiales del Ejército español. Yo creo honradamente que de sus pecados últimos los libra bastante el candor con que han sido cometidos. Además se han encontrado con leguleyos del tipo de Cierva que han sancionado sus naturales errores dándoles una apariencia legal que estaban muy lejos de tener. Razones todas que explican, de paso, el éxito parlamentario de Indalecio Prieto al juzgar los actos de las Juntas de Defensa[239], sin la menor protesta de las Cámaras y con el asentimiento tácito o expreso de la mayor parte de los diputados.

Pecaron las Juntas porque nadie se encargó de mostrarles la ley. Ahora que se les impone el camino del silencio, de la esterilidad, debieran aprovechar el ocio, saturándose de espíritu ciudadano, para que torne la tranquilidad al ánimo de todos.

La Publicidad (28-04-1918)

Los verbos parlamentarios

En mi despacho aparece tío Julián; secretario de las Constituyentes del 69, diputado a Cortes por Salamanca y republicano unitario en la buena compañía de Eugenio García Ruiz. Viste levita y sombrero de copa; sus ojos negros, fríamente irónicos, se mueven de un lado para otro inquiriendo algo que no atreve a formular directamente; atusa su barbilla, espesa y negra, exquisitamente peinada, con sus dedos inquietos y nerviosos; fuma constantemente, y, de cuando en cuando, apoya su frente cansada en la diestra. Sánchez Ruano tiene cierta traza de sacristán. Su larga levita negra se me antoja una sotana recortada. Al fin, lentamente, con ademanes oratorios, como si interpelase al general Prim desde los bancos de la izquierda, me pregunta por los avances del socialismo.

– Pero "eso" ¿va siendo ya un partido formal?

– ¡Y tan formal, tío Julián! Tu republicanismo, el de hogaño, está llamado a desaparecer entre las masas por su falta de contenido espiritual y económico. De lo que fue una cosa accidental, una postura contra los abusos y calamidades de aquella buena señora que se llamó Isabel II, quiere hacerse una actitud permanente. Luego, no hay entusiasmo entre los caudillos. Ninguno de ellos cree en la eficacia de la revolución. Es un partido el vuestro de viejos

[239] Las Juntas de Defensa surgieron como organizaciones corporativas, formadas por oficiales del ejército español, en 1916. Fueron legalizadas de facto en junio de 1917, durante el reinado, de Alfonso XIII, y con su amparo actuaron como grupos de presión sobre el poder civil. Estas Juntas de Defensa de oficiales serían copiadas, inmediatamente, por las Clases de Tropa de segunda categoría (suboficiales, brigadas y sargentos) y de primera categoría (cabos y soldados) y podrían ser consideradas como el primer sindicato del ejército español.

reumáticos y de buenos chicos que aspiran a concejales. Juegan a los Comités como los chicos al foot-ball. Los catalanes…

– ¿Pero quedan todavía catalanes –federales, por supuesto– en las Cámaras?

– Sí; quedan. Tu unitarismo, querido tío, va de capa caída. Hay federales, y nacionalistas, y regionalistas, a pesar de tu folleto contra Pi y Margall. Por una paradoja muy curiosa, el republicanismo de hogaño, hijo del vuestro, es esencialmente burgués y esencialmente declamatorio. Abandonado el tema anticlerical, que tanto regocijaba a Sagasta que lo llamaba el cuento de la buena pipa, no se atreven a incluir en su programa modificaciones económicas radicales que den al traste con la contextura de nuestro Código Civil y hasta de nuestra Constitución. El mundo marcha, querido tío, y hemos abandonado vuestras trincheras para defender las del socialismo.

– ¡Error insigne, falta de táctica notoria, profunda equivocación la vuestra, querido sobrino! Así vais a un despeñadero sin salida, como yo les decía a los federales en 1869. El socialismo no es un fin, sino un medio, y como es un medio para el logro de aspiraciones de carácter económico...

– Permíteme que te interrumpa antes de seguir. Yo soy individualista, y por serlo, me voy al socialismo para militar en él. No interrumpas, escucha. Yo creo que el Estado es un organismo nacido para realizar finalidades humanas, para consagrar derechos ciudadanos. Lo concibo no como tú, como una máquina abstracta, unitaria y centralista, sino como una cooperación general de ciudadanos, voluntaria y libre, que ha de afirmar, ante todo y sobre todo, la plenitud de derechos ciudadanos en cada español. Dicho de otra manera; el individuo no es para el Estado, sino el Estado para el individuo, para el hombre. Así, pues, para lograr esta cooperación de un Estado pleno, yo me hago socialista, a reserva, es claro, de volver a mi postura individualista, el día que el socialismo se convierta en un instrumento de Gobierno.

– ¡Ah! ¿eres comunista, tal vez? ¿No crees en el origen sagrado de la propiedad? ¿Pretendes –ciego de ti– lograr tu autonomía cabal borrando y suprimiendo los derechos civiles que te la hacen intangible?

– Tal vez sí, tal vez no. La cosa es muy larga de explicar. Desde el 72, en que desapareciste de este mundo hasta la fecha, han pasado cuarenta y seis años, querido tío. Las palabras han cambiado de sentido, y lo que tú dices con una significación concreta, yo lo escucho con una orientación bien distinta. Y como no es cosa de reñir, y tú en el Purgatorio debes aburrirte bastante en la compañía de tus buenos amigos los jesuitas ¿quieres que demos una vuelta por la Carrera de San Jerónimo hasta el Congreso?

Acepta y vamos a la Cámara popular. En los pasillos ya no conoce a nadie el buen tío. Subimos a la tribuna de ex diputados y contemplamos el salón de sesiones. En la cabecera del banco azul está sentado el señor Maura apoyado indolentemente en el bastón.

Tío Julián contempla tristemente los bancos de la izquierda; tampoco conoce a nadie:

– ¡Ahí –me dice señalando el asiento de Prieto– ahí me sentaba yo! Pero no veo a García Ruiz, ni a Sorní, ni al marqués de Sardoa!, ni a Pi, ni a Suñer, ni a Castelar. Cánovas y Juanito Valera tampoco andan por ahí. En los bancos de los carlistas no distingo a Aparisi y Guijarro. Voy a calarme las gafas para ver mejor.

– ¡Inútil medida, tío! Gente nueva que tú no conoces. Han muerto todos. De vuestra revoluncieja[240], queda la retórica, pero no el entusiasmo, ni la buena fe.

– Quién es ese señor que está dormido?

– ¡Nougués, Julián Nougués, tío! El republicanismo viejo hecho carne y sueño. Representa a Tarragona.

– ¿Y ese otro, calvo, nervioso, ágil, con un lacito de corbata, que se mueve como una ardilla?

– Marraco, de Zaragoza.

– ¿Y ese otro, de terno café, descuidadote, gordo, sonriente, escribiendo cartas, que charla con un viejecito de cabeza blanca y de gesto hosco?

– El del terno, Prieto, y el viejecito, Iglesias; los socialistas, los dos socialistas del Congreso.

– ¿Y están ahí mezclados con los republicanos?

– Sí; todo está revuelto y mezclado, querido tío. Porque los tuyos son tan burgueses como esos otros de la mayoría. Y lo más triste es que tienen que estar accidentalmente unidos ante el

[240] Así en el original, sin duda por *revolucionceja*.

peligro. Hay una cosa que se llama alianza de las izquierdas. La han hecho los republicanos, los socialistas, los reformistas...

– Los reformistas... eso ¿qué es?

– Es una postura académica, ateneística, que no es republicana del todo porque afirma la accidentalidad de las formas de Gobierno y que tampoco es monárquica enteramente porque en la Monarquía subsisten lo que ellos llaman los obstáculos tradicionales. Pero para borrarlos y para que el Rey les llame, le condicionan de antemano la adhesión. Ahora, de momento, republicanean.

– Dime, sobrino, ¿quiénes son los verbos de la Cámara?

– Hay muchos verbos. Los hay de léxico retorcido, de idea pobre y de gesto estupendo como ese Maura que tienes ahí puesto para retratarse a la cabecera del banco azul; los hay de una lata prolijidad y de una monotonía de calzada de Castilla como Cierva; los hay de gran flexibilidad, sencillez y elegancia como Prieto, el terno café que te ha molestado tanto, tío, en tus preocupaciones pseudo-aristocráticas; los hay...

– ¿Y qué se discute hoy? ¿La Constitución?

– ¡No, hombre, no! Nuestros políticos ya no discuten la Constitución; se la tragan buenamente de cuando en cuando. Hablan de reformas militares.

– ¿Sigue siendo el Ejército vivero y escuela de la Libertad?

– No. Lo que sigue es pronunciándose como en tus buenos tiempos.

– ¿Contra el nieto de Isabel?

– ¡Ni eso! Contra los políticos.

– ¿Tan mal lo hacen?

– Muy mal, pero es el caso que los militares han gobernado en la sombra cinco meses y lo han hecho mucho peor.

– Ya se lo dije yo a Prim muchas veces. "Amigo don Juan; la sociedad no es un cuartel. Los ciudadanos no son cabos. Tienen ustedes resabios un poco peligrosos". ¿No te parece?

– Pues hay ahora otro Juan que ha dejado chiquito al otro. Juan La Cierva, ese caballerete de barba gris y barriga enorme, que tienes ahí, a tu izquierda, jugando con su bastón.

– ¿Es oficial de la guardia civil?

– Lo parece, pero no lo es. Es abogado.

– ¿Y qué ha hecho?

– Intentó actuar de dictador. Pudo con los sargentos, pero los oficiales de Correos le dieron una patada.

– ¡Hermosas oraciones habrán pronunciado mis amigos contra la dictadura!

– No han dicho palabra. Ahora están pendientes de una Amnistía. Cuando pase la Amnistía, tus correligionarios estarán pendientes de una carretera. No hay cuidado: son mansos de corazón. Yo no espero estridencias más que de los socialistas. Los demás son muy parlamentarios.

– ¿Y eso te molesta, sobrino?

– ¡Ya lo creo! La calle no aparece por aquí. Harto estoy de gente correcta y bien educada. No se pega nadie, no se insulta nadie. ¿Matarse hoy por la República o por don Carlos como en tus tiempos? Los tiempos han evolucionado; hoy se vive del ideal. El mundo marcha.

Tío Julián sale del salón un poco triste; ya no le conoce nadie. Desde lejos saluda a don Vicente Pérez, que tampoco le reconoce. Se detiene en la Biblioteca; allí pide el libro de Cañamaque[241] sobre los oradores de la Revolución. Le preguntan si tiene pase.

– ¡Soy ex diputado! –clama con voz tonante.

El empleado saluda. Pasamos al buffet y bebemos cerveza. Tío Julián me dice en voz baja, muy baja.

– Vuelvo al Purgatorio, sobrino. He perdido en media hora todas mis ilusiones de treinta y dos años. En septiembre del 68 tengo para mí que hicimos una solemne tontería. ¿No te parece?

La Publicidad (15-05-1918)

[241] Francisco Cañamaque y Jiménez (1851 – 1891), periodista, político, escritor e historiador español, autor, entre otros, del libro *Los oradores de 1869*.

El discurso del Ritz

Los que esperaban el discurso del señor La Cierva, sus explicaciones de los sucesos pasados, su gallardía personal y su independencia de criterio respecto a las costumbres públicas, se habrán sentido, seguramente, defraudados. El señor La Cierva es menos que un abogado, un rábula, y menos que un rábula todavía, un secretario de Ayuntamiento, con una visión menuda de las cosas. Lejos de encararse con la realidad, la escamotea; pero con tan torpe escamoteo, que las cartas saltan a la vista.

Leyendo atentamente el discurso pronunciado por el señor La Cierva, se percata uno pronto de que su estrategia es la misma de los calamares que, ante el miedo, sueltan la tinta, o la de los niños que cierran los ojos para que no les vean. Ante todo, nos produce la impresión de un hombre de otro planeta. No le importa comprometer a la propia Monarquía, de considerarla como un cieguecito que se tropiece por la acera, para darnos la sensación de que él es el único lazarillo posible. De asistente honorario y gratuito de los coroneles díscolos, de "condottiero" faccioso que vive al margen de las leyes, se trueca, no ya en defensor del derecho hollado, sino en cabo de vara encargado por el director del penal de castigar duramente a los reclusos remolones. La Cierva concibe el Poder como una coacción perpetua represora, no como una expansión de las libertades públicas. No le importa separar al ejército del pueblo con tal de erigirse en abogadillo de la familia militar. De lo ocurrido en España desde el 1º de junio, no dice una palabra. Sobre los sucesos de agosto no insiste demasiado porque siente acaso celos de la actuación de entonces del señor Sánchez Guerra. La vida política fecunda en innovación, en germen que ha dado lugar a la descomposición presente, arranca de la crisis de octubre, allí donde el picapleitos comenzó a cobrar sus minutas y a razonar sus alegatos.

Pero no descorre el telón ni un solo momento el señor La Cierva. Olvidándose de sus andanzas masónicas en Bolonia, de sus pinitos republicanos en la Diputación provincial de Murcia, de sus filigranas para convencer a los jurados en sus defensas criminales, afirma el pobre hombre que fue conservador desde sus veintiún años. ¡Qué juventud tan triste la del muchacho que se siente canovista cuando empieza a apuntarle el bozo! Cree el señor La Cierva en la amnesia de las gentes para que comulguen con una rueda de molino. Su caso en la política es el de todos los ambiciosos que han hecho un bufete al cobijo y a la sombra de las carteras ministeriales. Apenas asienta el pie en las huestes de Cánovas, primero, y en las de Maura más tarde, "coloca" a toda la familia como el más perfecto ganapán. En situación independiente, más tarde, de los distintos grupos conservadores, arranca con transacciones y componendas, la fundación de esa vergüenza que se llama la Universidad de Murcia y el nombramiento de senador vitalicio para un hermano suyo. Ni por un momento el señor La Cierva opone programas contra programas, sino apetitos en frente de otros apetitos. La importancia de su bufete arranca sencillamente de su primera actuación larga ministerial en 1909.

Su discurso, su alegato del Ritz es la obra de un pobre muñidor electoral metido por sorpresa a estadista de un pueblo dormido e inconsciente. Es la afirmación de su vesania, de su cobardía y hasta –lo diremos con su frase justa– de su cursilería espiritual. El hijo de Mula es un cursi irremediable. Le falta, como a la mayoría de los leguleyos, el sentido del matiz, además de la noción de la medida. Es un mentecato en el sentido recto del vocablo, es decir, un menguado y un mezquino. Después de censurar a Dato y a Maura, afirma solemnemente a sus amigos políticos que él no quebrantará jamás, y hoy menos que nunca, la vida de este Gobierno. No quiere comprometerse para nada. A Cambó no le dice cosa alguna acaso porque espera de él una carretera para su distrito, y con Besada, su enemigo personal de siempre, tampoco se atreve a medir sus armas, acaso porque tiene recomendado algún expediente de importancia en el ministerio de Hacienda. El juego es tan burdo, tan grosero, que bastaría este discurso para incapacitarle como gobernante si sus actos de julio de 1909 y de marzo del año corriente y moliente no hubieran pasado de todas las rayas.

Afirmó La Cierva ante sus amigos que hablaba entonces "ex toto corde"[242]. Pase la cursilería abogadesca de decir en latín lo que puede decirse bellamente en castellano. Pero como La Cierva carece de corazón, su cordialidad aparente fue la del chacal que se hace el dormido

[242] *De todo corazón*, en latín

esperando el acercamiento de la víctima. Los trogloditas, los señoritos bien, los usureros, los caciques, los curiales, toda la morralla conservadora de nuestra España ha tocado las campanas a vuelo con motivo de este discurso. No le ha faltado nada, ni el aplauso de los mediocres ni la adhesión del "ABC". Afortunadamente, como hasta los militares se van con los vencedores, a La Cierva no le queda más que la soledad y el llanto. La soledad del vicioso y el llanto del cocodrilo. Su tragedia es la tragedia de un bufón.

La Publicidad (27-05-1918)

El inexistente Dato

En el debate de los sucesos de agosto, que se está desarrollando en la Cámara Popular, entre algaradas y protestas ruidosas de los conservadores, se destaca, cada vez más, la figura parlamentaria de ese pobre señor ministro de Estado al que llamó Unamuno, con frase imperecedera, el inexistente Dato. Los trazos de la figura esta son, claro está, los de la insignificancia y los de la inexistencia. Pero tales trazos llegan a las cumbres de lo épico. No hay frase en sus labios que no sea huera, ni idea que no sea de una pobreza absoluta de contenido, ni actitud que deje de ser, a pesar de las apariencias externas, completamente melodramática. El señor Dato forma, con el señor marqués de Alhucemas, el estado mayor de nuestros políticos huecos. Por algo no son ambos, en la vida social, más que unos abogados en ejercicio, de los que creen que con el manejo del Alcubillo se resuelve todo.

Oyendo al señor Dato, nos cuesta trabajo creer que su figura sea de carne y hueso, que por sus venas corra sangre y que por su corazón haya pasado el huracán de las pasiones alguna vez. Se nos antoja un buen muñequillo relleno de estopa con un resorte del que tiran los diputados que se sientan en el banco de las comisiones, y que se mueve a gusto del que maneja los hilillos, que bien pudiera ser ese jándalo de Sánchez Guerra o ese apacible, taimado y gordo galleguito que conocemos con el nombre de González Besada. Pero hasta dentro de su insignificancia ideológica, este pobre diablo del señor Dato tiene sus recovecos y vueltas de señorito bien. Representante como es del Automóvil Club y de la Gran Peña en el banco azul, este hombre que odia las estridencias, y las frases gruesas, príncipe de la oquedad y presidente nato de todas las Juntas de Defensa que tácitamente forman los tontos en nuestro país, este pobre diablo del señor Dato, digo, malévolo y solapado. Con mayor inteligencia sería hasta un hombre peligroso. Con el repertorio de frases que posee hechas para ser recitadas ante un organillo, a los agrios compases de la Marcha de Cádiz, movería solamente a la compasión y a la risa, si el recuerdo de su actuación como gobernante no estuviese teñido de sangre, si durante ella el Gobierno, y con él, la nación, no hubieran perdido hasta la idea más remota de su propia dignidad.

Porque asusta pensar el daño que este muñeco de los ricitos ha inferido a nuestro pueblo desde 1914. La neutralidad, esa tontería de la neutralidad a ultranza, pase lo que pase y ocurra lo que ocurra, última fórmula de los automovilistas, rentistas y tresillistas que nutren el partido idóneo aplicada al derecho internacional, ha sido nuestro padrón de ignominia. Pabellón que ha cubierto todas las mercancías, a nombre de esa pobre neutralidad han asesinado a nuestros marinos, han torpedeado nuestros barcos mercantes, han hecho rechifla de nuestra soberanía, y dentro del Estado, se ha formado otro de alemanes y germanófilos que influyen en la Prensa, en el comercio, en la banca y hasta en la política. Lentamente, ante el miedo infantil del señor Dato y de su digno colega profesional el señor marqués de Alhucemas, España ha sido campo de espionaje, teatro de exploraciones y asilo de todo delincuente. Y con esa panacea se han querido curar todos nuestros males. Hasta en los sucesos de agosto, precipitados y provocados por la ausencia de autoridad en aquel Gobierno, Dato dejó que los alemanes creyesen que se trataba de un movimiento francófilo y en Francia que de una maniobra alemana. Pero enterados ambos pueblos de las diabólicas niñerías del entonces primer ministro, confundieron la sensibilidad moral de los gobernantes con la del pueblo español, y nuestra influencia, ya harto menguada en las cancillerías, se redujo completamente a cero.

Ante el debate de los sucesos de agosto, estos anarquistas idóneos han tratado de acallar la voz de las izquierdas, acudiendo al recurso del confusionismo y de la farsa. Da grima pensar que el señor Sánchez Guerra, del que se cuenta con todo fundamento que aplicó a las Juntas de Defensa las frases más obscenas de su repertorio de jándalo, sea, en este momento, el que quiere erigirse en defensor del Ejército al que nadie ha atacado. Porque se habla únicamente de hechos concretos de militares determinados, lo que no es lo mismo. Algunos de ellos tuvo

que rectificarlos el propio Gobierno. A Burguete, por ejemplo, se le destituyó del Gobierno militar de Asturias porque afirmó en sus bandos que yo leí y comenté horrorizado en Oviedo, que el movimiento de huelga era amparado por dinero extranjero, derramado abundantemente en la cuenca minera. El mismo señor Burguete dicen que afirmó pocos días después, en una junta de patronos celebrada en Gijón, que la cantidad que había entrado en Asturias era exactamente la de diez millones de pesetas. La acusación contra el general Souza, sustentada por Prieto, de haber elevado las faltas a la categoría de delitos, que habían de ser juzgados sumarísimamente "manu militari" está probada asimismo con la simple lectura de los bandos del entonces gobernador de Vizcaya. Las mentiras circuladas por el seráfico señor Dato y por su lugarteniente, merecen igualmente una condenación pública: Aquella leyenda de las tinajas y los colchones que ningún hombre de honor podía propalar; aquella no menos repugnante del descarrilamiento de Vizcaya, atribuida a los huelguistas; los infundios que circularon; las calumnias tramadas sistemáticamente contra las izquierdas... todo eso deshonra, sencillamente, a un gobernante. Hasta es preferible un cabo de vara como Cierva, que tiene la gallardía de su posición franca contra la ley. Pero este pobre señor Dato con sus acólitos, estos representantes del buen gusto y de la mala intención, estos cortesanos del Rey que en un pleito contra el País y la Corona se liarían la manta a la cabeza ahogando en sangre nuestras libertades públicas, deben ahora recibir en su frente la sanción pública de ineptitud, de su descoco y de su falta de delicadeza moral.

La sanción no puede borrarse, no se borrará, ante las oquedades de este pobre señor Dato que se doblega ante los rebeldes poderosos y que apalea a los débiles. Con esa sanción, acabará también su leyenda de amigo del pueblo, de sociólogo ilustre y de jurisconsulto moderno, lugar común consagrado en el "argot" del Parlamento. El señor Dato no es nada de eso. Sus aficiones de tresillista le aseguraron, al principio de su carrera política, un distrito de León, por el que jamás hizo cosa de provecho, atareado en bailar rigodones en las Embajadas. Y le ha llegado la mala tarde. Prieto ya le dio codillo, cuando las apuestas estaban más enredadas, y es muy posible que Marcelino Domingo, al refregarle por los sucios ricitos el respeto que aquél sintió por la inmunidad parlamentaria, le cante bola en una buena jugada de ley, contra la que no servirán de nada las trampas, ni los escamoteos.

La Publicidad (01-06-1918)

Horas de vacación[243]

Alemanes sospechosos

Y aquí, en la soledad y en el silencio de la ciudad agrícola, donde no quisiera oír hablar de nada, donde me placería vegetar, observo que unos alemanes sospechosos vienen, van, permanecen unos días, escriben, trazan dibujos, levantan planos... ¿Qué se les había pedido [¿perdido?] a estos alemanes en Peñaranda? ¿A qué vienen? ¿Qué importancia estratégica tiene la ciudad? ¿Qué buscan estos hombres que han formado un Estado dentro del nuestro, una policía en medio de nuestra policía, con organización perfecta, con espionaje, con cuantiosos recursos económicos?

Yo he venido con uno de ellos en automóvil, desde Ávila. *Ce tipette*, con bigote de mijo, cortado al rape como un quinto del pelotón de los torpes, con un aire embrutecedor que da gracia, no hacía otra cosa sino dirigirme preguntas en todo el trayecto. ¿Aquel es un cebadal? ¿Se prepara buena cosecha? ¿Cómo se llama el pueblo donde paramos ahora? Le contestaba arbitrariamente y le daba datos perfectamente falsos que apuntaba concienzudamente en su *carnet*. Dos o tres veces se inició la conversación sobre la guerra. Me despaché a mi gusto sobre los asesinatos de nuestros marinos. Observaba que aquel buen hombre no tenía libertad de acción y que viajaba por algún motivo inconfesable. Dos alemanes más han estado estos días en la ciudad inventando pretextos que nadie les preguntaba para justificar su estancia, paseando por los alrededores, actuando de comadres y de porteras. ¿A qué han venido esos hombres? ¿Qué quieren, qué buscan aquí?

[243] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido también publicado en *Iberia* (O.C. Tomo III, página 296).

¡Que me echen de comer!

Este es un señorito bien, ignorante, bobo, simplista como un cura de misa y olla, ciervista, admirador de Maura partidario del palo. Si él fuese Presidente del Consejo una hora –nos dice– arreglaría la nación fusilando a todo el mundo. Nos preguntamos el arreglo que pueda caber en una nación llena de cadáveres. Ahora, este señorito bien tiene la pretensión de que nos solacemos, a la hora del chocolate, con la bizarra prosa de *Armando Guerra*. Naturalmente, le enviamos de paseo. Pendiente está de la ofensiva. De esta vez, Calais y París caerán en poder de los suyos.

Es un tipo pintoresco el de este señorito germanófilo, ornamento de las reboticas y hazmereír de las damitas casaderas. Lleva una lista de las ricachonas, a las que pretende con arreglo a la cuantía de sus rentas, y a cada nuevo fracaso corre un número en el escalafón. Nadie puede negar, por ende, su fino instinto conservador. Pero su grave preocupación es la comida. A la una, a las ocho, fatalmente, con exactitud cronométrica, cuenta el mismo chiste:

– ¡Voy a que me echen de comer!

Yo me imagino un buey en la cuadra, gordo, apacible, tragón... *Armando Guerra*, con una criba en la mano, echa los granos de centeno en la paja. Al lado, en el corral, cantan los gallos bajo un sol de fuego. El señorito germanófilo, paciente, no se harta de mirar todo aquello.

Hay una evolución

Sí. Hay una evolución en el modo de pensar de estos pueblos de la meseta castellana, que antes eran bestialmente germanófilos y que ya van atenuando sus primitivos entusiasmos.

Cada vez más, por una ley psicológica que explicaré algún día, la gente se va dando cata por instinto de que el problema político interior es el mismo problema internacional, y los que se acuestan al lado de la libertad y la democracia comienzan a sospechar que Inglaterra, lejos de ser el símbolo de la tiranía, es la garantía de la libertad en el mundo. La anglofobia, sustentada con unas cuantas metáforas huecas de Vázquez de Mella, comienza a estar de capa caída en Castilla. Los que antes condicionaban sus amores a los aliados se han entregado a ellos ya sin reservas mentales ni sentimientos de ninguna clase.

El torpedeamiento de nuestros barcos, sobre los que el Gobierno guarda un silencio absolutamente vergonzoso, ha logrado despertar la modorra de la meseta, acuciando y espoleando su sensibilidad. Quince días hace que falto de Madrid, y en distintas conversaciones con estas gentes observo con alegría que el termómetro germanófilo está bajando rápidamente a cero. Los curas son los únicos que se mantienen como siempre, en este pacto que han celebrado con las huestes de Lutero. Ayer un fraile decía desde el púlpito, en Alba de Tormes, que los pobres aliados para vivir habían pedido el auxilio de los chinos. Y manoteaba, riendo la gracia. Mas en el público devoto hubo un silencio, bastante significativo, de protesta. Protesta que hubiera sido un aplauso cerrado, hace tres años.

El señor Dato no se entera

La primera y única vez que hablé con el actual ministro de Estado me produjo una impresión singular. Muy atento, muy correcto, muy atildado, daba la impresión de que se enteraba de las cosas al vuelo. Pero bien pronto me di cata de que era sólo en apariencia y que realmente no se enteraba de cosa alguna. Luego me dijeron que no quería enterarse.

No quiere enterarse, no, el señor ministro de Estado de cuanto ocurre a su alrededor. Las filigranas del espionaje alemán en nuestro suelo, que pasan ya de todas las rayas, no merecen la más pequeña atención del señor Dato. Y las denuncias que aparecen en los diarios son verdaderamente graves. Ayer es la información de *El Sol*, donde un sindicalista habla de los servicios hechos a la Embajada alemana y de las cantidades recibidas. Otro día, es Granado de Silos el que nos cuenta intimidades de la Prensa germanófila y de qué modo más descarado y abierto intervienen las presiones alemanas en la Prensa de nuestro País. Hoy es un antiguo confidente de los alemanes, el señor Tamarit, el que denuncia sin reparos que ha recibido cantidades del Consulado General de Alemania en Barcelona para ejercer en Francia actos de espionaje. Pero el señor Dato no se entera. Y no se entera cuando casi todas esas denuncias merecen los rigores del señor Fiscal para evitar sistemáticamente su circulación. En un pueblo bien organizado parecería lo natural que esos hechos se contrastasen para en el caso de ser exactos, perseguir a los denunciados, y para en el caso de ser falsos castigar y llevar a presidio a los denunciadores. Pero nada de esto acontece.

El lema del señor Dato, en esta y en todas las cuestiones, es el del silencio. El señor ministro de Estado sospecha que no dando el ambiente oficial a las denuncias, el país no se entera de

que existen. Nada sabemos de lo que pasa. El régimen de publicidad, natural en todos los pueblos constitucionales donde funciona un Parlamento, es en España perfectamente desusado. Ni del cambio de votos, a propósito de los continuos y escandalosos torpedeamientos de los barcos mercantes, sabemos una palabra. El caso del *Luisa*, por ejemplo, era de tan notoria gravedad que suponía nada menos que una agresión a nuestra bandera. Pues a la hora actual no sabemos qué explicaciones ha dado Alemania, ni siquiera si las ha dado. Y con esta panacea del silencio que lleva este seráfico señor Dato a las cuestiones internacionales, no conseguimos, de hecho, otra cosa que la falta de respeto y de estimación de los dos bandos beligerantes. De los alemanes, porque el régimen del silencio supone cobardía y la dilación en las reclamaciones vale tanto como el abandono definitivo. De los franceses, porque cabe perfectamente interpretar ese silencio, y esa falta de ambiente en las reclamaciones, como un maravilloso tacto de codos para quedar bien con todos, que es la manera más derecha y mejor para enemistarnos con todo el mundo.

A propósito de la detención de un teniente, realizada estos días pasados en Barcelona, hemos podido advertir que mientras la censura se ha ensañado con los periódicos francófilos y principalmente con *El Sol*, los de la acera de enfrente han podido, desde luego, amontonar detalles y más detalles sobre la detención, a fin de aminorar la responsabilidad de los encartados. «La cosa va resultando clara, demasiado clara, escribe *El Sol*, de ayer. Y de paso, nos va descubriendo la hilaza burda y grosera de esta pobre psicología alemana, que se denuncia torpemente a sí misma. Porque tan excesiva claridad, tan rico cúmulo de detalles, tal precipitación y celo en la defensa, suponen nada más y nada menos que la más evidente complicidad en esos manejos y filigranas del espionaje.

Pero el señor Dato no se entera de nada. Es un caso de pereza mental el del ministro de Estado que inspira realmente compasión. Tan ocupado está el ministro con la contestación que ha de dar a los diputados socialistas en el Congreso con ocasión de los sucesos de Agosto, que ha necesitado la presión de las Potencias aliadas para detener a un oficial español al que se le supone en relación con los marinos alemanes para torpedear nuestros barcos. Y como este caso concreto, hay cien mil. A propósito de los mismos sucesos de agosto, afirmó Prieto que en aquellos días no corrió por nuestro país más oro que el oro germanófilo. En efecto: los alemanes trataron a toda costa de paralizar por aquellos días las minas de Riotinto. Además, les importaba mucho una suspensión de la vida normal para dificultar los transportes, dificultad que solamente podía dañar a Francia. Pues los gobernantes, con afirmar en Francia que la huelga era germanófila y en Berlín que se trataba de una maniobra aliada, salieron tan ufanos del grave riesgo.

El señor Dato no se entera de tales cosas. Se imagina que callando, callando siempre por sistema, cumple mejor con su pobre neutralidad, neutralidad sin contenido y sin decoro. Sabido es que su ideal es que la paz se firme en Madrid y que a propósito de tan fausto acontecimiento deslumbremos a los plenipotenciarios con unos cuantos números de cupletistas y toreadores... Este pobre hombre hace más daño a España que los políticos más alocados y aturdidos. Con el silencio ha dado la sensación a Europa de que la autoridad está ausente de los Poderes Públicos y ha convertido, con su pasividad, a nuestro territorio en centro de los más viles corretajes.

Iberia (08-06-1918)

Liquidación de un debate

El debate de los sucesos de agosto está virtualmente terminado en nuestra Cámara popular. Las derivaciones posibles que puedan suscitarse ya no añadirán interés alguno político a las manifestaciones hechas por los dos bandos que han contendido en este pleito. Ni siquiera la proposición incidental encaminada a que el Gobierno haga declaraciones concretas sobre la inmunidad parlamentaria y dé seguridades para que no se repita el vergonzoso caso de Marcelino Domingo[244] dará juego en nuestros anales parlamentarios. El Presidente del Consejo

[244] Durante la huelga de agosto de 1917, Marcelino Domingo fue encarcelado y maltratado por los militares en Barcelona sin respetar su condición de diputado y la inmunidad parlamentaria de que gozaba. Se le acusaba de haber sido uno de los instigadores de la huelga. Influyó decisivamente a su detención la campaña antimilitarista que llevó a cabo desde el periódico *La Lucha*. Fue puesto en libertad en noviembre del mismo año.

de ministros sentará de nuevo la deliciosa teoría de que el Gobierno no puede tener opinión sobre el pretérito y lo retrospectivo, según su bizarro léxico de académico de la Española; Alba, Romanones y Alhucemas hurtarán el cuerpo ante el posible encontronazo, enterrando en una posición vergonzosa su vergonzante liberalismo palaciego y Dato, para salir del mal paso, acudirá a los tópicos patrioteros que tanto conmueven la sensibilidad del rebaño idóneo. ¡Y hasta otra!

El debate está ya, pues, terminado, las cuentas hechas y se impone, para que el articulista cierre estos artículos sobre los sucesos de agosto, un estudio detenido de la liquidación. A lo que se me alcanza, dos cosas quedan harto patentes y notorias, flotando sobre el escombro de cascote que se ha desprendido del muro, harto resquebrajado, de nuestras muy "venerandas" instituciones. La incapacidad del partido conservador para comprender todo movimiento social de protesta, que confunde torpemente con un simple motín de orden público, y el peligro cada vez más grave, de convertir a los militares en jueces, no ya sólo porque la misión del soldado no es naturalmente la de juzgar, sino porque la mentalidad de nuestros militares, bien ajena siempre a la serenidad y aliada siempre con el entusiasmo y con la bizarría, propende siempre a ver en cada encartado un reo y en todo detenido en verdadero delincuente.

El movimiento de agosto, revolucionario naturalmente porque tendía a cambiar un régimen de cosas vergonzoso y humillante, a romper el turno pacífico de los partidos, a fortalecer la solidaridad de los desamparados, a probar que el eje de la gobernación estaba roto desde el momento en que soplase un hálito de vitalidad en el país, no podía arreglarse con el palo, sino con un cambio de frente en el modo de enfilar sus orientaciones los gobernantes. No eran solamente socialistas ni republicanos los complicados en aquel movimiento. Desde el 1 de junio se subvirtieron –como ha dicho Sánchez de Toca– las esencias constitucionales. El ejército dio el primer paso sublevándose calladamente. Al primer rumor de espadas cayó del Poder el señor marqués de Alhucemas. Dato le substituyó para legalizar sencillamente las demandas anticonstitucionales del ejército. Pero abierta aquella brecha, o lo que es igual, reconocida por el Gobierno la razón que asistía a los militares en demandar una política distinta, lo natural y lo de sentido común hubiera sido convocar a las Cortes para resolver los problemas que salían al paso, mediante una reforma constitucional, si era preciso; en todo caso, dando al país la sensación de que acababan las camarillas y de que empezaba el régimen de publicidad. Pues no se hizo nada de esto. Cambó y los suyos –hoy ministros de una monarquía contra la que tronaban entonces– convocaron la Asamblea de Parlamentarios. Ninguna solución más hábil para restar autoridad al Gabinete. Las clases neutras que parecían conservadoras se trocaron en liberales, y ante el ejemplo de la familia militar, facilitaron y dieron aire al ambiente de franca protesta contra el régimen de privilegios, de corruptelas y de escándalos. Ni puede decirse tampoco que las gentes fueran contra el Rey, porque buen número de monárquicos se inscribieron entre los asambleístas de Cataluña. Llegó el 19 de julio. La opinión estaba tan harta que el menor chispazo hubiera producido el más formidable incendio revolucionario que se viera nunca en España. Pues no ocurrió cosa alguna. Sánchez Guerra calificaba de sediciosos, por un lado a los parlamentarios, y por otro lado se veía apurado para explicar la sedición, ya que el santo y seña del Gobierno consistía en cerrar los ojos a la realidad, afirmando que la Asamblea no se había constituido. Y surgen los preparativos de huelga. El Gobierno se aturde. Ante delaciones más o menos auténticas, el ministro de la Gobernación precipita los acontecimientos. Y pierde la cabeza. Y suspende periódicos. Y encarcela a millares de ciudadanos en toda España. Y dueño del telégrafo, miente, y miente, y miente, hablando de oro extranjero y de propósitos inconfesables en los huelguistas. Sería curiosa una enumeración de los bulos que circularon aquellos días. Y los militares, engañados por el Gobierno, creyendo en su psicología harto primitiva que ellos habían dado calor a un movimiento sedicioso dirigido desde fuera, cambiaron de procedimientos. Cuando se dieron cuenta de la añagaza, ya era muy tarde. El partido conservador celebró sus exequias, día por día, durante todo un novenario, y atascado en su propio lodo el carro de los partidos, hubo que acudir a todos ellos para formar un simulacro de gobierno.

Estos son los hechos, tan evidentes, que toda malicia y toda guapeza se quiebra contra ellos. Pero Dato, y con él Sánchez Guerra y demás acólitos, defendían sencillamente su prepotencia, amenazada, y su partido, hecho trizas como los otros, a pesar de su aparente cohesión. A los conservadores no les importaba el Rey, ni España, ni las reivindicaciones obreras, sino la continuación del viejo estado de cosas, porque ante la descomposición de las pandillas politiqueras, ellos quedaban amos del cotarro. Llegaron en su impudor a llamarse desde la "Gaceta" salva-

dores del país, adjudicando al entonces ministro de la Gobernación una Gran Cruz, con la cual estuvo a punto de ser crucificado por los mismos militares.

El juego se vio claro y el seráfico señor Dato naufragó entre las rechiflas de todo el mundo. Era el cacicato de Cabra, y el de Orense, y el de Murcia, y el de Palencia, lo que defendían aquellos gobernantes como perros de presa. Porque lo horrendo, lo verdaderamente horrendo de aquella represión, las represalias llevadas a cabo en los pueblos y ciudades de Castilla, de Aragón, de Galicia, donde no pasó nada, donde no se turbó ni un solo minuto el orden público, no se ha dicho todavía. Los caciquillos conservadores llevaban a la cárcel a sus adversarios políticos. Sin Prensa, Sánchez Guerra les ayudaba preparando unas elecciones generales a la sombra, seguro del decreto de disolución. Este hombre convirtió, pues, la represión en una caza electorera y al país entero en un arrabal de Córdoba. Y Dato, el mansísimo Dato, el neutralista, puesto que no ha tenido una palabra de condenación para el asesinato de tantos marinos españoles, dejaba obrar a su edecán, hasta que fue barrido de Palacio por la execración unánime de todas las fuerzas sociales. Y es hoy y será por algún tiempo el señor ministro de Estado el único peligro serio y el único obstáculo grave para la purificación de nuestras costumbres ciudadanas. Por la razón obvia de que, amo que no jefe de un partido, pensará todavía en combinaciones que le permitan actuar de árbitro y de tutor de los demás partidos políticos, en el Parlamento y fuera de él.

El hecho de convertir a los militares en jueces, se ha visto también que es un peligro gravísimo para la ciudadanía, peligro que no es imputable al ejército, sino al Gobierno que le utiliza, precisamente en los momentos en que la unidad de jurisdicciones se hace más necesaria. Los señores militares no son unos legistas... ni hace falta que lo sean. En estas mismas columnas hemos pedido nosotros recientemente que en los planes de las Academias se incluyan asignaturas con nociones, nada más que elementales, de la Constitución, de los Códigos ordinarios y del Derecho procesal común. De este modo, se hubieran evitado bandos como los de Vizcaya y de Asturias y las autoridades militares hubieran reconocido que su acción, lejos de ser discrecional, estaba regulada por las leyes. Porque las transgresiones de agosto que tan elocuentemente han analizado los diputados socialistas, no podrán achacarse a malicia, sino sencillamente a ignorancia. Claro está que el Gobierno era el llamado a fijar la atención de las autoridades delegadas, pero precisamente el interés del señor Dato y de sus cofrades estaba en lo contrario. Las Juntas de Defensa, que ya habían acabado con las distintas clientelas, no habían podido echar abajo la del partido conservador, que era, aparentemente al menos, la que daba una sensación de realidad. Y sembrando el confusionismo en todas partes, y el recelo –y si hubiera podido el desprestigio– contra el ejército, los conservadores hubieran hecho dos jugadas a la vez: cimentar su cohesión sobre el ejército e inutilizar a este, como energía purificadora, cuando hubiesen sido ellos solos la única fortaleza que se mantenía incólume ante tantas ruinas.

No da más de sí la liquidación del debate de los sucesos de agosto. Sin embargo, la revisión ha de continuar con el estudio de la actuación del señor Cierva durante cinco meses al frente del ministerio de la Guerra. Las izquierdas obrarían con torpeza si no daban la batida al conservadurismo hasta en sus últimas trincheras. Y más peligroso que un tresillista que hace retórica patriotera, es un abogado cauteloso y procaz que siente celos de Pancho Villa.

La Publicidad (15-06-1918)

De la inconsciencia a la abyección

Si ayer la palabra germanofilia era sinónima de mentecatez y pereza espirituales, prueba gráfica del épico furor cerril que se ha apoderado de las capas medias intelectuales del país, hoy esa palabra significa, ante todo y sobre todo, vileza y abyección. Porque hace falta carecer de sentido moral para llamarse amigo de los centrales, con las hazañas que de ellos estamos presenciando todos los días.

Actos de piratería, asesinatos de ciento dos marinos, torpedeamientos de setenta y tantos barcos mercantes, España convertida en un refugio del espionaje alemán, una Prensa encanallada y prostituida hasta la mansa esclavitud, campañas políticas tendenciosas en los sectores anarquistas y tradicionalistas, movidas por el oro de los boches... He aquí el cuadro de la neutralidad preconizada por la oquedad del señor Dato y el fruto que ha madurado a su sombra en nuestros eriales españoles.

La lectura de los periódicos españoles y extranjeros nos ofrece estos días un espectáculo singular. Hay algo verdaderamente grave en el mundo internacional que se quiere a toda costa que no llegue a conocimiento del público español. Se habla de una démarche [245]de los diplomáticos de la Entente cerca del ministro de Estado, se desmiente a renglón seguido, e inmediatamente después nos enteramos de que varias autoridades de marina han descubierto indicios de culpabilidad en varios españoles cuando fue torpedeado el Provence en aguas de Palamós.

Y luego sabemos que un alemán en Gijón ha sido sorprendido con cajas de gasolina para alimentar a los submarinos. Y a renglón seguido que funciona la telegrafía sin hilos, en Galicia, a lo largo de las rías bajas. Y que en Barcelona se ha descubierto un depósito de literatura clandestina anti izquierdista pagada por los alemanes. Y que la Jefatura Superior de Policía de Madrid ha suspendido el mitin de controversia en que un anarquista, Pascual, ex agente teutón, había de probar al público la efectiva intervención de las Embajadas centrales en la marcha de nuestra política interior.

Y cerrando el broche de tanta vergüenza, la advertencia, no por cortés menos dura, de los Estados Unidos a España, afirmando, lisa y llanamente, que «...se han concedido licencias para la exportación de aceite, algodón y gasolina, *aun cuando consta al Gobierno americano, por pruebas* indiscutibles, que alguna cantidad de esta irá a parar a los depósitos de submarinos españoles, que luego hunden, no solamente buques aliados, sino también barcos españoles hasta en aguas jurisdiccionales de España».

Si la dignidad de España ha de medirse por la de su Gobierno, es muy duro tener que confesar que componemos una verdadera taifa de granujas al por mayor. Con la teoría del seráfico señor Dato de no enterarse nunca de nada, se están inflingiendo [sic] terribles daños a nuestra soberanía, ya que los Poderes Públicos, con su vergonzosa pasividad, trabajan lo indecible para hacernos creer que somos, en efecto, un país mediatizado. Nada más elocuente estos días que la lectura de *El Parlamentario*[246].

Todos los días el valiente colega hace acusaciones concretas de espionaje alemán, y todos los días también la policía recoge los ejemplares así que salen de la imprenta. Pero no sabemos que los jueces procuren contrastar aquellas afirmaciones, para llevar a los culpables o a los falsos denunciadores a la cárcel. Y con ese sistema de denunciar porque sí, de denunciar automáticamente ese diario, nos hace creer que el celo fiscal parece demasiado excesivo para ser espontáneo y que la pasividad posterior de los jueces prueba algo, que si no obedece a influjos extraños, se le parece mucho.

Y todos los días, absolutamente todos los días, nos enteramos de los distintos matices del espionaje alemán en España.

Llevan una nota común: la de la tosquedad. El alemán ha sido siempre poco psicólogo. Su palanca para mover el mundo no varía nunca. Para él, todas las conciencias son comprables; depende todo de la cuantía de la venta.

Desde modestísimas gratificaciones metálicas de 25 pesetas, ofrecidas a los tipógrafos de las imprentas alemanas para que denuncien *a la superioridad* los compañeros tildados de germanofilia, hasta la venta en sendos miles de duros de la propiedad de varios diarios españoles –*España Nueva*, por ejemplo, es ya un papelucho alemán redactado en castellano–, se ensayan todas las castas y linajes de la corrupción. A infelices obreros muertos de hambre se les ha engañado ofreciéndoles cargos de empresas aliadas, y al traspasar nuestras fronteras han sido detenidos por espías, encontrándoseles documentación sospechosa que ellos creían perfectamente corriente y natural.

Francia, como es sabido, ha acordado no eximir a los aristócratas españoles del pasaporte, que no necesitaban antes, como es sabido, porque muchos caballeros de industria, escudados en un apolillado título de Castilla, iban a Francia a enterarse de la organización militar francesa, actuando aquí de criados de las Embajadas boches.

Y nadie ignora hoy en Madrid que el centro más fecundo de información para la hermosa y tristemente célebre Mata-Hari[247] fue Madrid, y que en Madrid coincidió la visita de Bolo, de

[245] Gestión

[246] Periódico madrileño que denunció en varias ocasiones la presencia y actuación de espías alemanes en España, junto con *El Sol* y *Época* y otros más que fueron denunciados y retirados sus ejemplares en más de una ocasión.

[247] Margaretha Geertruida Zelle (1876 –1917), más conocida como Mata Hari, fue una bailarina exótica, cortesana y espía al servicio de Alemania durante la Primera Guerra Mundial.

Maloy y de la guapísima bailarina holandesa con la creación de la *Prensa* bochera y con los conatos de agitación sindicalista.

No sabemos qué hará el Gobierno ante tanto lodo como se nos está pegando a la ropa. Y es hora de acabar con todo eso. Que si antes, repetimos, la germanofilia era una opinión irresponsable de todos los bellacos que andan sueltos por ahí, hoy vale tanto como una razonable sospecha de complicidad en delitos de lesa patria. Y está bien que se denuncie a los periódicos aliados, siempre que a renglón seguido se comprueben sus denuncias.

Iberia (22-06-1918)

La batida contra el espionaje

Realmente, no envidiamos al señor ministro de Estado su parto de los montes de una neutralidad absoluta, pase lo que pase y ocurra lo que ocurra. Porque han pasado y están pasando tantas cosas y tan enormes, porque se ha convertido España en un centro de espionaje de tal naturaleza, que a la placidez de las autoridades españolas han tenido que oponer los aliados una policía de su cuenta y riesgo que sirva de contrapeso eficaz a las maniobras de los alemanes. Y por el camino que llevan las cosas, yo espero que una escuadra aliada ha de proteger muy pronto, en aguas mediterráneas, la Marina mercante aliada y española que se arriesgue todavía a navegar por aquellas aguas, ya que a la salida de los puertos españoles precede casi siempre una escrupulosa información que manos criminales y bellacas han escrito para servicio de los que ya han hundido ochenta de nuestros barcos y asesinado a más de un centenar de compatriotas nuestros.

Las revelaciones de la Prensa aliada sobre las filigranas de todos los Brabo Portillo[248] más o menos encubiertos que medran en nuestro país, no son ni pueden ser una novedad para el Gobierno. Durante cinco meses, día por día, ha venido "El Parlamentario" denunciando las filigranas del espionaje alemán, con pelos y señales, sin que, una sola vez, los funcionarios judiciales hayan abierto información sobre los hechos denunciados. Y se ha dicho todo lo que se podía decir al respecto. Se ha dicho, por ejemplo, que en las oficinas de espionaje, que los alemanes tienen montadas en Barcelona, se entregan bombas y trapos incendiarios para volar los depósitos franceses de municiones. Se han probado los contactos entre Alemania y los sindicalistas españoles. Se ha iniciado, a raíz de las elecciones; una escisión entre la Prensa germanófila, a propósito de la inversión que han hecho de cierto dinero dedicado a las propagandas electorales varios candidatos amigos de Alemania. Se ha dicho, repetimos, cuanto se tenía que decir. Y bastaba conocer un poco la fisonomía normal de algunas capitales importantes, como Madrid, Barcelona, Bilbao, y La Coruña, para advertir a simple vista, y sin tener los ojos demasiado abiertos, que algo extraño fermentaba en los bajos fondos de su sociedad.

Y no de ahora, desde hace tiempo, que el mal es tan antiguo como la ceguera de nuestras autoridades. Croupiers y jugadores profesionales, policías y ex policías de mala nota, chulos de garito y escritores sin editor, artistas más o menos líricas y tenores más o menos afónicos, viven, medran, lucen y campan por sus respetos, arrastrando un tren de vida que no puede explicarse nadie satisfactoriamente. Y se les ve hoy en la Puerta del Sol, y mañana en las Ramblas, y pasado mañana tomando el fresco en la Gran Vía de Bilbao, sin que nadie acierte a explicarse tantos viajes y excursiones de recreo. Solamente en las grandes solemnidades aparece toda esta gente apiñada y confundida, escandalizando, por ejemplo, en el mitin de las izquierdas del año pasado en la Plaza de Toros, o aplaudiendo a Mella aquellas oquedades del teatro de la Zarzuela, donde daba verdaderamente pena ver confundida a la dama germanófila con la prostituta de rompe y rasga, o al buen cura de aldea con el guapo del barrio, que llevaba con su garrote el compás de las sonoridades vacías del orador carlista. Y luego esta gente se dispersa, y cae, como un foco de langosta, sobre los puntos más remotos y distantes de España. Y corre el vino, y la voz aguardentosa canta amores de mancebía, y por las fondas y los hoteles asoma el parvenu grotesco alhajado hasta los dientes y la dama de industria que pide champagne al chocolate. Y el insecto levanta su vuelo. Y al día siguiente, a la semana siguiente, se ha hundido un nuevo

[248] Manuel Brabo Portillo (1876 – 1919). Sanguinario policía, espía y "revienta huelgas" que actuó, con total impunidad, en Barcelona durante los años de la I Guerra Mundial. En 1919 fue abatido por un grupo de acción anarquista.

barco, ha caído un español en la frontera en manos de la policía francesa, se ha publicado un periodiquito nuevo en papel couché o ha aparecido una estación radiotelegráfica en una aldea manchega, andaluza o castellana.

Y como nuestros germanófilos han llegado ya a los últimos grados de abyección y vileza, esa plaga de espías encuentra ambiente apropiado para sus filigranas en cualquiera parte. Más grave que la responsabilidad concreta de los espías es la de este pobre pueblo que tolera, ampara y encubre tales manejos, escudado en su honda memez troglodítica. No se puede medir actualmente la inconsciencia de ciertas gentes, gracias a las cuales son posibles tales atentados contra nuestra soberanía. Desde el senador idóneo que al hablar del Káiser se descubre llamándole el emperador de Europa –yo pudiera citar un caso concreto de un majadero senador que va con tales simplezas a los círculos–, hasta el cura de misa y olla que reza en la parroquia un padrenuestro por la victoria de Alemania –también pudiera citar otro caso–, esta fauna, que antes se me antojaba divertida y regocijada, nos está hundiendo en un bache de cieno. Y seguiremos callándonos cada vez más, que los alemanes nos tratan como a un país conquistado. Hay que ver en Alcalá, como yo vi este año, el domingo de Carnaval, la actitud de los internados en un baile, para comprender de que son capaces estos queridos y amables amigos nuestros. Aquellas groserías fueron sin embargo, amparadas entre algunos elementos, convirtiendo en cuestión política lo que era simplemente un postulado de buena crianza y de hidalguía.

Pero... ¿qué vamos a esperar? Reciente está la tinta con que el embajador de Alemania ha ordenado a sus subordinados, en una circular, que denuncien la circulación de un cartel dónde se cuenta el número de nuestros barcos torpedeados, porque se trata de "algo ofensivo" para Alemania. ¿Y no es más ofensivo el torpedeo? ¿Y el Gobierno no le dijo eso al señor príncipe de Ratibor[249] cuando le fue con semejante embajada? ¿Y el Gobierno tolera pacientemente que los cónsules alemanes vengan aquí a substituir el celo del Ministerio fiscal en las propagandas que a ellos les parecen peligrosas? ¿Y el Gobierno, finalmente se complace en doblar el espinazo a los que nos escarnecen y nos han escarnecido sistemáticamente desde que comenzó la guerra?

En esta batida contra el espionaje que ahora empieza, nosotros, los escritores aliados, tenemos un deber que cumplir. En adelante, procuremos dejar los temas de elucubración teórica por otros más llanos y caseros, denunciando, cada uno, lo que advierta de anormal en la vida pública de nuestro país con relación al espionaje. Yo he advertido, por mi parte, que buena parte de la Prensa germanófila está, lisa y llanamente, prostituida. Y he de decir concretamente lo que sé, y lo que he visto, para inaugurar una era de caza contra el espía de casa, que es el más repugnante de todos los espías.

La Publicidad (24-06-1918)
El Progreso (*Santa Cruz de Tenerife*)[250] (08-07-1918)

Horas de vacación[251]

Tomando el fresco

A la puerta del Círculo están sentados los germanófilos tomando el fresco. Y hablan de la guerra. La ofensiva alemana ha de decidir seguramente la contienda. Así lo afirma don Procopio, que tiene mucho dinero y que vive de sus rentas. Y, naturalmente, ante afirmaciones de tanta autoridad como las de don Procopio, los sapos de la charca croan y dan sendas, rotundas cabezadas afirmativas. De este hecho, el amado Guillermo será emperador de Europa, y Francia morderá el polvo; frase esta que le fue aplaudida a don Procopio en unas elecciones de concejales, y que desde entonces repite a todas horas, seguro de su éxito inmediato.

Caigo por la tertulia. Hay en ella un pobre aliado, silencioso y paciente, que aguanta el estallido de aquellos sapos sin decir palabra. Pero al verme, se rehace; don Procopio sigue en el uso de la palabra. Ahora habla de la corrupción francesa; en cambio, Alemania...

– Amigo don Procopio –le digo: ¿usted, por lo visto, ha vivido en Alemania?

– Yo, no. ¿Por qué?

[249] Max von Ratibor und Corvey (1856 –1924). Embajador alemán y representante del emperador Guillermo en España entre 1910 y 1918

[250] En *El Progreso* su título fue «Antecedentes de la Ley de espionaje. Los germanizados y los germanizantes».

[251] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido también publicado en *Iberia* (O.C. Tomo III, página 289).

– Por nada, don Procopio. Pero ¿sabrá usted alemán?
– Yo, no –responde ya un poquito contrariado.
– De todos modos –continuó– sabrá usted de cuántos reinos se compone la confederación germana.
– El caso es... que... mira... yo –balbucea el infeliz– te diré... Pues.
– Sí. ¡Ya veo, ya veo! Pero sabrá usted, por lo menos, si Colonia cae al Norte.
– Hombre, con un mapa...
– Y sabrá usted, por lo menos, cuál es la capital de Baviera.
– Así, de pronto...
– Pero usted –continuó impertérrito– un hombre que pone cátedra, como usted todas las tardes, hablando de la guerra, sabrá algo del sistema electoral prusiano.
– ¡Tienes unas cosas!
– Hombre, cuando menos habrá usted leído alguna página de Goethe.
– ¡Eso sí! –me dice don Procopio, alegre como unas pascuas–. *Romeo y Julieta*.
– ¿Usted está seguro de que *Romeo y Julieta* lo escribió Goethe?
– ¡Segurísimo!
– ¡Pues es seguridad!
– Te apuesto...
– Lo que usted quiera.
– ¡Qué traigan el diccionario! –ruge don Procopio, llamando al camarero para que traigan el manómetro[252] de la Biblioteca. Y traen el diccionario.
– ¡Hombre, me confundí! –exclama don Procopio. – Es el *Fausto*.
– Lo mismo da –replico. Quería llegar a una conclusión con esas preguntas, a una conclusión muy sencilla. Usted no debe hablar jamás de Alemania ante estas pobres gentes.
– ¿Por qué?
– Por una razón sencillísima. Porque no tiene usted cultura suficiente. Digo, y me levanto. Los sapos croan acongojados. ¡También es valentía llevar la *contra* a un hombre de tanto dinero! Y don Procopio mañana, indefectiblemente, no saldrá de casa, empollará un diccionario, estudiará una sandez y por la tarde me dirá triunfalmente:
– ¡A que no sabes cuántos cardenales asistieron al Concilio de Nicea!
Y el hombre endulzará suavemente, sin estridencias, mis horas de vacación.

Pepillo

Este Pepillo, vecino mío, también es –¿y como no?– germanófilo. Ángulo facial de 15 grados, boca ancha, labios gruesos, nariz remangada de pachón, orejas hacia adelante, frente estrecha. El tipo exacto. Por las mañanas tengo que sostener con él una batalla para que no me lea las crónicas de ese pobre Azpeitúa. Por las tardes tengo que sostener con él otra batalla para que no me lea las cartas con que responde a sus felicitaciones diarias nada menos que el príncipe de Ratibor. Y por la noche remato mis hostilidades con Pepillo, haciendo incalculables esfuerzos para que no me suelte un curso de estrategia que él va a recomendar al Estado mayor alemán. Una cosa muy sencilla. No hay más que reforzar el ala izquierda para tomar París; cuestión de horas. Y no hay más que reformar el ala derecha para entrar en Calais; cosa de minutos. Y hay papanatas que escuchan a Pepillo. Hoy está loco el hombre. Ha recibido un retrato del Kaiser –del emperador de Europa como le llaman los trogloditas– con una rúbrica enmarañada y jactanciosa. Y anda de un lado para otro mostrando la tarjeta, y diciéndole a la gente:
– ¡Me lo ha mandado él!
Al fin, después de comer, después que le han echado de comer, como dice un correligionario suyo no menos pintoresco, me enseña aquello:
– ¡Descúbrete! –me dice imperativamente.– ¡Miradle! ¡Es él, *Él*! Me lo ha mandado hoy, en el correo.
– ¿Quién? ¿Él? –insisto.
– ¡Claro!
– ¿Por aeroplano?
–No, por correo.
– ¡Pepillo, no seas majadero! ¿Es un regalo de Ratibor? ¿En confianza?

[252] Entendemos que se trata de una errata y que, en realidad, debería decir mamotreto.

Y en confianza me dice que sí. La tarjeta ha sido remirada por todos los curas, por todos los usureros, por todos los ciervistas de la villa. Los bigotes largos, como puntas de bayonetas, le dan un aire de opereta; los ojos de una sucia azulez gris meditan esta guerra en colaboración con su viejo aliado Gott, el dios de los hunos. Y por la noche se acuesta Pepillo con la tarjeta y vuelve a mostrarla al día siguiente ante los trogloditas asombrados:

– ¡Me la ha mandado *él, ÉL*! Nunca hubo vasallo tan agradecido para presente tan pequeño.

Un diálogo en el tren

Amigo Rovira y Virgili: ¿Y usted se espanta de los diálogos con los germanófilos? Oiga usted: Acabo de bajar del tren. He venido en él con dos médicos, un boticario y un cura de misa y olla, los cuatro trogloditas. Y han hablado entre manotazos, palabrotas gruesas, ademanes descompuestos, exactamente, de esta guisa:

– Y ahora que estamos entre amigos –me ha dicho el cura– ¿quieres decirme cuánto dinero inglés circuló en España con motivo de la huelga de agosto?

– ¡Chico, no lo sé! le he contestado. Pregúntaselo al Banco de España. No conozco las operaciones financieras que los dos países realizaron entonces.

– No es esa la pregunta añade uno de los dos médicos, neurasténico y alicaído; –este habla del dinero repartido por Inglaterra a los huelguistas.

– ¡Eso es! –agrega el boticario, que se dedica desde hace tres años, en vista de la subida en el precio de las subsistencias, no a despachar drogas, sino a cazar dotes.

– No seáis brutos –les digo–. A Inglaterra y a Francia les interesa, sobre todo, la normalidad en la vida pública española para asegurar la de los transportes; de otro modo no les aprovecharía la exportación de nuestros productos. El interés de Alemania es, naturalmente, el contrario. Todo trastorno público español aprovecha a esta y perjudica, en principio, a la política aliada. Esto es tan evidente, que basta no ser germanófilo para comprenderlo así.

– ¡Debieron fusilar a los del comité de huelga! –sentencia, a guisa de corolario, el farmacéutico fabricado en Compostela.

Me encojo de hombros. Vamos llegando al heroico cerro de los Arapiles. Uno de los cuatro pies para el banco alemán que me acompañan habla de la guerra. Es el que llamaré médico segundo, un mozalbete achulapadico, alto, menudo, que tiene una reconocida autoridad en garitos y casas de juego:

– ¡Ahora sí que entramos en París! ¡Son unos tíos los alemanes!

– ¡Tan tíos! añado.

– Pero no me negarás que son unos valientes y que ya vencieron.

– Y que representan la causa del orden y de la civilización.

Yo no niego nada. Me dispongo a oírles y reír. El boticario explica el cañón de largo alcance. El cura, su idea de la autoridad. El médico segundo las experiencias de Herlich[253], que desconoce.

– ¡De esta hecha tomamos Gibraltar! –resume el primero.

Me dedico a examinarles atentamente.

El boticario tiene un índice facial deplorable, frente estrecha, boca larga, palabra torpe, brazos en aspa, atención débil y comprensión lenta y tardía. El médico primero, orejas hacia adelante, bigote de chino, ojos inexpresivos y palabra más deslavazada todavía que el boticario. El curita hace frases continuamente: el honor alemán, la lujuria francesa, la cobardía belga, la perfidia alemana: *toute le lire*. Y, finalmente, el médico segundo, un gesto achulapado de torero de feria sin contrata, que discurre con *timos* y con *colmos* de una tristeza aterradora.

– ¡Bien callado vas! Claro; ¿qué argumentos tenéis? –me dice el boticario.

Y continúo sonriente, oyéndoles. Pero se habla de los torpedeamientos. Y no sólo los justifican, sino que los aplauden. Sí; los aplauden lisa y llanamente. Les exaltan las hazañas submarinas de esos asesinos. Les conmueven los delitos de piratería. Celebran la actitud de los Brabos Portillos.

Y me salgo del departamento.

– ¿Dónde vas?

– A otro sitio. Me he confundido. No creí embarcar en el vagón donde van los ganados que no se han vendido en feria.

[253] Podría referirse a Paul Ehrlich (1854 – 1915), médico y bacteriólogo alemán ganador del premio Nobel de Medicina en 1908.

Y continúan el curita, el boticario y los médicos azuzándose mutuamente sus instintos de animalidad.

El tren llega a Salamanca.

Las dos razas

Mi amigo, el doctor, me habla de su visita a los hospitales del frente francés, en julio del año pasado. Es alto, expresivo, cariñoso, inteligente y bueno, el doctor Nogueras. A mis requerimientos, me lee unas impresiones de su visita. Su prosa es limpia, clara y elegante. Medicina que es poesía en los adentros del espíritu del doctor; impresiones hondas, grabadas en su espíritu mozo para siempre. Me deleita la lectura del buen doctor...

Hospitales limpios, claros, elegantes; militares sin armas, con bastón, que pasean por las calles de París, a muy pocos kilómetros del frente; médicos militares inteligentes, de fina percepción mental, rápidos, elegantes, cordiales, exquisitamente corteses; enfermeras, hijas de los cirujanos más eminentes de París, llevando al corazón los heridos, de los bravos *poilus*[254] la piedad lejana de las madres y de las prometidas; heridos con lesiones de obús y de granada, y rara vez de bala, en las largas hileras de camas de los barracones; un pueblo sereno, que sabe sonreír ante el dolor, sin alharacas, sin bravatas retóricas.

Nogueras habla de los médicos franceses.

Gracias a la vacuna obligatoria contra la fiebre tifoidea, ésta no existe en absoluto.

Ha sido tan sabia, tan rápida la prevención científica, que no encontró Nogueras enfermedades contagiosas en su visita.

– ¡Ha ganado usted una gran batalla! –dice Nogueras a un médico militar, hoy general de sanidad, al glorioso inventor del suero contra aquellas fiebres.

– ¡Muchas, muchas! –replica sonriéndose el eminente doctor.

Y otro médico –y Nogueras no lo ha consignado en sus impresiones de viaje– le dice a nuestro amigo esta frase, que yo brindo a los germanófilos:

– En el mundo hay dos razas, amigo mío: la humana y la alemana.

Iberia (29 06 1918)

Hay que insistir

A lo que parece, el pleito de los anticipos reintegrables, y de la condonación de los tributos, y de la apertura de obras públicas en la región, que remedien en parte la catástrofe de nuestros campos, va por el mejor de los caminos. Romanones ha ofrecido, según cuenta Pérez Oliva, que llegará hasta donde haya que llegar, y Alhucemas y Cambó, a lo que asegura Esperabé, están dispuestos a apoyar en Consejo las pretensiones salmantinas. Me olvidaba consignar que González Besada, gracias al duque de Aveyro, Maldonado y Sánchez, y Dato, atendiendo a los prestigios de Bullón, pueden ser del mismo parecer que sus compañeros de Gabinete. Y como Maura no ha de dejar mal a García Sánchez, ni Santiago Alba a Mezquita, los ministros todos estarán de nuestro lado.

Pero como los anticipos, y la condonación de los tributos, y la apertura de nuevas obras públicas, necesitan el voto de las Cortes y estas tendrán que cerrarse ante el escándalo que ha producido esa ley sobre el espionaje, los sueños se convertirán en realidad allá para Octubre.

Ahora bien, como para Octubre puede estar la situación quebrantadísima, no es humanamente imposible que las Cortes no vuelvan a abrirse y que se tire con estos presupuestos del año pasado para el que viene, y que el auxilio a los pobres armuñeses quede en una Ilusión más, como lo de Arapiles, como lo de la Universidad Hispano-Americana, como lo del ferrocarril peñarandino.

Doy adrede la nota pesimista para procurar vencer, de ahora en adelante, la timidez de nuestros representantes en Cortes, que, sin ser indolentes ni mucho menos, no tienen a veces la noción de la medida. Está bien ese ruego dicho a primera hora de la sesión entre media docena de señores dormidos, para pedir el traslado de un peón caminero o la remoción de un juez municipal, pero en ocasiones como esta, todo arrojo es poco y toda osadía legítima y justifi-

[254] *Peludos*. Expresión con la que se designaba a la infantería francesa durante la I Guerra Mundial.

cada. Habiendo planteado una interpelación, por ejemplo, a ella se hubieran sumado los diputados de Valladolid, y los de Zamora, y los de Ávila, y los de Zaragoza, y el Gobierno se hubiera comprometido solemnemente a conceder esos créditos con Cortes o sin ellas. Digo sin ellas, porque pudiera establecerlos un Real decreto, sin perjuicio de ser aprobados al abrirse el Parlamento. Y como la tasación que juzga el Gobierno necesaria para conocer la cantidad y calidad de los daños es cosa brevísima, al mediar este mes de Julio sin más dilaciones, los perjudicados hubieran comenzado a gozar de los favores, de la tutela y del amparo de los Poderes públicos.

Es muy posible que por esta vez gocemos de la mejor suerte, pero sería de desear también que todas estas peticiones se ventilasen única y exclusivamente en el salón de sesiones de ambas Cámaras.

Cuando se pide con razón debe pedirse siempre en voz alta, a todas horas y entre el santo escándalo, y Salamanca y su provincia ganarán mucho si sus representantes, celosos y activos, pierden ese leve defectillo de la timidez. Con los telegramas colectivos, y los ruegos de primera hora, y las visitas mañaneras a su despacho, Cambó hace pajaritos de papel si se interpone en el camino una aspiración catalana. Pero ante el anuncio de una persistente campaña parlamentaria. Cambó se humaniza y tarda menos en conceder que los solicitantes en pedir. Mejor que yo conocen los diputados y senadores salmantinos la historia íntima de los últimos créditos procedentes de Fomento durante esta última etapa...

El Adelanto (09-07-1918)

La concepción alemana

Ha sido el propio Guillermo II, en su doble concepto de Emperador y de Pontífice de la raza, el que acaba de definirnos las dos concepciones alemana e inglesa, que se debaten en el campo de la guerra. Los lectores conocen ya seguramente esta distinción. Los alemanes representan el honor –simbolizado en el respeto a los tratados– la libertad –basada en las deportaciones– el orden –teniendo como fundamento la esclavitud–, etc., etc. Los ingleses, groseramente materialistas y prácticos, viven por el amor al vellocino de oro y sujetan los vasallos a su yugo. La pobreza ideológica del discurso del Kaiser es profundamente deplorable. Sus ideas parecen extractadas del "ABC" o de "El Debate". A cualquiera de nuestros ganapanes de la germanofilia se le ocurren cosas por el estilo.

Cuidado que el tema de la concepción alemana es profundo, complejo y rico en matices intelectuales. Toda una nueva concepción del Estado, toda una nueva concepción de Dios, podemos estudiar, a nuestras anchas, en el nuevo "idearium" germánico, a través de sus filósofos y soldadotes de última hora y de nuevo cuño. La idea del nuevo Estado alemán es a la vez política y teológica. Pues mientras los pueblos occidentales, grecolatinos y cristianos piensan en la creación de un Estado al servicio de Dios, los alemanes se han adelantado creando un Dios al servicio de su Estado. Y así han ideado un repulsivo cristianismo alemán, completamente asiático e irresponsable, no dentro de la historia sino al margen de ella.

Identificando el Estado, su Estado, con el reino de Dios, de su Dios, en la tierra, han asentado las bases del más burdo y grosero materialismo histórico, porque es bueno todo aquello que es alemán y alemán todo aquello que obedece a los dictados de la razón y de la justicia. Esta teología política de bandoleros, profesada por sus hombres de Estado, esta nueva y flamante teología de la guerra –como la ha llamado Curtius[255] en un magnífico ensayo– no es otra cosa sino la utilización, o mejor todavía, la explotación del sentimiento religioso, no ya en beneficio del Estado, como supone el pensador calvinista, sino en manos de la comunidad rectora, o lo que es lo mismo, de la casta militar.

Y esta nueva y flamante concepción alemana, contra la que ya se ha revuelto todo el mundo en un empuje vigoroso de protesta, lleva naturalmente, emparejada una consecuencia monstruosa. La actividad humana no vale la pena de ser desenvuelta sino para aumentar el poder del Estado, o lo que es lo mismo, el poder divino, en tan buenas relaciones con los reyes de Prusia y con los filósofos alemanes. Este panteísmo político-religioso, este Estado providencial

[255] Ernst Robert Curtius (1886 – 1956). Traductor, filólogo y crítico literario alemán.

y deísta que se yergue solitario entre comunidades bárbaras, representan lisa y llanamente el paganismo en funciones. Porque la divinidad es un idolillo de una casta. Porque todos los pueblos sobran, menos el elegido. Porque para la glorificación y expansión de este en el mundo ha nacido el nuevo Dios terrible, cuyo parto sangriento en el cerebro de los teutones está desgarrando las entrañas de los pueblos convertidos en una dantesca "cittá dolente".

El Kaiser ha tenido ocasión, al contestar al mariscal Hindenburg con motivo del trigésimo aniversario de su elevación al trono de Prusia, de exponer esta nueva teología y esta nueva política, cuyas concepciones conoce mejor que nadie, por sus estrechísimas relaciones de amistad y de camaradería con el idolillo asiático y pagano, con el "Gott"[256] extra-histórico y extra-humano, que se las ha inspirado. Ha querido reservarse para mejor ocasión, sin advertir que el acto más religioso de su pueblo es, hoy por hoy, un banquete militar, sobre todo si ha sido precedido de las delicias de un botín. Porque un Dios como el suyo no puede agradecer las plegarias sino los sacrificios materiales, con inmolación de víctimas. Este Dios nuevo requiere una raza nueva de adoradores, ya que la vieja debe ser reducida a cenizas para que sobre ellas se alce el monumento a la nueva concepción de este dios guerrero y bárbaro, de esta nueva China de Europa que no puede ser acordonada hasta que ella no amuralle a toda la humanidad, trocando a los escépticos en sacerdotes del nuevo culto.

Ya conocemos, pues, la moral, la razón, la libertad y el orden que ha de oponer Alemania a la moral inglesa. Contra la cual ha de combatir con armas de todos los calibres. Este Dios incruento exige de sus adoradores la utilización del fuego y del pillaje para aumentar progresivamente el culto. Dios ha dejado de ser universal para convertirse en ciudadano prusiano, y clemente y amoroso para castigar en los pueblos su defecto de origen.

El "Deutschland über Alles"[257] deja de ser un anhelo para pasar a la categoría de un mandamiento categórico; Alemania, Dios y el Kaiser no son tres términos, sino uno solo en un solo aspecto y con tres nombres distintos.

La tierra, toda la tierra, es "Deutschland", y lo que llamamos los bárbaros espionaje y piratería, constituye para los alemanes actos religiosos, de cuya pureza y elevación no podemos discernir, porque aún no hemos sentido en nuestros corazones la presencia de su Dios...

¡Ay! Todas estas elucubraciones serían realmente grotescas si no reflejasen exactamente la mentalidad de un pueblo que las ha inventado para hurtar su responsabilidad al fallo de las gentes. Al ofender al Dios de todos, han creado un Dios para su uso y abuso. Al romper la solidaridad con los hombres, se han declarado divinos. Y así resulta muy cierta la afirmación de un médico francés que decía a un colega suyo, español, amigo mío, esta frase preñada de sentido:

– En el mundo hay dos razas, amigo mío: la humana y la alemana.

La Publicidad (09-07-1918)

Coincidencias fatales[258]

Recuerdo, con bastante precisión, aquellos días de mes de marzo del pasado año de 1917, cuando la Prensa alemana de nuestro desdichado pueblo la emprendió, a tontas y a locas, con el Gabinete del señor Conde de Romanones, hasta que logró derribarle el 10 de abril, si no recuerdo mal. A la tertulia que teníamos en el «Gato Negro», por la tarde, Valle Inclán y otros amigos francófilos, llegaban, por mil conductos, las noticias más extraordinarias. Comenzaba a removerse la gusanera sindicalista de Madrid y Barcelona. Habíase tramado un complot para derribar al mismo Rey, si era preciso; el Gobierno, sabedor de la intentona, logró abortarla antes de estallar. Se habló del asesinato de Romanones (y estos días Miguel Pascual ha confir-

[256] Dios, en alemán.

[257] "Alemania sobre todo". Estrofa del poema Das Lied der Deutschen ("La canción de los alemanes") escrito en 1841 por August Heinrich Hoffmann von Fallersleben. En 1922 se convertiría en el himno nacional alemán, si bien, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, su letra se limitó, únicamente, a la tercera estrofa de este poema (¡Unidad y justicia y libertad / para la patria alemana! / Todos persigamos esto / ¡Fraternalmente con pasión y acción! / Unidad y justicia y libertad / son la garantía de felicidad; / florece esta felicidad con brillo, florece, patria alemana).

[258] Este artículo, según el mismo autor refiere (Iberia, 03-08-1918), fue denunciado por el Ministerio Fiscal.

mado, desde *El Parlamentario*, que recibió sugestiones alemanas en ese sentido), se pobló la Corte de gentes de sospechosa catadura, se dijo *sotto voce* que habían sido detenidos anarquistas conocidos, se mascaba en el ambiente la sensación de que pisábamos sobre un abismo...

Y salió Romanones del Poder. Y se supo que a los alemanes les había costado la crisis dos millones de pesetas, pedidos a Alemania, en un radiograma de Aranjuez, que conocía el Gobierno. Y se publicaron aquellas famosas listas de la neutralidad. Y García Prieto declaró ilegal el comité antigermanófilo que comenzaba a funcionar bajo los auspicios de la Revista *España*. Y los germanófilos captaron la voluntad de Maura, obligándole a decir cosas en las que no había pensado el actual señor Presidente del Consejo. Y se torpedeaban ya, periódicamente, con regularidad perfecta, los barcos mercantes que salían de nuestros puertos o regresaban de los puertos aliados. Y funcionaban con todo descaro las estaciones inalámbricas. Y los espías se situaban en Galicia, en Asturias, en Cataluña y en Valencia. Y…

Y traigo a colación todos estos recuerdos porque desde entonces, desde marzo de 1917, el espionaje dejó de vivir en los bajos fondos del hampa, para salir a la superficie y ejercerse, no ya con disimulo, sino con el mayor descaro y la más perfecta informidad. El señor García Prieto, hermano espiritual del señor Dato, seguía la misma política de este y optaba por no enterarse. Acallaba con la denuncia sistemática la protesta aislada que formulaba, de vez en cuando, algún periodista, cansado de saberse el juego. Se invocaba el silencio y la complicidad, desde las esferas oficiales, en nombre del patriotismo. Se seguía la política del avestruz, que iniciara, para deleite del señor Príncipe de Ratibor, el jefe de los conservadores. Los aliados, un poco abandonados, un poco desdeñosos con sus amigos de España, no querían oír sus reclamaciones.

Y al subir Dato al Poder, los alemanes, mediante la doble maniobra de provocar el desorden y de culpar del mismo a sus adversarios, acabaron de mediatizar nuestro país, creando un Estado alemán dentro del nuestro, con su ejército militante policíaco, con su Prensa, con su poder moderador residente en la Embajada, con su Poder judicial representado en los consulados, con su Poder legislativo que funcionaba desde Berlín, leyes que acataba, desde luego, nuestra vil mesnada germanófila.

En el verano, repito, se perfeccionó la máquina, y desde entonces, comenzó a funcionar con una regularidad perfecta. A la sombra de los idóneos se perfeccionó de tal suerte, que los Brabos Portillos se mantenían fuertes ante la Asamblea de Parlamentarios, usando y abusando largamente de las facultades que habían recibido. A la sombra de los idóneos, renacieron las chirlatas. funcionaron las timbas, y las grandes ciudades se trocaron en inmensos garitos, donde alternaban de chulos los favoritos del Gobierno, que eran a la vez protegidos de la Embajada imperial. La huelga de agosto se redujo, en su represión, a cazar los elementos aliados del país. ¡Fatales coincidencias aquellas de hablar Sánchez Guerra del dinero aliado repartido a los huelguistas –cuando le constaba lo contrario–; de predicar Burguete, en su prosa bizarra de cuartel, la complicidad de los francófilos en los disturbios, señalándoles con el dedo, de perseguir la Prensa aliada y de otorgar todos sus favores a la que estaba mediatizada y dirigida por los alemanes y prostituida largamente con el oro que aquí les anticipamos!

Lo ocurrido de agosto acá lo sabe todo el que haya seguido con alguna atención la marcha de nuestra política interna. Durante la situación Prieto-La Cierva, con aquel abogadete hueco que fue ministro de Fomento y que les sirve de caballo blanco en sus empresas periodísticas, Niceto Alcalá-Zamora, se envalentonaron y llegaron a las mayores osadías. Los asesinatos de nuestros marinos y los hundimientos de nuestros barcos eran el alimento diario de nuestra crónica negra. Doce o catorce candidatos germanófilos gastaron alegremente el dinero que les había dado Ratibor para que formaran la minoría asesinófila. Las colonias austriaca y alemana se desplegaron en Asturias para derribar a Melquíades Álvarez, y los sindicalistas se unieron en Barcelona a los amigos de Cambó para asegurar la derrota de Lerroux.

Y Alemania, en fin, ha concluido con la dignidad colectiva de nuestra Prensa política. Únicamente las empresas nuevas, recién nacidas, y algunas otras viejas, muy pocas, que, como la de *El Mundo*, han sabido desprenderse a tiempo de tutelas peligrosas, toda la Prensa, sin excepción, es una vasta gaceta alemana sin pudor y sin sentido moral. Hasta hay papeles que juegan a la francofilia para engañar al lector poco avisado. Hasta una empresa que había vivido del prestigio adquirido en una época que logró imponerse, hasta el punto de hacer ministros a sus redactores, acaba de sumarse a los profesionales de la intriga. El plan era dominar toda la Prensa, para que permanecieran ocultos los tejemanejes del espionaje. En estos momentos se descubre el affaire Brabo Portillo, y ha habido que gritar para que el escándalo llegara hasta a los sordos.

Maura y Romanones, por lo visto, han tenido que librar una ruda batalla en el seno del Gabinete contra sus compañeros, para que los Poderes Públicos volviesen por los fueros de su dignidad. El señor Dato invocaba las ventajas del silencio. ¡Fatales coincidencias que nada dicen, que nada prueban! ¡Fatales coincidencias las que señalan esa identidad táctica entre los neutralistas y los germanófilos! Ahora, como siempre, los tontos sirven de lazarillos a los canallas.

Iberia (13-07-1918)

El rebrote

A pesar de aquellas palabras del enano mayor de nuestra venta nacional, señor Maura, de que sería inexorable con los rebrotes de las Juntas de Defensa en la familia militar, es lo cierto que las tales Juntas están rebrotando con lozana salud, sin miedo a que ningún cirujano se encare con ellas y las aplique aquellas mutilaciones quirúrgicas que se imponen como medida radical y saludable. Nuestro Gobierno de ases se está transformando lentamente en un gabinete de sotas. Ni tiene autoridad ni puede imponérsela a nadie. La desbandada de las Cámaras es un "sálvese el que pueda", lanzado a pleno pulmón para que se enteren los santones. Dato, preocupado con las grietas que pueden salir a la homogeneidad de su partido, quiere irse. Y quiere irse Alba, preocupado a su vez de formar la izquierda más izquierda del partido liberal, ofreciendo colaboraciones a los socialistas, para que rabie el Conde. Y quiere irse García Prieto porque su continuidad en el Gabinete roba cohesión a su partidita. Ya se marchó Pidal y a Marina, que no quiere irse, quieren echarle.

Quieren echarle y le echarán. Le echarán las Juntas estas de nueva creación; las Juntas Técnicas, para las cuales forma parte de la ciencia militar el apotegma de que Cierva es un grande hombre y otro grande hombre ese macareno de oratoria rizadita, hueca y atrozmente cursi que se llama Niceto Alcalá Zamora. Las Juntas no quieren a Marina, porque Marina no habla. Y no quieren por el momento a Cierva porque Cierva estuvo un tantico frío ante las denuncias de los socialistas con motivo del debate de agosto. Necesitan los militares un retórico fácil de manejar. Si además de retórico, es germanófilo, miel sobre hojuelas. Si además de germanófilo es caballo blanco de las empresas bocheras[259] y maneja los latiguillos patrioteros les vendrá como anillo al dedo. En la redada política no topan con mejor cosa que con Alcalá Zamora y Alcalá Zamora es el hombre de nuestros junteros, para los cuales el problema militar es, sencillamente, el entronizamiento de cualquier civil reaccionario que se apreste a los más humildes oficios de la asistencia.

Claro está que, ante el rebrote, nuestro seráfico señor Maura dejará, para emplear sus términos de Presidente de la Española, que el cáncer se extienda en la faz del doliente y que salga el pus a la superficie, que tiempo habrá de lavar la herida con un nuevo discurso. Y hasta es posible que las izquierdas, estas izquierdas que perdieron las nociones elementales de la soberanía civil excitando a la rebelión, en junio del año pasado, hallen el modo de justificar estas nuevas actitudes en su afán de crear un conflicto a este Gobierno de ases sin pensar que ellas serán las primeras víctimas de la anormalidad. Y el peligro que se plantea no puede ser más inminente. Alcalá Zamora, un hueco vanidoso, un germanófilo comprometido realmente en las propagandas bocheras más oficiosas, puede ser tan peligroso como Cierva, un soberbio. Después de la frescura de un tirano, nos espera la desfachatez de un tonto, que, ante el afán de verse en el banco azul y de asistir a las retretas en calidad de farol, no tendrá el menor reparo en inaugurar una nueva era de persecuciones a los elementos civiles. Y no hay que perder de vista que los conservadores son los más interesados en atizar el fuego, para desorganizar más y más los restos de las viejas pandillas y clientelas politiquera, y recoger el Poder de quien sea en aras de la homogeneidad de apetitos y ambiciones de sus deudos y allegados.

Es cosa estos días de leer entre líneas la Prensa militar y germanófila y de advertir cómo atiza mansamente el fuego sagrado entre las Juntas militares para que se derribe, de una vez, a este pobre general Marina, víctima de ellas en la Capitanía general de Cataluña, hace poco más de un año, y víctima ahora desde el ministerio de la Guerra, que soporta con el mismo gusto que puede llevar unos grilletes un condenado a penas aflictivas. El pretexto es tan inocente que

[259] Derivado de "Boche". Termino despectivo para referirse a los alemanes

bien pronto descubre la calidad de la hilaza de sus propaladores. Molesta a los militares una simple cuestión de cuartos. Esa amortización del cincuenta por ciento de las plazas vacantes definitivas que puedan ocurrir en el ejército no les satisface por los términos, para ellos confusos e inexplicables, en que viene redactada. No les basta con haber impuesto a las Cortes la discusión a todo galope de las reformas militares; necesitan ahora menor movimiento en las escalas para evitar saltos de coroneles sospechosos; necesitan ahora una nueva revisión de sus valores; necesitan ahora, finalmente, reunirse, cabildear, amenazar al Gobierno con otro pronunciamiento silencioso, residenciar a los amigos del ex coronel Márquez, dar al país nuevos espectáculos de su ardor bélico y para coronar la obra, levantar sobre el pavés a ese señor de Alcalá Zamora, del que esperan con su fino instinto que les servirá a maravilla en todas sus manipulaciones.

Acabada de aprobar esa ley de fomento y protección del espionaje, que es la carta magna de los alemanes, ese intento de las Juntas Técnicas del Ejército de llevar al ministerio de la Guerra a un político que se presta a servir de cabeza de turco en las gacetas alemanas de los hermanos Mannesmann[260], redobla el peligro contra las libertades públicas, y, principalmente, contra la libertad de pensamiento. Es un deber, pues, de todo publicista liberal insistir sobre el peligro y despertar la atención de las gentes, para que el cáncer, que el señor Maura decía extirpar inexorablemente, deje de retoñar en un momento en que, cerradas las Cortes, puedan hurtar las miradas de la asistencia pública los palafreneros del Rey y los secretarios de despacho de que gozamos. La maniobra de les Juntas Técnicas es demasiado clara en estos días en que se ha echado a estratega el general Burguete[261], y en que un capitán de infantería, muy adicto a ellas, el señor Anaya Ruiz, concibe el problema español ante la guerra como una necesidad de reforzar nosotros los efectivos militares para el día de la paz, es decir, cuando los tales efectivos sobren precisamente. Circula en estas Juntas un soplo imperialista que puede helarnos el día menos pensado y es natural que necesiten un retórico para cantar unas glorias, que solamente los liberales podemos dejar inéditas.

Es curioso el espectáculo de nuestras Juntas de hacer militarizar a los ciudadanos en estos tiempos en que el ejército ha dejado de ser militar para convertirse en un organismo civil y transitorio.

La Publicidad (04-08-1918)

El germanismo español

Releyendo una vez más el admirable libro de Ricardo Macías Picavea, "El problema nacional", me he detenido, con singular angustia, en el capítulo XV que trata precisamente de la parálisis de la evolución española y castiza, a consecuencia del germanismo cesarista que incorporó a nuestra historia el nieto de Maximiliano I el Emperador. Estas páginas son dignas del más agudo historiador, no ya por lo que dicen, sino por lo que sugieren. Leídas ahora, en plena insensibilidad patriótica, nos hacen pensar que la germanofilia, y solamente la germanofilia de los trogloditas de los siglos XVI y XVII, el duque de Alba, el marqués de Santa Cruz, Felipe II y sus repugnantes vástagos hasta Carlos II el Hechizado, dieron al traste con toda nuestra tradición democrática y municipal, separándonos del Renacimiento primero, de la Reforma más tarde, y por último, de la Revolución.

Carlos V de Alemania y I de España vino a nuestra tierra lisa y llanamente en busca de botín... Verse coronado, y romper con la labor política de Cisneros, burlar las Cortes en Santiago y la Coruña, acabar con las comunidades en Villalar y poner al frente de los negocios públicos

[260] Reinhard (1856–1922) y Max (1857–1915) Mannesmann. Técnicos industriales alemanes inventores, en el año 1884, del primer proceso para la producción de tubos sin soldadura. Posteriormente la gama de productos de Mannesmann crecería y su empresa se expandió a numerosos sectores: productos de acero, ingeniería mecánica, eléctrica, automotriz… llegando a suministrar, durante la Primera Guerra Mundial, cantidades significativas de camiones, motores de aviación y vehículos blindados.

[261] Ricardo Burguete y Lana (1871 – 1937). Militar español que ocupó, entre 1922 y 1923, el cargo de alto comisario de España en Marruecos y, durante la dictadura de Primo de Rivera, los de director general de la Guardia Civil y presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Durante la Segunda República fue presidente de la Cruz Roja Española.

ladrones profesionales como Xebres[262], fue cosa de un instante. Se sirvió sencillamente de nosotros para afirmar y robustecer su imperialismo. Se nos esquilmaba dentro de casa para sostener fuera una corona demasiado pesada. "¡Fenómeno verdaderamente curioso! –exclama Picavea–. ¡Es un caso parecido al comunalismo entre naciones! ¿No existen especies zoológicas, con el instinto de apoderarse de las conchas, nidos o casas de otros animales, a los que suplantan, enmascarándose con tales apéndices, y convirtiéndolos en fuerza y elemento formidables de lucha para la vida? Animales ladrones que se llaman. Pues eso fueron y eso hicieron con España los alemanes Carlos V y Felipe II. Nos robaron nuestra nacionalidad, metiéronse dentro de ella, con ella se disfrazaron, y desde ella y por ella derramaron a través de toda Europa las sangrientas tenazas de sus tesoros y ejércitos para restaurar un nuevo Imperio, para someter a su férula al Papado, y para hacer del catolicismo romano un catolicismo cesarista a su imagen y semejanza".

Y se metieron dentro de nosotros esos alemanes para desviarnos, para embrutecernos y para convertirnos en siervos sumisos del imperialismo guerrero y rapaz. Y se metieron dentro de nosotros, para continuar la historia de su raza que no es precisamente la nuestra. Taciturnos, crueles y fríos, inventan la misma teología que hoy retoña en el Kaiser para hurtar su responsabilidad ante los ojos de la historia. Y el padre nos empobrece y el hijo nos esclaviza. La tradición arábiga desaparece, la nación se despuebla, los ejércitos viven de la soldada, los gritos de independencia se ahogan en el cadalso y en los rollos, las Cortes se truecan en comparsas, los Consejos de Castilla ceden ante los favoritos. El pueblo es, desde entonces, el servidor de la monarquía. Y como la monarquía es un patrimonio, la nación se convierte en una finca propicia a todos los esquilmos de sus dueños. Dueños absentistas de comprensión lenta y tarda, burócratas, teólogos, sensuales, viciosos, meticulosos, tenaces, hipócritas... ¡alemanes, en fin!, que ante las hogueras inquisitoriales aseguran, como recuerda nuestro autor, que prefieren gobernar sobre cadáveres que sobre herejes; que hallan el incendio de Medina naturalísimo por haber desacatado sus naturales las órdenes del Rey; que ante el fracaso de la Invencible se encogen de hombros, empujando al pueblo a nuevas expansiones imperialistas en Europa,

Ante los Austrias, dejamos de ser pueblo para convertirnos en su caja de caudales. Nuestras industrias, las más florecientes de Europa, se paralizan ante las guerras. Nuestros monarcas nos convierten en los bárbaros de entonces. En Flandes, en Francia, en el Milanesado, en Nápoles, surge no una leyenda, sino una triste y dolorosa historia de nuestros crímenes y de nuestras violencias. Echamos toda la leña en el fuego cesarista para quedarnos sin lumbre dentro de casa. De un pueblo de industriales se forma una taifa de hampones. La literatura picaresca –literatura de "germania"– florece en los palacios y en los garitos. Los ingenios se mueren de hambre y los favoritos, extranjerizados e ineptos, nos embrutecen, tratándonos a puntapiés. Y vamos rodando al abismo, sin que ya nos detenga ni el breve reinado de Carlos III. La Revolución nos coge desprevenidos. Y durante el siglo pasado, ese virus del germanismo, definitivamente incorporado a nuestra substancia histórica, nos agarrota para siempre.

Y el cesarismo "Que no es español, sino alemán –sigue rugiendo Macías Picavea–, y el uniformismo centralizador que no es español sino alemán, y el teologismo, el militarismo, el fanatismo y el aventurerismo, que no son españoles sino alemanes", presiden todas las danzas del siglo XIX con sus Reinas lascivas que casan con extranjeros, con sus motines, con sus pronunciamientos, con sus constituciones abortadas, con sus Sor Patrocinios[263] y sus Padres Claret[264], con sus republicanos burgueses y menguados de entendimiento. Y perdemos las colonias por torpeza, esto es, por ínfulas imperialistas.

Ínfulas imperialistas que han retoñado ahora con esa germanofilia a ultranza, que o bien se nombra claramente, o bien se esconde bajo el taparrabos del neutralismo o de la hispanofilia.

Y ahora comprendemos, después de releer estas aseveraciones de Macías Picavea y de glosarlas brevemente, la raigambre castiza de nuestros germanófilos en nuestra propia historia.

[262] Guillermo de Croÿ (1458 – 1521), señor de Chièvres. Político, preceptor, militar, diplomático, contador mayor de Hacienda, primer chambelán y consejero personal de Carlos I de España, de origen flamenco.

[263] Sor Patrocinio –María Josefa de los Dolores Anastasia de Quiroga Capopardo– (1811 – 1891). Religiosa de la Orden de la Inmaculada Concepción, de gran presencia en la vida social y política española durante la segunda mitad del siglo XIX, debido a la influencia que ejerció sobre la reina Isabel II y su esposo Francisco de Asís de Borbón.

[264] Antonio María Claret y Clará (1807–1870). Religioso español, canonizado en 1950, arzobispo de Santiago de Cuba, confesor de la reina Isabel II y fundador de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María y de la Congregación de las Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas.

Ellos no saben palotada de la Alemania actual, pero su posición al margen de la guerra – ¡pobre España la nuestra, siempre al margen de las grandes conmociones históricas!– obedece a un instinto puramente animal de sus antepasados. El virus latente de germanismo que éstos llevaban ha brotado a la hora de ahora en espantosa erupción. Y cuando afirman los tales germanófilos que ellos lo son en nombre de su españolismo, afirman una gran verdad, que para ellos nació España con los Austrias, es decir, cuando murió ante el mundo. Y nosotros, los que adoptamos la posición opuesta; nos damos cata de que no tenemos patria y de que tenemos que hacerla; así, Unamuno, añora el destierro, queriendo buscar España entre los pueblos extranjeros, para soñarla y recordarla desde fuera… Esos serán, naturalmente nuestro refugio y nuestro anhelo, ya que España es hoy lo mismo que en los reinados de Carlos V y de Felipe II, una colonia alemana donde solamente viven a sus anchas los aventureros y los fanáticos, los ascendientes de los bravos de Amberes y de Milán y los retoños redivivos de nuestros frailes discutidores, perezosos y sensuales.

La Publicidad (07-08-1918)

Elogio del industrial y diatriba contra el terrateniente

– Y ¿Cómo es –me dice el bueno del terrateniente de mi pueblo–, que ese periódico flamante y severo hace sus pinitos socialistas, figurando como accionistas en su sociedad, varios y distinguidos industriales bilbaínos?

– Porque son industriales –le respondo–, precisamente porque son industriales.

– Pues ahora lo entiendo menos –asegura mi interlocutor.

– Procuraré explicarme –le respondo–. El industrial es atrevido y el terrateniente cobarde. El industrial puede realizar y realiza, de hecho, pingües ganancias de millones en un cuarto de hora y el terrateniente es un pobre hombre, pendiente de su contrato de arrendamiento, del pago del colono, de los vaivenes de la cosecha y de las oscilaciones de la usura. El industrial se precipita sobre los sucesos, hasta dominarles, y el terrateniente vive a la zaga de ellos. La inteligencia del uno es activa y predominantemente pasiva la del otro. El industrial influye en la vida social, la hace y deshace a su antojo, se penetra sin darse cuenta de ello de la brecha que el huracán de los tiempos abre en los muros de la constitución social y el terrateniente, elemento retardario y parasitario de la sociedad ac- [sic][265] Sobre él escribió estas palabras precisas el gran Ricardo Macías Picavea en su "Problema nacional": "Forma (el terrateniente) una clase social que ya va necesitando ser definida. Hace cincuenta años existía en toda Europa; en los últimos veinte la han tragado, en naufragio espantoso, las olas inundadoras del industrialismo incontratable; hoy solo en España y en los países eslavos viven penosamente sus restos." Y añade más adelante esta justísima impresión: "El terrateniente cumple su misión con sólo ser fiel a su nombre, esto es, con poseer tierra, siempre más tierra, surcos sin fin, terrones sin cuenta; su "manía irresistible" su vicio dominante. Decidle a ese terrícola que vendiendo la mitad de sus tierras, cotos, dehesas o cortijos, según sea castellano, extremeño o andaluz, y aplicando el capital obtenido al cultivo de la otra mitad, no partirá por dos, sino que multiplicará por dos sus cosechas y ganancias." Pero el buen terrateniente –añade Macías, que como buen vallisoletano, le conocía bien– "os volverá la espalda con desdén y seguirá creyendo que le habéis inferido una injuria. ¿Abandonar él sus tierras, disminuir sus "posesiones"?... Y es que, ya lo hemos dicho, para el terrateniente la tierra vale "en sí" y "por sí", según su calidad y su cantidad, no según sus productos." ¡Admirable pintura del fatuo y necio pseudo-aristócrata de nuestros pueblos del llano, cazador, vago, abúlico, ignorante como un pez, germanófilo, con galgo barato y querida fea, joselista y de la Adoración Nocturna! El industrial es el tipo opuesto. De la nada lo saca todo; es su actividad y su energía las que operan sobre las cosas y no las que vegetan y viven sobre ella. El terrateniente es de la meseta y el industrial del mar. Aquella es un pozo que no le permite a su dueño asomarse al mundo; el mar es un instrumento precioso que da a su frecuentador la noción de la relatividad de las cosas.

– Y por eso se hacen socialistas –me dice ya, exasperado, el terrateniente que no sabe oír.

– Por eso. Es, a la larga, un nuevo negocio industrial, una letra puesta al cobro en un tiempo indefinido. Mientras el industrial vive para los demás, el terrateniente, este ladronzuelo, este

[265] Frase sin completar por errata de imprenta

caco al por menor que hace oscilar el precio del pan por el prurito de amontonar grano en su panera, se las arregla de tal suerte que los demás vivan para él. Y el industrial es un simpático loco que a todas horas arriesga su fortuna para duplicarla y el terrateniente un mendigo, sí, un mendigo, que como no sabe crear ni transformar nuevos productos, se conforma siempre con las pequeñas limosnas que le tiran al pasar. La plutocracia será todo lo egoísta que usted quiera, pero es liberal y no siente escrúpulos aristocráticos en los que no cree; pero la comunidad de terratenientes es una miserable casta, llena de resabios conservadores y reaccionarios, zafia, burda, bestialmente grosera, que no comprende más orden que el que ella ha establecido, que con sus inclinaciones abogadescas y su amor al expediente y al balduque ha nacido para enredar lo evidente y para complicar lo sencillo, casta que a lo sumo aspira a un título pontificio de cinco mil escudos con descuento y que nutre su estado mayor de abogados ociosos, de administradores ruines, de politicastros de bajo vuelo, que tienen el mismo concepto del Estado como el secretario del Ayuntamiento de la aldea que les elige y la misma concepción ancestral de las clases sociales que aquellos barbarotes de sus antepasados, que por ser los más bárbaros de las mesnadas del Rey, fueron obsequiados por este con las tierras, que pasan toda su vida en barbechera como el espíritu de sus amos…

– No nos entendemos –me dice ya picado y enojado mi interlocutor. – No emplea usted más razones que las de la injuria.

– Es verdad. Pero es la que necesitan los terratenientes para salir de su paso trotón de pollinos tuberculosos. Vea usted lo que pasa en este pueblo de Castilla… Y en todos. ¿Qué industria nueva conoce usted en veinte años? Ninguna. ¿Qué hacen con las masas? ¿Contienen su espíritu naturalmente anárquico? Tampoco. Señor hay de estos que presta al cinco o al seis por ciento a un repugnante usurero conocido para que este distribuya el capital ajeno a un doce con hipoteca.

En este pueblo se come un pan indecente y carísimo porque los terratenientes aguardan el alza para desprenderse de él. Y ellos, que han triplicado sus rentas, son tan rumbosos que, en masa, llegaron a donar cuatrocientas pesetas a la pobretería en los días angustiosos de Navidad. Pero ellos son felices corriendo galgos, leyendo a ese espía alemán de "Antonio Azpeitúa"[266] y rumiando ese pienso diario que les viene de Madrid en las hojitas de "El Debate" y del "ABC". Vea usted su actuación política; a la sombra de ellos, viven todos los desvergonzados que los ayudan a correr los galgos. No tienen la noción más remota de la dignidad ciudadana; cuando son alcaldes, la hacienda municipal es un desastre, y cuando no lo son, procuran que lo sea llamándose a la parte. No tienen más pasión en su espíritu que aquella que decía Grandmontagne que tenían y tienen los –"tilingos"[267] de Buenos Aires: el odio al inteligente. Como son fundamentalmente necios, llevan la represalia a límites tan estúpidos, que el tiro les sale a veces por la culata, siendo ellos las primeras víctimas de su temeridad.

– Y nada de eso –concluyo– suele suceder con los industriales. Viven en su negocio y para su negocio. Los de aquí, tan odiados por los pseudo-aristócratas que no tienen, sin embargo, reparo en pedirles dinero para seguir coleccionando yugadas, van, vienen, salen, entran; llegan a Bilbao, marchan hasta Barcelona, recorren los focos urbanos de nuestro país y son trabajadores, ecuánimes y sencillos: No les asusta nada. Su visión del mundo no se encierra en las cinco cláusulas de arrendamiento que les redacta el lacayuelo del abogado en un castellano vacuo y lleno de gerundios. Consumen en un minuto más energía que estos cazadores de ricas hembras y de cotos en una vida. En resumen, que ni un industrial puede ser socialista aunque no sea más que por la conciencia del temor que le inspira. ¡Pero el terrateniente!...

– ¿Ese? –pregunta mi amigo.

– Ese –le digo, despidiéndome– idóneo a todo tirar. Aunque se llame liberal. El liberalismo de por acá, como el que cultivan en Astorga los fabricantes de mantecados amigos de García Prieto, tiene sus matices integristas. Pero de esto hablaremos en otra ocasión y con toda calma, mi buen terrateniente.

La Publicidad (13-08-1918)

[266] Pseudónimo de Javier Bueno (1884-1967) quien escribió para *ABC*. Entrevistó a Adolf Hitler antes de que fuera Führer para dicho periódico en 1924.

[267] Despectivo coloquial en Río de la Plata. Persona superficial, ridícula, tonta, que demuestra poca inteligencia al hablar.

El aniversario de la huelga

– Y… ¿qué pasó aquí –pregunto a mis contertulios de la rebotica–, qué pasó aquí el año pasado con motivo de la revuelta de agosto?

Los contertulios rememoran aquellos días de retrasos de trenes, de guapezas de Sánchez Guerra, de plena recolección, cuando el grano, ya limpio de polvo y paja, espera la frescura de la panera y la reventa del acaparador. Todos evocan aquellos días. Para estos hombres, la revuelta fue una cosa de los franceses en combinación con los masones, y el Gobierno pagado por unos y por otros, no cumplió con su deber, porque ni fusiló a los del Comité, ni tiró al mar a Marcelino Domingo, ni puso unos grilletes a los queridos amigos de la revista "España".

– No creas: aquí la revolución tuvo sus ramales –me dice don Jacobo.

– Con que sus ramales ¿eh? –pregunto al hombre más rico de la rebotica, idóneo militante, hombre de muchos posibles según él afirma a cada paso, usurero de los del doce con hipoteca y lector asiduo de Armando Guerra–. Cuente usted, cuente usted, don Jacobo.

– ¡Sí, hombre, sí, sus ramales! El nueve, no, el diez de agosto vino por aquí un franchute de mala catadura, que se presenta a tomar café en el casino y que tuvo el poco patriotismo de ponerse a leer esa revistilla de esos intelectuales –don Jacobo subraya la palabra intelectuales con un profundo desprecio– que se llama "España", como si el bendito nombre de nuestra patria, el pueblo de Lepanto, de San Quintín...

– Y del barranco del Lobo –añade con ironía el antimilitarista de la reunión...

– Decía –interrumpe, enojado, el patriotismo lírico de don Jacobo– que el francés ese me escamó. Y le dije al alcalde: "¡Ojo con ese!" Pues el francés salió del pueblo, y corrió unas tierras a campo traviesa, seguido por los alguaciles, y en el campo puso unos listones que decían Dunloup, Dunloup. El santo y seña, claro. Y el alcalde le detuvo.

Yo no puedo contener la risa. Pero los contertulios miran enojados y hago de tripas corazón para seguir el descubrimiento de los ramales revolucionarios en el pueblecillo. Don Jacobo me mira compasivamente dando a entender que no tengo experiencia suficiente para comprender la trascendencia de ciertas claves. Porque sucedió en efecto, que un francés vino a colonizar anunciadores de los automóviles Dunloup y que fue vigilado y encarcelado hasta que el gobernador de la provincia, sabedor del caso, soltó una filípica al alcalde, hechura de don Jacobo, ordenándole que dejara en libertad al extranjero. Mas para estos hombres –los ricos, los pudientes de la población– el gobernador también estaba vendido al oro francés, pues así que los listones anunciadores se vieron sobre las tierras, Luis, el obrero socialista, y ocho mujeres salieron amenazadoramente por las calles pidiendo la rebaja del pan.

– Indudable: "post hoc, ergo proter hoc"[268] –comenta pedantescamente Joaquín el seminarista.

– ¡Mucho! –agrega, no sé si en broma o en serio, el señor Pérez del Comité romanonista.

– Si el pan estaba caro –digo a don Jacobo para calmarlo– era lógica la actitud de Luis y de las mujeres.

– ¡El pan nunca está caro! –grita y con voz de trueno don Jacobo. –¡Estas bromas tuyas contra la propiedad no deben tolerarse!

En efecto: no se puede tocar el pan. Es intangible el pan en este pueblo. Es más, mi situación en la polémica puede ser sospechosa. Nadie sabe que simpatizo con los revoltosos: no llegan más diarios al pueblecito que "El Debate" y "ABC". Además, cuando les digo que soy francófilo, lo echan a broma, porque ellos no comprenden que nadie deje de ser germanófilo. La broma contra el pan es demasiado seria para que la perdonen.

Seguimos hablando de agosto, de la guerra, de Cierva, de todos los acontecimientos del año de gracia en que vivimos. Se habla de "El Sol" por incidencia:

– Ese periódico es yanqui –afirma don Jacobo.

Me permito dudarlo y defender levemente a los amigos de "El Sol".

– ¡A mí me consta! –grita don Jacobo.

Una cosa que le conste a don Jacobo –¡un hombre tan rico!– es de todo punto irrefutable. Me resigno ante la certidumbre de don Jacobo. Se habla luego de Soissons, del cañón de largo

[268] Después de esto, a consecuencia esto otro. Adagio latino que infiere (casi siempre falsamente) que un suceso es la causa y motivo de otro subsiguiente.

alcance –¡qué tíos!– de los cuatro soldaduchos americanos, de la corrupción de París, de la religiosidad del Kaiser, del talento de Pradera y de ese pobre Indalecio Prieto que quiso discutir con Pradera.

Ya no trato tampoco de insinuar una defensa del amigo Prieto. Aunque ninguno de sus amigos se lo hayamos conocido, Prieto es otro de los vendidos al oro francés.

Siguen croando los sapos a la caída de la tarde. Siguen dialogando. Yo me he permitido traer a estas páginas, sin quitar ni poner tilde, un diálogo "auténtico", revelador del modo de pensar, a estas alturas, de unos cuantos hombres de la meseta, para los que las ideas todas son objeto de comercio y la guerra un regocijado deporte taurino. Siguen croando los sapos de esta charca, de este pobre rincón castellano en la rebotica...

Anochece... Salen a relucir unos mapas de guerra. Nos descubrimos al paso de una procesión. El notario ha decorado los balcones con unas banderitas de los Imperios Centrales. El predicador acaba de decir que los pobrecitos franceses están tan exhaustos que ya han pedido auxilio a la China. Pasan los clérigos cantando una salmodiosa melopea; se encienden las primeras luces; llega hasta nosotros el rumor del río. Nos refugiamos en el Casino:

– ¡Este Azpeitia es un tío! –me decía radiante de gozo un pobre estudiante que acaba de dejar sus pesetas al "bacarrat".

Replico que sí al futuro alcalde de mi pueblo. Se enfrasca en una discusión estratégica. Le dejo con la palabra en la boca. Y pienso en la urgencia, de hacer un raspado en el cerebro y en el corazón de estos hombres abotargados para que puedan concebir y sentir algo que les desligue de su posición tristísima "conservadora", recelosa, de los hombres, de las guerras, de los periodistas que no escriben en "ABC", y de los que anuncian los automóviles Dunloup en los barbechos.

La Publicidad (15-08-1918)

Más sobre el germanismo

Un editor madrileño, director de la *Biblioteca Nueva*, el señor Ruiz Castillo, que me ha encomendado la tarea de confeccionar un libro donde se condensan las ideas político sociales de Ricardo Macías Picavea, me ha obligado, naturalmente, a familiarizarme con el pensamiento del catedrático de Valladolid en torno a la decadencia española. La tesis de nuestro autor es análoga a la que han formulado por distintos caminos Cánovas, Unamuno, Maragall, Sellés, Santos Oliver y otros entre los españoles, y Croce, Heune y otros historiadores extranjeros. La evolución española marca su decadencia con el entronizamiento de los Austrias. El morbo germánico chupa la savia nacional, absorbiéndola y escamotea el carácter castizo de nuestro suelo, dejando en su lugar todos los defectos de la germanía. Ya he tenido ocasión, en las páginas de *La Publicidad*, de referirme a ese fenómeno tan agudamente estudiado por el profesor de Valladolid, y hoy quiero remachar e insistir sobre sus puntos de vista, que tan viva luz arrojan sobre la actitud de tantos pobres españoles con relación a la guerra.

La muerte del príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, criado por su madre, Doña Isabel, para sucederla en el trono de las Españas, marca ya el principio de esta decadencia. De haber vivido Don Juan la raza de Doña Isabel hubiera continuado dando reyes a castellanos y aragoneses, por descendencia directa, sabe Dios hasta cuándo y nos hubiera alejado de las empresas caballerescas a que nos llevaron las ambiciones de los flamencos. De los dos hijos de Felipe el Hermoso y de Doña Juana la Loca, Carlos, que fue educado en Alemania y que no hablaba el castellano, vino a Castilla, y Fernando, que no había salido de Castilla y que desconocía el alemán, fue a reinar a Bohemia y Hungría. Lo efímero de su reinado no dejó en aquellos países española influencia, y, en cambio, la vanidad imperial de su hermano Carlos, su amor al dinero, su consideración de que España debía sufragarle los gastos de su ornato y pompa imperiales, le llevaron a atropellar a Cisneros, a convertir los procuradores de Cortes en simples acreedores y a la nación en una finca explotable, a levantar rollos en Castilla y acabar con sus libertades en Villalar, a orientar, en fin, su política hacia el teutonismo, del que no hemos sabido, querido o podido desprendernos todavía.

Para Macías, el teutonismo o germanismo es sencillamente el imperialismo, el cultivo de la fuerza, el ansia de dominación material, el caudillaje, la incultura. Y hay que convenir, en

efecto, que su definición no puede ser más rigurosamente histórica. El Imperio lo funda Carlo Magno, lo restaura Otón el Grande y lo continúan tenazmente sus sucesores hasta el mismo Carlos V de Alemania y I de España. Y el imperialismo es el ensueño de resurrección de Roma en su autoridad y en su territorio; la manía de llamarse continuador de la obra de los Constantinos y de los Teodosios; el ansia de sobrepujar la autoridad de los príncipes y de los Pontífices romanos, «la supervivencia –añade nuestro autor– del *quod principi plecuit lex*[269], sobreponiéndose al autonomismo fragmentario que constituía la genial y espontánea manera de la Edad Media». Y a estos factores constitutivos del imperialismo suma nuestro buen Macías la exacerbación del cristianismo medioeval en Alemania, y la impotencia del estado llano para regirse allá libremente, con objeto de trazarse un vasto cuadro de la política interior y exterior germana que incorporan a nuestra España los alemanes Carlos I y Felipe II.

Y España no logra ya desprenderse nunca de este morbo. Sus actos de protesta contra la extranjería son esporádicos e intermitentes. Para oponerse al despojo del Emperador y de sus favoritos, en el reinado de Don Carlos, se levantan los consumeros[270]. Pero se levantan sin guía, sin dirección, caminando de fracaso en fracaso, sin que Zamora se entienda con Toledo, ni Salamanca con Segovia, ni los obispos con los seglares, ni los labradores con los diputados agraviados en la Coruña. Y ese movimiento popular se acaba lamentablemente en Villalar ante la cuchilla del verdugo.

La segunda acometida contra el germanismo estaba encomendada históricamente a los Borbones; pero los Borbones, franceses, se encontraron, de manos a boca, con un montón de ruinas, Felipe V afrancesó nuestras clases medias, Carlos III da un paso más; los Aranda, los Floridablanca y los Campomanes le secundan. Claro está que nada mejor que el pensamiento francés para acabar con el germanismo; pero al estallar la Revolución tenemos en el trono a un cretino del calibre de Carlos IV, que se asusta y provoca por contragolpe la reacción borbónica. Y [tras] la muerte de Carlos, su hijo, el miserable Fernando VII se pone a sueldo de Napoleón, y vuelve el pueblo a servir los intereses de las dinastías, y no estas los del pueblo, como sucede en el rápido, fugacísimo, reinado del gran Carlos III.

Nuestro liberalismo –llamémosle así– es la última y más reciente batida del pueblo español contra el germanismo, que se apodera de los Borbones, más hijos espirituales, desde Carlos IV, de los Austrias que de los Duques de Anjou. El liberalismo español comienza en las Cortes de Cádiz y acaba en la aprobación de la ley contra el espionaje. Nuestros liberales arramblan con la cáscara y dejan intacto el frito. Una epidermis demagógica cubre un esqueleto de sedimentación cesarista. Aplauden la libertad de cultos y conservan la unidad católica. Odian el estudio y se columpian en la retórica. Leguleyos, terratenientes, empleaditos caseros y modosos, hacen una revolución sin tocar la base económica, y echan a una reina para vitorear años después al retoño que nos trae un general afortunado. Y fracasa el intento liberal, porque de liberal no tiene más que el nombre. Liberalismo de clase media el nuestro –de clase media inculta, pobre, que envidia al magnate y desprecia al pueblo– se domestica bien pronto ante solicitaciones palaciegas. Y fracasa la última intentona.

La pérdida de nuestras colonias, tan justa, tan providencial, tan necesaria para que España hubiera entrado en nuevos derroteros, nos amilanó; pero no nos quitó las raíces de nuestro imperialismo ni nos convenció de nuestra ineptitud de colonizadores. Pocos años después, alguien pensó en Portugal. Ahora mismo estamos metidos de patitas en esa aventura imperialista de Marruecos, sin que al pueblo se le alcance razón alguna de la necesidad de nuestra expansión conquistadora.

Y aquí está, en fin; la guerra europea sin que logre alumbrar nuestra conciencia nacional. Nuestra postura no puede ser más imperialista, dígase lo que se quiera. Nuestros germanófilos –que son legión– no conciben otra gloria para los pueblos que la conquista, ni otra conquista que la puramente militar, ni misión más digna que la de cruzarse de brazos esperando de Alemania compensaciones (¡), que ni ellos mismos son capaces de definir ni de concretar a ciencia cierta. Nuestra concepción política sigue siendo la misma de un Felipe II en las clases medias y la de un Fernando VII –¡tanto monta!– en las capas altas. Nuestra petulancia imperialista enfila la política internacional con relación a nuestras cuentas caseras y no hay estadista español

[269] "quod principi placuit lex": lo que complace al príncipe, es ley.
[270] Así en el original por "comuneros".

capaz de orientar España hacia el mundo, ya que eso de encadenar el mundo a España es un puro dislate.

Sigue en pie, tan corriente y moliente, nuestro germanismo. Digan lo que quieran los radicales, la germanofilia es naturalmente casera y española. El peso de una tradición muerta nos une espiritualmente con Turquía. Nuestros manuales de historia patriotera culminan, para decirlo pronto, en los discursos de Mella, en las disertaciones de Salaverría, en los dramas de Benavente, en los sermones de los curas, en las proclamas de las Juntas de Defensa, en todo lo castizamente nacional que quisiéramos ver definitivamente enterrado unos cuantos locos y descastados.

Iberia (17-08-1918)

Dos arias

El aria de Alcalá

«Aun cuando creo, por el misterio y aparato de las deliberaciones, que las horas son inquietantes, mi vista encuentra asideros de esperanza.» Asideros de esperanza encuentra la vista de don Niceto en estas horas inquietantes, tropos de jamona sobada su estilito retrechero y órdenes terminantes de no insistir en la amenaza del atentado personal contra el señor Dato su compinche Curro, Curro Gómez Hidalgo, el director de *El Día*. Y este cursi tremendo, el político zascandil por excelencia, el ministro de Fomento al que no le cabía una pobre calzada vecinal en su caletre,

. . . . . (CENSURADO) . . . . . .

se estiraba los puñitos inmaculados pidiendo a los fotógrafos que le retratasen a la salida de los Consejos, acaba de cantar su aria, la más lamentable, la más pobre, entre gorgoritos y ahogos, y sudores y congojas, sin que nadie le haga caso, tratando de luchar vanamente para que sus párrafos tengan resonancia, con el ocio agosteño, que infla las naderías en los papeles públicos, a falta de sucesos de mayor actualidad.

Nadie piensa en el intervencionismo, y hasta ahora los alemanes solamente habían logrado de sus plumíferos y gacetilleros que luchasen, arma al brazo, contra peligros imaginarios. Pero a ningún político de solvencia reconocida se le podía ocurrir que la nota a Alemania fuese una aventura peligrosa, sino una defensa modestísima de nuestra soberanía

. . . . . (CENSURADO) . . . . . .

Se trata, por el contrario, de cortar enojosas intervenciones y de recobrar la plenitud de nuestras iniciativas

. . . . . (CENSURADO) . . . . . .

¡Pobre don Niceto! De ayo renegado de Romanones, de muchacho listo capaz de sacar Notable sin recomendaciones en Derecho Administrativo, pasa a *clown* del corro y a charlatán de feria, definiendo cosas que no entiende y encrespándose como gallo de corral ajeno ante la letra que, a doce meses vista, comienza a cobrar en la opinión pública ese odiado cojo, que decía de él, de Niceto, que a lo sumo podía llegar, el día que se cortase mejor los trajes y se adobase con más elegancia los ricitos, a Subsecretario de la Presidencia. Y Niceto, ex ministro, fulmina, apostrofa, sentencia, condena y juzga sin apelación, sin darse cata, por un momento, de lo ridículo de su actitud, de lo antipatriótico de su apostura y de la terrible plebeyez de su gesto.

Está bien que cobre la minuta y que diga su aria arrimándose a las candilejas. Pero ¡tanto manotazo...!

¿O es que este pobre tonto cree, como ese Vázquez de Mella, al que tanto admira, que sus palabras se comentan en Berlín y que sus declaraciones puedan crear tensión en las cancillerías?

Todo es posible en un hombre como este que los días de crisis espera vestido de uniforme, en su casa, a que le llamen a jurar.

El aria de Mella

También Mella, al cobijo del pórtico de la gloria de Compostela, al lado de la estupenda plaza de la Quintana, ha lanzado su gorgorito de verano ante la holganza estival. Un gorgorito de fósil, de fraile de Edad Media, de consejero secreto de Carlos I, de inquisidor de Felipe II, de taumaturgo de Carlos II el Hechizado. Un gorgorito de adivino y de profeta... Mella, cantor de la unidad de la patria, sale ahora por peteneras federalistas, substituye las cuestiones teológicas

de Santo Tomás de Aquino por los versos de su pariente Curros Enríquez –¡las veces que le llamará bobo, desde su tumba, el poeta de Celanova!– y con su manía de echarlo todo a barato este solemne holgazán que no sabe leer con calma dos horas seguidas, levanta un monumento de estupidez política y de ignorancia enciclopédica ante los santiagueses, que ya comienzan a darse cata de que don Juan es un ilustre camello, maestro del confusionismo y de la farsa.

Así lo decían, al menos, los alemanes, hace ya cinco años. El periodista Schmöller escribía en el *Berliner Tagleball* del 15 de junio de 1913 esta semblanza del orador asturiano; que no tiene desperdicio: «En el Congreso de Diputados he conocido al orador Vázquez, jefe de los jaimistas de España, que goza de bastante predicamento entre curas y beatas y demás ignorantes supinos de la nación. Es un hombre alto, gordo, colorado y nervioso, que tiene bastante mayor agilidad en los órganos bucales que en las celdillas del cerebro. Por mucho que le oigáis, no aprenderéis jamás una idea de entre el fárrago verdaderamente mareante de sus palabras. Es un pobre necio, tipo nacional de lo que puede deprimir la educación falsamente universitaria y académica a los jóvenes. Le vi discutir con el finado Canalejas, y Vázquez hacía historia de un folletón por entregas, a propósito de un casamiento que él suponía concertado entre la princesa de Asturias y el duque de Madrid. Y las prendas morales de Vázquez no son de inferior calidad a las de su devoción a la verdad, de la cual ha sido evidentemente un apóstata Vázquez. No goza fama de veraz, y así se lo dijo Canalejas, sin que la Cámara se conmoviese; antes al contrario, los diputados, que estaban en el secreto, se sonreían.»

¿Por qué no imprime este texto el señor príncipe de Ratibor ante la edición que preparan los alemanes del discurso-resumen del señor Mella en la semana regionalista de Santiago de Galicia?

Iberia (24-08-1918)

Crónica de la semana

Las huelgas de Sevilla

Hemos vuelto, poco a poco, al mes de marzo de 1917. Huelgas en todas partes sin un motivo público que las justifique; diarios trogloditas que las jalean y que escriben muy serios –¡ellos!– de la santidad de las reivindicaciones obreras; el partido socialista que declara noblemente que nada tiene que ver en la organización de las algaradas actuales; actividad inusitada en las imprentas alemanas con pasquines hablando de los honores de una intervención en la que nadie piensa y de un patriotismo regado con cerveza y con salchichas muniquesas, baboso y con tendencias al regoldeo sentimental; la gusanera sindicalista moviéndose de nuevo al impulso de fuerzas subterráneas y desconocidas.

Estos pobres agentes del desorden son de una simplicidad y de una bobaliconería que dan compasión. Repiten los procedimientos, pero no saben renovarlos. Ayer, la cabeza de Romanones; hoy, la de Dato. Ayer, la distribución geográfica del desorden en las ciudades más apartadas; hoy, la misma distribución. Ayer, el infundio en los puertos veraniegos, el desplante, la chulería; hoy, la misma maniobra de las masas trogloditas amenazando con las partidas montaraces y con las bombas de dinamita. Sería cosa de oír las conversaciones que tengan al oído los ministros en los Consejos.

La censura

Y la censura, al fin. La censura que, por esta vez, ha de resultar, a pesar de su origen simpático, muy poco ministerial. Porque ya sabemos todos que los señores revoltosos son unos enanos de la venta; que el artefacto ese de la intervención es un retablo de Maese Pedro en el que hace de titiritero el de siempre, de mono don Torcuato y de muecos los carlistas sin trabucos y los sindicalistas sin bombas, pero con hambre

. . . . . (CENSURADO) . . . . . .

El dinero se está acabando por momentos. Ciertos beligerantes, convencidos de que eso de la victoria es un sueño más, comienzan mansamente a capitular. Y por miedo, por codicia, por prudencia, por lo que sea, en la familia comienzan las discusiones, y los que hace días pedían la cabeza de Dato han sido ya despedidos de la caja para que no comprometan demasiado.

Iberia (31-08-1918)

Todavía más sobre el germanismo

Para Darío Benito

Un querido amigo mío de la niñez, muy inteligente y agudo, me escribe una interesante carta hablándome del germanismo. A pesar de vivir en plena meseta castellana, vivero de holganzas, se complace en dejarse asaltar por inquietudes espirituales y el tema del germanismo, tan hondo y complejo para el que quiera estudiar el sedimento que ha dejado la tradición histórica en el alma española actual, le lleva a buscar la clave que le explique el «por qué habiendo tenido España una época de apogeo, lleve tanto tiempo a la zaga de los pueblos que se llaman hoy civilizados». Y se le ocurren alrededor del tema una serie de sugestiones y puntos de vista que importa recoger.

Sospecha mi amigo, y sospecha bien por las trazas, que el ideal que sirvió para fundir las distintas civilizaciones peninsulares fue el ideal de la reconquista, y que lograda esta los lazos se aflojaron de tal suerte que «cada cual –valga la frase– tiró por su lado». Y es natural que así fuera porque España era una federación de pueblos o de nacionalidades en germen. Al unirse las coronas de Aragón y de Castilla, al perseguir Fernando e Isabel las demasías de los nobles, democratizaron y ampliaron las libertades públicas para asegurar la corona. Con ellos, el poder real hubiera sido inseparable de las libertades municipales. Pero con Felipe el Hermoso, y más concretamente con su hijo el flamenco Carlos, el Imperio tiene que mantenerse a expensas de la libertad concejil y del erario de los pueblos y de la corrupción de los Procuradores y del ideal bruto de conquista, y de sana religión política al servicio del imperialismo, y la evolución natural que seguramente hubiera seguido España sin la influencia austriaca –federalismo municipal, colectivismo, democracia basada en la distribución de las tierras– se paralizó de pronto con una organización artificiosa y cesarista, militar y aventurera, hampona y servilmente grotesca.

La influencia del germanismo no solamente se observa en nuestros ordenamientos legales y en nuestras costumbres, sino también en toda nuestra literatura. La alegría, sana, llana, democrática, que culmina, por ejemplo, en la tragicomedia de Calixto y Melibea se trueca en tristeza y resignación en el Quijote. Los escasos chispazos del Renacimiento que ve nuestro país –con Carlos V, Luis Vives, Boscán, Garcilaso– se pierden inmediatamente en el reinado de Felipe II. Del castillo de la Mota de Medina del Campo, sepulcro de Isabel, pasamos al Escorial, montón de escorias; de Santa Teresa a Sor María de Ágreda, de Fray Luis de León a Fray Luis de Granada. Con la muerte de Felipe II retoñan el favoritismo –iniciado ya por su padre con Xebres–, la privanza, la inmoralidad. Hasta los mejores representantes de la nueva casta como Rodrigo Calderón, el pobre Marqués de Siete Iglesias, llevan en sus venas sangre alemana. La picardía nace en las letras con el germanismo. Rinconete y Cortadillo entroncan en su aparición con los vástagos coronados de Maximiliano, y la burla malsana, que es entre nosotros elemento exótico, comienza a cultivarse así que, muerto Felipe II, caen los reinos de España en idiotas embrutecidos por la grosería mental más espantosa.

Advierte mi amigo que la falta de ética política, de desdén por las cosas públicas, de la división de moral pública y moral privada, arranca para él de la entronización del germanismo. Nada más exacto. Nuestros concejos abiertos, nuestras parroquias, nuestras juntas, hermandades y cabildos municipales, no toleran broncas en este sentido. De Carlos V nacen el profesionalismo político, el odio al recaudador de gabelas y tributos, la desmoralización de los concejos por los alcaides y corregidores, la holganza cortesana, el odio a la tierra y el aventurerismo. Los pueblos más dados a él entonces, como Extremadura, son los más postrados hoy. Y los que pueden sustraerse al influjo de la corrupción germana, por su fuerte tradición latina como Cataluña, son los que hoy dan señales de pudor y decoro colectivos.

Y mi amigo concluye con una penosa reflexión: «De aquella época es algo, más que algo, del imperialismo que padecemos, y lo chocante del caso es que mientras otros pueden permitirse el lujo de tener esos malos pensamientos, nosotros no pudimos, ni podemos, ni podremos apoyarlos en nada». La reflexión es exacta, y de los dos últimos intentos imperialistas, el de Portugal y el de Marruecos, sólo este último ha salido a la superficie para beneficio de una casta, más poderosa en su influencia que el Régimen caduco que soñaba, en nuestros mismos días, con la conquista de Portugal. Todo pueblo de conquistadores profesionales es pueblo de miedosos, de profesión también, y lo notable del caso es que cuando en marzo soñaba la tierra con un triunfo alemán inmediato, volvíamos a la vieja política militar, copiando los modelos germanistas por la semilla que de ellos hemos dejado... en Méjico.

Pero de la guerra actual saldrá una inmensa reacción contra este terrible escamoteo histórico que nos ha hecho llamar glorias a las vergüenzas y tradición castiza al exotismo impuesto por el hampa flamenca.

Mi amigo espera –y yo con él– que la Providencia, en colaboración con Foch[271], ha de limpiarnos de la ponzoña que llevamos dentro.

Iberia (07-09-1918)

Glosas de la semana[272]

Nazareth

Las tropas cristianas han recuperado Nazareth, deshaciendo el ejército turco y acabando, por las trazas, con su hegemonía militar en Asia...

Nuestros trogloditas no han juzgado prudente echar las campanas a vuelo por este suceso. ¿Qué les importa Jesús de Nazareth, ni el Monte Carmelo, ni Bethania, ni esta Cruzada, mayor que la de Ricardo Corazón de León, a nuestros trogloditas, más turcófilos que germanófilos todavía, digan ellos lo que quieran? Y el regocijo de nuestros obispos por la completa liberación de los Sagrados Lugares, ¿dónde está? ¿Dónde las pastorales que rezumen alegría santa, dónde las plegarias confortadoras, dónde los laudes y los Te-Deum, henchidos de entusiasmo y de gozo cristianos? Nuestros trogloditas carlistas son antes trogloditas que carlistas, ya que don Jaime, prisionero de los austriacos, odiado por el Káiser, perseguido por aquel perro de presa que se llamó Bismarck, no les aprueba, ni les alienta, ni les estimula en sus berridos cavernarios, traducción literal del *¡Deustchland Über Alles!* La caverna, sobre todo. Y nuestros trogloditas católicos son igualmente antes trogloditas que católicos. Libertado Nazareth, ellos lamentan que los turcos no sigan apaleando a los cristianos a las mismas puertas del Templo de la Anunciación, y que los alemanes no puedan seguir extirpando la «superstición rumana», que dijo el Káiser, de los oteros y valles del Monte Carmelo.

Es ridículo, es triste, el espectáculo de nuestros bárbaros de las cavernas de nuestros católicos de la época del mamouth. Es igualmente triste que sus pastores, los obispos, no puedan meterles en cintura. Ante las Cruzadas redivivas y contemporáneas, ante el general Allemby –inglés como Ricardo–

. . . . . (CENSURADO) . . . . . .

Y asesinarían a Cervantes, además de dejarle manco. Y dejarían estéril la obra de Iñigo de Loyola. Y entregarían a Teresa de Jesús con su hermano Rodrigo a los hachazos de los luteranos.

Si Jesús tornase a resucitar en Belén, pediría a su Padre, seguramente, protección contra los españoles trogloditas, ...(CENSURADO) . . . . . .

Pradera y los yanquis

Pradera no puede ver a los yanquis. Ni a los regionalistas. Ni a los franceses. Pradera se extraña de que haya espíritus superficiales que digan que los Estados Unidos van a implantar el Derecho y la Libertad en los escombros de Europa.

Un amigo mío, navarro, ha tenido la feliz ocurrencia de enviarme el discurso íntegro que el charlatán sacamuelas del jaimismo acaba de pronunciar en los Juegos Florales de Pamplona... Es una deliciosa pieza oratoria la de ese badulaque, engreído de su propia ignorancia y soberbio como un asno montaraz. El discurso tiene un valor extraordinario. Es el pensamiento colectivo de todos los que no piensan en derredor del momento actual. Es el flato producido por el ácido carbónico de las palabras triviales y cuñas. Es el canto en bruto de los que no han oído nunca, en silencio, el ritmo interior de su espíritu.

El día que se escriba la historia vergonzosa de estos últimos años, nos asombraremos de que a hombres de la contextura amental y antiespiritual de Mella, de Pradera, de Armando Guerra y de otros mastodontes análogos, les hayan oído, boquiabiertas y suspensas, las multitudes. Se necesita tener los sentidos cerrados a cal y canto para decir lo que dicen. Se necesita toda la

[271] Ferdinand Jean Marie Foch (1851 – 1929). Mariscal francés, comandante en jefe de los ejércitos Aliados durante la Primera Guerra Mundial.

[272] Existen varios artículos con este mismo título, aunque distinto contenido publicados, todos ellos, en la revista *Iberia* (O.C. Tomo III, páginas 314, 318, 320, 322, 325, 327 y 330).

barbarie de la humanidad, acumulada y en bloque, para producir semejantes tipos de aberración cerebral. Nos avergonzaremos algún día de que sean producto del ambiente español contemporáneo y podremos estudiar a nuestro sabor la ignorancia, la vileza, la incomprensión y la ausencia de espiritualidad de nuestro pueblo en esas soflamas que parecen construidas para presidir una fiesta de pólvora en una kábila del Riff o unas matanzas religiosas entre antropófagos escondidos en lo más hondo e inexplorado de los rincones africanos.

Iberia (05 10 18)

La trayectoria americana

«Los americanos no pueden hablar de libertad después de habernos arrebatado Cuba».
(El clown Pradera en el «Circo de Pamplona»)

«Si los americanos vencen, Europa se convertirá en una colonia americana».
(El payaso Vázquez de Mella en el «Circo de Santiago»)

Nuestro amigo, Claudio Ametlla, ha afirmado recientemente, en estas queridas páginas de IBERIA, que existen todavía aliadófilos que no han podido comprender «el espíritu generoso y justiciero que ha impelido a Norteamérica a intervenir en la gran contienda». Flota, en efecto, sobre el espíritu de esos amigos nuestros –y no hay que decir que también sobre el de los honrados y alcornoqueños trogloditas– la sombra de un equívoco: el de la gloriosa y fecunda intervención de Norteamérica en las últimas colonias españolas. La vieja Prensa madrileña de hace veinte años, los intereses dinásticos y la terrible ineducación política española no acertaron a ver que los Estados Unidos, al mismo tiempo que libertaban a las colonias de la Metrópoli, libertaban a esta también, a nuestra patria, descargándola del peso de aquéllas. Quisimos proyectar, sencillamente, la sombra de nuestra desaprensión colectiva sobre una raza fuerte y nueva. Nuestra rapacería colonial tuvo su sanción en el gesto de aquel gran pueblo, impidiendo que confundiéramos las colonias con las penitenciarías. Y al tratar de echar en cara a los yanquis aquella intervención, no ven muchos que nos manchamos con las pellas del propio barro y que las injurias que vierten sobre ellos los cerebros irresponsables de un Pradera o de un Vázquez de Mella rebotan inexorablemente sobre nosotros.

Con la intervención en Cuba de los Estados Unidos comienza la trayectoria democrática del gran pueblo. Monroe derrota a Weyler, y Wilson derrota, de una vez, a los dos. Cada pueblo es dueño de sus destinos; pero los pueblos todos se deben a la humanidad. América ha dejado de ser para los americanos, ofreciéndose en holocausto a todos los hombres. Los pueblos no pueden ser patrimonio de las dinastías, ni de los poderes irresponsables y secretos. La diplomacia cesa de ser un pasatiempo de rapaces y de tontos. Los pueblos son muy dueños de arreglar sus destinos interiores, siempre que no lesionen las conquistas democráticas de la humanidad. Contra los esclavos se impone siempre la intervención de los libres. Al derecho de la fuerza se opone la fuerza del derecho. Estos postulados wilsonianos, enterrados antes en los tratados de derecho natural, tendrán, en adelante, una eficacia vital y efectiva.

Y como el gesto de los Estados Unidos es único en la historia, como su intervención está llena de pureza y de desinterés, es natural que no sea enteramente comprendido entre nosotros. Nuestra historia política está orientada todavía hacia el imperialismo. Nuestra patriotería se confunde aún con la servidumbre dinástica. Nuestros hombres de Estado, bobos o ineptos, o ambas cosas a la vez, como es lo más frecuente, siguen obstinados en creer que las concepciones viejas del derecho internacional subsisten todavía y no han sabido oír el rumor y el estrépito de sus muros al derrumbarse.

Hay en los discursos de este sencillo profesor de Derecho de la Columbia University, hay en las palabras de este Wodrow Wilson, una claridad, una sencillez, una seguridad en las propias convicciones, que no han sido jamás superadas por ningún otro conductor de pueblos. Habría que remontarse a Jesús y a sus parábolas para oír algo que sonase tan gratamente en el corazón y en el cerebro de los hombres. Sus famosos catorce puntos serán, desde hoy en adelante, el decálogo de la democracia, el puntal de los pueblos libres y la seguridad de la existencia de todas las razas.

Y esos aliadófilos *sospechosos* que confunden a Wilson con cualquier charlatán de feria de nuestro pueblo, y esos honrados trogloditas que no quieren olvidar que Cuba está bien perdida y que tenía el mismo derecho a la soberanía que cualquier otro pueblo, no saben, en la inmensidad de su inconsciencia, el daño que hacen a los destinos futuros de esta pobre España nuestra, víctima de todas las torpezas y alcázar de todos los crímenes políticos. La comprensión total, la devoción absoluta de las fuerzas directoras del país a la palabra de Wilson y a la actitud de Norteamérica, despejarían de nuestro suelo todos los horrores y todos los tanteos de la postguerra. Dentro del idearium wilsoniano tienen excelente cabida nuestras pretensiones para intervenir en el momento de la paz. En los catorce puntos del presidente americano pueden encontrar excelente apoyo las reivindicaciones irrendentistas de nuestros germanófilos. ¡Pero estos son tan brutos que no se han dado cata de ello todavía!

Si el momento no fuera verdaderamente trágico, sería cosa de reír a mandíbula batiente con las payasadas que surgen de las honradas masas de la boina y del trabuco en derredor de un hombre modesto, de un sencillo catedrático de Derecho, que impone sus principios a los reyes del viejo continente. Norteamérica pasó por Cuba para libertarla; Norteamérica pasa hoy por Europa para libertarla también de sus prejuicios y para descargarla del peso de sus propias culpas. He aquí la trayectoria de la intervención americana, con el permiso del señor censor, de este señor censor que tanto nos distingue y a cuyas gentilezas no sabemos nunca como hemos de corresponder.

Iberia (12-10-1918)

El momento de la paz

«Le germain est impertinent dans le succés, mais il s'effondre dans l'adversité»[273].
(ABATE WETTERLÉ, ex diputado por Alsacia-Lorena en el Reichstag)

– ¿Pero es posible que Wilson no se haya decidido a firmar la paz? –me pregunta, angustiado, un germanófilo.

– Pero ¿es posible que la aceptase? –le replico–. ¡No, no, la paz no está todavía madura aún; los pueblos no están preparados para recibirla! El intento del príncipe Máximo de Baden es, sencillamente, la iniciación de una era para que los espíritus piensen en la paz; pero no es ni puede ser la paz todavía, porque un grupo de beligerantes ni la comprende, ni la siente a la hora de ahora. No la siente Alemania porque se lo impiden sus generales, sus pensadores, sus filósofos y sus fabricantes. No la comprenden sus generales porque piensan en el botín, ni sus pensadores porque todavía tienen un concepto patrimonial de las naciones, ni sus fabricantes porque no saben atentar contra sus propios intereses. Hasta que Alemania no sea pueblo, no puede sentir la paz. Los que se llaman sus órganos representativos y sus elementos directores escamotean y disfrazan los dictados de su propia razón y los intereses de su propia vida. Alemania *no es, no existe* todavía; políticamente, está mediatizada por un César de opereta y por un Estado Mayor irresponsable ante el país. Alemania...

– ¡Pero si el canciller acepta los catorce puntos de vista de Wilson y no se muestra, al parecer, insensible a la ideología de los pueblos aliados!...

– ¿Usted no acierta a explicarse que todavía Alemania no es sujeto de derecho para los pueblos aliados? Alemania, dentro del pensamiento de Wilson, es el Káiser, y el Kronprinz[274], y un Estado Mayor irresponsable, y un simulacro el Reichstag, y una burla de partidos, y todo junto, partidos, Parlamento, Estado Mayor, Kronprinz y Káiser, una monstruosidad que vive fuera del derecho común, y del derecho de gentes, con la cual no puede pactarse concierto alguno. Esa Alemania, que vive al margen del derecho, pide la paz. Para Wilson, para los pueblos libres, esa Alemania, que ha violado los postulados más elementales de la humanidad, de la civilización, de la cultura, que saqueó Bélgica, que prostituyó Rusia, que incendió el Norte de Francia, es una banda de apaches que no ofrece garantías de ninguna clase para tratar con ella. Provisionalmente, habrá que cortarle las uñas para que no arañe; y para que no cocee, las pezuñas; y para que no mienta, la lengua; y los brazos, para inutilizarla en el saqueo. Ahora bien; ¿eso re-

[273] El alemán es impertinente en el éxito, pero se derrumba en la adversidad.
[274] Príncipe.

presenta Alemania o no? Si la representa, ¿cómo va a discutirse seriamente su falta de formalidad? Si no la representa, ¿qué puede concertarse con un pueblo que no sabe saltar por encima de sus falsos representantes? El problema, para Wilson, para los aliados, es ese, políticamente, y no puede ser otro. Para las naciones guerreras, para las naciones patrimonio de príncipes, la paz viene automáticamente con la derrota de un ejército. Para los pueblos civilizados, para las comunidades jurídicas, para la paz wilsoniana, la paz presupone, por el contrario, no el quebrantamiento, sino la reconstrucción del alma nacional, del ideal colectivo de los pueblos. Para una paz de democracias, es claro que Alemania tiene que ser una democracia más. Hasta ese momento, señor mío, hasta ese momento...

– Pero Alemania –me replican– tiene sus órganos de expresión. Precisamente, acaba de dar un paso en ese sentido: no me negará usted que el príncipe de Baden gobierna con los partidos de la mayoría.

– No creo en unos órganos de expresión, que, para manifestarse, necesitan beber sus inspiraciones en el Cuartel General. ¡Donosa burla es esa que habrá sido acogida entre carcajadas por los pueblos enemigos! Es más: aun obrando con toda nobleza y con toda rectitud el Canciller personalmente, no puede evitar que su gestión deje de ser un *capolavoro*[275] de perfidia y de simulación. ¡Tal es la fuerza de las cosas! Ocultando la humillación del que pide, envuelve su solicitud en el tono despótico del que ofrece. Diciendo aceptar los puntos de Wilson, señala la intangibilidad de los tratados concertados en Oriente. Alardeando de respeto a la soberanía ajena, señala tímidamente su resolución de seguir fomentando la anarquía entre los rusos. Alemania, indudablemente, habla un lenguaje ininteligible para la formalidad y para el derecho. Hasta puede sospecharse que Alemania ha pedido la paz, a sabiendas de que no se la conceden, para que el pueblo descargue mañana en el Reichstag los palos que dirigía al Gran Cuartel General.

– ¡Hombre, hombre! A usted le ciega, sin duda, la pasión. ¡La paz es tan hermosa!

– ¡Hermosísima, amigo mío! Lo que ocurre es que no me gustan los cantos pacifistas de los que se liaron a cintarazos con el mundo. Es la parte grotesca de la sensibilidad alemana en estos momentos. ¿Qué diría usted del bandolero que asaltándole la casa, desvalijándole la caja de valores y asesinándole a su mujer, hiciese protestas, en el momento de cogerle usted por el cuello, de su amor al orden, a la propiedad, al honor?

– ¡Hombre, reírme!...

– ¡No, no se reiría usted! Como no se ríen ahora los pueblos de la Entente de la proposición alemana. Desconfiaría usted, que es lo humano, y se prevendría usted contra posibles y desagradables consecuencias, apretando el cuello del que estaba usted descogotando, poniéndole el pie sobre la cabeza. Y entonces no pactaría usted con él, de seguro. Le obligaría usted a la restitución y le entregaría al juez de guardia.

– Pero el caso no es este. Alemania...

– Sí; sé lo que va usted a decirme. Pero lo dejaremos para otro día, si no le parece mal.

– Bien; otro día continuaremos.

– ¡Vea, vea usted el *ABC*! Al fin se firma la paz. Y la contestación alemana es terminante; lea la respuesta tercera.

– Sí. La conozco. Y lea usted la segunda. Hoy mismo –14 de octubre– la pelota está en el tejado. Esa democracia alemana de nuevo cuño, a la hora de la derrota, es tan sospechosa, tan sospechosa... Los ministros no son todavía responsables ante el Reichstag; el Emperador elige aún los consejeros; la autocracia subsiste por ende. No es de creer que Wilson se trague la partida. ¡Y esa vaguedad, esa mala fe, esa obscuridad buscada del documento del doctor Solf! Y cuando ese mamarracho de Matías Erzberger habla de la *débacle* del militarismo en Alemania, los militares torpedean un vapor correo, roban los ganados a los belgas, deportan a los paisanos e incendian las ciudades francesas. Una fiera no sabría tener seguramente otra agonía. Le repito a usted que a la hora de ahora la paz no es todavía un hecho.

– ¡Bah, bah! ¡Elucubraciones, palabras, vaguedades! Tan cansados están unos como otros de pelea. Los alemanes no están derrotados. Wilson y los aliados transigirán por la cuenta que les tiene.

[275] Obra maestra, en italiano.

– ¡No sea usted... troglodita! Le falta a usted flexibilidad mental para comprender la actitud de espíritu de los aliados. Las palabras contienen hoy valores nuevos. Si Alemania no lo comprende, provocará contra ella la más terrible tempestad. La sinceridad ha substituido al lenguaje diplomático; la polémica pública a la diplomacia secreta; el interés de todos al interés de unos cuantos. La guerra ya no es para Francia la *revanche*, ni para Inglaterra el deber, ni para Italia el irredentismo, ni para América el apostolado de la democracia. La guerra es ya la liquidación del grosero materialismo histórico, de la técnica, del imperialismo categórico, de las castas, de todo el viejo armatoste que nos sostiene. Y lo es, a pesar de los pueblos. Pero comprendo perfectamente que estoy perdiendo el rato hablando de estas cosas, ¡Vuelva usted a *ABC*!

– ¡Hombre, sí! ¡Leeré a Salaverría!

– ¡Salaverría, Dato, neutralidad, jugos gástricos alterados: España! ¡Hasta la vista, amigo!

– ¡Hasta la vista! Y cuando firmemos el armisticio...

– ¿Qué?

– Que seremos todos unos.

– No lo crea usted.

– Pues...

– Porque siempre habrá razas y en España no lo podremos firmar nunca con ustedes. La cruzada contra los trogloditas la comenzaremos ahora antes de que llegue el derribo forzoso del país.

– ¿Es que no somos españoles?

– No; ni españoles, ni hombres. Son ustedes germanófilos, lo que comienza a no llevarse ya en Alemania y lo que son los turcos, nuestros amigos, los que nos han elegido de mediadores, pensando, con razón, que ya solamente vamos quedando para eso.

Iberia (19-10-1918)

Glosas de la semana[276]

Día de difuntos

En un pueblo donde la gente está muerta y enterrada bajo una capa dura de cemento armado, el día de difuntos debiera ser declarado fiesta nacional. En un Pueblo gobernado por cadáveres, por generaciones pasadas, por momias faraónicas, por sepulcros blanqueados, el día 2 de noviembre es una fecha sagrada. En los cementerios, en los escoriales de nuestra España viven hoy las mejores energías de la raza.

¿No habéis pensado alguna vez, amigos míos, que solamente en un ancho camposanto puede cantar sus responsos Maura, y Dato hablar en serio de la eficacia de sus leyes pneumáticas [sic], y los trogloditas berrear? En las ciudades populosas ¿no se os ha ocurrido, a las veces, el pensamiento de que los que pasan a vuestro lado son muertos que viven y que sólo vosotros, que sólo tú, lector, tienes sensibilidad? ¿Estás seguro de que tus gritos los oyen los demás hombres? ¿De que tus dolores, de que tus alegrías, de que tus suspiros los recogen otras almas? ¿No adviertes que tu palabra –la tuya– no se atreve a romper el silencio, ni tu dolor a irrumpir en estridencias, ni tu suspiro a disiparse en el aire?

Y este solar español que tanto amas ¿es verdaderamente el hogar de tu espíritu? Y estos hombres que hablan tu lengua ¿entienden la tuya por ventura? ¿Qué corazones son estos que no laten hoy apresurados, que no saben convertir en oración la emoción del momento? ¿Qué cerebros son estos cerebros españoles que no se dan cata de la luz de aurora que ilumina lo que vendrá? ¿Qué ciudadanos, en fin, son estos compatriotas tuyos que no saben detener la lengua, que hablan solamente para moverla y que no acompasan el ritmo de su pensar al nuevo ritmo que ya canta, en todas partes, la nueva ciudadanía?

¡Día de difuntos hoy, día de difuntos para España la neutral, y solamente para España, será trágico este 2 de noviembre ¡Día de dolor y de angustia! Fuera de aquí, en esos camposantos

[276] Véase nota 272.

de los pueblos que profanó la barbarie imperialista, renacen las flores sobre las tumbas de los héroes. Y mientras en nuestras ciudades los vivos ya murieron, en esos cementerios reviven y resucitan los que supieron morir.

El sacrificio de ellos retoña y prende para dar fruto granado a la tierra que les cobija, a la mujer que defendieron, al hijo a quien mostraron el camino del deber. A la patria a quien prestaron un sentido nuevo.

¡Soldados franceses que peleasteis por la tierra; soldados ingleses que peleasteis por la palabra dada; soldados americanos que peleasteis sencillamente por el deber: vuestra sangre ha sido inútil para mi España, completamente inútil! Aquí la tierra es yerma, el corazón estéril, el cerebro hueco, España un fantasma, el derecho una burla, la civilidad un nombre, el porvenir un salto en las tinieblas. Cuando vuestros hermanos recojan vuestro legado de paz, los míos –¡oh, soldados que supisteis morir!– enterrados, podridos, comenzarán a descomponerse, sirviendo de pasto a los gusanos. Y para nosotros comenzará la guerra peor, la más terrible de todas: la de aquellos que no tienen redención porque entraron en los umbrales de la muerte eterna:

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate![277]

Dies irae, dies illa...

Y ¿no resucitarás ya nunca, nunca, España mía, España mediadora del turco, caverna de trogloditas, mancebía de rameras, finca de chulos, asilo de mendigos, hospital de incurables, serano de abúlicos, nido de avestruces, guarida de garduñas, refugio de tontos, patrimonio de desaprensivos, mansión de la oquedad, coto de caza, fantasma, podre y ceniza? En tu cadáver rígido, momificado ya por los siglos, por la inercia y por la tierra que te arropa, ¿no queda ya una célula viva para aislarla del proceso de tu descomposición?

En este día terrible de la cólera, de la ira, del Dios que sentencia sin apelación y de los huesos que crujen, ¿no queda oxígeno que te ventile, ni muletas que puedan levantarte, ni luz solar que hiera tu retina?

Te hablan y eres sordo; te miran y te escondes; quieren levantarte y no sabes abandonar tu fosa... España, España mía, ¿no quieres tú tampoco la paz que te ofrecen? ¿No quieres ser digna del momento que llega, sacudiéndote los gusanos que viven de tu lepra? ¿Han de estar doblando a muerto solamente para ti?

Iberia (02-11-1918)

La alborada

«Apriessa cantan los gallos, e quieren quebrar albores»... Con estas palabras tan evocadoras, tan henchidas de poesía, de nuestro viejo poema del Mío Cid, concluye hace unos días en El Sol José Ortega y Gasset un nobilísimo llamamiento a la España viva para que se agrupe y reorganice contra la España oficial y jerárquica en estos momentos supremos. «No se trata –escribe el maravilloso escritor– de improvisar una organización o partido político, en el sentido diminuto de estas palabras. Con ser esto urgente, lo es mucho más, para quien no padezca de inconsciencia, tallar un organismo tan amplio y poderoso, que pueda asumir la representación histórica –no ya política y legal– de España en el canje de proyectos y emociones que va a abrirse entre los pueblos. Sería el mayor crimen patriótico tolerar que las grandes naciones impulsoras de la nueva edad cometiesen el *quid pro quo* de confundir a España con esa España que durante estos cuatro años encontraron acampada bajo el Pirineo.» Y como hasta la hora de ahora, la España muerta ha vivido a expensas de la viva, suplantándola y escamoteándola, es urgente que acabe la ficción en este momento supremo del alba de una nueva era que comienzan a cantar los gallos y a quebrar los albores.

La España oficial, en efecto, es la más perfecta expresión de los valores que han dejado de circular en el intercambio espiritual de los pueblos vivos. En el mundo político la comproba-

[277] "Perded toda esperanza los que vais a entrar". Inscripción grabada en las puertas del infierno según la Divina comedia de Dante Alighieri.

ción no puede ser más fácil ni hacedera. Maura es un retorico de léxico retorcido, sin la menor sutileza ni complejidad de pensamiento. García Prieto, además de ser una supervivencia de los viejos dones familiares, se distingue por su perfecta insignificancia mental; pudiera llamársele en lenguaje palaciego un estadista de casa y boca. La Cierva, émulo digno de Pancho Villa y de los ídolos mejicanos de último cuño, no pasa de ser un abogadete peligroso con la concepción imperialista de un sargento algo leído de la Benemérita. Cambó, escurridizo como una anguila, representa, no las aspiraciones liberales de la Cataluña nacionalista, sino los intereses de la plutocracia barcelonesa, más atenta a los halagos del Arancel que a las expansiones de la Democracia. Dato, peligroso por su inconsciencia, sería un excelente servidor del Santo Oficio con un monarca, como Carlos II el Hechizado. Romanones, finalmente, aunque parece tocado de instinto liberal, padece de una timidez incurable, y tiene las manos bastante ocupadas en querellas familiares para moverlas con agilidad en un momento de peligro. Con estos hombres al frente de los destinos públicos, nuestro contacto con Europa no sería eficaz ni conveniente.

Todos ellos simbolizan, en mayor o menor escala, eso que el nobilísimo Ortega y Gasset quiere enterrar con urgencia. Y no se requieren grandes arrestos para el empujón: el tumbar a los cadáveres nunca ha sido obra de romanos. Los que los siguen los abandonarían al menor síntoma de descomposición. Para lograrlo, basta con remover un día y otro, constantemente, los corazones encendidos de los españoles que son capaces de sentir la emoción de la hora. Y son mucho más estos corazones de los que parecen. Pero están sueltos, y hay que unirlos; se desconocen, y hace falta ponerlos en comunicación; son tímidos, y es preciso asustarlos, enseñándoles el pozo sin fondo donde nos precipitaremos si damos muestras de vacilación.

Ni soluciones concretas, ni programas políticos hacen falta para agrupar a los cruzados de la nueva España que alborea. No se trata de escalar cargos, ni de crear intereses, sino de dar fe de existencia y de vida. Baste que los oigan y los vean los demás pueblos de Europa, que, a pesar de todas las resistencias, han peleado también para salvarnos a nosotros. Pero para que los demás oigan y vean, es preciso gritar y encaramarse, gritar el nuevo credo, cantarlo con unción entre el silencio de los que duermen y de los que sestean; encaramarse en las cumbres, dejarse ver, salir del laboratorio, del almacén, de la fábrica, de la cátedra, de la granja agrícola, agrupar las células sanas en núcleos vivos que se vayan extendiendo, dar, en fin, la sensación de que hay *otra cosa* en España que no es el despotismo; ni la oquedad, ni la charlatanería, ni la imprecisión, ni el desenterramiento por los grandes problemas humanos que van a contrastarse.

Y esa obra ha de ser de apostolado y de pureza que, luego, si es eficaz, se concretará en inquietudes políticas y en orientaciones concretas. Ninguna labor más noble que esta para nuestros escritores aliados y liberales; ninguna más urgente y española. Sería trágica cosa que quebrasen los albores mientras dormíamos, y que los gallos saludaran el nuevo día sin que, de Pirineos abajo, nadie correspondiese a su canto libertador.

Los Aliados (02-11-1918)

Glosas de la semana[278]

Los Imperios grandes

«Los bienes de la Corona de San Esteban son intangibles» –exclama en la Cámara austriaca el presidente Hinssarek, tratando de oponerse a los escobazos con que la democracia deshará ese inmenso muladar de la doble monarquía–. «No la arbitrariedad de los poderes en boga, sino la falta de voluntad política del pueblo –exclama el canciller Maximiliano de Baden[279]– ha sido la causa de que Alemania haya permanecido tanto tiempo en un estado autócrata».

Tomemos nota de ambos testimonios que se han apresurado a radiografiar por todas partes las torres de Pola y de Nauen. Los políticos austriacos siguen considerando a los pueblos como patrimonio de los emperadores; los demócratas alemanes de nuevo cuño, afirman, por su parte, que el pueblo alemán no está educado para la vida del derecho, y que la autocracia ha podido florecer en la Confederación, gracias a la menor edad de los gobernados.

[278] Véase nota 272.

[279] Maximiliano de Baden (1867 – 1929). Fue nombrado canciller de Alemania y primer ministro de Prusia por el emperador Guillermo II de Alemania el 3 de octubre de 1918 con el fin de negociar un armisticio con los aliados.

No puede extrañarnos que la maniobra de la paz, solicitada humildemente por los Centrales, sea de todo punto imposible para pueblos que hablan un lenguaje tan distinto y ocultan tan opuestas intenciones a las de la Entente. El sentimiento del derecho ha brillado siempre por su ausencia en las cancillerías de todos los Imperios que en el mundo han sido. Voluntad del príncipe, fuerza, ruido de sables, diplomacia de alcobas, patrimonios, herencias, cotos de caza... de eso no saben y no pueden desprenderse las últimas autocracias europeas en su agonía. Metternick[280], mintiendo, con las manos puestas hacia atrás, para que los gestos no le traicionen la falsedad de las palabras, y Bismarck, rodeado de sus perros de la Pomerania, riéndose a carcajadas en el Reichstag de unos diputadillos que le increpan al discutirse las leyes agrarias de Prusia, serán siempre, siempre, los símbolos de estos dos fantasmas que se disipan poco a poco ante el gesto sereno y humano de un modesto profesor de Princetton[281].

El Imperio chico

Y con esos dos fantasmas se disipará el nuestro; el de la España oficial de los Habsburgos, de mirada inexpresiva, barbilla saliente, frivolidad incurable y despotismo manso. El panorama espiritual de Europa ha llenado de inquietudes imperialistas activos de casa y boca. Dato, el último canciller del silencio, como ha tenido las Cortes cerradas, ha preferido maniobrar en el fondo de las valijas diplomáticas y en las porterías de las legaciones. Mintiendo como su colega Metternick, negociando como un curial para que el patrimonio no se resienta, amenazando al aire con sus puñitos de petimetre, se ha llenado y nos ha llenado a todos de fango. Este inmenso muladar de yernos sin pudor, de judíos que se entrometen en el comedor a la hora del banquete, de académicos huecos, de generales derrotados, de leguleyos tramposos, de periodistas ignaros, de trogloditas idiotas, se desmorona también. Y sobre el muladar este descansaba también nuestro Imperio de opereta.

España era un Imperio. Lo es todavía. La Constitución ha sido un simulacro, una farsa los partidos, una mentira todo. El Ejército, la Magistratura, la Enseñanza, la Prensa. La Corona de San Fernando escapa a Bayona ante las espadas forasteras, se envilece en París a la hora del destierro, sueña con rapiñas en Portugal, años después de empeñarnos en una guerra por un simple pleito dinástico: el de las colonias. Y nos gobierna la Corona, nombrando unos partidos que turnan en los favores, burlando la Constitución. Los partidos nombran las Cortes, las Cortes se imponen al pueblo, y el pueblo, ausente como el alemán de la vida pública, se deja forzar por todos. El despotismo se viste de democracia, pero las crisis son orientales y secretos los resortes de su actuación.

Lo que place al Príncipe es la verdadera ley eficaz del pobre Imperio español. La voluntad del Príncipe decide siempre en realidad. Él inspira al Gobierno, «y si el Gobierno lo hace mal –dice el canciller– el pueblo debe ayudarle por patriotismo». Estos cuatro años de guerra han sido de verdadera orgía imperialista. Nadie sabe nada de lo que ha pasado; a ratos, hemos oído algo sobre deportes benéficos. Los ministros nada han contado, porque, en realidad, nada han sabido ellos, los pobres, tampoco. Se ha negociado en secreto, se ha pactado en secreto, se ha gobernado en zapatillas.

Y un día sonaron unos tiros. Y se forró de algodón en rama la frontera. «Vuestros enemigos se agitan; les pegaremos» –decía el canciller a Berlín, nuestro canciller, al mismo tiempo que sugería a Francia–: «Los alemanes quieren impedir nuestras relaciones de amistad; sacaremos las ametralladoras a la calle».

Y lo que fue de fronteras allá una tercería inmunda, se trocó, dentro de casa, en una borrachera de jayanes, en palos de ciego. Nos gobernó entonces un Gran Cuartel General. El único patriotismo tolerable fue la lealtad dinástica, y la lealtad dinástica era entonces la servidumbre familiar. Y bajo esa pesadilla vamos viviendo todavía.

El armatoste era tan frágil que se rompió; hubo que llamar a todos los carpinteros a consulta. Pero la madera no resiste. Con este último cuadro de las incautaciones, el Imperialismo, jugando a dos barajas, ha perdido la partida.

Esperamos las declaraciones de S.A. el Canciller Dato, último lacayo de los Habsburgos, amigo de Turquía y gran chambelán del Consejo íntimo, después de las muy nobles y francas

[280] Klemens von Metternich (1773 – 1859). Político, estadista y diplomático austríaco. Desempeñó, entre otros, los cargos de ministro de Asuntos Exteriores y Primer ministro del Imperio austriaco.
[281] Prestigiosa Universidad localizada en el estado de Nueva Jersey (EE.UU).

de los otros cancilleres –Hinssarek y Baden– de que hablamos al principio. Sobre los bienes de la Corona de San Fernando y sobre las causas íntimas de que España, a pesar de las ficciones legales, siga permaneciendo en estado autocrático como sus hermanas mayores, puede decirnos muchas cosas este hombre, para cuyo espíritu de domesticidad se inventó aquella pregunta de los Reyes:

– ¿Qué hora es, Eduardo?

Y aquella respuesta de los gentiles hombres:

– ¡Señor: la que quiera Vuestra Majestad!

Iberia (09-11-1918)

Glosas de la semana[282]

El nuevo Canciller

A S.A. el Canciller Eduardo Dato ha sucedido el demócrata de Astorga, yerno de Montero Ríos y socialista de casa y boca, S. E. Manuel García Prieto, en la Presidencia del Consejo Íntimo. Sobre Manolo García ya hemos escrito nosotros alguna vez, detenidamente, en las páginas del semanario *España*. Manolo, en una sociedad bien organizada, sería secretario del Casino de su pueblo o alguacil de un humilde Juzgado de primera instancia. El pobre es un cursi irremediable: cursi de ropa, cursi de estirpe, cursi de inteligencia, cursi de corazón. Sus chalecos son un recuerdo de los que usa Maura. La estirpe de los Alhucemas, con toisón de oro y grandeza de España, arranca del matrimonio del fundador con una hija de un cacique. La inteligencia de Manolo está definida con advertir que para Manolo la libertad de conciencia cristalizó en el 60, y con asegurar que la discusión que quiere proponer a las Cámaras ahora es la del proyecto de extrarradio de Madrid. El corazón de Manolo está descubierto si decimos que ha llorado de emoción al dejarle Romanones ser Presidente del Consejo a estas alturas.

Un hombre como Manolo, tonto de pies a cabeza, incapaz de una idea, de un gesto que no sea vanidoso, de una actitud política que sea digna, es, en España, Canciller. Pocos hombres más capacitados que Manolo para estos menesteres. Germanófilo desvergonzado, proclama ahora su amor a los vencedores. Representante de la más sucia oligarquía familiar de Galicia, se declara ahora demócrata y socialista. Engendro precioso del político de la Regencia, vacuo, necio, ignorante y déspota, habla hoy de autonomías que darían al traste con las castas de todos los yernos aprovechados que en el mundo han sido.

Manolo es, para el Régimen, la última reserva disponible. El Régimen piensa de él lo mismo que las señoras de la peinadora. Es el recurso para deshacer el enredo, el fermento para que germine el chisme, el *bibelot* que siempre tiene uno a mano para matar el tedio. Lacayuelo oficioso y familiar, Manolo es el encargado de llevar los chicos al colegio, de avistarse con el *chauffeur* a tiempo para que el auto esté listo oportunamente a la puerta de casa, *valet de chambre* inapreciable para toda suerte de urgencias comprometedoras, Manolo...

Otro digno señor

Manolo no ha entrado solo en el Gabinete íntimo. Le acompaña su amigote Julio Burell. Julio Burell es otra firma: brillante periodista aunque analfabeto, orador brioso aunque sin ideas, demócrata aunque germanófilo, Julito Burell, hueco, hinchado, vacuo, perezoso como un turco, déspota como un riffeño, injusto como un alemán, es otro de los encargados de poner medias suelas al par de botas del país.

Burell puede codearse dignamente con su jefe. Apoya este en su prestigio en las cazurrerías de Montero Ríos, y aquél sus títulos en la tupida ignorancia del país. Periodistas ignaros –hoy ex ministros y senadores vitalicios– tejieron con elogios ruines la faena de Burell. Burell es el señorito madrileño del 90 al 98; el cronista brillante, el correveidile imprescindible, el estadista de café, el orador de la familia, el ex gobernador que se levanta a las cinco de la tarde, el iluminado que se presta a intervievar a Cristo en Fornos. *¡Cristo en Fornos!* ¿No habéis oído hablar

[282] Véase nota 272.

de *Cristo en Fornos*? Una crónica necia que hoy echarían al cesto todos los periódicos, abrió las puertas de la Academia a este hombre que no sabe sintaxis y del Ministerio de Instrucción Pública a este político que no tuvo tiempo de hacerse bachiller.

Burell ha sido, como su colega López Ballesteros, germanófilo, antes de la guerra y en la guerra y lo seguirá siendo, naturalmente, hasta que desaparezca del planeta. En una sociedad libre e inteligente, sería, a lo sumo, a lo sumo, sacamuelas de específicos plebeyos, director de un periódico provinciano para uso de señoritos, o escribiente de notaría. Burell, con García Prieto, es el encargado, en estas horas solemnes, de colocar a todos los periodistas que le elogian en Cátedras de Artes y Oficios, a todos los compadres en carguitos de nueva creación, a todos los trogloditas afines en grotescas comisiones inútiles, que ya nos encargaremos de barrer oportunamente.

Y nada más

Y nada más... No da más el comentario de la semana. Tememos cada día más por nuestro porvenir; comenzamos a creer que la guerra no puede salvar a los neutrales. Damos en la flor de suponer que nuestros males no tienen remedio.

Veremos qué sorpresas, qué nuevo afán nos traen los días. Estos hombres que sueñan con el extrarradio, con Montero Ríos, con elogios sinceros, con la constitución del 69, son, con S.E. el ex canciller Eduardo Dato, los hombres representativos de una raza y de una neutralidad.

Iberia (23-11-1918)

La Garduña

«Creemos que la garduña conoce a España mejor que de su mentalidad era de esperar»
Miguel de Unamuno

Cuando se habla de los poderes subterráneos que rigen y gobiernan los destinos públicos de España, acaece que pocas veces los comentadores y exégetas se ponen de acuerdo. Hay quien sostiene que el único poder irresponsable de nuestra amada patria es S.M. el Avestruz. Otros afirman que el Elefante hace de las suyas jugando con la trompa y enseñando a la chiquillería los dientes marfileños. Para los otros, es el Asno, doctoral y grave, troglodítico y cavernario, el que impone sus postulados al país, dictando, ora a Víctor Pradera rizaditos discursos de Juegos florales, ora a Mella disertaciones sobre federalismos regionalistas, ora a Luca de Tena honrados y macizos artículos sobre la sinceridad y la honradez en frente de las pilas de los dólares y de los montones de billetes extranjeros. Pero Unamuno nos habla ayer en La Publicidad de la Garduña; S.M. la Garduña, la supone de mentalidad más rica de la que aparenta y acierta, con su ingenio extraordinario, a darle carta de naturaleza entre sus hermanos espirituales el Asno troglodita de las cavernas, el Elefante de la trompa bizarra y de dientes marfileños, pariente de Maura, y el Avestruz, correligionario y hasta cuentan que inspirador, en los aprietos graves, de nuestro celestial y seráfico señor ministro de Estado, don Eduardo Dato e Iradier.

¿Cómo será esta Garduña, vieja y un poco rapaza, más apostólica que romana, estrecha de caletre a lo que aseguran, mansamente despótica y ferozmente falsa, que ha venido a aumentar el catálogo de nuestra fauna irresponsable? ¿Anida en las chozas o en los palacios? ¿Tiene su órgano de representación en "ABC"? ¿Es un animal beligerante o simplemente neutralista? ¿Supone, históricamente, la continuidad del momento actual con nuestros viejos sueños imperiales y austracistas? ¿Su poder es tan inmenso que embota todas las lanzas, y su prestigio tan omnímodo que, fatalmente, es inútil todo intento para deshacernos de ella y para echarla de su guarida?

S.M. la Garduña es algo más que un animal inmundo; es un símbolo. Un símbolo de nuestra memez, de nuestra cobardía, de nuestra impotencia y de nuestro miedo. A la hora de ahora, según parece, siéntese fuertemente pacifista. Vestida de viuda enlutada, gimotea y llora, suspira y pide a Dios –al Dios de las Garduñas, se sobreentiende– que cese la lucha para que la pobre Humanidad torne a armarse de nuevo hasta los dientes. La Garduña es, además, silenciosa y ama la oscuridad y el retiro; de carnes ya viejas y pestilentes, sabe que la luz cruda no la favorece y huye discretamente a las tinieblas. En las tinieblas viven sus servidores y edecanes, chancilleres y escuderos. La Garduña preside las crisis orientales, los silencios masivos, las debilidades y

declaraciones vergonzosas, las paradas y todo lo que entre nosotros huele a opereta de alcoba o de pasillo.

Llega a mucho más la representación simbólica de S.M la Garduña, hermana espiritual del Asno, del Avestruz y del Elefante; S.M. la Garduña "que conoce a España mucho mejor que de su mentalidad era de esperar" –como ha afirmado Miguel de Unamuno–, tiene sus mejores amigos entre los que públicamente se ufanan de menospreciarla. Intelectualmente, bien lo sabe ella, es el vértice donde pueden ir a morir, muy a su gusto, los representantes políticos de tendencias al parecer diversas. Desafiando un peligro, la Garduña, conjura otro. Enterrando anhelos del arroyo, puede arreglar divergencias familiares entre los parásitos pertenecientes a distintas ramas de un solo tronco. Ya eso tira entre nosotros, silenciosamente, S.M. la Garduña.

S.M. la Garduña reina y gobierna hace ya cuatro siglos: desde el día 25 de noviembre de 1504 en que falleció doña Isabel I en su castillo de la Mota de Medina del Campo, en tierras de Valladolid. Pero no llega a la mayor edad hasta que las carnes de doña Juana la Loca hieden en el Monasterio de Santa Clara, de Tordesillas. Después, infiltra el amor al balduque a Felipe II; hace recibir presentes a Felipe III; deja a Felipe IV que el pueblo se embrutezca con las justas y torneos; hace soñar con fantasmas e íncubos a Carlos II; va borrando de los Borbones, con sucesivos encantamientos y hechicerías, la sangre de Enrique IV; dicta nuestros pactos de familia, encanalla la justicia, acucia la alcahuetería y el celestinaje, prende en Bayona al Deseado y da, finalmente, muestras de su vitalidad en Guadalajara con Sor Patrocinio y en la Villa y Corte con los aspavientos de aquel frailote sensual que se llamó el P. Claret.

La Garduña vive de los despojos, de las ruinas, de los escamoteos, de los embelecos y de las taras sociales. Como las lechuzas, vuela y gime en torno a los recintos abandonados y solitarios. De carne podrida se alimenta como los gusanos. S.M. la Garduña aparece en nuestra historia periódicamente con las catástrofes de toda laya, pestes, guerras y mutilaciones. A las veces parece que rebuzna; se nos antoja que extiende las alas para no ver a las veces; se dijera que, otras, al defenderse, extiende la trompa para ahuyentar a la muchachería. Es una mera ilusión de nuestros sentidos la que entonces padecemos. Se trata sencillamente de que sus cortesanos, el Asno, el Avestruz y el Elefante, dan señales de vida para despistarnos y esconder debajo de sus patas, detrás de sus alas y en el hondón de su joroba, a su amada y dilecta soberana.

La Publicidad (26-11-1918)

Un gran discurso de Unamuno

El domingo pasado celebramos nosotros[283], los salmantinos, un banquete en honor de los aliados. Éramos todos los que estábamos y estábamos todos los que éramos. Nos conocemos tan perfectamente y son tan difíciles las simulaciones en esta tierra de garbanzos y pan llevar, que los escamoteos son punto menos que imposibles. La fiesta fue sencillamente primorosa.

Por acuerdo de los organizadores llevó la voz de los aliadófilos allí congregados don Miguel de Unamuno. Del acto, presenciado por la «chusma encanallada» que explota en sus saltos de agua ese babieca del señor Duque de Infantado, guardará recuerdo imperecedero el vicecónsul de Francia en Salamanca, mi noble amigo M. Émile Gissot.

Salamanca, que es una ciudad de tradición universitaria, es naturalmente, iba a decir inconscientemente, liberal. No suele ponerse a tono consigo misma más que en las grandes ocasiones. En las grandes ocasiones, los valores vivos se agrupan y se aíslan para evitar la infección ambiente. Los profesores mozos que tienen sólidos prestigios, los médicos de empuje, los abogados de nota, los ingenieros e industriales de talento, los escolares que estudian, los escritores, los obreros, por un acuerdo espiritual tácito, se pintan para expresar sus ideales. Son una cantidad más que respetable –2.000 personas presenciaron la fiesta aliada– y sobre todo la única calidad cotizable de la ciudad del Tormes. Y el domingo, cantaban todos, con lágrimas de emoción, las estrofas de la «Marsellesa» y saludaban las palabras, llenas de unción y de ciudadanía, del querido maestro de todos, de Miguel de Unamuno.

[283] En realidad, el homenaje se celebró el 17 de octubre de 1918, es decir, el domingo anterior al que el autor señala (24) y se llevó a cabo en el teatro Bretón de Salamanca. El homenaje se celebró en honor de Francia y los aliados, de ahí la presencia del cónsul francés, la visita al Círculo Franco-Español y la casi casi única referencia de Unamuno a la nación francesa.

Yo, que le he oído tantas veces, no recuerdo haberle visto tan dueño de la palabra, del pensamiento y de la actitud como la otra tarde.

Dijo lo que quiso y como quiso. Duro y punzante con los cómicos de la legua que han desencadenado esta hecatombe, tenía momentos de honda emoción cantando las gestas de los pequeños: de Bélgica y de Serbia. Hasta contagiado por el entusiasmo colectivo, don Miguel, que tiene una peregrina ignorancia musical, glosó la «Marsellesa», se rio donosamente de nuestro himno, que no es nacional sino real, y encontró bello, «si bien un poco cursi», el himno de Riego. Un poco cursi ¿por qué, querido don Miguel? Bien es verdad que a él, a don Miguel, le levanta el ánimo porque recuerda «las atrocidades de Fernando VII el Abyecto, del Bisabuelo».

Don Miguel glosó la guerra con la espiritualidad, con la gracia, con la agilidad mentales que son calidades naturales de su espíritu. «Francia resistió porque es un pueblo de campesinos, ignorado por los señoritos forasteros que lo deshonran en los bulevares». Inglaterra ha sido ahora como siempre «el castillo roquero de la libertad de conciencia». La neutralidad belga que era verdaderamente, antes de 1914, un *chiffon de papier*[284], amasada ahora con la sangre de razas distintas, «ha hecho indestructible en adelante el espíritu nacional». Italia fue a defender el principio de las nacionalidades y a concluir «con esa farsa del poder temporal que ha muerto para siempre, para siempre». Con relación a nuestro pequeño y mimoso vecino Portugal, no debemos olvidar que entró en la guerra para defender su propia independencia. «Si Alemania hubiera vencido –exclamaba don Miguel– se hubiera establecido el Imperio ibérico contra la voluntad de los portugueses; con la derrota, podemos esperar la República ibérica».

El eco de la guerra no ha podido ser más triste en España, «Se apostaba por Hindenburg como se apuesta por Belmonte, y por Mackensen[285] como se apuesta por el *Gallo*».

Nuestra intervención oficial ha sido siempre, hasta en ese sucio pleito de la pseudoincautación de los barcos alemanes, «un secreto a voces». Pero la pesadilla va pasando. Y el maestro concluía, lisa y llanamente, su discurso, haciendo pública ostentación de su nueva fe republicana[286].

Naturalmente, no me he propuesto glosar el discurso de don Miguel. El Círculo Franco Español de Salamanca haría una buena obra si editase una enorme tirada popular de la formidable oración del maestro. De mi sé decir solamente que, oyendo a este hombre la tarde del domingo, mi espíritu iba diciendo una plegaria en silencio, que traducía la espiritualidad y el amor que por todas las cosas nobles y puras me contagió para siempre, de mozo, el *viejo* rector de mi Escuela, el de antaño, el de todos aquellos que nos hemos dado cita en Salamanca desde distintos lugares para oírle. Mi corazón rezaba:

«Dios te salve, Francia, porque eres llena de gracia. Nuestro amor está contigo, y bendita tú eres entre todos los pueblos, y bendito es el fruto de tu vientre: la Revolución. ¡Santa Inglaterra, Madre del Honor, mira por nosotros, los españoles, ahora que es la hora de nuestro salto angustioso en las tinieblas del porvenir! Amén».

Iberia (30-11-1918)

Glosas de la semana[287]

De la infancia

Y en estos días vuelve a nuestro espíritu el recuerdo de los días de la infancia. Aquella cicatriz del desastre colonial no se ha borrado de nuestro corazón todavía.

Nos duele España como una herida que se encona.

En estos días...

¡Ay! En estos días salen a la superficie los botarates de entonces, los fracasados de entonces, los filibusteros y antipatriotas de entonces. Ahí va en esa manifestación horteril Rafaelito Gasset,

[284] Papel mojado.

[285] August von Mackensen (1849 – 1945). Mariscal prusiano, uno de los principales líderes militares de Alemania durante la I Guerra Mundial.

[286] Terminó el discurso con un claro "¡Viva la República Española!" según reproduce *El Adelanto* de 18 de octubre de 1918.

[287] Véase nota 272.

el hombre de *El Imparcial*, llevando dignamente, con toda prosopopeya, su ignorancia sobre los hombros. Ahí van los amigos de Julio Burell, el hombre que ha cometido más disparates e injusticias, hablando de España, de la unidad nacional, de los horteras catalanes y de la consubstancialidad del Régimen con el país. Ahí van los edecanes del gran cacique de Valladolid, cogiditos del brazo, riéndose con la inconciencia de los vanidosos.

Todo lo caduco, lo muerto, lo artificioso, lo viejo, lo degradado, se da cita en esta hora. Si esos caballeros representan a España, yo no quiero ser español. Si esos rebrotes de 1898 no han muerto, mi patria no es mi patria todavía. Los ideales no florecen en el muladar. Y eso es un muladar. Ahí va un catalán... ¡A ese! ¡Viva la patria, la Patria, LA PATRIA! ¡Oh, la Patria! Taparrabos de las desnudeces grotescas de Burell, de las campañas germanófilas de *El Imparcial*, de los acaparadores de Valladolid, que hacen emigrar a los colonos. ¡Oh, la patria! Flores mustias de papel, latiguillos de Alcalá Zamora, silencios y complicidades de Dato, prensa ignara, alcaldes chanchulleros, policía desvergonzada, gobernadores complacientes, Brabo Portillo cobrando el barato, casas de juego, lupanares, Belmonte y la Chelito.

Esa España... tarda en morirse. ¡Aventemos, amigos, sus escombros! La tuya, lector; la mía está por nacer. Y gime y llora todavía en el claustro maternal de los que trabajan en silencio, de los buenos, de los humildes, de los que no vocean. La nuestra es una pobre niña por venir. La de estos ciudadanos, una chulona desgarrada que se deja violar a todas horas, entre carcajadas y cantos de mancebía.

Del Congreso

Habló Alcalá Zamora. Otra Sirena. «Unidad de la patria. Separatismo federalista. Pretensiones catalanas absurdas. Reyes Católicos. Glorias inmarcesibles. En nuestros dominios no se ponía el sol. Maniobras extranjeras. Mariscales que desde la orilla izquierda del Rhin –¿sabe Niceto donde cae el Rhin?– piensan en la orilla derecha del Ebro. –¿Sabe el jándalo donde cae el Ebro?–»

Y se sienta el hombre. ¡Tan satisfecho, tan hueco, tan ufano! Si viniera Ganivet, le soplaría en la frente. Nicetín se limpia el sudor, sonríe, entorna los ojos, sueña... Su palabra ha conjurado todos los peligros... Puig y Cadafalch no duerme esta noche. Cambó –¡cómo se le ríe el alma a Cambó!– está pulverizado. Los ojillos del Conde de Romanones, pardos, felinos, miran burlonamente al *tenorino*.

¡El aria de siempre! Niceto vive en el limbo. Nougués despierta de la siestecita ante un trompetazo algo agudo y grita restregándose los ojos: «¡Muy cursi! ¡Pero muy cursi!» Un macero se sonríe. Indalecio Prieto observa a Pradera que oye embelesado a Nicetín. Nicetín pide a un ujier que le reserve cien ejemplares del *Diario de Sesiones* para mandarlos a Jaén, la tierra del ronquido.

Y sigue la jota. Pero ¿van estas Cortes a resolver el problema de Cataluña? Qué saben de autonomía, ni de nada, los Burell, los Gasset, los Alcalá, los Pradera, los Villanueva, los congrios cumbre, los fracasados de las letras, y de la industria, y de todas las actividades espirituales. Estos hombres tienen un nivel mental inferior al de los maceros. Que me perdonen los maceros por la comparación.

De los 404 diputados, acaso 20, acaso 30, tal vez 60, saben leer y escribir, aunque no escriban ni lean. Los otros son analfabetos del todo. ¡Cuando toman en serio a Vicentín!

¡A las Constituyentes! A reemplazar esos caballeros por los aptos, por los capaces. Antes de que toquemos a somatén contra estos hombres que tienen siempre en la boca el nombre de España como los chulos el de la prójima.

Y dice un diputado...

– ¿Has oído?

– Sí. ¡He oído!

– ¿Qué te ha parecido Niceto? ¡Qué hombre!

– ¿Pero le admiras?

– ¡Toma, ya lo creo! ¿Tú, no?

– ¡Yo, no!

– ¡Hombre, no digas! El sagrado interés de la patria... Este caballero representa un distrito rural. Forzó a los electores. Gastó ochenta mil duros en venir aquí.

Cada sesión –suponiendo que el Parlamento se disuelva en enero– le cuesta 3.745 pesetas con 80 céntimos, según cálculos de un amigo mío. Es *castellanista*. Toca la «Marcha de Cádiz». Es usurero. Sus colonos de Zamora emigran a América. Cacique máximo, se ríe de la justicia.

Iba, naturalmente, en la manifestación.

Pasó a nuestro lado vitoreando a España. ¡El buen patriota! Llora cuando habla Vicentín y no se conmueve ni pizca cuando desahucia bellacamente a un colono. Durante la guerra fue germanófilo. En la cartera llevaba una postal del «Emperador de Europa» y los asesinatos de nuestros marinos le llenaban de gozo. En un régimen democrático, estaría en Santoña. Con el centralismo es Diputado a Cortes, y ¿quién sabe, quién sabe? ¡Tal vez llegue con el tiempo a subsecretario o cosa así...!

Iberia (21-12-1918)

Glosas de la semana[288]

Las sugestiones

El actual Presidente del Consejo de Ministros, señor Conde de Romanones –el actual, en el momento en que escribimos estas líneas, que puede dejar de serlo cuando se publiquen, ocho días después– leyó en la sesión del Congreso de los Diputados del día 25 de octubre la famosa nota, que recordarán nuestros lectores, afirmando que «España... debe recoger las sugestiones que desde los Estados Unidos se han lanzado a todos los pueblos del mundo.» El catedrático de la Central, señor Posada, comenta, en un clarísimo trabajo que publica *La Lectura* con el título de «El espíritu de Wilson[289] y la política española, el alcance y el espíritu de estas sugestiones». Y otro catedrático de Granada, don Fernando de los Ríos, ha disertado también, en *El Sol*, sobre el mismo problema (La política de Wilson y la Sociedad de las Naciones, *El Sol*, 2 de noviembre, hoja de *Derecho y Legislación*) demostrando lo que nos falta para ser una democracia organizada, o lo que es igual, el áspero camino que tenemos aún que recorrer para formar parte de la Liga de las Naciones[290], idea wilsoniana que ha encarnado ya en el espíritu de Europa.

Si Romanones quiere recoger sinceramente esas sugestiones americanas, ¿por qué cierra ahora airadamente el Parlamento? ¿Por qué no va derechamente a preparar la opinión pública para la convocatoria de unas Constituyentes? ¿Por qué reserva la opinión del Gobierno en el pleito de las autonomías? ¿Por qué no se aviene a dar la sensación de que su obra estribará precisamente en ir coartando aquellas facultades reales que ha ido absorbiendo, en la práctica política, la soberanía popular de todas las democracias? ¿Por qué no proclama la hegemonía de la jurisdicción civil, o lo que es igual, la supresión de todo poder militar en las luchas jurídicas? ¿Por qué, finalmente, tiene miedo a la contienda pública que, en estos días, ha desatado Cataluña en la conciencia viva de todo el país?

Y no hay más que ese camino para recoger el espíritu de esas sugestiones. Ahora bien: ¿es que el señor Conde de Romanones, a pesar de sus deseos, no puede recogerlas? Así, al menos, parece deducirse de la marcha actual de las cosas de España. La reserva y el secreto siguen siendo normas de Gobierno.

No sabemos lo que pasa, ni por que pasan las cosas. El pueblo no comparte todavía sus facultades reales con la Corona. El problema del régimen, en España, pasa, de este modo, a ser una preocupación internacional, que, acaso, tenga que resolverse internacionalmente. Acaso sean proféticas las palabras que pronunció Melquíades Álvarez, no hace todavía un mes, en el banquete del Hotel Palace.

Los chispazos

Y los chispazos, ya están ahí. Enfocando el pleito de Cataluña por el lado de las sugestiones wilsonianas, y como una derivación de ellas, resulta, sencillamente, que la conciencia de Cata-

[288] Véase nota 272.

[289] Thomas Woodrow Wilson (1856 – 1924). Político, abogado y vigésimo octavo presidente de los Estados Unidos entre 1913 y 1921

[290] Organismo internacional que, con el nombre de Sociedad de las Naciones, se creó en el Tratado de Versalles (28 de junio de 1919) con la finalidad de establecer las bases para la paz y la reorganización de las relaciones internacionales una vez finalizada la Primera Guerra Mundial.

luña ha madrugado más que la conciencia del Estado oficial. Vistas así las cosas –y no creo que sea muy discreto ni muy político verlas de otro modo– resalta con relieve el hecho de que, en España, Cataluña ha llegado a la madurez de su conciencia colectiva a través de las enseñanzas de la guerra. Sin la guerra, el pleito del nacionalismo catalán hubiera seguido tal vez otros rumbos espirituales. Hoy, el catalanismo no es Cambó, ni la «Lliga»[291], ni el republicanismo autonomista de Domingo, ni Lerroux, ni los federales. Es la coincidencia de Cataluña con la ideología de los pueblos vencedores, con esa ideología que quiere Romanones incorporar a la política general de España.

Y esa coincidencia, esa infusión del espíritu político europeo en Cataluña, esa identidad de aspiraciones entre las democracias vencedoras y la conciencia catalana actual, explican el cúmulo de dificultades con que tropieza el resto de España para comprender toda la complejidad del problema autonomista.

Hay más; aunque lo quisiera de buena fe, no podría comprenderlo gran parte de España. Por la razón sencilla de que esta gran parte de España no ha vivido ni sentido la guerra. A pesar de haber sido derrotada sin pelear, que es lo más trágico del caso.

Enfocada de este modo la cuestión –no de otro modo, afortunadamente, dense o no se den cuenta de ello, la han sentido las izquierdas– el problema autonómico catalán irá derivando, poco a poco, hacia una preocupación general política española, que arrancará de la misma raíz de esas sugestiones a que se refería, hace dos meses, el Presidente del Consejo. El Estado Ideal Humano de Wilson es la Autonomía. La Autonomía –subrayemos con el profesor Posada– y no la soberanía, ni la independencia, que son un enjambre de equívocos. Y el pleito autonómico pasará por estas fases. A) Autonomía de España con soberanía plena, desligada de poderes arbitrarios por medio de una revisión constitucional. B) Autonomizada España, esto es, dueña España de sus destinos, deshechos los equívocos de una cooperación de soberanía con el Jefe del Estado que no es más que un delegado del pueblo y nunca un sujeto autónomo de derechos frente a él, valoración de las fuerzas componentes del Estado, con su autonomía. C) Libertad de los Concejos.

Así el Estado obedecerá a la región, y la región al Municipio, y el Municipio a los ciudadanos. Estos serán el fundamento de todo Poder, y el Estado, lejos de sojuzgarlas, será un mecanismo a sus órdenes. Se irá, en una palabra, a una inversión del imperialismo. El Estado será para el pueblo y no el pueblo para el Estado.

A esas sugestiones caminamos, poco a poco. Queramos o no queramos, nos arrastrará la corriente. Neutrales a ultranza en la guerra, no podremos serlo, igualmente, en la paz. Lo que no deja de sernos, a los liberales, extraordinariamente grato.

Iberia (28-12-1918)

Comuneros de hogaño

La lectura de la Prensa castellana de estos días es altamente instructiva y sugeridora. Sin esfuerzo alguno se descubre detrás de las comparsas la vozarrona del apuntador metido en la concha. D. Santiago Alba dirige los muñecos desde su casa de la calle del Príncipe de Vergara. El *Norte de Castilla*, de Valladolid, es la oficina flamante de los comuneros de nuevo cuño. Ante la nueva explosión del castellanismo –el mismo de que hablábamos nosotros en estas columnas el día 11 de noviembre, antes de formular Cataluña sus pretensiones autonomistas–, D. Antonio Royo Villanova, un aragonés castizo, persigue con saña tenaz todo lo que huela a pensamiento catalán; el señor Zorita pone música nueva a "La marcha de Cádiz", y D. Federico Santander, literato madrileño y concejal albista de Valladolid, asegura que con unos cuantos cintajos, unas cuantas casacas y unos cuantos títulos nobiliarios se calmaría la sed de las reivindicaciones catalanistas. No da más de sí en estos momentos la posición espiritual de los amigos de este travieso, y no muy avisado a las veces, Sr. Alba, ante el problema de la autonomía.

Esta opinión vallisoletana se refleja también en algunos diarios castellanos. El eco es en ellos menos literario, y un poquito más rudo. Así, el palentino señor Calderón y Rojo (D. Abilio), glosa este tema tan nuevo de "todo por y para Castilla" con asombro de su mismo pueblo, que

[291] Partido político de ámbito catalán.

es algo más exclusivista en el reparto. El diputado a Cortes por Zamora Sr. Rodríguez se apresura a desenmascarar a los catalanes con un telefonema que lleva tasa de urgencia, donde diserta acerca del separatismo del Principado. Un diputado provincial salmantino, amigo de Alba, naturalmente, se enardece, a las tres de la madrugada, en la Diputación provincial, asegurando que nos bastamos y nos sobramos a nosotros mismos. Y haciendo dúo con estas voces, *El Eco*, de tal sitio, y *El Clamor*, de tal otro, y *La Voz*, de no importa donde, aseguran, muy ufanos, que el pueblo de Maragall y de Verdaguer es un pobre pueblo de viajantes de comercio que carece de toda espiritualidad. Y para demostrarlo cumplidamente, afirman que Cambó es judío, y que Castilla pondrá en lo sucesivo las peras a cuarto en los almacenes barceloneses de que se surte.

Hasta aquí la literatura oficial del albismo de la capital y de toda la socampana. Poca cosa, ciertamente; retórica de manual barato, inconsciencia, desconocimiento total y absoluto del problema de sentimiento y de alto desinterés que lleva toda agitación de este genero en sus entrañas. Pero, pero otras voces resuenan en Castilla, más elocuentes, más nobles, más libres sobre todo: las voces de sus hijos más inteligentes, escritores, catedráticos, parlamentarios, poetas. Oscar Pérez Solís acomete muy bravamente. Matías Peñalba, en el concejo de Palencia, se atreve a decir, entre la protesta de sus colegas, que lo de la unidad nacional es una frase que explotan los caciques para sus manipulaciones. Juan Díaz-Caneja se aferra a su tema de que el regionalismo debe limitarse al licenciamiento de los caciques y a la liberación de las tierras. Fernando Yscar Peyra, desde las columnas de *El Adelanto*, de Salamanca, en fin, diserta cachazudamente sobre la mascarada que se organizó en Burgos, bajo la vieja puerta de Santa María, ante los ojos asombrados de Fernán González y de Laín Calvo, para disolverse pacíficamente, dos días después, en la corte, ante la mirada un tanto recelosa y sagaz del señor conde de Romanones.

Y en el contraste de las ideas, en el fragor de la lucha interna de sus políticos profesionales de un lado, y de sus escritores estudiosos de otro, Castilla medita y comienza a reírse socarronamente del espectáculo de estos días. Realmente, no ha sido muy venturosa con el régimen que la pregonan. Se muere de hambre, emigra; aunque paga religiosamente, no tiene carreteras, ni puentes, ni cosa que lo valga. Los diputados catalanes la producen respeto y envidia, ¿pero enojo? Y Alba, y Merino, y Villanueva, y Calderón, y el otro, y el de más allá, son completamente extraños a su vida. Son los señoritos que la piropean cuando tratan de poseerla, pero que la abandonan después que han recibido sus halagos en las urnas.

¡Y es curioso! Los enterados no hablan de federación de provincias, ni de mancomunidades, sino sencillamente de Concejos libres y autónomos. Castilla se da cuenta de que no ha sido otra cosa que una República de Municipios fuertes, y de que fue eso para contener los desafueros de los magnates y de los mismos reyes. Y se inicia una corriente de comprensión, de formalidad, de sacudida contra el centralismo. Hay que liberar la tierra, hay que ampliar la vida municipal, hay que procurar que todos los vecinos administren los bienes de su Concejo. Pero a eso quiere ir lentamente. Se impone una solidaridad castellana de los colonos contra los amos, de los ciudadanos contra los caciques, una amplia corriente democrática, que invada los campos y las aldeas, para cambiar de postura. Y la Castilla consciente, lejos de mirar con recelo a los catalanes, pedirá apoyo, apoyo y un poquito de amor.

Este es el sentido ideal que, en mi concepto, tiene el momento presente en Castilla. Cada día se ira definiendo y concretando más. Salamanca, por de pronto, trata de entenderse con Cataluña; núcleos políticos vivos de Valladolid y de León tampoco quieren nada con ese *castellanismo* caciquil y rencoroso. Ávila, Segovia y Zamora tampoco se han definido realmente hasta la fecha.

Por lo demás, todos los castellanos podemos coincidir con el albismo en esa idea de levantar un monumento a los comuneros en Villalar. Si los caciques se retiran de la vida pública a la Trapa de Venta de Baños, a hacer penitencia de sus pecados, en la estatua que levantemos a Padilla, Bravo y Maldonado, llevará sus nombres en letras de oro. Y en el bajorrelieve trazaremos las mascarillas de Alba, de Merino, de Villanueva, de Calderón, en pruebas de eterna gratitud. En otro caso, pondremos barbas al verdugo que agarrota a los comuneros, y colocaremos las figuras de Royo y de Santander en las de los frailes que les ayudan a bien morir.

El Sol (03-01-1919)

Glosas de la semana[292]

L. . . . . .

. . . . . .

(CENSURADO)

. . . . . .

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Iberia (25-01-1919)

Una nueva burla

El maese Pedro que dirige, entre nosotros, el retablo de la grotesca farsa politiquera, este señor conde de Romanones que lleva a los problemas políticos universales procedimientos que emplean los chalanes en sus tratos, pujas y cambalaches con los gitanos, acaba de nombrar la nueva Comisión extraparlamentaria que ha de estudiar entre nosotros la eventual Constitución de una Sociedad de Naciones y la participación de España en la misma, en su plena soberanía... no sabemos si inmanente o emanada. Nada más bufa que la lista de esos caballeros que se preparan para acercarnos a Europa. Interpretarán el nuevo sentido wilsoniano en el derecho de gentes todos los que forman el Estado Mayor de nuestros fracasados, ineptos e incompetentes, todos los representantes de la España oficial que no entiende, que no oye y que no ve. Desde el señor capitán general Weyler, que simboliza nuestras campañas de Cuba, nuestro sistemático desconocimiento de la independencia y del verdadero espíritu de los pueblos, hasta ese seráfico señor Gasset que representa todo lo que hay de palabrero, confusionista y retórico en nuestra Prensa política diaria, no hay personajes de regresión histórica, de caciquismo de campanario, de germanofilia vergonzante, de academiquería huera, de fracaso resonante, de domesticidad aguda, que no figure en esa pobre Comisión de último cuño.

[292] Escribirá un artículo de protesta contra el censor días después: «Señor Censor», *Iberia* de 08 de febrero de 1919 (O.C. Tomo II, página 450).
Véase también nota 272 donde referenciamos otros artículos con este mismo título.

Don Manuel García Prieto ¿qué espíritu ha de llevar a las decisiones y estudios de esa Comisión? ¿Es que por heredar el espíritu cazurro y abogadil y taimado del señor Montero Ríos, el hombre del Tratado de París, el señor conde de Romanones juzga imposible la preterición de ese pobre astorgano de la Comisión de notables? ¿Y qué elementos de juicio puede aportar al problema don Juan de La Cierva? Nuestro ex hombre ex civil, el sargentote que se reía de la responsabilidad histórica porque dentro de cien años todos estaremos calvos, el murciano mezquino para el que la Constitución es una férrea ordenanza militar en estado de guerra y los ciudadanos todos pelotones de reclutas con la lana de la dehesa por esquilar, ¿no es sencillamente una vergüenza que represente un sector de la vida oficial en estos momentos? Y don Santiago Alba y Bonifaz, el almirante de Castilla y del Pisuerga, alcayde mayor de la Chancillería de Valladolid, el definidor del patriotismo triguero y de la plebeyez espiritual catalana ¿no es, lisa y llanamente, una burla que se cuente con él en un instante en que España solamente puede colaborar con Europa, si se decide a borrar todo su pasado vergonzoso de su historia de siempre, en general, y más particularmente de la de estos cuatro últimos años de prostitución ciudadana?

El señor conde de Romanones cualquiera diría que se complace en jugar con todos, y, particularmente, con su mismo prestigio. Por el camino que lleva, no hay salvación para este hombre, que tiene, a lo mejor, grandes atisbos, pero que jamás sabe llevarlos a la realidad.

Aliadófilo de primera hora, "de la víspera" como me dice hoy con gran convicción su gran amigo el señor subsecretario de Fomento, Isidro Pérez Oliva, ha procedido en la realidad con tantos titubeos y con timidez tan grande, que habiendo podido salvar el decoro de su partido ante la Entente, se ha conformado con que España siguiera en la paz la misma trayectoria que siguió Bulgaria durante la guerra. Hombre simpático y listo el señor Presidente del Consejo de ministros, liberal por instinto, con su espíritu creado a la sombra de los rojos pórticos de Bolonia cuando el eco del patriotismo de Carducci y de Mazzini se recogía virilmente en las escuelas, tiene luego, a la hora de actuar, un escepticismo tan mezquino y agudo que le incapacita realmente para recoger las palpitaciones y emociones de la hora. Con este último decreto, donde podía haber cosechado hermosas promesas de inteligencia para lo futuro, acaba de demostrar que es el político más candoroso, infantil y lleno de miedo que padecemos en España.

Porque todo ese proyecto es una burla, una "gitanada", un desafío a toda esa España, que no lo miraba antes con rencor, pero que no puede perdonarle ahora esa declaración de compatibilidad, de colaboración, familiaridad y celestinaje con los señoritos de la Regencia, con los autores del desastre colonial, con los voceros de la patriotería y del desenfreno. Ni adrede se recluta con más torpeza, en esa España oficial, lo más caduco y hostil al momento actual y a las "sugestiones" que el Conde se disponía a recoger devotamente, cosa hará de tres meses, en un famoso mensaje a los vencedores. Acaso, solamente, los señores Sánchez de Toca y Álvarez (don Melquiades) son los dos únicos miembros de esta grotesca Comisión, que pueden aceptar, sin recelo y con entera limpieza de corazón, el encargo recibido. ¡Pero el señor Cambó, el señor Alba, el señor Maura, ese anónimo y desconocido señor Miranda, ese hidráulico y permeabilizado señor Gasset, el señor Cierva, todos, en fin, si no han perdido del todo la noción del claroscuro, tendrán que sentirse íntimamente avergonzados!

El señor Cambó ya sabemos qué concepto tiene del honor de los pueblos; sus frases sobre Bélgica han hecho más daño a Cataluña que todas las botaratadas albistas y que todas las metáforas de Alcalá Zamora. Afortunadamente, Cataluña es mucho más que el señor Cambó. El señor Maura, Presidente del Consejo en los meses de agosto y septiembre, da la sensación en España de un canciller de la monarquía absoluta que hace tres meses hacía regateos con las incautaciones de los barcos y con las incautaciones de la soberanía inmanente. El señor Alba, pensando en los éxitos que la terminación de la guerra ha podido exhibir el señor conde de Romanones, ha rehuido siempre toda suerte de contactos con los aliados. El señor Miranda, todos saben que ha sido un germanófilo de cuerpo entero. Gasset, en "El Imparcial", ha jugado siempre a lo que de momento parecía imponer su hegemonía. El señor Cierva soñaba, hará cosa de un año, con una resurrección del Santo Oficio y hubiera cambiado su papel de ministro constitucional de Alfonso XIII por la casaca de privado de Carlos II o por los arreos de pelear de un "héroe" mejicano. He aquí los títulos de los miembros de esta Comisión para el estudio eventual de la Constitución de una Sociedad de Naciones.

Afortunadamente, estas cosas no tienen eficacia en un país como el nuestro que vive completamente divorciado de los resortes oficiales. En esa Comisión faltan, acaso, figuras tan relevantes como las de los señores Luca de Tena, Vázquez de Mella, Senante, Pradera y Villanueva, para que la obra del Conde sea más perfecta y para que pueda ser motejada de una linda "española" más allá de los Pirineos y de los Alpes.

La Publicidad (01-02-1919)

Tempestad en un vaso de agua

Patriotas, españolísimos y trigueros, con la señorita Mari-Focela[293]... Sospechábamos, sí, que había cierta relación vaga y obscura entre la representación Parlamentaria y el cuplé, entre el albismo y la flamenquería, entre Dato y el cantar ese de Mala-saña –consonante de España y de fazaña–, entre la Germanofilia vergonzante y el género ínfimo y exótico, señores diputados, exótico de las «varietés»; confesamos, sin embargo, con vergüenza y con rubor, que no habíamos logrado concretar y definir esa relación en nuestro espíritu. Pero hoy, después de haber sabido que el pintoresco señor Armiñán esgrimía, a guisa de lanza, un bastón para medir las espaldas de ese imprudente señor Rahola[294] que se permitió dar un sentido alegórico al trabajo, siempre honrado y discreto, de la señorita Mari-Focela, estamos a pique de descubrir una gran verdad: los diputados, al defender a las cupletistas, se defienden a sí mismos, el Parlamento es un nuevo teatro de «varietés», y señoritos bitongos de la mayoría y señoritas más o menos filarmónicas, son hoy los sostenes más preciosos del actual estado de cosas...

¡Perdón, perdón! No penetre el agudo y suspicaz censor, que nos toque en turno más allá de nuestras intenciones, que no pueden ser más inocentes y pueriles. Decimos, nada más y nada menos, que los diputados y las cupletistas alimentan en sus corazones el fuego sagrado de su patria.

Un bastón enarbolado y un chillido mudo detienen, a lo mejor, el curso de los acontecimientos. Con un bastonazo administrado a tiempo puede uno desentenderse de un separatista. Con un chillido agrio, lanzado en un teatrillo por horas, puede enardecerse una muchedumbre de empleados públicos y cortarse el cardo borriquero de la protesta y de la inquietud.

La señorita Mari-Focela posee, en efecto, todas las cualidades que son necesarias para sugestionar a un diputado de la mayoría o de las minorías de la mayoría. En estos tiempos de aplanamiento colectivo, ella sola se atreve a lanzar todo un programa de regeneración desde las candilejas,

De pobre chica que añora el fregadero y el estropajo, se eleva a musa inspiradora de Royo Villanova o de cualquier otro estadista de Valladolid. Hija del pueblo, farandulera al por menor, flamencota y un poco aplebeyada, la erudición de los señoritos parlamentarios, hace arrancar la genealogía de esta buena chica, tan cursi, de aquellas bravas manolas que abrían con las tijeras de cortar calzoncillos los caballos de los franceses en la calle de Toledo y en el Avapiés. Así, Mari-Focela se trueca en símbolo, y como detrás de sus gorgoritos están los yermos, y los paseantes, y los funcionarios que no van a la oficina, y los diputadetes que las sostienen en sus actitudes y posturas, y los polizontes, y los gobernadores, y los demás patriotas de hogaño, es más que natural que las cupletistas sean también hoy inviolables y que nadie pueda discutir sus trabajos en el templo sagrado de nuestra Representación Nacional, sin que se resientan, a la vez, las ideas, los bolsillos y las espinas dorsales de tantos buenos españoles...

[293] Cataluña se encontraba discutiendo el Estatuto cuando esta cabaretera se hizo foco de las iras catalanistas por su defensa del españolismo. Actuaba en el Teatro Goya con una obra titulada *Las Hijas de Malasaña* en honor de Manuela Malasaña que luchó contra los franceses en Madrid. Al final de la función salía vestida de maja, con la bandera de España y cantando: "Lucho como una leona al grito de viva España y es que por mis venas corre la sangre de Malasaña". Al teatro acudían militantes de la Liga Patriótica Española, grupo contrario a los catalanistas, a aplaudir a la joven. El 13 de enero de 1919 entraron en el teatro un buen número de separatistas que se enfrentaron contra los españolistas. Se detuvieron a 43 personas y hubo decenas de heridos. Se prohibió la actuación de Mary-Focela, pero los españolistas protestaron y volvió a actuar. Se suspendieron las garantías en Cataluña.

[294] Rahola dijo en el congreso el día 4 de febrero que al igual que en la revolución francesa se cogió a una mujerzuela como portadora de la bandera, los españolistas habían cogido a Mary-Focela. Se preparó un escándalo y el señor Armiñán bastón en mano contestó con duras palabras a Rahola y a Cambó.

La señorita Mari-Focela pasará a la historia después del último incidente parlamentario. Lo merece con toda seguridad. Nosotros proponemos un monumento que perpetúe la resonancia de sus últimas campañas teatrales. La Madre, desnuda, amamantará a Mari-Focela en una actitud más o menos maternal, a gusto del escultor. Junto al tierno grupito, los señores Brabo Portillo y González Rothwos harán carantoñas a la parejita. El gobernador hará una caricia a la mamá, mientras la hija, con un gesto pudibundo, se preparará a correr una juerga todo lo castiza que haga falta en un *cabaret* de la calle del Conde del Asalto con el espejo de los polizontes. En un bajorrelieve, el escultor representará los picachos de Montserrat. *Catalunya, rica i plena*, se despojará de su plenitud y de su riqueza para que gocen los tortolitos las delicias triunfantes de su mocedad...

Iberia (15-02-1919)

Una carretera y un diputado

Ratificando

El diputado a cortes por Peñaranda de Bracamonte, D. Fernando García Sánchez, pretende rectificar algunos de los hechos relativos a una carretera que yo consignaba en un artículo intitulado "Galinduste"[295]. A los pueblos perjudicados por ese trazado de la carretera debe convencer el joven y belicoso sobrino del administrador del señor marqués de Ivanrey, pues son ellos los que se quejan de la política personal y un tanto violenta del Sr. García Sánchez, desde que tuvo la desgracia este señor de gastar 70.000 duros en obtener un asiento en el congreso.

El proyecto de esa carretera de Peñaranda a Guijuelo es, en efecto, antiquísimo, y los trozos primero y último de la misma están ya, desde hace tiempo, construidos. Pero falta el trazado de los intermedios, Sr. García Sánchez, que son los que precisamente interesan a Galinduste y pueblos limítrofes. Al gestionar los pueblos perjudicados la variante del trazado –que pasa precisamente por fincas cuya propiedad ostentan parientes del Sr. García Sánchez–, el Sr. Villalobos pudo conseguir beneficios para la comarca que representa; pero el Sr. García Sánchez, a pesar de las cartas que escribió a los altos funcionarios de Fomento, no consiguió lograr que la carretera se desviase de fincas que administra y se acercase un poquito más a pueblos que, precisamente, no tuvieron el humor de votarle durante la última contienda electoral.

Y no se me ocurre nada más para rectificar al Sr. García Sánchez. Ya habrá advertido el lector que he hablado de este asunto incidentalmente, a propósito de un malestar que advertía en un pueblecito, sin citar para nada a D. Fernando García Sánchez, diputado a Cortes por Peñaranda. Al sentirse este señor espontáneamente aludido por mis observaciones, me pone, por mera cortesía, en la situación de contestarle brevemente. Pero no he de caer en el lazo que me tiende de trabar una polémica sobre el particular. En cambio, tornaré cuantas veces sea preciso al tema tentador del papel político que *pintan* en Castilla, y en esta provincia de cotos, dehesas y pastizales, los administradores y los sobrinos de los administradores de los políticos absentistas, que hacen política personal y que no pueden lograr de Obras públicas que las carreteras que pagan los pueblos se desvíen de las fincas de sus deudos y parientes.

El Sol (23-03-1919)

Los luchadores de Murias de Paredes

Dato diputado.

Don Eduardo Dato Iradier, jefe del partido conservador ha sido veintiocho años diputado a Cortes por el distrito de Murias de Paredes, en la provincia de León. En Murias no se ha edificado una escuela, no se ha trazado un camino vecinal, no se ha levantado un puente, no se ha explotado un palmo de su riqueza minera durante ese tiempo. Muchas de las aldeas de ese

[295] Publicado en *El Sol* en el 12-03-1919 (O.C. Tomo VI, página 243).

distrito están completamente aisladas, y son sencillamente inaccesibles. "Senderos y atajos del centro de África –escribe un periodista de Murias– son los medios de comunicación que tienen entre sí sus habitantes". El bello rinconcito leonés no ha tenido hasta la fecha procurador en Cortes diligente y enterado.

Pero hartos los naturales de Murias, acordaron fundar una colonia. Los naturales de Murias que viven en Madrid –propietarios, militares, industriales– se pusieron al habla con los paisanos que allá arriba quedaban en la montaña soportando a los Carballo, a los Hidalgo, a los Quirós, a los Sierra-Pambley y demás familiares del aturdido Sr. Dato, y removieron Roma con Santiago y Coria con Plasencia dando la batalla a los cuneros. La "colonia" se trocó en un núcleo vivo y peligroso para el orden oficial.

La lucha ha durado varios años. Dos, tres veces aparece la "colonia" derrotada. Pucherazos, procesamientos, carreteras concedidas en pleno periodo electoral –como la del puente de Orugo al puerto de Ventana– compras de censos enteros, fueron los argumentos empleados en la contienda por los enemigos de la "colonia". El descontento del distrito crece hasta tal punto, que Dato piensa en un sustituto, guareciéndose, gracias a los Urquijos, en Vitoria; un respetable desconocido, el Sr. Álvarez Carballo, aparece elegido en una elección parcial, y no llega a jurar su cargo de diputado, porque sobreviene una crisis. Crece la marea, y se piensa en el Sr. Quiñones de León, amigo íntimo del Sr. Dato.

En la elección del Sr. Quiñones ocurren cosas extrañas; el conde de Sagasta y su hijo Carlos gastan ríos de gasolina y revientan centenares de neumáticos defendiendo valientemente a la "colonia". La batalla está ganada. Un viejecito afeitado, pulcro, el filántropo de Laciana, D. Tomás Rodríguez y Rodríguez, alcanza en las últimas elecciones el acta de Murias sin lucha, por el artículo 29, representando a la "colonia".

Los murienses levantan escuelas en San Miguel de Laciana, en Sosas, en Llausas, en Rabanal de Abajo, en Torre; el Ayuntamiento de Riella alcanza su fuente y se acaban las obras del puente de Lancara; la "colonia" regala dinero para el camino de Valle Gordo hasta Fosgar, para el puente de Villaverde, para las casas de los maestros de Tejedo, Valbueno y otras aldeas. Los propietarios, militares e industriales naturales de Murias y residentes en Madrid que fundaron la "colonia" para defenderse, se frotan las manos de gusto.

Ejemplaridad de la colonia.

Los "colonistas" –así se llaman entre sí estos valientes de Murias de Paredes: el laureado teniente coronel D. Segundo García, el comandante D. Fabián Rubio, el labrador D. Evaristo Fernández, el médico Sr. Arienza– han tomado el buen acuerdo de editar un folleto, contando sencillamente lo que pueden hacer unos cuantos hombres de buena voluntad en media docena de años. Y han encomendado la tarea de reseñar la historia de su "colonia" a D. Daniel Álvarez. En un folletito de cincuenta páginas nos cuenta este señor la épica lucha. Amor a Murias, carreteras, fuentes, explotación de los yacimientos de carbón, escuelas, muchas escuelas; he aquí el sencillo programa de la "colonia".

Los murienses me ruegan que hable de su pleito; estos hombres sencillos, retirados los más actualmente de sus negocios desconfían un poquito de la Prensa grande. "pero EL SOL –escribe uno de ellos– es otra cosa".

En efecto; los que en EL SOL escribimos no tenemos que someternos a la tortura del sacrificio de nuestras ideas. No corremos tampoco el riesgo de que el Sr. Dato nos persiga, ni la triste chanza de que el Sr. Álvarez Carballo nos encarcele. Y el caso de Murias es típico y es ejemplar en Castilla. Esa "colonia" cuenta con nuestras más fervorosas simpatías. ¿Por qué no imitan los palentinos, los vallisoletanos, los segovianos, el ejemplo de voluntad y de ciudadanía que les ofrece un olvidado rinconcito de León? Los caciques, cuneros y administradores de Castilla son como otras tantas cosas que meten ruido en España.

El retablo se resquebraja de tan pocho y tan viejo como está. Y esta es, amigos, la hora de acabar, silenciosa y abnegadamente, sin alharacas ni ruidos, contra estos señoritos que viven del miedo ajeno.

Unos cuantos leoneses voluntariosos han liberado el feudo antiguo del Sr. Dato. Con unas cuantas "colonias" más, como la de Murias de Paredes, Castilla se lavaría de tanta roña apestosa como está padeciendo.

El Sol (15-04-1919)

La tragedia del telegrafista de estación limitada

Interrupción de línea

Una camilla, dos cuadros, una mesita con el Morse. ¡Tic, tic-tac, tac-tic! ¿Salamanca? No contesta Salamanca. ¿Béjar? Tampoco contesta Béjar. Hay unos telegramas diferidos que cursar. Y no hay modo de cursarlos. El telegrafista de estación limitada, metido entre dos fuegos, pregunta, indaga. "Cierva. Goicoechea. Huelga. Solidaridad. Cuerpo." El telegrafista ha oído, ha cazado unas cuantas palabras misteriosas. Y devuelve, con su importe, el texto de los despachos diferidos.

A la hora del correo es un poquito mayor la animación en la plaza. Cambio de Gobierno. Crisis. Cierva. Alegría y contento en las honradas masas con el cambio de mayoral. Se habla de la devolución de unos telegramas. Un señor que se cala las gafas y que frunce desdeñosamente los ojos delante de los periódicos para no dejarse ganar de sus sofismas, lee en un corrillo: "Ha subido al Poder el Sr. La Cierva. Es el hombre honrado entre tantos vividores y el decente entre tantos logreros." Asentimiento, cabezadas afirmativas.

– ¡Qué falta está haciendo el palo!

La huelga es aviesamente censurada por estos hombres que no han hecho otra cosa sino holgar. Se van haciendo más densos y apretados los corrillos. Los propietarios, los usureros, todos los soportes del orden, nos miran compasivamente a los desordenados.

– ¡Hay que hacer un escarmiento! –asevera uno.

– ¡A ese telegrafista hay que sentarle las costillas! –exclama otro más osado.

El pobre telegrafista, que ha devuelto los telegramas diferidos con su importe, en un momento de buena fe, comienza su tragedia, su semana de pasión. A la hora del cierre, las doce, el pobre hombre coge su chambergo y abandona la oficina...

Los primeros chispazos

Miércoles Santo. Sol de abril. El telegrafista de estación limitada contempla el paisaje desde la ventanita del Casino, saborea su moka. Acaba de llegar al pueblecito. Allá lejos, sobre el puente, ve cómo se pierde la silueta de un charro caballero entro unos negrillos. Está distraído. Cuando torna a la realidad el telegrafista de estación limitada, unos cuantos defensores del orden han cercado su mesa.

– ¿Conque los hilos están rotos, eh? –le dice un abogado.

El telegrafista va a decir que sí.

– Oiga usted –le dice otro–, ¿con que en huelga?

Se discute el derecho a la huelga, o mejor, se niega sistemáticamente. Uno habla de fusilar a los huelguistas. Otro pone en tela de juicio su honradez. Todos aclaman a Cierva.

El pobre hombre calla viendo rugir la tempestad. La tempestad estalla. Un hombre a quien se ha devuelto con su importe uno de los telegramas diferidos prorrumpe en dicterios.

A las tres, a la oficina. Llama. Nadie contesta. Los abogados hablan de levantar actas notariales. Otros, de organizar una protesta. Se ha desencadenado el huracán ante la evocación mágica del caudillo murciano. Hombres que no se comunican jamás se espantan hoy de verse incomunicados. Circula una petición al ministro, de la Junta directiva, firmada por "todas las clases sociales" de la población. Hay que quitar el pan al forastero, hay que expulsarle del Casino. Con estas medidas, el orden quedará automáticamente restablecido.

En plena tragedia

El telegrafista de estación limitada, si sale de casa, provoca; si no sale, también provoca. La susceptibilidad patriótica de los usureros, de los letradillos, es extraordinariamente sensible y delicada. ¡Oh, la proyección de La Cierva sobre estos pueblos de Castilla! Representante de la mentalidad media de nuestras clases reaccionarias, generalísimo de la mentalidad de cabeza de partido, hombre que tiene de la sociedad el mismo concepto que tiene un cabo del pelotón de torpes que cepilla en su compañía, cada vez que La Cierva asoma su *jeta* por el horizonte político, sus huestes se movilizan, ufanas.

Oyéndoles, España no es una comunión de ciudadanos, sino una recua de mulas. El pánico de los procaces se disfraza unas horas de bravuconería.

Y no sabiendo cómo cobrarse de su miedo, convierten en trágicas las horas ordinariamente apacibles del pobre telegrafista de estación limitada.

El Sol (04-05-1919)

Las elecciones en Castilla

Comienza de nuevo la tasa electoral. Los señores, los señoritos y los administradores están de enhorabuena. Sorprende el decreto de disolución a nuestros campesinos y labriegos cuando están en vías de organizarse seria y espontáneamente.

Hubiéranse aplazado las elecciones cuatro, cinco meses, y el clamor de estos pueblos de la meseta, análogo al de los andaluces y extremeños, hubiérase impuesto, desde luego, al de los residuos de estas organizaciones artificiosas y deleznables de los terratenientes y curialillos de pan llevar. Sin garantías constitucionales, con los braceros huyendo a Extremadura en busca de la soldada de la siega, vísperas de San Pedro y de la renovación de esa mala vergüenza de los arrendamientos. Castilla va a perder una vez más la batalla. Pero va a perderla por última vez.

Con las espigas en sazón, llegan los programas huecos y sin grano. Nuestros candidatos están almacenando los "stocks" de sus lugares comunes. Fulanito ve en peligro la unidad de la Patria y arremete, furioso, contra Cambó; con una tenacidad digna de un Royo Villanova cualquiera, nos dice en su manifiesto que por el catalanismo se pierden las cosechas y por el catalanismo huyen los hombres de Castilla, para que se guarezcan en las huras los conejos. Zutanito, con la elocuencia de un Arroyo corriente y moliente, nos participa en prosa de oro que sobre las harinas se cierne la espada de la catástrofe. Y con los elegantes modismos de "abundo en este parecer", "reasumiendo mi doctrina", "la agricultura es el fundamento básico de nuestra riqueza", los analfabetos de Castilla, ahítos de Alcubilla y de Pérez Escrich, lanzan por estos campos abiertos al sol de primavera las oquedades de su corazón y de su cerebro ante un rebaño de esclavos que se disponen a votar los pobres al candidato que más les dé.

Con los programas, llegan los desahucios, los apercibimientos, las demandas, las imposiciones, las violencias, la lucha del curial contra el pegujalero y el colono. La curia se frota las manos de puro gusto. Monipodio asciende a gobernador civil y el bellaco de Sansón Carrasco nos habla, ufano, de su filiación política y de su intimidad con el jefe de esta o de la otra partida. El "propietario", aliado con el bachiller y con Monipodio, reacciona de su miedo pánico y se dispone a defender la renta, el cupón, el pacto de retro, el interés y la hipoteca, con el trabuco, la manta y la navaja albaceteña. Y surge el apernador, la mala bestia del apernador por estos pueblos, y guardándole la sombra, el delegado con antecedentes penales, el acaparador de trigo, el montaraz, el diarista hambriento, el secretario de Concejo, el secretario de Juzgado, el riquillo presuntuoso, el chulo, el sobrino que vive del tío, el tío que se ampara en el amo grande, el amo grande que en una partida de "bacarrat" se burla en un día del sudor de cien familias en un año.

Esto no varía por ahora. Asistimos, sin embargo, al último acto de la horrible tragedia. Los gananciosos de hoy ganan la última postura de la racha buena. Alba, nuestro cacique frívolo y malaventurado, comienza a purgar, con el santo de espalda, sus enormes pecados de mansa corrupción y de intolerable confusionismo. Va camino del destierro, para no volver más al llano. Los palentinos rompen el pacto vergonzoso del vaso y del grifo con la vanidad, y se disponen a no tolerar más la hegemonía de un hombre de ignorancia, de tosquedad y de violencia enciclopédicas. Fuera de estos dos síntomas consoladores, en Ávila, en Zamora, en Segovia, en Salamanca, en todas partes, sigue acorchada la sensibilidad de las gentes. Pero los señoritos oyen los vítores de triunfo por última vez.

¡Por última vez, amigos! Nuestros padres de la patria pagan muy caro el acceso al Parlamento; las Cortes venideras van a ser las últimas que coticen el deshonor y la servidumbre de Castilla. Nuestros ilustres silenciosos, que no se representan ni a sí mismos por falta de cosa representable, dejan por muy poco tiempo vacante el espíritu castellano en el concierto de las voluntades de las Españas. Castilla va a dejar de ser la incomprensión, la rutina, el patriotismo de zarzuela, el abogadismo, la mala fe, la zancadilla, el odio, frente a la corriente de aire puro que brota del litoral. Las hoces afiladas aguardan la sementera del compadrazgo. Dejemos a los rabadanes que se refocilen entre las tinieblas. Brillarán las estrellas saltonas, vendrá la aurora, y los sufridos, los sedientos de justicia y de amor, los que llevan en el alma la cicatriz de su vergüenza, se prepararán a la siega de tanto cardo borriquero como brota en la llanura. El "bon

cop de talç"[296] tomará bien presto carta de naturaleza entre estos campesinos que se van dando cata de que va a comenzar su hora así que quiebren los primeros albores.

El Sol (16-05-1919)

La lucha electoral

Pero ¿qué sentido, que alcance políticos pueden tener estas elecciones generales legislativas para la masa de ciudadanos que ha de llevar su opinión a los comicios? Los partidos políticos todos –los de la derecha y los de la izquierda– aparecen como desorientados y aturdidos a la hora de ahora. Ante la sorpresa del Gobierno que preside el señor Cierva, los profesionales no han tenido tiempo de reponerse de su estupor. Caminan de tumbo en tumbo. Vociferan. Gritan. Y luego, ¡nada, nada! Lo de siempre que será lo de ayer y será también lo de mañana.

En la lucha actual, se advierte, ante todo y sobre todo, la cobardía de eso que llaman izquierdas y la ausencia de sensibilidad política –no hablemos ya de ciudadanía– de nuestras seráficas derechas. Los de la izquierda aparentan olvidar que sólo pueden dar la batalla a titulo de defender las prerrogativas del poder civil, ausente de España desde el advenimiento del señor Cierva con la complicidad aniñada del señor Maura, que ya no se entera de las cosas y se duerme en los Consejos de ministros. Los de la derecha alardean de exhibir ante la opinión la legitimidad de sus títulos, olvidando que han creado una mansa dictadura, y seguros de su impunidad ante la suspensión de garantías, que ata las plumas y las lenguas.

El Gobierno ha procedido con la precipitación del contrabandista que ha dado un grito y teme ser sorprendido por la ronda de consumeros en plena noche. El período electoral está ya muy avanzado y las combinaciones ni han cuajado ni han llegado a cogüelmo todavía. No se ve claro. No se sabe nada. Nada se vislumbra por ninguna parte. En este criadero de diputadetes analfabetos de todas las mayorías que se llama la meseta castellana, es de ver las componendas, tercerías, compadrazgos, celestinajes a que están entregados los de Dato y los de Maura, con grave escándalo e inminente quebranto de la disciplina en los banderizos de las dos partidas. Adrede hurtan el bulto a toda ideología. Seguidos de usureros, de curiales, de administradores, de señoritos, de hampones, de todo el parasitismo electorero que hogaño hace su aparición simultáneamente con las moscas, se preparan al atraco con el soborno y la violencia. En lo alto, Maura exhuma un texto sobre el civismo, Cierva sonríe, y Sánchez Guerra, contento de saber que todos son unos, se alía con la ligereza de Goicoechea y aprovecha la inhibición fisiológica del presidente del Consejo.

Hasta las Castillas, de haber coincidido las elecciones con la recolección, se hubieran redimido de su acorchamiento, porque ahora el campo vibra y azuza violentamente a la ciudad. En Andalucía y Extremadura ocurre lo mismo. Los señoritos están a punto de ser destronados y se aprovechan de la última zalagarda con impresión que sería pintoresca si sus resultados no fueran trágicos. Albistas, mauristas, datistas, garciprietistas: tanto cuenta. El campesino escamado les cobra la comisión con usura. No hay modo este año de lanzar soflamas de protección a la agricultura, porque el auditorio, cazurro, prorrumpe en risas estrepitosas. Lo que hace es vender a buen precio la mercancía.

Esta insensibilidad, este acorchamiento, esta ligereza, este atraco con todas las agravantes, no son calidades únicas del cuerpo electoral. Los partidos políticos dan el ejemplo. Ya que no han ido a una abstención, único paso de curso en estas circunstancias, han podido y debido tener la cautela de que no se les viera el juego, ni los hilillos que les ponen en vergonzoso contacto con Gobernación. La priesa del Gobierno para labrar su tumba, no ha dejado, tal vez, al adversario decir lealmente al cuerpo electoral los intereses sagrados que la opinión debe salvar en los comicios. La lucha ha debido plantearse, lisa y llanamente, entre civiles e inciviles. La negación de toda autoridad y la patente de incivilismo reside hoy en el Gobierno. Jamás, ni en los momentos más críticos de nuestra historia política, se han guardado menos las formas y se ha tirado al arroyo con más furia esa hoja de parra que el señor Maura guardaba y reclamaba para sí, cuando nosotros éramos nosotros y se limpiaba el liviano polvo de su levita académica. El amo, el cabo de varas, le ha desbancado totalmente, y es triste el espectáculo que dan todos

[296] "Buen golpe de hoz": de la letra de *Els Segadors*, himno catalán.

estos días, hablando de opinión en un país que vive sometido a las coacciones más inconfesables y las tutelas más ruines.

Pero no es cosa de indignarse donde nadie se indigna. Los rabadanes se han unido para matar la oveja. Cierva se come los tasajos y las izquierdas se conforman con los huesos, que ya no pueden roer, porque no les queda ni siquiera dentadura.

La Publicidad (21-05-1919)

Divagaciones[297]

El señor candidato es, al menos por estas tierras, el ser más pintoresco de la creación. Pisa fuerte, respira satisfecho, protege con el gesto, con la palabra, con la mirada. El señor candidato, que está en los secretos de Cierva y que conoce las misteriosas combinaciones de Goicoechea, es el hombre más feliz de la tierra. Y más pintorescas todavía las comitivas que le acompañan.

Yo hago acopio de risa para todo el año viéndolas desfilar por estos pueblos de Castilla. No habléis de principios ni de ideales en estos pueblos. Aquí se pelean rojos y blancos, como las cábilas, por odios personalísimos y por rencores inconfesables. El candidato no existe: es el pretexto, el banderín de enganche, que inicia la hora de la pelea. García, el conservador y Gutiérrez, el liberal, son liberales y conservadores porque los de la acera de enfrente llevan otros motes. En un pueblecito de Cáceres, Hervás, los liberales se tornaron conservadores, y los conservadores, liberales. No fue necesaria más que la brocha gorda de un pintor para la mudanza del rotulo. Las muestras de los casinos trocaron sus leyendas, y alguien propuso el traslado de las muestras, que era lo más lógico y lo más natural. No prosperó una idea tan sencilla.

¡Y estas comitivas, santo cielo! Todo el mundo del hampa –curiales, abogadetes, administradores, vocales de las Juntas de los casinos, usureros, trigueros, empleados concejiles, vagos– salen de sus cubiles, pasillos, huras y guaridas. Se disputan la sonrisa, la mirada, el apretón de manos del señor candidato a dentelladas, a mordiscos, a pescozones. Le persiguen implacablemente para prestarle el brazo, para emparejar con el, para ofrecerle el abrigo al subir al carruaje, para correr a un estanco en busca de un mazo de cigarros puros. Gentes que llevan la servidumbre en el espíritu, hoy son domésticos oficiosos del candidato para convertirle a él también en instrumento de sus pobres habilidades pueblerinas. Cada elección es un sainete, cuando no es una tragedia. Se pelea primitivamente. El arma más aristocrática es, a lo sumo, una navaja de Albacete.

Aquí, al lado de mi casa, arde la incoherencia en dos distritos. Sopla la llama en uno un diputado provincial ardoroso, que ha declarado guerra sin cuartel al que llevó el acta en las pasadas elecciones. El uno es la obsesión del otro. Se persiguen, se espían, se vigilan con un ingenio tal, que aplicado, por ejemplo a una esfera más alta, daría lugar a las más fecundas y provechosas emulaciones. En el de al lado se habla, primero, de un artículo 29; luego, no hay tal articulo 29; después, se retira un candidato; a continuación, surgen dos más. En el pueblo donde escribo hacían falta precisamente dos candidatos. Aparece el último –el último a estas horas– y le acogen en seguida, ofreciéndole el censo total de la población, cuatro o cinco caballeros que acaso dispongan de su voto personal, azuzados por otro que padecen de lo que llamaría Santa Teresa melancolía de la envidia, porque sueña en ser diputado provincial, y no quiere dejarse sorprender por otro colega suyo que madruga tanto, que tiene que volverse a la cama, antes de la aurora, cansado de esperar. En derredor de toda esa melancolía, gira el artificio del tinglado. El candidato es ajeno a él y aún no debe sospechar que exista. Y con los liberales están los reaccionarios, y al lado de los reaccionarios, los dos o tres que tienen espíritu liberal.

Estas elecciones de Castilla pueden ser manantial de observaciones para un psicólogo, pero si interviene la estadística, apuntando las opiniones dominantes por los motes de los victoriosos, no hay modo de acertar jamás. Es posible, por ejemplo, que salga un albista en uno de estos

[297] Existen otros artículos con este mismo título y distinto contenidos publicados en *La Libertad* y *El Adelanto* (O.C. Tomo I, página 95 y 409).

distritos, apoyado por elementos hostiles a Alba. Porque su victoria supone la conclusión de un feudo de un marqués cacique. En otro pueblo, de tradición académica, puede ganar un integrista, sin que en el coto electoral haya una sola organización de esa clase. Y así, en muchos. A los pueblos no llega jamás el eco de la idea, sino el sonido de la plata y cuando más, la simpatía o el prestigio personal del candidato.

Castilla está sin organizar. Su política es una charada, un jeroglífico y un herradero. Se llaman liberales gentes que aclaman a Cierva. Se llaman conservadores ciudadanos que consienten esa denominación por tradición familiar. No hay una realidad política coherente, una masa sobre la que pueda operarse. Solamente los campesinos, azotados por el hambre, comienzan a darse cuenta de que, en el fondo, siempre se conspira contra ellos. Nada más. Y unas cuantas almas solitarias, doloridas, errabundas, aisladas, que comienzan a desesperar. Y un enorme problema de propiedad que lo arrancará todo y lo llevará todo por ausencia de incomprensión en esta taimada y pobrecita burguesía. Así, por ejemplo, ahora me dicen que a nuestro querido y leal amigo Filiberto Villalobos le presentan un candidato enfrente los fabricantes bejaranos, porque Villalobos es medio anarquista en sus ideas sobre la propiedad. Su proposición de ley sobre los arrendamientos que conoce el lector de EL SOL, es tan honrada y tan conservadora que la firmaría el propio obispo de la diócesis. Pero el miedo de las derechas es grotesco. La prueba mayor es que no pueden hacer unas elecciones constitucionales. Y que tienen que dejarse dirigir por un cabo de varas al que muchos odian cordialmente y del que se dejan dirigir por incomprensión, sencillamente por incomprensión.

El Sol (25-05-1919)

Comunicaciones secuestradas

Yo no he podido comunicar a EL SOL mis impresiones de la lucha electoral.

Han violado en las ambulancias centrales certificados; telegramas de protesta no han llegado a su destino.

Pero estos días hablaremos de todo.

El Sol (16-06-1919)

Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (I)

Justificación del retraso

Desde el día 25 de mayo he estado enviando al Señor director de EL SOL impresiones y notas de la lucha electoral desarrollada en el distrito rural de Peñaranda de Bracamonte, provincia de Salamanca. En mi poder tengo los recibos de haber certificado oportunamente tales trabajos en las administraciones de Correos. Ni una sola cuartilla ha llegado a las manos de D. Manuel Aznar. En esta etapa de la arbitrariedad a caño libre, o lo que es igual, del destapamiento de la gusanera señoritil, del desmán del usurero, de la metáfora del leguleyo bribón, de la impunidad del administradorcillo beodo, de la supuración y enconamiento de la llaga purulenta que corroe este pobre campo salamanquino mío, torpe sería quien se sorprendiese de las sorpresas y quien protestase campanudamente de esta organización africana que culmina en el Gobierno civil de la provincia y remata en la última pareja de agentes de Orden público.

Distintos telegramas de protesta que se han enviado a EL SOL tampoco han llegado, naturalmente, a su destino. Todo ha sido lícito a nuestros señoritos, a nuestros terratenientes, a nuestros usureros, a nuestros grotescos abogados en estos días de ruin desbordamiento. Se dio la consigna de que se ignorase a toda costa en Madrid lo que sucedía en Ledesma y, sobre todo, en Peñaranda de Bracamonte. En Ledesma, un señorito bien, abogado que obtiene en todas sus oposiciones el primer lugar y que consulta todavía para redactar su manifiesto al señor Ceferino González y los apuntes que vende en Salamanca a cuarenta pesetas el reverendo padre decano de aquella escuela, Fr. Nicasio Sánchez Mata, viene facturado desde Madrid por el cabo de varas Sr. Cierva a que le voten en masa los pueblos de señorío.

Ledesma se siente bolchevique y rechaza el candidato de orden, que torna a su guarida a escribir sendas y bien detalladas actas notariales.

Y el caso de Peñaranda de Bracamonte, dos veces ejemplar por su preparación y por su resultado, es todavía más grave y más característico. Luchan por el distrito dos candidatos: Ricardo Power, industrial bilbaíno, amigo de Santiago Alba, y un sobrino del administrador del ex cacique de estos contornos señor marqués de Ivanrey. La lucha es verdaderamente épica: menudamente comenzaré a contarla, desde mañana, en estas páginas. Al lado de Power luchan las izquierdas y con las izquierdas, las Asociaciones campesinas de resistencia. Al lado del cacique por delegación, del candidato que tiene que servir al que vive de ofrendar servidumbre al señor, se forma el cuadro de la gente del orden, esto es, del desorden actual, porque el orden es, en el vocabulario de tales gentes, el voto a cambio del desahucio, la venganza por medio del arrendamiento, la supresión del campesino ante la cría conejal, el jornal miserable, el hambre, la emigración, el coto, la dehesa, la carretera que no pasa por los pueblos que la pagan y que beneficia, en cambio, a las fincas de los parientes. En la lucha se acude a toda suerte de bellacas y arteras maniobras...

Se detiene a las señoras y se registran los coches en que viajan. Se acude a la mentira y la infamia. Se movilizan como delegados a hermanos de notarios requeridos. Se hacen gestiones para inventar actas falsas de presencia. Se miente a derechas y a torcidas. Se ofrece dinero a los campesinos por los amigos del candidato ministerial para acusar a Power de soborno y de corrupción de sufragio. Toda la lira. Y no se cuenta con el pueblo, que es quien ha de decidir, en última instancia, la solución del pleito.

[CENSURADO][298]

El grito de "¡Muera la usura!" es clarín de guerra y de victoria. Jugando, en ocho horas, deshace el aldeano, a patadas, violentamente, el tinglado caciquil de cuarenta años. Lucha el pobre contra el rico, el criado contra el amo, el deudor contra el prestamista, el colono contra el señor. De nueve mil votantes, siete mil votan al candidato anticaciquil, a Ricardo Power. No hay artimaña que valga ante la rebelión de esta pobre «chusma encanallada». Después del escrutinio, el pueblo danza ante los prados vírgenes repletos de amapolas. El sol besa con mimo los trigales; por las calzadas curvas de tierra llana las mujeres, furiosas, enseñan los puños al opresor. Y canta la musa popular:

¡Bilbaíno, bilbaíno,
no te vayas a Madrid,
que aunque no nos des dinero
te votaremos aquí!

Y comentan después burlonamente los vejados que se quedaron sin pan y sin tierras, y sin *yugás* y sin *gués*:

El día primero de junio,
ha sido la votación,
y los ricos de Zorita
se han *quedao* mirando al sol.

Y los gañanes, desde lejos, con gesto señoril, lanzan hurras que nos hacen sollozar de alegría...

El Sol (20-06-1919)

[298] Estas elecciones se celebraron tras el gobierno del Conde de Romanones que había suspendido las garantías constitucionales. Tras su destitución en abril, se convocaron elecciones generales en un ambiente enrarecido. "Avergonzados venimos soportando, ya que otro remedio no nos queda, esta era escandalosa en que semana sobre semana y mes tras mes se perpetúa la suspensión de la garantía más noble que había conquistado el liberalismo", se queja El Sol el mismo día en que aparece este artículo.

Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (II)

Dos mítines

«Peñaranda; mírala y anda.» Allá, sobre la altiplanicie, se levanta la torre de la parroquia entre un mar de cebadales; tapias de adobes y casucas pintarrajeadas y enjalbegadas completan el paisaje. La nieve de Gredos refulge al sol en la lejanía. Peñaranda: mesón, feudo, monte de Arauzo, Nava de Sotrobal o la Navilla. He aquí las encinas del monte del señor. Todos los veranos visita concienzudamente los conejos el señor marqués; en los Juzgados municipales hay cuarenta, cincuenta juicios por infracción de caza; pago de costas, multa, gruñido de la fiera campesina. ¡Querido pueblo de la Navilla, que no te calientas en invierno con las encinas del monte; ya surgió en tu seno una sociedad campesina de resistencia; veremos, como sabes libertarte el domingo!

«Peñaranda; mírala y anda.» La carretera está llena de campesinos que tornan del mercado; es jueves de la Ascensión. Tenemos delante el manchón verdinegro del monte; en la Navilla nos aprietan la diestra unas manos callosas. «¡Vivan los pobres!», grita una vozarrona al alejarse el auto. El *chauffeur,* un vivo modelo de Arrúe, sonríe bonachonamente, sin distraer un momento su atención del volante. Se destaca con vigor una roja fábrica de harinas a la derecha. Las dos. Tenemos hambre... Cuatro kilómetros aún. Allá, al Norte, advertirnos el cruce de las carreteras.

Peñaranda, día de mercado. Jueves de la Ascensión, agitación electoral. Llueve, gotea agua de tormenta, se cubren con las sayas las mujerucas, y los hombres con las anguarinas. Se ha perniquebrado un perro labrador a nuestro paso. La villa, soportales, animación, barullos, gritos. Charros de gorrilla y de camisa rizada, y de rodajas de plata, y de calzón corto y de ademán sobrio y contenido. Saludos; almuerzo en la casa amiga; besuqueo de los niños bulliciosos, guerreros, rebeldes a toda disciplina, sangre de papá, y al casino, al rincón de la amada tertulieja… Power, pachorroso, tranquilo; Pepe Ávila –el diputado provincial–, inquieto, nervioso, multiplicándose, hablando al oído de unos y de otros; los republicanos, los socialistas. Arce, el medio alcalde; Ruipérez, austero, doctoral, miope; el corresponsal de EL SOL, de Salamanca, hilvanando un telegrama; la menguada tropa de rebeldes toma café.

El mitin de las derechas. El teatro está en el mismo edificio del casino. Salimos al balcón a ver el espectáculo. Criados, criados, criados, criados… A unos se les ve la librea; otros la llevan dentro. Van ensayados. Aplauden automáticamente, sin calor. Veinte minutos de exposición de ideas. Habla primero un buen señor.

El bolchevismo cunde; son bolcheviques los amigos de Power; hay dinero inglés de por medio; todos estamos vendidos al oro inglés. En Rusia ha habido…, ¡ah señores!, en Rusia ha habido muchos muertos, pero muchos, una barbaridad de muertos. El orador desfallece, se sienta, aplausos tibios…

El segundo orador. Ningún maurista ha podido venir al mitin. Hubo –¿no lo sabéis?– pana en la carretera. Rumores de desconfianza. Salió un tren a la misma hora; bien pudieron tomar el tren los oradores. Invocación al peñarandinismo. He aquí una nueva ideología política. ¿El peñarandinismo? Sí, sí; el peñarandinismo. Siendo de Peñaranda el diputado, cuando un elector quiera ir al Hospicio, al Hospital o a la Casa de Dementes, acude a la casa de al lado y entra en el establecimiento. En cambio, el otro candidato tiene tres domicilios y padece de la «funesta manía de viajar». ¿Cómo se acude a él en caso de apuro? ¿Estará en Medina, metido en el expreso 13, mañana, a las siete y cuarenta? ¿O en Venta de Baños? ¿O en Archanda? ¿O en Escocia? ¿Power? ¡Bah, bah! Es un apellido que suena mal. Nueva invocación al oro. Venta general. No se olvida uno tan fácilmente de 70.000 duros gastados para derrotar al masón.

Otro mitin a las cinco. El mismo local. Se habla de usura y el pueblo ruge. Allá chilla uno de Rágama, que se quedó sin tierras ante una sencilla y honrada operación aritmética de interés compuesto: en esa butaca gime un hombrachón sacrificado al pacto de retro. El público aplaude, se levanta en masa, delira… Power se da cata de la inmensa tragedia campesina que hay en el fondo de esta elección y habla abrumado, dejando al descubierto el sentir de su pechote vasco.

La batalla está ganada. Movilización de la Guardia civil, secuestro de telegramas a los colonos, todo inútil. El señoritismo maniobra audazmente de espaldas a la caballerosidad, tanto

monta. Groserías, calumnias, artimañas de abogados que llevan librea; da lo mismo. Está planteada ya la contienda. Y está ya ganada.

El Sol (23-06-1919)

Notas del camino[299]

La mesonera de Valverde

En un carricoche, a caza de votos, dando la batalla a los señoritos-administradores, una tibia y dulcísima mañana de Mayo. Atravesamos pueblucos de adobes, cara al sol, tendidos en la llanura amarillenta, tierras en barbecho, posíos que fueron concejiles y que acotaron codiciosos y pequeños propietarios, cuestas, barranquines. Y luego dehesas, más dehesas, siempre dehesas, una procesión interminable de recios alcornoques, monte y pastizal. La carretera indica siempre en sus curvas de tierra llana, en sus rodeos escandalosos e innecesarios, la presencia de las fincas de los grandes terratenientes. Sol, calor, asfixia. Nadie en la carretera. De tarde en tarde, sobre el altozano, la silueta de un gañán removiendo los terrones detrás de la yunta. De tarde en tarde, un mendigo barbudo y roto, que va de caminata. Un carro de bueyes. El peatón que lleva el correo –"El Debate" del señor cura y unos impresos del señor médico– para la aldea.

Dehesas, dehesas, siempre dehesas. Acabó la tierra llana; la alfombra de los prados, los árboles de las alamedas selváticas, los arroyuelos, las manchas grises de los encinares, las casas de las montaracías en los sotos, son un deleite para los sentidos del cuerpo y un torcedor para los del espíritu.

Sambellín, Santa Inés, Carmeldo, Cártala, Pedro Fuerte, Sancho Pedro, Revilla de Codes, Valverde. Valverde, propiedad de la Casa y Estados de Medinaceli, se divide en cuatro cuartos, y es grande como la posesión de un antiguo señor cura. Grandes zonas, vírgenes, están sin cultivar. Se divide, para los fines de la explotación o renta, en los cuartos del Tomillar, del Vaqueril, de los Ahijones y de la Laguna. Situada entre pueblos míseros de braceros –Galinduste, Pelayos, Tala, Anaya, Horcajo, Armenteros y la Umbela– la dehesa de Valverde presenta la emigración, paraliza los brazos, abarata las soldadas y es un insulto y un reto a la obligada holganza campesina.

Allá, en un prado, pastan unos toros, y dos leguas más allá del prado, salen hoy para Extremadura setenta braceros a la siega. Las casas de Valverde, el viejo palacio, el campanil de una capilla, las casas de los renteros, el mesón. Pedimos agua a la mesonera. La mesonera es una linda muchacha extremeña, despechugadota y fresca, que nos recrea con el acento cantarín de su voz. Ríe, juega, nos muestra unos brazos blancos, responde con tosca complacencia a nuestros vivos requiebros. Nos habla del «amo grande», del "amo principal", del duque, con una veneración supersticiosa. El duque lo puede todo, todo... Ellos no han visto al amo jamás; nunca vino el amo por estos vericuetos. Ahora ha escrito... Las elecciones, ¿saben ustedes?

Bebemos el agua de manos de la linda mesonera. Abandonamos la carretera por un camino muerto, por un atajo de cabras. El carricoche nos muele, nos tritura los huesos pecadores. Vamos al límite de la provincia. Ya tenemos enfrente la mole de Gredos coronada de nieve; ese montón de casitas claras –Mercadillo– pertenece a la sierra avilesa.

En el Concejo de Armenteros

Los votos... Hablamos con los braceros. El candidato maurista es el latifundio, representa al administrador y al amo, es el último rebrote de un caciquismo vergonzoso para la comarca. Obligados a elegir –¡y qué selección más triste se presenta como un deber inexcusable al espíritu en estas contiendas electorales!–; obligados a elegir, hacemos pelear a nuestros braceros, a nuestros colonos, a nuestros humildes gañanes, por "el otro". El otro es un señor que viene a extirpar un cáncer; cambiaremos, por lo menos, de postura. Es de fuera, industrial. No tiene intereses de tierra por estas tierras.

Hablamos con nuestras gentes. Dinero, dinero, dinero; sólo se habla de dinero. Están cansados de promesas que no se cumplen, de candidatos que los engañan; ellos quedan en el pue-

[299] El recorrido parte de Alba de Tormes hacia el sur de la provincia de Salamanca, hasta Armenteros.

blo, esquilmados para siempre, divididos, malparados, y los jefes de los bandos se las entienden luego tan ricamente, en las mismas barbas de los que por ellos se pelean.

¿Programas? ¡Bah! Rey, Roque; les da lo mismo. El pueblo no es de la derecha, ni de la izquierda. Sospecha que todo eso es nada. Nada. La tierra, la renta, el aprovechamiento, el jornal; fuera de eso, nada le importa. Y dice bien. La necesidad material inutiliza el raciocinio. La vida política normal supone un régimen político tolerable, previamente. Este campesino castellano observa que las mudanzas son aparentes, y que él continúa como siempre, mano a la esteva, expoliado por el amo, burlado por el cacique, robado por el curial, a pesar de todas las libertades. No impera más que una ley, la del señorito; "al charro y al limón, estrujón".

Abandonamos el Concejo ya de noche. Los campesinos recelosos, sinuosos, callados, precavidos, nos cuentan su plan de campaña. El secretario del lugar, melifluo, falso, pardillo de cuenta, maurista, ministerial –"ça va sans dire", tratándose de un secretario rural castellano– nos habla de combinaciones y cubileteos y echa su cuatro a espadas en este problema de la regeneración nacional, no con menos sagacidad que García Prieto y que cualquiera otro secretario rural nato, trasplantado a otras alturas por capricho del viento. Anochece. Tornamos a las dehesas. Del campo vienen las mujeres, de la escarda. Seis reales ganan por día.

–¡Mire usted! –me dice una mocita muy graciosa, de grandes ojos–. Una peseta nos lleva la comida; un real gastamos de calzado, cuando menos. Y otro real nos queda para el vicio.

La mocita sonríe contemplando los guiños de un lucero, en la noche clara. Nosotros no podemos sonreír por estas tierras, donde los felices muerden, como canes rabiosos, los harapos de los que trabajan.

El Progreso (Santa Cruz de Tenerife) (24-06-1919)
La Publicidad (29-05-1919)

Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (III)

Ideología del adversario

La ideología del adversario, para hablar metafísicamente, se ha reducido, en esta provincia de Salamanca, donde se ha derrotado vergonzosamente en todos los distritos a los señorucos de la conjunción maurociervista, a la apología y defensa del salmantinismo, del peñarandinismo, del ledesmismo, del vitigudinismo y del albismo o albatormismo –apología y defensa de Alba de Tormes, no de Santiago Alba–.

Definamos estos términos, valiéndonos de los textos más autorizados que han circulado estos días.

El salmantinismo

Se le llama también "boñiguismo" por los estetas y por los intelectuales. Nuestro querido y regocijado amigo D. Pío Gutiérrez, el senador idóneo, compañero de Cajal en la Alta Cámara, es su mejor definidor y apologista. Textos: sus discursos del 2 de marzo de 1918 y del 14 de abril del 19, además de sus copiosas intervenciones senatoriales, oídas con religioso silencio por los bancos de la Cámara.

Salmantinismo o boñiguismo. Todo por y para Salamanca. Garrulería oratoria, facundia, oquedad. Bufete, asesorías, compra de jurados, palabrotas soeces contra Unamuno... Salmantinismo: discursos que no se pronuncian y que se repiten en "El Eco", puentes que se prometen y que no se proyectan, servidumbre en Madrid y galleamiento en Boñigas de Abajo, asesorías cuando están de vacaciones los jueces, cartas que se fingen y no se reciben, cursilería. ¡He aquí, señor, el salmantinismo!

El peñarandinismo

Lo definen los administradores y el seudopropietario de "El Eco Imparcial de Peñaranda". Textos: mítines de febrero del 18, de mayo del 19. Colección de "El Eco Imparcial, etc.".

Peñarandinismo: Concepto geográfico de barrio, que no de casco urbano. Concepto familiar primero que geográfico. Pueden vivir los que tienen rentas. El dinero tiene un interés

legítimo y santo; el más santo y el más legítimo es el interés compuesto. Los pobres son carne de cañón. Los conejos son inalienables. Se prohíben las recomendaciones que favorecen y circulan las que dañan. Masonería, oro inglés, ramales revolucionarios, conservadurismo de la calle de la Poza.

Peñarandinismo: Curiales, curiales... Escribanos, minutas, paneras, agua y chinarros en el trigo para que pese, desprecio absoluto a la inteligencia, señoritismo, imperio de Antoñita Quijano, garbanzos de ocho pares. Maura, Niceto, odio al forastero.

El ledesmismo

Beltrán de la Cueva, la Beltraneja, derecho de tránsito por el puente, la casa de Alburquerque... Ledesmismo: Baraja, siesta, matrículas de honor, cría del retoño en el amor a los escalafones, residuos de duquismo, diputados provinciales que rumian derrotas olvidadas por los demás.

Ledesmismo, colonos que son cosas, hombres que son cosas, concejos que son cosas. Horror a la compra de votos, porque la compra de votos es un progreso, dañino como todos los progresos. Los hombres ya están comprados de por vida. Cuatro duquesitos disponen de 2.000 votos que no fallan –Forfoleda, Calzada de Don Diego, etcétera–. Intangibilidad de los conejos, como en Peñaranda.

Odio de la usura a la industria, pánico de la terratenencia a la fábrica. Ledesmismo: baluarte feudal que se resquebraja, maurismo de cabeza de partido...

El vitigudinismo

No hay textos. Para hablar del vitigudinismo ¡ay! tenemos que proceder por intuición.

¿Vitigudinismo? Usura, sí, usura. El párroco dice: "Señoras y mujeres; señores y hombres." Clases, separación y acordonamiento de clases, rentas de gentes que sólo tienen para comer y mal vivir, genios locales, prestigios locales, indigenismo hermético y sin comunicación.

Vitigudinismo: confusión y retórica casinera, muchachos que nacen, viven y mueren haciendo oposiciones. En el matrimonio se coloca, al fin, la bollería. Tierras del Abadengo y tierras de Cerralbo, que van autocomprándose. Cabeza de partido que ahoga a toda la comarca; peña de escrupulosos –lectores de "El Debate"– que asfixian la cabeza de partido… Tierra que ha heredado la mansedumbre de su vecindad con Lusitania; judaísmo inconsciente, "sebastianismo" en forma de lotería y de bienes gananciales.

El albismo o albatormismo

Mi pueblo, feudo espiritual de los peñarandinistas. Novelas de Felipe Trigo, timba, más timba, liberales de Cierva, conservadores de Mella... Terapéutica del palo. Charlas de galgos y de sicalipsis barata. Andares de topo. Envidia, envidia, envidia, pesar del bien ajeno, venganzas a largo plazo, abogacía.

Caza del anda-ríos. Anda-ríos es el nacido más allá del Tormes. Psicología primitiva, de tribu. Exclusivismo feroz, materialismo, incomprensión, tacañería. Ausencia absoluta del concepto de relatividad. Afirmaciones rotundas, admiración al rico porque es rico, galgos...

Feudalismo difuso, sangre de pecheros de los Toledos. Pueblo bueno, plebe buena; mesocracia atontada; aristocracia vanidosa de pecheros, que fingen ignorar su pecherismo. Usureros que hacen gracia: curialetes que hacen gracia; cobardía.

Albatormismo: cobardía y miedo a la tormenta. El albatormismo tiene "cascabeles" como "Matalaburras", el salmantinismo... Alguna pobre alma perdida en la soledad, ¡Pueblo que prepara el zarpazo contra la roña...!

El Sol (24-06-1919)

Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (IV)

Lo que yo vi. Desde el día 29 de mayo, jueves, estaba ganada la batalla en el terreno espiritual; lo demás, todo lo demás, lo hizo el Gobierno. La víspera de la elección, 31, sábado se detenía al alcalde de Alba de Tormes, pues 23 pueblos de este partido votan con Peñaranda, se prohibía la circulación de coches, se movilizaba la Guardia civil, se enviaban delegados de tur-

bia procedencia social a los colegios electorales, se censuraban y detenían telegramas y cartas puramente privados y familiares.

Y amaneció el domingo. Con D. Faustino Jáuregui tuve yo que recorrer, en automóvil, los pueblos más cercanos a la carretera. A las ocho y media de la mañana llegamos a Anaya; estaba ya vencida la votación. Los colonos, los braceros y los pobres tenían arrinconados materialmente a los caciques; el mismo cura se había pasado al enemigo. El pueblo se entregaba a las más expresivas demostraciones de júbilo; del delegado gubernativo no se sabía otra cosa sino que había desaparecido la noche anterior. Las mujeres, armadas con garrotes, vigilaban la pureza del sufragio.

– Marchen ustedes a otra parte –nos decían–, que de este pueblo respondemos todos. ¡Hoy es el día de los pobres!

Y nos levantaban en alto, y el coche no podía dar un paso por temor a un atropello, y se gritaba contra los usureros y contra los curiales y contra los terratenientes de baraja y rebotica.

Valverde.– La dehesa, la enorme dehesa de los Medinaceli, la de los cuatro cuartos y terrenos vírgenes, la de la Laguna, y la del Tomillar, y la de los Ahijones. Toros echados en el prado, regatos, margaritas, paz virgiliana y campesina. Los gañanes, desde lejos, nos saludan; el peón caminero detiene el coche. Ocho, diez, doce, catorce kilómetros de dehesa; todo es Valverde al norte y al Mediodía; y al Poniente y al Saliente. Casucas de renteros, el escudo de los Cerralbo en una hondonada, el reflejo metálico de los cebadales, la sombra de las copas del encinar. En los recodos de la carretera, distante de los pueblos pero a la vera de las montaracías, braceros de las Sociedades de resistencia con sus trajes y chambergos domingueros. Todo va bien. Muy bien ganada la elección.

– ¿En Larrodrigo? ¿Pues si es pueblo de renteros?

– ¡Pus por eso, señorito!

– ¡Viva el bilbainooooo!

– ¡Vivaaaaa!

Y nuevos zarandeos. La ermita de Nuestra Señora de Veldejuncosa[300] en un altozano. Las dos torres de Horcajo: la del Concejo y la de la Iglesia, frente a frente. Horcajo.

En plena rebelión.– Montaraces, usureros de la comarca, ganchos de curia, todo el parasitismo piedrahiteño y del Valle de la Corneja lanzado sobre el pueblucho.

– ¡Eh, tú! ¡Qué no pagan los votos!...

– ¡Mejor!

Mitin espontáneo al aire libre. Diserta un montaraz sobre el orden, sobre el respeto a los amos que nos dan de comer. Es ingrato el que se rebela contra el amo; pedradas a la cabeza del orador.

– ¡Muera la usura!

– ¡Mueraaaaa!

– ¡Abajo Fulano!

– ¡Abajooooo!

Las mujeres son nuestros apernadores espontáneos. Los labriegos llevan la candidatura anticaciquil en el sombrero que huele a tomillo y tiene pencas de romero y mejorana. La dulzaina chilla el Himno de Riego. Los electores votan, en filas compactas, a papeleta descubierta. Uno, que ha estado en Francia, habla de Clemenceau; otro de Lenin. ¡Esas tierras, esas malditas tierras…!

– ¡Nunca se vio cosa igual! –me dice el alcalde, partidario del candidato del orden

– Pues, mucho cuidao –advierte uno–; no sea que los ricos tengáis que ir por donde nosotros digamos.

¡A otra parte! Votan trescientos pobretucos contra diez y ocho riquillos; aquello se acabó. La carretera, Valverde, la Anaya, de nuevo.

– ¡Ganemos los probes! ¡Hora era, reconcho!

– ¿Votaron todos?

– ¡Todos!

– ¿Y por ahí?

– Que ganemos también en Tala.

– Y en Navales.

– Y en Larrodrigo.

[300] Creemos que se trata de una errata de imprenta. En realidad debería decir Nuestra Señora e Valdejimena.

– Y en la Naya.

– En toas partes, señor –dice un viejo criado de labor– y se acaba de relatar más presto. ¡Vivir para ver, ver para vivir!– agrega sentencioso.

Y un cojito, listo como la ardilla, hermano del presbítero, diserta encaramado sobre el tapial de una cortina, a la salida del pueblo. ¿Qué dice el cojito? "Opresión… libertad… venganzas… bilbaíno… pueblo libre." Recuerdo al amigo Lucas de la sabrosa novela de Pereda "Don Gonzalo". El viejo don José María se llevaría espantado las manos a la cabeza. El cojito no espera nada, nada… Saltó la valla, se anegó el campo. Jáuregui está abrumado por la emoción; se descuida y unos brazos campesinos nos llevan en hombros al coche. El chico que lo cuida abre los ojos ingenuos, infantiles, grandotes, ante el milagro del despertamiento popular.

En la carretera, recados de gentes desconocidas. Los apoderados ministeriales no pueden entrar en los pueblos. Ofrecen dinero en nombre del adversario para probar el soborno; cuentan que hay notarios que se prestan a la farsa. A pedradas les despiden los aldeanos. No hay teléfono por estos pueblos, y las noticias se transmiten con la celeridad del rayo.

Llegamos a Alba. Caras largas de la grey conservadora; se habla en corrillos de la conmoción popular. Se cuenta a nuestras familias que nos han matado, cuando hemos defendido con la Browning[301] en la mano, la vida de pobres montaraces.

Descansamos unos minutos. Telegramas satisfactorios. La rebelión es análoga en setenta pueblos.

Y tornamos a salir, al mediodía, por otra carretera…

El Sol (29-06-1919)

Un distrito en masa que se alza contra los amos y terratenientes (V)

Marcha triunfal

A Peñaranda a las tres de la madrugada. Nutridos grupos en las calles, bajo los portales; nadie duerme. A nadie sorprende ninguna sorpresa. Cuarenta años de opresión, de títulos analfabetos, de montaraces jándalos, de monterillas procaces, de pacto de retro, de venganza, de insidias; ¡todo pasó a la historia en ocho horas! El gozo impide coordinar impresiones. Los labriegos de Rágama, que se quedaron sin tierras aúllan de alegría. Esa mujer que tiene el marido en la cárcel por *mala cabeza,* besuquea a Pepe Ávila, el diputado provincial, que va más achuchado por la alegría que un limón. El peatón de Macotera, que se quedó sin pan para los hijos después de servir al Estado cincuenta años, piensa en la reposición y va creyendo en la justicia.

Todos están abrumados ante la enorme entereza de las aldeas. Los detalles son conmovedores. Aquellas que son cotos, fincas, feudos, de la grey conservadora, de la grey del orden, de la caridad en los de arriba y de la resignación en los de abajo, son precisamente, las que se han rebelado con mayor encarnizamiento. Los de la Navilla, los que tienen un monte cercano de placer que no les da fuego en Nochebuena, cumplieron su palabra. Y los de Larrodrigo. Y los de Cantalapiedra; ¡todos!

Se trata de analizar el movimiento. Comenzó, sí, por un movimiento de codicia, pero vino la reacción, al jugar limpio y al dar la cara al soborno. Nosotros, por ejemplo, hemos gastado treinta pesetas en gratificar los dulzaineros. El Gobierno –y esta es la explicación más derecha– provocó la enconada y unánime protesta popular con sus torpezas. Luego viene otro factor, el de la tierra, el de la política que se hace por medio de la opresión de la tierra. Es el más interesante. Se recontaron los campesinos, como antaño los esclavos de Roma, y advirtieron que era suya la victoria; nada más. Las Sociedades de resistencia iluminaron la conciencia de su servidumbre a las aldeas, más europeas que estos pobres villorrios de Castilla.

Las consecuencias de la jornada del 1 de junio ya están saliendo a la superficie; con frecuencia tendré que remitirme a ellas en estas queridas columnas de EL SOL. Directamente para Salamanca y hasta para la región entera de Castilla, han de tener una repercusión enorme. Porque la victoria se fue incubando lentamente y no se la puede desligar tampoco de un tirón.

[301] Marca genérica de distintas armas de fuego –pistolas, escopetas, fusiles– fabricadas por la empresa estadounidense Browning Arms Company.

El campesino se ha enterado de que todo este armatoste de la caciquería electorera es deleznable y que de una sola patada bien dirigida, propagada con coraje, se viene abajo con todas sus figuritas de cartón y sus perspectivas de papel pintado. Ya no van quedando ni las ventas más apartadas para la exhibición de los Maeses, que fueron antes Ginesillos, como sabe el lector, y que por serlo, se dedicaron a la triste profesión de engaritabobos.

Una espada roñosa basta para tirar el tinglado de la farsa trágica con todos sus Carlomagnos y todas sus Megallonas.

Y el buen Sancho, que ha aprendido mucho en cuatro siglos, se ríe ya también socarronamente de los titiriteros. Ha aprendido a callar cuando un refrán se le viene a la boca, y en buenas migas con su buena Teresa que ya no se perece tanto por comadrear, ha empezado a dar vueltas en su magín a las cosas de su aldea, y de cavilación en cavilación, ha dado en la triste manía de pensar que es una bellaquería que le confundan con las bestias y cerdos del corral.

Los hijos de Sancho han estado en Francia, han estado en la Argentina, y menean la cabeza cuando se les habla de sumisión. El orden por acá –cuentan los hijos del buen Sancho– es el desmán organizado de los que todo lo pueden contra los pobretucos. ¡Y los pobretucos somos más, padre, somos más! Todo es cuestión, de atreverse.

Teresa ha contestado, con una cabezada afirmativa y la pobretería marcha hacia su liberación, espontáneamente, por instinto, sin consejos de letrados casi siempre, y alguna vez con el apoyo de los rapabarbas y de los curas. Los Sanchos de Peñaranda y de Alba de Tormes pudieron más que los bachilleres y rieron a mandíbula batiente de sus sorites y entimemas. Y ellos, poco a poco, se van abriendo su surco de luz, entre las tinieblas.

El caso de Peñaranda es –y ya concluyo– una anticipación, una visión prematura de lo que va a ser el problema del campo por estos cebadales. Que lo sepa el Gobierno, si es que quiere enterarse, por si necesita nombrar otro general La Barrera que tenga su corte en esta provincia. El alzamiento de estos campos charros ha sido también una labor ministerial. Nosotros estamos a punto de sentirnos mauristas por pura gratitud y de rogar al Sr. Cierva que siga alimentando su terapéutica del palo, que por esta tierra mía ha dado los excelentes resultados que acabo de apuntar, con la mayor satisfacción de que es capaz mi ánimo, nada asustadizo por fortuna.

El Sol (04-07-1919)

El bolchevismo en castilla

Propietarios y bolcheviques

Y un día, espontáneamente, se reunieron los jornaleros del campo, los criados de labor y los braceros de este pueblo, donde escribo, para asociarse. ¡Dios mío la que se armó! Estos liberales de Cierva que van a sus tertulias del brazo de usureros pardillos a quienes los liberales prestan dinero con interés para que los usureros tornen a colocarlo, estos señoritos de galgos y de timba con puerta, esta violenta gente del orden de la timba con puerta y de los galgos, esta seráfica clase media, saludaron con frases de dramas de Echegaray y con aspavientos del marqués de Figueroa la aparición del bolcheviquismo. Habrá que defenderse hasta con las uñas de la consabida hidra. Las personas honradas habrán de formar el cuadro de honor. Y lo formaron, políticamente, defendiendo la candidatura de un guapo de oficio, salteador de timbas y defensor –no hay que decirlo– del orden, de la patria y de la propiedad.

Antes de las elecciones los braceros plantearon una huelga y la ganaron. Cuarenta céntimos más de salario pidieron al día. Ganaban en casa de los amos la comida y cinco reales en metálico para el sustento de la familia. Pánico ante unos hombres que alimentan a toda la familia con una peseta sesenta y cinco céntimos, injurias, frases soeces, apercibimientos a la Guardia civil, denuncias bellacas al juzgado de pobrecitos que no pueden interpretar la ley. La ley era ellos, la Guardia civil se movilizaba para ellos, los jueces habían nacido para ser lacayos de los señoritos de las tertulias. Los braceros, con un admirable instinto, permanecían a la expectativa. No hubo el más pequeño desmán. Y con la lectura de un folleto de un señor deán extremeño, los liberalillos resolvían la tormenta que se les venía encima, demostrando científicamente que las tormentas no existen. Y vino el segundo episodio político, el de las elecciones provinciales, a distraernos del compás de espera. Proclamado diputado electo por Boñigas de Abajo el guapo profesional, había que premiar políticamente a un chico melancólico que había pagado los votos a los electores con dineros procedentes de la honrada profesión de la

tafurería. Los braceros tenían un candidato, pero el candidato de los braceros jugaba con tirios y troyanos. Con agua de letrina, vendiendo amistades y urdiendo calumnias, se fabricó un 29. El chico melancólico, que no sabía si irse con Cierva, con Alba, con Romanones o con Maura, o si permanecer independiente, recibió el premio –¡triste premio!– de su adhesión al guapo. Y el problema social de los jornales agrícolas en Boñigas de Abajo ha entrado desde el lunes en su fase aguda. ¿Me permiten los lectores de ESPAÑA que narre brevemente estos pintorescos anales de quince días?

El diputado electo –el de los braceros cerró su casa, marchó a otras tierras y resolvió la retirada con un abrazo, no sabemos en donde– ha reunido a la gente de orden en Boñigas de Abajo. Sus amigos tenían un casino lleno de trampas; las trampas las enjugarán los de la acera de enfrente. Con el consabido tópico de la unión del pueblo –«todo por Boñigas y para Boñigas»– se han reunido nuestros hombres para formar un somatén. El somatén del miedo. El somatén del pánico a la cayadota. El que no esté conmigo –decía con frase bíblica el mantenido electoral del guapo– está contra mí. Vamos a limpiar muchos pesebres. Ante la hidra que avanza *(grandes aplausos de las izquierdas locales)* hay que prevenirse, para eso estoy yo en la Diputación. Subamos ahora jornales porque no hay más remedio; pero este invierno, cuando la silueta del Castillo esté llena de nieve, y pongamos pinchos en las bardas y corrales de nuestros cotos, será la nuestra. *(Ovación.)* ¡Ah, señores! La ley es sagrada y el orden dos veces sagrado y la propiedad –también el usufructo– cien mil veces sagrada. *(Ovación, vuelta al ruido y salida misteriosa de los conjurados)*

Ya se inicia la formación del somatén en Boñigas de Abajo. Acaba de notificarnos su existencia un pobre señor asustado ante lo que pasa en Rusia. Los otros, los criminales, los harapientos, los descamisados, los huelguistas, se reunirán también con sus cayadas el domingo próximo.

Monólogo de un diputadete provincial

Nuestro amigo D. Antonio Prado y Prado, diputado provincial por el art. 29 y por el guapo que lleva en el congreso la representación parlamentaria de Boñigas de Abajo, se recoge en su despacho para escribir un informe sobre los avances del bolcheviquismo. Se detiene un momento... No está muy seguro de la ortografía. En una carta ha escrito bobo con dos v; en un escrito profesional ha escrito cambriones por camiones; en los informes forenses, gárrulos y banales, construye una sintaxis de peón caminero... No sabe si poner bolcheviquismo, volchebiquismo o volcheviquismo. Al buen tum tum pone cualquier cosa el cuitado. Carraspea, echa mano de un pitillo, lo enciende, y comienza a pensar en alta voz:

– ¡Todo por y para Boñigas! Ante este lema tan original no hay nadie que retroceda. La prensa toda es mía; nadie chillará. El propietario de *El Progreso,* este periódico que elogia a los suscritores porque lo son y a los que no lo son para que se hagan, amparará mis desafueros y hasta hablará, para que rabien esos, de mi bagaje cultural. Por algo su propietario, don Facundo, lleva a medias los negocios de timba con mi jefe. Bien; el silencio de la prensa está asegurado.

– Veamos ahora los demás. El alcalde, ¡bah! El alcalde es cosa mía. ¡Si lo sabré yo! Es de los que comen y callan. ¿El juez municipal? Ese, que quiere sentenciar un acto de conciliación, va por donde le digamos. Los curialillos son míos. Verdad es que a Don Roque le he hecho no sé cuántas cosas feas. Pero D. Roque callará. Ahora uno los casinos; impunemente puedo comprometerme a que funcione una timba perpetua en Boñigas; mi jefe es mi jefe. Si alguno se desmanda, yo dispongo de su acometividad; le induzco a que mate, pegue o patee al lucero del alba...

Antoñito se frota las manos de gusto. Piensa que su oficio no tiene grandes quiebras. Verdad es que ciertas personas le llaman canalla impunemente; verdad es que su abolengo no le abona; cierto es también que, en realidad, ni siquiera nació nuestro héroe en Boñigas. Y el hombre prosigue así el hilo de sus reflexiones:

– ¡De esta hecha atajo yo el bolcheviquismo! ¿Cómo se escribirá eso, Dios mío? Al que me salga al paso le calumnio y en paz; y, además, le echo el perro de mi jefe. Yo soy cobarde, pero todo lo hago por criadillas. Mi fuerte es la adulación al rico porque es rico. ¡Adelante, pues, con los faroles! Hagamos un somatén. Eso es. Pero no se bien qué es un somatén; me pasa con eso lo que con la prescripción. Aquí dirá lo que es somatén el Diccionario de Montaner y Simón que tengo a mano. Si, so, som, soma; aquí está. No lo dice claro, no lo entiendo bien. Bueno: el

somatén es una cosa para reventar a los pobres. Esta noche propongo a Juanito, a Pepe, a Luis, a Miguel, lo del somatén. Se acabó el problema del campo. Esto lo resuelvo yo...

– Voy a concretar mi pensamiento. Escribiré. Así es mejor. Me aprendo esto bien, me levanto esta noche y luego diré, modestamente que lo he improvisado. A este segundo golpe no hay nadie que se resista. Y Antoñito comienza a escribir. Piensa –es un decir–; reflexiona –es otra metáfora–; bebe un vaso de agua con bicarbonato –es una realidad–, y completa, literalmente, su monólogo de esta guisa:

–Señores... Pondré también amigos. Esto es; amigos y señores: Los tiempos son cada *bez* más terribles. Son cada vez más... Ya me lo aprendí. Los delincuentes acorralan a los hombres *onrrados* –¿será con *h?*– *onrrados* y los hombres de principios como yo, amigos del pueblo que me *bió* nacer –¡bueno a mí no me *bió* nacer nadie!– estamos dispuestos a dar el corazón ante las balas de las turbas. Turbas con b. –Aquí diré al cuerpo de guardia que aplauda–. Por consiguiente, yo pongo mi *azta* a disposición de mis vecinos del alma. Combatiremos el bolcheviquismo porque ¡ah, señores! si no lo combatimos, la patria perece, la patria se deshace y nuestro pleito se arruina. Yo soy abogado como ustedes saben; dispongan, dispongan de mis servicios (¡La cuenta vendrá después!).

– ¡Vaya! Este párrafo no sale mal. Hay que asociar –¡aquí un viva la unión!– hay que asociar con los casinos, a los propietarios, a los colonos y a los labradores. Cuento también con los trigueros. Hasta con los trigueros del otro bando. A Roque le pescaron echando agua y chinarros al grano; o se asocia o le hundo. El otro, que públicamente compra a precio superior al de tasa, el otro es uña y carne de mí. Sobre todo uña. Al pueblo me lo meto, pues, en el bolsillo...

El monólogo se interrumpe. Penetra Elíseo:

– ¡Antoñito, se van a reunir los braceros!

– Avisa al alcalde.

– Es que al alcalde le dicen nada más que lo ponen en su conocimiento porque la reunión es privada.

– Eso no puede ser.

– Pues será.

– Avisa al jefe.

– ¡Mira que echan al jefe al río!

Pánico. Anochece. Antoñito ha escrito una carilla de papel de oficio del que le dan en la escribanía. Y pío, felice, triunfador, requiere el chambergo a la hora del crepúsculo para infundir el fuego sagrado en sus huestes atontadas.

España (10-07-1919)

La política de ganzúa

En pleno estercolero

De modo que usted cree...

– Yo creo que si hay cuartos puede usted salir vencedor.

– ¿Personas de confianza?

– Ésas que usted cita para mí no lo son. Uno de ellos habló y permitió que se hablara de la entrega de ocho mil pesetas a un hombre a quien él debe lo que hoy come. Unió la infamia a la mentira. El otro, deudo y familiar suyo, D. José Zurbano y Pérez, ese... ¡pregunte usted por ese a cualquier persona de honor! Yo encargaría de los cuartos al *Federal*, noblote, bueno, confiado y espléndido y al amigo *Redoblante*, otro excelente buen sujeto.

– ¿Me da usted los nombres?

– Sí; Juanito López se llama el *Federal*. Paco Gómez el *Redoblante*.

Y se hizo pública por el periodista la conversación. ¡Ira de Dios, la que armaron Zurbano y Prado! Eran habas contadas. Billetes, votos de muertos, deudas que se cobran... ¡Toda la lira! ¡Había que azuzar la impulsión del otro!

– ¡El periodista le ha llamado a usted ladrón!

– ¡Y tahúr!

– ¡Y guapo!

– ¡Tiene usted que patearle el vientre!

El héroe dudaba. Vino la conjura en la tertulieja que preside el melancólico de la modestia. ¡Había que preparar la agresión en la sombra!

Se refocilaba Antoñito (a) *Baba larga*, un químico que a duras penas distingue una combinación de una mezcla, ventajista de profesión y cobardote roído por todas las impotencias. Se refocilaba también Pepote Carabias (a) el *Herodes*, vagote de oficio que antaño protestaba contra la huelga de telegrafistas. Se refocilaban todos. Seguía dudando el jefe –más caballero que todos ellos juntos– pero había que hacer una que fuera sonada. ¡Al fin le rindieron las comadrejas!

Llegaron las elecciones. Votos efectivos, ochenta. Pagados, doscientos. Regateo, cobro de anticipos en los intermediarios. ¡Que si el trigo, que si la receta! Pero tan burda fue la maniobra que se enteraron los más tontos.

Le tocó turno al de la modestia y al de la melancolía que, personalmente, no había andado en tales enjuagues. Nobleza obliga. Para que aquello no se descubriese, para tapar aquello, los liberales de Boñigas, valiéndose no sé si de la perspicacia o del miedo de un pobre hombre, redoblaron los tiros contra el que podía informar, pasado el tiempo, al jefe supremo. Venían otras elecciones y engañaron y armaron el brazo del hombre que habían desvalijado cuatro necios presidiables.

Otro diálogo al pasar

– ¿Y cómo van esos braceros, Pepito?

– ¡Contenidos!

– ¡Ándate con ojo porque a ti y al otro, al Angelillo ese, os mandamos fuera del pueblo, atados codo con codo, con la Guardia civil!

– ¿Me lo notifica vuesa merced?

– ¡Te lo notifico!

Así hablan, bajo los soportales de la Plaza Mayor de Boñigas de Abajo, el cacique conservador, un hombre que ha nacido para las conciliaciones, y un pobre hombre que no tiene rentas ¡mal pecado! Vive de la pluma el pobre, es periodista, ¡periodista! y ya sabe uno lo que son los periodistas. El diálogo lo avizora, al pasar, un mantenido del cacique.

– Pensaba –replica el pobre hombre en voz baja– que la Guardia civil debe vigilar, ante todo y sobre todo, a los ladrones, señor gentilhombre. Que yo sepa ni el Angelillo ese ni yo hemos robado de noche y reventado unos caballos por los caminos... Desengáñese, mi querido amigo; estamos hartos de asegurarles la tranquilidad y hasta de ser buenos en nuestras propagandas. Ustedes nos atribuyen cosas que no decimos y, en cambio, callan otras que repetimos en todos los tonos.

– ¿Y qué sabéis vosotros de tales cosas? Porque Dios, porque la teología...

– ¡Chitón! Deje en paz a Dios y a las teologías.

– ¡Mucho cuidado con la autoridad que es nuestra!

– ¿Otro reto? ¡Ni la autoridad, ni nosotros le debemos dinero, amigo!

– Es que el somatén, porque si predicáis el robo de las tierras...

– Sí; nos las vamos a llevar en el bolsillo.

– La ventaja es que os van a arrastrar a vosotros.

– Agradecidísimo al consuelo; pero antes irán ustedes y ya es otra ventaja. ¡Cartas vistas!

– De modo...

– De modo que hablemos de otras cosas. En Boñigas de Abajo, y en general, en Castilla, hoy por hoy no hay más que un peligro en el problema del campo: el del pánico, el de la incomprensión de ustedes; se lo he dicho al gobernador.

– ¿Decirle eso a un Gobernador?

– ¡Claro que sí, hombre! Por cierto que ahora mi buen señor está atolondrado y tiene una falta de memoria el pobre que da grima.

Epílogo

Y se acabaron, lector, los anales de estos quince días en Boñigas de Abajo. Boñigas de Abajo es toda Castilla. Todos estos bravos hombres de las harinas y de los trigos, todos estos señoritos que pasaron por la Universidad sin que la Universidad pasara por ellos, todos estos huecos y bobalicones curialillos que sueñan con un La Barrera al frente del Gobierno civil de Boñigas de Abajo, los germanófilos del año pasado, ven ahora la imperdible y acuden a los conocidos recursos de la guapeza.

Mientras, en el campo, unos hombres van incubando en su corazón odios que nadie se cura de disipar. Saben lo que pasa en Córdoba; conocen a Lenin mejor que a Goicoechea; están hartos, demasiado hartos, y los mismos que estamos conteniendo la tormenta porque no es honrado jugar con estómagos vacíos, sabemos que la valla saltará. Castilla lleva absolutamente la misma marcha que Andalucía; lo vengo diciendo hace ocho meses desde El Sol y desde otros diarios, y los que viven a nuestro lado son ciegos porque no ven y sordos porque no oyen.

España (27-04-1919)

Un "Te Deum"

(Crónica telefónica de José Sánchez Rojas)

Palencia 9 (11,59 n.).– Llego a Palencia, en el tren de la noche. Tranquilidad.

Silencio. La luna juega con el campanil de la torre de San Miguel.

En la calle de Manflorido luce la hornacina de Santa María. Tocan a maitines las monjitas de Santa Clara...

Los cornejales del ábside de la Catedral son guaridas de lechuzas que rompen el silencio de la ciudad.

Mañana dominguera... Diputados provinciales que cabildean... Ya no vendrá D. Abilio hasta el 31.

El ministro de Fomento anhela estrechar entre sus brazos los robustos vientres de sus amigos.

El cabildo catedral espera la llegada del ministro ansiosamente; saldrá a recibirle bajo palio.

El programa oficial está hecho... En la Diputación provincial, decorada por Gargallo, una lápida perpetuará el nombre preclaro de D. Abilio. Discursos improvisados, pelmas..., sollozos ahogados..., emoción... Luego, la corte palentina conducirá a la basílica de San Antolín al ministro, y bajo las claras bóvedas se cantarán alabanzas al Señor de los Señores... Exaltación del hijo adoptivo... Las notas del "Te Deum" resonarán limpias, llegando hasta Albacete, para, que los Carroños aprendan cuánto debe Palencia al hijo ilustre que representa, dentro del ministerio de Sánchez de Toca, la voluntad de un pueblo libre...

El Sol (10-08-1916)

Balance trimestral de Boñigas de Abajo

Julio: Somatenes, cuarteles

Va a formarse el somatén, que nadie sabe en qué consiste. Los del somatén leen, con el pasto diario que *ABC* les proporciona, un folleto de mi amigo el Deán de Plasencia, Sr. Polo Benito, que no entienden. Se nombra jefe del somatén o de la partida. Piérdense tres mil pesetas al bacarrat. Un casino quiere fundirse con otro casino para que le enjuguen las deudas. Los hombres son muy dignos hasta que pordiosean.

Pánico en las filas. Sobre ciertas confusiones de lo rojo y de lo verde –rojo de escaños, verde de mesa de juego– los del somatén acuerdan declarar canalla a Indalecio Prieto, además de vendido al oro bilbaíno. Se pide al jefe un cuartel para lo que pueda tronar. Promesas, pero no hay cuartel. Se le pide cuartel al jefe, para que, en el caso de que se fusionen ambos casinos, el Estado alquile el edificio que resulte vacante. ¡Todos los del somatén son muy patriotas!

Lo del somatén se esfuma ante las ceyadotas [sic] en alto. Se liquidan al bacarrat las últimas pesetas electorales. Los braceros se reúnen misteriosamente. Permiso del lugarteniente: en Septiembre nos vengaremos...

Actuaciones judiciales. Se estafan 118 pesetas a un modesto ciudadano. Castilla, en escombros, resucita. En las eras hay lides brillantes doradas por el sol, barrilitos rojos con agua caldeada, parvas, chochos de mies. El sol quema y el cielo es de cobalto. El río canta a todas horas su canción de eterna paz. Los álamos de sus ribazos protegen y dan sombra a un remansito donde vamos a platicar del somatén con nuestros amigos.

Agosto: Querellas, interjecciones

Novelas criminales, actos de conciliación; promesas de presidio perpetuo. La influencia del jefe es omnímoda... Los del somatén han destapado toda la cloaca de su envidia. Y huele que apesta. Antiguos afectos, confidencias sagradas, todo sale a relucir entre el desprecio de los perseguidos. Pero los perseguidos guardan también papeles, que jamás utilizarían entre caballeros...

Se trata de ahogar la libertad de conciencia: eso es todo. Se trata de ahogar, de estrujar, de saquear, de robar, de difamar a los braceros. Cualquiera diría que la envidia, en manos de un impotente, es un arma terrible, cuando no pasa de ser la misma carabina de Ambrosio. Hasta para guardar la hora de la venganza hay que ser inteligente...

Se encierra el trigo encerado en las paneras. Se piensa alguna vez, melancólicamente, en lo del somatén y en lo de los cuarteles. Se va perdiendo la confianza en el jefe. Difusamente, va llegando a Boñigas la borrosa noción de que la gran vergüenza electoral es mirada con asco y con ira en toda España. Se sabe que en San Sebastián se levantan las personas dignas de los cafés cuando otras se acercan a sentarse en ellas. Se sabe que la Cámara ha tomado una determinación terrible contra las futuras baraterías posibles. Anonadamiento; pánico; papel de oficio; nada entre dos platos, en fin. Están acabando las faenas de recolección; croan las ranas en los regatos; el río se seca; los muchachos se bañan en la Pesquera, a la caída del sol; se comentan las próximas corridas de Boñigas de Arriba. El bacarrat decae miserablemente; el alcalde ha perdido ya toda noción de distancia y confiesa con sus obras lo que trató de negar con su silencio. Pepote Carabias sigue descansando a todas horas, pues para él los días se han hecho para el descanso y para el sueño las noches. El babosico sueña terribles venganzas contra los periodistas. Elíseo, el curial, sabe que estos han de ir atados codo con codo, a declarar en las querellas de injurias. El abogadillo que sentencia los actos de conciliación se traga una carta certificada que le hace muy buen provecho.

Duran las canalladitas mansas y solapadas lo que la verdura de las eras y lo que las pesetas de las elecciones y lo que el gozo de yogar con hembra placentera y alquilada. Los obreros se organizan, al fin. Parece que el Sr. Sánchez de Toca ha querido oír nuestras súplicas. ¡Muchas gracias, D. Joaquín! Don Joaquín debe de saber que no leen a Kant los *propietarios* de Boñigas de Abajo.

Septiembre: Alboroto, huelgas en perspectiva

Pasó el ardor del papeleo judicial; todo pasa en este mundo. Nos hemos acostumbrado a ver lo presente como si fuera pasado y lo futuro como si ya existiese realmente para nuestro corazón, ansioso de preparar el salto en las tinieblas.

Fuera de Boñigas escribimos estas impresiones. Una carta que nos llega en el correo dice: «Los labradores despiden a los braceros; estos piensan declararse en huelga dentro de unos días. Ya tienen aprobado el Reglamento por el gobernador. Es una verdadera tempestad de odios la que existe entre los *propietarios* contra nuestras personitas. Yo la gozo».

Y yo también querido amigo mío, yo, que no odio a nadie, que sé perdonar siempre, yo también la gozo, fuera de nuestra ¡ay! adorada Boñigas. ¡Yo también la gozo, mi noble amigo! «*Tutto in questo mondo passa*» dice el poeta menos nuestro deseo de acercarnos a Dios. Y yo le siento bien cerca de mí, cuando, en medio de esas tempestades, un pobre obrero, una desdichada mujer expoliada por el amo, un corazón sencillo me dice una palabra de consuelo. Y entonces siento piedad, infinita piedad por esos hombres cerrados a la emoción, hombres que irán al infierno, lugar el más terrible de todos, como dice Teresa de Jesús, porque en el infierno «no se puede amar».

España (09-10-1919)

Interesante conversación con el señor ministro de Fomento

Anoche hemos asistido a la fiesta que ha dado el señor Calderón en honor de la buena sociedad palentina. En el camino, hemos charlado con un amigo, de política local: Zarzosa, Peñalba, el socialismo, los sucesos de agosto del 17, Carreño, la independencia de la magistratura palentina... A lo que veo, el pedestal del señor Calderón se lo ha labrado la incontinencia

de sus propios adversarios. En los pueblos pequeños –casino, murmuración, novena, siesta, timba, mus, tresillo– son los caciques, tal vez, el cardo más excelente y generoso que brota de tales medios sociales.

Llegamos a la finca del señor Calderón. Muy bonita fiesta y muy bonita hora, en el atardecer. Las muchachas bailan frenéticamente. Dos ojos –regueros de luz– alumbran como luciérnagas en la sombra. El señor alcalde los mira gozosos desde la cumbre de sus glorias. Cambiamos unas palabras amables con la discretísima señora del ministro que hace muy gentilmente los honores de la recepción.

El señor Calderón... Me presenta a él uno de sus mejores amigos. Temo, por un momento que me confunda con uno de esos amables y acaramelados chicos de la Prensa que ponen pluma en ristre después de un taponazo de champaña. Llego después del té. Yo que no he ido jamás a las redacciones, que no he hecho información jamás, tengo de la Prensa un concepto tan elevado que no puedo tolerar ninguna broma. El señor ministro sale discretamente al paso de nuestra recelosa suspicacia. Al principio de la conversación somos nosotros los preguntados

– ¿Le gusta Palencia?

– Mucho, –le replico–. He de ver toda la provincia con sosiego.

– ¿Y las chicas?

– Las chicas –respondo, con absoluto convencimiento– me gustan más que la ciudad.

Sonreímos, fumamos... siguen luciendo los dos ojos en la sombra. Furiosamente, se lanzan las parejitas –oh las verduras de las eras de las ilusiones mozas– a danzar la cargante canción del Soldado de Nápoles, que es a la música, lo que los versos del señor gobernador civil de Madrid, Juan Antonio Cavestany, son a la retórica. Nuevos temas.

– Ayer, en el banquete, –prosigue el señor Calderón– hablé muy claro de todo. Temo bastante que la Prensa no haya traducido exactamente mi pensamiento. Dije, por ejemplo, que este Gobierno no resolverá nunca los conflictos sociales con las puntas de las bayonetas de la guardia civil. Los propietarios deben irse haciendo a la idea de que se avecinan épocas de transformación y que la tierra va a tener que ser en lo posible, para los que la labran. Dije, por último, que yo consideraba que este momento debe ser la resultancia de una colaboración cordial entre todos los sectores políticos, desde la extrema izquierda a la derecha más intransigente, ya que juzgará V., como yo juzgo, que los problemas planteados son superiores al contenido ideal de los partidos y que la realidad nos sorprende siempre con nuevas modalidades.

El Gobierno –continúa– se preocupa enormemente del problema agrario. Muy pronto crearé en la "Gaceta" Cámaras agrícolas provinciales, obligando a que se asocien dentro de ella todos los contribuyentes que pagan contribución rústica. Trato de hacer una sindicación de la clase labradora que pueda redimirse a sí misma y solucionar los conflictos sociales en armonía y en discusión con las sindicaciones obreras. De unas y otras permanecerá alejado el Poder público para mantener a unas y otras en su derecho. El problema social agrario toma tales vuelos en este instante, que la impasibilidad de los gobernantes supondría la ruina de la agricultura esterilizando la economía nacional. También nos preocupa el problema de la reconstrucción nacional en estos dos respectos. En el de fortalecer los ingresos en la Hacienda. En aumentar la producción para crear nueva riqueza que pueda soportar las enormes cargas que se echarán encima del contribuyente, pero que España puede conllevar bien a sus anchas, porque aún tiene inmensas riquezas sin explotar y cuenta cuantiosas reservas económicas.

El ministro descansa. Fuma un cigarrillo y hace unas reverencias a unas lindas damiselas:

– Nuestros puertos –sigue diciendo– se terminarán en un plazo de diez años: claro está que hablo de los diez o doce más importantes; América, se comunicará directamente con España y, con Europa a través de España. El viejo continente habrá de buscar su solar, como tránsito para su expansión comercial en África. La situación es, pues, crítica, en estos momentos. Lo que nosotros no hagamos nos exponemos a que lo hagan los extranjeros a pesar de nosotros, mediatizando nuestra independencia económica que es la causa del estancamiento español durante el siglo XIX y del que saldremos en el XX, no lo dude usted, en un breve espacio de tiempo.

Se han creado también las cátedras ambulantes para la enseñanza agrícola que comenzarán el primero de octubre. Quincenalmente, habrá conferencias agrícolas con hojas divulgadoras que publicarán los "Boletines Oficiales". También se abrirá en esa fecha la Escuela de capataces y de peritos agrícolas y vitícolas.

– ¿Quiere usted decirme algo, señor Calderón del presupuesto? –le pregunto.

– Sí, señor. El presupuesto ascenderá a muchos cientos de millones de pesetas; hablo del presupuesto de reconstitución. Pero no se alarmen ni los contribuyentes, ni el ministro de

Hacienda. Cada obra irá suficientemente dotada para que acabe en breve plazo, llevando al presupuesto únicamente los intereses correspondientes a la emisión de Deuda amortizable por el valor total de la obra y cuya amortización pagaremos todos nosotros y las generaciones futuras que se aprovecharán de tales obras.

Nuevos incisos de conversación.

– Es un hombre cultísimo el Presidente –dice don Abilio.

Asentimos. También nosotros tenemos una gran debilidad por don Joaquín Sánchez de Toca y su barroquismo literario nos interesa mucho más que el de don Antonio Maura, por ejemplo. El problema del campo...

– ¿Conoce usted lo de Salamanca?

– Sí; preocupa mucho al Gobierno que acaba de conceder dos millones y medio de pesetas para la construcción del ferrocarril de Salamanca-Peñaranda-Ávila. Quiero que se concluya en el espacio de dos años. Los ferrocarriles son mi obsesión y yo he puesto el ministerio en ponencias de los Técnicos. El ferrocarril de Zamora, Orense, se subastará en este mes actual. No olvido los ferrocarriles transpirenaicos ni los del litoral. El problema de España es también de trazados ferrocarrileros... ¿Y Martín Veloz? ¿Fue su elección espontánea en Salamanca?

– Sí –replico–. Doscientas sesenta mil pesetas y toda la tafurería de la timba y de la curia a la puerta de los Colegios.

Nos despedimos. Recorremos el mundo mágico de las sonrisas palentinas. Cerca de la finca del señor Calderón, hace siglos, en la floresta de don Diego Osorio, había torneos y se hacían madrigales, a las orillas del río, en los anocheceres... Se dispersan los alegres invitados. Autos, despedidas, frases de doble filo, palabras ambiguas y vagamente amables. Preferimos tornar a la ciudad a pie. La Torre de San Miguel y la espadaña de la Iglesia mayor son dos flechas negras entre los árboles. Nos acordamos del hijo del Maestre de Santiago en esta hora en que el corazón se colma y rebosa de soledad. Paramentos, torneos, amores, damas, sonrisas, cimeras, ilusiones, fiestas,

¿Qué son,
Qué fueron, sino verduras
De las eras?

La Publicidad (09-11-1919)

El decret de dissolució a Castella

II i darrer

Escric aquestes ratlles, mentre em disposo a endegar les meves maletes en direcció a Barcelona. Vull presenciar enguany les eleccions castellanes des de les Rambles. Lluny, davant la ratlla blava de la mar, flairant les reïnes dels pins, vivint un altre ambient –ja conegut– d'inquietud i de lluita, potser el meu cor adolorit de castellà que contempla com s'enfonsa la seva altiplanicia, com es moren de fam els seus comparets, com aixequen entre artificis de la mala llei llur retaule de «Maese Pedro» els xerraires i titellaires de la farsa, com emigren els seus homes, com deixen de somiar les seves dones, tal vegada un cor adolorit de castellà trobi pau i trobi repòs lluny de Castella.

El moment electoral, dèiem, és d'un aplaudiment aborridor, d'un cinisme que espanta. No coneixem ni la gent. Tots s'han sentit ministerials i tarifenys. El «señorito», que fou maurí i que predicà la guerra santa contra En Dato l'any passat, retorna ara a la lluita protegit pel viu d'En Bugallal. El pinxo, que corregué cercant un partit que esborrés els seus vells antecedents de germania, troba avui, en la partida idònia, el sopluig natural als seus mereixements. Dotze o catorze renegats d'aquesta mena lluiten en les presents eleccions generals per altres tants districtes de Castella. Aquests homes, que ací, a Barcelona, serien patriotes, admiradors de la Mary-Focela –la coblejadora ministerial– i membres de la U. M. N., no poden arribar aquí, en el pla, a adquirir el sabor còmic pujat que la costa segurament els prestaria. Són, senzillament, tràgics en llur ridiculesa i en llur cinisme.

El senyor vescomte d'Eza –el traçat del qual dibuixaré algun dia en una sèrie de retrats de cacics castellans que em proposo publicar– és el senyor natural de Sòria i dels tres o quatre districtes que té la província freda i plena de pinedes. Correcte com tot un vescomte de novel la

anglesa, el senyor ministre de la Guerra és l'home que, dessota de la cortesia més exquisida, amaga el major desenfrè i el major escepticisme. Per a ell, En Dato, és la llei, i En Bugallal, el seu profeta. Tant se li en dóna de tot al senyor Marichalas. El seu poble protesta del desempar; els periòdics de la província li retreuen als seus maquiavèlics procediments en la qüestió del ferrocarril directe, de Madrid-Pamplona-París, que el senyor vescomte no vol que passi per Sòria; els republicans, els únics pobres homes que criden per aquells indrets, no poden fer altra cosa llevat d'evitar-li sistemàticament el 29. Els pobres sorians es preparen de bell nou a que per Almazán, per Agreda i per Burgo de Osma els porti tres cuners, bilbaïns, gallecs o andalusos, el senyor vescomte, contra el qual no poden lluitar perquè té els empleats, els alcaldes de «monterilla», els pagesos de la terra i els terratinents de fora de la terra, al seu costat, en cos i ànima.

Zamora no té, al moment en que escric aquests ratlles, candidats oficials. A excepció del senyor López Monis, romanonista, que serà altra cop diputat per Puebla de Sanabria, ningú no ha pres determinis públics de provar fortuna en els comicis. Per què? Fóra dels dos o tres llocs que tenen els romanonistes, gracies a la tasca perseverant que realitzà durant molts anys amb gran decisió i constància el senyor Requejo, els districtes restants pertanyen i han pertangut sempre al millor postor. Moltes vegades han corregut rius d'or per aquesta aspra i estèril estepa zamorana. Benavente, Alcañices, Zamora, Toro, Bermillo de Layago [sic por Sayago], han estat teatre d'aquestes lluites renyides, en les quals s'han extingit vells patrimonis territorials. Sembla que ara l'eix de l'elecció és el districte de Toro, pel qual ha tingut la humorada de llançar la seva candidatura un nostre amic regionalista: el senyor Prada. Els demòcrates, que dominen a Benavente, sembla que estan aliats amb els ministerials i els albistes. L'Alba vol Villalpando i la capital per a un amic seu; els demòcrates es conformaran amb el triomf del senyor Tordesillas per Benavente; el Govern vol no menys que quatre llocs en una provincia que ha votat sempre els lliberals.

Què passarà? Ho ignorem. A Zamora han parlat sempre els diners en última instancia Les actes no es disputen: es compren. Si el Govern no aprofita els porcaters i bladers que s'han enriquit durant la guerra i que actualment es mostren tan amics de l'ordre, el senyor Dato, el beatífic senyor Dato: l'etern senyor Dato, l'«inexistent» Dato, en fí, que digué amb més gràcia que exactitud el senyor Unamuno, perquè existeix –ja ho crec que existeix!– perdrà el seu temps i el seu preciós bon humor de vell «corrido», en l'antic senyoriu de les infantes donya Urraca i donya Elvira.

Burgos camina una mica més revolt, però tampoc hi passarà res. Aspiren a l'acta per a la capital, els de sempre. L'Aparicio, amic d'En Cierva; En Bermiel, de l'Alba; un ministerial – Cuesta, Gutiérrez? – i el cap dels regionalistes de la regió, N'Antoni Zumàrraga. I passarà el de sempre.

Els pobles de la circumscripció ofegaran la capital. El triomf de l'Aparicio està descomptat; si En Bermiel i En Zumárraga matinegen, poden derrotar al ministerial; en altre cas, el vençut serà En Zumárraga; encara que el comerç de Burgos el voti, els pobles s'hi fa una campanya odiosa en contra d'ell per «separatista», al sò de la «Marcha de Cádiz». Pel cervell dels secretaris rurals de Burgos, l'assistència d'En Zumàrraga a l'Assemblea de parlamentaris de 1917 fou llur millor prova d'anti-espanyolisme. No dóna més de si la ideologia de Burgos a l'hora d'ara.

Als districtes de la provincia s'hi persegueix els maurins i ciervins a sang i a foc. Un ciervís, el senyor Crespo de Lara, davant les amenaces, ha ingressat a les rengleres ministerials. L'Andrade lluita bravament contra els atropells del governador a Aranda de Duero El mauri marquès de Ariluce de Ibarra, té assegurat el triomf per Villarcayo. El Govern aspira a pescar dues o tres actes en aquest riu revolt.

En resum: de les províncies castellanes que millor conec, una, la de Salamanca, donarà un lloc al Govern. El senyor Martin Veloz, que ha anat cercant un cap polític sense trobar-lo, ha caigut als braços del senyor Dato, que no és massa escrupulós en l'elecció d'afectes; per aquest cantó, per un vassallatge, guanya el Govern l'acta de Salamanca. A Avila, a la capital, passa el mateix: ha lluitat sempre com a maurí, no el senyor Velayos cora per error de caixa es deia en el meu article anterior, sinó el senyor González Rojas, però el senyor González Rojas ha abandonat al senyor Maura, ingressant en la jarca idònia, per assegurar novament, el seu triomf. Avila i Sòria seran íntegrament per als ministerials; a Salamanca i Zamora guanyaran els lliberals, i Burgos és encara una incògnita.

Però les futures Corts serviran tan poc com les Corts anteriors. Els problemes de Castella, el de l'emigració, el de la terra, el de la usura, el de l'autonomia municipal, quedaran abandonats, agreujant-se i enverinant-se encara més. Mentre als llogarets hi ha consciencia de l'hora, les viles i els pobles grans viuen amordaçats a l'ombra de les pollancredes i de les eixidetes de llurs casinos. I aquests problemes, que no volen resoldre's en pau, van a tenir –anoteu les guspires de Zamora, de Palència, de Salamanca– amb aquests homes d'ordre la terrible solució de la violència.

La Veu de Catalunya (10-12-1920)

El decreto de disolución en Castilla (TRADUCCIÓN)

II y último

Escribo estas líneas, mientras me dispongo a preparar mis maletas para dirigirme a Barcelona. Quiero presenciar hogaño las elecciones castellanas desde las Ramblas. Lejos, frente a la línea brava del mar, aspirando las resinas de los pinos, viviendo otro ambiente –ya conocido– de inquietud y de lucha, posiblemente mi corazón dolorido de castellano que contempla cómo se hunde su altiplanicie, cómo se mueren de hambre sus compadres, cómo levantan entre artificios de la pésima ley su retablo de «Maese Pedro» los charlatanes y titiriteros de la farsa, cómo emigran sus hombres, cómo dejan de soñar sus mujeres, tal vez un corazón dolorido de castellano encuentre paz y encuentre reposo lejos de Castilla.

El momento electoral, decíamos, es de un aplauso tedioso, de un cinismo que espanta. No conocen ni a la gente. Todos se han sentido ministeriales y tarifeños. El «señorito», que fue maurista y que predicó la guerra santa contra el Sr. Dato del año pasado, vuelve ahora a la lucha protegido por el vivo del Sr. Bugallal. El fanfarrón, que anduvo buscando un partido que borrara sus viejos antecedentes de germanía, encuentra hoy, en la partida idónea, el cobijo natural a sus merecimientos. Doce o catorce renegados de este modo luchan en las presentes elecciones generales por otros tantos distritos de Castilla. Estos hombres, que aquí, en Barcelona, serían patriotas, admiradores de la Mary-Focela –la cupletista ministerial– y miembros de la U.M.N.[302], no pueden llegar aquí, en el plan, de adquirir el sabor cómico intenso que la costa seguramente les prestaría. Son, sencillamente, trágicos en su ridiculez y en su cinismo.

El señor vizconde de Eza –cuyo trazado dibujaré algún día en una serie de retratos de caciques castellanos que me propongo publicar– es el señor natural de Soria y de los tres o cuatro distritos que tiene la provincia fría y cuajada de pinedos. Correcto como todo un vizconde de novela inglesa, el señor ministro de la Guerra es el hombre que, debajo de la cortesía más exquisita, esconde el mayor desenfreno y el mayor escepticismo. Para él, el Sr. Dato, es la ley, y el Sr. Bugallal, su profeta. Tanto se le da de todo al señor Marichalas. Su pueblo protesta del desamparo; los periódicos de la provincia le reprochan sus maquiavélicos procedimientos en la cuestión del ferrocarril directo, de Madrid-Pamplona-París, que el señor vizconde no quiere que pase por Soria; los republicanos, los únicos pobres hombres que protestan por aquellos lugares, no pueden hacer otra cosa sino evitarle sistemáticamente el 29. Los pobres sorianos se preparan de nuevo a que por Almazán, por Ágreda y por Burgo de Osma les lleve tres cuneros, bilbaínos, gallegos o andaluces, el señor vizconde, contra el que no pueden luchar porque tiene los empleados, los alcaldes de «monterilla», los campesinos de la tierra y los terratenientes de fuera de la tierra, a su lado, en cuerpo y alma.

Zamora no tiene, en el momento en que escribo estas líneas, candidatos oficiales. A excepción del señor López Monis, romanonista, que será otra vez diputado por Puebla de Sanabria, nadie ha tomado determinaciones públicas de probar fortuna en los comicios. ¿Por qué? Fuera de los dos o tres lugares que tienen los romanonistas, gracias a la labor perseverante que realizó durante muchos años con gran decisión y constancia el señor Requejo, los distritos restantes pertenecen y han pertenecido siempre al mejor postor. Muchas veces han corrido ríos de oro para esta áspera y estéril estepa zamorana. Benavente, Alcañices, Zamora, Toro, Bermillo de Layago [*sic* por Sayago], han sido teatro de estas luchas reñidas, en las que se han extinguido viejos patrimonios territoriales. Parece que ahora el eje de la elección es el distrito de Toro, por el que ha tenido la humorada de presentar su candidatura un amigo nuestro regionalista: el señor Prada. Los demócratas, que dominan en Benavente, parece que están aliados con los ministeriales y los albistas. Alba quiere Villalpando y la capital para un amigo suyo; los demócratas se conformarán con el

[302] Unión Monárquica Nacional, partido españolista fundado en 1919 en Cataluña.

triunfo del señor Tordesillas por Benavente; el Gobierno quiere no menos de cuatro actas en una provincia que ha votado siempre a los liberales.

¿Qué pasará? Lo ignoramos. En Zamora han hablado siempre los dineros en última instancia. Las actas no se disputan: se compran. Si el Gobierno no aprovecha los porqueros y trigueros que se han enriquecido durante la guerra y que actualmente se muestran tan amigos del orden, el señor Dato, el beatífico señor Dato, el eterno señor Dato, el «inexistente» Dato, en fin, que dijo con más gracia que exactitud el señor Unamuno, porque existe –¡ya lo creo que existe! – perderá su tiempo y su precioso buen humor de viejo «corrido», en el antiguo señorío de las infantas doña Urraca y doña Elvira.

Burgos anda un poco más revuelta, pero tampoco pasará nada. Aspiran al acta para la capital, los de siempre. Aparicio, amigo del Sr. Cierva; el Sr. Bermiel, de Alba; un ministerial –¿Cuesta, Gutiérrez?– y el jefe de los regionalistas de la región, el señor Antonio Zumárraga. Y pasará lo de siempre.

Los pueblos de la circunscripción ahogarán a la capital. El triunfo del Sr. Aparicio está descontado; si el Sr. Bermiel y el Sr. Zumárraga espabilan, pueden derrotar al ministerial; en otro caso, el vencido será el Sr. Zumárraga; aunque el comercio de Burgos lo vote, los pueblos hacen allí una campaña odiosa en su contra por «separatista», al son de la «Marcha de Cádiz». Por el cerebro de los secretarios rurales de Burgos, la asistencia del Sr. Zumárraga a la Asamblea de parlamentarios de 1917 fue su mejor prueba de anti-españolismo. No da más de sí la ideología de Burgos en este momento.

En los distritos de la provincia se persigue a los mauristas y ciervistas a sangre y a fuego. Un ciervista, el señor Crespo de Lara, ante las amenazas, ha ingresado en las filas ministeriales. Andrade lucha valientemente contra los atropellos del gobernador en Aranda de Duero. El maurista marqués de Ariluce de Ibarra, tiene asegurado el triunfo por Villarcayo. El Gobierno aspira a pescar dos o tres actas en este río revuelto.

En resumen: de las provincias castellanas que mejor conozco, una, la de Salamanca, dará un puesto al Gobierno. El señor Martín Veloz, que ha estado buscando un jefe político sin encontrarlo, ha caído en brazos del señor Dato, que no es demasiado escrupuloso en la elección de afectos; por este lado, por un vasallaje, gana el Gobierno el acta de Salamanca. En Ávila, en la capital, pasa lo mismo: ha luchado siempre como maurista, no el señor Velayos como por error de caja se decía en mi artículo anterior, sino el señor González Rojas, pero el señor González Rojas ha abandonado al señor Maura, para ingresar en la jarca apropiada, con que asegurar nuevamente, su triunfo. Ávila y Soria serán íntegramente para los ministeriales; en Salamanca y Zamora ganarán los liberales, y Burgos es todavía una incógnita.

Pero las futuras Cortes servirán tan poco como las Cortes anteriores. Los problemas de Castilla, el de la emigración, el de la tierra, el de la usura, el de la autonomía municipal, quedarán abandonados, agravándose y envenenándose aún más. Mientras en las aldeas hay conciencia del momento, las villas y los pueblos grandes viven amordazados a la sombra de las choperas y de los saloncetes de sus casinos. Y estos problemas, que no quieren resolverse en paz, van a tener –adviértanse las chispas de Zamora, de Palencia, de Salamanca– con estos hombres de orden la terrible solución de la violencia.

La Veu de Catalunya (10-12-1920)

El nou Parlament

La llista oficial dels nous i flamants diputats del futur Parlament, que publiquen els periòdics, ofereix algunes observacions al curiós observador. Fem-les. Augmenta en tres el nombre dels gendres distingits que reben l'acta de mans del «papa-sogre», en qualitat d'obligat present de noces. Diputat hi ha, també, que ingressa a la comunitat governant, amb títol de germà d'un alt funcionari públic. Els domèstics, familiars i comensals del senyor president del consell de ministres obtenen també alguna major representació en els escons roigs. «La Época» es troba així mateix afavorida amb una acta que ostentarà, molt gallardament, el nostre amic y condeixeble Marian Marfil. Si no he comptat malament, arriben a dotze els representants del país que obtenen i assoleixen llur investidura en virtut de les lleis sacrosantes del parentiu, familiaritat i subordinació amb els governants. També ha pescat, en aquest riu revolt, amb cert èxit, pel que sembla, algun obscur secretari particular d'un prohom de segona o tercera fila un d'aquestes llocs de circumscripcions andaluses de que disposen aquestes i tots els ministeris.

El nombre dels embossats[303], disfressats, heretges, abjurats i convertits en força important a les Corts que cobriren el quatre de gener. La majoria –anomenem majoria, amb notori candor i franc optimisme, als amics del senyors Dato, Bugallal, Sánchez-Guerra i Bargamin, ja que cada un d'aquests quatre senyors disposa d'una fracció no menyspreable–la majoria, diem, es nodreix en bona part dels renegats de las altres fraccions dels recentment concertats. Tots els partits han hagut que sofrir desprendiments que han anat a engrossir la majoria. L'Alcalà Zamora es queda tot solet, o amb la única companya del baró de Velasco perquè el seu altre correligionari, l'inquiet farmacèutic senyor Rivas Mateos, s'ha sentit datista, després d'haver estar l'assot i el blanc de les ires dels conservadors a la provincia de Cáceres. Diversos farinaires, amics del comte de Romanones, han ingressat, també, amb el senyor Olivera al cap, a les files ministerials. Antics ciervins tan ardorosos i equànimes com els senyors Crespo de Lara y marquès de Valderrey, no s'han sentit amb l'abnegació suficiente per a sofrir els desviaments d'una dissidència aspra. Es molt possible que arribi a quaranta el nombre d'aquests convertits davant la dolça persuació de l'astut i mel liflu senyor comte de Bugallal.

El «bilbaïnisme» perd algunes engrunes de la seva escomesa agressiva en la conquesta dels districtes castellans. Es noten baixes tan lamentables com les dels senyors Power a Salamanca i comte d'Abasolo a Palencia. Conserven llurs llocs, no obstant. Araluce de Ibarra a Burgos, Taramona i Lequerica a Toledo i s'adverteixen algunes aportacions d'importància com la del senyor marquès de Buniel a la vella i gloriosa ciutat del comtes castellans que rega l'Arlanzón. Don Melquiades i els socialistes queden, poc més o menys, com estaven. Els republicans, gràcies a la col laboració d'alguns districtes catalans, també conserven, o augmenten potser, la força numèrica que tenien a les Corts de 1919. Els noms nous, que poden semblar nous al llegidor poc atent, són ja vells en les arts, lluites, jugades i trapaceries de la política menuda que s'estila. Quant als regionalistes, finalment, tots haureu advertit que guanyen alguns llocs.

Les Corts futures quasi no es diferenciaran, ni en llur contextura ni en llur psicologia, de les Corts passades. Como ha advertit segurament el comte de Romanones, la situació parlamentària es anàloga a la que travessaren els senyors Sánchez de Toca y Allendesalazar. L'intent de ressucitar la política de la Restauració, amb els seus partits de torn, amb la seva guerra sense treva a les dissidències, amb les seves votacions periòdiques d'oposició i de govern, amb els seus comitès deliciosos i la seva caciqueria orgànica i esgraonada, ha fracaçat lamentablement. Vulgui's o no, ha d'anar-se a una política de concentració de partits afins, de col laboracions condicionades en assumptes concrets, a una política d'opinió, en fi, on el Parlament, lluny de supeditar-se als governs, els guii, il lustri, rectifiqui i substitueixi. Amb les eleccions que acaben de celebrar es reprèn la corrent iniciat pel novembre de 1917, que donà origen al govern nacional del març del 18, i que ha vençut ara el desigs, reiteradament expressats pel senyor Dato, de tornar a les majories compactes i homogènies.

Quina sort tindran aquestes Cortes? Com que no podran esgotar-se noves situacions conservadores, perquè el partit conservador a desgrat de totes les apariències, esta interiorment dividit i fraccionat, el Govern haurà d'acudir a la benvolença dels afins que acaba de combatre a sang i a foc. Els senyors Maura i La Cierva hauran de decidir la sort política de llur adversari electoral. El cacic de Murcia diuen que és home rancorós i tossut, quant al senyor Maura, es molt possible que es quedi sense hosts, si no s'humanitza una mica i si no defineix, amb pocs miraments, sobtileses i distincions, la seva actitud. Aquests dos senyors –potser també els regionalistes– poden decidir els esdeveniments polítics, damunt dels quals no es mai possible d'aventurar profecies a Espanya.

La Veu de Catalunya (01-01-1921)

El nuevo Parlamento (TRADUCCIÓN)

La lista oficial de los nuevos y flamantes diputados del futuro parlamento, que publican los periódicos, merecen algunas reflexiones al curioso observador. Hagámoslas. Aumenta en tres el número de los géneros distintos que reciben el acta de manos del «papa-suegro», en calidad de obligado regalo de bodas. Diputado hay, también, que ingresa a la comunidad gobernante, con

[303] Creemos que quiere decir 'emboçat', embozados.

título de hermano de un alto funcionario público. Los domésticos, familiares y comensales del señor presidente del consejo de ministros obtienen también alguna mayor representación en los escaños rojos. «La Época» se encuentra asimismo favorecida con un acta que ostentará, muy gallardamente, nuestro amigo y condiscípulo Mariano Marfil. Si no he contado mal, llegan a doce los representantes del país que obtienen y alcanzan su investidura en virtud de las leyes sacrosantas del parentesco, familiaridad y subordinación con los gobernantes. También ha pescado, en este río revuelto, con cierto éxito, al parecer, algún oscuro secretario particular de un prohombre de segunda o tercera fila uno de estos puestos de circunscripciones andaluzas de que disponen estos y todos los ministerios.

El número de los embozados, disfrazados, herejes, abjurados y convertidos en fuerza importante en las Cortes que se constituyeron el cuatro de enero. La mayoria –denominemos mayoría, con notorio candor y franco optimismo, a los amigos de los señores Dato, Bugallal, Sánchez-Guerra y Bergamín, ya que cada uno de estos cuatro señores dispone de una fracción no desdeñable– la mayoría, decimos, se nutre en buena parte de los renegados de las otras fracciones de los recientemente concertados. Todos los partidos han tenido que sufrir desprendimientos que han ido a engrosar la mayoría. Alcalá Zamora se queda solito, o con la única compañía del barón de Velasco porque su otro correligionario, el inquieto farmacéutico señor Rivas Mateos, se ha sentido datista, después de haber sido el azote y el blanco de las iras de los conservadores en la provincia de Cáceres. Varios harineros, amigos del conde de Romanones, han ingresado, también, con el señor Olivera a la cabeza, en las filas ministeriales. Antiguos ciervistas tan ardorosos y ecuánimes como los señores Crespo de Lara y marqués de Valderrey, no han sentido la abnegación suficiente para sufrir los desvíos de una disidencia brusca. Es muy posible que llegue a cuarenta el número de estos convertidos ante la dulce persuasión del astuto y melifluo señor conde de Bugallal.

El «bilbainismo» pierde algunas migajas de su agresiva acometida en la conquista de los distritos castellanos. Se notan bajas tan lamentables como las de los señores Power en Salamanca y conde de Abasolo en Palencia. Conservan sus lugares, sin embargo, Araluce de Ibarra en Burgos, Taramona y Lequerica en Toledo y se advierten algunas aportaciones de importancia como la del señor Marqués de Buniel en la vieja y gloriosa ciudad de los condes castellanos que riega el Arlanzón. Don Melquiades y los socialistas quedan, poco más o menos, como estaban. Los republicanos, gracias a la colaboración de algunos distritos catalanes, también conservan, o aumentan quizás, la fuerza numérica que tenían en las Cortes de 1919. Los nombres nuevos, que pueden parecer nuevos al lector poco atento, son ya viejos en las artes, luchas, jugadas y trapacerías de la política menuda que se estila. En cuanto a los regionalistas, finalmente, todos habréis advertido que ganan algunos lugares.

Las Cortes futuras casi no se diferenciarán, ni en su contextura ni en su psicología, de las Cortes pasadas. Como ha advertido seguramente el conde de Romanones, la situación parlamentaria es análoga a la que pasaron los señores Sánchez de Toca y Allendesalazar. El intento de resucitar la política de la Restauración, con sus partidos de turno, con su guerra sin cuartel a las disidencias, con sus votaciones periódicas de oposición y de gobierno, con sus comités deliciosos y su caciquería orgánica y escalonada, ha fracasado lamentablemente. Quiérase o no, tiene que irse hacia una política de concentración de partidos afines, de colaboraciones condicionadas en asuntos concretos, a una política de opinión, en fin, donde el Parlamento, lejos de supeditarse a los gobiernos, los guíe, ilustre, rectifique y sustituya. Con las elecciones que acaban de celebrar se reanuda la corriente iniciada en noviembre de 1917, que dio origen al gobierno nacional de marzo del 18, y que ha vencido ahora, los deseos, reiteradamente expresados por el señor Dato, de volver a las mayorías compactas y homogéneas.

¿Qué suerte tendrán estas Cortes? Como no se podrán debilitar nuevas situaciones conservadoras, porque el partido conservador a pesar de todas las apariencias, está interiormente dividido y fraccionado, el Gobierno deberá acudir a la benevolencia de los afines que acaba de combatir a sangre y a fuego. Los señores Maura y La Cierva deberán decidir la suerte política de su adversario electoral. El cacique de Murcia dicen que es hombre rencoroso y terco, en cuanto al señor Maura, es muy posible que se quede sin tropas, si no se humaniza un poco y si no define, con pocos miramientos, sutilezas y distinciones, su actitud. Estos dos señores –quizás también los regionalistas– pueden decidir los acontecimientos políticos, sobre los que no es el momento apropiado de aventurar profecías en España.

La Veu de Catalunya (01-01-1921)

El banquete de los liberales

He asistido al banquete con que la coalición liberal obsequia y agasaja a sus jefes, señores Alba, Alhucemas y Melquiades Álvarez. Este último político español no ha gobernado todavía.

Dispone de una palabra espléndida, poderosa como ningún otro caudillo de las mesetas, la emoción y efusión liberales. Mientras otros hablan con vistas a la realidad, a la conveniencia del momento, al último chismorreo de pasillo, Melquiades Álvarez apunta más alto y más lejos siempre. Tiene de los grandes estadistas el desinterés, la pureza y la dialéctica; tiene de los grandes clásicos la visión rápida, la palabra justa y precisa y el apresuramiento y el adiestramiento en la composición del estudioso; tiene de los hombres políticos clásicos –Cavour, Olózaga, Pi– el entusiasmo, la buena fe y el candor infantiles.

Melquiades Álvarez es el prototipo del desinterés. Es, además, el orador de la emoción, de la efusión, de la cordialidad liberales.

En el ilustre jefe del reformismo español, la doctrina liberal, más que doctrina, es un instinto. Ha nacido, natural y graciosamente liberal, como otros nacen sabios, nerviosos o linfáticos. Antes de agarrar el dogma en su cerebro, floreció, granó y fructificó el sentimiento en su corazón. Por no limitarse a la conveniencia del momento, muchos de sus discursos tienen una permanencia ideal que no borran los años. Por no saber de triquiñuelas, por aborrecer las torpes y pequeñas habilidades, por no dejarse convencer en las horas de crisis con una cartera o un entorchado, Melquiades ha ganado un prestigio moral que no aciertan a negarlo sus mayores adversarios políticos.

El reformismo español acaso no tiene masas, pero es un partido de selecciones. Ha ganado lo más florido y austero de nuestra juventud liberal. Personas decentes y juiciosas –todos los Pepes Zuluetas de las diversas regiones de España pertenecen al reformismo– forman su estado mayor que, es, a la vez, su estado llano. Acaso hay demasiados arquitectos y pocos peones de albañil en el reformismo español, pero este obstáculo, lejos de ser una impedimenta para la gobernación del país, es su mejor posibilidad de gobierno acertado y austero. Porque un arquitecto puede realizar, y bien, labores subalternas de albañilería. Al revés de lo que acaece en las demás facciones, donde la modestia de las inteligencias, la flojedad de las voluntades, y, sobre todo, la limitación de los apetitos, no les permite trazar planes propios, sino acoplar modestamente los ajenos, cuyos planes, que no han sabido percibir, no sabían tampoco ejecutar.

Partido de burgueses ricos y tranquilos, que no hacen de la política una granjería ni una ganzúa para abrir la caja de caudales, el reformismo español, conservador y evolucionista en sus procedimientos, es liberal y osado en lo tocante a las ideas y a las doctrinas.

La coalición liberal es, en estos momentos, una esperanza, gracias a Melquiades Álvarez. Ya se habla de que irá Pedregal a Gobernación, para que los de Alba y los de Alhucemas no celebren, con demasiada alegría su retorno a la tierra de promisión. El reformismo, que será freno en los apetitos, actuará de espuela en todo lo demás. Porque tiene sus compromisos con la reforma de la Constitución, y con el problema de la tierra, y en instrucción pública, y en la cuestión de Marruecos y en la educación civil y liberal de las masas. Y tiene que cumplirlos a plazo fijo, para que no siga el confusionismo reinante, donde le sería muy difícil trazar a un hombre sagaz y avisado la división ideal de los partidos.

En el banquete de hoy del Palace, Melquiades ha dado su nota de emoción liberal. Gracias a él, podremos aliviar un poco este terrible dolor que llevamos en nuestras entrañas liberales los que vemos con pena que el futuro de España puede ser, si no lo remediamos todos, una burda y ridícula continuación de su presente.

La Publicidad (14-06-1922)

El crisol de España

Los intelectuales en el juego

Buena parte de culpa cabe en el juego a nuestros intelectuales, que, o han vivido siempre en su torre de marfil, o se han refugiado en ella, al primer encontronazo que les ha inferido la realidad ambiente. En ningún país influye con menos eficacia el escritor público que en nuestra España. Cuando se abre paso un escritor entre nosotros, suele estar ya agotado por regla general. Venía a la Corte con garras y se las liman poco a poco; venía con una independencia salvaje y el medio conspiró para restársela. Las derechas, en este sentido, suelen ser de una corrupción inefable. Le van echando, poco a poco, tasajos de carne fresca como a los leones enjaulados hasta que se entrega. Casi siempre lo muestran atado, cuando ya no puede desgarrar y cuando

sus rugidos, lejos de mover a espanto, despiertan la compasión o la risa. Unos billetes de Banco de mesada, un acta en el Parlamento y cátete a mi escritor sirviendo de comparsa al banquero, al patrono, al Consejo de ferrocarriles o al empresario de una empresa innoble.

Y, sin embargo, el intelectual era el único que podía convertir la Corte, de estómago, de tentáculo y de vertedero nacionales, en cerebro constructor, en órgano de la fusión peninsular, en crisol. No tiene toda la culpa el pobre escritor del desvío con que se le trate. La sordidez de nuestros liberales, de nuestra Prensa liberal, de nuestras agrupaciones izquierdistas, es de tal naturaleza, que le cierra la posibilidad de la vida, y con ella, la posibilidad de la ilusión. Los ejemplos son tan patentes que están a la vista de todo. Un antiguo escritor libertario acaba siendo subsecretario del señor La Cierva. Otro escritor de emoción liberal y de conocimiento de la realidad ambiente ha ido, en compañía de don Torcuato a llenar los propósitos que le surtió su mala estrella. Y cien más –los de más empuje, los de más acometida de nuestras letras– tienen que trocarse, al rodar de los años, en voceros y definidores de empresas y de actitudes que interiormente les repugnan.

Para trocar Madrid de estómago, en cerebro, de vientre en corazón de España, para pulsar y medir desde el centro los latidos y sensaciones de la periferia, hay que formar sensibilidad nueva en las gentes.

Sensibilidad nueva

Sensibilidad nueva. Espíritu nuevo. Generosidad, desinterés, pureza de intenciones, romanticismo en una palabra. Pero todo eso requiere un sentido de relatividad que parece ausente de todos los negocios de España. Ocurre que lo mejor de Madrid es el madrileño y lo peor el forastero que viene a conquistar un medio mejor para sus expansiones económicas o espirituales. La administración concejil de Madrid está en manos de gentes que no pueden sentir ni conocer sus problemas municipales. La administración del Estado en poder de caciques, que no han llegado a la concepción regionalista, porque no han pasado todavía del localismo más elemental. De hecho ocurre que aquellos ministerios que pueden prodigar el favor en aquellas direcciones generales desde las cuales puede su titular disponer de unos cientos de nóminas, se disputan, rotativamente, por caciques provincianos, que vierten a manos llenas el dinero de todos, con detrimento del resto de la comunidad social. El interés público jamás preside estos respectos. El mismo concepto llevan a la vida pública los diputados. Se imaginan que son mandatarios del distrito que les elige, cuando lo son de la nación entera, y en aquellos proyectos políticos o financieros que afectan a la entraña económica del país, se advierte que son voceros de sus pueblos, a veces de sus barrios, y a veces también meramente de sus familias.

España es, para ellos, un cajón del sastre, compuesto de retazos de distintos colores y calidades, con los que no hay modo de formar método orgánico y compacto.

Nuevo patriotismo

El patriotismo se ha convertido de entusiasmo en capacidad, de lirismo atropellado y difuso en fría reflexión. Un interés español, en un momento dado, puede estar en pugna con los intereses localistas. Tal es el estado de nuestra hacienda, de nuestra agricultura, de nuestro comercio, que ha llegado a la hora de sobrepasar los intereses mezquinos y fragmentarios, tal debe ser el dolor que la hora actual produce en los espíritus selectos, que debe orillarse todo lo que huela a estímulo regionalista, para formar una conciencia nueva, y con ella, un patriotismo mejor.

Aunque el Estado ha fracasado en su actuación, es lo cierto que sigue actuando por imposición de los grupos y clientelas que viven parasitariamente por ingresos inconfesables. Si se toca el presupuesto de la Guerra, se alzarán en rebelión los pueblos que viven de sus regimientos, de sus parques y de sus zonas. Si el de Instrucción pública, chillarán las pequeñas poblaciones que cobijan a las patronas que se sustentan del ingreso del profesorado de las Normales, de los Institutos o de las Escuelas de Comercio. Si el de Gracia y Justicia, saldrán con sus alegatos viejas poblaciones muertas que necesitan los cabildos para que vivan sus santeros y cereros. La idea de patria no ha entrado todavía en el cerebro, y menos aún, en el corazón de los españoles.

Y es preciso y urgente que entre si no queremos renunciar a la categoría de nación y de potencia civilizada. Tenemos, es cierto, que borrar velozmente la atonía de muchos siglos, el lastre de anarquía que nos legaron los Austrias, situarnos en el momento actual para hacer milagros de sacrificio y de desinterés.

Madrid, crisol

Y es a Madrid, es a la Corte, a la que incumbe esta tarea. A los elementos intelectuales y directores, sobre todo. Podemos ir a una síntesis armónica de las necesidades colectivas y de sus remedios, atendiendo a la prelación y a la urgencia de estos, callando cada cual su propio egoísmo y sometiéndose todos a los menesteres de la prontitud y de la eficacia. Primero los intereses espirituales; los materiales vendrán después. ¿Cómo? Haciendo de nuestro Parlamento, no un coto cerrado, sino un campo donde de continuo se ejercite y se atienda el derecho de petición del ciudadano. Haciendo de nuestros periódicos, de nuestras revistas, un eco de las inquietudes de todos los rincones, que, fundidos, nos darán la norma del común denominador de la inquietud española. Trayendo cada cual –publicista, médico, músico, sociólogo– a Madrid, a la opinión de Madrid, la personalidad que le distinguió fuera de él, y que lejos de borrar, debe acentuar con estrépito a cada paso, el problema, la glosa, el cantar, la costumbre de su aldea o de su ciudad. Sintiéndose cada uno solidario de la obra común y aportando a ella el granito de su desinterés, de su cultura, de su gallardía, de su agilidad y de su esfuerzo personales. Convirtiendo, en una palabra, lo esporádico y en lo inconexo, lo andaluz, lo vasco o lo riojano, en lo típicamente español y nacional.

Y Madrid tiene que ser ese crisol si no quiere perecer entre los odios y las burlas de unas regiones que se creen devoradas por Madrid cuando la Corte es la primera y más excelsa víctima de nuestro estatismo de cabilas, de grupitos y de familias tentaculares.

La Publicidad (09-08-1922)

Nuevo régimen y viejo régimen

Los políticos han fracasado para siempre –me decía este buen D. Braulio, contertulio mío de mesa de café–. Desengáñese usted –añade– el viejo régimen se marchó para siempre, para siempre…

– ¿El viejo régimen? ¿Me permite usted que le diga que yo no entiendo del todo la fraseología actual? ¿Pero es que hemos cambiado de régimen?

– ¡Hombre, usted está loco! Decía que los políticos han fracasado.

– Si. Porque no han sido políticos.

– Como el Parlamento…

– Pero, querido D. Braulio. ¿es que hemos tenido Parlamento en España? ¿Es que ha funcionado alguna vez? Los diputados se fabricaban en la Puerta del Sol. Había comparsas, oposiciones convenidas; había hasta republicanos de Real orden, y si usted me apura, diría también que se daban en nuestra fauna política, socialistas de casa y boca, Vitóricas del socialismo [304].

– Quiere usted decir entonces…

– Quiero decir, don Braulio, lo que usted oye. Que en España no ha fracasado nadie porque no ha actuado nadie. Que los políticos no han fracasado nunca, porque no han intentado nunca nada. Que el Poder ejecutivo no ha actuado ni bien ni mal, porque no ha actuado, sencillamente. Que del Parlamento no puede decirse cosa buena ni mala, por la razón de peso de que lo que teníamos no era Parlamento, sino una sociedad futbolística o casinera, con cuota de entrada, arca santa cerrada para ciertos aires de la calle.

– ¡Calle usted! Nuestros políticos eran unos ladrones.

– ¡Ni eso, don Braulio! Nuestros políticos eran bobos a secas. Un pueblo de mendigos no puede ser nunca un pueblo de bandoleros. Por no haber, no hay ni qué robar. Eran vanidosos nuestros políticos, pero no llegaban a soberbios. Eran osadotes, pero no se acercaban a la audacia. Eran un tanto turbios pero distaban bastante de la franca cochinería. ¡Mire, don Braulio! Hace catorce años que yo estaba abonado todas las tardes a ese casinejo de segunda clase que se llama Congreso de los Diputados. Conocía a todos los socios viejos recientes. Puedo asegu-

[304] Posiblemente se refiera al enfrentamiento entre Prieto, socialista, y Juan Vitórica, conde de Moriles y maurista. Prieto le ofendió y este le rentó en duelo. El presidente de la cámara intervino pidiendo al socialista que se retractara y este admitió solamente escribir una carta personal diciendo que no era caballero y por tanto estaba excusado del duelo. (Octavio Cabezas. Indalecio Prieto, socialista y español. Madrid, 2015, p. 104)

rarle a usted que cuando pecaban, pecaban por la presión de fuera. En el fondo, eran unos pobrecitos cándidos.

– ¿Romanones cándido?

– ¿Por qué no? Un poco informal, si acaso; pero cándido, el pobrecito, como una paloma. Y tímido, sobre todo tímido. Aquí la gente tiene una leyenda de la que vive, y que no se ajusta nunca a la realidad. Así, Dato, el pobre Dato, pasaba por un temperamento blandengue. Le llamaban vaselina, y el hombre era de acero. Maura pasa por austero, y es un excelente padre de familia, capaz de colocar a todos los suyos de una sentada. Sánchez Guerra, tiene fama de sereno, de clarividente, y es un impulsivo jacarandoso de tomo y lomo. Los políticos son muy buena gente. La mejor prueba de su bondad es que han pasado mansamente a un segundo plano, sin que los infelices hayan rechistado.

– ¡Claro, por miedo!

– ¡Quía! Por cálculo. Ellos piensan en la revancha; mejor dicho, en la vuelta en el retorno. Todo retorna en España, todo vuelve y todo pasa; por eso no queda nada. Malos o buenos, los políticos eran flor de selección; por eso mandaban. Yo no he creído nunca en sus crímenes, en sus traiciones, en sus falsías. El peor se limitaba tan solo a colocar la familia.

– Y de Santiago Alba… ¿Qué me dice usted?

– ¿De Alba? Santiago era otro coitadiño, e infeliz. Fracasó porque siempre estaba amenazando, amenazando, sin dar en el clavo nunca. Le faltó resolución a la hora de la verdad. Confundió a España con Valladolid, el Campo grande con sus Ramblas, y se equivocó. Pero Santiago es un buen chico. Si hubiera sido liberal, liberal de veras, otro gallo le hubiera cantado. Dejó para las calendas grecas lo de los beneficios extraordinarios, lo del problema de la tierra; se dedicó a amansar a Chapaprieta[305] en lugar de excitarle; consintió que le llenasen de baba unos cuantos majaderos que antes le habían adulado, y sufrió el castigo por do más pecado había.

– Pero… ¿a Cambó, no intentará usted defenderle?

– ¿A Cambó? Ya se defiende el sólo. Cambó es otra alma de Dios. Pero se huele las tormentas como los bueyes en el campo, y antes de que estallen, se refugia en las tenadas. Además, Cambó sabe las monedas que los españoles llevamos en los bolsillos, y con sus juegos malabares nos trae siempre de cabeza.

– Bueno –añade don Braulio– pues que se despidan.

– No –concluyo, no–. Aquí no se despide nadie. Hacemos que nos vamos, y volvemos. Lo que hace falta, es que la lección aproveche.

Y nos despedimos hasta mañana, para repetir mañana los mismos tópicos, la misma taza de café la misma copa de cognac [sic] corriente y el mismo cigarrillo canario.

El Pueblo Gallego (20-02-1924)

Patriotismo[306]

Leo en los periódicos que acaba de fundarse un nuevo partido, el partido patriótico, y que a él se adhieren muchos organismos y personalidades de buena voluntad. El partido patriótico[307] quiere decir, si no nos engañamos, partido del patriotismo. Patriotismo es cualidad de patriota, patriota amante de patria, y patria, en las lenguas romances, derivadas del latín, tierra de padres. Porque la palabra alemana patria, "vaterland"[308], significa muy otra cosa, tal vez tierra de hijos, y la palabra inglesa que más se corresponde con la palabra española patria, "home", quiere decir más bien casa, hogar, esto es, fuego, pero casa que uno se ha formado y hogar o fuego que uno mismo se forja con su tenacidad y con su estímulo. Vale muy bien la pena, por consiguiente, de que nos fijemos en el valor espiritual de estas palabras.

[305] Joaquín Chapaprieta y Torregrosa (1871 – 1951). Abogado y político español, varias veces ministro y presidente del Consejo de Ministros durante la Segunda República. Su carrera política se inició en el Partido Liberal, y dentro de este, en la facción encabezada por Santiago Alba denominada Izquierda Liberal

[306] Con el mismo título publicó en *Revista Popular* (01-04-1926) y varios periódicos más de cercanas fechas otro cuyo contenido es distinto (O.C. Tomo I, página 429).

[307] Miguel Primo de Rivera creó el partido único Unión Patriótica.

[308] Creemos que Sánchez Rojas juega aquí con palabras y conceptos que no domina. En realidad, vater en alemán significa padre, y vaterland sería equivalente a patria en las lenguas romances. En inglés, sin embargo, patria es efectivamente homeland, relacionado con el hogar, aunque también existe fatherland, relacionado con padre (father).

Patria, tierra o lugar de nuestros abuelos o ascendientes, lleva envuelta otra idea, la de la tradición o culto hacia el pasado. Es una idea física de adhesión fisiológica o animal al terruño nativo. Patria es, etimológicamente, la región, la comarca, o mejor aún, el concejo, la parroquia, el barrio, la casa, y si me apuráis, solamente el piso y la alcoba donde uno ha nacido. Así, en castellano, en gallego, en portugués, en catalán, en francés y en italiano. En Inglaterra, patria, "home", –¡oh, el delicioso y bendito "home" inglés, que recuerda un tronco de leña ardiendo, una mujer rubia que nos ama, unos nenes talludos y un libro de Dickens que leemos en la pereza de la noche poblada de nieblas!– es la contribución de nuestro esfuerzo al patrimonio moral común de nuestros conciudadanos. Y el "vaterland" germánico es, sobre todo, esperanza, buceamiento en el futuro, anhelo de eternidad, interrogación a la esfinge que unas veces nos sonríe y otras se nos aparece con un ceño adusto y sombrío.

¿Y qué acepción, qué idea de patria adoptarán estos buenos señores que se han apresurado a militar en las huestes del flamante partido patriótico? Porque el patriotismo es un sentimiento, un amor, y el amor, para que sea de calidad, para que sea simplemente amor, ya nos dijo el Dante Alighieri que tiene que ser "amore d'inteletto", o lo que es igual, amor de conocimiento, de sabiduría, y de raciocinio; amor "inteletto" o de inteligencia. Para amar a España, hay que conocerla. Para conocerla, estudiarla y sentirla. Y para sentirla y para estudiarla, amigos míos gallegos, son necesarias cualidades que, francamente, no están al alcance del bolsillo mental de los que se atreven a militar en cualquier partido poco definido.

Así, yo, español, españolísimo, con mi españolismo forjado fuera de la patria en días en que soplaba furioso vendaval contra los míos, –los días de Francisco Ferrer– no sé a punto fijo qué es España. La llevo dentro de mis entrañas; se mueve en ellas, me duele, me aguijonea, me estimula, pero no sé lo que es España. ¿España es Alfonso X el Sabio, Felipe II; Fernando VII, la Restauración? ¿Es el descubrimiento de América, la Santa Hermandad, el Santo Oficio, las Cortes de Cádiz o el "¡Vivan las Caenas!"…? Y yo, castellano, castellanísimo, de un castellanismo expansivo que me obliga a adorar a Rosalía de Castro y a Juan Maragall, a comprender y a amar tierras que no son mis tierras y sentimientos que no son mis sentimientos, ignoro, a ciencia cierta, qué quiere decir Castilla, Castiella, la tierra de los Castillos. Si Castilla es la hegemonía, la imposición, el imperialismo, yo con- [...] mía[309]. Pero ¿qué es Castilla? ¿La política municipal autónoma? ¿El sentido concejil disfrazado de regional y de nacional? ¿Las cruzadas contra el moro? ¿La novela picaresca? ¿Teresa fundando palomares místicos y Cervantes muriéndose de hambre por los mesones? Yo, no lo sé.

Estamos en el principio del camino; estamos sin un concepto; sin una idea, casi estaba por decir que hasta sin una sensación primitiva de patria. Antes de formar un partido patriótico, sería lo natural que fundásemos un sentimiento colectivo para agruparnos en torno a él. Mientras tanto, yo no creeré mucho en las alharacas y en los estruendos de la hora actual.

Porque lo mejor que puede hacerse con la patria, con esta pobre España que se nos va de entre las manos, es velar cuidadosamente su nombre y no citarlo sino en caso de extrema necesidad. Los cristianos no mientan a tontas y a locas, no mientan en vano, el santo nombre de Dios, porque cometen un pecado de necedad, que es el peor de los pecados. Tampoco los enamorados dicen a gritos el nombre de la amada en la plaza pública, porque saben muy bien que lo profanan de ese modo. Y la Patria, madre común de todos, debe ser también un poco nuestra novia y nuestra hija. Ya juran por ella a todas horas sus chulos y amantes despechados; que tratan de vivir de unos amores que no han nacido ni pueden nacer en sus caravanas estériles y en sus cabezas aliadas con la oquedad, con el equívoco y con la mentira.

El Pueblo Gallego (29-03-1924)

Políticos y administradores

Hombres oscuros y honrados están hoy al frente de organismos públicos, en los que se ingresaba antes por elección directa y popular. Mérito sin duda del directorio ha sido sacar a esos hombres de la oscuridad en que yacían y procurarles buena ocasión de poner a prueba su honradez.

[309] Al parecer falta una línea en el original en la que con seguridad renegaría de esa Castilla.

«¡Menos política y más administración!», gritan ahora esos hombres en el Concejo de Vitigudino, en la Diputación de Cáceres, en la Comisión provincial de Cuenca y en la Mancomunidad de Barcelona. El grito sería intachable, si llevara dentro un contenido espiritual cualquiera. Los hombres oscuros y honrados quieren decir que lo importante es administrar bien y barato, y que la política debe relegarse al cajón de los trastos viejos e inservibles. Ahora bien; para administrar hay que tener una noción de la administración pública, noción que ha de ser indudablemente política, sin una idea política de lo que es la administración pública se me antoja un tanto difícil administrar bien. Y hay también una política administrativa, esta de que tratamos ahora, que tiene principios determinados, como hay también una administración pública, que no de otro modo se llama en todo país civilizado el arte de administrar organismos públicos o políticos.

«¡Pero es que nosotros no somos políticos!», exclaman estos hombres creyendo que dicen algo. Confesamos que no lo entendemos bien. Eso equivale a decir, tanto monta, que no son bípedos, que no son seres racionales. Todo hombre, por oscuro y honrado que sea, es aunque no se dé cuenta de ello, eminentemente político, porque pertenece a un sector social y porque tiene un concepto, aunque sea rudimentario, de las funciones de ciudadanía. Político es nuestro Directorio. Lo que ha hecho ha sido poner una política frente a otra política. Política mística y austera, como ha escrito el general Primo de Rivera, inspira este movimiento. Movimiento político, repetimos, porque no se ha limitado a tirar por la borda cosas accidentales y secundarias, sino que ha dejado en suspenso, temporalmente el Código político fundamental del país: la Constitución.

Éstos hombres que hoy cantan las excelencias de la buena administración y que denigran la política a tambor batiente, son políticos, aunque no lo sepan. Hablan en prosa, como M. Jorudain[310], sin que nunca se hayan apercibido. Es de ver el número de recetas, de fórmulas para uso interno y externo, que les ha dado por emplear, a fin de devolver la salud al asendereado cuerpo social. Pero son políticos espontáneos, y en eso está el peligro. Quieren poner en rigor la ideología de las mesas de café, y en eso está la ineficacia. Al Directorio han llegado, por toneladas, proyectos de toda suerte, en los que sus autores, honrados y modestos, cifran la salvación del país. Alguna de estas fórmulas no han querido permanecer inéditas y han escalado las cumbres de la celebridad. Así, don Fernando Pérez Bueno devolverá la salud a España el día que se extirpe el madrileñismo de las costumbres públicas. Eso, al menos, no es oscuro. El Sr. Pérez Bueno quiere decir que el día que no persigamos a las cocineras guapas a la hora del mercado y a las tanguistas a la hora del cierre de los cafés, comenzaremos a regenerarnos. De igual modo, ese matrícula de honor que se llama D. Víctor Pradera logrará que las regiones españolas, acentuando sus diferencias específicas, formen una España más fuerte e indestructible que nunca, haciendo que D. Alfonso XIII vuelva a llamarse rey de Navarra, y conde de Barcelona, y señor de Vizcaya, y monarca de ambas Castillas y de León. Fórmulas todas circulantes que entrañan un contenido político, aunque otra cosa imaginen nuestros hombres oscuros y honrados.

Todos somos políticos, todos, aunque no lo sepamos, no lo creamos y no lo queramos ser. La administración supone gestión de negocios, y esa gestión implica un concepto de la cosa pública. La honradez a secas es una virtud casera muy loable, y la oscuridad, una calidad moral muy atendible; pero que no sirve para maldita la cosa cuando se ha de vivir a la vista de las gentes, soportando y hasta excitando el juicio de ellas. La honradez sin la capacidad es una virtud negativa en achaques de administración. La modestia no sirve tampoco para esos menesteres públicos, porque para ello, hace falta fe en sí mismo y la seguridad del propio juicio que ha de imponerse, muchas veces, a sangre y fuego, aunque sea notoriamente perjudicial.

El arte de gobernar es arte de experiencia que excluye la espontaneidad y la buena fe. No pueden improvisarse cosas que ya están reglamentadas y sujetas a normas fijas. A la situación actual hemos llegado, no por exceso de políticos, sino por ausencia de ellos. El Parlamento no ha fracasado tampoco, porque en realidad no ha existido Parlamento nunca en España. Los liberales tampoco han fracasado, porque no han hecho nunca política liberal. Aquí no ha fracasado nadie, porque nadie ha actuado. Y la tragedia de ahora puede ser dos veces trágica, si se parte de un principio de oposición contra algo que en realidad no existe y si no se tiene exquisito cuidado con estos espontáneos que pueden muy bien abominar de lo de antes, tal vez porque no les dejaron encajar en ellos.

[310] M. Jourdain, personaje de la obra de Molière "Le bourgeois gentilhomme" que hablaba prosa sin saberlo.

¡No, no! Nada de poca política y de mucha administración. La buena administración es una idea política, señores honrados y modestos. Y nada tampoco de matar mosquitos a cañonazos, ni de combatir cosas que de un soplo se han desmoronado. No hay que sustituir nada, que reemplazar nada, sino que edificarlo todo. Estamos al principio del principio todavía. Y el Directorio, si no quiere fracasar, si quiere que sus anhelos místicos encarnen en una realidad mejor, ha de huir de estos varones espontáneos oscuros y modestos, como de la peste. Déjenos actuar a todos al aire libre y sin sordina. Vamos a criticarlo todo para renovarlo todo. Los místicos han sido siempre un poco herejes y un poco heterodoxos.

El Liberal (12-04-1924)
El Progreso (*Santa Cruz de Tenerife*) (23-04-1924)

Los rabassaires

En el bar Flor, a la hora del vermouth; despachando la grata correspondencia mañanera… Muchachotas frescas y lindas, fornidos provincianos con la impedimenta de la familia al lado, peripatéticas de mirada equívoca e insistente. Y una voz amiga y cordial; la del exdiputado de la Mola, la del exdiputado a Cortes por Sabadell, Luis Companys, que nos hace volver la cabeza diligentemente.

– ¡Hola, Luis!

– ¡Hola!

– Aquí, con mis "rabassaires", a ver a Primo de Rivera. Venimos de la Presidencia.

Saludos, presentaciones. El director de "La Terra", el periódico de la "rabassa morta"[311], el órgano agrario de los pueblos y de los campos, de Cataluña; el señor presidente de la Unión general de los rabassaires, un hombrote maduro y fornido, sonriente, levemente escéptico. Departimos y no les permito que abandonen la lengua catalana en que dialogan y que comprendo muy bien. Siguen plantándose las viñas sobre los eriales; continúa el labrador cobrando su tercio de la renta, después de pagar los gastos de explotación y de contribución; continúa el propietario recibiendo, al cabo de los cincuenta años, el erial trocado en un jardín sin haber desembolsado una peseta, viviendo a cuenta del sudor del pobre colono.

– ¿Y qué les ha dicho a ustedes el general?

– ¡Ay! El general les ha hablado de ponencias, de estudios, de coyunturas favorables, de oportunidades, de resoluciones en justicia, cuando llegue la hora. Los rabassaires tornarán esta noche en el expreso a Barcelona. Quieren pedir la ayuda de sus amigos los labradores de Galicia, de las Castillas, de Extremadura, de Andalucía. Con los de Galicia están ya al habla. Quieren, mientras esperan, hartarse de razón...

Seguimos charlando en este grato refugio del Bar Flor. La ciudad gobierna siempre de espaldas al campo; los mismos socialistas han descuidado con frecuencia los problemas agrarios por los urbanos. Ni la "rabassa morta", ni los foros, ni los latifundios, han sabido interesar todavía el espíritu de los señoritos. Más aún: lo que en la villa y corte del oso y del madroño –más de éste que de aquél– suele llamarse política agraria, es, por regla general, la negación y la antítesis de las aspiraciones colectivas de los colonos de toda España.

Los "rabassaires", catalanes están un poco desorientados; esperaban en Chapaprieta y Chapaprieta se marchó por una temporada. El Directorio les anima, pero el Directorio tampoco es eterno. No tienen esperanza alguna en la atención que pueda prestarles Madrid. Y aspiran a dejar bien probada su eficacia en los comicios futuros, interviniendo directamente en la política con sus votos.

Y se marchan estos hombres de faz coloradota y plácida, sonrientes y firmes, presididos por este inquieto y revoltoso Luis Companys. Me traen el perfume de la "ginesta" –la dulce retama que crece libre en los montes de Cataluña–, del heno de la casa payral –ancha y rellena– del hereu, de la sardana, de la caramella. Y yo evoco esta Cataluña campesina, que no ha conocido todavía la disolución familiar, de esta Cataluña que se nutre de escudella y de butifarra, con

[311] La rabassa morta o cepa muerta era una especie de arrendamiento consistente en la explotación de las vides por parte de los agricultores a cambio de parte del producto que se llevaba el propietario. Los rabassaires se constituyeron en asociación y reclamaban la propiedad de la tierra.

un campo ingrato, pero que huele a salitre y les trae emanaciones remotas de otros pueblos aliados con la libertad.

Estos hombres, encogidos y tímidos en Madrid ante los mohines de una moza de rumbo, saben sonreír a una noya, allá, en las planas de Vich, y hacer del campo, no un núcleo separado de la ciudad, sino una célula viva en torno a una casa que se va trocando en alquería y en una familia que se torna, al cabo de cincuenta; de sesenta años, en una pequeña aldea que reclama su Concejo, su Casino y su orfeón.

El Pueblo Gallego (22-04-1924)

Del Parlamento, de Azorín y de otras bagatelas

De nuevo «Azorín» vuelve a la carga, queriéndonos demostrar que el Parlamento ha fracasado en España, y con el Parlamento, los partidos políticos. Si hemos de ser sinceros nosotros no entendemos a «Azorín». ¿Ha fracasado entre nosotros el Parlamento o la ficción que de Parlamento teníamos en España? ¿No es más honrado decir que lo que ha fracasado entre nosotros ha sido precisamente la ficción? Y si nuestros partidos no eran tales partidos, sino las clientelas personales de los caciques –en la clientela de Cierva ha figurado, figura y figurará «Azorín»– ¿a qué las inclusiones de este? Puesto que no hubo Parlamento verdadero, parece que lo lógico es suspirar que lo haya. Puesto que nuestros partidos fueron clientelas, antojáseme lo lógico crear nuevas corrientes de opinión para dar origen a partidos nuevos. Todo lo demás es ganas de pasar el rato.

De pasar el rato y de ponerse, además, en ridículo, como se está poniendo «Azorín». Realmente, de todos cuantos escribimos para el público, «Azorín» es el más desprovisto de autoridad moral para tratar ciertos temas. Su nombre está demasiado vinculado a la política vieja y a lo más podrido y deleznable de ella, a la política ciervista.

Ha sido diputado por Purchena –donde nadie le conoce– por Sorbas –donde nadie le conoce tampoco– y por Puenteáreas –donde tampoco se le han conocido prosélitos ideales, que yo sepa–. De no haber ocurrido lo que ocurrió el 13 de Septiembre de 1913, «Azorín» hubiera continuado, silencioso, en los escaños ciervistas, entre los cuñados e hijos del gran cacique. «Azorín» fue subsecretario, y si no llegó a ministro, fue porque su palabra no es de las más rápidas en las contiendas obligadas del banco azul. «Azorín», políticamente, necesitaba vivir de la piadosa tolerancia de sus amigos.

¿Qué cree «Azorín»? ¿Qué lo pasado fue horrible? Y ¿quién es él para acusar? ¿No simboliza, mejor que nadie ese fracaso? Un hombre de talento como él, vendió la primogenitura por un plato de lentejas. ¿Qué culpa tiene nadie si el cocinero abandonó los guisos en el momento de mayor apetito de la clientela?

Todo ha fracasado en España, todo menos el liberalismo, porque jamás tuvimos, desde la Restauración acá, hombres liberales de veras. Todo ha fracasado en España, todo, menos el Parlamento, porque jamás funcionó con plenitud constitucional entre nosotros. Y no hablemos de los partidos políticos, porque gracias a los que tenían una apariencia de organización y de doctrina –los catalanes y los socialistas y los republicanos– el Parlamento tuvo entre nosotros aire y semblante de no ser farsa a todas horas. Acaso fuera más exacto decir que el Parlamento murió entre nosotros en el preciso momento en que se preparaba a fiscalizar con algún decoro.

Nos da pena la actitud de «Azorín», como nos da pena también la postura de Ortega y Gasset. Mucho más sencillo, elegante y sobrio nos parece el gesto del doctor Marañón. Estas crisis políticas –pasajeras– de los pueblos nos traen desengaños muy amargos y muy hondos. Los amores tibios se apagan y solo los ardientes resisten la prueba con vigor. El que no es liberal arroja la careta y ya no hay modo de que se nos despinte su verdadero semblante. Tal es el caso de «Azorín», que procede con las mismas argucias que el último leguleyo levantino. Y el que no es más que un sofista comido por la retórica, nos habla de la moda mental que debe llevarse. Eso sí, nos presenta figurines que tampoco se llevan y nos exhibe su verdadera condición de hortera. Tal es el caso de José Ortega y Gasset.

El Adelanto (07-04-1925)
El Pueblo (09-04-1925)

Revisión de valores

La compensación de los momentos actuales está acaso en que todos, tirios y troyanos, güelfos y gibelinos, comenzamos a discutir lo indiscutido y a poner en tela de juicio lo que hasta ahora ha sido dogmático y evidente en materia de reputaciones para los tontos. Estamos –como en 1898– ante una nueva y amplia y completa y total revisión de valores. Si no aparecen hombres es seguramente porque no los tenemos. No solamente en la política se advierte la ausencia de caudillos generosos; se advierte también en el mundo del espíritu y de la inteligencia. Y los escarceos de unos y otros, dicho un poco «sotto voce» y a la sordina, no son más que aspectos de esta inquietud, de esta revisión que comienza ahora y que continuará cada día con mayor intensidad, y con más amplio decoro, y con más serena visión de los hombres y de las cosas.

Sí. No discutimos solamente a Romanones y a Melquiades Álvarez y a Cambó y a Santiago Alba que, después de todo, representan y simbolizan a un estado de cosas político y social, que está desapareciendo. Romanones, júzguesele desde el plano que se quiera, será siempre un hombre inteligente, y Álvarez un político henchido de emoción liberal, y Cambó –a pesar de sus aristas y esquiveces que yo no he acertado nunca a ver en él– un romántico forrado de realidades, y Santiago Alba, el castellano sagaz y astuto que conoce el valor del tiempo y del silencio en las horas difíciles. No es muy piadoso que hagamos sistemáticamente leña del árbol caído. Discutimos todo lo demás también y a todos los demás. Discutimos el valor filosófico de Ortega y Gasset, el literato de «Azorín», el estético de Ramiro de Maeztu. Estos hombres, que se formaron y encaramaron durante «el viejo régimen» –permitidme el vocablo– y que son ellos también «viejo régimen», es natural y es humano que por su esterilidad notoria, acaben y mueran con él. De eso se trata y de nada más que de eso.

No les hagáis caso porque les veáis actuando de pontifical, acentuando sus puntas y ribetes de ironía para con los herejes que, sin ironía alguna, les pedimos cuentas de su obra. En el fondo están asustados estos bizarros jugadores del «golf». Cuando Ramiro de Maeztu advirtió que todos nos reíamos a mandíbula batiente de las preocupaciones religiosas que él descubre en Calixto ante los senos tibios, redondos y pequeños de la dulce Melibea, se batió en retirada llamándonos ignorantes. Cuando «Azorín» se ha dado cuenta de que los demás sabemos muy bien las falsedades y trucos que tiene su Castilla puramente literaria y puramente libresca, nos niega el pan y la sal a los que conocemos la oquedad de sus tópicos y la inanidad absoluta de sus conclusiones. Cuando Eugenio d'Ors nos marea con sus preciosismos de «doublé», que trata de emborracharnos inútilmente con sus drogas que, al pasar de Barcelona a Madrid, han perdido toda potencia de inhibición. Y cuando Ortega y Gasset nos formula desde lo alto del Olimpo su opinión de que la libertad no es un fin, sino un medio y advierte nuestras sonrisas, no percibe, en cambio, que Romanones «se queda» con él, y que los llanos de la Alcarria están más oreados que la granja del Henar y que su flamante cátedra universitaria de Metafísica.

Estamos todos al cabo de la calle y no queremos que se mantenga títere con cabeza. Los políticos no han actuado en un medio aislado. Por eso, no son ellos únicamente los responsables. Y los que hemos venido aguantando mansamente el «camouflage» en todos, pero en todos los sectores de la vida nacional, nos desperezamos al fin, y como Don Quijote en la Venta, con el retablo de Maese Pedro, la emprendemos a porrazos con las cabezas de cartón de los Gaiferos y Melisendras que nos salen al paso.

El Pueblo (16-04-1925)
El Adelanto (14-04-1925)

Polémica sobre el liberalismo

En el Congreso del Partido liberal celebrado recientemente en Roma, Benedetto Croce, con todo el peso de su prestigio y de su autoridad, ha tornado a cantar las excelencias del liberalismo y de estas "esencias liberales" que, poco a poco, se van evaporando entre nosotros y en los cerebros de los que entre nosotros se han llamado a sí mismos "minorías selectas" y se han dedicado a exaltar las cualidades espirituales del golf y del tennis como deportes supremamente regeneradores del espíritu humano. Croce no se deja vencer por las pasajeras depresiones

y crisis de la conciencia colectiva. El contenido del liberalismo continúa siendo inagotable, porque comprende en sí las soluciones extremas, comunistas y autoritarias, en lo que estas tienen de solubles y de prácticas. Y el liberalismo no ha podido ser nunca vencido porque no ha sido nunca tampoco superado. Para Croce, no solamente el liberalismo es la doctrina política más compleja y más rica de matices, sino también la doctrina de la cultura y del buen gusto. La tradición italiana es liberal y gracias al liberalismo pudo formarse la nacionalidad italiana. Desde el siglo XVIII tal vez, al influjo de la Enciclopedia que va ganando los entendimientos en toda Europa, el liberalismo toma carta de naturaleza en Italia. Después de la Revolución, se formula y se extructura [sic] y él forma el carácter del siglo XIX. Son liberales todos los grandes gobernantes de Europa porque no pueden ser otra cosa. Y es liberal la tradición nacional, que en Italia forma el lecho de los anhelos patrióticos, desde los tercetos del Alighieri hasta el himno a Satanás, de Josué Carducci.

Lo curioso es la reacción que las palabras de Croce han provocado en su país y fuera de su país. La polémica de nuestros castizos reaccionarios españoles es un débil eco de la de allá e inspirada en los acentos que por Italia se modulan más o menos desdichadamente. Farinacci ha contestado en un himno, con música y todo. En ese himno exalta la fuerza bruta y abomina de la razón y del ingenio. "Prefiero –cantan las camisas negras de Cremona– el jayán sano al intelectual enfermo". Y completan este que yo llamaría idearium de la perfecta prostituta, con acentos de esta laya. "Es siempre preferible la acción al pensamiento. ¡Abajo los sabios, no creemos en los sabios!" Y de Mussolini cuentan que dijo al enterarse de la intervención de Croce en el Congreso del Partido Liberal. "Yo no he leído, ni leeré jamás una página de Benedetto Croce". Y su misma orden del día, de "disciplina, intolerancia a toda costa y todo el poder para todo el fascismo", es una contestación indirecta a la posición serena y ecuánime del ilustre pensador napolitano.

Entre nosotros, las cosas no ocurren de distinto modo. La prensa reaccionaria española en estos días, una mala traducción, hecha con un diccionario de bolsillo de escasos vocablos, de "Il Popolo d'Italia" y de la "Nueva Cremona". A poco que uno se fije, descubre inmediatamente el origen del abrevadero. Suponen en España fracasado un Parlamento que no ha funcionado nunca libremente, unas libertades públicas de las que no ha gozado jamás el pueblo, una mesocracia que ha gobernado siempre mediatizada, un espíritu público que no se ha dejado nunca manifestar. Nadie ha querido insinuar la gran afirmación de que hemos llegado al estado actual de cosas ante el barrunto de que el Parlamento iba a convertirse por primera vez en fiscal soberano de los desafueros nacionales. Con esa sola afirmación se desvanecen todos los castillos en el aire de la prensa reaccionaria. Pero ni el temor de que Italia cayese en la anarquía ni la oposición a que el Parlamento se produjese libre de tutelas entre nosotros, pueden convertir en situaciones permanentes las que son por su propia naturaleza interinas y transitorias. Y son los cantores, y predicadores de ellas los convencidos de que sus procedimientos son a lo sumo puentes para reanudar caminos, pero no caminos verdaderos. El liberalismo sabe esperar, seguro de que encuentra, al lado de fórmulas verdaderas, una emoción ciudadana que las hace siempre solubles, agradables, rectificables y preñadas de un sentido del porvenir que sabe aprisionar en sus redes sutilísimas.

La Voz de Guipúzcoa (11-07-1925)
El Luchador (11-07-1925)
El Noroeste (12-07-1925)

Profesión de fe

También yo hago profesión de fe en estos momentos de claudicaciones y de cobardías, y escribo, como escribió antaño el querido amigo y compañero Luis Araquistaín, que soy liberal, y añado además que mi liberalismo, no teórico, no dogmático, ni menos académico, es el mismo liberalismo sentimental y cursi –"passez le mot!!"– de los cocheros de punto que cantan el himno de Riego, de los zapateros remendones suscritos a "El Motín" y de las muchachas alocadas y románticas que creen en el pueblo y que se escapan de casa con los barbianes a los que adoran.

No sé, señores pedantes –o tal vez lo sepa mejor que vosotros, aunque lo disimule–, si la libertad es adjetiva o es sustantiva; discutir eso es asegurar que no se necesita; lo que sé es que amo la libertad. El liberalismo, catedráticos pendientes del escalafón, de la novia zafia, rica y boba, y de los faldones de papá suegro; el liberalismo, majaderos, es un instinto, un temperamento antes que una idea. Y yo he nacido eternamente liberal y mozo, como vosotros salisteis del vientre de vuestra madre reaccionarios y viejos. Y hoy, precisamente hoy, soy más liberal que ayer, y hoy me encuentro donde me he encontrado siempre: un poco más allá... de la libertad, que los años pasan, y pido a mis lares y penates que muera abrazado a la fe de mis mayores.

Liberal –¡oh, malditos filósofos, que matáis en vuestras cátedras el candor y la fe de los muchachos, bobos que mascáis la pedantería y no sabéis contemplar la vida, tan hermosa, con ojos de niños porque os ahoga vuestra ancianidad de corazón!–, liberal por pasión, por inclinación innata a sondear, aliviar y comprender el dolor humano; liberal por herencia, liberal por instinto y liberal por estética. Liberal de mi tiempo y liberal de la libertad futura, que se está formando ahora en las entrañas de los tiempos nuevos.

¿Que no es sustantivo, que es adjetivo el liberalismo? Queridos filósofos: ¡y cómo reímos oyendo vuestras sandeces, repantingados en las mesas de Regina, mientras moscardean a nuestro lado las cocotas que a vosotros no os han sonreído jamás! Es como si dijerais que esa mujer que pasa no es linfática porque es nerviosa, y que no puede gustarme porque a vosotros, que andáis un poco retrasados en aventuras sentimentales, no os place del todo. Razón de más para ratificar mi gusto.

Las razones, las miserables razones, las ideas, las pobres ideas, las entelequias, polvo de siglos son. Los hombres, y las mujeres y los pueblos son demasiado maduros para tomaros en serio. Saben ver en vuestras piruetas añoranzas de amores retrasados, y os diputan como a los malditos viejos jóvenes del Evangelio. Y os vuelven las espaldas, moviéndose a impulsos del amor o del odio, que es también una especie de amor. Los pueblos, y las mujeres, y los hombres, piden libertad, como piden aire, y cuando os oyen berrear a vosotros, atados al yugo de la servidumbre de vuestra lujuria retrasada, que antes de pedir libertad tiene que determinar el pedigüeño para que la pida, os miran con el mismo asombro que os miraría el que se ahoga si al solicitar vuestra ayuda le replicarais con la linda estupidez de que os demostrara antes por qué no quería ahogarse.

¡Pedantes y más que pedantes, majaderos! Sentados en vuestra mesa de trabajo, con el gorro doctoral encasquetado en derredor de eso que metafísicamente llamáis vuestra cabeza; calzadas las pantuflas de orillo para que no os molesten los callos, determináis que el mundo camina fatalmente por la senda A, y el mundo os replica alegremente caminando por la senda B. ¿Qué sabéis vosotros del mundo ni de nada? "No seáis liberales, muchachos; eso no se lleva", decretáis en vuestros apuntes, entre prosa de cemento armado y argumentos de seminaristas toscos; decretáis eso mientras suspiráis, pensando en la niña de la dote, que en aquella hora os la está pegando con el menos empollón de vuestros alumnos, y os quedáis tan tranquilos. Camináis para cornudos y para sabios simultáneamente, y la gente se ríe al pasar por vuestro lado, y las lindas mujeres hacen junto a vosotros un delicioso mohín de burla, y los hombres que viven, que aman y que sufren verdaderamente os odian porque habéis puesto una barrera infranqueable entre vuestra mesa de estudio y su mesa de taller.

La filosofía, en estos momentos concretos de problemas concretos, de anhelos concretos, es una profesión, que como la de las rameras y la de las celestinas, debiera proscribirse dictatorialmente por razones de salud pública. Nada de generalidades; al grano. Nada de elucubraciones; a dar rienda suelta, imbéciles, al corazón, que grita y que se ahoga. Con vuestras sutilezas sois los terceros de los tiranos, y con vuestras complacencias actuáis de madres celestinas en la casita baja de vuestra miseria cordial y de vuestra ancianidad caduca y podrida.

Y yo hago profesión de fe en estos momentos. Mi liberalismo –de cocheros de punto, de jornaleros, de poceros, de colonos, de menestrales, de modistillas, de horteras– es instintivo y es cordial, es fisiológico. Y me gusta la libertad por la misma razón que me gustan las mujeres, de las que no me he parado a pensar si son sustantivas o adjetivas. ¿No basta que sean bellas? ¿No basta que nos hundan en el cieno con su desdén y que nos hagan oír la alondra que todos

llevamos dentro del corazón –todos menos los catedráticos pedantes y los cultivadores del camelo– cuando alumbran nuestras esperanzas con la suave lumbrarada de su sonrisa?

El Liberal (13-05-1926)
El Adelanto (28-05-1925)
El Pueblo (29-03-1925)

El proyecto de Constitución

Insinuaba el señor Cambó en sus *Declaraciones*, recientemente publicadas en *La Veu de Catalunya*, que si la dictadura española no realiza, con entera libertad de movimientos, su evolución política, puede acaecer con ella el mismo fenómeno que se ha dado en Italia con el fascismo. El fascismo perdura en Italia, razona el señor Cambó, porque a raíz del asesinato de Matteotti, las oposiciones no supieron o no quisieron pactar con Mussolini. Si las oposiciones hubieran sido transigentes, el fascismo hubiera desaparecido, o lo que es lo mismo, Mussolini hubiera abandonado el Poder. Análogamente, si la dictadura española encuentra resistencias en su actuación, teme el señor Cambó que el actual estado de cosas, del cual él se declara enemigo irreconciliable, perdure indefinidamente. No pide Cambó colaboración activa, sino indiferencia y pasividad en los núcleos políticos adversarios. Ante el proyecto de la llamada Constitución Nueva, ni una aportación doctrinal, ni una enmienda, ni una aclaración; nada. Que lo apruebe el gobierno si así lo quiere, y se acabó. El señor Cambó sabe que esa Constitución no será eterna, ni mucho menos, como a su promulgación surgen nuevos derechos y personas jurídicas nuevos, el señor Cambó se atendrá a lo legislado y se aprovechará de ello. Cree que todo es preferible al momento actualísimo que estamos atravesando.

Confieso que he pensado mucho en estas palabras del señor Cambó. Pero él imagina una realidad, más lógica y cerebral que real y biológica, y así es muy posible que todo su tinglado ideológico se venga abajo. Apliquemos el criterio del señor Cambó a las cosas que están pasando entre nosotros. El general Primo de Rivera viene al Poder para acabar con las viejas organizaciones políticas, y en este momento quiere que colaboren con él estas mismas viejas organizaciones. El general Primo de Rivera nos aseguró en su manifiesto famoso del 13 de septiembre de 1923 que el Parlamento había concluido su misión y ahora anhela llevar al singular Parlamento que él ha creado, con previa censura y todo, a los mismos jefes de los parlamentarios que él disolvió airadamente y *manu militari*. Nos acogemos a la tolerancia de la censura que se nos ha ofrecido para completar nuestro pensamiento. Si estos políticos nada significan, ¿por qué los llama ahora el señor Primo de Rivera, cuando nos asegura que todo el país está de su parte? Y si en efecto, significaban algo y eran algo y significaban y son algo todavía en la vida pública española ¿por qué prescindió de ellos? Es preciso declarar, sin ambages ni rodeos, que nos hallamos ante un callejón sin salida. Según el pensamiento del señor Cambó, el dejar hacer equivale en este caso a abstenerse, a no hacer sencillamente nada. No cabe ni siquiera la postura de aceptar un puesto en la Asamblea porque ello equivale a declarar que ella puede dotar legalmente al país de una nueva Constitución. No queremos creer que caigan en el cepo los zorros viejos, y menos que todos, el señor Conde de Romanones, que no puede dejar huellas nunca de sus pasos.

La dictadura española y el fascismo italiano, que son cosas, en el fondo y en la forma, harto diversas, tienen, sin embargo, una nota común. Es tan absorbente la personalidad de los dos jefes que ellos solos simbolizan sus singulares organizaciones. Sin ellos, se desmoronan y no tienen razón de ser. Desaparecido Mussolini, el fascismo se borra y desaparece con él. El día que se aleje el señor Primo de Rivera del Poder, todo este aparato de la U.P.[312] caerá al suelo estrepitosamente y se desmoronará en el acto.

Mussolini es un temperamento, aun italiano –ha dicho Pietro Gargoli, fascista– que conoce muy bien a los italianos. El señor Primo de Rivera, a su vez, personaliza maravillosamente –y esa es su fuerza y por eso se sostiene– la cultura media del pueblo español. Sus querellas han sido exclusivamente con las clases intelectuales. El resto del país, si no le ha seguido, no se ha puesto nunca frente a él. Esta es la verdad.

[312] Unión Patriótica, partido de la dictadura primoriverista.

Mussolini, igualmente, ensalzado en los cuarteles y en los campos, ha sido recibido con más reservas en las ciudades y en las escuelas. Mussolini ha borrado la tradición liberal y masónica del italianísimo siglo XIX, el de Cavour y el de Garibaldi, el de Víctor Manuel II[313] y el de De Sanctis y Depreti. Primo de Rivera, finalmente, quiere acabar –y cuenta para ello con colaboradores decididos y poderosos– con la tradición liberal que nace en las Cortes de Cádiz, en la isla de San Fernando, y muere con la tragicomedia del proyecto de responsabilidades en septiembre de 1923.

El Luchador (19-08-1929)
El Noroeste[314] (18-08-1929)

Portugueses y españoles

Se ha dicho con pasmosa exactitud, hablando de portugueses y de españoles, que son hermanos siameses, porque unidos por el mismo tronco, están vueltos de espaldas. Con ocasión de la visita del general Carmona[315] a Madrid y después, a las Exposiciones de Barcelona y de Sevilla, se ha visto que, en realidad, las relaciones entre lusitanos y españoles no eran ni buenas ni malas, sino que, sencillamente, no existían esas relaciones. Estamos unidos, pero no hemos sentido la necesidad, y lo que es más doloroso todavía, el placer de comunicarnos. Nuestras conversaciones eran puramente tiesas y protocolarias; siempre que se ponía sobre el tapete la cuestión del aprovechamiento de los saltos del Duero a propósito de los saltos salmantinos y zamoranos. Sobre temas espirituales no había ocasión de departir nunca. Los portugueses miraban hacia Madrid con cierto recelo, que no ha sido precisamente infundado todas las veces, y los españoles hacia Lisboa con el desdén que une al primogénito al segundón que busca beneficio de iglesia para poder ir tirando por la vida. En las Exposiciones los vecinos nos hemos dado cata de nuestro error, y hemos llegado a la conclusión de que somos los mejores amigos de la tierra. Al viaje de Carmona a Madrid, seguirá el del jefe del Estado español a Lisboa, y los gobiernos –tan semejantes– van a ponerse a tono con los pueblos respectivos. Para los que, por frecuentar pueblos fronterizos, advertimos las torpezas de la incomunicación sistemática, nos felicitamos ahora de que el protocolo hable un lenguaje de realidades.

En este mutuo desconocimiento de los dos países, lleva, sin duda alguna, España la peor parte. Un portugués culto sabe dónde cae Huesca, el río que pasa por Valladolid y la región a que pertenece Almería. Un español de cultura media no sabe, en cambio, exactamente las ciudades que riega el Mondego, si Béjar es plaza fuerte y si Almeida o Guarda miran hacia Ciudad Rodrigo o miran hacia Badajoz. Lo que sucede con la geografía –aquí la portuguesa debía ser obligatoria hasta en los grados elementales– sucede con los hombres y problemas contemporáneos. Portugal sigue siendo inédito para nosotros. Dos de sus grandes ingenios –y la literatura portuguesa contemporánea sobre todo la lírica, es una de las más ricas de Europa– se han salvado del olvido y han pasado a la admiración popular. Hablo de Eça de Queiroz y de Camilo Castello Branco. Pero sus otras figuras de primera fila, Joao de Deus, Abilio Guerra Junqueiro,

[313] Camillo Paolo Filippo Giulio Benso, conde de Cavour (1810 - 1861), Giuseppe Garibaldi (1807 - 1882), Víctor Manuel II (1820 - 1878). Artífices destacados de la unificación de Italia.

[314] En *El Noroeste*, donde se publicó con el título «Dictadura y fascismo», se omiten las frases del segundo párrafo alusivas al General Primo de Rivera, esto es: "El general Primo de Rivera viene al Poder para acabar con las viejas organizaciones políticas, y en este momento quiere que colaboran con él estas mismas viejas organizaciones. El general Primo de Rivera nos aseguró en su manifiesto famoso del 13 de septiembre de 1923 que el Parlamento había concluido su misión y ahora anhela llevar al singular Parlamento que él ha creado, con previa censura y todo, a los mismos jefes de los parlamentarios que él disolvió airadamente y manu militari. Nos acogemos a la tolerancia de la censura que se nos ha ofrecido para completar nuestro pensamiento. Si estos políticos nada significan, ¿por qué los llama ahora del señor Primo de Rivera, cuando nos asegura que todo el país está de su parte? Y si en efecto, significaban algo y eran algo y significaban y son algo todavía en la vida pública española ¿por qué prescindió de ellos? Es preciso declarar, sin ambages ni rodeos, que nos hallamos ante un callejón sin salida". También se omite, en este caso debido a la censura, la firma del autor y la totalidad del último párrafo: "Mussolini, igualmente, ensalzado en los cuarteles y en los campos, ha sido recibido con más reservas en las ciudades y en las escuelas. Mussolini ha borrado la tradición liberal y masónica del italianísimo siglo XIX, el de Cavour y el de Garibaldi, el de Víctor Manuel II y el de De Sanctis y Depreti. Primo de Rivera, finalmente, quiere acabar –y cuenta para ello con colaboradores decididos y poderosos– con la tradición liberal que nace en las Cortes de Cádiz, en la isla de San Fernando, y muere con la tragicomedia del proyecto de responsabilidades en septiembre de 1923", insertando en su lugar un espacio en blanco con la indicación "Este número ha sido sometido á la previa censura".

[315] António Óscar de Fragoso Carmona (1869 – 1951). Undécimo presidente de la República portuguesa.

Eugenio de Castro, Antero de Quenthal, sólo son conocidos y celebrados de las minorías. Portugal nos conoce mejor aunque, generalmente, nos conoce mal. Hemos dejado la propaganda intelectual en manos de currinches de cuarta y hasta de quinta fila que han convertido el noble deporte del intercambio en muestrario de vanidades y exhibiciones personalistas. Los mismos editores han traducido los libros españoles sin selección previa y a salga lo que saliere. Ha habido un momento en que ha sido doña Carmen de Burgos, que firma sus escritos literarios con el pseudónimo de "Colombine", la embajadora máxima de nuestros escritores y plumíferos. El resultado ha sido fatal. Los periódicos portugueses todavía no captan el matiz en nuestros valores. Nosotros, más justos, hemos popularizado dos nombres gloriosos, aunque mantengamos otros muchos todavía en el incógnito más absoluto.

Todo eso parece que va a cambiar, precisamente porque el programa de atracción de los dos pueblos no puede ser más sintético ni iniciarse con una modestia más encantadora. El presidente de la República portuguesa decía a un reportero cuando su visita al monasterio de San Lorenzo del Escorial que las dos naciones iban a intensificar sobre todo y ante todo, su política turística. No hace falta más, en efecto, ni debe empezarse tampoco con menos. Portugal es hoy solamente vía abierta para el veraneo de los burgueses de Castilla, León y Extremadura, que prefieren Espinho y Figueira da Foz a las playas del Norte y del Noroeste de España. Una propaganda eficaz de las bellezas de la ciudad y del paisaje en Lusitania es el principio del fin. Si además nos obligamos a dar mayor cohesión y mayor unidad a los itinerarios ferrocarrileros portugueses, el milagro de la penetración pacífica de los españoles en Portugal y de los portugueses en España no se hará esperar mucho tiempo. Porque los portugueses no sienten otra necesidad que la de presenciar nuestras ferias o nuestras *touradas* en Badajoz, Cáceres o Salamanca, y cuando más asomarse a la bahía de Vigo, para tornar cuanto antes a casita. España ha sido siempre país de paso para los portugueses. El símbolo de nuestro pueblo era para un *sportman* como Eça de Queiroz aquella hórrida estación vieja de Medina del Campo con sus paradas interminables, sus cafés de rancia mantequilla, sus ladrones de equipajes y sus vagones viejos y desportillados en las vías muertas. Para el portugués, España era el tránsito obligado a París. Hora es ya de que el portugués se detenga en el pueblo vecino y hermano.

Los *pourparlers*[316] diplomáticos van a ser modestitos, y precisamente por ser modesticos, eficaces. Se pide también el continuo intercambio intelectual. Una cátedra cervantina en Lisboa o en Coímbra y, simultáneamente, unos estudios constantes de literatura galaico-portuguesa en la Central, en Salamanca o en Santiago, podrán muy bien acercar los intelectuales de ambos pueblos. Nuestro Patronato de Relaciones Culturales, dependiente de la Secretaría de Relaciones Exteriores, mucho puede hacer en este sentido. No se olvide tampoco que en las dos grandes urbes lusitanas, Lisboa y Porto, hay una gran colonia hispana interesada en que este intercambio, primero romántico y desinteresado, vaya seguido después de tratados y transacciones comerciales. Verdad es que exportamos productos análogos y que buscamos los mismos mercados de expansión, pero quedan unos completamente neutrales donde podemos entendernos y equilibrarnos. Y en lo que hace relación al problema del aprovechamiento del Duero, hay que pedir que se logre y se remate de una vez. Buena parte de la riqueza agrícola de la alta meseta depende de la explotación de esos saltos. No se puede llevar a la solución el criterio cominero de que de cuatro partes de energía eléctrica corresponden tres a España y una al vecino, ya que hay energía eléctrica sobrante para todos. Una política generosa es la mejor preparación para futuras y cordiales inteligencias.

Hermanos siameses, sujetos por el mismo tronco de la geografía y de la raza, vamos a mirarnos cara a cara para hacernos fuertes en el macizo ibérico que los dos pueblos formamos y sostenemos. Cobraremos fuerza y conciencia de nuestros destinos históricos solamente con mirarnos y con medirnos. Creo que no es otro el alcance de la presencia de los gobernantes lusitanos en España y el próximo de los gobernantes hispanos en Portugal.

La Voz de Guipúzcoa (01-11-1929)
El Mañana (01-11-1929)
El Luchador (01-11-1929)

[316] Negociaciones

Calla, pero vibra…

Ocho años hace exactamente, si no me engaña la memoria, que perdí mi contacto familiar y diario con esta noble ciudad mediterránea, por muchos conceptos la primera ciudad española. Aquí estuve entonces siete meses. Con la época de los pistoleros, de los sindicatos, de los francotiradores y del señor Martínez Anido, Barcelona estaba idiotizada de dolor. En las mismas Ramblas eran frecuentes los estampidos de las bombas y las detonaciones secas y rápidas de las Star[317]. A mis pies, una tarde, después del almuerzo, en la calle de Vila y Vilá, presencié el asesinato de un jovenzuelo que iba acompañado de una bella muchacha, y una noche, en la calle del Conde del Asalto, no fui víctima propiciatoria de una cortina de disparos, porque la Providencia vela por mi vida con singular predilección. Eran frecuentes las huelgas generales y el espectáculo de las Ramblas, sin luces, no nos sobrecogía demasiado. Los guardias urbanos, apostados en los quicios de las puertas, con las tercerolas cargadas, pedían a cada paso al transeúnte sus documentos personales y las razones de su tránsito por los parajes donde era interrogado. Funcionaban en el Paralelo más de cien garlitos y el Arco del Teatro y las calles de Barbera, de Santa Madonna y otras, estaban prácticamente intransitables después de media noche. Raro era el día que no se cometían tres o cuatro asesinatos en la calle. Recuerdo perfectamente la noche del asesinato del pobre Layret[318]. No he olvidado la traza de aquellos mozalbetes de gorra, gabardina, alpargatas y manos de mecánico que estaban a sueldo de las bandas terroristas. De aquellos polvos, vinieron luego los lodos de la Dictadura, que nos han estado salpicando hasta la fecha.

Y cuando el señor Primo de Rivera ha ganado a pulso un largo y tal vez definitivo descanso como estadista, en los mismos días en que el señor Cambó se mueve y la izquierda catalana comienza a fijar sus posiciones, doy en la humorada de volver unos días a Barcelona y que soy uno de los escritores menos sospechosos en las capillitas literarias y políticas de la ciudad condal. Delante de mí habla la gente sin rebozo alguno y sin necesidad de traducir su pensamiento a una lengua que no habló en la cuna y que no practicó en la intimidad hogareña. Desde lejos, a cualquiera se le antoja pensar que Cataluña ha callado demasiado en esta época pintoresca donde lo blanco parecía lo negro y lo contrario, y donde las personas indeseables en todas las clientelas políticas, conscientes de su decoro urbano, han campado por sus respetos. Cambó prepara, precisamente en estos días, un libro, "El silencio de Catalunya", que muchos conocen en cuartillas a máquina, y el señor Rovira y Virgili[319] se apresta a contender, leal y cortésmente, con el agudo financiero de la Chade[320]. Ha callado Cataluña precisamente porque temía no ser comprendida en el resto de España, cuando la Dictadura ha servido prácticamente para lo contrario. Hay muchos síntomas que parecen demostrarlo así. Barcelona, con motivo de su Exposición, ha sido conocida por millares de españoles que no habían sentido curiosidad alguna por su belleza, y el libro del señor Cambó, "Las Dictaduras" –es otro síntoma– ha servido a maravillas para aumentar el prestigio político y personal del señor Cambó entre los españoles no catalanes. Sin embargo, Cataluña callaba cuando un delegado gubernativo consideraba sospechosa la sardana e intolerable el letrero en catalán en una tienda donde se surtían los catalanes. Barcelona ha sido gobernada, durante estos siete años por gentes poco escrupulosas, que antes llamaron a las puertas de la Lliga o del radicalismo sin éxito alguno y que ahora irrumpieron fácilmente en un campo donde no se exigían cédula personal ni antecedentes de buena conducta. Y Cataluña callaba...

Pero empieza a hablar precisamente cuando a mí se me ocurre visitarla, de nuevo, después de ocho años escasos de ausencia. No cuento una breve estada de dos días durante el pasado mes de Agosto. Vibra como siempre la gran urbe, así en los días de lucha como en los de paz. Cambó –su cerebro– ya comienza a inquietarse, tratando de apoderarse de la rienda de los destinos nacionales. Han pasado muchas cosas en estos siete años y desde Cataluña puede hablarse con el último rincón de España sin miedo a equívocos y mixtificaciones. En el silencio

[317] Pistola semiautomática, fabricada en Éibar por la empresa Bonifacio Echeverria S.A.

[318] Francesc Layret i Foix (1880 – 1920). Abogado y político catalán, de ideología republicana y nacionalista, asesinado por pistoleros del Sindicato Libre (organización sindical obrera creada por militantes carlistas).

[319] Antoni Rovira i Virgili (1882 – 1949). Periodista y político catalán, militante de Esquerra Republicana de Catalunya, diputado regional durante la Segunda República y presidente del Parlamento de Cataluña en el exilio

[320] Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE). La empresa tuvo su sede en Madrid y Barcelona siendo Francisco Cambó uno de sus directivos más destacados.

oficial que se nos ha impuesto, hemos ejercitado el diálogo por señas, y hemos aprendido a oír. Catalanes y no catalanes, estamos al cabo de la calle al final de la jornada.

No se ha borrado del haber político la ciudadanía de los catalanes solamente, sino la de todos los españoles, en estos años bochornosos de esbirros y delatores a sueldo. Al fin, se ha comprendido aquí también que todos hemos sido víctimas del mismo trato y de la misma ausencia de tolerancia y de respeto. Barcelona ha abrazado ya a los que fueron compañeros míos de destierro en Huesca durante los primeros meses de 1916[321]. Y los que hemos acudido esta mañana a festejar a Sbert y los que recibiréis a don Miguel de Unamuno, coincidimos en la misma cosa y nos dejamos llevar del mismo sentimiento. El peligro de la libertad común ha borrado viejas diferencias subalternas. Se nos ha injuriado como hombres más que como catalanes o como castellanos y al fin nos hemos dado cata todos de que es lo mismo expresarnos en una lengua o en otra si carecemos de libertad para dar rienda suelta a nuestras expansiones naturalísimas y humanas. Barcelona calló, pero ha vibrado intensamente.

El Adelanto (13-12-1930)

Política

El tema de la Exposición –no tanto el de los problemas de la post-Exposición, con sus arrastres y liquidaciones– se va abandonando un poco en Barcelona. Actualmente, no se habla más que de política. Como sabe el lector bien orientado, la clave de la política reside siempre en Barcelona. Ella nos trajo, en 1917, con la Asamblea de Parlamentarios, la descomposición de los partidos turnantes, y ella nos hizo, en 1923, el regalito de la Dictadura. Hoy no se habla más que de las idas y venidas del señor Cambó. Nadie puede jactarse de conocer íntegramente sus pensamientos y su apartamiento de reporteros y fotógrafos, es proverbial en Barcelona. El leader regionalista teme las indiscreciones periodísticas y se lamenta a todas horas de que sus palabras son tergiversadas de mala fe a cada paso. De Madrid llegó ayer completamente afónico, y esta afonía, elegantemente administrada, sirve de pretexto para que su casa de la Vía Layetana permanezca herméticamente cerrada al lápiz del repórter y al objetivo del fotógrafo. Yo también he querido que me cuente alguna cosa, pero he tenido que rendirme al estado fastidioso de su laringe, que no le permite expansiones de un diálogo con gentes curiosas y preguntonas.

Parece, sin embargo, que el señor Cambó, sin olvidar su significación regionalista, va a emprender otros rumbos y a ensanchar el radio de acción de su actividad en la política. Han pasado muchas cosas en España y hay problemas completamente nacionales que requieren la más exquisita diligencia. La Dictadura ha resultado, por lo menos, bastante cara y hay que pensar en el modo de recibir esa triste herencia, que no va a enriquecernos, a beneficio de inventario. El famoso superávit de ese buen muchacho, matrícula de honor y número uno de sus oposiciones, que se llama Pepe Calvo Sotelo y que nos replicaba a cada paso en el Ateneo con unos discursos rizaditos y perfumados, cada vez que nosotros nos permitíamos una broma sobre el feminismo o sobre cualquiera otra cosa, el famoso superávit del orador acicaladito y facundioso de hace algunos años, es una linda figura retórica que nadie toma en serio en la casona de la calle de Alcalá. Los técnicos –estos técnicos que hacen siempre a pelo y a pluma– niegan ahora lo que afirmaban antes. Además de la escasez de cuartos, hay otros problemas demasiado serios.

La U.P. no se desmoronará porque fue una ficción para cucos y engañabobos, y, solamente las organizaciones socialistas afectas a Andresito Saborit y a Modesto Largo –y tan largo– se mantienen rozagantes y espléndidas ante tanto escombro. El Estado, además, ha avalado todo lo avalable y los apuros van a comenzar el día que se presenten al cobro las facturas y circulen en el mercado los primeros giros. Esto es un tremendo lío, y el señor Cambó, que es hombre de negocios, sospecho yo que intenta dar la prioridad a las cuestiones financieras, que son ahora y siempre, hondos problemas políticos, ya que la política primordial del Estado, es, precisamente, la de la buena administración.

El señor Cambó, que despachó a los periodistas madrileños, con una nota y que en Barcelona no ha podido aún hablar a causa de su afonía, ha reflejado exactamente su pensamiento en torno a la política actual en su libro "Las Dictaduras", y no es difícil reconstruir su ideario

[321] Errata de imprenta. Debería decir 1926.

aplicándolo a estos primeros instantes posteriores al derrumbamiento de ella. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la sucesión concreta del General Berenguer, planta también problemas concretos, que antes de iniciarse aquella, escaparon, naturalmente, a la más aguda previsión. En la política como en toda cosa biológica, las circunstancias mandan, y lo que hoy se nos antoja, discreto y atinado, no tiene sentido mañana, y al contrario. La Dictadura ha muerto cuando ya estaba en la agonía, pero esta hubiera sido, acaso, espantosamente lenta, si el general Primo de Rivera no hubiera sentido la comezón de escribir su último reportaje sensacional sin consultar con los redactores de la casa y con los accionistas del Consejo de Administración. El señor Cambó se previno, no contra este momento que desconocía, sino contra otro análogo. Advirtió lo que podía advertir: que esta Dictadura se curaba de la sucesión. Y fijó unas normas, que todas pueden reducirse al consabido "despacito y buena letra". Tornar, sí, o mejor aún, caminar derechamente a la normalidad constitucional por primera vez en España; ir a la formación de grandes partidos; no hacer elecciones precipitadas; conservar de la Dictadura lo que tenga de conservable; destruir los gérmenes de ella radicalmente para lo futuro. Hasta aquí la teoría...

Después, en la práctica, surgen, como es de rigor, ciertas dificultades. El ideal sería ir a las elecciones inmediatamente; pero no cabe olvidar que solamente los upetistas y los Saboristas tienen su tinglado en regla. Los primeros no son demasiado temibles, y a los segundos, las conferencias ginebrinas, los comités paritarios y las dietas de todo linaje les han quitado, con las garras y con las uñas, la ocasión de guarecerse bravamente en tinajas y bajo colchones cuando lleguen horas de revuelta y desasosiego. Hay que desmontar los somatenes. Urge encerrar, como apestados, en el lazareto de la indignación pública, a los apóstatas que han flirteado con el dictador. Conviene incapacitar resueltamente para la vida ciudadana a los que han sido fáciles al soborno y a la dádiva. Hemos de declarar también que no pueden actuar como ciudadanos los que anduvieron a gusto con la librea. El que estuvo sentado en los escaños de la Asamblea, de los Ayuntamientos o Diputaciones por mandato del señor, no es lógico que actúe en los comicios mañana. Basta una medida higiénica para evitar ciertos contactos cuando las cosas se vayan normalizando.

No sé si piensa así el señor Cambó; pero creo que su pensamiento, despojándole de mis crudezas de expresión, puede próximamente expresarse de este modo. Cuando Cataluña y el señor Cambó se curen de su afonía, yo creo que vamos a indemnizarnos de seis años de bozal y de lápiz rojo.

El Adelanto (14-02-1930)

Emboscados

– ¿Ha visto usted, querido don Damián? El presidente de esa Diputación vasca se considera ahora ferviente defensor de las libertades forales. Y, hasta ayer, no más, ejerció de asiduo asistente de la Dictadura. ¡Le digo a usted que los hay frescos!

– ¡Uf! ¡Ventiladores eléctricos, querido don Olegario; ventiladores eléctricos! Aquí me tiene usted a mi leyendo los diarios de mi tierra, a la hora del desayuno. Ese futuro diputado directo se llama liberal, como si tal cosa. Ha sido y es cabo de somatenes, y en un mitin dijo que la Dictadura era como el agua limpia del Jordán que le había borrado sus lacras pasadas. ¡Pura retórica, porque hay manchas que no se borran! Harto lo sabe él. Desde hace unos días, comienza a regocijarme la lectura de los periódicos.

– ¡Y a mí, amigo don Damián! Sin embargo, los emboscados están haciendo el tonto lamentablemente. Las dos palabras, tonto y emboscado, significan la misma cosa. Hay que oír hablar a los jefes de los antiguos partidos políticos de los tránsfugas que transigieron con la Dictadura y supieron vivir a su sombra. Conocerá usted la anécdota que se atribuye a Romanones al toparse con un asambleísta tal que él había hecho ministro de Abastecimientos. A Cambó, que ya salió desdeñoso del vientre de su madre, hay que oírle hablar de sus antiguos secretarios, que no tenían otra misión que la de abrocharle el abrigo, y que han llegado con el tiempo a ministros o cosa por el estilo. Habrá usted advertido cómo ciertos profesores no han podido seguir en el escalafón de profesores y ciertos magistrados en el de la magistratura. Pierden el tiempo los que juegan en estos momentos al confusionismo, como ese presidente foral y ese diputadete liberalesco. A todo eso hay que barrerlo en los comicios para que vaya derechamente a la alcantarilla. Ya no valen habilidades de ningún linaje.

– ¡Creo lo mismo, don Olegario! Advierta usted que los últimos que abandonan su reducto, son los señores técnicos. ¡Inefables técnicos, caray! Pierden el oído cuando no quieren oír, y cierran los ojos, cuando no les apetece ver. Son lógicos, en el fondo. Ellos no cambian; lo que cambian son las circunstancias. Me recuerdan estos caballeros a un periodista, amigo mío, senador de la mayoría en cuatro o cinco legislaturas seguidas. Como en cierta ocasión le reprochara yo su inconsecuencia, me replicó que no era él quien cambiaba de escaño en la Alta Cámara, sino los Gobiernos. Tuve, naturalmente, que darle la razón. A los técnicos les ocurre lo que a ese exsenador, amigo mío. Ellos tienen su tecnicismo para justificar siempre los desafueros del que manda. Son blancos, con los blancos; rojos, con los rojos, y lilas con lilas. Ellos están a lo suyo y sería una insensatez motejarles de inconsecuentes:

Cosas veredes ¡oh! Cid,
que harán fablar las piedras.

– Pero convenimos, de todos modos, amigos míos, en que esos hombres que se llaman ahora liberales, o conservadores, o alhucemistas, no se han dado cata, de que a los viejos partidos políticos gracias a Dios, les ha llevado también la trampa. La caricatura que publica hoy Luis Bagaría, en "El Sol" es toda una profecía. Después de los seis años de Dictadura, Romanones acaba en concejal, lo mismo que el tabernero de la esquina. Y Bagaría comenta: "Como venga una segunda dictadura, me veo de guardia municipal". No de mucha más influencia que un guardia goza hoy Alhucemas, del que dicen que dice agudamente nuestro don Miguel de Unamuno que nos debe su cadáver. A este inefable conde de Bugallal, que a pesar de ser de Orense, no se entera de nada, yo creo que le pasa lo mismo. Valga una profecía. De los políticos viejos se han salvado Cambó, Alba, Ossorio, Prieto y Fernando de los Ríos. Nadie más. Los partidos, todos, se hundieron para no levantarse nunca más, amén.

– ¡Dios le oiga!

– ¡Dios me oye siempre, amigo mío! ¡Y hasta luego!

– ¡Hasta luego!

El Adelanto (22-02-1930)

¿Qué dirá Sánchez Guerra?

Es la pregunta de hoy. ¿Qué dirá el señor Sánchez Guerra? ¿Qué actitud adoptará? ¿Qué consecuencias políticas pueden derivarse de su discurso en la Zarzuela?[322]

Nadie sabe nada. Nadie se atreve a predecir nada. Pero pocas veces ha pasado Madrid por la expectación que ahora. Los hombres políticos son hijos de las circunstancias y el hombre de la represión de 1917 es símbolo de la oposición contra el absolutismo en 1930. La Casa del Pueblo, que hace trece años rompió el turno de los partidos, acaba de ser el más firme asiento de la Dictadura. El ministro de la gobernación de antaño es el mismo preso político que a bordo del "Dato", no hace más de tres meses, en Valencia, personificaba el amor al Parlamento y a la Constitución.

¿Qué dirá Sánchez Guerra? Para mí, ni su crudeza, si la tiene, adelantará el curso de los acontecimientos, ni su debilidad, si es que en ella cae a última hora, retrasará lo que ya está en el ambiente y lo que tiene que venir. Sánchez Guerra podrá ser el banderín a cuya sombra se agrupen todos los liberales en el primer caso, o pasará en el segundo, a una figura secundaria que ya no podrá levantarse más. Esa bandera está en la calle a disposición del primero que la recoja con valentía. El problema del momento es el de encontrar un caudillo. Las gentes quieren moverse, pero necesitan un capitán que las dirija. Si no es el señor Sánchez Guerra, será otro.

Cada día voy teniendo un sentido menos espectacular de la política. Lo que hace falta, primero, es una enorme preocupación política, y esta se refleja ya en las palabras y en los silencios de los ciudadanos. Lo segundo es que estos encuentren una voz que exprese los anhelos de

[322] José Sánchez Guerra, opositor al dictador, organizó un golpe de Estado meses antes que resultó fallido. El 27 de febrero se declaró monárquico antialfonsino en el famoso discurso de la Zarzuela. El rey le había encargado formar gobierno a la caída de Dámaso Berenguer el día 15, cosa que no consiguió. Sánchez Rojas escribió el artículo el día 26. Cuando se le publicó, ya se había producido el discurso que fue reproducido íntegramente en *El Adelanto* el día 28, mismo día que vio la luz el artículo de Sánchez Rojas.

todos y brazo vigoroso que les lleve donde quieren ir. Si Sánchez Guerra acude ahora a expedientes poco viables, Sánchez Guerra purgará su error. Si, por el contrario, se pone a tono con las circunstancias que demandan de él hoy palabras que estén en consonancia con sus actos de ayer, el anhelo cobrará realidad sobre la marcha y el momento verdaderamente dramático del problema planteado ente los dos poderes que en todos los pueblos modernos comparten la soberanía, llegará a su máxima tensión con el acto de mañana en el teatro de la Zarzuela.

Por lo demás, yo no espero que allí se organice revolución alguna. Las revoluciones no se organizan: surgen un buen día. Y se normalizan cuando han estallado, pero no antes de estallar. Han dejado de contar para el país los hombres de los partidos que actuaban en 1923. De estas crisis ya saldrán los valores nuevos, que son desconocidos ahora mismo para el pueblo. Sobrevivirá lo que se adapte al ritmo actual; acabará de hundirse en el olvido lo que no sepa acoplarse a las necesidades y a las vibraciones del momento. El acto de la Zarzuela es un incidente más. Se trata de nombrar el abanderado. La bandera ya sabemos todos cual es. Y ella flotará en lo alto, llévela quien la lleve, en el momento de la victoria.

El Adelanto (28-02-1930)

Nuevos diálogos de actualidad

– ¡Dichoso de echarle a usted la vista encima, don Abundio! ¡Hace ya tantos días que no charlamos!

– En efecto, desde los Carnavales acá, no ha vuelto a normalizarse la tertulia: Si yo fuera dictador, prohibiría la clientela dominguera de los cafés. Nos echan a los diarios y dejamos de comunicarnos impresiones precisamente los días que tenemos que comentar. Estos días han sido demasiado fecundos en glosas que no hemos hecho todavía. Mientras ha permanecido usted en Salamanca, ha variado un tanto el panorama de estos Madriles nuestros. Ayer leíamos claro y hoy comenzamos a leer turbio. Para unas cosas mucha prisa y demasiada lentitud para otra. Después de Sánchez Guerra, no se consiente nuevo orador a la vista. Cuando parece que se alejan las elecciones del escenario, aparece ese decreto rectificando el censo electoral. Se suspenden, por ejemplo, los delegados gubernativos, y sigue reservándose el Gobierno la facultad de anular las sentencias del Supremo... Se normaliza, en una palabra, lo necesario, y subsiste lo que más nos duele: censura previa en los diarios, suspensión indefinida de los derechos de reunión y de libre emisión del pensamiento. ¿Usted entiende?

– Yo entiendo demasiado. Se me antoja pensar que todas las cosas andan fuera de quicio. No comprendo esos republicanos que esperan a que se definan ciertos monárquicos para fijar una actitud. No me cabe en la cabeza que los viejos partidos no hayan muerto con la Dictadura y que puedan vivir más. No atino a comprender esa táctica ministerial que aplaza batallas que podría ganar de momento y que no ganará, a buen seguro, dentro de un año. Esto es un lío y me falta el conocimiento de lo anecdótico y de lo menudo para enfilar la cosa con alguna discreción.

– ¡Lo mismo me pasa a mí, don Abundio! Desde Carnavales, no atino con cosa alguna. Comienzo a perder la fe en la esperanza. Lo que parecía emoción política, no ha pasado de ser el desahogo natural de un pueblo que ha estado sin chistar durante seis años. Voy creyendo que somos un pueblo sin redención. Hemos respirado ya un poquitín y se diría que nos conformamos con eso. Se va la Dictadura por sí sola. No ha tenido grandeza para caer. Con eso en otras manos, hubiéramos aguantado, en lugar de seis años, seis siglos. Hoy ya vistos, a la distancia de dos meses, los hombres que nos han gobernado, nos hacemos cruces de nuestra mansedumbre. Pero ahí siguen gobernando a su modo. Calvo Sotelo se ha trasladado desde Hacienda a la presidencia del Consejo del Banco Central. Galo Ponte[323] ha dejado el caserín [¿caserón?] de la calle Ancha, pero no el Patronato de la Fundación Figueroa. Primo de Rivera traslada a París el millón y medio de pesetas de la suscripción "voluntaria". Seguimos todos haciendo el indio bravo. Yo no veo que las cosas cambien sino en apariencia. Yo, ciudadano, siento en mi derredor la misma opresión que sentía hace un año, en las cosas que me afectan más directamente: la libertad y la justicia.

[323] Galo Ponte y Escartín (1867 – 1943). Ministro de Gracia y Justicia durante la dictadura de Primo de Rivera.

– ¡No se ponga usted así, amigo! Ya nos anuncian que todo cambiará, aunque no nos dicen cuándo ni cómo. Pero tenga usted paciencia: ese es un tesoro, el único tesoro que no se nos agota a los españoles. Y vea usted que ya los caciques se mueven y pueblan las primeras filas de Romea.

– ¡Ya lo veo! Pero es que esto y lo que pasó es lo mismo. Para volver a 1923 no vale la pena que hayamos pasado por pruebas tan duras. Voy creyendo que todos, pueblo y dictador, hemos estado al mismo nivel.

El Adelanto (14-03-1930)

A nadie obliga un contrato roto[324]

Cuando en un pueblo se rompe violentamente el pacto constitucional que le sirve de fuente de derecho, no puede retroceder al estado anterior de cosas, ni crearse una normalidad por el momento, ni pensar en una nueva estructuración jurídica que tenga la menor relación con el pasado ni con el presente de su vida pública. Ni aun tornando a la vigencia integral de los preceptos constitucionales que se han violado por un periodo de tiempo más o menos largo, se logra volver a la normalidad política. El hecho se ha repetido siempre, y no íbamos a ser los españoles precisamente una excepción. Cuando el día que cayó la dictadura las gentes creían que podíamos caminar desembarazadamente por nuevos cauces con una simple sustitución de personas en el poder no quisieron o no supieron advertir que el drama de la transformación empezaba entonces a agitar intensamente las entrañas de la sensibilidad civil española.

Porque el retorno a la Constitución violada era simplemente una vuelta al viejo estado de cosas que se ha derrumbado violentamente con la ficción política que le servía de asiento. La dictadura borró cuanto la había precedido, destruyendo sus adversarios; pero creando otros que todavía están bruñendo y limpiando las armas para combates que han de jugarse en lo futuro. Los antiguos figurones del mundillo político, al aparecer ahora en escena, imaginando candorosamente que ellos habían de ser, si no los herederos, cuando menos los albaceas testamentarios del general Primo de Rivera, no se dan cuenta que han tropezado con un nuevo estado de cosas, que ha disuelto sus huestes y borrado sus pobres idearios de gobernantes pícaros, ineptos y desmemoriados. El conde de Romanones, cuyas travesuras glosábamos hace siete años, hoy nos causa simplemente un no disimulado regocijo. Los apotegmas del conde de Bugallal nos producen el mismo asombro que nos causaría la resurrección de las diligencias en las sillas de postas para acelerar las relaciones comerciales de unas comarcas con otras. Se han salvado los hombres que debían salvarse pero sus antiguos pandillajes y organizaciones han sucumbido para siempre jamás.

La importancia de un político se mide hoy por su ideología, pero no por su fuerza ni por el número de adeptos que le siguen. La razón es que todavía no se han situado las gentes ante unos problemas cuya prelación cronológica desconocen. No temamos demasiado eso del encasillado; hoy el poder público no puede prestar un apoyo del que lo está muy seguro. Está alerta, lo mismo que el ciudadano, ante la gestación de un mundo futuro, que no puede dominar ni encauzar, si no entrever a lo sumo. La dictadura ha creado resistencias insospechadas en los rebeldes y recelos resabios en los ineptos que no se avienen ya con el pasado anterior a ella. Los partidos que fueron no son ya más que tertulias caseras, y los futuros se están fraguando. Los de resistencia lo mismo que los de oposición. Los comentarios con que ha glosado la actualidad Ossorio y Gallardo no puede desecharlos el demócrata más exigente de nuestros días. La acusación fiscal que ha hecho de la dictadura el jefe del reformismo es lo único que quedará del acto de la Comedia, pasando a segundo término las piruetas para mantener en pie posturas personales e ideológicas incompatibles y contradictorias entre sí. Lo contrario precisamente de lo que hubiera ocurrido hace siete años. Aunque nos debatamos todavía, para no perder la costumbre nacional, en un mar de anécdotas, yo me atrevo a sostener, con el léxico unamu-

[324] Como quiera que los censores actuaban sobre periódicos concretos, cuando un artículo se publicaba en varios a la vez, los censores de uno no seguían los mismos criterios que los de otro y las tachaduras no coincidían. Buen ejemplo de ello es este artículo de Sánchez Rojas, publicado, casi íntegramente, en *El Luchador* y, con diversas y variadas mutilaciones –producto de la censura– en *La Voz de Guipúzcoa* y *El Pueblo Gallego*. En estos tres periódicos su título fue «El dilema».

nesco más de actualidad, que vamos detrás de las categorías y que solamente las categorías nos convencen y tonifican a la hora de ahora.

Por lo demás, todo es un compás de espera. Por extraño que parezca, aun desde el punto de vista gubernamental, la hora no es de aquietar ni de apaciguar los espíritus, sino de hurgarlos o de inquietarlos ante la expectación de las sorpresas nuevas. La dictadura, al romper la Constitución, rompió también la normalidad jurídica que ella había creado, y la normalidad que venga subsistirá siempre que no tenga que ver cosa alguna con la pretérita.

Caminamos hacia normas nuevas que están por definir y hacia regímenes nuevos que están por estructurar. La normalidad anterior a 1923, aunque no fuera como es imposible de lograr, del mismo modo que no se consigue que una madre llena de chicos vuelva a su estado primitivo de virginidad, sería en todo caso una normalidad revolucionaria. Han pasado ya seis años y se han cegado las viejas fuentes del derecho.

No cabe normalidad donde no hay normas, ni garantías para que estas sean eficaces. Violadas con desembarazo las fundamentales, ¿Quién nos asegura que no tornarán a ser violadas? Cuando un contrato se rompe ya no obliga a ninguna de las partes que lo han suscrito.

El Liberal *(Murcia)* (21-05-1930)
El Pueblo Gallego (18-05-1930)
La Voz de Guipúzcoa (16-05-1930)
El Luchador (16-05-1930)

Otro alto en la marcha

Con el calor que ha comenzado a apretar desaforadamente en estos días no es difícil predecir que se iniciará muy pronto la dispersión por esos balnearios y por esas playas y que el interés por la cosa pública y los anhelos de proselitismo y de propaganda quedarán rezagados a los últimos días de septiembre o a los primeros de octubre, cuando Madrid recobre de nuevo su fisonomía normal. La última escena del primer acto que estamos presenciando desde febrero se jugó últimamente en Barcelona con motivo del viaje oficial. No es difícil aventurar que las concesiones que puedan arrancar al Poder los regionalistas de la derecha no van a complacer a todos ni mucho menos. Dentro del catalanismo se acentúan y perfilan cada día que pasa las hondas diferencias que separan a monárquicos de republicanos. El espíritu de Cataluña no puede medirse por el de sus actuales administradores que de hecho están sirviendo a la sucesión de la dictadura de espaldas al sufragio y sin el control de una oposición y de una crítica que todavía se niega a la Prensa y a los organismos políticos[325]. Seguramente, ahora comenzará en Cataluña, bien que a la sordina, la actuación vigorosa y sistemática de todos sus partidos y de todas sus facciones. Pero el calor dejará a los contendientes con las espadas en alto para cuando reanuden la pelea.

En Madrid y, naturalmente, en el resto de España, no hará falta que el calor interrumpa agitación política alguna, puesto que llevamos mes y medio de dieta y aun la tendencia oficial parece inclinarse hacia mayor rigor. Se ha cerrado la cátedra del Ateneo y no se autorizará por ahora ningún acto político. La Academia de Jurisprudencia celebró sus últimas sesiones de discusión de la memoria sobre la reforma constitucional que necesita España. Los republicanos han aplazado hasta el otoño su asamblea anunciada. Los constitucionalistas dejan para mejor ocasión sus arrebatos y acaso nos lo dijo ya todo Viguri cuando aseguró recientemente que «él sería seguramente republicano, si surgía una segunda dictadura». No caben ya, pues, sorpresas por este lado. Las imperiosas vacaciones del estío, que dijo don Francisco Silvela, mandan una vez más y la vida pública española queda interrumpida hasta la llegada del otoño.

Pero cuando este llegue ¿irá a sorprenderse el Gobierno de las estridencias que puedan surgir en la discusión? Cada día que pasa, inactivo y estéril, sirve sin embargo para que nos demos cuenta más cabal del momento que atravesamos. Con la dictadura –ya lo he dicho otras

[325] Frase censurada en *La Voz de Guipúzcoa* («El espíritu de Cataluña no puede medirse por… se niega a la Prensa y a los organismos políticos.»)

veces– se marcharon también para siempre del escenario público las viejas organizaciones partidistas y fulanistas anteriores a 1923. A nadie se le ocurre, por ejemplo, combatir en serio al señor Marqués de Alhucemas o al señor Conde de Bugallal, porque estos señores, políticamente, han pasado a mejor vida. Todo lo que sea poner trabas al pensamiento y a la discusión, es prolongar la situación caótica por que venimos atravesando todos, amigos y adversarios de statu quo. Todo lo que no sea levantar la previa censura que pesa sobre la Prensa, desde hace siete años, autorizar la reunión y la libre emisión del pensamiento, soltar amarras para que todos se vayan situando ante la lucha electoral de que nos viene hablando el general Berenguer, es condenarse a la esterilidad y a la impotencia. Por paradójico que parezca, la vida del Gobierno está supeditada precisamente a la desenvoltura con que se produzcan y obren sus contradictores. No puede conocerse la calidad de la defensa hasta que no se advierta con toda claridad la del ataque. El propio Gobierno desconocerá lealmente sus reservas hasta que no se decida a levantar graciosamente las compuertas del silencio que viene pesando sobre nosotros, como losa de plomo, durante tantos años.

Una nueva interrupción, otro flamante compás de espera, aunque sea aprovechando las exigencias caniculares, solo servirán, a la larga, para perder unos cuantos meses más y agravar urgencias que tornarán siempre, remozadas y con inusitado brío, a la preocupación de todos. Nos encontramos otrora un poco peor que en los últimos días del mes de enero, porque hemos malogrado algunas esperanzas, y en octubre nos encontraremos exactamente lo mismo que ahora, porque será más inminente la fecha de la contienda electoral y nadie sabrá a ciencia cierta, como debe pelearse y qué enemigos ha de encontrar en la encrucijada. El silencio no sirve para otra cosa que para agudizar el tono de voz cuando la protesta surge. Hasta que todos no hablemos nuestro lenguaje diáfano de sinceridad y de crudeza, el Gobierno está condenado a luchar con los enanos de la venta, que son los más peligrosos de todos los adversarios, y a vivir en un callejón sin salida, que le impedirá retroceder o adelantar, a su gusto, cuando las circunstancias lo requieran.

El Luchador (18-06-1930)
La Voz de Guipúzcoa (18-06-1930)

Monólogo de agosto

– Aquí no ha pasado nada –piensa para su capote el conde de Romanones mientras husmea con su perro en los rastrojos de Sigüenza, a caza de codornices–. ¡Aquí no ha pasado nada! La dictadura ha sido un sueño. Ni el Ejército ha sido vejado, ni la Magistratura atacada, ni el Profesorado menospreciado ni escarnecido. Todo se va arreglando, hasta lo de las multas extraordinarias. Las aguas tornan lenta pero seguramente a sus buenos cauces. La Alcarria continúa siendo mi feudo querido. Mis comités permanecen incólumes y hasta reciben el aluvión de nuevas adhesiones francamente sospechosas. ¡Bueno; vigilaré...! Baldomero Argente, mi antiguo ministro de Abastecimientos, sabe rendirme pleitesía de nuevo. Pepito Canalejas, a pesar de sus coqueterías con Estella, firmando en unión de su mamá las listas del famoso plebiscito, viene a mi vera a ver si logro para él el hueco de un acta en Alicante. Octavio Elorrieta, el técnico, ha olvidado que fue Director General con la dictadura y sabe guiñarme el ojo cuando hago charadas para uso de mis inocentes correligionarios. Soto Reguera, a quien le parece un poco fuerte lo de volver a amistarse con Santiago, quiere también reclinar su cabecita en mi blando regazo. Esto marcha formidablemente bien. (Pausa).

Aquí, en Sigüenza, he de preparar los tinglados electoreros, recontando bien mis huestes. Muy pocos faltan a la lista, en realidad, Manolo, el buen Manolo, ya no aletea y no sabe moverse sin consultármelo. El partido democrático es ya una ficción y cuento con él para todos mis menesteres. Melquiades ya es sabido que primero dispara y luego apunta; sus tiros no hieren ni alcanzan blanco alguno. Su tesis de Cortes Constituyentes es algo así como su pasada cantinela de la secularización de los cementerios. Está mucho más alejado del Poder de lo que él mismo sospecha. No me quedan más enemigos que Santiago y que Cambó. Pero la combinación de Santiago está punto menos que deshecha y nada pierdo con ofrecerle a todas horas mi adhesión incondicional y la de Manolo. El peligro de Cambó está un poco más remoto y siempre tengo en mi abono su vasto eclecticismo y su afán de no vivir la vida española más que de lejos

y por temporadas. Ahora mismo, durante su crucero por el Adriático, tengo para mí que no se preocupa sólo de la estabilización de la peseta. Además, él mismo declara que es el hombre de pasado mañana y a mí los únicos que me hacen sombra son los hombres de hoy. De modo que si descarto a Santiago, y ya se encargaba él de descartarse, no tengo enfrente más que a Villanueva que apenas si tiene media docena de amigos en la Rioja. Bugallal, Gabino, por la cuenta que le tiene, me apoyará de todas veras cuando llegue el caso. Mi papel estriba, por ende, en fingir que me resigno a todo. Por eliminación, puedo encontrarme en la Presidencia a la vuelta de tres meses. Nadie más incondicional que yo para la Monarquía...

¡Estos calores! Porque hay que insistir una y mil veces en que aquí no ha pasado nada. Nosotros hemos salido de nuestras tumbas y el valor de un partido descansa precisamente en la intensidad de su apetencia por el Poder. A mí en apetencia no me gana nadie. Lo mismo les sucede a mis amigos. Tengo que pensar en la posibilidad de que se me llame a presidir una situación. Tengo que variar un poco la lista de mis contertulios, que cuando llegado el caso, se han trocado en mis consejeros y ministros, y, para no ser menos que Santiago, he de dar la dedadita de miel a los intelectuales. No creo que Perico Sainz se niegue a mis requerimientos si le llamo para Instrucción Pública. Verdad es que anduvo de cubileteos en la Asamblea, llamada vulgarmente el melonar, pero yo no puedo escoger ángeles del cielo. Para Hacienda, puedo contar desde luego con Cortina. Lo de Gobernación no me preocupa mayormente. Para ese cargo se sacrifica siempre cualquiera. Aguilera puede servirme en Guerra, Natalio en Trabajo, Argenta en Justicia, etc. El Gabinete entero lo formo yo en treinta minutos y me sobran ministros todavía...

Estos rastrojos amarillos de mi Alcarria me vuelven a la realidad. Las mismas codornices se dan mucho mejor que en 1923. Hora es de cobrar toda pieza que se me ponga al alcance de mi escopeta. Con el desentreno he caído en la indolencia, pero los artículos de Santiago en "El Sol" me han devuelto mi actividad pasada. Santiago discurre bien, tiene buena palabra y una pluma bastante ágil, pero está positivamente desplazado. El cree que en siete años ha variado todo, cuando, en realidad, no ha variado nada. Los que pusieron el mingo en los siete "mal llamados años", fueron los pocos que antes se habían adiestrado en las lides parlamentarias y en las impurezas de la realidad. Allí donde había actas sucias estaba el nombre de Aunós; Pepito Yanguas a veces no la traía muy limpia; Calvo Sotelo era un viejo veterano que había pagado su novatada en el gobierno civil de Valencia; si Guadalhorce se destacó por algo fue por su flexibilidad para poder ser de los nuestros en cuanto demandemos su concurso. Callejo no contaba más que en calidad de pobre hombre, y don Galo, patrono de la Fundación Figueroa, parecía una cría rediviva del mismo Montero Ríos. Dámaso, mi antiguo ministro de la Guerra, es hombre que sabe hacerse cargo y que nos irá colocando, poco a poco, en nuestras viejas posiciones, Claro está que tiene que ponderarlas, tasarlas y medirlas con cierta discreción, y, por eso mismo, yo creo que no puedo hacer las elecciones. ¿Por qué razón, por ejemplo, va a tener Manolo más diputados que yo? ¿A santo de qué va a darse todo el encasillado del ruralismo catalán a esta "Lliga" sospechosa y oportunista? ¿Santiago será medido por el mismo o análogo rasero que nosotros? Problemas son estos que pueden dar al traste con Dámaso si cae en la funesta manía de quererlos resolver con equidad. En octubre nos daremos cata de que el Censo es una pura broma y yo empezaré por acatar la jefatura provisional de Santiago para que se estrelle. De acuerdo con Gabino, tan idealista como yo, repetiré mis conocidas maniobras para dar la sensación de que la faena es mía. Acaso la gente no caiga en el garlito, pero...

Pero, con la "Gaceta" a mis órdenes, yo me atrevo a todo. España no es monárquica ni republicana; es, simplemente, ministerial. Las izquierdas no me asustan porque nunca logran ponerse de acuerdo. Carecen del ímpetu del ataque y del instinto de la defensa. Ignoran la cohesión que da siempre el disfrute de los intereses creados. Tendré que gobernar con censura, lo mismo que Primo y lo mismo que Berenguer, pero la realidad manda y yo soy un hombre de realidades.

¡Estas codornices! El aire limpio y grato de Sigüenza me da la noción neta y clara de las cosas. En el campo formo yo mis verdaderos programas. En el campo, y en las plazas de toros. Veremos cómo se deslizan estos dos meses de agosto y de septiembre que tiene delante de sí mismo Dámaso. Con los primeros fríos otoñales bruñiré mis mejores armas y daré que hacer, si me queda humor para ello, a los solucionistas de charadas. Cacemos ahora, mientras se levanta el pan de las eras. Pensemos cada cual en nuestro agosto. El mío ya está bastante despejado. Temo, sin embargo, que se me vea demasiado el juego. Mas el pueblo no tiene memoria y, a lo

que parece, sensibilidad. Los hombres que dicen regirle e interpretarle se querellan demasiado en los momentos solemnes. Los que tenemos las manos ágiles vamos, mientras tanto, al cajón del pan. ¡Pan sabroso, el del poder!

La Voz de Guipúzcoa (14-08-1930)
El Luchador (15-08-1930)

En el Ateneo y en la calle

– ¿Y usted viene todas las tardes por el Ateneo?

– Todas las tardes. A falta del Parlamento, del Club, del mitin frecuente, tenemos estas reuniones vespertinas en que se adiestran oratoriamente mozos nuevos y en que reverdecen sus laureles tradicionales aquellos parlamentarios que han vivido en el ostracismo durante siete años. Ya, en su mayor parte, comenzaron a regresar del veraneo y esto está animadísimo. Naturalmente, hemos conocido gentes nuevas. El señor Recaséns Sitges, que, por cierto, ocupará desde Octubre la cátedra que dejó vacante el señor Callejo en Valladolid, es una cosa notable de sensibilidad jurídica y de selecta y copiosa erudición. El señor Gómez Piñán, catedrático también y sacerdote, continúa la españolísima tradición de aquellos clérigos liberales que durante el siglo XIX fueron la obsesión de los obispos y la pesadilla del integrismo cerril, que hoy aparece, ante nosotros, con el vestido nuevo de las preocupaciones sociales. Y los valores ya reconocidos, republicanos novísimos los que no lo eran de antiguo, llevan a las discusiones y polémicas unas dosis de buen sentido que contrasta graciosamente con la rudeza de expresión de estos estudiantes que se asoman ahora, llenos de optimismo, a la vida pública.

–¿Y no teme usted que al reanudarse ahora la vida intensa y fiscalizadora del Ateneo se cierre esta tribuna el día menos pensado?

–¡No, señor! La tribuna del Ateneo es la válvula de escape más importante en el momento actual. Hasta que no se restablezcan las garantías esta tribuna servirá de contrapeso a la ausencia de otras expansiones necesarias, siquiera ya, aunque tímidamente, vaya el gobierno autorizando algunos actos públicos. El Ateneo presta al gobierno del general Berenguer el servicio incomparable de permitirle husmear cuál es la opinión de la calle –aunque de antemano la sepa de sobra– y saber a qué atenerse respecto a sus afirmaciones y exigencias. Toda la ideología liberal del país se ha refugiado en la cátedra del Ateneo, porque es el reducto de la libertad desde los benditos tiempos de Cánovas del Castillo. Cánovas del Castillo, capaz de fusilar a todo el que se desmandara, convivía con los teorizantes más terribles en un plano mutuo de tolerancia recíproca desde la presidencia del Ateneo. Ya he dicho alguna vez que no puede hacerse la historia liberal del siglo XIX sin recordar a cada paso el calor que prestara el Ateneo a todas las expansiones del espíritu radical. En el mismo siglo XX el Ateneo ha continuado su tradición. En él refugió Costa sus últimos dolores; el Ateneo preparó aquella grandiosa manifestación por la catástrofe de Annual y al Ateneo acudió a justificarse el caballeroso vizconde de Eza, cuando le atacaban de todas partes. De esta misma información pública que ahora se prepara sobre las responsabilidades de la Dictadura, es posible que surja mañana la acusación parlamentaria, razonada y eficaz, que nos ponga al descubierto no sólo las responsabilidades del régimen, sino las de aquella parte del país que acató la arbitrariedad con alegría en sus primeros pasos.

– Considere usted que gran parte de la acusación está ya hecha en multitud de libros que han venido apareciendo en estos últimos meses.

– Naturalmente. Esos libros aparecieron precisamente por la censura previa. Vea usted cómo ahora que esa censura ha sido suprimida, gran parte de los periódicos han comenzado a publicar el relato y análisis de los siete años de dictadura, relato y crítica que hasta aquí hubo que refugiar en el libro. El periodismo huía al libro porque solamente en él podía moverse con desenvoltura. Y acaso su eficacia, a la larga, sea mayor. En la hoja diaria, si adquiere difusión más extensa, la idea es vieja a las veinticuatro horas. La función del libro es permanente. No pierde su lozanía ideal, la sensación de las perspectivas. En el contrario sucede con los libros lo que con los vinos generosos. El «bouquet» lo logran al cabo de cierto tiempo y dan al espíritu, por su lejanía ideal, la sensación de las perspectivas. En momentos tan preñados de incidencias como los actuales, los relatos de cosas pasadas sirven de pórtico explicativo a lo que se está fraguando aún. Así por ejemplo, el primer tomo de las memorias del conde de Romanones nos anticipa y explica al lector avisado la tutela que positivamente ejerce el regionalismo sobre

el gabinete Berenguer y hasta ese encasillado que ahora está tramando la Lliga en las cuatro provincias catalanas. Quiero decir, en suma, que los libros políticos van perdiendo su clave a medida que el tiempo transcurre y que van ganando en claridad a medida que van conquistando lentamente un núcleo de lectores. Pero el tema es largo y acaso merece que volvamos sobre él otro día.

La Voz de Guipúzcoa (24-09-1930)
El Luchador (30-09-1930)
El Diario de Huesca (28-09-1930)

Un gran discurso de don Melquiades Álvarez

El pensamiento del ilustre orador es el del centro de España, frente a la periferia: unidad con autonomía, pero unidad, porque España es la primera y más grande de las realidades españolas...

Discurso de Melquíades Álvarez en el Palace. Sus fieles partidarios de siempre no le han abandonado. A su vera se sientan, en el salón de fiestas: Pedregal, el austero; Pittaluga, breve y nervioso, charlando por los codos; Arderíus, con sus huertanos libres ya de la prisión tradicional de Cierva; Villalobos, Zulueta, Moya. Después, los asturianos, ruidosos y burlones; los murcianos; los Comités de los distritos madrileños, con la figura verbenera de Eustaquio Martín –el ex concejal de la Latina–; los charros, los andaluces. Muere el reformismo y nace la democracia republicana, o, por ser más exacto, el partido republicano demócrata. A cosas nuevas, nuevas nomenclaturas.

Y expone don Melquíades su posición ante la República naciente. Si él no ha triunfado, su fórmula se ha impuesto. Las elecciones municipales se trocaron en plebiscitarias y los mismos concejos que hace cuatro siglos cortaron los desafueros del flamenco Carlos, echaron del trono para siempre al último de los Borbones. El pueblo habló en las urnas, y su sentencia fue inapelable. Y además, rápida.

¡Precioso discurso el del señor Álvarez en el Palace! La gran emoción liberal del caudillo asturiano salvó las que podían haber sido incongruencias de su actitud durante los siete años indignos de la Dictadura. La libertad es para él la conciencia de la ley justa, y, por ende, es la mejor aliada del orden. Del orden jurídico, es claro. El reformismo contribuyó, como ninguna otra comunidad política contribuyera, al advenimiento del nuevo estado de cosas. El pueblo se gobernó a sí mismo, supo lo que quiso, dio un sentido concreto a su protesta, y el 14 de Abril vino la transformación naturalmente y normalmente.

Ante ella estamos, y la República, siendo el régimen de la máxima libertad, es también, por la pureza de su mandato que emana de la soberanía popular, la autoridad plena. Don Melquiades va exponiendo con una claridad maravillosa sus puntos de vista. Los elementos sindicales han de entrar en los cauces jurídicos. El problema religioso conviene acometerlo por etapas. Secularizando el Estado, vendrá la tolerancia para todas las creencias, ya que éste es, por naturaleza, aconfesional.

En cuanto a la Patria, no encuentra más fórmula que la unitaria. La unidad, es claro, no es la uniformidad. Es la unidad de lengua, de tradición, de glorias y desdichas comunes la que forma el patrimonio de todos, y antes de dibujarse en la política matrimonial de los Reyes Católicos, fue presentida en la Edad Media.

Y aquí quedó truncado el discurso. La fatiga y el calor de la estancia, herméticamente cerrada, dieron al traste con el vigor físico del señor Álvarez. Reclinó éste su cabeza sobre la mesa y se desplomó al suelo. Momentos de doloroso estupor. Pittaluga, Villalobos y otros médicos acudieron en auxilio del enfermo. Se creyó un instante en un serio percance. Después, el señor Álvarez respiraba a pleno pulmón, desde una ventana, el aire de la calle, y los familiares le reintegraban a su domicilio.

El discurso ha sido, aparte de una gran pieza oratoria, un gesto. Y también –digámoslo pronto– un auxilio, un aporte de gran consideración al régimen naciente. El pensamiento de don Melquiades es, sin duda, el del centro de España, frente al de la periferia. Unidad con autonomía, pero unidad. Descentralización, desde luego, pero no abandono de la soberanía

a las regiones. El pensamiento del aragonés, y del castellano, y del extremeño y del andaluz, frente al vasco, al gallego y al catalán. Acaso piensa don Melquiades que federar es unir lo separado, pero no separar lo que ya es compacto y homogéneo. Y España es la primera y más grande de las realidades españolas.

Crónica (31-05-1931)

El nuevo concepto de la patria

Llevo en Madrid ocho días, después de un alejamiento de unos cuantos meses, ansioso de percibir los cambios que nos han traído la hora y la sazón. Indudablemente, el estilo de Madrid se va modificando profundamente. Lo que tenía de corte este pueblucho destartalado y simpático, se va reduciendo y achicando a cada momento. La gente –alegre– camina con mayor desembarazo; hay más agilidad en las cabezas y en los pies; el pueblo ha perdido aquel gesto de malestar que tenía durante la Dictadura. En el fondo, todos se sienten un poco gobernantes y se ha recobrado la pasión y el donaire. En Madrid, lo que vivía soterrado, el pueblo, se va mostrando a la superficie, y lo que aparecía dueño y señor, mostrando a todas horas sus lacras y deficiencias, el señoritismo, tentacular, va perdiendo sus fueros y desalojando sus posiciones.

Desde luego, no se ven figurones apenas. Al engolamiento ha sucedido la llaneza más cordial y más gratamente madrileña. Lo que antaño era elemento oficial, y que vivía despegado del pueblo y sobre el pueblo, se nutre ahora de las mismas capas madrileñas que jamás rindieron culto a la afectación y al artificio. Se han humanizado los que nos mandan, y como les vemos tan parecidos a nosotros, les obedecemos con gusto y con fervor. Claro está que el ministerialismo del pueblo madrileño necesita retozar un poco para mostrarse sumiso, pero es que advierte que la República ha venido al empuje de todos, y que, en realidad, no es usufructo de nadie. La autoridad ha surgido del pueblo porque el pueblo se siente, a su modo, autoridad. Y por ser democrático el tono imperante, se ha elevado ese tono y ha desaparecido, como por arte de encantamiento, aquel germen de discordia que antes se advertía bien a las claras entre el que ostentaba un símbolo de autoridad y el que estaba desprovisto de él.

Madrid, al dejar de ser corte, recobra su gracia y su alegría. Lo que tenía de corte ha pasado inmediatamente a ser museo; Madrid se ríe de una supuesta preeminencia que le resultaba enojosa, en el fondo. No sabe qué hará de su Palacio Real, pero advierte que hay gratas sombras en el Pardo y de él ha hecho sede, señorilmente, para sus ocios domingueros. Ha perdido el espectáculo un poco pueblerino de la parada en la plaza de la Armería, pero se resarce, por la tarde y por la noche, acudiendo a sus clubs y a sus reuniones políticas, donde ve a sus ministros, a sus directores y a sus leales, con los que discute sobre la marcha del partido. Se ha despedido alegremente de las mascaradas con las que se entretenía el régimen caído y se va acostumbrando a producirse con sencillez. Se le fue a Madrid la capitalidad del Reino y la que tiene que ganarse, a pulso, la preeminencia entre las ciudades de la nación. Murió el proteccionismo cortesano para empezar el libre juego de actividades, en el que ganará el pueblo más diestro y más activo.

Ya la que fue aristocracia no se la ve por ninguna parte. Ha huido, como las ratas, no se sabe dónde y ha desmantelado cobardemente sus tiendas. La carcajada más alegre les acompaña a estos señoritos en su huida. Bugallal, desde Biarritz, dirige cartas a sus amigos pidiéndoles normas para reorganizar el partido liberal conservador. Medinaceli, cierra su palacio de la Castellana creyendo que el ejército de sus colonos seguirá pagando sus cacerías en África y en Noruega. El duque de Maura escribe a diario preguntando por un bolchevismo que no acaba de asomar. Junto al éxodo criminal de estas gentes, se ha iniciado el paro forzoso de multitud de institutrices, de lacayos, de amas de llaves, que piden asilo en moradas más plebeyas y comprensivas. Pero, la ausencia de tales patriotas afecta únicamente a círculos que empiezan a disolverse y a cabarets que no pueden soportar ya sus contribuciones y tributos: Madrid no les echa de menos.

El ritmo republicano de Madrid se advierte bien a las claras en un denso callejeo perceptible a las primeras de cambio. Se diría que al marcharse el ex rey, todos se han sentido reyes, y que los atributos que él perdió para siempre durante su conducción ordinaria a Cartagena, los ha ido encontrando en el camino el pueblo para componer su gesto y recordar su responsabilidad. Esta República que nace tiene un aire de ligereza ponderada, de gravedad risueña,

de buen gusto, que nos hace pensar a veces en otros pueblos ya bien probados y curtidos en prácticas democráticas. Anoche, cuando me retiraba a casa, saludé desde lejos a un ministro, el de Instrucción Pública que paseaba sin amigos y sin escolta. Indalecio Prieto no ha perdido el contacto con su tertulia. Azaña, con los compañeros de siempre, se retira a su domicilio a la hora de costumbre. En el Ateneo, los altos cargos no han perdido su familiaridad con la biblioteca, ni con el estudio, ni con la meditación. Hombres de carne y hueso, han afirmado bien la cabeza sobre los hombros en esta hora solemne y todos se rinden a la emoción de la hora y al sentido de su responsabilidad. La República nace limpia de historia y de pasado para afincarse en el porvenir. La sentimos un poco como hija de todos y advertimos muy bien que no puede vivir sin nuestro calor y sin nuestras caricias. Para que viva, necesita que actúen los hombres de bien, que comience a tasarse la bondad como la primera de las calidades públicas, que convirtamos el viejo concepto de patria, tierra de padres, en algo que está enteramente a nuestro alcance y a nuestra devoción: en tierra de hijos. Este Madrid de las meriendas en el Pardo, de los clubs y de los partidos radicales, se da cata perfecta de su misión. Descubre, al final de cuentas, que su aristocracia es precisamente su pueblo y advierte que para ser la ciudad de la República, ha de rendir culto al trabajo, a la llaneza y a la buena fe. Y el Madrid que ha nacido el 14 de abril de este año de gracia va, poco a poco, cobrando su sentido del momento y redimiéndose de su pasado lastre cortesano. Muy poco ha necesitado para ello. Madrid, con los Felipes, y con los Carlos, y con los Alfonsos, fue siempre la sátira desgarrona y el epigrama que hería el corazón de sus monarcas como hiere la carne el aguijón de las avispas. Y al final de cuentas, advirtió siempre que era la víctima propiciatoria de los ociosos cortesanos y de los reyes de labio caído y de mirada triste.

La Voz de Guipúzcoa (04-06-1931)
El Luchador (10-06-1931)
El Luchador[326] (21-07-1931)
El Pueblo Gallego (06-06-1931)
República (04-06-1931)

Crónica de la semana

El director de CRÓNICA nos encarga que comentemos brevemente todas las semanas, la actualidad política. Venimos del campo; en él nos han recluido unos cuantos meses nuestros achaques; lejos de la ciudad, hemos presenciado el advenimiento de la República: no estamos orientados todavía. Por eso, antes que glosadores, somos espectadores serenos y un poco asombrados de todo lo que acaece en nuestro derredor.

Tienen estos hombres que hoy gobiernan toda nuestra admiración y todos nuestros respetos. Sin saber por qué, un poco desplazados de nuestras posiciones de siempre, nos sentimos ministeriales. Sabemos lo que ha costado la República y queremos ofrecerle nuestros cantos de cuna para que descanse y sonría. La tierra de los padres es hoy la tierra de los hijos. Todos gobernamos hogaño a nuestro modo. El rey se marchó desde el instante preciso en que todos los españoles nos sentimos reyes. España, de pesadilla que era, es hoy nada más y nada menos que una esperanza que todos sentimos en nuestro corazón.

La República, cosa de todos, patrimonio de todos, será lo que todos los españoles queramos que sea. La desaparición de la Monarquía nos ha libertado de un peso y de un dolor. Advertimos alegremente que nos hallamos ante un mundo de posibilidades infinitas. Los Austrias y los Borbones torcieron nuestro rumbo y borraron nuestra fisonomía popular, Carlos I inauguró su Imperio tragándose la libertad de los concejos castellanos; Felipe V no supo aclimatarse en España más que acabando con las libertades catalanas.

El monarca, que fue pueblo en los tiempos medievales, dejó de serlo con las dinastías extranjeras, para convertir después su nación en patrimonio, los tratados en pactos de familia y la gobernación en deporte de favoritos ociosos, cuya lista comienza con el cardenal Adriano y con el bandido Xebrés: para acabar con Chamorro el amigo de juergas de Fernando VII y con Quiñones de León y con el marqués de Estella, los últimos validos de Alfonso de Borbón.

---

[326] *El Luchador* repitió en julio el artículo ya publicado el mes anterior.

A la hora en que escribo se registra un fenómeno brusco en la cotización de la peseta. La libra, que a primera hora de la mañana valía 62 pesetas, ha bajado a 53,20 al cerrarse la Bolsa en la capital inglesa. Indalecio Prieto –pachorroso, abadial, espíritu intuitivo y sazonado a la vez– atrae, en estos momentos, la atención de las gentes. Quiere marcharse a su casa. Y nos cuenta en buena prosa sencilla, de periodista corriente y moliente, por qué se encargó de esa cartera y cómo ha contado siempre con la colaboración de los técnicos.

Pero Prieto debe quedarse, y se queda al fin, precisamente porque es algo más que técnico, esto es, hombre de buen sentido, que se hace cargo a toda hora de la realidad. Ha dado hasta aquí la nota máxima de la cordura y de la sensatez. Ha procedido con respeto y con cordura para todos los enormes intereses que se debaten a su vera. Él no tiene la culpa de los errores que se han ido acumulando en el caserón de la calle de Alcalá. Y ese problema de la estabilización…

Ese problema y otros muchos han llegado, con toda suerte de equívocos y de sombras, al oído de las buenas gentes. Las armas económicas se han trocado durante estos años últimos en armas políticas, y la Dictadura tiró el dinero de lo lindo, engañando a la opinión con un cubileteo de cifras, que movían a la vez el ánimo a la risa y a la indignación.

Prieto se encuentra ante una maniobra, pero nunca, que sepamos, se ha dejado sorprender ni ganar la partida. Esperemos y tengamos confianza en este hombre, que cuando parece entregarse es que se precipita sobre su víctima para estrangularla a gusto.

Hemos visto cómo han gobernado los militares las Academias y los Ateneos; recordemos el caso del conde de Cheste[327]. Pero la República nos permite contemplar ahora cómo los ateneístas gobiernan y controlan los centros militares. El caso de Azaña es ejemplar y único en este respecto.

Dígase lo que se quiera, el ministerio de Buenavista es mucho más gobernable que la docta casa de la calle del Prado. Los militares –buenos chicos– se cuadran y callan ante el superior jerárquico, pero los intelectuales no se callan ni se doblegan nunca. ¡Cualquiera cuadra y hace saludar militarmente a don Miguel de Unamuno o a don Ramón del Valle Inclán! El espíritu castrense es manso y apacible en definitiva, pero la inquietud intelectual se encabrita y desborda como los ríos en tiempos de crecida...

¡Lo que son las cosas! Manuel Azaña, un intelectual, ha convertido el Ejército de cerebro en brazo, de señor en servidor del pueblo, de carga intolerable en fuerza razonada y eficiente. Cuando hace años un militar, desde Guerra, declaró su odiosidad al Ateneo, no se dio cata de que la pluma vence siempre al charrasco, y de que la inteligencia se burla siempre de las cuarteladas.

En el Teatro de la Princesa se ha celebrado la Asamblea Nacional del Partido Republicano Radical Socialista. Mucha pasión en la Asamblea. Los muchachos han voceado contra los hombres graves. Los hombres graves se han lamentado de las exaltaciones de la juventud.

Pero la pasión les ha salvado a todos. Un partido mozo y fuerte ha de proceder un poco alegremente en esta su primera salida por los campos de Montiel.

Crónica (07-06-1931)

Lo que el África española espera de la República[328]

¿Por qué no crear en Granada una Facultad de estudios orientales y por qué no abrir de nuevo al culto musulmán la Mezquita de Córdoba? –propone el ex ministro del Majzén[329] Abdessalam B. Larbi Bennuna, que actualmente se halla en Madrid…

[327] Juan de la Pezuela y Ceballos (1809 – 1906). Capitán general de los Reales Ejércitos y de Cataluña en distintos momentos, fue el decimoquinto director de la Real Academia Española de la Lengua, cargo que ocuparía, tras otras diez reelecciones, hasta su muerte. Posiblemente se refiera a que no se dignó pronunciar ningún discurso de recepción de nuevos académicos en todo su mandato dirigiendo la Academia con mano dura.

[328] Artículo firmado como Jorge de Alba.

[329] Palabra árabe que designaba al Estado marroquí.

Abdessalam B. Larbi Bennuna, alto, moreno, fino, señoril, es un moro tetuaní, cuya fisonomía es familiar estos días en el Ateneo. Conversa largamente con los socios, a la caída de la tarde, en un castellano sobrio e impecable: charla de los dialectos bereberes con don Miguel de Unamuno; escucha, sonriente, a don Mario Roso de Luna sus predicaciones teosóficas; comenta un momento con el intérprete señor González, en árabe clásico y selectísimo, sus impresiones íntimas de nuestro mundillo intelectual. Bennuna, elegante, discreto caballero, ha sido ministro de Hacienda en Majzén, y hoy mismo es uno de los grandes prestigios literarios de Tetuán.

– La República –afirma Abdessalam B. Larbi Bennuna– abre a España un horizonte nuevo de posibilidades internacionales infinitas. El mundo musulmán espera grandes cosas del Régimen naciente. Nosotros, los musulmanes, lo hemos acogido con respeto, con admiración y con simpatía. El problema de Marruecos era en parte un artificio creado por la Monarquía. Ahora los pueblos comenzamos a entendernos a nuestro gusto, fuera de las antecámaras de los palacios y de las salas de banderas de los cuarteles, y los musulmanes nos ponemos a soñar, como antiguos españoles que a todas horas añoramos este país, tan hermoso y tan querido.

Y Bennuna habla despacio, midiendo sus palabras, sonriendo, mostrando un hermoso solitario que reluce orientalmente en sus dedos alargados y delicados de gran señor. ¿Por qué no crear en Granada una Facultad de estudios orientales? ¿Por qué no ha de atraerse la República Española todo el respeto de la juventud musulmana, que espera del Protectorado una comprensión cordial y generosa? En Granada viviría a gusto la mocedad estudiosa, que sueña a todas horas con el alma de España. El llanto de Boabdil no ha dejado todavía de caldear nuestras mejillas.

Y no piensa solamente en la Facultad Oriental de Granada el ex ministro de Hacienda del Majzén. ¿Qué hacemos en Córdoba con la vieja Ceca de los hijos del Profeta? ¿No han de oírse de nuevo los versillos del Corán en el Patio de los Naranjos? ¿Ha de condenarse al eterno silencio la patria de Almanzor?

– Nosotros –dice Bennuna–, en magnífica inteligencia con el Gobierno de la República y con España entera, nos encargaríamos de restablecer el culto en la Mezquita. Traeríamos nuestros santones. La voz de Mahoma volvería a oírse a la orilla del Guadalquivir; todo el mundo creyente tornaría de nuevo a su cauce y borraríamos, de un golpe, siglos enteros de incomprensión y de hostilidad. ¿No creen ustedes?

Y lo que parecía antojársenos el sueño solitario de un moro poeta, aparece poco a poco, oyendo a este moro tetuaní, amigo de España, como una aspiración unánime del gran mundo musulmán. Ante la declaración de la libertad de cultos, en el Riff, y en Argelia, y en Egipto, y en Siria, el árabe se ha llenado de gozo y de esperanza. Y lo que parece un sueño de verano, puede trocarse, a lo mejor, en un lazo de unión con estos hombres de turbante y de chilaba, que no olvidan los días gloriosos de sus Emires y de sus Califas, cuando España era el centro de una gran civilización musulmana que ha dejado sus huellas y que puede remozarse abriendo cauces insospechados a las posibilidades republicanas.

Crónica (07-06-1931)

El peligro localista

Al mismo tiempo que el Gobierno provisional de la República Española ha decretado la convocatoria de las Cortes Constituyentes que han de plasmar normas jurídicas y políticas del nuevo régimen naciente, los comités republicanos de muchas provincias españolas ruegan al Gobierno que no les pongan en el duro trance de tener que elegir candidatos que sean extraños a las regiones y comarcas y, en muchos casos, a las localidades que han de representar. El recelo vale la pena de ser comentado. En una época normal, el escrúpulo estaría muy en razón, pero en la hora de ahora, encierra un enorme peligro. España es de todos los españoles, y si, teóricamente, en las Cortes ordinarias representan a todo el país aunque sean elegidos por un distrito, en las Cortes constituyentes el mandato es todavía más excelso y singular, porque son la soberanía plena y no compartida con ningún otro poder. Las Cortes constituyentes son, pues, el pueblo, todo el pueblo, que nada tiene que ver con las diferencias y nomenclaturas geográficas.

Lo que se requiere es capacidad, inteligencia, emoción política y espíritu inquieto y captador, para recoger todas las ondas espirituales que vibran en el momento y en la sazón. En estos instantes, el tonto es cunero hasta en su propia aldea y dentro del propio hogar. El hombre representativo, el español representativo, en cambio, es de todas partes y debe ser acogido en todos los sectores. Los intereses locales no rezan ahora para nada. El diputado no va por credenciales, ni ha de proyectar caminos, ni ha de levantar escuelas, ni ha de procurarse adeptos, ni ha de llevar a las Cortes la opinión del propio barrio. Con que sea español, y sienta la hora, y se dé cuenta de la magnitud de su tarea, cumplirá enteramente con su deber. Es la hora de los inteligentes y de los puros de corazón. Todo el que tenga algo que decir tiene su asiento en los escaños de las Cortes constituyentes. En ellos no va a recibirse ningún honor, sino a cumplir austeramente con su deber. El estrecho criterio partidista puede matar en flor el acceso de los mejores. El prurito geográfico que parecen ostentar muchos comités republicanos de provincias debe descartarse para siempre como el mayor de los peligros.

La República será lo que las Constituyentes quieran que sea. Necesita crear una escuela de gobernantes que de las Constituyentes ha de surgir. Necesita una ley fundamental que plasme y haga conciliables los anhelos y los ideales de todos los españoles, y en las Constituyentes ha de fraguarse el instrumento. Si el pueblo tiene instinto político, hasta se cuidará sobre todas las cosas de elegir cuidadosamente la oposición. Hace falta que choquen ideas contra ideas, procedimientos contra procedimientos, líneas de conducta contra líneas de conducta. Necesitamos los españoles en estas horas en que vamos a adueñarnos definitivamente de nuestros destinos, no solamente la presencia, sino también la vigilancia y hasta la oposición y la polémica tenaces del adversario. Los republicanos necesitan para afincarse, y hasta para no atomizarse en grupitos y capillitas, el choque con los residuos de la monarquía que se marchó definitivamente. Los socialistas serán más fuertes si oyen la voz del sindicalismo y del comunismo al lado de la suya. Sería conveniente que todas las ideas pudieran contrastarse en las Cortes que van a elegirse. No quiero yo decir que el Parlamento que vaya a formarse sea un Ateneo ni una Academia, ni que deben ser sabios y mucho menos técnicos los miembros que hayan de formarlo, ni que los abogados y juristas gocen en él de una preeminencia dominadora y absorbente. Pero, en cambio, me parece natural el requisito de que los mandatarios en las Constituyentes tengan más que una cultura media, y, sobre todo, una sensibilidad exquisita y selecta. El político más que un razonador es siempre un intuitivo. La vida, más que el estudio y la meditación, es la cantera que explica su conducta, que da unidad a su dinamismo y razones a sus inquietudes y actitudes, muchas veces el lado del político, no para orientarle, sino al revés, para justificar "a posteriori" las inspiraciones que recibe. El político es el hombre que quiere una cosa, aunque no sepa muchas veces por qué la quiere, y la misión del teórico es vivir a su zaga, para justificar y razonar la clarividencia del instintivo y del hombre de la calle que hay siempre en todo conductor de pueblos. Y en las Cortes que han de reunirse el 14 de julio en el caserón de la Carrera de San Jerónimo, se necesita, a la vez, del concurso de los políticos y de la aportación de los teóricos de raza. Aquellos darán las formas y estos definirán los propósitos. Y para sentir estos y para razonar aquellos, no se requieren determinadas condiciones de naturaleza, ni conocimiento previo del juego de los intereses comarcales.

Por eso, y volviendo a mi tema para concluir, creo que ha llegado el momento de renovar por completo nuestro personal político y de vigilar atentamente los apetitos de muchos que ya cumplieron su misión al traer la República, pero que nada tienen que hacer cuando va a consolidarse.

República (12-06-1931)
Crónica[330] (14-06-1931)
El Luchador (15-06-1931)

La semana roja

En el Ateneo de Madrid, que preside con gran acierto don Manuel Azaña, ministro de la Guerra del Gobierno provisional de la República, se ha celebrado estos días lo que pudiéramos

[330] En esta revista se publicó bajo el epígrafe «Crónica de la semana».

llamar la semana roja; claro está que a su organización ha sido ajeno en absoluto el presidente de la casa. No nos hemos privado de nada con este motivo. Hemos oído a Pestaña, hemos oído a Nin y a Maurín, y a Bullejos, que se titula a sí mismo jefe de los comunistas ortodoxos de España. Hasta hemos visto en la pantalla la película rusa El acorazado Potenkin, después de unos dimes y diretes con la Dirección General de Seguridad. Tampoco ha faltado la música y el comentario netamente lírico en estas fiestas: las damitas rojas –muy guapas pero un tanto esquivas– de la docta corporación entonaron el himno de la internacional para despedir a Bullejos en su leve contacto con la intelectualidad madrileña.

La semana roja ha sido muy interesante: ella nos ha dado a conocer los elementos extremistas de la política española y a sus principales liders [sic] y caudillos. El más sobrio de todos, el más sereno, el más ecuánime fue Pestaña; abordó un tema cualquiera, creo que el de la evolución de las clases proletarias, para fijar la posición de la Confederación Nacional del Trabajo en el momento político actual. Supo decir y, sobre todo, supo callar. Venía a una transacción honrosa y creo que se la lleva, como botín de buena ley, a Barcelona. Maurín, más impulsivo, nos cantó las ventajas de la disidencia con los credos oficiales –en su caso concreto, con el comunismo corriente y moliente– y nos auguró una revolución típicamente española, aunque no quiso anticiparnos sus características, ni se detuvo cosa mayor, por apremios de tiempo sin duda, en el estudio de nuestros problemas de colectivismo agrario, que han vivido siempre en la realidad, aunque nuestros legisladores no se han enterado. Andrés Nin, también disidente, amigo y secretario de Trotski, a cuya vera ha vivido varios años en Rusia, aplicó las teorías y los puntos de vista de su jefe al caso actual de España. Harto se advertía en Nin que ha asistido a la evolución proletaria de España desde Moscou [sic], y a unos cuantos miles de kilómetros de distancia, porque el campo ha vivido siempre de espaldas a la ciudad y el campesino ha sido siempre opuesto a toda clase de ensayos y de experimentaciones. De todos modos, Andrés Nin, con su prestancia moscovita, sus gafas, su pelambrera enmarañada y sus ademanes fuertes y duros, nos daba un poco la sensación de los iluminados del mundo soviético y tiraba en nuestro lago las piedras del escándalo y de la inquietud.

Los comunistas ortodoxos españoles cerraron estos actos con la intervención del señor Bullejos. Este señor no hizo otra cosa sino descubrirnos Mediterráneos en toda la noche. Se asombraba de que el Gobierno provisional de la República Española no fuera comunista, sin que nadie, como es natural, compartiera su asombro. En un plazo de dos meses, que es exactamente el que tiene de vida el régimen naciente, hay bastante para volver las cosas de arriba a abajo en su opinión. Disparó contra el Gobierno todos los tópicos de mal gusto que andan por ahí diseminados a cargo de la clientela descolocada, y no tuvo el acierto, ni el buen gusto, ni la discreción de advertir que hay siempre diferencias esenciales entre el salón de actos del Ateneo y los gallineros de los teatros de la carretera de Extremadura. Bullejos, que no se hartaba de confesarnos que actuaba con la representación del comunismo español, hizo un flaco favor a su partido. Parecía que hablaba en nombre del analfabetismo y de la confusión. Su razón era la injuria y su táctica el desplante. Perdió la línea de su discurso, si es que la tenía, al comenzar su conferencia, dando el más triste espectáculo que jamás hayamos visto en aquella tribuna. Repetía una, dos, tres, cuatro veces las mismas palabras con idénticas maneras, y cuando ya el ateneísta educado en los hábitos de cortesía y de tolerancia que son tradicionales en aquella casa, comenzaba a exteriorizar su disgusto por la ínfima calidad mental del orador, los comunistas, el partido entero, que cabía holgadamente en la tribuna pública y en media docena de escaños, increpaban a los socios, impedían las protestas, entonaban la internacional e inundaban el salón de papelitos comunistas, valiéndose de la impunidad del sitio y de la cortesía que se les había brindado.

La semana roja del Ateneo ha fortificado, sin embargo, la situación del Gobierno. Los elementos extremistas se ha visto claramente que no son numerosos y que las masas con que dicen contar son puramente teóricas y nominales. Con la excepción de Ángel Pestaña, que se dio prontamente cata de la calidad de la tribuna, los demás oradores no han llevado al Ateneo más que la opinión, harto limitada, de capillitas de exaltados y de teorizantes que jamás se han encarado con la realidad española que tienen delante de los ojos. Con unos cuantos libritos rusos, que no han entendido del todo, les ha dado el naipe por dogmatizar con una petulancia intolerable y con una oquedad que pone espanto en los espíritus inquietos y ansiosos. Oyendo a estas gentes, pensábamos en el espíritu claro y sereno del filósofo napolitano Benedetto Croce cuando afirmaba que el liberalismo es la zona templada, equidistante de los extremos, cuya misión es disolver en las leyes las pretensiones justas y prácticamente razonables de los extremos.

El fascismo italiano, por ejemplo, se ha nutrido de las violencias teóricas del anarcosindicalismo italiano y del reaccionarismo extremo. En nuestro país si estas gentes campasen algún día por sus respetos, caminaríamos a buen seguro hacia otro fascismo ininteligente, retardatario y agresivo. El liberal que no sabe esperar y que ignora que la solución de los problemas de hoy provoca en el horizonte la presencia de nuevos problemas, no es digno de ese nombre, ni es liberal en el fondo. Hasta que estos hombres no hagan la revolución en su cerebro, no tienen derecho a hablar de ella a los demás. Los extremos se tocan y estos ortodoxos de hoy se dan la mano con los apostólicos de ayer.

Política (17-06-1931)
El Luchador (25-06-1931)
El Pueblo Gallego (17-06-1931)
La voz de Guipúzcoa (16-06-1931)
República (16-06-1931)

España y el Vaticano

He oído hablar mucho del cardenal Segura[331] a personas que han convivido con él y que lo conocen desde hace muchos años. El juicio es perfectamente unánime. Castellano, hijo de un maestro rural, el Sr. Segura, retoño de los jesuitas, fue educado por ellos en Comillas. Descuidó las ciencias –tiene una cultura mediocre– y se consagró a las teologías y a la meditación. Desde seminarista ha sido tozudo, tenaz, receloso, huraño y melancólico. Es, en cambio, caritativo y generoso. No mira el dinero. En Coria visitó asiduamente Las Hurdes y analizó la pequeña ciudad extremeña con restricciones y pastorales que aún se recuerdan con horror. Arzobispo de Burgos, luego, chocó con la ciudad entera y estuvo a pique de provocar, con sus intemperancias, un conflicto de orden público. Su historia como cardenal de Toledo, como confesor del ex rey, como aspirante a la Regencia, como restaurador de los Concilios toledanos, como cabecilla y como juguete de la Compañía ignaciana, como tirano de su Cabildo, está en la memoria de todos, y no es cosa de reproducirla y de recordarla en toda su integridad.

Desde que advino la República, el cardenal de Loyola se ha creído un Cisneros redivivo, sin advertir que la cogulla franciscana de su glorioso antecesor le viene demasiadamente ancha. Cuando falló el trono, quiso apuntalar el altar y se creyó inviolable. Sus teologías le han negado tiempo para consagrarse al estudio de la ley humana. A guisa de buen ignaciano, es genuinamente anarquista. Como no sabe quién es César, se limita a negarlo entre sorites, dilemas y silogismos de la más flamante escolástica. Imprudente, ha querido levantar una guerra civil sin advertir que el horno no está para bollos. Y su última salida hacia Guadalajara, desde Roncesvalles, le ha desquiciado del todo y ha puesto al descubierto el campesino y el místico insobornable que lleva debajo de su roja sotana cardenalicia el Sr. Segura y Sáez.

Sus conversaciones en Roma han sacado también de quicio a los buenos señores de la Iglesia. Parece imposible, pero así es, sin embargo. El Vaticano, que casi nunca perdió la cabeza en los tiempos heroicos de Rampolla y de Gasparri, está hoy dominado por el campesinismo tétrico e ineducado del clericalismo español. El Papa Ratti[332] no es un Chiesa, ni Pecci, ni siquiera un Mastai-Ferretti: Es un bibliómano a secas. Ha comenzado su cruzada boicoteando a Luis de Zulueta, que es la ecuanimidad hecha carne, y acaba de sostener frente al acto discretísimo del Gobierno expulsando al Sr. Segura del territorio español, la más peregrina teoría internacional que hayamos visto nunca sostenida y propugnada. El Sr. Segura, como Primado, es para Roma el genuino representante de la España católica y, por ende, sus actos no pueden estar sometidos a las leyes españolas. Segura no es español, sino romano. La defensa de la religión es cosa que compete a la Iglesia y, por tanto, el Sr. Cardenal se limita a sostener públicamente sugestiones que ha recibido de lo alto. *L'Osservatore Romano,* órgano oficioso de la Santa

[331] Pedro Segura y Sáez (1880 – 1957). Clérigo español que ocupó a lo largo de su carrera varios puestos en la jerarquía eclesiástica: Obispo Auxiliar de Valladolid, Obispo de Coria, Cardenal Arzobispo de Burgos, Cardenal Primado de Toledo y, tras la Guerra Civil, Cardenal Arzobispo de Sevilla. Persona de fuerte carácter, católico intransigente, con escaso tacto diplomático, ferviente monárquico y opositor a la República a la que se enfrentó pocos días después de su proclamación.

[332] Achille Damiano Ambrogio Ratti (Pio XI)

Sede, no defiende en realidad otra tesis. Tesis peligrosa y absurda, intolerable por mil razones, sobre todo por la suprema de que Roma es la primera convencida de su oquedad y de su falsía. En el fondo inicia un ataque para replegarse si hay réplica contundente, para pavonearse del triunfo si no encuentra contradictor en la República. Imagina Roma, acaso, que la cruzada de que habló el ex rey hace años, cuando su desdichadísima visita al Vaticano, está a punto de desencadenarse ahora y que puede amenazar con el coco clerical, en la seguridad de que las cosas tornarán a sus viejos cauces. Pero no ha sabido ver a lo lejos y ha perdido lamentablemente el sentido de la perspectiva. Pleito perdido el de Roma. A los españoles nos toca quejarnos por ese trato que nos da de fascistas de segunda clase; de mantenernos firmes en derredor de la República naciente se encargarán precisamente sus disonancias y sutilezas de mala fe.

Porque es hora de decirlo claro. El pleito de Roma se ha fallado ya por la opinión pública. El clero español no ha sabido tener mártires ni confesores en esta hora solemne. El mismo Sr. Segura ha carecido de los gestos que salvan a los hombres en los momentos difíciles y angustiosos. Llega de fuera penetrando un paraje poco accesible y engaña a las personas que le preguntan sobre su itinerario. En Guadalajara se finge enfermo para no obedecer. Díscolo, cerrilmente díscolo, anarquista a mayor gloria de Dios, se deshace luego en escrúpulos legales, que no puede invocar el que quebranta los más notorios de la veracidad y de la buena crianza. En sus trotes y retrotes por España, procede como un hombre a quien le importa mucho ocultar sus acciones. No hay un acto de grandeza histórica, ni de humildad evangélica, en el cardenal Segura. Provoca a sabiendas de que sus provocaciones pueden dividir las gentes. Y cuando bendice al pueblo que vitorea la República en el convento donde está recluido, hay cierta burla en su gesto y en el prurito de querer convertir su báculo, cayado de paz, en maza guerrera y belicosa.

Pero, a pesar de la actitud del Vaticano revistiendo de ciertos poderes diplomáticos a un empleado español que quiere cobrar un sueldo de la República alzándose en armas contra ella, el clericalismo en España es un fantasma muerto. Los chispazos de Pamplona han sido, acaso, hijos de la ola de calor que hemos soportado estos días. Los capitanes Pradera y Senante no inspiran a nadie el menor cuidado. España sigue su marcha, y al Vaticano no le incumbe otra cosa que oír, ver y callar. Sus huestes están harto atareadas con la conquista definitiva del cocido para los días difíciles. El clero bajo harto tiene que hacer con su difícil problema de la pitanza, y el alto, a pesar de los clarines de guerra, se amolda siempre a la realidad, con la que también pactará el Vaticano cuando no le quede otro remedio.

La Voz de Guipúzcoa (20-06-1931)
El Luchador (01-07-1931)
El Noroeste (21-06-1931)
República (21-06-1931)
El Pueblo Gallego (20-06-1931)

Los disidentes

También hemos escuchado en el Ateneo, después de las opiniones comunistas más o menos ortodoxas, la voz de las disidencias republicanas de último cuño. Eduardo Barriobero ha dicho su parecer como presidente del Comité Central de los partidos federales. Rodrigo Soriano, con el pelo un poco más canoso y con la expresión un poco más lánguida que hace ocho años, pero con la misma riqueza de metáforas de siempre, ha dado sus palmetazos al Gobierno Provisional, para no perder su costumbre, de retorno del Uruguay. El último objetante de la serie ha sido don José Antonio Balbontín, joven inquieto y batallador, que se ha separado con otros jóvenes del partido radical socialista, donde militan los señores Albornoz y Domingo, para crear una extrema izquierda revolucionaria, francamente comunista.

Don Eduardo Barriobero comenzó el fuego, poniendo en línea de combate todas las baterías. Como viejo federal, se considera «boicoteado» por los que ahora mandan. Quiere las cosas a toda prisa y no ama el ritmo de la lentitud. En cuanto a las tierras, deben repartirse cuanto antes, según acuerden los Concejos en cuyo término municipal radiquen aquéllas. Prieto debe curarse de que la renta pública sea muy pequeña, para que se fastidien los pequeños burgueses. La fuerza pública debe cruzarse de brazos ante la violencia, porque debe averiguar antes la razón que asista a los díscolos y revoltosos. La receta federal, el viejo ideario de Pi, deben aplicarse a todas las dolencias de la patria. Con extremos de tal linaje, Barriobero sale del paso

con el mayor desembarazo. No hay que decir que debe desarmarse al ejército para armar, en su caso, al pueblo, que no sabemos contra quién tendrá que pelear, sin enemigo a la vista. Los frailes y los curas, y las monjas, que llegan a la bonita cifra de setenta mil en España, deben apartarse de las tareas de la enseñanza, cosa que nos parece muy puesta en razón. En dos meses ha podido hacerse todo esto, aunque parezca un poco extraño y, en el sentir de Barriobero, basta un simple plumazo en la «Gaceta» para cambiar de hoz y de coz, en veinticuatro horas, la fisonomía moral de nuestro pueblo.

Rodrigo Soriano, añorando melancólicamente sus viejas intervenciones parlamentarias y sus famosos duelos con los generalitos del viejo régimen, se ha sentido un tanto desplazado al desembarcar en Barcelona. En el fondo, no ha venido a censurar, sino a sincerarse. En Rusia, en el Uruguay, cuando las horas amargas del destierro, lejos del salón de conferencias y de las redacciones tipo de «España Nueva», ha pensado que fue un buen solista en la banda republicana de antaño y pide permiso para tornar a sus viejas tiendas. Su oposición está condicionada al trato que reciba. Si no le dejan entrar en el Congreso por la calle de Zorrilla escalará la claraboya, advirtiendo plenamente a los ujieres para que no se lastime en la caída. Su disidencia es más bien hija de su desorientación que de su ideario. Quiere una República para los republicanos y un puesto firme en cualquiera circunscripción provincial: no otra cosa. Así, pues, Soriano lo que demanda es reanudar su antigua posición de republicano suelto, aunque ande ahora del brazo de los federales, y un escaño rojo, donde pueda decir al país con su exuberante retórica, las experiencias políticas que ha visto realizar en los pueblos nuevos, desde que marchó confinado a Canarias hasta el momento actual.

El señor Balbontín, siempre inquieto, ha cerrado el ciclo de las disidencias, cantando las excelencias de la pequeña burguesía radical que, a su juicio, se apoderará inmediatamente de las riendas del Poder público. Como Barriobero, quiere Balbontín que la Revolución se lleve con violencia y con celeridad. Lo urgente es caminar de prisa, sin tiempo para volver la vista atrás y sin otear, en conjunto, el camino que llevamos recorrido. De las canteras de Marx y de Proudhon extraen los burgueses radicales el programa del Partido Radical Socialista Revolucionario que ahora acaba de fundarse, y a caballo sobre el comunismo o sobre el sindicalismo, según los casos, la misión del flamante partido es aquietar los anhelos del proletariado, adelantándose a sus exigencias y reivindicaciones.

No han dado más de sí estas disidencias teóricas y prácticas contra el Gobierno Provisional de la República Española, que harto ha hecho con apresurarse a devolver sus poderes a las Constituyentes que se elegirán el domingo próximo. Con impaciencias, francamente, no se logra lo más, pero ni siquiera lo menos. Nosotros, que venimos contrastando durante estos dos meses y medio de República la divergencia de pareceres en los medios rústicos y urbanos, no sabemos que pensar ante la pachorra de los unos y la impaciencia de los otros. No sabemos a estas fechas si pueden conciliarle ambos ritmos, el de la ciudad y el del agro, de un modo razonable y, sobre todo, eficaz. Pensamos que hay dos Españas todavía y que sobre una de ellas, la rural, urge una labor tenaz, continua, de la ciudad para ganarla a su fe y a su credo. Ni la timidez soluciona cosa alguna, ni la violencia tampoco. Hay que avanzar en firme, con eficacia, para no tropezar y desandar lo andado. Pero la seguridad, el aplomo, la eficiencia, no se improvisan con la visión unilateral de los problemas. Recordamos siempre a aquel virrey del Milanesado que, en la novela de Manzoni, «Los novios», recorre en su carroza las calles de la ciudad dominadas por las turbas hambrientas y amenazadoras. Si los caballos galopan, corre el riesgo inminente, no ya de atropellar, sino de morir ante la furia de los transeúntes. Prefiere que los caballos vayan al paso, aconseja al cochero que abra paso, acude al buen juicio de los prudentes para llegar al final de su jornada. Y decidido a apurarla, y a cumplir con su deber, no tiene más que un consejo, que un solo consejo, para el auriga, que Manzoni ha dejado en castellano: «¡Adelante, Pedro, ¡con juicio!»

La Voz de Guipúzcoa (26-06-1931)
El Pueblo Gallego (30-06-1931)
Política (27-06-1931)
El Luchador (26-06-1931)
República (02-07-1931)

A un mi amigo, conspirador

Recibo tu carta, mi querido amigo, con el relato de los méritos que tú aducías para ser diputado en las Constituyentes. Te has jugado varias veces la vida durante la dictadura. Estuviste confinado no sé dónde. Conociste varias cárceles y aguantaste varias conducciones con la Guardia civil. Recuerdo todos esos trotes y retrotes, que yo te aplaudí con el alma, pero... no se me antojaban suficientes títulos para legislar en estos instantes. ¿Qué quieres? Tu momento ha pasado ya. Diste a la Patria lo que tú tenías, el ímpetu, el arrojo, la bravura, y el momento heroico pasó, y tú con el momento heroico. Tu deber es arrimar el hombro para que esto se afiance y consolide. Nada más y nada menos, querido amigo. No eres hombre de estudio, ni de palabra, ni de pluma. Deja que otros construyan reflexivamente lo que tú empezaste a levantar y piensa que tu silencio es, hoy por hoy, tu mejor ejecutoria.

No te enfades conmigo demasiado, que estoy muy lejos de desdeñarte y de tasar en poco tu brillante hoja pretérita. Si el volante del aeroplano crees tú que da títulos suficientes para legislar, tendrás que llegar al absurdo de que los peritos en derecho constitucional tienen suficientes títulos para manejar un aeroplano. Y la cosa, como tú ves, no puede ser más absurda. Lo mismo te digo de los que sublevaron regimientos, movieron masas y engañaron a los agentes de la policía. Todos nosotros hemos sido un poco héroes en estos últimos años. Otros –y entre ellos me incluyo yo– tuvieron en el castigo sus mayores alegrías. Yo fui confinado en Huesca y en mi vida he gozado de mayor placidez espiritual. La dictadura, sin quererlo, me premió dejándome soñar a ojos abiertos en los cosos oscenses, entre nobles baturros que levantaron mi fe en España y en sus destinos futuros.

Nuestra hoja de servicios, la tuya, la mía, la de todos está por llenar aún. No podemos hablar de compensaciones, porque la tarea de legislar no lo es, sino una carga de las más terribles e insoportables. Un cargo, por alto y honorífico que parezca, si desde lejos parece atributo de mando y de señorío, de cerca es lazo terrible de servidumbre y de esclavitud. Estoy seguro de que los que hoy gobiernan, por ejemplo, nuestra Hacienda, o nuestra Instrucción Pública, o nuestra Economía, añorarán los días de su emigración en París, como añora un escolar en vísperas de examen las alegres y tranquilas vacaciones navideñas. Indalecio Prieto, o Marcelino Domingo, o Luis Nicolau d'Olwer, tienen hogaño un aire de cansancio y de postración que jamás les hemos conocido. Es que sirven a la República y no se sirven de ella. El legislador, si me apuras un poco, estoy por decirte que tiene todavía responsabilidades más tremendas que las de un ministro. Si tiene conciencia de su misión histórica, puedes asegurar que no ganará para sustos y cavilaciones. Los que no tenemos, ni queremos ni apetecemos la representación parlamentaria en estos momentos, no desertamos de nuestro deber. El tuyo es perfeccionar la aviación. El mío escribir artículos y desparramar en las gentes el optimismo de que está henchido mi corazón. En el trabajo diario a que nos inclinan nuestras aficiones espirituales, se asienta ahora, más que nunca, nuestro patriotismo y nuestro puesto.

Necesitamos los españoles, querido amigo, el orgullo y a la vez, la humildad, de nuestro propio valer o de nuestra personal insignificancia. Las personas son para los cargos, que no los cargos para las personas. Si tú sirves para una cosa determinada, si sirves verdaderamente y tienes conciencia clara de la eficacia de tu actuación, debes reclamar a la República tu puesto, el que nadie puede ocupar por ti, y sacrificarte en él, poner en él toda tu alma y todo tu entusiasmo. Vas a cumplir una misión sencillamente; si es posible, en silencio y sin que nadie se percate demasiado. Piensa que todo está por hacer. No seas de los impacientes que fingen creer que en un plazo de dos meses puede trastocarse todo. Ten calma, que vale tanto como tener esperanzas, y piensa que han llegado unos tiempos en que a nadie es lícito perorear. Tú tienes tu hora, como todos los ciudadanos, y la República, como aquella vieja Castilla de las crónicas, hace los hombres para gastarlos. Ellos pasan pero la República queda y lo que menos importa es la duración sino la intensidad de nuestro esfuerzo. El arte de gobernar, que era patrimonio de una casta, es ahora atributo natural del pueblo y ya reclamará tu esfuerzo oportunamente y no podrás negarte entonces.

Pero como no eres hombre de pensamiento sino de acción, deja ahora el paso a los hombres maduros y reflexivos. El amor a la patria, ha de ser, como el del florentino a Beatriz Portinari, "inteletto d'amore", de donde se desprende que para amar una cosa hay que conocerla antes. Conocerla en su historia, en su tradición, en su origen. Acaso las normas futuras de España están ya bien trazadas en otros tiempos. No creo que podamos interrumpir una tradición

sino reanudarla. No quiere decir otra cosa Ortega y Gasset cuando reclama de los españoles una República de estilo propio. Los Austrias, los Borbones, desviaron la inerte corriente municipalista y democrática de nuestros pueblos peninsulares, que uncieron torpemente al carro de sus ambiciones. Para caminar hacia adelante, hay que volver la vista atrás. Podemos todavía sorprender al mundo con nuestros gestos. Y entre nosotros tenemos la cantera inagotable.

Déjate, pues, del Congreso y visita más el aeródromo, y no en son de guerra, sino de paz. Ya que has nacido para volar, vuela. Y olvida un poco tus merecimientos. Tú ya diste tu tributo a la República y llegará un momento en que todos vuelvan a necesitarlo. Prepárate mientras tanto. No has nacido para construir leyes, sino para abatir águilas. Ten bien despierto el orgullo de tu misión. Pero no te salgas de tu círculo que solamente dentro de él, se sirve a la República a favor de la cual conspiraste con un éxito que no debes ni puedes borrar con seguros fracasos a los que no tienes derecho.

República (04-07-1931)
El Luchador (02-07-1931)

Rumbo a la izquierda

Por primera vez –desde que hay sufragio– España ha votado en la ciudad y en el campo, en la meseta y en el litoral, en el monte y en el llano. Ha votado lo que ha querido en Cataluña y en Navarra, en Galicia y en Castilla, en Extremadura y en Andalucía. Y se ha manifestado como es y como quiere ser. Autonomista en Cataluña, católica y pacata en Navarra, socialista en Córdoba y en Extremadura, precavida y asustadiza en Castilla, radical en Levante y en Aragón. Pero con exquisito cuidado se ha sabido apartar de toda suerte de sectores extremos. Esas candidaturas de la impaciencia y del barullo han caído al foso en todas partes. Los oscenses no se han dejado conmover por los que se llamaban rebeldes de Jaca, ni los madrileños por la candidatura del pueblo, ni los sevillanos por la disidencia de los radicales socialistas, ni los asturianos por los comunistas de Bullejos. El pueblo ha señalado una orientación, la que desea y la que quiere en estos momentos. Desea caminar hacia la izquierda sin precipitaciones, pero con firmeza. Ni las modificaciones urgentes que se anuncian en el régimen de la propiedad agraria han conmovido a los pequeños labradores del centro, ni el espantajo del separatismo ha restado un solo voto a los firmantes del pacto de San Sebastián.

La excepción de Salamanca confirma la regla general. Si en aquella provincia se han registrado el pucherazo, la coacción y la compra de votos, hay que tener en cuenta que han sido los electores despojados los que han denunciado esas extralimitaciones del monterilla y del secretario de lugar, y han sido las aldeas en masa las que han acudido a la ciudad en demanda de justicia. Ya que no les han dejado votar, han protestado sin resignarse, lo que supone un progreso ciudadano.

El Gobierno –justo es decirlo– se ha inhibido cautamente de la lucha electoral. El encasillado no se ha refugiado en el ministerio de la Gobernación, sino en el seno de los comités locales de la Conjunción, en las capitales de provincia. Donde no ha habido selección, donde ha imperado una política de cucos, de baraja y de casinejo, el diablo ha concluido con las combinaciones. No han querido darse cata en algunas provincias que, en estos momentos, no hay más cuneros que los incapaces y que el lugar de nacimiento nada tiene que ver ahora con la cédula política del candidato. Donde han luchado hombres de prestigio, ellos solitos han salido adelante. Sánchez Román no ha necesitado del mitin para obtener una votación espléndida en Madrid. José Ortega y Gasset se ha encontrado con un auditorio en León que captaba todos sus matices y fuerzas espirituales. Los charros han oído boquiabiertos a don Miguel de Unamuno. Ha sido la hora de la inteligencia y de la gallardía.

Es lástima que se queden sin asiento en las Constituyentes ciertos hombres que han debido hacer acto de presencia viril, pero no ha sido de los pueblos toda la culpa. Porque allí donde se han encontrado con una capacidad la han elevado alegremente sobre el pedestal del triunfo. Así el caso de Vergara en Valladolid, de Gabriel Franco en León, de Martínez Risco en Orense, de Martín del Arco en Guadalajara, de Alfonso Valdecasas en Granada. La derrota de buena parte de la derecha liberal republicana confirma, igualmente, esta predisposición del pueblo a no dejarse engañar. Ha sido el señor Chapaprieta, en sus combinaciones electorales, el que ha jugado una mala pasada a los señores Maura y Alcalá Zamora. Las gentes no querían profesio-

nales sino neófitos. Y neófitos que tuvieran algo en la cabeza y en el corazón. Adivinaban que en estas Cortes va a jugarse con juego limpio, y donde han visto vacilaciones, los electores se han apartado con horror.

El cuerpo electoral ha hablado bastante claramente. Cataluña ya sabemos lo que quiere y cómo lo quiere. Navarra ha desplegado todas sus fuerzas, con lo que nos ha demostrado que ya no son posibles las guerras civiles entre nosotros por motivos confesionales. Las derechas nos han enseñado sus facultades para la flexibilidad y para el acomodamiento. La enseña del agrarismo comienza a fallarles. La de la independencia también. La del regionalismo no compromete a nada. Por lo que respecta a la flor de lis, ya hemos visto que han sabido quitársela del ojal de la chaqueta en cuanto la han visto marchitarse. De todos modos, las derechas son terriblemente tenaces. En Madrid, con el remoquete de la Acción Nacional, han gastado el dinero a montones con una propaganda seráfica de sociología barata. Pero han fracasado en el empeño. No hay milagro capaz de remozar a hombres como el marqués de Lema y como Goicoechea. El mismo Ángel Herrera ha perecido en el empeño y sus lirismos sentimentales fracasaron para siempre. Pero para siempre.

Hacia la izquierda –ha dicho el cuerpo electoral, el domingo–. La República, en efecto, o es un punto de partida para toda suerte de experiencias políticas, o no es nada. A España no le asusta experiencia alguna. En realidad, ha pasado ya por las más audaces. El día que comience a verse claro en las cosas que están pasando de un modo general desde 1917, y más especialmente desde el 14 de abril de este año de gracia y de República que vivimos, se advertirá bien a las claras que, en rigor, vamos a reanudar una historia que interrumpimos a raíz del matrimonio de Isabel con Fernando, y después con los Austrias, y con los Borbones más tarde, por confundir los intereses del pueblo con los de la dinastía. En nuestros Concejos, que mató a mano armada Carlos I, estaban los núcleos vivos de nuestro espíritu nacional, y en nuestros fueros, y en nuestras Cortes, privilegios y derechos que difícilmente pueden mejorar hogaño las Constituciones más atrevidas y modernas. Sería una pena que tradujéramos lo que podamos remozar, con pequeñas diferencias ortográficas, tomándolo de nuestra vieja prosa municipal y concejil. Aragón y Castilla conservan canteras vivas de sus viejas libertades y de su autonomía pretérita. Seamos demócratas y liberales a la española. No olvidemos que nuestros problemas son nuestros, y exclusivamente nuestros. Nada más fácil que incorporar a la República nuestra tradición... republicana. España fue eso cuando era federación de ciudades y de concejos. Y nuestras Cortes no eran otra cosa sino la facultad que no enajenaba el pueblo de otorgarse a sí mismo los tributos que le parecían oportunos.

En las elecciones el pueblo señala un camino. Cauto y previsor se ha dado cata de que toda resurrección monárquica es un contrasentido y de que hay que caminar hacia adelante. No le importa la distancia, sino el ritmo. Para ir lejos, quiere tal vez ir despacio, pero ir. A los directores les importa revivir el pasado español, para que nuestra Revolución tenga su estilo inconfundiblemente español, o lo que es igual, netamente castizo, y por contera ampliamente humano y comprensivo.

La Voz de Guipúzcoa (04-07-1931)
El Luchador (07-07-1931)

Elecciones en Madrid[333]

¿Qué significan las elecciones de Madrid? Ante todo y sobre todo, el buen sentido del elector. Madrid rechaza los extremismos; no quiere derechas intransigentes ni izquierdas precipitadas. Todas esas candidaturas pintorescas, como la del pueblo donde figura un ente abstracto como «el estudiante español», del partido radical socialista disidente o revolucionario, del bloque campesino, de los anarquistas, de los comunistas ortodoxos y heterodoxos, de la pureza republicana y de los federales sueltos con capillita aparte, adquieren sufragios insignificantes. Los de Moscú, sumados, dan la misma cifra que los del señor Larramendi, jaimista o tradicionalista. El pueblo, por instinto, se mantiene en el justo medio y va detrás de lo posible, que es lo eficaz en el mundo político y en todos los mundos.

[333] Firmado como Jorge de Alba.

Dentro de la Conjunción, el buen pueblo de Madrid ha otorgado sus preferencias a ese gran domador de muchedumbres que ha sido siempre don Alejandro Lerroux. El estadista de hoy, flamante ministro de Estado y definidor admirable en Ginebra de los anhelos internacionales de los españoles, es el mismo revolucionario que sostenía ayer, en Barcelona, frente a los extremismos separatistas, el sentido unitario y nacional. Pero el revolucionario, al triunfar, es natural conservador de su triunfo, y Lerroux en el banco azul es la garantía de la conservación y de la consolidación del nuevo régimen. Hombre templado en la adversidad y en la lucha, no pierde la cabeza y sabe lo que es hacedero y rechaza lo que es utópico. Ni derecha ni izquierda; don Alejandro se sitúa en el centro.

Y recoge de los hombres de ayer y de los de mañana lo que hay de soluble y de gacetable y de posible; reúne en su torno a los hombres de buena voluntad y señala el punto de partida para la actuación de los partidos que surjan de las Constituyentes. Madrid espera en Lerroux, y con esa esperanza define su apartamiento de la derecha liberal republicana, fracasada antes de gobernar, y sirve de puente para entregar el Poder a los socialistas y a los radicales socialistas.

Después del triunfo clamoroso de Lerroux, el pueblo de Madrid ha fijado maravillosamente, en escala bien definida, matizándolas, sus afecciones espirituales. A Lerroux le ha votado con el cerebro y con el corazón, pero sobre todo con el cerebro. La enorme votación otorgada a Roberto Castrovido, que ocupa el segundo lugar, es el aplauso a la austeridad y al espíritu de sacrificio de que ha hecho siempre gala el gran escritor republicano. Felipe Sánchez Román, nuevo en política, pero cerebro firme y conciencia serena, ha llegado enseguida al corazón de las masas, que reconocen en él uno de los más altos valores de la cátedra y del foro. Ni siquiera ha necesitado exhibirse en el mitin para ganar este puesto de honor a la cabeza de los candidatos conjuncionistas. Pedro Rico sigue a Sánchez Román en las listas. Madrid quiere a su alcalde republicano, que es pachorroso y cordial, que se toca con la pañosa en el invierno y asiste en el verano, castizamente, a su contrabarrera, discutiendo las faenas de los toreros y chicoleando las buenas mozas que decoran los tendidos del coso. Los últimos puestos de la Conjunción son precisamente para los muñidores y electoreros profesionales de la Casa del Pueblo. Lo que se quiere decir que si el triunfo completo de la Conjunción se debe a la disciplina admirable de las masas socialistas, el puesto, el lugar, la selección del lugar y del puesto, la gradación, que no es caprichosa, sino finísimamente regulada y prevista, es achaque del simpatizante, que es el que, en definitiva, da siempre el sentido exacto y el valor preciso a la lucha política. Si a don Melchor Marial y Mundet, federal ortodoxo, le ha asegurado la disciplina un escaño en las Cortes, el elector de buena fe la antepone a Saborit, a Cordero y a Trifón Gómez, calificando de paso actuaciones recientes que no se han olvidado todavía; pero le vota a continuación de Besteiro y de Largo Caballero, que a pesar de sus errores supieron mantener en días difíciles la homogeneidad del partido, trocándole en este admirable instrumento que es hoy para toda suerte de ensayos y de experiencias.

Tampoco es caprichoso, ni mucho menos, el triunfo de las minorías. Ni Sánchez Guerra, ni Ossorio y Gallardo, ni Melquiades Álvarez podían faltar en unas Cortes Constituyentes. Sus electores las han barajado con otros nombres prestigiosos de la Conjunción. Ossorio, ponente de la Constitución, no podía estar apartado de los grandes debates que origina el Estatuto, aunque no compartan las Cortes su criterio. Sánchez Guerra y Melquiades Álvarez merecen la consideración y el respeto de la República. Y hasta como fiscal pacato y un poco intransigente de los acaecimientos de hogaño, es más que natural que actúe el director de *El Debate*, don Ángel Herrera. La minoría católica no podía ni debía faltar en este concierto de voces. Claro está que los postulados de la Acción Nacional son tan vagos y generales que no comprometen mucho. Se pliegan además a toda suerte de interpretaciones. Hay tantos conceptos del orden, y de la patria, y de la familia, y de la religión, que siempre podemos salvarnos del naufragio con los cables que no se pierdan en la tormenta. La Acción Nacional, que ha hecho una magnífica propaganda en estos días, ha logrado que su definidor oficioso pueda lucir su ideario, tan adaptable, en el seno de una Convención agitada y rebelde. Madrid, en suma, ha votado lo que ha querido, y ha sabido razonar y sentir su actitud colectiva en estos momentos. Desde Lerroux a Herrera, pasando por Cordero y por Saborit, la villa del oso y del madroño ha hecho, a la vez, profesión de republicanismo y de magnífico buen sentido. Los extremistas no tienen nada que hacer en esta hora madrileña.

Crónica (05-07-1931)

Las elecciones en provincias

A la hora de cerrar este número de CRÓNICA no se conocen con exactitud los resultados de las elecciones del domingo en toda España. Tardaremos –todavía– una semana en conocerlo. Las minorías que no han rebasado el veinte por ciento del número de electores que han votado tornarán a repetir la suerte. Pero con arreglo a la proporcionalidad, las mayorías las disputarán nuevamente el triunfo. Y los diputados electos, que traen actas dobles, triples, etc., habrán de renunciar en su día la pluralidad de representaciones. De modo que la composición exacta de la Cámara Constituyente no se conocerá con toda precisión hasta que se fije, dentro de unas semanas, la cifra que arrojen las elecciones parciales, allí donde se produzcan estas vacantes por la pluralidad de representación[334].

Aparte nos ocupamos de las elecciones en Madrid. Las de Cataluña, de una significación tan clara y transparente, también son motivo de glosa especial en otro lugar de este número. Sin embargo, podemos formarnos una idea bastante exacta del panorama total de la lucha. La derecha republicana ha fracasado lamentablemente. Era cosa de vaticinar este resultado. La derecha ha pasado a mejor vida antes de actuar, acaso por falta de contenido espiritual en su ideario. La República no puede confundirse nunca con una monarquía sin rey. Luego, sus componentes no han tenido inconveniente en acudir a la lucha con los muñidores electoreros más acreditados del viejo régimen. Abundan en este sector apellidos bien conocidos y hasta hace poco bienquistos en la monarquía, y el elector ha reaccionado vivamente contra estos residuos de las oligarquías. Así, Alcalá Zamora ha ocupado a duras penas un puesto de las minorías de Jaén. Los hijos de Sánchez Guerra y de Ossorio, flamantes subsecretarios de la Presidencia y de Gobernación, se han quedado sin acta. El mismo ministro de la Gobernación debe a su buena amistad con el señor Galarza el acta de diputado. Hombres tan significados como los señores Gómez, Ramón y Laca, Casuso, Recaséns y Elola han quedado desplazados en la contienda. De los ciento y pico candidatos que se consideraban triunfantes el sábado, han perecido las tres cuartas partes, que tendrán que sumarse al centro que acaudilla Lerroux si no quieren confundirse en adelante con estos indeseables disfrazados, procedentes de la Monarquía, y que han perdido el valor de sus convicciones y el sentido de su responsabilidad.

El cuerpo electoral ha determinado unánimemente que las filas republicanas comienzan en Lerroux. De esta laya, se ha situado en el centro para ir evolucionando firmemente hacia la izquierda. Todo ese programa de libertad religiosa sin rasgar el Concordato, de sistema bicameral, de concesiones tímidas en el régimen de propiedad agraria, ha pasado a mejor vida. Los señores Alcalá Zamora y Maura, que han prestado al régimen el favor inapreciable del concurso de la burguesía conservadora, no tienen ya programa que desarrollar en adelante. Quedaron rezagados porque el coco del comunismo, que anhelaban espantar, era sencillamente un fantasma. Ni aun en Castilla, donde el coco del socialismo podrá arrugar algún semblante timorato, ha logrado asentarse la derecha liberal republicana.

Con la excepción natural de Navarra y de las Vascongadas, donde los católicos han hecho acto de presencia, la meseta y el litoral se han sentido firmemente y sencillamente republicanas. El campo, que corría el peligro de debatirse en un comunismo difuso y montaraz, ha dado sus votos a los socialistas organizados. Córdoba y Badajoz, provincias eminentemente agrarias, dan un buen contingente de diputados socialistas. Así, Jaén. Castilla ha votado igualmente por las organizaciones de la Casa del Pueblo. En algunas provincias, como Guadalajara, han llevado el primer lugar. Los radicales siguen en representación numérica a los socialistas, y los radicales socialistas a las huestes que acaudilla el ministro de Estado. Los seráficos agrarios independientes, de significación notoriamente reaccionaria, han ocupado los huecos de la derecha liberal, y en algunas comarcas, como Salamanca, han roto las alianzas de los partidos de conjunción por el antiguo sistema del soborno y de la compra de votos. Con los extremismos no ha querido nada el pueblo español, y allí donde han podido campar por sus respetos, como en Asturias, se ha visto que la impulsión procedía de otros campos, a lomos del despecho y de la protesta que han dejado en las gentes los pleitos puramente locales y de barrio.

Crónica (05-07-1931)

[334] La legislación electoral de entonces facultaba a un mismo candidato a presentarse por diferentes circunscripciones, teniendo que renunciar a la representación de alguna/s de ella/s en el caso de resultar electo en más de una.

Los nuevos diputados gallegos[335]

¿Dónde están los yernos, los hijos, los cuñados, los hermanos, los sobrinos de una familia, de dos familias, de tres familias, a lo sumo, que Galicia nos enviaba como representantes y mandatarios de los campesinos de Lugo y de Orense y de los pescadores de La Coruña y de Pontevedra? ¿Qué es de don Gabino? Y los Riestras, todos los Riestras, ¿dónde están? Y aquellos cuneros anónimos, ¿dónde se han agazapado? Una sola fortaleza les fue permitido asaltar con la República, la de Lugo, y las Cortes de la República, que no quieren ya bromas, anularán el asalto, para que Galicia no se irrite y para tener la fiesta en paz.

Los diputados que ahora nos envía Galicia son sus hijos más ilustres y preclaros. Escritores, artistas, prestigios del foro y de la catedra; un panadero; hasta un agricultor, de los que labran por si mismos el campo y de los que no se llaman, naturalmente, agrarios.

Antonio Rodríguez Cadarso, el rector de la Universidad compostelana, ídolo de los inquietos estudiantes santiagueses, trae su acta por La Coruña, junto a un labriego, Beade; al lado de un médico tan prestigioso como Novoa Santos; a la vera de un escritor del fuste de Villar Ponte; junto a un novelista, Ramón María de Tenreiro. Pontevedra trae a su mayor humorista, Castelao, y a un ferroviario, Gómez Ossorio. Orense reúne, en un ramillete, a Martínez Risco, el ilustre catedrático de Cristalografía de la Universidad Central, y a Basilio Álvarez, el inquieto Abad, amigo de los campesinos; y a Otero Pedrayo, y a Pazos Cid. Cuantos ayer luchaban en silencio contra la adversidad, llegan hoy a Madrid, orgullosos del mandato de su tierra que ha sacudido las viejas amarras que la esclavizaban y oprimían.

Un grupo de diputados gallegos, que ya forma tertulia en Regina, ha tenido la gentileza de posar para CRÓNICA, mientras evocan las fiestas que han de celebrarse hoy en Galicia, con motivo de la conmemoración del Apóstol glorioso. En lugar de la ofrenda tradicional de las monedas de oro, este año Santiago se encuentra con algo mejor: con unos gallegos esperanzados y alegres, que se disponen a extirpar las viejas lacras de su caciquismo y de su servidumbre, así que las Constituyentes aprueben las normas generales con que va a regirse su autonomía. Sobre el camino de Santiago tornarán a lucir las estrellas en la noche clara y en las sombras de los senderos se oirán nuevamente los «alalás». Galicia redime su suelo, y al redimirlo, recobra también su espíritu. Este año resonará la dulce gaita en la paz de los campos, y los romeros acudirán a las rúas con las calabazas rellenas; las conchas repicarán como los cascabeles. Y estos hombres ilustres que dibujan y riman, que trabajan y sueñan, se aprestan a que el día de Santiago sea nuncio de esperanza y de libertad y de cariño entre los pueblos hispánicos, que ahora comienzan a estimarse y a conocerse, cuando pueden decir en voz alta su dolorido sentir.

Crónica (26-07-1931)

Mientras se crea el derecho nuevo

El tema de la juridicidad de la República, que es igual, de la legalidad monárquica con vigencia en la segunda República española, no ha podido entretener a las Cortes más que una sola tarde a pesar de la gran elocuencia y de los infinitos recursos abogadiles del señor Ossorio y Gallardo. Con una pregunta deshizo todo el tinglado dialéctico del monárquico sin rey el señor Alcalá Zamora. "¿Y vamos a pedirle a la Cámara republicana –decía textualmente el señor presidente del Consejo–, que siquiera por unas horas o por unas semanas establezca la Constitución que la monarquía impuso y que la monarquía deshizo?" La vigencia de los artículos de la Constitución del 76 que se refieren a los derechos individuales, valía tanto, jurídicamente, como dotar de armas de combate contra la República a los adversarios naturales de ella. La medida impolítica y absurda, era además ilegal en un período constituyente, porque no hay más ley de momento que la que conviene a la República y una República naciente no debe seguir otras normas que las que procuren su afirmación y consolidación en un plazo rápido y brevísimo. En una palabra: todo cambio de régimen, se quiera o no se quiera, debe ir acompañado de una dictadura circunstancial, que tire por la borda los preceptos legales en que se basaba el régimen viejo que sustituyó y modificó radicalmente.

[335] La firma del artículo es de Jorge de Alba, seudónimo de Sánchez Rojas.

La postura del señor Ossorio era un poco sofística desde el primer momento. Por eso, la jalearon, desde el principio, los sectores extremos de la Cámara. Con el señor Ossorio y Gallardo estaban conformes un agrario del tipo mental del sacerdote señor Gómez Rojí y un federal heterodoxo y suelto del calibre del señor Niembro. Las cartas estaban bien a la vista para hacer juego. Y el juego fracasó, procurando un triunfo parlamentario al señor Alcalá Zamora y justificando sólidamente las intervenciones de los señores Galarza y Rico. Todo el armatoste del señor Ossorio, aunque él no se lo propusiera personalmente, tendía a provocar una crisis, a intentar de nuevo el nombramiento provisional de Jefe del Estado y a halagar, de paso, como víctimas propiciatorias, a los elementos díscolos que estorban cuanto pueden la acción del Gobierno, provocando algaradas, para amparar las cuales evidentemente no se escribió la Constitución de 1876.

Es muy curioso que para poner fin al lamentable atasco en que se halla el ex-ministro de la Dictadura don Galo Ponte, se aduzcan argumentos que él mismo holló a diario desde su poltrona ministerial. El simple hecho de haber ayudado a una dictadura, de haber colaborado en ella, era un delito que tiene su sanción en cualquier momento, y mucho más en un momento constituyente. Su detención preventiva obedece a medidas policíacas elementales en una República que camina radicalmente hacia su consolidación. La juridicidad del régimen naciente no se gana con la obediencia ciega a las leyes que ha derrocado, sino con la fidelidad al espíritu revolucionario que trata de plasmar rápidamente en normas jurídicas. Por paradójico que al señor Ossorio le parezca, el derecho en este caso se traduce precisamente en el recelo y en la prevención hacia aquellos ciudadanos que además de burlar las leyes viejas, se aprestan sofísticamente a alzarse contra las nuevas que ya ha creado el pueblo y que el legislador tiene que traducir sencillamente en el primer instante de reposo que se le ofrezca.

La maniobra abogadesca del señor Ossorio ha hecho imposibles nuevas incursiones y escapadas al campo del tiquismiquis menudo, del distingo capcioso y del sofisma socarrón. Las Constituyentes no tienen más que una trayectoria clara y definida, la de articular una nueva Constitución, vigilando la acción del Gobierno, que en la hora de ahora es un simple mandatario del Parlamento. No hay más ley que la expresión diaria de las Cortes al pronunciarse y al enjuiciar los distintos acaecimientos de la vida nacional. En los escaños se gobierna lo mismo que desde el banco azul, y mientras las Cortes no se pronuncien contra la actuación del Gobierno este responde literalmente no solo a las necesidades, sino también a los anhelos del país. Yo me atrevo a sostener una tesis un tantico audaz y desenfadada: en estos momentos, no hay más normas estrictamente legales que las que el Gobierno vaya dictando hasta el momento de la promulgación del Estatuto fundamental. La razón es obvia: aquí no pasamos de un régimen jurídico a otro régimen jurídico. La monarquía, desde el año 23, vivía fuera de la ley y contra la ley. Se movía en el arbitrio y en el desenfreno: no había más voluntad que la del príncipe; el pacto constitucional, roto y burlado, era la patente de corso para el delito y para la inmoralidad. Nada dejó vigente la monarquía. Ni siquiera supo dar cauces jurídicos a su instinto de conservación. Vivimos, pues, en un compás de espera que no podemos rellenar con preceptos que colocaron a todos, gobernantes y gobernados, fuera de la zona del derecho. Las Cortes, mientras crean un derecho nuevo, elaboran el que necesitan para la convivencia social con su actitud. Es lamentable que unos hombres vivan sin libertad, pero fue mucho más lamentable todavía que ellos rompieran la continuidad jurídica de la vida nacional. No es la República ciertamente la que les crea un estado de excepción; son ellos los artífices de su cautiverio y de su estado de indefensión. La República se ha encontrado sencillamente con la situación que la legaron los mismos que hoy se quejan y se lamentan, no de los errores ajenos, sino de la torpeza propia.

La Voz de Guipúzcoa (15-08-1931)
El Pueblo Gallego (19-08-1931)
El Luchador (17-08-1931)

A un diputado constituyente

No te preocupen, amigo, las burletas y las bromas de tus electores porque no hablas a cada paso y porque es posible que en el "Diario de Sesiones" no aparezca siquiera, en el mazorral de tantos millones de palabras, tu parecer y tu opinión. Lo importante es que votes y que no te

abstengas nunca de votar. Un voto bien vale un discurso. Y el Parlamento Constituyente ni es del todo el Foro, ni es del todo la Academia, sino la plaza pública donde las masas contrastan su opinión levemente, para ir en seguida al recuento y a la ponderación de fuerzas.

No hables si no tienes imprescindiblemente algo que decir y si lo que tienes que decir no lleva tu sello personal e inconfundible. Pero di tu verdad prontamente y cállate cuando hayas acabado de decirla. Lo importante es que no pierdas el tiempo Y que no se lo hagas perder a los demás. El pecado de vanidad es el más feo de los pecados en estos momentos que no admiten tregua de ningún linaje. La retórica nada tiene que hacer en el hemiciclo. Una razón vale por dos cuando se dice con brevedad y con precisión. Tu palabra, toda tu palabra, y tu opinión, toda tu opinión, caben holgadamente en un monosílabo. Tu papeleta de elegido, que reúne el parecer de los miles de electores que tú representas y te han elegido a ti, es el modo más expresivo, más eficaz y más elegante de dejar que la huella de tu espíritu en este Parlamento, que debe enseñarte, sobre todas las cosas, a callar.

Pero el voto, ese papelito blanco que llevas a la Mesa de la Cámara después de consignar tu nombre y tus apellidos: ese monosílabo que has de decir, levantándote de tu escaño o permaneciendo sentado en él, en cada artículo de la Constitución que va a someterse a tu examen y a tu aprobación, debe henchir y llenar, suficientemente, todos los minutos de tu existencia actual. Has de ponderarlo, tasarlo, fijarlo, matizarlo, medirlo. Has de hacerlo carne de tu espíritu y verbo de tu expresión y sujeto constante y permanente de tu soliloquio. Al salir de la Cámara y tornar a tu alcoba, no puedes cerrar los ojos ni entregarte al sueño si los anhelos y las inquietudes de la patria no son los anhelos y las inquietudes tuyas. En un monosílabo y en un gesto se compendia toda la vida pública. El voto para ti es nada más y nada menos que un sacramento. Has de administrarlo con emoción y con sencillez. Tu discurso es ese, limpio de toda broza palabrera y de todo, gesto espectacular.

Despójate de todo intento exhibicionista para servir mejor a España en estos momentos y haz el sacrificio de la ausencia de tu palabra a cambio del de la presencia despierta y vigilante, de tu espíritu. No enjuicies las cosas simplemente y unilateralmente. Sobre todo, no hagas profesión de radicalismos. Piensa que las cosas son extraordinariamente complejas y delicadas. Ahí tienes, por ejemplo, amigo mío, el problema agrario. "Con tierra para los campesinos –me decía un compañero tuyo– arreglo yo ese problema". Le miro, naturalmente, un poco asombrado de su simplicidad. "Eso es lo mismo –le replico– que si yo doy unas cuartillas a tu criada para que se gane la vida escribiendo como yo. Necesitará pluma y tinta. E ideas. Y necesitará saber escribir. Y hará falta que coloque su mercancía en las empresas periodísticas. Eso te digo yo de la tierra. El campesino necesita, además de la tierra, dinero para aperos y útiles de labranza, para abono y para semillas. Necesita saber el oficio. Luego, que le rinda utilidad. Y así, tu afirmación se descompone en cien problemas sociales y económicos y puramente técnicos, que hacen sumamente difícil tu graciosa donación".

Porque, no lo olvides. Los problemas no se solucionan más que temporalmente y cada problema, que parece resolverse es el manantial de otros mil problemas insospechados que se presentan imprevistamente en nuestra vida. Lo interesante en España, ahora, no es caminar de prisa, sino caminar. Sería insensato emprender una carrera velocísima a través de la calzada para perder las fuerzas y caer exánimes y sin aliento antes de llegar a la mitad de la carrera. Lo mejor es no desandar jamás lo andado, ganar todos los días un buen espacio en la ruta y reponer a cada paso las fuerzas para darnos cata de todo lo que nos falta que andar y recorrer. Nuestro pueblo está repartido todavía en dos mitades: la ciudad y el agro, que no se entienden, ni se conocen, ni caminan con el mismo ritmo. Lo prudente es ir, poco a poco, liberalizando, republicanizando y modernizando el campo; lo sensato y lo político es ir despertando inquietudes, sobre todo culturales y espirituales, entre los campesinos; lo urgente es darnos cuenta de que solamente por la escuela puede penetrar la República entre nosotros. No es que uno se asuste de nada; es que las audaces concepciones políticas nacen muertas si no encuentran el ambiente propicio para vivir y fructificar con lozanía. Prefiero mejor la audacia en las obras que en las palabras. Y sigo creyendo que la virtud del buen político sigue siendo ahora, lo mismo que en los tiempos de Maquiavelo, la cautela. Mejor que anunciar las cosas se me antoja lanzarlas; el procedimiento de Azaña, remitiéndose a la "Gaceta" cuando se le pregunta por un proyecto que ya tiene maduro y en prensa, es cien veces más eficaz que reunir los monaguillos para tocar las campanas, sin la seguridad de que pueda haber fiesta solemne por indisposición del sacerdote o ausencia del feligrés.

En estos momentos en que va a votarse la nueva Constitución española, ya ves cómo se mueven, de común acuerdo, las derechas cerriles y las izquierdas intemperantes. El pistolero es siempre un poco trabucaire, entre nosotros, y el trabucaire es siempre, por definición, un anarquista de tomo y lomo que siente repulsión por toda norma y no puede convivir con el respeto ajeno. El malestar de estos días es hijo, tal vez, de la esterilidad de estas Cortes que todavía no son realmente Constituyentes. Urge caminar de prisa para dotar a España de la ley fundamental que necesita. La opinión que debe oírse es la de los grupos y la personal de los diputados debe mantenerse en el secreto de las minorías, para sacarla adelante si cuenta con el asenso de los demás o para desecharla definitivamente si no expresa más que una opinión aislada. Es el modo de acabar bien y de acabar pronto. Por eso, tu discurso debe ser siempre tu voto y la renuncia de tu vanidad personal será tu mejor servicio a tu idea y a tu país. Aprende de los socialistas que, desde la constitución de la Cámara están dando el más alto ejemplo de civilidad y de renunciación. Las disensiones las dejan en el seno familiar del partido y al hemiciclo no saben llevar otra cosa que la opinión total, ya tamizada por el examen, de un grupo que sabe hacerse cargo a cada paso, de la responsabilidad histórica que ha contraído. Y no hagas mucho caso de las burletas de tus electores, amigo. Hoy es la conducta y no la retórica, la que señala y regula el nivel del político actuante. Estas Cortes no son juegos florales. Muchas veces, el mejor discurso es el que no se pronuncia. En cambio, la conducta más excelsa es la del que renuncia a todo conato de vanidad y advierte que basta un monosílabo para fijar su opinión concreta, a cada paso, en todos los problemas.

La Voz de Guipúzcoa (26-08-1931)
El Luchador (28-08-1931)
El Pueblo Gallego (27-08-1931)
Política (28-08-1931)

Castilla, madre

En los dos discursos verdaderamente de antología, que hasta la fecha se han pronunciado en las Constituyentes, los de los señores don Fernando de los Ríos y don José Ortega y Gasset, no se ha hablado adrede del problema de los Estatutos. O si queréis que sea todavía más exacto, escribiré que se ha hablado de ellos, harto elocuentemente, por omisión. Para Fernando de los Ríos, España no ha contado nunca verdaderamente más que con el genio político de Castilla. Las piedras colonizadoras que en Méjico le conmovieron, de los siglos XVI y XVII, eran el sentido colonizador, universal y humano de los soldados y de los místicos de la meseta. Para don José Ortega y Gasset es evidente que la República ha venido por un acto de humildad provincial, el de las elecciones municipales, y que lo urgente en esta hora es salvar a España, «nuestra» España. A través de los comentarios de don Miguel de Unamuno en las páginas de «El Sol», danza el mismo afán rotundo, muy de un castellano de Salamanca, de salvar la unidad espiritual de nuestro pueblo y de nuestra lengua, ya que federar debe ser siempre unir lo separado, pero no desarticular lo que ya forma una masa homogénea y compacta.

Porque yo no sé lo que nos ha pasado a los castellanos en esta hora, que hemos hecho un alto en el camino para rezar en voz alta y para seguir adelante. Hemos mirado siempre con amor a Cataluña; hemos recorrido sus ciudades y sus pueblos, su mar y su montaña; hemos aprendido su lengua, hemos amado su genio y su gracia en Verdaguer y en Maragall. A lo largo de nuestra vida de escritores, no hemos escrito jamás un reproche contra ese pueblo. Al lado de Cambó, deshacíamos el tinglado de las Diputaciones castellanas frente a Cataluña en 1918; los días de la Dictadura suscribimos un mensaje de amor a nuestros hermanos catalanes; los veinte años de nuestra modesta vida de escritores han sido consagrados enteramente a exaltar a Castilla en Cataluña y a Cataluña en Castilla. Pero al advenir la República, creímos siempre que nuestra identidad espiritual iba a iniciarse entonces. Por encima de nuestras diferencias regionales, nacionales si queréis, teníamos un deber elemental: el de buscar una fórmula política superior que disolviese nuestras pequeñas diferencias de matiz. Los castellanos –y esto no quería reconocerse en el litoral– teníamos el mismo dolor que los catalanes. Mucho antes que a estos Felipe V, nos arrancaba, a nosotros Carlos I, el emperador flamenco y ladrón, amigo de Adriano y de Xebres, nuestras autonomías municipales. En Villalar moría una República muni-

cipal para sobrevivir un pueblo muerto, en nombre del cual se levantaba el fantasma del absolutismo y el espantajo de la monarquía católica y universal, ajenos por completo al espíritu libre de Castilla. Castilla madre moría del parto. Se fue su sangre con América, y todavía exhausta y agónica, se alzaba por última vez en Ávila con la Junta Santa, para oponerse a los gastos de coronación de Carlos V. Los Austrias, después de estrangularla, falseaban su espíritu –como en nuestros días los Borbones lo han falseado también– creando aquel Imperio en cuyos dominios no se ponía el sol, pero en los que no se comía ni se cantaba jamás. La picaresca la traen los flamencos a Castilla. A la alegría desenfrenada del arcipreste sucede el humorismo acartonado de Quevedo y a las coplas de Juan del Encina y a los cantares suculentos de sus pastores en los prados y montes del común, las hambres de los bachilleres y las gazuzas trágicas de los Lazarillos. Es posible la dominación de los catalanes con Felipe, aparte de las razones históricas del apoyo del Principado al archiduque, porque Castilla ya no cuenta para nada en la Península. Su aventura de las Comunidades la aplastó para siempre. Y no hay que olvidar que ahora también en 1931, ha sido francamente un movimiento municipal el que produjo en la meseta lo mismo que en el litoral y en la costa, para acabar con la vergüenza de la monarquía.

Los castellanos al libertarnos de una pesadilla hemos creído que Cataluña al pensar en sí misma, pensaría también en Castilla y en los demás pueblos peninsulares. Hablar de pueblos libres con la República nos parece ahora el mayor y más peligroso de los contrasentidos. El interés local, el regional queda, desde el 14 de abril, relegado a un segundo término ante el mundo de posibilidades infinitas que se encierran en esa palabra mágica España, que todos tenemos el deber de traducir al lenguaje del amor que es el de la libertad. No se habla con franqueza desde Cataluña. Se nos habla de comprensión a los castellanos, que estamos harto dolidos de comprenderlo todo, y de cordialidad, a nosotros que lo hemos dado todo siempre sin pedir en cambio más que un poco de piedad y un poco de misericordia para nuestra pobreza. Pero tenemos nuestro tesoro espiritual, este de España, todo lo diferente y matizado que queráis, pero uno solo cuando se proyecta hacia fuera y hacia el mundo. Federales o unitarios –como queráis– pero españoles. Nosotros no decimos castellanos, con ser nuestra lengua que habláis y con haberos regalado nuestro patrimonio espiritual, el de nuestro Romancero, el de nuestro teatro, el de nuestro derecho municipal, el de nuestra altanería. Y ahora, al decir nosotros República decimos también todo eso, y nos llena de asombro y de pena que no se quiera advertir que tenemos un pasado limpio que legar a este presente histórico español, que requiere toda suerte de asistencias espirituales. Esta huelga barcelonesa me llenó de dolor, porque los que la dirigieron bien amistados por lo visto con los hombres que se imaginan representan a Cataluña en estos momentos, nos dan la sensación cabal de lo que puede ser un ensayo de soberanía en una región que no quiere apoyarse para vivir en el brazo fraternal de las demás regiones españolas. Ni esas colaboraciones ni esos confusionismos son patrimonio de Castilla en esta hora. Es la táctica y hasta la estrategia de la petición y de la demanda lo que nos duele sobremanera y la que nos enoja también. «El que quiera salvar su alma, la perderá» dice el Evangelio. El que la pierde en un acto de generosidad, dándose enteramente, es sabido que, al final de la ruta, se encuentra con la salvación y con la alegría. Aún hay tiempo de mirar en redondo y de prescindir de tópicos de retórica histérica que carecen de contenido, y que están, por el contrario, henchidos de peligros. Ved la elocuencia de Castilla en esta hora con su silencio que se empeña en ser piadoso para no ser acusador. Silencio de madre, que, en la hora de las grandes locuras de los hijos, seca las lágrimas de sus ojos para contar los ochavos que hay en las gavetas y hacer frente a las locuras de los retoños cuyo sueño vigilará en las altas horas de la noche, serena y sonriente.

La Voz de Guipúzcoa *(*17-09-1931)
*El Luchador (*17-09-1931)

Patria y religión

Cuando este artículo aparezca habrá comenzado a discutirse, en nuestras Cortes Constituyentes, el problema religioso, o, más bien, el eclesiástico administrativo que con el Estado actual del catolicismo español se relaciona. En el artículo III, capítulo I, artículos 24 y 25 del proyecto, se contiene la doctrina de la Comisión. El artículo 24 dispone que "todas" las confe-

siones religiosas serán consideradas como asociaciones sometidas a las leyes generales del país. Se declara en él así mismo que, en ningún caso, el Estado podrá favorecer, auxiliar y sostener convenientemente a las iglesias, instituciones y asociaciones religiosas. Finalmente, el Estado disolverá todas las asociaciones religiosas y nacionalizará sus bienes. En el artículo siguiente –25 del proyecto– se garantizan la libertad de conciencia y el derecho de practicar cualquier religión, sin otras limitaciones que las exigidas por la moral pública; se declara legítimo el ejercicio del culto religioso en los templos respectivos y se niega el derecho de obligar a nadie para que manifieste oficialmente sus creencias. Añadamos que se afirma que la condición religiosa no constituye circunstancia modificativa de la personalidad civil ni política, con excepción del precepto constitucional relativo al nombramiento del presidente de la República española. He aquí, fidelísimamente extractadas, las aseveraciones del proyecto constitucional en torno a la cuestión religiosa.

Si bien se mira, buena parte de esta doctrina se encuentra ya en vigor en la mayoría de las constituciones europeas de la postguerra. Pero en Alemania –donde no existe Iglesia oficial– las confesiones religiosas administran sus asuntos con entera independencia del Estado y adquieren la capacidad jurídica con arreglo a las normas corrientes de la ley civil. Las confesiones de índole religiosa son, por ende, corporaciones de derecho público que pueden fijar impuestos y tributos a sus asociados. La Constitución alemana garantiza la propiedad de las asociaciones religiosas sobre sus instituciones y establecimientos de culto, enseñanza y beneficencia. Así la Iglesia vive de hecho, en Alemania, vigilada por el Estado. A esta vigilancia aludía el señor Zulueta, con magnífico tacto político, en su discurso en pro de la totalidad del proyecto de Constitución, pronunciado en la Cámara hace varias semanas con el asentimiento y aplauso de casi todos los sectores de ella, y a esa vigilancia nos referimos nosotros, en estos momentos de tanta gravedad histórica, en que se ha de resolver el problema, más que religioso, que aquí no se trata de encender o de apagar la fe de los hombres en lo sobrenatural, administrativo-eclesiástico, cuyas mudanzas en los tiempos no rozan, de lejos ni de cerca, con las convicciones íntimas y honradamente profesadas.

En España, el que no es católico no suele ser adepto, practicante ni militante de ninguna otra confesión religiosa. El catolicismo, por otra parte, es la religión de casi todos los españoles que militan en una religión. Si se quiere que la religión romana pase de un régimen de privilegio a otro de estricto derecho común, acaso valdría más que se fuera acentuando la evolución sobre seguro que sobre palos de ciego que, al final, rebotan sobre el Estado en los comienzos de una nueva vida constitucional.

Tornamos nuevamente al punto de vista de don Luis de Zulueta, que nos ha parecido el único político, y por tanto, el único posible. A juicio de don Luis de Zulueta, mejor que disolver las órdenes religiosas, que pueden retoñar lozanamente fuera de la ley, comprometiendo la salud de la República, debemos pensar en encajarlas y someterlas a la ley de asociación, convirtiéndolas, como en Alemania, en asociaciones de derecho público. Y mejor que nacionalizar estos bienes de las órdenes religiosas, que generalmente están a cubierto de todo asalto, figurando como de la propiedad de súbditos y compañías extranjeras, intervengamos cautelosa y discretamente en la administración de tales propiedades para evitar el escamoteo legal, imponiendo toda suerte de trabas y de limitaciones cuando se sospeche que sus títulos no son muy limpios, ni su procedencia muy tranquilizadora.

Auguramos grandes debates en torno a esta que ha dado en llamarse "la semana religiosa" de nuestras Cortes Constituyentes. No es cosa de evocar, ante los diputados sacerdotes como los señores Pildain, Gómez Rojí, Álvarez, García Gallego, Molina y López Dóriga, las sombras venerables de nuestros curas doceañistas o del famoso trío de las Constituyentes del 69, formado por Manterola, Monescillo y Cuesta. Aquellos hombres no podían adivinar los problemas que hoy debatimos nosotros, los que hacemos de la patria una religión y los que quieren convertir su religión en una patria exclusiva para ellos. Hoy no enfilamos solamente con la inteligencia los problemas nacionales; pedimos, para paliarlos y curarlos, el concurso de nuestra sensibilidad doliente. No tratamos de derribar altares, sino de alzar otro, en nuestra esperanza, a nuestra Patria común, a la que queremos un matiz espiritual, porque es nuestro sueño hecho paisaje y hecho historia y hecho tradición de libertad, y de justicia, y de poesía.

La Voz de Guipúzcoa (06-10-1931)
El Luchador (05-10-1931)
El Pueblo (Tortosa) (07-11-1931)

El nuevo Presidente y el nuevo Ministro[336]

El nuevo presidente del Gobierno de la República española nos da un poco la sensación de un opositor afortunado que por deporte hace unos ejercicios ante el tribunal competente, y que, por azares del destino, se ve obligado a ocupar una plaza en el momento de la vacante, ocurrida precisamente a las veinticuatro horas de haber demostrado una suficiencia excepcional. Azaña, ministro de la Guerra el día 13 de Octubre, es jefe del Gobierno el 14, precisamente por su discurso del día anterior. Juego desinteresado y elegante de sus condiciones naturales de estadista y de gobernante. Digámoslo enseguida: se ha hablado con tanta elocuencia en nuestras Cortes, pero con más eficacia nunca. Porque las palabras sobrias, densas, castellanísimas, del señor Azaña provocan un cambio de postura en la minoría socialista y, por ende, la aprobación de un nuevo dictamen en nuestro texto constitucional en lo relativo a materia religiosa, y consiguientemente la salida del Gobierno de los señores Maura y Alcalá Zamora. Las discrepancias en punto a orden público, a propiedad, que no habían logrado la escisión púbica, aparecen en la superficie así que se topa con la Iglesia y sus aledaños. Nos parecen los ministros salientes vencidos que no se consuelan ante la derrota y que se declaran sin fuerza bastante para romper compromisos que puedan haber adquirido con determinados sectores sociales de nuestro país.

El hecho es que al señor Alcalá Zamora ha sustituido el señor Azaña, y que la psicología de ambos personajes es completamente distinta. Alcalá es hoja y flor; grano y fruto, el señor Azaña. Alcalá habla demasiado y Azaña demasiado poco. El uno amaga sin dar en el blanco, y el otro anuncia el deporte cuando el punto de mira está acribillado por los balines. Azaña es un pragmático, y el otro, un teórico. Al uno le preocupa el tiquis-miquis doctrinal, y al otro la salud de la República. Don Niceto, cordobés, es paisano de Góngora y Argote, y Azaña, alcalaíno, coterráneo de Cervantes. Si le tiran la silla, Azaña anuncia que es de la escuela de Pedro Crespo, el alcalde de Zalamea, porque replica derribando la mesa. Azaña, para decirlo pronto y bien, es gobernante, y él, que ha sido capaz de arreglar del todo el vidrioso problema militar, tiene derecho a que los españoles esperemos que pueda enfrentarse con los demás problemas.

Azaña es, de cuantos se sientan en el banco azul, el más europeo de los ministros. Y en el Parlamento, el más moderno de los oradores. Su palabra es como su obra; rápida, tajante, un poco dura. Ofrece lo que puede, sin ir un punto más allá, y puede, según el momento de la oferta. Sabe que lo político es nada más y nada menos que lo posible, y que lo posible es siempre lo circunstancial. Conoce bien España en su presente y en su pasado, y en él la cultura es la mejor aliada de la realidad. Ateneísta, escritor de limpio linaje y de la mejor solera, político de temperamento, creemos que la República y España han encontrado en Azaña al hombre del momento que necesitan.

Se nos antoja que con Azaña la República comienza a gobernarse desembarazadamente y en republicano. Ya nos dijo él que la República será respetada, y desde luego temida. Se dolió de la suerte de los que atentan contra su salud. Cantó, en fin, las excelencias de una autoridad inexorable que irá destruyendo los extremismos de los impacientes y de los insensatos.

El nuevo ministro

José Giral y Pereira se llama el nuevo ministro de Marina. Nosotros, los salmantinos, le conocíamos muy bien. Para todos era el boticario y el químico de la Plaza Mayor, y para nosotros, los estudiantes, el catedrático de veras eminente de Química Orgánica en la Facultad de Ciencias de la Escuela. Nosotros, que compartíamos su fe política y su esperanza en los destinos de una España republicana –la fe y la esperanza son las dos virtudes teologales del político, que debe rechazar casi siempre la caridad–, sabíamos de su entereza, de su integridad, de su abnegación personales. En el verano de 1917, cuando la huelga revolucionaria, pasaba un mes largo en la cárcel por la denuncia estúpida de quienes imaginaban al insigne químico fabricando nada menos que bombas explosivas. Después venía a Madrid, abriendo un laboratorio químico en la calle de Atocha. Recientemente ganaba, en nuevas oposiciones, otra cátedra de Química en la Central. Durante la Dictadura tornaba a la cárcel con cualquier pretexto o sin pretexto alguno, y al proclamarse la República era nombrado rector de la Universidad Central y consejero de Estado.

[336] Artículo publicado bajo la firma de Jorge de Alba

Giral, con Azaña, con Bello, con Peñalba, con Ramos y con otros, había fundado ese elegante y eficaz grupo político de Acción Republicana en los años de la Dictadura. En él ha destacado Giral las mejores calidades de su espíritu: su laboriosidad incansable, su tesón españolísimo, su ética inmaculada, su limpio espíritu de sacrificio. Hijo del trabajo, de un trabajo que le permite toda suerte de holguras y de comodidades, ha preferido siempre los riesgos que lleva aparejada la actuación política en nuestro país. Y el ministerio de Marina, será para él un puesto de honor, que soportará con alegre estoicismo para servir mejor a la República.

A la política activa se desplaza hoy el doctor Giral, uno de nuestros más altos valores universitarios. Fervorosamente deseamos que la suerte le acompañe en su labor. Porque tornamos a confesar sin rebozo alguno que desde hace muchos años, desde mozos, sentimos la más cordial simpatía por aquel boticario de la Plaza Mayor de Salamanca, que creaba una legión de químicos y de patriotas, a la vez, en su laboratorio de Química Orgánica de la Facultad de Ciencias.

Crónica (25-10-1931)

El Jefe del Estado

Seguramente en este mes de gracia y de República que ahora comenzamos ocurrirán dos grandes acontecimientos políticos: la aprobación de la Constitución, que ahora se está elaborando en nuestras Cortes Constituyentes, y el nombramiento de Presidente de la Segunda República Española. Vale la pena que meditemos un momento sobre estos dos temas. La Constitución no es enteramente socialista, ni completamente radical, ni tampoco reaccionaria, ni henchida de ponderación. Es un mosaico, como el taller, un poco revuelto y caótico, de donde ha surgido. Unas veces ha vuelto la espalda a la realidad y otras ha pecado de tímida y medrosica, sobre todo cuando se discurría a remolque de los Estatutos que han de discutirse después. La figura de Estado que esboza nuestro futuro Código fundamental es algo extraña, ciertamente.

Cede en la lengua, en la enseñanza, facultades que no puede ni quiere ceder ningún Estado europeo. Peca, en general, de recelosa. Legisla demasiado sobre propiedad, sobre religión.

Es obra de algunos partidos, no de todos. Cuando no peca por exceso, peca por defecto la Constitución, y dentro de muy poco será una experiencia preciosa que nos dará a conocer el verdadero pulso de España.

La elección de Presidente será por el voto de las Cortes, sin nuevos compromisarios, como quería el señor Ortega y Gasset, a la usanza americana, que harán uso de esta facultad, como es lógico, inmediatamente que ellas, en uso de su soberanía, promulguen la nueva Constitución. No creo que se gasten arriba de ocho o diez sesiones para discutir el articulado que falta, ya que lo principal está discutido y aprobado. Cabe lógicamente la hipótesis de que el Presidente sea elegido del 20 al 30 del mes de Noviembre, en que acabamos de entrar.

Suenan cinco o seis nombres para candidatos: el señor Lerroux, el señor Besteiro, el señor Alcalá Zamora, el señor Menéndez Pidal, el señor Ortega y Gasset, el señor Cossío. El señor Alcalá Zamora, intencionadamente, se ha alejado de la más alta magistratura.

Se le quería colocar sobre los partidos, y él se ha empeñado en inspirar ese grupo llamado progresista, que ha visto superado su programa en la realidad política antes de actuar. El señor Alcalá Zamora, que hace unos meses era el candidato triunfante, es hoy uno más, al que acaso votasen los elementos católicos y agrarios, y tal vez los radicales, para quienes la exaltación del señor Lerroux a la Presidencia equivale a la muerte del partido radical, pero que necesitaría amplias explicaciones para lograr los sufragios de las izquierdas. El señor Lerroux tiene la enemiga de los socialistas, iniciada hace ya dos meses por el señor Prieto, y su presentación podría producir –por una de estas paradojas algo difíciles de descifrar, conociendo la psicología de la Cámara– el triunfo, que hoy parece lejano, del señor Alcalá Zamora. El señor Besteiro sería acaso el candidato ideal, y, desde luego, el más lógico en estos momentos, ya que cuenta de antemano con el respeto y con el afecto de las Cortes; pero se debe a un partido que acentuaría demasiado su hegemonía consintiendo que la Presidencia de la República recayera en un correligionario. Los señores Menéndez Pidal, Ortega y Cossío, nombres prestigiosísimos en el mundo intelectual, no tienen fuerza política notoria.

No es cosa de vaticinar lo que puede ocurrir dentro de veinte días, que ahora el día está bien henchido de emociones y de problemas, siendo el mañana distinto al hoy, que no se parece

al ayer, y trayendo cada jornada su afán o, mejor aún, sus afanes y sus inquietudes. Estamos viviendo desde el 14 de Abril, en poco más de medio año, todos los lustros que hemos vegetado y dormido con la Regencia y con la guerra, para encararnos de hoz y coz con los problemas juntos, en toda su crudeza y en toda su extensión. Nosotros pensamos, sin embargo, que la candidatura del señor Alcalá Zamora no ha perdido aún toda su fuerza, y que hoy mismo, a pesar del eclipse de popularidad por que atraviesa el frondoso tribuno cordobés, es más que posible, probable, sosteniendo su probabilidad precisamente el temor de que surjan otros nombres que sean la verdadera manzana de la discordia. De todos modos, al aprobarse la Constitución surgirá lo inevitable. Del mismo modo que la elección del señor Lerroux supone la disolución de la vieja guardia radical, la del señor Alcalá Zamora lleva aparejada también la muerte política de su grupo. Los radicales, en todos los casos, están llamados también a vida nueva. Luchan ya dentro del partido dos tendencias que son del todo incompatibles. Solamente un Ministerio inmediato, presidido por Lerroux, que templara gaitas y ahogase las discordias en el bosque del presupuesto, atajaría la crisis. Los socialistas, que están demostrando un buen sentido, se alejarán del peligro de la colaboración para preparar la lucha que les espera, y dura, con todas las fracciones republicanas en los próximos comicios.

Hoy por hoy no surge una figura nueva que contrapese la del señor Alcalá Zamora. El señor Lerroux es demasiado listo para solicitar la jubilación, que no otra cosa significa para él la Presidencia. El señor Besteiro, hombre disciplinado, se debe a las normas de un partido, y su opinión personal, varias veces expuesta, es amiga del retraimiento y de la oposición en cuanto se formen Gobiernos nuevos. También podemos anticipar que no pueden ser homogéneos si estas Cortes han de deliberar sobre los Estatutos, la reforma agraria y los proyectos financieros, a cuya vida parlamentaria ha vinculado la suya el Gobierno.

De todos modos, las Constituyentes tienen limitada su tarea. Presidente nuevo. Ministerio nuevo, crearán enseguida la necesidad de Cortes nuevas. No ha de pasar de la primavera la movilización del cuerpo electoral. Para momentos constituyentes era necesaria una conjunción sincera de fuerzas republicanas; pasados estos, y ya están tocando a su término, la vida política del país exige el choque y la polémica de los distintos grupos, que tienen concepciones diversas acerca de los problemas fundamentales que necesita resolver el país para volver a su vida normal.

Crónica (08-11-1931)

Año de nieves, año de bienes

Año de nieves el de 1930, hay que examinar brevemente lo cuajado que ha sido de bienes de toda clase para el porvenir liberal y democrático de España. El 15 de Diciembre de 1930 cae una espesa nevada en los Pirineos; Jaca se blanquea una vez más; el albo sudario se extiende hasta Ayerbe por la carretera, y pasa el monte de Guara para salpicar a Huesca. La nieve es sudario de héroes. Los tejados de los Ximénez de Embil se blanquean en Ayerbe, y el santuario de Cillas es un refugio y un asilo contra el temporal, y en el Campo de los Mártires, junto al palacio de Ramiro el Monje, se tiñe de sangre la blanca sábana inmensa. ¡Galán y García Hernández!...[337] Ha pasado un año, y ya esos dos muchachos, el exaltado y el tímido, el ejecutor audaz y el camarada fiel, son personajes místicos y legendarios. Andan en coplas de ciegos por las ferias y han quedado para siempre grabados en el corazón de los buenos españoles. ¿Quién no sabe hoy quiénes son Don Pío, el "Esquinazao"[338], Ramón Acín[339]? ¡Locos que fueron cuerdos, sus locuras dieron frutos de bendición antes del año!

¡Efeméride gloriosa esta del 15 de Diciembre 1930-1931! Por primera vez vencen el romanticismo, el espíritu de sacrificio, el ímpetu cordial, el empuje generoso y abnegado, en las que fueron aguas encharcadas y quietas de la política española. No se domina más que en la super-

[337] El 15 de diciembre de 1930 se sublevaron varios militares en Jaca contra la monarquía de Alfonso XIII. La sublevación fue sofocada y ejecutados los capitanes Miguel Ángel García Hernández y Fermín Galán Rodríguez.

[338] Antonio Beltrán Casaña (1897 – 1960). Político y militar español. Destacó por su participación en la fallida sublevación de Jaca.

[339] Ramón Arsenio Acín Aquilué (1888 – 1936). Pintor, escultor, periodista y pedagogo español de ideología anarquista que puso a los sublevados de Jaca en contacto con el comité revolucionario de Madrid.

ficie el alzamiento de Jaca; España, detrás de ella, acecha en pie, esperando el momento de la revancha. Por todas partes se desarrollan episodios sueltos, inconexos, fáciles de domeñar, pero imposibles de apagar del todo. A fuerza de agua se han extinguido las llamas, pero las llamas permanecen vivas y España quiere cambiar de postura. Se contesta al anhelo a tiros, se cometen dos asesinatos, se persigue, se encarcela, se destierra y se deporta a todo buen español. La autoridad ha huido del Poder y no es del todo claro que el gobernante cuente con el apoyo de los fusiles. El Poder se ha hecho faccioso y la ley se ha declarado revolucionaria y protestaría. Los presos de la cárcel gobiernan al pueblo, y el que es hoy Presidente de la República, emplea sus horas de recreo en el patio de la prisión apuntando los tantos que sus compañeros hacen a la pelota. Fernando de los Ríos, Maura, Casares, Albornoz, sonríen detrás de los barrotes. Domingo y Azaña viven a salto de mata, cambiando de lecho cada noche y de aposento. Prieto, disfrazado, se la juega a la policía en Madrid y gana la frontera. Lerroux escondido nadie sabe dónde aunque todos se lo dicen al oído, escribe cartas a su vieja guardia, acortando fechas. El general Berenguer camina de desastre en desastre. La crisis de Carnaval, con la breve intervención de Sánchez Guerra, deja en descubierto a la Monarquía, que piensa seriamente en sus billetes de ida. Las Sesiones del Consejo de guerra, juzgando al Comité revolucionario, convencen al más torpe que la ley escrita no tiene fuerza alguna contra los estados de opinión.

La sangre sobre la nieve de los campos altoaragoneses es generosa y es fecunda. Contra todas las previsiones, el cambio vendrá fatalmente, no entre ríos de sangre y de oprobio, sino como gentil consecuencia de una explosión de ciudadanía y de dignidad. La barricada es la nota electoral y el arma mortífera una papeleta impresa con unos nombres. Aquel domingo, 12 de abril, vamos a votar todos, con una emoción indescriptible; nos duele España dentro del corazón y daríamos nuestra sangre por la suya, sin una alharaca y sin un gesto. De madrugada sabemos que hemos ganado la partida, y durante el lunes, 13, nos consume y devora la fiebre de la impaciencia. Al fin, el 14... Al fin, el 14, a los cuatro meses justos del alzamiento de Galán y de García Hernández, presenciamos el cambio. En una pequeña ciudad de Castilla, nos coge a nosotros, enfermos y convalecientes; a las siete de la tarde ondea una bandera tricolor en el balcón del Concejo; seis horas antes, ya sabemos que la confidencia del telegrafista, amigo y correligionario en la religión del amor a la Patria, que el golpe de mano está definitivamente ganado para horas después. Y jubilosos, marchamos a la capital de la provincia a notificar la buena nueva. En la Casa del Pueblo de Salamanca, la cabeza blanca de Unamuno se curte, descubierta al sol de la tarde. Se oyen las viejas canciones de libertad. El día de gloria –cantamos con "La Marsellesa"– ha llegado: el pendón de la tiranía que se alzaba contra nosotros, es ya un guiñapo que nadie recoge porque cayó al sumidero.

15 de Diciembre; 14 de Abril; 11 de Diciembre: vamos coronando, poco a poco, la obra ingente, española; tenemos Constitución y tenemos Presidente; el que apuntaba los tantos a los jugadores de pelota en el patio de la Prisión Celular de Madrid encarna hoy la soberanía plena del pueblo, rector de sus destinos. Amapolas rojas de Diciembre son blancas papeletas ciudadanas en Abril y pleno ejercicio de soberanía, al año justo....

Año de nieves, año de bienes…

El Adelanto (16-12-1931)

Balance de 1931

Los acontecimientos políticos han sido de tal importancia en el año que termina ahora, que han borrado por completo todos los demás; por altos que hayan sido el alcance y la significación de ellos. La literatura se ha hecho tributaria de la política en el año 1931; en los escaparates de las librerías no se han visto sino cubiertas de volúmenes con estudios y glosas acerca de la cosa pública. Al teatro han llegado también las salpicaduras; desde Felipe Sassone, pasando por Alberti, hasta los autores de sainetes y de piezas alegres y frívolas, se han visto obligados a estudiar los cambios que en la realidad social de España han penetrado con el cambio del régimen político. La misma vida social ha sufrido una honda perturbación. Unas clases pierden sus posiciones de privilegio y otras desarrollan una marcha ascensional, lenta, pero segura, hacia el bienestar y la riqueza. No hemos cambiado de rótulo solamente: hoy las evoluciones políticas llevan aparejadas las sociales y económicas. Y vivimos un momento de intensa tensión

dramática. Estamos en el pórtico o en el prólogo todavía y en el crítico instante de levantarse la cortina para empezar la representación, cuyo desenlace desconocemos. Los sacudimientos de Europa llegan, al fin, hasta nosotros, y tenemos que resolver de una vez los problemas que hemos soslayado durante todo el siglo. Ahora vemos claramente que con la Restauración, lejos de continuar la historia de España –como dijo Cánovas–, se interrumpió bruscamente. Y vemos más: que hemos estado soñando, durmiendo a la bartola, aquietados y entumecidos, acaso durante cuatro siglos y medio. La crisis, vista desde lo alto, viene de allá, de muy hondo y de muy largo; y al cobrar el pueblo el pleno uso de su soberanía bajo un régimen plenamente republicano y democrático, hemos de aguantar las convulsiones de los que siempre vivieron sin voluntad y al dictado de los príncipes.

Año cuajado de acontecimientos el 1931, hay que convenir que las cosas se han sucedido de un modo que podemos llamar biológico y normal. Advertimos con el nacimiento del año, reciente el episodio de Jaca, que la autoridad se había asentado del Poder público y que se había hecho netamente revolucionaria y protestataria. Enseguida, en Carnaval, presenciamos el espectáculo curioso de que un ex Presidente del Consejo, con el asentimiento del entonces jefe del Estado, llamaba a colaborar en un Gabinete a unos hombres que la ley encarcelaba y procesaba por delitos políticos tan calificados como los de rebelión y sedición.

En Marzo, ante un Consejo de Guerra, los acusados se trocaban en fiscales, y los fiscales presenciaban el espectáculo impasibles, porque sin autoridad, los preceptos de una ley escrita, que estaba muerta para el corazón del pueblo, no tenían fuerza bastante para obligar a nadie. En Abril, el cambio de régimen se operaba por una votación ciudadana en los comicios. Todo llegaba por sus pasos contados y en sazón. Era la fruta madura que caía del árbol: bastaba con alargar la mano para gustarla a placer. El que ha dicho que el ex monarca trajo la República, ha dicho una gran verdad. Sin la Dictadura, determinadas fatalidades patológicas la hubieran hecho inevitable; con la Dictadura se trocaba en una letra que tenía que vencer en un plazo necesariamente corto.

Ya en Mayo, esta vergonzosa injusticia que era el estado social de España pugnaba por cambiar, y empezamos a enumerar la lista de todos los problemas que nos habían legado. Eran sencillamente todos los problemas, pero todos. El político, el social, el religioso, el económico; todos. Había que empezar por el principio y que volver las cosas de arriba abajo. El campesino no podía seguir con su explotación secular; se alzaba el campo. La Iglesia quería vivir con sus privilegios; la Iglesia se resistía. Los espadones grotescos de Marruecos amenazaban; se partieron en pedazos los espadones. Se renovaba el personal político. Se hacían de prisa, sin la selección que sólo puede buscarse en los días normales, las primeras elecciones. Nacía otra España. Funcionan las Cortes durante seis meses. Hacen una nueva Constitución. El año acaba con la elección presidencial. Tenemos la base jurídica donde asentarnos para caminar, o, como ha dicho Ortega y Gasset, «terreno firme para hincar los talones».

Y así nos despide el año 1931. Todo marcha. España vive. Vive agitada, anhelosa, ensoñadora, porque vive horas de juventud y de esperanza. Tenemos una tarea urgente: la de dar un sentido español a nuestra vida colectiva. La política sigue borrando las demás actividades espirituales del pueblo. Durante el año 1932, que ahora comienza, España tiene que rellenar de la substancia de su Constitución el contenido de sus leyes del porvenir. No le demos vueltas; vamos hacia adelante; lo que pasó, está biológicamente liquidado y muerto. Hoy somos ciudadanos; nada más y nada menos que ciudadanos; todos estamos forjando historia y haciendo patria. ¿No sentís un santo temblor al escribir o al hablar a nuestros hermanos los españoles, en esta hora, cuajada de eternidad?

Crónica (27-12-1931)

CRÓNICA EXTRANJERA

Los estudiantes

La agitación interna que se advierte en Rusia, recrudecida hoy por gravísimos síntomas, es obra en la cual han intervenido los escolares del Imperio. Vienen estos predicando en las aulas, en los meetings que son disueltos a cintarazos por la policía, desobediencia a las arbitrariedades del Zar y su gobierno y son heraldos y porta-voces [sic] de las ideas nuevas. Las célebres algaradas de 1904 en la Universidad de Moscou tuvieron inmensa resonancia; ellas me sugirieron un artículo que publiqué en el número de *Gente Joven* correspondiente al 31 de Diciembre de aquel mismo año[340]. Pidieron entonces los escolares al Gobierno del Zar una modificación fundamental de las leyes del Imperio. Nicolás II, en un mensaje dirigido a los Consejos, se comprometía solemnemente a dar a su pueblo una legislación compatible con la libertad.

Y esta revolución lenta, sorda pero formidable, que pregonan los escritores, los obreros y los estudiantes, no lleva trazas de ser ahogada con fusilamientos y deportaciones a la Siberia. El pueblo está cansado de aguantar las veleidades de un hombrecillo enteco, las torpezas de unos gobernantes necios y las atrocidades de esos grandes señores, manchados de sangre, que forman la camarilla de la corte peteroburguiana. Y son los escolares los que llevan con la fuerza y los bríos de una juventud osada, la guerra santa a los campesinos, –a estos fantasmagóricos campesinos que hemos visto desfilar en las páginas de Gorky y de Dostoyewsky–, cansados de haberla hecho ya en la cátedra, contra almas ruines.

La Universidad rusa ha estado sometida siempre a las conveniencias del Imperio. El Rector no es una autoridad intermedia entre el Claustro y el Gobierno, con la delegación de este, como en los países constitucionales, sino un inaguantable Inspector de policía. A mediados del pasado siglo, los catedráticos rezaban en alta voz, antes de comenzar sus explicaciones. Detenido un escolar, el Rector no le devolvía la libertad, sino previa la absolución de sus pecados. "En 1839, –escribe Ossipdourié[341]–, visitó Nicolás I la Universidad de Kiew y expuso en su discurso a los estudiantes, sus ideas respecto a la educación, que fueron religiosamente observadas por sus sucesores". "Estudiad, –dijo– pero esto no es todo, la ciencia sola no produce buenos frutos; necesita hijos fieles al trono, una abnegación sin límites, una sumisión que no razona, una obediencia absoluta". Y después, dirigiéndose a los catedráticos, el Emperador añadió: "Y vosotros sed cautos. La ciencia puede seguir su curso, pero si no cuidáis preferentemente de desenvolver las nociones de una moral, si no influís sobre las convicciones políticas, yo tendré a mi modo, razón contra vosotros". Verdaderamente, la semejanza entre la Universidad rusa y la Universidad española, no puede ser más clara.

Si en aquella se recluta el profesorado de los lacayos de la autocracia, de los que han encontrado buena la moral de Nicolás I, en las grandes Universidades españolas, (Madrid, Barcelona y Sevilla) forman el Claustro los secretarios de los partidos medios, el sumo intelectual del conservadurismo. Aquí no reaccionamos, y lejos de mostrarnos rebeldes, somos borregos de los partidos que turnan.

[340] «Los estudiantes rusos», Gente Jovén, (31-12-1904); artículo contenido, con muy ligeras variaciones y de forma casi literal, dentro de este.

[341] Ossip-Lourié. La filosofía de Tolstoi. Traducción de U.G. Serrano, pág. 22 (Nota del autor)..

La nota simpática de esta revolución genuinamente popular la dan estos escolares que saben estudiar en los libros y descargar perdigonadas sobre las cabezas de los cosacos. Algún buen señor equilibrado podrá asustarse de que yo celebre la actitud de los revoltosos.

Merecen en efecto, toda clase de simpatías esos jóvenes románticos, arrulladores de un ideal de la Patria y de Libertad. Las ilusiones políticas han huido de la mocedad española, y todos nosotros consciente o inconscientemente, confesémoslo o no, aspiramos a perpetuar un estado de cosas, que acaso no se ajusta a las necesidades de nuestro corazón, pero sí a las de nuestra vanidad a las más perentorias de nuestro bolsillo.

Mientras los estudiantes rusos, acariciados por las bellas leyendas de sus escritores liberales, –Gogol, Turgeneff, Tolstoi, Gorky, Mayerowsky, Dostoyewsky–, hacen patria y libertan al campesino de la autocracia de un hombrecillo enteco y de estos grandes señores que son tan duros con el humilde como cariñosos con las *cocottes*[342] de moda, nosotros vivimos sin ideales, embrutecidos, dejándonos matar en una revuelta callejera por el simple motivo de adelantar las vacaciones.

El Castellano (02-08-1906)
Gente Joven (31-12-1904)

A minha prima

Cuentan los periódicos de Portugal que la consigna del complot para restablecer en aquel país la desdichada familia de los Braganzas[343], era esta. El conjurado llegaba a los sitios donde se conspiraba y preguntaba:

– ¿E minha prima?[344]

– A sua prima –contestaba el encargado de la entrada– esta doente; fazia o favor de passar[345].

Un complot con ese inocente diálogo por divisa, tenía que fracasar ruidosamente. No me es simpática la marcha de Portugal con los republicanos, pero me era más que desagradable, repulsiva, la política monárquica. Teófilo Braga, con su positivismo trasnochado, con su vanidad infantil, con sus empalagosas e interminables disertaciones críticas, con su facha de maestro de escuela del antiguo régimen, me es mucho más simpático que aquel conde de Sabugosa sirviendo de tercero al pobre Rey Manolo con la monísima Gaby Deslys.

Tampoco ha tenido un gesto bello el último retoño de los Braganzas. El objetivo de los fotógrafos nos lo presenta, en su retiro, con una alegría inconsciente. Acaso, como su padre, no ame a Portugal. El buen muchacho, dedicado a sus deportes, cerca de su francesita, que adora en él, estima que no vale la pena reconquistar el trono, como no valió la pena defenderlo.

Estas algaradas últimas afirmarán más y más la república vecina. La figura siniestra de don Carlos pesa todavía demasiado sobre los espíritus. La intransigencia de doña Amelia pesa como losa de plomo sobre el liberalismo del país. La roña del país es la miseria económica y esa no se arregla con el cambio de régimen.

El Adelanto (14-10-1911)

Portugal

Otra vez, con motivo de las partidas realistas que aparecen periódicamente en el Norte de Portugal, han invadido Lisboa los periodistas españoles. Y vuelven a descubrirnos las *touradas*,

[342] Mujeres de vida fácil con un elevado poder adquisitivo que les permitía alternar con las clases sociales más favorecidas de los primeros años del siglo XX.

[343] La República fue proclamada en Lisboa el 4 de octubre de 1910. El candidato a sustituir al depuesto sería Miguel de Braganza, hermano del ex rey, quien conspira ayudado por el capitán Paiva Couceiro que recluta en Galicia soldados con que llevar a cabo una contrarrevolución, en octubre de 1911, por las provincias del norte portugués. En la fecha del artículo ya se había rechazado la contrarrevolución y restaurado la república en las poblaciones de Braganza y Chaves, bastiones de la monarquía. Mientras, el rey depuesto Manuel II se encontraba en Londres al lado de su amante, la artista francesa Gaby Deslys con la que no se casa por la oposición de la reina Amelia de Orleans, su madre.

[344] ¿Es mi prima?

[345] Su prima está enferma. Haga el favor de pasar.

la plaza de Don Pedro, el Rocío, la minúscula vida política de este inquieto vecino que se nos muestra tan fiero y flamante con su vestido republicano. ¿Qué pasa en Portugal? ¿Tornará don Manuel? ¿Seguirá el desfile cinematográfico de los gabinetes de la república y de la democracia, sostenidos por los carbonarios?

Realmente, no parece que vuelva la Monarquía por ninguna parte.

Advertid que pagan a medias los gastos de la conspiración los dos candidatos al trono de Portugal. No todos los realistas están conformes, sin embargo, con los Braganzas de ambas ramas.

Al duque de los Abruzzos también se le ha ofrecido el trono. Como el listísimo príncipe italiano, madrileño de nacimiento, no podía olvidar que era hijo de su padre se ha excusado hábilmente ante la peregrina embajada. Y todas estas divisiones favorecen, como es natural, a la República.

Verdad es que no ha adelantado cosa mayor Portugal con el cambio de postura. Su actitud con nosotros es, por todas las trazas, un gesto de debilidad.

La intervención de Soriano, a guisa de diplomático oficioso en los negocios de la vecina República, acusa fuertemente el candor y la inocencia de los portugueses. La deuda es cada vez mayor. La pésima administración pública no ha cambiado para nada con la República. Y todos estos detalles parecen indicar que aún no se ha comenzado, en serio, la labor de la reconstitución sólida de un pueblo pobre y sufrido, digno de mejores destinos.

El Adelanto (29-07-1912)

El gesto de Teodoro Roosevell

Un pequeño salto, y a Milwarke [sic], Estado de Wisconsín, en los Estados Unidos. El gran Teodoro Roosevelt, el coronel de los *rough riders, "*el profesor de energía", –ya lo sabéis– ha sido herido. No le han roto más que cuatro costillas. El grande hombre, por esa futesa, no quiso interrumpir su discurso electoral. Los rengíferos le aclamaron. El gesto del hombre ha dado la vuelta al mundo. La prensa neoyorquina nos contará, en uno de sus colosales infundios, que el crimen de un loco ha tenido la complicidad de los grandes *trusts*.

No puedo evitarlo, pero mi temperamento latino me hace aborrecer al gran Teddy. La frente rugosa y áspera, la mirada miope y cruel, los labios fríos, el bigote de rata, el cuello bovino de este hombre, barbarizando en la Sorbona contra la tradición de Europa, contra la elegancia de Europa, contra la espiritualidad de Europa; ese gesto de comediante, pendiente del objetivo del fotógrafo y de la *interview* del reportero; ese alarde continuo de fuerza brutal, de desdén por el ingenio, de ausencia de ternura; ese aprovecharse de todo, hasta de los tiros, me hacen odiosamente antipática la imagen del futuro presidente de los Estados Unidos.

A Teddy le admira su pueblo, acaso porque es el espejo más acabado de la raza. Bien está la caza mayor, y el *tennis*, y el *foot ball*, pero con un poco de ingenio, con una chispita de ideal, amando la noble debilidad de las mujeres y de los niños, nuestros mejores amigos. Lo otro, el cultivo intensivo de la fuerza bruta, del puñetazo, el culto del músculo por el músculo, nos hacen sospechar que en el Norte de América ha penetrado la apariencia de la civilización, pero que sus gentes, que no sienten el dolor de la fractura de las costillas ante la posibilidad de un enorme reclamo, son unos distinguidos bárbaros, cargados de dinero, repletos de energía, pero indiferentes al dolor, que es la fuerza misteriosa del mundo, e indiferentes ante la duda, que es la suprema fuerza, aunque nos incapacite para la acción.

A estos yanquees –como dijo un amigo nuestro, de Rubén Darío– también se les ve las plumas bajo el sombrero de copa... y hasta el tatuaje debajo de la levita.

El Adelanto (25-10-1912)

Política realista

Los rusos han comenzado a tirar los trastos a la cabeza de los italianos; los italianos se defienden atacando. De contera los franceses acusan a Inglaterra de haber fracasado en los Balkanes, Inglaterra devuelve la pelota a Delcassé, los búlgaros han actuado de traidores de opereta, los

griegos no son demasiado celosos de su palabra y los Imperios Centrales se van convenciendo de que no es sólo con los ejércitos como se ganan las guerras.

Se habla, en voz baja, de paz, hoy por agencias alemanas, mañana por agencias francesas, y los pueblos beligerantes se apresuran a desmentir esos rumores.

Toda la prensa extranjera habla estos días de la ayuda que se debe prestar a los serbios. Inglaterra y Rusia mandan los hombres que pueden; Italia ha declarado oficialmente, por boca del ministro de Negocios Extranjeros, que ayudará a los serbios, reservándose la elección del tiempo, del lugar y del modo. Los rusos insisten. Sonnino[346] calla. De Petrogrado parten algunas insinuaciones malévolas para la Consulta de Roma.

Se trata de un capítulo de política realista que brindo a mi querido amigo el señor Elorrieta, tan enterado de estas cuestiones.

Italia, de hecho, está en guerra solamente con Austria; Alemania ha retirado su Embajador de Roma, pero no ha declarado la guerra a la Monarquía de los Saboyas. Italia entró en guerra para recuperar las tierras irredentas; aprovechó el momento; se encontró con aliados naturales, con la ocasión propicia. Declaró Roma la guerra a Viena penetrando en Trento y en Isonzo y ocupando territorios extranjeros; su guerra es, pues, una guerra ofensiva, con un objetivo natural de rectificación de fronteras.

Sonnino [lo] vio muy claro. Inglaterra, Bélgica, Francia, Rusia, Serbia, Montenegro, ayudaban de hecho a Italia peleando contra Austria. Italia ayudaba a esos pueblos obligando a uno de sus adversarios a mantener otro nuevo frente de combate. La guerra está ganada virtualmente por los italianos en cuanto se apoderen de la Istria y del Trentino; Italia hoy mismo, manteniéndose en tierras extrañas y avanzando con la natural lentitud que imponen las circunstancias del áspero teatro de las operaciones, trae en jaque a los austriacos. En el juego de ajedrez planteado, Italia avanzará si sus aliados naturales infligen graves pérdidas a los Imperios e Italia se mantendrá a la expectativa o tendrá que retroceder si aquellos, en su potencia ofensiva, acabando con los otros frentes o hiriéndoles de gravedad, echan sus legiones por las bocas del Véneto y de la Lombardía.

Pero ¿hasta qué punto se ha comprometido Italia con sus aliados? Supongamos que Austria concede la posesión de esas provincias irredentas a Italia, ¿Italia debe de seguir peleando? Los rusos dicen que sí; dicen que sí los ingleses y los franceses; Italia no dice que no, pero tampoco dice que sí. El compromiso de las potencias de la cuádruple parece que es seguir peleando hasta obligar a los alemanes al desarme. Ahora, los alemanes no son enemigos, jurídicamente, de los italianos. Italia no ha declarado la guerra a Alemania; Berlín ha cesado en sus cariñosos ofrecimientos de destruir Milán, Génova, Turín, Venecia y de almorzar, a la semana de invasión, en la plaza del Vaticano. Acabando sus querellas Italia con Austria, ¿comenzaría con Alemania? Si se pelea, como asegura Inglaterra que pelea, por la reivindicación de Bélgica –y de ello ha dado pruebas hasta ahora–; si se pelea como se dice en París por apartar de las generaciones futuras el fantasma del militarismo; si además del objetivo particular de cada beligerante, hay otro general y puramente humano, Italia, ¿no está obligada a continuar hasta el fin?

Política realista. Política de hechos, de coyunturas, de aprovechamiento sistemático de las ocasiones la suya, sí, pero política de ideales y de aspiraciones humanas también. Acaso el momento más difícil de la guerra es el actual; esas tribus de los Balkanes regatean, y piden, y vuelven a pedir, y tornan a regatear, como mercachifles de clientela poco segura de lo que compra. Italia no tiene sino una pequeña parte de su ejército en las líneas de fuego; la prensa italiana pide estos días una absoluta, completa e íntima solidaridad con los pueblos que pelean contra el enemigo común. Y Maquiavelo medita...

Maquiavelo medita. Italia asiste al espectáculo sabiendo concienzudamente de qué se trata. El pueblo tiene una perfecta orientación colectiva en sus destinos internacionales. Lo que parece regateo es duda, lo que huele a polémica es fruto sazonado de reflexión...

Como en España. Aquí nadie sabe por dónde se anda, salvo *El Correo Español* y el señor Vázquez de Mella, iniciado en los misterios del porvenir, como vidente que es. El mismo señor Dato es harto más modesto. La postura de España en este momento es la de un adormilado,

[346] Sidney Sonnino (1847 – 1922). Político italiano, Primer Ministro en varias ocasiones y ministro de Asuntos Exteriores durante la I Guerra Mundial.

que, al despertarse ante el estampido de un cañón, pide que cese el ruido, se acurruca entre las mantas, se tapa las orejas con bolitas de algodón y reanuda su sueñecito, pensando en Belmonte.

El Adelanto (30-11-1915)

La crisis de la industria lanera[347]

El problema en la Argentina.- Inteligencia argentino-catalana.- En California

El negocio de lanas, que ha constituido casi siempre una provechosa especulación, está paralizado a la hora actual, después de haber pasado por una de las más graves crisis que registra la historia de sus mercados. Las lanas son la preocupación, en el momento presente, no solamente de los países productores como Argentina, Australia y California, sino de aquellos otros que, como nuestra Cataluña, necesita esta primera materia para sus tejidos e hilaturas. Natural es que en una revista preferentemente mercantil como Mercurio consagremos unas cuantas líneas al estudio de esta cuestión.

Ante nuestros ojos tenemos un documentado estudio que, bajo el título *El problema de las lanas*, publicó en *La Nación*, de Buenos Aires, un publicista tan competente como don Félix S. Madrid. Según él, no baja de 70 millones de kilogramos la lana vendida y exportada durante los años 18 y 19. Como calcula en 10 pesos la diferencia en menos sobre las 70.000 toneladas (70 millones de kilogramos), estima una pérdida real para el comercio de 70 millones de pesos, cálculo que no le parece exagerado, ya que, según el Boletín mensual del Ministerio de Agricultura, daba el precio medio por tonelada de lana sucia, en enero del 20, 2.000 pesos, y en septiembre 730 pesos, marcándose una diferencia de 1.270 pesos en la tonelada, de 1,27 en el kilogramo y de 12,70, por ende, en los 10 kilogramos.

Pero actualmente quedan en la Argentina más de 80.000 toneladas que conviene exportar a Europa, prescindiendo de Inglaterra, que, como ya se sabe, tiene su mercado en Australia y California. La crisis puede solucionarse, porque las pérdidas sufridas no se han cebado con los pequeños criadores, repartiéndose equitativamente entre los estancieros más ricos del país, que son a la vez los más fuertes propietarios de ganados, y por algunos grandes comerciantes. Y debe añadirse, además, que los actuales momentos se compensan muy bien con aquellos otros de la gran guerra, en que, por circunstancias meramente accidentales y fortuitas, la lana adquirió precios fabulosos y fantásticos.

Y a medida que va descendiendo el valor de las lanas, va aumentando el de los tejidos de lanas, como puede comprobar cualquiera. La lana sucia desmerece y los tejidos y artículos confeccionados llegan a precios que nunca tuvieron. Ante este hecho, la Argentina ha pensado en industrializar la primera materia, ya que no tiene que adquirirla a peso de oro como les ocurre a los países europeos, ni que sufrir las chanzas adversas del cambio, ya que todos ellos andan con el inconveniente de la desvalorización de la moneda. Por lo menos estudia el intento de lavar, cardar y peinar sus lanas sucias, para presentarlas, con mejores precios, limpias y depuradas en el mercado, utilizándolas para hilados y tejidos, después de cubrir las atenciones y necesidades del consumo nacional que la Argentina tiene que impulsar y favorecer.

Estas operaciones de depurar las lanas evitarían a la Argentina el pago de enormes fletes sobre la basura, grasa y adherencias que hoy tiene que pagar para echarlas fuera. Con 14.000 obreros se calcula que habría bastante para el lavado de los 140 millones de kilogramos de lana que produce este país. Y no debe olvidarse tampoco que no queda otro comprador al contado que Inglaterra –abastecida hoy por hoy y con gran sobrante de lanas, procedentes de los mercados de California y de Zelandia–, porque los demás países europeos están únicamente para que les fíen las mercaderías, quién sabe si a largo plazo, ya que la bancarrota que vienen padeciendo, a consecuencia del trastorno económico mundial que ha traído consigo la guerra primero, y la postguerra después, no es achaque de meses, siendo lo posible que alcance a generaciones que ninguna culpa tendrán de la imprevisión de las precedentes.

[347] Atendiendo al estilo y la temática de este artículo consideramos que, aunque firmado por él, no es obra de José Sánchez Rojas..

Pero la Argentina no puede soñar con industrializar todas sus lanas sucias, de pronto, de golpe y porrazo y por arte de encantamiento. A pesar de todas las razones aducidas, ha tenido que conformarse con proporcionar trabajo a sus escasas hilanderías y fábricas de tejidos. Más práctico ha sido la intervención de varios capitalistas españoles residentes en Buenos Aires, que han puesto en contacto a los grandes tenedores de los *stocks* de lanas con los fabricantes catalanes, a fin de que estos, aprovechando la actual paralización de las fábricas, elaboren dicho artículo, para venderlo luego a un precio fuera de toda competencia.

De este modo Cataluña gana, porque vuelven al trabajo multitud de actividades y de energías paradas ante el poco movimiento actual de las fábricas, y la Argentina gana igualmente, porque con el aprovechamiento de la carda hace casi el gasto del lavado y porque reduce casi a la mitad, luego, sus gastos generales cuando venda en firme a los consumidores europeos y americanos. Como los beneficios y ventajas son comunes, el proyecto de los capitalistas españoles que han agitado la opinión para inteligenciar al estanciero argentino con el fabricante catalán tiene ya previsto y decidido el caso de que las ganancias que produzca este negocio se repartirán entre los que proporcionan la lana en la Argentina y los que la transformarán en Cataluña. Parece que la inteligencia está a punto de efectuarse, toda vez que diversos Bancos consultados han prestado su cooperación entusiasta a la iniciativa.

Esta inteligencia, de llevarse a la práctica como parece por las muestras –el calor de simpatía con que la han acogido las publicaciones profesionales, las manifestaciones de los Bancos respecto al particular, las declaraciones favorables de varios fabricantes e industriales–, puede resolver, a la vez, la situación difícil en que se encuentran Cataluña y la Argentina, por exceso de producción Cataluña, por exceso de lanas Argentina. No hay que olvidar que es universal la crisis por que atraviesa toda la industria textil mundial.

Australia también se prepara a hacer frente a las contingencias de toda laya que puedan sobrevenir en el mercado de sus lanas. Así, las últimas informaciones de Melbourne aseguran que los asesores comerciales e industriales de la *Common Wealth Australiana* perfilan un proyecto colosal para la implantación de una industria lanera que ha de laborar sobre la producción íntegra de todas las lanas de los ganados de Australia.

Todavía se piensa más, pues se aspira a que la industria mecánica indígena provea de la maquinaria que haga falta para las numerosas y complejas instalaciones que se preparan, y que los capitales que se precisan surjan de las distintas regiones y comarcas de la Australia. Con ello se intenta, no solamente contribuir por completo al consumo local, sino iniciar el comercio de exportación fuera de la competencia inglesa, alemana y japonesa, ya que la elaboración de la materia prima en el mismo país donde se da con toda abundancia la materia prima –y este es el caso de las lanas con respecto a Australia– es una ventaja de tal magnitud que lleva aparejado el éxito de la especulación que se proyecta, creando también una fuente de riqueza, motriz de flamantes energías económicas, que, poco a poco, van dando consistencia y seguridad industriales al país que goza de semejantes dones.

Mercurio (16-06-1921)

¿Papam habemus?

El sagaz y agudo ex nuncio de la Santa Sede en Madrid, hoy cardenal, monseñor Francesco Ragonessi, ha hecho a un redactor de la Stampa interesantísimas declaraciones. "La muerte de Su Santidad –ha dicho– nos preocupa mucho, porque no cabe seguir, a la hora de ahora, otra política distinta de la que siguió Benedicto XV. Benedicto XV reconcilió el Vaticano con Francia, con Portugal, con los Estados Unidos y con Inglaterra. Había deshecho el Pontífice que hoy lloramos todas las dificultades, limpiando el campo de enemigos. Una política distinta sería, sencillamente, insensata y estúpida."

Algo más debía haber dicho monseñor Ragonessi, si no hubiera sido cardenal del Sacro Colegio Romano. Este cardenal, napolitano de origen y oriundo de una antigua familia aragonesa que emigró a Italia en el siglo XVII –según oímos decir varias veces, Ragonessi no es más ni menos que el apellido Aragonés italianizado–, gana mejor sus escaramuzas diplomáticas con los

puntos suspensivos del silencio que con el discreteo sutil y con la metáfora envenenada. Pero el que conozca la prosa, el argot del leguaje político vaticanista, sabrá leer entre líneas, a buen seguro: Monseñor Ragonessi dice también, por omisión, que además Benedicto XV reconcilió el Vaticano con el Quirinal. De Pío X a Benedicto XV hay, no ocho años, sino ocho siglos de distancia, medidos con el compás de una guerra europea, de una revolución rusa, de un Felipe Neda, un monseñor Bonomi y un conde Graziadei, de un *partito populare*, de un fascismo, de un socialismo cristiano, de un Kaiser melancólico trocado en un muñeco de cartón, de un Imperio Austriaco deshecho, de unos Habsburgos errantes, aventureros y empobrecidos, y de una España sacudida por el sindicalismo en la ciudad y por el problema de la tierra en el campo. El Vaticano no tiene, como hace ocho años, puntales sólidos sobre que apoyarse. Todo tiene que hacerlo, según la frase italiana, *da sé*, por sí mismo, y sin ayudas que valgan la pena de tomar en serio. Benedicto XV realizó esa labor con monseñor Gasparri y con monseñor Ragonessi y con Monseñor Bonomi y con el patriarca de Venecia monseñor Lafontaine, resistiendo las tentaciones de Lutero redivivo en Berlín, conteniendo las chocheces de Francisco José, desviando las intransigencias de los realistas del Vaticano, ocupando, en una palabra, su puesto altivamente y con serenidad.

Pero estas manifestaciones de monseñor Ragonessi, tan concisas, tan terminantes, tan exactas –monseñor Ragonessi es de la devoción y del *entourage*[348] del cardenal Gasparri–, son sintomáticas. Las autorizan, por lo menos, doce o catorce arzobispos-cardenales italianos, el secretario de Estado del Papa difunto, los cardenales españoles que asisten al Conclave, los franceses, los ingleses, monseñor Mercier, los americanos del Norte y los americanos del Sur. Son la expresión gráfica del pensamiento de la *sinistra*, esto es, de la izquierda. Y *sinistra* son pasado mañana en el Conclave más de cincuenta cardenales, que me atrevería a señalar con sus nombres. Y aun algunos que no sé de dónde proceden son también, probablemente, *sinistra*, porque es de creer, y es muy humano creer que Benedicto XV impusiera preferentemente el *capello* cardenalicio a los que compartían sus puntos de vista personales en el orden político y en el orden religioso. Así los señores Benlloch y Barraquer y Vidal[349], arzobispos de Burgos y de Tarragona, respectivamente.

¿Papam habemus? Se me antoja creer que sí. Papa italiano, por supuesto, y grato al Quirinal –"*ça va sans dire*"[350]– y grato a Francia, a Portugal, a Inglaterra, a Italia y a los americanos. No he señalado al cardenal Gasparri; el nombre es lo de menos. Tal vez el cardenal Gasparri no, porque puede haber vetos; aunque Alemania y Austria tienen perdido el juego sin remisión, harán un esfuerzo desesperado, que acaso se escuche en Londres, para evitar que sea Pontífice el cardenal Gasparri, como en la elección de Pío X evitaron que lo fuera monseñor Rampolla. Pensemos, para no descartar, en un Papa político, diplomático, transigente, ecléctico, amigo de procedimientos dulces y suaves, pero a la par tenaces y continuos –"suaviter in forma, fortiter in re"[351]–, más atento a cuidarse del prestigio moral antes que del ya siempre flaco y menguado dinero de San Pedro.

Y no puede ser, miradas bien las cosas, de otra manera. Un Papa a la antigua usanza, un nuevo Pío a estas alturas tropezaría *ipso facto* con la hostilidad abierta de toda Italia, e Italia esta ogaño llena de intereses materiales políticos que importa muy mucho sostener al Vaticano. "Ante el bolchevismo italiano, ante las violencias de los anarquistas y de los campesinos –me dice un sutilísimo crítico, compañero mío de estudios en Bolonia y en Florencia–, han fenecido, amigo y colega, todas las viejas fórmulas: la Iglesia libre en el Estado libre, la Iglesia esclava del Estado libre, la Iglesia soberana del Estado súbdito. La recientita, lo que aquí hemos sacado del horno para no renovarla, hasta sabe Lenine cuando, es este "la Chiesa amica dello stato amico", la Iglesia amiga del Estado amigo. Víctor Manuel tiene que hacer guiños a la tierra y la tierra tiene que apoyarse en los Saboyas. Cavons y Antonelli son hoy compadres y "norevoli" (diputados). Por el patio de San Dámaso se llega a Montecitorio[352] y al Capitolio y al Senado… y me añade en castellano "Cosas veredes el Cid…" ¿No es verdad, señores Ossorio y Herrera, católicos españoles de corazón y de cuenta, bolcheviques blancos, almas llenas de rencores y

[348] Séquito, en francés.
[349] En realidad, Vidal y Barraquer
[350] "No hace falta decir", en francés
[351] "Suave en la forma, fuerte en el asunto" en latín.
[352] Histórico palacio de Roma que alberga la sede del Parlamento Italiano.

de amores santos que eso dicen al oído las aguas del Tíber, las que lamen el castillo de Sant Ángelo, tan conocido –el castillo– de nuestros pseudo-liberales, por las notas blanduzcas y fofas del último acto de "La Tosca"?

"Cosas veredes el Cid…" El pobre Rodrigo Díaz de Vivar tenía cerrados los ojos, pensando en el botín de Valencia, y en la penuria y estrechez de su Doña Ximena, y en sus yernos de Carrión de los Condes, y en la deslealtad del rey malo de Castilla. Pero nosotros, desengañados y tristes, a fuerza de ver lo invisible desde 1914, los tenemos abiertos y bien abiertos. Y que lo aprendan los católicos españoles que no quieren enterarse de nada. ¿No es verdad, querido señor Ossorio y Gallardo, a quien la muerte de Benedicto XV ha causado la muerte de su penúltimo sueño quijotesco?

Heraldo de Madrid (01-02-1922)

Fascismo, Gavillismo, Mazorquismo

Como buen amigo espiritual de mi querido maestro D. Miguel de Unamuno, me place a las veces jugar con el vocablo, o, como él diría más salmantinamente, con el voquible. Juguemos con la palabra, fascio, que eso equivaldrá, en último término, a jugar con su contenido y expresión, ya que si hemos de creer a Benedetto Crae [sic][353] y a su escuela, forma y contenido, expresión e intuición, palabra e idea, son, en el fondo, una misma cosa vista por dos caras o facetas. Así fascio es literalmente, fajo. O tratándose de espigas, haz. O de rábanos, manojo. O de quintos primerizos, pelotón. O de flores, ramillete –recordemos el lindo fascio de rosas y violetas de Leopardi–. Y es también haz, y es también gavilla. Fascio, pues, dice literalmente en nuestro romance, agrupación de cosas homogéneas, y por extensión y traslación, amontonamiento de ciudadanos unidos por un mismo sentimiento en un momento determinado.

Fascio es, pues, haz, gavilla, fajo, manojo, ramillete o pelotón de ciudadanos. De buenos ciudadanos si queréis. De buenos ciudadanos unidos, si hemos de hacer caso al voquible, no por una identificación espiritual o anímica, sino por una disciplina exterior o por una semejanza, puramente formal. El fascio italiano viene de las viejas fasces imperiales, de las espigas y gavillas simbólicas de Roma. No olvidemos nunca el atributo agrícola que sirve de remoquete a la agrupación espiritual y recordemos que también nuestros pequeños labradores, los de las «fuerzas vivas» y los que se oponen con toda su alma a la importación del grano ruso o argentino, los que traían al Parlamento al vizconde de Eza, a Matesanz o a Filiberto Villalobos, entraban por los madriles, cuesta de San Vicente adelante, con unas espiguitas simbólicas en la solapa de la chaqueta adornadas con las cintas de los colores nacionales. Y recordemos, finalmente, que Mussolini ha manifestado que el fascio recoge las facetas más delicadas e íntimas del espíritu aldeano de su país. Dicho de otro modo: que las legiones, las escuadras y las milicias han nacido para defender el salume[354] boloñés, las cepas del Chianti, las pastas de sopa –«rabbioli» y «spaghetti»– el trigo, el maíz, la avena, la cebada y el centeno.

Los movimientos históricos se repiten a todas horas con cierto dejo cansino de monotonía. Antes de que nazca el fascismo, en pleno siglo XX, después de la revolución francesa, del ocaso del Papado, de Mazzini y de Garibaldi, nace el gavillismo en España, en las postrimerías del siglo XVIII, durante el reinado del señor rey D. Carlos III. Gavillismo se llama el movimiento que inician los campesinos contra las tendencias tributarias de aquel buen rey. El gavillismo –véase la «Historia de Carlos III», del Sr. Fernández de los Ríos– se subleva, con un clérigo inquieto a la cabeza, en la quieta y pacífica provincia de Guipúzcoa, e irrumpe hasta Vergara y hasta San Sebastián.

Meses después hay otro movimiento gavillista en Cuenca. Los campesinos, para defender sus vinos, sus embutidos y sus panes, se organizan militarmente en gavillas, en fajos, o, dicho en italiano actual, en fascios. Véase como las «fasces» tradicionales imperialistas, antes de asentar

[353] Benedetto Croce (1866 – 1952). Escritor, filósofo, historiador y político italiano, autor, entre otras muchas, de Breviario de estética (1912), una obra que José Sánchez Rojas traduciría al castellano.

[354] Salchicha

sus tiendas de campaña en Italia, se pasean primero por el Norte y por el centro de nuestra Península.

El gavillismo muere pronto en nuestro suelo. La ciudad comienza entonces a ser más fuerte, que el campo. El impulso que da a las obras públicas Carlos III ahoga el egoísmo suicida y de casta de los pequeños propietarios, alzaprimados por los clérigos inquietos.

Y el gavillismo se traslada después, con otros nombres, pero con el mismo espíritu a la Argentina. Los amigos del tirano Rosas se llaman mazorquistas, y crean sus piñas o mazorcas para la defensa activa del tirano contra las reivindicaciones populares. Mazorca o fascio: tanto monta. Y siempre el símbolo agrícola, que en la Argentina es el apiñamiento de los granos de maíz, símbolo más que agrícola ganaderil, y más expresivo que el fascio de nuestros vecinos.

Y también en la Argentina nace el amarillismo, que es un mazorquismo retrasado y que toma su denominación del colorido del grano o pepita del maíz. Es cosa de pensar si el fascismo ha vivido antes en las partidas campesinas de Guipúzcoa y de Cuenca, ha emigrado después al país de la Plata y, luego de hacer su acopio, ha aparecido triunfalmente en los puertos de Génova, de Brindisi o de Civittavecchia. Los tres movimientos tienen, al menos, un evidente parentesco y un inconfundible aire de familia.

Y véase como, jugando con el vocablo, hemos llegado a la conclusión de que el antiguo luchador de «Avanti»[355], que se comía crudos a la vez a los burgueses y a los campesinos de Italia, no ha hecho otra cosa sino repetir en su tierra un artículo de exportación que germinó antes en la cabeza de unos campesinos guipuzcoanos y en el caletre de unos rústicos aprovechados que vivían a la sobra de la canallesca dictadura del tirano Rosas.

Heraldo de Madrid (20-11-1924)

El mariscal Hindenburg

"Si bailas con un español –advierte este distinguido pícaro que se llama Guido da Verona[356] a las modistillas italianas– te enseñarán a llevar el ritmo del tango, y si bailas con un alemán, te pisará los callos indefectiblemente". Indefectiblemente pisan los callos, siempre que les da por bailar, los alemanes. La elección de Hindenburg para la presidencia del Reich es, políticamente, un pisotón de marca sobre los lindos pies de la doncella Europa. Estamos dolidos, comenzamos a inquietarnos y darnos cuenta de que nos han clavado las tachuelas en el centro de la palma del pie derecho.

Advertimos que empezamos a no poder caminar. Los hijos que hoy nazcan volverán al matadero de la guerra. La pesadilla de encuentro próximo y terrible comienza a sobrecogernos. Estos hunos amenazan con sacar de su vientre un nuevo Atila vengador. ¡Pobre humanidad!

Alemania, cuando parece que se va, vuelve. Los genérales en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Bélgica, acabada la guerra, volvieron a su ostracismo. Firmado el armisticio, se encerraron en su rincón.

En Alemania, Von Tirpitz y Ludendorff e Hindenburg, tornan al Parlamento y a los puestos de responsabilidad y de peligro para ellos y para los demás. No se conforman con perder la guerra, tienen que perder la paz, a pesar de haber rebañado el oro de los incautos con papel de marcos, absolutamente sin valor. Y pagan a los que le socorrieron con una nueva amenaza. El terrible "Gott"[357] germánico está cansado de no hacer nada. Encadenado y pobre, enseña su garra; ¡calculad su furia cuando se vea libre y pueda amontonar su oro!

Sí, el alemán es tosco. Tosco sobre todo. Es inteligente, pero no es fino. Se pasa siempre. Es incapaz de percibir el sentido del matiz. Descubre siempre la propia hilaza. Ríe a carcajadas y no sabe sonreír. Llora a moco tendido, acaso por exceso de cerveza, pero no sabe tragarse las lágrimas y esperar sentado en un poyo, tomando el fresco, el cadáver de su enemigo. Y procede

[355] Periódico del Partido Socialista Italiano que tuvo como director, entre otros y antes de su expulsión del partido, a Benito Mussolini.

[356] Poeta y novelista italiano (1881 – 1939), de origen hebreo, muchas de cuyas narraciones fueron tildadas de pornográficas.

[357] Dios, en alemán

en la guerra como en el amor. El domingo, en Múnich, el hortera pasea por los bancos de los jardines públicos, espiando los rostros de las empleadas bonitas.

Se viste con su terrible cuello de pajarita, con su corbata de muchos lunares, con su cadena gruesa de oralina y con su chaqueta terriblemente mal cortada.

Huele la carne femenina. "¿Eh, tú, vamos?" Y la rubia sentimental accede y ya está el idilio; sin precedentes, sin sueño previo, grosero, tosco, sin lucha y sin realidad. Y come como ama. Embutido de hígado, salchicha, patatorra, salsa, mucha salsa, carne roja y sin adobar. Y guerrea como come. Pasa por la casa del vecino –Bélgica– y entra a saco por la puerta trasera y sin vigilar. Y hace la política como la guerra. República con mariscales y con el Káiser en puerta. Los sargentos se pusieron el "smocking", pero son más sargentos que antes y sujetan el chaleco con la correa del sable. Y cuando Alemania dice "¡hurra!", Francia tiembla, Inglaterra dobla su flota, Bélgica suspira y Rusia se frota la mano de gusto. No olvidemos que los comunistas han dado a sabiendas su elección al mariscal. Unidos a la izquierda, Marx hubiera vencido con el millón de votos de diferencia que le ha sacado Hindenburg.

Lo terrible en este pleito, como sospecha Cambó, siempre tan enterado, es la posición posible futura de los Estados Unidos. Son simplistas, y ante el olor de la tragedia; pueden cerrar su bolsa a Europa. Y la bancarrota, ya iniciada, estallará al fin. Con la quiebra del marco, la del franco, y, naturalmente, de la libra, que en el franco descansa. Y la hecatombe. Si el aislamiento de Rusia ha producido la alteración económica que todos soportamos, supongamos lo que puede ser la ruina de Francia. A nosotros nos aniquila en absoluto. Quiebras de Bancos, de industrias, de comerciantes. Ejércitos, de familias sin trabajo y en la miseria. Y todo por un gesto impertinente del nacionalismo alemán.

En España, como siempre, los analfabetos han comenzado a reverdecer sus viejos pero no enterrados amores germanófilos. Como moros, se regocijan al olor de la pólvora. La barbarie de nuestros trogloditas torna a su apogeo. Los bigotes enormes, los ojos hundidos y feroces, los pómulos salientes del mariscal, meditan una guerra de revancha.

Y mañana no podremos ver los toros desde el tendido como ayer. Los niños de hoy son carne de cañón. Y los sueños de paz y de justicia se alejan otra vez de nosotros para siempre.

El Diario Palentino (07-05-1925)
El Adelanto (05-05-1925)

Las fiestas de Juana de Arco

El fondo permanente de la tradición francesa –Chesterton lo ha visto muy claro– es Juana de Arco, la doncellita iluminada de Orleans, y no Napoleón Bonaparte, el corso violento y el desquiciador de los cauces naturales y corrientes de la historia. No conocemos un solo monumento consagrado a la memoria de Bonaparte en Francia; hay miles de estatuas que perpetúan la tradición de la doncellita guerrera y generosa… Aunque ría Anatole France en la penumbra de su cuarto de estudio, calzadas las zapatillas de orillo para que no le molesten los callos, con el gorrete encasquetado hasta las orejas de viejo bibliotecario del Senado, la sonrisa de Santa Juana será siempre más fecundamente francesa que el gesto de ogro del pobre amigo de Josefina y de María Teresa. Mientras Napoleón puede inspirar a lo sumo un apóstrofe, Juanita, el recuerdo de Juanita, dará lugar a una *chanson*. *Chanson* de la Francia mimosa, devastada y saqueada por cien años de guerra contra el inglés; *chanson* de sonrisas y de doncellas, de amores y de esperanza; la buena *chanson* gala, dicha entre sorbos de vino generoso, junto al Sena, una bella tarde primaveral…

Por eso las fiestas en honor de Juana de Arco acaban de tener en París una solemnidad inusitada; han sido las fiestas de la tradición y de la gloria… Hasta han sido amenizadas por los inevitables encuentros entre los *camelots du roi* y los soñadores en la Rusia lejana, romántica y destartalada. La preciosa estatua de la doncella ha sido literalmente cubierta de flores en la Plaza de Rivoli. El Gobierno, con M. Doumergue a la cabeza, con la cabellera enmarañada y la bohemia de M. Arístides Briand, y los generales, y los ministros, y los Presidentes de las Cámaras, y los caballeros de la Legión de Honor, han desfilado, sonrientes y correctos, una mañana tibia y deliciosa, ante la estatua de la bella heroína legendaria. Y las músicas militares han lan-

zado a los aires las notas marciales de la *Marsellesa* y las *midinettes* y las obreritas se han puesto sus mejores galas domingueras para saludar a Santa Juanita.

La Francia de hoy, la Francia contemporánea cuyos orígenes encontró y halló Hipólito Taine bien enraizados en el subsuelo de la vieja Francia, monárquica y galante, proclama hoy su continuidad histórica, su permanencia nacional, trocando a Juana de Arco en símbolo y en mito de la Francia eterna e inmortal. De este modo, Francia siempre serena y segura de sí misma, nos ofrece un ejemplo, digno de imitar, a los pueblos hermanos de raza, a esta Italia hoy tan apartada del manantial clarísimo de su abundoso Risorgimento, y a esta España que con tanta frecuencia distrae los ojos de su pasado de llaneza y democracia. Y la doncella de Orleans, a caballo, con la bandera de la fe empuñada en la diestra, joven, alegre y confiada, desafía desde su estatua ecuestre de la Plaza de Rivoli la indiferencia de las generaciones que se suceden y el olvido de los siglos que galopan hundiéndose por el abismo infinito de la eternidad.

La Esfera (26-06-1926)

El problema es de orden interior

Don Alfonso Reyes, el representante diplomático de Méjico en Francia, acaba de hacer importantes revelaciones sobre el problema religioso de su país, que estos días está llegando a una verdadera tensión dramática en sus derivaciones. En opinión del Sr. Reyes, estamos muy lejos de una amenaza de guerra civil. Se trata sólo de una agitación superficial, que la Policía puede contener y dominar en unos días. En Méjico no existe, hoy por hoy, un conflicto estrictamente religioso entre la Iglesia y el Estado. Para el Sr. Reyes lo que domina la política mejicana religiosa en estos momentos es un movimiento nacional que han iniciado precisamente los sacerdotes indígenas.

Las medidas que hoy se ponen en vigor están consignadas desde luego en la Constitución vigente, porque en la Constitución se proclama la subordinación de las autoridades eclesiásticas a las civiles. En la Constitución se invita a los sacerdotes extranjeros a abandonar el país; en la Constitución se suprimen las llamadas "manos muertas"; en la Constitución se fija el derecho y el deber de inspección que tiene el Estado en relación con la enseñanza de los establecimientos católicos docentes; en la Constitución, finalmente, se declaran los templos y las iglesias propiedad del Estado. Lo que ha hecho, pues, el presidente Elías Calles ha sido poner en vigor preceptos constitucionales que han sido olvidados y preteridos durante algún tiempo.

En opinión del Sr. Reyes, los abusos que han dado lugar a la situación presente arrancan de la etapa presidencial de Porfirio Díaz. Durante su mandato tornaron al país los sacerdotes y las congregaciones extranjeros, acaparando la enseñanza y el culto. De esta suerte se fue creando un Estado dentro de otro Estado. Y ha sido el clero indígena el que dio las primeras voces de alarma al sentirse oprimido y menospreciado. Y como con la vuelta de esas congregaciones y de esos religiosos comenzó nuevamente de hecho el acaparamiento de los bienes en nombre de la Iglesia, hay que buscar el origen del conflicto actual a raíz de la revolución de 1911.

El problema es puramente de orden interior y de respeto estricto a las normas constitucionales mejicanas. Nadie trata de limitar el ejercicio del culto ni de poner cortapisas de ningún linaje a la exteriorización de las prácticas católicas. Y la Policía podrá contener desde luego a los descontentos.

Las últimas derivaciones del conflicto no son más que estratagemas de los rebeldes para volver a la normalidad. El plebiscito que quieren los obispos no puede aceptarse por el Gobierno, porque el solo hecho de discutir la legislación vigente es un modo de alzarse contra ella. Es de creer que basten las mangas de riego para reducir a los descontentos, que ya comienzan a atrincherarse en los distingos, aunque una numerosa legión de señoras y señoritas den que hacer a los polizontes a la vera de las iglesias y de las catedrales.

El Liberal (10-08-1926)

El decreto presidencial del 14 de junio

A la vista tengo la disposición presidencial de D. Elías Calles[358] que ha dado lugar a los incidentes y derivaciones que comenta la Prensa estos días. Lleva esta disposición presidencial la fecha del 14 de junio y aparece sancionada en el palacio del Poder ejecutivo federal. Es muy breve; comprende 33 artículos y tres más adicionales. El decreto presidencial no es otra cosa que el acoplamiento de las distintas leyes del país a los preceptos de la Constitución mejicana vigente.

Por ese decreto se establece que para ejercer en Méjico "el ministerio de cualquier culto –no del católico solamente– se necesita ser mejicano precisamente". El que infrinja esta disposición será multado con 500 pesos, o en su defecto "con un arresto que no exceda de quince días". Y el Ejecutivo Federal podrá, si así lo estima conveniente, expulsar al extranjero infractor del territorio nacional, usando para ello de las facultades que ya están taxativamente fijadas y previstas en el artículo 33 de la Constitución vigente mejicana.

A esa disposición se reduce en realidad el decreto del 14 de junio, publicado el 21 del mismo mes en el "Diario Oficial", porque los artículos sucesivos no hacen otra cosa sino explicar y definir el concepto legal de "ministro" de un culto o confesión religiosos. Así, es "ministro el que ejecuta actos religiosos o suministra sacramentos propios del culto a que pertenece o públicamente pronuncia prédicas doctrinales, o en la misma forma hace labor de proselitismo religioso".

En cuanto a la enseñanza, el decreto presidencial que comentamos prescribe que ha de ser laica, no solamente en los establecimientos oficiales, sino también en los centros docentes particulares. La disposición será con todos los grados, lo mismo los superiores que los elementales y primarios. Como consecuencia del carácter laico de la enseñanza, no podrán consagrarse a ella ni las corporaciones religiosas ni los ministros de los distintos cultos. El Estado, por ende, tiene la vigilancia oficial de todas las escuelas primarias particulares.

Por el decreto en cuestión "el Estado no puede permitir que se lleve a efecto ningún contrato, pacto o convenio que tenga por objeto el menoscabo, la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre, ya sea por causa del trabajo, de educación o de voto religioso"… Dicho con otras palabras; el Estado no permite el establecimiento de órdenes monásticas. Para salir al paso de interpretaciones equívocas, son "órdenes monásticas las sociedades religiosas, cuyos individuos vivan bajo ciertas reglas peculiares en ellas..., aun cuando todos los individuos de la orden tengan habitación distinta". Y castiga con las penas de arresto mayor y multa a los que "Induzcan o inclinen a un menor de edad a la renuncia de la libertad por modio de voto religioso".

Las demás prevenciones de este decreto presidencial castigan las incitaciones públicas de los sacerdotes contra las leyes del país, prohíben la crítica de las leyes constitucionales a los sacerdotes, niegan a éstos el derecho de asociación para fines políticos, prohíben a los periódicos religiosos comentarios políticos sobre las resoluciones de las autoridades mejicanas, evitan la formación de todo linaje de agrupaciones públicas que se relacionen con determinadas confesiones religiosas y no consienten, finalmente, la celebración de actos políticos en los templos, y limitan la celebración de los puramente religiosos al recinto de las iglesias y no consienten a los sacerdotes que vistan el traje talar fuera de ellas.

El decreto declara "propiedad nacional" los templos, bajo la salvaguardia del Consejo federal, "que determinará los que deben continuar destinados a su objeto".

He aquí un análisis muy ligero del famoso decreto presidencial del 14 de junio, que, según uno de sus artículos, ha de entrar en vigor al mes justo de promulgarse y que produce las violencias, desmanes y desafueros que venimos presenciando.

El Liberal (13-08-1926)

[358] Francisco Plutarco Elías Campuzano, más conocido como Plutarco Elías Calles, (1877 – 1945). Político y militar mexicano, presidente de los Estados Unidos Mexicanos desde 1924 a 1928. Durante su mandato se inició la Guerra Cristera –o Cristiada–, un conflicto armado que se prolongó desde 1926 a 1929 entre el gobierno mexicano y milicias formadas por campesinos y religiosos católicos, que se oponían a la aplicación de la llamada Ley Calles, analizada por Sánchez Rojas en este artículo, cuyas consecuencias algunos cifran en 250.000 muertos y otros tantos refugiados (en su mayoría no combatientes) hacia EE.UU.

Glosas a una carta de Clemenceau

Comprendemos la emoción que ha suscitado en Francia y en los mismos Estados Unidos la carta que ha dirigido Jorge Clemenceau[359] al presidente de la República norteamericana, Mr. Coolidge[360]. Realmente, tiene razón «el tigre». Por encima de las razones, de las miserables razones que tanto destacaba M. De Maistre[361], hay un problema moral que no puede ser escamoteado en este momento supremo del ajuste de cuentas. Los técnicos –dice bien M. Clemenceau– no pueden sentenciar, porque los técnicos «se complacen en separar su problema de aquellos otros con los cuales está coordinado». Los técnicos de las finanzas no entienden evidentemente cuentas un poco complejas, como la moral de los Estados Unidos a Francia y la material de Francia a los Estados Unidos. Si Francia pidió dinero para salvarse a sí misma y para salvar a los pueblos todos aliados y asociados en la gran guerra, los Estados Unidos no pueden hablar de créditos con impaciencias mercantiles. Una deuda mercantil no puede ser una deuda de guerra. El señor Clemenceau ha planteado el intrincado problema en sus términos justos y precisos.

Francia pidió dinero no ya sólo para salvarse a sí misma, que sufrió los horrores de la guerra más que pueblo alguno, sino para salvar a los demás pueblos que operaron dentro del territorio del país hoy deudor, devastándole sistemáticamente. Si Lafayette, al cabo de unos años pone al cobro unes letras vencidas y aceptadas en un momento de suprema urgencia, la colaboración desaparece para trocarse en un modesto negocio de usura. Dice muy bien M. Clemenceau cuando asegura que las naciones son algo más que razones comerciales y casas de banca. Como la caja de Francia está vacía, el pago supone sencillamente una merma de su independencia nacional. Y así resulta que Francia tiene que pagar sus mismas mutilaciones y torturas en dinero contante y sonante a los pueblos que la juraron amistad y alianza inalterables en la hora suprema. ¡Burla donosa, que no puede ser sufrida resignadamente por un pueblo caballeroso y consciente de sus ideales!

La deuda de Francia ha sido adquirida en momentos de terrible necesidad y de completo agobio. Adquiría deudas para vivir, sencillamente, para vivir. Estaba ante el dilema de pedir dinero prestado o de capitular. Fuese como fuese, sin reparar en condiciones ni en circunstancias, había de aceptar dinero, como fuese, con tal que fuese pronto. Cuando advertía vagamente que llegaría el plazo del vencimiento, sus acreedores respondían que su obligación era la de vencer al presente, sin acordarse para nada del porvenir.

Esta es la situación que hoy se líquida y que acaba de afrontar gallardamente Jorge Clemenceau con su famosa carta. Ni el deudor ni el acreedor creen en la liquidación de la deuda a plazo fijo. Más aún: ambas partes saben que ese plazo no puede llegar nunca. Se juega una comedia trágica aún para los acreedores, que conocen la pobreza absoluta del deudor. Firmando pagarés y más pagarés no se llega nunca a la solución del problema más que llegando «al empréstito con buenas hipotecas sobre los bienes territoriales, como si os las hubieseis con Turquía».

Esta sospecha de Clemenceau, que es la única sospecha posible, flota hoy ante el mundo como una interrogante inquietadora.

El Diario de Huesca (20-08-1926)
El Liberal (08-08-1926)

Victorias ajenas

En la admirable información que sobre las elecciones inglesas ha ido enviando un inteligente espectador de las mismas, el señor Esplá, leemos que la victoria de MacDonald y del laborismo significa el triunfo de la austeridad y de la virtud. Ante las piruetas ingeniosas de

[359] Georges Benjamín Clemenceau (1841 –1929). Médico, periodista y político francés que alcanzó el cargo de primer ministro y jefe de gobierno durante el régimen de la Tercera República Francesa.
[360] John Calvin Coolidge (1872 – 1933). Trigésimo presidente de los Estados Unidos (1923-29).
[361] Joseph Marie de Maistre (1753-1821). Teórico político y filósofo francés, fue uno de los críticos más categóricos de la Revolución Francesa.

Lloyd George que promete acabar con el paro inglés sin gastar una sola libra del Tesoro, ante la graciosísima defensa de las coles tan beneficiosas para la exportación de la City y de la Isla que hace Mr. Baldwin como plataforma electoral, el inglés, flemático y lento, ha sonreído cachazudamente y ha votado a MacDonald y a sus amigos. Realmente, no quedaba otra solución para un elector serio sino votar al laborismo. A pesar del enorme talento de los dos jefes adversarios, de la virtud modesta y sencilla de Mr. Baldwin y de la enorme popularidad que aún no ha perdido del todo el siempre joven y audaz Mr. Lloyd George, lo cierto es que se han conducido, en el momento solemne de pedir el voto a las muchedumbres, como unos payasos de circo que saben hacer prestidigitaciones al alcance de todas las fortunas. MacDonald ha ganado en cambio la partida callando. Norman Angell, el apóstol de la paz, ha luchado a su lado y a su lado se sentará en el Parlamento. Oliver Baldwin, el hijo del primer ministro, se ha hecho también laborista, ha salido diputado y en el Parlamento votará contra su padre. "La roja Elena" milita asimismo en el partido de la inquietud. Y la hija de Lord Curzon. El laborismo comienza a nutrirse no ya solo de hombres inteligentes, sino de hombres ricos y acomodados, como es natural, aunque no les parezca natural a muchos de los extremistas que por aquí nos gastamos. Un hombre modesto, Mr. Stanley Baldwin, es el líder de los duques, de los vizcondes, de los lores, de las ladyes, de los torys, de los judíos, de los banqueros y de los millonarios, y en cambio, un modesto obrero escocés que pasó hambre de niño y que conoció de joven la trágica miseria de los suburbios londinenses, tiene a su lado a los hombres puros, austeros y nobles de la vieja Inglaterra.

Y es que el laborismo tiene sus matices, que no son del todo comprendidos por el socialismo continental. El laborismo vive, ante todo y sobre todo, de problemas espirituales. Se nutre, como todo sentimiento liberal, de la inquietud, de la congoja, del descontento y del anhelo. Su patrimonio es puramente místico. Habla al espíritu el laborismo y viene del espíritu. Laborismo de Biblia y de país de niebla –no lo olvidemos– para cobrar fuerzas antes de expandirse, se recoge en la soledad y en la meditación. Partido de hombres serios y, más que partido, comunión, sus procedimientos son honestos e inmaculados. Y así, han ganado las mujeres, y algunas ladyes, y hasta el hijo del primer ministro, que en Inglaterra no necesita agarrarse a la levita del papá o del suegro para vivir. Con el laborismo inglés, no solamente el laborismo triunfa. Triunfamos un poco con él todos los que ponemos sobre nuestro corazón el desinterés y el espíritu sobre la banca y la materia. Triunfo esplendoroso de la inteligencia y de la virtud, el del laborismo británico, deja a la humanidad de ahora el mismo regusto de esperanza que aquellos famosos catorce puntos del malogrado Wilson. Aún hay esperanza de redención para los hombres.

Porque el triunfo del laborismo significa, como es natural, el triunfo del hombre sobre el inglés y del inglés genérico sobre el específico: todo lo contrario de lo que significaría, en estos momentos, el triunfo del pseudosocialismo nacional, burocrático, prudente y obrerista. Se da en estos días el caso, precisamente, de que los ganapanes que viven de la burocracia partidista y cultivan su huertito de las organizaciones locales, y la amistad de los Pérez, de los López y de los Rodríguez de un oscuro poblachón o de una riente aldea, combaten a los discrepantes, cuya vida se parece como un huevo a otro huevo a la de Mr. MacDonald, que va al café, gusta del teatro, de los deportes y de las mujeres guapas y que tiene a sus órdenes mecanógrafas bonitas y rubias en las oficinas del Labour Party. Para algunos de esos jefes continentales, buenos muchachos en el fondo, aunque de cierto sentido gregarista y no muy devotos de las especulaciones de la mente y de las gentilezas obligadas de la amistad, el socialismo es cosa de casta, de cuota y hasta de escalafón. La disciplina extrema les place más que la convicción íntima y profunda. Si un hombre de talento y de honestidad ha militado en el Partido hace más de treinta años cuando ellos apenas deletreaban en los primeros abecedarios escolares, y escribe en la Prensa burguesa, necesitan poner en la picota a este hombre.

Mas esperemos que esa lección inglesa sabrán aprovecharla eficazmente alguna de las figuras referidas, tan a gusto hoy, por error sin duda, en el machito de la quietud y de la tolerancia.

La Voz de Guipúzcoa (12-06-1929)
El Pueblo Gallego (13-06-1929)
El Luchador (12-06-1929)

La sombra de Luis XVI

Todos los años aparece, ante los franceses, ante los franceses católicos y monárquicos y legitimistas, la sombra de Luis XVI, el Capeto, camino del cadalso, con su aureola de santidad y de martirio. En la capilla de Saint-Denis, iluminadas por dos vitrales góticos, aparecen las dos estatuas de Luis y de María Antonieta, con el medallón del pobre Delfín en el fondo. Unas misas en la capilla solitaria, una exhibición de unos aristócratas enlutados... y la ceremonia que concluye hasta el año venidero. Sobre el pavimento de la capilla, unas cruces –recuerdos de guillotinados ilustres–, unas flores, unas coronas y unos paños nos recuerdan la terrible escena de la Revolución. Y los Reyes aparecen en actitud orante; ella, candorosa y rubia, preguntando, acaso, por qué no daban galletas y bizcochos a los pecheros hambrientos; él, Luis XVI, solemne y galo, con su corona y su espada y su manto real...

Luis XVI ha ido pasando, poco a poco, del mismo modo que la doncella de Orleáns, que Santa Juana de Arco, a la categoría de símbolo... Luis XVI va siendo, para los buenos franceses de la tradición, nada menos y nada más que la Gran Monarquía de las maneras corteses, de los madrigales bonitos, de los jardines de Versalles, de las cacerías, de Racine y de Corneille. Luis XVI es el último retoño de la magnífica raza que va de Enrique IV, tan amado de los franceses, a Luis XIV. Luis XVI ya no puede decir, como su abuelo, que el Estado es él, porque el Estado empieza a ser en Francia y en Europa el juego de pelota, y la Bastilla y el cadalso, entre cantos de la Carmañola, al final. Pero Luis XVI es el último rey de casta, y Francia le recuerda todos los años en la silenciosa capilla de Saint Denis. Coincidiendo con la entrada de la primavera, estos funerales por los dos pobres Reyes decapitados tienen un aire bien triste, a pesar de su tono de rigidez y de protocolo. Son algo desaparecido inevitable y fatalmente ante las inquietudes de la Enciclopedia y las afirmaciones del Derecho Nuevo. Los Reyes que vienen después de Luis no son sucesores suyos: son sus enemigos. Ya son hombres como los demás, y la Providencia comienza a no intervenir en sus determinaciones. Y esta pareja trágica, orante en la silenciosa capilla de Saint Denis, es algo que ha pasado con el rodar de los siglos que se fueron, y que no despertará ya más, porque dejó de ser carne para trocarse en mármol...

La Esfera (17-01-1931)

CRÓNICA ITALIANA

La reina Elena

La reina Elena –cuya figura es de triste actualidad ahora con motivo de la hecatombe de Messina y de Reggio– es en verdad atrayente y simpática figura. Hija de un modesto príncipe montenegrino, y esposa de uno de los reyes más demócratas de Europa, no se distingue por su talento diplomático, ni por su intervención en los problemas del Estado. En esto bien puede decirse que peca por carta de menos y que es el reverso de su hermosa madre política, la reina Margarita, viuda de Humberto I. Si alguna vez deja sentir su influjo de Reina, es en los momentos de tristeza, cuando necesita enjugar lágrimas de desgraciados.

La tiesa aristocracia del Quirinal no toleraría en otra persona que no tuviese las dotes angelicales de Elena de Montenegro, su modestia burguesa, su constante culto al hogar y su alejamiento de las pompas y ceremonias cortesanas. Diríase que la molesta lo elevado de su rango y que huye de la luz de los salones para no cegarse con su resplandor artificial. Como su marido, que apenas se deja acompañar en sus frecuentes excursiones más que por el general Brusati, Elena de Montenegro vive apartada fuera de los grandes centros, de las playas de moda como Rímini en el verano, y de los suntuosos cotillones y de las comidas elegantes durante el invierno. Esposa y madre, solamente se cuida, en su voluntario retiro del Quirinal, de educar a sus niños, de dar limosnas a los pobres, de extender el radio de su misericordia, oculta para los periódicos y para el público.

Alguna vez los periódicos hablan, *sotto voce*, de unos versos muy lindos y muy tiernos de una hermosa dama de la más alta alcurnia. Elena de Montenegro, que se firma *La Farfalla azurra* –la mariposa azul– deja, como su compañera Carmen Silva, grabados sus sentimientos de mujer en versos sencillos y hondamente poéticos. Los héroes de los versos reales son los niños y su pecho anhelante de madre se dilata con emoción llevando a corazones ajenos las inquietudes de su propio espíritu.

También los diarios, esos condenados diarios que todo lo husmean, nos han hablado alguna vez de los zapatos de Elena. Elena estrena un par de zapatos para cada fiesta de gala, de hechura irreprochable y lindísima, que luego regala a los pobres. Es un detalle este de la disculpable puerilidad regia, sencillamente conmovedor. Elena de Montenegro, que es una mujer hermosísima y elegante, no brilla precisamente por el escandaloso valor de sus joyas y de sus *toilettes.* Sabe ser adorablemente sencilla. Y ella, que sabe cuidar su pie menudito y gentil –digno de una madrileña castiza– se acuerda de la caridad en estos que podemos exageradamente calificar de pequeños despilfarros.

Pero la obra más genial de Elena de Montenegro es su hija, la Princesita Yolanda. ¡Qué criatura más salada y más bonita, cielo santo! Yo, que sé amar a los niños, y que envidio sinceramente sus ruidosas travesuras, que prefiero una lengüecita de trapo a un verso definitivo de un modernista flamante, he contemplado con alegría, con alma de paternidad prematura, su carita morena, sus ojazos negros y bailadores, el gesto cándido y picaresco a la vez de esta criatura singular...

Una tarde, en las cercanías de Roma, he visto a la hija de los Saboyas, con sus hermanitos. El heredero de la Corona jugaba seriote, en el cochecito infantil, con un juguete, un enorme perrazo que se estaba quietecito, respetando, como cualquier personaje de etiqueta, las intemperancias del pequeño tirano, su señor. Yolanda, con su mirada triste, hundía los ojazos en el

azul inmenso del firmamento romano. Yo estuve tentado de darla un beso, pero temí las iras del cochero, único guardián de aquellos angelitos...

Seguí caminando hacia la Ciudad Eterna. Pensaba en la tranquilidad de estos monarcas, en su firme y poco complicada posición burguesa, en como entienden Víctor Manuel III y Elena de Montenegro su misión, despreciando las iras de los aristócratas refinados e inaguantables. La enorme cúpula de San Pedro que se dibujaba con vigor en el azul tranquilo, rompió un momento mi placidez. ¡Oh, las iras, la incompatibilidad histórica, la Patria y el Altar, aquí antagónicas y en otros pueblos pilares de futuras grandezas! Pero el cochecillo tornó a cascabelear y la figurita de Yolanda pasó de nuevo. Y yo me di a soñar –de poetas y de muchachos es el soñar– que si el Santo Padre rompiera una vez su voluntaria prisión del Vaticano, y pasase por aquellos lugares llenos de melancolía y de grandeza, y se encontrara con el cochecito, con Elena y con sus hijos, hubiera acariciado la carita de Yolanda con indulgencia bonachona. Y la faz de Italia hubiera cambiado como se desarrugan las nubes con un buen sol, después de una lucha sorda y de unas escaramuzas pintorescas.

Nuevo Mundo (28-01-1909)

Italia

La confirmación oficial de la salida de varios cruceros y acorazados italianos con dirección a Trípoli[362], me ha hecho meditar un momento sobre la diferencia fundamental del sentimiento patriótico en Italia y en nuestro país, tan semejante a ella. En Italia, el sentimiento de la patria, de la unidad nacional, de la "tersa Italia", es un sentimiento tan hondamente arraigado en el corazón del país, como un afecto familiar, como una expansión económica de un interés personal, como el amor de un mozo por su novia o de un hijo por su madre. Cada italiano se siente una parte orgánica, una célula viviente del todo. Ellos han visto nacer su patria, arraigarse, normalizarse, extenderse.

Italia se encuentra en este respecto, como debió encontrarse España pocos años después de la invasión francesa.

Despacio, sin decírselo a nadie, rumiándolo íntimamente, en el corazón del italiano vibra un sentimiento perfectamente imperialista. El sentido romano de absorción se conserva a través de la raza.

Porque esta escaramuza con Turquía no pasa de ser un pasatiempo, un compás de espera.

Italia se prepara con cautela a romperse la crisma con los austríacos. Tan fuerte es el odio que les tienen, como el que debieron alimentar nuestros aldeanos por los gabachos, que vieron robar sus haciendas y violar sus mujeres. El lamento de Silvio Pellico[363], la canturria lenta del dolor que palpita en las páginas de las *Prisiones*, halla eco todavía en el sentimiento popular. Y las combinaciones diplomáticas de la Tríplice[364] no han amenguado, sino extendido y ramificado las heridas y los golpes que venecianos y piamonteses recibieran hace cincuenta años, al comienzo del reinado del emperador Francisco José.

El cronista desea laureles para Italia. Francia es nuestra hermana mayor, y como hermana mayor caprichosa y dominante, Italia es nuestra madre. Más que nuestra madre, nuestra abuela. Ella nos legó el genio, la gracia, la sutileza, la armonía, la elegancia del espíritu latino. Y aunque hemos sido pródigos, no hemos conseguido disipar el patrimonio de gloria y de esplendor que nos legara.

El Adelanto (03-10-1911)

[362] En 1911 los italianos decidieron anexionarse Tripolitania y Cirenaica (Libia), colonias en poder de los otomanos. En principio optaron por la zona litoral para después avanzar hacia el sur. Al final de la guerra consiguieron en parte su objetivo expulsando a los otomanos de Libia y colonizándola ellos. En Italia los partidos nacionalistas y la banca eran los más interesados en estas pretensiones.

[363] Silvio Pellico (1789-1854), escritor italiano, encarcelado en 1820 por los austriacos acusado de liberal y miembro de la sociedad secreta de los carbonarios, escribió una autobiografía de su estancia en la cárcel titulada *Mis Prisiones*. La cita está traída un poco por los pelos, porque no es una manifestación política ni nacionalista.

[364] Alianza entre el imperio Austro-Húngaro, Alemania e Italia (1882) de mutua defensa. Italia rompería este tratado en la primera guerra mundial uniéndose al grupo de los aliados.

Italia

Sobre la mesa de mi despacho tengo una magnífica fotografía boloñesa de Giosué Carducci. Está el poeta sentado sobre un sillón de paja. Los cabellos andan revueltos y levantados, la frente está surcada de hondas arrugas, la mirada es dura y expresiva, la mano que escribiere *La Chiesa di Polenta* y *Mirausar* [¿Miramar?] descansa sobre un grueso bastón. De un cordoncillo cuelgan unos anteojos y en la solapa de la chaqueta lucen dos florecillas blancas, arrugadas y mustias.

El recuerdo de Carducci me trae la visión de los pórticos boloñeses, y la visión de los queridos pórticos de mis años estudiantiles, la dulce imagen, tan lejana y próxima al mismo tiempo, de esta inquieta e impetuosa Italia que tanto preocupa en estos días a las cancillerías europeas. ¿Qué hará Italia, la coqueta e informal Italia de los rojos, la Italia cautelosa y consciente de sus destinos históricos de los azules? ¿Qué hará Italia a estas horas? En las plazas de San Marcos de Venecia, de San Petronio de Bolonia, de la Señoría de Florencia, de San Silvestre de Roma, el telégrafo nos dice que compactas multitudes de miles de hombres vitorean a la guerra, aplauden a los soldados, aclaman a Salandra, denuestan a Giolitti y gritan con voces estentóreas y roncas: «¡A Trieste, a Trieste, a Trieste!».

¿Qué hará Italia a estas horas? ¿Vencerá D'Annunzio sobre Giolitti[365], la corriente popular contra las frías manipulaciones diplomáticas, la ponderación y el buen sentido a ras de tierra sobre el impulso romántico y las eternas aspiraciones irredentistas? ¿Será derrotada la Consulta por el Campidoglio? ¿Se saciarán de gloria los que tienen hambre de gloria? ¿Se harán amigos los arbitristas de los poetas y tenderá la mano amigablemente el secretario florentino a los supervivientes garibaldinos de la camisa roja?

De tal modo disfrazan la verdad en España los amigos oficiosos de unos y otros bandos beligerantes –principalmente de los alemanes, más duchos en el arte del disimulo y de la fantasía– que se ha llegado a hablar de traición para definir la situación de Italia desde el principio de la guerra.

Los periódicos franceses ensalzan, por otra parte, la gallardía de los italianos. Los que conocemos un poco el sentimiento público de la península vecina, no nos dejamos sorprender de los acontecimientos. El pueblo italiano ha sido siempre hostil a su política internacional, el odio a Austria ha sido siempre un sentimiento arraigado en el espíritu del país y un constante tema literario de socorrida y palpitante actualidad.

Mis Prisiones, de Silvio Pellico, *La Nave* –que es de ayer– de D'Annuncio, los latigazos carducianos, las arengas de Mazzini, la modernísima literatura imperialista inaugurada por Ciro Alvi, con su primorosa novela *Gloria di Re*, han hallado más eco en los espíritus que las alianzas y amistades oficiales con el imperio de Francisco José.

El caso de Italia no prueba otra cosa que el peligro de los tratos y privanzas diplomáticas que no van refrendados por la suprema voluntad de los pueblos. La cuerda se quiebra siempre por lo más flojo.

Si es cierto que la amistad de Italia con los dos Imperios centrales ha dado a esta nación la calidad de primera potencia, es igualmente indudable que renunciaba implícitamente con esa amistad a toda suerte de reivindicaciones territoriales, hipotecando, en aras de la apariencia, su desarrollo económico a los enormes gastos de la paz armada. El pueblo, que no entiende de sutilezas y que es más romántico que especulador en sus anhelos, vio el reverso sin fijarse demasiado en el anverso de sus alianzas.

Pensar que los súbditos de Víctor Manuel fueran del brazo de los austriacos, era pensar un disparate. Querer que se estuvieran quietecicos sin aprovechar la ocasión que la suerte les deparaba, era desconocer el ardor de la raza amiga de los gestos, sensible a las inflamadas canciones del patriotismo y con la herida abierta y no cicatrizada todavía de porrazos aún recientes.

La neutralidad italiana ha estado, desde el principio, sujeta a las más intensas sugestiones de los pueblos vecinos y en lucha.

Por un fenómeno muy natural para los que conocen la vida universitaria italiana y el socialismo que se nutre del personal del profesorado, han sido germanófilos en Italia los socialistas y los intelectuales, y amigas de los aliados las clases populares y católicas.

[365] Giovanni Giolitti (1842 – 1928). Político, parlamentario y Primer Ministro italiano en diversas ocasiones, caracterizado por una moderada resistencia a las ideas fascistas de Benito Mussolini

La propaganda eficacísima de los franceses, de los ingleses –que tanto contribuyeron a la formación de la *tersa Italia*– contrarrestó bien pronto la influencia alemana que se atrincheraba débilmente en el amor platónico a las excelencias científicas de los teutones, la violación de Bélgica restó simpatías a la causa de los imperios centrales y los manejos de la prensa de Berlín, ensalzando a Giolitti –que es un viejo zorro sin idealidad, por el estilo de los políticos que aquí calificamos de listos y de traviesos– espantamos la caza días pasados, deshaciendo las complejas manipulaciones de la consulta y exacerbando los entusiasmos intervencionistas de las muchedumbres.

No sabemos a la hora que escribimos estas líneas si los hijos de César se atreven a pasar el Rubicón. Todos los barruntos nos inducen a pensar que así suceda, Italia está soportando una vivísima tensión de nervios que no puede prolongarse humanamente muchos días. Los franceses la cantan mansamente al oído canciones de afinidad de raza y de comunidad de aspiraciones; los alemanes la gruñen palabrotas de recelo y de amenaza que suenan horriblemente en los oídos hechos a oír la parlería toscana...

¿Qué hará Italia a estas horas? ¿Irá a la guerra –perdonadme la paradoja– por miedo a la guerra? Los argonautas de la Nave ¿surcarán las aguas verdes del Adriático y limpiarán de extraños las dulces aguas? ¿Verán los italianos rugir el mar en Nabresina, junto a la roja costa? En una tarde de relámpagos y de truenos ¿alzará su frente Trieste, allá en el fondo, frente a Venecia, con los brazos de sus torres tendidos hacia el cielo, llamando a los ausentes que la esperan desde hace tantos años?

«¡Italia non é Italia sará»[366] –oí cantar, más que decir, al dulcísimo poeta Páscoli en el primer aniversario de la muerte de Carducci. ¿Y somos nosotros, los españoles, los que vamos a someter a análisis los complejos sentimientos colectivos que hoy sacuden el alma de los italianos? «Italia non e Italia sará». ¿Qué hacemos nosotros, en estas horas de angustia, sí, pero de resurgimiento de ideales colectivos, que no trocamos nuestro españolismo de recuerdo en esperanza, de pasado en futuro?

El Adelanto (20-05-1915)

Saludos desde el frente

Uno de los más importantes y difundidos diarios italianos –*Il Nuevo Giornale*, de Florencia–, publica, con agradable frecuencia, noticias de los soldados florentinos que operan en el Isonzo y en Trento. Son cartas breves y llenas del mejor humor. La censura militar no tacha más que el punto de origen y el número del regimiento a que pertenecen estos simpáticos y valientes soldados de la bella Italia.

Ante mis ojos tengo una plana entera del *Nuovo Giornale* con una de estas correspondencias de los soldados de Florencia. «Salude usted, señor Director, a nuestras queridas familias, amigos, parientes y a las muchachas del Calleno» –escriben el cabo mayor Lombarda y ocho o diez soldados a las órdenes del buen Lombardi.– «Después de una dura caminata por los lagos del Trento, nos sentimos orgullosos de haber clavado nuestra sagrada bandera y de haber quitado de allí ese trapo amarillo y rojo, de toda tiranía. Salude usted a nuestras familias, amigos, parientes y sobre todo, a nuestras novias que esperan noticias nuestras con el corazón angustiado» –escriben Renato Chiesi, el corneta Humberto Fantechi y quince soldados más–. «Alejado de los míos, mando saludos y besos a mi mujer, hijos y hermanas » –dice Chino Nanuncci, que vive en la calle de la Chiesa, número 60, primer piso. «¡Para vino el de Florencia! –escriben otros muchachos»–. «Hemos bebido unos cuantos litros y hemos arrojado los cascos a la cabeza de esos perros que no se cansan de correr. Salude usted al Viale dei Colli –uno de los más bellos paseos de Florencia y del mundo–. Recuerdos a la torre de la Catedral y a las chicas del barrio. ¡Quién pudiera acariciarlas!»

Las chicas de Florencia, estas chicas mimosas y femeninas, de gesto señoril, que pasean entre flores todo el año, que ven la puesta del sol desde la explanada de San Miniato, que cantan a la caída de la tarde cogidas de las manos, estas nietas de las Vírgenes de Fra Angélico y de Ra-

[366] "Italia no es, Italia será".

fael, estas cigarreras de caminar recio y de gesto altivo, estas cesteras morenitas de Fiésole, estas lindas modelos que tutean a los bohemios y a los poetas y que se dejan admirar burlonamente en los estudios, estas finas, inefables siluetas de mujeres del pueblo que nosotros hemos visto pasar las tardes de lluvia desde los cafés de la plaza de la Señoría o bajo las bóvedas de la Galería de los Oficios –con la *sciarpa* a la cabeza, el cabello rubio y abundante, las carnes de rosa, el brillo verde o azul en los ojos y la más deliciosa petulancia en toda la persona– estás fieras florentinas, que han legado su belleza clásica a los lienzos y esculturas del Renacimiento, son recordadas, a cada momento por los soldaditos que escriben a su pueblo desde las avanzadas del frente.

Allá, en las cimas de los Alpes, donde la luz del sol se refracta en luces anaranjadas, donde el cañón resuena a cada paso, donde chillan las águilas reales y el eco de las campanas diseminadas en las aldeas de los valles llegan al espíritu límpidas de toda estridencia soez, los soldaditos recuerdan a las muchachas del barrio, y pelean para que lo sepan ellas, y se cubren de gloria para que ellas les halaguen a la vuelta, cuando retornen por el Puente Viejo, por el Viale dei Colli, ansiosos de miradas y de caricias, paladeando el vino generoso de la faura [¿fama?].

Italia es siempre la misma dulce patria mimosa del arte y del amor. En esta guerra pelean, ante todo y sobre todo, los artistas. D'Annunzio, en una flotilla de aeroplanos, arroja bombas sobre los pueblos de Austria. El subsecretario de Marina, senador Battaglieri, saluda en un asilo de huerfanitos de marineros que acaba de inaugurarse en Roma, a la diosa de la fortuna. ¡*O diva gratum quae regis Antíum!*[367] –que cantaba Horacio–. La ejecución de Miss Cawell, la enfermera inglesa, en el Gobierno militar de Bruselas, provoca páginas de cólera en los escritores italianos. «¿Hay nada más santo que la mujer? –escribe un periodista–. Los alemanes ¿han tenido novias, mujeres, hermanas, hijas, madres? ¿Hay vileza mayor que la de hacer llorar a una mujer? Si no fuera por las mujeres ¿acaso pelearíamos nosotros?

¡No! ¡Es posible que no! Nada de palabras inflamadas de patriotismo en los soldados. Algún grito aislado de ¡viva Saboya!; recuerdos a las muchachas siempre, a las muchachitas del barrio, a las novias. «Nos hemos cubierto de gloria y nos acordamos de ellas» nos participan, desde el Carso, los fusileros Ciari, Norentini, Poiverosi, Marzali y otros cien. ¡Tomamos buena nota de vuestros deseos, bravos fusileros de Italia! Pero, a la vuelta, ya contaréis esas historias peregrinas de los Alpes a la mujer amada, a la caída de la tarde, por el Viale dei Colli. Tornaréis a Florencia con el pecho cubierto de cruces; pasearéis vuestra gloria por las calles rumorosas cubiertas de sol, por los jardines rellenos de perfumes, allá en Pitti... Y la sonrisa de Beatriz –azul y blanca– os animará desde lo alto y surgirá un nuevo Dante que confunda las ansias de su Patria con las de su propio corazón, anhelante de caricias y de suspiros.

Y ante unos ojos verdes, azules, todas las tardes contaréis la hazaña siempre vieja y siempre nueva:

– ¡Un día, Linda, allá, en el Carso, sobre las cimas blancas!...

Para nosotros, los españoles, la Patria es una madre achacosa y venerable; para ellos, los italianos, la Patria es una moza rozagante y fresca, la novia, la siempre novia: Beatriz, Laura, Leonor, Silvia...

El Adelanto (11-11-1915)

Pascual Estanislao Mancini

Hace unos días se celebró en Roma, con inusitada pompa académica, el centenario del nacimiento de Pascual Estanislao Mancini, el famoso constructor de la teoría de las nacionalidades, que impuso a su país la alianza con los Imperios Centrales. Las cuestiones jurídicas que ha suscitado y que está suscitando todavía la guerra europea prestan el mayor interés de actualidad a la figura del gran estadista italiano, que incorporó al derecho internacional los sueños generosos y románticos de José Manzzini.

Nosotros, que queremos reflejar en sucesivos artículos el momento espiritual de Italia en la hora de ahora, debemos inaugurarlos precisamente estudiando la personalidad del profesor

[367] "¡Oh, diosa que reinas en el feliz Antio…!". Horacio, Odas I, 35

romano, no ya sólo porque su influjo ideológico fue decisivo en los destinos históricos de su país, sino porque sus errores fueron los propios errores de Italia, rectificados hoy con la denuncia y con la ruptura del Tratado de la Tríplice, por oponerse, en su esencia, al principio manciniano de la nacionalidad.

Mancini expuso sus teorías internacionales en su famosa lección, profesada en la Universidad de Turín el día 22 de Enero de 1851, intitulada *Della nazionalita come fondamento del directto della genti.* Aquella lección provocó las más desatadas protestas de la diplomacia austríaca; los Borbones sumaron sus censuras a las del Gabinete de Viena. Como reacción natural, los puntos de vista de Mancini se convirtieron en los dogmas del *Risorgimento* italiano. Frente a la posición germánica, que explicaba la nacionalidad por la integración de elementos materiales concurrentes –territorio, lengua, raza–, Mancini definía su concepción, haciendo entrar en la idea de la nacionalidad factores espirituales y psíquicos, que forman una conciencia nacional, o lo que es lo mismo, «el sentimiento que la nación adquiere de sí misma y que la capacita para constituirse interiormente y para manifestarse en sus relaciones exteriores». El contacto material y exterior en una agregación humana no produce una nación, como quieren los austríacos, porque para Mancini la esencia nacional estriba en la unidad moral de un pensamiento común, de una idea predominante que hace de una sociedad lo que ella es, porque en ella se realiza esa idea. Así, este principio de acción, generador de nacionalidades, encontró eco en Alemania y toda suerte de resistencias en Francia.

Pero después de la guerra franco-prusiana se trocaron los papeles. La famosa conferencia de Ernesto Renau, leída en el Colegio de Francia en 1882, no fue más que una glosa de la teoría manciniana, para justificar, desde el punto de vista francés, el despojo alsaciano. La raza, la lengua y el territorio son alemanes, según los alemanes; pero el espíritu colectivo, la conciencia de sus habitantes, es francés. Un plebiscito que manifieste libremente la opinión de los pueblos, es el que puede determinar la justicia de una anexión. Así, Mancini dio conciencia al movimiento irredentista de los distintos pueblos europeos, dio vida a los pequeños estados e impugnó la política alemana de absorción y de aniquilamiento de las razas inferiores.

Y, sin embargo, Pascual Estanislao Mancini, el profesor de Derecho Internacional que el día 22 de Enero de 1851 explicaba en Turín la teoría de las nacionalidades, firmaba, treinta y un años más tarde, el 20 de Mayo de 1882, el tratado secreto de Italia con Alemania y Austria, estableciendo la Tríplice, denunciada y rota precisamente el día 20 de Mayo de 1915 con la entrada de Italia en la contienda, al lado de la Entente. ¿Cómo nos explicamos esta contradicción fundamental en un político de tan largos alcances como Mancini? Para el profesor italiano, Alemania e Italia, despedazadas en pequeños estados, necesitaban un ideal común que los fundiese en una unidad orgánica superior, para cobrar conciencia de su fuerza e imponerla en Europa. Con Austria era harto más difícil de explicar el tratado de alianza. Mancini aseguraba, explicando su tratado en la Cámara de diputados, que la alianza con Austria disiparía en Europa la opinión harto generalizada, de que Italia era un continuo foco de amenazas y complots contra Suiza e Inglaterra. La geografía política imponía, además, esta alianza. La continuidad de territorio de las tres nuevas amigas hacía más fácil la defensa contra cualquier ataque exterior.

Austria y Alemania querían que la política de la Tríplice fuese eminentemente conservadora; la pretensión fue combatida por Mancini, reclamando una libertad ilimitada para Italia en lo referente a su política interior. Igualmente, Mancini hizo declarar a sus aliados que en ningún caso las estipulaciones del tratado habían de hostilizar a Inglaterra.

La clarividencia de Mancini no puede negarse de buena fe, porque la ruptura de la Tríplice supone, sin más ni menos, que la negación sistemática de los principios que formuló Mancini al estipular el tratado. «Los intereses particulares de los Imperios Centrales pueden constreñirnos a una inacción que anule nuestra legítima influencia» escribía Mancini en el momento de firmar el tratado de alianza en 1882.

Sus temores se convirtieron en realidad, pero su principio de las nacionalidades es el que informa actualmente a los aliados en su lucha suprema con Alemania. «Ahora mismo –decía Cimbali en su discurso conmemorativo del centenario de Mancini– Italia y el mundo civil deben recordar, con manifestaciones especiales de gratitud y de reconocimiento, a Pascual Estanislao Mancini en este retorno triunfal de sus principios, que coincide con el primer centenario de su nacimiento. Principalmente, es un deber de Italia, de la que Mancini quería hacer asiento y corte de una nueva escuela de derecho con miras a la totalidad de la civilización.»

España (10-05-1917)

El interés por España

Desde hace algún tiempo, que no ha coincidido ciertamente con la guerra sino que es anterior a ella, comienza a iniciarse en Italia una seria y viva corriente de preocupación por las cosas españolas. Algunos libros se han escrito recientemente sobre nuestro país; continuamente la prensa italiana está dando su opinión sobre nuestras cosas y nuestros hombres.

No se trata de un interés morboso por lo pintoresco, por lo pintoresco que hacía crujir de indignación el ánimo varonil y recio de un Josué Carducci. Nada de descripciones sobre los toros, sobre las chulas, sobre la incontención meridional y sobre las serenatas en Córdoba y Granada a la luz de la luna. La visión pintoresca de Edmundo De Amicis ha pasado de moda, afortunadamente. Se trata de una curiosidad por los valores espirituales que encierra nuestro pueblo. Y un día es Croce el que se fija con amor en nuestros artistas y escritores de los pasados siglos y formula la teoría de la independencia de la expresión artística, limpia de trabas y de fórmulas exteriores, señalando que fue en España donde esa expresión ha sido más noble y decorosamente resuelta. Y otro día es Carducci el que estudia nuestro Romancero y el que traza un lindo ensayo de interpretación sobre el *Quijote,* descubriendo los manantiales de nuestra poesía popular y viendo en el héroe de nuestro Miguel de Cervantes el símbolo del anhelo que no se sacia nunca y el símbolo de la inquietud eterna que no se apaga ni se aquieta jamás. Arturo Farinelli estudia constantemente nuestros clásicos y se ocupa actualmente de Calderón de la Barca. Y Beccari traduce libros antiguos y modernos españoles en las bibliotecas más conocidas y populares. Hasta Rómulo Murri[368], más actual y contemporáneo, al llegar a Madrid se cuela por los pasillos del ministerio de la plaza de Atocha y habla a los italianos del liberalismo de nuestro Julio Burell, de los millones de nuestro Conde de Romanones –antiguo colegial de San Clemente de Bolonia– y de las estadísticas oficiales de nuestra instrucción primaria.

La curiosidad por las cosas españolas, lejos de disminuir o de convertirse en una corriente pasajera que imponen la moda de unos días o el dilettantismo de un cenáculo de gentes de letras, aumenta más y más cada día. Desde 1908, en que yo veía como único producto de exportación literaria en los escaparates de los libreros alguno que otro libro de Blasco Ibáñez o de Carmen de Burgos, las cosas han variado por completo. Se ha traducido el teatro de Jacinto Benavente y de los Álvarez Quintero. *El político* de Azorín, maravillosamente traducido por Gilberto Beccari, es un libro corriente entre los políticos italianos. *La vida de Don Quijote y Sancho* y *El sentimiento trágico en la vida y en los pueblos,* de Miguel de Unamuno, traducidos también, despiertan todos los días los más vivos comentarios y sugieren las glosas más peregrinas. En los índices de los catálogos de los editores Bocea, Treves[369], Zanichelli, Laterza, etc., comienzan a sorprendernos gratamente nombres españoles. Y como en España nadie parece darse cata de este fenómeno, nosotros queremos consignarlo aquí para agradecerlo y para darnos por enterados.

Nuestra postura ante la corriente conflagración europea también es estudiada y comentada corrientemente por los escritores italianos. Acaso con más competencia, con más conocimiento del detalle y del hecho menudo que en cualquiera otra nación de Europa. Los comentarios que ha consagrado a nuestra germanofilia corriente y moliente un espíritu tan sagaz y penetrante como Giovanni Papini merecen la atención más diligente por parte nuestra. Papini sostiene que lo mismo Francia que Italia se han ocupado demasiado poco de conocer a fondo nuestro pueblo para cultivar esas tribus balkánicas que siempre caen del lado del más fuerte y del que parece que va a triunfar. Y España es hoy la primera potencia europea de los pueblos que se mantienen neutrales. Explica Papini nuestro alejamiento de la contienda porque aún perdura en nuestro ánimo el recuerdo de la catástrofe colonial. Además cree el sagacísimo escritor florentino que la aventura de Marruecos tiene casi toda la culpa de que no sintamos amor actualmente por las empresas belicosas.

De las gentes que se pelean en nuestra España en los distintos bandos que mantienen los puntos de vista de los dos grupos beligerantes, tiene Juan Papini la más completa y cabal idea. Tan documentado está, que conoce aquella cómica aventura en la que intervino Vázquez de

[368] Romolo Murri (1870 – 1944) Político y eclesiástico italiano, uno de los promotores de la democracia cristiana en Italia.

[369] Claudio Treves (1869 – 1933). Periodista y político antifascista italiano.

Mella para que salasen carne de puercos en Cangas de Onís con destino a los Imperios Centrales. Habla Papini de Benavente, de Pío Baroja, de Ayala, de Araquistain. Y reproduce y comenta los juicios más duros sobre el *trogloditismo* de Unamuno y conoce muy bien el movimiento de la opinión española en torno a la gran guerra.

Este movimiento de curiosidad simpática, de viva expectación, no ya solo por nuestros valores clásicos, sino por el momento actual, no ha sido correspondido en España. Más aún: muy pocos se han dado cata de esta curiosidad, que no puede calificarse de interesada, porque como decimos más arriba, es muy anterior a la intervención italiana. Se ha creado, sí, un Comité de relaciones italoespañolas que, como todos los comités habidos y por haber cuyos hilos mueven a su antojo los políticos, no da señales de existencia. Del movimiento cultural italiano apenas conocemos otra cosa que la labor de sus juristas, gracias a la tenacidad adorable del profesor Sr. Dorado Montero. En otra esfera mucho más modesta, yo mismo he traducido y comentado en España libros de Croce, de Murri, de Papini. Pero el pensamiento de sus estadistas y escritores está casi por explorar entre nosotros. Apenas se conocen aquí nombres como los de Prezzolini, Gentile, De Sanctis, etc., y es hora de corresponder hidalgamente, en este momento en que los pueblos depuran y nacionalizan sus valores, a la corriente de afecto y de comprensión sincera y abierta que sopla por España, en esta grande e inteligente Italia, que tan honda conciencia tiene de sus destinos históricos.

España (31-05-1917)

El problema del adriático

Una nación –ha escrito recientemente en un artículo comentadísimo el general Carlos Carsi– mide su propia posición y sus fuerzas propias por la seguridad de su desarrollo vital y por la amplitud de sus órganos respiratorios. La naturaleza protegió a Italia con los Alpes y le dio los mares para respirar y desenvolverse. Y los Alpes y estos mares han de ser italianos, porque la dignidad de su existencia nacional, su futura vida económica, su grandeza, son paralelas a la fuerza, a la genialidad y al sentido civil milenario de su pueblo.

Hasta aquí el general Carsi, en el que la pluma vive hermanada con la espada y la bravura con el continuo ejercicio de la mente. Los dos problemas –el de los montes y el de los mares– han llevado fatalmente a Italia a la contienda. Y como hay una conciencia nacional en este pueblo, la acción diplomática que dirige las orientaciones futuras colectivas, descansa en el común pensar de los ciudadanos, que saben perfectamente lo que quieren y conocen muy bien lo que se juegan. Por eso, el atribuir a Italia un papel de traidor de opereta en esta guerra, el creer que va de comparsa de Inglaterra, el afirmar que ha faltado a sus compromisos que rompieron desde luego antes que ella los Imperios centrales, el sostener que Italia no ha sabido situarse desde el principio con plena conciencia de lo que hacía –como escriben Salaverría y otros germanófilos de por acá–, supone un desconocimiento absoluto de su historia pasada y actual. Pero de todo esto, otro día.

El problema de los Alpes es más que conocido. Italia quiere sustituir sus fronteras de artificio por las propiamente naturales. Italiano de raza, de lengua y de espíritu es el Trentino; italiana es la faja adriática que hasta Trieste va bordeando el mar *italianissimo.* Sin la posesión completa y absoluta de los Alpes, Italia queda relegada a una potencia de segundo orden y permanece indefensa en realidad. Con el Trentino y con el Carso en manos ajenas, la invasión por las llanuras lombardas y por los valles vénetos es un peligro constante y eterno. Sin los Alpes, Italia no posee aquella tranquilidad geográfica que hace difícil el ataque a la integridad nacional.

El problema marítimo, más complejo que el otro y menos conocido en España, es de una importancia capital para Italia y es el que ella quiere resolver, desde luego, en esta guerra. Italia es la nación costera por excelencia. Si se exceptúa Inglaterra, ninguna otra nación europea posee más costa en relación con su extensión territorial. Este pueblo es algo así como «un puente, a través del Mediterráneo, que viene a unir el centro de Europa con las costas africanas». La expresión es del general de la Armada, Sr. Carsi. Dejando a un lado la cuestión mediterránea, la

guerra actual demuestra perfectamente en qué condiciones de inferioridad y de servidumbre se encuentra Italia en el Adriático, con relación a su rival y vecina Austria. No puede adoptar Italia sino una actitud defensiva en ese mar. Aunque ha inutilizado los movimientos de la escuadra austríaca, apenas puede mover sus barcos, sobre todo en el Norte, frente a Venecia, para proteger los valles vénetos y la faja oriental.

De Brindisi a Venecia apenas si se encuentra Italia con un solo punto de apoyo. El mismo puerto de Venecia está como embotellado y amenazado continuamente por las bases navales de Pola y Trieste.

En el resto de la costa, las condiciones varían, siendo un poco más favorables para los intereses nacionales. Tres sectores se advierten a lo largo de la costa oriental: el del Norte, con Istria y Pola; el del Centro, que desde Quarnero va a Navarta, y el meridional que nos lleva desde Navarta a las Bacas del Cáttaro. Y todo el problema estratégico del Adriático se reduce a defender estos sectores, porque la cuestión de Vallona, resuelta a favor de Italia, más que al dominio del Adriático se refiere a la posesión de su desembocadura, aunque Vallona, de hecho, pueda peligrar ante los barcos enemigos que dispusieran de Dalmacia y de las Bocas de Cáttaro.

Vallona y Taranto, en efecto, cierran el Adriático, pero no pueden servir de base de operaciones navales en este mar interior. Así, la existencia de Trieste y de Vallona está subordinada a la de Dalmacia. Por eso, el eje del problema de la estrategia en el Adriático se reduce a la de Dalmacia, que enfila todo el Adriático nórdico y central, y que constituye la gran base naval de aquellas aguas.

¿Qué quiere, pues, Italia? ¿Cómo se propone arreglar definitivamente sus fronteras marítimas con Austria? Aunque la diplomacia calla, las orientaciones de la opinión están perfectamente fijadas y definidas. El estudio del marino señor Carsi, que tenemos a la vista al escribir sobre esta cuestión reduciéndola todo lo posible a sus términos más claros y elementales, es, sencillamente, la concreción de la conciencia italiana en torno al problema del Adriático. Italia quiere, en primer término, la posesión material de Trieste unida a la de Istria, y por ende, a la de Pola –Fiume apenas si tiene valor militar–. Así asegura el alto Adriático y la defensa de sus costas norteñas orientales.

Pero el dominio sobre Venecia, Trieste y Pola, completado con el de Taranto y Vallona, no asegura a Italia en el Adriático, ni defiende tampoco sus costas expuestas siempre a daños y peligros. La sutileza italiana y su visión de los altos problemas a larga distancia y sobre toda suerte de contingencias probables y hasta posibles, advierten que, en el caso de una guerra con una gran potencia marítima, si ésta atacase la desembocadura del Jonio, expondría a la flota italiana a defenderse de dos fuegos a la vez, sin que los barcos italianos que se mantuviesen en el Alto Adriático pudieran atravesar la costa occidental, que no tiene puertos y que estaría siempre amenazada desde las bases dálmatas.

Así, pues, el dominio de la Dalmacia, difícilmente bloqueable por su extensión y en todo el dédalo de sus canales, colman, hoy por hoy, las legítimas aspiraciones italianas. Y yo no me cansaré de repetir demasiado y de procurar demostrar en estos artículos, que Italia es uno de los pueblos que más quiere y que más saben querer. Si en esta guerra Francia simboliza la dignidad, Inglaterra la defensa del derecho y el espíritu de sacrificio Bélgica, Italia representa –mucho más de lo que supone nuestra germanofilia corriente y moliente, sobre todo moliente– la inteligencia aguda y despierta. Italia se juega su propia vida y su intervención no obedece, como afirman nuestros Schneider de menor cuantía, a móviles inconfesables, porque, ha puesto noblemente, desde el principio, todas las cartas sobre la mesa.

Y acaso la fuerza de Italia estriba en la claridad y en la unanimidad de sus aspiraciones. Nación novata y de ayer, tiene la frescura y el brío de la mocedad que sabe poner riendas y frenos a su carrera. De su enorme contacto intelectual con Alemania, Italia ha aprendido el secreto de la tenacidad bien dirigida; lo otro, la agilidad, la destreza, la gracia, la claridad, es patrimonio suyo y bien suyo...

España (26-06-1917)

La tragedia de Silvio Pellico[370]

Y un buen día, poco a poco, Silvio, con sus recuerdos, con sus esperanzas, con los anhelos de su corazón de muchacho, patriota e impulsivo, fue concretando, hasta la realidad, la aplicación de sus facultades espirituales e intelectivas. Teniendo poco más de veinte años, fue nombrado profesor de Lengua francesa del Real Colegio de Huérfanos de los Militares, en Milán; algunos meses después, fue admitido como alumno en las oficinas de la Censura Dramática, anejas a la Dirección de policía. En Milán estaba su padre, viviendo de un sueldo del Ministerio de la Guerra; en Milán vivía también su hermano Luis, haciendo facturas comerciales y oyendo los versos de Leopardi y de Fóscolo a la juventud literaria; en Milán, finalmente, desparramaban las luces de ingenio Fóscolo y Monti, a los que idolatró desde luego Silvio, con el desinterés de la muchachería sana e inteligente.

Por Hugo Fóscolo, principalmente –Monti era un genio erudito y pachorroso, consagrado a la rebusca de las cosas pretéritas–, sentía Silvio una admiración sin límites y un afecto entrañable y casi filial. Fóscolo era un gran patriota, un hombre honrado y un excelente cantor –algo declamatorio, o, para decirlo a la española, algo quintanesco– de las glorias y de las desdichas de Italia. Los latigazos de Fóscolo recuerdan los de Alfieri:

Servi siam, si, ma servi ognor frementi[371]*;* sus comedias, sin los Arlequines, sin las Colombinas, sin los Polichinelas de rigor, son llamamientos vigorosos al coraje y al rubor de un pueblo, vilmente oprimido por los austriacos. Silvio siguió bien pronto las huellas de Hugo Fóscolo, imitándole...

Silvio escribió una tragedia –1813– *Laodamia,* de asunto griego, pero con alusiones veladas a la situación política; luego *Nerón, Turno.* En seguida, su obra maestra *Francesca da Rimini–Ravena,* el beso de Paolo, el incidente dantesco, *il baccio tutto tremante*[372]*,* que todos conocéis–. *Francesca* se representó en Milán por la compañía Marchionni, el 18 de Agosto de 1815, en el Teatro del Rey. La bellísima actriz Carlota Marchionni –una niña entonces de singular belleza– representó el papel de la protagonista. Un éxito formidable, clamoroso, *il più grande successo teatrale milanese,* al decir de las gacetas de aquel entonces. Después de Alfieri, era reputado Silvio como el primer trágico italiano. Los sensibles milaneses, a los que las operaciones comerciales no embotaban el sentimiento trágico, lloraban a moco tendido viendo representar esta tragedia. Dinero, gloria, cierta grata holgura económica en la casa de Silvio, azotada por todas las miserias del despotismo austríaco. Las luchas de nuestro amigo contra la propia vanidad, halagada en las horas del triunfo. El amor haciendo guiños en el corazón del mozalbete, brezado por esa gloria que nadie sabe a punto fijo en qué consiste, nadie, ni el mismo Sr. Unamuno que tan bellas páginas le ha dedicado...

Tiempos difíciles. Reacción, opresión austriacas. Fóscolo ha tenido que pasar los Alpes con rumbo a Ginebra y a Lausana; el buen Sr. Honorato –padre de Silvio– ha vuelto al Piamonte, a Turín, con la mujer y los pequeñuelos; Luis Pellico ha tenido que establecerse en Genova. Un decreto del Gobierno provisional excluye del goce y usufructo de los cargos públicos a los *forestieri* –a los forasteros–. *Forestieri* es una palabra que puede aplicarse muy elásticamente a cada caso concreto; *forestiere* es Pellico en Milán*; forestiere,* según la exégesis vienesa, soy yo en cualquier lugar de España que no sea mi pueblo natal; *forestiere* soy yo, si le apuran al esbirro leguleyesco, en mi pueblo natal, porque vivo continuamente fuera de él; *forestiere* es, pues, cualquiera hasta en su misma casa. Los austríacos son duchos en ficciones, en hipocresías y en apariencias legales. Silvio no sale inmediatamente de Milán.

Queda en la capital lombarda muy apurado de dinero; para vivir, tiene que dar lecciones de italiano a los extranjeros. La Censura hace desaparecer *Francesca* de los carteles. Preceptor de los hijos del conde Luis Porro Lambertenghi, puede vivir mejor. Mas el conde es liberal. Lo es Silvio, lo es Federico Canfalonieri. Los tres fundan un periódico, *Il Conciliatore,* defensor de la redención de Italia.

[370] Del libro en preparación *Al margen de Mis Prisiones.* (Nota del autor).
Parece que Sánchez Rojas estaba preparando un libro sobre el publicado por Pellico, *Le mie prigioni* ("Mis prisiones"), en 1832.

[371] La cita es de Dante Alighieri: "Servi siam, si; ma servi ognor frementi!" ("Somos esclavos, sí, pero esclavos siempre agitados.")

[372] La cita es exactamente: …*la bocca mi baciò tutto tremante* ("Me besó la boca tembloroso". Dante Alighieri. Divina Commedia, "Inferno", canto V, v. 136)

No sabemos que concilie cosa alguna el periódico patriótico de nuestros amigos. Colaboran en *Il Conciliatore* Rasori, Pecchio, De Cristóforis, el ginebrino Sismondi, Visconti, Rossi y otros. Trece meses dura la publicación: desde Septiembre de 1818 a Octubre de 1819. El conde Villate –un cachorro de la policía austríaca– da su toque de atención a Silvio. Tiene que suspenderse la publicación del *papelito azul* –en papelitos azules se estampa *Il Conciliatore*–. Se amenaza a nuestros amigos con la expulsión inmediata de los Estados Austríacos. Pellico se despide de sus lectores, diciendo que Italia recordará con amor a aquellos de sus hijos que han tratado de mantener viva, durante trece meses, la fecunda semilla del patriotismo y de la verdad».

Los austríacos aseguran su venganza con toda calma. Al año justo le ajustan las costuras al dulce Silvio, incapaz de cortar las alas a una mosca, con lo molesto que es este buen díptero del Señor. Silvio se hace carbonario[373]. No os asustéis, Silvio es católico. Y carbonario también. Las sociedades secretas en Italia son sociedades patrióticas sin compases, sin triángulos, sin misas negras, sin esas mamarrachadas pintorescas que tanto nos hacen reír de los masones españoles y franceses.

Pedro Maroncelli mete al bueno de Silvio en estos dibujos.

Los carbonarios se mueven en la sombra; en Nápoles han arrancado dos borbones una Constitución, después de sangrientas luchas en las calles; en el Piamonte andan sacando de sus casillas al Ejército, que se duele de la *bonhomie* de los Saboyas para que se ponga al frente del movimiento libertador; en Bolonia, los carbonarios han infiltrado su espíritu en las masas escolares; en Verona, en Padua, en Venecia –también sujetos al yugo extranjero–, los carbonarios no dejan títere con cabeza.

Entra en escena una mujer, pariente de la gentil Carlota, la que estrenase *Francesca da Rimini* en Milán; se llama la recién llegada Teresita Bartolozzi; ¡es muy bonita, muy coqueta, muy caprichosa y muy joven! El corazón de nuestro Silvio nuevamente en danza; Maroncelli y Silvio quieren dedicar una comedia a Teresita, actriz en germen como prima de Carlota. La comedia es como para asustar a cualquier austríaco. Músico y libretista aman: a Carlota, Pedro; Silvio a Teresita. La comedia se suprime por la censura. El ingenio del prefecto convierte a las mujeres de carne y hueso en regiones sojuzgadas, Lombardía y el Véneto; los amadores representan nada menos que los halagos de la revolución en marcha. Silvio se defiende del nuevo amor. Escapa a Turín, escapa a Venecia para librarse de la tiranuela; lo consigue; está tranquilo; espera el grande Amor, el soñado y entrevisto toda la vida. Al volver a Milán, sabe que han encarcelado a Maroncelli. Silvio recibe la visita del conde Villata, el buen esbirro de la policía imperial; Villata gruñe. Comienzan a escribir unos corchetes en papel de oficio; no aparecen cargos concretos. Silvio no es un hombre peligroso más que... por su talento, el arma que más temen todos los imbéciles nacidos y por nacer. Y aquella noche –13 de Octubre– duerme Silvio en la cárcel de Milán. No le dejan despedir de la familia; no puede prevenir al conde Porro Lambertenghi. Diez años largos va a durar la reclusión odiosa; los austríacos no nos han dicho el motivo todavía; verdad es que no lo saben. Solamente, el Emperador Francisco José cuentan que exclamó al leer *Mis Prisiones:*

– ¡Bien se ha vengado de nosotros ese jesuita de Pellico!

Y ese jesuita escribió al salir del presidio de Spielberg: «Yo comprendo, que nada significa, la gloria humana. ¿Qué importa que mi nombre sea o no sea célebre? Todas las alabanzas con que me lisonjean ahora, no impiden que haya hombres obscuros y modestos, mucho mejores que yo.»

Tal es la tragedia de Silvio Pellico.

España (09-08-1917)

Carnavales en Venecia

1753 - 1755

Abramos este libro peregrino de las aventuras del gran trapisondista veneciano, Giácomo Casanova. La cuarta parte de sus voluminosas Memorias, *Nuevas aventuras,* nos descubre la Venecia clásica. Barcos de Faraón en todas las chirlatas; aventureras rubias discurriendo a lo largo

[373] Miembro de una sociedad secreta italiana –Carbonería– fundamentada en principios nacionalistas y liberales.

de la Ribera de los Esclavones, sobre los pretiles del puente de los Suspiros, por los cafés y botillerías de la plaza de San Marcos, por entre los *vicolos* y canalillos recogidos y silenciosos. Espías al servicio de los embajadores de la República, con peluquines empolvados, casacas de oro y calzones ajustados y ceñidos; esbirros que parecen bribones y bribones que parecen esbirros...

Carnavales, Pierrots, Arlequines, Colombinas, Pantalones que hacen muecas y carantoñas sobre las góndolas, tendidos, con sus trajes pintorescos. Una plebe embrutecida que conoce los goces, pero no las amarguras del amor. Bernis, el alegre embajador francés, que tiene su casino en los alrededores de Venecia, en Murano, decorado con frescos licenciosos y gráficos, donde triunfa Venus en toda su espléndida lozanía. Las óperas en los teatros, sin mujeres, con hombrecillos que visten faldas y cantan canciones atipladas y ñoñas. ¡Esta Venecia de Giácomo Casanova que tanto seduce y cautiva al bueno de Hipólito Taine...!

Alegría, ruido, estruendo, voces gárrulas y chillonas en la ciudad del silencio. Por los escalones de los palacios de mármol, que se levantan a la vera del Canal Grande, resbalan los piececitos de las bellas que consagran la noche a los placeres de la danza. Del gestito, del mohín, de la displicencia de unos lindos labios desdeñosos pende la firma de un Tratado comercial con España; nuestro ministro, el señor marqués de Montealegre, se ha entendido al instante con una peligrosa aventurera, expulsada de la Toscana, que trae a mal traer a los Estes de Módena y a los Gonzagas de Mantua...

Venecia ama, ríe, intriga, goza, enreda, baila, pasea en las góndolas. Sus carnavales adquieren un renombre universal. El lunes de Carnestolendas, nuestro amigo Casanova está a punto de ahogarse en las lagunas vénetas, cuando viene de un *appuntamento* amoroso con una guapa dama, amiga del alegre Bernis, que logra el capelo cardenalicio cuando llega a la vejez.

1915 – 1918

No hay carnavales en Venecia. Los arcos del palacio Ducal están tapados con sacos de arena. El león alado de San Marcos, de la Ribera de los Esclavones, ha desaparecido de su columna. Las verjas de la librería del Sansovino han sido arrancadas de su clásico emplazamiento. Sobre las azoteas de la ciudad blanca, que se deja besar por el Adriático, hay unos hombres encapuchados que observan las vibraciones de una campana, del *aerótono,* que marca y fija, con toda precisión, los ruidos que descienden de los altos cielos.

Apenas se ven góndolas por los canales. Una bomba lanzada por un aeroplano austriaco acaba de caer frente a San Marcos. Pero, piadosamente, no ha estallado, haciendo la merced de su lumbre a la estupenda fachada bizantina. La vieja catedral de San Pedro ha sido arrasada por el fuego enemigo. El hospitalito de los Viejos, el de las Damas del *Sacre Coeur,* el de las Hermanas de Nevers, varias escuelas públicas, han sido el blanco que las necesidades militares han impuesto a los aviadores austriacos. Se ha derrumbado un techo del Tiépolo. De cuando en cuando se oye el grito de los centinelas encapuchados que se saludan desde unas a otras azoteas:

– *¡Per l'aria, buona guarda!*

Bernis ha muerto, y han muerto también el senador Brigadín, y Teresa Imer, la figuranta, y Croce, el jugador, y el ex abate de Giácomo Casanova. Están cerradas las chirlatas, y las esposas del Señor entonan el *Miserere,* oyendo, de cerca, el fragor de las bombas incendiarias que estallan de cólera ante la majestad de la ciudad de los Dogas.

Venecia se purifica con el dolor. Lleva más de cincuenta bombardeos sobre el mármol de sus edificios sagrados, soportados con un estoicismo que no suele ser patrimonio de los mortales.

Pero el alma de Venecia permanece intacta, a través de la terrible prueba. Los venecianos, alegres como unas pascuas, despreocupados, curiosos, contemplan desde las ventanas de elegante y risueña crestería, las evoluciones de la aviación enemiga y la contraofensiva de la artillería antiaérea que hace fuego desde las altanas y azoteas, convertidas en parapetos y observatorios. Y las carcajadas resuenan en el silencio, cuando el adversario malgasta su dinamita en explosiones pintorescas y torpes.

La Esfera (09-02-1918)

La defensa de los monumentos

Venecia ha defendido totalmente sus obras de arte maravillosas del fuego de los aeroplanos austriacos. Pocas ciudades han sido más castigadas que Venecia en la guerra actual y en las pasadas guerras. Los famosos pórticos de la Madonna Bérica de Vicenza, en el Véneto, al cobijo del telón azul y rosa de los Alpes cercanos, fueron destruidos en Junio de 1849 por las tropas que mandaba el general austriaco Culoz. El príncipe de Lichestein penetró en la iglesia a caballo, hasta que logró matarlo un soldado piamontés que se ocultaba detrás del púlpito. A bayonetazos deshicieron los invasores un lienzo de Pablo el Veronés. Sobre la capital, sobre Venecia, comenzó el bombardeo tres días después; durante tres semanas estuvo cayendo plomo sobre la ciudad de los canales y del silencio maravilloso. La Escuela de los Cármenes, la de San Roque, las estupendas bóvedas de Santo Tomás y de San Lucas, la iglesia de los Descalzos, fueron los blancos más perfectos de la artillería enemiga. En Agosto del 49 se rindió Venecia a los ejércitos del emperador, diezmada por la peste y por el hambre. Y los palacios y las iglesias presentaban enormes brechas que daban un triste aspecto a la ciudad serena.

Por eso cuando estalló la guerra, en Mayo de 1915, los venecianos, que tenían el recuerdo fresco de los pasados horrores, se precipitaron a defender su riquísimo tesoro monumental. El articulo 36 de la Convención de La Haya, firmada por todos los Estados cultos de la tierra, que prescribe la inviolabilidad de los edificios consagrados al culto, a las artes y a la cultura, no les dio la tranquilidad completa respecto a la conservación de sus gloriosas piedras.

Sin embargo, el conservador de los monumentos del Véneto tuvo la precaución de estampar, sobre la plomiza cubierta del Palacio Ducal, una enorme y roja cruz para indicar al adversario que se trataba de un monumento protegido por la convención. Tarea vana, por que bien presto se dio cata la ciudad de que toda ella caía dentro del precepto expreso del artículo 36 y que se hacía preciso pintar de cruces rojas todos los edificios venecianos.

El director general de Bellas Artes, Conrado Ricci, uno de los estudiosos de arte más competentes de la nación, comenzó a enviar lejos de la ciudad los lienzos más importantes, desmantelando academias, pinacotecas, templos y palacios.

Los venecianos no vieron con buenos ojos el éxodo de sus pinturas. Creían ellos que la hermosura de la ciudad era realmente intangible, hasta que los sucesivos y violentos bombardeos les sacaron de su generoso error, comenzando a prestar colaboración eficacísima a los proyectos del eximio Ricci.

Los célebres caballos de la basílica de San Marcos fueron separados de los soportes de la *loggia,* después de doce horas de penoso esfuerzo. La parte superior de la fachada que sustentaba la cuadriga es harto débil y quebradiza; así es que hubo que realizar el trabajo del desprendimiento con la más cabal paciencia. Pero ante la basílica, en el ángulo que forma San Marcos con la Puerta de la Carta del Palacio Ducal, cayó una bomba, que piadosamente respetó, iluminándola con su reflejo cárdeno, la hermosura de la fábrica bizantina. Y entonces se resguardó la Puerta de la Carta –por donde es fama que se delataba a los enemigos de los consejeros y de los dogos– con sacos de arena y de cemento. El Palacio Ducal fue recubierto poco después, luego de reforzar los pórticos inferiores. Semejante precaución, ante los continuos y feroces bombardeos que destruyeron los frescos del templo de los Descalzos, varios hospitales, escuelas e institutos religiosos, que hirieron gravemente la cúpula del campanil, se llevó luego a todos los edificios de la ciudad, bajo la dirección de arquitectos especializados en el estudio de cada monumento. A los interiores de San Marcos, del patio del Palacio Ducal, de la librería Sansovino, de la iglesia de Santos Juan y Pablo se llevaron igualmente análogas medidas de defensa, eficaces, como ha demostrado la práctica, contra las agresiones aéreas. Las fotografías que ilustran este artículo dan una idea bastante aproximada del esfuerzo realizado.

La ciudad tiene hoy el aspecto de una casa cuyos dueños –que se disponen a abandonarla por algunos meses– han mandado desalfombrar, enfundando los sillones, encajonando y guardando en los sótanos los viejos retratos de los ascendientes, encomendando la vajilla al cuidado de los parientes más cercanos. Y no conserva Venecia, en esta hora terrible de prueba para el temple de su espíritu colectivo, más que los fulgores de su luz –cuyo encanto hay que saborear directamente sobre los canales a la hora del *tramonto*– y la alegría de su espíritu, infantil y sereno.

La Esfera (24-04-1918)

Humberto y Liliana

El príncipe del Piamonte, este buen mozo, alto, estirado y moreno que heredará un día el trono de Italia, no hace caso, lo mismo que su padre, lo mismo que su abuelo, lo mismo que su hermana, de las exigencias del protocolo. Y buen muchacho meridional, amigo de las mozas guapas y un poco contagiado por el romanticismo de su familia y de su pueblo, se casa por amor.

Por amor se casó su abuelo Humberto con la rubia y dulce Margarita

> fulgida e bionda ne l'adamàntina
> luce del serto tu passi, e il popolo
> superbo di te si compiace
> qual di figlia che vada a l'altare[374]

que canta en las horas nupciales de plenitud Giosuè Carducci. Por amor se casó su padre, Víctor Manuel –el rey discreto que sabe que en la boca de los monarcas constitucionales no deben entrar moscas– con la preciosa Elena, hija de un rey aldeano, el de Montenegro. Por amor se casó su hermanita Violante con un conde bizarro y un poco añoso que gana los premios en los concursos hípicos. Y por amor se casa este muchachote, Humberto, gran viajero, lector formidable y chico llano y sencillote a lo que cuentan.

Los Saboyas, surgidos del pueblo, reyes de tradición republicana a pesar de lo paradójico de la expresión, pugnan siempre por tornar al pueblo de donde surgieron. Allá, en la aldea de Monnetíer, en la frontera franco suiza, vio la luz de la historia esta buena familia de príncipes. En el Piamonte, con la carta constitucional en la mano, dieron cima a la empresa de crear Italia. Se ennoblecieron los Saboyas porque Italia, la "serva" Italia, se ennobleció también con anhelos de independencia y con derechos geográficos e históricos de nacionalidad. Turín había de ser la cuna de aquel príncipe bizarro que ensoñara Maquiavelo cuando el amor a la patria le dolía dentro de las entrañas como una llaga abierta. Y la historia de la democracia y la historia del liberalismo fue desde entonces, la historia de la dinastía. La dinastía de los reyes caballeros que saben abdicar como Amadeo.

La dinastía de los reyes perfectos como Carlos Alberto. La de los reyes demócratas como Humberto. La de los silenciosos que dejan pasar la turbonada del fascismo sin comprometerse como Víctor Manuel III.

Saboya de raza, Saboya auténtico, es este muchachote moreno que hoy lanza a los cuatro vientos la noticia de su noviazgo con Liliana, una de las pocas princesas apetecibles y bonitas que quedan en la ya exigua colección del Gotha[375]. Rumanía, con el entronque, no prestará gran vigor internacional a Italia, pero Liliana dará horas de paz y de plenitud al corazón del príncipe. E Italia aplaude entusiasmada porque el príncipe heredero tiene un hermoso gesto, porque cuenta confidencialmente a sus amigos que está enamorado como cualquier cadete de Módena, porque en achaques de amor no se cura el joven Humberto del torvo y adusto ceño de las cancillerías, sino de las naturales expansiones de su espíritu, ávido de besos y de sonrisas.

Conocí de niño a este príncipe en Roma. Paseaba, a pie, por la vía Nacionale, con sus hermanitas Iolanda, –la hoy condesa de Calvi– Mafalda Giovanna. Sonreía a todos los que se descubrían a su paso, a los menestrales, a los obreros, a las modistillas. Sonreía siempre con los bellos y grandes ojos negros que heredara de su madre Elena, sin miedo a confundirse con la plebe, como un chiquillo más que prefiere la luz del sol y la alegría de la calle a su reclusión entre los muros del Quirinal, y el príncipe, tocado con un traje azul de marinero y sus hermanas iban recogiendo cumplimientos y galanterías a su paso.

Las cancillerías han casado ya, por dos o tres veces, al futuro Humberto II, pero él se ha limitado a callar, como su padre y a sonreír como su madre. Y hoy deja el silencio para hablar y acaso, por primera vez, en su faz reflexiva, se dibuja una liviana y pasajera mueca de gravedad. Antes que príncipe, es hombre. Su derecho al trono le parece tan indiscutible acaso como su derecho a contemplar unos ojos lindos, a vislumbrar el infinito en ellos, a repetir el idilio de su

[374] Carducci, Giosuè. "Alla Regina d'Italia" en Odi Barbare. "Espléndida y rubia, así pasas, / bajo la regia corona diamantina, / y el pueblo te mira orgulloso / como a virgen que camina a sus nupcias."

[375] Almanaque publicado por vez primera en el año 1763 por el editor alemán Justus Perthes, en el que, desde sus inicios, se detallaban minuciosamente los datos de las dinastías reinantes, familias principescas y de la alta aristocracia europea.

abuelo y de su padre con dos princesas oscuras y guapas. ¡Príncipe, con una copa de Chianti en la diestra, un escritor español que ama tu país y la tradición liberal de tu abolengo, brinda por tu amor de novio y por los futuros, gloriosos destinos, de la santa madre Italia, abrazada por el Mediterráneo y por el Adriático!

El Pueblo Gallego (29-02-1924)

Italia en España

La próxima visita de los monarcas italianos a esta corte de los milagros, capital geográfica más que histórica de España, me recuerda, con alguna emoción, las veces que España sentó sus huellas en los ducados y ciudades que hoy componen el patrimonio indestructible de la gran patria italiana. Pienso que, cuando Víctor Manuel III estreche efusivamente la mano de Alfonso XIII y se asome al puerto de Barcelona –ruta de Oriente, ruta de Grecia y de Italia– advertirá que cinco siglos de historia pesan demasiado sobre la fisonomía espiritual de su raza y de su pueblo. Y don Alfonso recordará que todavía en el Gotha y en los residuos protocolarios que van anejos a su corona, se le llama Conde de Milán, Canónigo Lateranense honorario y no sé si Rey "in partibus infidelium" de Nápoles y de las dos Sicilias.

Para que sea posible esta visita, cuyo solo anuncio hace trece años provocó las iras de todo el espíritu montaraz de las derechas, un discurso rizoso e impertinente de Salaverri y una réplica violenta y graciosísima a la vez de don José Canalejas, para que sea posible esta visita, la genuina visión internacional de los españoles de inteligencia media, que son legión, ha tenido que abandonar sus últimas trincheras medioevales. A mí se me enseñó, por ejemplo, en mi primer curso del Bachillerato, curso de 1896 a 1897, que Italia se componía del "territorio usurpado propiamente dicho y de los Estados Pontificios" en aquella época, que Bolonia con sus 300.000 habitantes y sus cien torres "era la segunda capital de estos Estados" y que la "Monarquía italiana tiene tan débiles cimientos que no es cosa de tomarla en consideración". Cuando un español de inteligencia media, poco avezado al ambiente europeo, piensa en Roma, es en el Vaticano, sobre todo, en lo que piensa. En esos púlpitos aldeanos todavía se hace una historia pintoresca de la falta de libertad personal del Santo Padre, de su prisión espléndida de San Pedro y de la dualidad y del antagonismo de las dos sedes en la ciudad de las colinas. Pero el concepto Italia no ha penetrado, con toda su vigorosa precisión, y con toda su espléndida magnificencia en la conciencia española, aunque, naturalmente, esta visita contribuirá a formarlo y a difundirlo.

¡Italia quiere decir tantas cosas, es tan rica de matices para el corazón de todo buen liberal, amigos! Italia es la afirmación espiritual de la lengua frente a los intereses familiares, de la historia frente a las cominerías e interpretaciones de cada barrio y de cada localidad. Italia es el territorio espiritual de un idioma, el peso de una tradición histórica influyendo sobre los destinos colectivos la concreción de un anhelo y de una inquietud comunes a todos los italianos. Italia es el "imperium" y es Roma y es el derecho municipal de las ciudades y la suma de las culturas itálicas y el deseo –realizado– de cortar amarras borrar servidumbres y tener un hogar y con un hogar una historia "in fieri" y en perpetua formación. Italia se vislumbra desde el momento en que Alighieri canta a su Beatriz Portinari en la dulce lengua toscana y nace a la vida –¡suprema lección!– con el primer balbuceo de un amor infinito y contrariado. Pero luego Italia se ríe y retoza en el Decamerone y suspira por Laura en el Petrarca y traza la silueta de Leonor en el Tasso, y dice palabras de fuego en las plazas florentinas por boca de Savonarola[376] y ruge y toma cuerpo en la invocación contra los bárbaros del secretario florentino. Italia quiere decir, ya en Maquiavelo, lo castizo y típico peninsular frente a la rudeza española, el mercenarismo suizo, la "politesse" gala y la pesadez y hegemonía nórdicas y sajonas. Y Alfieri concreta el deseo, y Leopardi, el pobre jorobadito de Recanati, hostiga los vicios de una patria que no se ha formado aún, y Silvio Pellico está a punto de ser condenado a muerte por ella. Mientras, un príncipe aldeano, un Saboya, Carlos Alberto, piensa una Constitución, y crea en Turín la célula viviente

[376] Girolamo María Francesco Mateo Savonarola (1452 – 1498). Religioso dominico italiano, organizador de la hoguera de las vanidades, donde animaba a los florentinos a arrojar los libros considerados licenciosos. Predicó contra el lujo, el lucro, la depravación de los poderosos y la corrupción de la Iglesia católica. El tribunal de la Inquisición le condenó a morir en la hoguera por sus ataques al Papa Alejandro VI, y su obra fue incluida en el Índice de libros prohibidos.

de lo que años después ha de ser un gran pueblo. Y surge Mazzini, el verbo inflamado, y Cavour, la sutileza de la raza en acción, y Garibaldi con sus camisas rojas. Al nacer Italia, nace madura y modernísima, llena de vida y escribiendo lo que quiere. Su partida de bautismo es, a la vez, su "risorgimento" y cuando Monseñor Antonelli trata de sofocarlo, los hijos de Maquiavelo le cierran y aprisionan en sus mismas redes.

Italia es, ante todo y sobre todo, queridos amigos liberales, una expresión espiritual, flor de cultura. La Italia efímera del presente, ¿qué vale junto a la eterna e histórica, junto a la Italia de siempre, abuela nuestra, y madre de nuestro derecho, de nuestra civilización y de nuestras dos lenguas nacionales? Esa Italia es la que nos va a visitar en la persona del nieto de Carlos Alberto.

Esa Italia la llevamos, aunque muchos no lo sepan, en nuestras propias entrañas españolas diluida, porque forma la base de nuestra cultura clásica, enseñándonos a glosar los textos de Roma en las Escuelas de derecho, a mirar en Garcilaso y en Boscán y a soñar en Cervantes. El que no vea el parentesco de Dulcinea con Beatriz y con Laura no sabe ver más allá de sus narices. Esa Italia forma el cogollo de nuestra mente y de nuestros sueños y cantarla y exaltarla equivale a tener conciencia de los valores permanentes españoles.

Yo, que la debo personalmente mis mejores días de mi mocedad, necesitaba explicar someramente el sentido de mi homenaje a las fiestas próximas. Y ante la bandera tricolor me descubriré y formaré en el cortejo del pueblo para saludar a los Saboyas y desearles de todo corazón la bienvenida.

La Voz de Guipúzcoa (29-05-1924)
El Noroeste (27-04-1924)
El Luchador (28-05-1924)
El Pueblo (30-05-1924)

«Evviva l'Italia!»

«Evviva l'Italia!» –queridos amigos liberales–. ¡Viva la Italia! La Italia de ayer y de mañana, la Italia de siempre. Viva nuestra madre Roma, la de Rómulo y Remo, la que se amamanta en la teta de una loba. Viva la Roma que nos conquistó, porque al conquistarnos nos descubrió los numantinos. La Roma del Puente del Diablo de Tarragona, la de La Coruña y la de Ciudad Rodrigo, la del acueducto segoviano, la de la calzada y la del teatro de Mérida, la de Itálica, la Roma eterna e inmortal.

Y viva la Italia de ayer, la que hacemos todos los europeos, principalmente los españoles. La Italia de las ciudades italianas, la del Papado y la del Imperio, la de los güelfos y la de los gibelinos, la del Estatuto municipal, la de los pueblos libres y la de las Republicas mercantiles. La Italia de los Duces venecianos y de los Señorías florentinos, la de los Bentivoglios de Bolonia, Esforzas de Milán, Gonzagas de Mantua y Estes de Módena y de Ferrara. La que vislumbra el Dante Alighieri al amar a Beatriz. La que retoza en el «Decamerone». La que suspira en el Petrarca. La que canta en el Tasso. La que ruge en Savonarola. La que sutiliza y distingue en Maquiavelo. La que silba, como fusta de cochero, en Alfieri. La que reza y espera en Manzoni. La que llora, descreída, en Leopardi. La que planta la bandera tricolor en Carducci.

¡Viva la Italia de ayer, amigos!

¡Y viva la Italia del siglo XIX, la del siglo XIX, sobre todo! La Italia de los liberales, de los carbonarios y de los francmasones; la Italia de los emigrados. La Italia de Máximo d'Areglio. La Italia de Cavour. La de José Mazzini. La del pobre Silvio Pellico, que acude a la reja de Teresa cuando tropieza con los polizontes que le encierran en la prisión de los Plomos, de Venecia. La Italia de Carlos Alberto, de su Estatuto y del Piamonte. La de Garibaldi, con sus camisas rojas y con su expedición de los mil. La de las ciudades irredentas. La del odio al austriaco. La que descubre la gazmoñería de Francisco José y de monseñor Antonelli. La que se apodera de la Puerta Pía para conquistar el recinto sagrado de Roma. La del libertador y la del «Risorgimento». ¡Viva la «terza» Italia, amigos! La Italia que llaman cursi nuestros reaccionarios; la de las estatuas, los bronces y los Museos municipales. La Italia que hizo la guerra y que ganó la guerra.

Y viva también, ¡bendita sea!, la Italia de mañana. En ella esperamos, anhelantes, los liberales españoles, al saludar a sus reyes. La Italia de mañana, que ha preconizado Marconi, que ha

exaltado D'Annunzio. ¡Viva la Italia, la de ayer y la de mañana; la gloriosa e inmortal Italia: la Italia de siempre!

La Libertad (07-06-1924)

Hoy llegan a Madrid los Reyes de Italia

Víctor Manuel III

Casi sesentón, pequeñito, con el fiero mostacho de los Saboyas, la barbilla prominente, los ojillos cansados, pero atentos, Víctor Manuel III de Italia, hijo de Humberto y de la rubia Margarita, nieto del Libertador, tiene todo el simpático aire de los suyos.

Sabe de numismática y de medallas viejas, y estudió Derecho en las aulas de Bolonia. Hasta dicen que conoce la carpintería. Y es, como todos sus abuelos, forjadores de la patria que hicieron, y sobre la que reinaron, un rey «galantuomo», y sobre todo, discreto. El rey Víctor Manuel se calla muy buenas cosas.

Príncipe del Piamonte hasta que Humberto fue asesinado en Monza por un puñal anarquista, coleccionó medallas como un erudito y amó simplemente, intensamente, como aman los hombres. Fiel a la divisa de la familia, a la cruz de los Saboyas, que no es nunca balanza ni mercancía. Víctor Manuel se enamoró de los ojos negros y cándidos de Elena, como su padre de los azules y dulces de Margarita, a la que exaltó el bardo republicano Josué Carducci, en los días de las bodas reales, mientras aullaban los plebeyos por la osadía de cantar a la reina:

Fulgida e bionda, nel'adamantina
luce del serto tu passi,
e il popolo di te si compiace
qual di figlia che vada al'altare

Después, Víctor Manuel ha guiado a su pueblo, sin comprometerse, sin comprometerse nunca. En boca cerrada no entran moscas. Ha ganado una guerra y ensanchó su reino con las provincias irredentas. Rey, ni la turbonada del fascio le ahoga, ni el alarido del comunismo le espanta. Padre, deja a sus hijos que elijan el noviazgo. Hombre, siente sobre sí toda la epopeya rústica y civil a la vez de su prosapia, y sabe llevar la corona sobre sus sienes como un peso ingrato y también como un honor.

Elena de Montenegro

Alta, morena, delgada; ojos negros y candorosos que bucean lo infinito; nariz griega, boquita de clavel. Elena de Montenegro, una de las hijas más guapas de aquel barbudo rey Nika, medio campesino y medio patriarca, que dirigió una tribu de labradores para luchar bravamente contra la gazmoñería austriaca, tiene la belleza tranquila y reposada de la mujer buena. Santa Elena de Montenegro la llamaron los huerfanitos de Messina. «La farfalla azzurra», La mariposa azul, la dicen los que saben que esta señora ama componer las bellas trovas y las bellas canciones. Mamá, que no reina, la designarán simplemente sus hijos Humberto, Violante, Juana y Mafalda.

Esta señora es reina por el amor, y el amor la ha hecho madre de su pueblo. ¡Bella Elena de Montenegro, aldeana y burguesita, hogareña, que regalas los zapatos de baile a los pobres de los asilos y refugias a los golfitos del arroyo –despojos del Tíber– en tu palacio! ¡Salve! Vienes, majestad, a una tierra de hidalgos, y si aquí no pueden cantarte los Petrarcas y los Tassos de tu pueblo de adopción, del pueblo de tus hijos, para ti parecen hechas las trovas de Garcilaso, que recibieron, antes de nacer, el aroma de Italia y los breves soplos líricos de nuestras cadencias épicas y guerreras.

Para una señora como tú, majestad, escribió Garcilaso los versos de oro:

Más blanca que la leche
y más hermosa
que el prado por abril
de flores lleno[377]

[377] Garcilaso de la Vega. Égloga III.

y en Gutierre de Cetina, y en Boscán, y en el divino Góngora, pasan fugazmente el resplandor y la pureza de tus ojos negros, el carmín de tu boca breve y rosada, la albura de alabastro de tu cuello de madre y de reina.

El príncipe de Piamonte

Alto. Espigado. Garboso. Tiene la corrección de líneas de su madre y la mirada errabunda, infantil y un poco cansada de los Saboyas. Este muchacho, que vive los años de la mocedad y del amor primero, no acaba de resolverse. Se cuenta de una princesa Liliana, rumana, que le trae de cabeza; se cuenta que el mozo no se decide, que los casamenteros de la diplomacia no le dejan en paz. Y un día desembarca en Vigo, y otro pasea su desenfado por los bulevares, y otra noche, con otro príncipe indeciso y alegre, con el de Gales, elogia los escotes de las damitas en un club londinense.

En la encuesta que acaba de votarse en Inglaterra acerca de quién es el muchacho más simpático del mundo, las «girls» y las «ladyes»[sic] no acaban de elegir. ¿Su príncipe? ¿El príncipe de Italia? ¡Son tan muchachos, pero tan muchachos los dos!... Flota sobre ellos una leyenda de misterio, y una mujer bella, solamente por ser bella –¡suprema razón!– puede ser la elegida.

Humberto, después de todo, no tiene más que someterse a la tradición casera. Su abuela paterna es bella como una puesta de sol en el Arno, y la otra, la aldeanita de Montenegro, tuvo los ojos más oscuros y habladores de su tiempo. Su madre tiene el reposo de la mujer que se siente querida. Yolanda eligió para marido un conde que no figuraba en el Gotha. Mafalda, ahora mismo acaba de advertir a Mussolini que el amor es la suprema razón de Estado... En este príncipe –¡sed bien venido, alteza, al pueblo donde reinaron vuestros tíos Amadeo y Victoria!– sueñan hoy las ninfas de toda Europa oyendo un tango sentimental, sorbiendo un poquito de champaña y fingiendo que oyen, complacidas, las sandeces de esos muchachos de monóculo y pechera inmaculada, que no tienen más prendas que las prendas de vestir.

El Liberal (07-06-1924)
El Pueblo Gallego[378] (08-06-1924)
La Noche (09-06-1924)

Las torres inclinadas

– Y ¿te quiere la condesita, amigo mío?

– Sí, un poco, pero entre las dos torres y yo, dijo lleno de tristeza, preferiría las dos torres.

Y el pobre enamorado comenzó a contarme sus cuitas, en el "fumoir", mientras oíamos, en el salón cercano –hace ya diez y seis años–, las notas lentas y calidas del vals de *La viuda alegre.* Era noche abrileña y apenas podíamos respirar. Se anunciaba "La Nave" de D'Anunzio en el Teatro de la Arena, para cerrar la temporada. Y ya hablaban los periódicos de los hoteles de Rimini y de las delicias de la futura estación veraniega.

Mi amigo palideció de pronto. Su amada entró en el "fumoir" con el pecho anhelante y la mirada vaga. Al vernos, nos saludó con un gesto breve y cortesano. Apenas si se enteró mi amigo de algo más que de su traje blanco, escotado, y de que llevaba en la cintura un ramillete de olorosas violetas. Estaba pálida. Tal vez fatigada del baile y del champaña.

– ¿Me siento aquí? –nos dijo de pronto.

– Con extraordinario placer, de nuestra parte –exclamé, porque mi pobre amigo no daba señales de vida.

Y se sentó junto a nosotros. Mi amigo no despegó la boca. Ella, aquella dulce Antonietta, rubia y primaveral, hermana de mis amigos los condes Guillermo y Victorio, compañeros de escuela y devotos de Giovanni Pascoli, ella y yo hablamos animadamente de España, del resol andaluz, del tráfago catalán, de Albéniz y de D. Carlos de Borbón Y después de Bolonia.

– ¿Os gusta mi ciudad?

– ¡Mucho, condesita!

[378] En *El Pueblo Gallego* se publicó bajo el epígrafe «Víctor Manuel III». En *La Noche* su título fue «Víctor Manuel III, Elena de Montenegro y el príncipe del Piamonte».

– ¡Ah, le due torri! ¡Come sonne belle! –dijo, ya de pie, envolviéndonos en una onda de dulce sonrisa familiar, mientras me disponía a abrigarla y a llevarla a su casona de la vía Mazzini, cercana.

El lector conoce seguramente a algún enamorado. Y sabe que sus confesiones son un rosario interminable de pequeñas menudencias y de arbitrarias interpretaciones psicológicas. Y si el lector ha estado enamorado, sabe que sus tristezas y sus alegrías no le caben en el corazón. Y siente unas ansias locas de hablar con el primero que pasa. Después de ver a la amada, gusta el enamorado de estar solo y de contar sus confidencias a las viejas piedras amigas. Y de noche, a la luna, como el pobre condesito Leopardi:

Io venia pien d'angoscia a rimirarti[379]

Mi amigo me llevó a un café. ¡Oh, Italia, Italia, Italia! ¡Era para volverse loco! ¡Él, un pobre mozo, tranquilo y cronométrico, entraba de lleno en las pasiones de la vida! Afortunadamente, su amor había recaído en una muchacha buena, bella y pura. Pero la bella amaba a sus padres, los viejos condes y el pobre colegial español, de retorno a la ciudad porticada, tenía que labrar su porvenir en la turbulenta y rumorosa España. Y Antonietta, con el aturdimiento pueril de una locuela mimada, estaba indecisa entre nuestro amigo y sus dos torres. ¡Dejar de ser la condesita, la contessina, para ser "la italiana" en un país extraño, donde los hombres matan a los toros y donde las mujeres hablan por el balcón! Era horrible la incertidumbre de la pobre muchacha. Y feroces, lancinantes, los celos del hijo de los califas, vehemente, andaluz y enamorado.

Y fuimos a las dos torres, vía Mazzini adelante, oteando si aún había luz en las habitaciones de Antonietta, cuando los gallos comienzan a cantar y los barrenderos a llenar de polvo los gabanes de los rezagados. La Garisenda y la Asinela[380] proyectan unas sombras achatadas y deformes sobre la plaza de Ravenna. ¡Qué plaza más evocadora! En un ángulo, bajo la negrura de los pórticos, deja asomar su faz graciosa la *loggia* del "Foro de los Mercaderes". Enfrente, una lonja, que fue fecunda en luchas de gremios, durante la Edad Media, muestra sus cuernos y almenas arañando el azul claro del cielo de la Emilia. Sirviendo de fondo a las torres inclinadas hay una vieja basílica, repegada con ornamentos de vieja terracota. Y más lejos del Palacio Pepoli, donde todavía suenan los ayes de los ahorcados en sus patios, durante la dominación del odioso tirano, señor de Bolonia.

Esta plaza, amigos, tiene un sabor horriblemente trágico. Al pie de la plaza, hay todavía un gancho largo al comienzo de la estrecha calle de San Stéfano. De aquel gancho colgaban días y días las cabezas de los ahorcados. Estas torres saben de voces roncas de prostitutas rondadoras, de canciones obscenas de mozos tristes, de blasfemias del vulgo nocherniego y crapuloso de la corrompida ciudad.

Y son hermosas y negras aquellas torres. La Asinela, en la Guía del erudito Comendador Ricci, tiene 97 metros de altura con una inclinación de un metro y 23 centímetros. La Garisenda es más pequeña. Apenas si llega a los 50 metros, aunque su inclinación es, o parece ser, mayor. El cantor florentino la comparaba en *La Divina Comedia* al gigante Anteo:

Qual pare a riguardar la Garisenda
Sotto il chinato, quando un nuvol vada
Sovr'ressa si, che ella in contrario penda;
Tal parve Anteo a me .....

(DANTE, Inferno. XXXI. 136 y sigtes.)[381]

Visiones monstruosas, dantescas, son, en efecto, aquellas torres medievales, con una vejez en sus piedras de nueve siglos.

[379] "Venía lleno de angustia a verte nuevamente". Alla luna. Giacomo Leopardi, 1831.
[380] Así en el original, por Asinelli
[381] "Cual parece al mirar la Garisenda / donde se inclina, cuando va una nube / sobre ella, que se venga toda abajo; / tal parecióme Anteo…"

– ¡Oh, malditas torres! Dice, de pronto, mi amigo, exasperado de mi calma en intentar leer, a la indecisa claridad del alba, los versos del atormentado Alighieri en la lápida blanca de la Garisenda.

Y calló. Tal vez aquella maldición, tenga consecuencias eternas en el corazón de mi amigo. ¡Y en la marcha dolorosa de la humanidad a través del ensueño inasequible, amigo Dante, amigo Dante, como tus versos a Beatriz!

La Esfera (07-06-1924)
El Adelanto[382] (09-07-1915)
Alrededor del Mundo (05-05-1909)

Los españoles en Italia

En horas cuajadas de reposo y de alegría para mi espíritu sigo releyendo el libro de Croce, del que he hecho mención en estas mismas columnas. No quiero comentar, sino exponer. Los donjuanes, las mujeres galantes, los militarotes rudos, los bachilleres y doctorzuelos, los clérigos desaprensivos, los aventureros de rompe y rasga, pululan y se divierten bajo los pórticos de Bolonia, en las numerosas calles napolitanas, en las plazas florentinas y vienesas, en los palacios de Roma y sobre los canales de Venecia. Y todos ellos dejan huella de su paso. Los donjuanes…

Los donjuanes, que andan a cintarazos en los dramas de Don Pedro Calderón, que se enternecen con Lope, primorosean con Rojas y gesticulan con Tirso, hacen en Italia «el amor a las españolas», o lo que es igual –según nos advierte el dramaturgo Bentivoglio en «Il geloso»– pasean las ventanas de la bellas con marcial apostura, perdonando la vida de los que topan por el camino. A duras penas se resignan a ser blanco de los favores de las damas. Todas las preferencias se las merecen ellos. «¡Ah! –exclama un andaluz en «Los engañados», parlando en sonoro y rudo romance– ¡Ya sabe la maldita cuánto valemos los españoles en cosas de mujeres! ¡Oh, y cómo se holgan de nosotros estas p… italianas!». El capitán Marrada es el Don Juan de Pisa. En cuanto descubre a un compatriota, no se cansa de contarle sus aventuras galantes. «Muchas andan perdidas por mí –insinúa–, y aun de las primeras de la terna». No se le conocen, sin embargo, otros apaños en la ciudad que los corrientes y caseros con su criada Agnoletta…

El donjuanismo castellano se compendia en la frase italiana de «hacer el don Diego». Los dondiegos –leo en un sainete napolitano– se llevan la mano al corazón, dicen ¡vida mía! y ¡amor mío! A cada paso, se presentan a las mujeres italianas en calidad de náufragos y de incomprendidos como los violinistas húngaros de hoy, y las descubren, en trágicas confidencias, tesoros exquisitos de sensibilidad no sospechados por ellas. Los dondiegos explotan los mostachos y cotizan y revocan la figura en colaboración con el sastre, el tintorero, el rapabarbas y el escudero.

El Trentino[383], nos cuenta en los «Raggionamenti» («Novelle» II. 47) «que se hacen limpiar las calzas a cada paso por los servidores». La pompa, la gravedad, el «sosiego», acompañan a tal refinamiento. «En la nación española –advierte con toda malignidad Castiglione– las cosas exteriores son el mejor testimonio de las íntimas o espirituales.» El lujo, la pompa en la servidumbre, el recuerdo de las hazañas nacionales, de los abuelos godos y de las riquezas de estirpe, son los espejuelos de que se valen los españoles para la caza de las alondras…

Diremos, sin embargo, que las alondras de Italia nadan en un mar de sospechas, nadando a tiempo contra la corriente para no ahogarse. Los caballeros de Santiago y de Alcántara apenas si comen los pobrecitos unos sueldos de sopa, con media onza de mortadela, en el rincón

[382] En *El Adelanto*, su título fue «Las dos torres, el amor»; añadiendo, al final del artículo los siguientes párrafos:
"Aquí concluyen mis apuntes de hace siete años. Apenas los retoco; aparecen tales como surgieron entonces; muchos de ellos vieron la luz en revistas ilustradas de Madrid; otros, inéditos, salen ahora por vez primera...
Aquí concluyen mis apuntes sobre las dos Torres. Y sobre mi amigo. Y sobre Antonietta. Pero...
Confidencialmente, lector. Los nombres están cambiados; la historia es verdadera. Yo no me permitiría jamás la indelicadeza de verter fuera confidencias de juventud.
Y.. ¡vaya, curiosote! Las dos Torres han quedado lamentablemente derrotadas. Antonietta es la italiana en una clara, en una dorada ciudad mediterránea. Y Antonietta sabe que las españolas no llevan navaja en las ligas y que eso se queda para las... yanquees."

[383] Así en el original, por El Aretino. Pietro Aretino (1492 – 1556). Poeta, escritor y dramaturgo italiano, autor, entre otros, de Ragionamenti.

de la hostería. Su Majestad Católica tampoco se apresura cosa mayor en pagarles la soldada. El donjuanismo castellano, que tiene su época de esplendor en Bolonia con los colegiales de San Clemente, con «los bolonios»; en Nápoles y Milán con los «bravos» de mostacho, perilla y chambergo de anchas alas; en Roma con los poetas a sueldo de los cardenales y prelados; en Venecia y Parma con los espías de la casa de Austria, se derrumban como un bello cuento oriental. Y en Italia se comenta con una alegre carcajada, que prolonga Manzoni eternamente con «Los Novios»…

Y en la lección consagrada a «Lo spirito militare e la religiositá espagnola», diserta agudamente Croce sobre la idiosincrasia espiritual del soldado español durante los siglos XVI y XVII. «Yo he estudiado poco –dice un soldado español en un diálogo de Jerónimo de Urrea– porque me gustan más las armas que las letras.» «Los españoles –asegura Guicciardini[384]– se inclinan más a las armas que cualquiera otra nación cristiana. De estatura menuda, y muy ágiles y diestros, estiman de tal modo el honor que no temen la muerte.» La infantería es habilísima; no así la caballería, que, según el parecer de Maquiavelo («Il principe», cap. XXVI), es muy escasa y vale poco. A Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, atribuyen los italianos el aforismo «España para las armas e Italia para la pluma».

Las batallas de Ravenna y de Pavía, el saco de Roma, dirigido por un Borbón; el asedio de Florencia y el asalto de San Colombano, familiarizan a los italianos con nuestras tropas.

No hay comedia donde no surja un poco en caricatura, el tipo de militar español, rindiendo a las damas y sembrando el espanto entre aquellos que las enamoran, cortejan y solicitan. La malicia popular les designa con nombres pintorescos: Fieramoscas, cocodrilos, cortarrincones, rajabroqueles, matamoros, cardonas y tempestades. Son los «bravos» de Alejandro Manzoni que espantan a don Abundio y hacen temer a los aldeanos por la suerte descartada de sus aves de corral.

Se nos llama locos, judíos y marranos, y esas palabras quedan, italianizadas, en algunas regiones. ¿Diré también que se nos admira, que se nos quiere, a pesar de todo?

César Borgia quiso repoblar a Roma con gentes de su tierra y de su raza, valencianas y alicantinas. En Roma, viviendo de la privanza del Vaticano, aparecen familias que llevan los apellidos de Cardona, Álvarez, Vargas, Díaz, López, Moncada, Oviedo, Ramírez, Lorca, etcétera, familias que subsisten todavía. Borgia llevó a la capital de la cristiandad las corridas de toros. El 24 de junio de 1500, el propio César, detrás del Vaticano, mata, no dos, como escribí de memoria hace días en un diario, sino cinco toros, de cinco magníficas estocadas, vestido de torero, con espada corta y con muleta. En 1502, en Ferrara, con motivo de las bodas de Alfonso de Este con Lucrecia Borgia, se repitieron las corridas en la plaza del Castillo. Después de los toros, los españoles celebraron un baile en Palacio en honor de la nueva duquesa. (Yo mismo recuerdo haber visto en Ferrara unos cuadritos de la época, reproduciendo estas andanzas.)

Heraldo de Madrid (14-06-1924)

La muerte de Matteotti[385]

Para comprender un poco los acontecimientos políticos que se están desarrollando a estas horas en Italia, hay que percatarse del matiz espiritual que en la nación hermana tienen el socialismo y el fascismo, y decir, de paso, hasta qué punto era predominante y popular la figura del diputado asesinado, como adversario personal del presidente, Benito Mussolini. Estas líneas no son, pues, informativas y menos proféticas. Tienen una finalidad mucho más humilde. La finalidad de enterar a los lectores de este querido diario de la disposición de las piezas en este juego del ajedrez italiano.

[384] Francesco Guicciardini (1483 – 1540). Filósofo, historiador y político italiano.
[385] Giacomo Matteotti (1885 – 1924). Diputado socialista italiano secuestrado, y posteriormente asesinado, por militantes fascistas.

El socialismo en Italia es, con raras excepciones, como en Inglaterra, toda la clase media y, además, todos los sectores intelectuales de aquel país. La mayoría de los catedráticos universitarios militan en las huestes socialistas. Socialistas son también los abogados, los médicos, los arquitectos, los ingenieros, los gerentes de las grandes Empresas privadas. La «élite», en una palabra, la flor de la clase es en Italia socialista. Y su fuerza depende, como es natural en la mecánica política, de la fuerza que tiene el adversario: del fascismo. Una situación fuerte y enérgica crea siempre, fatalmente, enemigos vigorosos y ágiles, que viven para el momento del desquite, o, dicho en italiano para mayor claridad, de la «vendetta». Matteotti, con su fortuna, con su palabra, era, tal vez, el enemigo más exaltado y, al mismo tiempo, más sagaz de la situación actual.

Ocurre muchas veces que un político personalmente austero y honrado, que quiere proceder de acuerdo con su ética personal en la gestión de los negocios públicos que le están encomendados, tiene que ceder muchas veces ante los hilos sutiles, ante los intereses creados, ante esa densa y tupida tela de araña que se llama la realidad. Este ha sido, tal vez, el caso del fascismo. Matteotti, hombre muy rico, muy conocedor de los secretos financieros de su país, sabía todos los peones que se habían movido en la sombra con motivo del monopolio petrolero y de la reglamentación de los recreos en las casas de juego. Y cuando Matteotti se disponía a probar en el Parlamento las que, a su juicio, eran inmoralidades, muere asesinado en el misterio.

En el fascismo, como en todos los partidos nacientes, hay soldados entusiastas, llenos de buena fe, que, poco conocedores de las complejidades de la vida, imaginaban un ataque a la integridad de Mussolini, lo que no pasaba de ser la demostración de una vieja verdad: la de que son los hombres, y no los sistemas, los que gobiernan a los pueblos. Y detrás de Matteotti, veían, más que la disolución del fascismo, donde no todos son precisamente ángeles bajados del cielo, el aniquilamiento, el ostracismo personal del «duce».

El choque ha venido, fatalmente, ante el cadáver de Matteotti, y Mussolini hay que confesar noblemente que ha cubierto las formas desde el primer momento. Se ha dado orden de busca y captura contra los presuntos autores del asesinato y del secuestro. Ha cesado en su cargo el jefe superior de Policía. El ministro del Interior se ha visto obligado a presentar la dimisión. Es seguro que Mussolini, a estas horas, ha resignado sus poderes, que las Cámaras serán disueltas y que para pacificar el país habrá que echar mano de la colaboración de Giolitti, de Salandra[386] y, en general, de todos los ex presidentes del Consejo, caballeros, como sabe el lector, de la Orden Real de la Annunziata. Lo que pase nos lo dirán estos días los periódicos. Pero estamos ahora ante el prólogo de un libro, formidablemente curioso y sugestivo, cuyas páginas hemos de leer en seguida con curiosidad, con avidez y sin apasionamiento.

La Libertad (20-06-1924)

Una carta y una glosa

Tengo un amigo fascista en Bolonia, el conde Vittorio N... Fuimos camaradas inseparables de la Universidad, y los años no han logrado borrar la intensidad de nuestro afecto. De mozalbetes frecuentábamos los mismos «restaurants», nos amigábamos con las mismas chicas, íbamos de paseo –a la caída del sol– por San Michele in Bosco a merendar el delicioso salchichón de la hostería de Giovannotto, y asistíamos, por las mañanas a la clase del insigne Pascoli. Paseábamos con petulancia nuestros veintitrés años bajo los pórticos y disputábamos acremente a todas horas. Yo no podía vivir sin meterme a todas horas con Vittorio, y a Vittorio se le ponían los nervios de punta el día que, sin avisarle, me largaba por una temporada a Venecia, a Roma o a Milán.

Vittorio me escribe pocas veces. Cuando llegan a Italia los reyes de España. Cuando explota el Vesubio. Cuando se casa. Cuando sube al Poder Benito Mussolini, aquel mozo de enérgico perfil de medallón romano que nosotros conocimos en Bolonia, en los días trágicos del fusilamiento de Francisco Ferrer. Y de Vittorio, finalmente, he recibido carta hoy, fechada en Bolonia el día 16. Me acusa recibo de los periódicos que le he remitido con motivo del viaje de sus reyes a Madrid, y me habla, de paso, ¿cómo no?, del secuestro del pobre Matteotti ¿He dicho ya que Vittorio es fascista, que pertenece a una escuadra boloñesa, que cree y espera en Mussolini y que desde pequeñito, ordenado, juicioso, económico y patriota, cayó siempre,

[386] Antonio Salandra (1853 – 1931). Primer Ministro de Italia entre 1914 y 1916.

instintivamente, tal vez por razones hereditarias, del lado de la derecha? ¿Y contaré al lector, de paso, que yo, por el contrario, era ya liberal cuando mamaba? ¿Y que en esta oposición irreductible, temperamental –se nace neo como se nace con avariosis–, estriba el secreto de amistad con Vittorio N…?

Mi amigo Vittorio celebra la acogida que los soberanos italianos han tenido en España; Vittorio es monárquico. Refiere, luego, pequeñas incidencias de queridos amigos comunes. Y entra, por fin, en la orden del día. «No se habla, «caro», de otra cosa que no sea del secuestro de Matteotti, que a estas horas está tan muerto y sepultado como mi abuelo César. Para nosotros, los fascistas, este es un feo negocio, por lo mucho que se había significado siempre Matteotti contra el «duce», y porque su secuestro obedece a revelaciones sensacionales que había prometido decir en Montecitorio –en la Cámara– cualquier día de éstos. Se asegura que es un crimen vulgar. Hay que desechar la hipótesis del robo, porque Matteotti llevaría en el bolsillo para los gastos del día; pero no toda su fortuna, que es bastante respetable. El crimen, indudablemente, es político y su comisión no nos favorece nada.»

Y añade: «Hay aquí gran revuelo entre los correligionarios. El marqués Farrari –aquel alcalde que tú conociste, porque era muy amigo de tu pobre tío Clemente, aquel rector salmantino del Colegio de España–, el marqués Farrari, que sigue tan lozano en sus sesenta y con sus aires terribles de conquistador entre las modistillas, que ya le besan como a un abuelo, ha propuesto una manifestación fascista como protesta del secuestro. Irá mucha gente que está harta de las sinuosidades de los mandones de Roma. Yo me iré al campo aquel día, porque no quiero que nos echen todo en la cara. Mussolini, seguramente, es ajeno a todo; pero tiene a su vera gente turbia y sórdida, capaz de matar a su padre por un billete de cien liras. Y como se trata de denuncias de juego, de porquerías de prefectos, lo mejor es taparlo todo, bajar la cabeza y no insistir»

Los acontecimientos políticos se le antojan a mi amigo rápidos y transcendentales. «La vieja canalla –añade– volverá a balar y a comer en los apriscos, entre boñigas». Este Vittorio, que no quiere acordarse de que a la vieja canalla debe Italia su esplendor, teme por el eclipse personal del «duce». Y sabe lamentarlo entre exclamaciones líricas.

Hasta aquí la carta de mi amigo, que contestaré inmediatamente, con la mayor amplitud, para provocar nuevas confidencias y para procurarme una abundante y autorizadísima fuente de información directa. Las cartas de mi amigo me traerán, además, el perfume –¡ay, tan lejano!– de aquellos días mozos en Bolonia, cuando, a la caída del sol, saboreábamos el sabroso «salume» de la hostería de San Michele con el vinillo nuevo de Ozzano, y cuando, por la noche, buceábamos lo infinito a través de los ojos, negros o azules de las muchachas con quienes nos placía conversar y pasear, bajo los viejos pórticos de la Plaza Comunal o de la calle de Santo Stefano.

La Libertad (22-06-1924)

La resaca social del crimen

Un crimen es, como una obra de arte, el índice de la sensibilidad media de un país.

El asesinato de Matteotti es, típica y específicamente, un crimen italiano. El que no sepa por cuántas sacudidas fuertes, por cuántas emociones hondas, ha pasado el espíritu público de este bello país desde su entrada en la guerra –Mayo de 1915– hasta la hora de ahora, no podrá darse cabal y exacta cuenta del ambiente social y político en que ha podido madurarse el secuestro y el asesinato del secretario general del partido socialista italiano, Santiago Matteotti.

Nosotros, hombres de lucha y adversarios leales del fascismo, comprendemos que puede haber fascistas de buena fe, hombres primitivos e ingenuos, que hacen derivar toda una ideología política de unos sencillos y claros postulados de moral cristiana. El fascismo cayó sobre Italia porque tenía que caer. La guerra acabó con las ilusiones de todo el mundo. Después de la victoria, ha estado la lira tirada por los suelos, las subsistencias por los aires, las huelgas generales a la orden del día. Las revueltas y los desórdenes eran el pan cotidiano en la península itálica. Italia estuvo a pique de ser una segunda edición de Rusia. El comunismo, dueño y señor de los Concejos y de los organismos provinciales, paseó con desenfado la bandera roja. Y aristócratas italianos hubo, como el conde Graziadei, catedrático de la Facultad de Derecho en la Universidad de Módena, que tuvo públicos tratos con Lenin, aspirando a que desde Petrogrado, y no desde Roma, se dirigiese la política interna del país.

Los hombres civiles, mejor dicho, los políticos profesionales, se gastaron en seguida. El Ministerio anterior a la elevación de Mussolini al Poder fue el catálogo de los hombres más eminentes y discretos de Italia: Benedetto Croce, por ejemplo, fue el titular de la cartera de Instrucción pública en ese Ministerio. Pero el pueblo italiano, fogoso, lírico y exaltado como ningún otro, quería una revolución casera para cambiar de postura. Y la hizo con las escuadras fascistas, con los himnos y con las camisas. Benito Mussolini, que es el gran sugestionador de las multitudes, se dio cuenta de que en Italia todo lo salva el gesto, la belleza del gesto, y cayó teatralmente sobre Roma. El rey le entregó las riendas del Estado, y a los varones sesudos aliados con la cazurrería sustituyeron unos cuantos mozalbetes imberbes, recién salidos de las aulas, que no habían templado todavía su espíritu con las concesiones que requiere la vida –contradictoria y multiforme– que nos rodea. Había subsecretarios de veintitrés años y ministros de veinticinco. Y del fascio se hizo una religión civil, con su lista de mártires y con su legión de héroes: los soldados de «la violencia organizada».

Los partidos políticos, ante la juventud y la violencia del fascismo, desaparecieron como por arte de encantamiento. Nitti, Salandra, Giolitti, Orlando, Treves, Turati[387], Murri y Graziadéi, los del centro, los de la derecha y los de la izquierda –todos–, dormitaron al sol como los caracoles. Ni un gesto, ni un grito, ni una rebelión: nada. Mussolini paseaba su gran collar de la Annunziata por Milán y por Nápoles, por Turín y por Bolonia. Las redacciones de los periódicos socialistas eran asaltadas a diario. Los hombres que habían intervenido en la vida pública, vivían aislados y acordonados como enfermos de peste. El «Duce» lo llenaba todo con su palabra y con su gesto, e Italia era para él una mujer mimosa y sumisa que se rendía ante las caricias, y que se rendía mejor –¡al fin mujer!– ante los cachetes y ante las injurias.

Pero el que calla no otorga –diga lo que dice nuestro refrán castizo–; el que calla espera a que pase el cadáver de su enemigo para rezarle el responso y darle la paletada de tierra en la sepultura. En las últimas elecciones generales de Abril, Mussolini tuvo que rectificar su aislamiento, poniéndose al habla con los partidos. Los socialistas aprovecharon el momento, con sus organizaciones municipales, para cargar sobre el fascismo. Santiago Matteotti, hombre rico y bien relacionado, bien quisto [sic] de los banqueros, amigo de las mujeres e ídolo popular, fue la cabeza visible de la oposición sistemática y rotunda. Y un crimen le priva de la vida cuando pensaba actuar, a la luz del sol, frente al banco ministerial en los escaños de Montecitorio.

Me dicen que Mussolini ha exclamado ante unos diputados que el crimen, de tan nefando como es, no puede haber sido pensado más que por un enemigo suyo, que ha esgrimido contra él una maquinación diabólica. Pero Dumini[388] no era enemigo suyo, sino presidente e inspector general de una organización fascista, con residencia en Milán, que ahora acaba de ser disuelta por el ministro del Interior, Sr. Federzoni. Pero Gelassi no era un diarista de oposición, sino un redactor informativo de «Il Corriere Italiano», periódico afecto a la política personal del presidente. Pero Filipelli, en fin, que proporcionaba el automóvil a los asesinos, no era un comunista de tres al cuarto, que se comiera crudos a los burgueses, sino un pez gordo de la Prensa ministerial, influyente en Montecitorio y en los ministerios. Y han sido estos hombres los que han tramado esta maquinación contra el buen nombre y contra la honestidad intachable del antiguo director de «Avanti», hoy presidente del Consejo de ministros de Italia.

La Libertad (25-06-1924)

La crisis del Fascismo

El fascismo, de "fascio" –fajo, haz, manojo, gavilla, etc.–, quiere ser la agrupación de los hombres honrados contra los que no lo son, de los patriotas contra los que ninguna noción del patriotismo tienen, y de los hombres de orden, del consabido orden, contra los dados a la turbulencia social. Pero la constitución de partidos sentimentales a base de ideas objetivas y complejas es el mayor de los equívocos. Porque del orden, del patriotismo y de la honradez hay, por lo menos, tantos conceptos como hombres. En Italia, el fenómeno fascista se explica

[387] Filippo Turati (1857 – 1932). Político, abogado y periodista italiano, uno de los primeros y más importantes dirigentes del socialismo italiano.

[388] Amerigo Dumini (1894 – 1967). Militante fascista italiano a quien se atribuye la dirección del grupo que secuestró y asesinó a líder socialista Giacomo Matteotti.

fácilmente. El comunismo había llegado al mayor rendimiento en la acción y en la propaganda. Los Ayuntamientos y los organismos provinciales estaban literalmente en manos de los comunistas. Había de las huelgas revolucionarias un concepto demasiado elástico y el peligro soviético amenazaba trasladarse desde Moscú y Petrogrado a Roma y a Milán. La victoria, por otra parte, había producido serios descontentos y la expansión territorial era una carga demasiado pesada con la moneda baja, la mano de obra imposible, la huelga permanente y la turbulencia como reacción presta en todos los partidos.

Los jóvenes rurales, los apolíticos, los soldados victoriosos descolocados, no tardaron en agruparse en los "fasci" salvadores. Hicieron un Estado dentro de otro Estado y un ejército al margen del ejército nacional. Un hombre voluntarioso y enérgico, Benito Mussolini, que había conocido la cárcel, el hambre, la emigración, que había llamado con recios aldabonazos en las puertas de todos los partidos revolucionarios, aprovechó el momento, y, empujado por él, conoció la victoria y el poder. No pudo rasgar, sin embargo, la Constitución y tuvo que vivir con los residuos de ella. Peleó con los demás partidos, pero tuvo que conservar con ellos el tacto de codos y hasta la comunicación espiritual en las horas difíciles. Persiguió a la Prensa; pero no la mató. Inventó leyes excepcionales; pero la realidad las llevó al desuso. Peleó con la violencia; pero la astucia recobró las posiciones viejas entre sonrisas y sarcasmos. Benito Mussolini y los suyos también hicieron algunas cosas buenas. Redujeron los gastos, reforzando los ingresos; mejoraron la lira y sanearon el mercado; moralizaron algún tanto las costumbres y restablecieron el principio de autoridad, harto quebrantado en Italia. Y gobernaron y siguen gobernando todavía, aunque, por las trazas, para poco tiempo. Al fulgor lívido de un secuestro y de un asesinato, el del diputado Matteotti[389], el panorama político de la política italiana en general y del fascismo en particular, se ha iluminado súbitamente, y hoy nos es imposible determinar hasta qué punto los procedimientos políticos son una suerte de engañabobos en todos los pueblos civilizados.

Así, un incidente trágico. sangriento, pero vulgar –el asesinato de un diputado que iba a hacer revelaciones ante el Parlamento italiano, de inmoralidades relacionadas con el petróleo y con el juego– pone al descubierto que tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando, es decir, que tanto valen Mussolini o Marinelli como Salandra y Orlando y demás compañeros mártires, ya que no vírgenes.

En el fascismo –¿cómo no?– había sus bellacos de cuenta que se entendían con los negocios turbios de la ruleta y del bacarrat y con los otros, tan poco claros, del monopolio petrolero. Si Mussolini hubiera previsto el caso –al cual seguramente es ajeno– y no se hubiera hartado de insultar a los políticos viejos, causa, según él, de todos los asolamientos y fieros males que se habían desencadenado, de algún tiempo a esta parte, sobre la querida península hermana, con la prisión de esos pícaros que se llaman Rossi, Marinelli y Filippelli hubiera despachado el enojoso "affaire". Pero como respondió sin que nadie le instase a ello, no ya de la honestidad personal, sino de la de todos los que visten camisa negra y están afiliados a las escuadras fascistas, la rechifla se oye hoy hasta en los últimos confines del continente europeo.

Y he aquí por dónde, señores y amigos míos, muere el fascismo, como los peces, por la boca. Y es que hay pocos pecados mortales en política, pero el más terrible de todos, el que no se absuelve nunca en el tribunal de la penitencia, es el de la indiscreción. Por indiscreto, y por ligero, muere el fascismo, en fina tierra donde la discreción ha estado siempre acompañada de la sagacidad y de la agilidad mentales. Cuando Mussolini vuelva al ostracismo, tornará a sus lecturas favoritas de los clásicos nacionales. En "El Arte de la guerra", en las "Cartas", en "El Príncipe", del buen secretario florentino, hallará máximas y aforismos que vendrán a su estado de espíritu como anillo al dedo. El político ha de poner siempre sordina y sombras a su palabra y a su pensamiento. En boca cerrada… –ya lo decimos por aquí, orillas del Manzanares, castizamente–, en boca cerrada no entran moscas. En las abiertas, ya hemos visto que suelen penetrar moscardones y hasta avispas.

La Voz de Guipúzcoa (26-06-1924)
El Luchador (26-06-1924)
El Pueblo (26-06-1924)

[389] Hacía pocos meses que se había creado una Checa Fascista en Italia para la ejecución de actos violentos que les beneficiasen. Uno de los casos fue el secuestro y asesinato del socialista Giacomo Matteotti del que fueron acusados Giovanni Marinelli, Filippo Filippelli y Cesare Rossi. Ninguno de ellos implicó a Mussolini.

Cinco minutos de silencio

Passa l'istoria, operatrice eterna,
tela tessendo di sventure e glorie[390]

Lo que quiere decir, en la sonora y ruda lengua del romancero, que la Historia, madre eterna de los hombres, operadora y paridora perenne de sorpresas, pasa tejiendo su tela de glorias y desventuras por el mundo. Ruego de paso al censor que me dejo meditar en estos dos versos de Carducci con aquella benevolencia que los pedagogos bonachones ponen en las cosas y en los juegos de los rapaces díscolos. No he de salirme un punto de la ortodoxia más gubernamental. Esta mañana del viernes, a las diez en punto, los obreros asociados de toda Italia suspenderán su trabajo para meditar en silencio durante cinco minutos. Meditemos también nosotros, querido señor censor; meditemos también nosotros, poniendo nuestra mirada en este terrible lápiz rojo, cuchilla de nuestros devaneos y fantasías sentimentales.

¿Tema? Los versos cantarines de Carducci. Nuestra meditación es puramente histórica. Pretérita, presente y futura. La tela de la historia se teje a todas horas. El hoy es consecuencia del ayer, y el mañana es consecuencia lógica de los momentos actuales. ¡Ay, pasamos por el tiempo para quedar en la eternidad! Todos nuestros gestos, nuestros silencios, nuestras palabras, se recogen y se depositan y se convierten en fibras y en partículas de ese tejido sutil de la tela de la historia. La historia, «in fieri» siempre, en perpetua formación y en rectificación perpetua, pasa –como cantaba el maestro de Bolonia– tejiendo su tela de glorias y de desventuras.

Aquí caemos para levantarnos más allá. En el solar de los desengaños levantamos las ilusiones nuevas hasta que se desmoronan y tornan a caerse. Entre las cenizas del dolor, padre de la historia, vive el rescoldo, que suele quemar, de las viejas ilusiones pretéritas que nos movieron a la acción en días lejanos… Y luego, siempre, a todas horas, tenemos que vivir el día de hoy, no el de ayer ni tampoco el de mañana. Cada fruto en su tiempo y la flor en todos. La historia envejece más, mucho más, que las mujerzuelas viciosas, piltrafas de lujuria, y se renueva y brota cada mañana como las margaritas y amapolas en campo de Abril.

Ni somos dueños tampoco los idealistas de hogaño de retrasarnos o anticiparnos al momento. El momento es nuestro dueño y señor, lleva los puntos de nuestra pluma, refrena o espolea la velocidad de nuestra fantasía, templa o enfría los deseos de nuestra esperanza. La estrategia más elemental ordena que traigamos al adversario a nuestro campo para que no nos lleve nuestro adversario al suyo. Y, mientras, la historia pasa, quedando nosotros, los hombres, sus actores, sujetos y prendidos de su tela.

¿Matteotti, Mussolini, De Bono, Volpi, Gelassi, Filippelli, Finzi, Federzoni? Vistos estos nombres, desde arriba, a través del tejido de la historia eterna, a través de esa madre que pare glorias y que pare desventuras en continuo parto ¿qué son cinco nombres vagos, que tal vez no retengan mañana nuestros nietos en la memoria? Y los acaecimientos de estos días, ¿no serán tal vez anécdotas vulgares, insignificantes, momentos de dolor necesarios en esta obra de purificación y de perfeccionamiento que se llama la historia de los pueblos?

Pero los cinco minutos han pasado ya. Durante ellos hemos querido meditar nosotros en voz alta. No puede tachar de irreverente nuestra meditación el señor censor, a buen seguro; ha de mirarla seguramente con benevolencia histórica y humana:

Passa l'istoria, operatrice eterna,
tela tessendo di sventure e glorie

La Libertad (24-06-1924)

Su excelencia el ministro Federzoni

Ocurra lo que ocurra en esta violenta reacción que se ha iniciado y que se agudiza por momentos en Italia contra el «fascio», contra el «fascio», que literalmente quiere decir en nuestra

[390] "Pasa la historia, operadora eterna, tejiendo la tela de desventuras y glorias". Giosuè Carducci. Ritme e Ritmi, VIII

lengua fajo, haz, manojo, gavilla, etc., saldrá incólume y lleno de prestigios el actual ministro del Interior, su excelencia Sr. Federzoni. El Sr. Federzoni se encargó de la cartera así que fue descubierto el secuestro y asesinato de Matteotti, en circunstancias muy curiosas. Su antecesor era el mismo Mussolini, que tuvo que dimitirse, que autoejecutarse a sí mismo. ¿Razones? Muy poderosas y muy sencillas. El general De Bono, destituido de la Jefatura de Policía, había trazado con Mussolini el famoso ataque a Roma de las camisas negras, y es una de las figuras más salientes del fascismo. Rossi, otro de los encartados, era el jefe de la Prensa en la Presidencia del Consejo de Ministros, y obedecía, personalmente y a diario, inspiraciones del «duce». Y Marinelli, en fin, era el tesorero general del partido. Mussolini tenía que retirarse decorosamente de un puesto donde una torpeza de buena fe, la más pequeña, hubiera sido tachada de complicidad manifiesta o intolerable.

Y así entró en escena su excelencia Federzoni. Este diputado, joven, elocuente y honesto, no es precisamente un incondicional del fascismo ni mucho menos, porque procede del campo nacionalista, donde ha militado siempre. El fascista y el nacionalista tienen un parentesco ideológico evidente; pero no son, en Italia, hermanos gemelos, ni primos carnales siquiera, sino algo así como cuñados que han reñido, y se saludan fríamente, por una mezquina cuestión de ochavos. El nacionalismo es, sí, una especie de fascismo; pero sin camisas negras, sin escuadras, sin milicias, sin himnos, sin violencia organizada y sin Don Benito. Una erupción benigna, plácida: la viruela blanca del italianismo integral. El fascio, en cambio, da más importancia a la música que a la letra y al procedimiento que a la ideología. Federzoni es el alma viviente del nacionalismo templado, histórico: Mussolini «il capo», el alma y el espíritu del fascio. Con Federzoni están las marquesas viejas, los profesores de Liceo, los directores de revistas y los presbíteros a la moderna, que concilian el Vaticano con el irredentismo. Con Mussolini, los señoritos bien, y los señoritos de pueblo, y los mutilados de la gran guerra, y los estudiantes, y las hijas de los propietarios rurales que sirven de cantineras en las escuadras, y los salchicheros de Bolonia, los hosteleros de Venecia, y de Milán; el honrado pequeño comercio, en suma. Federzoni y Mussolini, dentro del mismo Gabinete, se vigilan mutuamente por lo que pueda suceder.

Federzoni ha sido bien acogido por todos los partidos como ministro del Interior; esta es la verdad. Sus primeros actos han respondido a la confianza que en él ha depositado Italia desde el primer momento. «Il Corriere della Sera»[391], que ningún contacto tiene con los nacionalistas, no ha tenido inconveniente en felicitarse del advenimiento al Poder de Federzoni. Gracias al ministro, Rossi y Filipelli[392] han dado con sus huesos en la prisión de Regina Coeli, de Roma. De Bono fue destituido tan pronto como Federzoni se posesionó de la cartera. Las milicias del fascio han sido desmovilizadas en muy pocas horas. ¿Qué más? Federzoni, telegráficamente, ordenaba la disolución del organismo fascista milanés, «I diritti dell'uomo» que inspiraba –«passez le mot»– ese zascandil peligroso de Américo Dumini, elegante como un Adonis y abyecto y vil como una prostituta, sujeto que, según todas las conjeturas que se desprenden de su brillante hoja de servicios, fue el jefe de la banda que secuestró y asesinó al pobre secretario del partido socialista, Santiago Matteotti.

Con estas indicaciones, comprenderá ahora perfectamente el lector de LA LIBERTAD qué sentido ha tenido la crisis última en el Gabinete de Mussolini, qué es y qué representa en estos momentos el ministro del Interior, Sr. Federzoni, y por qué se adoptan ciertas medidas políticas contra el fascismo extremista, que, a primera vista y a distancia, no tienen una cabal explicación. Federzoni actúa hoy de freno y de su honestidad espera Italia –tan agitada hoy– frutos provechosos. El ministro del Interior, actuando de pararrayos, ha conjurado las primeras tormentas. Pero el fascio acabará revolviéndose contra él, acaso ha iniciado su revuelta ya, y la política italiana comenzará entonces a tener un intenso interés dramático, trágico acaso.

Esperemos.

La Libertad (28-06-1924)

[391] Diario italiano, editado en Milán.

[392] Filippo Filippelli (1890 – 1961). Abogado y periodista, director del Corriere Italiano. Uno de los automóviles desde los que distribuida este diario, fue identificado como el vehículo utilizado para el secuestro, y posterior asesinato, de Santiago Matteotti. Filippelli fue acusado de participación en el asunto y encarcelado, pero se le concedió el indulto en 1925. Por ciertos y oscuros servicios al fascismo volvió a ser admitido en el partido.

Un ambiente fascista

Me place recomponer con la imaginación el cuadro que presentará Bolonia, la ciudad de las cien torres y de la terracota, durante estos días. La docta ciudad, encinchada mimosamente por los Apeninos, es un poco, como sabe el lector, la capital moral del fascismo. Pueblo eminentemente agrícola, el espectro del comunismo asustó allí más que en parte alguna a los pobres propietarios rurales, que temían quedarse para siempre sin granos y sin embutidos. En Bolonia vivió Mussolini sus años de esperanza y de ostracismo. En Bolonia se han educado hombres como Gelassi y Filippelli. En Bolonia hay una fuerte organización fascista, y, naturalmente, núcleos poderosos de elementos obreros, socialistas, comunistas y revolucionarios. En la plaza Comunal se han llenado muchas veces de sangre fraterna los dos bandos. En el Municipio perecieron en su puesto, ante las pistolas fascistas, varios consejeros municipales obreros.

Bolonia es, además, el laboratorio de la conciencia civil de Italia. Por la ciudad paseó sus sueños italianos y cantó la belleza de la reina Margarita Josué Carducci. En ella dice hoy las excelencias de las calidades mentales patrias Giovanni Pascoli, el sucesor. Ciamician realiza las experiencias químicas más interesantes. Murri adoctrina las generaciones médicas; Ruggi y otros maestros conservan el viejo esplendor universitario.

Bolonia, de la que reza la canción estudiantil que guarda bajo sus pórticos las mujeres más lindas de la tierra, es el foco fascista de mayor intensidad. Los campesinos de la Emilia reciben de los santones boloñeses el santo y seña. El alcalde, marqués Tanari, chorreando cosmético y lozano con sus sesenta años, es uno de los más firmes amigos de Mussolini. «Il Resto del Carlino», dirigido por Naldi, es el órgano fascista de mayor circulación en el campo. Paralelamente, y por el bando opuesto, era la ciudad que prefería, por su rancio abolengo, Matteotti para sus propagandas, y, con Matteotti, los jefes de todos los partidos. En Bolonia oí yo, de estudiante, a todos los políticos italianos, absolutamente a todos los políticos italianos, en la Sociedad Dante Alighieri, disertar sobre temas sugestivos de palpitante actualidad entonces.

Me imagino los diez minutos de silencio en la mañana del viernes, frente a la «Loggia del Mercanti», la preciosa Casa del Pueblo de la ciudad, que tiene almenas gibelinas y un porticado primoroso. Las muchedumbres obreras y liberales llenarían toda la ancha plaza de las torres Asinelda [sic] y Garisenda. Treves tal vez, Turati, Bocconi, cualquiera, diría primero a los fieles unas palabras lapidarias, palabras que solo pueden decir estos hombres amigos de las letras, familiarizados con las obras eternas de los genios, Y en la mañana de Junio, ante el sol abrasador, bajo el dosel –azul de Prusia– del cielo de la Emilia, de los devotos surgiría la misma plegaria civil, la que hoy tenemos en los labios y en el corazón todos los liberales de Europa:

– ¡Señor; salva a Italia!

El silencio sería tan denso y tan profundo que se oiría el trino de los pájaros sobre las gibelinas almenas de la «Loggia», y, más lejos, el grato arrullo de palomas y palomos en los nichos al descubierto de San Petronio.

Luego, las muchedumbres se dispersarían, torrente humano, hacia la Universidad, y los estudiantes... Pero, ¡ay! Nada dicen todavía las crónicas de los estudiantes. Estos estudiantes de hogaño, extranjeros y españoles, amigos del «footbal» y de los tangos argentinos, del whisky y de la cocaína, no parecen caer hacia la izquierda, como en mis tiempos. Se casan pronto y bien con una chica rica; son diputados provinciales; viven pendientes del escalafón de su carrera.

¿Qué harían ayer mis compañeros, mis amigos, mis hermanos de los veinte años, los estudiantes de Bolonia? Si no cumplieron con su deber, temo mucho que surgiera la sombra de Carducci con su melena de león y con su tórax de atleta, obligándoles a besar, violentamente, los pliegues de la bendita bandera garibaldina que se conserva en el Archigimnasio, frente a San Petronio.

La Libertad (26-06-1924)

La Italia política y su vuelta al "Risorgimento"

Va a morir el fascismo, como los peces, por la boca, a consecuencia del asesinato del pobre Matteotti. Va a morir el fascismo de empacho de candor en el pueblo de la doblez y de la sutileza, y de la indigestión de palabras en la tierra clásica del silencio y del doble sentido. Por

nosotros bien muerto está, y ayudaremos a enterrarlo y a amortajarlo con alegría, como si acudiéramos a enterrar la sardina en la pradera, después del antruejo.

Las informaciones que nos dan hasta la fecha los periódicos italianos, no dan lugar a dudas de ninguna clase. Matteotti ha sido asesinado porque iba a hacer revelaciones sensacionales en el Parlamento con ocasión del monopolio del petróleo y de la reglamentación de los recreos en las chirlatas y casas de juego. En el asesinato han tomado parte muy activa fascistas de consideración. Ex diputados y senadores huyen, como carteristas vulgares, a la hora de rendir cuentas de sus actos, ante el Juzgado de guardia. En la gama de los asesinos se cuentan gentes de la más baja ralea y de alta significación política. Mussolini, asustado, ha prometido hacer justicia ante la nación que pide justicia pronta. Y el «affaire» Matteotti se trueca por instantes en el proceso de disolución del fascismo, y, por ende, de la comunidad que actualmente rige los destinos de Italia.

El escándalo es formidable y la chacota más formidable que el escándalo todavía. Mussolini no se ha hartado de predicar que todas las camisas negras eran un portento de moralidad y de misticismo. Los claros y nobles varones que estaban a sus órdenes ni pecaban ni podían pecar. Los chanchullos se quedaban para los viejos partidos históricos, que, a pesar de haber ganado la gran guerra, llenaba de lodo a todo el país. Ellos, los fascistas, venían a purificarlo por medio de la violencia organizada. Las camisas negras eran nada menos que un nuevo Jordán que limpiaba a su paso las emanaciones de las charcas putrefactas y de los lagos malsanos. Las cuadras[393] fascistas eran coros de arcángeles de serafines y de potestades que bajaban de los altos cielos a arrasar los vicios y las porquerías tradicionales de los politicastros y sobre un artefacto tan deleznable políticamente como el de la moralidad colectiva, construían un programa cándido, un engañabobos para uso de papanatas y de aldeanos de ferias pueblerinas.

Pero al primer tapón se ha roto la botella. Era pus, y nada más que pus, el líquido que contenía. El jefe fascista de la sección de Prensa del Ministerio del Interior, retrasaba aviesamente, valiéndose de la censura, la noticia durante veinticuatro horas, para que la policía no pudiese maniobrar con desembarazo. Un diputado fascista facilitaba el automóvil a los secuestradores y presuntos asesinos. Un director de un periódico gubernamental paseaba con los secuestradores la víspera de la desaparición de Matteotti. Los jefes locales de fuerzas fascistas, por donde pasó el automóvil con la víctima, aseguraban la huida de este. Diga lo que diga Mussolini, aun personalmente irresponsable del crimen, no logrará convencer a nadie. Y el fascismo, repito, morirá como mueren los peces: por la boca.

De esta suerte, Italia tornará a su política histórica del siglo XIX; a la política del «Risorgimento». Y habrá desaparecido de Europa una de las pesadillas que la tienen medio lela y enteramente amodorrada.

La Noche (30-06-1924)

Del sábado al lunes

El termómetro y el barómetro de la política interior de Italia acusan unas cuantas desviaciones en la temperatura y en la presión del espíritu público, desde el sábado hasta hoy lunes, en que escribimos esta impresión. La postura de las oposiciones parlamentarias es irreductible; ningún partido político quiere colaborar con el fascismo. Y Mussolini no se va porque no puede irse de repente; hay que desatar unas cuerdas, hay que aflojar unos grilletes que le tienen encadenado a la presidencia.

El espíritu público reacciona contra el fascismo; pero los fascistas se preparan a toda contingencia. «Il est plus facile de monter sur un pedestal que d'en descendre volontairement»[394], escribe, con su habitual elegancia; Pierre Gascouin en el editorial de «Le Quotidien», consagrado, naturalmente, a la situación de Italia… Así, el viernes, en Bolonia, después de los diez minutos de silencio que las izquierdas consagraron a meditar en el asesinato de Santiago Matteotti, los fascistas hicieron literalmente esta declaración, a guisa de orden del día: «El que

[393] Así en el original, puede tratarse de una ironía o de una errata por "escuadras".
[394] "Es más fácil subirse a un pedestal que bajarse de él voluntariamente."

vaya contra el fascismo o contra Mussolini, se encontrará en su camino, inexorablemente, con nuestras armas». No se puede fijar una actitud política con mayor claridad. Como nosotros preveíamos ya en nuestro artículo del sábado, estudiando la figura del ministro señor Federzoni, los fascistas iniciarían una maniobra contra sus medidas. Y ya está la maniobra en pie. Los fascistas cubrirán la retirada de Mussolini con las armas en la mano.

En los dos discursos del «Duce» se advierte también una dualidad de procedimientos. Habla de tornar a la Constitución, de normalizar y regularizar la vida del Estado, por una parte, y, por otra, de reforzar el fascio, de seleccionarle y de limpiarle de los elementos viles y turbulentos. ¿Qué más? Hay un detalle que no debe pasar inadvertido para el lector. Cesare Rossi, jefe de la Prensa en la Presidencia del Consejo de ministros, y procesado como inductor y cómplice en el asesinato de Matteotti, se entrega voluntariamente a las autoridades, marchando por su propio pie a la prisión celular de Regina Coolí, la víspera de las declaraciones de Mussolini en el Senado. Así. El «Duce» puede hablar de la eficacia, de la rapidez y de la prontitud de la justicia que se hará en este tenebroso y, a la vez, transparente «affaire» de la supresión de Matteotti.

Fíjese, además, el lector en la información de hoy. Los corresponsales de los periódicos franceses van a ser expulsados de Roma. Las agresiones fascistas contra los diputados y senadores de la izquierda continúan en toda Italia. El viernes fue apaleado en Bolonia el diputado republicano Sr. Bergamo en el sitio más céntrico de la ciudad, delante del Hotel Baglioni, donde se hospedaba. También agredieron los fascistas, en la misma ciudad y momentos después, a los diputados de oposición señores Certani y Alfani –esté último caracterizado socialista–, cuando presidían un entierro civil.

En Turín han soplado los mismos aires que en Bolonia. Los fascistas penetraron en un café público, apaleando a los adversarios políticos de Mussolini.

Hay además otro síntoma gravísimo: la situación en que quedan los populistas, dirigidos por el sacerdote Dom Sturzo, ante las declaraciones del «Osservatore Romano», órgano de la Santa Sede. El Vaticano execra el crimen; pero aprovecha la coyuntura para molestar a los socialistas y para abogar, como mal menor, por la continuación en el poder de Benito Mussolini. Y como los populistas, católicos, combaten al Gobierno en nombre precisamente de la moral evangélica, se da la italianísima paradoja de que la Iglesia está políticamente contra sus fieles y los católicos apostólicos, romanos contra la política demasiado hábil que desarrolla en estos momentos el Vaticano. Las declaraciones del «Osservatore» se hicieron públicas al ser conocida la circular del Gran Oriente de la Masonería condenando el crimen.

Así están las cosas, un poco revueltas, un poco turbias, un poco complicadas, en la hora de ahora. La semana ha de ser fecunda en acontecimientos; yo espero que durante ella, un poco precipitadamente, han de liquidarse las consecuencias políticas del asesinato de un hombre puro, honesto, inteligente y ejemplar.

La Libertad (01-07-1924)

La solución de la crisis

La solución de la crisis es, como esperábamos, un compás de espera, un nuevo y doloroso compás de espera para los anhelos y las esperanzas del espíritu civil italiano. De haber vivido Maquiavelo estos días y de no haber muerto a tiros por las calles de Florencia a manos de los arditi[395] de los fascios, el buen Nicolás hubiera escrito otra exhortación pidiendo a la Providencia que libertase Italia –a la Italia que él vio acaso con mayor clarividencia que el mismo Dante– de estas turbas montaraces que la deshonran, más peligrosas que los mercenarios suizos, que los mosqueteros gascones y que la brava y ligera infantería española.

La solución no es solución sino acoplamiento momentáneo de elementos dispares que se tirarán en seguida los trastos a la cabeza. Un buen servicio acaba de prestar el Santo Padre a Benito Mussolini. ¡Vivir para ver!... La entrada de César Nava en el ministerio de Economía Nacional supone, no la adhesión del partido populista, no la colaboración de los elementos católicos independientes con el fascio, sino el sacrificio personal de un sumiso hijo de la Iglesia

[395] Nombre adoptado por los soldados de asalto del ejercito italiano durante la Primera Guerra Mundial.

a las decisiones del Padre común de los fieles. Nada entre dos platos. Digamos de paso que César Nava es muy inteligente, muy bohemio, un exquisito «causeur» y un hombre amable y simpatiquísimo hasta la hipérbole. Yo le conocí en Madrid, durante la guerra, y más de una vez nos sorprendió la mañana tomando café con tostada en el café Universal. En esta hora grata, propicia a la confidencia y a la amistad, el senador Nava me hablaba de los problemas económicos italianos, o disertaba alegremente sobre la belleza de nuestras modistillas, que lavoteadas, frescas y guapetonas, marchaban camino del taller. Estos políticos italianos, del centro, de la derecha y de la izquierda, no tienen empaque ni son aparatosos y solemnes como nuestros políticos. El camarero estoy seguro que no advirtió jamás en mi amigo a un exministro de Italia. Aquel buen señor, maduro, alegre, dicharachero, tocado de un flexible, hubiera pasado, a lo sumo, en España, por un concejal agrario de los de la última hornada.

Los otros tres ministros liberales –¡liberales!–; Casatti, Sarrocchi y Lanza di Scalla, que se han posesionado, respectivamente, de las carteras de Instrucción, de Obras públicas y de Colonias, las carteras menos políticas, no pasan de prestar unos días estopa y relleno al muñeco para que pueda soportar, durante ellos, los encontronazos contra el muro, cada día más resistente, de las oposiciones. El problema, a resolver es este: o la Constitución o el fascio. No hay términos medios. La solución de Mussolini parece importada de España y sugerida por nuestro travieso y sutil conde de Romanones. En el discurso de Víctor Manuel a las Mesas de las Cámaras se dice que el pueblo italiano aspira «al afianzamiento dentro de la normalidad constitucional», y, o nosotros no entendemos una palabra de estas cosas, o las aseveraciones del rey discreto y «galantuoso» quieren decir que la solución de esta crisis tienen un valor puramente transitorio y subalterno, y que la reintegración de la vida del Estado a los cauces del Derecho y de la Constitución es obra que no se hará esperar, así que se pacifiquen un tanto los espíritus, turbados por el terrible asesinato que ha conmovido las fibras más insensibles de la ciudadanía y de la Humanidad.

Ya decíamos ayer que Mussolini no se va de repente porque no puede irse. El que va delante de las masas no sabemos nunca si camina por su propio pie o empujado y llevado en andas y volandas por ellas. Lo más probable es esto último. Mussolini, dueño y amo de los fascios –«il nostro capo Benito» le llaman las escuadras, y capo quiere decir a la vez cabeza y jefe, y, en este caso, las dos cosas a la vez–; Benito Mussolini, decimos, es también la víctima y el prisionero de ellos. Ni aun con la ayuda generosa y desinteresada de Federzoni[396] va a lograr el reposo físico y espiritual que seguramente anhela con todas las veras de su voluntad indomable e italiana de «condottiero». Y ha previsto el «duce» su tragedia, que en estas páginas de LA LIBERTAD ha comentado recientemente Luis de Zulueta con su lucidez y donosura habituales. El aprendiz de brujo que hay en Mussolini evocó a los espíritus; pero no sabe dominarlos. Y por Italia andan sueltos los demonios, batanando, secuestrando y desnudando a las gentes, mientras cantan el himno infernal:

Giovinezza, giovinezza,
primavera di belleza!...[397]

La Libertad (02-07-1924)

¿Qué es el fascismo?

Y bien ¿qué es el fascismo? –se habrá preguntado más de una vez el lector–. ¿Qué es el fascismo? Acudamos a Benito Mussolini que si no es el padre de la criatura, es, por lo menos, su deudo, familiar y albacea. «Nuestro programa –ha dicho el jefe– no tiene el aparato solemne de los Evangelios sobre los cuales se jura». Con esta modestia encantadora del evangelista nuevo, que niega a su partido dos cualidades que saltan a la vista del más miope, el aparato y la solemnidad, ¿cómo vamos nosotros a descubrir el movimiento? «El fascismo –añade el «capo»– es una especie de orden del día que puede tener un año, cinco o cien años de duración. Quere-

[396] Luigi Federzoni (1878 – 1967). Político y escritor italiano, firmante del Manifiesto de intelectuales fascistas, ministro, de diversas carteras, del gobierno de Mussolini y presidente del Senado de Italia desde 1929 hasta 1939

[397] Himno fascista italiano: "Juventud, juventud / primavera de belleza..."

mos suscitar, conservar, exaltar la italianidad entre millones de conciudadanos dispersos por el mundo… Queremos gobernar a Italia».

Un partido que descansa en la voluntad de gobernar a Italia y de exaltar el sostenimiento patriótico de los emigrados, tiene el mismo valor teórico que las disertaciones en la rebotica de mi pueblo cuando aquellos buenos vejetes, acatarrados y semianalfabetos, lanzan boca en ristre aquellos tópicos de «poca política y mucha administración», y de que «cada escuela que se abre es un presidio que se cierra». Sin embargo, leemos en los periódicos fascistas que «los puntos cardinales de nuestra política son Dios, Patria, Rey y Familia», todo con mayúsculas. Lo del Rey, solamente hasta cierto punto y a gusto del consumidor, porque, como afirma Bruno Corra, uno de los escritores fascistas más leídos, «si puó obbiettare cualche argomento contro la parola Re, puede argumentarse contra la palabra rey». Cosa que un jaimista castizo de los nuestros no acabará nunca de entender del todo, y que entiende demasiado el discretísimo Víctor Manuel III, que tiene que vivir a regañadientes ante esta turbonada.

Pietro Gorgolini, otro teórico fascista, sostiene que el fascismo no es sectario «El sano socialismo que profesamos es agrario, naturalmente; pero en apariencias marxistas o leninistas, el más puro, el más santo de los socialismos: el de Cristo.» Yo confieso al lector que continúo sin enterarme. Desconozco la existencia de dos socialismos, uno agrario, y otro ciudadano, y no sé tampoco palote del socialismo sano y del socialismo enfermo. Gorgolini afirma también que el fascismo es revolucionario porque descansa «en la violencia constructora».

Y no arrojan más luz los teorizantes que yo conozco del fascismo, ni, al estudiarlo, han podido darle, ningún alcance transcendental, teórico, mis buenos y excelentes camaradas los escritores catalanes Vicente Clavel, en su libro «El fascismo» (Editorial Cervantes, Barcelona, 1923), y Ribera Rovira, en su reciente volumen «La conquista de Roma». Es por ende, preferible hablar de los fascios y de su organización…

Los fascios son a modo de agrupaciones deportivas, donde las chicas y los chicos mayores de catorce años pueden expansionarse vitoreando a Mussolini, haciendo ejercicios de tiro al blanco, cantando himnos, saludando a la romana con la diestra extendida hacia arriba, y hacia la derecha, vistiendo la camisa negra y rompiendo, de paso, la cabeza a cuantos comunistas, socialistas y bolcheviques encuentren por el camino. La violencia es sagrada e imprescindible cuando se da con enemigos de la patria de Benito y de los deportes. En el extranjero –¡oh, gobernantes españoles!– el fascismo quiere derrocar en Sud-América la lengua española e imponer la hegemonía itálica. En Europa, asegurar la hegemonía latina a base del nuevo «imperium» romano. Hace algunos meses que leía yo, estupefacto, una carta abierta que Guido Da Verona, ese hortera distinguido que escribe novelas para cocotas y para modistas que llevan el camino de cocotas, dirigía al «Duce». En ella le pedía un nuevo «Latium», que tuviera por capital nórdica a París y meridional a Roma. Yo me imaginaba un nuevo bajo Imperio, con Dioclecianos, efebos, tanguistas en túnica romanos, timbas, cabarets dóricos y jónicos –sobre todo jónicos– y novelistas decadentes. «La política interior del fascismo –escribe Ribera Rovira– estriba en mantener a Mussolini en el Poder.»

He aquí, lector, sin estridencias, lo que yo sé sobre el idearium y el procedimiento fascista. Aquel subleva mi conciencia de hombre; este, mi patriotismo de español. Por ignorancia, que no por malicia, se ha exaltado aquí un movimiento que está perjudicando enormemente nuestra expansión espiritual en América, sobre todo en la Argentina. Yo denuncio la existencia de las Sociedades fascistas llamadas «Dante Alighieri», que funcionan en todas las ciudades de Italia, y cuyo programa se reduce, en puridad, a desterrar la lengua española de los pueblos que se desgarraron de nuestras entrañas. Tarea inútil, ya lo sé; pero no por eso censurable y mezquina. Solamente a un fascista se le puede ocurrir que un pueblo varíe de lengua como un correligionario muda de camisa.

Y, para acabar, diré ahora que el fascismo no es un movimiento italiano. Italia quiere decir, en el mundo del espíritu, civilidad, agilidad, sutileza, entendimiento. Fascismo es una cosa importada. Hubo fajismo, amarillismo, mazorquismo en Buenos Aires, en los días nefastos de Rosas, el tirano. El fascismo nació de unas partidas montaraces, carlistas, de la Plana, de Navarra, de Vizcaya. Pasó el mar y tomó en Buenos Aires otro nombre. Volvió a Europa y desembarcó en Italia. Hasta sus cantos

Giovinezza, giovinezza,
primavera di belezza!

parecen letra de Camprodon, de Calomardo, del padre de Carulla o de algún tío segundo de D. Juan Antonio Cavestany.

La Libertad (03-07-1924)

A manera de epílogo

Suspendamos estas impresiones, que por nuestro gusto hubieran sido diarias, con las que hemos venido fatigando y llamando la atención de los lectores, a propósito de los acontecimientos políticos y sociales que se están desarrollando en Italia. Prometemos volver a nuestras glosas siempre que sea necesario; estas páginas de La Libertad me están abiertas enteramente para todo estímulo y toda afirmación liberales.

¿Qué pasará en Italia? La política, en todas partes, es un recreo, un deporte de la inteligencia. Se hacen cábalas, se cruzan apuestas, se lanzan vaticinios y profecías al viento. Tengo para mí que el verano será muy poco fecundo en sorpresas. Benito Mussolini, obligado por sus fascios, no abandonará el Poder ahora. No puede abandonarle. Está atado a él; le aprisionan en la cabecera del banco ministerial fuertes ligaduras. «La Milicia nacional –decía hace tres días la nota oficiosa del Directorio del fascismo–, a pesar de los esfuerzos que se hacen para disolverla continuará siendo la salvaguardia del orden y del régimen actuales». Hoy ojeé, además, el último número de «L'Illustrazione Italiana», llegado a Madrid. Pública una fotografía de la manifestación fascista de los boloñeses, reunidos en la plaza Comunal, oyendo un discurso del diputado y general Italo Balbo[398]. Pasan de cincuenta mil personas las que se reúnen en aquella anchísima y bellísima plaza Comunal, que aún guarda jirones de sueños míos bajo sus pórticos. El número –no hablamos de la calidad ahora–, el número está con Benito Mussolini.

No pasará nada, por ahora. El verano trascurrirá, salvo incidentes imprevistos, con todo reposo. Se poblarán las «villas» del lago Meggiore y del lago de Como con veraneantes ociosos; la playa de Rímini está llamando a las gentes, los reyes Víctor Manuel y Elena marcharán al campo; se cerrarán las Cámaras. Hasta es posible una reacción en sentido fascista durante estos meses. Pero la decoración cambiará con el otoño. Cuando se doren los olmos y los chopos en Roma sobre las colinas, los diputados oposicionistas tornarán a Motecitorio con ganas de pelea. Y muchas veces sorprenderá el tañido de las campanas mañaneras, la de San Pietro, la de Sant Ángelo, la de Letrán, las de las quinientas iglesias, el estudio fatigoso de algún demócrata, compulsando datos, esgrimiendo argumentos incontestables contra el dictador.

El mundo se rige por lo que llamaba mi querido maestro Pedro Dorado Montero la ley del péndulo social, de las reacciones sociales. Caminamos y retrocedemos. Retrocediendo, nuestro retroceso es mayor del que pensábamos al principio. Avanzando, llegamos más allá de donde nosotros mismos queríamos avanzar. Ejemplo del retroceso: Italia. Ejemplo del avance: Rusia. A un Cavour sucede Mussolini; pero Lenin ocupa en Moscou las habitaciones privadas de un Nicolás Romanoff[399]. Es el péndulo, el maldito, el inevitable péndulo de las reacciones sociales…

¿Qué pasará en Italia? «Chi lo sá?» Las cosas no dependen de nuestra voluntad, y, en cambio, nuestra voluntad depende ¡ay! de las cosas, de los acaecimientos exteriores. La vida es una continua, una formidable sorpresa para el idealista que, acostumbrándose a todo, llega a no sorprenderse de nada… Aquel Benito Mussolini, director de «Avanti», casi comunista, huésped de la cárcel, altivo, violento, irreductible, que conocimos nosotros los días del proceso de Francisco Ferrer Guardia, es hoy «duce», gran collar de la Anunziata, «primo» del rey, presidente, diputado y caporal honorario de las Milicias nacionales. Federzoni, que ha luchado con Mussolini, colabora hoy con él, suponemos que en la mejor de las camaraderías. Matteotti, tan llano, tan simpático, tan cordial, tan abierto, muere una tarde, trágicamente, en el misterio. Los hombres son juguete de la vida, y los pueblos son como los hombres: eternos rebaños que ignoran donde les conduce la cayada del pastor.

[398] Político y militar italiano, considerado el sucesor natural del dictador Benito Mussolini. Durante la época fascista ocupo los puestos de mariscal del Aire, gobernador general de la Libia italiana y comandante en jefe de las fuerzas italianas en el norte de África.

[399] Nikolái Aleksándrovich Románov (1868 – 1918). Último zar de Rusia.

Hoy los ojos del mundo están pendientes de lo que ocurre y de lo que ocurrirá en Italia. Italia, que ha sido el Renacimiento, que ha sido el «Risorgimento», que ha sido el recreo de los ojos, el consuelo del espíritu y la promesa de la libertad, ¿no es acaso, hogaño, una terrible interrogante para el espíritu? ¡Italia, Italia! ¿Quién no ha soñado contigo detrás de la blanca túnica de Beatriz? ¿Quién no ha sido un poco güelfo o un poco gibelino en sus horas de pasión y de combate? ¿Quién no ha oído, dentro de su corazón, los trinos del ruiseñor, al nacer el alba, debajo de los balcones de su Julieta? ¿Quién no ha besado alguna vez

la bocca mi bacciò tutta tremante,[400]

a la Francesca eterna de sus alegrías y de sus terribles, de sus silenciosos fracasos espirituales? ¿Quién no ha soñado, como José Garibaldi, con organizar una expedición de dos mil aventureros para libertar a su pueblo de las tinieblas?... ¡Italia, Italia!... Un modesto, un obscuro escritor español, que paseó de mozo bajo tus pórticos, que bajo a las Catacumbas, que vio nacer el sol en el Canal Grande al lado de una amiga, que leyó tus poetas, que pensó con tus sabios, que acudió a las aulas de tus escuelas, que amó intensamente desde tu suelo su suelo de España, augura en estas horas de dolor para ti, del dolor –yunque de grandezas y de prosperidades y de alegrías futuras–, tu segundo y definitivo «risorgimento», para alegría de los ojos, para delicia del espíritu y para impetuoso, indefinible estímulo de libertad.

La Libertad (05-06-1924)

Cuadros fascistas

En Bolonia. La plaza Comunal. Tañido de campanas, tañido de la campana civil, de la de San Pietro, de la de San Dominico, de la de San Francesco, de la de San Miguel del Bosque. Música solemne y pausada que rebota de lo alto, que empapa de sonoridad los pórticos, que se diluye en el ambiente de los jardines; margarita que va a morir dulcemente a los valles que se extienden en las faldas de los Apeninos. Veinticinco de junio. Los escolares no pueblan ya los estudios con sus cantos irrespetuosos y sus gratas algarabías en los grandes talleres de confección y en las «ditte»[401] de las modistas más afamadas. Los condes, los marqueses, los príncipes, los quinientos aristócratas de la ciudad están ya en sus villas de Maggio, de Ozzano, en las afueras de la Puerta de Zaragoza y en las gratas soledades piamontesas y lombardas. Quedan en la ciudad, que es un horno, los empleados, los «ragioneri»[402], las obrerillas que se bañan de madrugada en los baños públicos antes de marchar al taller, las cigarreras, los soldados…

Pero hoy Bolonia está literalmente invadida de campesinos. Toda la gente de la Emilia ha desembocado en la calle de la Independencia, junto a la fuente de Neptuno, que sigue con su trinchante y con su rostro burlón de sátiro viejo. ¿Se parece al alcalde, no es verdad, Tulio? Los campesinos admiran el magnífico tórax del dios que esculpiera para la eternidad Juan de Bolonia, y las mujeres pasan a su lado avergonzadas y risueñas. El Renacimiento no perdió detalle alguno en la bellísima estatua. Y todos los campesinos llevan fusiles al hombro y un amplio chambergo decorativo y magnífica camisa negra. También la llevan, escotada con el torniquete simbólico en trazos rojos, las mujeres.

Quince, veinte mil campesinos, con un sol de plomo, van alineándose lentamente en la plaza Comunal por escuadras y por pueblos, frente a San Petronio. Las palomitas, que no se asustan de los fascios, se posan en las manos de los campesinos, y con un supremo instinto de elegancia prefieren para su reposo y para su caricia las blancas y breves de las muchachas. Los vendedores de cañamones descargan sus mercancías en unos minutos. Es un cuadro primoroso advertir, entre las densas y apretadas filas de tantos miles de camisas negras, las motas blancas de tanta palomita. Refulgen al sol las bayonetas; aparece la bandera tricolor en los balcones y en las ventanas del Archigimnasio, de la casa de los Notarios, del palacio del rey Luzo, el rey de la leyenda prisionero de amor… Un gran retrato de Mussolini, vestido de caporal honorario de la Milicia, con su gran cordón de la Annunzziata al cuello, que le permite llamar «querido

[400] "Mi boca besó temblando temblorosa". Dante Alighieri. La Divina Comedia. Canto V del "Infierno".
[401] Empresas, en italiano
[402] Contables.

primo» al rey, se coloca en sitio visible, en el centro de la plaza sobre el pedestal de la estatua del Libertador…

Se abre el balcón de la «loggia» del Concejo. Los diputados fascistas toman asiento en él. Todos son jóvenes y casi todos están mutilados. Uno cojito arrastra pesadamente unas muletas: otro carece del brazo derecho y tiene una palidez de cera; un tercero, ciego, viene del brazo de una mujer joven, bella y enlutada. Son los despojos de la guerra, las víctimas del Piave y del Capporetto[403], los «mutilati» y los lisiados agrupados en torno al «duce» en los escaños del Parlamento y presidiendo al pueblo, que no sabe lo que quiere, que ha interrumpido con la desilusión de su vida política en las asambleas populares.

Grandes aplausos. Ovaciones clamorosas que resuenan en los miles de pórticos abovedados de la gran ciudad. Italo Balbo, el general, se presenta a las multitudes. Suenan las bandas de los fascios. Miles de voces graves, atenoradas, cristalinas, frescas, infantiles cantan el himno «Giovinezza; giovinnezza».

Ejercicios, desfiles de escuadras. Hay grupos femeninos en ellas, todas las muchachas campesinas que temen por el trigo de su panera y por el salchichón de su despensa ante el avance de los comunistas.

– «A qui la vittoria»? ¿De quién es la victoria? –grita Balbo, según la frase ritual en el fascismo.

– «A noi»! Nuestra –contesta la multitud.

– «A qui la gloria»? –insiste.

– «A noi»! –vuelven a exclamar.

– «A qui il laboro»? –grita finalmente.

– «A noi, a noi»! –gritan, enardecidos, los anchos y puros pulmones aldeanos.

Luego, Italo Balbo, con gestos amplios, con miradas terribles, con todos los tópicos de los partidos nacientes, que son a modo de religiones, cuenta las noticias que llegan de Roma… Aquellos hombres defenderán al duce, a Benito Mussolini, cueste lo que cueste y pase lo que pase. Italia no torcerá su camino, ni dejará quemar sus trojes, ni dejará de comer sus «salumes». Las palomas siguen jugando entre el calor tibio de las manos blancas y breves de las campesinas. El sol sigue su curso, con indiferencia, en el azul cobalto del cielo. Los fascios se dispersan, y poco después, en los restorantes y en las tratorias del centro se oyen los apóstrofes, los gritos, los himnos, los aplausos que han oído, sin inmutarse y sin volver miedosas a sus nichos, las palomas de San Petronio.

Heraldo de Madrid (07-07-1924)

Su excelencia Mussolini

La moza ingenua y enamorada de su pueblo

El compañero Benito Mussolini –hace de tales andanzas ocho, diez, doce años– es un tremendo panfletista que escribe en "Avanti". Escribe en "Avanti" contra las monarquías……. Benito Mussolini es un hombre violento, de mirada dura, de palabra rápida y fuerte, de pluma fácil y desenfadada. Los socialistas universitarios le llaman el retórico, y los retóricos le consideran demasiado serio. Pero tiene sobre estos y aquellos el gesto, y sobre ellos y sobre los adversarios, el conocimiento preciso, exacto, profundo, certero, de los hombres y del escenario de su Italia.

Mussolini, a su modo, nacionaliza el socialismo, lo traduce al italiano, y hasta si me apuráis, a los infinitos dialectos que se hablan en las distintas regiones y ciudades de su país. Cuando escribe para los diarios de Bolonia, su credo socialista es socarrón y campesino; cuando escribe en los de Milán, ciudadano y fabril; cuando en los de Florencia, estético y aliado con el turismo y con las piedras venerables y viejas; cuando en los de Roma, el socialismo de Mussolini es buro-

[403] Batallas desarrolladas durante la Primera Guerra Mundial en el frente italo-austriaco en las que las fuerzas italianas corrieron distinta suerte. Así, a la derrota de Caporetto (24 de octubre al 9 de noviembre de 1917) en la que Italia sufrió10.000 muertos, 30.000 heridos, 294.000 prisioneros y la deserción de otros cuatrocientos mil soldados; siguió la decisiva victoria del ejército italiano en la batalla del Piave (15-23 de junio de 1918), que significo el comienzo del hundimiento del Imperio Austro-Húngaro que se produciría, definitivamente, cuatro meses después en la batalla de Vittorio Veneto.

crático, parlamentario y amigo de la mesocracia. Mussolini es un adaptador. Prefiere a las ideas las sensaciones, y a las sensaciones, los gritos. Hace bellas frases ante el adversario y combate con el donaire, pero no con la reflexión. Es un impulsivo. Ha conocido la cárcel, el destierro, el hambre, la deportación. Vive siempre pendiente de las amnistías y de los indultos.

Y llega la guerra. Mussolini adopta una vez más su socialismo al momento. Se alista de combatiente y se nutre espiritualmente de las añoranzas garibaldinas y de las ardientes soflamas d'annunzianas. Es un socialista de cancillería, que combate –tiene razón– antes a las personas que a los sistemas, y a las organizaciones primero que a los programas. Habla del irredentismo como cualquier nacionalista de Módena o de Mántua, y es expulsado de la dirección de "Avanti". Provoca un cisma en el partido. Funda "Il Popolo" con su hermano y sus artículos adquieren una resonancia extraordinaria. Son la interpretación auténtica, literal, extraordinariamente sagaz y profunda de todo el espíritu rural y campesino. Los campos se defienden y levantan sus puños airadamente contra las ciudades; la patria no es una abstracción de la mente inquieta y del corazón anheloso, sino la casa, la bodega, la despensa, la yunta, la novia, las arras, el hogar. Materializa Mussolini, para hacerlo plástico y tangible, un sentimiento espiritual, y llega, por exclusiones sucesivas, a hacer de la patria patrimonio del que la posee y la goza. De socialista pasa a conservador. Y nacen los fascios.

Años de postguerra. La guerra ha sumido en la desesperación a Italia. La lira no tiene valor en el mercado. La mano de obra es cara y escasa. La huelga general es el pan nuestro de cada día. Los comunistas se apoderan de los concejos y de los organismos provinciales y enarbolan la bandera roja en lo alto de las fábricas. Se gobierna un poco a Italia desde Moscú. El grupo influido por el profesor de Módena conde de Graziadei se declara francamente bolchevique. El agro se contagia del veneno ruso. Los gobiernos burgueses extreman su tolerancia con el proletariado y han llegado al máximo de las concesiones con él.

Y Mussolini vuelve a rugir desde su diario de Milán. Representante, repito del espíritu campesino, el terrible polemista ruge. ¿Y los mutilados? ¿Y los soldados? ¿Y los labradores? La patria son ellos; ellos la han ganado, ellos deben disfrutar de la victoria. Su crítica es elemental y negativa, al alcance de todas las fortunas –y de todas las miserias– mentales. El político profesional: ¡"Ecco" el enemigo! Montecitorio y el Senado son cuevas de malandrines que hay que disolver en nombre de la higiene pública. El empleado es un vago que no rinde al estado los servicios que le cobra. Todo esto, tan sencillo y tan claro, prende en el espíritu popular. En poco tiempo, Mussolini es dueño materialmente de media Italia. Organiza los fascios, concluye con las huelgas, se apodera de los trenes, logra que vuelvan a funcionar las fábricas, acaba a puñetazos con las rotativas que estampan artículos adversos a su propaganda. Nace la camisa negra, que el pueblo está de luto. Se crean las milicias, con sus cabos, sus inspectores, sus caporales. Se pone música ñoña a un himno bravo y retozón. Y se camina sobre Roma para arrojar del templo de la política a los mercaderes.

Giolitti, tímidamente, ofrece una cartera al gran caporal. Mussolini rechaza el ofrecimiento porque el fascismo tiene capacidad y fuerza para gobernar solito, sin tutores. Víctor Manuel III le ofrece el Poder. Desde la Dirección del "Il Popolo", en Milán, Benito Mussolini monta en un tren especial, llega a Palacio, y en camisa negra jura fidelidad al monarca.

Las hordas fascistas. Los ministros, los subsecretarios, sus mozuelos de veinticinco, de treinta, de treinta y cinco años a lo sumo. Se suprimen los automóviles ministeriales y los gastos de representación. Se sanea la moneda nacional. Las Cámaras, dóciles al látigo de su excelencia, consienten decretar al duce sin pedirle cuentas. Los partidos históricos se deshacen por arte de magia y hechicería. Sobrevive el campesino con su ausencia de matices y con su concepto de sordidez y de falta de visión para lo mediato.

Transcurre un año. Hay que dar apariencias de legalidad a lo hecho, hay que dejar asentar los posos del vino nuevo y avinagrado. Las elecciones de abril… Un turbio asesinato de un diputado popular, ejecutado por personas queridas en los fascios. Conmociones, tiros en la calle… Mussolini, el gran actor, el gran conocedor de su pueblo, un "bel morir tutta la vita

onora"[404], trata de plegarse al momento y habla del retorno a lo viejo "torniam al'antico", y la normalidad constitucional. Sus legiones no entienden del todo este lenguaje. El fascio, agitado, comienza a revolverse como una gusanera.

¿Qué ocurrirá, qué pasará en Italia? Su excelencia Mussolini tendrá una vez más –no lo dudéis– recursos de "condottiero" para acariciar y mimar a esta moza ingenua y enamorada de su pueblo, que él solo ha gozado. Si la caricia no basta, acudirá a la injuria y al golpe. Lo que ignoramos es la capacidad de reacción de esta buena muchacha, cuando rompe su idilio y pone en tela de juicio el cariño de su galán.

Heraldo de Madrid (12-07-1924)

Dumini, el honorable asesino

Dumini, el jefe de la banda que ha secuestrado y asesinado a Santiago Matteotti, es un tipo cuya silueta no es posible trazar. Le conocemos mucho. En los pasillos de los Parlamentos europeos pulula con frecuencia, saludando al presidente, dando palmaditas en el hombro a los ministros, enviando caramelos a las tribunas para las damas y disertando ante los papanatas de su conocimiento de los negocios públicos. Encuadrándole en un ambiente italiano y en un ambiente fascista, la figura del asesino zascandil surgirá, limpia y precisa, ante los ojos del lector. Dumini es, pues, un muchacho alto, guapo, bien vestido, bien relacionado, audaz decidero y donairoso. Puede ser hijo de un herrero calabrés, puede ser fruto de los amores de una «prima donna» con un príncipe, puede haber pasado su infancia en las galerías soleadas de un hospicio de Módena o de Rovigo. Tampoco su dinero, del que hace alarde, tiene una procedencia conocida. Se lo puede dar una vieja caprichosa –que las hay, así en Roma como en los Madriles–; puede derivarse de una racha de negros o de una racha de encarnados que ha venido derecha; puede haber nacido de las entrañas de una cartera que un honesto senador dejó en la sala de visitas, al hacer un modesto obsequio de 500 liras a su «ragazza», a su pequeña... Nadie sabe de dónde proceden la estampa ni los billetes de Dumini.

Pero aquí está en los pasillos, o como dicen los italianos, en los «corredores» de Montecitorio, de la Cámara, esta mezcla de croupier, señorito, conde arruinado y licenciado de galera que se llama Dumini. A Mussolini, a quien tutea, llama simplemente Benito en la intimidad y presidente ante los ujieres. Dumini es ministerial, fascista y amante del orden, como las tanguistas, como los usureros y como los «preti». Con la canalla socialista y comunista, no se trata Dumini, que aún hay clases. Estos muchachos melenudos, ruidosos, elocuentes, que viven con una compañera –modelo de un escultor o mecanógrafa de un despacho–, que son libres como los pájaros y ligeros e imprevisores como las cigarras, no serán nunca –vil escoria– ni «cavallieri» ni «commendattori», ni visten bien, ni hacen grandes diferencias en el bacarrat, ni poseen un «Fiat», ni frecuentan el trato de las lindas vienesas que han caído sobre Roma. Mateotti, sobre todo, saca de quicio a Dumini. Rico, prefiere la pobretería: enamorado, el agua clara al «rimmel», a las ojeras pintadas y al colorete en los labios; elegante, vestido por Fanti, el gesto estridente, el apóstrofe recio, la situación clara y decisiva.

Dumini no puede soportar a Santiago Matteotti, al que acaso ha pedido, más de una vez, un puñado de liras; no hay que decir, en cambio, que los Matteotti desdeñen a los Duminis. Y esta tarde, Matteotti, encarándose con el banco del Gobierno, ha dicho algo que ha sacado de quicio a Dumini, que ya se prepara para diputado tomando notas en la tribuna de la Prensa, al lado de los directores de periódicos fascistas, que son, a la vez, empleados del Fisco, y dueños de un bonito negocio de mancebía. Matteotti apunta, dispara, y sus flechas llegan al corazón de la pillería. El tumulto de la Cámara, impide oír al orador. Los ministeriales rodean los bancos de las oposiciones, y se oyen esas frases, tan agudas y tan callejeras, que son el decoro del Montecitorio:

– ¡Bellaco!
– ¡Ladrón!
– ¡Tú, cuando eras ministro, robabas las plumas y el papel secante con Nassi!

[404] "Una bella muerte, honra toda la vida" de Francesco Petrarca. Frase muy acertada para definir el fascismo que defendía la necesidad de la violencia para cambiar las cosas y la honorabilidad de la muerte por la patria y las ideas.

– ¿Sigues desplumando a María, «onorevole»? ¡Te comunico, ante, la representación del país, que no haces más que el número siete; que hay sorpresas!
– ¡Deslenguado!
– ¡Calla, cortesana!
– ¡Ministerial!
– ¡Incendiario!

Los honorables de Montecitorio se expresan así, pero Matteotti sale limpio del lodazal, como los cisnes blancos cuando pasan gallardamente sobre el légamo de los charcos. Hombre comparable en honestidad, en pureza a nuestro querido Fernando de los Ríos, el diputado socialista que Madrid llevó al disuelto Parlamento español, Matteotti sigue diciendo su requisitoria formidable. Y es todavía más terrible lo que sugiere, lo que calla, que lo que grita. Los Duminis han sido los representantes del fascismo en las circunscripciones: Un candidato socialista fue asesinado villanamente por los sicarios del fascismo. «Nosotros –concluye Matteotti– no aceptamos un Parlamento impuesto por la majeza y por la cobardía. Hablaremos claro y lo diremos *todo*»... Mussolini, que es un dialéctico formidable, tiembla visiblemente a la cabecera del banco ministerial; tiembla como las hojas de los árboles cuando las mueve el viento de otoño, en colaboración con la Providencia.

Y Dumini, amigo, como las tanguistas, de todo el mundo, de Bosco, de Filipelli, de Rossi, medita en el gran crimen. Un secuestro, una cartera perdida quizá... Pero Matteotti es hombre, fuerte, robusto; hay que rodearse de matones profesionales. Cuenta el asesino con toda la canalla del cabaret, de la prostitución, del tapete verde. Y un buen día se le secuestra en un automóvil y sobre un haz de leña se hacen desaparecer las cenizas.

Dumini, al parecer convicto y confeso de su crimen, dicen que ha exclamado cínicamente en la celda:

– Digan a... que yo no soporto las detenciones largas y molestas. Como me tiren de la lengua hablaré, y todo el tinglado se vendrá abajo.

Pero el tinglado se ha deshecho ya. Las cenizas de Matteotti, lanzadas por el viento a los parajes más lejanos, fecundan ya en los corazones y en los cerebros que aún quedan en Europa. Son el precio –juntamente con el dolor de su señora, enloquecida de espanto– de la liberación espiritual de Italia, sumida en la modorra y en el infierno de la desesperanza.

¡Tornate alla speranza voi chi entrate![405]

La Noche (14-04-1924)
El Pueblo Gallego[406] (12-07-1924)

Otra carta del conde Vittorio

«Acabo de leer tus trabajos en LA LIBERTAD –me dice, en carta del 23 de Julio, fechada en Ozzano (Emilie), mi amigo el conde fascista–. Están bien los artículos dialécticamente y desde tu punto de vista; pero olvidas que el fascismo, más que un partido político es una nueva religión que tiene sus fanáticos, entre los cuales me cuento.» Y como a un fanático no debe replicársele nunca, sino escucharle siempre, armándonos con las armas de la cortesía y de la tolerancia, sigo leyendo: «De todos modos, la situación, más que grave de toda gravedad es, ciertamente, crítica. Los fascios están contra Federzoni, y Federzoni contra Mussolini, y Mussolini contra sí mismo («contro se stesso»). Y asoma ahora Farinacci[407] con sus parrafadas líricas y patrióticas, poniéndonos a todos en un verdadero aprieto.»

¿Farinacci? ¿No hemos hablado de Farinacci al lector en nuestros trabajos e impresiones sobre la situación política de la Italia actual? Farinacci –diputado por Cremona, miembro del Directorio fascista, caporal honorario de las milicias nacionales, extrema derecha, derecha intransigente y servil, del fascismo al uso– es, salvando los respetos debidos a las personas, una especie de Senantes español. También se parece un poquitín a Víctor Pradera. Tiene de Pra-

[405] Parece remedar los versos de Dante a la entrada del infierno: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate...* (Abandonad toda esperanza, vosotros que entráis...) convirtiéndola en "Recuperad la esperanza vosotros que entráis..."
[406] En *El Pueblo Gallego* su título fue «El asesino Dumini».
[407] Roberto Farinacci (1892 – 1945). Político fascista italiano, destacado antisemita, asesor y consejero de Mussolini.

dera la oquedad y la incultura, y de Senantes el vozarrón y los tópicos manidos. Maneja los del patriotismo, propiedad, familia y orden con una verdadera maestría. Sus palabras no caben en un volumen, con letra chica, de 500 páginas; pero sus ideas, todas sus ideas, se meten holgadamente en una hojita de papel de fumar. Farinacci tiene el monopolio estancado de la patria, que confunde con sus fascios y, en último término, con su oronda personalidad de caballero y comendador; de la familia, que concreta colocando parientes y deudos, bien de la rama legal, bien de la morganática, pasajera y alquilada por temporadas como los hotelitos de verano; del orden, que es la marcha próspera de lo que él llama patria y de lo que él denomina familia... «E cosa via!...» Y cuando ha visto que Mussolini vacilaba, él se ofrece de caudillo, y con su cabeza hueca, y con su corazón frío y viscoso, y con su vozarrón, nuncio de tempestades, habla a los fascios de la necesidad de una segunda marcha sobre Roma para aniquilar a las oposiciones, «que están intolerablemente insolentes». Y el amo de Cremona, el pequeño «Ducce» de su pueblo natal, donde no hay más personalidad enfrente de la suya que la del obispo, monseñor Bonomelli, uno de los católicos más abiertos de mente y de corazón con que cuenta Italia, saca la caja de los truenos, y los camisas negras le oyen como a un oráculo, y el buen campesino, en estas horas de recolección se siente más amigo del orden, de la patria y de la cosecha que nunca, y comienza a dudar de Benito,

Per Benito! Eja! Eja! Eja! Eja!

y está a punto de variar el saludo y el verbo por otro más rotundo y decisivo:

Per Farinacci! Ecco! Ecco! Ecco!

Farinacci, que es mucho menos inteligente que Mussolini, ha elegido muy mal el momento psicológico de la disidencia. El labrador, –es natural– se siente muy poco fogoso en la estación que padecemos. Ha de segar, ha de amontonar sus gavillas en las parvas, ha de cantar alboradas en la trilla, ha de jugar con Cachina y María al descargar los carros, ha de madrugar con el alba, ha de combatir el sudor de la frente con el agua fresca del botijo, ha de llevar el dorado grano a la panera, ha de vender y de guardar. No esta el labrador para aventuras en estos meses, que son para él más que «giovinezza», fruto y del colmado. Mussolini, que lo sabe, no ha excomulgado aún a Farinacci. Sabe que tiene dos meses por delante. Dos meses por delante para un «condottiero» dan mucho de sí. De todos modos, la divergencia ahí está y los fascios es posible –todo es posible– que gobiernen sus últimos minutos en Italia, antes de desaparecer como almas que lleva el diablo, con la más feroz intransigencia y con la más estúpida incomprensión, obedeciendo las órdenes de Farinacci.

La Libertad (17-07-1924)

El momento político en Italia

El ostracismo de Mussolini va a ser más rápido de lo que él se imagina y de lo que nosotros esperábamos hasta hoy. Federzoni quiere acabar con los Giolittis y Nittis[408].

Firmado por Italo Balbo, comandante general interino de las milicias fascistas, ha recibido el Duce un telegrama de adhesión, en nombre de noventa mil camisas negras, asegurándole que se constituyen en guardia voluntaria de honor «de su jefe y del fascismo». En este telegrama del general boloñés, que tengo a la vista, se enumeran las organizaciones regionales del fascio que han contraído el compromiso solemne, y se dicen los nombres de los jefes respectivos. Cumplimentando una orden del día de las asambleas de Bari y de Palermo, los facios italianos, en su inmensa totalidad, reiteran a Mussolini su adhesión inquebrantable, juran mantenerle a ultranza en el Poder, pase lo que pase y cueste lo que cueste, y lanzan un reto al bloque de las oposiciones parlamentarias y a su programa de coincidencia, lo que se ha dado en llamar en Roma «el cartel de las izquierdas», amenazando contener con las armas, los chambergos, los torniquetes, los hincas y las camisas negras, la avalancha de los viejos partidos históricos y nacionales, que otra vez vuelven a desperezarse de su modorra de dos años.

[408] Francesco Saverio Vincenzo de Paolo Nitti (1868 – 1953). Político y parlamentario italiano quien, al igual que Giovanni Giolitti, llegó a ostentar el puesto de Primer Ministro y se caracterizó por una moderada resistencia a las ideas fascistas de Benito Mussolini.

Es claro que ha habido sus disidencias estos días: pero han sido pocas y han sido insignificantes. No pasan de ocho los diputados fascistas independientes que tienen su asiento en los escaños de Montecitorio; no pasan de mil quinientos los «milites» que han abandonado las escuadras. Todos ellos, personalmente o en efigie, han sido exonerados por los respectivos fascios como un pobre labrador de San Giovanni, aldea napolitana, que, por haber protestado del crimen de Santiago Matteotti, tuvo que soportar la tragicómica ceremonia, entre la execración de sus ingenuos amigos y convecinos. Síntomas todos que han fortalecido, de momento, la autoridad suprema de Mussolini, hasta el punto de que éste ha pensado en ordenar y hasta ordenó ya real y efectivamente que los fascios juren fidelidad inquebrantable a la persona de Víctor Manuel III de Saboya. De este modo quiere demostrar al monarca que la realeza no tiene más apoyo en su país que las camisas negras. Juego peligroso, porque, aunque de este modo separa a los republicanos, leales o inconfesados, del fascio, quitándole el carácter de frialdad realista que había tenido hasta la fecha, puede provocar, por reacción naturalísima en la mecánica biológica de los partidos, un apartamiento total de la monarquía en los demás partidos, para quienes el rey es consustancial con la patria, y la Casa de Saboya premisa obligada de la realeza.

Pero en el campo antifascista las posiciones se mantienen también con la mayor firmeza. A excepción de los liberales acusados de coqueteos fascistas, hasta el punto de prestar a Mussolini un ministro de la insignificancia mental y política del príncipe de la Scalla, y del grupo católico personalmente afecto al Santo Padre y camarilla de la secretaría de Estado del Vaticano, al cual pertenece, como es sabido, el actual ministro de Economía Nacional César Nava, los populistas, los constitucionales, los demócratas, los radicales, los socialistas unificados y los independientes y el grupo comunista de Montecitorio, forman un frente compacto y armónico. Los esfuerzos del «Osservattore Romano» para romper la solidaridad del grupo populista –católico– con las demás» oposiciones han sido ineficaces y han sido bufos. Don Sturzo[409] ha demostrado que la autoridad del Papa es puramente dogmática; pero que, en su nombre, no pueden definirse posiciones estratégicas en los partidos. Y el bloque ha conseguido hasta hoy, con la dimisión de vicepresidente de la Cámara, que no acudió al Quirinal a la ceremonia del discurso de la Corona, que el ministro del Interior, Sr. Federzoni, miembro del partido nacional, contenga un poco los ímpetus y fogosidades de los fascios, los meta en cintura, acelere la instrucción del sumario por la muerte de Santiago Matteotti y disuelva violentamente algunas organizaciones, más que fascistas, mussolinistas, como aquella que se llamaba «I Doriti dell'nomo»[410] y que dirigía personalmente en Milán Américo Dumini, asesino material, convicto y confeso, del secuestro y asesinato del secretario del partido socialista.

Y así, con las espadas en alto, los denuestos silbando como trallas de diligencia en las columnas de los diarios, y las pasiones conturbadas y exacerbadas hasta el paroxismo, Mussolini acaba de cerrar el Parlamento a menos de que ocurran incidentes de tal naturaleza que requieran la inmediata apertura del mismo. El juego, que en el fondo es de armonía y de concordia, ha salido fallido, porque las oposiciones se han negado de antemano a asistir a él, para que las mayorías hagan y deshagan a su antojo, y porque el señor De Rodino, vicepresidente, declaró antes del cerrojazo que renunciaba a su investidura, ya que el Parlamento, sin el concurso de las oposiciones, acababa de convertirse «ipso facto» en una partida fascista más... Y los reyes han salido el sábado o domingo para Pisa antes de inaugurar su temporada veraniega en el campo. Y el príncipe del Piamonte, Humberto, embarcó ya en Nápoles con rumbo a la América española. Y el calor aprieta. Mussolini; que busca colaboradores debajo de las piedras en el momento actual, cuenta con el concurso piadoso del termómetro, con las fiebres rumanas y con la dispersión de los grupos políticos a las playas mediterráneas, a los lagos y a los castillos del Norte.

Es muy posible que durante dos meses no se adviertan variaciones sensibles en la política italiana; es casi seguro. Si acaso se acentuará una reacción favorable al presidente del Consejo. Hasta otoño lo más pronto no podrá liquidarse la dictadura, más que por forcejeo del adversario, por el desgaste natural de los ministros, que tiene que satisfacer ciertas ansias populares, enemistándose con los fascios o vivir bajo la tutela vergonzante de estos atrayéndose las iras de la opinión liberal del país, que comienza a enojarse seriamente. De todos modos, estos dos meses de tregua van a decidir, acaso por muchos años, de los destinos futuros de Italia.

[409] Luigi Sturzo (1871 – 1959) Sacerdote y político italiano, fundador, en 1919, del Partido Popular Italiano, antecedente directo de la democracia cristiana.

[410] Creemos que se refiere a La Lega Italiana dei Diritti dell'Uomo (LIDU): Liga Italiana de los derechos del hombre.

La presión extranjera comienza a hacerse notar. En las cancillerías dicen ya en voz alta que no han tratado de confundir nunca el fascismo con la nación italiana. Los laboristas han significado públicamente en las calles de Londres su disgusto hacia la persona del Duce. «Le Temps», sesudamente, se duele del cerrilismo nacionalista de las asambleas de los fascios y manifiesta seriamente su propósito de no tolerar nuevas agresiones verbales. La Cámara argentina acaba de votar su protesta unánime contra los crímenes políticos. A propuesta de Jouhaux, finalmente, en la Conferencia de Trabajo de Ginebra, acaban de condenarse las organizaciones obreras fascistas. Mussolini que dijo en el Senado que era torpeza insigne en un gobernante vivir de espaldas al mundo, comienza a advertir señales evidentes de que el mundo no lo toma en serio. Y acaso prepara la maleta para aprovechar un momento elegante y oportuno y volver a Milán a seguir redactando con su hermano Arnaldo esos artículos suyos que son, a ratos arengas; a ratos, soflamas; ediciones baratas de un Savoranola sin fuego interior; pero con más amplitud de gesto que el cálido fraile florentino, que tuvo más fe en su propio espíritu que en las turbas que le aclamaban en la plaza pública antes de llevarle a la hoguera.

Llegábamos aquí con nuestro trabajo y asoma y apunta una disidencia fascista muy importante, que acaso favorece detrás de las cortinas Italo Balbo; pero que acaudilla fervorosa y públicamente el diputado fascista por Cremona, Sr. Farinacci. Este no tolera, en nombre de los fascios más leales, es decir, de los más violentos, la tutela del Sr. Federzoni. También tolera este buen Senantes de Italia el lenguaje de las oposiciones, amenazando con nuevas movilizaciones y con una segunda marcha sobre Roma para acabar con todos los Giolittis, Nittis, Murris, Turatis, Sforzas y Treves que en el mundo han sido.

Se revuelve más y más la gusanera. No va a acertar Pedro Gasconin cuando afirme que durante los meses de calor no ocurre nunca nada en Italia. El ostracismo de Mussolini va a ser más rápido de lo que él se imagina y de lo que nosotros mismos sospechábamos hasta hoy.

El Liberal (18-07-1924)

La inteligencia contra el fascio

Benedetto Croce.- Es el filósofo de Italia, como D'Annunzio es el poeta y Papini el escritor. No es viejo Croce; no cuenta aún sesenta años. Sus libros «Lógica», «Filosofía della prattica», «Breviario di Estética», «Estética» –que yo traduje al castellano y que hoy está de texto en varias Universidades españolas–, «Ció che è vivo e ció che è morto nelle Filosofía di Hegel», «Materialismo storico ed económico», le han puesto a la cabeza del pensamiento italiano. Ama mucho Benedetto Croce a España y ha escrito monografías muy interesantes sobre nuestro país. Recuerdo el magnífico volumen «Spagna nelle vita italiano delle Rinascenza»[411], las «Ilustraciones del viaje al Parnaso», de Cervantes y un estudio publicado en la revista que dirige, «Crítica», «Los tratadistas italianos del conceptismo y Baltasar Gracián», escrito cuando Croce apenas contaba veintitrés años, en 1889. Croce nació en un pueblecito de los Abruzzos, el año 1866.

Croce ha vivido casi siempre alejado de la política. Director de la Biblioteca Filosófica, que dirigen los editores de Bari, señores Leteza e hijo, al frente de una revista, compilador y editor de los «Classici Italiani», que ya cuenta con cerca de 500 volúmenes, el gran filósofo fue, sin embargo, ministro de Instrucción pública en el último Ministerio Giolitti. Y acabó su gloriosa vida ministerial con la marcha sobre Roma de los fascios.

Senador vitalicio, Croce votó en el Senado contra Mussolini. Y estos días nos habla el telégrafo de sus querellas contra la situación.

Giovanni Papini.– Es el escritor más popular de Italia. Tiene hoy cuarenta y tres años y está en el apogeo de su madurez y de su inteligencia. Ayer radical, hoy ha abrazado el catolicismo. Su maravillosa «Historia de Cristo», traducida a todos los idiomas del Mundo, le reconcilió con la Iglesia a la cual había combatido antes despiadadamente.

Hoy, rico y lleno de gloria; ayer, pobre, bohemio y poeta errabundo, ha sido siempre, y es hoy mismo, violento, crudo, independiente, sincero. Y su musa cálida y elegantísima tiene mi-

[411] El libro se titula realmente *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Laterza, 1922

mos insospechados y ternuras inefables cuando acaricia, y restalla como el látigo de un cochero cuando cruza el rostro al plebeyo y al mal nacido.

En España es conocidísimo Papini. Yo he traducido libros suyos: «El piloto ciego», «Lo trágico cotidiano» y «El crepúsculo de los filósofos», de los que se han agotado ya varias ediciones. Rivas Cherif tradujo, y elegantemente por cierto, «Hombre acabado». Yo creo que se prepara también la traducción española de la bellísima «Historia de Cristo», libro de arrepentimiento y de dulzura en quien ha pecado por amor y supo de vilezas ante los esquinazos de la vida dura.

Ayer, en Florencia, con «Leonardo»; hoy en Roma, al frente de las grandes publicaciones católicas, Giovanni Papini, con el que compartí mis años mozos, es, a la vez, el escritor permanente y el escritor de moda. Le admiran los inteligentes, y las mujeres no olvidan que es el autor de la bellísima página de «¿Por qué quieres amarme tú?» «Si no me tuerzo –me decía Papini en 1912, en pleno ardor de triunfo–, se me ocurre pensar que seré el mejor escritor de Italia. Dígaselo a Unamuno, al gran Unamuno, al mejor español de los españoles». No se ha torcido Papini. No se ha torcido ni aun por diez mil duros, bien corridos, de colaboración mensual para un periódico dirigido por malhechores.

La Filosofía y el Arte se revuelven; aquella con serenidad, este con odio y con violencia, que es, después de todo, amor a Italia y amor al ideal, contra el fascismo, moribundo y en la alcantarilla.

La Libertad (20-07-1924)

El subsecretario Finzi

¿No os he hablado aún de este diputado Finzi, que tuvo que dejar la subsecretaría de la presidencia del Consejo de ministros por las salpicaduras procedentes del asesinato y secuestro de Santiago Matteotti? Aldo Finzi es un «ragazzo», un muchachuelo; apenas si cuenta treinta años de edad. Guapetón, rubiote, mujeriego, lleva la camisa negra llena de cintajos y de condecoraciones... Israelita, de una familia de judíos lombardos, Aldo Finzi, antes de la guerra, no tuvo más profesión definida que la de acompañar «cocottes» espléndidas y banqueros equívocos. «Se ocupaba» entonces de automóviles. Y hasta sirvió de «chauffeur» en la «Targa Florio», donde ganó una prueba, muy lucida, de velocidad.

Después de «chauffeur», este distinguido «sportman» fue nada menos que aviador. Acompañó a Gabriel d'Annunzio en su famoso y sensacional «raid» sobre Viena. Este vuelo sirvió a Finzi de pedestal. Se le llamó «as» de la aviación; fue mimado, festejado, requerido por las peripatéticas; fue el «pollo bien» del fascismo. De cruda seda negra eran sus camisas, y flotaban al viento sus cabellos rubios de artista incomprendido. Y hasta se casó con una sobrina-nieta del cardenal Vannutelli, una de las mujeres más hermosas y conocidas en los centros y círculos mundanos de Roma.

Cuando Mussolini cayó con sus fascios sobre la Ciudad Eterna, indicó a Finzi nada menos que para ministro del Interior y de Negocios Extranjeros; esto es: para ministro de Gobernación y de Estado, todo en una pieza. ¡Dios, era demasiado! La señora Finzi, sobrina del seráfico cardenal, iba a lucir las «toilettes» más vaporosas y ligeras, las esmeraldas más ricas, los más bellos brillantes de la Tierra. Hubo una terrible campaña mujeril, de abanicazos, de sonrisas, de burlas, de desdenes, contra la futura ministra. Hasta cuentan que la adorable reina «Santa» Elena de Montenegro hizo un mohín de espanto ante la posible coyuntura de tener que codearse con la intrusa en los banquetes y recepciones del Quirinal. «¡Ma é troppo. Dio mio –cuentan que exclamó la dulce Señora–; ma é troppo!» «¡Pero es demasiado. Señor; pero es demasiado!» Y Aldo Finzi quedó en mero, en simple subsecretario del señor presidente del Consejo de ministros.

Pero Finzi era algo más que subsecretario. Era, dentro del alma de Mussolini, lo que es Brocas en la de Romanones: uña y carne. En nuestro caso concreto, más uña que carne. Estábamos por decir que simplemente uña. Y Finzi, el «chauffeur», el «as», el marido de la bella Vannutelli, actuaba de ministro del interior, cuya cartera ocupaba nominalmente Mussolini. En el palacio Viminale, el hombre de los «autos» y de los velívolos, era rey absoluto. Disponía de los fondos secretos. Filippelli, Marinelli, Dumini eran sus acólitos y edecanes. Hasta se cuenta que

el «pollo» rubio de las camisas negras de seda cruda era el jefe de la Tcheka, del Katipunan, de la masonería esta del fascismo que estamos enterrando.

Finzi siente ahora herida su dignidad ante los artículos de unos periodistas obscuros y modestos. Hay, en efecto, temperamentos muy sensibles, exquisitos. Pero, ¡bah!, cuando una mujer os hable demasiado de su honor, concertad con cautela el precio de sus favores Y cuando un hombre os hable demasiado de su honor, abrochaos el chaleco –os lo aconsejo lealmente– por lo que pueda suceder.

La Libertad (24-07-1924)

El sindicalismo fascista

Mi entrañable amigo y compañero Manolo Fontdevila, empleado «temporaire» en la Oficina Internacional del Trabajo, de Ginebra, ha tenido la bondad de prestarme, con toda clase de precauciones y cautelas, un maravilloso opúsculo, titulado «Statuto della Federazione Generale delle Assocciazioni Sindicali Fascista d'Italia», impreso en Roma –«Stabilimento dello Stato»– en este año de desgracia de 1924.

Ante la actualidad del Congreso Sindical Fascista de Bolonia, que tan detalladamente recoge hoy el corresponsal en Roma de La Libertad, paréceme, más que oportuno, necesario, explicar al lector en qué consiste el sindicalismo fascista, con las facetas que, teórica y prácticamente, presenta en Italia este curioso fenómeno social.

El artículo 5º del «Statuto» se consagra enteramente a definir los principios generales del fascismo en este respecto. El fascio reconoce no solamente la existencia, sino que razona la necesidad del Sindicato, única célula social viva de una sociedad viciada y artificiosa. Y pregona su eficacia y propugna la persistencia y la intensidad de la acción directa. En una palabra, el fascio, en su «Statuto» oficial, redactado por Mussolini y por los técnicos –sociólogos y economistas–, proclama el fermento revolucionario como única aspiración sindical de los tiempos presentes en Italia. Además, la aspiración revolucionaria es lógicamente, para el fascismo, la justificación única espiritual de los tiempos que vivimos.

Para el fascismo –y nosotros creemos que el fascismo tiene razón– la revolución no se crea por la miseria, por el hambre y por el descontento de los grupos sociales. Se crea por la pugna de los elementos capaces con los incapaces que usufructúan transitoriamente el Poder público y la autoridad. En esta lucha continua y renovada, eterna, siempre vieja y siempre nueva, el capaz, y el apto va quebrantando por desgaste al inepto y al incapaz. Y cuando aquél se apodera del instrumento que persigue, la conservación de su medio de defensa le impide advertir la llegada de elementos recientes con ideas nuevas, que ya se rozan con las del flamante usufructuario del Poder. Y el derecho a la huelga es sagrado para el fascismo, y hasta el empleo de otros medios simultáneos de lucha también, siempre que se condicione tales derechos a la eliminación del incapaz y al afianzamiento de los resortes espirituales de la nación y de la raza.

He aquí lo que Mussolini, Grandi, Gentile, Federzoni, Farinacci y demás santones llaman sindicalismo fascista. He procurado expresar estos principios generales con toda concisión y con toda claridad. Teóricamente, tales principios pueden parecer irrefutables a más de un cándido lector. Nosotros mismos advertimos en estas fórmulas un gran vigor mental, una agudeza crítica nada frecuente y, sobre todo, una sagacidad política maravillosa. De hecho, el fascismo proclama, con la legalidad de sus huelgas, la ilegalidad de las huelgas del enemigo.

Ahora comprenderá mejor el lector la importancia que tiene para el fascismo el Congreso Nacional Sindical Fascista que acaba de celebrarse en Bolonia.

La Libertad (05-08-1924)
La Noche[412] (07-08-1924)

[412] En *La Noche* su título fue «El Congreso sindical fascista de Bolonia».

El parlamento italiano

De tales polvos, tales lodos –reza el castellano proverbio–. De las elecciones de abril vino en Italia la reglamentación del juego; del juego, la importación del petróleo por la Casa Sinclair; del petróleo, del juego, unos documentos comprometedores: de los documentos la muerte de Santiago Matteotti. ¿Y qué vendrá ahora, después? La actitud que han ratificado recientemente las oposiciones italianas de no volver a ocupar jamás sus escaños en este Parlamento fascista, no debe atraer, por un momento, nuestra curiosidad acerca de la composición de las fuerzas políticas que luchan en Montecitorio.

Mussolini ganó 374 de los 535 asientos de la Cámara de Diputados, aunque realmente la mayoría efectiva es de 400 votos, por la alianza de los fascistas con otros partidos políticos; las oposiciones cuentan, por ende, con 135 sufragios.

Las elecciones fueron harto fecundas, en sorpresas y en enseñanzas. Unidos todos los adversarios del "Duce" en un solo bloque electoral, las oposiciones hubieran conquistado la adhesión de los comicios en buena parte de Italia. El Sur de Italia ha sido siempre liberal y los meridionales regalaron una espléndida cosecha a las oposiciones, enviando las dos terceras partes de los diputados de ellas a Montecitorio. En el Norte –Emilia, Lombardía, Piamonte, Veneto, Liguria– los colegiales electorales ofrecieron una movilidad psicológica desconcertante para el curioso. Algunas de estas sorpresas están consignadas en el precioso libro del escritor fascista Domenico Russo, "Mussolini y el fascismo", que acaba de publicarse en castellano por la casa editora católica "Voluntad". Los lombardos dieron 145.000 votos al fascismo y 234.000 a las oposiciones combinadas. En Milán, ciudad donde tiene su domicilio y sus mejores organizaciones Mussolini, los fascistas lograron 58.000 adeptos y la oposición combinada 92.000 en números redondos. Y colegios boloneses hubo donde los populistas de Dom Sturzo consiguieron duplicar los votos que llevó el fascismo.

En una época normal que no conociese la censura previa, haría yo la historia, documentada y objetiva, de aquellas elecciones de abril. Diré, sin embargo, que armas de persuasión emplearon Aldo Finzi y Benito Mussolini para atraerse las simpatías del cuerpo electoral. El Gobierno temía, sobre todo, las fuerzas clericales. El Gobierno dobló el sueldo de los señores obispos elevando su estipendio de 6 a 12.000 liras anuales. El sueldo de los párrocos se elevó de 1.500 a 3.000 liras, con una gratificación extraordinaria de 1.000 liras para gastos de representación. Se dispuso que los seminaristas recibieran en los cuarteles el mismo trato de tolerancia y excepción que los estudiantes universitarios. Con los comunistas fue más blando aún Mussolini, porque este, como aquéllos, aborrecen en el fondo toda fiscalización parlamentaria: comunistas y fascistas preconizan la necesidad de una absoluta y radical dictadura contra la democracia. Y convenía al Gobierno una representación comunista en los escaños de Montecitorio para que aquél pudiese, en nombre del patriotismo al uso, lanzar profecías acerca del terrible poder soviético y de la proximidad de la catástrofe milenaria. Los comunistas ganaron así puestos en el Parlamento y, por arrastre natural, determinados sectores de la extrema izquierda.

El lector recordará la extraordinaria violencia que fue musa de aquellas elecciones. El corresponsal del "Daily Herald", órgano del laborismo inglés, fue expulsado de Italia, a pesar de ser italiano de nacimiento. Recordaré solamente que el profesor Guglielmo Salvadori publicó en el "New Stateman", de Londres, un artículo llamado "El fascismo ante las elecciones", y en el acto una banda de "camisas negras" cercó su casa de Florencia para pedirle explicaciones. El profesor Salvadori replicó que se metería en la boca del lobo; es decir, en un centro fascista cualquiera, para puntualizar el alcance de su artículo. Al presentarse en el centro fascista de Florencia, los fascistas, según contó la Prensa española del mes de abril, le tiraron por el balcón, le pasearon por las calles y le dieron una terrible paliza con sendos garrotes forrados de cuero. Corrió la misma suerte un hijo de Salvadori. Cuento tan solo los incidentes que llegaron a la Prensa española de aquellos días. Uno de los candidatos socialistas genoveses, que un mes antes había estado en Madrid, contemplando, por cierto, durante toda una mañana el bellísimo cuadro "El fusilamiento de Torrijos", que se admira en el Museo de Arte Moderno, fue condenado al bárbaro suplicio del ricino, y su esposa, una veneciana muy bonita y muy inteligente, infamada por una turba de "camisas negras". El resultado, tangible fue el triunfo, descontado, del fascismo. Se habló en España y no digamos que en toda Europa, de la subvención electoral, de diez millones de francos regalados por la Casa Sinclair, regalo que ha explicado Mussolini como una impureza de la realidad, a la que él se opuso personalmente con todas sus fuerzas. Se

dijo que la Casa Fiat, siguió el ejemplo de la Casa Sinclair, que logró el monopolio de la introducción del petróleo. Y nacieron así las Cortes que Benito Mussolini cerró hará cosa de un mes.

Hoy las oposiciones renuevan su juramento de no volver a ellas. El presidente ha ofrecido que las abrirá en octubre. Pero habrá que disolverlas, porque solamente tomarán parte en sus deliberaciones los amigos del fascismo. Tal es, lector, la fisonomía espiritual que ofrece en estos momentos el actual Parlamento de Italia, de cuyas vicisitudes está hoy pendiente la atención política del mundo entero.

La Voz de Guipúzcoa (16-08-1924)
El Luchador (16-08-1924)
El Pueblo (17-02-1924)

El caballero Filippelli

El «caballero» Filippelli es un hombre de cuarenta años, alto, moreno, expresivo, elocuente: uno de esos pillos líricos que da la raza. Ha vivido de mala manera; en Bolonia, en las afueras de la Puerta de Zaragoza; en Roma, en los suburbios; en Nápoles, en el barrio de los pescadores. Tuvo queridas de voz ronca que solicitaban a los transeúntes bajo los pórticos, y amigos turbios que nadie conocía y que, de pronto, se veían obligados a justificar sus andanzas ante el cuestor. Luego, Filippelli fue «croupier», o vigilante de mesa, o contable de cualquier honrado negocio de tapicería. A continuación, director de un periódico sicalíptico titulado «Los encantos del desnudo», de extraordinario consumo entre niños de veinte años, senadores, peripatéticas sentimentales y estudiantes de seminario. Después...

Después, Filippelli hizo una carrera loca. Mediante un concierto que supo firmar con los azucareros de Génova y con el jefe de publicidad de la casa «Fiat» fue nombrado administrador general del diario «Il Corriere Italiano», órgano fascista, portavoz del presidente, de los gestos y palabras del presidente.

Cuarenta mil ejemplares los días que hablaba Mussolini, que había un terremoto o que se escapaba una princesa linajuda con un violinista incomprendido o con un poeta decadente y futurista, amigo de Marinetti[413]. Quince mil, mal contados, los días grises y monótonos. Pero aquello, aquel papelito, para defender el precio alto del azúcar, se traducía en un «appartamento» de solterón en la Vía Nazionale, en un billete gratuito por todas las líneas férreas del Estado, en saludar al presidente y a los ministros en sus despachos, en recibir a las actrices y cocotas. Filippelli engordaba visiblemente de satisfacción. Y el pícaro que antaño viviera de la sicalipsis y de las rameras que acampan bajo las Dos Torres, en Bolonia, o en la barriada de Sant'Angelo, en Roma, o en la calle de Toledo, en Nápoles, se permitía hogaño líos formales con las viuditas desconsoladas de la gran guerra, al mismo tiempo que escribía artículos de gran empaque para el diario sobre el honor, sobre la patria, sobre la familia y sobre los comunistas, que todo lo revuelven y desconciertan.

Un hermoso «tipo» este «caballero» de industria convertido en uno de los grandes soportes de la prensa fascista. Llega la casa Sinclair con sus petróleos a repartir zalemas y billetes de mil liras a la prensa de orden; Filippelli vive desde entonces en un tren suntuoso. Se le exacerba el amor al sistema. Se le riza y adoba la prosa enfática y tribunicia. Se le marchitan las mejillas. Se compra un «Fiat» –con su rebaja de amigo– y se abre una cuentecita corriente. Aspira a diputado para las próximas, como cualquier Delgado Barreto de por acá. Hace y deshace semanarios que se llaman «El Duce», «Benito», «Alalá», «La vera Italia» y «L'onore». Funda una timba al amparo de la reglamentación del juego, y no sabemos si una mancebía de tono, frente a Montecristo, para usufructo exclusivo de los correligionarios.

En la casa, en «Il Corriere Italiano», tiene, además, el honorable puesto de matón de oficio. Es el encargado de llamar, en los fondos, bestia negra a Nitti, ladrón a Turati, pedante a Trevez y embustero y tenebroso a Matteotti. Maneja los dicterios del arroyo con la maestría de un rufián. Por su despacho pasan muchos secretos que él convierte inmediatamente en liras. Hay tarifa para todo. El silencio sobre el tropiezo de una chiquilla que ha tenido un desliz con su amigo, mil liras; la campaña tendenciosa, cinco mil... Cuando se trata de negocios gordos, Filip-

[413] Filippo Tommaso Marinetti (1876 – 1944). Escritor y poeta italiano ideólogo del fascismo.

pelli consulta con Rossi, el Gran Maestro, con Natos y con Gelassi, los acólitos, y las quince mil hojitas volanderas del periodiquito, que van, íntegramente a las aldeas napolitanas y calabresas, a servir de pasto espiritual al «garete» a los propietarios de más fanegas y a los especieros de mayor fascismo, se truecan para ellos en un maná redentor.

Filippelli hace a pelo y a pluma, como los buenos. Ante la codicia, es capaz de todo, pero de todo... Este «caballero» correctísimo lleva dentro un galopín, o, como dicen en Italia, un «mascarzone» de tomo y lomo. No tiene el menor reparo en aliarse con Dumini, del que se sabe que es un incendiario de profesión, y con Volpi, que se jacta a todas horas de comerse crudos todos los socialistas y comunistas que le pongan por delante. Filippelli llena los fascios, además, de gente tenebrosa que le sirve a tanto servicio, con perfecta lealtad.

En el horrendo asesinato que hoy llora Italia, y con Italia, el mundo, Filippelli ha sido procesado desde el primer momento a guisa de inductor y cómplice. Se fugó en un automóvil. Hizo la comedia de la huelga del hambre los primeros días de prisión. Lloró, juró, mintió, inculpó a todos. Chulo de profesión, imaginaba que los jueces tienen la misma contextura moral que las rameras y que todo en la vida es un «chantage» sórdido... lo mismo que en la caja de «Il Corriere Italiano», el órgano del azúcar, del petróleo y del bacarrat.

El Noroeste (11-09-1924)
La Noche (13-09-1924)

La apertura del Parlamento italiano

El próximo miércoles, 12 de noviembre, se reanudarán las sesiones parlamentarias en Montecitorio. Italia reclama la atención política de Europa al mismo tiempo que Inglaterra y los Estados Unidos. La última experiencia del fascismo gubernamental –o antigubernamental– va a realizarse dentro de unas horas, y no es ocioso que consagremos en el HERALDO DE MADRID, donde ya hemos escrito otros trabajos sobre el mismo tema, algún espacio a informar al lector qué variaciones sensibles ha sufrido el termómetro público italiano durante el interregno estival de las vacaciones parlamentarias.

Desde luego, el bloque oposicionista ha aumentado en volumen, en calidad y en número desde el asesinato de Matteotti, ocurrido, como recordará el lector, en los primeros días de junio. Los Congresos de los ex combatientes en Perusa y de los grupos liberales en Livorno han votado solemnes órdenes del día, rompiendo todo lazo de unión con el fascismo. Por este lado, y con la crisis parcial probable del ministro liberal príncipe de la Scala y del independiente católico César Nava, que no puede romper abiertamente con las huestes de Dom Sturzo, dejarán de sumar sus votos con la mayoría estos dos núcleos que se habían aliado con ella para ganar las elecciones.

Según la ley electoral del fascismo, las dos terceras partes de las actas del Parlamento pertenecen a la mayoría. De modo que Mussolini ha dispuesto hasta el momento actual de 356 actas de la coalición. Pero de estas 356 actas, unas 108 pertenecen a los coaligados, quedando 258 para el fascismo. Y como en el fascismo hay sus divergencias y los grupos de ex combatientes y de liberales han pasado de hecho al grupo de oposición, nos encontramos con que Mussolini puede ser derrotado, en una asamblea que cuenta con más de 500 diputados, por unos catorce o diez y seis sufragios que son los que le faltan después de las escisiones y desgarramientos de estos días, para imponer su voluntad a los grupos políticos que se sientan en los escaños de Montecitorio.

Con los populares, los demócratas sociales y los liberales de la derecha, el «frente único» cuenta hoy con las filas más apretadas, densas y disciplinadas que jamás tuviera desde el advenimiento de los fascistas al Poder. Mussolini, que lo sabe muy bien, ya ha dicho en Milán recientemente, curándose en salud, que no abandonará la presidencia del Gabinete aunque sufra una derrota en Montecitorio. Lo que no sabemos es si el rey correrá de nuevo, por salvar a un náufrago, al albur de refrendar un nuevo decreto de disolución de Cortes, y si el Ejército italiano, que no es fascista, sino «civil», se prestará una vez más a correr la aventura de una impopularidad innecesaria y los riesgos de una confusión peligrosa con las huestes, milicias, escuadras y legiones nacionales y fascistas.

La Prensa italiana –toda ella– procura dramatizar, con toda suerte de emociones y de vaticinios, el momento solemne de la reapertura de Montecitorio y del Senado. Farinacci, desde

su organillo de Cremona, fiero de su integralismo intransigente y temeroso de que otros, más avisados que él, le roben el monopolio, de las drogas patrioteras, está pidiendo a gritos el encarcelamiento de Albertini, senador y director de «Il Corriere della Sera»; de Améndola[414] y del conde Sforza[415]. Las elecciones inglesas, interpretadas por el furioso Farinacci, que nunca advierte el matiz de las cosas, aleja el peligro ruso sobre Inglaterra; pero lo desplaza sobre Italia. ¿Qué pasará en Italia? ¿Firmará un nuevo decreto de disolución Víctor Manuel? ¿Vencerán Melchione y Farinacci sobre Mussolini y Federzoni? ¿Caerá el Ejército del lado de los ex combatientes, o caerá del lado opuesto? ¿«Chi lo sa»?

Heraldo de Madrid (10-11-1924)

Parlamento sin parlamentarios

Como era de esperar, el proceso de la disolución del fascismo ha de ser mucho más lento de lo que creen los impacientes y los tocados de nerviosismo. Todos los días se agrava un poquitín el enfermo. Los desgarrones íntimos le hacen, tal vez, más daño que la oposición sistemática de los adversarios, y el desgarrón de Domenico Russo, el teórico y el panegirista del fascismo hasta ayer, ha debido llenar de duelo el corazón, bastante melancólico, de Mussolini. Russo, cuyo libro sobre el fascismo[416] ha dado la vuelta triunfal por toda Europa, siendo traducido también en nuestra lengua, prueba, con su disidencia, la solidez de su fórmula y de sus puntos de vista.

Para Russo, hombre bastante conocedor de los problemas políticos de Europa, espíritu sutil y un tanto lírico, como buen italiano, el fascismo ha nacido en Italia por la necesidad absoluta en que se veía este pueblo de combatir las huestes comunistas y bárbaras. Pero el día que tornasen, vencidos y derrotados, a sus tiendas los elementos rebeldes, el fascismo había, de desaparecer automáticamente del escenario político. Esta hora ha llegado para Domenico Russo, y la permanencia de Benito Mussolini al frente del Poder es sencillamente una detentación intolerable de la voluntad popular. Y así, Domenico Russo, con seis u ocho amigos, más, se desgarra del fascismo.

El discurso del presidente del Consejo ante las mayorías parlamentarias, es, en el fondo, un proyecto tímido de contestación a la actitud de Russo y de los «jóvenes intelectuales» del partido, formuladores del carácter transitorio y temporal del fenómeno fascista. A cachete limpio ha jugado con la dialéctica Mussolini para tratar de probar, más que a los amigos fáciles de convencer, a su propio espíritu, que su mandato moral no puede concluir de golpe y porrazo. Preconiza el retorno a los cauces constitucionales; pero no se aparta de las medidas de excepción que lo son tan dilectas. Promete castigar a los fascios que se le desmanden; pero no con leyes corrientes, públicamente aprobadas por las Cámaras y sancionadas por el rey, sino con los procedimientos velados y privadísimos que quiera imponer la feroz «tcheka» del Gran Consejo Fascista. Promete caricias al enemigo; pero no se desprende del látigo que tan maravillosamente maneja su mano de hierro. En una palabra, que no quiere irse, aunque luego le echen.

De esta guisa se ha abierto el Parlamento sin oposición. Los escaños destinados al bloque de las izquierdas, con los populistas, los ex combatientes y los liberales de la derecha permanecen desocupados y vacíos en la amplia, sala de Montecitorio. En las mismas huestes de la mayoría hay claros demasiado visibles. Los filofascistas, los simpatizantes, los aliados en los crudos y violentos días electorales prefieren la charla; libre y desenfadada, de los «corredoi», de los pasillos, a la prosa engolada y tiesa de los discursos parlamentarios. Por excepción, un solo diputado, el comunista Sr. Repossi, hace la merced a Mussolini de formarle la oposición; una oposición unipersonal, elegante, de buen tono, sin gritos y sin estridencias. La paradoja política aparece, en este caso, con toda su amarga ironía ante la persona del dictador. No le apoyan, no le hacen el juego más que los comunistas..., a los que había venido a disolver el fascismo.

Y las razones de Repossi son, de puro sutiles, inocentes y candorosas. Repossi permanece en Montecitorio, con la representación de su grupo, para no tolerar la exaltación del socia-

[414] Giovanni Amendola (1882 – 1926). Periodista y político italiano que se significó por su oposición al fascismo.
[415] Carlo Sforza (1872 – 1952) Diplomático y político antifascista italiano, embajador de Italia en Francia, puesto al que renunció con la llegada de Mussolini al poder.
[416] Russo, Domenico. Mussolini y el fascismo, Madrid. (1924)

lismo en la pobre figura simbólica de Santiago Matteotti. Y permanece además Repossi en el Parlamento de su país para liquidar una deuda de gratitud con el fascismo, ya que el fascismo reconoció la República de los Soviets. Y lo que Repossi se calla, se lo dicen estos días los diarios del bloque oposicionista. Porque Repossi se calla que él mismo es un comunista de real orden; esto es, que él mismo debe su acta al fascismo, que pactó más de la cuenta con los comunistas, haciendo que estos fueran a la Cámara en calidad de niños terribles y de peligros rojos que pudieran exhibirse ante la burguesía, miedosa y atolondrada. El fascismo, para ir tirando demasiado tiempo en el Poder, ha tenido que firmar pactos hasta con el mismo Lucifer y que acudir a las sutiles y complejas añagazas de los partidos viejos. Giolitti habrá sonreído más de una vez al ver cómo la historia parlamentaria repite indefectiblemente los gestos de siempre.

El Parlamento italiano ha celebrado su apertura completamente en familia, mientras las masas de populistas, de socialista y de ex combatientes celebraban manifestaciones públicas en los sitios más céntricos de Roma. Un discurso presidencial para cantar las excelencias y calidades de los diputados asesinados desde junio acá, Matteotti y Cassalini[417], y unas palabras sobrias de Mussolini para considerar como «verdadero atentado» a la Cámara el asesinato de los dos compañeros. Palmas discretas, suspensión de las deliberaciones de la asamblea durante una hora, la consabida «reunión de secciones», la visita a la guardarropía, para apoderarse del sombrero, del bastón y del abrigo, y a casa. Cuando los diputados salían a la calle, los diarios de la noche publicaban el manifiesto de la oposición pidiendo la destitución del Gabinete y la convocatoria de unas nuevas Cortes, «porque las actuales no representan la voluntad popular, sino el capricho de la dictadura, que no puede mantener la polémica.»

El Heraldo de Madrid (14-11-1924)

En el Parlamento italiano

Giolitti, el eléctrico. Farinacci, el fiero

Cuentan que su eminencia Gasparri, el cardenal secretario de Estado de Su Santidad, dialogaba con un diplomático extranjero acerca de la actual situación política italiana.

– ¿Gobernará mucho tiempo Mussolini, eminencia? –le preguntó el extranjero.

– ¡Oh, tal vez, señor!

– ¿Y luego, y luego?

– ¡Oh, luego!... repuso Gasparri.

– ¿Y luego, qué? –intervino impaciente el diplomático.

– Pues luego –afirmó Gasparri mientras se quitaba una motita de polvo de la sotana roja– vendrá, naturalmente, Giolitti.

Lugo volverá Giolitti –¡naturalmente!–, con su cabellera blanca, con su bigotito blanco, con su barbita puntiaguda y cuidada de viejecito pulcro. Y vendrá, naturalmente, sin esfuerzos, sin conmociones, después de la turbonada fascista. Tornará Giolitti con sus discursos largos, con su sonrisa de conejo, con sus transacciones eclécticas y sus grupos heterogéneos. Volverá con su sentido «civile», con la tradición liberal de los grupos parlamentarios, transigiendo por la mañana con Dom Sturzo, al mediodía con los mismos fascistas, por la tarde con los intelectuales –Croce, Nitti, Améndola– los que llamará, virtuoso, solícito, para ofrecerles las carteras más difíciles y brillantes.

Volverá Giolitti, como ha vaticinado su eminencia el cardenal Gasparri, y cuando en estas Cortes turbulentas y apasionadas algún orador patriotero arremeta contra el «vieux régime», Juan Giolitti sonreirá, pensando que aquel muchacho puede servirle mañana para una subsecretaría, para una dirección general o para un ministerio sin cartera.

Farinacci –¡ahí lo tenéis armado con todos los arreos de «caporale» de las legiones fascistas!– es lo que se llama un hombre guapo y fiero. Su retrato de gala, el que nosotros ofrecemos

[417] Armando Casalini (1883 - 1924). Político italiano, secretario del Partido Republicano y más tarde diputado fascista. Murió asesinado a tiros por un perturbado que lo ataco en un tranvía al grito de "¡Vendetta per Matteotti!".

al lector, circula por millares, por centenas de millares tal vez entre las bravas muchedumbres que componen las escuadras femeninas de los fascios. Es Farinacci el mejor partido de Cremona, algo así como si dijéramos el mejor partido de Teruel, y pase lo que pase, uno de los mejores partidos de Italia. Tiene una bonita voz atenorada, un bufete, cien camisas negras de seda y un periódico que tira 30.000 ejemplares. E integralista furibundo, hombre que está a la cabeza de la extrema derecha del fascismo, lo mismo puede caer en la soledad desdeñosa que heredar a Mussolini la pesada carga de la dictadura.

¡Todo pude ser!... En realidad, de sus discursos, de sus bravatas, de su disposición espiritual depende ahora literalmente la duración del momento parlamentario italiano. Si Farinacci se disciplina, Mussolini puede tirar; si se rebela, el dictador tiene que echar por la calle de en medio. Los campesinos vénetos, y los de la Emilie, y los lombardos, y los ligures, y los de Nápoles, y los sardos –y no hay que decir que los de Cremona– van creyendo mucho más en Farinacci que en Mussolini. Farinacci se traga crudos a los comunistas; Farinacci pide la prisión para los capitostes del bloque de las izquierdas; Farinacci no conoce los paños calientes.

Y arrogante, con su gorro, su levita, su camisa negra, su bastón y sus dilemas, camina de Roma a Cremona y de Cremona a la capital, levantando estelas de admiración y de odio a su paso.

Sforza, el malicioso. Mussolini, el decrépito.

Diplomático, ex embajador, conde, de la estirpe nobilísima de los Sforzas que dominaron el Milanesado antes que los españoles, este ilustre senador romano es un viejo ladino, correcto, inteligente, formidable «causeur», y bien relacionado con las cancillerías europeas. Habla con el donaire de su colega D. Juan Valera y escribe con la malicia zorra y con la sencilla y natural doblez de cualquier marqués de Villa–Urrutia. Dicen que a Mussolini le saca de quicio este conde liberal; cuentan que a Farinacci le pone furioso este nieto sexagenario de los viejos señores de Milán, señores de horca, de castillo y de almenas zibelinas [sic].

Sforza calla mucho más de lo que dice. Las cosas que dice, mejor las dice con el gesto, con la actitud, con la mirada, con las manos. Dos frases suyas, en el Senado, comentando la desaparición de Santiago Matteotti, hicieron más daño a Mussolini que los millares de artículos de fondo que se han desencadenado sobre él. «¡Pero qué amigos son de su excelencia todos los complicados en el «affaire»! ¡Eso no quiere decir nada contra su excelencia; ya lo sé!».

Y el viejo ladino sonreía, la Cámara temblaba de emoción, y Sforza, con la levita mejor cortada, con el borsalino más caro, con el Roll Royce a la puerta del palacio Madama[418], vaticinaba la ascensión de una nueva democracia al Poder para reanudar la tradición civil de Italia.

Estos días anda huido de Roma el conde Sforza. En París ha aparecido contando las desdichas de su país a los periodistas franceses. Los integralistas piden su cabeza. Sforza seguirá sonriendo y jugando con estos pobres plebeyos de la situación.

Aquí tenéis, lectores de El Liberal, su retrato, su último retrato. No tiene más que dos meses de antigüedad. Entró en la circulación fascista en los últimos días de agosto o en los primeros de septiembre... Pero los ojos, por lo común desorbitados, están más desorbitados que nunca, y los pómulos más hundidos, y la faz más desencajada, y la frente más rugosa. Esta expresiva efigie del dictador, verdaderamente «fa piete». ¿Es el momento de la expiación, o cuando menos el instante del crepúsculo, la hora lánguida del «tramonto»?

Mussolini, de junio a septiembre del año corriente y moliente que venimos soportando ha envejecido cuatro lustros por lo menos. Se nos antoja el gallo viejo que no tiene ganas de pelea, el gladiador cansado que no quiere lucir más sus músculos ante el «podium», el mísero juglar de barraca trashumante que ha perdido ya la voz y que sólo vive pendiente de los resfriados.

Pero, sin embargo, su perfil de emperador romano, su lejana sombra napoleónica, no se ha desdibujado completamente de su efigie. Ya nos ha dicho desde Milán que no se irá aunque le echen, presintiendo seguramente lo fatal e ineludible.

El desterrado y el miserable de ayer, el albañil de Lausana, el vago de Ginebra, el perseguido, que cantaba la Internacional en la frontera suiza y mendigaba los «fagliarini» [¿tagliarini?]

[418] Histórico palacio en Roma, sede del Senado italiano

fríos en las barriadas italianas de las ciudades extranjeras, el turbulento redactor del «Avanti», puede darnos grandes sorpresas todavía. Esperemos los acontecimientos.

El Liberal (15-11-1924)

Las oposiciones y Mussolini

Mientras la Agencia Stefani, que es por su contextura íntima una agencia oficiosa y gubernamental, ha lanzado a los cuatro vientos el discurso de Mussolini a las mayorías parlamentarias, el público europeo, tan preocupado hoy por los asuntos políticos de Italia, ignora la contrarréplica que le han dado las oposiciones por boca del honorable Rodinó, antiguo presidente de la Cámara. Hemos tenido que esperar a que llegase la Prensa italiana a Madrid para enterarnos. En una de las salas de Montecitorio, al mismo tiempo que se reunían las mayorías fascistas en el antiguo convento de Filippini en la plaza de Chiesa Nuova, que hoy se llama el oratorio de Bonomini, se congregaban las oposiciones, sin que faltara a la Asamblea uno solo de los adheridos al bloque. Ciento veinte diputados asistieron, y más de quince, enfermos o ausentes, enviaron su adhesión. Presidió la Asamblea Rodinó, y con él Améndola, Tupini, Fachinetti, Bocconi y Guarino Amella. Y el acto fue tan breve como sencillo.

Para Rodinó, Italia ha vivido desde la marcha sobre Roma de los fascistas, y en los días que corren principalmente, «en plena exaltación de continuas bestialidades, que quedan impunes con frecuencia». Bellacamente se les da impulso desde las alturas del Poder público, que es el que atiza tales fuegos. Las oposiciones han tenido que aliarse ante semejante acto de fuerza, y son inútiles las maniobras que hagan los enemigos para romper el pacto que entre ellas existe desde el asesinato de Matteotti.

En estas circunstancias, las oposiciones obedecen a un mandato imperativo de la conciencia popular. «No es un grito de batalla –añadió Rodinó– este gesto de las oposiciones. Es el grito que resuena en todas las tierras italianas, desde Turín, a Palermo y desde Asís a Fiume; es el grito de los vivos que conocieron la gloria y la tortura de la guerra, y el grito de los muertos que sacrificaron su vida generosamente, no ya por una Italia más amplia de fronteras, sino, más rica de idealidad, de justicia y de espíritu de sacrificio.» Y al llegar a este punto en su oración el viejo luchador parlamentario, la Asamblea se puso de pie, tributándole una de las ovaciones más grandes que se hayan oído nunca en las reuniones políticas.

Como el Gobierno niega el derecho de opinión y de existencia pública a las oposiciones, y el Gobierno tiene, hoy por hoy, el refrendo de la Corona, las oposiciones no pueden, ni quieren, indicar a ésta el camino a seguir en las actuales circunstancias. El monarquismo de las oposiciones fue tan sospechoso al producirse así Rodinó, que volvió a aclamarle con otra ovación indescriptible. Al elegirse este momento para abrir las Cámaras, las oposiciones no pueden hacer al Gobierno el juego de colaborar con él. El único modo de proclamar la cosoberanía del Parlamento con el rey, como eje de los principios constitucionales, es que ningún partido ni hombre políticos reconozcan el actual estado de cosas.

«El Parlamento –añadió– se salva hoy fuera de la sala de sesiones, en la solemne reserva que hacen las oposiciones de todos los derechos del pueblo, que no pueden ser prejuzgados por el funcionamiento de una Cámara que vive fuera de los fines y de las condiciones previstas por la Constitución.» Y en seguida se votó la orden del día, manteniéndose los grupos parlamentarios en esta línea de conducta, asegurando que el pueblo no se reintegrará a su soberanía hasta que no se disuelva este Parlamento y se convoquen nuevas elecciones.

Todo esto nos ha callado la Agencia Stefani, y todo esto bien vale la pena de ser conocido, no solamente por la importancia de los acuerdos y por la calidad y el número de los adheridos a él, sino por el «tono», por el «matiz» que ha dominado en las declaraciones políticas de la Asamblea. No deja de ser significativo el hecho de que, mientras las oposiciones se reunían en el Parlamento como en su casa, los fascistas se refugiaban en un edificio público cualquiera. Lo que la Agencia Stefani se calla también es que millares de socialistas, de populistas, de católicos, de liberales, de garibaldinos, de antiguos combatientes hacían guardia de honor a las oposiciones mientras estas deliberaban. Y que el espíritu público de la ciudad de Roma ha reaccionado de tal modo contra los fascios, que al mismo tiempo que tales cosas ocurrían en los alrededores

de Montecitorio, cordones policíacos y camisas negras, temiendo algaradas populares, cubrían la carrera junto al oratorio de Boniomini, allá en la vieja y melancólica plazoleta de Chiesa Nuova.

Heraldo de Madrid (18-11-1924)

El desgarrón de Aldo Finzi

Con otros dos diputados que se han separado definitivamente del fascismo, acaba de ser expulsado de las filas mussolinianas el Sr. Aldo Finzi, antiguo secretario de Estado en el ministerio del Interior, ex amigo íntimo del presidente del Consejo, ex as de la aviación nacional, automovilista distinguido, ex director del gabinete negro de Censura y marido de una de las mujeres más bonitas y conocidas en los cálculos mundanos de Roma y de Milán, la que fue señorita Vannutelli, sobrina-nieta del cardenal del mismo apellido. Y decimos que Finzi ha sido expulsado del fascismo, aunque la expresión es un poco atrevida. En realidad, Finzi, amigo de los asesinos de Matteotti, se ha marchado del fascismo antes de que se haya pronunciado la sentencia oficial de su expulsión. Y el caso es de los que requieren una detenida glosa para el que quiera penetrar un poco en el «laberinto» del momento político italiano actual.

Recordemos... Aldo Finzi conmovió hará ocho años a Italia con su raid sensacional sobre Viena en la buena compaña de Gabriel d'Annunzio. De aviador pasó a ocuparse de automóviles y ganó una carrera sobre un «Fiat», creo, que fue sonadísima. Luego su actividad se concretó a negocios turbios de galantería internacional, de juegos y de monopolios obscuros. En esta pendiente, se declaró fascista, a la vez que se casaba con la señorita Vannutelli. Dentro de las filas fascistas logró un puesto, preponderante y se distinguió, al frente de una escuadra de fascistas, en la famosa marcha sobre Roma. Cuando el acceso de Mussolini al Poder, Finzi estuvo a punto de ser ministro, y si no lo fue, ello se debió a la excesiva riqueza de joyas, de vestidos y de sonrisas de su cara mitad. Dicen que hasta la misma reina Elena hubo de asustarse ante la posible exaltación de Finzi a los Consejos de la Corona. Pero quedó en subsecretario, y fue realmente ministro del Interior, cartera que nominalmente desempeñaba Mussolini con la Presidencia del Consejo.

Finzi fue desde entonces uña y carne del «duce»; más uña que carne; estábamos por decir que simplemente uña. Organizador de las partidas de la porra, este muchacho rubio, que apenas si ha cumplido treinta años, amo y señor de la oficina de Prensa, deportista y atrevido, su nombre se susurraba tímidamente al oído cada vez que estallaba una nueva barbaridad. Los diputados de oposición veían sus cosas exaltadas, se generalizaba el sistema del «ricino», se expulsaba del país a los periodistas díscolos y habladores y se «suprimían» bonitamente las personalidades que daban en la flor de molestar demasiado. Al surgir el asesinato de Matteotti, Finzi estuvo a punto de dar con sus huesos en la cárcel. Y tuvo que dimitir ruidosamente. Y ante las amenazas, él se defendió con bravura, afirmando que si le obligaban a hablar lo diría todo. Mussolini tornó a halagarle nuevamente. Y a pesar de la ruda campaña de las oposiciones para que Finzi fuese reclamado por las autoridades judiciales que intervenían en el turbio «affaire», es lo cierto que nadie, se atrevió con el as de antaño que realizaba el raid sobre Viena, con el deportista qué ganaba copas en las carreras de automóviles, y con el marido de una de las mujeres más guapas y elegantes de la Ciudad Eterna.

El desgarrón voluntario de Aldo Finzi de las filas fascistas es un síntoma que se presta a las más curiosas observaciones. Equivale, no a que Brocas se separe del conde de Romanones, sino a que «Ojo de Perro» o cualquier otro cacique murciano de este jaez plante tienda enfrente de D. Juan la Cierva. Finzi es demasiado listo para hacer tonterías y para abandonar al victorioso a la hora de repartir el botín. Lo que quiere decir, en último término, que si Aldo Finzi se desgarra del fascismo, es porque el fascismo ha perdido ya su fuerza y porque Mussolini no se le antoja actualmente un hombre peligroso. Finzi sabe a buen seguro mejor que nadie que, ya no lo es. Y su desgarrón tiene el valor de un reto, cuyo momento elige Finzi a pesar de la expulsión oficial.

Porque la expulsión, se funda en el hecho de que Finzi no votó con la mayoría en la sesión del sábado, día 15 de noviembre, ciertos proyectos de gobierno. Finzi seguramente contaba con la expulsión, y por lo tanto, la provocaba. Buscaba un modo elegantemente parlamentario para liquidar su partida de cuentas atrasadas con el «duce». Y el «duce», que tal vez ha querido

evitar las resoluciones extremas, no ha podido impedir la deliberación y la sentencia del Gran Consejo Fascista.

Por eso el desgarrón de Finzi es sintomático y bien sintomático. En estas horas melancólicas del «tramonto»[419] político del jefe del Gabinete italiano, el roto de Finzi, más que a precipitar la, caída, tiende inevitablemente a enturbiarla y a llenarla de lodo. Cuando Mussolini da por acabado en el Parlamento y en la opinión el asunto Matteottí, el compadre de la «tcheka» hace un fiero alarde de independencia, le reta y le conmina con su acti Consejo italiano con relación a su joven ex subsecretario del ministerio del presidente del Consejo [sic][420], con relación a su joven ex subsecretario del ministerio del Interior en los días de los mayores desmanes y de los más fieros atropellos se parece a la de aquella pobre pecadora Luisa con relación a su criada Juliana, que de tal modo nos conmueve en las páginas más densamente dramáticas de aquella magnífica novela, «O primo Bazilio», del gran novelista lusitano Eça de Queiroz.

Heraldo de Madrid (19-11-1924)

Legalidad fascista

El Sr. Mussolini ha vuelto a definir la legalidad de su partido, o para decirlo mejor, la legalidad fascista. Ante los representantes fascistas de los Abruzzos[421] y de Molisa[422], que le presentó el barón Acerbo, el presidente italiano del Consejo de ministros tornó a declarar, con su gesto magnífico de condottiero de la época de los Médicis de Florencia y del duque Valentino, que "seguro de la solidaridad de la mayoría de la nación, de la confianza del Parlamento, y seguro además de la disciplina prodigiosa de su partido, no tiene intenciones, ni inmediatas ni remotas, de abandonar los resortes del Poder".

Pero estas declaraciones parecen un comentario irónico a todo cuanto viene ocurriendo en Italia desde el mes de junio hasta la fecha, recrudecido ahora con toda suerte de violencias y de desmanes. En Calabria estos días últimos han dirimido sus diferencias a tiro limpio socialistas y amigos del Gobierno.

En Florencia acaba de asaltarse la redacción de un diario adversario del Gobierno, teniendo que dispersar los carabinieri a los fascistas, después de dejar tendidos en las calles cadáveres fascistas, a guisa de botín de la refriega. Y en Bolonia, finalmente, Italo Balbo, después de haber sido expulsado del fascismo por haber organizado los crímenes que le probó "Voce Reppubblicana"[423], ha sido recibido triunfalmente por las huestes extremistas, que sacian la sed de sus ideas en el abrevadero de Farinacci.

El condottiero se va trocando de héroe de tragedia que calzaba coturno, en protagonista de sainete napolitano, que lleva babuchas y se toca la cabeza napoleónica con gorro de dormir. Jamás tiene grandeza en la Historia el crepúsculo de los dictadores. Las riendas del Poder, que al principio son manejadas a impulsos de un brío ideal, se truecan, al fin y a la postre, en oficio que da de comer y que cuesta pena abandonar. El dictador que sostiene su dictadura gracias a su conocimiento de la psicología colectiva del país que le obedece, acaba siempre embotando su inteligencia, sin percibir el rumor de las protestas que zumban a su lado. Y acude al magnífico expediente de ignorarlas o de asegurar que no existen, y de atribuir a fuerzas misteriosas o a presiones extranjeras las corrientes naturales, los flujos y los reflujos de las ideas políticas de los pueblos.

Tal es el caso de Mussolini, hoy aferrado al Poder como un arrivista [sic][424] de tercera clase. Cuando ya carece de la fuerza que impone la ley, se acoge al bosque de los tropos retóricos para salvarse en ellos y definir y robustecer una doctrina que ya es un puro pingajo. El fascismo fue peligroso cuando era una afirmación contra los avances comunistas y la descomposición de los partidos; pero hoy ya le ha perdido, porque se ha trocado en un interés creado más, y

[419] Puesta de sol, ocaso, en italiano
[420] Frase incongruente debido, sin duda, a un error del cajista. Falta alguna línea, algunas palabras, o están desordenadas.
[421] Región de la Italia central con capital en L'Aquila
[422] Molise: Región de la Italia meridional con capital en Campobasso
[423] Agencia de prensa y órgano oficial del Partido Republicano Italiano (PRI), fundada en 1921
[424] Por *arribista*: Persona que progresa en la vida por medios rápidos y sin escrúpulos.

cuando ataca es que se sostiene, y cuando amenaza, reclama su puesto al sol. Nada más que un puesto entre los demás, con su turno, sus acomodamientos, sus transigencias, sus coacciones y sus pragmáticas tornadizas y mudables.

El Poder ha limado mucho las uñas al albañil de antaño, al vagabundo que se acostaba casi todas las noches con una sardina, un mendrugo de pan y una taza de café puro; al ex director de "Avanti", que se comía crudos a los burgueses [texto censurado]. Recuerda el duce ahora a esos pobres leones avejentados y flacuchos de los parques zoológicos, que abren la boca rugiendo terriblemente, no para devorar a los niños que los contemplan más allá de los barrotes de la jaula, sino para reclamar los trozos de carne palpitante y fresca y dormir la digestión después. Las declaraciones del mensaje presidencial de que "lo ilegal es lo que se opone a la solidaridad de la fuerza de la mayoría", de una mayoría que se descompone y que no recibe el contraste de la oposición, es la amenaza del moribundo que perdona la vida al doctor si le proporciona una droga que le calme la violencia de su dolor.

Fórmulas todas estas de Mussolini, a las que ya se había anticipado Nicolás Maquiavelo cuando hacía consistir la naturaleza del príncipe, y en general, la de todo gobernante, en una mezcla de león para rechazar las embestidas y de zorra para saltar los parapetos. Pero cuando el león deja de mugir y la vulpeja da en la pobre manía de dejar huellas de su rastro, el gobernante se trueca en sobreviviente de su propia obra.

Eso es ya Mussolini: el último náufrago de su partido. Antes de que él abandone el Poder, el fascismo le está abandonando a él. Y amenaza y amenaza, porque se ve ya como un pobre juglar sin clientela, a quien han abandonado, con los señores del castillo, los pajes, dueñas y bufones de las antecámaras y retretes.

El Liberal (12-12-1924)
El Pueblo (20-12-1924)

Movilización de la sexta legión de los "camisas negras"

Primero Domenico Russo, después Aldo Finzi, en estos días Giunta, Rossi, Filippelli, Marinelli y Dumini, y ayer y hoy, entre bastidores, el "ras" de Cremona señor Farinacci[425], están volviendo literalmente loco al presidente del Consejo de ministros de Italia. El fascismo se rompe y se deshace como un calcetín deshilachado largo tiempo en uso. Domenico Russo, en nombre del sentido republicano y anticlerical que caracterizó al fascismo en los primeros meses de su actuación, repudia las falsificaciones y mixtificaciones introducidas por Mussolini en los días que corren. Aldo Finzi proclama el desgarramiento de los "croupiers" y de las tanguistas, tan bien avenidos siempre unos y otras con las definiciones ministeriales. Dumini, Filippelli, Marinelli, Giunta y Rossi, en fin, a la hora de rendir cuentas a la justicia, se proclaman delegados y subalternos de poderes misteriosos que se mueven en la sombra y dibujan la existencia de una "Cheka" que manejaba los muñecos desde un gabinete del ministerio del Interior.

Mussolini, acorralado entre varios fuegos a la vez, vacila, avanza, retrocede, se descompone, negando hoy lo que afirmó ayer y borrando de un plumazo sus llamamientos de paz y de concordia a los demás partidos. La Prensa de oposición acaba de ser suprimida toda ella de un plumazo. Las huestes campesinas se movilizan como en los mejores días de la marcha sobre Roma. Las logias masónicas y las organizaciones católicas son suprimidas radicalmente. Y no contento con estas medidas, declara dictatorialmente antipatriota al que no piensa con él, y como él, y ve, entre espasmos de horror, las narices de una vasta conspiración comunista en esta oposición inocente del Aventino[426], inspirada por los jefes de los partidos políticos normalmente constituidos y normalmente organizados.

Sin embargo, la agonía política de Mussolini pasa ahora por sus primeras fases. El solo la precipita con sus desaciertos y contradicciones. Pretender gobernar hoy sin una Prensa de oposición equivale a querer vivir en una atmósfera irrespirable. La conversión del Parlamento

[425] Dirigentes fascistas italianos

[426] El monte Aventino es una de las siete colinas sobre las que se construyó la antigua Roma. Históricamente, en uno de los conflictos entre patricios y plebeyos (año 449 a. de C.), estos últimos se retiraron al monte Aventino amenazando con fundar una nueva ciudad. Por analogía, se llamó Secesión Aventina al abandono de las tareas legislativas de los diputados opositores al régimen fascista en protesta por el asesinato de Giacomo Matteotti.

en una tertulia casera y en un juego de compadres priva de toda eficacia moral y legal a las iniciativas que se discutan y a las leyes que se voten. Acallar por la fuerza la voz de sus amigos y correligionarios de antes que tratan de disculparse es precipitar la confesión propia y la participación directa en los hechos que se tratan de esclarecer. Posición más equívoca y más triste que la de Benito Mussolini no es fácil que se repita en la historia de los dictadores contemporáneos.

Debilitado el peligro comunista que pretendía combatir, debe desaparecer automáticamente del escenario político, licenciando y disolviendo sus huestes, porque de freno se trueca en elemento disolvente, y de garantía del orden en persistencia del desenfreno y de la arbitrariedad. Mussolini, que pasó de la oposición irreductible al pacto vergonzoso e inconfesable, olvida hoy sus compromisos y sus transacciones para volver a sus mejores días de tiranía personal. Pero los tiempos han cambiado en Italia y su autoridad es precisamente la que está en entredicho entre sus propios correligionarios. Caerá seguramente abandonado de ellos, y es muy posible que se acerquen para él de nuevo días amargos de destierro, a los que está ya bien acostumbrado este hombre que para actuar políticamente ha tenido que acogerse a todas las amnistías y a todas las concesiones de favor y de misericordia de los políticos a quienes hoy combate.

El Liberal (09-01-1925)
El Pueblo (21-01-1925)

La Tcheka

Nos ha jurado Mussolini, por sus manes y por su honor de presidente del Consejo de ministros, que en Italia no ha funcionado jamás ninguna tcheka como aquella espada roja de la revolución rusa que inmoló a millares las víctimas propiciatorias. Pero en el momento en que hace esa declaración en Montecitorio, Rossi[427], el ex jefe de Prensa en el ministerio del Interior, el huésped de la cárcel de Regina Celi; comienza a publicar sus memorias sobre el terrorismo fascista. Y las huestes intransigentes agudizan en Cremona sus vítores a Dumini, deificando el crimen que el jefe dice execrar y condenar con todas las veras de su corazón.

Y la posición personal de Mussolini comienza a ser verdaderamente seria, no ya sólo en relación con las oposiciones, sino con su propio partido, que se llama a engaño. Con las oposiciones, porque suspende el presidente del Consejo la publicación de las memorias de Rossi, cuando éstas comienzan a precisar y a concretar. Con el partido, porque, de acuerdo con la tesis de Farinacci, no son delitos las transgresiones legales que se cometan para salvar el fascismo, sino actos patrióticos que deben celebrarse y apoyarse con el revólver en la mano. Y Mussolini, entre dos fuegos, vacila, y por esta vez sus fuegos de artificio de llevar a la Cámara acusaciones contra sí mismo, y sus alharacas de recabar para sí mismo la responsabilidad plena de la actuación de sus amigos políticos, no le sirve sino para exacerbar la conciencia pública, para cerrar el Parlamento «sine die», para amordazar la Prensa independiente, para ordenar registros domiciliarios contra los masones, contra los católicos y contra los fascistas independientes y para hacer frente a una crisis de la que surge su ruptura completa y decisiva contra el partido liberal.

Sin oposición en el Parlamento y sin oposición en la Prensa –«Il Corriere della Sera» ha sido suspendido indefinidamente– Mussolini no puede ya contener la disolución de su partido y su definitivo eclipse político. Matteotti, como el cadáver del Cid, gana la primera gran batalla después de muerto. Su prisa por amordazar la Prensa, en el momento en que Rossi hace demostración documental de que era un puro delegado de la junta suprema del fascismo, le crea una insostenible postura moral, que sus amigos de siempre califican de cobarde y desleal para con el partido. Y la crisis se resolverá de dos maneras: o con la vuelta a la normalidad constitucional que restauren otros grupos, o con la agudización del fascismo extremista que empezará desalojando al Duce de su pedestal. Cualquiera de las dos soluciones son necesarias consecuencias de los acontecimientos de estos días, y en los dos casos Mussolini se verá desposeído. Combatiendo a Rossi desde el Parlamento hubiera dado pruebas de preocupación ética, y defendiéndolo hubiera provocado el entusiasmo de las camisas rojas[428]; pero desdeñándolo, dejándolo a un lado,

[427] Cesare Rossi (1887 – 1967). Líder fascista italiano, involucrado inicialmente en el asesinato de Matteotti y autor de unas memorias en las que acusaba directamente a Mussolini como responsable del crimen.
[428] Creemos que se trata de un error y que, en realidad, quiere referirse a las "camisas negras".

sin saber ocultar el temor que las indiscreciones ajenas le producen, convierte a su país en un campo de Agramante y se condena a sí mismo con la peor de las condenas.

Los acontecimientos políticos no creo yo que, por previstos, se precipiten demasiado. Arrastra muchos intereses hoy a retaguardia el fascismo para que desaparezca, sin más ni menos, del escenario político, del que se ha adueñado por completo. Los partidos de oposición han de forcejear todavía con el Duce en una prueba tozuda y violentísima, no para arrebatarle el Poder sino para desplazarle del corazón de las masas de campesinos, que hacen hoy un gesto de última defensa. Mussolini aún cuenta con recursos incalculables de sugestión, que no podrá emplear, sin embargo, cuando comience el proceso contra Rossi, Dumini y Compañía. Pero entonces todas las dilaciones empleadas hasta aquí serán inútiles y el Senado tendrá que arrebatar a la Justicia ordinaria un proceso que es todo el proceso del fascismo: todo el proceso de su biología y todo el proceso de su muerte.

El Defensor de Granada (14-01-1925)
Heraldo de Madrid (09-01-1925)

Mussolini y el Vaticano

El «duce» camina, evidentemente, de tumbo en tumbo por la áspera y desagradable pendiente de la caída. Después de sus querellas con el partido liberal, que le ha retirado los dos ministros que tenía en el Gabinete, asalta y clausura los círculos católicos, logrando la animadversión y el recelo del Vaticano. Y como Pío XI no es evidentemente Benedicto XV, ni mucho menos Pío X, y los tiempos del «non spedit» están harto lejanos en el tiempo, comienza a dibujarse la segunda crisis en el seno del Ministerio mussoliniano, ya que el Vaticano ha prestado también al «duce» dos colaboradores, los Sres. Cesare Nava, y príncipe de la Escala, cuya situación comienza a ser difícil y comprometida después de la clausura de más de un centenar de círculos francamente populistas o sencillamente afectos a la persona del Santo Padre.

Las relaciones del Vaticano con el famoso condottiero son harto sutiles y especiosas, como especiosa y sutil ha sido siempre la diplomacia romana; pero nunca cordiales y francas. Inspiradas por el recelo mutuo y la desconfianza recíproca, Mussolini, ante el espectro del comunismo que decía combatir, logró, desde primera hora, la adhesión del bajo clero, montaraz y agreste; pero nunca la de los prelados y purpurados de alta jerarquía. Estos se entendían harto mejor con los jefes de los viejos partidos, que tenían siempre una sonrisa y una frase galante y equívoca a flor de labio. Dom Sturzo no perdió jamás un adepto en los Cabildos, en las parroquias de las ciudades populares y entre los alumnos de los centros de estudios superiores, preparados, desde los tiempos de León XIII y desde las campañas democráticas de Rómulo Murri, a dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Mussolini, olvidando su programa de economías, dobló los sueldos, harto menguados y raquíticos, del clero italiano, y tuvo para los alumnos de los seminarios que prestaban servicio militar los mismos, halagos y prerrogativas que para los estudiantes universitarios.

Pero la maniobra no prosperó, por los continuos coqueteos de Mussolini con las logias francmasónicas. El partido de Dom Sturzo se hacía más fuerte en la oposición que en el Poder. Limpio el populismo de los residuos del turbulento clero meridional, que había formado antes el detritus de los viejos partidos como hoy es el detritus del propio fascismo, realizaba su obra, dentro de la Constitución, aspirando a un programa mínimo de salarios decorosos y de justa y equitativa retribución del trabajo campesino. Y desde el momento en que el fascismo se convirtió en el partido de los pequeños propietarios rurales, con su ramplona ideología y con sus vagas referencias a los preceptos evangélicos, el populismo fue desatando amenazas, lanzándose a la oposición violenta y señalando su identificación con los demás partidos, sobre todo cuando, a raíz del asesinato de Matteotti, quedó fuera de ley, al arbitrio y a la merced de los desmanes y de las extralimitaciones del fascismo.

El catolicismo en Italia, por achaques y menesteres de la mecánica política, necesita de la carta constitucional para vivir, para desarrollarse y para plasmarse en partidos políticos que tengan eficacia en el espíritu de las masas. Unido al fascismo, corre el inevitable riesgo de ser disuelto en él, y en franca oposición con el «duce» puede reclamar las libertades comunes para su difusión y propaganda. La clausura de los centros católicos «ab irato» demuestra hasta qué

punto era peligrosa y contraproducente una amistad pública con los actuales usufructuarios del Poder.

Y ahora la situación comienza a hacerse clara y definida. El Vaticano, ¡por fin!, protestará contra los desmanes que se cometen entre sus fieles. Después serán separados de sus puestos los ministros del Vaticano, Sres. Nava y príncipe de la Scala. Luego, los campesinos, entre la amenaza de la excomunión del Santo Padre y la excomunión de Mussolini, preferirán el malhumor y la amenaza del «duce», que no tiene todavía la virtud de precipitarnos en los infiernos, y el fascismo, aligerado de las huestes campesinas, acabará de ser el sueño negro y la pesadilla de los liberales, de Italia.

Heraldo de Madrid (26-01-1925)

El casero de Giolitti

Estos días cuentan los periódicos romanos una curiosa anécdota relacionada con Giolitti, que, recordará el lector ha coqueteado más de lo justo con Mussolini y con sus huestes. El anciano estadista italiano, que cuenta ya con ochenta y cuatro primaveras, ha rectificado sus debilidades en esta última etapa parlamentaria y su casero, un camisa negra, feroz e intransigente, no ha encontrado otro modo de castigarle, que subirle escandalosamente el alquiler del piso.

– Acepto –replicó Giolitti, al oír la notificación– pero tiene usted que firmarme un contrato por veinte años más.

– ¿Pero es que piensa usted vivir todo ese tiempo?

– Sí, señor –replicó Giolitti–, pienso enterrar al fascismo y a usted.

Giolitti es, en efecto, como el nivel medio del país y como el símbolo de la normalidad y de la justeza. Con su ancianidad simpática y risueña, está dotado del don, del maravilloso don político de saber esperar. Cuando todo se renueva, cuando unos suben y otros bajan él permanece inalterablemente quieto y pacíficamente burlón. Sabe que si todas las cosas tienen principio, también todas las cosas tienen su fin y ningún acontecimiento le exaspera ni le sorprende.

La anécdota del casero retrata para siempre su posición especial ante los acontecimientos. Ante un hombre, que por lo visto se propone únicamente amargarle los últimos años de su existencia, se defiende asegurándose, sin protestar, de una nueva violencia durante 20 años.

No le descompone, en definitiva, que se burlen de él; lo que hace es tomar prudentemente medidas para que no se vuelvan a burlar. Y con este gesto risueño, anuncia tranquilamente al dueño de la finca que espera con entera calma la desaparición del fascismo y de todos sus adeptos y secuaces.

Si bien se mira, Giolitti tiene razón para proceder así, porque el fascismo es más viejo que él y chochea bastante más. Las situaciones políticas negativas que no se renuevan se desgastan mucho más pronto que las de los adversarios que tratan de combatir y de corregir. Pasado el estupor de los primeros momentos, acabada la sustitución violenta de las piezas que juegan en el tablero, se advierte con toda presteza que las jugadas son las mismas que antes y que los jugadores pertenecen a la vieja escuela. Mussolini, ayer neófito, es hoy el único y más triste superviviente de la catástrofe que él mismo ha provocado, yendo más lejos de donde se proponía ir, y Giolitti, olvidado un momento de las luchas, es hoy mimado como la esperanza suprema de los futuros días de paz.

Durante veinticinco años, él, un respetable varón de ochenta y cuatro primaveras, ha logrado poner a raya los excesos y los abusos posibles de su casero. Con ese tiempo por delante, piensa muy bien Giolitti que la faz de las cosas habrá cambiado y que una simple sonrisa suya, sonrisa de hombre que todo lo comprende, volverá a ser un arma de gobierno, bastante más admirable que las legiones y las escuadras de todo jaez y condición.

El Adelanto (13-03-1925)

¡Acuérdate del pobre hornero...![429]

Yo no sé si los señores que condenaron a las pobres víctimas de Tresjuncos[430], donde, por no haber víctima, no pudo existir rastro alguno de ella, han estado en Venecia alguna vez. En la ciudad de los mármoles, en la novia siempre verde y blanca del mar Adriático, al lado de la plaza de San Marcos, junto a la Riva degli Schiavoni, delante del Puente de los Suspiros encima de lo que se llama Puerta de la Carta del Palacio Ducal, hay un fanal encendido constantemente. Es una Madonna veneciana... Debajo del fanal hay una leyenda que reza en veneciano «¡Acuérdate del pobre hornero...!». El Consejo de los Dux mandó encender el fanal, que continúa iluminado, y grabar la leyenda que no ha podido borrar el curso de los tiempos, ante un error semejante al de Cuenca, en la tragedia de Tresjuncos.

Ocurrió, que fue asesinado en su palacio un opulento senador de Venecia. Tenía en sus dedos ricas esmeraldas, que refulgían al sol. En las cuadras, estancias, retretes y salones de su palacio sobre el Canal, había preciosas arquetas de marfil y de plata, cuadros con virgencitas del Tiziano y de Pablo Vernese, vajillas de cristales transparentes, frágiles y sonoros. Amaba el senador a muy bellas mujeres rubias que vivían con él; era la víctima el Petronio de la ciudad. Una mañana, cuando se perfumaba con esencias y ungüentos de la Arabia, para visitar al Dux, fue asesinado el gran señor. Un pobre hornero merodeaba junto a la góndola señoril. Fue ahorcado el hornero y arrojado desde el Puente de los Suspiros al mar.

A los tres años de ahorcado el «povero fornaro», el pobrecito hornero, otro senador confesó el crimen en su agonía. Se reunió el Consejo de los Diez; deliberó; señaló una pensión vitalicia a la familia de la víctima; reivindicó la memoria de éste; encendió el fanal; grabó la leyenda. Y, desde entonces, antes de deliberar el Consejo de los Diez en achaques de justicia, rezaba tres Pater Noster por el error cometido, con la frase actual; «¡Acuérdate del pobre hornero..!».

¡Acuérdate siempre del pobre hornero, quien quiera que tú seas, lector, sobre todo si eres hombre de toga o de justicia! ¡Acuérdate del pobre hornero, antes de juzgar los actos ajenos! En todo caso, imita siempre, siempre, el cauteloso proceder del Consejo Republicano de los Diez. Porque si no todos nos acordamos del pobre hornero, hasta que somos víctimas de alguna injusticia o de algún error, todos, todos nosotros, le hemos ahorcado mil veces y le hemos tirado desde el Puente de los Suspiros al mar, para que lo traguen los tiburones de la envidia, de la calumnia, de la maledicencia y de la perversidad humanas!

El Diario de Huesca (20-04-1926)
El Adelanto (16-04-1926)
El Noroeste (21-04-1926)

Profecías sobre el fascismo

En estos días que todavía son de renuevo y entrenamiento del nuevo año, que bien puede ser para los acontecimientos políticos tan gris y uniforme y soñoliento como el que se ha precipitado para siempre en la sima del tiempo, entretiénense todos los cronistas extranjeros en hacer cábalas y presagios acerca de las mudanzas que los pueblos han de introducir en la dirección de sus negocios públicos. El fascismo –no hay que insinuarlo siquiera– es el fenómeno que más preocupa a todos los tratadistas de Derecho público así en América como en Europa. El señor Mussolini, con su mirada dura y fría, su silueta de emperador romano de la decadencia y su gesto de vencedor a quien inexorablemente le salen bien las cosas, parece que está llegando a ese suspirado momento en que su obra comienza a moverse por sí sola en virtud de la ley de inercia. Los obstáculos serios que se le presentaban ceden todos al impulso de su omnipotencia.

[429] Previamente, en *Alrededor del Mundo* (1909) y en *El Adelanto* (1915), Sánchez Rojas había publicado un artículo de mayor extensión con esta misma temática, titulado «El alma del hornero» (O.C. Tomo V, pagina 279).

[430] Alusión a la sentencia por la que dos aldeanos inocentes, después de numerosas torturas y abusos policiales, fueron condenados a prisión como autores de un supuesto asesinato, que más tarde –doce años después– se demostraría inexistente, cometido entre las localidades conquenses de Tresjuncos y Osa de la Vega. Este caso, que se ha convertido en un paradigma de negligencia judicial y policial, sería recreado en 1980 en la película dirigida por Pilar Miró *El crimen de Cuenca*.

De hecho, en Italia, el que hogaño no es fascista no es ciudadano italiano, y el que vive al margen, sólo al margen de las instituciones, está fuera de la ley. Fascista e italiano son, legalmente, términos sinónimos, y se suprime, no ya sólo lo que estorba, sino todo lo que no encaja dentro del mecanismo dictatorial. Parece, pues, que el fascismo ha llegado a cogüelmo, a saturación y madurez.

Los adversarios del fascismo han desaparecido por escotillón de la escena italiana. Son ciudadanos sin patria que ya se van familiarizando con las amarguras y escaseces del destierro y que comienzan a sospechar que ya no tornarán más a ella, en lo que les resta de vida. Benedetto Croce, el pensador napolitano, ha visto impasible cómo las turbas fascistas quemaban en la plaza pública su riquísima biblioteca y comienza a habituarse, por la falla de material científico, al silencio y a la ociosidad. Aquiles Loria ha visto sin sorpresa alguna su expulsión de la orden de abogados de su país. Felipe Turati contempla, olímpicamente, desde París, la total desaparición de las fuerzas obreras socialistas que él supiera crear en treinta años de esfuerzo incesante y recibe estos días el homenaje de los europeos que merece su apostolado. El mismo Guillermo Ferrero está, de hecho, confinado en Francia, Mussolini, con sus tres millones de camisas negras que le siguen obedientes y confiados, no tiene ya oposición, y su obra, completa y madurada, ¿no ha de perder en 1928 el impulso juvenil y brioso, un poco inconsciente y atropellado, que la ha venido caracterizando en los siete años de lucha y consolidación?

Las profecías se inclinan por este lado y hay augures que anuncian terremotos y tempestades dentro del seno del fascismo. Pero no confiemos demasiado de la lógica en problemas que son puramente biológicos y cuyas normas consisten, precisamente, en sobrepasarlas todas. El temperamento de Mussolini, riquísimo en sorpresas de toda laya, comienza a domesticarse oyendo los requerimientos que se le dirigen desde Ginebra, y al mismo tiempo que entabla el diálogo amistoso con Briand, cantando las corrientes de armonía que ligan al pueblo italiano con el pueblo francés, apenas si se entromete en más negocios que en los caseros de Albania. En cambio, el pleito del Vaticano, de apariencias tan inocentes y hasta pueriles, es de los que pueden dar al traste con la ociosidad obligada y el silencio impuesto al adversario. La resurrección de la soberanía territorial del Pontífice creará, de hecho, dos soberanías igualmente legítimas, dentro del mismo suelo y la obra de consolidación forzada, de estratificación fascista del Estado italiano, peligrará el día en que la soberanía espiritual exija fuerzas coactivas para su desarrollo, en un país donde los directores políticos pretenden también cierta autonomía sobre las conciencias y los entendimientos.

Desde luego, lo que sí puede vaticinarse, es, sino la desaparición completa del fascismo, que al punto que ha llegado en Italia no puede extirparse de un tirón, sino por etapas graduales y lentas, un cambio de frente en sus procedimientos y maneras. Alguien ha dicho certeramente que el fascismo no es más que el bolchevismo de la burguesía que teme perder sus posiciones, y es de creer que los dos movimientos corran análoga suerte en Europa. Las embestidas contra el frente único en ambas políticas han sido paralelas, y al parecer han recorrido la misma trayectoria. Si a Trotski le abandonan sus mismos partidarios, Farinacci tiene que refugiarse en su retiro de Cremona y renunciar, de momento, a sus estridencias. Pero el fascismo tiene un acentuado carácter personal que no existe en Rusia. Mientras el bolchevismo es obra de un pueblo, el fascismo es el parto de una fantasía personal. El cambio del poder de unas manos a otras, no producirá grandes conmociones en la república soviética, pero el fascismo perderá todo su sentido con el escamoteo del «duce» de la escena pública. El fascismo no es tanto la adhesión a un ideario político concreto como la adhesión idolátrica a una persona. Por eso Mussolini ha podido caminar de rectificación en rectificación sin que se le fueran las masas. Hasta ahora él solo se ha impuesto y, a la sazón, toda la lucha estriba en deshacerse de los que aspiran a la sucesión y a la herencia.

Y en eso, en eso sólo estriba a la hora presente el porvenir del fascismo. La política de años, de preferencias, de recelos personalísimos que ha sembrado Mussolini comienza ya a dar sus frutos. En un régimen de delación impuesta, nadie puede estar seguro de sí mismo ni de su habilidad. Las variaciones que intentan introducirse en el llamado Parlamento, trocándole de hecho en un nuevo Consejo fascista, que ha de estar en pugna con el ya existente, puesto que se crean dos órganos con distintas personas para la misma función, demuestra prácticamente el miedo de Mussolini a que comience a cuarteársele la unidad del partido y se venga rápidamente abajo con todas sus escuadras y milicias.

Falta hace que se despeje un poco el horizonte en este amado país de Italia, donde parece completamente rota, por más que esté sólo interrumpida, la tradición gloriosa de los estadistas

al estilo de Cavour, que, después de todo, la tradición genuinamente liberal de los defensores de Puerta Pía, de sus rojos garibaldinos, de sus profesores y de sus poetas civiles.

La Voz de Guipúzcoa *(*28-01-1928)
El Noroeste (03-02-1928)
El Pueblo (28-01-1928)
El Luchador (28-01-1928)

Italia y el Vaticano

Cuentan de este buen secretario de Estado de Su Santidad el Papa Benedicto XV, ayer, y de Pío XI, hoy, cuentan de este sagacísimo e italianísimo cardenal Gasparri, que algunos meses después de la marcha sobre Roma de las escuadras fascistas, departía sobre política en su despacho con un diplomático extranjero. La conversación recayó, naturalmente, sobre Mussolini y el tiempo de su permanencia en el poder. El extranjero sostenía que el "duce" permanecería largos y largos años al frente de los destinos públicos de Italia: el cardenal afirmaba por el contrario, que siempre, siempre, después de las inundaciones y de las riadas, las aguas vuelven a sus cauces

– ¿Y después, después de Mussolini, Eminencia, qué pasará?

Su Eminencia hizo ademán de quitarse una motita de la sotana roja y exclamó, sonriente:

– ¡Después de Mussolini, Excelencia, volverá, naturalmente, el viejo Giolitti!

Pero, antes de que los hechos políticos hayan dado razón al cardenal, los fascistas, casi todos los fascistas, se han revuelto furiosamente contra el representante diplomático del Vaticano. Se le acusa de poco fascista, esto es, de poco italiano, y de permitirse continuamente burlas contra la persona y la obra del honorable Benito Mussolini. Entre amenazas más o menos encubiertas, se le hace saber al Vaticano que no liquidará amigablemente sus cuentas con Italia si no se busca rápidamente sucesor al secretario. Algunos periódicos han hecho más todavía: indicar el nombre del sustituto. Por ahí ha rodado el del cardenal Ragonessi, que desempeñó algunos años la Nunciatura Apostólica en Madrid y que se distinguió, entre nosotros, por su, amor al régimen y a la realeza y por el número verdaderamente copioso de banquetes, fiestas y recepciones con que fue obsequiado por nuestra aristocracia clerical. Pero en el Vaticano han hecho oídos de mercader a la torpe sugestión fascista, y el cardenal Gasparri continúa gozando de todas sus prerrogativas como en los mejores tiempos de Benedicto XV.

Gasparri ha iniciado, en efecto, un ataque a fondo contra la idea fascista, que jamás ha gozado de simpatía en la Santa Sede, y Mussolini se encuentra, de manos a boca, con una oposición tenaz, dulce, suave de formas, pero inflexible y rígida que no sabe ceder nunca. El imperialismo italiano es el escollo más formidable contra el que puede tropezar la Iglesia. Se trata, en suma, de un principio político que lucha contra otro principio político, y la universalidad de la autoridad pontificia tiene que resentirse, necesariamente de la difusión de ciertos apotegmas fascistas que anteponen siempre la calidad de italiano a la calidad de católico. Cuando Mussolini, en la oposición, se esforzaba por deshacer todo el tinglado de cincuenta años de política masónica y liberal, el Papa estuvo a punto de bendecirlo, pero cuando ya libre de obstáculos y de enemigos, ha proclamado su infalibilidad laica y política, Gasparri siempre sonriente, le sale al paso, apartando un día a los jóvenes católicos de las asociaciones deportivas fascistas, insistiendo otro en la calidad moral de la obra literaria de Gabriel D'Annunzio, cuyas novelas están incluidas en el Índice, amparando entre cortinas todas las incisiones que se inician en el seno del fascismo y recordando al "duce", en el lugar preferente de "L'Osservatore Romano", la heterodoxia doctrinal de su monstruoso sindicalismo burgués y mesocrático.

¿Hasta qué punto dificulta esta rivalidad de Gasparri y de Mussolini las negociaciones pendientes entre ambas potestades? El cardenal Gasparri sabe muy bien que estas negociaciones no pueden rematarse nunca y que son el cuento de la buena pipa. En el fondo la política de Pío IX no puede rectificarse. El mismo "Corriere della Sera", órgano hoy el más importante del fascismo, desentierra historias retrospectivas para demostrar, a su vez, que todos están en el secreto, y que trocándose el Vaticano en una potencia temporal más, Roma, perdería su actual significación histórica y nacería automáticamente un Estado dentro de otro Estado. El propio fascismo no podría sufrir el empuje y quedaría ante la autoridad política, y no meramente espiritual, de la Iglesia. La renuncia papal no solamente a las facilidades económicas y a los ho-

nores de realeza que le concede la legislación italiana es, hoy, la mayor razón de su fuerza ante la cristiandad. El prisionero del Vaticano, enamorado hoy de las cadenas simbólicas entre las que finge vivir lleno de angustias y de sobresaltos, tendría que variar todos sus procedimientos de persuasión sobre los fieles, si Italia se decidiese, de una vez, a ponerle en un pie de igualdad con la casa de Saboya, y la guerra civil sería, a la corta, pero muy a la corta, inevitable.

Gasparri que sabe todo esto muy bien, que conoce el valor del tiempo y el valor de la sonrisa, pone ante el fascismo la misma cara que Masti Ferretti pusiera ante la palabra "risorgimento". Seguro de su fuerza y de su astucia, no quiere las concesiones de su adversario que, a la postre, redundarían en perjuicio de la misma Iglesia. Acusado de ausencia de italianidad, hace gala de la acusación porque, ante la ley italiana, es el ministro de Negocios Extranjeros de una potencia católica, esto es, universal, que impera en la conciencia de los creyentes y no sobre un territorio determinado del planeta. El fascismo, en resumen, como un nacionalismo imperialista que es, más absorbente, más agresivo, más violento que todos los nacionalismos que se estudian en la historia política del mundo, es la negación de la autoridad del sucesor de San Pedro y su disciplina tiende a quebrantar la dogmática y espiritual de este. A la simple enemistad de los fascistas con la persona del cardenal Gasparri, responde este, sagazmente, apartando los ojos de la anécdota, para fijarlos en una oposición fundamental, que la Santa Sede puede definir y condenar el día menos pensado, llevando al Índice, con las novelas d'annunzianas, los manifiestos mussolinistas.

La Voz de Guipúzcoa (20-03-1928)
El Luchador (19-03-1928)
El Noroeste (22-03-1925)
El Pueblo (20-03-1928)
El Pueblo Gallego (20-03-1928)

En el prólogo de un drama

Ni un mero incidente episódico, ni tampoco el último rozamiento que presenciaremos, por ahora, entre el Vaticano y el fascismo, más propiamente que entre el Vaticano e Italia. Los acontecimientos de estos días han dado plena razón a los vaticinios que consignábamos no hace mucho en estas mismas columnas. Y aunque de momento parezca que las espadas están ociosas, eso no quiere decir, en puridad, sino que los enemigos se vigilan muy de cerca, buscándose mutuamente el punto vulnerable, para acometerse con mayores bríos que al principio y seguramente con mayor saña. No está de más, por lo tanto, que insistamos en señalar el ocaso de Mussolini y todo su tinglado de escuadras, fascios, milicias y *balillas,* comienza a padecer cuando su fuerza parecía incuestionable y cuando en términos de ley positiva las palabras fascista e italiano comenzaban a significar la misma cosa.

La lucha hasta ahora la habían sostenido por parte del fascio, ese hueco e insoportable ex diputado por Cremona que se llama Farinacci, y defendiendo los intereses de la Silla de San Pedro, Dom Sturzo, jefe de los católicos populares, desterrado hoy de su propio país. Para Farinacci no había más autoridad espiritual que la del fascio; Dom Sturzo, en cambio, no reconocía más disciplina espiritual que la impuesta por el Pontífice en nombre de la Iglesia. Tanto desafinaron los dos que Mussolini los puso a buen recaudo. Había que dar fuera de Italia, la sensación de que ambas potestades se entendían maravillosamente. Sin embargo ni Gasparri ni la derecha fascista daban su brazo a torcer. Se habló entonces de un arreglo definitivo entre Italia y el Vaticano, a sabiendas de que no era posible. En efecto, es al Vaticano, sobre todo, al que más le importa continuar con su resistencia pasiva, renunciando expresamente a todas las prerrogativas que le concede la legislación común italiana.

Un Pontífice que rompiera su reclusión voluntaria de San Pedro se haría sospechoso a los mismos católicos que prefieren el "statu quo" actual, que es siempre más cómodo para todas las naciones creyentes. La misma representación diplomática de estos países puede sostenerse gracias a la expectación benévola de Italia. Un Pontífice que aprovechando la libertad de movimientos pudiera hablar directamente a los fieles de sus derechos a la primera magistratura política de Roma, sería un eterno peligro para la paz europea, e Italia no podría consentir que dentro del territorio de su Estado surgiese una fuerza interna de descomposición contra su propio organismo nacional.

Pero el fascismo, al querer borrar los últimos vestigios de la tercera Italia, liberal y revolucionaria, ha llegado en sus desplantes a las mayores exageraciones del imperialismo. La Iglesia, que acaba de condenar a los jóvenes de la Acción Francesa, tenía que pronunciarse también contra el fascismo. Y se ha pronunciado ya y seguirá pronunciándose con más fuerza cada vez en lo sucesivo. Estamos en el prólogo y nada más que en el prólogo del drama. Podrá transigir la Iglesia con las *balillas* a cambio de que los jóvenes fascistas que pertenezcan a estas asociaciones reciban directamente la enseñanza religiosa de quienes sigan las inspiraciones del Pontífice. Podrá transigir el fascio arreglándoselas de tal suerte que su autoridad aparezca como no quebrantada, aunque en realidad renuncie a la formación espiritual de la juventud con que nutre sus *balillas*. Pero el conflicto permanecerá continuamente en pie y a cada paso presenciaremos la pugna de dos principios inconciliables que pretenden vivir en el mismo techo y bajo la misma bandera. Lo que ocurre es que Italia significará siempre ante Europa la victoria de Puerta Pía y la deposición del último "rey de Roma" Mastai Ferretti. Lo que pasa en realidad es que el Vaticano necesitará siempre la opresión aparente de una nación joven y acometedora, que lo encierra en los jardines, en los patios y en las *loggias* de San Pedro, para conservar incólume, gracias a esta inferioridad política, el dominio espiritual sobre el orbe católico.

En el fondo sabe la Iglesia muy bien que es preferible luchar con un liberal que con un fascista y que la Italia de Giolitti y de Carducci era mucho más respetuosa con ella que la de Mussolini y la de D'Annunzio. El mismo italianismo de que hoy se alardea es cosa artificial y de exportación extranjera. Como ha dicho muchas veces Croce, en los momentos de mayor peligro, lo genuinamente italiano, dentro de la ideología política europea, ha sido precisamente el liberalismo, juicioso y ponderado, tan apartado de las violencias blancas como de las rojas. El fascismo más que el sentir genuino de un pueblo, es el fenómeno de una idolatría colectiva por un hombre que conoce la fuerza de sus gestos y el valor teatral de sus palabras. Para el liberal es posible y hasta conveniente la coexistencia de dos potestades distintas y descansa precisamente en la tolerancia de todos los credos. Para el fascista, su jefe es el único definidor y hasta el único pontífice posible.

Un Estado puede vivir contra una Iglesia, o con ella, o al margen de ella; pero un partido de dogma cerrado tiende a trocarse en una Iglesia, y por ende tiene que estar en pugna con todas las Iglesias restantes. Este es el problema. Lo que nos interesa de momento son sus incidencias. Del cardenal Gasparri sabemos que es tan ducho como su antecesor Antonelli y de Mussolini cualquiera se atreve a conjeturar que no es ningún Cavour ni mucho menos.

¿Sería aventurar demasiado si dijéramos que por esta vez están interesados en que la Iglesia de San Pedro destruya la cohesión de las milicias del fascismo así el ejército regular como la misma casa de Saboya? ¿No os hace meditar el hecho de que mientras el "Impero" arremete contra Pío XI, el heredero de la Corona italiana, el príncipe Humberto de Saboya ha convivido estos días pasados de la Semana Santa con los franciscanos de Jerusalén y se ha manifestado en todos los actos de su vida pública como un católico ejemplar y un sumiso y obediente hijo de la Iglesia?

La Voz de Guipúzcoa (11-04-1928)
El Noroeste (12-04-1928)
El Pueblo Gallego (11-04-1928)

Seis años de fascismo

¡Seis años de fascismo! –me digo en un soliloquio melancólico de amargura y de desesperanza en los futuros y al parecer interrumpidos destinos históricos de la madre Italia–. Sí, en efecto, nada menos y nada más que seis años de fascismo. Desde Octubre de 1922, las camisas negras ahuyentaron a los gansos del Capitolio, para apoderarse de éste. Y doy en la manía de imaginarse a José Carducci, increpando, desde su tumba boloñesa, al «vulgo vile», mientras él corona con una bandera tricolor y garibaldina, el campanario de la dulce aldea toscana. Y veo al pobre condesito de Recanati, rimando frente al golfo azul de Nápoles, las grandezas pretéritas de los abuelos, de los «avi famosi», que no saben retoñar en brotes nuevos. Y a Benedetto Croce, sin la rica biblioteca que destruyeran las turbas, preguntando a Maquiavelo, y a Savonarola, y a Vico, y a Campanella, y a De Sanctis si puede desaparecer la voz italiana como sinónimo de patrimonio y de valor eternos de cultura. Y sobre los muertos y sobre los vivos, entre los escombros de la

bella Italia liberal y masónica, republicana y garibaldina, del siglo XIX, la facha napoleónica de Benito Mussolini, dirigiendo sus escuadras de iluminados desde los ventanales del palacio Chighi[431]. Y más allá, en la colina vaticana, al socarrón cardenal Gasparri, sacudiéndose una motita de polvo en la rica sotana roja, mientras insinúa confidencialmente a un diplomático curioso: Pero querido amigo, este Benito Mussolini no puede ser eterno; después de él volverá «naturalmente», el viejo Juan Giolitti».

Pero Giolitti ha muerto y el fascismo sigue. No se sabe cómo, pero sigue. Fabricando cohetes de artificio, con detonaciones de espionaje a la alemana para mejor iluminar la escena durante el VI aniversario. Burlándose de Suiza con la prisión de ese botarate de Carlos Rossi, complicado en aquel turbio «affaire» del asesinato de Matteotti. Con ediciones oficiales de los libros de D'Annunzio, con cantos imperialistas lanzados desde los «cabarets» por Guido de Verona, con filosofías nacionalistas elaboradas a brazo como el chocolate de los benedictinos de Montecassini por Giovanni Gentile, con protestas de amor al régimen y de amistad a la persona del «duce» lanzadas periódicamente desde las candilejas por el desconcertante Pirandello. ¿Será una vana ilusión la existencia en el mundo político la existencia de esa zona templada que llamamos liberalismo, que funde siempre lo que tiene de soluble las afirmaciones extremas, dejando siempre su margen a la duda, a la sonrisa, al escepticismo y a la amargura? ¿Será de verdad estúpido el siglo XIX y estupidísimo su padre, el siglo de la Enciclopedia y de la Revolución? ¿Caminaremos, de tumbo en tumbo, ante la bancarrota, que suponíamos meramente provisional y transitoria, de las normas jurídicas y morales del liberalismo durante la gran guerra?

Italia, humanista, no sabe de fascios, ramilletes, haces o manojos.

Antes que el fascismo mussoliniano viera la luz en el mundo, brotaron los cardos del amarillismo y del mazorquismo en la Argentina del tirano Rosas y las gavillas vascongadas en el sitio de San Sebastián en fines del siglo XVIII. No se comprende, ciertamente, que el pueblo de Mazzini pueda ser, por contraposición, el de los fascios, y pese a todas las escuadras campesinas de hogaño, toda la estructura fascista del Gobierno actual no puede buscar sus raíces en la tradición viva del pensamiento nacional, que supo crear, en dos docenas de años, una de las primeras potencias civiles, esto es, civilizadas, de Europa y uno de los pueblos más conscientes de sus destinos del siglo XIX. De Maquiavelo a Mazzini, lo mismo que del Dante a Carducci, vibra siempre un alma gibelina, que no es lo mismo que alma imperialista.

Italia ha sido eso y eso tendría que ser en lo sucesivo: una exclusión del espíritu localista en nombre de un ideal y de una lengua comunes. Roma, al modernizarse, ha creado el derecho a la igualdad en nombre de la cultura. Símbolo de capitalidad de pueblo, para los italianos es más que una geografía y una economía, un derecho y una expresión civiles. Y desde Alfieri acá, patria ha dejado de ser, con una conciencia de esclavitud, con un anhelo de liberación de vasallaje, la tierra de los padres para convertirse en el hogar civil de los hijos libres.

En estos seis años de fascismo, el pensamiento italiano sigue siendo el del siglo XIX y Croce, que sabe formularlo y definirlo desde su clara y noble tierra napolitana, lejos de abandonar sus viejas y amadas tiendas liberales, se refugia en ellas frente a las dictaduras blancas que provoca la autoridad y frente a las dictaduras rojas que no pueden prescindir de la represión violenta para implantar sus nuevas fórmulas marxistas…no previstas por Marx. Desde esas tiendas liberales el panorama espiritual de Italia puede seguir siendo todavía el idearium de una Europa mejor. Y ni los himnos de hogaño, ni los fascios, ni las escuadras, ni los haces simbólicos, tienen nada que ver con la vieja tradición republicana de las ciudades mercantiles, ni con los forjadores de la última dinastía popular –la de los Saboyas– que se dio a sí mismo un pueblo para crearse de momento el sentido de la unidad y la necesidad de la permanencia.

El Pueblo (21-11-1928)

De la tercera a la cuarta Italia

Hay una tercera Italia –puede definirnos un historiador de los cincuenta años del último *risorgimento* itálico–; hay una tercera Italia que comienza con la desaparición del dominio

[431] Palacio situado en el centro de Roma, sede, desde 1961, del Gobierno de Italia y residencia del Presidente del Consejo de Ministros. Anteriormente albergó distintos ministerios y, en 1922, el estudio privado de Benito Mussolini.

temporal de los Papas, en los mismos muros de Porta Pía, y acaba con el asalto a Roma de las masas fascistas, hará cosa de seis años. En esta tercera Italia culminan, maduros y frescos, a la vez, los eternos valores nacionales. La entrevé y la sueña el Alighieri con la "dolce lingua", con el habla vulgar de los toscanos, y la define poéticamente, en el último capítulo de *Il Principe*, Nicolás Maquiavelo, al suplicar a la Señoría de Florencia y a los demás tiranos de las ciudades italianas que limpien de ejércitos extranjeros, de pelotones galos y flamencos, y españoles, el suelo sagrado de la patria. Esa Italia es obra de una lengua de una cultura siempre inquieta y juvenil, y, sobre todo, patria universal del espíritu. En el siglo XIX, fermentan primero y se aquietan después, gracias al liberalismo, a la masonería y la herencia espiritual del Renacimiento, todos los posos que, han ido acumulándose en el fondo del vaso. Cuando Manzoni canta a Napoleón, no es al tirano, a quien canta, sino al hombre de férrea voluntad, al caudillo capaz de concluir con todos los tiranuelos de andar por casa y de poca monta. Fóscolo, advierte, ya en las postrimerías del siglo XVIII, que la servidumbre está tocando a su término:

Servi siam, si mas servi ognor fermenti[432]

Leopardi añora, no el poder político de Roma, sino la difusión de la cultura en un imperio que sabe crear pueblos. Hasta aquel malandrín de Santiago Casanova, el abate veneciano, mujeriego y jugador, amigo del Papa Lambertini y de Catalina de Rusia, y de Carlos IV caballero de industria y condecorado, por derecho propio, con la medallita de oro *Pro Eglesia et Pontifice*, se divierte, en sus Memorias, pronosticando que el Vaticano agoniza y que todo el poder que se sostiene sobre la delación y la arbitrariedad desaparece fatalmente.

De las aulas, de los clubs y de las logias arranca el sentimiento nacional de la tercera Italia. Desde Mazzini a Giolitti corre una linfa ininterrumpida de elegancia moral y de alto y fuerte y hondo sentido político. Así, Italia se trueca en poco más de cuarenta años, en una de las primeras potencias militares y políticas de Europa. Y el último ministerio de Instrucción Pública, de la normalidad, el sereno filósofo napolitano Benedetto Croce, es discípulo y continuador del último presidente del Consejo liberal del reino de Nápoles, del gran De Sanctis, que aprende el arte de gobernar preparándose pacientemente en la soledad del destierro y de la cárcel.

Pero en esta tercera Italia, aparece la reacción, vistiendo con unos arreos estéticos, francamente forasteros y clericales. D'Annunzio es uno de los más grandes corruptores de la juventud. Al proclamar la supremacía de la Estética sobre la Ética, el hoy flamante príncipe de Montenivosso, festejado y mimado por todos los perritos falderos del fascismo, seca y agota los claros manantiales de la tradición política. Carducci trata de refrenar esos estragos y Croce considera la escuela d'annunziana –hasta ahora no nos hemos dado cuenta de toda la agudeza y de toda la exactitud de la acusación– como heredera, como hija legítima del nacionalismo católico francés y de los "camelots du roi"[433]. Para Croce, repetimos, Gabriel D'Annunzio es, simplemente, un extranjero, y como contrapeso a la labor italianísima de los colaboradores del *Semardo* y de *La Voce* florentinos, de aquellos Améndola, y Papini, y Gentile, y Rezzolini, que, a principios del siglo se constituían en dictadores de la juventud universitaria, surgían los señoritos rastacueros y afeminados del futurismo, con Marinetti a la cabeza, pidiendo la destrucción de los museos y de las ciudades históricas. La reacción surge a la vez desde la derecha y desde la izquierda. El que lo afirma todo o lo niega todo, en realidad no afirma ni niega nada. El mismo Mussolini que entonces figuraba a la cabeza de los intransigentes, se pasaba desde las tiendas más exaltadas del internacionalismo a las afirmaciones patrioteras más estrechas y localistas. Y únicamente los liberales mantenían la cabeza firme en aquella grillera.

Después de la categoría, la anécdota. Y con la guerra, y por la guerra, y contra la guerra, y a pesar de la guerra, surgió la cuarta Italia, la del fascio, fajo, gavilla, haz, manojo, tropa, pelotón o como quiera decirse. Estamos asistiendo con el alma acongojada, desde hace seis años, a su exaltación y a sus piruetas continuas desde la tragedia al sainete y desde el sainete al *vaudeville*. El fascio acostumbra hacer sus incursiones dentro de otros pueblos para tratar de asombrarnos con sus paradas y sus fuegos de artificio. Y ya seguro de su fuerza, no trata de disimular. Marinet-

[432] La cita es de Dante Alighieri: "Servi siam, si; ma servi ognor frementi!" ("Somos esclavos, sí, pero esclavos siempre agitados.")

[433] «Militantes del rey»: Organización paramilitar francesa que actuó entre 1908 y 1936.

ti, reído en Madrid y París, contempla en la Gaceta Oficial de su país la traducción más graciosa y precisa de sus chocarrerías. Por Italia corre en estos días como una locura patriotera y de odio al forastero. "Italia, nuestra Italia, la Italia fascista –dicen estos locos– se basta y se sobra a si misma, y va a cerrar sus fronteras. Espera el gran momento de imponerse al mundo. Ha dejado de ser posada de turistas y encanto de los ojos, y recreo del espíritu. Es toda ella fábrica de armas y arsenal de navíos de guerra. Que descansen nuestros sabios para que velen nuestros soldados. La mejor página no hemos querido escribirla todavía."

Sin embargo, la Italia fascista acaba de escribir su página más cómica. Un amigo que regresa de Italia me la cuenta. D'Annunzio, como sabrá el lector, vive principescamente en Pescara, en un soberbio palacio que le ha regalado la dictadura. A él acude, de vez en cuando, Mussolini para cambiar ideas con el Genio, y estas visitas llegan al conocimiento del buen pueblo por medio de telegramas que publican los diarios de la situación, en los que se da cumplida cuenta de los piropos que, sin ningún rebozo, se dirigen el Duce y el Príncipe, en vísperas de entrevistarse. "¡Pronto te saludaré, oh Grande entre los Grandes!" –anuncia Mussolini. Y el Grande replica: "Te espero en mis lares, glorioso Duce, a Ti, que has arrojado en la sombra el esplendor de todos los conductores de la tierra. ¡Salve, Benito!" Bien... Pues Benito ha regalado a Gabriel dos cruceritos para que decoren el lago, junto a la residencia principesca de Pescara. Gabriel, vestido de almirante, embarca con la mayor seriedad en estos cacharretes, dando grandes voces de mando y desgañitándose y enriqueciéndose con ellas como un héroe verdadero de la buena época de las flotas venecianas, pisanas o genovesas.

Cerca del palacio vivía un pobre labrador que había pintado de rojo su casita. Gabriel le envió recado para que cambiase el color o tono de ella. El propietario rústico, en uso de su perfecto derecho, resistía. Acudió el príncipe a las autoridades, y las autoridades no se atrevían a meter en caja al importuno. Aducía aquél, en apoyo de su pretensión, el hecho de que la visión del color rojo le impide dedicarse a sus meditaciones estéticas y a sus divagaciones líricas. Un buen día, D'Annunzio enfilaba los cañoncitos de su escuadra frente a la casita del labrador, y ésta volaba bonitamente. La gracia ha sido reída por todos los fascistas y sancionada por el Duce en nombre de los derechos de la Patria fascista. He aquí cómo acaba de revelarse jurídicamente una vez más, el fascismo.

Confesemos que la cuarta Italia tiene, en efecto, gestos que permanecieron completamente inéditos para la tercera. Carducci no hubiera podido cantar el desafuero en sus *Odas Bárbaras*. Pero estoy seguro de que Juan Giolitti hubiera enviado a la cárcel al príncipe y hubiera disuelto, además, la escuadra de estos buenos marineros de Pescara, puestos al servicio de un anormal, que ha prestado al fascismo algo más que su retórica: su falta de sentido ético y de espíritu ciudadano. Los cañoncitos de Pescara son terribles como símbolo, y el labrador despojado de su casita tendrá que sumarse a los millares de italianos que expulsados de su país, piden a los dioses que el sainete acabe de una vez, sin magnas consecuencias.

El Pueblo Gallego (16-02-1929)
El Noroeste (16-02-1929)
El Mañana (15-05-1919)
El Luchador (05-02-1919)

El Parlamento fascista

Cuando este artículo se publique, ya se habrá celebrado la apertura del primer Parlamento «Plena e integralmente fascista» que ha venido preconizando Mussolini, en todos sus discursos y arengas de esta temporada. El 20 de Abril, en efecto, con asistencia del Rey y de los demás miembros de la italianísima casa de Saboya, las puertas de Montecitorio se abrieron para recibir a los representantes «más puros y más antiguos» de las organizaciones fascista provincianas. Ya conocéis vosotros los incidentes de esta elección singular. El mismo Duce seleccionó mil candidatos de entre los incondicionalmente adictos a su causa y a su persona y cada elector, a su vez, ha elegido cuatrocientos de estos nombres, número que forma la totalidad de los nuevos «onorevoli» que tienen su acceso a los escaños de Montecitorio. La misión de este Parlamento dicen que va a ser muy concreta y muy rápida. Ratificará el convenio con la Santa Sede y hará una nueva ley especial aumentando el sueldo correspondiente a los empleados públicos. Allá,

para Junio, cuando las mieses empiecen a dorarse y en los jardines del Vaticano se hagan las primeras instalaciones veraniegas, el Parlamento fascista, que corresponde exactamente a la vigésimo octava o vigésimo nona legislatura de la Italia parlamentaria, el Parlamento morirá después de haber dado sus naturales frutos. Y Mussolini segregará para entonces de sus listas los nombres de los que hayan sido más díscolos o más perezosos, y para la otoñada, cuando los cipreses de Villa Borghese[434] recobren su verdura, el cuerpo electoral tornará a ser consultado tan eficazmente como en los últimos días del mes pasado.

¡Qué lejos estamos del antiguo Parlamento italiano, que era, tal vez, el más revoltoso, llano y democrático de Europa! Yo no olvidaré nunca la única apertura que presencié en Roma, hace ya veinte años, en mis doradas horas de mocedad. El partido socialista revolucionario había ganado más de cien puestos en los escaños. Asistieron los reyes y los socialistas también. Al penetrar la corte en el salón, los revolucionarios cantaron la Internacional a grito pelado; Víctor Manuel no movió un solo músculo de su faz. Lentamente espaciados fueron saliendo del aula aquellos ciento y pico energúmenos, que se tocaban con el pañuelo rojo al cuello. El desfile, efectista, demasiado efectista tal vez, duró más de media hora. Con los escaños de la oposición vacíos el Rey leyó después su discurso de la Corona. ¿Alusiones a lo sucedido? Ninguna. Ofrecía reformas democráticas, leyes obreras, soluciones justas a los problemas económicos. Los monárquicos despidieron respetuosamente a la Familia Real. Y en las calles, seguían oyéndose, entonadas por la multitud, las estrofas marciales y violentas a la vez, del himno de los proletarios.

Todo eso salió de Montecitorio para no tornar en una temporada. La pasión ha sido desterrada de los comicios políticos por las dictaduras y vivimos en el mejor de los mundos. Importa más a la salud pública el grito que el descontento íntimo. Lo interesante es no desafinar. A lo sumo, se tolera que no se forme parte de la charanga. Así, en este Parlamento, todo está juiciosamente previsto, medido, tasado, ponderado, anunciado, vaticinado. Casi, casi podemos anunciar la calidad, el tono y el número de las interpelaciones. A propósito del Convenio con la Santa Sede, se volcarán todos los lugares comunes, que, por lo demás, ya estaban gloriosamente reputados en la ley de garantías. Después del torneo retórico, se estudiará el modo de hacer un arreglito, ya sancionado por ambas partes, para dejar la indemnización al nuevo Soberano que hinca su trono en el mismo corazón de Italia, en un razonable número de millones de liras. Todo, con tiempo para que el Sumo Pontífice pueda celebrar el día de San Pedro, 29 de junio, con todos los honores en el Presbiterio de la Basílica de San Juan de Letrán. El aumento de sueldo a los empleados públicos, que son todos fascistas, es una buena previsión gubernamental para que no se deshaga la clientela.

¡Pobre Montecitorio! Yo no lo comprendo bien sin aquellos diputados campesinos que vestían los trajes regionales; sin aquellos feroces socialistas de pañuelo rojo que llamaban ladrón a Nassi, bellaco al ministro de Hacienda y marido complaciente a un diputadito florentino que formaba parte de todas las comisiones ministeriales; no comprendo aquel banco azul sin la carota dura y enigmática de Croce, sin los apóstrofes violentos y románticos de Ferri, sin los bigotes blancos y los ojos de hombre bueno de Giolitti, sin la elegancia y la corrección frías del Conde de Sforza, descendiente de aquellos férreos Sforza de Milán. Estos Parlamentos inquietos y mal educados, que tanto me encantaban, se disipan como una ilusión más de las que amontona uno en la juventud. Y sin embargo… Sin embargo, sigo amando el Parlamento a la antigua usanza, con sus chillidos y sus incoherencias, con sus arremetidas y sus incontenciones. Mi ideario político no ha pasado del asenderado sufragio universal y estas gaitas de votos proporcionales, y de representaciones orgánicas, me suenan a mí –¡discípulo de Gil Robles en Salamanca y de Martora en Bolonia!– a puras abstracciones algebraicas. ¡Qué pena! Estoy más cerca de los viejecitos españoles que conocieron a Villacampa y de los viejecitos italianos que aplaudieron a Depretis que de estos chicos de hogaño que prefieren los deportes del foot-ball y del tennis a los de la política y de la rebelión. Indudablemente, ya camina uno para viejo.

El Luchador (27-04-1929)

[434] Gran parque de la ciudad de Roma –uno de los más bonitos de Europa– en cuyos jardines se pueden contemplar edificios, esculturas, monumentos y fuentes de famosos artistas de diferentes épocas.

La casa de Cervantes

Cervantes conoce las calles porticadas, las basílicas, las pinacotecas, los palacios de terracota y las tumbas de los glosadores al aire libre de la gran ciudad de la Emilia. En una de sus novelas ejemplares, *La señora Cornelia,* deja Cervantes para siempre fijada la huella de estas impresiones. Y bebe en las hosterías el príncipe de nuestros ingenios el vino claro de Ozzano y conoce el «salume», el embutido boloñés. Cuando los dos estudiantes españoles del Colegio de San Clemente descubren el envoltorio de un niño recién nacido, lo descubren en una plazuela sustentada en mármoles. No son estas influencias españolas las únicas que el observador descubre en Bolonia. El Colegio, fundado por el arzobispo de Toledo y enemigo de Don Pedro *el Cruel*, Rey de Castilla, influye notablemente sobre la marcha de las ciencias jurídicas en la Universidad boloñesa. Nebrija es colegial: y lo es Ramos del Manzano, salmantino; y San Pedro Arbués, inquisidor. En nuestros mismos tiempos, Dorado Montero, el maestro salmantino del Derecho penal, estudia en Bolonia, y de sus estudios hallamos un eco en las *Notas de una vida,* cuyo segundo volumen acaba de publicar su condiscípulo el señor conde de Romanones.

Recientemente, el hoy rector del Colegio de San Clemente y doctor en Derecho, D. Manuel Carrasco, mozo granadino de gran provecho y de envidiable cultura, ha ideado la Casa de Cervantes que ya está levantada y construida en Bolonia, en la rinconada que hace el Colegio en la calle de Zaragoza. Con muy poco más de doscientas mil pesetas, y con el apoyo del duque del Infantado –patrono del colegio, como heredero de los Albornoz–, y bajo los auspicios del Patronato de Relaciones Culturales que funciona en nuestro Ministerio de Estado, los antiguos graneros del Colegio –bodegas y paneras– se han transformado en la preciosa casa española que podéis contemplar en esta fotografía. Un ilustre arquitecto español ha dado, en menos de dos años, cima a la empresa. Se trata de una casa del Renacimiento, con balconaje castellano, influenciada, sin embargo, dichosamente por el ambiente boloñés que la circunda. Las almenas güelfas separan la casa cervantina del Colegio propiamente dicho por medio del jardín. Quiere el señor Carrasco establecer en la casa una magnífica biblioteca de libros contemporáneos españoles; en ella se darán conferencias sobre temas actuales; la Institución invitará periódicamente a nuestros grandes prestigios para que den a conocer España en esta ciudad, que no ha perdido, ni lleva trazas de perder, su capitalidad intelectual. La Escuela boloñesa sigue a la cabeza de las Universidades italianas. En ella cursan oficialmente sus carreras los colegiales albornocianos, y en estos últimos años han obtenido estos, por dos veces, el supremo galardón universitario, el premio Víctor Manuel, con el que se recompensan las tesis doctorales sobresalientes. Mas para este plan tan bello es menester algo más que el apoyo oficial, con su lentitud en el expedienteo y con su mezquindad característica. La prensa italiana ha acogido el proyecto con el máximo entusiasmo; Benito Mussolini, en ocasión reciente, ha dicho que el Colegio de España es el puente de unión entre los dos pueblos latinos... Hace falta el apoyo privado, el calor de los Mecenas, que no faltan entre nosotros. Labor de la nación entera, y no del Estado solamente, debe ser la de dotar la Biblioteca de la Casa de Cervantes de un material completo y de subvencionar decorosamente a los embajadores que enviemos a la Bolonia de los pórticos y de la terracota, a la ciudad de las mujeres guapas.

Bologna cittá delle belle donne, como reza la vieja canción estudiantil, para mostrar la faz verdadera de nuestro pueblo a los italianos, que le conocen un poco anticuado, con cerca de sesenta y cinco años de retraso, en los relatos ingenuos de Edmundo de Amicis, el viajero inocente e infantil.

La Esfera (05-10-1929)

Bodas de príncipes

Si la poesía civil hubiera dejado en la Italia del fascismo las huellas que le hicieron nacional en las postrimerías del siglo XIX, la Oda a la Reina Margarita, abuela de este príncipe alto y moreno, que acaba de casarse con la rubia princesita de Bravante, hubiera tenido en estos momentos una continuación. Pero de Carducci a D'Annunzio hay una diferencia de calidad, y, sobre todo, de procedencia. El nacionalismo italiano de hogaño se ha cocido en hornos extranjeros, del mismo modo que el liberalismo de ayer bebió a chorros en la clara fuente de la tradición latina. Una Bravante que casa con un Saboya es un tema tentador para un italiano

que sepa captar la emoción del momento. Jamás entroncaron de modo tan gracioso como ahora dos casas reinantes de más alta llaneza y de un sabor democrático más puro. Estas dos casas reinantes de Italia y de Bélgica, nacieron de las entrañas del asenso popular. La Bélgica moderna es obra del rey Alberto, como la Italia actual es hija de los Saboyas. Carlos Alberto, el del Estatuto, la da conciencia política y bajo el recuerdo de Víctor Manuel II se unifica la obra al cobijo de la Porta Pía. Humberto I se encuentra con una potencia europea de primer orden, y su hijo, el rey actual, recibe la resaca de la postguerra con la epidemia nacionalista. La historia de los Saboyas es la historia del Risorgimento.

¿Qué herencia recibe este muchacho alto, moreno y silencioso, mezcla de italiano y de montenegrino, que mañana será el sexto monarca de su dinastía? ¿Qué savia de sentido popular tendrá mañana este retoño que unirá las coronas de los Saboyas con las de los Bravantes? El pueblo de Roma, que es ahora capitalidad de un Estado y corazón y territorio de otro, ha reproducido en la calle de Eduardo VII el Arco de Tito, revestido de laureles, para saludar a la novia.

Es una pena, en efecto, que Carducci repose para siempre al lado de los pórticos de su roja Bolonia y que no cante, en nuevas odas bárbaras concertadas con el ritmo de la hora, esa serie de esperanzas, entre las que ha oscilado el espíritu de Italia, desde las bodas de Humberto y Margarita, los abuelos, hasta la de Humberto y María José, los nietos, pasando por aquella deliciosa novela de amor que hizo reina de los italianos a la gentil princesita aldeana Elena de Montenegro. Los Saboyas, todos los Saboyas, han sabido casarse por amor. Roma acoge hoy a María José como acogió hace veinte y tantos años a Elena y hace medio siglo a Margarita. El protocolo rige en Roma solamente para los intereses, pero nunca para el corazón de los príncipes. Cuando Yolanda pasaba a ser una modesta condesita Calvi, los romanos admiraban el buen sentido de su princesa. Mafalda y Giovanna es de creer que sigan la senda de la hermana mayor y de este príncipe sonriente y viajero, que ha sabido acabar en el altar el idilio que iniciara de niño con una linda colegiala de un internado en Florencia.

Al lado de Elena de Montenegro, la hija de Alberto y de Isabel, los reyes errabundos en los días trágicos de la ocupación alemana, María José irá perfilando mejor, cada día, los matices y delicadezas de su espíritu modesto, candoroso y bien cultivado, con la lectura de los buenos libros y con los viajes por los pueblos de la vieja Europa. Las dos, suegra y nuera, han vivido –Elena por la contextura primitiva de su pueblo aldeano; María José por el imperio de la necesidad–, la misma vida de anhelos y de amarguras de sus pueblos. Así, son sencillas, y por eso Roma se prendó de ellas desde que las vio entre la pesadumbre de sus ruinas ejemplares, con el hábito de las desposadas. María José, contestando a la despedida del Nuncio Apostólico en Bruselas, le respondió candorosamente que se sentía muy feliz. El «*Corvolis Roma magis pandit*»[435] del arco revestido de laureles es el doble reflejo de esta emoción de novia y de la dulce inquietud de Italia que quiere coronarla doblemente, como reina y como madre. En la ciudad de las siete colinas se oye el eco de aquellos versos de oro:

E il popolo di te si compiace
qual di figlia chevada all'altare.[436]

que si ayer sonaron para Margarita, hoy pueden aplicarse como anillo al dedo a María José.

Nuevo Mundo (10-01-1930)

El colegio

¡Cómo recuerdo la Via dei Fiori, donde están asentadas las almenas güelfas del Colegio Español de San Clemente, de Bolonia! Los muros están cargados de hiedra; las almenas, de yerbajos; la torre, el gracioso campanil del Colegio, de poesía y de tristeza. Y la magnífica portalada de Lucca della Boblia, con el lienzo de enfrente, rico de lejanías y de perspectivas, nos transporta a un paisaje ideal de ensueño.

[435] Frase algo confusa. Habla en principio de una reproducción del Arco de Tito que no lleva esta inscripción ni nada parecido. Se parece más bien a la Porta Camollia de Siena en que se lee Cor magis tibi Sena pandit ("Siena te abre su corazón más grande" [que esta puerta]) Tal vez la reproducción sustituyera Sena por Roma.

[436] "e il popólo / superbo di te si compiace / qual di figlia che vada a l'altare" ("y el pueblo / entusiasmado se alegra de ti / como de una hija que lleva al altar") Giosue Carducci. Odi Barbare. "Alla regina d'Italia".

El colegio de San Clemente resume, en mis recuerdos, todas las locuras de los veintidós años, y, sobre todo, la visión magnífica, esplendente y total, de Italia. Son los años de Díaz de Rivera y de García Comin, de Carrasco –el actual Rector– y de su antecesor en el cargo, Clemente González. Son los años de las postrimerías de Carducci en su cátedra, de Giovanni Pascoli avocando a Italia, del proceso de la condesa Linda Murri Buonmartini derribando al Gobierno hasta conseguir su completa absolución. Son los años en que el químico Ciamician, joven y arrogante profesor de Química de la Universidad, pasea a caballo, por las mañanas, en los jardines Margherita; en que Ruggi inventa una sonda para la vejiga; en que escribe Papini sus primeros libros; en que Croce traza los primeros escarceos de su Estética. Son los años, en fin, en que se consagra como arzobispo de la ciudad a Monseñor della Chiesa, después Benedicto XV; en que el abate Rómulo Murri hace adeptos para su modernismo en los seminarios; en que Mussolini, entonces obscuro gacetillero del *Avanti,* ya perfila sus primeros sueños de imperialismo, escribiendo en las gacetas y revistas del partido.

El Colegio de San Clemente, de Bolonia, resume lo que hay de español en la segunda antigua ciudad de los viejos Estados Pontificios. Hay un santo español enterrado en la ciudad, el inquisidor Santo Domingo de Guzmán[437]; hay plazoletas que evoca Cervantes en su novelita ejemplar *Lucrecia Bentivoglio,* que tiene los pórticos sustentados en mármoles; hay familias que llevan apellidos como Rodríguez, Moncada y Vargas, que recuerdan nobles familias de Castilla, Cataluña y Aragón. Pero el Colegio es media tradición española, porque es el Colegio de Antonio de Nebrija; porque es el Colegio de Francisco Sánchez *el Brocense;* porque es el Colegio cuyos estatutos copia Cisneros para su fundación de la Universidad de Alcalá y del Colegio Viejo de San Bartolomé, de Salamanca. Y hasta en el siglo actual ha dejado huella en España la fundación gloriosa del cardenal Gil de Albornoz.

Dorado Montero aprende en el Colegio las nuevas teorías –nuevas en su tiempo–, las nuevas teorías positivistas de la Criminología y del Derecho penal; don Hermenegildo Giner de los Ríos trae su sentido renacentista y humanista a los Institutos de segunda enseñanza: Romanones, su travesura y su picardía a la política española; Cierva, su tozudez y sus ínfulas de *condottiero,* sediento de musas. Y, actualmente, forma el Colegio un plantel de jóvenes que dará seguramente días de gloria a nuestro pueblo.

La Vía dei Fiori es más bien de frutos, bien colmados y definidos, que serán colmados y sazonados dentro de poco.

La Esfera (03-05-1930)

El altar de la patria

Cuatro mil niños de las escuelas públicas de Roma, afiliados, a lo que presumo, en las huestes o bailías[438] fascistas de último cuño, han acudido ante la estatua de Víctor Manuel II el *Libertador* para ofrendarle sus amores y entonar himnos y canciones donde se exaltan las grandezas de la Italia futura. De este modo se ha querido que los niños de Roma celebren la marcha sobre Roma que provocó la famosa dictadura mussoliniana, de la que no lleva trazas de sacudirse el pueblo hermano. La Patria, una vez más, se ha convertido en pabellón que encubre toda suerte de mercancías partidistas, y los niños de Roma, ingenuamente, han oficiado elevando al cielo azul y sereno sus voces de oro y de cristal.

La Patria, en este caso concreto, no es término simplista y puramente sentimental, con el significado estricto de tierra de padres, de tradición viva y perenne, de continuidad del pasado en el presente y del presente en el porvenir. Ni tampoco se contrae, seguramente, la palabra Patria a la tercera Italia que vislumbra Carlos Alberto en el Piamonte y que construyen con su cautela, con su pluma, con su prestigio y con su espada, respectivamente, Cavour, Mazzini, Víctor Manuel y Garibaldi. No creo tampoco que pueda ser expresión de aquellas ciudades habitadas por aquellos rebaños de *servi... ognor frementi* que hacían crujir de risa al poeta. No; la Patria que esos niños fascistas cantan y celebran al dictado es de ensueño imperialista,

[437] Aunque la Inquisición se adjudicó a los dominicos, orden fundada por Domingo de Guzmán, él ni fue el fundador de esa institución ni perteneció a ella. Sánchez Rojas se deja llevar del tópico tan difundido en su época.

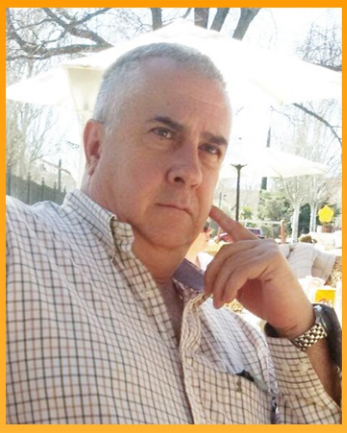
[438] Posible errata de imprenta. Creemos que debería decir *balillas* (niños encuadrados en las juventudes fascistas).

heredado de la vieja Roma, cuando ya no puede renacer. Sueño imperialista soñado por un *condottiero* o soldado de fortuna, que puede jugar impunemente con la vida y con la sangre de sus adeptos, sobre el fragor de las batallas y el coraje de los combatientes, en unos tiempos en que los hombres todos, sintiéndose solidarios unos de otros, en la inmensa extensión del planeta comienzan a suspirar seriamente por la verdadera paz.

Aquí todavía, en España, por nuestra ausencia de la Gran Guerra, no tenemos un paraje consagrado a altar de la Patria, acaso porque todos los parajes de ella son altar; ni tampoco poseemos esa tumba del soldado desconocido donde ir a ofrendar flores, tal vez porque todo el solar del pueblo hispano es un vasto camposanto donde nuestros compatriotas, sin gestos melodramáticos, han ido cumpliendo con su deber a lo largo de los siglos. Cada vieja ciudad hispana –Toledo, Burgos, Ávila, Sevilla, Salamanca, Santiago– es un verdadero altar, y también la tumba de una época. Nuestra Patria es un tejido de tradiciones vivas que, lejos de atropellarse, se completan unas con otras amorosamente. Patria, que no es otra cosa que tierra de padres, es todavía algo que está por encima de nuestros intereses de casta, y hasta de nuestros sueños y anhelos personales. Pero no puede trocarse en emoción pura hasta que no sea una idea precisa y concreta de nuestro cerebro. El amor viene en este caso después del conocimiento, y es una secuela o corolario de él. Amar a la Patria significa conocerla, y servirla con desinterés es el primer deber del que la ama. Su culto no necesita de altares exteriores; cada pecho debe ser un altar, cada palabra una oración y cada acto un sacrificio. Acaso no conviene llevarla demasiado en los pliegues de la lengua; se la exalta mejor en el silencio. En el pecho, debe ser torcedor de angustia o motivo de anhelo y de alegría. Por eso hace pocos días don José Ortega y Gasset, en un acto arraigadamente patriótico, hablaba de organizar la alegría colectiva dentro de la República como uno de los deberes primordiales de la hora.

Pensando en estos niños romanos que han cantado el himno fascista ante el monumento que conmemora la tercera Italia saboyana, destruida y rematada arteramente por el régimen del fascio, esto es, de la gavilla y del pelotón, doy en la flor de imaginar que Patria debiera significar etimológicamente lo contrario de lo que significa en las lenguas latinas. Más que tierra, patrimonio y cosa y achaque de abuelos y de ascendientes, debiera ser sueño, esperanza y alegría, y jardín de hijos. Cosa *in fieri*, mejor que concepto hecho y momificado. Anhelo de perfección, de superación, de renovación, perpetuas y perennes. Esperanza viva, mejor que recuerdo melancólico. Sí; ya sé yo que España no puede renegar de sus poetas y de sus héroes y de sus santos; pero se me antoja soñar que los santos y los héroes y los poetas de mañana superarán y borrarán la fama de los que fueron y son en nuestra memoria. Así, nuestro altar ha de ser siempre taller y laboratorio, y fuego encendido, y candela luciente que vigile y perfeccione nuestro esfuerzo y nuestra vigilia. Mejor que una cosa que se hereda, la Patria debe ser una cosa que se transmita a los descendientes con aditamento y mejora. No se olvide de esto la República naciente; no se olvide de esto en sus primeros pasos por la nueva senda constitucional. A la vez que para nosotros, hemos conquistado un régimen de libertad y de justicia para los que vengan. Tengamos la humildad de sentirnos eslabón de cadena. No hipotequemos nunca el mañana remoto. Sean nuestros cantos de liberación, de alegría, cuando oficiemos en el altar de la Patria.

Nuevo Mundo (18-12-1931)



GERARDO NIETO ARIAS

Creador y propietario del blog *Entre el Tormes y Butarque* –un verdadero fondo documental de Alba de Tormes– donde lleva recopilando los periódicos en que escribió José Sánchez Rojas desde 2009. Fruto de esta recopilación fue la antología de este autor que publicó bajo el título *Sol entre nieblas* (Biblioteca de Temas Albenses, 2016).

JESÚS MARÍA GARCÍA GARCÍA

Ha dedicado muchas horas de su tiempo libre a estudios salmantinos y albenses. Es autor de *Prensa y vida cotidiana en Salamanca. Siglo XIX, Fernando Araújo: Un krausista salmantino. Alba de Tormes: páginas sueltas de su historia, Alba de Tormes: Historia y Urbanismo,* y *Fuero de Alba de Tormes.*

Ha escrito también breves estudios sobre *El Soplón del Diarista de Salamanca* y *Teresa de Jesús en los principios de la Psiquiatría.* Ha llevado a cabo ediciones de las *Leyendas de Bécquer* y *Vicente Sainz Pardo, un poeta suicida* entre otros trabajos.

En 2015 junto con Julián Moreiro creó una Biblioteca de Temas Albenses.

José Sánchez Rojas nació en Alba de Tormes (Salamanca) en 1885 y falleció en Salamanca en 1931. A pesar de los elogios que recibió en vida por su depurada y excelente prosa, fue olvidado relativamente pronto, aunque aún a mediados del siglo pasado algunos periodistas le recordaron en sus respectivos periódicos con nostalgia.

Su pueblo natal le dedicó una calle que aún lleva su nombre y su recuerdo. Y algunos albenses llevamos años reivindicando su buen oficio periodístico y su obra esparcida en más de ciento setenta y cinco periódicos de la época. Obra basada esencialmente en artículos de muy variados temas destacando los dedicados a crónicas del momento, retratos de personajes políticos, literarios y mujeres, descripciones de Castilla, de su paisaje, de su gente, de sus problemas... Y todo ello con un estilo elegante que mereció el halago de Antonio Machado: "Sánchez Rojas –diría de él– es, sin duda el mejor cronista contemporáneo. Escribe maravillosamente".

Además de los artículos periodísticos dio a la imprenta algunos libros que fueron compilaciones de estos. Entre los más conocidos se encuentran *Tratado de la perfecta novia*, *Paisajes y cosas de Castilla*, *Sensaciones de Salamanca* y *Las mujeres de Cervantes*. Este último fue reeditado en varias ocasiones desde 2005 a 2016.

Julián Moreiro además de su biografía (*Crónica de un cronista*, 1985) dio a conocer algunos de sus escritos en la antología *El encanto de la vega y otros artículos* (1986). Gerardo Nieto elaboró otra antología con artículos dedicados a Alba de Tormes en la Biblioteca de Temas Albense bajo el título *Sol entre nieblas* (2016).

Estas Obras Completas recogen y ordenan por temas cuanto dio a la luz este extraordinario periodista durante treinta y un años de su vida.